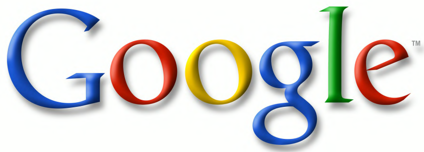
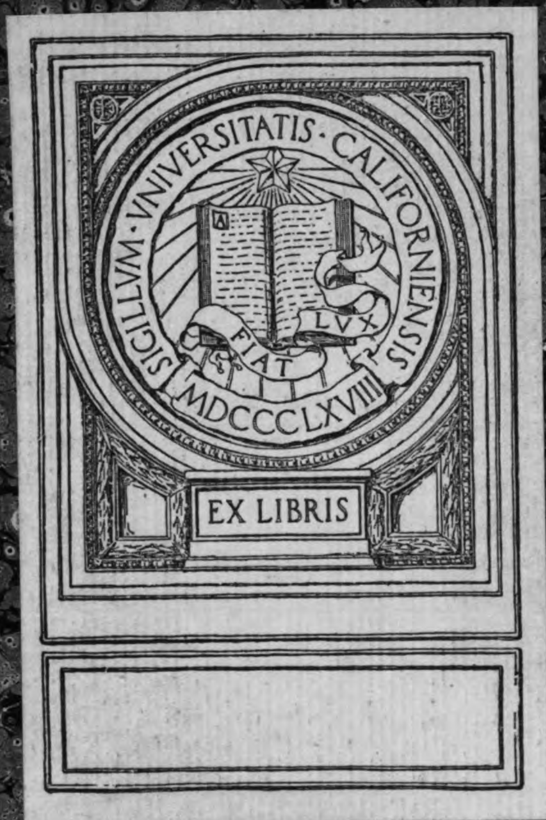
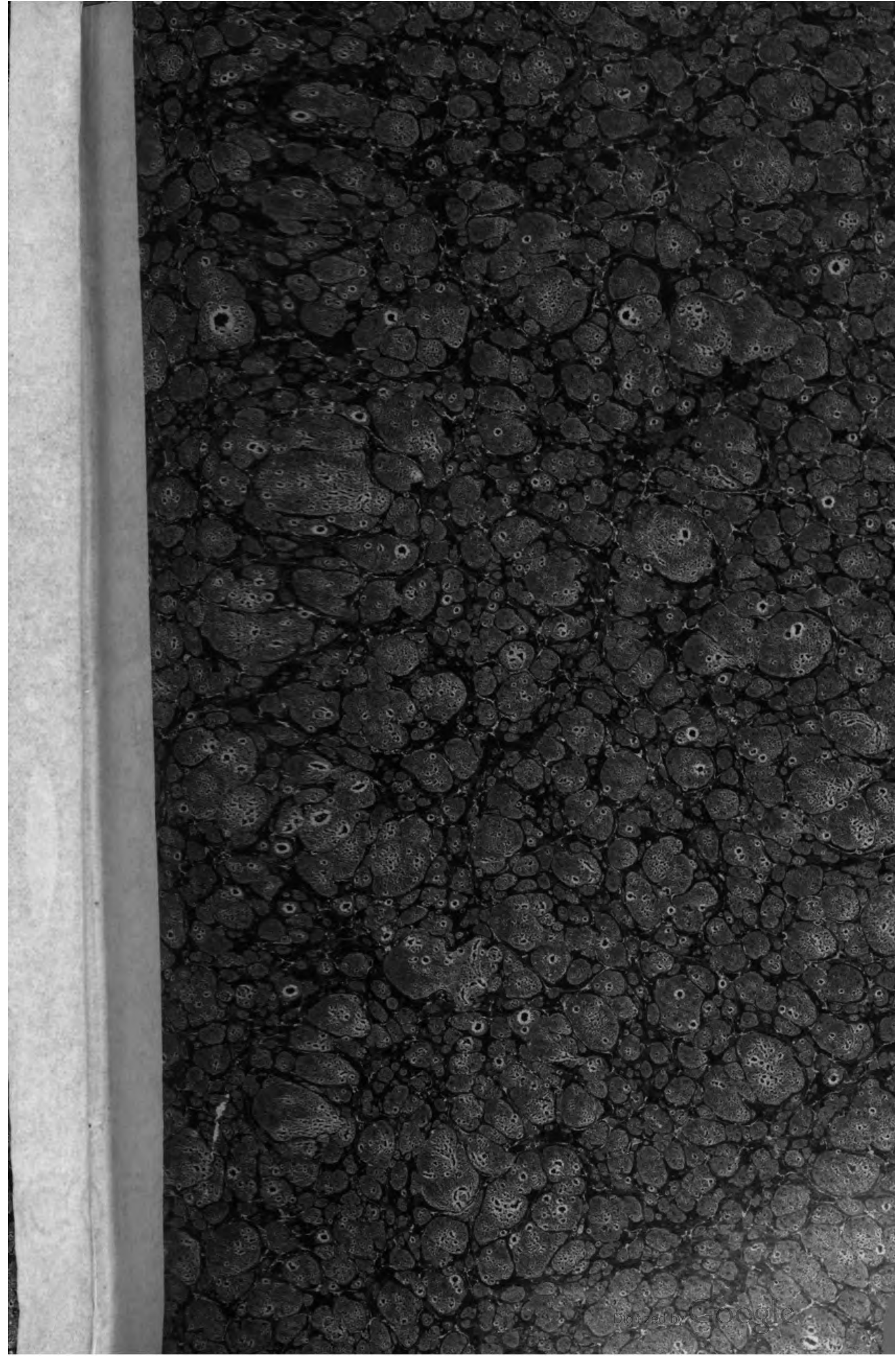





SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



CÁDIZ Y SU PROVINCIA.

HISTORIA

DE

CÁDIZ Y SU PROVINCIA

DESDE

LOS REMOTOS TIEMPOS HASTA 1814

ESCRITA

POR

DON ADOLFO DE CASTRO y Rossi

CABALLERO COMENDADOR DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, GEFE DE PRIMERA CLASE DE ADMINISTRACION CIVIL, GOBERNADOR CESANTE DE PROVINCIA, INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, DE NÚMERO DE LA DE BELLAS ARTES DE CÁDIZ, ETC.

CÁDIZ

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA

1858

AL AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE CÁDIZ.

EXCMO. SR.

Hijo de esta ciudad, donde he recibido mi educacion literaria, siempre he considerado como el mayor de mis deberes dedicar una parte de mis estudios á la ilustracion de la Historia de Cádiz. Escrita nuevamente, tras once años de incesantes investigaciones y con el consejo de eruditos distinguidos, aun no me atrevo á juzgarla digna del alto objeto á que está consagrada, ni menos del honor de salir á luz bajo el amparo de V. E.; pero decorosamente para mí no puedo hacer otra cosa que solicitarlo. De otra suerte no daria una prueba de mi respetuosa adhesion al Municipio, heredero de las tradiciones de aquel que, émulo del Senado de Roma en los mas gloriosos tiempos, supo allegar recursos con que contrastar al capitan del siglo.

Si con la benevolencia propia del que atiende mas al fin con que una obra se ha trazado, que no á su modesto desempeño, acoje V. E. la presente Historia, así como me considero dichoso de ser hijo de tal patria, de hoy mas me tendré por doblemente obligado á aspirar á la perfeccion en mis estudios, viendo recompensados mis deseos de contribuir á la ilustracion de su Historia en el hecho de contemplarlos bajo la proteccion del Municipio de Cádiz.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cádiz 14 *de Enero de* 1858.

ADOLFO DE CASTRO.

ALCALDIA CONSTITUCIONAL DE CÁDIZ.

Con la mejor voluntad ha aceptado el Excmo. Ayuntamiento la Dedicatoria de la Nueva Historia de Cádiz que tiene V. S. dada á la prensa para su publicacion.

La justa celebridad, que tiene V. S. adquirida en la república literaria, por sus estensos conocimientos históricos y bibliográficos, no menos que por su buen gusto y pureza en el lenguage, serian suficientes títulos para que el Cuerpo Capitular acogiese gustoso tan distinguida ofrenda, cuando no le obligára á ello el natural deseo de enaltecer, en cuanto le sea dable, al ilustrado escritor, cuyos triunfos no pueden menos de honrar á la ciudad que lo vió nacer.

Reconocido, pues, el Ayuntamiento á la muestra de adhesion que de V. S. acaba de recibir, ha acordado darle por ella un voto de gracias y prestarle para la publicacion de la obra todo el apoyo que los fondos municipales le permitan.

Lo que tengo el honor de participar á V. S. para su conocimiento y fines consiguientes.

Dios guarde á V. S. muchos años. Cádiz 15 *de Enero de* 1858.*—P. Victor.—Sr. D. Adolfo de Castro.*

PRÓLOGO.

Con fuerzas desiguales á mis deseos escribí en 1845 una *Historia de Cádiz*. Tenia solo poco mas de veinte y un años. Por instancias de mi amigo el anticuario gaditano don Joaquin Rubio habia escrito antes un prólogo á la *Historia de Cádiz* por Agustin de Horozco, que iba á publicar el Excmo. Ayuntamiento. A algunos concejales pareció mal, no la obra, sino la edad de la persona. Púsose en duda mi aptitud. Fué, pues, un noble empeño en mí probarles que el autor del prólogo que recogí y quedó inédito, podria, si quisiera, trazar la historia completa de la ciudad. En abril y mayo de aquel año fué escrita, impresa y publicada. Obra hecha en edad tan corta y en tan breve tiempo, debió ser breve tambien y contener algunos errores. No pareció, con todo, mal al público. D. Pascual Madoz, en su *Diccionario geográfico*, al tratar de Cádiz copió capítulo tras capítulo, palabra por palabra mi Historia entera con algunas supresiones. Tuvo á bien no citar el nombre del padre; pero yo sigo reconociendo á mi hijo primogénito.

Mi amigo, el ingenioso poeta gaditano don Francisco Flores Arenas, continuamente me ha estado escitando á escribir de nuevo la historia de nuestra patria, porque en realidad Cádiz no tiene un libro donde con la estension debida se consignen los hechos de sus hijos y su varia fortuna.

Agustin de Horozco, natural de Escalona, criado de Felipe II, escribano en Cádiz y discípulo del célebre don Diego Hurtado de Mendoza, compuso una Historia de esta ciudad á fines del siglo XVI y principios del siguiente, con pocas noticias, mediano criterio y no mal estilo: obra curiosa y buena para aquella edad. Dejóla inédita al saber que un racionero de Cádiz, hombre docto, se preparaba á publicar un libro de sus antigüedades. No quiso entrar en

competencia. Pero la modestia de Horozco fué exajerada. El libro de las *Antigüedades de Cádiz* que dió á luz el doctor don Juan Bautista Suarez de Salazar, es solo una mera compilacion ordenada de los textos de muchos de los autores griegos y latinos que hablaron de Cádiz, trabajo que no en libro particular, sino en *Los orígenes de la lengua castellana,* ya habia hecho el doctor Bernardo Aldrete. No es libro notable por el estilo, ni menos por el criterio de su autor en la parte en que esplica los textos, ó añade algunas noticias de antigüedades que hasta su edad existieron. De las historias de don Bernardino Lopez de Moncayo, del cacapitan Aldana y del canónigo don Antonio Ramirez Barrientos, solo se conserva el recuerdo entre los eruditos gaditanos. Este último compuso tambien un *Elucidario de las medallas de la isla y ciudad de Cádiz,* que he visto M. S. Es un conjunto de falsedades y desatinos.

No lo es menos *El Emporio del orbe, Cádiz ilustrada,* tomo en folio, impreso con todo lujo en Flandes á espensas de la ciudad. Su autor Fr. Gerónimo de la Concepcion, lo escribió á fines del siglo XVII bajo la proteccion del Ayuntamiento. Sesenta mil ducados costó á la ciudad su historia. El P. Concepcion, queriendo prestar un servicio á su patria y corresponder á la confianza del Ayuntamiento, trató de probar *que los Reyes Magos pasaron por Cádiz, cuando hicieron su viaje á Belen, y que fueron en naves gaditanas: que la Vírgen María era descendiente de una mujer natural de Cádiz, segun el árbol genealógico que presenta: que esta ciudad tuvo silla episcopal desde la venida de Santiago á España, y que Cristóbal Colon salió de Cádiz la primera vez al descubrimiento del nuevo mundo.* El estilo corresponde á la insensatez de las noticias.

El marqués de Mondéjar compuso una obra con el título de *Cádiz fenicia.* Aunque pudiera reducirse á una tercera parte y esa con algunas importantes adiciones, tanto es lo superfluo que encierra, y aunque su lenguaje es incorrecto, se tiene por lo mejor que de Cádiz se ha escrito en el siglo XVII, obra para pocos lectores. No hay amenidad: todo es ostentacion de la paciencia erudita de Mondéjar, superior en criterio, sin embargo, á los otros historiadores gaditanos.

Don Nicolás María Cambiaso publicó en 1829 y 1830 dos volúmenes con el título de *Diccionario de personas célebres de Cádiz.* Prometió un tercero que no llegó á salir á

luz. Propúsose sacar del silencio de la antigüedad muchas memorias de gaditanos. En este libro iba lo mas que él podia ofrecer: su voluntad. Pero no es obra capaz de llenar el blanco de nuestros deseos. Quiso Cambiaso demostrar que Cádiz contaba muchos hijos ilustres, y á falta de sugetos gloriosamente afamados, en número bastante, á ocupar con sus biografías tres volúmenes, daba por insigne con mayor aplauso que verdad al autor de un par de sermones gongorinos. Hizo hijos de Cádiz á algunos que no lo fueron, como el poeta mejicano Gabriel Ayrolo, y el capitan don Lorenzo de Herrera Betancourt. En cambio para nada cita á escritores gaditanos de alguna nombradía en su siglo.

Cádiz necesitaba pues, un libro que encerrase en buen órden y estilo la historia de sus vicisitudes, de sus ilustres hijos, de sus servicios á la nacion, de sus legítimas glorias. Por espacio de mas de once años me he ocupado en recojer cuantas noticias convenian á mi propósito. Para adquirir algunas casi ha sido necesario mendigarlas. Fruto de tantas ocupaciones sobre tantos estudios y tan estudiosos desvelos es la presente historia, escrita con el entusiasmo propio de un buen hijo para con su patria.

Sé que no poseo un caudaloso ingenio para engrandecer dignamente el asunto. Yo bien quisiera que mi historia estuviese escrita en estilo hermoso sin artificio, grave sin arrogancia, fecundo sin demasía y elocuente sin pompa: por eso en lo posible he procurado imitar en el decir la propiedad, la dulzura, la afluencia y la gala de los grandes maestros de nuestra literatura, conservando y á veces volviendo á la vida sus mejores frases, sus mas gallardos giros. Empresa indìgna de un historiador español seria apartarse de la imitacion de los buenos modelos de nuestra edad de oro y seguir la elocuencia helada de los escritores de la restauracion en el siglo XVIII, que á un idioma opulento como es el castellano redugeron casi á la mendiguez, pensando ver en todo los desvaríos del culteranismo.

Quizá se censure por algunos que hay en mi libro descripciones mas poéticas de lo que la gravedad de la historia consiente. Pero es bien que adviertan que, si es defecto, es defecto que peina canas muy antiguas y respetables, como que así componian sus obras los mas grandes historiadores griegos y latinos. Escribian describiendo. Es necesario pintar con tan vivos colores que no parezca que se leen los sucesos sino que se miran: resucitar á los hombres y á sus he-

chos con el ardor del estilo. Así no se deja lugar á la duda, ni que desear al deseo, ni se ofende en un punto á la verdad, la cual no pierde de su entereza porque se presente ornada con los mas hermosos atavíos.

No presumo haber hecho una obra perfecta: soy el primero en conocer mis errores. El mas severo censor de mis escritos soy yo mismo. Deseo mas ser correjido que estimado. El que note mis yerros adquirirá seguramente con la certeza de mi insuficiencia, la enseñanza de cuan fácilmente pueden cometerse. Mas debo solicitar para mis defectos tolerancia que gratitud por mis tareas en ilustracion de la historia patria. Si consigo el fruto de la tolerancia de mis lectores, mis lectores lograrán el mérito de haberla tenido. Así quedarán premiados mis trabajos y honrados mis deseos.

No puedo terminar este prólogo sin manifestar que ignoro cómo y con qué seré agradecido á tantos y tan grandes favores que no he merecido sino alcanzado de algunos amigos. Primero hallé que busqué los desinteresados consejos y las noticias de muchos. A la direccion de ellos deberé el acierto, si como lo he deseado, lo he conseguido. Al leer este libro, no atiendan pues á lo mucho que les debo: recíbanlo como una señal de todo lo que les soy deudor.

CÁDIZ 31 DE DICIEMBRE DE 1858.

INDICE.

LIBRO I.

GEOGRAFIA ANTIGUA DE LA PROVINCIA.

LIBRO II.

CADIZ FENICIA Y CARTAGINESA.

LIBRO III.

CADIZ ROMANA.

LIBRO IV.

CADIZ GODA Y ARABE.

LIBRO V.

GUERRAS EN LA PROVINCIA.

PÁGINAS.

LIBRO IX.

SIGLO XIX.

LIBRO I.

GEOGRAFIA ANTIGUA DE LA PROVINCIA.

CAPITULO I.

Introduccion.—Epoca de los romanos.—Convento jurídico de Gades. —Ciudades importantes de otros conventos en la provincia. Investíganse las situaciones de Asta, Evora, Luciferi-Fanum y otras. —Puerto de Menesteo, Gades, Mergablo, Promontorio de Juno y demás ciudades de la costa hasta pasar el estrecho. Nombres árabes de todas ellas. Pueblos de la tierra adentro.—Situacion de Asido en Medina Sidonia, y de Ceret en Jerez de la Frontera.

Cuando leo en Plinio el número grande de pueblos de importancia que cubrian el suelo de la Bética, pueblos que en su mayor parte han desaparecido, cuando los geógrafos no aciertan á designar la situacion que los mas tuvieron, y cuando la historia calla no solo su manera de ser, sino igualmente su manera de acabar, contemplo con cuanta imperfeccion la inteligencia del hombre abarca lo pasado y que hay hasta privilegiada felicidad en la desdicha. Ruinas de ciudades prepotentes yacen con sus nombres sobre la tierra: otras sin el nombre se ocultan en sus senos. No intentan el historiador y el geógrafo remover el manto de arena en que se envuelven sus escombros ó cimientos, como avergonzados del olvido que la historia dió á la destruccion suya y á la de sus hijos.

No llega á turbar su quietud el hierro dirigido por la ciencia que investiga: sino el del arado. Hiere y huella el cadáver de las antiguas poblaciones la igno-

rancia del rústico. El aura que corra por aquellas soledades y que un tiempo acarició las torres de la ciudad demolida, no ha de decirle el nombre que ella habia ostentado. El descubrimiento de sus ruinas casi siempre queda en el silencio, á menos que el arado no presente á la vista del labrador las monedas de plata ú oro que se esconden entre sus piedras. La ignorancia, guiada por la codicia, enseña entonces al sabio lo que el sabio en vano habia querido adivinar desde el hogar doméstico. No siempre la ciencia alumbra á la razon: muchas veces la confunde, porque quiere someter á reglas inmutables cuanto abraza. Mientras el rústico en la soledad ha presentido grandes verdades, excepciones de las reglas de la naturaleza, y ha sabido la existencia de fenómenos sin esplicarse las causas, los hombres científicos ni las han sospechado siquiera por un momento solo.

Pero esas grandes ruinas sembradas en nuestros campos, esos nombres de pueblos de ignorada historia, ¿qué enseñan á nuestro raciocinio? Una verdad innegable: los padecimientos de la triste humanidad. No se aniquilan por sí ciudades de poblacion inmensa y de suntuosos edificios. Podrán debilitarse con el transcurso de los siglos, y de mas número de habitantes venir á menos: siempre los intereses creados llamarán á sus casas habitadores; pero desaparecer del todo sus edificios y demás propiedades, por el abandono voluntario de sus hijos, no hay razon que baste á demostrarlo. Mas que terremotos, el esterminio que llevan consigo espantosas y repetidas guerras, solo pudo haber arrancado de los hogares á los vecinos de tan opulentas poblaciones: el fuego y el hierro solamente pudieron destruir los edificios que á pesar del tiempo la mano del hombre hubiera reparado.

La provincia de Cádiz sin duda fué el último refugio de los romanos en las invasiones diversas de los bárbaros del Norte. Al extremo del lugar por donde verificaron la entrada aquellos, lógicamente se debe com-

prender que la última resistencia de los naturales del pais fué en estas partes y, como última, desesperada.

Siendo tambien la primer provincia que invadieron los árabes y en donde encontraron la resistencia primera, la destruccion que los bárbaros dejaron de ejecutar fué consumada por estos.

El hierro y el fuego que convierten en ruinas los edificios, no dejan incólumes las vidas de sus habitantes. Por eso en cada uno de los innumerables vestigios de poblacion antigua que se encuentran en la provincia gaditana, debe contemplar el filósofo una memoria lastimosa de los grandes sufrimientos que á la humanidad han sido en todo tiempo reservados. Las fuerzas físicas é intelectuales del hombre allá se miran aunadas para levantar monumentos de su poder en la formacion de pueblos y ciudades. Esas mismas se emplean mas tarde en aniquilar hasta sus cimientos las obras del hombre, obras que parecen consagradas para el respeto de todos, cuando se erijen, y solo sujetas á la accion de las horas que han de ir pasando; pero el hombre se anticipa al tiempo, y lo que este en siglos y siglos, aquel destruye en instantes, impaciente en la ejecucion del mal.

Corta es la vida del hombre para el desengaño. No se aprende el desengaño en la historia: se aprende en la esperiencia. El hombre de cada siglo no se juzga el mismo hombre que el del anterior. Hay innato en nuestra razon un anhelo de superioridad, anhelo de superioridad que nos conduce, ya que no á creerla en el individuo aislado, al menos en la sociedad de que formamos parte. Cada uno de los modernos siglos es un adelanto mas en la carrera de las ciencias; pero las ciencias por sí no han podido modificar ni en un átomo las causas que encienden el corazon del hombre y lo llevan al ejercicio de las pasiones mas feroces en oprobio y destruccion de la humanidad. Pero la memoria de los pueblos de nuestra provincia en los antiguos tiempos nos llama.

La misma tierra que cubre sus cimientos y muros derruidos, cubre tambien la sangre de sus míseros habitadores. Si acaso alguna de las piedras que sobresalen se ven húmedas al nacer el dia, la indiferencia de los hombres no mire en ellas las lágrimas de los que allí perecieron, mezcladas con el rocío que cariñosamente se ha enlazado á ellas y parece revivirlas. ¿Qué importan á la humanidad los padecimientos que fueron, cuando la humanidad está padeciendo todavía?

Dividida la Bética en cuatro conventos jurídicos por los romanos, Gades era capital de uno de ellos. Segun Plinio constaba de las poblaciones siguientes. *Regina*, municipio de ciudadanos romanos. *Læpia* (que algunos quieren que fuera *Regia)*; *Carisa*, con el sobrenombre de *Aurelia*; *Ugia*, *Uxia* ó *Urgia* (que de estos tres modos se escribia), renombrada *Castrum Julium* y tambien *Cæsaris Salutariensis*, todos tres pueblos latinos ó con el derecho del Lacio. Pueblos tributarios eran *Bessaro*, *Belippo*, *Barbesula*, *Lacippo*, *Besippo*, *Callet*, *Cappagum*, *Oleastro*, *Ytucci*, *Brana*, *Lacibi*, *Saguncia*, *Andorisippo*.

Tambien debieron pertenecer todas las poblaciones de la costa desde el Guadalquivir hasta mas allá del rio Guadiaro. Plinio las cita al describir las poblaciones marítimas, sin significar á qué jurisdiccion pertenecian.

A mas de los pueblos nombrados, otros debieron existir en la tierra adentro. Sabido es que Plinio no citó todos, sino aquellos cuyos nombres creyó dignos de memoria ó mas fáciles de pronunciar en lengua latina.

Ignóranse de todo punto los fijos límites del convento jurídico gaditano, especialmente por el interior. En vano algunos geógrafos modernos han querido asignarlos; y así no se hallan ni pueden hallar dos que concuerden, y aunque concordaran, faltan en esta cuestion razones incontrovertibles en que fundar los raciocinios. La situacion de los pueblos de la costa con mas facilidad puede señalarse el dia de hoy, no obstante las adul-

teraciones que en esta parte geográfica han querido introducir los autores, hijos de pueblos de ninguna nombradía, que al escribir la historia de sus patrias respectivas han tratado de engrandecerlas, dándoles la falsa investidura de alguno de los famosos en tiempos de los romanos.

La parte referente á las poblaciones de tierra adentro ofrece grandes dificultades, puesto que los geógrafos antiguos mas se cuidaban de puntualizar la situacion de las de la costa que la de aquellas. Así hasta ahora ¿qué se sabe con certeza de los pueblos del convento gaditano que estaban en lo interior de nuesta provincia? Solo que el despoblado de *Carija* junto á Bornos conserva el nombre de *Carisa* corrompida la s en j por los árabes; así es que de muchos de los pueblos citados por Plinio nada se puede escribir, porque ni aun conjeturas caben en un asunto donde la confusion mas grande reina.

Pero no intento solo tratar de los pueblos del convento jurídico gaditano, sino de toda la geografía de nuestra provincia, donde habia ciudades pertenecientes al de Hispalis, y aun al de Astigis. Por eso paso á memorar las mas importantes que estaban en el territorio de ella, tal como hoy se conoce.

La situacion de la ciudad de *Asta* era entre los esteros ó las marismas del Betis. Pertenecia al número de las colonias. En ella no habia audiencia para dirimir los pleitos de los Turdetanos, como interpretando violentamente un pasage de Strabon, quieren algunos. *Asta* servia de punto de reunion á los Turdetanos para sus negociaciones: era el mercado general de la provincia. Distaba cien estadios y no mas del surgidero de la isla.

Sobre su situacion han disputado mucho los geógrafos. El mas ilustre de los historiadores de Jerez de la Frontera (el P. Martin de Roa) cree que estuvo *Asta* donde hoy esta ciudad, y la misma opinion defienden los dos Mohedanos: aquel fundándose en la conformi-

dad de hallarse rodeada de marismas la tierra de Jerez[1] y estos por deducciones que hacen del *Itinerario* llamado *de Antonino*, y de la concordancia que hacen del *Portus Gaditanus* en la moderna villa de Puerto Real.[2]

Otros historiadores de Jerez sitúan á *Asta* en la Mesa de su nombre, fundándose en la conservacion de este y en las ruinas que de poblacion romana existen en aquel punto. El llamarse ese sitio *Mesa de Asta* no es razon por sí sola suficiente; puesto que en el término de Jerez hay otra Mesa llamada de Cádiz; y la antigua ciudad de Cádiz no por eso se ha de decir que estuvo en ese sitio. Los vestigios de ciudad romana sí dan mas verosimilitud á la conjetura. Los cien estadios, que pone Strabon entre el surgidero de las naves y *Asta*, la esfuerzan igualmente, si es que al hablar de él este geógrafo significó el de la isla Tartesso en el Betis, y no el de la isla Gades. En este caso, en Jerez y no en la Mesa seria la situacion de *Asta*. Sin embargo el estar la Mesa mas cerca del Betis que Jerez, llegar casi hasta ella por entre las marismas y el despoblado y señorío de Pozuela un arroyo, que enlazándose luego con el Ratonero ó Paparratones va á desembocar en el océano á las inmediaciones de Rota, y decir Strabon que las crecientes del mar eran tales en las marismas de *Asta*, que llenándolas de rios, permitian su navegacion á las ciudades situadas en ellas, son señas que se conforman mas con el terreno de la *Mesa de Asta*; pues si bien estos arroyos no son hoy navegables, en la cuestion presente pueden considerarse como vestigios tan solo de lo que en los tiempos de Strabon eran. Segun el sentir de los

1 Esto opina en sus *Santos de Xerez*. En su *Flos Sanctorum* (Sevilla 1615) no era de igual dictámen. Allí dice:

"La antigua y Real ciudad de Asta, colonia, como escribe Plinio, de los romanos, cuatro millas de Xerez de la Frontera. Vénse hoy las ruinas y destrozos de sus grandes edificios con el mismo nombre, si bien ahora se llama la *Mesa de Asta* por estar el sitio de su fundacion algo levantado, casi en forma redonda, sobre las tierras vecinas."

2 Historia Literaria de España.

prácticos del terreno á quienes he consultado, la via pública romana no pasaba por la misma *Mesa de Asta*, sino por sus inmediaciones, como demuestran los restos que se han solido hallar labrando las tierras vecinas.

Sobre el nombre de esta poblacion diré brevemente mi parecer. No creo que tenga orígen en la voz *Hasta*, como quieren algunos. Imaginando varias veces en cual pudo ser, no tuve por inverosímil que la voz *Asta* se dijera por corrupcion de *Astaroth*, á causa de haber fundado esta ciudad los fenicios y adorarse en ella la divinidad *Astarte*, como diosa de los bosques, luna, reina del cielo, Venus Siria y esposa de Adonis ó Juno segun otros. Pero si el orígen es mas moderno, desde luego no vacilo en afirmar que *Asta* se llamó por corrupcion de *Aestua* (los esteros ó las marismas). En la media y baja latinidad se convirtió la voz *Aestuaria* (plural) en *Astaria* (singular). La colonia *Colobona* debió estar segun Plinio entre Nebrissa y Asta, señas que convienen á *Trebujena*, por estar tambien entre las marismas del Betis. Strabon y Pomponio Mela, citan por estos sitios una ciudad llamada *Evora*. El primero la pone en las orillas del Betis antes de *Luciferi Fanum:* y el segundo en la ribera del mar ó en la costa. Strabon habló con exactitud. Mas allá de Sanlúcar existe un cortijo con el nombre de *Evora,* á cuyas inmediaciones llegan en las crecientes las aguas del Guadalquivir. Tanto en aquel como en las viñas confinantes, mas de una vez el arado se ha roto en los cimientos de edificios romanos. He visitado este terreno y su situacion se conforma con lo que escribió aquel ilustre geógrafo griego.

Seguia luego la poblacion llamada *Luciferi Fanum* (el templo del lucero ó de la estrella del alba). Strabon le da el sobrenombre de *Luz dudosa.* Su situacion parece ser la de Sanlúcar de Barrameda.

Pomponio Mela cita igualmente otra ciudad llamada *Ara Junonis* por su famoso templo; y ya en medio del mar mas sobre un peñasco que en isla, el *Sepulcro de Ge-*

rion, que sin duda es la nombrada *Turris Capionis*: el Ara de Juno estaba en lo que hoy es *Chipiona*, y en el peñasco la *Salmedina* el Sepulcro de Gerion ó *Turris Capionis*, que, segun Strabon, servia como faro para la seguridad de los navegantes, puesto á las corrientes del Limo, rio que hoy no se conoce.

No solo Carteya, cerca del monte Calpe, llamóse por los griegos *Tartesso*, sino tambien *Gades* y toda la costa hasta el Guadalquivir, nombrado entonces *Tartesso*, igualmente por la ciudad que habia con el mismo título en una isla á su desembocadura. Strabon describe el Betis diciendo que no lejos del mar forma un gran lago, y que desde allí bañando una isla donde hubo una ciudad llamada *Tartesso*, corre dividido en dos brazos. Rufo Festo Avieno habla de tres brazos que desde el lago Ligústico se dirigian por el lado de Oriente hácia unos campos fértiles y de dos que por la parte del mediodia bañaban la ciudad de su mismo nombre.

Plinio nada dice de esta ciudad, y Pomponio Mela solo escribe que los dos brazos del Betis eran tan caudalosos como cuando el rio iba por una sola madre.[1]

1 "Tartessum certe fluvium Hispaniæ esse tradunt ostiis duobus in mare descendentem amni cognominem urbem inter utrumque alveum sitam, omnium vero Hispaniæ fluminum maximum."
PAUSANIAS.

Sed insulam
Tartessus amnis ex Ligustico lacu
Per aperte fusus undique ab lapsu rigat,
Neque iste tractu simplici provolvitur
Urbisve sulcat subiacentem cespitem.
Tria ora quippe parte eoi luminis
Infert in agros; ore bisgemino quoque
Meridiana civitatis adluit.
RUFUS FESTUS AVIENUS.
Ora maritima.

"Betis ex Tarraconensi regione demissus per hanc fere mediam diu sicut nascitur, uno amne decurrit; post ubi non longe a mari grandem lacum facit, quasi ex uno fonte geminus exoritur: quantusque simplici alveo venerat, tantus singulis effluit." Esto, y no mas, dice Pomponio Mela. Ni Aldrete en su libro del *Orígen de la lengua castellana*, ni Jusepe de Salas en su version de Pomponio Mela, acertaron, á lo que entiendo, en decir que Mela hablaba de la entrada del Betis en el mar por dos bocas. Mas exacta es la traduccion de Luis Triballos de Toledo. "Despues, habiendo, no léjos de la mar, hecho una grande represa y lago, sale como de una fuente, duplicado ó partido en dos brazos, y lleva por cada uno tanta agua como traia en uno solo."

Creo con Isaac Vosio que aquí hay un error de concepto. Es de todo punto imposible, como quiere Antonio de Nebrija, que un brazo del Guadalquivir corriese por Lebrija, ni menos, como aseguran otros, que desembocase junto á Rota. Algunas madres de arroyos secos engañaron sin duda á los anticuarios que tal han escrito. Para que esto fuese cierto, se necesitaria que los geógrafos antiguos hubiesen puesto en la misma isla de Tartesso á Asta, á Evora, á Luciferi Fanum y á la Ara Junonis, y no en el continente. Los vestigios de Evora con su propio nombre se encuentran en el mismo lugar que señaló Strabon, junto á la orilla del Betis. La distancia que establece el mismo entre Asta y el surgidero de la isla conviene con el sitio llamado de las *Orcadas*, de donde se infiere que la isla mayor fué la de Tartesso.

Opino, pues, que debe entenderse de los textos de los geógrafos[1] griegos y latinos que el Tartesso ó Betis bajaba al Océano por dos brazos caudalosos, como por dos brazos caudalosos desciende hoy bañando la isla mayor. Tan es esto así, que Rufo Festo Avieno habla de tres brazos que miran á oriente, que son los de las dos islas, la mayor y la menor; pues el rio en esa parte corre por tres álveos. Uno de los brazos de la isla mayor conserva aun el nombre de *Tarfia*, corrupcion de *Tarssia* ó *Tartessia*. El lago *Ligústico* ó *Averno*, segun Suidas, seria alguno de los lugares que se inundan con las crecientes y aun se llaman *Lucios*.[2] En aquellos tiempos no se habian reunido sobre él las arenas del rio convirtiéndolo en marisma. La ciudad de *Tartesso*, segun Scyno Chio, geógrafo griego, era un emporio opulentísimo.[3] Sin

1 "Cum autem Bætis duobus ostiis in mare exeat, aiunt olim in medio horum urbem fuisse habitatam *Tartessum*, fluvio cognominem regionemque appellatam fuisse *Tartessidem*, quam nunc Turduli incolunt." STRABON.

2 Véase el Padre Florez *España Sagrada*. Tomo IX.

3 *Orbis Descriptio*.

"Hanc prope vero excipit Tyriorum veterum mercatorum colonia Gadera, ubi maximos esse, fama est, cetos. Post illam vero dierum duorum absolventi navigationem, emporium opulentissi-

embargo, si contra todas las presunciones que creo mas atinadas, existió otra isla, desembocando el rio en el mar por dos brazos, como quieren muchos modernos, debió estar á la parte del coto de Oñana ó Doña Ana y no á la de Lebrija. Quizá ayudará á esta opinion hipotética, que presento, el recuerdo de que Suidas decia que en la isla Tartesso se criaban muchos conejos ó comadrejas; pero en el coto no hay vestigios de la otra madre del rio, por lo cual creo que este sabio griego habló de esos animales por haber tanta abundancia de ellos en el coto inmediato[1] á Tartesso, como tierra que seria de la pertenencia de esta ciudad. Aunque Strabon afirma que en su tiempo se decia que antiguamente esta existió en esa isla, con todo, del testimonio de Rufo Festo Avieno se deduce que en el siglo IV de la era cristiana todavía Tartesso estaba habitada. Concordando la geografía romana con la árabe, resulta que en tiempos de la dominacion de los moros se llamaba Sanlúcar de Barrameda *Almesguid* (la mezquita), lo cual demuestra que el famoso templo de la estrella del alba llegó á ser lo que en ese nombre se significa. Subiendo por el rio dicen los geógrafos árabes, que se encontraba el puerto de *Tarbissona* ó *Tarbixena*, despues las Revueltas *(Al-otof)*, que debieron ser las Orcadas; y á continuacion, primero *Cabtur* y despues *Cabtal*, dos ciudades situadas entre los álveos del rio ó *Captur* y *Captiel*, alquerías segun escriben otros. Desde luego se comprende que estas dos poblaciones fueron en las islas mayor y menor.[2] Rasis

mum, dicta Tartessus, illustris urbs fluvio vectum plumbum ex Celtica, aurumque et aes ferens plurimum "Deinde regio Celtica vocata usque ad mare quod Sardiniæ adjacet quæ maxima est ad occidentalem gens."

1 "Tartessus urbs est extra columnas Herculis ad oceanum, ubi maximæ nascuntur *mustelæ*" Antes habia dicho Suidas, "*Cuniculus, sive mustelæ, sive feles Tartesiæ.*" HISTORICA.

Rodrigo Caro equivocadamente traduce *feles Tartesiæ* por la gata de Mari-Ramos, dando á entender que eran muy astutos los gatos de Tartessia, y que tal dice Suidas, cuando de su texto nada de ello se comprende.

2 El Nubiense (Xerif Aledris) en la version del Sionita, habla

dice que el Guadalquivir entraba en el mar en un sitio llamado *Cabtur*, por lo que se infiere que Tartesso estaba donde esta ciudad: lo mismo los geógrafos griegos que los árabes consideraban desde esta isla la entrada del rio en el mar, como efectivamente entra, juntándose para ello en uno los dos brazos caudalosos que la circundan.

Despues de la torre de Capion nombran los geógrafos griegos y romanos el bosque ó Luco llamado *Oleastrum* ó del acebuche. Verosímilmente en él estaria el oráculo de Menesteo que cita Strabon como inmediato á aquella torre, y despues del puerto del mismo nombre. Parece, pues, corresponder este bosque y oráculo al sitio que hoy ocupa la villa de Rota, ó si no en sus inmediaciones. *Rabeta Ruta* llamábase esta en tiempos de los árabes. *Rabeta* quiere decir *fuerte de la frontera* segun unos, ó *Torre* segun otros. El intérprete Sionista la llama *Speculum Rotæ*.

Seguia luego en la misma costa el *Portus Menesthei* llamado así por Strabon y Marciano Heracleota. Pomponio Mela y el Itinerario de Antonino le dan el nombre de *Portus Gaditanus*. Ptolomeo coloca el *Puerto de Menestheo* entre el Cabo de Trafalgar y Cádiz. Y no habiendo como no hay puerto seguro en toda aquella costa sino en el sitio de Torre y Cabo Roche, hoy bastante cegada su boca, en el sitio de torre y cabo Roche se debe fijar la situacion del puerto de Menesteo, segun el último de los geógrafos griegos que he citado.

Strabon nombra el puerto de Menesteo como inmediato á la ciudad de Asta, y Marciano Heracleota dice que distaba de los esteros de esta ciudad como unos

así de estos pueblos: "Deinde ad Masacad (Masagued.) VI M. P. Hinc ascendes per flumem ad portum Tarbasanam, pergesque ad *Alotuf*, tum ad *Captur* et mox ad *Captel*, duo oppida interfluminis alveum condita." Conde traduce así: "Luego á *Almesguid* 6 millas, y desde allí se sube por el rio al Puerto *Tarbixena*, al *Otof*, al *Cabtor*, al *Cabtal*, y *Cabtor* y *Cabtal* son dos alquerías en medio del rio." Rodrigo Caro dice que en su tiempo todavía se llamaban *Captiel* y *Captor* las dos islas del rio.

docientos estadios.[1] El Itinerario de Antonino sitúa á 16.000 pasos de Asta el *Portus gaditanus*. Habrá aquí algun error? ¿El *Portus gaditanus* se confundirá por algunos geógrafos con el de Menesteo cerca de Trafalgar por tener en el bosque inmediato el oráculo del mismo nombre? Cuestion difícil de resolver es la presente. Sin embargo, fuera el Puerto gaditano, fuera el de Menesteo, ó uno solo conocido por ambas denominaciones, no cabe duda en que su situacion concuerda con la del Puerto de Santa María. Creo un error en los Mohedanos fijarla en Puerto Real, lo mismo que en el Trocadero. La distancia que pone el Itinerario de Antonino entre el puente (hoy de Suazo) y el Puerto gaditano, en manera alguna convienen. ¿Dónde están los catorce mil pasos entre el puente y Puerto Real? En el sitio del de Santa María mas se conforma esta distancia. Por otra parte algunos restos del arrecife romano se han hallado en diversas ocasiones entre la Mesa de Asta y el Puerto de Santa María. Aldrete y el Maestro Florez opinan que el rio que pasa por delante de esta ciudad se llamó *Chryso* en lo antiguo y no *Lethe*, como piensan muchos, engañados con cierta semejanza que hoy tiene en su nombre. Otros creen con mas verosimilitud que el *Chryso* era el *Guadiaro*, como demostraré á su tiempo.

No hay autor griego ó latino que llame Lethe á un rio de estas partes de la Bética: Los árabes le daban el nombre de *Led*, *Leque* ó *Guadaleque*. Uno de los arroyos que entran en él se denomina *Badalejo*, en cuyo nombre se conserva su orígen (Wada-lejo ó Wada-leco). El rio Lech de Holanda era llamado por los latinos *Leccus*; pero no creo que de este fué tomado el nombre de *Leque*, sino de la voz *Lechææ* (Lequee) con que se conocia la ciudad y el arsenal de Corinto en el Pelo-

1 "A Menesthaei vero portu ab aestuarium juxta Astam stadia 210." Marc. Her. Periplus.

poneso (Morea). Pasando el rio como pasaba por el *Portus Gaditanus* y teniendo en él dársenas como tenian los romanos, mi conjetura parece hasta cierto punto bastante verosímil.

Al tratar de la estension de la isla *Gades* difieren mucho los antiguos geógrafos. Aceptando las opiniones que se conforman mas con su situacion presente comenzaré á enumerarlas. Plinio dice que estaba separada de la tierra firme por la parte mas cercana como unos setecientos pasos, y por el sitio mas distante como unas siete millas. Polibio dice que tenia doce millas de largo y tres de ancho. El mismo Plinio le daba la estension de quince millas. S. Isidoro afirma que distaba del continente unos ciento veinte pasos.[1]

Subdividian la isla de *Gades* los antiguos en varias islas y á cada una aplicaban distinto nombre. Plinio que recopiló en su obra todas las opiniones, dice que hácia el lado que mira á España, casi á cien pasos, está otra isla larga como tres millas y ancha como una, en la cual estuvo primeramente el pueblo de *Gadio*. Eforo y Filistide la llamaron *Eritia* ó *Erythrea*. Timeo y Sileno le dieron el nombre de *Aphrodisia*, y sus habitantes el de *Isla de Juno*. La mayor de las islas se denominaba por ellos *Cotinusa* y por los latinos *Tartesso*. Los cartagineses la llamaban *Gadir* y los griegos *Gadera*. Se comprende que estas islas serian la que hoy ocupa Cádiz, la de S. Fernando, la de la Carraca y la del Trocadero. Mas en todo cuanto se ha escrito de estas islas, hay una estraordinaria confusion en los autores. Pomponio Mela, por ejemplo, dice que la isla Erythrea estaba junto á

1 En el libro de las *Etimologias* se lee:

"Gades insula in fine Bæticæ provinciæ sita quæ dirimit Europam ab Africa in qua Herculis columnæ visuntur et unde Tyrreni maris faucibus occeani æstus immittitur. Est autem á continenti terra centum viginti passibus divisa, quam Tyrii á rubro profecti mare occupantes, lingua sua Gadir, id est, Sæpem nominaverunt pro eo quod circumsæpta sit mari. Nascitur in ea arbur similis Palmæ, cujus gummi infectum vitrum ceranium gemman reddit."

Lusitania, en tanto que Herodoto la habia situado frente á Cádiz.

El islote de S. Sebastian se llamaba el promontorio ó cabo *Cronium*, así como el de Sancti-Petri *Heracleum*. Los demás nombres de Cádiz en tiempo de los romanos se hallarán en el discurso de la historia.

El puente (hoy de Suazo) era mansion del *Itinerario* de Cádiz á Sevilla y Córdoba, y como tal se halla citado en el que se llama de Antonino. Viniendo de Málaga á Cádiz se fija tambien como mansion el templo de Hércules. De este se iba á *Mergablo*, cuya distancia concuerda en cierto modo con el rio Roche inmediato á Conil: y en efecto, cerca de Conil, que no sé por qué se cree una *Cymbilis* ó *Cymbis* que cita Tito Livio como refugio de Magon, parecen vestigios de poblacion antigua. Conil (*Conillos*) es voz de la baja latinidad y significa vivar de conejos. Entre Conil y Vejer á una legua distante de ambas poblaciones, se encuentran en una altura las ruinas de *Patría*, voz que equivale á region, provincia y pais. *Patría* fué una ciudad desconocida de los geógrafos.

El cabo de Trafalgar se llamaba *Promontorio de Juno*, y en él habia un templo dedicado á esta diosa.[1] En las ruinas que parecen dentro del mar cerca de los altos de Meca, debió ser la ciudad de *Bessippo*, donde estuvo el puerto del mismo nombre. El rio *Barbate*, llamado así de los árabes, era el rio *Belona*; y mas adelante en el sitio hoy conocido por de *Bolonia* una ciudad de aquel nombre. En tiempo de Antonino se conocia por *Belone Claudia*. Esta poblacion fué sin duda de fenicios, y en ella habia templo dedicado á *Baal* ó *Belo*.[2]

La situacion de la antigua *Mellaria*, por unos se señala en Vejer de la Miel, y por otros en Algeciras, por el rio de la Miel allí inmediato; pero las distancias del

1 "Promontorium á quo fretum in quo Junonis templum." PTOLOMEO.

2 Véase la obra *Ibernia Phœnicea* por el doctor Villanueva. Dublin 1831.

Itinerario no concuerdan con una ni otra poblacion. Lo verosímil es que *Mellaria* estuvo donde hoy Tarifa, ó al menos en punto muy inmediato. El nombre de *Mellaria* conviene con el *Mellarium* de la baja latinidad. No creo que fuera por ser depósito de miel, sino por los lagares de las escelentes uvas que hasta tiempos modernos se cultivan en sus cercanías. En Algeciras ó en sus contornos (*Villavieja*), estuvo el antiguo *Portus Albus* distante de Carteya seis millas.[1] De la ciudad de Carteya parecen hoy las ruinas en una gran esplanada que hay entre el Guadarranque y Puente Mayorga.[2] No sé la causa de tanto como se ha escrito sobre la verdadera situacion de esta ciudad, cuando es evidente que Plinio la cita como inmediata al monte Calpe, y Pomponio Mela, natural de estas costas, en la ensenada donde está el mismo. Los antiguos la llamaron tambien Tartesso, como piensan algunos, segun dice este último autor: pero Columela da nombre de Tartesso á toda la costa frente á Gades desde el rio Betis ó Tartesso, del mismo modo que el estrecho de Gibraltar se llamaba *Fretum gaditanum*,[3] por la ciudad de Gades inmediata.

1 *Portus Albus*. Quizá fuera el *Puerto del faro* por alguno que hubiera en él. *Alba*, en la baja latinidad, significaba *faro*. Tal vez por corrupcion se dijera así.

2 El Itinerario de Antonino pone las siguientes distancias desde Carteya.

Portu Albo. .	M. P.	VI.
Mellaria. . .	.	XII.
Belone Claudia.	.	VI.
Besipone . .	.	XII.
Mergablo. . .	.	VI.
Ad Herculem .	.	XII.
Gadis. . . .	.	XII.

3 *Marciano Heracleota*, segun la version de Hudson, cita así las poblaciones del Estrecho.

"A Calpe monte et columna quæ in principio maris interioris est enaviganti in fretum oceanumque et a dextra habenti Iberiæ continentem ad Carteiam stadia sunt 50. Hic accolit gens Bastulorum qui dicuntur Pœni. A Carteia vero ad Barbesolam stadia 100. A Barbesolis autem ad Transducta non plus stadiis, 200, non minus juxta lineam subtendentem stadiis 145. A Transductis vero ad Menlariam non plus stadiis 115, non minus stadiis 123. A Menlaria autem ad Belona civitatem non plus stadiis 140, non minus stadis 100. Hinc Turdulorum gens incipit. A Belone vero civitate ad Belonis fluvii ostia non plus stadiis 75, non minus stadiis 50. A Belonis autem fluvii ostiis

Marciano Heracleota nombra á *Julia Transducta* entre Carteya y Barbesula por una parte y Mellaria por otra. Pero este geógrafo debió padecer un error. *Julia Transducta* estaba situada, segun Plinio, autor de mas fé en estas materias, en la Mauritania. Llamábase en lo antiguo Tingi (hoy Tánger). Claudio le dió el dictado de Colonia y el sobrenombre de *Traducta Julia.* Distaba de *Belona* en la costa de España treinta millas. Algunos han creido que esta *Julia Traducta* citada por Marciano, era la que llamó Strabon *Julia Joza.* En algunas ediciones de Mela se lee el nombre de *Tingeteratum* y *Tingecetraria,* y de aquí han creido algunos que hubo tambien por estas costas una poblacion de semejante nombre, pero se engañan. Es la *Tingi Cesárea.*

El Monte *Calpe* era el de Gibraltar: comunmente se cree, y con razon, que en lo antiguo no hubo en él ciudad. El Itinerario de Antonino cita á Carteya con el nombre de *Calpe-Carteya,* y de aquí han querido los geógrafos hacer deducciones en favor de la existencia de otra poblacion así llamada;[1] pero el nombre de *Calpe Carteya* seria sin duda para distinguirla de la otra *Carteya* que habia en la Céltica (hoy Cartaya). Ade-

ad promontorium, à quo fretum in quo Junonis templum, stadia 200, stadia 150.

Nótese que el camino iba por junto á la costa, y que ninguno de estos pueblos puede creerse Chiclana. Así los que la concuerdan con algunas de estas poblaciones se han engañado.

1 Así lo creyeron Cassaubon y Bochart. En las primeras ediciones del *Itinerario* hay dos ciudades, una *Calpe* y otra *Carteia* citadas con igual distancia. El Ravennas nombra siete ciudades en el estrecho con este órden: *Cartegia, Transducta, Cetraria, Mellaria, Baelone, Bepsipon,* ó *Baesippon.* Celario llama á Bellona *Baelo, Bælon* ó *Belo.*

"*Carteia* prope fretum Gaditanum sive Herculeum, notissima apud antiquos urbs, cuius rudera in eo tractu ubi Algecira dicitur punico vocabulo, visuntur. Neque est Tarifa prout aliquid voluerunt... Aldrete eximius Hispaniarum antiquitatum indagator (Lib. 3, cap. 3. Originis linguæ castellanæ) prope oppidum hodie Conil in Caetarijs ex Plinio et Tit Livio conjectat fuisse, ubi ruinæ quas *las aguas de Meca* appellant. Quid statuam arbitrantibus usque diversa trahentibus doctissimis viris non habeo

RODRIGO CARO en las *Anotaciones á Dextro.*

más para ser Carteya mansion del camino de Málaga á Cádiz tenia que estar donde hoy parecen sus ruinas, y de ningun modo en el monte.

No hubo, pues, tal ciudad de *Calpe*, como el texto errado de Strabon indica, ni menos medallas con el lema de *Colonia Julia Calpe*, como se fingió una para comprobar su existencia.

Seguia despues el rio *Barbésula* y la ciudad de su nombre que Plinio cita en el Mediterráneo y Marciano con error entre Carteya y Julia Transducta. El rio *Barbésula* es el Guadiaro, llamado *Chryso* por Festo Avieno, siguiendo como seguia este autor las denominaciones primitivas. El *Chryso* bañaba las regiones *Selvyssinas*, nombre que parece concordar con la poblacion *Cilniana* ó *Cilviaca*, ó *Silvia*, citada por Antonino en la via de Málaga á Cádiz, region que debió corresponder á la Serranía de Ronda.

El fin del convento jurídico de Cádiz era á mi ver *Lacippo*, ciudad de la costa antes de Barbésula viniendo desde Málaga, como se prueba de la geografía de Pomponio Mela.

En tiempo de los árabes conocíase toda la costa entre Gibraltar y Cádiz por el nombre de Bahroz-zocac (el estrecho de las angosturas). Algo se conserva de él en la playa de la *Barrosa* entre Sancti-Petri y Conil; y aun hay tambien una torre llamada de la *Barrosa*. El *promontorio de Juno* tomó la denominacion de *Taraf-al-agar* que en árabe equivale á *promontorio de las cuevas*.

El monte C*alpe* llamóse C*hebal-Tariq* ó el *monte de Tariq* y tambien C*hebal-Al-fatah* ó el *monte de la entrada*, en conmemoracion de la de Tariq para la conquista de España.[1]

Así todos los rios de esta costa tomaron los nom-

1 Véase la traduccion de Almaccari hecha del árabe al inglés por mi amigo don Pascual de Gayangos, y tambien *Ibn Batouthath*, texto y traduccion francesa por Defremery y Sanguinetti (Paris 1853).

bres árabes.—Guadarranque—Wada-Ramke, rio de las yeguas.—Wadil-l Nisa ó Nesa, rio de las mujeres, es el Guadamexí.—Nahr-al Aselí, el rio de la miel por lo dulce de sus aguas.—Guadalmedina-Wadal' Medina, el rio de Medina.—Wada-Barbat, el rio Barbate.—Mersa Asagra (el puerto de la Arboleda) estaba junto á Gibraltar: *Algezirat* ó *Al-chezirat Alchadra* ó *Al-jadra* equivale á Isla Verde ó de la Verdura, ó de las Palomas, *Gezira Tarif* era la isla de la punta ó del Puntal (hoy Tarifa). La sierra de Retin es la que el Nubiense llama *Aretba* ó *Rotham* segun el intérprete Sionita. Vejer se denominaba *Beka*, y Nahr Beka un riachuelo que cerca de Vejer entra en el Barbate. De la corrupcion del nombre de Beka en *Meca*, se llamaron así los altos inmediatos al sitio donde están las ruinas de Besippo. El rio Sancti-Petri se denominaba de *San Beter*, conservando en algo el nombre que le pusieron los cristianos.

De los pueblos de la Sierra, y otros de la tierra adentro nada se sabe durante la dominacion romana. Arcos, segun quieren algunos, fué *Arcobriga*, sin mas razon que la semejanza del nombre. *Colonia Arcensis* dicen que fué Caro y otros autores: Plinio no cita sin embargo á ninguna de tal denominacion. Pudo sin embargo haberla adquirido en posteriores tiempos.

Con todo, la situacion de Arcos por su importancia debió ser preferida de los romanos para una gran ciudad. No hay inverosimilitud en que *Arcos* fuese la *Regina* citada por Plinio entre las que tenian el derecho de ciudadanía. Hoy se encuentran en su terreno muchos vestigios de poblacion de romanos.

Sabido es que muchas tomaron el nombre de *Arcos* por los arcos triunfales, que en sus puentes, vias militares y entradas de pueblos acostumbraban poner aquellos. *Hisn-Arcos* (el fuerte de Arcos) era el nombre que conservaba durante la dominacion arábiga.

En los términos de Jimena y Castellar tambien hay vestigios de la existencia de poblaciones romanas: en la

Sierra son escasísimos. Lo mismo acontece con sus nombres que casi todos son arábigos. Sin embargo, algunos geógrafos afirman que la villa de Torre Alháquime fué la *Castra gémina* del convento jurídico de Ecija, así como Zahara *Lastigi*. Otros opinan que esta era la llamada *Læpia* ó *Regia*. Pero estas concordancias no tienen el mas pequeño fundamento que las autorice.

Los *Túrdulos* ó *Bástulos* habitaban esta provincia: los primeros desde el puerto de Menesteo al promontorio de Juno y al rio y á la ciudad de Belona. Los *Bástulos*, llamados tambien *Penos*, desde Mellaria á Carteya y al monte Calpe. *Asta* era ya en territorio de Turdetanos. Esto dice Ptolomeo.

Queda todavía una de las mas difíciles cuestiones de resolver tratándose de la geografía de esta parte de la Bética: la verdadera situacion de *Asido*, colonia romana y mas tarde cabeza del obispado *Asidonense*. Por mucho tiempo se ha creido que corresponde á la de *Medina Sidonia*; pero desde el siglo último han comenzado á dudar en este asunto los historiógrafos, especialmente el Padre Florez, de modo que hoy como hoy la opinion se inclina mas en favor de la ciudad de Jerez de la Frontera.

Fúndanse los que tal aseguran en que Plinio al nombrar las poblaciones del convento jurídico hispalense, pone la colonia *Asido*, llamada *Cæsariana*, en la tierra adentro despues de Nebrissa, Colobona y Asta, entre las marismas del Betis, y no parece verosímil que Asido estuviera en el centro del convento jurídico de Gades segun la situacion que hoy tiene Medina Sidonia.

El segundo argumento es recordar que Rasis llama á Jerez *Xerez Saduña*, que cerca de esta poblacion está un valle llamado de Cidueña, y por último que el Arzobispo don Rodrigo dice terminantemente que Jerez fué *Asidona*.[1]

1 Cumque venissent ad fluvium qui Guadalete dicitur prope Assi-

El primero de estos raciocinios tiene algunas apariencias de verdad: no debe estrañarse que el Padre Florez y otros con él se hayan equivocado. Ninguno de los que sostienen esta opinion, ha considerado el asunto con la detencion debida. *Asido* pudo ser del convento jurídico hispalense y estar en el sitio de *Medina Sidonia* por una razon de gran fuerza. Gades era solo Municipio, el único Municipio que habia logrado la dignidad de cabeza de convento jurídico. Augusto solamente la concedió á colonias notables. Claro es que *Asido* mal podia como colonia, tener su jurisdiccion en un Municipio, es decir, en una ciudad que le era inferior en categoría. Por eso, pues, su audiencia estaba en el convento jurídico mas inmediato: en el hispalense.

La opinion que decididamente hace á Jerez la antigua *Asido*, es de un escritor de la edad media, cuyo testimonio está en contradiccion terminante con lo que resulta del texto de Ptolomeo. Ptolomeo coloca á *Asindum*, que tal es el nombre que da á *Asido*, cerca de *Saguncia*. Entre Ptolomeo que escribió cuando *Asido* existia y el arzobispo D. Rodrigo que compuso su historia en siglos en que tanto se ignoraba en estas materias, y en que todos los nombres se habian confundido con la invasion agarénica, la buena crítica debe seguir las indicaciones de aquel insigne geógrafo. Que cerca de Jerez haya un sitio llamado de *Cidueña* nada sirve para resolver la cuestion, puesto que hay otro aun mas cercano que se denomina *Picadueña*, y por esta analogía de ambos nombres, se vé que el orígen de ellos debió ser en ciertos modismos locales. A mas, la situacion del valle de *Cidueña*, por donde pasa el Guadalete y su inmediacion al mar, escluyen la idea de que

donam quæ nunc Xerez dicitur." Y en otro lugar de su Historia escribe: "Venit ad locum munitum qui latine *Civitas salva*, ab arabibus *Medinat Sidonia* (hæc est inter mare et eam quæ nunc *Xerez*, latine autem dicitur *Assidona*) et eam pugnæ violentia occupavit." Sin embargo Lucas de Tuy creia que Medina fué *Asidonia*.

en él estuviese la ciudad de *Asido* que Plinio coloca en lugar de la tierra adentro.

La *Crónica general* dice que Muza llegó á una ciudad llamada en latin *Sidia*, y por los árabes *Medina Sidonia*. Mas se conforma la voz *Sidia* con *Asido* que no con *Cidueña:* por tanto la opinion de D. Alonso el Sabio favorece la concordancia de esta en el terreno de aquella.

Asida era voz fenicia y hebrea con significacion de *Misericordia*. El nombre de *Medina Sidonia* fué puesto en memoria de *Sidon*, no por sus fundadores sino por los árabes palestinos que ocuparon esta region militar (*Chund*) llamada *Filistin*. *Emessa* era la de Sevilla, y *Al-ordan* la de Málaga.

El Biclarense da á la ciudad de *Asidona* el dictado de *fortísima*. Una ciudad *fortísima* segun la manera de guerrear de los romanos y godos, debió estar defendida ó por un rio muy caudaloso, ó por su situacion eminente. Ninguna de estas cualidades se hallan en Jerez, como se halla la segunda en Medina.[1] A mas, en Medina se encuentran las monedas de *Asido* en escavaciones con tanta abundancia, como la que hay de las gaditanas en Cádiz. Las lápidas, los fragmentos de estatuas y los vestigios de las vias que con frecuencia se descubren en Medina, demuestran que fué una importantísima ciudad romana.

El último argumento y el que desde luego en mi entender decide la cuestion en favor de esta, es el siguiente. Los árabes conservaron como capitales de sus distritos ó provincias, salvo alguna que otra rarísima escepcion, las mismas capitales de los Obispados. Todas estas cabezas de distritos se distinguian por su propio nombre, que en arábigo es *Medina*. Así Ecija, capital del obispado *Astigitano*, se llamó *Medina Estigha;* y sucesivamente Sevilla, *Medina Esbilia;* Córdoba, *Me-*

1 Leogivildus Rex *Asidonam fortissimam civitatem* proditione cujusdam, etc., Ann. 571.

dina Corteba; Valencia, *Medina Valensia;* Málaga, *Medina Malca;* Granada, *Medina Garnata*; Zaragoza, *Medina Saracosta;* Lisboa, *Medina Lisbona;* y asi las demás.

En todo lo que hoy es provincia de Cádiz, ¿cuál poblacion en tiempo de los árabes fué la capital? ¿Lo fué Cádiz? No. Cádiz se llamaba *Ghezira,* esto es, isla. Solamente una ciudad tuvo el título de capital que aun lo conserva, y esa ciudad es *Medina Sidonia.* Ningun geógrafo árabe llama *Medina* á Jerez en los primeros siglos de la conquista: claro es que la capital en aquella estuvo y no en esta; y cuando allí estuvo en los primeros tiempos de la dominacion, claro es tambien que los árabes encontraron la capital en la hoy llamada Medina Sidonia.

Se infiere del hecho de llamarse Jerez *Saduña* en el tiempo de estos, y aun algunos años despues de la conquista, que en Jerez estuvo *Asidona,* nombre corrompido de *Saduña* por los árabes; pero los que tal dicen olvidan que *Alcalá* tambien se llamó *Saduña* ó *Sidonia* para distinguirla de otras poblaciones nombradas Alcalá, como para distinguir á Jerez de otras le añadieron el dictado de la provincia á que pertenecia. *Xedhuna* llama el Nubiense á esta, y en ella coloca á *Xeris* y tambien á Medina dándole el nombre de *Medina Aben Salama.*[1]

Saduña, segun la llama Rasis, era poblacion distinta de Jerez. No hay, pues, motivo para confundirla. "Et despues fueron camino de Xerez (dice hablando de los árabes invasores) fasta que llegaron á Saduña y tomóla luego." De donde se infiere que eran dos las ciudades. En otro lugar dicen los traductores de Rasis que la ciudad de Jerez fué trasladada de la de *Saduña.*[2] No exis-

1 Conde al anotar el texto del Nubiense dijo equivocadamente que Medina Aben Salama ó Ben Selin era Grazalema.

2 Véase el texto de *Rasis* tal como se halla en las Memorias de la Real Academia de la Historia publicado por el Sr. de Gayangos. "E à un monte que ha nombre *Monte-bur* et yace este monte sobre *Saduña* et sobre *Perretarre,* et este monte ha fuentes que

tiendo el original de esta obra y sí una version bárbara, adulterada en distintas copias, no podemos prestar una fé absoluta á las palabras de este autor. Sin embargo, pone cerca de S*aduña* á *Perretarre*. Creo que esta S*aduña* fué la ciudad de S*aguncia* que pone Plinio en el convento jurídico de Cádiz, y esta *Perretarre* el sitio llamado *Pajarete*, inmediato á *Jigonza la vieja*, donde parecen hoy vestigios de una gran poblacion romana. La semejanza de los nombres S*aguncia* y *Jigonza* hizo creer á Rodrigo Caro que este es derivacion de aquel. A pesar de todo, no está muy patente esta concordancia. Rasis habla de un monte llamado *Montebur* que estaba junto á S*aduña*, y que de él nace el rio *Let*. Estas señas mas parecen conformar con las ruinas de Ronda la vieja junto á Setenil que con las que hay cerca de la torre de Jigonza, á menos que Rasis no entendiera por el rio Let el Majaceite, cosa increible, puesto que este se llamaba en tiempo de los árabes *Guadalcazin*. Unos han creido que estas ruinas inmediatas á Setenil eran las de la célebre *Munda;* otros, que las de A*cinipo*. Madoz las llama de *Lacippo;* pero es error: Lacippo, segun Mela y como demuestro en otro lugar, era poblacion del Mediterráneo. Si hay exactitud en Rasis, Montebur era la sierra del Pinar donde el Guadalete tiene su nacimiento, y si Saduña estaba junto á ese monte, Saguncia estaba donde hoy yacen las ruinas conocidas por Ronda la vieja. No contradice este parecer el hecho que cuenta el mismo Rasis, de haber sido Jerez poblada por los de Saduña, ciudad *muy antigua y grande á maravilla*. Esta poblacion debió ser devastada en alguna guerra, y los habitantes que hu-

echan muchas aguas, et a y muy buenos prados. Et dende nasce un rio que llaman Let et yacen en él muy buenos molinos et yace majada de *Sadunia*, dó cojen muy buen alambar et en la su majada yace una villa á que llaman *Santasa* (Roa lee *Saca* y Caro *Souta*) Et en Santasa aportaron unas gentes á que los cristianos llaman herejes et estos ficieron en Espaňa gran danyo mas en cabo todos y murieron."

yeron del vencedor, buscaron abrigo en Jerez. Por ser poblada de las gentes de S*aduña* agregó á su nombre el de esta ciudad, como refiere el mismo Rasis. Sin duda de la sinonimia de Saduña y Asidona ó *Asidoña*, como decian los árabes, hubo la confusion que se advierte en los geógrafos al citar el nombre de esta provincia.

¿Jerez existió en tiempo de los romanos? Yo creo que sí, puesto que en su mismo terreno se han hallado algunas memorias, tales como inscripciones é ídolos. Concuerda su nombre hasta cierto punto con el de *Ceret*, que se lee en unas antiguas medallas colocado entre dos espigas. Don Lucas de Tuy dice que se llamó antes de la invasion arábiga *Auccis*, nombre que parece corrupcion de Ugia ó *Uxia*: Andrés Resende le dá el de *Tuccis*.

Los Indices que se dicen de Aragon al tratar de la batalla del Guadalete cuentan que acaeció inter *Sericium et Assidonam*,[1] y Don Rodrigo Sanchez le dá el nombre de *Ceritium*. Las circunstancias de haber en el término de Jerez un sitio llamado la torre de Cera ó Sera, donde parecen vestigios de poblacion antigua, y hablar Stephano Bizantino de una llamada *Xera* junto á las columnas de Hércules, han hecho creer á algunos geógrafos que en este sitio estuvo la ciudad de *Ceret*.

Pero bien es observar que la torre de *Cera*, aunque algo distante de Jerez, puesto que está al otro lado del Guadalete, pudo ser alguna aldea ó fortificacion de aquella ciudad y llevar su nombre, como lleva el dia de hoy el nombre de Jerez la sierra que tiene junto, no obstante su proximidad con Medina Sidonia.

Para mí es indudable que el nombre de C*eret* corrompido en C*eritium* ó *Seritium*, y mas tarde en Jerez, del mismo modo que de *Nebrissa* se dijo *Nebrixa*, viene

1 Inter *Sericium* et *Assidonam* urbem in extremum rerum omnium certamen atque discrimen deveniens. INDICES RERUM AB ARAGONIÆ REGIBUS GESTARUM.

de la voz *Ceret*, tomada de *Ceres* (*Ceretis*), nombre de una ciudad antigua de Toscana, célebre por sus escelentes vinos. El vino *Ceretano* ó *Cæretano*, pues de ambos modos se escribe, fué cantado por Marcial.[1]

En todo el término de Jerez y puntos inmediatos se conservan muchas denominaciones romanas. Los llanos de *Caulina* ¿por qué se llaman así sino porque en una parte de ellos y en sus contornos hay viñedos que producirian un vino semejante al *Caulino* que se criaba en un campo junto á Capua y que tanto elogia Plinio? La ciudad de *Asta* por otra Asta de la Luguria tal vez fué así nombrada. *Bornos*, poblacion próxima, significa en la lengua latina *términos ó límites*. En un cerro junto á las lagunas de *Hortales*, á diez leguas de *Jerez*, existen ruinas de una poblacion llamada *Horta*, por otra *Horta* en *Etruria*.[2] El valle de *Tempul* sin duda se llamó de este modo, por *Tempulus*, pequeño *Tempe* á causa de su semejanza con este famoso valle de la Tesalia, atravesado por el rio Peneo y lleno de hermosura por la deliciosa amenidad de su sitio que cercan altísimos montes, segun Plinio, Mela y Suidas. Consérvanse igualmente, á pesar de la dominacion árabe, otros nombres, de la buena y baja latinidad en varios sitios, tales comó *Capita* (las cabezas) *Fuente Imbros* (la fuente de los caballos) *Torrelera* (lugar donde hay horno para tostar avena) *Competa* (encrucijadas, *Vicos* (aldea.)

Todo el territorio jerezano ofrece vestigios de poblaciones antiguas, cuyos nombres se ignoran. Aun se ven cerca de la mesa de Santiago, en el Barrueco, junto al estrecho llamado Boca de la for, en Tempul, y en otras partes. Confirma mi opinion de estar Jerez en el sitio de la antigua *Ceret*, una inscripcion que Muratori y Masdeu han publicado como hallada en su término, la cual dice así:

1 Marcial ep. 124 lib. 13.—

Cæretana nepos ponat, setina putabis non ponit turbæ, cum tribus illa bibit.

2 Hállanse estas lagunas á media legua de la villa *El Bosque*.

L. Fabio. L. F. Cordo
Iiii viro
Populus M. C.
Ob XX Paria Gladiatorum Data
Pro salute et victoria Cæsarum
D. D.
Per tabellam Data.

Muratori entendió que por la inicial *M* se quiso decir *Municipii*, y dejó á la investigacion de los eruditos españoles el averiguar su nombre.

Masdeu en la creencia de que Asido Cæsariana estuvo donde hoy Jerez, interpretó las iniciales M C por *Municipii Cæsarianum*. Pero el eminente crítico se olvidó de que *Asido Cæsariana* no era municipio sino colonia, y colonia no de las inmunes como Urso, Munda, Carteya y otras, sino de las que eran de ciudadanos de Roma como Córduba, Hispalis, Nebrissa, Colobona y Asta, entre las cuales la contaba Plinio.

La version que me parece mas exacta es la siguiente:

„El Pueblo del Municipio Ceretano al cuatorviro Lucio Fabio Cordo, hijo de Lucio, por su espectáculo de veinte parejas de gladiadores por la conservacion de la vida y la victoria de Cesar. El lugar y la inscripcion decretaron los decuriones por votos escritos.„ [1]

Evidentemente hay error de copiante en la inscripcion, tal como se lee en las obras de Muratori y Masdeu. Para que dijera *Cæsarum* en vez de *Cæsaris*, como leo yo, se necesitaria probar que cuando hubo dos emperadores en Roma, los dos pelearon juntamente por su propia persona y con peligro notorio de su vida, y que juntos tambien consiguieron una victoria. Ni cuan-

1 Masdeu traduce así la inscripcion. "*El pueblo del Municipio Cesariano puso al cuatorviro Lucio Fabio Cordo,* hijo de Lucio la presente memoria por el espectáculo que él dió al público de veinte parejas de esgrimadores por la salud y victoria de los Césares. Así la memoria como el lugar en que ponerla se dió con acuerdo de los decuriores por votos escritos."

do imperaron Balbino y Pupieno, ni cuando Diocleciano se asoció á Maximiano, ni en épocas posteriores combatieron jamás los monarcas en una misma guerra, ni menos los dos *Césares*, como en estos tiempos se llamaba á los sucesores del imperio, peleaban juntamente contra los enemigos de los dos Augustos. Constancio Cloro, por ejemplo, combatia en Inglaterra y Holanda, mientras Galerio pugnaba en Persia. No se puede admitir la palabra *Cæsarum* por estas causas,[1] ni menos la idea de que en ella se quiso aludir no al César presente sino á los Césares futuros.

Por otra parte, la omision de los nombres de aquellos á quienes se alude en la memoria y poner la voz *Cæsar* sin el título de *Imperator*, y desnuda de los dictados adulatorios tan comunes desde los tiempos de Augusto, como *Divus*, *Felicissimus*, *Pius* &c., obligan á creer que Julio César es de quien se trata, y no de Julio César cuando ya habia fenecido. En este último caso no lo hubiera nombrado la inscripcion sin el epiteto de *Divus*.

No cabe, pues, duda en que la inscripcion decia: *pro salute et victoria Cæsaris*, como *pro salute*[2] *et pro victo-*

1 En tal caso se hubieran puesto las voces *salus* y *victoria* en plural. Conviene lo que en el texto digo con la propia significacion de las voces, pues así están usadas en un caso análogo por los traductores de Dion Casio (Francfort. 1592). Hablando de los del ejército de los hijos de Pompeyo, dicen que estaban tan desanimados que *spem salutis nullam nisi in victoria sibi restare videbant*. Ya habia dicho al hablar de la guerra de Africa "*Ei (Cæsari) P. quidam Sittius et salutem et victoriam attulit.*"

2 Masdeu traduce á mi ver groseramente esta inscripcion: *por la salud y victoria de César*, con alusion á la breve enfermedad que pasó César delante de Córdoba segun Dion Casio; pero enfermedad de que sanó muy pronto y tanto que pudo dirigir toda la campaña por su propia persona empezando en el sitio de Ategua. Además escribió en ese tiempo los *Anticátones*.

La fórmula de las dos incripciones *pro salute et victoria* seguramente seria la que mandó el Senado, cuando dispuso la celebracion de fiestas en todos los dominios de Roma por la conservacion de la vida y la victoria de César.

ria Cæsaris y no *Cæsarum*: dice una inscripcion hallada en Córdoba:

SACRUM NUMINIS
PRO SALUTE
ET PRO VICTORIA CÆSARIS.

La legitimidad de la primera inscripcion no es sospechosa ni aun en su orígen; puesto que los dos autores que de ella han tratado, ni remotamente la aplican al objeto que en mi opinion tuvo. La sinceridad, pues, con que ha sido dada á conocer, excluye la mas remota idea contra su autenticidad. Así, pues, en ella veo una prueba que esfuerza mas y mas mi parecer sobre la situacion de Ceret en Jerez de la Frontera.

El Gerundense y Cárlos Clusio llaman equivocadamente Sisapon á esta ciudad.

CAPITULO II.

Opiniones de haber sido Munda Jerez de la Frontera.—Analízanse y combátense las que fijan la situacion de aquella ciudad en Monda, Montilla, Palma del Rio, Ronda y otras partes.

Lucio Marineo Sículo, al hablar de Jerez de la Frontera, manifiesta su opinion referente á ser esta ciudad la célebre Munda, en cuyos llanos César venció á Gneo Pompeyo.[1] Guillermo Ocahasa siguió este parecer:[2] Rafael Volaterrano hace mencion de él sin aceptarlo;[3] y por último el autor del epitafio del famoso sabio Francisco Pacheco, le dá el título de *Mundense*, como natural de Jerez de la Frontera.[4]

Desde que en el siglo XVII el padre Martin de Roa impugnó ligeramente esta opinion,[5] ninguno de los escritores que han tratado de Munda la ha tenido presente. El silencio mas absoluto la ha ocultado hasta el dia de hoy.

Tratándose de un hecho histórico de tanta importancia como la funesta batalla de Munda, cuyo sitio se ignora, bien merece el asunto una prolija investigacion, al describir la provincia de Cádiz en tiempo de los romanos. Conozco que la autoridad de Lucio Marineo en otras cuestiones, es, entre los doctos, de poco cré-

1 Lucii Marinæi Siculi. *De rebus Hispaniæ memorabilibus opus*
"Xericium, quod ego *Mundam* esse opinor."

2 Enmiendas al diccionario de Nebrija. "Xerez de la Frontera, donde César venció á los hijos de Pompeyo. *Munda Cæsariana.*"

3 *Commentariorum Urbanorum octo et triginta libri Basileæ* 1544. "*Munda* ubi Pompeij liberi á Cæsare debellati, quæ sit hodie non satis constat. Nonnulli *Xericium* oppidum esse contendunt."

4 Ortiz de Zúniga, *Anales de Sevilla*. "Francisco Pacheco fué natural de Jerez de la Frontera, á que dando algunos (con engaño en la erudicion) el nombre latino de *Munda*, fué de su opinion el autor del epitafio."

5 Santos de Jerez.

dito;[1] pero, como algunos escritores han seguido su opinion, y jamás se han examinado sus fundamentos, se ignoran del todo los grados de probabilidad que deba prestarse á aquella afirmacion aislada que hace en su obra histórica.

Un valedor importante tiene sin embargo este parecer: el canónigo Francisco Pacheco. Verosímilmente el autor de su epitafio seria de los literatos que con él fundaron la docta escuela sevillana; y cuando en su lápida lo llamó *Mundense*, no cabe duda en que aquel erudito seguia la opinion de haber estado Munda en donde hoy Jerez de la Frontera ó al menos en su término.

No hablaré aquí de los autores que creyeron que Coimbra fué la Munda de la victoria de César, puesto que los antiguos geógrafos la situaron en la Bética.[2] Otra Munda debió existir en la Celtiberia, segun parecer de Tito Livio. Creo que otras ciudades llevaron en España igualmente el mismo nombre.[3]

Para fijar la verdadera situacion de la Munda del partido de los hijos de Pompeyo, no basta, á lo que al-

1 ALFONSI GARSIÆ MATAMORI, *De asserenda hispanorum eruditione* Compluti 1553." Damassus Madritensis, si qua tamem fides Lucio Siculo, citra pudorem debetur etc."

LUDOVICUS NONIUS, *Hispania*. "Lucius Marinæus celebre illam funesto prælio *Mundam* quæ sigillatim *refellere* esset lectorum opera abuti." Habla el autor sobre lo de Jerez.

2 JOANNIS EPISCOPIS GERUNDENSIS *Paralipomenon Hispaniæ*. "Fuit autem Munda, civitas quæ a nostris *Coimbrium* appelatur." JOANNIS VASSEI *Hispaniæ Chronicon* "Nimirum *Munda* erat non in Lusitania, sed Boetica." Crónica general. "E la postrimera batalla que ficieron, ovieronla cerca del rio *Monda*."

El Arzobispo don Rodrigo escribe "Alii relationibus inhærentes dicunt *Mundam* eum fluvium quem nunc dicimus *Durationem* et *Septempublicam* esse *Mundam* quæ primo à septem publicis mulieribus, quæ eam primitur habitarum *Septem-publica* fuit dicta."

3 Entre el gran Tajo y el Duero el buen *Mondego*,
Un tiempo *Munda*, tal es su gua clara.

Así dice Saá de Miranda en sus poesías. De la misma manera que de *Munda* (rio) se dijo *Mondego*, es posible que de otras *Mundas* ó *Mondas* se llamase así á la mayor parte de las siguientes poblaciones: *Mondariz* (provincia de Pontevedra), *Mondejar* (Guadalajara), *Mondela* (Navarra), *Monduber* (Valencia), *Mondujar* (Almería y Granada).

canzo, el hallazgo de lápidas ú otros monumentos en que se lea este nombre. Se necesita que las demás circunstancias de los antecedentes y hechos posteriores á la batalla convengan de tal suerte, que resuelvan del todo esta cuestion dificilísima.

Cuatro son las opiniones mas importantes que voy á analizar brevemente. Fray Diego Lopez de Toledo, afirmó que Ronda era la antigua *Munda*.[1] Vicente Espinel y Jacinto Espinel y Adorno,[2] D. Diego Hurtado de Mendoza y Abraham Ortelio, se conformaron en cierto modo con aquella opinion, manifestando que estuvo situada tal ciudad donde hoy yacen las rüinas conocidas por *Ronda la vieja* cerca de Setenil; por lo cual el Maestro Juan de Haller no vaciló en asegurar que *Munda* fué esta.[3] No se debe estrañar, pues, que en Torre-Alháquime se señale por algunos como el lugar de la ba-

Mundo es rio de Albacete que nace en un peñasco de 400 varas de altura. *Mundaca* es un rio de Vizcaya que atraviesa entre altísimos montes. *Mundilla* es lugar en la provincia de Búrgos, situado en la cima de una cuesta muy elevada.

1 Fray Diego Lopez de Toledo. Traduccion de César. Toledo 1498. "*Munda*, ciudad, es en el Andalucia, que se llama *Ronda*." Siguieron esta opinion: Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*: y Horozco, *Historia de Cádiz*.

2 Vicente Espinel, *Escudero Marcos de Obregon*. "En el mismo sitio de *Munda*, arando unos gañanes, hallaron una piedra, en que estaban estas letras: *Munda Imperatore Sabino*."

Ruinas sacras dó la antigua
Munda
sobre peñas tajadas
hizo temblar de Roma á las espadas.

Cancion á su patria.

Jacinto Espinel Adorno, *El Premio de la Constancia*. ¿"De dónde es natural, si sabeis? Es, dijo, del nuevo edificio de la antigua *Munda*."

Don Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*. En Ronda y otras partes se ven estatuas y letreros traidos de *Munda la vieja*, y en torno de ella, la campaña, atolladeros y pantanos en el arroyo de que Hircio hace memoria."

Abraham Ortelio, *Thesaurus Geographicus*, sigue la misma opinion contra la de Cárlos Clusio y Ambrosio de Morales. Tambien Perez de Mesa, *Grandezas de España*, y otros autores se adhirieron á ella.

3 Historia romana. Madrid 1736. Tomo III.

talla la gran llanura que media entre Setenil y esta villa.[1]

El comendador Fernan Nuñez sustentó opinion distinta. Segun él, la batalla de Munda acaeció en los contornos de Córdoba. El Brocense es de este dictámen; y el Dr. Laso de Oropesa tambien juzgó lo mismo.[2]

Pero la opinion que cerca de dos siglos prevaleció entre geógrafos é historiadores, así españoles como estrangeros, fué la de Ambrosio de Morales. Este erudito, persuadido de la igualdad del nombre y de una inscripcion latina, creyó que el sitio de la célebre Munda es el mismo que el del pequeño pueblo llamado *Monda*, inmediato á Málaga.[3] Mariana,[4] Garibay,[5] Caro,[6] Roa,[7] Ferreras;[8] Florez,[9] Guseme,[10] Cluverio,[11] Aldrete,[12] el autor del mapa de la edicion Elzeviriana de

1 Mi erudito amigo el Sr. D. Luis de Igartuburu dice en su *Manual de la Provinvia de Cádiz*, artículo de *Torre Alháquime*. "Existe la idea tradicional entre algunos de que en el término y á la vista de este pueblo, se dió la famosa batalla de *Munda* entre César y Pompeyo; mas esta creencia no tiene otro apoyo que el nombre de *Munda* de un campo que existe frente á la villa."

2 FERNAN NUNEZ. *Comento á las trescientas de Juan de Mena.* "Murió (Labieno) despues en España en la guerra que César uvo con el hijo mayor de Pompeyo, cabe la ciudad de Córdoba."

EL BROCENSE en su Comento, tambien á Juan de Mena, viene á decir lo mismo.

MARTIN LASO DE OROPESA. *Traduccion de Lucano.* Anvers 1585. "Junto á *Munda*, cerca de Córdoba, hubo César dos crueles batallas con los hijos de Pompeyo."

3 AMBROSIO DE MORALES. *Crónica general de España.*

4 *Historia general de España.*

5 En su obra sobre las crónicas del fabuloso Dextro.

6 *Compendio historial.*

7 *Málaga ilustrada.*

8 FERRERAS. *Sinopsis histórica.*

9 *España Sagrada.*

10 *Diccionario numismático.*

11 *Introductio in universam geographiam Brunusvigæ.* 1641.

12 ALDRETE. (Antigüedades de España) adelanta mas. "Estas dos ciudades de *Munda* y *Certima* (dice) con muy poca mudanza conservan hoy su nombre de Cartama y Monda en tierra de Málaga...como con muchos fundamentos lo demuestro en nuestra Bética."

Aquí Aldrete habla de la *Munda* y de la *Certima* citadas por Livio en la Celtiberia, opinion que por eruditos nacionales y estranjeros está despreciada.

Lo de ser en la Celtiberia estas, y aquellas en la Bética no me parece argumento de gran fuerza en contra de esta opinion. Recuerdo que Tito Livio dice *Celtiberia quæ*

los comentarios de César,[1] Nieupoort,[2] Crevier,[3] Murillo Velarde,[4] Clusio,[5] Cepeda,[6] César Cantú[7] y otros muchos en fin que seria inútil enumerar, han escrito lo mismo.

Otros pareceres sobre la situacion de Munda han corrido tambien, pero con poquísimo crédito. Rodrigo Mendez de Silva creia con Tomás Tamayo de Vargas, que estuvo donde hoy Palma del Rio á nueve leguas de Córdoba; pero, á excepcion de Valbuena, esta opinion no ha sido admitida por los geógrafos é historiadores.[8] No es menos despreciable la creencia de que la batalla sucedió en Mondéjar.[9] Por último, ni refutacion merece la que afirma haber sucedido cerca del lugar de Cebreros, donde existen los célebres toros de piedra, llamados de Guisando, con unas inscripciones notoriamente apócrifas.[10]

media inter duo mari est (Lib. 28) que S. Gerónimo afirma *Hodie Hispaniarum regio appellatur Celtiberia.* (Commemoratiorum in Isaiam, Lib. XVIII) y que Abraham Ortelii, fiado en Apiano Alejandrino, escribe: *Hispania Celtiberia quodam dicta fuit.* Sin embargo, la distancia entre Tarragona, Escarica y Alce, con la Monda de Málaga, hace imposible que esta fuese aquella de que Livio habla.

1 C. Julii Cæsaris quæ extant Ex enmendatione Jos. Scaligeri. Amstelodami 1650.

2 G. H. NIEUPOORT. *Historia reipublicæ et imperii romanorum.* Venecia 1797.

3 En la continuacion de la historia de Mr. Rollin.

4 *Geografía historica.* Madrid 1752.

5 Véanse sus obras.

6 CEPEDA. *Resunta historial de España.*

7 Historia universal.

8 RODRIGO MENDEZ DE SILVA. *Poblacion general de España.* "Otros afirman que........... se llamaba antiguamente *Munda ó Monda*....... Solo nos hace fuerza el decir que sucedió en Palma.... por los rios caudalosos y riberas que tiene, de que carece Guisando y otros sitios.

DON MANUEL VALBUENA. Traduccion de César. (2ª edicion.)

9 GERÓNIMO GOMEZ DE HUERTA. *Traduccion de Plinio.* "*Munda* hoy *Mondéjar.* La Mundecara de Arecio y Munda de Clusio."

10 JUAN SEDEÑO. *Suma de varones ilustres.* (Toledo 1590.) cree que allí estuvo Munda. El Dr. D. Pedro Suarez en su *Historia de Guadix y Baza* (1696) admite como lejítimas las inscripciones; pero dice que los toros fueron trasladados de los campos bastetanos donde pasó la batalla.

Véase además á RAYMUNDO FUGGERO. *De Inscriptionibus,* á GRUTERO, á BEUTER, á DON NICOLÁS ANTONIO. (*Censura de historias fabulosas,* etc.)

Me parece que en esta cuestion se han confundido los hechos por partirse siempre de lo desconocido á lo no conocido, debiendo dirigir sus investigaciones los autores por lo que dicta la razon: que es por la contraria senda, partiendo desde lo que se conoce á lo ignorado.

La opinion de ser *Munda* la moderna Monda, carece de todo fundamento; mas aun, hoy se halla desacreditada. En vano D. Miguel de Lafuente Alcántara intentó autorizarla con su nombre.[1] El erudito Perez Valler reconociendo el terreno de *Monda* halló que de ningun modo se conformaba con la relacion que del de la batalla hace el autor de los comentarios *de bello hispaniense*. Falta la situacion de la ciudad en una eminencia; pues Monda se encuentra al pie de una sierra: y en la altura no hay vestigios de poblacion romana, y falta igualmente la inmensa llanura al mismo pie de la ciudad, llanura en que combatieron cerca de doscientos mil hombres.[2]

Pero hay otra razon mas concluyente que no ha ocurrido á los impugnadores de esta concordancia. No cabe duda en que *Monda* ha conservado, al parecer, su nombre desde el tiempo de los romanos. Pues bien: siendo la ciudad de Munda, ante la cual pelearon César y Gneo Pompeyo, de tanta importancia segun demuestran los autores que escribieron del suceso, ¿cómo Pomponio Mela, geógrafo que á lo que se cree, escribió en los últimos tiempos de César ó primeros de Augusto no la nombra al tratar de Málaga y pueblos inmediatos? Aunque *Monda* no está en la costa, se encuentra en lugar inmediato á ella, y Mela solia enumerar las poblaciones de consideracion que se hallaban en las cercanías, como al tratar de Cádiz nombra á Asta.

1 *Historia de Granada.* DON ILDEFONSO MARZO, autor de una *Historia de Málaga*, escribió una disertacion sobre *Munda Bética*, para probar lo mismo.

2 Véanse los Apéndices de la Historia de Mariana en la famosa edicion de Valencia por Monforte. (Tomo 9.)

Si *Monda* hubiese sido la célebre *Munda*, difícilmente lo callara aquel eminente geógrafo. Otro no menos insigne, casi siglo y medio despues omite tambien el nombre de *Munda* al citar las ciudades de alguna importancia en la Bética. Hablo de Ptolomeo.[1]

¿Qué debemos inferir de todo esto? La respuesta es clara. Munda quedaria casi destruida despues del largo asedio con que la oprimieron los cesarianos. Si efectivamente existió en el siglo de Strabon, seria mas que por los habitantes que sobrevivieron á los estragos de la guerra, por la legion que la ocuparia algun tiempo.

La segunda opinion que con mas crédito ha corrido es la que designa á *Montilla* como sucesora de aquella ciudad insigne. No faltan, sin embargo, otros que han creido verosímil situarla en donde hoy está Monturque ó el Castillo de la Bívora, pero estos pareceres no tienen el mas ligero fundamento, ni aun secuaces. Como se vé, pues, ha resucitado el dictámen de Fernan Nuñez, el Brocense y Laso de Oropesa. El teatro de la campaña de César se lleva á la provincia de Córdoba: ¿Qué grados de probabilidades se encuentran en estas opiniones? Yo creo que ningunos, si se examinan detenidamente los hechos.

El primer fundamento es recordar qne Strabon al citar juntamente con Munda las demás ciudades en que fueron vencidos los hijos de Pompeyo, dice en el período inmediato: *Todas estas no distan mucho de Cór-*

1 Plinio al citar las colonias inmunes del convento astigitano, dice: *inter quæ fuit Munda cum Pompeii filii capta.* De este *fuit* han deducido algunos críticos y geógrafos la no existencia de Munda despues de su toma por los cesarianos; pero el *fuit* puede dar á entender que *fué tomada* entre las que siguieron el partido de los hijos de Pompeyo, como *Atubi y Urso*: tambien se puede interpretar el texto de Plinio que *Munda fué de las colonias inmunes ó libres del convento astigitano*; pero que perdió tal derecho quedando como despojo de la guerra. Tal latitud se puede dar al texto de Plinio, si nos es permitida. Ptolomeo no nombra en sus tablas á Munda cerca de 200 años despues de la batalla.

doba (omnes hæ).[1] De aquí deducen la vecindad de Córdoba con Munda. Pero creo que hay error en entender de este modo la version de aquel geógrafo. En mi opinion no se refiere solo á las últimas poblaciones que cita sino á todas las que nombra al hablar de la Bética, como diciendo que Sevilla, Itálica, Carmona, Ecija, Osuna, Munda, etc., no distaban mucho de Córdoba.

Un geógrafo del siglo XVI pone á Cádiz cerca de Granada.[2] Si del sitio de cualquiera de estas dos ciudades se hubiera perdido la noticia por su antigua desolacion, claro es que se creeria que estúvieron muy inmediatas.

El segundo fundamento se halla en el mismo Strabon. En él se dice que *Munda era en cierto modo metrópoli de estas* (harum). Por *estas* entienden los geógrafos é historiadores modernos solamente las últimas nombradas; pero creo que el *estas* debe entenderse tambien de todas las citadas al hablar de la Bética.[3]

La distancia que pone el texto de Strabon entre Munda y Carteya es la misma que hay entre las inmediaciones de Algeciras y la ciudad de Córdoba.

Creo, pues, que aquí hubo equivocacion de un copiante: donde decia *Corduba*, puso *Munda*: del mismo modo que en el fragmento de Celso ó Petrarca se equivocó por un escribiente el nombre de *Corduba* con el de *Ategua*. Hircio en sus comentarios de la guerra de España dice de Córdoba lo mismo que Strabon de Mun-

1 Así me pareco que lo entendió tambien el abreviador de Strabon (*Chrestomathiæ*), que se halla en el libro *Geographiæ veteris scriptores Græci minores cum interpretatione latina.* Oxoniæ 1698. "Quod per Bæticam magnæ sint urbes, Corduba, Gaditana, Hispalis, Italica, Ilipa, Astina, Carmon, Obulco et Atetua, et Urso, et Tuccis, et Julia, et Aegua, et Munda, ubi liberi Pompeij fuerunt expugnati. *Cæterum omnes illæ à Corduba non longe absunt.*"

2 Sebastian Munster pone á Gades *prope Granatam.* COSMOGRAPHIA UNIVERSALIS. Basilea 1550.

3 Así se lee en las versiones de Strabon, por Xilander y Casaubon. Perez Valler, Cortés y otros las siguen ciegamente.

da; esto es que se reputaba por la cabeza ó capital de la Bética.[1]

Strabon que murió en Roma en los últimos años de Tiberio, ¿cómo podia decir que *Munda* era en cierto modo metrópoli, no digo de la Bética ni aun de algunas poblaciones inmediatas. Vigente la dominacion de esta, hecha en el tiempo de Augusto las capitales de los conventos jurídicos eran Córdoba, Sevilla, Ecija y Cádiz. El nombre, pues, de *metrópoli*, aplicado á una poblacion que ni siquiera tenia la dignidad de capital de convento jurídico, es de todo punto inverosímil en la pluma de un geógrafo tan eminente como Strabon.[2]

Hircio al hablar de la huida de Pompeyo á Carteya despues de la batalla, dice que la distancia de Carteya con Córdoba era de cien mil y setenta pasos, medida que conviene con la que asigna Strabon entre la misma Carteya y Munda.

Si esta misma distancia hubiera mediado entre ambas ciudades, así se hallara escrito por Hircio.[3] No es posible que al estar hablando de Munda, metrópoli en cierto modo, olvidara á Munda el autor y tomara la distancia desde Córdoba que pasaba por cabeza de la Bética. La capital, pues, era Córdoba, y de Córdoba habló Strabon, y solo de Córdoba pudo hablar en el sitio que un escribiente puso Munda en vez de Córduba.

El tercero y último fundamento es lo que Apiano

1 "Quod ejus Provintiæ *caput existimabatur*", dice el texto de Hircio. La version de Strabon. "Munda quodammodo harum Metropolis est distans á Carteia stadia circiter MCCCC.

Nicolás Antonio en su *Censura de Historias fabulosas*, hablando de las diversas opiniones sobre esto dice: "Antes parece que este gran geógrafo padeció en ello algun error."

2 ALBERTUS RUBENIUS. *De urbibus Neocoris Diatribe.* "Quamvis Antoninus Pius in Epistola ad commune Asiæ quam refert Modestinus........ maximas urbes definiat: in secunda vero classe locet eas quæ licet *metropoleos titulos* non essent ornatæ, conventus tamen forenses habebant.

3 Cn. Pompeius autem cum equitibus paucis, nonnullisque peditibus, ad navale presidium parte altera contendit Carteiam, quod oppidum abest à Corduba millia passuum centum et septuaginta."

Alejandrino escribe acerca del suceso de la batalla de Munda como acaecido junto á Córdoba, ciudad que al dia siguiente, segun él, tomó César por asalto en pocas horas.

No podemos prestar absoluta fé á este escritor prefiriendo su testimonio al de Hircio. Hircio, ó quien quiera que fué el autor de *bello hispaniensi*, escribió lo que habia presenciado ó lo que sabia por testigos. Apiano Alejandrino floreció en los tiempos de Trajano, Adriano y Antonino Pio, de forma que no pudo, al hablar del suceso, guiarse por las relaciones verbales de los contemporáneos de César.

Ateniéndonos, pues, al texto de Hircio, resulta, que perdida la batalla, Valerio el mozo huyó con algunos de á caballo á Córdoba y dio cuenta del suceso á Sexto Pompeyo; que este manifestó á los de la ciudad que iba á tratar de paz con César, y á la segunda vela salió de Córdoba. Resulta además, que Scápula huyendo de la derrota, volvió á esta ciudad, dió órden que le aprestasen una hoguera y una cena espléndida, repartió todo su haber entre los suyos, *cenó temprano ó antes de la hora acostumbruda*, y mandó que le diesen muerte.

Por el análisis de estos hechos se vendrá en conocimiento de la imposibilidad de haber ocurrido la batalla en las inmediaciones de Córdoba.

Desde luego no parece verosímil que pelease Gneo Pompeyo con César á las puertas de esta ciudad, sin que su hermano Sexto, que estaba con gran ejército en ella, le prestase ayuda. Esta misma dificultad se presenta, señalando la situacion de Munda á seis, siete ú ocho leguas distante de Córdoba.

Inverosímil es tambien que Sexto Pompeyo no supiese el estado de la batalla hasta que Valerio huyendo, despues de la derrota, le diese cuenta. Si Munda estaba á pocas horas de Córdoba, claro es que Sexto por sus corredores sabria cuanto en la batalla ocurria. Y mediando tal cercanía ¿cómo permaneció hasta bien en-

trada la noche, estando su victorioso y activo contrario casi á las puertas de la ciudad? Y por otra parte, Scápula ¿como tuvo tiempo para huir de la derrota, convocar á sus parientes y libertos, mandar preparar una cena espléndida, repartir sus riquezas y cenar antes de la hora acostumbrada que era la de la puesta del sol?

El mismo Apiano dice que la victoria se decidió por César casi al anochecer, y aunque Apiano lo ocultara, no debe creerse otra cosa; puesto que solo á favor de las sombras de la noche pudo Pompeyo huir de la derrota hácia Carteya sin ser molestado y sin que se advirtiese por su vencedor la fuga que habia emprendido. Todo esto demuestra que habia alguna distancia entre Munda y Córdoba, y que entre la salida de Sexto Pompeyo y el suceso de Scápula, ocurrido todo en esta última ciudad, debieron, cuando menos, mediar veinte y cuatro horas.

La corrupcion del texto de Apiano se puede comprobar facilísimamente cotejándolo con el de Hircio. Este cuenta que César viendo que Gneo Pompeyo tenia formado su ejército delante de Munda, dió la señal de la batalla. Apiano viene á decir que indignado César de que Gneo Pompeyo le presentaba el combate, no pudiendo tolerar este menosprecio, ordenó su hueste ante Córdoba para dar la batalla.

¿Cómo, pues, César se colocaba entre los ejércitos de los dos hermanos? Imposible.

Luego refiere Hircio y con Hircio Floro, Valerio Máximo y Dion Casio, que despues de la derrota, César cercó á los fujitivos en Munda inmediatamente.

Apiano dice que los Pompeyanos que quedaron de la batalla se refugiaron en Córdoba, y que César para quitarles la huida puso sitio á la ciudad.[1]

1 Hircio dise: "Ex fuga hac cum oppidum Mundam sibi constituissent presidium: nostri cogebantur necessario eos circunvallare." Lucio Anneo Floro escribe: "Hoc à proelio profugi, quum se Mundam recepissent et Cæsar obsideri statim victos imperas-

¿Se puede demostrar mas claramente la equivocacion? Apiano, pues, escribió *Munda* donde puso Córduba un copiante. Cuando á continuacion se lee en el texto que al siguiente dia se dió el asalto á la ciudad, que fué tomada, se debe comprender desde luego que esta es la de Córdoba, y que hay una laguna en el original, donde se hablaria de la marcha de César desde Munda sobre aquella célebre poblacion.[1]

Respeto mucho los trabajos de los sabios que se han dedicado á la correccion del texto de Apiano y su version latina: especialmente el de la edicion de Schweighauser (1785); pero bueno es advertir que mas han sido encaminados á la parte gramatical que á la geográfica.

De cualquier modo que sea, no puede admitirse ante la buena crítica como genuino el texto de Apiano, del modo que lo conocemos.

Además, hay otro motivo para negar que en las cercanías de Córdoba fué la batalla de Munda. Lucano, ingenio cordobés, habla de ella en su Farsalia. ¿Cómo es que al citar el nombre de Munda no hizo el menor recuerdo á su patria, escribiendo como escribia en Roma?[2]

D. Miguel Cortés y Lopez fundándose en el texto de Apiano y en el de Strabon, opina que *Montilla* (á 9 leguas de Córdoba) fué la célebre *Munda,* creyendo que el nombre moderno se deriva de las palabras *Munda-*

set." Dion Casio cuenta: "Partim in urbem Mundam, partim in castra fuga se prorripuerunt: qui in castra confugerant etc.

1 Hé aquí la version de Apiano, por Segismundo Gelenio. (Basilea, por Froben 1554. Hispali, por Francisco Laxedi 1568.)

"Quibus de causis ne Cæsar quidem properabat donec Pompeius deliberanti assultans exprobavit ignaviam, quod ille non ferens suos in aciem deducit *ante Cordubam*: tunc quoque data Venere pro tessera, Pompeianis vero tessera fuit Pietas...... Post eam cladem Pompeianis compulsis intra Cordubam, Cæsar veritus ne hostis inde elapsus, redintegaret prælium, jussit eos circunvallari. At miles iam fessus corpora armaque cæsorum aggesta humi hastis confixit et excubabit ad hujusmodi valli speciem. Sequenti die urbs capta est."

2 "Ultima funesta concurrant prælia Munda."

illa.[1] Madoz[2] sigue este parecer, lo mismo que el ilustre historiador D. Modesto Lafuente[3] y el insigne geógrafo Malte-Brun.

Pero á mas de las razones espresadas para combatir este parecer, otras que se manifestarán en el siguiente capítulo, demuestran que en la provincia de Córdoba no pudo suceder la batalla. La interpretacion de la voz *Montilla* que dá D. Miguel Cortés y Lopez, carece de todo fundamento. En mi opinion es corrompida de *Monteya*, palabra de la baja latinidad que significa cierta cantidad de agua á proposito para hacer sal.[4] Las célebres salinas de Duernas, á una legua de Montilla, confirman el orígen que doy al nombre de esta poblacion.

La opinion de ser Ronda la sucesora de Munda, pareceria verosímil, si otras circunstancias no diesen la preferencia á la que mas adelante he de ofrecer á las investigaciones de los eruditos.

Para mí es innegable que la analogía de los nombres Ronda, (Monda ó Munda) dió ocasion á la antigua creencia, del mismo modo que la de *Arunda* hizo afirmar á algunos que era la moderna ciudad de Ronda, cuando del texto de Plinio se prueba que Arunda estuvo en la Céltica (provincia de Huelva), así como de las tablas de Ptolomeo.[5] Es cierto que hay una llanura de cinco cuartos de legua frente á Ronda y un rio que corre á la derecha; mas llanuras y rios semejantes se encuentran en muchos lugares de Andalucía.[6]

1 DICCIONARIO GEOGRÁFICO É HISTÓRICO *de la España antigua.*

2 Diccionario geográfico. Tomo 2º

3 Historia de España. Tom. 2º

4 "Certa aquæ quantitas sali conficiendo aptæ, quod ex receptaculis aliquo vase 26 situlas circiter continente auriatur. Sic dicta chartular.—Fratres habent unam *monteyam* in puteo Ledonis et 5 situlas."

DUFRESNE, GLOSSARIUM.

5 Rodrigo Caro y el Padre Florez incurrieron en este error, fiados en una supuesta inscripcion que se decia hallada en las ruinas de Ronda la vieja, por lo cual parecia que esta tuvo el nombre de Acinipo. ¿Seria Andorisippo?

6 Ultimamente se ha publicado una curiosa memoria con el título de *La Munda de los Romanos y su concordancia con la ciudad de Ronda*, por el Sr. D. Rafael de Atienza (Ronda 1857), obra don-

Pero la llanura debió ser de mucha mas estension que la que hay en Ronda. Hircio dice que entre los dos campamentos mediaba una de cinco mil pasos; lo cual no contradice mi opinion con respecto á su mayor anchura. En ella maniobraron sobre quince ó diez y seis mil caballos y mas de ciento y cincuenta mil combatientes de á pie. La grandeza del espacio que necesitaria la mayor parte de las tropas que se movieron en una batalla tan desesperada, desde luego se comprenderá con solo recordar el número de los caballos y el hecho de que entre soldado y soldado dejaban los romanos tres piés de distancia, así en las hileras como en las filas, pues la legion solia formarse de ocho en fondo. Así tenian espacio para moverse desembarazadamente y manejar las armas y ocupar con facilidad el puesto de los que se inutilizaban.[1]

Hay otra circunstancia además: el terreno de las inmediaciones del sitio de la batalla era igual á lo demás de Andalucía, toda tierra intermediada de cerros, segun Hircio. Esto no se conforma con los lugares cercanos á Ronda, pues Ronda se halla en el corazon de una asperísima sierra. Militarmente juzgando el hecho, es imposible que dos ejércitos de mas de cincuenta mil hombres cada uno penetrasen en ella con el solo objeto de dar una batalla. Ni se comprende como César entró en pos de su adversario por medio de angostísimos desfiladeros, donde con solos tres ó cuatro mil hombres, colocados convenientemente aquel podia con facilidad esterminar su ejército, ni menos como Gneo Pompeyo esperó á su enemigo para combatir en una llanura, cuando pudo acabar con él en los dificultosísimos pasos de la sierra. El ejército que primero se enseñorease de las alturas, ese era el invencible.

de su autor con el mas noble celo se propone restituir una tradicion gloriosa á su patria.

1 VEGETIUS *De re militare.* GIBBON'S *History of the decline and fall of the romain Empire.* Lond. 1777 vol. I. PETRUS RAMUS, *De Militia Julii Cæsaris.*

En comprobacion de esta verdad, viene el recuerdo de la conquista de Ronda por las armas de D. Fernando el Católico. Este rey con sus setenta mil infantes y veinte mil caballos, no entró ciegamente en la sierra de Ronda donde podia ser fácilmente destruido su ejército por los moros que la ocupasen, por pocos que fuesen en número.

Sabiendo por un moro amigo que la principal gente de guerra habia salido de Ronda en direccion de Medina, envió al marqués de Cádiz y otros señores con tres mil de á caballo y ocho mil peones á apoderarse de todas las inmediaciones de la ciudad, y él para engañar á los moros de Málaga por medio de un movimiento estratégico, se dirigió hácia Antequera aparentando que iba sobre Loja. De repente cambió de camino y volvio rápidamente sobre Ronda, enviando antes otros seis mil hombres para que acabasen de asegurar los pasos de la sierra al grueso de su ejército.[1]

Con estas observaciones, no puedo creer que en la llanura de Ronda acaeciese la batalla entre César y Gneo Pompeyo. Desnuda de memorias históricas referentes al suceso se halla la ciudad de Ronda: ningun nombre de los sitios inmediatos hay que tenga ó pueda tener la mas remota conexion con el hecho. Dos inscripciones, sin embargo, citan los eruditos de aquel pais; pero una y otra son notoriamente falsas, é inventadas por un estraviado celo patrio.

En una se intenta dar á entender que A*runda* y *Munda* tenian cierta vecindad. Con esto el autor aspiró no solo á destruir la opinion que fundándose en el texto de Plinio y en las tablas de Ptolomeo coloca á Arunda en la Beturia de los Célticos del término de Hispalis, confinantes con la Lusitania, sino tambien á presentar un testimonio de que Munda tambien estuvo en la ciudad de Ronda. [2]

1 Véanse la Crónica de Hernando del Pulgar, la latina de Antonio de Nebrija, y los Anales de Aragon de Gerónimo de Zurita.

2 La otra Beturia (Beturia nombre oriundo de Betis) perte-

Admitiendo por un momento estas suposiciones, si Arunda era Ronda, ¿cómo Ronda era tambien Munda? ¿Cómo al hablar de esta Plinio no la pone entre las poblaciones de la Beturia de los Célticos, sino en otro lugar? ¿Y cómo al citar á Arunda no nos dice que era, cuando menos, la sucesora de Munda?

Por otra parte, el latin en que está escrita y los dísticos que la componen, son indignos del siglo de César. No es menos inverosímil la inscripcion que tiene un ara romana que se conserva en Ronda. Confundidas en ella las mas comunes nociones arqueológicas, su mismo texto es su refutacion propia.

Desde luego se puede creer ficcion hecha en el siglo último, tambien para comprobar en Ronda la situacion de Munda. Tal como aparece puede traducirse en esta forma: *El Senado y pueblo romano han dedicado*

necia al término de Córdoba. Si hubiera confusion en el texto de Plinio, las tablas de Ptolomeo la desvanecen del todo. A mas, en la Lusitania habia pueblos *Arunditanos*. La vecindad con la *Beturia* hizo que en varias provincias existiese mucha igualdad en los nombres, segun Plinio.

Ya Nicolás Antonio con ocasion de otros versos latinos, apócrifos tambien, pero escritos con otro objeto, tuvo que decir en la *Censura de Historias fabulosas* que al medio dia del Guadalquivir sobre Córdoba en aquella distancia que hay desde el rio al mar, no hay geógrafo é historiador antiguo que haya colocado á la Beturia.

La inscripcion dice:

ARUNDA DOMUS FIET MUNDAM MIGRATE QUIRITES
SI NON ET MUNDAM OCUPAT ISTA DOMUS.

Aunque varios escritores de Ronda han intentado traducirla, y alguno ha hecho de ella una larguísima parafrasis, nadie ha podido dar una esplicacion que satisfactoria sea. Por absurda tengo la opinion de que fuese una proclama de César ó de Pompeyo, como dicen algunos. Estando como está en verso ¿quién en aquellos detestables dísticos pudo arengar á sus tropas, como ya notó el entendido autor de unos artículos que sobre esta cuestion se publicaron en la *Crónica* de Madrid (Agosto y Setiembre de 1857.) Véanse las versiones en la obra del Sr. Atienza. Este diligente escritor comprendió con su claro talento la dificultad de la union de los nombres de Arunda y Munda, y creyó vencerla con decir que Munda seria la parte alta de la poblacion y Arunda la baja, y que con el tiempo tomó toda este último nombre. Pero ¿cómo ningun geógrafo nos habla de esta particular union de dos ciudades, mas particular aun que la Pesth y Buda?

un ara al dios MARTE. *César al de Munda. Año I.*

Nadie seguramente comprenderá este inusitado computo de Año I. He examinado las obras de las *Enmiendas de los tiempos*, así de Juan Lucidio Samotheo, como de Scaligero y otros, los *Fastos de Stefano Vinando*, los de Sigonio, el *Arte de verificar las fechas*, y otros escritos notabilísimos. En ninguno se dá razon que pueda esplicar este año I en tiempo de César y despues de la batalla de Munda. Tampoco se comprende la dedicacion, no de un templo suntuoso á Marte por la victoria del dictador, sino de un ara, sin el mas pequeño adorno de escultura, nada menos que por decreto del senado y pueblo romano, y eligiendo César el dios Marte de Munda para el ofrecimiento de ella: aquel César tan aficionado á la magníficencia y á las obras del arte, segun Suetonio, y aquel senado que no hallaba términos á los gastos para celebrar suntuosamente las glorias del objeto de sus adulaciones.[1]

La inscripcion ha sido, pues, grabada en tiempos posteriores para comprobar con ella que Ronda fué la famosa Munda. A una legua corta de Ronda y á vista de esta ciudad á la parte del Este hay una cueva, llamada de Pompeyo por la tradicion de los naturales. Si no está fundada tal tradicion en algun dicho de cualquiera de los eruditos que han establecido la concordancia de Munda en la ciudad de Ronda, ó en las ruinas de Ronda la vieja, como parece verosímil, en vez de ser argumento favorable á esta opinion, es adverso enteramente.

1 La inscripcion que publicó el Sr. Atienza con el diseño del ara, dice.

S. P. Q. R. D. MARTI ARAM C
CÆSAR MUNDENSI AN. I.

El Sr. Marzo que tambien habló de ella no ponia ANI sino LAN, en cuyo caso la inscripcion deberia leerse de otro modo; pero en este particular parece mas justo atenernos á la obra del Sr. Atienza que hasta copia el ara.

Tambien se han fingido medallas de *Munda.* La arqueologia, pues, se ha dedicado á este género de ficciones con respecto á esta ciudad. Véase la obra de D. Guillermo Lopez Bustamante *Examen de las medallas antiguas atribuida á la ciudad de Munda en la Bética, Madrid, 1799.* La abreviatura de ANI, dado caso que la inscripcion fuera legítima, diria otra cosa que año primero.

Dion Casio refiere que Gneo Pompeyo huyó desde Carteya con su armada; pero que molestado de una herida que habia recibido allí por acaso, tuvo que aportar al continente y se dirigió hácia los lugares de la tierra adentro[1] en compañía de los que con él habian huido; y por último, que acosado de los parciales de César se refugió en una selva y que en ella pereció. Veleyo Paterculo afirma que su muerte fué en ásperas sierras.[2]

Si hemos de creer á los geógrafos mas insignes, la serranía de Ronda era la terminacion de los montes Orospedas, en los cuales, segun Strabon, habia tambien selvas.[3]

Hircio cuenta que embarcado Pompeyo en Carteya tuvo que volver á tierra para proveerse de agua: que fué derrotado por Didio almirante de César, y que combatiendo en lugares escabrosos con los emisarios de este, se vió obligado á acojerse á una cueva ó gruta donde fué muerto.[4]

Lucio Floro y Julio Celso, dicen que á Gneo Pompeyo cortaron la cabeza junto á *Lauro* ó *Lauron*,[5] poblacion que unos fijan en Alora (Málaga) y otros en Liria (Valencia).

El nombre de Ronda, si hemos de creer á Már-

1 "Sed ex vulnere ibi forte accepto æger, iterum ad continentem appulit: quosdamque qui eo confluxerant ad se recipiens, ad loca mediterranea contendit: ibi quum in Cesenium Leutonem incidisset, superatus quum in sylvam confugisset, ibi periit." HISTORIÆ ROMANÆ, LIBRI XLVI.

2 "Initio nudus collis deinde per spartarium campum pergens sylvæ committitur, quæ est supra Carthaginem et Malacham positi in locis, his Orospeda vocatur." STRABON.

3 Sueyro, traductor de Veleyo, dice que fué en bosques algo desviados del lugar de la batalla. El texto latino es así: *in solitudines avias*.

4 "Ad convallem autem atque exesum locum *in spelunca Pompeius se occultare* cœpit." HIRTIUS, *De bello hispaniensi*.

5 "Cesonius *apud Lauronem* oppidum consequutus pugnatem (adeo nondum desperabat) interfecit" FLORUS, *Epitome*.

"Asequutus ad *Lauronem* (id est loco nomen) obtruncat." JULIUS CELSUS, *Fragmentum*.

mol,[1] tiene su orígen en los árabes que llamaron á esta ciudad *Hisna Rand* que quiere decir *Castillo del Laurel.*

Mas semejanza tiene este nombre con Lauro ó Lauron que con el de Munda ó Arunda.[2] Y si la tradicion de la cueva de Pompeyo tiene un legitimo orígen, el cual ni acepto ni contradigo, Ronda seria en tal caso el pueblo llamado Lauron, junto al cual pereció aquel desgraciado hijo del no menos desgraciado héroe á quien los historiadores dieron el sobrenombre de *grande*, ya que con la felicidad no quiso coronarlo la fortuna.

1 *Historia del rebelion de los moriscos.*

2 No hay inverosimilitud en esto. Didio alcanzó á los cuatro dias de navegacion, saliendo de Cádiz, á Pompeyo. Pudo tener vientos contrarios en el estrecho y aquel haber ido cerca de Málaga. Recuérdese que Hircio cuenta que de Cádiz salió hácia una parte caballería y hácia otra infantería para perseguir á Pompeyo, si saltaba á tierra. De consiguiente, cualquiera de las dos pudo á los cuatro dias dar con él.

Plinio en el lib. 14, cap. 3, elogia los vinos Tarraconenses y *Lauronenses* por su hermosura.

CAPITULO III.

Demuéstrase que Munda estaba á dos jornadas de Hispalis ó Sevilla.—Ventisponte y Carruca debieron ser la Alcantarilla y Alocas (Asluca de los árabes.)—Vecindad de Asta y Tartesso con Munda.—Ruinas de Munda sobre el Gibalbin en el término de Jerez.—Florian de Ocampo las llamó de Turdeto, ciudad que jamás ha existido.—Arroyo Romanina el de la batalla.—Romanina la alta y Romanina la baja, principales sitios de la pelea.—Llanura llena de pantanos y atolladeros.—Poblaciones alrededor de Munda, cuyos sobrenombres tenian relacion con la batalla.—Ugia, lugar de la salvacion de César, consignado en su sobrenombre *Cæsaris Salutariensis*.—Nebrissa, llamada *Veneria* por la diosa Venus, invocada en la pelea.—Asta, conocida por *Regia* en honor del rey Bogud.—Regina, dicha así tal vez por la reina Eunoe.—Canteras de jaspe junto á Munda. Hállanse en Gibalbin y Sierra Valleja.

Para fijar la situacion de la ciudad de Munda, hay que destruir antes varios errores, en que han incurrido algunos doctos geógrafos, y con ellos los que se han dedicado á ilustrar este punto de nuestra historia.

Segun el texto de Hircio, César al principio de la guerra situó su campamento cerca de Córdoba, donde estaba Sexto Pompeyo, el cual fué socorrido de su hermano Gneo. Muchas escaramuzas hubo entre ambas partes, hasta que César, cansado de la duracion de la guerra y comprendiendo la necesidad de darle un presto fin, pasó el Betis una noche y se dirijió sobre la ciudad de Ategua, una de las mas fuertes del bando de los hijos de Pompeyo. Gneo se entró en Córdoba con su ejército; pero noticioso de que César habia comenzado á circunvalar á Ategua, salió de Córdoba el mismo dia para socorrerla.

Ambrosio de Morales, viendo unas ruinas á cuatro leguas de Córdoba con el nombre de Teba la vieja, asignó á su terreno la situacion de Ategua. Ahora bien, ¿cabe en lo posible que César que se apartaba de la to-

ma de Córdoba por no tener fuerzas para vencer á los dos hermanos juntos, y por la escasez de víveres fuese á sitiar una plaza de las mas inespugnables á cuatro leguas de aquella ciudad para haber de pelear con tres ejércitos, los dos de los Pompeyos y el que guarnecia á Ategua?

Hay mas: Dion Casio refiere que la marcha de César sobre Ategua era con objeto de cojerla desprevenida, aterrando á su guarnicion con lo repentino del acometimiento de ejército tan poderoso.[1]

Si Ategua hubiera estado á cuatro leguas de Córdoba, teniendo el enemigo tan cerca, ¿no estaria apercibida para cualquier sorpresa?; y aunque no lo estuviera, ¿fácilmente no podian defenderse con energía sus habitantes, cuando casi á sus puertas estaban los dos Pompeyos que la hubieran auxiliado?

Nada encuentro mas verosímil que la situacion que á Ategua dá Lucio Marineo: la misma de Marchena, que sin fundamento alguno defienden algunos anticuarios ser una colonia llamada *Marcia*. César para sitiar á Ategua debió atravesar el Bétis por mas acá de Palma del Rio, es decir, á nueve leguas de Córdoba.[2]

1 Ad Atteguam urbem, ubi magnam vim frumenti repositam esse audierat se convertit sperans se multitudine militum suorum repentinoque adventu perterritis hostibus, facile eam in suam potestatem redacturum eamque munitionibus clausit."

2 Henry de Cock Gorgon en carta á George Bruin, autor del libro *Urbium præcipuarum totius mundi theatrum*. (Tomo IV, 1º de Setiembre de 1585) dice: "Lucius Marineus Sicilien esmeu de ie ne scay quelle raison pense que Marchena soit icelle ville que Cæsar et Pline appellent *Ategua*. Quant à moy ie n'oserois pas affermer que ceste sienne conjecture soit vraye............ Pouvoit Cæsar passer avec son armee aussi bien par Guadalquivir que par Xenil ot neant moins venir en un jour à Ategua car chascune de ces rivieres n'est que quatre lieves loingt de Martia."

Hay que notar que Pompeyo atravesando el rio Salado, se colocó en una eminencia entre Ategua y Ucubi. Ucubi, tal vez seria Alcalá de Guadaira. El rio Salado pasaba mas cerca de Ategua que de Ucubi. Perdida aquella ciudad y conservándose Pompeyo en sus alrededores, tuvo un encuentro en *Soricaria* con las tropas de César. Este nombre tiene cierta analogía con el de *Sarracatin*, cortijo á tres leguas de Utrera.

Segun Hircio corria uno llamado el *Salado* á distancia de unas dos millas de Ategua: el llamado Corbones que se forma del *Salado* de Moron pasa á tres cuartos de legua de Marchena.

César que trataba de sorprender á Ategua pudo caminar toda una noche á marchas forzadas, y llegar al dia siguiente. Ese mismo dia pudo tambien Gneo Pompeyo tener noticias de la acometida de César y salir de Córdoba al caer de la tarde ó en la noche. Sabido es cuan rápidamente César movia sus ejércitos.

Pero por mas razonable tengo interpretar de otro modo el texto de Hircio. Siendo como era un diario de las operaciones de César, entiendo que esto sucedió no en un mismo dia sino en dos. Pompeyo supo por los desertores la marcha de César, lo cual demuestra que ya entonces no estaban acampados con tanta inmediacion los dos ejércitos enemigos. El mismo dia mandó retirar todo el carruage y la ballestería que habia dejado en el camino por ser estrecho, y entró en Córdoba. César comenzó la circunvalacion de Ategua. Informado de esto Pompeyo por un mensajero que le trajo la nueva, partió de Cordoba el *mismo dia*. Pudo ser el *mismo dia* en que recibió la noticia y *no el mismo dia* en que pasaron los hechos anteriores.[1] Rendida Ategua des-

1 Mr. Crevier en la continuacion de la Historia romana de Mr. Rollin, nota que las operaciones del sitio de Ategua están mal descritas por el autor de las memorias de la guerra de España, "Ecrivain de Gazettes et collecteur de Bulletins, dont le style meme est non-seulement dur et scabreux, mais presque barbare."

Cristóbal Cellario en su *Notitia orbis antiqui*, dice: "Ambigui situs apud ipsos hispanos est. Quisdam in via ponunt ab Antiquaria Hispalim: alii prope Alcalá la Real, quod verisimilius videtur quia *flumen Salsum in* propinquo fuit."

El Padre Harduino halló en algunos manuscritos de Plinio, en el convento de Córdoba *Singiliategua*. El padre Florez creyó que aquí se deben entender dos poblaciones, *Singilia* y *Ategua*.

Plinio dice que todos eran lugares de la Bastetania que van hácia el mar: luego *Ategua* estaba mas léjos de Córdoba, admitida la leccion de Harduino.

Abraham Ortelio en su *Thesaurus geographicus*, dice: "Hodie ejus vestigia hand procul ab Alcalá Regali extare, scribit Nava-

pues de un porfiado sitio á vista del ejército de Gneo Pompeyo, este acampó su ejército cerca de Hispalis, segun Hircio, ó frente á Hispalis, segun el fragmento atribuido á Julio Celso.

Ambrosio de Morales, que aseguraba estar á cuatro leguas de Córdoba la ciudad de Ategua y ser Monda en Málaga la famosa *Munda*, no comprendia absolutamente este movimiento del ejército Pompeyano, y artificiosamente deja de seguir analizando el libro de Hircio, y calla lo de colocar Pompeyo su campamento antes de la batalla de Munda en un olivar cerca de Hispalis, reconocida por todos los geógrafos como la moderna Sevilla.[1]

Cierto historiador del siglo último, no pudiendo concordar bien el texto de Hircio con las observaciones de

gierus, fontemque tamen ibidem nomen quodammodo servare. Vocant enim *Fuente de Tejuela*. Morali *Theba la vieja* est qui eam quoque *Tegua* vocari addit."

Creo que aquella opinion nació de la semejanza del nombre del castillo de *Locobin*, que en cierto modo se asemeja al de *Ucubin*, poblacion no léjos de *Ategua*.

1 "Parece en Hircio que habia durado el estar cercada *Atubi* ó *Espejo* hasta principios de Marzo, en que levantó de allí Pompeyo su campo. *Mas ninguna cosa de lo que se sigue se puede bien percibir en Hircio hasta que llega la batalla de Munda; y así no se puede contar otra cosa hasta allí. Y dos lugares que antes de esto nombra Soricia y Ventisponte, no sabré dar buena razon de donde caian.*"

Esto dice Ambrosio de Morales en su *Crónica general de España*. Véase como calla la cita que de Hispalis hace Hircio. Esto prueba cierta mala fé en la cuestion presente. La cita de Hispalis, ciudad de situacion conocida, arguye contra las supuestas de Ategua y Atubi ó Ucubi, en las inmediaciones de Córdoba, patria de Morales.

Hé aquí el texto de Hircio, en que se vé claramente la inmediacion de Hispalis y Munda. "Eo die Pompeius castra movit et circa Hispalim in oliveto constituit. Cæsar prius quam eodem est profectus, luna hora circiter sexta visa est. Ita castris motis Ucubim præsidium, quod Pompeius reliquit, iussit ut incenderent, et deusto oppido, in castra maiora se reciperent. Insequenti tempore Ventisponte oppidum cum oppugnare cœpisset, deditione facta, iter fecit in Carrucam, contraque Pompeius castra posuit. Pompeius oppidum, quod contra sua præsidia portas clausisset, incendit: milesque qui fratrem suum in castris iugulasset interceptus est à nostris, et fuste percussus. Hinc itinere facto, in campum Mundensem cum esset ventum, castra contra Pompeium constituit."

Morales, creyó mas sencillo inventar otra Hispalis cerca de Córdoba, Hispalis de que ningun geógrafo hace memoria.[1]

Solamente Plinio cita unos pueblos hispalenses en la España citerior y convento jurídico de Zaragoza; pero no en la Bética, por lo cual el mentido Dextro puso una Hispalis en los montes Pirineos.

Mientras no exista una prueba evidente de que hubo otra Hispalis en la Bética, como hubo otras Astigis y otras Tuccis, creo y seguiré creyendo que la Hispalis citada por Hircio es la ciudad de Sevilla; y de la situacion conocidísima de esta ciudad comenzaré mis investigaciones para averiguar la de Munda, partiendo, como ya he dicho, de lo conocido á lo no conocido, no de la ideal ó cuestionable opinion de Ambrosio de Morales referente á los puntos que ocuparon las ciudades de Ategua y Ucubi ó Atubi (Teba la vieja y Espejo).

Plinio cita á Atubi juntamente con Urso: luego Atubi no estaba lejos de Osuna, y no estando Ategua lejos de aquella, tampoco mediaba entre las tres gran distancia.

1 EL PADRE FRANCISCO RUANO. *Historia general de Córdoba.* "Desamparando la ciudad de Atubi, puso su campo Pompeyo en un olivar, cerca de la villa de Monturque que cita Hircio con el nombre de Hispalis, como verémos en el convento jurídico de Córdoba."

El 2º tomo no llegó á publicarse, y segun noticias, existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, pero no trata del Convento jurídico.

Mi distinguido amigo el Sr. D. Luis Mª Ramirez y las Casas Deza, erudito cordobés, no ha encontrado testimonios que prueben la existencia de una Hispalis en la provincia de Córdoba.

Perez Valler, creyó que algun copiante de la obra de Hircio, puso *Hispalim* en vez de *Singilim*; pero no dá razones que basten á probar este error.

Como se deduce de esto, la situacion dudosísima de otros pueblos ha servido para desconocer la identidad de la única Hispalis Bética, de que hablan todos los geógrafos de la antigüedad, así griegos como latinos.

No pudo haber tampoco equivocacion en la cita de Hispalis; pues Julio Celso, en el fragmento llamado igualmente de Petrarca, al corregir el texto de Hircio, como lo corregia y aumentaba, cita igualmente á Hispalis, y no como distinta de la que luego nombra sino como la conocida de todos.

Todo el núcleo de la guerra fué en un radio de catorce ó diez y seis leguas distante de Sevilla, exceptuados los combates parciales de junto á Córdoba, al principiar aquella, y la toma de esta ciudad.

Pruébase esto por el hecho de mandar César que se pusiese de manifiesto la cabeza de Gneo Pompeyo no en Córdoba sino en *Hispalis:* en *Hispalis* y no en Córdoba convocó á los magistrados de las ciudades cuando todavía Munda y Urso estaban por Sexto Pompeyo: á los *Hispalenses* con preferencia á los demás, acusó, segun Julio Celso, de haber pensado vencer al pueblo romano, como si muerto César no tuviera aquel mas legiones con que resistir á los *Hispalenses;*[1] y por último en el calendario civil se mandó consignar para perpétua memoria, no el dia de la victoria en Munda, Córdoba y otros puntos, sino aquel en que César venció á *Hispalis.*[2] La division de la Bética en cuatro conventos jurídicos, de que habla Plinio, fué hecha en tiempos posteriores á César. Ignoramos, pues, si en los de la guerra de los hijos de Pompeyo la jurisdiccion de Ategua, Ucubi, Urso y Munda correspondia á Hispalis y no á Astigis.

Despues de esto, dice Hircio, que César levantó su campo en direccion del de Pompeyo, y que este se dirigió á *Ucubi* (que habia dejado atrás), mandando que su guarnicion se le juntase y diese fuego á sus alojamientos, si es que de Pompeyo habla el autor y no de César, como quieren algunos.

De todo el contexto de los comentarios, se deduce que Pompeyo jamás queria presentarse en llanuras para evitar que César lo batiese. ¿Por dónde pasó el Genil para venir á Sevilla, y por dónde lo repasó, si fuera cier-

1 "¿Crederentne forsitam *Hispalenses*, romanos vincere quod eorum provintiam populati essent? An extinto Cæsare..... non sentirent romanum populum immortalem et in præsens decem habere legiones, quæ non tantum *Hispalensibus* resistere etc."

2 "Hoc die Cæsar Hispalim vicit."

to el hecho de que Ategua estuvo donde hoy las ruinas de Teba la vieja y Ucubi donde Espejo? Por Ecija no, porque *para nada* se nombra á Astigis, y no era fácil que de una ciudad de importancia se omitiese la memoria. Por otra parte, Gneo Pompeyo seguido de cerca por el ejército Cesariano, mal podia atravesar la gran llanura de Carmona y el arenal de Ecija.

Si el *Ucubi* de Hircio es Espejo, ¿cómo Pompeyo desciende rápidamente desde esta poblacion hasta Sevilla y luego toma con igual presteza la direccion de ella para recojer la guarnicion? Nada menos habia que la dificultad de vadear dos rios: uno de ellos caudaloso, cual es el Genil.

La vecindad de Ategua con Osuna ó Urso ó Ursao, es innegable. El mismo Sstrabon al enumerar las ciudades de la Bética, nombra á Apetua (Ategua) juntamente con Munda y Urso.[1] Y tan es así cuanto que Pompeyo al abandonar á su suerte á Ategua y caminar hácia Hispalis, dirigió una carta á los de Urso para mantenerlos en su fé, diciendo que César no queria descender á las llanuras, temeroso de sus fuerzas; pero que él se proponia dar fin á la guerra, auxiliando las ciudades de su bando, á fin de que su enemigo no se apoderase de ellas y se proveyese de bastimentos; y tambien les ofrecia enviarles algunas cohortes.

Segun parece del texto de Hircio, Munda venia á estar á dos jornadas de Hispalis; mas aun, inmediata al camino de Hispalis á Cádiz. He demostrado que el intento de Pompeyo, al dirigirse á Sevilla, era recorrer las ciudades que estaban por él. En el fragmento de Ju-

1 "Sunt et in quibus Pompeii filii debellati sunt: Munda Apetua (Ategua) Urso etc."

Plinio, hablando del convento Astigitano, dice: "Hujus conventus sunt reliquæ coloniæ immunes..... Atubi, quæ cognominatur Claritas Julia, Urso quæ Genua Urbanorum, inter quæ fuit Munda, cum Pompeii filii capta."

Algunos entendieron que Munda estaba entre Osuna y Atubi; sin embargo, el mismo Celario no puede menos de confesar que esto *laxo situ capiendum.*

lio Celso, el movimiento hácia Munda se esplica de este modo: „Iba recorriendo las Españas para conservar, como él decia, las ciudades de su partido.„[1]

Pompeyo desde el momento en que se acerca á Hispalis para caminar al rededor de las poblaciones importantes, claro es que las que tenia que recorrer eran las que indicaba la línea de las riberas del Guadalquivir, donde habia tres importantísimas ciudades. Despues de Sevilla estaban las de Nebrissa, Colobona y Asta; esta última notoriamente á la devocion de los dos Pompeyos. Estas en primer término tenia necesidad de conservar Gneo, y este era evidentemente su propósito al recorrerlas.

Terminada la batalla, refiere Hircio,[2] que Gneo Pompeyo con pocos de á pié y de á caballo se dirigió á Carteya, y que César, despues de sitiar á Munda, caminó á Córdoba para apoderarse de ella y destruir las fuerzas de Sexto Pompeyo. Dueño de Córdoba, tomó la via de Hispalis y se apoderó igualmente de esta ciudad. Acto continuo, se dirigió hácia Asta, de donde salieron embajadores á entregarla. Al propio tiempo, dice: „Y los Mundenses que de la batalla se habian refugiado en la ciudad, muchísimos se sometieron, viendo que el cerco por tanto tiempo se prolongaba.„

Luis Nuñez interpreta el texto de Hircio diciendo, que *junto á la ciudad de Asta* los caudillos que habian sobrevivido al desastre de Munda, fueron muertos en

1 "Ibat præterca Hispanias ambiendo, ut ipse dicebat, civitates suarum partium conservando."

2 Cito como autor del comentario *De Bello Hispaniensi*, á Aulo Hircio, por ser esta la opinion mas admitida.

Gerardo Vosio, *De historicis latinis*, lo atribuye á Balbo ó á Cayo Oppio. Otros, y con razon, lo creen indigno de estos últimos autores, y aun tambien de Hircio.

El texto de este, segun la edicion Elzeviriana, dice así: "Oppido recuperato (Hispalis), Astam iter facere cœpit, ex qua civitate legati ad deditionem venerunt, *Mundensesque* qui ex prælio in oppidum confugerant, cum diutius circunsideretur, multi bene deditionem faciunt, et cum essent in legionem distributi, coniurant inter se etc."

la parte exterior del vallado del campamento porque se habian conjurado para hacer en él una matanza.[1]

Salazar de Mendoza entiende, hasta cierto punto, del mismo modo el pasage de Hircio, diciendo que César refiere que en Asta mató unos mensageros de la ciudad de Munda.[2]

Masdeu por su parte lo interpreta igualmente así; puesto que dice que muchos ciudadanos de Munda enviaron á Julio César algunos diputados pidiendo la paz, y que se trasladaron al campo con intento de pasar á cuchillo al ejército con el auxilio de los pompeyanos que estaban en la ciudad, los cuales harian para ello una impetuosa salida.[3]

Exactas del todo no son estas interpretaciones; pero ellas muestran la fidelidad de la mia, pues que autores que creian la situacion de Munda en punto muy lejano, deslumbrados por las opiniones de otros críticos, no podian menos de ver en Hircio lo que Hircio dice. Las palabras *Mundensesque* ligadas con la oracion en que se habla de los mensageros que Asta enviaba á Cé-

1 LUDOVICUS NONIUS, *Hispania.* "A Hirtius hanc urbem *Hastam* vocat cum ceteri sine aspiratione legant, *juxta quam* refert duces Gn. Pompeii qui funesto Mundensi prælio superfuerant, omnes à Cæsare extra vallum concisos, eum conjurassent castrorum cædem."

2 Salazar de Mendoza, (*Monarquía de España.*) "Otros dicen que es la que Tito Livio, Tolomeo, Strabon y Antonino llamaron *Asta. Así tambien la llamó Julio César y dice mató en ella unos mensajeros de la ciudad de Munda.*"

3 Masdeu, *Historia Crítica de España.* Tomo IV.

"Mientras las tropas batian furiosamente las murallas, un buen número de ciudadanos *enviaron á Julio César algunos diputados,* pidiendo la paz: pasaron despues al campo y fueron recibidos con la mayor benignidad. Era el intento de estos, atacar al ejército y pasarlo á cuchillo, mientras los Pompeyanos de Munda hacian una salida, como habian convenido al pasar al campo enemigo. Se descubrió esta conjuracion, y los principales autores de ella, pagaron el delito con la muerte."

Aunque violentando el texto de Hircio se quisiera decir que los huidizos de la batalla de Munda, refugiados en Asta durante el cerco de aquella ciudad, fueron los que se conjuraron para destruir el ejército de César, de acuerdo con los pompeyanos astenses, siempre resultará que Munda no podia estar muy lejos, cuando lograron en tanto número acojerse á Asta.

sar, denotan que ambos sucesos acaecieron en el camino de Hispalis á esta ciudad. De aquí se infiere con el mas legítimo fundamento, que Asta era poblacion vecina á Munda. Es tan clara, tan evidente esta deduccion del texto de Hircio, que no puedo comprender como los que me han precedido en la investigacion del terreno donde fué aquella ciudad, no se han anticipado á hacerla.

Conforme se avecina César al teatro de los sucesos, aunque no se halle precisamente en ellos, el historiador los narra. Así es que nada nos dice de Gneo Pompeyo en Carteya hasta que César entra en Cádiz. Del mismo modo que cuando habla de emprender César el camino de Sevilla á esta ciudad, nos refiere los hechos de Munda, torna á nombrar el sitio de Munda cuando cuenta que César tomaba la via de Cádiz á Sevilla.[1]

Otra observacion prueba mas mi creencia. El movimiento que con su ejército hizo Gneo Pompeyo para conservar sus ciudades importantes empezando en Hispalis, parece verosímil que fuese el mismo que César verificase para apoderarse de ellas, y este nos es conocido por declararlo patentemente el historiador de la guerra de España. Nótese tambien que Carteya era del bando de Gneo Pompeyo, y ciudad tan importante, como que en ella tenia este su armada. Lo natural parece que recorriendo todas las poblaciones á su devocion, pensase en Carteya y por eso tomó el camino que de Sevilla iba á esta colonia, por si perdia la batalla tener su huida por el mar.

Voy pues á examinar si las circunstancias del terreno, si los nombres de los pueblos antiguos, y si las ruinas testifican mi creencia de que Munda estaba en las inmediaciones del camino de Sevilla á Asta.

Cuando César levantó su campo, y desde las inme-

1 "Cæsar Gadibus rursus ad Hispalim recurrit. Fabius Maximus quem ipse ad præsidium Mundam oppugnandum reliquerat etc."

diaciones de Sevilla siguió al de Pompeyo, puso sitio á una poblacion llamada por Hircio *Ventispontem*. (Ventis pons), que Lopez de Toledo en su incorrecta obra traduce por la *Puente del viento*, y algunos geógrafos quieren que fuera *Ventipo*, asignándole su situacion con ningun acierto en la *Puente de don Gonzalo*.[1]

Con efecto, en el camino de Sevilla á Asta hay una puente llamada hoy la *Alcantarilla*, donde existió poblacion hasta poco tiempo despues de la conquista por S. Fernando, segun Rodrigo Caro.[2] Todos convienen en que su construccion es obra de romanos.[3]

Despues se dirigió César á *Carruca*, pueblo que habia incendiado Gneo Pompeyo; y siguiendo su camino, llegó al campo de Munda.

Esta *Carruca* quizá sea la *Calucula* que cita Plinio en el convento jurídico de Astigis, nombre corrompido por impericia de los escribientes. Sea como quiera, uno semejante se conservaba en tiempo de los árabes: en su terreno estaba *Asluca*, segun *Xerif-Aledris*,[4] con la particularidad que en su Itinerario desde Algeciras á Sevilla pone antes á *Gebal Mont*, que el intérprete Sionita traduce por *Montem Mont*, corrupcion de los ára-

1 El Padre Florez se fundó en dos inscripciones que le envió Velazquez, como halladas en la Puente de don Gonzalo. Pero la estudiada repeticion de la voz *Ventiponense* y otras circunstancias, las hacen sospechosas.

2 "De Alocas sigue el Nubiense su viaje á un lugar que llama Almayaden, y juzgo que este pueblo estuvo junto á la puente de la Alcantarilla....... Estuvo este pueblo muy cercano á un rio que llaman Salado, que hoy permanecen las ruinas de él." RODRIGO CARO. *Adiciones al convento jurídico de Sevilla.* MSS.

3 "Se pasa por una puente que sin duda es del tiempo de los romanos." El mismo autor.

George Bruin, en su famoso Teatro de las ciudades, ya citado, dice de la puente. "La magnificence de sa structure monstre que les romains le ont fait bastir, l'on void encores des deux costez de la plus grosse tour, les bases et chapiteaux des piliers qui estoient de iaspe vert, les quels ont esté transportez en l'eglise cathedrale de Seville, pour servir d'ornement au grand autel."

4 El ejemplo del nombre de Ategua nos autoriza para ello. Hircio y Frontino la llaman *Ategua*: *Apetua* ó *Atetua* se lee en las ediciones de Strabon: *Attegua* en Dion Casio. *Attigenses* llama Valerio Maximo á los naturales de Ategua.

bes que dieron tal vez al nombre de *Munda* ó *Monda* que encontraron, pues no es fácil que digeran el *Monte Monte*.[1]

Pero ¿qué orígen tiene esta voz *Munda?* Creo inaplicable en este caso la significacion del adjetivo *mundus* (limpio ó puro). Habiéndose puesto esta palabra á una ciudad que no fundaron romanos, parece natural que investiguemos si en la media ó baja latinidad, donde tanto se usaron voces de las provincias, se halla la de *Munda*. *Mundat* equivalia á inmunidad, ó sitio ó distrito libre de la jurisdiccion civil ordinaria. *Munda* era lugar en las florestas donde no se permitia cazar ni tomar leña. En el antiguo sajon *Mund* era lo mismo que *defensio* (defensa, proteccion, abrigo, resguardo). Así *Mundium* ó *Mundio* en la baja latinidad se usaba en significacion de seguridad, de proteccion ó patrocinio.[2] Con tales antecedentes, no creo aventurado manifestar mi opinion sobre el verdadero significado de la voz *Munda*. Munda era lugar de defensa, lo cual conviene con la situacion formidable que tenia la ciudad así nombrada. Concuerda en cierto modo con la palabra *Munia*, *Almu-*

1 Conde, traduce así á Xerif Aledris, llamado el *Nubiense*, hablando del camino de Algeciras á Sevilla.

"De Medina Ben Selim á *Gebalmont*, de allí á la alquería *Asluca* y en ella posada; luego á Almudein, Deirat-al Gemala y en ella posada; de allí á Esbilia una jornada."

El intérprete Sionita, leia así: "Ad urbem Ben Alsalim, ad montem-Mont, tum ad oppidum Aslucam etc."

Conde cree que Gebalmont era en el partido de las Uteras, así como dijeron *Mont Gibelo* por la mezcla de lenguas, y *Asluca* Paterna de la Ribera; pero para los conocedores de la tierra, todo esto es inverosímil.

Rodrigo Caro, en sus adiciones citadas, fija á *GebalMont* en Gibalbin y á *Asluca* en las torres de *Alocaz*. Junto á ellas se encuentran hoy vestigios de poblacion romana. Caro afirma que se descubrieron en su tiempo dos leones de mármol blanco, uno grande y otro menor, de admirable estructura.

El nombre de *Gibalbin* se lee escrito de muchos modos. *Agibalbin*, en documentos antiguos: *Bibalbin* ó *Birberbin* en los planos de Inciarte: *Gabusolin* en historias MSS de Jerez.

2 Véase el *Glossarium* de Dufresne, en las voces *Mond-Baer*, *Mond-Boor*, *Munda*, *Mundat*, *Mundiburdus*, *Mundium* etc.

nia ó *Almina* con que los árabes designaban á las fortificaciones inaccesibles y excelentes. *Gebal Almina* llamaron al monte del Acho en Ceuta.

Resulta, pues, de todo, que los árabes en tiempos del Nubiense nombraban al Gibalbin *Gebal Mont,* cuyo orígen pudo ser *Gebal Monda, Gebal Mond,* ó *Gebal Mont:* así como el de Gibalbin,[1] *Gebal Almina, Gebal Mina, Gebalmin* y *Gibalbin,* siendo el *Munda* latino y el *Mina* ó *Munia* árabe una misma cosa. Pero solo en la sinonimia de estas palabras no intento fundar mis argumentos. Nada es mas fácil que errar en investigaciones etimológicas, y aunque no se yerre, encontrar quien las impugne con apariencia de verosimilitud; pues como no se trata de cosas indudables, la imaginacion tiene ancho campo donde discurrir libremente.

Notable coincidencia es que ambos ejércitos en dos jornadas, puesto que el comentario de Hircio habla de dos dias,[2] operasen en un territorio donde habia un lugar con nombre de puente y tambien otro con el de Carruca, y que luego llegasen á unos llanos inmensos dominados por una eminencia grandísima, señas que concuerdan exactamente con la Alcantarilla, puente de construccion romana, con las torres de *Alocas* ó *Alocáz,* Asluca de los árabes y Carruca ó Calucula de los romanos, y en donde hoy se encuentran vestigios indudables

1 Gibalbin pudo llamarse así de *Mons binus,* el monte doble; pero contradice esta opinion el no llamarse por el Nubiense *Gebalbin,* sino *Gebal Mont,* y ser por tanto posterior á los romanos la denominacion que hoy tiene.

2 La opinion mas comun entre los sabios, incluso Escalígero, es que el libro de Hircio es un diario de las operaciones de César. Así se demuestra por las frases: "*Postero die, Insequenti die, Insequenti tempore* etc."

El movimiento hácia Hispalis, y de Hispalis hácia Munda, se describe en estas palabras: "*Eo die Pompeius castra movit et circa Hispalim in oliveto constitit.*" Despues narra como levantó su campo hácia Ucubin.

Insequenti tempore (Cæsar) iter fecit in Carrucam....... "Hinc itinere facto in campum Mundensem cum esset ventum castra contra Pompeium constituit."

"Sequenti die cum iter facere Cæsar cum copiis vellet renuntiatum est ab speculatoribus, Pompeium de tertia vigilia in acie stetisse."

de poblacion romana igualmente; y por último con la gran llanura que hay por la parte de Lebrija, seguida de los llanos de Caulina y con la sierra de Gibalbin, llamada por un geógrafo árabe *Gebal Mont.*

Los espacios de ambas llanuras son inmensos. Ampliamente pudo darse en ellos la batalla, maniobrando los quince mil caballos y el gran número de infantes que cuenta Hircio. El sitio parece el mas á propósito, como buscado y escogido por dos generales de la esperiencia de Lavieno y Varo que acompañaban á Pompeyo. Militarmente hablando, ninguno hay en Andalucia que tuviera condiciones mas ventajosas para el modo de guerrear de los romanos.

Las circunstancias del terreno corresponden exactamente con las que Hircio le señala. Hay un gran arroyo que corta la llanura desde la parte de Jerez en direccion de Lebrija. Como á un cuarto de legua de esta ciudad tuerce su camino y por las marismas lo lleva hácia Guadalquivir. Corria, pues, el arroyo hácia la mano derecha del que viene de Sevilla, camino que trajo el ejército de César. El suelo que baña lleno está de lagunas en invierno y primavera, y tambien de grandes tragaderos que absorben facilísimamente á un hombre. Llámanlos indistintamente *bujeos, sartenejas* y *chupaderos* las gentes de la tierra. Todas estas señas convienen con la relacion de Hircio, cuando escribe que el arroyo corria por un suelo lleno de lagunas y tragaderos.[1]

No recordaré aquí que en ese terreno se ha dado una gran batalla en que hubo romanos, probando mis observaciones con referir los fragmentos de armas, y aun armas enteras halladas en ocasiones distintas. Existe otra prueba mas indudable. El arroyo tiene el nombre de *Romanina.* Dos tierras hay además al pié de

1 "Hinc dirigens proxima planities æquabatur cuius decursum antecedebat rivus qui ab eorum accesum summam efficiebat loci iniquitatem. Nam palustri et voraginoso solo currebat ad dextram partem."

la sierra de Gibalbin que conservan el mismo de *Romanina*, distinguiéndose el uno con el de *Romanina la baja* y otro con el de *Romanina la alta*. Esto indica que junto á ese arroyo y que en esas tierras hubo una pelea y matanza de romanos tal y tan grande que su recuerdo se ha conservado á pesar de los siglos, mejor aun que en mármoles y bronces, en esa palabra tan repetida por los habitantes de los contornos.[1]

En la parte de *Romanina la baja* y *Romanina la alta*, puntos inmediatos, debió ser lo mas recio del combate.[2] La hueste de Gneo Pompeyo estaba formada en batalla al amparo del campamento y el campamento colocado al amparo de la ciudad. El ejército Pompeyano no osaba separarse á mas de mil pasos de la fortificacion de esta. Tan ancha base tenia la montaña donde era Munda. Pues bien, subiendo á la cumbre de la sierra de Gibalbin, no en la misma eminencia, sino un poco mas abajo de ella, existen los vestigios de una gran poblacion romana mas hácia el lado de Jerez que hácia el de Lebrija. Esta es la ciudad, á que Florian de Ocampo y otros, á falta de noticias, dieron el nombre de *Turdeto*, ciudad fantástica, no citada por geógrafo alguno de la antigüedad griega y latina, nom-

1 De pelea y matanza de romanos pudo venir la voz *Romanina*, como de pelea y matanza de sarracenos la de *Sarracina*, hoy aplicable solamente á pelea entre muchos con gran desórden y confusion.

Debo advertir que casi todos los mapas así españoles como estrangeros, aun los mas acreditados, colocan el arroyo *Romanina* equivocadamente mas allá de Lebrija, y no mas acá, como efectivamente está. En prueba de ello no hay mas que recordar que el término de la provincia de Cádiz y el de Sevilla es justamente ese mismo arroyo. Véanse estas palabras tomadas del Real decreto de 30 de Noviembre de 1833 para la division de las provincias. "(El límite de la de Sevilla) va luego por el N. de Villamartin á la torre arruinada de Gibalbin, dirigiéndose al arroyo *Romanina* por el cual corre hasta encontrar el brazo oriental del Guadalquivir, cuyo curso sigue hasta el caño de las Rosinas."

2 "Partin in urbem Mundam, partin in castra fuga se prorripuerunt in castra confugerant, hostem invadentem fortiter repulerunt, nec prius occubuerunt quam parem hostibus cladem reposuissent." Dion-Cass.

bre puramente de la invencion de los autores de los falsos cronicones, hechos para adulterar la historia de España y que siguió ciegamente aquel escritor. De las ruinas de sus formidables muros, termas, anfiteatro y otros edificios se han sacado en diversas ocasiones muchos materiales.[1]

Confirman esta opinion mia particular tres argumentos á cual mas poderosos; poderosos digo, y bien pudiera llamarlos indestructibles.

Silio Itálico, al referir las ciudades de la Bética que se aprestaban á la segunda guerra púnica, nombra á Hispalis, á Nebrissa y á Carteya. Y á continuacion habla de Tartesso, ciudad en la isla inmediata á la desembocadura del Betis, segun todos los geógrafos mas insignes,[2] citándola juntamente con la de Munda, como poblaciones vecinas, ligados ambos nombres por medio de una partícula conjuntiva, lo cual no hizo con los de las demás.

1 "Esta segun las señas que pone Juliano Luca Diacono solia ser.... en el medio camino que iba entre dos villas nombradas en su tiempo *Cæsariano* y *Arcobriga*, que son ahora ciertamente Jerez de la Frontera y Arcos." FLORIAN DE OCAMPO Lib. II cap. 24. *Los cinco libros primeros de la Crónica de España.*

Fray Estéban Rallon en la Historia de la ciudad de Jerez de la Frontera, MS. del que hay muchísimas copias, dice:

"El Padre Fray Juan Espínola.... dejó trabajada la historia cuyos MSS. he tenido en mi poder y leido muchas veces...... el cual en este caso dice que la ciudad de Turdeto fué en la sierra de Gibalbin por estas palabras:—Florian de Ocampo pone en un sitio alto á Turdeto que es la gran ciudad que vemos despoblada sobre el famoso Gabusolin ó Gibalbin, cuyos muros, puertas, baños y anfiteatro nos muestran en su ruina su grandeza."

El mismo Rallon dice que estas ruinas no están entre Jerez y Arcos sino entre Jerez y Espera, y añade que en 1615 se sacaron de ellas piedras, mármoles y otra cantidad de materiales. Pone estas mismas ruinas á cuatro leguas de la mesa de Asta.

2 Armat Tartessos Stabulanti conscia Phœbo
Et Munda Hemathios Italis paritura labores.
LIB. 3.

Que no aludió aquí á Carteya, llamada por algunos Thartessos, se comprende con recordar que antes ha dicho

Arganthoniacos armat Carteia nepotes.

Luego al citar Silio Itálico esta Tartesso aludió á la ciudad en la desembocadura del Guadalquivir ó á los pueblos de las riberas de Cádiz.

Comprueba esta vecindad de Tartesso el hecho siguiente. Segun Nicolás Damasceno, Octavio, en la guerra de España con los hijos de Pompeyo, encontró victorioso á César cerca de la ciudad de *Calpia*. Que no pudo ser esto junto al monte Calpe se prueba por la circunstancia de no haber bajado César á Carteya, sometidas Córduba, Hispalis y Asta; sino á Gades. La ciudad, de que habla aquel historiógrafo, evidentemente fué la de *Carpia*, nombre con que los griegos llamaban á Tartesso y á su rio, como se demuestra por el texto de Pausanias.[1] De Tartesso ó *Carpia* al lugar del campamento de César no mediaria seguramente mas distancia que la de tres leguas cortas. Sabido es que Octavio no se halló en la batalla de Munda. Apenas convaleciente de una grave enfermedad, habia corrido á juntarse con su tio, atravesando sitios peligrosísimos, todos ocupados por los parciales de los hijos de Pompeyo, lo cual le acabó de conquistar el afecto de César. La ciudad de Tartesso ó *Carpia* era de gran fama entre los griegos, como emporio opulentísimo. Claro es que el historiador para mas puntualizar el sitio del hecho, citó la poblacion inmediata mas conocida en Grecia que las otras que pudo haber nombrado.

El otro argumento aun es de mayor fuerza. En el convento jurídico de Cadiz habia una ciudad llamada de unos Ugia ó Uxia, y de otros Urgia.[2] Hacen me-

1 "Tartessum certe fluvium Hispaniæ esse tradunt ostiis duobus in marem descendentem amni cognominem urbem, inter utrumque alveum sitam omnium vero Hispaniæ fluminum maximum et præaltis vorticosum gurgitibus Bætin hujus ætatis homines vocant. Sunt qui et prisco nomine Tartessum, *Carpiam* vocitatum."

2 El Padre Florez dice en su *España Sagrada* tomo X. "Este pueblo se reputa por el mismo que el *Ugia* de Antonino, pues le coloca sobre Asta con distancia de 6 leguas y cuarto caminando á Sevilla.... Ptolomeo nombra á *Ugia* debajo de Nebrissa y á *Ucia* entre Carisa y Sevilla. Si hubo estos dos pueblos, solo el primero debe atribuirse al convento gaditano por caer cerca de la costa, no el segundo muy cercano á Sevilla. Y digo si hubo tales pueblos, porque en la edicion de Ulma y Roma no se pone mas que el primero, nombrándole aquella Utia y esta Ugia. Tenemos, pues,

moria de ella Plinio, Ptolomeo y el Itinerario de Antonino. Esto, entre los geógrafos antiguos. Entre los modernos, el Padre Enrique Florez fija su situacion mas acá de Lebrija: es decir, entre Lebrija y la Mesa de Asta, á lo que comprendo. Otros creen que estaba un poco mas allá de aquella villa. Cerca de la Venta del Cuervo existen vestigios de poblacion romana, no hácia el lado de Gibalbin sino hácia la parte del rio. En mi opinion, los sobrenombres de esta ciudad tienen relacion directa con la batalla de Munda.

De pueblos antiguos de la Bética, con especialidad en las provincias de Córdoba y Sevilla, se conservaban muchos sobrenombres de Julio, que indicaban haber sido teatros de sucesos en las guerras de César, bien tomando partido por este, bien sometiéndose al vencedor é imponiéndose su nombre con cualquier pretesto para adularlo.

De los pueblos de que hoy consta la provincia de Cádiz solo se recuerda Julia Gaditana, Julia Transducta, Asido Cæsariana y Urgia ó Ugia llamada *Castrum Julium*, y por otro nombre *Cæsaris Salutariensis*, segun la nombra Plinio.

El sobrenombre *Castrum Julium* algo puede significar en la cuestion presente, si se observa que tal vez se halla usada la voz *Castrum* (singular) como *Castra* (plural), es decir, como equivalente de campamento.

documentos en que solo se reconoce un pueblo de tal nombre, y este en los confines de Nebrissa que es el autorizado por el Itinerario y el que Plinio aplica al convento de Cádiz."

En mi opinion estaba cerca de Lebrija y del arroyo *Romanina*, en direccion de la Mesa de Asta. Indudablemente tenia cierta inmediacion con el Gibalbin, puesto que las atalayas de este, hácia la parte de Lebrija, se llamaban de *Montuja*, como dice Caro en sus adiciones. Segun creo el nombre de *Montuja* equivale á *Monteugia*, el monte de Ugia por estar cercano, como sin estar en ella misma la ciudad, se llama Sierra de Córdoba á la inmediata.

Esteban de Garibay se engañó, pues, cuando puso el lugar de Ugia en las Cabezas de S. Juan. La distancia entre la Mesa de Asta y Ugia en manera alguna puede convenir.

Llamábase *Castra* el conjunto de las tiendas ó cuarteles de las tropas, cercado por empalizada y foso, así como *Castrum* á la ciudad fortalecida de la misma manera.[1] Pudo muy bien llamarse *Castrum Julium*, el campamento de Julio ó la fortaleza de Julio; pero lo que creo que resuelve todo género de dudas es el otro sobrenombre *Cæsaris Salutariensis*.

Gomez de Huerta, uno de los traductores de Plinio, y hombre que dedicó veinte años al estudio de este autor, encontró dificultad y grande en la version de tal sobrenombre é imaginó resolverla con llamar á la ciudad de *Urgia Salutariense de César*.[2] El adjetivo *Salutariensis*, como todos los de su terminacion, equivale al genitivo del nombre de que se deriva. Concordándolo con *urbs* ó *civitas* significa la *de la salvacion de César*. *Salutariensis* no concierta con *Cæsaris* sino con *Urgia*. Así lo entendió Gomez de Huerta y así lo entenderán cuantos conozcan algo la lengua latina. Si se refiriera á *Cæsaris* no seria *Salutariensis* sino *Salutaris*, y entonces significaria la *ciudad de César, salvador ó que daba la salvacion ó la vida*,[3] como llamaban los roma-

1 El *Lexicon* de Juan Calvino dice "*Castrum* numero unius notissimæ est significationis. *Castra* vero numero multitudinis locum significant ubi milites tentoria figunt à castri similitudine quod fossa valloque quasi muro circundari solet, quod sensu accipitur apud Modestin L. 3.

2 "*Urgia* llamada por sobrenombre *Castro Julio* y tambien *Salutariense de César*." Como se comprende, esto deja la cuestion sin resolver.

El Sr. Torres Villegas en su *Cartografia hispano-científica*, (Madrid 1852) hace otro tanto aunque de distinto modo, traduciendo "*Urgia*, ó sea *Castro Julio* ó *Cesaria Salutariense*."

3 Hircio hablando de la batalla de Soricaria dice *Quibus mons non virtus saluti fuit*.

Marco Tulio ya habia dicho *Homines ad Deo nulla re proprius accedunt quam salutem hominibus dando* DE MANIL.

Salutem fero DE FINIBUS.

Ego qui multis civibus saluti existimo fuisse. DE ORATORE.

En la vulgata se halla usada esta voz en el mismo significado, como se prueba con estos ejemplos.

"Cras erit vobis *salus*, cum incaluerit sol." I REG. 11—9.

"Fecit *salutem* hanc magnam in Israel." I REG. 14—45.

Tambien *salus* equivale á *incolumitas, remedium*. Véase á Paulus De Off. Præfec. Vigil. L. 3. "Nam *salutem* Reipublicæ tueri, nulli magis credidit convenire,

nos á la letra A *litera salutaris*, porque servia en los juicios para absolver, y como en la baja latinidad se decia *Salutare* en vez de *Salvador*.[1] En la frase *Cæsaris Salutariensis* no se comprende la ciudad de César, que salva, sino *la de la salvacion de César*. Tampoco las historias hablan de que César junto á Asta salvase á poblacion alguna. Si tal hubiera constado en su sobrenombre, tal constara en la historia.

Recuérdese que César vió sus no vencidas huestes arrolladas por las fuerzas de Gneo Pompeyo, que desesperadamente se arrojó entre los enemigos para animar á sus soldados con su ejemplo, y que al terminarse la batalla de Munda dijo, segun Apiano, que en todas habia peleado por la victoria, pero que en esta lo habia hecho por la vida.[2] Veleyo Patérculo, dice tambien que en ningun combate mas cruel ni mas peligroso se halló César.[3]

nec alium sufficere ei rei quam Cæsarem."

Véase tambien el *Lexicon Ciceronianum* de Mario Nizoli en las voces *salus* y *salutaris*.

"Civis beneficus et *salutaris*."

9 Att. 6.

1 En la media y baja latinidad *Salutare* se tomaba en significacion de *Salvador*. Dufresne en su *Glosarium* cita dos ejemplos. Uno de ellos es *Salutem in vero Salutari*: el otro "Omnibus Christi fidelibus perpetuum in *vero Salutari*."

San Gerónimo (*Quæstionum Hebraicarum in Genesis)* habla de una parte de Palestina llamada *Salutaris*, donde fué el sacrificio de Isaac.

"Notandum autem et ex prioribus ex præsenti loco quod Isaac non sit natus ad quercum Mambre sive in Aulone Mambre, ut in Hebræo habetur, sed in Gerani ubi et Bersabee usque hodie oppidum est. Quæ provincia ante non grande tempus ex divisionem præsidium *Palæstinae, Salutaris est dicta*. Hujus rei Scriptura testis est quæ ait *Et habitabit Abraam in terra Philistinorum*."

2 Así leen algunos traductores latinos de Apiano: otros de lenguas europeas entienden *por la salvacion de su vida*. Mr. Crevier al citar en su continuacion de la *Historia de Roma* las palabras de Apiano en boca de César, usa la voz *salut* en lugar de *vie*.

3 "Sua Cæsarem in Hispaniam comitata fortuna est; sed nullum umquam atrocius periculosiusque ab eo initum proelium. Vell. Paterc.

PAULO OROSIO. *Lib.* 6, *cap.* 16. "Ultimum bellum apud Mundam urbem gestum est, ubi tantis viribus dimicatum tantaque cædes acta, ut Cæsar quoque veteranis suis cedere non erudebescentibus cum cædi, cogique aciem suam cerneret, prævenire morte futurum victi dedecus cogitarit, cum subito versus in fugam Pompeiorum cessit exercitus."

El ejército de César, pues, debió estar en Ugia y sus contornos, y tal vez en esta ciudad, al regresar á su alojamiento, pronunció las palabras que le atribuye Apiano.

Por tres causas pudo adquirir Urgia ó Ugia ese sobrenombre: ó porque César recobró en ella la salud, ó porque fué saludado César con aclamaciones, ó por haber sido donde César se salvó de algun grave peligro.

Lo primero no parece verosímil. Para que César recuperase en Urgia ó Ugia la salud, necesitó á lo menos residir en ella algun tiempo con el fin de gozar las excelencias de sus aires y aguas. De esta enfermedad, y detencion en Ugia por semejante causa no dán la menor noticia los historiadores.

Lo segundo no está lejos de la verosimilitud. Para distinguir á una ciudad con el dictado de la saludadora ó aclamadora de César, algo de estraordinario debió ocurrir en semejante hecho. Todas las poblaciones que le abrian las puertas, despues de derrotados los hijos de Pompeyo, claro es que lo saludarian vencedor, lisonjeando al favorecido de la fortuna. Este sobrenombre en tal significacion era aplicable á tantos y tantos pueblos como se hallaban en un caso análogo. De consiguiente, si lo obtuvo por sus aclamaciones á César, evidentemente debió ser porque la primera de todas lo saludó vencedor. En este caso la vecindad de Ugia ó Uxia con Munda parece incuestionable.

Pero la tercera causa es á mi ver la mas atinada de todas. Habiendo conseguido Ugia ó Uxia los sobrenombres de *Castrum Julium* y además el de *Cæsaris salutariensis*, se comprende desde luego que fueron debi-

SEXTI JULII FRONTINI *Strategematicon sive de solertibus ducum factis et dictis.*

"D. Julius ad Mundam suis referentibus pedem, equum suum abduci à conspectu suo, jussit et in primam aciem pedes profiliit: milites dum destituere Imperatorem erubescunt, redintegrarunt prælium."

CAROLI SIGONII MUTINENSIS *Fasti consularis* (1550). "Is ultimo proelio ad Mundam desperatis rebus. etiam de nece cogitasse dicitur."

dos á servicios prestados en la guerra que en la Bética tuvo César con los hijos de Pompeyo. Lógicamente, la ciudad en cuyos términos acaeció la batalla de Munda, batalla en que César peleó por la vida, se llamaria *de la salvacion de César*, como *Pax Julia* se llamó tambien *Colonia Pacensis*, (Colonia de la Paz) por haberla ajustado César con los lusitanos en aquella poblacion, ilustre por esta causa.

Otro argumento se ocurre además, fundado en la inmediacion de la ciudad de *Ugia* con la que hoy existe arruinada sobre la sierra de Gibalbin, y con la de Lebrija ó *Nebrissa*. El sobrenombre de esta era *Veneria, Venerea* ó *Veneris*, esto es, la *ciudad de Venus*.[1] Recuérdese que César se creia descendiente de Venus por Eneas y los Julios: que la noche antes de la batalla la invocó despues de los sacrificios para que le diese la victoria: que vencedor en la Tesalia y Africa, erigió un templo á Venus victoriosa en Roma, para el cual envió Cleopatra desde Egipto una hermosísima estatua de la diosa con el fin de lisongear á César. Recuérdese igualmente que el mismo César, segun Apiano, con cuya autoridad se trasladan aquí estas noticias, dió á su ejército al ordenarlo frente al de Gneo Pompeyo, el nombre de Venus por contraseña: la diosa Venus invocada en Farsalia, vuelta á invocar al darse la batalla de Munda.

1 "Inter stuaria Bœtis oppidum Nebrissa, cognomine *Veneria*." Plinius Lib. III cap. I.

Bien será recordar que *Nebrissa* no pudo tomar el sobrenombre de *Veneria* ó *Veneris* por las fábulas que se contasen de su fundacion, sino por algun acontecimiento notable que tuviera lugar en ella. Silio Itálico dice que se llamó *Nebrissa* tomando el nombre de la *Nebride*, piel de cervatillo que usaron Dionisio Baco y sus compañeros cuando vinieron á España.

Ac *Nebrissa* Dionyseis conscia thyrsis,
Quam satyri coluere leves, redimitaque sacra
Nebride et hortano Maenas nocturna Lyaeo.

Acerca del templo erigido en Roma por César, véase lo que en el capítulo de *Venus* escribe Joannes Rossinus Bartolomeus en su libro *Romanarum Antiquitatum*, edicion lugdunense 1606 pág. 77.

En Lebrija no hay memoria de templo famoso á Venus.

La inmediata colonia *Asta* tenia por dictado la voz *Regia*. Rodrigo Caro no podia comprender la razon de este sobrenombre, siendo como eran tan aborrecibles para los romanos las denominaciones reales; y queriendo acertar con la causa, opinaba que debió provenir de haber estado en Asta la corte del rey Argantonio. Pero contradice esta observacion, á mas de no haber testimonio que asegure el último hecho, el llamar Tito Livio á esta ciudad con el solo nombre de *Asta*, por lo que se infiere que debió obtener el de *Regia* en tiempos de Julio César ó algunos años despues. Plinio ya la cita en su historia con ese título.[1]

Siendo la situacion de Ugia entre Nebrissa y Asta,[2] no hay inverosimilitud en que hácia la parte de esta colonia estuviesen los alojamientos de las tropas auxiliares de Julio César frente á Munda, y en ellos la tienda de Bogud, rey de la Mauritania, cuya repentina acometida al campo de Gneo Pompeyo en mitad de la pelea decidió la jornada en favor de los Cesarianos. Confirma hasta cierto punto esta congetura el recuerdo de que muchas ciudades de Africa tenian este sobrenom-

1 Silio Itálico dá á entender que la corte de Argantonio fué Carteya, segun aquel verso que dice

Arganthoniacos armat Carteia nepotes.

2 En las tablas de Ptolomeo sobre la Bética se colocan estas tres ciudades viniendo de Hispalis en el órden siguiente. *Nebrissa*, *Ugia*, *Asta*. Joannes Antonius Maginus en su *Geographia* (1517), pone tambien á Nebrissa antes de Ugia. El Itinerario llamado de Antonino coloca á Ugia á XXVII mil pasos de Asta, con lo cual parece que aquella estuvo mas allá de Nebrissa. Todos sabemos que los códices de este Itinerario están muy corrompidos, y así nada de inverosímil hay en que estuviese Ugia á XVII y no á XXVII mil pasos de Asta, y Oripo á XXXIV y no á XXIV de Ugia.

Bueno es advertir tambien que Garibay, al ilustrar el Itinerario, erró doblemente en poner á Ugia en las Cabezas de S. Juan, pues el arrecife romano no iba por esa parte sino por el lado de las torres de Alocaz.

Pero admitiendo como exacto el texto del Itinerario en este lugar, la Ugia que cita seria no la *Ugia* del convento jurídico de Cádiz entre Nebrissa y Asta, sino la *Ucia* entre Nebrissa ó Hispalis que ponen además algunas ediciones de Ptolomeo. Sin embargo el Ravenate no coloca junto á Oripo sino á *Ugium*.

bre, como *Hippo regius*, *Bulla regia* y *Aquæ regiæ*, etc.[1] *Regia Syphacis* era llamada otra por haber sido corte del rey Siphax. En las dos Mauritanias, segun Plinio, se conservaban mucho estos nombres de reyes, y así una se conocia por *Bogudiana* y otra por de *Bocho*. Esta postrera tomó luego el nombre de *Cesarense*[2] porque los bárbaros procuraban lisonjear de este modo al pueblo romano.[3]

César, que varió la nomenclatura de casi todos los pueblos de la Bética, no podia distinguir á *Asta* con el sobrenombre de *Regia*, aludiendo á su propia persona, pues sabido es que aunque aspiraba á la dignidad real, nunca lo significó por sus palabras. *César soy y no rey*, respondió en Roma á una parte del pueblo que lo aclamaba con este título.

El nombre de *Regia* fué dado con alusion á un Rey, y este rey con los antecedentes de la batalla que pasó en las inmediaciones, solo pudo ser Bogud, auxiliar de César en Africa y España.

Una ciudad del convento jurídico de Cádiz y de las mas cercanas al de Sevilla y por tanto en los contornos del sitio de la batalla, tenia el nombre de *Regina*, segun Plinio, nombre que pudo ponerse en honor de la esposa de Bogud (Eunoe) una de las mugeres á quien César despues de Cleopatra amó con mas cariño.[4] Si

1 Plinio Lib. V cap. II. Véase tambien el *Itinerario* de Antonino que cita la última de las tres nombradas.

2 "Siga oppidum ex adverso Malachæ in Hyspania sitæ, Siphacis regia, alterius iam *Mauritaniæ*, namque diu Bogudiana appellarent extima item, quæ Bochi, quæ nunc Cæsariensis." Plinio Id. Id.

3 Eutropio en la vida de Augusto escribe:

"Tanto amore etiam apud barbaros fuit ut reges populi romani amici in honorem ejus conderent civitates quas *Cæsareas* nominarent sicut in Mauritania à rege Iuba et in Palæstina quæ nunc urbs est clarissima." A este propósito Plinio escribe: "Promontorium Apollinis oppidumque ibi celeberrimum *Cæsarea* antea vocatum *Jol*, *Jubæ regia*."

4 "Dilexit et reginas inter quas Eunoem Mauram, Bogudis uxorem, cui maritoque eius plurima et inmensa tribuit ut Naso scripsit." SUETONIUS. Véase tambien el tomo I de la obra *Rome galante*, Paris 1686. Citan algunos modernos una Castra Viniana en la provincia de Córdoba por so-

no es que así se llamó á esa ciudad como á la mas hermosa y prepotente de todas las situadas en las inmediaciones, opinion nada verosímil, tanto por la voz *regina* en sí cuanto por las muchas importantísimas que existian en esta parte de la Bética.

Por una gran excelencia y por ser la ciudad que era, llamó Nerva á Roma *Regina orbis et terrarum Domina:* el emperador Commodo tambien la denominaba *Regina inmortalis.*[1] En tiempos de Vespasiano no se usaba aun, como en los de la baja latinidad, del nombre *regina* en equivalencia del de *imperatrix.*

Mal podia aquel César tan amante de su gloria, que fué el propio historiador de sus hazañas, aquel César que impuso su nombre á cuantos pueblos tenian alguna relacion, por insignificante que fuese, con sus acciones, no consignar en los dictados de las ciudades, inmediatas al sitio de la batalla de Munda, los hechos memorables de aquel gran suceso de su vida. Así todo se encuentra en los nombres de estas tres poblaciones: en *Nebrissa* el de la diosa Venus, cuyo favor habia invocado: en *Ugia*, el de su campamento, y tambien el de su salvacion, por haber recibido de los enemigos una lluvia de saetas, separadas con su escudo, las cuales, la exajeracion griega de Apiano hace subir á doscientas: en *Asta,* el honor concedido al rey, cuyo auxilio y cuya decision le aseguraron la victoria y la vida: en el de *Regina*, el tributado á la esposa de Bogud, doble ofrenda con que el vencedor lisongeaba al aliado y al objeto de sus amores; pro-

brenombre *Julia Regia*; pero no hay geógrafo ni historiador griego ó latino que tal diga. Si hubiera certeza en esto, el nombre de *Regia* seria con alusion al Rey Indo auxiliar de César, que siguiendo el alcance de los Pompeyanos hácia Córdoba, fué preso y muerto, segun Hircio.

Otra *Regiana* cita Ptolomeo: el Ravenate la llama *Regina*; yo mejor la llamaria *Ragiana,* nombre igual al de otra ciudad en la Media. Por otras causas llamaron los griegos *Rhegium* á una ciudad de la Sicilia junto á *Columna Rhegia.* En la Galia Cispadana habia otra *Regium* con el sobrenombre de Marco Lépido que la restauró.

1 ONUPHIUS PANVINUS *De Ludis*: SEXTUS JULIUS FRONTINUS *De Aqueductibus Romæ.*

pia accion de aquella inteligencia que abarcaba cuanto queria: accion digna del que se reputaba descendiente de una deidad protectora, que escribia sus empresas al propio tiempo que aceleradamente caminaba, que vencia por medio de la pluma á sus contrarios cuando no podia aniquilarlos por el hierro; y que, al par de combatir, galanteaba, como galanteaba y combatia juntamente allá en las márgenes del Nilo.[1]

Veneria, Cæsaris Salutariensis, Regia y *Regina,* fueron los cuatro monumentos que el mismo César eligió para inscripciones de la victoria de Munda.

Aun hay mas: Cayo Plinio Segundo dice, que cerca de Munda se encontraban piedras que partidas dejaban ver en ellas palmas como dibujadas.[2]

Pues bien: en la sierra de Gibalbin existen canteras de jaspe y otras piedras. En la sierra Valleja, que está en el término de Arcos, hay muchas de mármoles de colores y de otra diversidad de piedras de todas clases, y especialmente de jaspe con vetas de cristal.[3]

De cualquier modo, Munda segun aparece de la division de Agripa, comparada con mis observaciones, venia á estar en los límites de los conventos jurídicos gaditano, hispalense y astigitano.

Todo el terreno que habia entre Hispalis y Munda, á lo menos por el camino que anduvieron Pompeyo y César, segun Hircio, estaba intermediado de cerros. Y con efecto, desde Carmona hay una serie de colinas que sigue hácia la parte del mediodía, se dilata por el Viso, Mairena, Alcalá de Guadaira, prosigue hácia Lebrija y Trebujena, y concluye en las orillas del Océano. Creo, pues, que hay razones poderosísimas para afirmar que las ruinas de la gran ciudad que existen cerca de una de las

1 Véase lo que á este propósito escribe Lord Byron en el canto IV de su *Childe Harold.*

2 "Palmati (Lapides) circa Mundam in Hispania ubi Cæsar dictator Pompeium vicit, reperiuntur adque quoties fregeris. Sunt et nigri, quorum auctoritas venit in marmora sicut tenarius etc."
PLINIO LIB. 36 CAP. 18.

3 Véase el Diccionario de Madoz en el artículo *Arcos.*

cumbres del Gibalbin, son las de la célebre Munda. Tantas y tales circunstancias vienen á comprobar mi opinion que no es posible, juzgando cuerdamente, atribuirlas á bizarría de ingenio, auxiliado de profundos estudios, sino solo á la fuerza de la verdad y á la exactitud en las observaciones.

Si desapasionadamente se considera esta cuestion, desde luego se vé cuan desnudas de memorias que justifiquen el hecho, están las poblaciones designadas hasta hoy como sucesoras de la célebre Munda. La de *Monda* en Málaga en vano tiene en su favor la identidad del nombre; pues faltan en las antiguas ciudades, que habia en sus contornos, sobrenombres puestos por el vencedor en aquella lucha. No era César como Atila que dejaba estéril la tierra que pisaba su caballo. Donde quiera que fijaba la planta, allí nacia, no inútil yerba, sino el mirto que por espacio de siglos y siglos embalsamaba las auras con el aroma de su gloria.

El nombre de Julio César, con que se honraban las ciudades y los pueblos, era la marca impresa en la frente de los que quedaban esclavos ó por la fuerza de las armas ó por simpatías hácia aquel capitan objeto de la admiracion del universo. César peleó en Cataluña, y Tarragona se llamó *Julia Victrix*, y otros pueblos de aquella provincia tomaron los renombres de *Julianos* y *Julienses*. *Fama Julia*, *Concordia Julia*, *Restituta Julia*, *Constancia Julia* y tantos otros nombres en la Céltica demuestran que César pasó por aquellos lugares, como en la Lusitania se conservaba la memoria de sus guerras y victorias en los de *Pax Julia*, *Liberalitas Julia* y *Felicitas Julia*.

¿Qué sobrenombres de Julio César habia en las ciudades desde Córdoba á Málaga? Ningunos, inclusa esta última. ¿Cómo es posible que á haber acontecido la batalla junto á Malaca, esta ciudad no lograra algun sobrenombre, bien por favorecer á César, bien por entregarse al vencedor, si siguió el bando opuesto? Hispalis que

tan contraria fué de César, obtuvo sin embargo el de *Julia Romulea*.[1] El paso de César por tantas poblaciones, algunas de la importancia de Antequera, mal pudo suceder sin que un solo nombre lo confirmase. En vano con antiguas inscripciones en que se lea el nombre de Munda, se querrá comprobar que esta fué la del bando de los hijos de Pompeyo: ellas solo podrán demostrar, en el caso de ser auténticas, que hubo en su terreno una poblacion llamada igualmente Munda, lo cual desde luego se sabe por el nombre que aun conserva sin necesidad de inscripciones halladas en su suelo,[2] suelo que jamás pisó Julio César.

Cuando Gneo Pompeyo huyó de Carteya en direccion del Mediterráneo, de Cádiz salieron infantería y caballería para perseguirlo si saltaba á tierra.[3]

Desde luego se comprenderá que si Monda hubiera sido la famosa *Munda*, mas cerca de Carteya que Cádiz, Fabio Máximo, que la sitiaba con numerosa y aguerrida hueste, hubiera tenido con mayor prontitud aviso de la huida de Pompeyo y hubiera destacado algunas fuerzas en su persecucion por si osaba desembarcar en las costas de Málaga. Nada de esto aconteció:

1 Sexifirmo tenia el sobrenombre de *Julio*, segun Plinio. Unos ponen la situacion de esta ciudad en Velez Málaga y otros en Almuñecar; pero tal sobrenombre de *Julio* aisladamente muestra que fué puesto por lisongear á César, no porque allí ocurriera algun hecho notable de su vida, como se vé en *Liberalitas Julia*, *Restituta Julia* etc.

Ni Salduba, Suel, Menoba, Selambina, ni Acci, Alba, Urci, Turaniana, Cavidum, Cartima ó Certima, Antikaria y demás cerca de Malaca tenian sobrenombres de Julio César.

2 Ambrosio de Morales, Grutero, Luis Nuñez y otros, copian una antigua inscripcion como encontrada en Monda. Muratori y Florez publicaron otra en que tambien se lee el nombre de Munda.

3 Hircio refiere así el hecho: "Didius qui Gadis classi præfuisset ad quem simul nuncius allatus est, confestim sequi cœpit, partim peditatus et partim equitatus ad persequendum celeriter iter faciens........ Pompeius cum paucis profugit et locum quendam, munitum natura, occupat. Equites et cohortes, quæ ad persequendum missæ essent, speculatoribus ante missis, certiores fiunt, diem et noctem iter faciunt etc."

al contrario las tropas salidas de Cádiz fueron las que únicamente persiguieron y alcanzaron á Gneo Pompeyo. Todo esto ¿qué prueba evidentemente? Que por las inmediaciones de Málaga no habia la mas pequeña fuerza del ejército Cesariano que pudiera aniquilar los pocos parciales que consigo llevaba para mal favorecer su huida aquel desdichado jóven.[1]

Por tan lejos de la verdad tengo fijar la situacion de la antigua Munda en el terreno de la moderna Monda, como si por solo la igualdad del nombre se atreviera algun erudito á afirmar que la Carteya donde se refugió Gneo Pompeyo estuvo en el sitio de Cartaya en la provincia de Huelva.

No se busque, no, una ciudad heredera del terreno donde fué Munda. La que se hubiera fundado sobre sus ruinas probablemente hubiera mantenido viva la gloriosa tradicion de su orígen, como han conservado la del suyo hasta los presentes tiempos Sevilla, Ecija, Zaragoza y otras muchas. En ruinas y ruinas, algo apartadas de la investigacion del caminante, y por tanto, poco conocidas, hemos de encontrar el suelo sobre el cual se levantaba la soberbia Munda. Mientras duró su largo asedio, la sagacidad de César no debió estar muy lejos de sus murallas. Por eso se le vió recorrer el camino de Sevilla á Cádiz, y permanecer en Cádiz hasta que sus enseñas se irguieron sobre los muros derruidos de Munda, del mismo modo que permaneció en Sevilla en tanto que sus legiones victoriosas de los mundenses corrian á derrocar las torres donde se guarecian los pompeyanos

1 No dejaré de notar aquí el error de Masdeu cuando asegura que Sexto Pompeyo auxilió á su hermano Gneo durante la batalla y que perdida esta, se retiró á Córdoba Ya he demostrado que Hircio, de cuya exactitud no hay motivo de sospecha, dice que Sexto supo la derrota por Valerio el Mozo que corrió á noticiársela. Masdeu se equivocó engañado con un error de Paulo Orosio cuando escribe lo siguiente: "Cn. Pompeius cum centessimo equite aufugit. Frater eius Sex Pompeius contracta celeriter non parva Lusitanorum manu cum Cæsonio congressus et victus, fugiensque interfectus est."

en Osuna. César como el águila real, no apartaba de la segura presa la penetrante vista; como el águila real, cernia su vuelo al rededor de la cumbre donde esperaba verla caer aterrada.

No cabe, pues, duda en que Lucio Marineo Siculo, al fijar la situacion de Munda en Jerez de la Frontera, sin insinuar siquiera el menor fundamento de su parecer, se acercó mas á la verdad que los que la han señalado en Ronda, Monda, Palma del Rio, Montilla y otras poblaciones de Andalucía. No fué en realidad Munda Jerez de la Frontera; pero la ciudad estuvo en su término, y en su término la gran llanura en que se decidió de la suerte del universo, sujeto en su mayor parte al poderío romano.[1]

1 Escritos los capítulos II y III de esta obra, la Real Academia de la Historia ha abierto un concurso para 1860, ofreciendo un cuantioso premio al autor de la memoria en que se pruebe la verdadera situacion de Munda. No he querido reservar estas noticias para aspirar al premio. De otro modo hubiera despojado de ellas á la historia de la provincia en que he nacido. Otros pueden perfeccionar mi trabajo ilustrándolo con nuevas y mas esquisitas investigaciones.

LIBRO II.

CÁDIZ FENICIA Y CARTAGINESA.

CAPITULO I.

Tradiciones referentes á Hércules y los Geriones.—Verdad que puede haber en ellas.—Fundacion de Cádiz por los fenicios—Estátua de Hércules.—Columnas de Hércules.—Estrecho Hercúleo.—Via Hercúlea.—Templo de Hércules.—Comercio, navegaciones y prosperidad de los fenicios en Cádiz.

Una constante tradicion ha señalado como fundador de Cádiz á un personaje de los muchos conocidos con el nombre de Hércules. Unos historiadores quieren decir que fué el egipcio: otros que el tebano. Refieren los mas, que sabedor de que en estas islas moraba Gerion, rey de tres formas, y tirano de los lugares vecinos, vino á ellas con deseo de combatirlo y vencerlo, logrando enseñorearse de la tierra y llevar consigo, como despojos de la lid, los numerosos ganados que aquel poseia. Esto dicen; pero otros historiógrafos aseguran que no hubo tal rey triforme, sino tres príncipes hermanos tan unánimes en su manera de proceder como si tuvieran un solo cuerpo, y que á estos tres venció Hércules y no á un solo Gerion.

Contra estas narraciones la filosofía en el siglo último levantó enérgicamente su acento. Ante sus ojos las hazañas de Hércules y los Geriones no fueron otra cosa que fábulas, debidas á la imaginacion poética de

los griegos, deseosos de embellecer la historia.[1]

Pero aunque en anteriores siglos se creyó comunmente en ellas, no faltaron sabios[2] que las pusiesen en duda, renovando el parecer de Cayo Plinio Segundo. El talento profundamente sagaz de este gran filósofo naturalista condenó como falsos los heróicos hechos atribuidos á los Hércules, Pirenes y Saturnos,[3] y mas tarde Flavio Arriano al narrar la espedicion de Alejandro Magno no pudo menos de juzgarlos indignos de la gravedad de la historia.[4]

Macrobio por su parte creia que todo habia sido una ficcion meteorológica, entendiéndose el sol por el nombre de Hércules.[5]

Entre los historiadores mas graves hoy se tiene por incontrovertible que los fundadores de la ciudad de Cádiz fueron los fenicios, que estendiendo sus navegaciones por las costas del Mediterráneo, atravesaron el estrecho y eligieron esta isla como puerto seguro en el océano. Repugnando al buen juicio de escritores filósofos las increibles hazañas que á los varios Hércules atribuyen los griegos, han declarado falso cuanto se refiere á la fundacion de Cádiz por un personage de este sobrenombre. Tal es el destino de la inteligencia humana: pasar de la mas ciega credulidad á una incredulidad no menos ciega, quedando la verdad oscurecida lo mismo bajo el dominio de la una que de la otra. Débil el raciocinio ó cede á la autoridad de la tradicion errónea, ó

1 "La vanidad de los griegos de que sus mas antiguos y famosos héroes fuesen los pobladores de las principales naciones europeas, ha llenado nuestra historia de falsedades; pues los romanos copiaron las noticias sin exámen y como auténticas." J. L. MUNARRIZ. *Noticia y juicio de los mas principales escritores de la Historia de España.*

Véanse además las historias de los Mohedanos, Masdeu, el P. Sarmiento, etc.

2 El Padre Martin de Roa, D. Juan de Ferreras y otros.

3 Lib. III cap. I.

4 Lib. II y VIII.

5 LIB. I SATURNALIUM "Et re vera Herculem solem esse vel ex nomine claret etc."

Macrobio, como se vé, era una especie de Dupuy.

con la vacilante y casi frenética energía del que se finge fuerte, niégase á seguirla; pero no con la vigorosa seguridad del que pelea, sabiendo así el lado vulnerable de su enemigo como el invencible, sino con la indecision del que se rebela despreciando lo que no está comprendiendo. Harto sé que nuestra razon no alcanza fácilmente á distinguir los límites que á la verdad separan de la mentira; mas tan miserable juzgo el criterio del que en absoluto cree como del que en absoluto niega cuanto la constante tradicion refiere, engañado ya por la verdad que se ofrece á sus ojos, mezclada con la fábula, ya por la fábula con que la verdad aparece envuelta.

En la narracion del Hércules, fundador de Cádiz, no puede, no, esconderse á un recto juicio el fondo de verdad que hay en algunos hechos. Herodoto nos cuenta que oyó decir á los colonos griegos, moradores del Ponto Euxino, que Hércules despues de vencido Gerion llegó con los ganados de este á la region de Escitia, habiendo salido de la isla Eritrea, vecina á Gades en el océano, y que este océano ciñe en torno con sus aguas todo el orbe.[1]

Por mas improbable que parezca el suceso, tal como la tradicion griega lo referia, se vé sin embargo ligada con la memoria de Hércules y Gerion la noticia de rodear el océano la tierra, noticia que el mismo Herodoto transmitia á sus lectores prestándole ninguna fé; pero que no por eso dejaba de ser cierta.

Parece, pues, que un conocimiento tan exacto del mar era superior á lo que en Grecia se sabia, cuando repugnaba en tal manera á una persona de la ciencia y del talento de Herodoto. La noticia debió llegar á los griegos por un atrevido navegante estrangero; y ese atrevido navegante estrangero no pudo ser segun la tradicion que existia en el Ponto, otro que el Hércules fundador de Gades.[2]

1 Herodoto Lib. IV.

2 En algunos escritores griegos se halla despues afirmado que el mar circunda todo el orbe de

Los nombres con que la historia nos presenta estos personajes, todos tienen un orígen oriental, de donde se deduce el error de los que han atribuido á invencion griega el hecho de Hércules y los Geriones. El de Hércules concuerda con el de *Harokel* (el traficante) conforme á las peregrinaciones marítimas del héroe fenicio que las dilató hasta pasar el estrecho: el de *Gerion* parece derivado de las voces *Gera*, mansion ó morada de ganados, y tambien animal rumiante, y *Gerara*, cercado de piedras, maderos ó zarzas en la heredad. El nombre de *Gader* ó *Gadir* no solo significa esto último lo mismo que *Gaderoth*, *Gadera* y *Gadara*, sino igualmente rebaño de ovejas. Se vé, pues, que todos estos nombres hebreos, de orígen fenicio, convienen en un todo con el del viagero que venció al dueño de ganados, fundando una ciudad, cuyos pobladores debieron quedar enriquecidos con los despojos.[1] La tradicion púnica se revela en cada una de estas palabras. Para fic-

la tierra. Pomponio Mela dice que en los libros de Homero se asegura lo mismo.

Dionisio Africano y el autor de los himnos llamados de Orfeo refieren que toda la tierra está ceñida por el mar como si fuera una isla.

El P. Roa al copiar á Rasis cita á una villa del término de Saduña con el nombre de *Saca*. Otros leen *Santasa* y otros *Souta*. Si aquella leccion es exacta, no deja de ofrecer materia al estudio el nombre escita *Saca* en una poblacion cerca de Cádiz.

1 Mariana dice que la voz *Gerion* equivale en lengua caldea á estrangero y peregrino. De aquí infieren algunos modernos que Gerion fué un tirano de España que vino acaudillando una invasion céltica.

En las obras de S. Gerónimo (edicion de Verona 1735 tom. III *De nominibus hebraicis*) se lee "Gera, ruminatio vel incolatus— Gera, ruminans."

En el Apéndice del tomo III (*Græca fragmenta libri nominum hebraicorum ex regio MS. nunc ex vaticano*) se halla lo siguiente: "*Gera*, habitatio videns vel ruminatio— *Gerara* septum, maceria."

En otro Léxicon de la misma edicion se esplican así estas voces: "*Gader*, grex ovium—*Gaderoth* maceria vel sepes—*Gadara* commoratio generationis hæc—*Gadera* sepes ejus."

Plinio dice que Gadir equivalia á *seto*, y lo mismo afirma Julio Solino en el mal estracto que hizo de la obra de aquel filósofo en su *Polyhistor*.

Suidas, sin embargo, dando á la voz *Hércules* un orígen griego, decia: "hospitio suscipitur. Proverbium in cessatores. Nam quia vorax heros ille fuit hospites ejus tardiores erant."

cion griega es demasiado artificio: para narracion histórica es una demostracion de la exactitud con que se refiere.

Los padres mas insignes de la Iglesia, aquellos enérgicos razonadores contra las fábulas del paganismo, no niegan, no, como los filósofos modernos la verdad que se encerraba en la tradicion de Hércules y los Geriones. Al contrario, quitaban del uno la parte de Divinidad y de los otros la triforme que en un solo sugeto habia colocado la imaginacion de los gentiles. Así San Agustin y San Gerónimo se espresaban en sus obras con el alto criterio que la ciencia ha reconocido en ellos.[1]

Los autores que con mas felicidad han intentado escribir la historia de los fenicios en España creen hasta cierto punto que el fundador de Gades fué Archelao,

1 San Agustin DE CIVITATE DEI. Lib. II.

"Hunc Platonem Labeo inter Semideos commemorandum putavit sicut Herculem, sicut Romulum. Semideos autem heroibu santeponit sed utrosque inter numina collocat."

S. Agustin CONTRA ACADEMICOS. Lib. III.

"Hercules Deus cynicorum qui baculos gestabant ut Hercules clavam."

S. Agustin DE CIVITATE DEI Lib. XVIII." His temporibus etiam Mercurius fuisse perhibetur, nepos Atlantis, ex Maia filia; quod vulgatiores etiam litteræ personant. Multarum autem artium peritus claruit, quas et hominibus tradidit: quo merito eum post mortem deum esse voluerunt, sive etiam crediderunt. Posterior fuisse Hercules dicitur, ad ea tamen tempora pertinens Argivorum; quamvis nonnulli eum Mercurio præferant tempore, quos falli existimo. *Sed quolibet tempore nati sunt* constant inter historicos graves, qui hæc antiqua litteri mandaverunt, ambos homines fuisse et quod mortalibus ad istam vitam commodius ducendam beneficia multa contulerint, honores ab eis meruisse divinos."

S. Isidoro ya en época de menos criterio, aceptaba tambien la existencia de Hércules.

(Etimol. Lib. XIII cap. 15.)

"Nam Gaditanum fretus à Gadibus dictum, ubi primo ab occeano maris magni limen aperitur unde et Hercules cum Gadibus pervenisset columnas ibi possuit sperans illic esse orbis terrarum finem.

(Lib. XI cap. III.)

"Dicuntur autem et alia hominum fabulosa portenta quæ non sunt, sed ficta et in causis. Verum interpretantur ut Geryonem Hispaniæ regem triplici formam proditum. Fuerunt enim tres fratres tantæ concordiæ, ut in tribus corporibus quasi una anima esset."

nieto de Agenor, primer rey de Tyro.[1] Haya ó no certeza en este parecer, ó conste ó ignórese el nombre del caudillo de la espedicion fenicia que aportó á la isla de Gades y echó los primeros cimientos de la ciudad ¿qué inverosimilitud hay en que los suyos le diesen el sobrenombre de *Hércules*, que venciese al régulo de las tierras comarcanas, fértiles como son en pastos y ricas de ganados, y que se apoderase de sus riquezas? Todo está en los límites de la posibilidad, y todo al propio tiempo se comprueba por los nombres fenicios que la tradicion ha conservado.

Esa misma es la que, segun San Agustin,[2] mantenia viva hasta entre los rústicos de Hippona y de Cartago el recuerdo de su orígen cananeo: esa misma la que aun en los tiempos de Salustio repetia de padres á hijos en Africa que Hércules habia fenecido en España.[3]

Pomponio Mela, que como natural de nuestra provincia visitaria no una sino muchas veces el templo de Hércules, asegura que este suntuoso edificio era al propio tiempo la tumba de sus huesos, lo cual aumentaba la veneracion del sitio.[4]

Todas estas tradiciones no son dignas del desprecio del historiador: si desde luego las abandonamos, ¿qué podrá servirnos de guia en la investigacion de los remotos tiempos?

Muchas memorias de Hércules estuvieron por espacio de siglos y siglos levantadas en Cádiz y sitios vecinos. Una de ellas, y no de las menos famosas, era la

1 En esto siguen á Claudio Jolao, cuando en las historias de fenicia, citadas por el Etimólogo griego, dice que Archelao fundó á Gades.

2 Epístola ad Romanos.

3 De Bello Jugurtino.

4 Pomponio opina que la isla Eritrea, que otros llaman Erythia, era en Lusitania. Algunos entienden de su testo que el sepulcro de Gerion estaba en Turris Capionis: otros creen que hay error en él, y que debe entenderse de distinto modo.

Sthesicoro, hablando del ganado de Gerion, lo llama nacido casi en frente de la isla Erithia juntó á las grandes fuentes del rio Tartesso.

torre sobre la cual se ostentaba una estátua de primorosa escultura.

Los autores árabes describen así este monumento. Era una torre cuadrada, y su situacion en un desierto arenal á la orilla del mar. Para que tuviese mayor firmeza el edificio, labraron sus cimientos á tanta profundidad dentro de la arena, cuanta altura iba á tener la torre sobre la superficie. Todos convienen en que estaba formada de grandes sillares de piedra colocados unos sobre otros con admirable artificio y unidos por medio de anillos ó ganchos de bronce. Algunos dicen que la torre tenia cien codos de altura. En su cima habia un ancho pedestal de cuatro palmos de diámetro, y encima de él una estátua de grandes dimensiones, labrada en bronce y cubierta de una capa de oro sumamente delgada. La imaginacion poética de los árabes decia que siempre que los rayos del sol la iluminaban, se veia á la figura brillar como el cuello de la tórtola ó como el arco iris, siendo azul celeste el color que mas prevalecia. La estatua representaba un hombre en esta forma: la cara cubierta de luenga barba: el cabello tosco y levantado, con un mechon de pelo cayendo sobre la frente: el vestido una túnica con los remates cogidos en el brazo izquierdo: en los pies unas sandalias: el brazo derecho con un baston largo como doce palmos y con el estremo grueso y dentado á manera de clava: en la siniestra mano tenia un candado y unas llaves, y con la derecha señalaba hácia el mar del Estrecho y de Bervería.[1] Los árabes que nos han transmitido la memoria

1 Las noticias que aquí se ponen son tomadas del Libro de Al-maccari, traducido al inglés por el eminente orientalista Gayangos. La *Crónica general* habla tambien de este ídolo en los siguientes términos. "Este Ercoles desque pasó de Africa á España arribó á una isla dó entra el mar mediterráneo en el mar oceano e porque l' semejó que aquel logar era muy vicioso é estaba en el comienzo de ocidente fizo y una torre muy grande é puso en somo una imagen de cobre bien fecha que catava contra oriente é tenie en la mano diestra una grand llave en semejante como que querie abrir puerta, é la mano siniestra tenie alzada é tendida contra oriente é

de esta estátua, no acertaban á designar quien fuese la persona por ella representada. Sin los menores conocimientos iconológicos mal podian conocerlo. Sin embargo Al-mesudi en sus *Prados de oro* atribuye la ereccion de la estátua á Al-jabbar (Hércules).

Algunos autores decian que no era una clava sino solamente unas llaves lo que la estatua tenia en las manos; pero lo mas indudable es que ostentaba en ella una y otra cosa. Un caballero noruego, llamado Mauricio, que en 1279 visitó algunos puertos de España, yendo camino de Jerusalen, manifiesta en su itinerario haber visto la estátua, si bien estaba ya derribada, y dice de un modo terminante, que representaba á Hércules y que en sus manos se veian la llave y la clava.[1]

Entre los árabes corrian mil poéticas tradiciones referentes á este monumento. Quién afirmaba ser notorio que mientras el ídolo, que lo coronaba, permaneció en pié no fué posible á los vientos desencadenarse y soplar con furia á lo largo del estrecho; y así es que no podian las embarcaciones grandes que venian del Océano entrar en el Mediterráneo, ni las de este mar salir á aquel. Al contrario aconteció desde el instante en que él ídolo fué derribado. El encanto quedó roto y

avie escrito en la palma *Estos son los mojones de Ercoles*; é porque en latin dicen por mojones *Gades*, pusieron nombre á la isla *Gades de Ercoles* aquella que hoy dia llaman Cadis."

Como se vé todo ello está fundado en tradiciones arábigas.

1 El MS. de este *Itinerario* para en poder de mi amigo A. Fabricius, profesor de historia en Dinamarca, el cual se ocupa en escribir la de las invasiones de los Normandos en el mediodía de Europa. Dice así el pasage referente á Cádiz escrito en el latin bárbaro de aquella época. "Postea Gades Herculis insula videlicet que alio nomine vocantur Kalis. Hic intratur versus Hispalensem civitatem grandem, que alio nomine Sibilia vocatur. Usque ad hunc introitum, sive ad hanc insulam durat Algarbia. In hac insula est statua Herculis tenens clavem et clavam, verso vultu ad Affricam, dans intelligi quod Gades insula sit clavis Hispanie, ex illa parte."

Al-maccari dice: En opinion de algunos escritores el espresado ídolo tenia en la mano derecha un manojo de llaves; pero el autor de un libro intitulado *Jagrafia* (Geografía) sostiene lo contrario.

naves de todos tamaños y figuras pudieron surcar libremente las aguas del estrecho. Algunos de los que sustentaban como verdadera esta tradicion, decian que la estátua señalaba hácia el mar como si dijera *Nadie pasará por aquí*, siendo tal la virtud mágica encerrada dentro de la figura, que mientras ella conservó en las manos las llaves, aun despues de derribada, no hubo embarcacion de la costa de Berbería que lograse pasar el estrecho á causa de las terribles tempestades que continuamente agitaban sus ondas.

Otra tradicion no menos poética conservaban los árabes acerca del orígen de esta torre. Referian que un rey greciano que era señor de Cádiz, tenia una hija de sin par hermosura, á quien los demás reyes de España (dividida á la sazon en pequeños señoríos) pretendian por esposa. Cada uno mandó á Cádiz sus embajadores pidiendo al rey la mano de su hija; pero este no se decidia por alguno de ellos de miedo que, si aceptaba á uno por yerno, los otros le declarasen la guerra. Deseoso de salir del empeño, mandó llamar á su hija, le refirió lo que pasaba y trató de investigar su parecer en el asunto. Sucedió, pues, que la hija del rey era sábia al par que hermosa; porque entre los griegos hombres y mugeres nacian con natural inclinacion á las ciencias. Bien sabido es aquel decir del vulgo entre los orientales que „la ciencia bajó del cielo y se introdujo en tres diferentes partes del cuerpo humano: en el cerebro de los griegos, en las manos de los chinos y en la lengua de los árabes.„

La infanta, pues, como oyó la relacion que el rey su padre le hizo, y conoció la perplegidad en que se hallaba, le habló de esta manera. „No te ocupes mas en el asunto, ó padre mio, y déjame en libertad de obrar; que yo te sacaré del conflicto y todos quedarán contentos y yo bien servida.„ —¿Qué pretendes hacer? repuso el rey. —Que á cuantos príncipes vengan á pedirte mi mano digas que estoy resuelta á no tomar por esposo sino á aquel que pruebe ser rey sábio.„

Hízolo así el rey y luego despachó mensageros á los reinos comarcanos para comunicar á los pretendientes la determinacion tomada por su hija. Cuando los príncipes leyeron las cartas del rey y vieron lo que la infanta se proponia, muchos hubo que no sintiéndose con fuerzas bastantes para probar su ciencia, desistieron de su demanda. Tan solo dos se presentaron, que confiados en su saber y talento, respondieron á las cartas reales diciendo: „yo soy rey sábio.„ Cuando el rey vió su respuesta, envió por su hija, y enseñándole las dos cartas, le dijo: „Ya ves, todavía nos hallamos en la misma dificultad, pues aquí tienes dos reyes que ambos se llaman sábios, y, si enojo á uno de ellos, infaliblemente me haré del otro un enemigo; ¿cómo te propones salir de la dificultad? Muy fácilmente, replicó la hija. „Les impondré á los dos una tarea, y aquel que mejor la desempeñe llevará mi mano.„ —Y ¿qué tarea piensas encargarles?—Oye, dijo la infanta. En esta nuestra ciudad necesitamos una rueda para sacar agua; diré á uno de ellos que me construya una que sea movida por agua dulce corriente que venga de aquella costa; y al otro le pediré que me construya un talisman que preserve á esta nuestra ciudad y la defienda de los berberiscos.„

El rey se mostró muy gozoso al oir lo propuesto por su hija, y sin reparar en mas, escribió luego á los dos príncipes, comunicándoles la última resolucion de su hija. Y como cada uno de ellos se comprometiese á ejecutar por su parte cuanto se le exigia, luego comenzaron á hacer preparativos para entrambas obras. El de la máquina ó rueda hidráulica levantó un inmenso y colosal edificio de sillares de piedra, puestos unos encima de otros en aquella parte que se separa del continente la isla. Era sumamente sólido y compuesto de arcos. Las junturas ó los intersticios de la piedra estaban rellenos de una especie de betúmen ó argamasa, composicion del mismo arquitecto.[1]

1 Esta tradicion aun se encuentra mas exajerada en Al-macca-

Dicen los árabes que este príncipe á quien la infanta encomendara la traida de aguas á Cádiz, luego que hubo terminado su obra de cantería, hizo correr por ella agua dulce y potable traida de la cumbre de una elevada montaña, que habia en la tierra firme, y haciéndola caer despues en un inmenso estanque construido en la isla de Cádiz, la elevó á mucha altura por medio de una rueda ó azuda labrada para dicho efecto.

En cuanto al príncipe del talisman, lo primero que hizo fué consultar los astros y buscar situacion y tiempo oportuno para comenzar su fábrica. Luego que lo hubo hallado, se puso á construir una gran torre cuadrada, y encima la estatua que ya he descrito. Los dos reyes trabajaron sin descanso en una y otra tarea esperando que el primero que diese la obra suya por concluida, tenia mas probabilidades de ganar el corazon y la mano de la infanta. El primero que concluyó su tarea fué el del acueducto, pues se gobernó de suerte que engañó á su competidor en cuanto al tiempo en que podria terminar, imaginando que si fenecia su labor antes, el talisman quedaria sin efecto, y la victoria seria suya. Así sucedió, pues midió tan bien su tiempo, que en el dia mismo en que la obra de su rival recibia la última mano, la rueda comenzó á moverse y corrió el agua por la isla. No bien lo supo el otro, que se hallaba á la sazon ocupado en lo alto del monumento, pulimentando la cara del ídolo, que era dorada, cuando con la deses-

ri. Decia que el acueducto se estendia desde la isla de Gades al continente africano, lo cual es un absurdo. Comprobaba esto diciendo: "Todavía se descubren vestigios de él en aquella parte del mar que separa de Algeciras á Ceuta, si bien es cierto que la mayor parte de los habitantes de Andalus dan otro orígen á dichos restos, pretendiendo que lo son de una puente que Alejandro mandó labrar entre Ceuta y Algeciras, segun queda dicho en otro lugar; pero solo Dios sabe la verdad del hecho y cual de las dos tradiciones merece mayor crédito, aunque la última es la mas esparcida."

Con efecto Xerif Aledris cuenta que Alejandro mandó cortar la tierra que separaba los mares, abriendo el canal que hoy es estrecho por medio de una obra artificiosa hasta lo sumo. Pero todo es falso lo mismo que la venida de Alejandro á estas tierras.

peracion de ver que su competidor habia quedado victorioso, se arrojó desde lo alto y cayó muerto al pié de la torre, con lo cual el del acueducto se hizo á un tiempo dueño de la infanta, de la azuda y del talisman.[1]

No ofende, no, á la gravedad de la historia conservar estas tradiciones poéticas acerca del orígen del puente, del acueducto y de la estatua de Hércules. ¿Quién sabe lo que puede haber de verdadero en ellas? No estamos tan olvidados de los antiguos siglos que no recordemos de donde procedieron las fábulas griegas de la barca de Caronte y de los jueces del infierno. Todo lo que las imaginaciones poéticas inventaron en este caso, tuvo su orígen en las ceremonias de los egipcios, que antes de enterrar los cadáveres, los depositaban junto al lago Meris. Cuarenta jueces oian los cargos contra el difunto y resolvian si era ó no digno de la sepultura. En el primer caso, trasladaban el cadáver en una barca por el lago Meris para su entierro, despues de pronunciar una oracion fúnebre.

Todas estas tradiciones merecen, pues, ser conocidas, y tomarlas como guias inciertas, ya que no podemos tenerlas seguras al investigar los hechos en los remotos siglos. Es una vacilante luz que á lo lejos distinguimos entre sombras al parecer impenetrables. Lo mismo puede llevarnos á la verdad que conducirnos al engaño.

1 En esta narracion he seguido fielmente la de Al-maccari. La *Crónica general* cuenta de otro modo el hecho: dice que fueron tres los pretensores á la mano de Iberia, princesa "mucho entendida é sabidora de estrellería." Ella exijió tres cosas: "la una ser la villa bien cercada de muro é de torres é aver y ricas casas para el (su padre) é para con quien ella casase, é la otra de aver y puente por do entrasen los omes á la villa é por do viniese el agua: la tercera que tan grandes eran los lodos en invierno que no podian los omes entrar allá á menos de aver y calzada por do viniesen." Trabajaron los tres reyes cada uno en lo que habia elegido. El primero que acabó fué Pirro el de Grecia: "aquel ficiera la puente é avie todo el caño fecho para traher el agua." Los otros fenecieron mas tarde su trabajo, y por tanto no lograron la mano de la princesa, pero sí muchos dones del rey. De este modo dice la *Crónica* que fué poblada Cádiz.

Desde luego se ve que es la misma tradicion, si bien algo alterada.

Pero dejando las narraciones que tienen todo el carácter de fábulas, no parece fuera de razon manifestar las opiniones mas verosímiles referentes al objeto que tuvo la torre y estatua de Hércules.[1]

Esta tenia la cara vuelta hácia el mar de poniente y la espalda contra el norte. Colocada en lo alto de la torre hacia las veces de un faro ó fanal en las horas del dia para indicar á los mareantes la entrada y salida del estrecho. Cuentan los árabes que los patrones de los barcos que saliendo de un puerto cualquiera inmediato iban á las riberas de Almagreb (Africa occidental), ó á lugares de las españolas, no tenian mas que hacer que gobernar sobre esta torre, y llegados á ella arriar vela, virar de bordo y dirigirse á la costa que querian tomar. Siguiendo la ruta señalada por aquella figura, penetraban los navegantes sin dificultad en el estrecho.

Grandes controversias se han sustentado entre los doctos acerca de lo que fueron las *Columnas de Hércules* y del sitio en que estuvieron levantadas. La mas autorizada opinion entre los antiguos escritores, así griegos como romanos, afirma que por las columnas de Hércules se entendian los montes español y africano Calpe y Abyla en el principio del estrecho, llamado hoy de Gibraltar, saliendo del Mediterráneo. Así lo refiere Pli-

1 No sé en realidad el sitio que ocupaba este monumento. Agustin de Orozco dice en su Historia: "En una viña que era de un Martin de la O en el pago junto á la ermita de Sta. Catalina y sobre la Caleta estaba una de las mas notables antigüedades..... Eran tres valentísimas y grandes losas asentadas de llano la una sobre la otra en forma de cruz triangular, estando entre losa y losa un pequeño asiento como de media vara en alto que la sustentaba, con el cual pedestal y el cuerpo y grueso de las losas se levantaban en alto como ocho varas con admiracion de que siendo tan gruesas y pesadas estuviesen así en alto añjadas como inmóviles..... Quieren decir, y de antigüedad inmemorial (que á veces tiene fuerza de verdad) que eran estas tres losas uno de los mojones de Hércules."

No se puede decir con certeza si estos eran restos de la famosa torre. El sitio, vecino á los mares de poniente y sur, parece como que lo confirma. Otras dos torres habia cerca de la hoy llamada Torregorda, que eran las de la almadraba de Hérculesy por el nombre de Hércules conocidas.

nio que oyó á los habitantes de la tierra llamarlos fin de los trabajos de Hércules, y columnas de este héroe á quien el paganismo habia dado el atributo de la divinidad.[1] Strabon por su parte, ya habia manifestado opuesto sentir, notando que con razon algunos decian que los montes Calpe y Abyla no tienen forma de columnas y creyendo mas verosímil que fuesen las de Hércules dos que habia en el templo gaditano.[2] Filostrato[3] pone en boca de Apolonio Thyaneo las palabras siguientes como pronunciadas al ver que los sacerdotes nada le querian decir sobre el misterio que en su opinion se encerraba en las columnas del templo. „No me permite Hércules Egipcio callar lo que sé. El mismo Hércules las inscribió en la morada de las Parcas con el fin de que no contendiesen los elementos, ni se desatase la conformidad que unos y otros entre sí tienen.“[4]

Eliano escribe refiriéndose á Aristóteles, que antes que de Hércules se llamaron de Briareo; y Eustathio, que antes que de Briareo se conocian por el nombre de Saturno.

No es fácil entre tan encontradas opiniones hallar la verdad; pero sí aceptar la que mas apariencias de verosimilitud presente.

Unos autores, queriendo declarar el orígen de estas columnas, dan á entender que fueron erigidas para memorar la llegada de Hércules y los suyos. Desconocido para estos atrevidos navegantes el mar oceano que ante sus ojos se estendia ilimitadamente, consideraron el estrecho como el término del mundo, é inscribieron en las columnas las palabras *No hay mas allá.*

1 Lib. II.—Proemio.—Pomponio Mela tambien opinaba del mismo modo. Los montes Calpe y Abyla eran para él las columnas de Hércules.

2 Lib. III.

3 En la vida de Apolonio Thyaneo.

4 "Non permittit Ægiptius Hercules tacere quæ sciam. Hæ columnæ terrarum, oceanique viuculum sunt. Ipse verò Hercules in domo Parcarum inscripsit, ne qua elementis contentio accederet ne amicitiam disiungant, qua invicem tenentur."

Pero esta esplicacion que por muchos de los antiguos fué sin exámen admitida, mal puede acogerse hoy por la buena filosofía. ¿Cómo es posible que el caudillo de la espedicion fenicia dijese *No hay mas allá* en el principio del estrecho donde están situados los montes Calpe y Abyla? Las costas que se prolongan al uno y otro lado del estrecho y las demás de España y Africa que continúan por el oceano, mal podian inspirar á los descubridores del estrecho la idea de que mas allá de los dos montes nada habia para la esploracion del navegante.

Las columnas, pues, consideradas como señales del límite del mundo, debieron erigirse en isla avanzada al oceano para significar que aquel mar se perdia en el horizonte, sin que fuese permitido á la esperiencia y al atrevimiento de los náuticos llegar á sus términos.

Las columnas del templo no eran las que se llamaron de Hércules. En el de Tyro, habia segun Herodoto, otras dos, y no por eso se dijo nunca que aquella ciudad fuese el término de los trabajos de aquel personaje.

Diodoro de Sicilia[1] dice que, al arribar Hércules á esta isla, erijió en ella dos columnas á imitacion de lo que habia hecho en la Lybia Hércules Egipcio. Quinto Curcio afirma que era opinion comun que en Cádiz estaban las columnas de Hércules.[2]

Dionisio Periegeta dice, que el oceano hesperio era el asiento firme de las columnas, término de Hércules, y que en los estremos de Gades se levantaba una de bronce de elevacion grandísima.

Los mas ilustres comentadores de este autor, dicen que por el nombre de columnas de Hércules no se queria significar otra cosa que estatuas de este héroe. Así lo afirma Eustathio de Constantinopla, arzobispo de Te-

1 Lib. IV.
2 "Inde Numidiæ solitudinibus peragratis, cursum Gades dirigere. Ibi namque columnas Herculis esse, fama vulgaverat." Lib. X.

salónica: así tambien lo habia escrito antes Prisciano, añadiendo que las estatuas miraban una á la costa de Lybia, otra á la de Europa como para defenderlas.

Pero ni aun esto sirve de esplicacion bastante á desvanecer las dudas que sobrevienen. Si realmente las columnas eran estatuas de Hércules, la que queda descrita seria una de entrambas. Parece del contexto de los autores griegos que la otra estaba en Berbería; mas no consta que en ella hubiese monumento alguno igual al de Cádiz. Los árabes afirmaban que no tenia par en el mundo, á no ser otro de la misma forma y dimension situado sobre un promontorio en la costa de Galicia.[1]

El estar ambas torres, exactamente iguales, en los dos estremos de España y mirando al oceano, pudiera dar ocasion á la congetura bastante verosímil de ser una y otra las columnas famosas, si no llamasen todos los autores las de Hércules al puerto de Gades ó sus inmediaciones. Pero aun esta observacion se debilita algun tanto con el recuerdo de que estos mares y puertos eran los mas frecuentados por los navegantes griegos y latinos; estos los mas conocidos, estos los mas renombrados. De oscuro nombre entre unos y otros las costas de Galicia, nada contrario á la razon hay en que se atribuyese á Gades ser el asiento único de las columnas de Hércules, por la sola que sobre sus arenas se ostentaba.

El estrecho, hoy de Gibraltar, designábase en los antiguos tiempos con el nombre de Hércules, bien por

1 Así se lee en Al-maccari, tomo I, pag. 71.

Rasis escribe: "Et en Calis fizo Ercoles un concilio qual otro non ha en el mundo, et quando Ercoles partió á Espanya fizo este é el de Galicia et el de Narbona porque fuese siempre sabido. Et arrededor dellos ovo muchas obras et mui sotiles et mui fuertes, de las quales non fincaron ya, salvo los concilios."

En la *Crónica General* se halla lo siguiente: "E mandó (Ercoles) en aquel lugar (la Coruña) fazer una torre muy grande e fizo meter la cabeza de Gerion en el cimiento y mandó poblar y una grand cibdad."

Florian de Ocampo cuenta por su parte que "la torre que agora llaman del faro en la Coruña de Galicia es obra de romanos."

la tradicion del vulgo que creia obra de este personaje su abertura, bien, como parece mas verosímil, por su vecindad con el famoso templo de Hércules del mismo modo que se llamaba igualmente estrecho gaditano por la inmediacion que tiene con Cádiz.

Conociase tambien con el nombre de Hércules el arrecife que atravesaba á España. Rufo Festo Avieno creia que fué hecho por aquel héroe para llevar á Italia su ganado; pero esto no pasa de ser una ficcion poética bastante grosera. La verdad del orígen de este nombre no puede ocultarse á cualquier persona aun de discrecion mediana. El camino se llamó de Hércules, porque iba á fenecer en la ciudad donde estaba el célebre templo de aquel personage, reverenciado como Dios.

Es opinion comun entre los historiadores mas críticos, que los griegos sabiendo que de Hércules Egipcio habia un templo en esta ciudad, le atribuyeron su fundacion. Esto dicen: mas el Hércules venerado en Cádiz, no era el Egipcio ni el Griego, sino el Tyrio como demostraré mas adelante.

Strabon refiere que el templo tenia su situacion en la parte oriental de la isla gaditana por donde se acerca esta á la tierra firme, separada de ella por medio de un estrecho como de un estadio; y á mas que se decia que de la ciudad distaba unos doce mil pasos, número igual el de las millas á los doce trabajos de Hércules; falsa creencia, puesto que habia mayor distancia y casi la misma que hay de un estremo á otro de la isla.[1] Filostrato afirma que el templo ocupaba toda la longitud de un islote pequeño, de un terreno blando y unido:[2] que habia en él dos aras de bronce, una dedicada al Hércu-

1 "Herculis fanum in alteram partem versus ortum positum est qua proxime ad continentem insula accedit, unius stadii freto divulsa. Dicunt XII passum millib. numerum milliarum numero certaminum Herculis exequantes. Est autem maior distantia ac fere tanta quanta est insulæ ab ortu ad occasum longitudo."

2 Si la afirmacion de Filostrato es cierta, el templo tenia su situacion en la isla de Sancti Petri.

les Egipcio y otra al Hércules Tebano, pues entrambos recibian culto, si bien no habia imágenes: que en piedra se veia representada la hidra, é igualmente representados los caballos de Diómedes y los doce trabajos de Hércules, y por último, que allí se mostraba la oliva de oro de Pigmalion, con el fruto labrado de esmeraldas y el tahalí, de oro tambien, de Teucro Telemonio.

Contradicen varios críticos cuanto afirma Filostrato,[1] negando autoridad á las palabras de este retórico, persuadidos del descrédito que el filósofo Posidonio quiso poner en todos sus escritos.[2] Filostrato sin embargo era conocedor de muchos fenómenos naturales que se ven en Cádiz y otras poblaciones en las costas del oceano; él nos describe puntualísimamente el árbol llamado Drago, que destila la sangre de su nombre: habla de dos que estaban colocados junto al sepulcro que los de Cádiz erijieron á los Geriones y á los cuales conocia el vulgo por Gerionias: él hace mencion de la creencia vulgar, que aun hoy dura, de que los enfermos de peligro nunca lanzan el postrimer suspiro en las horas de la creciente del mar, sino en las de la menguante:[3] él por último describe la puesta del sol, tal como aparece en Cádiz, instantáneamente escondiéndose en el horizonte.[4] El mismo Posidonio considera fábula que en el templo de Hércules, segun Polibio, ó inmediato al mismo edificio, segun Plinio, hubiese un pozo cuyas aguas

1 Véase lo que escriben Aldrete, Mondéjar, los Mohedanos, etc.

2 "Arbore illic etiam esse tradunt quæ alibi terrarum inveniuntur appellatas autem Geryonias et dicas tantum esse. Ortæ sunt autem juxta sepulcrum quod illis Geryonis statuerunt, speciem, ex pinu pice aque comistam habentes sanguinem vero stillare sicut Heliadem populum aurum manare dicunt." Lib. VII, cap. XIX.

3 *Ese se va con la marea*, es dicho que se repite vulgarmente cuando se habla de algun enfermo que se halla casi mortal.

4 "Gades autem et columnas confertin tamquam fulgura ante oculos cadere dicuntur. Hinc oppinione fidem facit quod apud Gades ægrontantibus accidit nam quo tempore crescens aqua regionem innundat, animæ moribundos non deserunt, quod profect non eveniret, nisi spiritus ipse in terram ecederet."

creciesen y menguasen en movimiento contrario al de las del oceano, verdad que solo un ignorante en las cosas de Cádiz pudo negar, como Posidonio y aun el erudito español Mondéjar, ilustrador de sus antigüedades fenicias.

El rojo humor que el Drago despide, dió orígen entre los antiguos gaditanos á la tradicion vulgar de ser de los Geriones, enterrados á su pié, la sangre que mana: los brazos y las ramas que en triplicado número brotan de su tronco, ocasionaron tambien la creencia de que el Drago era el monumento que la naturaleza condolida habia erigido á la memoria de los Geriones.

Habia además en el templo dos columnas de bronce. Algunos dicen que en ellas estaba grabado el costo de la fábrica en caractéres fenicios para perpetua memoria de las gentes, y que la altura de entrambas era de ocho codos. Mas yo juzgo que en esto debió existir algun error de parte de algunos griegos y romanos que hablaron de estas columnas sin comprender el objeto para que fueron erigidas dentro del suntuoso templo que el entusiasmo de sus fundadores habia levantado en esta isla.

Herodoto que, deseoso de investigar el orígen egipcio ó fenix de los cultos tributados á Hércules, viajó hasta Tyro para reconocer el otro templo no menos admirable en que se veneraba igualmente, vió en él dos vistosas columnas, aquella de oro acendrado y esotra de esmeralda que en gran manera por la noche resplandecia. Esto, como claramente se puede inferir con sobra de razon, demuestra que las dos columnas en los templos de Hércules eran una parte del rito fenicio, desconocida á griegos y romanos; pues no es fácil admitir la creencia de que estaban en esos edificios, consagrados á aquel númen, como ornato solamente, sin que tuviese algun misterio su colocacion igual en dos de los de dos ciudades, de pobladores de un mismo orígen.

Era de arquitectura fenicia la fábrica del templo ga-

ditano» de setecientos piés su longitud: el techo sin bóvedas: de vigas tan fuertes sus enmaderados que hasta el siglo de Annibal existieron sin necesidad de ser tocadas para la firmeza del edificio: aspiraban á la incorruptibilidad, segun cantó Silio Itálico.

En el frontispicio se ostentaban relevados los doce trabajos de Hércules. La divinidad del templo era invisible: ninguna imágen daba á conocer dentro de su recinto la figura del Dios, á quien se tributaban cultos. Los sacrificios de sangre humana jamás se admitieron en este templo: un fuego, nunca estinto por la incesante vigilancia del sacerdocio, ardia en sus aras.

El vestido de los sacerdotes era de lienzo blanco con toca de igual color y materia. La ropa que usaban estos para las ceremonias del sacrificio blanca tambien; pero bordada de flores carmesíes y de la misma hechura que la túnica senatorial. Cuando los sacerdotes ofrecian incienso al númen iban sin ceñidor en la túnica, desnudos los pies, recogido el cabello.[1] Permanecian en el estado de castidad los sacerdotes de Hércules; y así era vedado á las mugeres entrar en el templo. Tambien cuidaban que jamás llegasen á sus puertas animales de cerda, rito puramente oriental y en nada semejante al de los griegos. Todo confirma mi sentir: el Hércules, venerado en Cádiz, no podia ser otro que el héroe ó semi-dios tyrio. Arnobio[2] dice que este tuvo su sepultura en España, y que el tebano murió abrasado en Oeta. Diodoro Siculo[3] y Apiano[4] aseguran de un modo indudable que eran fenicias las ceremonias del templo de Gades; y por último Luciano[5] hace mas antiguo al Hércules Tyrio que al Egipcio, y San Atana-

1 Así lo refiere Silio Itálico. Lib. III, vers. 21.

2 Arnobio el anciano. Tratado contra los Gentiles. Véase la edicion de Leipzig 1816.

3 "In ea inter cætera ædificia templum Herculis quod ad nostram usque ætatem summa in veneratione, honoreque est habitum, statutis de more Phœniciorum sacris sumptuoso opere construxerunt." Lib. VII, cap. VII.

4 In Ibericis.

5 De Syria Dea.

sio niega que los de Fenicia conocieran los dioses del Egipto, así como que los de Egipto adorasen los simulacros mismos que los de Fenicia.[1]

Ignórase con certeza la época fija en que Cádiz fué fundada. Veleyo Patérculo dice que ochenta años despues de la guerra de Troya, y Strabon que poco antes. Los modernos críticos afirman que por los años de 1500 á 1600 antes de Jesucristo acaeció la llegada de los fenicios á esta isla.

La ciudad de Sydon en Palestina fué la única que se libertó de las armas de Josué, caudillo del pueblo israelita. Convertida en refugio de todos los cananeos que huian de la opresion, bien pronto por la abundancia de gente se vió obligada á promover espediciones mercantiles para los puertos del Mediterráneo. Estos navegantes fundaron á Tyro. Así Tyro fué hija de Sydon, y Gades hija de Tyro, segun Lucano, juntamente con Lepte, Utica y Cartago, como asegura Plinio.

Strabon refiere una tradicion que habia entre los gaditanos acerca de su orígen. Guiados los Fenicios ó Tyrios por el anuncio de un oráculo que les ordenaba la fundacion de una colonia en lugar remoto, hicieron dos espediciones á otros tantos puertos; mas las señales no convenian en manera alguna con el decreto de la divinidad: solo á la tercera espedicion llegaron á esta isla que encontraron conforme enteramente con los vaticinios.[2]

Justino por su parte asegura que Hércules, sabedor de la gran riqueza que en ganados tenian los Geriones, navegó desde Asia para apoderarse de tan famosos bienes, y que los tres hermanos los defendieron por medio de una cruelísima guerra en que quedaron vencidos.[3]

1 Orat. contra græcos.
2 Lib. III.
3 "Inde denique armenta Geryonis quæ illis temporibus solæ opes habebantur, tantæ famæ fuere ut Herculem ex Asia prædæ magnitudine illuxerint etc." Lib. XLIII.

La situacion de la ciudad era en la parte occidental de la isla.[1] En esto concuerdan Strabon, y los vestigios que aun hoy parecen, convertidas las ruinas de los soberbios edificios en peñascos batidos incesantemente por las olas del mar. El puerto fenicio, estaba segun creo, no en lo que hoy conocemos por bahía, sino inmediato á la Caleta, dividiéndose la ciudad en la isla de San Sebastian y en el espacio por donde se estienden las peñas que hay fronteras al castillo de Santa Catalina.

Jorge Bruin designa estos peñascos como ruinas de la primitiva Gades. Es indudable que el mar ha avanzado por estas costas, como se prueba tambien de las ruinas de otra ciudad, sumergidas en la punta de Meca junto á Trafalgar.[2]

Suarez de Salazar describia los restos de una suntuosa fábrica que aun en su siglo se conservaban; pero no se atreve á manifestar su opinion acerca del objeto á que estuvo destinada.[3] Agustin de Orozco, por el

1 Strabon dice: "Eos qui tertio navigaverunt, Gades condidisse templo in ortiva, urbe in occidua insulæ parte positis."

2 "Or, la ville qui y est a present, n'est pas fondee sur les premiers et anciens fondements, attendu que son assiette est sur la partie qui regarde á soleil levant. Puis que Strabo, au livre 3 de sa Geographie, monstre qu'elle á esté iadis assisé sur le costé du Ponent. De quoy se voyent encores clairement les traces, pres la chapelle S. Catherine; car au reflux et retour de la maree apparoissent les bloccailles et ruines des fondements, les verges des colomnes brisses et les traces de tres grandes edifices, couverts de sable. Davantage, ceux qui nagent entre deux eaux, dissent qu'ils ont souvent veu en ce lieu grands posteaux de portes, lig niers, bateaux de fer, ausquels s'accrochent les rets et filets des pescheurs quand'ils peschent en cest endroict la; dont appert assez clairement combien grande a iadis esté ceste ville."

3 "Entre estas (ruinas) las que muestran mas grandeza y magnificencia son las que hoy vemos en la parte occidental, entre la ermita de Sta. Catalina y la casa que llaman de Folugo, cuyos dos edificios son términos de esta gran obra. Su forma es oval muy prolongada, tiene de largo 1200 piés y de ancho 400. Está hecha de cuatro murallas, que las unas tienen á las otras y hacen la forma que hemos dicho. La 1ª es de 4 piés de grueso, fabricada toda de sillares cuadrados: la 2ª de 2 piés y otro tanto terrapleno, la 3ª de 3 de grueso y el terrapleno de otros 3. Tras esta está un ancho terrapleno de 10 piés y una pared que lo ciñe de 4 piés de grueso. Por el lado que mira al N. se señala una en-

contrario, resueltamente decide que estos fragmentos no eran otra cosa que los de un gran anfiteatro y naomaquia,[1] opinion esta última fácil de combatir con el recuerdo de que no necesitaban los antiguos erigir naomaquias en Cádiz, como en Roma y otras partes á costa de gran industria, y empleo de no menor riqueza, cuando tenian el mar para las fiestas de batallas navales, y un número bastante de caletas en toda esta isla como medios circos para gozar cómodamente de un espectáculo tan agradable á los antiguos. Ni parece verosímil tampoco que estas ruinas sean de un anfiteatro. Las de otro sumamente suntuoso existieron hasta el siglo décimo quinto cerca de la puerta de tierra.[2] No creo, pues, que Gades tuviese dos anfiteatros de la grandeza que se supone.

Las ruinas que hoy en forma de peñascos se ofrecen á nuestra vista, cerca del castillo de Santa Catalina, manifiestan ser de una colosal fábrica. No obstante la destruccion, por algunos sitios se descubren todavía las líneas de sus muros: todavía para la inteligencia del anticuario el mar no ha podido absorber los vestigios de su planta.

trada y puerta que cae sobre una caleta que hace en esta isla el oceano. No se puede averiguar con certeza qué edificio fuese este: si fortaleza, templo ó circo, porque no se descubre mas que los cimientos, y á trechos algunas paredes, todo caido y desfigurado."

1 "Y cierto que es mucho de admirar que aun se pueda conocer y sacar la planta deste (anfiteatro y naomaquia) de Cádiz sobre la caleta, cuya grandeza y comodidad para los juegos sobrepujó á todos los de España, y por lo poco que dél ha quedado y ha dejado el furioso mar, se puede atinar cuan soberbio fué; y con esta relacion quedarán desengañados los que no sabiendo de que habian servido aquestas fuertes paredes y cimientos que se ven, los aplicaban al grande templo de Hércules ó á alguna fortaleza."

2 Jorge Bruin en su citado libro, escribe: "Pres de la ville sont encores les marques et ruines d'un theatre on se trouvent des statues de marbres, taillees par grand artifice. Aussi á l'entree de l'hostel de la ville, est le image de Cupidont faicte industrieusement par telle opinion, comme il avoit iadis esté l'idole et patron de ceste isle. Pareillement y est la statue de Hercules et plusieurs autres signes et marques de antiquité."

Este edificio, cuyas ruinas parecen entre otras de algunas construcciones de menos importancia, y entre ellas algunas mas allá del castillo de S. Sebastian,[1] no debió ser otro que la fortaleza fenicia ya que no un templo de Saturno, segun Strabon erigido en el estremo occidental de la isla contiguo enteramente á la ciudad de Gades.[2] Los pueblos mercantiles que poseyeron esta isla, al propio tiempo que adoraban á su númen protector Hércules, no podian menos de tributar la misma veneracion á Saturno, aquel Saturno á quien los escritores apologistas de la Iglesia, como Tertuliano, despojaban de la divinidad y le atribuian la invencion de la moneda.

España fué para los fenicios lo que para nosotros la América. Aristóteles ponderando, poéticamente quizá, las riquezas que hallaron aquellos en sus primitivas espediciones á nuestra patria, dice que allegaron tal copia de plata, en trueque de mercaderías, que no cabia en las naves, por lo cual se vieron constreñidos en la hora de la partida á labrar de tan precioso metal las vasijas y aun las áncoras.[3]

De aquí nació una creencia, en algunos eruditos, harto errónea, y significativa para demostrar lo débil de nuestro juicio. Los autores que consideraban fábulas indignas de la historia las tradiciones de Hércules, esos mismos afirmaban que España era la isla de Tharsis á donde navegaban de tres en tres años las flotas de Salomon en demanda de plata para adorno del famoso templo de Jerusalen, en tanto que otras dirigian sus proas á Ofir en solicitud del oro en que la isla de este nombre abundaba.[4]

1 Lib. III. "Urbs sita est in occiduis insulæ partibus, cui contiguum est extrema in parte Saturni templum eregione parvæ insulæ."

2 Salazar afirma en sus *Antigüedades* lo siguiente: "Dicen los pescadores que estando el agua clara ven una legua á la mar grandes ruinas de murallas y en especial una portada muy grande y suntuosa á la parte del mediodia, y no es cosa desproporcionada, pues hoy vemos muchos algibes de los que hemos dicho muy metidos en la mar:"

3 De Mirabil Auscultat.

4 Suarez de Salazar disparató

Pero no hay razon que baste á persuadirnos de ser verdad un hecho tan contrario á la geografía y á lo que se sabe acerca de las navegaciones de los antiguos. Absolutamente imposible se presenta á nuestros ojos que los fenicios para venir á España, no emprendiesen su viaje por el Mediterráneo, y que en su lugar saliesen de los puertos del Mar Rojo, pasasen el estrecho de Babelmandel, doblasen el cabo de Buena Esperanza, y atravesasen dos veces la línea, prefiriendo una navegacion larga y peligrosa, cuando por camino fácil y breve estaban acostumbrados á frecuentar nuestros puertos.

Lo mismo que el monte Ofir en la isla de Sumatra, Tharsis estaria sin duda en alguna otra de las del archipiélago índico.[1] El salir de un puerto del Mar Rojo las flotas de Salomon confirma la creencia de que en aquel se hallaba Tharsis. Si Tharsis hubiese sido España, que tantos puertos tiene en el Mediterráneo, por el Mediterráneo se habrian dirigido á ellos las espediciones.

Consta del testimonio de Herodoto el tiempo en que los fenicios se dirigieron por vez primera á Cádiz por el oceano, saliendo igualmente del Mar Rojo. Neco, rey de Egipto fué quien ordenó hacer este viaje, viaje solo de exploracion, tratándose de navegar por mares no conocidos, lo cual escluye enteramente la idea de que antes las flotas de los hebreos los hubiesen frecuentado, siendo los que rigiesen las naves pilotos fenicios.

Refiere Herodoto que Neco, habiendo desistido de

en este caso hasta el estremo de afirmar que Cádiz fué Tharsis, opinion que contradijo Mondéjar, si bien dejando la de que Tharsis pudo ser Tarteso. Los Mohedanos admiten la de que Tharsis era España. Entre los estranjeros que han aceptado este error se encuentra Mr. Huet, obispo de Avranches. Véase su *Histoire du Commerce et de la navigation des Anciens*. Lyon—1763. Este sabio creia que Tharsis era el nombre general de toda la costa del occidente de Africa y España, en particular la vecina á la desembocadura del Guadalquivir.

1 Los críticos del último siglo creian que Ofir era Sophala en Africa.

su propósito de llevar el Nilo al seno arábigo por medio de un canal que habia comenzado, envió unas naves de fenicios por el Mar Rojo á que costeando el Africa, explorasen todo aquel camino hasta llegar á las columnas de Hércules, y que luego tomasen la vuelta del Egipto por el mar Mediterráneo. Así lo hicieron los navegantes. Cuando llegaba el otoño, iban á la tierra de la Lybia que tenian cercana, ponian en seco sus bajeles, hacian su sementera, y permanecian en aquel lugar hasta que el tiempo de la siega era venido. Luego que recogian su cosecha, volvian al mar, y continuaban su navegacion. De esta suerte tardaron dos años en llegar á las columnas de Hércules, tornando á pisar la tierra de Egipto no bien llegó el tercero.

La verdad de estas noticias se comprueba por una circunstancia. Herodoto habia oido referir á los que trataban de esta espedicion, que navegando los fenicios alrededor de la Lybia, tenian el sol á mano derecha, cosa á que no prestaba crédito alguno aquel historiador eminente. Un fenómeno tal, conocido por los que frecuentan los mares africanos, debió ser comunicado á los de Egipto, por los que hicieron el viaje de exploracion de órden de Neco.

La segunda tentativa que se hizo, segun cuenta el mismo Herodoto con el testimonio de los cartagineses fué por mandato de Jerges. La espedicion salió del Mediterráneo y comenzó á costear la Lybia; pero los navegantes, fatigados así de lo largo del camino, como de la soledad aterradora de aquellas playas, volvieron á las columnas de Hércules para buscar el puerto de donde habian partido.

Tharsis no pudo, pues, ser España.

La prosperidad de los fenicios en Cádiz se demuestra por los signos grabados en sus monedas. Los atunes y delfines nos declaran que una gran parte del tráfico de los gaditanos consistia en estos peces, tan abundantes por este mar, y mas abundantes aun en las in-

mediaciones de esta isla en los antiguos tiempos:[1] el caduceo, la opulencia y felicidad á que llegó Cádiz por medio de la paz y del comercio: el tridente, el dominio absoluto que tenian los fenicios sobre el océano: una media luna con un punto roel en medio, quieren varios críticos que significase la configuracion de las riberas, en cuyo centro viene á estar la isla gaditana: otros entienden que era por veneracion á la luna. Harto consta que los fenicios la adoraban.

La imágen de un astro que unos creen que representa el sol y otros la luna, puesto que carece de rayos, denota la devocion de los fenicios á Baal y á Astharoth, (el sol y la luna).

La cabeza de Hércules, de frente ó de perfil, siempre aparece cubierta con el atributo de la fuerza: el despojo de la piel del leon. En algunas se ve con la clava al hombro, símbolo de la fuerza; otras presentan la clava delante del rostro, tal vez en señal de haber sido Hércules el caudillo de la espedicion tyria que ocupó la isla de Cádiz.

El comercio de los fenicios por el mar Mediterráneo era grande. En Cádiz se halla la confirmacion de esta verdad en el escesivo número de monedas de muchas de las antiguas ciudades del Mediterráneo.

Las escavaciones ofrecen á la investigacion del anticuario no solo estas, sino muchas de Judea, prueba evidente del activo é incesante tráfico que con los judíos tenian los fenicios gaditanos. Los que conozcan la rareza de las medallas judáicas, comprenderán seguramente la exactitud que hay en mis observaciones.

Los acrostolios ó adornos de las proas de las naves fenicias de Cádiz, representaban figuras de animales: unas veces de leones, otras, de caballos.

1 Los fenicios de Cádiz se ocupaban en la pesca, lo mismo que los de Sydon, si es cierto lo que Justino asegura y confirma S. Isidoro. "Condita ibi urbe quam a piscium ubertate sidona appellaverunt." Lib. XVIII. Justini ex Trogi Pompeii Externis historiis.

Cuando Teron, rey de la España citerior, vino con gran saña á esta isla, acompañado de numerosa armada á robar y destruir el templo de Hércules, los de Cádiz salieron con sus naves de cincuenta remos á defenderle el paso, llevando en las proas figuras de leones. Por muy largo espacio estuvo dudoso el combate, hasta que los gaditanos pudieron reducir á cenizas muchas de las naves enemigas por medio de un fuego artificial, sin duda semejante al griego, con lo cual se pusieron las demás en huida.[1]

En siglos posteriores ya eran los acrostolios imágenes de caballos. Strabon, tratando de los viajes de Eudoxo, refiere que sobre las costas de Etiopia halló el estremo de una proa, señalada con la divisa de un caballo, y que interrogadas las gentes prácticas en las cosas de mar, supo que era resto de alguna de las naves gaditanas que por tal insignia se distinguian, tomando igualmente el nombre de caballos por la figura que ostentaban.[2]

Los fenicios de Cádiz tuvieron en gran estima á Ale-

1 Así lo dice Macrobio: "Nam Teron, rex Hispaniæ Citerioris, cum ad expugnandum Herculis templum ageretur furore instruc- exercitu navium; Gaditani ex adverso venerunt provecti navibus longis: conmmisoque prælio adhuc æquo Marte consistente pugna, subito in fugam versæ sunt regiæ naves simulque improviso igne correptæ conflagraverunt. Paucissimi qui superfuerunt hostium capti indicaverunt aparuisse sibi Leones proris Gaditanæ classis superstantes; et subito suas naves immissis radiis quales in solis capite pinguntur exustas."

2 Lib. II.

No doy importancia alguna á la creencia de Masdeu y otros críticos acerca de que los antiguos fenicios y cartagineses de Cádiz viajaron á América, creencia que no tiene otro fundamento que la de hablar antiguos escritores de una isla enmedio del oceano á donde dirijian aquellos sus espediciones tras largos dias de camino. Navegando como navegaban aquellos solo junto á costas, mal podian sin el auxilio de la brújula atravesar el oceano. Diodoro Sículo referia que enfrente de la Lybia hay una gran isla distante muchos dias de navegacion hacia occidente: que los fenicios la descubrieron costeando el Africa por el oceano y arrojados en alta mar por una desecha tormenta. Pero de la relacion de Diodoro solo se infiere que esta isla debió ser alguna de las muchas que están en el oceano frente á las costas de Africa.

jandro Magno, á quien los orientales llamaban Iskander ó Askandar. La imágen suya, tallada en riquísimo mármol, era la única que habia en el templo de Hércules. El orígen de esta muestra de respeto no debió ser otro sin duda que la conquista feroz que de la antigua Tyro habia hecho aquel gran caudillo, siempre victorioso.

De las historias de Alejandro consta que los reyes de Macedonia creian descender del Hércules Tyrio: que este monarca solicitó entrar en la ciudad para ofrecer sacrificios á la divinidad su progenitora, en obediencia del precepto de un oráculo, y que los de Tyro se negaron á admitirlo dentro de los muros, diciéndole que fuera de ellos en la poblacion antigua habia otro templo de Hércules donde podria cumplir sus votos.[1]

Indignado con tal respuesta, combatió Alejandro vigorosamente la ciudad é isla de Tyro, apoderándose de entrambas con horrible estrago de sus habitadores. Sabido es que Alejandro imaginó luego estender sus conquistas por el Africa, apoderándose especialmente de Cartago, pasar los desiertos de la Numidia y dirigirse á Cádiz, y desde esta ciudad llevar sus huestes por España, encaminarse á los Alpes y señorear Italia. La muerte heló en Alejandro tan atrevidos pensamientos; mas el temor de sus victorias y el vaticinio de otras irresistibles empresas, llegaron seguramente á los de Gades con la nueva de la espantosa desolacion de la ciudad, de donde vinieron sus fundadores.

La imágen, pues, de Alejandro en el templo de Hércules gaditano debió ser el símbolo de la paz entre estos y aquel prepotente y avasallador monarca.

No consta que á Alejandro, como pretenso descendiente de Hércules, tributasen cultos los de Cádiz; pero, si no recibió de la supersticiosa veneracion ofrendas mas

1 Suarez de Salazar en sus *Antigüedades de Cádiz* se engañó grandemente al afirmar que los templos de Hércules estaban siempre en despoblado. Como se deduce de la historia de Quinto Curcio, dentro de la antigua Tyro habia uno, y dentro de la moderna otro.

ó menos dignas, una mayor que cuantas hubiera podido ofrecerle el entusiasmo de los idólatras, alcanzó la imágen de Alejandro.

Las lágrimas del mayor héroe de la antigua Roma, lágrimas, vertidas á su presencia, mas que como tributo de admiracion por el recuerdo de sus hazañas, como sentida muestra de un innato y ardiente deseo de emular, sobrepujándolas si posible fuera, las glorias militares del monarca de Macedonia.

CAPITULO II.

Reyes de los Tartesios.—¿Argantonio fué natural y rey de Cádiz?—Expediciones griegas.—Venida de los Cartagineses en auxilio de los fenicios gaditanos.—Hamilcar y Hannibal en Cádiz.—Cádiz bajo la dominacion cartaginesa.—Hasdrubal en nuestra provincia.—Perfidia de Magon para con los embajadores de Cádiz.—Cádiz hace alianza con los romanos.—Discurso sobre el valor y el talento con ocasion del proceder de Numancia y otras ciudades para con Roma, comparado con el de Cádiz.

Justino nombra á dos reyes de los Curetes: Gargoris y su nieto Habides: el uno introductor del cultivo de la miel: el otro del arado, príncipes ambos de pequeños dominios junto á los bosques Tartesios. Algunos autores críticos creen fabulosos estos príncipes; mas nada hay entre los antiguos que convenga con este parecer ni menos se halla razon bastante á negar, admitida, como admiten todos, la existencia de Argantonio, rey de los Tartesios, que este príncipe tuviera ascendientes en el señorío de esta tierra. Gargoris y Habides, despojada de algunos hechos fabulosos la tradicion de Justino, pudieron pertenecer á la progenie de Argantonio.[1]

Este príncipe adquirió una gran fama así por su larga edad como por sus virtudes. Los focenses que entre los griegos habian comenzado á estender sus expediciones marítimas por el Adriático y las costas de Iberia, no sirviéndose de naves redondas sino de sus naves de cincuenta remos, aportaron á Tartesso. Reinaba

1 Ferreras que no admite como verdaderas las hazañas de Hércules y los Geriones, cree verosímiles las de Gargoris y Habides sin aceptar la saña de aquel contra este nieto suyo por la deshonestidad de su madre, ni menos que fuese arrojado al mar, ni que milagrosamente conservado, al volver á tierra, una cierva parida le ofreciese el alimento que ella tenia para su cria con lo demás que Justino cuenta.

allí entonces Argantonio, el cual los recibió con buena amistad, llegando de tal suerte á amarlos que en prenda de su confianza les ofreció territorio en sus dominios para morada de ellos, ya que habian desamparado la Jónia. Los focenses negáronse á aceptar la generosa prueba del afecto de Argantonio; pero este sabedor de que la prepotencia de los Medos se acrecentaba de dia en dia y cada vez mas amenazante contra la seguridad de sus amigos, determinó auxiliarlos con cuantiosos donativos á fin de que pudiesen fortalecer completamente su ciudad, y asegurarla contra todo género de insidias y violencia. Tanta bizarría hubo en el socorro de dinero que facilitó Argantonio que los focenses tuvieron para erijir de formidables y bien labradas piedras un poderoso muro en todo el circuito de su ciudad, no obstante lo estenso que era.[1]

Los griegos de otras naciones frecuentaron igualmente nuestras costas por aquellos tiempos fundando muchas colonias, entre las cuales sobresalieron *Carteya* ó *Carteia* y el puerto de Menestheo. Belona, Besippo, el templo de Juno y Asido fueron de oríjen fenicio.

Tyro, Gadir y Cartago eran las tres ciudades, que como de un mismo orígen, conservaban una perfecta hermandad favoreciéndose siempre, así en la próspera como en la adversa fortuna. Por eso cuando Nabucodonosor afligió con un porfiado cerco la isla y ciudad de Tyro, no viendo los cercados ninguna esperanza de salvacion, se entregaron al mar con sus mujeres é hijos y parte de las haciendas que pudieron arrebatar á la codicia de sus contrarios, y aportaron á Cartago felizmente, donde fueron recibidos con el amor de la fraternidad y con el regalo compatible con una muchedumbre hambrienta é inesperada. Tambien fueron acogidos con iguales muestras de cariño las mujeres de los hijos de los Tyrios que tras de un porfiado asedio rindieron las vidas á la bár-

1 Herodoto. Lib. I.

bara crueldad de las huestes del ambicioso monarca de Macedonia Alejandro el Grande.

Destruida Tyro por Nabucodonosor, creen algunos historiadores que los de Gadir estrecharon una liga ofensiva y defensiva con los de Cartago. El comercio entre ambas ciudades debió acrecentarse. Una fortaleza de cartagineses, llamada *Accabis*, junto al estrecho[1] servia de escala para sus embarcaciones y de asilo contra los piratas.

Todos los escritores concuerdan en decir que oprimidos los fenicios de Cádiz por las hostilidades que los turdetanos, sus vecinos, les hacian con porfiado encono, enviaron á pedir socorro á los de Cartago; y que esta república envió á Maharbal con un ejército aguerrido, siendo sus instrucciones en lo público favorecer á los gaditanos, y en lo secreto introducir el poder de los cartagineses en España. Así prestaron estos toda la ayuda que los de Cádiz deseaban; pero al propio tiempo con sagacidad iban poco á poco enseñoreándose de la tierra. De valedores bien presto dejaron de dar muestras, y sí de simulados enemigos; porque mas que como á aliados pretendian tratar á los fenicios como á gente sujeta por la fuerza de las armas. Pero los gaditanos, encendidos en furor contra sus auxiliares, ya convertidos en émulos, olvidaron sus discordias con sus vecinos y acometieron con ímpetu horrible á los cartagineses, cercándolos y rindiéndolos en la fortaleza en que se habian guarecido los que no pudieron salvarse en el primer momento de estallar las iras populares.

Esto vienen á decir los mas de los historiadores, si bien con diversas palabras y conjeturas no menos distintas; pero sospecho que no hay en ellas la exactitud que debe desearse.

Vitrubio refiere que habiendo los cartagineses puesto cerco á la ciudad de Cádiz, derrocaron una torre,

1 Estephano Bizantino. De Urbibus.

sirviéndose del grueso tronco de un árbol. Cierto carpintero llamado Pephasmenos, hincó en tierra otro madero no menos fuerte y colocando horizontalmente en él una gran viga, hizo que muchos la impulsasen con toda violencia contra los muros de la ciudad, los cuales quedaron derruidos por aquel lugar. De este modo se abrió paso el ejército cartaginés, y así la máquina militar conocida por Ariete fué inventada, perfeccionándose luego con poner en el estremo de la viga un pedazo formidable de bronce para facilitar el estrago de las murallas.

Con razon algunos críticos pretenden decir que, pues los cartagineses se vieron obligados á asediar á Cádiz y combatir sus muros con una máquina bélica, llamados por los fenicios, su venida á esta isla no era para ayudar á su defensa, sino á su conquista. No cabe en ello duda: Cádiz estaba en poder de los pueblos comarcanos hostiles á los descendientes de sus fundadores.

Muchos historiadores convienen en que Argantonio reinaba entre los tartesios; mas tambien hay otros que lo citan como rey en Cádiz. A los cuarenta años de su edad habia comenzado á regir sus estados, muriendo á los ciento veinte, tras un gobierno de ochenta. La poesía exageró luego lo dilatado de su edad, ascendiéndola de una cantidad de años mas ó menos verosímil, á otra de todo punto improbable. Si Anacreonte afirma por ejemplo que Argantonio murió de ciento y cuarenta años, Silio Itálico dice que vivió doscientos, y aun otros autores que pasó de las tres centurias.

Ciceron[1] lo llama rey de Cádiz, y rey de Cádiz igualmente Valerio Máximo,[2] diciendo que en esta ciudad acaeció su nacimiento. Mas si bien este monarca, gran político y guerrero[3] pudo someter á los fenicios de Cádiz, no consta á pesar de todo que les moviese guerra y que se enseñorease de esta isla, segun la conjetura de algu-

1 De Senectute, cap. X.
2 Lib. VIII, cap. XIII.
3 Silio Itálico. Lib. III, v. 398.

nos críticos del siglo último. No obstante que nada hay que la contradiga, tampoco existen razones que la confirmen. Cádiz fué igualmente llamada de los griegos y aun de algunos latinos Tartesso, pero con error notorio. Confundidos los nombres, creo que Ciceron y Valerio Máximo llamaron á Argantonio rey de Cádiz en vez de *rey de Tartesso.* Cádiz se gobernó como república y no como monarquía bajo la dominacion fenicia y cartaginesa. Si Argantonio nació en Cádiz realmente, el pueblo de su cuna no fué el de su corte. Valerio Máximo dice que Argantonio, natural de Cádiz, rigió su patria ochenta años. Esto que dió autoridad á los historiadores críticos[1] para creer que Argantonio despojó de Cádiz á los fenicios; esto mismo hace escluir del todo la idea de que esta ciudad estuviese sometida por tan largo espacio de tiempo á los Tartesios, sin que los fenicios y cartagineses, armados á un mismo fin, no le arrebatasen el dominio de tan codiciada isla. A mas: la muerte de Argantonio, segun Ciceron y Valerio Máximo, fué la de una tranquila senectud: mal se aviene este hecho con las guerras de los fenicios y cartagineses: mal con un príncipe derrotado en sus conquistas: y peor aun con un vencedor potente y ganoso de apoderarse de la tierra, dejando al vencido en la quieta posesion de sus dominios, casi á las puertas de la ciudad, que por medio de sangrientos combates habia recuperado.

Habiendo vuelto los fenicios á poseer su ciudad é isla, consten ó no los nombres de sus contrarios, comenzaron los cartagineses á ocupar algunos pueblos de Andalucía, segun parece, no como conquistadores sino como amigos y comerciantes. De los fenicios gaditanos aprendieron el arte de hacer largas navegaciones. Así es que en el siglo V, antes del nacimiento de Cristo, emprendieron dos por diferentes mares. Hanon, capitan de una de ellas, salió de las columnas de Hércules con

1 Entre ellos los Mohedanos.

sesenta naves: costeó por el oceano todas las tierras africanas y llegó hasta lo mas remoto de la Etiopia oriental. Él escribió en idioma griego el periplo ó derrotero de su peregrinacion marítima. Al fin de tan curioso documento asegura que no le faltó mar en que proseguir la espedicion, sino bastimentos.[1] Himilcon, capitan de la otra, dirigió el rumbo hácia poniente ó septentrion, costeando las tierras de Europa.

Fenecida la sangrienta guerra que los cartagineses habian sustentado contra los numidas, determinaron entrar en tierras de España ya no como comerciantes, sino como conquistadores. Nombró la república por general de esta empresa á Hamílcar, hombre de ilustre nacimiento, capitan de singular valor, destreza y fortuna, que sabia ganar amigos con la generosidad, si aun con la generosidad pueden ganarse muchos, y domar con toda suerte de crueldades á los contrarios, constante en sus odios y resoluciones, de gran desinterés, pues enriqueció á Cartago no solo con dineros, sino tambien con esclavos, armas y caballos, como despojos de lo que en la guerra por la ley de vencedor le pertenecia.

Juntó Hamílcar su ejército: partió de Africa el año 235, antes del nacimiento de Cristo, llegó á la isla de Cádiz con una armada numerosa, así en bajeles como en gente de mar y guerra, desembarcó sus tropas y empezó á preparar sus conquistas por las tierras de Andalucía, sin que conste que por parte de la ciudad se le opusiese resistencia.

Su hijo Hannibal le acompañaba. Los gaditanos no podian preveer que aquel niño de nueve años un dia iba á llenar de espanto á Italia, y á ponerse á punto de destruir á Roma, arrasando sus alcázares, y templos y muros, como mas tarde otro general asoló los de Cartago. Tal vez en el semblante de aquel niño se descubririan los rasgos de aquella enerjía que no pudo

1 Véase la version por el famoso Conde de Campomanes.

enervar la vigorosa fuerza de las legiones romanas, y sí el abuso de las delicias en la confianza de una segura victoria.

Otro jóven de hermoso parecer pisaba las arenas de Cádiz en compañía de Hamílcar. Era Hasdrubal, mas tarde su yerno, y heredero del mando militar de las armas cartaginesas en la península ibérica.

Hannibal, antes de salir de Cartago, habia prestado ante la sola presencia de su padre, puestas las manos sobre el ara de Júpiter, el juramento de nunca hacer amistad con los de Roma.

Hasta los tiempos de esta venida de Hamílcar nada puede afirmarse con certeza sobre los cartagineses en nuestra patria. No creo que antes fuesen señores de pueblos de alguna importancia. En los tratados antiguos de paz entre cartagineses y romanos, no se habla de los españoles.[1] Esto prueba que no tenian grandes intereses que defender en estas tierras. Así considero falsa la suposicion de que los cartagineses se apoderasen de Cádiz por medio de una perfidia que hicieron á los fenicios, sus primitivos poseedores. Entiendo que al ayudar á estos á su recuperacion, quedaron obligados á favorecerlos contra los ultrajes de los pueblos de los contornos. Los de Cádiz estuvieron en mi opinion, durante todo el tiempo de las guerras púnicas, no sometidos á un vasallaje, sino bajo el protectorado de los cartagineses, pueblo de las mismas costumbres, de la misma religion, del mismo idioma, de las mismas leyes y de las costumbres mismas.

Sufes era el nombre del magistrado supremo en Cartago, equivalente al de *Eforo* ó *Speculator*, y *Sufes* era tambien el de Cádiz. *Sufetes* se llamaban pues en plural estos cónsules de entrambas repúblicas.

En Cádiz habia tambien un astillero famoso en tiempos de las guerras cartaginesas en España, ignorándose

1 Véase á Polibio. Lib. III.

de todo punto el sitio en donde se fabricaron tantas naves, como en sus luchas con Roma pusieron sobre el mar los caudillos de la república africana.

Por muerte de Hasdrubal que sucedió á Hamílcar en el mando de las armas de Cartago en España, el ejército apellidó á Hannibal y el senado confirmó una eleccion tan acertada. Fué capitan de gran valor, auxiliado por un talento clarísimo. Aborreció desde los primeros años de su niñez á los romanos: incesantemente los persiguió con todo linaje de violencias y ardides, y antes que caer en sus manos eligió la muerte. Fué el espanto de ellos. Presto en determinar y no menos presto en acometer árduas empresas, fué sin embargo poco señor de sí: afortunado en sus empresas militares, mal recompensado de los suyos. Ni los triunfos lo envanecian, ni las adversidades lo postraban. La envidia de los hombres ruines de su patria, incapaces de humillar la cerviz ante el mérito eminente, fué la que lo venció, aun mas que la prepotencia de los romanos que él habia abatido con honra de las armas cartaginesas. El miserable encono de la nulidad quiso abrirle la tumba prematuramente, obligando á un capitan tan insigne á huir, mas que de los contrarios, de la indigna ingratitud de su patria. Cartago con lágrimas de sangre y al resplandor del incendio que la devoraba, lloró mas tarde con la suya propia la pérdida de Hannibal.

La ciudad de Sagunto en aquella sazon gozaba de su libertad bajo el amparo de la república romana, y en virtud de ciertos tratados. Pintó Hannibal al senado cartaginés la necesidad de acometer á Sagunto pretestando varias causas; y el senado le dió amplísimos poderes para proceder segun lo que la conveniencia le dictase. Hannibal pues, taló los campos saguntinos, circunvaló sus murallas y empezó á asediar tan ilustre ciudad con la mas obstinada porfía. Con maravilloso valor y heróica constancia sufrian los saguntinos todos los estragos del mas espantoso cerco. En vano pidieron so-

corro á Roma. Roma, en vez de ejército, envió embajadores á Hannibal para que le recordase la fé de los tratados; pero el general ni aun quiso oirlos. Asaltó varias veces la ciudad con infeliz suceso: batió sus muros con armas horriblemente poderosas: minó el terreno: logró al fin penetrar en ella. Defendíanse los Saguntinos esforzadamente. Propúsoles condiciones para que se rindiesen, condiciones que fueron rechazadas con la misma arrogancia que si Hannibal estuviese amenazándolos desde las playas donde fué Cartago. Representóles la falta de bastimentos: que en vano esperaban socorros de la república romana: que por todas partes los cercaba la muerte: que él les ofrecia el camino de la vida: que eligiesen. Ellos en una noche encendieron multitud de hogueras: arrojaron en ellas sus mas ricos tesoros y acometieron con desesperado valor el campo cartaginés. Descansaban de las fatigas del dia sus enemigos, pero despertaron ó para dormir en el sueño de la muerte ó para buscar armas y unirse á los que peleaban contra el rigor de los aceros españoles. Alumbrada la pelea por las llamas en que la ciudad era consumida, bien presto á las quejas de los heridos y moribundos saguntinos respondieron los alaridos de las mujeres, de los niños y de los ancianos que heridos por manos amigas y hierros propios, se negaban de este modo á entregarse á los vencedores de sus maridos, de sus padres é hijos. ¡Lástima ciertamente causa el recuerdo de tanto heróico valor, empleado en mantener fidelidad á una república estrangera como Roma, que dejaba á Sagunto abandonada á su suerte! ¡Horrendo espectáculo el de un pueblo tan generoso, víctima de sus empeños de honor, sacrificándose, no por la independencia de su nacion, sino por el nombre del que habia de enseñorear la tierra! Desgraciadamente, no era la nacionalidad de España por la que en tan tremendas como gloriosas luchas, contendian con ánimo denodado muchos de nuestros pueblos. Se apelaba á las armas en

estos primeros tiempos de las guerras púnicas, ó por ser cartagineses ó por llamarse romanos. Rota la guerra con estos, regresó Hannibal á Cádiz, y cubrió las aras y las paredes del templo de Hércules con los despojos que habia conseguido arrebatar de la vencida y casi abrasada ciudad de Sagunto. Allí con firme voz y corazon airado renovó los antiguos juramentos de su niñez: odiar hasta la muerte el nombre romano.

De Cádiz siguieron algunos jóvenes de bizarros alientos á Hannibal, formando parte del ejército con que este se dirijió á avasallar Italia. Algunos se distinguieron por sus señaladas proezas. Silio Itálico nombra á dos de ellos enviados por su patria la ínclita Gades: el uno se decia *Tartesso* y el otro *Héspero*. No puedo dar la razon cierta de mi sospecha, ni menos entregar al silencio que sospecho que ambos nombres son puramente ficcion de Silio Itálico. Tal vez hayan existido y alcanzado la fama que este poeta les atribuye. Honor es de mi patria la realidad de su existencia: dificil el comprobarla como el combatirla. Historiador soy y como tal obligado á manifestar lo que siento, preceda ó no á mi juicio exámen detenido en casos como el presente, donde para averiguar la certeza ó falsedad del hecho no hay como discernir si en ella habló la esactitud del que en verso escribia una historia ó el ingenio del que componia una historia ornada con todos los encantos de la poesia.

Hannibal no solo estuvo en Cádiz cumpliendo los votos que habia hecho á Hércules y obligándose con otros nuevos para conseguir la prosperidad en la campaña que iba á emprender, sino tambien recorrió una gran parte de Andalucía allegando á si la gente que pudo encontrar mas apta para la guerra. Al propio tiempo, para seguridad del territorio sin duda, hizo construir en las cimas de los montes aquellos famosos torreones, conocidos siglos y siglos despues por *Atalayas de Hannibal,* comunes tambien en otras provincias de España y

labrados á imitacion de los que en Africa se erijian. Formábanse de tierra las paredes, y por entrambos lados quedaban cubiertas y oprimidas de dos gruesísimas tablas. Así permanecieron con gran union y fortaleza por mucho tiempo, defendidas por sí mismas contra las incesantes lluvias y el furor de los vientos.

En tanto que Hannibal afligia el suelo itálico con las armas cartaginesas, uno de los Scipiones combatia en España. La parte de la Bética mas inmediata al oceano y por consiguiente á Gades, poca noticia tenia de los romanos en tal edad, y por eso Hasdrubal, no aquel de quien antes he hablado, sino el hijo de Gisgon, la consideraba mas en aptitud de mantenerse fiel á la república de Cartago. Por eso levantando súbitamente sus reales, sin esperar á Scipion, movió sus insignias en direccion de esta ciudad, y á fin de no verse obligado ó á presentar la batalla, ó á encerrarse con numeroso ejército dentro de sus muros, lo dividió por las poblaciones mas importantes para su defensa, con lo cual Scipion hubo de retroceder, burlado por la resolucion astuta de su émulo. Mas conociendo que la empresa de ir ganando ciudades era para mas tiempo y trabajo, determinó que su hermano Lucio cercase á Oringe, ciudad no léjos del Mediterráneo y que luego que la hubiese en su poder, intentase ganar á Cádiz, centro de las fuerzas cartaginesas, así marítimas como terrestres; pero la llegada del invierno estorbó la empresa de Cádiz y la persecucion de la gente de Hasdrubal esparcida por la provincia; y así caminó con todo su ejército á la parte opuesta de España.

En tanto Hasdrubal de Gisgon, que segun los romanos mismos fué el mas esclarecido capitan en aquella guerra despues del otro Hasdrubal y de Hannibal, no permaneció en la ociosidad, aterrado por la contraria fortuna que habia comenzado á abatir el poderío de las armas cartaginesas. Antes bien: con denodado brío y constancia enérjica salió de Gades, y por la provincia

Bética, llamada entonces la ulterior España, comenzó á levantar gente con ayuda de Magon, el hijo de Hamilcar, logrando juntar unos cincuenta mil hombres de á pié y cuatro mil y quinientos de á caballo.

Publio Cornelio Scipion, cuidadoso de la prepotencia con que Hasdrubal amenazaba á Roma, descendió de la provincia citerior con la mas gente de guerra que pudo llamar á sí, y bien pronto puso sus reales en las inmediaciones de Bétula ó Bécula, ciudad situada segun algunos en los campos de Baeza, segun otros en los de Bailen ó en el territorio de Utrera, como afirma Rodrigo Caro.

Varios dias de cruelísimos combates no pudieron declarar la victoria: tal valor y tal destreza animaban á ambos contrarios. Al fin los cartagineses comenzaron á debilitarse por ser mayor la fatiga y mas el daño que esperimentaban en la pelea. Atanes, uno de los régulos de Turdetania, comprendiendo cuanto se enflaquecia el poder de Hasdrubal y deseoso de conservar el señorío de sus pueblos, ya que la victoria se iba inclinando á la parte de los romanos, se pasó en una noche á estos acompañado de gran multitud de los suyos. Dos poblaciones inmediatas siguieron este ejemplo, dándose á Scipion, sin esperar el vencimiento de Hasdrubal.

Hasdrubal, en tanto, comprendió con su sagacidad que la fé de los auxiliares ya era dudosa, y que en ellos no cabia otro sentimiento de lealtad que la propia conveniencia, dispuestos á favorecer al ejército á quien favoreciese la fortuna. En una noche, pues, movió su hueste en direccion del Guadalquivir, con objeto de pasarlo antes que la de Scipion se apercibiese de ello, y estorbase su propósito.

Pero no pudo poner el rio en medio de ambos ejércitos, bien para fortalecerse en la ribera opuesta, bien para asegurar su retirada, con la dificultad que ofreceria á los contrarios un combate en las marismas.

Sabedor de todo Scipion por los corredores, envió gente brava y experta para que anticipándose á los car-

tagineses por camino mas corto y fácil, ocupase las orillas del rio. Así lo hizo, correspondiendo enteramente el suceso á los deseos del procónsul romano. Viendo Hasdrubal que los enemigos habian prevenido sus intentos, volvió su camino en direccion del mar oceano, con mas apariencias de huida que de retirada. Su hueste, esparcida por los campos, mal resistia á los de á caballo y tropas ligeras que contínuamente la fatigaban. Al cabo los cartagineses, oprimidos por el trabajo y el terror de la huida, ya no podian pelear, sino ofrecerse á la matanza que en ellos hacian los contrarios. Hasdrubal pudo con mas alientos, salvarse con siete mil mal armados en unos cerros que allí inmediatos le presentaban un lugar donde fortalecerse contra el estrago que amenazaba aniquilar su ejército.

En ellos permaneció por algunos dias, combatido en vano por las tropas de Scipion. Con pequeña resistencia pudo oponerse á sus enconados combates; pues la aspereza del terreno era casi invencible; mas la desnudez del sitio y la falta del alimento suficiente repelian á los cartagineses, y prestaban la mas grande ayuda á los romanos para conseguir desapoderarlos de aquellas eminencias.

Al cabo, no pudiendo Hasdrubal contrastar el rigor de su adversa fortuna, ni enfrenar la desercion de los suyos á los romanos, de noche abandonó su campamento, y se dirijió á las riberas del oceano, que estaba cerca, donde se embarcó para Cádiz.

Sabido por Scipion que el capitan cartaginés habia desamparado su hueste, dejó á Silano con diez mil infantes y mil caballos para proseguir el cerco de los reales y se encaminó á Tarragona con objeto de proseguir la guerra por su propia persona en otros lugares de España.[1]

Conociendo los sucesos, mal puede asegurarse que

1 En todo esto se sigue la narracion de Tito Livio.

estos combates acaecieron en la Andalucía alta, sino de la parte acá del Guadalquivir. Si Hasdrubal no pudiendo pasarlo, tuvo que guarecerse en unas alturas y luego tomar la via del mar oceano que estaba cerca, con toda claridad se infiere que las distancias no eran muy grandes; y que todas estas facciones ocurrieron en las provincias de Sevilla y Cádiz.[1]

Sin duda el capitan cartaginés, acosado de cerca por los romanos ó temeroso de ser prestamente inquietado en la huida, llegó á las costas del Puerto de Santa María, donde tomó las naves que pudo para pasar á Cádiz en compañía de los que lo habian protegido en esta expedicion desde las eminencias donde su ejército quedaba cercado. Tito Livio refiere que para venir á esta ciudad se embarcó Hasdrubal no bien llegó al oceano.

No pasó mucho tiempo sin que una parte del ejército cartaginés se diese á Silano: otra, permaneciendo en fidelidad á la república africana, se esparció por las ciudades que no se habian declarado por los vencedores.

La guerra se proseguia con ardor por ambas partes: Silano combatió algunos pueblos de la Andalucía: Scipion ganó otros muchos: ante la hueste de Marcio la heróica Astapa pereció entre las llamas que al propio tiempo que devoraban sus hogares, consumian las vidas de sus hijos, víctimas de un ciego amor á los cartagineses:

1 Con razon dice Rodrigo Caro en su *Respuesta á don Martin de Anaya Maldonado*. (M.S.)

"Habrá alguno que diga que esta retirada pudo ser desde Andalucía alta; mas á esto se hallan muchas dificultades.... Si en una sola noche se opusieron los romanos á los cartagineses, estorbándoles el paso, en mucho tiempo fuera imposible dejar de haber vuelto á darse batalla, porque el vencido aunque quisiese no la podria escusar.... A esto se acumulan otros impedimentos que hacen imposible la huida de Hasdrubal por tan largo espacio, que son mas de sesenta leguas, y con tan vigilante capitan y enemigo contra sí, como era Scipion, caminando por ciudades que estaban declaradas por los romanos y contra los cartagineses. Mas, aunque todas estas dificultades ó imposibilidades no hubiera, señala Tito Livio tan claramente que esta batalla pasó cerca del mar, que no deja duda ninguna. *Postremo ipse dux, navibus acceptis (nec procul inde mare haberat) nocte relicto exercitu, Gades profugit.*"

de Cádiz salieron mensajeros á ofrecer á Scipion secretamente en nombre de una gran parte del pueblo no solo la ciudad, sino tambien la guarnicion y la armada cartaginesa con sus caudillos. Recibiendo Scipion en su fé á los mensajeros de Cádiz, ordenó á Marcio que con gente de tierra y á Lelio que con siete naves largas, estuviesen á la mira de la declaracion de la ciudad para, de comun acuerdo, favorecer en la hora conveniente á los parciales secretos de la república.

Pero Magon estaba en Cádiz detenido, juntando las naves que tenia esparcidas por los puertos del oceano y gente de la otra parte del mar en la costa de Africa y de los lugares vecinos á esta isla. Sucedió, pues, que envió á Hannon al rio Guadalquivir á solicitar el auxilio de los que moraban en los pueblos de sus orillas y comarcas; y así, incitados por la codicia de un buen sueldo pudo armar cerca de cuatro mil jóvenes. Noticioso de todo Lucio Marcio, no dejó mucho tiempo á Hannon para doctrinar en el ejercicio de la guerra á la hueste que habia comenzado á formar en la confianza de que presto seria acrecentada. Al punto que vió ocasion oportuna, dió sobre el real cartaginés, despojándolo fácilmente de las tiendas y desbaratando aquel ejército, antes derrotado que combatido. De este modo perdió Hannon míseramente el fruto de sus afanes. Los pocos de su espantada hueste que junto á sí pudo mantener, le acompañaron en su veloz huida á Cádiz.

Lelio, en tanto que esto acontecia sobre el Guadalquivir, salió del Mediterráneo con sus naves, y tomó puerto en Carteya ó Carteia, animado de la esperanza de que bien pronto Cádiz seria de Roma sin necesidad de empeñar batalla de ningun género. Pero el trato de algunos de la ciudad no pudo continuar encubierto á los ojos de los cartagineses. Magon dispuso encarcelar inmediatamente á cuantos eran en aquella conjuracion; y con una humanidad bien obra del temor de no concitar contra sí el resto de los ciudadanos ó

bien del deseo de no mancillarse inútilmente con la sangre de muchas personas, un tiempo amigas, las entregó al pretor Adherbal para que las trasladase á Cartago.

Todas fueron recogidas en una gran nave y escoltadas por ocho lijeras, en una de las cuales iba Adherbal. Al asomar la primera por el estrecho, Lelio con otras ocho naves, salió de Carteya á combatir á los cartagineses. Dudó Adherbal ante un tan inesperado conflicto si abandonaria ó no la nave donde caminaban los conjurados: al fin tuvo que aceptar la inesperada batalla, y mal combatir con las poderosas naves de Lelio. Adherbal con cinco solamente huyó derrotado hácia las costas de Africa; pero llevando delante de sí aquella en que los gaditanos iban en prisiones. Las demás quedaron ó echadas á pique ó en poder del vencedor. Lelio tornó á Carteya, donde ya sabedor del descubrimiento de la conjuracion de Cádiz, avisó á Lucio Marcio que la esperanza de enseñorearse de aquella ciudad habia salido vana, pues los caudillos de la secreta liga estaban bajo el yugo de sus contrarios. Marcio y Lelio dejaron la empresa que traian sobre Cádiz y juntos se dirigieron á Cartagena.

Cesó con esto la tribulacion en que se hallaban los capitanes cartagineses en Cádiz. Pero no duró mucho tiempo. Conociendo Magon que para su patria no habia modo de mantenerse en el señorío de España, tenia abrigado el intento de pasar á Africa, cuando le llegaron órdenes de Cartago para ir á Italia en socorro de Hannibal, juntando además toda la gente que le fuese posible, así de los Galos como de los Genoveses. Además del dinero que para esta espedicion Cartago le habia remitido, se apoderó del erario público de Cádiz, despojó de sus alhajas y demás riquezas á los templos, y forzosamente hizo que todos los particulares le entregasen cuanto oro y cuanta plata tuviesen. No contento aun con estas riquezas, juntó sus naves, partió de Cádiz: entró en el Mediterráneo, desembarcó en lugar cercano

á Cartagena, saqueó aquellos campos, y resolvió, favorecido de las sombras de la noche, dar un terrible asalto á los muros de aquella ciudad que juzgó desapercibida y falta además de gente de guerra. Pero los centinelas ya habian descubierto sus naves: ya á la ciudad habian corrido las temerosas nuevas de los estragos que habian hecho las tropas desembarcadas.

Mientras que los soldados y marineros de Magon escalaban en silencio los muros, abrieron en silencio tambien las puertas de la ciudad los romanos: cayeron sobre los enemigos y con grande y espantosa mortandad los dejaron castigados y vencidos. Temeroso, pues, de encontrar la armada romana, volvió Magon las proas á la ciudad de Cádiz, la cual afligida por la pérdida de las riquezas que la codicia de Magon le habia arrebatado, determinó entregarse á Roma. Viendo tornar á Magon con la gente herida, maltratada y en menos número, le cerró las puertas. Grande fué la cólera del Cartaginés y no menores sus deseos de venganza. Dirigióse á un puerto llamado Cymbis por unos y por otros Ambis, puerto que no debia ser muy lejano á Cádiz, y desde él envió mensajeros á la ciudad para inquirir las causas de tan estraña injuria. Respondiéronle los magistrados que la plebe, indignada con los hurtos y otros desmanes cometidos por los soldados cartagineses antes de su partida, se habia alborotado, y puesta en declarada rebelion, obstinadamente estaba resuelta á no consentirles mas la entrada. Rogó Magon á los sufetes ó magistrados de Cádiz, que pasasen á su armada para tratar de la manera de enfrenar las iras populares, pues él era pronto á dar la mas cumplida de las satisfacciones. Dejáronse estos vencer de las benévolas palabras de Magon, y con una ciega confianza, fueron á ponerse en su presencia. Pero este no los habia llamado para conferenciar sobre los asuntos de Cádiz, sino para ejecutar en sus personas con nombre de castigo una atroz venganza. Al punto que llegaron ante Magon, los verdugos se apo-

deraron de ellos y despues de azotarlos cruelmente, los crucificaron. ¡Tal alevosía cupo en el noble pecho de Magon, capitan insigne, á quien debió Cartago victorias sin cuento y cuyas proezas le habian grangeado fama y aun loores de sus mismos enemigos! Mas tanto puede el despecho en los ánimos mas generosos: tanto la indignacion al ver el abandono, al ver el menosprecio de los hombres para aquellos á quienes contemplan ya míseros despojos de la fortuna!

En tanto que los lamentos de los magistrados de Cádiz durante el suplicio se mezclaban con los de los heridos que esperaban tener en esta ciudad consuelo para sus dolores, dió Magon velas al viento y encaminó su armada hácia las islas Baleares donde tambien fué ásperamente contrastado por los belicosos moradores.

Cádiz, libre ya del yugo de Magon, se entregó á la república romana el año 205 antes del nacimiento de Cristo. Publio Cornelio Scipion, para seguridad de sus habitantes, guarneció la isla con gran número de tropas.

No constan de un modo indudable los términos con que Cádiz se unió en estrecha alianza con la república de Roma. Segun se ve en la narracion que precede, dos bandos hubo en esta ciudad durante las guerras de Hannibal en Italia y Hasdrubal y Magon en España. Verosimilmente uno de ellos se compondria de los hijos de Penos ó Tyrios, adheridos enteramente al dominio de Cartago, así por su oríjen como por la conservacion de sus intereses: el otro estaria formado de naturales, oriundos de griegos, de turdetanos, de túrdulos y otros españoles que habitaban las tierras comarcanas, ó de progenie fenicia mezclada con otras razas.

Algun tratado harian los mensajeros del partido de Roma en Cádiz, cuando ofrecieron la entrega de la ciudad y guarnicion cartaginesa á los Scipiones, tratado que de nuevo se formaria cuando las armas de Scipion el mayor llegaron por tierra casi hasta los saladares de esta isla, comandadas por Lucio Marcio, y por mar bajo

las órdenes de Cayo Lelio, segun queda referido.

Tito Livio dice solamente al tratar de la espulsion de los cartagineses, que los gaditanos se entregaron;[1] pero, segun se deduce de sus anteriores palabras, Cádiz pasó á poder de Roma por la confederacion hecha secretamente con Lucio Marcio. Este tratado que Ciceron llama *sombra de alianza*, y que conmemora, no como un suceso incuestionable, sino como creido por la fé que le prestaba una tradicion antigua, no recibió confirmacion completa hasta el consulado de Marco Lépido y Quinto Cátulo el año 78, antes de Jesucristo, cuando mas viva andaba la guerra de Sertorio.[2]

Algunos sabios varones de Cádiz, peritos en la ciencia del derecho público, pidieron al Senado y pueblo romano que la confederacion fuese formada.[3] El tratado solo se reducia á establecer entre Roma y Cádiz una santa paz, obligándose los gaditanos á conservar amigablemente la magestad del romano pueblo, fórmula no comun en documentos semejantes. Los gaditanos quedaban, pues, por esta alianza[4] en el deber de prestar to-

1 "Post Magonis ab oceani ora discessum gaditani romanis deduntur." Tit. Liv. Lib. XXVIII, cap. 23.

2 "Duris enim quondam temporibus Reipublicæ nostræ, cum præpotens terra marique Carthago, nixa duabus Hispaniis, huic imperio immineret, et cum duo fulmina nostri imperii subito in Hispanis. En. et Pub. Scipiones extincti occidissent. *Lucius Martius principili Centurio cum gaditanis foedus icisse dicitur.* Quod cum magis fide illius populi justitia vestra, vetustate denique ipsa, quam aliquo publico vinculo religionis teneretur: sapientes lumines et publici juris periti Gaditani, M. Lepido, Q. Catulo, Consulibus, á Senatu de fœdere postulaverunt. Tum est cum gaditanis fœdus vel renovatus vel ictus." Cic pro Balbo, nº 15.

3 "Nihil est aliud in fœdere, nisi ut pia et æterna pax sit...... Adjunctum illud etiam est, quod non est in omnibus fœderibus: Majestatem Populi Romani comiter conservando. Cic. pro Balbo, nº 16.

4 Id habet hanc vim ut sit ille in fœdere inferior. Primum verbigenus hoc conservandi, quo magis in legibus quam in fœderibus uti solemus, imperantis est non precantis. Deinde cum alterius populi Majestas conservari jubetur, de altero siletur: certe ille populus in superiori conditione causaque ponitur, cujus majestas fœderis sanctione defenditur." Cicero pro Balbo, nº 16.

da suerte de socorros al pueblo romano, sin que en mútua correspondencia el pueblo romano estuviese obligado á dar á los de Cádiz auxilio. Así los gaditanos reconocieron en la república romana supremacía, por este tratado que Ciceron califica de desigual, pues Cádiz se declaraba dependiente; mas no por esta confederacion la patria nuestra perdió sus libertades. La confederacion le dejaba su manera antigua de gobernarse. El Senado aprobó esta alianza; pero nunca se obligó á guardarla por medio de la santidad del juramento.

Ciceron elogia la constante amistad y los servicios eminentes que Cádiz prestó siempre á Roma, ya separándose de la liga ó del dominio de los cartagineses, ya espulsándolos del recinto de sus muros, y persiguiéndolos con sus naves, sin temor á su poder, sin codicia de sus riquezas: y encarece la fidelidad con que acató siempre la especie de alianza con Lucio Marcio, considerando aquel convenio como el vínculo mas fuerte de una amistad perpétua, y se creyó estrechamente unida con la suerte del pueblo romano por la confederacion de Cátulo y de Lépido. El gran orador de Roma ante el Senado fué el panegirista, digno de la antigua amistad, de los obsequios, de la fé y de los peligros de Cádiz por la república.

Al llegar aquí no puedo menos de traer á la memoria las grandes y obstinadas guerras que contra el poder y yugo de Roma movieron los lusitanos, los numantinos y otros pueblos atrevidos en el acometer, constantes en el lidiar, vencedores de las fatigas y de los trabajos, mas denodados cuanto mas mengua de gente padecian, sirviéndoles de mayor incentivo para sus iras las tribulaciones con que los oprimia, y no los aterraba todo el rigor de la contraria fortuna.

Estos animosos pueblos que en tantas ocasiones hicieron honda herida en los ejércitos de Roma, que tantas y tantas veces quebrantaron su temeroso poder, destruyéndolos á hierro y á fuego y obligándolos á aceptar

con ignominia la paz que les otorgaban, paz que con terror, mezclado con indignacion, tenia que rechazar el Senado por honra y para seguridad de la república, por espacio de largo tiempo con combates repetidos ostentaron su fortaleza en las armas, la excelencia de sus caudillos, su heroicidad, en fin, digna de los hombres con quienes tan reciamente lidiaban, y no menos digna de haber sido coronada con el laurel de la victoria.

Y al ver malogrados tantos esfuerzos, torno la vista á contemplar la provincia bética bajo la dominacion romana, y especialmente la ciudad de Cádiz, favorecida de Roma, y favorecedora al propio tiempo. Las espadas heridas por los rayos del sol y semejantes á relámpagos repetidos, pocas veces resplandecieron en nuestros campos para caer sobre las huestes de Roma. Mantúvose Cádiz en paz y en bien con la república prepotente, y aun en los tiempos en que el imperio habia pasado al poder de un solo hombre.

Y considerando que las mismas causas que en otros pueblos de España incitaron á sus belicosos moradores á remitir á la guerra la conservacion de sus leyes, y la seguridad de sus haciendas y vidas contra las dilapidaciones y crueldades de los pretores, en Cádiz y otras ciudades importantísimas de la Bética pudieron igualmente encender los ánimos en no menos terrible saña de aniquilar hasta las últimas señales de dominacion en su territorio, y sin embargo casi siempre, todas estas se conservaron en fidelidad, y aun en las guerras civiles tomaron tan activa parte como si fueran entre sus ciudadanos mismos, no halló otra esplicacion que satisfactoria sea sino en el talento y en la cultura de estos pueblos.

Aquellos quisieron fundar sus derechos en las armas: los de Cádiz, como atestigua Ciceron, en el conocimiento del derecho público y en las de la sabiduría.

Los Turdetanos tenian antiguas leyes escritas: amaban la poesía: sabian cultivar la inteligencia. Por eso

simpatizaron con los romanos: por eso y no por liviandad de corazon, se ligaron con ellos en amistad estrecha. Los vínculos del talento hicieron hermanos á los de Cádiz y á los de Roma.

Lucharon con heróico valor aquellos pueblos; mas el yugo les vino al cabo, sin que las armas mismas, á que confiaron la conservacion de sus leyes, aquellas armas tan bien probadas en incesantes lides, pudiesen ó asegurarles la libertad ó conseguirles mayores privilegios que los que otras ciudades, sin derramar inútilmente la sangre de sus hijos, sin sufrir los desastres de la guerra, habian conseguido por las armas del raciocinio.

Así perecieron tantos héroes españoles al hierro de los romanos: así poderosísimas ciudades se consumieron y acabaron en dilatadas guerras: así otras quedaron lastimosamente quebrantadas.

Sin afrenta propia y con perpetuo honor, Cádiz logró por el talento de los suyos la alianza, no la cautividad de los romanos: sus hijos empezaron á conseguir los derechos de ciudadanía en Roma: el mas grande de los oradores de la antigüedad defendió ante el pueblo el deber en que la república estaba de conceder y aun multiplicar tales preeminencias en pró de los gaditanos: los gaditanos, no apelando á la supremacía de las armas sino al respeto que la inteligencia tiene para con la inteligencia, no lograron destruir inútilmente legiones que fueran sustituidas por otras y otras, hasta acabar con una vigorosa resistencia al poder de Roma en España: no hicieron temblar al Senado con nuevas de derrotas ignominiosas, pero en cambio no vieron las heridas y muertes de sus habitantes ni cómo la planta de un orgulloso vencedor hollaba las ruinas de sus casas, convertidas en míseras tumbas de sus valerosos hijos.

Al contrario estos, en vez de ser forajidos en las montañas por el honroso delito de aspirar á la independencia de su pueblo, en vez de perecer al rigor del puñal

asesino, en vez de humillarse á solicitar la paz tras una resistencia heróica, pero inútil, consiguieron una mayor victoria de los romanos: el respeto, el amor, la estimacion perpétua de sus virtudes.

Hijo de Cádiz fué el primer extranjero en Roma que presidió el Senado con la dignidad de cónsul: hijo de Cádiz el primer estrangero tambien por quien Roma rompió sus muros para que por la via triunfal subiese al Capitolio: hijo de gaditana el segundo estranjero que ciñó á sus sienes la diadema imperial que ya habia ceñido un hijo de la Bética igualmente.

Venero y veneraré siempre el heróico valor que con orgullo sabe resistirse á tolerar el afrentoso yugo de un conquistador estraño; pero entre el esfuerzo bélico que con constancia noble lucha sí, pero sacrifica las vidas, ya para el triunfo, ya para la derrota; y entre la inteligencia que evita sabiamente el luchar en vano ó con oportunidad, y se encamina á conseguir el objeto del bien de la patria sin la pérdida lastimosa de la cara sangre de los suyos, doy la preferencia, no al valor, no á la heroicidad, sino al talento.

Mueva pues, los afectos populares el historiador que guiado de un entusiasmo ardiente, diviniza el valor: yo aplaudiré su noble intento, como tributaré siempre mis loores á cuantos procuren por cualquier via enaltecer el sentimiento de la dignidad de la patria; mas cuando esta puede conseguirse ó por las armas de la violencia ó por las armas de la razon, el sentimiento de la humanidad tiene para mí mas valor que lo que el vulgo estima; y allá irán mis afectos donde luche ó haya luchado por la causa del bien lo mas digno que hay en el hombre: su inteligencia.

LIBRO III.

CÁDIZ ROMANA.

CAPITULO I.

Prepotencia marítima de Cádiz.—Victoria de Cayo Atinio en los campos de Asta sobre los lusitanos.—Muere en el asalto de la ciudad.—Carteya primera colonia romana.—Guerras de Viriato y Sertorio.—Servicios de Cádiz á Roma.—César en Cádiz.—Su guerra con los hijos de Pompeyo.—Batalla de Munda.—Gneo Pompeyo en Carteya.—Sobrenombre concedido á Cádiz por la gratitud de César.—Cádiz municipio y no colonia.—Juba, duumviro en Cádiz.—M. Agripa, padre del municipio Gaditano.—Entusiasmo de un hijo de Cádiz por Tito Livio.

El comercio marítimo de Cádiz no decaeció, antes bien se fué acrecentando de dia en dia con la alianza de Roma. Sus moradores, segun Strabon, vivian mas en el mar que en la tierra.

Philostrato refiere que los de Cádiz habian erijido una estátua de bronce á Temístocles como muestra de la alta veneracion en que tenian la memoria de este famoso ateniense, tan perito en la náutica, y restaurador de la marina en su república; mas como al propio tiempo dice que eran griegos los vecinos de Cádiz y griegas sus costumbres, y que veneraban á Menesteo con grandes sacrificios, con razon se puede afirmar que este autor confundió las noticias que de esta ciudad y de los pueblos inmediatos le comunicaron. La estatua de Temístocles, tenida en la misma veneracion que los oráculos, estaría en el Puerto de Menesteo y no en Cádiz.

La frecuencia con que muchas ciudades fueron con-

turbadas por las luchas entre cartagineses y romanos, habia dejado en inquietud los ánimos, y mas aptos para desear la guerra que para mantenerse en el sosiego de la vida doméstica. Levantábanse particularmente algunos pueblos á fin de redimirse de las vejaciones de los romanos, sin concertarse unos con otros para con mayor firmeza remitir á las armas la cesacion de las injurias.

Entre estos movimientos populares, aparece uno en nuestra provincia sin que consten los sucesos que lo ocasionaron.

En los campos de Asta el pretor Cayo Atinio combatió fieramente con los Lusitanos, rebeldes á Roma. Cerca de seis mil perecieron en la pelea. Los demás buscaron su salvacion en la huida, dejando como despojo á su enemigo el campamento en que eran alojados.

Deseoso de esterminar á los fugitivos, movió Cayo Atinio su hueste sobre la ciudad inmediata, refugio ya del ejército derrotado. Asaltaron sus vencedoras legiones los muros de Asta; pero los contrarios no desmayaron, no, á las primeras heridas: antes bien con doble denuedo opusieron cuanta resistencia cupo en sus ánimos verdaderamente varoniles. Mas al fin, vencidos ó de la muchedumbre ó de la destreza de los romanos, comenzaron á ceder, retirándose á lo interior de Asta. Cuando Cayo Atinio subia por los muros, en la confianza de la victoria y con la resolucion de no dejar de los lusitanos uno á vida, fué derribado de la escala y de su orgullo, y conducido con una herida gravísima al lecho en donde espiró á los pocos dias.[1]

Algun tiempo despues, se leen en las historias romanas otros hechos en que se nombran ciudades de nuestra provincia.

Habiendo recibido el Senado una embajada en so-

1 Tito Livio refiere así esta pelea. Ambrosio de Morales cree que no fué en los campos de la ciudad de Asta de la Bética, por ser la batalla con lusitanos, sino en otra poblacion del mismo nombre. Mas este historiador no tuvo en la memoria que Viriato tambien en un tiempo guerreó con los romanos por estas partes.

licitud de que á mas de cuatro mil hijos de soldados romanos y esclavas españolas que andaban esparcidos por la península, se otorgase una ciudad donde vivir juntamente, estableció por decreto público que el pretor Lucio Canu[illegible]o, que gobernaba en España, hiciese inscribir sus n[illegible]bres, [illegible] los diese por libres para que pasasen á morar [illegible] la ciud[illegible] de Carteya; y al propio tiempo que á los Cartevenses, que deseasen permanecer en sus casas, fuese lícito el hacerlo, quedándoles asignados á cada uno ciertos terrenos de donde pudiesen haber lo necesario para sustentar las vidas. Esta colonia fué la primera de España con el fuero del Lacio; que con el derecho de Roma obtuvo Córdoba la primacia.

Algunos autores creen que las madres de los que así poblaron á Carteya eran libres; pero no han comprendido con exactitud el decreto con que el senado favoreció á sus hijos.

Tito Livio refiere que los soldados romanos no podian casarse con estas españolas; y siéndoles lícito hacerlo con latinas ó extrangeras, siempre que lograsen facultad para ello, desde luego se deduce con evidencia que se hallaban en el único caso en que el matrimonio era totalmente vedado: en el de la esclavitud de las mugeres.

Autorizándose como se autorizó al pretor para dar libertad á los hijos de los soldados romanos y de las españolas, estos debian tener la condicion de esclavos, igual en un todo á las de sus madres. Por eso Carteya tomó el nombre de *Colonia de Libertinos*.[1]

Mas tarde, cuando Viriato dejó de guerrear con los romanos, cuando á la cabeza de diez mil lusitanos entró por la Turdetania y en repetidos combates hizo caer en las huestes de Roma el espanto por su atrevimiento y sagacidad, ligero en el pelear mas que otro hombre; quebrantado en ánimo y fortaleza el cuestor de Veti-

1 Véase á Aldrete, *Del oríjen y principio de la lengua castellana.*

lio corrió á guarecerse con su maltratado ejército dentro de los muros de Tartesso.[1] Cinco mil confederados acudieron en sù socorro: pero Viriato dió sobre ellos cerrándoles el paso y luego no dejando con vida á uno solo siquiera que sirviese de funesto nuncio de la nueva derrota.

El cuestor de Vetilio, en tanto no quiso aventurar los restos de su hueste á un combate en que pudieran verse míseramente acabados al rigor de un vencedor indomable. Como la prudencia es la mayor virtud de todas en un experto capitan, así mas que todas suele ser deprimida por la pasion ó el encono, y aun confundirse con la mas vergonzosa cobardía. No de otro modo aconteció al que dentro de los muros de Tartesso mantuvo su gente en espera de los socorros de Roma; puesto que llevar á la lid un ejército malamente derrotado en repetidos combates, no hubiera sido empresa digna del valor, sino de la temeridad que corre á entregar ciegamente las vidas, por no tener la enerjía bastante á aguardar en sosegada calma las mudanzas del tiempo y de la fortuna.

Otro pretor, Cayo Lelio, enviado espresamente para abatir las fuerzas de Viriato, si no pudo corresponder á los deseos del Senado, al menos supo enfrenarlas, sin que la derrota postrase el crédito de las legiones romanas que tenia bajo sus órdenes. La guerra permaneció igual entre los dos enemigos. Quedaban tan escarmentados de una y otra parte en las peleas, que el respeto á las fuerzas contrarias no se apoderaba de los ánimos de un solo ejército, sino que se dividia entre los de ambos.

Conociendo al fin Roma la importancia de aquella guerra, envió al Cónsul Quinto Fabio Máximo Emiliano con quince mil infantes y dos mil caballos para fenecerla, el cual puso sus reales en la ciudad de Urso ó Ursona (Osuna); y dejando sus tropas á las órdenes de

1 *Carpesso,* dice Apiano.

su lugarteniente, vino á Cádiz con objeto de visitar el templo de Hércules y ofrecer sacrificios á esta divinidad para que le fuese propicia en la lucha que iba á comenzar prestamente.

Pero sabedor de que Viriato se habia acercado á Osuna y de que su lugarteniente habia tenido con él un combate adverso, dejó á Cádiz con la celeridad que le fué posible, y tornó á su ejército para animarlo con su presencia y evitar otro desastre.

Nada mas consta de las guerras de Viriato que tenga relacion con la historia de nuestra provincia, hasta las de Quinto Sertorio, caballero romano, que huyendo de las proscripciones Sila, eligió á España para teatro de sus empresas, contando con el favor y esfuerzo de los aguerridos habitantes de una nacion, cuyos campos habian sido sepulcros de tantas y tantas legiones.

En varios combates en Ibiza y Africa, Sertorio triunfó, teniendo por auxiliares á muchos españoles. Al regresar á España saliendo de los puertos africanos, traia consigo en su armada dos mil cuatrocientos hombres, prevenido de esta suerte contra los muchos enemigos que deseaban su destruccion como parciales de Sila. Al pasar el Estrecho, Cota que mandaba una escuadra surta en las aguas de Mellaria (Tarifa) salió á defenderle el paso con arrogante brío. Pelearon con igual encono uno y otro adversario, y así la pelea fué harto sangrienta por ambas partes. Al cabo la fortaleza de corazon de Sertorio, que sabia encender los ánimos de sus tropas en el mismo furor bélico que ajitaba el suyo propio, alcanzó el vencimiento de Cota y tener el mar libre para navegar seguramente.

Cádiz durante esta guerra dilatada prestó grandes servicios á Roma. Metelo y Pompeyo fueron diversas veces socorridos de los gaditanos con naves, con dineros y con víveres, cuando uno y otro capitan combatian con Sertorio en la España citerior.

Agradecido Lucio Cornelio Sila á la firmeza de la

amistad con que le correspondieron los de Cádiz, concedió el derecho de ciudadanos de Roma á nueve de sus hijos, (otros dicen que á sesenta) aquellos mas importantes entre los suyos y que mayores sacrificios personales habian hecho en toda la campaña, ó con cuyo consejo habian mantenido los ánimos en lealtad contra los del bando de Sertorio.[1]

En este tiempo mismo y en otras ocasiones los de Cádiz tambien enviaron á la ciudad de Roma, afligida por una gran escasez, socorros de granos, con que mitigarla en parte.[2]

El año 69 antes del nacimiento de Cristo vino á España en calidad de cuestor, bajo las órdenes de Vetere Antistio el insigne historiador y famosísimo guerrero Cayo Julio César. Es fama que visitando de órden de su general la España ulterior, vió en el templo de Hércules en Cádiz la estátua de Alejandro. Movido de aquel ardiente deseo de gloria, que lo animaba, dió un suspiro ante la estátua del conquistador Macedonio en tanto que algunas lágrimas bajaban por sus mejillas; y dijo á los que con él estaban que se dolia de recordar que nada habia hecho digno de memoria, cuando Alejandro á su edad ya habia sujetado con las armas numerosos y esforzadísimos pueblos y merecido el renombre de *Grande*. Ganoso, pues, de acometer temerarias cuanto memorables empresas, sintiendo inclinacion en sí y en Alejandro el ejemplo, resolvió pasar á Italia. Encendióle mas este deseo un sueño incestuoso que tuvo en la siguiente noche, el cual fué interpretado por la lisonja ó la ciega amistad como indicio manifiesto del poder que habria de conseguir en la tierra, pues la tierra madre de todos era la madre que se le habia entregado; y acabó de avivar su sed de gloria un accidente que se creyó portento. Nació en Cádiz ó en sus inmediaciones, un potro de

1 Cic. pro Balbo.

2 "Et hoc tempore ipso Pop. Romanum quem in caritate annonæ sicut sæpe antefecerant frumento suppeditato levaverunt." Cic. pro Balbo.

silla con la pezuña hendida en forma de dedos. La lisonja tomó tan estraño nacimiento por pronóstico de mil venturas para César, el cual fué el primero en oprimir con su peso este bruto, indómito aun y desobediente al freno y se sirvió de él en muchas de las batallas en que se rindió á su gloria el poder inconstante de la fortuna.

Habiendo conseguido la pretura en la España ulterior, César mejoró las leyes gaditanas y quitando de ellas muchas costumbres bárbaras de los cartagineses, introdujo algunas del gobierno de Roma, dando tambien á sus majistrados, en vez del nombre de sufetes, el de duumviros. Así manifestó César su predileccion por esta ciudad, llamada de Ciceron la fidelísima y muy amiga de Roma.[1]

Cádiz en todo tiempo se hizo merecedora de los beneficios y del amor de César. Cuando César fatigaba á los rebeldes lusitanos con el rigor de sus armas, estos no pudiendo oponer ya resistencia en el continente, se guarecieron en una isla, fortalecidos con la naturaleza del terreno y la separacion que el mar les ofrecia contra el ímpetu de las lejiones y la sagacidad de su enemigo. Este capitan famoso no los dejó mucho tiempo en quietud: al punto pidió á los gaditanos las naves que su ejército necesitaba para pasar al sitio donde los contrarios se creian invencibles, olvidando que acababan de confiar á la huida la seguridad de sus personas.

Cádiz envió á César inmediatamente su marina: en ella este célebre caudillo bien presto pasó á la isla lusitana, y sujetó fácilmente á los enemigos.[2]

En la guerra que mas tarde sustentaron los parciales del gran Pompeyo y de Cayo Julio César, mucho

1 Cic. pro Balbo.

2 "Cum continenti relicta in insulam quandam trajecissent, ipse inopia navium coactus in terra permansit..... Cæsar a Gadibus ad se ad se advelis curatis navibus, omnibus cum copiis in insulam trajecit, hostesque penuria jam commeatus afflictos nullo labore subejit."

Dion Cassio. Lib. XXXVII.

padeció la ciudad de Cádiz. Gobernaba la España ulterior por el primero de ambos héroes Marco Varron; mas al principio de las luchas civiles poco confiado en la victoria de los de Pompeyo, manifestaba á todos que solo por lealtad á este seguia manteniendo por él la provincia de su mando, no obstante que sabia cuan grandes valedores tenia en ella la causa de Julio César, de quien por otra parte era amigo.

Mas noticioso de algunos contratiempos de César sobre Massilia é Ilerda y movido de cartas de los Lugartenientes de Pompeyo en Cataluña en que estos le incitaban á enviarles auxilio, ya con esperanzas de una segura victoria comenzó Varron á juntar gentes y trigo con que prestarles el favor que solicitaban: ordenó á los de Cádiz que sin pérdida de tiempo construyesen diez galeras, mientras que los de Sevilla fabricaban otras tantas ó en mayor número: guarneció á Cádiz con seis cohortes de la provincia, poniendo la ciudad bajo las órdenes de Cayo Galonio, caballero romano: recogió todas las armas del público y de los particulares: el dinero tambien y todas las alhajas que se encontraban en el famosísimo templo de Hércules; y afligió en fin á los gaditanos con el mas tiránico yugo. Habia elegido á Cádiz para centro de la guerra en la España ulterior, pues su intento, para mas alargarla en caso necesario, era retirarse con dos legiones á Cádiz, donde tenia preparadas una gran provision de trigo y una escuadra numerosa para proceder desde aquí segun lo que los sucesos fuesen indicando al tenor de su propia conveniencia y del partido que estaba resuelto á favorecer abiertamente.

César en tanto envió al tribuno de la plebe Quinto Casio para que con dos legiones pasase á la España ulterior y por edicto público convocase para determinado dia en Córdoba á todos los magistrados y principales señores de la provincia; y él se puso igualmente en camino con pequeña escolta.

Córdoba, Carmona y Sevilla, ó espulsaron á los sol-

dados de Varron ó les cerraron las puertas declarándose por la causa de su antiguo pretor que tan grata memoria habia dejado en Andalucía.

Varron, temeroso de los pueblos, trató de tomar amparo y abrigo contra los disfavores de la suerte en la ciudad de Cádiz. Mas los gaditanos tenian ya conocimiento del edicto de César y unidos con los tribunos de las cohortes que estaban de guarnicion, se alzaron por este, é intimaron á Galonio que evacuase la isla con los soldados que le eran fieles; pero que si pretendia conservarla á viva fuerza, á sangre y á fuego estaban determinados á impedirlo. Poseido del temor Galonio, salió de Cádiz: Varron en vano intentó detener la desercion en sus soldados y apoderarse de Itálica. Vencido de la opinion unánime en favor de César, pasó á Córdoba, donde ya habia llegado este y le prestó obediencia dándole cuanto dinero habia juntado y cuenta del trigo y naves que tenia en su poder.

César en la junta habida con todos los representantes de la España ulterior, tributó las mayores alabanzas á los de Cádiz por haber hecho estériles los propósitos de sus enemigos, y recuperado su libertad.[1] Habiéndose detenido solamente dos dias en Córdoba para poner en órden la gobernacion de la provincia ulterior, tomó la vuelta de Cádiz, oráculo de los primeros anuncios de su próspera fortuna. Poco tiempo permaneció en esta ciudad; pero en tan poco no dejó de mostrar su gratitud á los que tanta aficion le habian demostrado, disponiendo, entre otras providencias reparadoras, la de restituir al templo de Hércules los tesoros y las alhajas que Marco

1 Julio César en sus comentarios de la Guerra Civil, lib. II, dice: "Gaditanis quod conatus adversariorum infregissent seseque in libertatem vindicassent."

Los Mohedanos ya advirtieron el gran error de Suarez de Salazar cuando en sus *Antigüedades de Cádiz,* interpretando malamente el texto de Julio César, dice que este queriendo ser Señor de España y echar de ella á Pompeyo, escojió á Cádiz por su principal fortaleza, siendo Cayo Galonio el que la tenia para su conservacion.

Varron habia hecho traer á Cádiz y encerrar en uno de los edificios particulares que mas seguridad ofrecia. Ordenadas estas cosas, se embarcó Julio César llevando consigo las naves construidas en esta ciudad por mandato de Varron, y se dirijió á la de Tarragona, donde era esperado de los embajadores de los principales pueblos de la provincia citerior para darle las seguridades de la lealtad en que quedaban.

César vencedor en la Tesalia, victorioso tambien en Egipto, é igualmente victorioso en Africa, fué recibido en Roma con las muestras mayores de entusiasmo. Habiendo recibido cuadruplicado honor en otros tantos triunfos, la suerte de la Andalucia, conturbada por los hijos de Pompeyo, le obligó á abandonar á Roma y á presentarse rápidamente en esta provincia para acabar con los restos del ejército de sus contrarios que pretendia suscitar nuevas guerras con ánimo incansable.

Cádiz y Asido se mantuvieron firmes en su amistad á César. Asta, Munda y Carteya se entregaron á los hijos de Pompeyo, y le facilitaron toda clase de auxilios.

Durante la guerra por las inmediaciones de Córdoba y Sevilla, varios caballeros romanos que asistian con las tropas auxiliares en el campo de Gneo Pompeyo, concertaron entre sí abandonar el partido de este; mas la delacion de un cauteloso siervo bastó á impedir momentáneamente tal propósito. Todos cuantos eran en el convenio, bien pronto quedaron reducidos á una prision: solamente para Aulo Bebio, Cayo Flavio, y Aulo Trebelio, caballeros romanos de la ciudad de Asta, velaban en vano los guardadores del campamento de Pompeyo. Los tres, armados con arneses de plata, se acojieron á César.[1]

1 Hircio De bello hispaniensi. Al describir brevemente la batalla de Munda, algo he de repetir, por mas que no lo desee, de lo que he dicho al tratar de la parte topográfica. Sin embargo, debo advertir que no sigo ciegamente la relacion de Hircio, pues este calla el peligro de César y omite otros hechos importantes. Floro, Dion Casio, Apiano, Valerio Máximo, Eutropio y otros autores son además de Hircio los consultados.

Este, en pos del ejército de Pompeyo, llegó á los campos de Munda, colocando sus reales frente á los de su enemigo. Al siguiente dia, cuando creyó que Pompeyo iba á levantar sus tiendas para proseguir el camino que al parecer habia emprendido, supo de sus corredores que su contrario tenia puesta en batalla su hueste desde la mitad de la noche.

Juzgó César menosprecio de su persona que Gneo Pompeyo, tan poco perito en el arte de la guerra, si bien estaba asistido de los generales Labieno y Varo, se atreviese á presentarle una batalla decisiva.

Confiaba Pompeyo en la ventajosa posicion de su ejército. Al amparo de las murallas de Munda estaba su campamento, y el campamento y la ciudad de Munda aparecian inespugnables por su situacion en una enriscada cuanto anchurosa sierra, defendida de un llano sembrado de lagunas, pantanos y vorágines, todo dificultad, todo peligros.

Impaciente el ardor de César y estimulado por el mismo riesgo en que se hallaba de perder su nombre en una sola hora, fió el suceso de la batalla á su intrepidez en la ejecucion y á su decidido intento de ser en aquel trance capitan y soldado á un tiempo mismo.

Mostrando su magnanimidad y fortaleza, ordenó rápidamente sus tropas. El nombre de Venus fué la contraseña que dió á los suyos. La diosa de la piedad era la de los Pompeyanos.

Caminaron á paso lento los de César por la llanura hasta el arroyo que la cortaba; mas los enemigos no osaban descender del sitio en que tan ventajosamente se encontraban fortalecidos.

Inferior en número, pero no en brios, era el ejército de César: el valor de este lo esforzaba, la muchedumbre de los contrarios, defendida por la situacion del terreno, lo enflaquecia: la fama de su caudillo lo aseguraba: la instabilidad de la fortuna y el conocimiento del riesgo comun lo tornaban medroso.

El rostro de César apareció triste en aquel dia: la única vez en que al dar una batalla no confió en la victoria. El fin de la accion se presentaba á su mente envuelto en las tinieblas de la duda: las sombras de la muerte por do quier amenazaban á su persona. Parecia como que el terror habia helado por breves instantes á quien nunca lo habia conocido.

Mas recordando su gloria y su fortuna, y viendo que los enemigos no se atrevian á medir sus fuerzas con las suyas en el llano, juró en su ira perecer antes que tolerar por mas tiempo la vacilacion de su hueste. Corrió de hilera en hilera exhortándolos á combatir con el denuedo antiguo: él depuesto el acerado casco que defendia su frente, tomó un clypeo y se adelantó hasta unos diez pasos cerca del enemigo á fin de animar á sus tropas con la realidad del peligro en que su capitan se hallaba. Mas de doscientas agudísimas saetas cayeron sobre el escudo de César y sobre los que mas cerca de él habian corrido al combate. Así no impidió la inferioridad del sitio á los Cesarianos acometer á los enemigos con gran esfuerzo, ya que no con igual confianza. Pelearon desesperadamente con bravísimo teson siendo con mayor esfuerzo y constancia resistidos.

Dudosa la pelea permaneció casi todo el dia: la flojedad instantánea, que mostró el ejército de César, hizo á los Pompeyanos esceder de los límites de la órden que su caudillo les habia dado, y ganosos de exterminar á sus enemigos, descendieron á la llanura. El ejército de Pompeyo, feliz en haber hecho retroceder á César, ya creyó suya la victoria. Así como la reputacion de un capitan eminente conturba al ejército con quien combate, así la menor incertidumbre en la hueste que pelea á sus órdenes, no se esconde á los contrarios: así los alienta, así corre de fila en fila la nueva exajerada de su terror: así los suspiros de los heridos ya no afligen ni hacen desmayar los corazones: así en todos los ánimos el interés comun mira como segura la derrota ajena.

No de otro modo la lucha en aquel tremendo dia, por parte de los de César y los de Pompeyo se mantuvo hasta la estremidad con un valor verdaderamente heróico, ya haciendo retirar los unos, ya obligados á retirarse, ya confiando en la victoria, ya persuadidos del vencimiento propio.

Bogud, rey de la Mauritania auxiliar de César, recibió órden de acometer el campamento de Pompeyo que se creyó abandonado. Vió Labieno las tropas lijeras de los moros y sospechó el intento á que se dirijian; y así para desvanecerlos, envió cinco cohortes á que con toda presteza corriesen á impedirles el paso.

César, ó porque imaginó que estas huian, ó porque así lo juzgó conveniente para desalentar á los contrarios, gritó anunciando que estos iban ya en derrota. Corrió prestamente la palabra por el ejército cesariano: corrió igualmente, con terror repetida por el de Pompeyo: doblóse el teson en los unos para acometer: el desaliento comenzó á apoderarse de los otros. Desde aquel instante fué ya de César la victoria. Los enemigos que casi estaban enseñoreados sobre su ejército, comenzaron á debilitarse en la resistencia. La huida general no tardó en declararse. Labieno y Varo perecieron, procurando contenerla y ofreciendo sus personas al peligro para dar un inútil ejemplo. Unos tomaron por refugio la ciudad de Munda, fuerte por la naturaleza y el arte: los otros perecieron en la llanura ó en el campamento, perdiéndose muchos hombres de valor y de importancia, y entre ellos tres mil caballeros de Italia y España que seguia el bando de Pompeyo.

Con el favor de la noche huyó este hácia Carteya, donde tenia su armada, seguido de pocos. César mandó inmediatamente poner cerco á la ciudad de Munda,[1] don-

1 Al manifestar en la página 73 lo que Plinio dice de que junto á Munda se encontraban piedras, que partidas dejaban ver en ellas palmas como dibujadas, se omitió espresar la conjetura de que estas serian plantas que quedarian incrustadas al formarse aquellas.

de ya estaban en defensa los que iban á ser sitiados.

Falto de todo lo que necesitaba su ejército para el asedio de Munda, determinó comenzarlo á la manera de los galos, haciendo el cerco con los cuerpos, con las picas y con las lanzas de sus enemigos.

Sirvieron de céspedes para formar las trincheras de circunvalacion los cadáveres de estos, amontonados unos sobre otros: por falta de madera, los dardos y las lanzas completaron la obra militar, ejecutada como descanso de las fatigas de un dia entero de pelea.

César que habia cansado en la lucha, así á sus soldados como á sus enemigos, quedó infatigable. Dejó á Fabio Maximo su lugarteniente en el empeño de apoderarse de Munda y á marchas forzadas tomó el camino de Córdoba para destruir el ejército con que Sexto Pompeyo estaba apoderado de la ciudad y de los lugares comarcanos.

Diversas salidas hicieron los que estaban en Munda, siempre con valor á toda prueba; pero siempre tambien con igual desdicha por la vigilante oposicion de los que la sitiaban. Largo fué el cerco de esta ciudad: constante la intrepidez de sus defensores. A similitud de los sitios de Sagunto, Astapa y Numancia, determinaron sacrificarse todos en holocausto del honor del partido que defendian, antes que someterse á sus contrarios.

Estrechado mas y mas el cerco por los de César, quitaron las vidas á los heridos y á la demás gente inútil y se arrojaron á una segura muerte, cayendo sobre el campo enemigo, para combatir por última vez con la contrariedad de su fortuna. Las tropas de César se apoderaron al fin de la desolada Munda, siendo muy pocos los que con vida hallaron en su recinto.

César se enseñoreó de Córdoba y Sevilla: Asta le abrió las puertas: mensajeros de Carteya le ofrecieron la ciudad y la persona de Pompeyo, en desagravio de haber antes negado la entrada á sus tropas: tomó César

varias poblaciones cerca de Asta que aun estaban por sus enemigos, y desde ellas se dirijió á Cádiz.

Pompeyo dispuso que de Carteya le enviasen una litera al camino para ser llevado á la ciudad, pues estaba enfermo y le era imposible sostenerse á caballo. Entró en Carteya: muchos se juntaron ante la casa en que iba á aposentarse y le ofrecieron sacrificar sus vidas en pro de su causa.

Pompeyo dió entero crédito á lo que le ofrecian por no tener experimentada la fidelidad de quienes no la profesaban. Bien pronto prevaleció un partido por César. Irritáronse los ánimos de uno y otro bando: siguióse general tumulto en la poblacion, y Pompeyo, herido de un pié al embarcárse, se vió obligado á huir con treinta galeras. Didio, almirante de César en Cádiz, salió con su armada y á los cuatro dias avistó las naves de Pompeyo que se habia detenido en un lugar de la costa á proveerse de agua.

Al punto, dió el almirante la señal de acometida. Bien presto logró quebrantar el órden con que se habian preparado á resistirle los contrarios: desbarató la flota de Pompeyo, incendió unas naves: de otras se apoderó con espanto de sus defensores.

Huyó por tierra con pocos el desdichado Pompeyo: perseguido de la infantería y caballería que de Cádiz habian enviado á su esterminio, no tuvo tiempo para rehacerse de tantos y tan repetidos contrastes de la fortuna. Resistió en una eminencia con los restos de los que habian permanecido fieles, pero su resistir no era para vencer sino para prolongar la vida. Acosado con sin igual encarnizamiento, se ocultó en una gruta. Allí desfallecido y desamparado no tenia otra cosa viva que sus dolores. Descubierto por la delacion de uno de los suyos que los contrarios habian hecho prisionero, ofreció su cuello á la espada que iba á degollarlo. Así acabó Gneo Pompeyo émulo del valor y de la desdicha de su padre. Tuvo por virtud la crueldad: pero llevó en su muerte

la gloria de haber hecho palidecer á César.

Didio no pudo regresar á esta ciudad con los despojos de la victoria. Los lusitanos que se habian salvado del último combate en que Gneo Pompeyo estuvo, tornaron á juntarse y dieron sobre la gente de Didio que estaba componiendo algunas de las naves en las riberas del mar. El almirante y muchos de los de su armada murieron en la impensada lucha. Los lusitanos incendiaron varias de las naves: y los de César huyeron á vela y remo hácia Cádiz.

Si bien Carteya se dió á Julio César, no por eso fué muy afecta á los emperadores, lo cual testifican sus medallas. En todas se ven ó cabezas de Júpiter ó de Cibeles, acrostolios, tridentes, delfines, caduceos y otras señales de su poder marítimo. Solamente en una se perpetuó su amor, tal vez momentáneo, á la casa de los Césares, inscribiéndose en ella los nombres de Druso y de Germánico.

Julio César agradecido á los de Cádiz, ya en el año 705 de la fundacion de Roma habia concedido á todos el derecho de ciudadanos romanos: ahora llamó á la ciudad con el sobrenombre de *Julia Gaditana.* Así quedaron en tan breve tiempo los beneficios de Cádiz á César, hechos, recibidos y remunerados. Cádiz fué siempre objeto de la predileccion de César. En Cádiz recibió los primeros ó los mas vehementes estímulos para aspirar al señorío del universo. De Cádiz partió, ambicioso de gloria, mas queriendo buscar la fortuna que esperarla: en Cádiz esperimentó una fidelidad á toda prueba por parte de sus generosos hijos: hijos de Cádiz fueron tambien sus consejeros, y sus mas allegados: Cádiz le prestó cuantos auxilios pudo durante la última de sus guerras en que mas peligro corrieron su crédito, su vida y su fortuna y en que casi parecia ya entregado por la desdicha á la voluntad de sus enemigos. Honor de la ciudad de Cádiz y honor grandísimo considero la cariñosa amistad con que fué distinguida de Julio César, de

Julio César el mas fuerte y poderoso en las batallas y como tal el mas terrible sobre todos los capitanes: de todos los políticos el mas animado de la luz del ingenio, el mas asistido de la direccion de la prudencia: de todos los oradores el de mas astucia: de todos los historiografos el de mas sencillez en la espresion, el de mas enerjía y viveza en el describir: de todos los hombres el mas dichoso en sus atrevimientos. ¿Quién apeló á su generosidad que no le oyese, quien pidió á su magnánimo espíritu que no le otorgase mercedes, quién le sirvió que no le diese multiplicados galardones? ¿Se dudará acaso que César podia mas perdonar á sus enemigos que ellos ofenderlo? ¿Se negará con razon á César haber sido un varon digno de empresas iguales á su valor? ¿Será fácil arrebatarle los títulos á la admiracion de las gentes, títulos que le adquirieron sus escelencias y virtudes y que la posteridad ha conservado á pesar de los siglos, á pesar de la diversidad de civilizaciones? Grande es la fama de César sobre todos los hombres, y su gloria sobre todos los tiempos. Si Cádiz desea hacer ostentacion de las glorias que mas la ennoblecen ¿cuál mayor de las de la época de la gentilidad que haber conseguido todo el afecto del mas ilustre de los hombres?

Cádiz fué municipio y no colonia romana como con engaño aseguran muchos de nuestros historiadores. Nunca se rigió por las leyes de Roma, sino por las suyas que César reformó segun consta del testimonio del príncipe de la elocuencia latina. Las inscripciones y monedas, que se hallan en su suelo, lo prueban de un modo indudable. En vano dicen algunos que de colonia pasó á municipio á ruegos de sus naturales. Si así hubiera acontecido, no lo callara seguramente el Emperador Adriano, cuando increpando á los de Itálica porque solicitaban que de municipio hiciese colonia á aquella ciudad, les recordó que los de Preneste habian pedido á Tiberio que de colonia los hiciese municipio. Si esto hubieran demandado los de Cádiz, bien seguro es que Adriano hubiera

ofrecido este ejemplo á la consideracion de sus compatricios, prefiriendo la memoria de un hecho de españoles y de una ciudad tan importante á la de una ciudad estrangera.[1]

Cádiz en este tiempo tenia una poblacion grandísima. Solo Roma le aventajaba, segun Strabon afirma. Quinientos caballeros habia en Cádiz, imperando Augusto. Así resulta del censo que se formó de su órden. El mismo Strabon refiere que en ninguna ciudad de Italia, á escepcion de Padua, se habian empadronado tantos que por su calidad y hacienda estuviesen en aptitud de ser senadores.

Pocas memorias existen de los duumviros de Cádiz. Constan sin embargo por inscripciones fúnebres los nombres de algunos: uno de ellos Marco Antonio Siriaco, de la tribu Galeria, otro Aldisto Mauro Publico, este africano segun demuestran los dos primeros nombres; otro Lucio Fabio Rufino, igualmente de la tribu Galeria, y además prefecto para sentenciar las causas por decreto de los Decuriones.

El segundo de los Jubas, rey de entrambas Mauritanias, casado con una hija de Marco Antonio y Cleopatra y tan estimado de Augusto, se honró en ser duumviro de la ciudad de Cádiz,[2] cabeza de un convento jurídico, de cuyo foro dependia la provincia tingitana.

Juba fué insigne, mas en la paz que en la guerra, y gran historiador, naturalista y filósofo, digno de las alabanzas del mayor de los Plinios, y de obtener el consulado en una ciudad de la cultura de Cádiz.

Marco Vipsanio Agripa, yerno de Augusto, tan célébre por su talento como por sus virtudes militares, mereció el aplauso de los gaditanos. Sin duda en las victorias navales de Sicilia y de Accio, aquella contra Sexto Pompeyo y esta contra Marco Antonio, estuvieron á sus

1 Ambrosio de Morales, Aldrete, Puente, Rodrigo Caro y otros creen que Cádiz fué colonia.

2 Rufo Festo Avieno es el autor de esta noticia sobre el duumvirato de Juba.

órdenes los bajeles de Cádiz: sin duda en las guerras de Augusto en la España citerior, tambien las naves de esta ciudad contribuyeron al vencimiento. Medallas de aquel tiempo existen, en que se dá á Marco Agripa por los gaditanos, el dictado de patrono, y tambien el de padre del municipio. Tan grande fué el afecto de los gaditanos á este héroe, y tales los beneficios que esta ciudad lograria por su mediacion cerca de la persona de Augusto.

Nada tiene de estraño que las naves de Cádiz contribuyesen al suceso de una y otra empresa. En toda la guerra civil la marina gaditana prestó servicios á los personages que en primer término se agitaban en aquella memorable lucha, que afligia á una gran parte del universo.

El pretor Asinio Polion con naves gaditanas, enviaba á Roma sus cartas desde [illegible] ciudad de Córdoba, escritas á Ciceron, á Octaviano y á los cónsules Hircio y Pansa. El Bétis en aquel tiempo era, segun se vé, navegable hasta Córdoba.[1]

Si tal importancia fué la de Cádiz por su lealtad á Roma y á sus principales varones; si tales los servicios que pudo prestarles en ocasiones distintas y de diverso modo; si la fama de su prepotencia marítima llegó hasta los confines del orbe conocido en aquellas edades, no mereció menos renombre por el memorable hecho de uno de sus hijos, donde mas se ostentó la ilustracion que los animaba.

Prendado de la gravedad y elegancia del estilo de Tito Livio y de la elocuencia con que en las oraciones nos hace escuchar á los héroes cuyas hazañas refiere, no menos que de la dulzura con que espresa los sentimientos, no quiso un hijo de Cádiz lanzar el postrimer suspiro sin conocer al Príncipe de los historiadores romanos que tantos afectos habia movido en su corazon con

1 Eso consta de las mismas cartas de Asinio Polion que se leen entre las de Marco Tulio.

las páginas de su libro, lleno de vida y de un encanto perceptible solo por los que saben sentir, al par que los grandes autores sienten.

Este gaditano, insigne amador de la inteligencia de Tito Livio, dejó á su patria y tomando el camino de la ciudad de los Césares, entró en Roma, no á admirar en Roma sus maravillas, no la pompa imperial, no las costumbres del pueblo que habia avasallado al mundo.

Todo á sus ojos era de poca importancia: todo tal vez se presentaba á su vista como indigno de la contemplacion de la sabiduría en los instantes efímeros de nuestra existencia.

De cuantas grandezas Roma tenia en su recinto, de todas habia llegado la noticia hasta las playas de Cádiz, consideradas entonces como el fin del universo. Nada quiso ver sino la persona de Tito Libio: nada sino poder hablar con aquel sabio que á tan larga distancia le habia enseñado á amar la inteligencia y la magnanimidad en la historia de aquel gran pueblo.

Al punto que este gaditano consiguió el fin á que aspiraba como la mayor de sus venturas, tornó á su patria con una dicha que nadie podia arrebatarle.

La historia refiere el hecho; pero calla el nombre de este entusiasta admirador del talento.

Dos grandes hombres conmemoran la resolucion de este gaditano: Plinio el menor entre los gentiles,[1] San Gerónimo entre los padres de la Iglesia.

La accion de este hijo de Cádiz será celebrada siempre por cuantos amen la sabiduría y la gloria: celebrada por sí misma y mas celebrada aun por los distinguidos varones que con su admiracion y alabanza la han entregado á la memoria de las gentes.

1 "Numquam legisti gaditanum quendam Titi Livii nomine gloriaque commotum ad visendum eum, ab ultimo terrarum orbe venisse, statinque ut viderat abiise." Lib. II, Epistolarum.—Ep. 3.

CAPITULO II.

Hijos ilustres de Cádiz.—Lucio Cornelio Balbo el mayor.—Su valor y talento.—Su gran amistad con Pompeyo, César, Ciceron, Ático y Agripa.—Su consulado en Roma.—Sus escritos.—Lucio Cornelio Balbo el menor.—Sus servicios á César.—Su proconsulado en Africa.—Su triunfo en Roma.—Sus beneficios á Cádiz.—Otros personajes de esta familia.—Balbino, Emperador.—Otros gaditanos ilustres.—Hasdrubal.—Cannio.—Lucio Junio Moderato Columela.—Gaditanas insignes.—¿Lo fué Plotina Pompeya?—Domicia Paulina.—Turanio Grácula y Pomponio Mela, naturales de esta Provincia.

Contaba Plinio Segundo entre los grandes ejemplos de fortuna á Lucio Cornelio Balbo el mayor, el primero de los extrangeros, y de los nacidos junto al oceano que obtuvo en Roma la dignidad de consul, la cual negaron los antiguos aun á los del Lacio.[1]

No hay memoria de extrangero alguno que en la república romana hubiese conseguido los mas altos honores, hubiese alternado con los mas ilustres personajes, hubiese influido mas con sus consejos en la suerte del mundo, y hubiese, en fin, alcanzado la mas estrecha amistad de parte de los primeros hombres, que por su gran valor, su política y su sabiduría ocupan un lugar preferente en la historia.

Solo un extrangero aparece unido á los nombres de Pompeyo, de César, de Ciceron, de Ático, y de Agripa, y ese estranjero era Lucio Cornelio Balbo.

Cuando venciendo las antiguas costumbres de la república, logró abrirse camino para ocupar los cargos mas importantes, y cuando pudo distinguirse por su ta-

1 "Fuit et Balbus Cornelius maior consul..... primus externorum atque etiam in oceano genitorum usus illo honore, quem maiores Latio negaverunt." Hist. nat. Lib. VII, cap. 43.

lento, por su ciencia y su valor, entre varones tan eminentes como Agripa, Ático, Ciceron, Pompeyo y César, muy altos debieron ser sus merecimientos: como es mayor la gloria de la ciudad en donde respiró por vez primera el aura de la vida. No puede negarse este título de honor á la ciudad de Cádiz, pues consta indudablemente que en ella nació el primer extrangero que tomó una parte activa en la gobernacion de Roma, favorecido y amado de sus mas grandes hombres.

Su padre era de una familia muy distinguida y llamábase igualmente Lucio Cornelio Balbo, hombre de virtud y de grandes prendas.

Dúdase del verdadero oríjen del nombre y prenombre suyos y de su hijo: pero por mas que los autores han tratado de alegar argumentos con que defender su opinion, no hay una sola que tenga bastante fuerza para ser aceptada como la mas próxima á la verdad.

Unos dicen que *Lucio Cornelio* se llamó por ser entre los gaditanos muy querido *Lucio Cornelio Scipion*, como uno de los que mas contribuyeron á libertar del yugo de Cartago á su patria: otros que de *Lucio* Gelio Poplicola y Gn. *Cornelio* Léntulo, cónsules en Roma, cuando se hizo la ley, de ellos nombrada *Gelia Cornelia*, en que se daba autoridad á Pompeyo para otorgar el derecho de ciudadano á quien creyese merecerlo: otros que de *Lucio Cornelio* Sila que ya habia conferido tal honor á otros de Cádiz y verosímilmente á los de la familia de los Balbos.

Esto se refiere por los mas graves escritores en cuanto á los nombres, que en cuanto al apellido no discrepan menos. Otros *Balbos* hubo en Roma que no tuvieron oríjen gaditano; y sin embargo parece verosímil la creencia de que este apellido en la familia célebre que floreció en esta ciudad, era púnico, lo cual confirma indudablemente el recuerdo del monte *Balbo*, cerca de Cartago, que cita Tito Livio al tratar de la derrota de Masinisa, casi al pié de su eminencia, por el rey Siphax.

En lengua latina significa la voz *Balbus* tartamudo ó balbuciente, si bien desde el siglo XV hay autores que esplican tambien las palabras *balbutire* y *balbus* por *cecear* y *ceceoso*. Pudo ser la voz *Balbus* de oríjen púnico y significar lo mismo que en Roma. Pero la circunstancia de ser los *Balbos* andaluces contribuye á la creencia de que quizá en aquellos tiempos hubiese el defecto en la pronunciacion que aun hoy se conserva entre los naturales de estas provincias. Recuérdese el oríjen de los apellidos Apios, Léntulos, Cicerones y otros de la antigua Roma, todos por lo comun fundados en particularidades de las personas. A mas, en una carta de Marco Tulio á Papirio Peto se halla motivo suficiente para creer que Balbo tenia en la pronunciacion uno ú otro de los defectos que el apelativo indica, á menos que, hablando como hablaba el príncipe de la elocuencia en tono festivo á un amigo tan familiar, no jugase del equívoco solo por donaire y sin fundamento, lo cual parece poco probable por estar el chiste en ese caso destituido de todo vigor y con una trivialidad, indigna de autor tan eminente.[1]

1 Antonio de Nebrija interpreta las voces *balbutire* y *balbus* por cecear y ceceoso. El célebre Juan de Valdés en su *Diálogo de las lenguas*, reprende entre otras esta declaracion, no por ignorancia del Nebrisense en la lengua latina, sino porque no alcanzaba la interpretacion castellana.

Trebelio y Nizzoli entienden por *balbus* el que tartamudea. Horacio en la ep. II decia: "os tenerum pueri, *balbumque* poeta figuret."

Claro se vé aquí que *Balbus* significa igualmente el que no puede pronunciar bien las letras tales como son en sí, que es lo que acontece á los niños. En este caso se hallan los que *cecean*.

Ciceron en una Epístola á Papirio Peto. (Famil. Lib. IX, ep. 19,) respondiendo á este por la frugalidad con que le dijo haber obsequiado á Balbo en un convite, le manifiesta saber por el mismo Balbo que este habia tenido un dia muy agradable. "Si has conseguido esto (dice) con lo esmerado de tu elocuencia, ofrezco oirte con no menor esmero: pero si ha sido por lo regalado de los manjares, no prefieras á los tartamudos (ó ceceosos ó que pronuncian mal) á los que pueden hablar bien." Así puede interpretarse con mas ó menos latitud este pasage: "*Sin autem obsonio, peto à te ne pluris esse balbos, quam disertos putes.*"

Consultado por mí sobre esta cuestion el ilustre Marqués de

Conocido es en la historia Lucio Cornelio *Balbo* por el mayor, con el fin de distinguirlo de otro Lucio Cornelio Balbo, hijo de su único hermano *Publio*.

Las circunstancias de haber dado el Padre al mayor de ellos el nombre de *Lucio* y al otro el de *Publio*, ambos seguidos del de *Cornelio*, como si vinieran del linaje así llamado, resuelven en mi opinion todo género de dudas. Uno y otro se llamaron *Lucio* y *Publio Cornelio* por el entusiasmo con que su padre admiró á los dos Scipiones *Lucio y Publio Cornelio*, en cuyo tiempo Cádiz se dió á Roma. El sobrenombre de Balbo ó fué apellido de su progenie cartaginesa ó sobrenombre tomado ó adquirido por la mala pronunciacion que tenian, si bien me inclino á adoptar este último sentir como aquel que á mis ojos lleva consigo mayor apariencia de verdad.

No soy tan poco conocedor de la antigüedad que ignore el oríjen del apellido Scipion. Plutarco refiere

Morante, persona de tanta erudicion y talento, me concedió el honor de significarme su parecer, reducido á que, si bien las palabras *balbutire* y *balbus* en su oríjen y con arreglo á la etimología, no han significado ni podido significar la idea que en castellano espresa el verbo *cecear* y el adjetivo *ceceoso*, sin embargo, los autores modernos y los Diccionarios desde el siglo XVI para acá, no encuentran otras palabras latinas con que puedan declararse en nuestra lengua. Ausonio Popma es uno de los que con mas claridad defienden esta doctrina; pero Luis Doederlein en su grande obra de los Sinónimos Latinos la refuta, calificando de arbitrarias sus interpretaciones. Véase algo de lo que Doederlein dice en su obra de *Lateinische Synonime*, segun las notas que me ha facilitado el Sr. Marqués de Morante.

"Posteriormente vemos que *balbus* es un adjetivo de *balare*, y *blæsus* un participio de *blatire*. El cambio de la vocal *a* en el diptongo *æ* debe estrañarse tanto menos, cuanto que tiene lugar en *æstus* de *areo, ardeo*; y viceversa en las dos palabras análogas *clades* y *lædere*.

"La synonimia de estos atributivos es bastante clara. El *os balbum* de Horacio Ep. II. 1, 126 tiene mas tarde el mismo objeto, poco mas ó menos, que el *os blæsum tibi debilisque lingua* de Marcial Ep. X. 65, 14.

"Fuera de que *blæsus* no se encuentra sino en los poetas, únicamente vemos espresado por *balbus* el defecto del que habla confuso, como propiedad habitual; y por *blæsus* el mismo defecto, como estado del momento, ó modo de ser temporal.

(Aquí pone una nota en que dice.) "Arbitrarias nos parecen las siguientes definiciones de Popma pág. 133. *Balbus est qui difficulter loquitur in enunciando lite-*

que Publio Cornelio, siendo su padre ciego, le servia de apoyo y de guia, de donde nació el conocerlo por *Scipio*, que en lengua latina equivale á baston ó báculo.

Así los de la familia de los *Balbos* adquirieron de otra circunstancia su apellido. Honor es de la misma que tomasen los nombres de los héroes, á quienes se entregó su patria, aquellos, que héroes tambien, iban á ilustrar mas tarde á Roma, como los frutos mas nobles que habia de producir para la república la inmortal alianza de Cádiz.

No consta con certeza el año del nacimiento de Lucio Cornelio Balbo. Desde la mas temprana juventud, con alientos de honor, con celo de justicia, sirvió en los ejércitos romanos, cuando Metelo combatia en España á Sertorio. César, al visitar la provincia Bética con el carácter de cuestor, conoció á Lucio Cornelio Balbo: el trato con este gaditano ilustre le hizo apreciar las virtudes de que estaba asistido. No se borraron, no, de su memoria

ram, aut sylabam præterit, lingua hæsitat, aut obscuré loquitur...... Blæsus, qui aliquam literam non quamlibet sed certam decenter pronuntiare et exprimere non potest, vel cui sibilantes (C. S. Z.) molestæ sunt, vitioséque pronuntiantur.

"Segun Schmitsen pág. 36 era *Balbus* el que mutila las palabras, ó tiene la lengua trabada; *blæsus* el que no pronuncia claro, el que con lengua gorda ú estropajosa *cecea* y no puede pronunciar alguna letra. Y claro está, que si esto fuese verdad, debiera haber llamado Ciceron á Demóstenes *blæsus*, el cual no podia pronunciar la letra R.

Hill comprendió perfectamente y definió con exactitud en la pág. 143 á *blæsus* por un defecto mas general de la pronunciacion, el cual defecto, suponiendo que Demosthenes hubiese sido *blæsus* en vez de *balbus*, no hubiera podido superarlo, ó lo hubiese conseguido á duras penas." (Hasta aquí la nota: y continúa despues:) "Hé aquí por qué se llama y con razon á un borracho *blæsus*. Por ejemplo, Juvenal XV. 48.

Adde quod et facilis, victoria de madidis et Blæsis atque mero titubantibus. (Sin embargo alguna vez tambien se le llama *balbus*). Y Ovidio, Arte de Amar III. 294 dice:

Quò non ars penetrat? discunt lacrimare decenter,
Quoque volunt plorant tempore quoque modo,
Quid, cum legitima fraudatur litera voce,
Blæsaque fit jusso lingua coacta sono?

"Por el contrario, Horacio Ep. I. 20, 18 se permitió llamar, poco oportunamente á la vejez allí personificada *balba senectus*; y lo mismo Ciceron Orat. I. 61, llama *blæsus* á Demosthenes, que era *naturâ balbus*."

el valor y el talento que animaban á Balbo. Las simpatías que en uno y otro nacieron con esta amistad, fueron de gran trascendencia para la suerte de Roma, y aun mas que de Roma, de muchos de sus mas insignes varones.

Sirvió despues Balbo tambien en las guerras contra Sertorio, bajo las órdenes del gran Pompeyo. Ni en el ejército ni en la armada dejó nunca de asistir cerca de la persona del cuestor Cayo Memmio, con quien estaba ligado, aun mas que por los vínculos de la obediencia á la superioridad, por el afecto entrañable de un buen amigo y compañero.

Créese por algunos historiadores que Balbo fué en la armada que de Cádiz partió á llevar á Pompeyo el socorro de dinero y víveres que mi patria le enviaba en testimonio de su lealtad á Roma. Mas no hay testimonio entre los antiguos que confirme directa ni indirectamente esta conjetura.

Provocado del deseo de aventajarse á los suyos, y persuadido de sus propios merecimientos por la seguridad que hallaba en su conciencia, se distinguió sobre los distinguidos capitanes de Roma, en las batallas de Sucron y de Turia, allí Pompeyo vencido de Sertorio; en esta vencedor de sus legados.

En ambas jornadas sus altos hechos le grangearon meritísimamente la gloriosa proteccion de Pompeyo, el cual, terminada la guerra, y usando de la facultad que la ley le habia concedido, honró á Balbo con el derecho de ciudadano de Roma, precedido un acuerdo unánime de su consejo.[1]

Cuando Pompeyo volvió á los muros de Roma, Balbo pisó por vez primera las calles de la ciudad, donde

1 Ciceron dice en la oracion pro Balbo. "Hæc sunt prælia Cornelii: talis in Rempublicam nostram labor assiducitas, dimicatio, virtus digna summo imperatore... et ab mineunte ætate, relictis rebus suis omnibus in nostris bellis, nostris cum imperatoribus esse versatum: nullius laboris, nullius obsidionis, nullius prælii expertem fuisse. Hæc sunt omnia cum plena laudis tum propria Cornelii."

tantas y tantas edades se habian consumido en levantar sus fábricas, y tantas vidas en asegurar sus leyes y su poderío.

Aun no cansado en proteger Pompeyo al que con fidelidad y destreza singulares, habia militado bajo sus insignias y que por su mérito habia conseguido sobrepujar á todos, regaló á Balbo uno de sus amenísimos jardines de recreo y una de sus mas hermosas quintas. En este tiempo Balbo comenzó á ser objeto de la envidia de muchos, mal sufridos al considerar que un extrangero conseguia la preferencia sobre tantos ciudadanos cerca de la persona de un varon de tal importancia en la república. Mas todas las murmuraciones nada podian en el ánimo de Pompeyo, ni en el merecer de Balbo. El orgullo no logró enagenarlo primero de sí y mas tarde de la proteccion de su amigo. Con su modestia, con su benignidad, con su agrado, con su amor á la justicia y á la ciencia, supo mantenerse en el afecto de aquel repúblico y capitan ilustre. Su talento lo confirmaba mas y mas en él; y así en vano procuraban los instigadores del mal, destruirlo. Balbo constantemente demostraba desear el valimiento no por el valimiento en sí, sino por adhesion hacia el valedor, y por estar mas cerca de la persona á quien tanto admiraba.

Tenia en gran estimacion Pompeyo á un insigne sabio de Grecia, residente en Roma. Era natural de Mitylene y su nombre Theophanes: el objeto de sus estudios la historia: la delectacion constante de su ingenio el cultivo de la poesía. Solo han quedado de sus obras unos fragmentos históricos de las guerras de los romanos bajo las órdenes de Pompeyo.

Balbo, por medio de este, se ligó en amistad estrecha con Theophanes: Theophanes contribuyó á ilustrar su entendimiento en la filosofía moral, en la ciencia política; Theophanes se honró con el afecto de Balbo, mientras que Pompeyo se honraba igualmente con el afecto y con los consejos de Theophanes, á quien tambien concedió los derechos de ciudadanía.

El cariño de Theophanes hacia Balbo no se satisfizo con comunicarle solo la ciencia y la doctrina que habia aprendido con sus estudios en dilatados años: lo adoptó por hijo y le dejó en herencia cuanto poseia, que era un caudal sobradamente cuantioso. Algunos por esta adopcion distinguen á Lucio Cornelio con el nombre de *Balbo Theophanes*.

Julio César comenzó á dispensar su proteccion á Balbo: la union en que estaban César y Pompeyo sin duda contribuyó á que aquel en el trato mas íntimo esperimentase de cerca todo el valor del mérito de que Balbo era adornado.

Siendo cónsul le dió el cargo de General de las máquinas bélicas y de intendente del ejército: adelantó con esto mas y mas Balbo en la amistad de César: de la amistad pasó al valimiento, del valimiento á emplearlo en beneficio de su patria Cádiz. Evidentemente el mútuo afecto de los gaditanos á César y de César á los gaditanos nació en el influjo de Balbo sobre el uno y sobre los otros.

No pasó mucho tiempo sin que el encono de los adversarios de Pompeyo y César no se dirijiese contra el objeto de la benévola predileccion de ambos. Un gaditano envidioso, cuyo nombre calla la historia para no mancillarse, atropellando todas las consideraciones á la virtud y á la patria y pospuesto lo mas noble al interés infame de una pasion inícua, presentó en Roma una acusacion contra Lucio Cornelio Balbo.

Todo cuanto la ira pudo juntar con objeto de deprimir la virtud, de otro tanto el acusador de Balbo se armó para conseguirlo. Pintó con los funestos colores de la calumnia á su compatricio ilustre, como olvidado de sus obligaciones, negligente en el gobierno, desenfrenado en los vicios, hasta el punto de parecer enagenado de sí, siervo del apetito, y entregado á la mas estólida codicia. La benevolencia protectora de Pompeyo, la adopcion de Theophanes, la quinta tusculana que ha-

bia adquirido, el afecto de César, nada perdonó el acusador que no procurase envilecer con indignas reticencias. Al propio tiempo, puso en cuestion la validez de la facultad con que Pompeyo habia otorgado el derecho de ciudadanía á Balbo y su familia, por que, segun el acusador, Cádiz estaba fuera de los límites de la alianza de Roma y por tanto no podian comprender á sus hijos los beneficios del privilegio.

Confiaban los perseguidores de Balbo en la ausencia de César, y en el ejemplo de debilidad que habia dado antes Pompeyo abandonando á Ciceron á sus acusadores y permitiendo que se condenase al destierro, en donde esperimentó el olvido de muchos de sus amigos mas poderosos y el constante favor de Balbo no solo para alivio suyo, sino de su familia.

Mas fué vano su confiar. Marco Craso y Pompeyo dos de los triunviros se prepararon á orar en su causa: Ciceron tambien en su defensa. Cádiz que oyó con indignacion la nueva de la infidelidad de uno de sus hijos para su propia patria y su malignidad contra uno de los varones que mas honoríficamente la distinguian, desaprobó su proceder, le impuso un rigoroso castigo por medio de una multa y un decreto infamante: y envió embajadores á Roma para con la autoridad de su nombre prestar todo linaje de favor á Balbo, y sostener sus derechos. ¿Qué podian esperar sus enemigos cuando las fuerzas de tantos y tales defensores obrasen juntas? Todos eran estímulos eficaces para despertar el temor de que Balbo saliese victorioso en la lucha con sus émulos: todos bastantes á que considerándose inferiores en fuerza á los alientos y á la autoridad de los que habian emprendido su defensa, los adversarios se viesen precisados á desistir del intento con cólera y rubor; mas la ira prevaleció en sus ánimos contra lo que aconsejaba un cuerdo raciocinio

La causa se vió al fin ante el pueblo. Marco Craso, fortalecido con la esacta alegacion de las leyes, de los

tratados, de los ejemplos y de las costumbres de Roma, que favorecian el derecho de Balbo, pronunció una defensa elocuente: otra con no menos facundia, ingenio y gravedad se oyó de los labios del gran Pompeyo. Estos fueron los abogados que Balbo habia elegido: y por su consejo, Ciceron quedó ocupando el lugar tercero entre los defensores y dueño de la causa para cerrarla con su acrisolada maestria.

Balbo logró una absolucion cumplida, cual era de esperar de su inocencia, y de la calidad de los que oraron en defensa de su virtud: dos de los tres primeros magistrados de Roma, y el príncipe de la elocuencia.

Pronto la ambicion del supremo dominio entre dos hombres, unidos por los vínculos de la amistad y del parentesco, inquietó los ánimos de los romanos. La renovacion de las guerras de Mario y Sila y las sangrientas proscripciones con que mas para su venganza que para su seguridad ordenaba el vencedor como holocaustos honoríficos del vencimiento de su patria, ya aparecian amenazantes á los ojos de los ciudadanos mas pacíficos que guerreros: ya aparecian lisonjeando los deseos de aquellos á quienes convenia mas avivar que estinguir el fuego de la discordia.

Balbo entre la causa de Pompeyo y la de César, prefirió la de César á la de Pompeyo. Procuró por cuantas vias se presentaron á su talento, llevarlos á una concordia, honrosa para ambos, saludable para la república. Fiel hasta cierto punto á su primitivo bienhechor, no empuñó las armas para dirijir las que fueran á contrastar sus ejércitos.

Balbo procuró primeramente la reconciliacion de César y de Pompeyo por medio de Marco Tulio Ciceron; pero este sin embargo de conocer los daños que podian sobrevenir del triunfo de Pompeyo á la república, no tenia valor para declararse en contra, temeroso de que César abusase mas de la victoria.

Las cartas de Balbo á Ciceron persuadiéndole á la

ejecucion de tan nobles intentos, son notabilísimas, y honran mucho su destreza política y la esclarecida humanidad que lo animaba en todos los actos en que intervino durante aquellas luchas civiles, en que los que en la punta de la lanza presentaban á su caudillo la cabeza atravesada de sus padres ó hermanos parecian como que mas señaladas proezas habian hecho en su servicio.

„Balbo el Mayor á Ciceron.

„Te ruego, Ciceron mio, tomes á tu cargo reconciliar á César y Pompeyo que la perfidia de algunos ha enemistado. Te aseguro que no solamente no hallarás dificultad de parte de César, sino que te quedará muy obligado, si lo consiguieres. Quisiera que Pompeyo pensase del mismo modo, y que en estas circunstancias se le pudiese traer á alguna concordia; pero esto es mas para deseado que para creido. No obstante, cuando se detenga y empiece á desechar el miedo, no desconfio logres algo, por el ascendiente que tú tienes sobre él. César te agradece el haber persuadido al cónsul Léntulo que no abandone la Italia, y yo mucho mas porque soy tan amigo suyo como de César. Si hubiera querido que hablásemos como soliamos y no hubiese esquivado mi conversacion, no tendria yo ahora el pesar que tengo. Te aseguro que me quiebra el corazon ver que una persona, cuyos intereses prefiero á los mios, no tenga de cónsul mas que el nombre. Si quisiere darte oidos, fiarse de mí por lo que mira á las intenciones de César y volver á Roma para ejercer allí lo restante de su consulado, tal vez con la autoridad del Senado y dirijido por tus consejos podria conseguir la reconciliacion de Pompeyo con César. Moriria yo contento, si se efectuase esta gran obra. No dudo aprobarás lo que César ha hecho en Corfinio; pues no deja de ser admirable que en un negocio de aquella especie no haya habido sangre derramada. Me alegro mucho de que la visita de mi sobrino te haya causado tanta satisfaccion. Puedes vivir se-

guro de que los hechos acreditarán cuanto te dije de parte de César y el mismo César te escribió; y de que suceda lo que sucediere, en nada ha habido fingimiento.„ [1]

Balbo y Opio, otro confidente de César, dirijieron la siguiente carta á Ciceron en que resplandece igual maestría.

„BALBO Y OPIO Á CICERON.

„Tratándose de consejos no solamente de los de hombres vulgares como nosotros, sino de varones señalados, por lo comun se forma juicio de ellos segun las resultas que tienen y no segun la intencion con que se dan. Sin embargo, conociendo tu buen corazon, te dirémos lo que nos parece en el asunto sobre que nos escribiste; y si no fuere acertado, á lo menos no dudes que nuestra intencion es la mas leal y sincera. Si César no nos hubiese asegurado que luego que venga á Roma, buscará arbitrios para concordarse con Pompeyo, excusariamos el exhortarte á que vengas para intervenir en el ajuste, á fin de que, como amigo que eres de ambos, se haga con mas facilidad y decoro. Y si juzgásemos que César no piensa en tal cosa, no obstante lo que nos dijo, y supiésemos que quiere guerrear con Pompeyo, nunca te persuadiriamos á que tomases partido contra este á quien debes tantas obligaciones, al modo que siempre te hemos persuadido que no te opongas á César. Como no sabemos lo que César, y solo podemos conjeturarlo, nos limitarémos á decirte, que hallándote igualmente obligado á los dos competidores, tu carácter que todos conocemos de ser fiel á la amistad, no permite que con decencia te declares por ninguno de ellos. César es tan moderado que no te pedirá otra cosa. Si quieres, le escribirémos para saber mas positivamente lo que piensa sobre la paz, y con lo que nos responda te dirémos

1 Ad Atticum 8—15. La version de esta epístola, así como de las dos siguientes, fué hecha por D. José Nicolás de Azara. Véase la Historia de la vida de Ciceron por Middleton.

nuestro dictámen. Tén por seguro que, en lo que aconsejemos mirarémos por tu honor, mas que por los intereses de César, y que él lo aprobará, segun es indulgente con sus amigos.„ [1]

Balbo solo dirijió luego á Ciceron otra carta esforzando con nuevas razones sus intentos. Dice así.

„Balbo á Ciceron.

„Despues de la carta que te escribimos Opio y yo, he recibido una de César, de la cual te envio copia: por ella verás cuanto desea la paz y reconciliarse con Pompeyo; y en general cuanto aborrece todo género de crueldad. No puedo explicar lo que celebro que piense así. En cuanto á tus empeños con Pompeyo, apruebo mucho tu modo de pensar; pues veo muy bien que ni tu obligacion ni tu honor te permiten que tomes las armas contra un hombre á quien juzgas deber tan grandes obligaciones. César, que siempre se hace cargo de lo justo, no es capaz de exijir de tí semejante cosa, y se contentará con que no te mezcles en la guerra, ni te unas á sus enemigos. No puede menos de tener esta consideracion por un sujeto de tu mérito y circunstancias, cuando á mí, de su propio movimiento, me ha dicho que no me obligará á servirle contra Pompeyo y contra Léntulo, á quienes yo debo tantos favores, y que se contenta con que en Roma cuide de los negocios que me encargue, dejándome libertad de hacer lo mismo con los de Léntulo y Pompeyo. Así lo ejecuto, guardando á estos dos toda la gratitud y fidelidad que debo mostrarles:

„La disposicion de César para un ajuste me parece ser como la podemos desear; y así creo será bien le escribieses, pidiéndole una guardia, como la que pediste con mi dictámen á Pompeyo, cuando el asunto de Milon. Conoce mal á César quien piensa que es capaz de preferir sus intereses al honor de sus amigos; y cuando

1 Ad Atticum 9—8.

te lo aseguro, creo no propasarme. En lo demás ten por averiguado que la amistad afectuosa que te profeso es quien guia mi proceder, y te juro por la vida de César que en el mundo no hay persona por quien me interese tanto como por tí. Cuando hayas tomado resolucion espero me la comuniques. Todos mis deseos son de que puedas quedar bien con ambos y espero lo conseguirás.„

La carta de Julio César á Cayo Opio y Cornelio Balbo, de que estos remitieron un traslado á Ciceron, decia así.

„Me alegro sumamente de la noticia que me dais de haber sido de vuestra aprobacion lo ejecutado en Corfinio. Tomaré muy gustoso vuestro consejo y tanto mas cuanto que yo por mí mismo lo tenia resuelto. Me portaré, pues, con mucha clemencia y procuraré reconciliarme con Pompeyo.—Solicitemos por este medio volver á ganar las voluntades de todos y gozar de una victoria perpétua. Los demás no pudieron librarse del odio público ni mantener su dominacion mucho tiempo, á escepcion de Sila, cuyo ejemplo tampoco me propongo imitar. Inventemos este nuevo modo de vencer por medio de la liberalidad y la misericordia. Tengo ya pensado varios medios para la ejecucion y podemos discernir otros muchos. Os pido pongais en esto gran cuidado. Hice prisionero á Gn. Magio Oficial de Pompeyo y poniendo en ejecucion este proyecto, al punto le dí libertad. Ya con este son dos los oficiales de Pompeyo que he enviado libres siendo mis prisioneros. Si quisieren ser reconocidos, deberán exhortar á Pompeyo que prefiera mi amistad á la de aquellos que siempre fueron muy enemigos de uno y de otro, y con sus malas artes han hecho que venga la república á tan deplorable estado.„ [1]

1 La version de esta carta fué hecha por los Mohedanos. Lo mismo en esta, que en las anteriores, he preferido reproducir las de otros á hacer alguna imperfecta.

Cuando leo esta correspondencia no sé á quien tributar mas dignamente mi admiracion si á César anticipándose á los deseos de Balbo en determinarse á proceder con humanidad en sus victorias, ó si á Balbo esforzando los sentimientos generosos de César con consejos, tan honrosos para el que los daba como para el varon eminente que los recibia. ¡Dichosos los favorecidos de la fortuna que tales amigos pueden asociar á su persona, y mas dichosos aun los amigos de hombres tan ilustres como César que logran contribuir en bien de la humanidad y en acrecentamiento de su fama á que no se mancillen con venganzas, dignas solo de la ruindad de corazon y de las despreciables medianías.

No necesitaba ciertamente la magnanimidad de César que Balbo le hubiese señalado la obligacion de deponer el odio al propio tiempo que las armas, si anhelaba corresponder á lo que de su gran espíritu debian esperar los romanos. César parecia combatir, aun mas que para vencer para perdonar; pero, si aquellos hombres de su mayor confianza, aquellos á quienes tenia en tan alta estimacion como Balbo, le hubieran un dia y otro dia aconsejado, para seguridad propia, para el triunfo de su causa, para la calma perpétua de la república, no el olvido de las injurias, no el perdon de los contrarios sino la necesidad imperiosa de proscripciones y castigos, algo hubieran seguramente podido apartar de la clemencia, á aquel preclaro capitan que al empezar la derrota en Farsalia exhortaba á sus tropas á dar cuartel á sus conciudadanos y que reducia á cenizas los papeles de Pompeyo para no saber los nombres de todos sus adversarios, ni de los amigos que le eran traidores.

César, pues, permaneció siempre en igual generosidad para los que habian empuñado las armas contra sus intentos, y Balbo fué un amigo, digno en un todo, de la magnanimidad de César.

Mas Ciceron, animoso en las defensas, pero pusilánime en lo que tocaba á los asuntos de la república,

desconfiaba de César y de las palabras de Balbo, y no se resolvia á seguir los consejos de este, consejos aunque utilísimos y sinceros despreciados por la ciega fatalidad que en todo el discurso de las guerras civiles parecia conducir á su ruina al príncipe de los oradores.

En una carta á Atico le remitia la primera de Balbo diciéndole que viese la manera cómo se burlaban de él y tuviese compasion de la suerte á que estaba reducido.[1] En otra se lamentaba de la ninguna sinceridad de César y Balbo que le escribian con deseos de paz cuando abrigaban la resolucion de la guerra:[2] en otra se burlaba de los sentimientos favorables que Balbo decia tener hácia Pompeyo, notándole irónicamente de ingrato para con el primero de sus favorecedores.[3] En otra epístola, por vituperio le llama el *Tartesio*, diciendo á Atico que se vé en la precision de salir de Roma por temor de que, si va al Senado con objeto de defender la república, el mismo *Tartesio* no le exija, al dejar la asamblea, que le satisfaga el dinero que debia á César.[4]

Pero á pesar de convertirse Ciceron, á los seis años de panejirista de Balbo, en irónico acusador de los mismos defectos de que él lo habia defendido enérgicamente ante el pueblo romano, y en menospreciador de los lugares de su nacimiento, que él mismo habia juzgado como uno de los mayores títulos de consideracion que tenia el amigo de César, bien pronto tuvo que apelar á su ánimo generoso en solicitud del olvido de sus yerros políticos. Con aquella incertidumbre que acompañó siempre á Ciceron en todos los actos de su vida pública, permaneció sin resolverse á los principios de la guerra civil: al cabo salió de Roma y se dirijió en busca de Pompeyo. Mas habiendo sido este derrotado en Farsalia, no

1 Cic. ad Attic. Lib. 8, ep. 15.
2 Ad Attic. Lib. 9, ep. 14.
3 Ad Attic. Lib. 9. ep. 13.
4 Ad Attic. Lib. 7, ep. 3. "Hoc tu tamen consideres velim. Puto enim in senatu, si quando præclare pro republica dixero, *Tartessium* istum tuum mihi exeunti, jube, sodes, nummos curare."

se sintió Marco Tulio con alientos para seguir á Caton á los arenales de Africa, donde se proponia continuar y continuó la guerra. Ciceron habia permanecido sin declarar su intencion contra los intereses del famoso dictador, hasta la ocasion que creyó oportuna, y esa ocasion fué cuando el partido republicano estaba á punto de recibir una mortal herida.

Tembló Ciceron por sí, no porque la muerte lo amenazase. Prenda segura de su existencia era el ánimo generoso del hombre á quien habia ofendido. Su pusilanimidad se veia amagada sí, de una cosa que temia á par de muerte: del destierro, si no forzoso, voluntario á que tenia él mismo que condenarse, cuando menos, por carecer de valor para presentarse á César ó á sus mas íntimos confidentes. Su hermano Quinto, recibido en la gracia de César, procuraba adquirir merecimientos acriminándolo ante este. Su yerno Dolabela con igual infidelidad tambien lo sacrificaba á la lisonja. Balbo solamente fué el norte de la esperanza de Ciceron. Por medio de Atico solicitó este que Balbo y Opio lo reconciliasen con César.[1] Balbo y Opio le profesaban un gran cariño segun el mismo Atico decia á Ciceron, y segun el mismo Ciceron contestaba.[2]

Hallándose en tales tribulaciones, doliéronse Balbo y Opio, é imaginaron prestarle un consuelo, hijo de la vehemencia de su amistad, en tanto que lograban restituirlo á la gracia de César. Fingieron una carta en que este le exhortaba á abandonar sus injustificados temores y á tener una absoluta confianza en su afecto. Recibióla Ciceron, pero presto conoció que era fingida. Mas César, vencido aun mas que de los ruegos de Opio y Balbo, de su amistad á Ciceron y de su clemencia, entregó á este las cartas de Quinto en que tan pérfidamente acusaba á su hermano. Balbo al punto las remitió á Ciceron, como una muestra de la buena fé

1 Ad Attic. Lib. 9, ep. 5. 2 Ep. 29.

con que César lo apreciaba, pues ponia en sus manos los testimonios acusadores de su conducta. Mas Ciceron las recibió, cercado de todo linage de recelos contra el ánimo leal de César. La facilidad con que este perdonaba, era á sus ojos efecto de una infanda política que aspiraba de esta suerte á conseguir el afecto popular para luego entregarse mas seguramente á la venganza: la remision de las cartas, no una desaprobacion de César al proceder de Quinto, sino intento de que así la vergüenza y el vituperio de Ciceron se publicase.[1]

Mas sospechas tan infundadas y ofensivas á la generosidad de César, prestamente se desvanecieron en algun modo. El célebre dictador le escribió una carta asegurándolo en su amistad y en todos sus honores: y aun perdonó á Quinto y á Dolabela á pesar de sus indignas lisonjas en odio á Ciceron, por respeto á los lazos familiares que los ligaban á este grande hombre.

Balbo permaneció en la amistad de Ciceron por algun tiempo. La defensa que este hizo de Quinto Ligario, fué consultada con Ático, y por la aprobacion de Ático, deseada de Balbo y Opio, los cuales habiéndole agradado sobremanera, la remitieron á César. Balbo con el beneplácito de Ciceron mandó trasladar el quinto libro de *Finibus* que este habia dedicado á M. Bruto, y lo tuvo en su poder antes que este ilustre repúblico lo hubiese leido. Cuando César, en los dias próximos á la batalla de Munda escribió sus dos libros con el título de *Anticatones*, en contradiccion del elogio que del célebre censor romano habia compuesto Marco Tulio Ciceron, los envió á este por medio de Balbo y Opio. Ciceron aprobó los libros de César, y comunicó su sentir á los mismos amigos del dictador para qué lo pasasen á sus manos.

1 "Diligenter milii fasciculum reddidit, Balbi tabellarius... quod ne Cæsar quidem ad istos videtur misisse quasi quo illius improbitate offenderetur sed credo uti notiora nostra mala essent." Ad Attic. Lib. II, ep. 20.

Cuando todos los senadores se presentaron á César para entregarle unos decretos honoríficos á su persona, despues de haber vuelto á Roma vencedor de los hijos de Pompeyo. Suetonio refiere que al irse á levantar, Balbo lo detuvo, y aun otros aseguran que le dijo al propio tiempo: *¿Te olvidas que eres César?* Pero aun los mismos autores que narran el suceso, no lo afirman, sino solo que se decia. Este fué uno de los hechos en que César empezó á ostentar abiertamente su aspiracion á la soberanía, y uno de los que mas contribuyeron á acelerar su fin en el senado mismo.

Muerto César á los puñales de los que mas beneficios le debian, quedaron por el momento aterrados sus mas amigos. Pero los conjurados se encontraron en la mas espantosa soledad dentro de Roma. Creian que el odio de unos pocos á la dictadura de César era comun al pueblo. El pueblo oyó atemorizado los acentos en que la libertad se proclamaba al mismo tiempo que la muerte del tirano. Mas presto cambió todo; y los amigos de César se resolvieron con la sagacidad de que estaban asistidos, á llevar adelante el pensamiento de aquel grande hombre. La audacia de Marco Antonio prestamente se apoderó de los ánimos del pueblo. En tanto que los matadores de César le presentaban para animarlo á la libertad los puñales teñidos en su sangre generosa, Marco Antonio, recordando sus glorias y sus beneficios á la patria, mostraba la túnica de César, enrojecida igualmente por su sangre y rota por veinte y tres heridas, á la indignacion de la muchedumbre, mas que de su libertad, amante de la memoria de aquel á quien tanto admiraba.

Balbo é Hircio vivian juntos por aquel tiempo tan calamitoso para los que deseaban secundar las miras de César.[1]

1 Ciceron decia á Atico. (Lib. XIV, ep. 22.) "Quod Hirtium per me meliorem fieri volunt: do equidem operam, et ille optime loquitur; sed vivit habitat que cum Balbo qui item bene loqui-

De todos los parciales de este Balbo fué el que primero salió á recibir y saludar á Octavio, cuando Octavio, no bien supo la muerte de su tio, tomó desde Apolonia el camino de Italia. Al siguiente dia de su desembarco en Nápoles, Balbo conferenció con él largamente y lo condujo á una quinta. El mismo dia regresó á Cuma, donde con Ciceron estaban los cónsules Hircio y Pansa. Con estos dos regresó Balbo á visitar á Octavio; y todos concertaron con este jóven la manera de hacer que prevaleciese en Roma la voluntad de César que lo habia constituido su heredero.[1] No se apartó Octavio un punto del artificio que los confidentes de César le habian indicado para apoderarse del imperio: fiel á las obligaciones que César le habia impuesto, anheló triunfar por medio de la astucia y de las armas para que con él triunfasen las ideas políticas de aquel hombre de estado.

Al llegar aquí no puedo menos de recordar cuan distinto proceder fué el de Balbo comparado con el que Ciceron tuvo durante las guerras civiles de César y Pompeyo, de los triunviros y Bruto y Casio, y cuanto mas digno de alabanza.

Ciceron conocia las altas prendas que á César adornaban: los vergonzosos errores de Pompeyo: claramente comprendia que la guerra de ambos no era guerra por el bien de la república, sino contencion entre la codicia del reinar que de uno y otro se habia apoderado.[2]

Injusto para con César, juzgaba que usaria de la victoria con menos humanidad que Pompeyo, al propio

tur. Quid credas, videris."

1 "Octavius Neapolim venit XIV Kalendas: ibi eum Balbus mane postridie: eodemque die mecum in cumano." Ad Attic. 14—10.

"Hic mecum Balbus, Hirtius, Pansa. Modo venit Octavius et quidem in proximam villam Philippi, mihi totus deditus."

Ibid. 11.

2 "Regnandi contentio est: in qua pulsus est modestior rex et probior et integrior et is qui nisi vincit, nomen populi romani deleatur necesse est: sin autem vincit Syllano more, exemploque vincit." Ad Attic. 10—7.

tiempo que creia á Pompeyo vencedor, capaz de seguir los sangrientos ejemplos de Sila. A pesar de todo, Ciceron, temeroso mas del talento de César que de la ineptitud de Pompeyo para combatirlo, siguió el bando de este, no á los principios, cuando mas autoridad hubiera podido prestarle con su nombre, sino cuando estaba su caudillo próximo á la hora de la ruina.

Balbo, igualmente agradecido á los favores de Pompeyo y César, tuvo que aceptar una de las dos causas: ó la de la tiranía á que aspiraba Pompeyo, encubierta con el nombre popular de la libertad de la república ó la del órden, de la paz de los ciudadanos y la felicidad de Roma, personificada en el poder absoluto de César. Confiado en el talento y en la magnanimidad de este, no guerreó contra Pompeyo para no mancillarse con la nota de ingrato; mas puso todas sus simpatías de parte de la causa de César, como mas noble y conveniente.

Marco Tulio, esclavo de sus indecisiones, en nada sirvió al partido cuyo triunfo anhelaba: ni peleó en los campos farsálicos, ni en Africa juntamente con Afranio y Petreyo, ni imitó la enérjica vida de Caton, y solo se contentó con elogiar su muerte que llamó preclara.

Poseido de ingratitud, no veia en todas las acciones de Balbo y César otra cosa que fingimientos, dolos y fraudes: presenció con regocijo interno la muerte del segundo, ensalzó á sus matadores, y creyó que la antigua virtud de la república se habia restablecido, llevando por enseña el puñal de Bruto.

Así, el que en vituperio de Balbo recordaba á sus amigos el olvido de este á la proteccion de Pompeyo, se olvidaba que un tiempo no sabia él mismo á donde huir, si á César no iba, que si César lo desechaba de sí, no habia quien pudiera recibirlo, que si lo menospreciaba César, no habia quien se dignase mirarlo, despues de haber preferido su piedad á perecer como perecian los parciales ciegos de Pompeyo, ó los leales amadores de la república.

Si Ciceron para disculparse defendia que el despojar del estado y de la vida á los tiranos era permitido y aun egregio á sus mas íntimos amigos y familiares[1] y que con los tiranos no habia que guardar lealtad ¿por qué á Balbo no habia de ser lícito apartarse de la causa de Pompeyo si en su triunfo veia la pérdida de Roma? ¿Ciceron podia ver la tiranía amenazante en César, y Balbo no podia verla igualmente amenazadora en Pompeyo? Inútil para sí, inútil para sus amigos, inútil para todos sus conciudadanos, inútil para la gobernacion futura de la república, fué el incierto proceder de Ciceron. Balbo en tanto, era todo voluntad para amar y servir á César, todo vida con que osar morir en defensa de su causa. Los atribulados lo llamaban y á los atribulados respondia, salud constante de los que en él esperaban, consuelo de los buenos, ayuda y solaz en las persecuciones. Nada era cuanto podian pedirle, segun lo que Balbo podia conceder de la gracia y virtud de César, y así se distinguia en las guerras civiles como el intercesor constante que impetraba y conseguia lo que César no vacilaba en otorgar: el olvido de sus injurias. Parecia en fin, como que Balbo no queria el valimiento de César para sí, sino para sus amigos.

La desfallecida virtud republicana de Ciceron cobró alientos ante el ensangrentado cadáver de Julio César. Creyó que el triunfo del gobierno popular era posible despues de haber visto que todos los generales de la república mas eminentes habian perecido. Se precipitó por último en el abismo de su perdicion en odio de Marco Antonio que tantos beneficios para él habia recabado de la generosidad de César.

Balbo, conocedor de los hombres que en Roma ocupaban el poder, trató de mostrar á Marco Tulio las

1 Conocidas son aquellas sentencias de Ciceron. "Non se obstrinxit sce lere, si quis tyrannum occidit quam vis familiarem." 3. Off. "Nulla nobis cum tyrannis societas est, sed summa potius distractio: neque est contra naturam spoliare cum quem honestum est necaro." 5. Tusc.

ventajas de no poner obstáculos á Marco Antonio; mas tampoco logró que Ciceron lo escuchase sin prevenciones. Siguió creyendo el orador romano sus palabras, no hijas de la sinceridad, sino de una simulacion pérfida, no de la hábil destreza que conocia cuan fácil era este á comunicar á otros los secretos de sus amigos, sino del deseo de convertirlo en instrumento miserable de sus astucias.

Con tan opuesto sentir Ciceron fué víctima de su tardío denuedo en pro de la causa republicana y de la ceguedad, con que desoyendo las amigas sugestiones de Balbo, combatió con enconada elocuencia á Marco Antonio. Su cabeza colocada en los Rostros, sirvió de espanto á Roma.

Balbo, con aquella sagaz política, oríjen de su exaltacion é influjo en la suerte del estado, demostró que ni las desdichas ni la prosperidad podian apartar de César aquel ánimo con que en vida y muerte anheló servir y sirvió á la causa de este grande hombre.

No comprendió el uno que la república habia muerto desde tiempos anteriores: que el gobierno se habia convertido en miserable presa de la audacia: que no habia ni aun sombra de libertad donde se condenaba á la muerte y á la proscripcion, siendo jueces los Marios ó los Silas, rijiendo solo la ley de la conveniencia del ambicioso, ó la ley de la venganza. Otra manera de regir el estado pedia el interés de la república. Balbo la conoció y Ciceron no pudo distinguirla sino envuelta en odio y en temor. Ciceron nada consiguió para mantener las formas republicanas: Balbo, despues fué con los mas íntimos amigos de César, el alma del pensamiento de este célebre dictador: el que abrió á Octaviano el camino del imperio.

No se acuse á Balbo por haber contribuido á que el mundo gimiera bajo el peso de la tiranía de los Nerones y Eliogábalos: como no se acusa á los fundadores de otras monarquías por los monstruos que con sus vicios han

mancillado el trono mismo que ocuparon otros príncipes, dignos de la corona por sus virtudes, honra perpétua de su progenie. Si con el imperio pudo ser feliz Roma, recuérdense los ilustres hombres que ofrece á nuestra admiracion la historia de los Césares, y feliz hubiera sido constantemente, si aunados los buenos, como Ciceron, el imperio se hubiera constituido de otra suerte.

Balbo no pudo ver en su imajinacion la serie de los Calígulas, Caracallas y Cómodos. Tras de Julio César solo distinguia su generoso anhelo á los Augustos, á los Nervas, á los Trajanos, á los Antoninos.

Balbo fué senador, alcanzó la edilidad y la pretura y obtuvo en fin el consulado. En tiempos de Octavio y Antonio con tumulto feroz el pueblo pidió que se ajustase la paz con Sexto Pompeyo: las estatuas de aquellos dos triunviros se derribaron por la frenética ira de los amotinados: algunos de sus amigos recibieron heridas, y llegó la plebe al extremo de deponer á los cónsules Gn. Domicio Calvino y Cayo Asinio Polion.

Lucio Cornelio Balbo fué uno de los electos bien á propuesta de Octavio y Marco Antonio para enfrenar el furor del pueblo, bien por eleccion del pueblo mismo. En un caso y en otro, la popularidad de Lucio Cornelio Balbo en Roma consta de un modo indudable, cuando su arribo al consulado se consideraba como prenda de seguridad para los tumultuarios. Nada tiene de estraño. Todos veian en él al levantador constante de los oprimidos y al alivio de las persecuciones.

No consta en que tiempo falleció Lucio Cornelio Balbo. Comunmente entre los eruditos se cree que él y no su sobrino legó al pueblo veinte y cinco dracmas ó denarios por cabeza: á él se atribuye tambien la ereccion de un soberbio teatro que competia en magnificencia con los de Pompeyo y Marcelo. Es opinion que fué fundado en los tiempos de Augusto.

Dejó escritas unas *Efemérides* ó diario de las operaciones de César y unos libros llamados *Exegeticon.*

Una y otra obra se han perdido. Cuatro cartas dirijidas á Ciceron, manifiestan indudablemente su talento y urbanidad, su política y su buen estilo. Pueden competir con las mejores de Marco Tulio. En el siglo de Aulo Gelio se conservaban en un volúmen las epístolas que Julio César dirijía á sus íntimos amigos Balbo y Opio, escritas en cifra. Verosímilmente en este volúmen mismo se hallarian las respuestas de Opio y Balbo.[1]

Tal es en bosquejo el elogio de gaditano tan ilustre.

Su sobrino, llamado igualmente Lucio Cornelio Balbo y distinguido con el sobrenombre de *El menor*, no alcanzó menos celebridad en Roma. Nacido en Cádiz, é hijo de Publio Cornelio Balbo, bajo la proteccion del tio se introdujo en la confianza de César y en la amistad de Ciceron. Muchos autores confunden las noticias de ambos Balbos, ya haciendo de los dos una persona, ya atribuyendo al uno las acciones del otro. Mas no es fácil equivocarse; puesto que un lijero exámen de las noticias que se conservan basta á separarlas.

Cuando César se declaró en rebelion contra las órdenes del Senado, que le prevenian dejar el mando del ejército de las Galias, deseó ganar al cónsul Léntulo. Balbo el menor con toda celeridad y fuera de las vias públicas para atajar el camino, corrió en busca de Léntulo para persuadirle en nombre de César que tornase á Roma y ofrecerle, tambien en nombre de César, el gobier-

1 "Libri sunt Epistolarum C. Cæsaris ad C. Oppium, & Balbum Cornelium, qui res ejus absentis curabant. In his epistolis quibusdam in locis inveniuntur litteræ singulariæ sine coagmentis syllabarum, quas tu putes positas inconditè. Nam verba ex his litteris confici nulla possunt. Erat autem conventum inter eos clandestinum, de commutando situ litterarum; ut inscriptio quidem alia aliæ locum, & nomen teneret: sed in legendo locus cuique suus, & potestas restitueretur. Quænam verò littera, pro qua subderetur, antè iis (sicut dixit) complacebat, qui hanc scribendi latebram parabant. Est adeò Probi Grammatici commentarius satis curiosè factus de occulta litterarum significatione epistolarum C. Cæsaris scriptarum." Aul. Gell. Lib. 17, cap. 9.

no de una provincia. Paró en casa de Ciceron á quien dijo que nada deseaba su protector con mas vehemencia que alcanzar á Pompeyo. El ilustre orador comunicó todo á Ático manifestándole que no prestaba fé á las palabras que atribuia el jóven Balbo á César; pues abrigaba el temor de que si este habia perdonado á tantos de sus enemigos, era porque su principal mira se dirijía contra la existencia de Pompeyo. Así se engañaba Ciceron al juzgar á los hombres.

Balbo el menor no pudo ver en Italia á Léntulo, y así pasó al Epiro donde logró penetrar en su campo en diferentes ocasiones con *un arrojo superior á la fé humana,* como atestigua Veleyo Patérculo.[1] No solo averiguó los designios del enemigo, sirviendo de noble espía, sino tambien logró persuadir á Léntulo que en secreto se amistase con César. Léntulo, segun el autor citado, solo reparaba en el precio en que habia de venderse.

Justo Lipsio cree que á la seduccion de Léntulo, hecha por Balbo, debió César la victoria de Farsalia.

En un encuentro habido entre las fuerzas de Pompeyo y César, Balbo recibió una herida. Entonces era centurion.[2]

Mas tarde aparece Balbo el menor siendo magistrado popular en Cádiz con el nombre de quatuorviro, y con el cargo de cuestor de Asinio Polion en la provincia bética.

Gloriábase de imitar los hechos magnánimos de César; y así á un histrion que en ciertos juegos celebrados en Cádiz se aventajó de un modo notabilísimo á los demás, concedió el último dia de las fiestas no solo un ani-

1 "Tunc Balbus Cornelius, excedente humanam fidem temeritate, ingressus castra hostium, sæpiusque cum Léntulo consule colloquutus dubitante quanti se venderet illis incrementis fecit viam quibus non hispaniensis, sed hispanus in triumphum et pontificatum assurgeret, fieretque ex privato consularis." Velle Paterc. Lib. II.

2 "Vulnerantur tamen complures, in his *Cornelius Balbus,* M. Plotius, L. Tiburtius, Centuriones." Cæsar. De bello civili. Lib. III, cap. IV.

llo de oro sino asiento en la grada décima cuarta del teatro, lugar destinado para los del órden ecuestre.

Levantó el destierro de los que, siendo procónsul Sexto Varo, se habian declarado en sedicion y muerto ó expulsado de la ciudad de Cádiz á los senadores.

Representándose en el teatro un espectáculo de las guerras de César en la Tesalia, donde se hablaba de la peligrosa expedicion de Balbo á solicitar la amistad de Léntulo, dentro de su mismo campo, no pudo menos de conmoverse y derramar lágrimas recordando tal vez los amigos que perecieron en aquella lucha y la muerte de su protector por los conjurados.

Consta igualmente que por este tiempo hubo en Cádiz un motin de la plebe contra su persona. Celebrábanse juegos de gladiadores cuando un soldado, que habia sido de Pompeyo, bajó dos veces á la arena por su propia voluntad á combatir. Dispuso Balbo que bajase la tercera; mas negóse Fadio, pues tal era su nombre. Habiendo insistido el cuestor y persistiendo Fadio en la negativa, imploró este el favor del pueblo, que no tardó en dar muestras de indignacion contra Balbo, llegando al extremo de lanzarle piedras; pero este sin intimidarse mandó refrenar el tumulto á un cuerpo de caballería de Galos, reducir á prision dentro de la cavea del anfiteatro al soldado rebelde y castigarlo con la pena de muerte, como incitador de la sedicion que contra su autoridad se habia levantado.

Al propio tiempo consta, no solo que dejó á Cádiz, llevando consigo gran cantidad de oro y plata que pudo allegar por medio de exacciones públicas, y sin pagar el estipendio á los soldados, sino que detenido en las aguas de junto á Calpe tres dias por una temerosa tempestad, el primero de Junio del año despues de la muerte de César, se pasó al reino de Bogud en la Mauritania. Parece, pues, que la huida suya á las regiones africanas y cerca de la persona de uno de los reyes mas amigos y leales de César, debió ser á solicitar su proteccion y á favore-

cer por aquellas partes la causa de Octavio, apartándose de la obediencia del pretor Asinio Polion por alguna causa de odio que entre ambos existia.

Este escribió á Marco Tulio una epístola en que acrimina todos los hechos referidos y no con menos encono, describe algunos, como si Balbo hubiera sido un hombre que se dejase gobernar por los ímpetus de la demencia.

Pero hartó se sabe que Asinio Polion, aunque uno de los mas célebres oradores latinos, al propio tiempo que historiador y poeta, é igualmente famoso por su proteccion á Virgilio y á Horacio, no tiene derecho á que prestemos fé absoluta á sus palabras, porque ¿qué crédito puede darse al calumniador de César, de Ciceron y de Tito Livio? ¿qué autoridad al que defendió la memoria de Verres, aquel infame pretor de Sicilia, que decidia todo segun el capricho de su manceba, que dilapidó á los pueblos con tributos, que cometió mil latrocinios á los particulares en toda clase de alhajas, que vendia la administracion de justicia y que castigaba con penas á su arbítrio y contra los preceptos de la ley?

Tal fué el que procuró deprimir á Balbo á los ojos de Ciceron: tal el que tenia interés en que una persona de la importancia del orador romano difundiese sus calumnias contra el que evidentemente tuvo que alejarse de España por no poder tolerar sus indignos hechos.[1]

1 Algunos autores quieren negar que el Balbo, cuestor de Polion, era el sobrino del amigo de Pompeyo. De este número son los Mohedanos. Paulo Manucio, Vaillant y de la Nauze, opinan de distinto modo, y á mi ver, con toda exactitud. Asinio Polion dice terminantemente que ante Balbo se representó el viaje que este habia hecho en solicitud de seducir á Léntulo. Mas evidente no puede ser la prueba de la identidad de la persona.

Creo que se defiende mal á Balbo, negando que sean suyos los hechos que Asinio le acrimina. Al contrario, no hay mas que notar lo inverosímil de que Balbo, siendo una persona de valor y constituida en autoridad, se pasease con los piés desnudos, la túnica desceñida, y las manos á la espalda, en tanto que quemaban á Fadio (nudis pedibus, tunica soluta, manibus ad tergum rejectis inambularet) ni menos que mientras que Fadio gritaba haber nacido ó ser ciudadano de Roma, Balbo le replicase: *Anda ahora*

Ya tratando de Balbo el mayor dije que Asinio Polion fué destituido de la dignidad de cónsul por el levantamiento del pueblo de Roma, sustituyéndole en el cargo aquel pariente del hombre, cuya honra habia querido dejar mancillada.

A imitacion de César Balbo se habia prorogado el cargo de quatuorviro de Cádiz por espacio de mas tiempo y hubo de celebrar en dos dias las asambleas que el pueblo habia de tener en dos años á fin de que se diesen los empleos á las personas que él queria.

Desde luego se comprende que no llevaba mas fin en estos hechos que allanar el camino para mantenerse en el poder con los suyos; pero igualmente hay que recordar lo que Strabon afirma. Balbo el menor edificó en esta isla una ciudad nueva que hermoseó con soberbias fábricas erijidas á costa de gran sudor, fatigas y no menores dispendios. Fué conocida con el nombre de *Neapolis*. La ciudad primitiva era muy reducida. Ambas se llamaron *Didimas* (gemelas).

Algunos opinan que este era el *Portus gaditanus* de que habla Pomponio Mela, pero me parece que yerran. En el continente solo estuvo un arsenal, cuya formacion Balbo habia ordenado para que tuviesen los marinos mayor comodidad para reparar y construir naves.

Todo esto debió la antigua Cádiz á su ilustre hijo Lucio Cornelio Balbo; esto hizo por su patria el calumniado cuestor de Asinio Polion.[1]

á implorar el favor del pueblo. Tampoco es creible que echase á las fieras á un hombre solo porque era deforme. Algun delito habria cometido. Digo en esto lo que Tácito en caso análogo. Suelen ser algunos acusados de cosas tan atroces, que en la misma atrocidad de lo que se refiere, se prueba la calumnia.

1 Florian de Ocampo, el primero de todos, le atribuyó, sin autoridad alguna que lo confirme, la ereccion del acueducto de Tempul. Sabido es que Ocampo en ocasiones, dá como verdadero lo verosímil. La Neapolis estuvo en mi opinion, dentro del circuito de lo que mas tarde fué antigua villa; es decir, dentro de los muros donde son los arcos de los Blancos, del Pópulo y de la Rosa. Cerca de ella existieron los depósitos del acueducto. Nada hay de inverosímil en que Balbo ordenase la construccion de este,

No prestó menores servicios á Augusto. Sujetó con las armas de Roma la nacion de los Garamantas, siendo procónsul en Africa. Plinio el mayor nos ha dejado la memoria del triunfo que le decretó el Senado, honor no concedido antes á estrangero alguno. Balbo fué el último particular, recibido con todos los honores triunfales, y que recorrió las calles de Roma hasta el Capitolio en el carro que habian pisado Pompeyo y César. En su triunfo iban las imágenes de las ciudades que habia valerosamente conquistado, así como representadas las figuras de las gentes que se le habian sometido.

Augusto, apreciador de las altas virtudes de Lucio Cornelio Balbo, le concedió la dignidad de pontífice. Cádiz, su cara patria, se honró en acuñar medallas donde era inscrito su nombre y donde se ostentaban las insignias del pontificado. Así quiso perpetuar su amor hácia aquel varon eminente que engrandeció con magníficas obras la isla en que tuvo su cuna: así perpetuó su gratitud y admiracion á Lucio Cornelio Balbo, el segundo de los no nacidos en Roma que Roma estimó como á los mas predilectos de sus hijos.[1]

como una de las fábricas mas convenientes á su Neapolis.

Strabon dice: "Urbem ab initio habitaverunt omnino exiguam: condidit eis aliam, quam *Neapolim* vocant, Balbus gaditanus, vir triumphalis...... Et navale quod eis Balbus extruxit, in opposita continenti."

1 En 1855 acordó el Excmo. Ayuntamiento erijir la estatua de Lucio Cornelio Balbo el menor, en el centro de la plaza de la Constitucion sobre un pedestal sencillo, con esta inscripcion: *A Lucio Cornelio Balbo el menor, natural de Cádiz, ciudadano de Roma, procónsul en Africa, vencedor de los Garamantas, primer extrangero que subió en triunfo al Capitolio, restaurador de su patria. En honor de la ciudad, mandó erijir esta memoria el Ayuntamiento de 1855.*

Como Alcalde 1º en aquella época, dí lectura al siguiente discurso en el acto de ponerse la primera piedra en 19 de Noviembre del mismo año.

"GADITANOS:

El apellido de los Balbos, de aquellos Balbos, hijos famosísimos de la antigua Cádiz, de la antigua Cádiz, aliada de Roma, os recuerda á los que honrando su patria, honraron la toga consular, la espada del procónsul, el cetro del imperio: Balbo el mayor, conse-

Pocos son los hechos que quedan indecisos al tratarse de los dos Balbos. Entre ellos cuento el siguiente. Cuando Tito Pomponio Ático, fatigado de la dolencia que lo afligia en su senectud y resuelto á apresurar el término de su vida, segun las doctrinas filosóficas que profesaba, llamó á Agripa su yerno, para comunicarle su determinacion, llamó igualmente para hacerlos participantes de ella á Lucio Cornelio Balbo y Sexto Peduceo.

jero de César, Balbo el menor, victorioso contrario de los fieros Garamantas, Décimo Celio Balbino, Emperador, modelo de virtudes, sabio entre los sabios, poeta entre los poetas, elocuente aun para la elocuencia misma.

Siglos y siglos han pasado, generaciones mil han desaparecido, la civilizacion y la barbarie alternativamente se han hecho árbitras de la inteligencia humana, y con la inteligencia humana, de los destinos del mundo. De Cádiz fenicia, de Cádiz cartaginesa, de Cádiz romana, ni aun vestigios quedan. Todavía en Roma se levanta el templo de Minerva, todavía las ruinas del Circo, todavía las del Foro donde resonaron las voces de los dominadores de la tierra.

La escritura, sin embargo, ha sido mas poderosa que las soberbias moles de los templos, de los anfiteatros, de las tumbas y de los coliseos. Ella ha conservado en la memoria de las gentes los nombres de los Balbos para perpétua gloria de la ciudad de Cádiz.

Nada importa el número de las edades que desde entonces han transcurrido. Los varones, dignos de fama por sus virtudes, nunca han vivido en siglos remotos para admirarlos y para seguir su noble ejemplo. Son al contrario de las montañas eminentes: mientras mas lejanos están, mas grandes se presentan á nuestra vista.

Al que invirtió sus inmensas riquezas, ganadas á los enemigos de su patria adoptiva Roma, en engrandecer á Cádiz con arsenal, puente, acueducto y ciudad nueva, todo para el bien de sus compatricios, no puede el tiempo que destruyó sus obras, borrar, en cuanto dure la existencia de la Isla Gaditana, el recuerdo de sus beneficios. Por eso vuestro Municipio, amante de las glorias patrias, mira en la conservacion de ellas el honor de Cádiz: por eso crije una estatua á aquel heróico benefactor de esta ciudad, á Lucio Cornelio Balbo el menor: por eso lleno de júbilo, viene á ofrecer al pueblo el espectáculo civilizador de premiar la virtud, escondida en la noche de los tiempos.

Si el valor de Balbo lo llevó por la via triunfal entre el aplauso del pueblo á subir al Capitolio, los beneficios que labró para Cádiz lo han conducido á recibir otro homenage mas duradero. Su memoria, perpetuáda con la presencia de su imágen, es triunfo que no desaparece con la luz del dia ni con la generacion que desciende al sepulcro. Su triunfo fué pasajero en Roma; pero en Cádiz será su triunfo permanente, porque ya su Capitolio es su misma patria."

A los tres pidió Atico la aprobacion de su propósito, ó el respeto á su resolucion sin procurar revocarla. Agripa, Balbo y Peduceo, en vano quisieron con sus lágrimas y razones, hijas de un amor vehemente apartarlo de su idea: fortalecido mas y mas en el intento cuanto mas ruegos le hacian sus amigos, Ático respondió á todos con sepulcral silencio y con negarse á recibir el alimento que habia de conservarle la vida.

No consta de Cornelio Nepote cual de los dos Balbos fué el que llamó Ático para comunicarle su voluntad postrera. Por la amistad antigua parece que debió ser el mayor: por la compañía de Agripa, tal vez pudiera inferirse que el menor se halló presente al fin del amigo predilecto del príncipe de la elocuencia latina. Sin embargo, confieso que creo mas verosímil el primero de ambos pareceres, por mas que no vea pruebas bastantes que me obliguen á aceptarlo.[1]

Por espacio de algunos siglos viva quedó entre los romanos la memoria de estos dos varones eminentes: en pié los monumentos erijidos en diversas partes de Italia en honor suyor: hablen, si no, las inscripciones de Padua: hablen, si no, las estatuas de otras ciudades. Los grandes escritores de su edad y los de otros tiempos consignaron en sus obras los hechos distinguidos de uno y otro Balbo, no entregando al silencio su admiracion de que unos extrangeros hubieran conseguido en Roma cargos y honores que hasta entonces solo estaban reservados á sus hijos.

El Emperador Claudio, deseoso de convencer al Senado para que se admitiesen de otras naciones suje-

1 Los Mohedanos en su *Historia literaria* hicieron un paralelo entre Balbo el mayor y Tito Pomponio Ático.

No me ha parecido conveniente repetirlo, porque toca solo en la vida privada de entrambos hasta cierto punto, y su conducta era solo interesante para sí, pero no para la república ni para la historia.

He preferido sí, bosquejar un paralelo entre Ciceron y Balbo el mayor hablando de los sucesos que orijinaron con su conducta política.

tas á Roma, para los cargos públicos á los hombres mas ilustres, esclamaba: *¿Pésanos, por ventura, de que los Balbos hayan venido de España y otros hombres no menos insignes de la Galia Narbonense? Aun viven sus descendientes y no les llevamos ventaja en el amor que tienen á esta patria.*[1]

Con efecto aun por el año 236 de Cristo existian en Roma descendientes de la ilustre familia gaditana.

Décimo Celio Balbino, varon que habia obtenido tres veces el consulado, y en diferentes tiempos los gobiernos de la Bytinia, de la Galacia, del Ponto, de la Tracia, de las Galias y otras provincias, distinguiase por su lujo, por sus riquezas, por su atractivo y por su urbanidad: tambien por su carácter bondadoso y no menos igualmente por su aficion á la poesia y por su superioridad en la elocuencia, estimada aun entre los hombres de estado que en aquella edad florecian.

Eutropio dice que no era de ilustre cuna[2] pero Mr. Crevier, opina que descendia de Celio Balbino, cónsul cien años antes bajo el imperio de Adriano é investido con el carácter de patricio por este emperador.[3]

Balbino se honraba en llamarse descendiente de Lucio Cornelio Balbo, el hijo adoptivo de Theophanes:[4] es decir, del mayor de los Balbos; y ciertamente por la grandiosidad de su ánimo, por su ciencia y por sus virtudes no desmerecia de progenie tan ilustre. Cuando el Senado en odio del emperador Maximino y en detestacion de sus crueldades, despues de aceptar como su-

1 "¿Num pœnitet Balbos ex Hispania, nec minús insignes viros è Gallia Narbonensi transivisse? Manent posteri eorum, nec amore in hanc patriam nobis concedunt." Corn. Taciti Annalium. Lib. XI.

2 "Postea tres simul Augusti fuerunt: Pupienus, Balbinus et Gordianus: duo superiores obscurissimo genere, Gordianus nobilis." Eutropii. Breviarum Historiæ Rom. Lib. IX.

3 Histoire des Empereurs romains. Tomo X.

4 Esto dice Julio Capitolino, si bien se equivoca al citar á Balbo Theophanes, pues hace de una dos personas *Balbus et Theophanes*, á menos que no sea esto error de copiantes, como creo verosímil.

cesores á los Gordianos, tembló al saber la muerte de estos y que nada habia ya que pudiese defenderlo contra las iras del tirano, en tal consternacion, bien pronto cobró nueva esperanza y nuevo aliento con la idea de dos nuevos emperadores que postrasen el orgullo de Maximino y fuesen la salvacion de Roma contra sus crueldades y demencias. Un senador, descendiente del ilustre emperador Trajano, designó á Balbino y á Máximo Pupieno: el uno hombre de estado y propio para la gobernacion civil y el otro de gran firmeza y severidad, de ingenio y de valor, de austeras costumbres.

Con aprobacion unánime se oye la propuesta: y ambos reciben con la dignidad imperial el título de Padres del Senado. Al ir á tomar posesion de ella en el Capitolio, una parte del pueblo apoyada por algunos de la guardia pretoriana, exije tumultuariamente un emperador de la familia de los Gordianos. Balbino y Pupieno intentan resistir con el poder, vacilante aun en sus manos; pero al fin se ven precisados á ceder ante la violencia y el furor popular y aceptan como compañero en el imperio á Gordiano, jóven de trece años de edad.

El Senado triunfó sin embargo, en la eleccion: dos Césares ocupaban el trono, Césares por la voluntad del Senado y no de la soldadesca pretoriana.

Máximo Pupieno partió para oponerse á Maximino y someter sus tropas. En tanto los senadores parecian como que recobrando el poder antiguo, respiraban con mas libertad y se sentian dignos herederos de los que ocuparon las sillas curules y se honraron con las fasces en los tiempos mas dichosos de la república. Una guerra civil no tardó en ensangrentar las calles de Roma. Dos pretorianos, movidos de curiosidad ó con dañado intento, penetraron en el consistorio hasta el ara de la Victoria. Dos senadores de carácter altivo é impetuoso, se arrojan sobre los audaces espías y los hieren de muerte en medio del Senado. Al punto con los puñales, tintos en la sangre pretoriana, salen á las puertas del consistorio y exhortan á

la muchedumbre á acabar con los soldados. El pueblo responde al llamamiento con el exterminio de los que encuentra por las vias. Recógense los pretorianos en sus acuartelamientos y en ellos son sitiados por las turbas frenéticas y por las cuadrillas de gladiadores que á sueldo tenian los mas opulentos del Senado. De una y otra parte no se daba lugar al reposo de los enemigos.

Al fin los pretorianos, mas usados á la guerra, hacen impetuosas salidas: entran en las calles de la ciudad: saquean, talan é incendian mas ferozmente cuanto con mas debilidad combatidos.

Balbino procuraba exhortar á la paz á los unos y á los otros; mas ninguno era el primero en deponer las armas ni el furor vengativo. Tal vez el emperador estimulaba con su lenidad al pueblo á continuar la lucha, contribuyendo de este modo al exterminio de los pretorianos. El era senador, elegido por el Senado, y senadores los que habian concitado al pueblo á la pelea.

Al cabo allega á sí los nobles y las tropas que puede; y haciendo levantar en brazos de un soldado corpulento al jóven Gordiano con las insignias imperiales, serena los ánimos con la presencia del que era la esperanza del pueblo y del ejército, y los combatientes dejan al fin las armas fatigados sí, pero con mayor encono que cuando las empuñaron.

En tanto Maximino ardia en rabia contra el Senado, jurando en sus iras asolar á Roma. Mas conjúranse el talento de los dos Emperadores al disponer la campaña y el rigor de la estacion para combatir y acabar el ejército de Maximino. Manda Pupieno talar las tierras que han de dar paso al enemigo, arrebatar los ganados y los víveres, y ofrecer á los contrarios el espectáculo del mas árido desierto. Las derretidas nieves por otra parte acrecientan las corrientes del Tamavo, y son el obstáculo primero que se levanta contra Maximino en socorro de la ciudad de Aquileya. Resístese esta heróicamente: sobran mantenimientos á los defensores, armas para la

defensa; y cuando faltan, despójanse las mujeres del adorno de sus cabellos, y con mengua de su belleza, los entregan para labrar cuerdas con que mover las máquinas militares.

Consume la hambre el campamento de Maximino: la peste comienza su esterminio: la sed no se sacia sino en aguas de rios teñidos en sangre é inficionados con cadáveres corrompidos. El desamparo del cielo y de los hombres llena de terror al ejército: el temor truécase en esperanza y la esperanza no en la victoria, sino en la muerte del tirano. Cae este, cae su hijo, caen sus confidentes heridos por la desesperacion de los suyos. Sométese el ejército al Senado: abre Aquileya las puertas, rica en mantenimientos: huyen de los soldados de Maximino los gemidos y los trabajos; y la infeliz y miserable hora para el cruel emperador es la hora de la alegria de sitiados y sitiadores.

Torna Máximo Pupieno á Roma con los dos ejércitos, el uno vencedor sin batalla, el otro vencido por el ardid. Roma entera los acoje con muestras de entusiasmo: concurren á solemnizar el triunfo, el otro emperador, Gordiano el jóven y los senadores: todos libres de la imájen de la crueldad del tirano que como una sombra constante se mostraba por do quier amenazadora.

Mas enmedio del regocijo de la nobleza y de la pleble miraban los soldados durante la solemnidad del triunfo con desprecio al pueblo, con indignacion al Senado, con alientos de venganza á los emperadores. A los gritos del entusiasmo popular respondian con mal articuladas frases, con mirar siniestro, con otras mudas señales de enojo, mientras convulsivamente apretaban sus armas y estrechaban contra sus pechos los escudos.

Mal podian sufrir la majestad del Senado y la majestad de los emperadores los que estaban acostumbrados á creer que la majestad solo residia en ellos para concederla ó arrebatarla á quien mas querian. Injuria de su poder eran los dos emperadores é injuria que esta-

ban dispuestos á vengar en sus personas. Los que otorgaban á un hombre la facultad de la tiranía, los que á su vez eran tiranos de los tiranos, ¿cómo habian de continuar consintiendo que el Senado los tiranizase con la imposicion de dos magistrados á quienes tenian que prestar una forzosa obediencia? Efímera fué esta. Los senadores, embriagados con su triunfo, en arengas públicas, elogiaban su propia obra, y decian: *Estos son los emperadores que el Senado elije, modelos de virtud y de valor, no los que suben al imperio en brazos de turbas desenfrenadas é ignorantes.*

Repetíanse estas palabras en los alojamientos de los pretorianos; en unos corros sigilosamente: en otros con alteradas voces: en todos dándoles mayor fuerza y vivacidad y aumentándolas con las que la ira les dictaba para duplicar con la ofensa el encono, falsedades creidas aun de los mismos que las inventaban porque el despecho las hacia verosímiles.

Inútilmente los dos Emperadores gobernaban con actividad, con prudencia y con celo del bien; por sus propias personas administraban justicia. La austera severidad del uno se templaba cediendo á la clemencia del otro: así como la bondad escesiva de este muchas veces tenia que modificarse por las sujestiones de la entereza de su compañero en el imperio. Respetaron ambos la autoridad del Senado, abolieron las arbitrarias esacciones de Maximino: no se mancharon con el mas pequeño acto de crueldad. Balbino confiaba en la gratitud de Roma, en la opinion unánime que en su favor deberia tener el pueblo hácia sus personas, considerándole como el mas firme escudo contra la inquietud rencorosa que parecia amenazarlos por parte de los pretorianos: Pupieno, no juzgando de la bondad de los otros por la suya propia, temia todo del furor de unas gentes acostumbradas, no á la obediencia, sino á la sanguinaria ejecucion de sus intentos.

Una mal encubierta division existia entre los dos em-

peradores. Pupieno despreciaba á Balbino como á hombre afeminado en las delicias de Roma y en los encantos de la poesia: Balbino llevaba á mal tener por compañero en el solio á un sujeto tan inferior á él en nacimiento, puesto que Pupieno habia pasado de la herrería paterna á soldado, de soldado á cada uno de los empleos en la milicia, y de ellos á cónsul del imperio. Ambos descontentos del otro mútuamente aspiraban á ser cada cual único en el supremo poderío.

El anuncio de los juegos capitolinos en julio, al año de su imperio poco mas ó menos, sirvió de esperanza de alegria á Roma, de cita á los pretorianos para aprestarse á recuperar su predominio en los destinos del mundo.

Llega el dia: la soledad y el silencio de Roma bastaban á aterrar los ánimos. Hubiera parecido que el pueblo entero habia abandonado para siempre la ciudad, si sus acentos de júbilo desde el anfiteatro donde contemplaba las luchas de los gladiadores, no manifestáran que aquella muchedumbre, aun estaba cerca para contemplar como renacia á sombras de su descuido, su ignominia.

Marchan en direccion del palacio los rebeldes: los que entre ellos se arrepienten de su deslealtad corren á avisar á Pupieno: este dá órden á un cuerpo de fieles Germanos para que acuda á su defensa: Balbino comunica otra en contrario, no creyendo en la realidad del peligro comun, sino sospechando que á él solo le amenaza y que Pupieno es el autor del tumulto. Llegan los pretorianos, rompen las mal seguras puertas; se apoderan de las personas de ambos emperadores, mientras que cada cual de ellos se juzgaba víctima de la ambicion del otro. Inútil es ya el desengaño; la desenfrenada turba los ase de las ropas imperiales: las destroza, y se reparte con ansiosa crueldad hasta los mas pequeños fragmentos. Arrastran los furiosos pretorianos á los emperadores por las calles de Roma: no hay ultraje que

no inventen contra varones tan esclarecidos, contra hombres tan dignos de consideracion por sus años, por sus virtudes, por su sabiduría.

No cansados en el martirio de uno y otro, lo hubieran por mas tiempo dilatado; pero temerosos de que los Germanos que ya acudian á su defensa, les arrebatasen las víctimas ó los precisasen, para poder continuar en su encono, á combatir, no dudaron un momento en asegurar sin peligro suyo la victoria. Cubrieron de mortales heridas á los dos emperadores, á los dos emperadores reducidos ya al estremo de estar entre la vida y la muerte, y abandonaron sus cadáveres en el lodo á la contemplacion del espantado pueblo como memorias funerales del caduco poder de un senado inútilmente usurpador de la soberanía de las guardias pretorianas. Así míseramente acabaron los dos emperadores como casi todos acababan en tan depravados siglos. Una canalla ignorante, regida solo por los ímpetus de su pasion y de su ferocidad, castigaba en unos emperadores como baldon y afeminamiento del imperio las virtudes y la ciencia: en otros, como su deshonra tambien, la enerjía, dándole nombre de crueldad: en muchos en fin los vicios y las crueldades no como crueldades y vicios, sino como desaciertos hijos de la incapacidad para gobernar el mundo.

No consta que Balbino fuese natural de Cádiz: tampoco consta su patria.[1] Atendiendo á su apellido, por él se demuestra su descendencia de un Balbo. Diferentes Balbos hubo en Roma, pero de ninguno se sabe que tuviese oríjen en alguno de los dos ilustres gaditanos. Balbino solo aparece en la historia romana como el que en los tiempos de la decadencia del imperio mantenia en Roma con dignidad y noble orgullo el recuerdo de su progenitor insigne, Balbo el mayor: el hijo de Theophanes.[2]

1 Ambrosio de Morales y el Maestro Bivar, llaman gaditano á Pupieno, equivocándolo con Balbino.

2 Julio Capitolino escribe hablando de Balbino. "Familiæ ve-

Como uno de los que mas honran esta familia gaditana, sea Balbino hijo ó no de Cádiz, he consignado aquí la triste historia de su exaltacion al trono de los Césares, y de la horrenda catástrofe con que le arrebataron el imperio y la vida hombres indignos de vivir bajo la sombra tutelar de su sabiduria y de su virtud.

Si hubiera existido en tiempo de César, apreciador del verdadero mérito, Balbino hubiera sido otro Balbo el mayor: si Balbo el mayor hubiera ascendido al imperio en las calamitosas circunstancias en que subió Balbino, probablemente hubiera tenido igual fin que su descendiente, porque de nada sirve el talento político sin la fuerza en lucha con la ferocidad. Si la ferocidad pudiera domarse con el talento y no con la violencia, Balbino hubiera tal vez aniquilado para siempre el poder de los pretorianos.[1]

Mas tiempo es ya de presentar otras memorias de hijos de Cádiz, ilustres por causas bien distintas. No hablaré de Hasdrubal, gaditano á quien Pompeyo concedió el derecho de ciudadanía en recompensa de sus grandes servicios militares en la guerra de Sertorio. Cese ya la contemplacion de las hazañas debidas al valor heróico: cese la del talento político con sus simulaciones: cese la de las virtudes públicas, víctimas de los ultrajes de una soldadesca que ejercitaba en su esterminio la tremenda potestad que se habia arrogado.

El ingenio, dedicado á la recreacion de los espíritus

tustissimæ ut ipse (Balbinus) dicebat à Balbo Cornelio Theophanes origine ducens qui per Gn. Pompeium civitatem meruerat, quum esse patriæ nobilissimus, idemque historiæ scriptor.".

1 A mas de las cartas de Ciceron, de la historia de Plinio y de los demás autores citados, he tenido á la vista lo que de entrambos Balbos han escrito Mr. de La Nauze, los Mohedanos, Middleton y otros autores.

Bayle, en su Diccionario histórico y filosófico, recopiló con gran criterio muchas noticias de los Balbos, refutando al propio tiempo los errores que, al hablar de ellos, han cometido Vossio, Manucio, Lloyd, Hoffman, Glandorp y Moreri.

Para escribir los hechos de Balbino, he consultado, á mas de la Historia Augustana y la de Herodiano, á Muratori, á Tyllemond, á Crevier y á Gibbon.

por medio de la poesía, ó á doctrinarlos en las artes útiles á la felicidad de la vida, objeto digno es igualmente de estudio, no menos que del entusiasmo de aquellos que, en inalterable paz con el raciocinio, no han sentido en sí los efectos de la postrera depravacion á que puede llegar la naturaleza, que es la indiferencia para con toda idea que engrandezca el entendimiento.

El insigne poeta español M. Valerio Marcial, tan famoso por sus epígramas, no reconoce inferioridad de ingenio en Canio Rufo.

Diciendo á Liciniano la patria de los escritores mas ilustres, cita á Mantua como la de Virgilio, á Córdoba como la de entrambos Sénecas y del solo y sin comparacion Lucano, y á la alegre Cádiz como la de Canio.[1]

En un epígrama dirijido á Casiano alaba á nuestro poeta, diciendo que Ulises, á pesar de la dulce lascivia que respiraba el canto de las sirenas, pudo, vencedor de sí, huir de su atractivo. No se maravillaba de esto Marcial: se hubiera sí maravillado á ser el superior canto de Canio de quien Ulises huyera.[2]

En otro dirijido al mismo poeta gaditano pregunta á su Musa lo que su querido Canio Rufo hace, si lee la historia de los tiempos de Claudio que falsamente se atribuia á Neron, si trabajaba en competir con las fábulas de Fedro, si elejia para sus versos asuntos eróticos ó sublimes, si escribia trajedias á imitacion de Sofocles, si en juntas de poetas recitaba comedias llenas de sales áticas, si salia á contemplar el pórtico de Neptuno que edificó Agripa y que adornó con pinturas de los hechos de los Argonautas ó si á recrearse en las termas de Tito. Nada

1 Gaudent jocosæ Canio suo Gades. Lib. I. Ep. 62.

2 Sirenas hilarem navigantium pœnam,
Blandasque mortes, gaudiumque crudele,
Quas nemo quondam deserebat auditas,
Fallax Ulyses dicitur reliquisse.
Non miror: illud Cassiane, miraver,
Si fabulantem Canium reliquisset.
Lib. III. Ep. 64. (Edicion de Schrevelio.

de esto hacia sino reir es la respuesta con que el epígrama fenece.[1]

Casó con una dama llamada Theophila, peritísima en la lengua griega. Guardaba y fortalecia la esposa de Canio su espíritu con la doctrina estoica. No cedia á Safo en el ingenio y en la ciencia; y la aventajaba en la honestidad.[2]

Nada mas consta de la vida de Canio Rufo que otros llaman Canidio. Sus obras se han perdido; pero no su fama. Las alabanzas de Marcial bastan á perpetuar su nombre: bastan y con razon á que Cádiz pueda contar á Canio entre sus ilustres hijos.[3]

Floreció, como se deduce de su amistad con Marcial, en el siglo de Domiciano.

En el de Claudio ya se habia distinguido otro escritor de Cádiz por diversa via. Lucio Junio Moderato Columela, natural de esta ciudad, debió pertenecer, como indica su primer cognomen, á la familia gaditana de los *Moderatos*.[4] Su tio paterno Marco Columela, hom-

1 ¿Vis Scire quid agat Canius tuus? ridet. Lib. III. Ep. 20.

2 Hæc est tibi promissa Theophila, Cani,
Cuyus Cecropia pectora dote madent
Hanc sibi jure petat magni senis Aticus hortus,
Nec minus esse suam stoica turba velit.
Vivet opus quodcumque per has, emiseris aures:
Tam non fœmineum nec populare sapit.
Non tua Pantæneis nimium se præferat illi,
Quamvis Pierio sit bene nota choro.
Carmina fingentem Sappho laudarit amatrix
Castior hæc et non doctior illa fuit.
Lib. VII. Ep. 59.

3 Ambrosio de Morales copia una inscripcion sepulcral que dice ser de nuestro poeta; pero no merece crédito alguno. Conocidamente es apócrifa. Cambiazo en sus *Memorias para la biografía y bibliografía de Cádiz* habla del Cayo Canio del epitafio de Morales, como de sujeto distinto, pero incurrió en error. Marcial no habla de mas Canio que Canio Rufo. Cambiazo tenia empeño en multiplicar los hijos ilustres de Cádiz.

Suarez de Salazar no entendió á mi ver completamente los textos de Marcial que cita al tratar de Canio. Tambien confundió á este con otro Canio, reprendido de Tito Livio por su inmoderada aficion á las mujeres; puesto que este historiador floreció en otros tiempos.

4 Don Fermin de Clemente cita dos inscripciones en que se nombra á un *Lucio Annio Moderato*.

bre de gran erudicion é ingenio, y dilijente agricultor en la Bética, le dispensó su proteccion y le comunicó su ciencia en la filosofía y en el cultivo de los campos.[1]

Sospecho que adoptó á Lucio Junio Moderato y que le dió el sobrenombre de *Columella* que él tal vez habria obtenido por su fama de rico en los vinos deliciosos que sacaba de sus heredades. No puedo justificar de un modo evidente mis sospechas; pero al recordar que *Mellarium*[2] era voz de las provincias romanas y significaba vasija en que el vino se guarda, ó en que las uvas se pisan, no tengo por imposible, atendiendo á la corrupcion que el idioma latino podia tener en boca del vulgo de la Bética, que se llamase á Marco Moderato con el sobrenombre de *Columella*, equivalente á *cosechero de vinos*, sino es que su fama se originase de otro modo: en su riqueza por el cultivo de la miel, lo cual no parece tan verosímil, pues su sobrino dice terminantemente que eran muchas las viñas que poseia.

En su pubertad pasó Lucio Junio á Roma donde perfeccionó sus estudios, que amplió mas tarde en sus viajes por Grecia y Egipto.

Cuando volvió á Italia, se dedicó á la labranza del campo, como objeto principal de su aficion desde los primeros años de su niñez, practicando por sí mismo en sus heredades de Ardea, de Carsoli, de Alba y de Cervetere, lo que habia visto practicar por su tio en los campos de la Bética.

Amigo íntimo de Cornelio Celso, mereció grandes alabanzas de este autor, que siempre le profesó un singular afecto. Escribió doce libros de *Re rustica*: en prosa todos, á excepcion del décimo en que su autor se propuso competir con Virgilio en las *Geórgicas*. Compuso además

1 Que era Columela natural de Cádiz se prueba por su propio testimonio. En el libro VIII dice: "Ut atlantico faber, qui et in *nostro Gadium* municipio generosissimis piscibus &." En otro lugar dice (Lib. X) "Et *mea quam* generant Tartessi *littore Gades*."

2 "*Mellarium* vas in quo mel conservatur, vel in quo vinum ponitur vel uvæ calcantur." Dufresne.—Glossarium.

un libro acerca de las lustraciones y de los sacrificios antiguos por las mieses y otros libros contra los astrólogos y caldeos.

Sus libros de *Re rustica* no se reducen solo á doctrinar á los hombres en el cultivo de los campos, y á estimular á los romanos á que abandonasen la incuria con que lo miraban. Censura con elocuencia las costumbres estragadas de los romanos: el fraude y el soborno en el tribunal de justicia, la villana servilidad y adulacion cerca de los poderosos, la lascivia sin freno, el imperio de la gula, el inmoderado lujo, la avaricia insaciable, la desidia de las matronas contra los gloriosos ejemplos de sus antepasadas, y la falta de vigor, de accion, de vida en los hombres, inútiles para la guerra, inútiles para el gobierno civil, aptos solo para la afeminacion y la molicie.

Plinio el mayor, Renato Vegecio y Palladio, han intentado deprimir el mérito de Columela; pero Columela está considerado justísimamente como el mas sabio de los agrónomos que la antigüedad ha producido. Sus obras se elogian igualmente por su doctrina y por su sencillez y pureza de estilo, estilo medio, adecuado enteramente á los asuntos.[1]

No creo que hay hasta ahora pruebas bastantes á afirmar que Plotina Pompeya la esposa de Trajano, fué natural de Cádiz. La circunstancia de haber tenido á Itálica por patria este emperador, la mane-

1 Muchas ediciones se han hecho de algunas de las obras de Columela. La primera fué la de Venecia por Jenson 1472 en folio con las de Caton, Terencio Varron y Paladio Rutilio. La segunda en Reggio 1482: la tercera con el comento de Beroaldi en Bononia 1494. Las mismas obras en Venecia por Aldo 1514.—Id. 1533 por el mismo.—En Leipsick por Math. Gesner 1735.—Id. por J. Gesner 1773, y otras que seria prolijo enumerar. El tratado *De arbóribus* sacado del *Re rustica* se halla en la edicion de 1735. Mr. Saboureux de la Bonnetrie publicó una traduccion francesa del libro de *Re rustica* con curiosas notas 2 tomos 1773. Esta y la *de arbóribus* se hallan en la *collection* Dubochet, así como en la 2ª serie de Panckoucke. En España tenemos una version menos que mediana de D. Juan Alvarez de Sotomayor y Rubio. 1824.

ra distinta de haber vivido ella en su compañía, asistiendo en los campamentos cerca de su persona, contra las costumbres de Roma, y ser gaditana la familia de los *Plocios*, segun testifican muchas inscripciones, se deben tener por livianas conjeturas para desde luego contar entre los hijos de Cádiz que mas se han distinguido á la mujer de Trajano.[1]

Domicia Paulina, la discreta esposa de Elio Adriano, conocido por el sobrenombre de Afer, y la escelente madre del emperador Adriano, á quien este debió su educacion esmerada, puede contarse como nacida en esta ciudad, siguiendo el testimonio de Elio Esparciano que lo asegura de un modo terminante.[2]

Turanio Grácula es un autor antiguo de geografia, cuyas obras se consideran perdidas. Plinio el mayor lo cita al hablar del estrecho Hercúleo, no pudiéndose comprender bien de su texto si Grácula era natural de alguna poblacion cerca de *Melaria* ó de alguna inmediata á Tingi ó Tánger.

Igual duda existe sobre la patria de Pomponio Mela, célebre autor de una obra geográfica, y contemporáneo, á lo que se cree, de Tiberio, de Calígula y de Claudio. Hubo un tiempo en que se tenia por natural de Melaria: Pedro Chacon y el Brocense creen que nació en Carteya: otros que en Traducta Julia la que Marciano sitúa entre Carteya y Melaria: otros en fin en la Tingi, que Claudio César hizo colonia con el nombre de Traducta Julia, segun Plinio.[3]

1 Cambiazo la incluye en su obra como si fuera hija de Cádiz.

2 Hadriano pater Aelius Hadrianus, cognomento Afer, fuit consobrinus Traiani imperatoris: mater Domitia Paulina, Gadibus orta.—Elio Spartiano in vita Adriani.

3 Existen medallas de Traducta Julia con el nombre del Emperador Augusto. Esto arguye contra el texto de Plinio: sin embargo, el texto de Plinio, Procurador en España por el César, tiene autoridad hasta cierto punto; pues en este caso no parece verosímil equivocacion en él, ni error en el copiante.

Harduino dice que la ciudad pudo ser trasladada de Africa á España en tiempos de Augusto, y restituida á Africa en los de Clau-

Mela quiso consignar en su obra el pueblo de su naturaleza; pero los errores de los copiantes han adulterado de tal modo su escrito que en vano, por mas que se intente, se trabajará en restituir la verdadera leccion del pasaje en que trata de su persona.[1]

Muchos defectos han notado los sabios en su libro de *Situ orbis*; pero apesar de ellos, es una de las mejores obras para el estudio de la antigua geografía.[2]

En medio de las incertidumbres que hay referentes al nombre de la ciudad en que nació, no cabe duda en que fué una de las del estrecho, y hasta ahora, juzgando sin pasion, la mayor parte de las opiniones está á favor de que Pomponio Mela tuvo por patria á nuestra provincia.

dio César con el dictado de Colonia.

Esta conjetura únicamente puede en algun modo aclarar semejante confusion, confusion que no se resuelve satisfactoriamente ni con las medallas ni con el têxto de Plinio.

1 Está en el libro II.

2 La 1ª edicion de Mela se hizo en 1471 en 4º Las otras del siglo XV en nada se estiman por los bibliófilos. Las mejores son las de Leyde 1646, la de Gronovio 1722 y la de Tzschucke Leipsig 1807.

Está traducida al castellano por Luis Tribaldos de Toledo (Edicion en 8º) y por don Jusepe Antonio de Salas (en 4º)

En francés hay una version que se lee en la 2ª colleccion de Panckoucke.

CAPITULO III.

Decadencia de Cádiz.—Recuerdos de su grandeza y de sus costumbres.—Perspectiva de sus ruinas en el siglo de Avieno.

La provincia Bética comenzó á sentir los beneficios de la paz, desde el tiempo de los primeros emperadores. Su fecundo suelo parecia responder á los deseos de sus habitantes acrecentando con la abundancia y las delicias de sus frutos, las delicias y la prosperidad que las contínuas guerras de dos naciones prepotentes, ó de los bandos civiles, le habian dejado en provechosa herencia. La riqueza de los olivares de los campos de Tartesso y la abundancia de los rebaños de ovejas que bebian las aguas del Bétis, llegaban, repetidas y multiplicadas por la fama, á conseguir una celebridad poética en las márgenes del Tiber.[1] Los pilotos gaditanos estendian sus navegaciones hasta las Casitérides. Su comercio y prepotencia no tenian par: la hermosura de su poblacion era cantada por la poesía: la grandeza de la ciudad memorada por los geógrafos: la cultura de sus hijos encomiada por la historia y por la elocuencia.

Un viagero, poeta tambien y tambien geógrafo, llega á Cádiz imperando Teodosio. ¿Qué espectáculo tan melancólico se presenta á su espíritu? Venia á visitar Rufo Festo Avieno la ciudad aliada de César, la cuna de los héroes Balbos, la patria del festivo Canio, del agricultor Columela: mas nada encuentra de los anti-

1 **Nec Tartessiacis Pallas tua, Fusce trapetis**
Cedat et inmodici dent bona musta lacus.
Martial Lib. VII. Ep. 28.

An Tartessiacus stabuli nutritor Iberi
Bætis in Hesperia te quoque lavit ove?
Martial Lib. VIII. Ep. 28.

guos tiempos: nada de los modernos que restaurase, ó sustituyese la desolacion á que era reducida. Solo halló un campo de ruinas en lo que fué la ciudad *Augusta Julia Gaditana*:[1] solo digna de notar la solemnidad del culto de Hércules.

Ya la atencion del imperio no estaba en el occidente. Toda la vida política se habia trasladado á otro lugar, y con la vida política el comercio de los hombres. El oriente, con sus riquezas, no tenia que acudir á las partes extremas del mundo como era España, para adquirir los frutos que las necesidades públicas pedian. La fértil Italia brindaba al imperio con todos los dones de la naturaleza y del arte.

Cádiz, pues, perdió su importancia marítima, y así mucho antes de las invasiones de los bárbaros en la península, ya la ciudad ofrecia á la dolorosa contemplacion del filósofo la imágen del abandono y de la muerte.

¿Dónde estaban ya las famosas jóvenes que con su hermosura, agilidad en la danza y aun con su impudicicia, iban á la ciudad eterna á encantar á la nobleza romana y á hacer prevaricar á los caballeros de mas austeridad de vida? Habian desaparecido las apuestas y donosas gaditanas que asistian en los banquetes á recrear con sus celebrados y lascivos bailes y su destreza en tañer los sonoros y agradables instrumentos con que se acompañaban: habia desaparecido aquella gracia gentil de las hijas de este suelo, mas estimada todavia en los festines que la lucha feroz de gladiadores con que tambien en los mismos entretenian los nobles ricos y poderosos á sus convidados.[2]

1 Así dice Rufo Festo Avieno en su famosa obra de *Oris maritimis*:

Cognominata est multa, et opulens civitas
Aevo vetusto: nunc egena, nunc brevis
Nunc destituta, nunc ruinarum ager est.

¿Cómo se ha de decir de Rufo Avieno que era gaditano, segun Cambiazo quiere, cuando escribia así hablando como pasajero?

"Nos hoc locorum, prete Herculanea, solennitatem vidimus miri nihil."

2 A este propósito escriben dos poetas latinos lo siguiente:

Nec de Gadibus improbis puellæ
Vibrantur sine fine prurientes

De las nobles aulas, en donde un Adriano en su niñez aprendió la gramática y la elocuencia, apenas quedaba memoria: preceptores y discípulos, y aun los discípulos de los discípulos ó yacian en ignoradas tumbas ó en lejanas tierras habian perdido el orijen de la ciencia que tenian.

Solitario el anfiteatro, parecia en su ruina como doliéndose de su viudez y soledad: ni los desnudos huesos de alguna olvidada fiera en su cavea quizá no daria señales del objeto á que estuvo dedicada la soberbia mole de aquel edificio.

Ya no se veian en su recinto penetrar los ricos é inteligentes agricultores de la Bética, á reconocer ansiosos las fieras, recien traidas del Africa, para los espectáculos y adquirir aquellas que pudieran domesticarse y servir para la labranza de los campos; como Marco Columela aclimató en sus heredades los carneros silvestres de aquellas abrasadas regiones.[1]

Desengastados los mármoles y las grandes piedras

Lascivos docili tremore lumbos;
Sed quod non grave sit, nec inficetum
Parvi tibia condyli sonabit
Hæc est cœnula &.
Martial Lib. V. Ep. 38.

Edere lascivos ad Bœtica crusmata gestus
Et Gaditanis ludere docta modis:
Tendere quæ tremulum Pelian, Hecubæque maritum
Posset ad Hectoreos sollicitare rogos
Urit et excruciat dominum Telethusa priorem
Vendidit ancillam, nunc redimit dominam.
Lib. VI. Ep. 71.

Nam mea Lampsacio lascivit pagina versu
Et Tartessiaca concrepat æra manu.
Lib. XI. Ep. 16.

Cantica qui Nili, qui Gaditana susurrat
Qui movet in varios brachia modos.
Martial Lib. III. Ep. 63.

PUELLA GADITANA.

Tam tremulum crissat, tam blandum, prurit ut ipsum
Masturbatorem fecerit Hyppolytum.
Lib. XIV. Ep. 203.

Juvenal Sat. XI dice igualmente:

Forsitan expectes ut Gaditana canoro
Incipier prurire choro, plausique probatæ
Ad terram tremulo, descendant clune puellæ,
Irritamentum veneris languentis.

1 Columela dice en el Lib. 7, cap. 2, n.° 4 y 5:

"Cum in Municipium Gaditanum ex vicino Africæ miri coloris silvestres ac feri arietes sicuti aliæ bestiæ munerariis deportarentur,

del templo de Hércules hasta los cimientos, no podian sustentarse vencidos de su pesadumbre y caian en tierra, ó sobre las arenas del mar que baña la roca en que estaba erijido. El recinto donde se guardaban aquellos cuantiosos donativos del entusiasmo gentil y que mas de una vez sirvieron, como á Julio César, para pagar al ejército romano en las grandes necesidades, desierto ya no esperaba ni restauracion en sus muros, ni riquezas nuevas. Las aras de Hércules, donde el fuego nunca pudo extinguirse, ya se habia apagado para siempre. Las que se levantaron á la Pobreza, al Arte, al Año y al Mes, ya no se distinguian unas de otras: olvido funeral las igualaba sobre el destino para que fueron construidas. Aquellas donde se tributaban cultos á la Vejez y á la Muerte, yacian derribadas, en tanto que la una iba consumiendo los templos de la adoracion gentílica y la otra se alzaba aterradora sobre los mismos edificios, sobre los hombres y sobre la civilizacion que los habia producido.[1]

Los cánticos de alabanzas á la muerte habian espirado en los labios de los de Cádiz: las olas del mar, quebrantadas entre las ruinas del templo de Hércules, eran solo con incesante voz las únicas que parecian celebrar su poderío. Los héroes que pisaron su suelo habian perecido: Hannibal, Quinto Fabio, César y Agripa: sus reliquias habian desaparecido tambien, como fué desapareciendo hasta la última piedra del templo de Hércules sin haber menguado un punto ni la brillantez del sol que contempló la ruina de todos, ni la soberbia del mar en cuyas ondas se retrataron sus imájenes tan pasajeramente como pasajeramente fué su existir y su anhelar.

M. Collumella patruus meus acris vir ingenii atque illustris agricola quosdam mercatus transtulit et mansuefactos tectis ovibus admisit."

1 Philostrato en la vida de Apolonio Tyanco escribe lo siguiente: "Sunt apud ipsos Arti et Paupertati aræ positæ sicut Aegiptio et alteri Thebano Herculi... Senectæ namque auram et Morti dicarunt.... Solique hominum festis cantibus Mortem collaudant."

Eliano escribe: "Gadibus aras fuisse Anno et Mensi erectas."

El templo de Saturno yacia igualmente postrado; postrado el de Minerva; postrado el de Baco, que erijieron en Cádiz los Argonautas, si la invencion de Orfeo no quiso engañar á los posteriores siglos cuando así lo cantó á los sones de su lira.

El acueducto, roto en diversas partes, negaba á los pocos y míseros vecinos de esta ciudad el agua de la fértil sierra de Tempul: secos estaban los siete grandes depósitos en donde se recogia la que luego en las fuentes alegraba con su ruido las vias enmedio del silencio de la noche. Parecia como que aquella fábrica, erijida en los tiempos de la grandiosidad de Cádiz, ofendia la memoria de los ilustres patricios de la antigua ciudad, si ahora se ocupaba en servir á los pobres pescadores que habitaban en las ruinas de sus alcázares suntuosos.

El puente que daba paso á las famosas legiones de César y de los emperadores de los primeros siglos, rindió sus arcos ó como vencido de la fatiga de la larga edad, ó como deseoso de acompañar en la muerte á los héroes por quienes fué hollado. Toscos maderos restablecian malamente el tránsito, y ellos mismos testificaban al viajero al penetrar en esta isla su duelo y su abandono.

Trocóse en arenoso desierto el terreno sembrado de edificios. Los antiguos pilotos en los derruidos muelles contemplaban con tristes miradas y suspiros tristes ir y volver las mareas, pero no ir ni tornar los bajeles donde surcaron las olas en los tiempos de su juventud atrevida. Pequeños barcos de pescadores solo frecuentaban el puerto: las grandes naves no flotaban ya sobre el mar: carcomidas del sol y de las lluvias servian de cabañas en sus orillas.

En los muros de la ciudad no se veian ya las velas y guardias que perpetuamente de dia y de noche ni faltaban, ni enmudecian. Desplomábanse los muros no combatidos por los arietes, sino por la larga edad: las grandes piedras se hundian con su peso como si quisieran sepultarse en la misma tierra que conservaba las cenizas

de sus antiguos defensores. Así la ciudad, reparo é inespugnable fortaleza que solia ser de los romanos, habia llegado al punto postrimero de su decadencia; pobre y despojada de todo cuanto señoreaba y le obedecia: su recuerdo y nombre en aquellos siglos fué casi asolado.

Ya no habia Horacios que, para encarecer la amistad de los Septimios, cantaran que, por no dejar su grata compañía, estaban dispuestos á venir desde el pié del Capitolio hasta Gades, lo postrero del mundo:[1] no habia caballeros principales que, al volver á Roma, refiriesen peregrinas noticias del mar é isla de Cádiz á la asombrada curiosidad de los que no habian abandonado el suelo itálico.[2]

En eterna ausencia los mas ilustres de sus hijos y habitantes, dormian el sueño de la muerte, sepultadas sus cenizas á las márgenes de la vía pública: allí Lucio Bebio Hermes y Quinto Valerio, Seviros Augustales: allí Turpa, sacerdotisa encargada del ornato del templo: allí Lucio Antonio Antulo, sacerdote y hombre escelente: allí otro del mismo nombre condecorado con la potestad de edil y con la de cuatuorviro: allí Albanio Artemidoro, médico oculista: allí Simplicio, liberto que obtuvo veinte veces la palma en los juegos circenses: allí en fin los Domicios, los Plocios, los Lucanos, los Moderatos, los Marciales y otras familias no menos distinguidas de España y Roma. Como espresiones propias del cariño con que sabian amar los gaditanos, leíanse en todas las memorias funerales, en alabanza de aquel cuyo nombre se inscribia en el mármol, estas tiernas palabras: *Amado de los suyos.*[3] Tal vez se encuentran estas cláusulas: *Siempre y en su propia boca, querida de los suyos*[4] en la piedra fune-

1 Septimi Gades aditure mecum.—Hor. Lib. II, oda 6.

2 Plinio cuenta en el Lib. IX, cap. 5, con la autenticidad de caballeros principales que decian haberlo visto, que en el oceano de Cádiz habia un hombre marino que de noche subia á las naves, y que con su grande peso ó las inclinaba á la parte donde se colocaba, ó las hundia del todo.

Como se infiere, esto no pasaba de ser una fábula.

3 Carus ó cara suis.

4 Semper et in ore ejus cara suis.

raria de alguna jóven, como encarecimiento de la dulce memoria que tras sí habia dejado.[1]

Cubrió la arena, impelida de los vientos, las lápidas donde tales nombres se habian entregado á la memoria del que las leyese, como ya para los pobres moradores de la ciudad decadente los habia cubierto el olvido del tiempo que pasaba.

Desaparecieron los que vivian en ansia y en continuo suspiro por la separacion del objeto de sus amores: desaparecieron las tumbas: desaparecieron sus cenizas. La luz perpétua de algunos de los sepulcros, escondidos en la tierra, es lo que aun queda vivo del amor de los que nos precedieron en el camino de la muerte desde aquellas edades remotas. Si alguno se descubre, la luz perecerá al punto, fiel á la mano que la hizo arder, negándose á alumbrar otro objeto distinto del que le mandó el cariño.

Las estatuas de emperadores, de capitanes, de repúblicos eminentes que daban vida á sus famas, comenzaron á vacilar en los pedestales, como si mirasen las que no podian mirar y sintiesen las que no podian sentir la desolacion de la ciudad donde fueron para su pompa erijidas.

Cayeron al fin enmedio de la indiferencia de una mísera generacion que no abrigaba la menor idea del arte, ni tenia la mas pequeña estimacion á las memorias gloriosas que por do quier se derruian avergonzadas.

Comercio, prepotencia, cultura, templos, monumentos, sacerdotes, preclaros hijos, habitadores ilustres, tumbas y estatuas, todo se desvaneció, al par que la virtud de

1 Las lápidas sepulcrales se encuentran todas en Puerta de Tierra, especialmente hácia la parte de la bahía. Esto prueba que el camino real iba por aquel lado, puesto que los romanos acostumbraban poner los sepulcros en las inmediaciones de las vias. Véase el apéndice primero donde se trasladan las mas importantes inscripciones. Una coleccion de ellas mandé colocar en 1855 en el patio de las Casas Capitulares donde existen para el estudio de los aficionados.

Roma desfallecia y que amenazaban la destruccion de su poderío las formidables razas del Norte.

Cádiz no tiene historia casi desde los primeros siglos del imperio: la historia de su desolacion apenas se entrevee, por el espectáculo que presenta ya desolada. Noticias inconexas dan tal vez algunos escritores de la decadencia de Roma; mas no bastan al que pretende juntarlas para imajinar siquiera dignamente las causas de la ruina de la famosa Gades. Son como la luz del relámpago que en noche tenebrosa muestra instantáneamente la inmensa estension del mar al que desde la orilla quiere distinguir á larga distancia el bajel que con ansia espera: permite ver para no ver: mas deja aunque en la misma oscuridad, una confusa imájen al deseo.

Siglos posteriores continuarán ofreciendo el espectáculo lastimoso de la reina del mar oceano, perdida la majestad con que fué acatada en todos los ámbitos de Grecia y Roma. Mas llegará el tiempo en que tornen á resucitar los dias felices de su grandeza que sepultados fueron: llegará cuando venciendo el hombre los peligros del mar, en cumplimiento del vaticinio de Séneca, descubra nuevas tierras al otro lado del Atlántico.

Este secreto, impenetrable á los romanos y de que Séneca parecia tener la llave, no bien sea patente, servirá de fundamento á la prepotencia de la moderna Tyro, por el flujo y reflujo del mal al bien y del bien al mal que en las ondas de la vida esperimenta la sociedad humana sin diferencia de siglos, de costumbres y de civilizaciones.

LIBRO IV.

CÁDIZ GODA Y ÁRABE.

CAPITULO I.

Invasiones de los bárbaros.—Los vándalos espulsados al Africa, embarcándose en Traducta.—Walia pierde sus escuadras en el estrecho.—Theudis derrotado en el sitio de Ceuta.—Toma de Asidona por Leovigildo.—Servanda, cenobita en Cádiz.—Obispos Asidonenses.—Primera entrada de los árabes en España mandados por Tarif.—Segunda por Táriq ben Zeyyád.—Fortifícase en el monte Calpe.—Investígase el sitio de la batalla del Guadalete.—Descripcion de esta.—Entrada de Músa ben Nossayr.—Toma de Asidona.

Unos pueblos que hasta poco tiempo antes habian vivido solo para sí, mas no para la historia del mundo, prevalidos de su arrojo y pujanza en la pelea sobre la debilidad de los romanos, invaden ferozmente las naciones que formaban parte del imperio.

Torna á oirse el estruendo de las armas en la península española, desconocido desde los tiempos de Augusto. Los invasores de distinto orijen, son los primeros en combatir entre sí mismos por adquirir el dominio absoluto de España sobre sus moradores que, habiendo perdido la memoria de sus primitivas razas, se llamaban no españoles, sino romanos, fieles á la civilizacion que habian aceptado con la conquista.

En medio de la confusion de los sucesos, y la escasez de noticias, alguna vez se encuentran en los rús-

ticos páginas de algunos de los historiadores de estas naciones septentrionales, memorias de nuestra provincia en aquel tiempo, en que el manto del imperio romano que cubria una gran parte de la tierra, se dividia en tantos pedazos, cuantos la impetuosa ambicion de los enemigos anhelaba para formar el que habia de cubrir la tierra de su eleccion, donde iba á establecerse un nuevo señorío.

Ya Walia, rey de los godos, persigue y extermina en nuestra provincia los últimos restos de los vándalos que habia combatido en otros lugares: ya el mismo monarca apresta sus naves para invadir el Africa, pero una tempestad arrebata, sumerje ó lleva á las costas enemigas los mismos bajeles en que pensaba trasladar á ellas el ejército con que habia de someter á sus moradores: ya Theodoreto acosa á los vándalos que de Galicia habian descendido á la Bética, y los obliga á abandonarla juntamente con la península y buscar en la Mauritania ciudades donde fortalecerse.[1]

Rechila, rey de los suevos, invade con felicidad la provincia Bética: Teudis, rey de los godos se traslada con multitud de bajeles por el estrecho á Africa, y pone sitio á Ceuta; con desesperado valor resisten los romanos, y al cabo Theudis se vé precisado á tornar á España, dejando muchas naves, máquinas bélicas, algunos prisioneros y la honra de la jornada á los enemigos, en cuya reduccion, por medio de su prepotente fuerza, habia con la mas obstinada ceguedad confiado.

Leovigildo con ánimo ardoroso, no menos oprimió con el rigor de sus armas esta parte de la Bética. Redujo á su obediencia la fortísima ciudad de Asido por medio de la traicion de Framidaneo, quizá su gobernador. En una noche ocupó sus puertas y muros y exter-

1 Isidoro. Hist. Gothor. Idat. Chron. Gregorio Turonense, (Hist. francorum) habla de que los suevos fueron al alcance hasta Traducta, y que pasado el Estrecho se extendieron los vándalos por toda el Africa.

minó á cuantos soldados intentaban oponerle una efímera resistencia.[1]

Cádiz, en tanto, tal vez permanecia en tranquila calma descansando de su antiguo poderío. Las imperfectas historias de aquellos tiempos, no dicen que la guerra recorriese con su tea enrojecida la corta estension de su territorio: no era muy posible que viniese á combatir y ensangrentar sus ruinas, ni á apoderarse de la mendicidad de los pescadores ú otros de sus habitantes no menos míseros.

Una inscripcion de una cenobita de los tiempos del rey Egica es la única memoria que se conserva de Cádiz goda. Llamábase Servanda: vivió una vida de treinta años sin mancilla y fué sepultada en un túmulo ó monton de tierra, estilo que hoy se guarda entre los orientales.[2]

El templo de Hércules tal vez restaurado en parte se consagró á San Pedro. El nombre de Santi Petri que lleva el promontorio y el rio lo confirma; y el llamarse de San Beter en tiempo de los árabes, siguiendo la tradicion romana ó goda mas y mas lo persuade.

La antigua *Asido* fué la capital del Obispado, aquella Asido cuyas medallas nos demuestran en el delfin y en el caduceo su comercio, como depósito de la pesca de los atunes cojidos en las inmediatas costas: en el sol y en la luna los objetos de su predileccion religiosa y en el toro la riqueza en ganados de sus fértiles campiñas.[3]

San Hesichio, Esicio ó Hiscio, que de estos tres modos se nombra, discípulo de Santiago, tuvo la silla en Carteya, segun se cree por los que leen esta voz donde el breviario antiguo de Sevilla pone Carthesa, si bien los Bolandos no han podido hallar testimonio que pruebe

1 Joannes Biclarensis.—Año 571, dice: "Leovigildus Rex Asidonam fortissimam civitatem proditione cujusdam Framidanei, nocte occupat et militibus interfectis memoratam urbem ad Gothorum revocat jura."

2 Véase su version en el Apéndice primero.

3 No opino con el Padre Florez en cuanto á que se grabara en las medallas, por devocion al buey Apis, la imàjen del buey ó toro.

ser aquella ciudad de nuestra provincia la *Carcesa* del martirio del Santo.[1]

Si con efecto Carteya fué la silla de San Hiscio, no consta adonde se hizo la traslacion luego que la ciudad quedó destruida.[2]

No existe memoria alguna referente á los primitivos obispos de Asido, anterior al siglo de San Isidoro. De las actas de los concilios celebrados durante la dominacion goda, constan las siguientes. Desde el año de 610 al 619 vivió Rufino, el cual se halló en el concilio segundo de Hispalis, firmando el tercero despues de su metropolitano San Isidoro y del de Eliberi: de 629 á 646 ocupó la silla asidonense Pimenio, que asistió á los concilios toledanos cuarto y sesto: Teoderacis, fué obispo desde el 681 al 690 y estuvo tambien en los concilios toledanos décimo tercero, décimo cuarto y décimo quinto: y Geroncio desde el año 690 en adelante sin que se sepa el nombre de su sucesor ni cuando fué su muerte. Solo sí consta que se halló en el décimo sesto concilio de Toledo.

Mas pronto vá á sonar la hora del término del poderío godo: dominacion apenas instalada, cuando ya destruida; que dos, tres ó cuatro siglos instantes son tan solo en la vida de las naciones. Aquellos bárbaros que desde el Norte habian descendido á imponer coyundas á los pueblos, cuyo vigor habia matado Roma, bien uniéndolos á sí por simpatías hácia su heroismo, bien apagando el valor ingénito y la natural repugnancia á los extrangeros por medio de los estragos de la guerra, no tardarán en divisar de lejos el resplandor de las armas de otros guerreros que desde el Sur se adelantaban igualmente, movidos por el ansia ilimitada de felicidad puesta en el dominio del orbe. El hambriento lobo que huyendo de las nieves del septentrion, logró espantar con su tremen-

1 Se sigue en esto la opinion del Padre Florez en su *España Sagrada*, el mas autorizado voto que hay en la materia.

2 La silla de Carteya, si fué la de San Esicio, pasó á Málaga ó á Asido. Florez. *España Sagrada.* Tomo IX.

do empuje al águila, enseñoreada del medio dia, haciendole levantar el vuelo, siente cerca de sí el rugido del leon de Arabia, que, enardecido aun mas con el calor de Africa, sacude las guedejas y se apercibe á combatir por las delicias de las selvas españolas. Los árabes y los godos que por opuesta via habian ido absorbiendo poco á poco el imperio romano, vienen á encontrarse en nuestra patria. Con una claridad que infunde pavor, se comprende cuan espantosa ha de ser la lucha entre dos naciones que venciendo los mas duros contratiempos, con la misma facilidad que invadian, dominaban, siguiendo sus temerosos planes no menos gigantescos que desconcertados.

En tiempos del rey Wamba, árabes y godos, segun las crónicas españolas, hubieron un combate naval en el Estrecho, quedando vencedoras las fuerzas de aquel soberano, bien que considero, si el hecho fué realmente cierto, escesivo el número de los bajeles con que los enemigos intentaron pasar desde el Africa. No creo que poseyeran los árabes entonces una marina capaz de presentar doscientas naves en batalla por estas costas, ni menos los godos igual número que oponerles para conseguir la victoria. Godos y árabes eran pueblos acostumbrados á lidiar y vencer, todo por la tierra y por el mar nada: su potencia en los asaltos de ciudades, en campales batallas, en pasadas de rios, así como nula sobre las aguas del mar. Todavia los caudillos árabes no habian determinado invadir á España: mal podia Wamba haber mandado repeler la invasion. Si tal combate hubo, ni seria por esta causa, ni armadas tan poderosas oprimirian las olas del Estrecho. Verosímilmente el encuentro debió ser con algunas naves de las que infestaban las marinas españolas, tripuladas por gentes que vivian del saqueo. Así no puede el historiador confundir los movimientos de una nacion en contra de otra con los hechos de aquellos á quienes solo guiaba el interés de sus personas.

El conde don Illan ó don Julian, gobernador de Ceu-

ta y de aquella parte de la Mauritania que aun se habia resistido al poder de los árabes, formó una secreta liga con Músa ben Nossayr, lugarteniente del Califa, para auxiliarle en la conquista de España, á que él y los hijos de Witiza y otros nobles, ofendidos de su rey don Rodrigo, lo incitaban, empresa fácil por la autoridad del conde no menos en la Mauritania que en la Andalucía.

Persuadido de que la mayor parte del pueblo seria antes que actor espectador en la lid, solicitó Músa la licencia del Califa, y habiéndola obtenido cual la deseaba, no quiso aventurar numerosas y aguerridas huestes sin certificarse primero de que trataban verdad los que lo habian estimulado á la empresa; pues no creia oportuno dejarse conducir ciegamente de hombres que hablaban con toda la exaltacion de las pasiones. Ordenó, pues, Músa al caudillo Tarif que con escogida gente desembarcase en las opuestas costas de Andalucía para reconocer la tierra. Con cien árabes y cuatrocientos africanos y en cuatro grandes bajeles pasó Tarif el Estrecho desde Tánger y aportó felizmente en la antigua Melaria, que luego tomó su nombre. Esto aconteció en Julio de 710. Desde allí se encaminó por una serranía á la ciudad de Juliano,[1] llamada luego de los árabes *Gezirat Alchadra*, isla verde, por un promontorio lleno de verdura que se interna en el mar. Tomaron ganados y riquezas los exploradores sin ser de nadie combatidos, cuando no agasajados. Con la presa y el buen suceso tornó Tarif á Músa, quien

1 Los montes Calpe y Abyla se llamaron por Isidoro Pacense y el Arzobispo D. Rodrigo y otros; *Transductiva promontoria*, aludiendo al pasaje que hicieron por junto á ellos los árabes para su embarque y desembarque.

Sospecho con legítimo fundamento al ver esto, que la *Traducta Julia*, no se llamó así por haber sido trasladada de Julio César desde el Africa á España ó vice-versa, como dicen todos los autores, sino por haber sido el punto de embarque ó desembarque del mismo para pasar el estrecho en alguno de los viajes que haria siendo cuestor ó pretor.

Creo pues, que la antigua Tingi se llamó así por Augusto para perpetuar la memoria del hecho. Claudio César le daria la categoría de colonia, como afirma Plinio, categoría que Augusto no le habria dado, y le conservaria el mismo sobrenombre.

dispuso para la siguiente primavera mover un poderoso ejército contra España, contra España entregada al hierro de sus enemigos por sus propios naturales.

Cinco mil hombres se embarcan en las costas de Africa, en naves facilitadas en su mayor parte por el conde don Illan. Así pasan el Estrecho aquellos, movidos por dos impulsos: por la sed de ambicion y por la sed de venganza. Táriq ben Zeyyád, liberto de Músa, y hombre probado en la guerra, como caudillo de repetidas irrupciones, tenia á sus órdenes el ejército. Desembarcó en el monte Calpe, llamado por él Ghebal Táriq ó el monte de Táriq, y en el monte Calpe se fortificó con su gente, construyendo con la celeridad posible una muralla que aun en el siglo XIV se conservaba con el nombre de la muralla del Algarbe ú Occidente. En Abril de 711 fué la entrada de Táriq, á quien nuestros historiadores confunden con Tarif, el que vino el año anterior tan solo á explorar la tierra. Un lugarteniente de Rodrigo, llamado segun unos Edecon, y segun otros Tadmir intenta valerosamente hacer rostro al enemigo. No pudiendo defenderle el paso, púsose luego en huida tras ligeras escaramuzas.

Nuevos refuerzos vienen de Africa á Táriq hasta completar el número de doce mil hombres: la mayor parte verosímilmente seria compuesta de gentes de á pié, pues no tenia Músa bastantes bajeles para trasportar caballos para todos. Cuentan los árabes que Táriq mandó quemar sus naves para quitar al ejército la seguridad de ponerse en salvo, si con la desdicha se veia contrastado por la fortuna, no bien probase las armas con sus enemigos.

No parece posible tal resolucion desesperada; cuando Africa estaba vecina para recibir socorros inmediatamente, y cuando Táriq no era señor absoluto de la jornada, sino á las órdenes de Músa. Por otra parte, la fortaleza que en Gibraltar habia formado, seguramente se construyó para base de las incursiones en

las tierras de Andalucía, al propio tiempo que para refugio de una derrota. Las naves, pues, quedarian al abrigo de sus muros. Mas aun: Táriq no necesitaba reducir á cenizas los bajeles para acrecentar el esfuerzo de los suyos con la ninguna esperanza de salvacion tras la derrota: con solo enviar nuevamente á Africa las naves hubiera logrado el fin sin necesidad del incendio. Así debe desecharse tal noticia, como enjendrada en el deseo de exajerar el ánimo denonado de Táriq.

Despierta el rey Rodrigo que en las delicias de la paz estaba aletargado. Convoca á su pueblo para la resistencia. Acuden con inciertos corazones los duques, los condes, los obispos y los nobles de la monarquía; y juntamente los villanos. El peligro comun nivela á todos para la defensa. Fuerza y vigor habia aun en el estado de Rodrigo: ejército de noventa á cien mil hombres se junta en Toledo capitaneados por el propio rey: ejército numeroso bien que sin órden, y de gentes de ánimo estragado por los vicios de la paz, por las instituciones que la habian avillanado, y por los disturbios internos.

El ejército de Táriq sale de sus fortificaciones, apenas llega á su noticia que el rey Rodrigo baja á Andalucía, y los dos contrarios se encuentran en las márgenes del Guadalete.

Todos los escritores árabes convienen en que la batalla fué sobre el mismo rio y en los términos de Jerez[1] pero no hay uno ni entre los nuestros que puntualice claramente el sitio. Unos dicen que fué entre Jerez y Asido: otros como el autor de la *Crónica general* que los godos ocupaban una orilla del rio y los árabes la otra. Pero bastan á resolver esta cuestion satisfactoriamente algun conocimiento del terreno y un ligero raciocinio. Voy, pues, á manifestar mi sentir con la breve-

1 En el Diccionario de Madoz se dice que en Montellano hay tradicion de que en la dehesa llamada de los Caballeros, fué la batalla del Guadalete, rio inmediato; pero eso, como se probará, es un error evidente.

dad que me sea posible. Rodrigo, descendiendo desde Toledo con tan poderosa hueste, de seguro no se apartó de la antigua calzada romana, por la comodidad de su ejército, facilidad para el tránsito y conveniencia de aprovecharse de la gente y de los víveres que habria en ciudades tan ricas y populosas como Córdoba y Sevilla. Al ir hácia los sitios que ocupaban los invasores, que eran Gibraltar y su campo, claramente se infiere que no habia de dirijirse por Montellano y otras sierras con un ejército cuya fuerza mayor consistia en tropas de á caballo. Rodrigo tomaria el mismo camino real por Utrera y Lebrija hacia Jerez, que fué lo mismo que para recuperar las Algeciras hizo con su ejército don Alonso XI.

Táriq, por su parte, que no habia querido ó podido debilitar su ejército en la reduccion de las ciudades de nuestra provincia, al adelantarse al encuentro de Rodrigo, tampoco es creible que fuese á buscarlo con sus doce mil hombres por terrenos montuosos, ni que se internase por lugares difíciles y desconocidos en tierra enemiga y mal explorada, donde con facilidad se hubiera puesto en peligro de perder alguna gente. Táriq haria lo que todo invasor en sus entradas: llevar su gente por los caminos reales hasta presentar la batalla al enemigo que salga á impedir el paso. La extension de los llanos de Caulina, tan inmediatos á la antigua via romana y al camino real moderno, y próximos al Guadalete, lugar el mas á propósito para una batalla, y batalla en que combatió mucha caballería, desde luego con las observaciones que he presentado ofrece al historiador motivos para la conjetura de que fué teatro de la sangrienta lucha que orijinó la pérdida de España, como en parte fué teatro de la accion, no menos terrible, en que César venció á los hijos de Pompeyo.

En dos arroyos se conservan nombres, en mi entender alusivos á la batalla del Guadalete. Uno en el arroyo *Fontetar*, corrupcion indudable de *Fonte Táriq* ó la *fuente de Táriq*, del mismo modo que de *Gebal-Táriq* se

dijo Gibraltar. Aquí, pues, está consignado el nombre del caudillo de la expedicion. El otro es el arroyo *Musas*, donde aun dura, ligeramente corrompido por el vulgo el nombre de *Músa ben Nossayr*, lugarteniente del Califa y por tanto el gefe del ejército, si bien no se hallaba presente. Esto prueba que por ese sitio debió colocarse el campamento de los árabes. No están ambos arroyos muy distantes de Arcos ni del Guadalete: sabido es tambien que los llanos de Caulina se encuentran entre Arcos y Jerez.

Imposible pareceria que del sitio de un hecho tan notable no se hubiese conservado la memoria por nombres que de generacion en generacion el vulgo repitiera, aun sin saber lo que decia. Recuerdo hasta cierto punto lo que escribí al tratar de la batalla de Munda. De sucesos tan trascendentales para la historia de una nacion ó se mantiene vivo el recuerdo en inscripciones, ó en los nombres de los sitios donde han ocurrido. En los arroyos *Fontetar* y *Musas*, encuentra el investigador dilijente de estas memorias las pruebas bastantes á designar los lugares de la victoria de Táriq, el caudillo enviado de Músa.[1]

Apenas se avistan los dos ejércitos, sordo clamor atruena el campo: sigue á su estruendo el alterado son de las trompetas que convocan por una y otra parte las huestes á la pelea: agítanse los caballos, sacuden las cabezas y con los relinchos parecen como que presienten el combate, y en su inquietud, su anhelo de conducir á los ginetes á la victoria. Ya en ambos campos los guerreros se aprestan á trocar sus vidas por las de los enemigos: á

1 Hay un pasaje del Guadalete entre Jerez y Puerto Real llamado la *Barca de Florinda*. Ignoro el tiempo en que se le impuso. Sea como quiera, no puede significar que en aquel sitio ocurrió la batalla. Sabido es que con razon se tiene por novela arábiga la violencia que á la hija del conde D. Julian hizo el rey Rodrigo, de la cual se originó la pérdida de España, conseja semejante á la de Lucrecia. Táriq pudo ir ó por el camino real del Puerto de Sta. María ó por el de Medina á Arcos. Esto último parece lo mas probable.

herir sin compasion, á tener confianza en la victoria. Los árabes, fortalecidos con sus recuerdos de triunfos tan recientes, no abrigan en sus denodados pechos temor alguno, porque nunca habian temido: los godos, en fé de las memorias de las hazañas de sus progenitores, creian que el antiguo valor de los suyos habia con ellos nacido igualmente; mas debia imponerles en algun tanto la fama del enemigo que delante de sí tenian, enemigo acostumbrado á poner en huida, y á herir en ella, y desconocedor del modo de huir y de salvarse de las iras de un contrario victorioso.

La impaciencia domina los ánimos de todos: todos anhelan apresurar el combate, y que se decida la muerte ó la conservacion de la vida de cada uno. Ya me parece ver á Táriq dirigiendo á los suyos un razonamiento parecido á este:

„¡O Muslimes! ¿veis ese poderoso ejército bajo cuyos pies tiembla la tierra y que hace resonar los aires con el crujido de las armas, con el estruendo de las trompas y atambores, y con los alaridos con que se anima á la pelea? veis cuan mayor es en número al de nosotros? Pues bien, volved los ojos á la otra parte. ¿Qué mirais? Un mar que nos negará campo abierto á la huida, si con un infeliz revés nos maltratare el rigor de la fortuna: en esta parte no esperemos amparo ni abrigo, sino la muerte; y si solo fuere la muerte, acostumbrados estais á esperarla con pié firme y sereno rostro; pero con ella nos espera la infamia. Volved los ojos á la otra parte. Si moris á manos de ese ejército, será con honor y con gloria. Si lo desbaratais, esas tierras y cuantas riquezas halleis en ellas serán de vosotros. Dios y nuestro arrojo pueden salvarnos solamente. En uno y en otro tengo mi confianza. Acordaos de las pasadas victorias con que honrasteis á nuestra patria y á vuestro nombre. No con torpe é inconsiderado miedo desvanezcais lo que tanta fatiga ha costado, y no deis ocasion á que duden los enemigos si fuimos aquellos muslimes famosos por su singu-

lar esfuerzo y constancia en las lides y á quienes tanta orgullosa nacion ha inclinado la cerviz para sufrir las cadenas que le impongamos."

Rodrigo por su parte, ceñido el yelmo, y sobre el yelmo la reluciente corona, en carro de marfil, y con la lanza en la siniestra mano, exhorta á sus caudillos con temblorosa voz por medio de razones semejantes á estas:

"Descendientes de los que aniquilaron el poderío romano, godos ilustres, esos hombres que veis son los que los traidores lanzan contra nosotros para baldon de la patria. Nuestra superioridad es innegable: volved la vista, y contemplad el reducido número de gentes que se proponen contrastarnos: menor es aun de lo que á nuestros ojos se ofrece. Donde la traicion milita, la incertidumbre se enseñorea en la hora del combate. El temor de la venganza de los ofendidos aterrará sus corazones, y, en vez de auxiliares, tendrán los enemigos dentro de su hueste los que han de desordenarlas, espantados del ímpetu de nuestras iras. Nada importa que esos árabes vengan vencedores de romanos degenerados y de vándalos: de vándalos y romanos que tambien nuestros padres estaban acostumbrados á vencer. Sus ánimos no están aguerridos por las contínuas luchas; porque no se forman aguerridas huestes en luchas con bárbaros africanos, tigres en la alevosía, asombradizas liebres en el combate. A esos, cansados en tan baja guerra, y no á otros, espera nuestro valor íntegro, puro, cual generosa herencia de los que hollaron la ciudad reina del mundo con su planta vencedora. Démos con la señal de acometer la señal de su huida: los que resistan dejarán su sangre para abono de nuestros campos, y conquistarán solo la honra de tener sus sepulcros en nuestra tierra. Yo desde mi carro os anunciaré la victoria con la cabeza de su feroz caudillo clavada en la punta de mi lanza, y á la señal de la victoria responded con el exterminio."

Acometiéronse los dos ejércitos con furor enemigo:

por todo un dia mantúvose dudosa la victoria. Mucha resistencia oponia la muchedumbre de los godos: mayor el concertado esfuerzo de los árabes. La noche con sus sombras separó á los contrarios é hizo suspender la fatiga, el estrago y los horrores. Salido el sol nuevamente, nuevamente tornaron á lidiar ambos ejércitos; pero con la misma fortuna. Los auxiliares de los árabes, aun mas exasperados y enemigos de los godos que los mismos invasores, exhortaban con atrevidas voces á Táriq á la resolucion de la batalla por medio de aquel arrojo que le habia salvado en las empresas mas arriesgadas.

Al tercero dia de la espantosa refriega cree ver Táriq que en los suyos iba cayendo el valor: duda aun; pero pronto la evidencia ó lo aterroriza ó lo llena de indignacion. Al punto corre al lugar donde mas flaqueza se oponia al enemigo, los anima con su presencia, manda allegar á sí algunos fujitivos y alzándose en los estribos y dando á su caballo aliento, prorumpe en razones parecidas á estas.

„Esforzados muslimes; siempre vencedores y jamás vencidos ¿qué ciego terror os impele á dejar el campo, la victoria y el honor por el godo enemigo? dónde está vuestro arrojo, dónde vuestras pasadas glorias, dónde la constancia? Seguidme pues: el valor con que pelea ese ejército no es el valor de la confianza sino el de la desesperacion, desesperacion que quedará desvanecida, apenas tornen á ver nuestros tostados semblantes, nuestra ira y nuestros hierros, cerca de sus personas, junto á sus mismos corazones. Vuestra vacilacion instantánea nos ha deshonrado para siempre, si viven por mas tiempo los que la han presenciado. No hay mas medios: ó vivir con esa ignominia, ó perecer para escondernos de rubor en los senos de la tierra, ó redimir nuestro oprobio arrancándoles la existencia. Sean, pues, todos míseros trofeos de una gloriosa venganza.„

Y dando riendas á su feroz caballo, se entró Táriq en el ejército godo atropellando é hiriendo á cuantos

intentaban vanamente cerrarle el paso. Embistieron con igual ánimo los árabes á los que casi tenian ya por suya la victoria. Peleaban unos con otros pié con pié; mas que con el valor con agitada furia herian y mataban con sus lanzas y espadas, y á falta de espadas y lanzas con los golpes de los escudos y paveses. Los de á caballo entraban y salian por los escuadrones enemigos con ímpetu horrible; y aunque muchos de sus caballos eran heridos, no por eso dejaban de sustentarse sobre ellos, animándolos con sus voces, con el movimiento de sus cuerpos y con el herir de las espuelas. Montábanse los muslimes, así los de á pié como los ginetes derribados, en los caballos de los enemigos que habian muerto á impulsos de las lanzas, dardos y flechas. Cuanto mas enardecido estaba el combate, con doblado esfuerzo acometian los peones, que aunque levemente heridos, no se paraban á atajar la sangre, como si su pérdida no los desfalleciese, pues la resistencia de los enemigos no consentia otra cosa que la ajena ó la propia muerte.

Cuentan los escritores árabes que Táriq en su tremenda y postrimer acometida al campo godo, logró penetrar hasta el punto en que el rey Rodrigo dirijía la batalla desde su carro bélico. Lanzóse Táriq sobre el monarca y le pasó de una lanzada el pecho.

Derribado Rodrigo, su cabeza fué separada del cuerpo para remitirla á Músa como testimonio de la importancia de la victoria.

Unos autores españoles dicen que Rodrigo, lleno de pavor al ver el estrago que en los suyos hacian los enemigos, y que muchos de su hueste se pasaban por medio de una traicion á los contrarios, abandonó las régias vestiduras á orillas del Guadalete, y huyó á esconder su vergüenza y desolacion en una gruta, donde hasta el fin de sus dias, vivió llorando sus errores y su desventura.

Otros aseguran que precipitado por su mismo ter-

ror, quiso atravesar el rio sobre su caballo Orelia; pero que arrastrado por la corriente, fué mas tarde sumergido. Si esta opinion fuese verdadera ¿quién sabe si mientras el manto real flotaba sobre el rio, arrebataban el cadáver las veloces ondas, llevándolo á las alteradas del mar? ¿quién sabe si conducido en ellas el mismo cadáver del rey vencido llevaba las nuevas de la victoria á las desiertas playas del Africa? ¿quién sabe si los buitres africanos, disputándose entre sí la presa de su cuerpo, arrancaban de sus entrañas, convertido en hiel, el jugo de los manjares régios, en tanto que los caudillos árabes, se apresuraban á coger los pedazos de la corona de España, rota al caer de las sienes de Rodrigo?

Con la muerte del rey, muchos y muy principales caballeros godos, comenzaron á retraerse del lugar de la batalla. Los muslimes de á caballo siguiéronles el alcance. Con la ganada victoria apenas sentian el dolor de las heridas: la hambre, la sed y el cansancio apenas los fatigaban. El regocijo del triunfo era superior á los trabajos esperimentados en tres dias de una indecisa cuanto espantosa lucha.

Huian los de á pié, y atropellados por la caballería enemiga, se arrojaban con la desesperacion en las rápidas corrientes del Guadalete, teñidas con la sangre de los mismos godos.[1]

Así los alentados vencedores hicieron fiera mortandad en los que abandonaban el campo, pereciendo en la huida muchos mas de los que habian quedado en el combate; y hubiera sido mayor si no se hubieran detenido á la segura presa qne ofrecia á su codicia el campamento enemigo ya desierto. Allí en las tiendas, en los carros, en las provisiones, en los vestidos, en las alhajas de valor, en los ricos aderezos de caballos cobraban la recompen-

1 Almakkari, version de Gayangos. Conde.—Historia de la dominacion de los árabes. Casiri. Biblioteca.—Gayangos, Memoria sobre la autenticidad de la crónica del moro Rasis.—Además se han tenido presentes á Gibbon, al mismo Conde en sus notas á Xerif Aledris, y otros autores no menos notables.

sa de sus riesgos y heridas, teniendo por bastante el mas pequeño despojo de los contrarios en trueque del trabajo de haber tenido que vencerlos.

Táriq, usando generosamente de la victoria ó por sagacidad ó por espontáneo deseo dió á todos los prisioneros libertad sin rescate, no bien la lucha era fenecida.

Silencio aterrador sucede al estruendo de la ardiente pelea: soledad por toda la estension de la llanura donde impera la muerte. Los vencedores habian llevado consigo sus heridos: los de los godos quedaron entre los cadáveres, sin auxilio de los suyos, sin el consuelo de la esperanza. Tal vez alguno devorado por la abrasadora fiebre, humedecia sus fauces, en vez de agua, en la sangre de alguno de los enemigos, satisfaciendo malamente el deseo, pero no el de una inútil venganza en medio de sus dolores: tal vez otro con la vehemencia de sus tormentos tocaba frenéticamente el cadáver que junto á sí tenia como pidiéndole socorro; mas al tocarlo, sus manos tropezaban con una de las heridas, y sospechando que era el cuerpo de un enemigo, la rasgaba con desesperada ferocidad consolándose así en su inevitable agonía.

Habiendo dejado Táriq aquel doloroso espectáculo de miseria y terror, tomó el camino de Córdoba, sin emprender la toma de Sevilla, lo mismo exactamente que hizo Julio César luego que quedó por suya la victoria en los llanos de Caulina y puntos inmediatos.

Con alentada resolucion muchos godos se juntaron en número considerable en la ciudad de Ecija adonde les precipitó la conturbada fuga, para vengar la pasada derrota y oponerse á los insultos de los árabes. Táriq los convidó con la paz, pero ellos respondieron á las llamadas con arrogante fiereza. Acometieron al enemigo con impetuosa furia en aquellos arenales, siendo valientemente recibidos de los invasores, puestos en confusion y al fin derrotados. Desde esta ciudad se esparció la hueste de Táriq por varias partes, caminando él en persona con gente escojida sobre Toledo, ciudad fuerte y

opulenta como corte que habia sido de los godos, de la cual se enseñoreó al cabo por la traicion de los judíos.

Músa noticioso de las repetidas victorias de su liberto, arde de envidia; y mal sufrido con sus celos, junta diez mil árabes y ocho mil africanos y se traslada á Algeciras no para emular sino para esceder las hazañas del venturoso Táriq. Forma un consejo de los caudillos en el sitio donde mas tarde se edificó una suntuosa mezquita llamada *de las banderas* como monumento de este famoso hecho, *por las banderas* de los que allí concurrieron: dos de Músa: dos de su hijo Abdo-l-aziz: las demás de los corayxitas, árabes y principales gobernadores. Allí de comun acuerdo se confiere el modo de apoderarse de lo demás de España. La antigua Asido es la primer conquista de Músa, entregándose por medio de una capitulacion honrosa: despues rindió á Carmona, habiéndose resistido los sitiados con una entereza contumaz: Sevilla y Mérida fueron miserables despojos de los vencedores, saqueando sus riquezas que eran importantísimas: Córdoba lo fué igualmente, no obstante su confianza en la fortaleza de los muros, en la abundancia de las provisiones, en el esfuerzo de todos los que asistian en su defensa.[1]

Sometida España, los dos rencorosos caudillos aspiraban á extender su conquista por las Galias, á Italia, hasta avasallar en fin á toda Europa. Negra discordia se levanta, movida por la envidia, entre uno y otro caudillo, anuncio cierto de la division que ha de reinar en el pais conquistado y entre los propios conquistadores, y que al cabo de siglos originará su trabajosa ruina que de otro modo hubiera sido mas difícil.

El Califa dispuso que los dos hijos de Músa quedasen en el gobierno de España y que entrambos caudillos comparezcan en Damasco. Músa, en recompensa de sus

1 Rasis equivocadamente pone estos sucesos despues de haber conferenciado Músa con Táriq; cuando de las demás historias árabes consta lo contrario.

servicios, es públicamente azotado en Palestina, castigo que él habia impuesto en España á su segundo Táriq, y al propio tiempo, expuesto ignominiosamente en la plaza pública por espacio de un dia entero, para irrision de la plebe, cuando habia sido objeto de su admiracion y de su entusiasmo. Destiérrasele á la Meca, donde acaba de recibir el galardon de sus victorias, con la presencia de la cabeza de su hijo, degollado en Córdoba de órden del califa por aspirar á la soberania. Fallece al fin bajo el peso de la ingratitud de los hombres, ó del castigo del cielo por las víctimas sacrificadas en la guerra, á que provocó á los árabes por su ambicion y vanagloria. Táriq muere, no como héroe en el campo de batalla, ó en brazos de sus guerreros, sino oscuramente envilecido entre la muchedumbre palaciega de una corte de esclavos.

Queda España, en tanto, presa miserable de sus conquistadores. Ya duermen tranquilos á sombra de los olivos de la Bética los nietos de aquellos cartagineses que no podian deliberar sino entre armas, ni descansar sino en agitados sueños, y guarecidos por las empalizadas de un campamento que custodiaban centenares de asombradizos centinelas: ya algun caudillo africano, por cuyas venas correria tambien sangre cartaginesa, se recrea sosegadamente en los campos donde fué Sagunto, respirando el aire embalsamado por los azahares, en calles sombrosas de copudos naranjos, cuando Hannibal solo alcanzó respirar el humo del incendio de aquella ciudad que se negaba á recibir su yugo.

CAPITULO II.

Memorias del obispado Asidonense durante cuatro siglos despues de la invasion arábiga.—Termina con la entrada de los Almohades.—Guerras en nuestra provincia.—Cádiz en poder de los árabes.—Invasiones de los Normandos en la provincia.—Su derrota en las aguas de Cádiz.—Invasion de Cádiz por D. Alonso VII.—Apodérase de esta ciudad un Emir sublevado.—Derriba el ídolo y la torre de Hércules.—Aben Cáliz.—Batalla de Jerez entre el infante D. Alonso de Molina y los árabes.—Esta provincia en los reinados de San Fernando.—Toma de sus principales poblaciones por D. Alonso el Sabio.

Los cristianos de esta provincia conservaron entre los árabes el libre ejercicio de su relijion, por espacio de mas de cuatro siglos. Asido continuó siendo la capital del obispado. Rendida por Músa, probablemente, como sujeta á una capitulacion, guardaria el rito *Muzárabe.* Consérvanse memorias de algunos de sus obispos. Miro floreció por los años de 862 y Estevan por el siglo X varon de gran sabiduría, segun el testimonio de su sobrino y discípulo Juan, obispo de Córdoba. Mas por los años de 1145 con la entrada de los almohades en España, levantóse por estas partes de Andalucía gran persecucion contra los cristianos. El obispo Asidonense tuvo que retirarse y establecer su mansion en Toledo, donde acabó sus dias santamente.[1]

Cuando los árabes de Siria vinieron á España (744)

1 El Arzobispo D. Rodrigo, Lib. IV, cap. 3, dice:
"Fuit etiam ibi in Hispalis alius electus nomine Clemens qui fugit à facie Almohadum Talaveram ibique diu moratus vitam finibit, cujus contemporaneus memini me vidisse venerunt etiam tres Episcopi Alsidonensis et Elepensis et tertius de Marchena, et quidam archidiaconus sanctisimus pro quo etiam Dominus miracula operabatur qui Archiquez arabice appellabatur et usque ad mortem in Urbe Regia permanserunt episcopalia exercentes et unus eorum in ecclesiæ majoris est sepultus."

recibieron tierras en donde poblar, que tomaron los nombres de las provincias á que pertenecian los guerreros palestinos: Damasco, Emessa, Kennesrin, Al-ordán y *Filistin*. Filistin era la de Asido, comprendiendo en su territorio, Cádiz y Algeciras. Gades mudó su antiguo nombre en el de Kális ó Calis.

El emir Husam-ben-Dhirar, consideró como la mas importante providencia de su gobierno, evitar toda ocasion de discordia y asegurar la quietud de los árabes en España. A este fin hizo los repartimientos de moradas ó posesiones en varias tierras. Las fuerzas que las guardaban eran principalmente de á caballo, y de ellas se sirvieron siempre los reyes de Córdoba en todas las empresas en que necesitaban mover sus mas poderosas armas.

En 765 Hixen ben Adra con los de su bando, viendo que no podia entrar en Toledo por el apretado cerco con que estaba oprimida por los caudillos de Abderrahman, logró sublevar en su favor á los alcaides de Sidonia, medina ó capital de esta provincia y á los de otras fortalezas no menos importantes, todas de Andalucía. Hixem entró en Sidonia con los suyos, animado con la alta reputacion de su alcaide y con la aguerrida gente que capitaneaba. Otros alcaides y huidizos de diferentes acciones, con mas algunos de los bandidos mas terribles que infestaban la tierra, lograron formar un ejército con el cual, puestos á las órdenes de Hixem, llegaron á apoderarse de Sevilla, que poco despues fué recuperada por su propio gobernador, en un espantoso combate en que pereció el alcaide de Sidonia. Cercada esta ciudad anteriormente, dispuso Abderrahman que su cabeza colocada en una pica, se llevase ante sus muros para infundir el terror en los ánimos de los rebeldes. Así aconteció: estos no quisieron tolerar por mas tiempo los rigores y las fatigas consiguientes á un porfiado cerco, ganosos mas de perecer lidiando sueltamente en las montañas que no encerrados tras los muros de una ciudad, sujetos al hambre y sin esperanzas de socorro. Por eso determinaron hacer una

impetuosa salida, con intento de arrollar á los enemigos y abrirse paso hácia las sierras de Ronda. El jeque Hixem era ya viejo, y no tuvo la soltura suficiente para huir, cuando cayó herido su caballo. La mayor parte de los suyos rompió ferozmente el cerco y muchos salvaron las vidas: Hixem con algunos de sus parciales fué encadenado, y no pasaron muchos instantes sin que su cabeza derribada de órden del caudillo del rey, se le enviase como prueba de la victoria con los alcaldes de Ecija y Carmona. Los vecinos de la antigua Asido que habian sufrido inocentemente todos los daños de un asedio, oprimidos por la autoridad de su alcaide y por la muchedumbre de los rebeldes á Abderrahman, salieron á prestar su obediencia al caudillo, franqueando las puertas á su ejército.

Cuatro años antes, Sidonia habia sido tambien refugio de otros insurrectos. Barcerah ben Nooman el Gasani que residia en Gezira-Alhadra (Algeciras) acojió en su morada á Casim, hijo de Jusuf, que venia huyendo de Toledo, y le ofreció toda su proteccion para continuar la lucha con el monarca. Acaudillando uno y otro bandidos y gente deseosa de vivir en la licencia, vinieron sobre Sidonia y la ocuparon con facilidad por descuido de su alcaide, ó por lo inesperado del acometimiento. El buen suceso de la jornada les atrajo doblado número de parciales, y ya con un ejército tomaron la via de Sevilla de la cual se apoderaron igualmente. Mas presto el rey dió en los rebeldes cerca de esta ciudad, los desbarató á costa de la vida de Barcerah y tomó la via de Sidonia de donde Casim huyó espantado hácia Algeciras. Abderrahman lo persiguió hasta su último refugio, en donde le fué entregado por los bandidos mismos que acaudillaba.

Los escritores árabes cuentan que en el año 772 el rey Abderrahman, temeroso de que los walies de Africa, por órden de los califas de oriente, le inquietasen y afligiesen las costas con frecuentes desembarcos, dispuso que su hagib Teman ben Amer ben Alcama pasase á las ciudades de Tortosa y Tarragona, y que se cons-

29

truyesen naves para amparo y defensa de las marinas españolas en atarazanas establecidas en Santa María de Oksonoba en Sevilla, en Cartagena, y en Tortosa. Lleváronse estas naves unas á Tarragona, otras á Almería, otras á Algeciras, otras á Cádiz, y otras á Huelva, y fué nombrado para emir del mar el mismo Teman, valentísimo caudillo y de singular esperiencia.

Mas no creo que importe mucho á la historia el recuerdo de guerras de tan pequeña importancia, mas insolencia y exterminio de foragidos que osadía y contienda de grandes ejércitos para altos fines.

No padeció menos nuestra provincia por los rigores de la naturaleza que por los de las bajas guerras, movidas por la ambicion personal de caudillos árabes de oscuro nombre. Una gran sequía hubo en la Bética, otros dicen que en toda España. Tres años seguidos duró esta desdicha que ocasionó una hambre asoladora. Huyendo pueblos enteros se pasaban á Tánger, á Arcila y á otras ciudades africanas. El lugar, donde se embarcaron para pasar el estrecho, fué en las orillas del rio Barbate (Wada-Barbat), llamándose á estos años por semejante causa los años de Barbate.[1] Fenecidos estos, una lluvia, no menos abundante que deseada, devolvió la fertilidad á nuestros campos. El Barbate esperimentó una gran avenida, conmemorada por el regocijo de los árabes.

Todas las tierras occidentales de España en el año de 872, temblaron con espantoso ruido y estremecimiento: cayeron los alcázares mas soberbios, y otros edificios: algunos quedaron muy quebrantados: hundiéronse montes, abriéronse peñascos y el suelo por algunas partes, tragándose ciudades: el mar se retrajo y apartó de las costas, y desaparecieron en él islas y escollos. Las gentes abandonaban los pueblos y huian á las campiñas: las aves salian de sus nidos, y las fieras espantadas deja-

1 Desde el año 135 al 138 de la Hegira aconteció esta hambre. Rasis dice que el 125 sucedió la lluvia tras los años de la sequía.

ban sus grutas y madrigueras con general turbacion y trastorno.

Duplicaba todas estas calamidades el terror que esparcian las invasiones de los normandos por estas costas. Las memorias arábigas cuentan que surcaban estos mares unas grandes barcas, á que daban el nombre de *caraquir*. Tenian una vela cuadrada delante y otra detrás, y las tripulaban unas gentes que se decian *magius*, y eran hombres de grandes fuerzas, muy valientes y por estremo prácticos en la navegacion, los cuales al desembarcar ponian cuanto encontraban á sangre y fuego, cometiendo todo género de atrocidades, de manera que á su vista las poblaciones enteras huian despavoridas y se acojian á los montes con lo mas precioso de sus haberes, dejando yermas y desiertas las costas del mar. Eran periódicas las invasiones de estos bárbaros, verificando por lo comun sus desembarcos cada seis ó siete años. El número de sus embarcaciones no bajaba nunca de cuarenta y algunas veces llegaba hasta ciento. Además, segun las creencias orijinadas del temor de los árabes, tenian por costumbre devorar cuantos seres humanos encontraban en alta mar.

Era muy conocida de estas gentes la torre donde estaba el ídolo de Hércules. Así es que siguiendo la ruta señalada por aquella figura, penetraban sin dificultad en el estrecho, surcaban las aguas del mediterráneo, y asolaban las costas de Andalus, y las islas adyacentes, llevando tambien sus piraterías hasta Syria. Mas luego que el ídolo fué derribado, no volvieron á presentarse en estos mares, ni se vieron ya sus *caraquir*, á excepcion de dos perdidos en la costa, uno en el paraje llamado Mersa-l-magius (el puerto de las almagiuses) cuya situacion me es enteramente desconocida, y otro no léjos del cabo de Trafalgar.[1]

1 **Estas noticias se hallan en el tomo I, p. 79 y 80 de la traduccion inglesa de Almakkari por mi amigo el Sr. D. Pascual de Gayangos.**

Probablemente en cuantas ocasiones los almagiuses ó normandos visitaron las costas del mediterráneo, otras tantas tomarian puerto en Cádiz. Sabido es que sus incursiones eran periódicas y quinquenales. La juventud escandinava lo mismo iba á robar las tierras de moros que la de los cristianos: salian de la esterilidad y aspereza de sus sierras los normandos y en sus grandes bajeles, por diferentes tiempos invadian las costas de Europa, atraidos por su fertilidad, llevando en las proas de sus naves figuras de dragones para poner espanto y horror á los enemigos. Valientes, robustos, inscontantes, de feroz aspecto, de una estatura que revelaba su estirpe titánea, no tenian mas propension que la guerra, las armas, los caballos y los peligros del mar: la sed de humana sangre y de riquezas abrasaba sus ánimos: creian á los extrangeros inferiores en bravura y fiereza, y sus vidas estorbos para apoderarse de sus haberes: sus haberes, allegados solo para servir de despojo á su audacia.

En 844 desembarcaron en Cádiz ó cerca de Cádiz: y robando los pueblos y degollando con bárbara crueldad á cuantos podian haber á las manos, corrieron la tierra hasta Medina Sidonia. La fama de sus atroces hechos en Alemania, Inglaterra, Francia y últimamente en la ciudad de Lisboa, fué confirmada y aun escedida en nuestra provincia.

En Cádiz, ruinoso teatro de la inconstancia del tiempo, ya reducida á pequeña villa con pocos moradores, estuvieron algunos dias los normandos, reparando sus bajeles. Al pié de los quebrantados obeliscos, en las ruinas de sus templos, y en los restos de las termas, piedras que por el orgullo humano se erijieron para competir con la inmortalidad por un pueblo inteligente, reposaron aquellos bárbaros feroces sin ser de nadie molestados. De aquí partieron, conducidos de la fama de las riquezas de Sevilla, al Guadalquivir, apoderándose, robando y reduciendo á cenizas los pueblos de sus orillas. Un arrabal entero de Sevilla cayó en poder de enemigos

tan crueles, los cuales, vista la pertinaz resistencia de los muslimes, tuvieron que fortificarse en el campo de Tablada. Mas noticiosos de que el rey Abderrahman enviaba desde Córdoba mucha gente aguerrida en socorro de los sevillanos con quince naves, alzaron las áncoras de las suyas, y se dirijieron unos por agua á Cádiz, y otros por tierra hácia Jerez talando sus campos, desiertos por el espanto de sus moradores. Tomaron á Jerez inmediatamente y con igual furor la saquearon. Tropas del rey y el rey mismo en persona, segun algunos autores, bajaron desde Córdoba á arrojar de Andalucía á estos terribles y sanguinarios enemigos, escarmentándolos con el esterminio de los mas, y con las heridas de todos. Jerez fué recuperada, si antes no hubo abandono por parte de los normandos. Sus riquezas ya en los bajeles, embarcáronse con desatiento y rebato apresurado y dieron velas al viento para donde los esperaba no el descanso, sino el desasosiego propio de los que anhelaban emprender otras espediciones para lograr nuevas riquezas.[1]

Para seguridad de estas costas mandó el rey construir naves en Cádiz, Cartagena y Tarragona y encomendó el cuidado de enviar los avisos de mar y tierra en caso de otras incursiones de los normandos á su hijo Jacub, llamado Abu-Cosa.

En 859 volvieron á aparecer en las aguas de Cádiz; pero la flota de Mohammed I de Córdoba, que acaso estaba aquí derrotó á los normandos y puso fuego á la mayor parte de sus naves.[2]

1 Bleda en su *Crónica de los moros de España*, dice: "Reinando Abderraman por el mes de Marzo del año 846, vinieron los ingleses á España con una gruesa armada en favor de los españoles, y el primer puerto que tomaron fué en Lisbonna. Luego fueron sobre Cádiz y la tomaron y juntándose con ellos otros navíos de cristianos, fueron á Sevilla y la ganaron por fuerza, y de allí pasaron á Jerez; y estando sobre ella juntó su poder Abderraman y fué contra ellos y los venció, y matando infinita gente les quemó la mejor parte de los navíos, y cobró á Sevilla y á Cádiz, segun dice Aben-Raxid en su historia."

2 Estéban de Garibay dice: "que el rey D. Ramiro los venció el año de 827 en Faro, habiendo perdi-

Un autor español refiere que don Alonso VII de Castilla, hijo de don Ramon de Borgoña y de doña Urraca, reina propietaria de Castilla, hizo una entrada en Andalucía (1131), sin apoderarse de Córdoba, Sevilla y otras poblaciones fuertes. Contentóse con talar los campos (era entonces el tiempo de la siega), saquear las aldeas y reducir á cenizas las mezquitas y sinagogas que á su paso encontraba.

Llegó á Jerez de la Frontera, ciudad de que se apoderó facilmente saqueándola, demoliendo sus muros, incendiando sus mejores edificios y dejándola, en fin, inhabitable. Desde allí pasó á Cádiz, donde no encontró resistencia en los primeros momentos: los vecinos se habian refujiado en una pequeña isla inmediata, que por las señas no pudo ser otra que la de S. Sebastian. Recojidos en ellas muchos moros con sus mujeres é hijos riquezas y ganados, no faltó alguno de la hueste del rey cristiano que encendiese los deseos de algunos jóvenes, ganosos de probar una vez mas su valor, pintándoles fácil la empresa de reducir aquella gente y de apoderarse de sus bienes con poco riesgo y con menor trabajo. Persuadidos de ello, acometieron con ninguna prevencion á los huidizos, los cuales con el recelo de perder sus haberes y vidas, y con la audacia que les inspiraba ver el corto número de enemigos, opusieron una inesperada cuanto tenaz resistencia, tras la resistencia pasaron de acometidos á ser acometedores, y de acometedores á poner en huida á los pocos que pudieron escapar sin ser heridos gravemente. El rey lastimado del suceso y ofendido con el desórden de los suyos, mandó que nadie sin su permiso saliese del campamento. Poco estuvieron los cristianos en Cádiz, regresando otra vez á Castilla, sin haber quien les saliese al encuentro, pues todos los moros se refugiaban en los lugares forta-

do ellos sesenta naves: con las demás huyeron por las marinas de España, haciendo el mal que podian."

lecidos por la naturaleza y el arte á esperar á los cristianos.[1]

Por mas diligencias que se han hecho, no he podido hallar en los escritos arábigos que don Alfonso VII, (el hijo de doña Urraca) llegase hasta Cádiz en una de sus incursiones en tierra de moros, ni mucho menos que se apoderase de esta isla. Verdad es que en 1121, don Alfonso, el batallador, el marido de doña Urraca, tambien Séptimo, llamado por los moahidin ó muzárabes del reino de Granada, hizo aquella célebre invasion de que hablan Zurita y los historiadores árabes y que atravesando los reinos de Valencia, Murcia y Granada, y pasando por Guadix y Salobreña, tuvo el capricho de acercarse al mar que nunca antes habia visto, entrar en un esquife que mandó construir y cojer pescado que comió. Como algunos confunden á Alonso VII de Ara-

1 Sandoval en su Crónica del Emperador Don Alonso. etc.:

"Nunca tal plaga vieron los de Córdoba y Sevilla sobre sí ni tal destruicion. De ahí movió el rey con su campo y llegó con él á Xerez, que era una famosa ciudad, y con poca dificultad la entró y saqueó y mandó derribar los muros y poner fuego á los edificios dejándola inhabitable. De ahí llegó á Cádiz donde le sucedió una desgracia por un desman que con osadía de tantos buenos sucesos hicieron unos soldados mozos, hijos de los condes y capitanes que venian en el ejército. Oyendo que en una isleta allí cercana (que debia ser dó es Cádiz) se habian recojido muchas gentes con grandes riquezas y ganados, sin órden del rey, ni darle parte de su determinacion, juntándose con otros soldados, pasaron allá mal concertados, llevados de la codicia ciegamente; y como los vieron los moros, salieron á ellos y trabaron una sangrienta batalla, donde los cristianos fueron vencidos y muertos, y escaparon muy pocos que volvieron dando cuenta de su perdicion y mal suceso. De aquí adelante comenzaron á reportarse los del ejército y guardar los mandamientos del rey, no echando el pié fuera de la tienda sin su órden.

Detuviéronse aquí algunos dias y dieron la vuelta cargados de ricos despojos y infinidad de cautivos."

El mismo autor en las *adiciones y tabla* añade al tratar de esta invasion. "No señalo el capítulo por no haber hallado quien diga el año en que fué esta entrada, y como hizo tantas no diciendo alguna particular que venga con lo que dicen los privilegios, no podré determinar cual sea. En este año de la era 1170 dice la relacion entró el conde D. Rodrigo Gonzalez con gran hueste en Axaraf de Sevilla é lidió y con los moros, é venciólos é mató el rey Omar en Azareda (que es un lugar cerca de Sevilla)"

gon, el batallador, con su hijastro el rey de Castilla, pudiera muy bien creerse que Sandoval le atribuyó tal hazaña equivocadamente. Mas la forma con que la expedicion es referida en la crónica, aleja toda sospecha de que puedan haberse confundido los hechos: don Alfonso el batallador no estuvo en aquella incursion por Sevilla, Jerez ni Cádiz. Claramente se deduce de aquí que la expedicion fué distinta. El silencio de algunos escritores arábigos sobre esta última no es suficiente prueba para negar de todo punto el suceso; pero sí para engendrar sospechas de que pudo ser ideado para igualar en arrojo al Alfonso VII castellano con el Alfonso VII aragonés, fingiendo que hizo otra entrada en tierra de moros con tanto riesgo de su persona como su padrastro.

Sin embargo, la *Crónica general*, conmemora la entrada de Alfonso VI, á quien llama el Seteno, con poderosa hueste de todos sus reinos, talando y afligiendo la tierra hasta la comarca de Sevilla.[1] Quizá haya error en atribuir Sandoval al hijo lo que hizo el padre; pero sea como fuere, existe, como se vé, un testimonio que acredita el hecho de la incursion cristiana en estas partes de Andalucía.

No muy lejanos á estos tiempos fueron otros sucesos acaecidos igualmente en Cádiz. Al principio de la segunda alfetena ó guerra civil entre almoravides y africanos, el almirante Alí ben Isa ben Maymon, se rebeló en Cádiz declarándose independiente. Habiendo oido decir á los habitantes de esta ciudad que el ídolo de Hércules, colocado en lo alto de la torre, era de oro puro, encendiósele la codicia y lo mandó echar por tierra. El

1 "Andados veinte y seis años del rey don Alfonso que fué en la era de mil è ciento è veinte y siète años, cuando andaba el año de la Encarnacion del Sr. en 1088, en este año que habemos dicho sacó el rey don Alfonso muy grande hueste de todos sus reinos è entró por la tierra de los moros è *corrió è astragó quanto falló fasta en Sevilla.* E aquel Juzaf-Miramomelin tenie grand poder...... mas no fué osado de lidiar con él, è tornóse el rey don Alfonso con gran ganancia è con gran honra para su tierra."

ídolo, pues, fué precipitado no sin graves dificultades y trabajos escesivos. Cuando estuvo en tierra se halló que era de bronce por dentro, aunque cubierto de una capa de oro sumamente delgada, la cual se arrancó y solo pesaba doce mil dineros. Otros historiadores refieren que prevalecia no solo en esta ciudad, sino en toda Andalus la tradicion de que habia debajo del ídolo un inmenso tesoro oculto desde remotos siglos; y que cuando Ali ben Músa, sobrino del Alcayde Abu Abdilla ben Maymón, almirante de los almohades, sacudió el yugo de estos príncipes, y se proclamó independiente en Cádiz, mandó derribar la figura y buscar el tesoro que se escondia debajo, aunque inútilmente, pues nada pudo hallarse.

Un hijo de Cádiz, esforzado caudillo, fué célebre en tiempos del rey don Alfonso VIII. Abul Hegiag ben Cáliz con setenta caballeros muslimes, defendia con singularísimo valor y constancia la fortaleza de Calatrava contra los porfiados y muy recios asaltos de las numerosas huestes de aquel monarca de Castilla. Enviaba diariamente cartas al Amir Amuminin, poniéndole delante de los ojos el terrible aprieto en que se hallaba, y la necesidad de un presto socorro; pero estas cartas jamás llegaron á manos del rey. Su visir las ocultaba con ánimo de no apartarlo de la conquista de Salvatierra. Alargóse con esto el cerco de Calatrava; y cayó poco á poco el denuedo de sus defensores, fatigados con sus mal curadas heridas, con la falta de bastimentos, con la porfia de los enemigos en muchos y muy repetidos asaltos. Determinaron pues, dar la fortaleza á las tropas cristianas, rindiéndose á partido honroso. Desamparada por los muslimes, entraron en ella los soldados de Castilla. Aben Cáliz tomó la via de Salvatierra juntamente con su suegro; pero recelosos ambos del trágico fin que en el campo del rey les aguardaba. Cuando supo el visir Abu Said Aben Gamea la llegada de los dos insignes y esforzados guerreros, mandó que los prendiesen. Entró en

la tienda real, y preguntado por el Amir Amuminin *¿qué es de Aben Cáliz? ¿cómo no viene contigo?* respondió con estas palabras: *Señor, no se presentan los traidores al Amir de los fieles*; y tambien con otras en que pintaba la pérdida de Calatrava, como obra del poco cuidado que tuvo Aben Cáliz en ponerla en defensa, y por lo presto que rindió su ánimo á la escasez de bastimentos, á las muertes de algunos principales muslimes, á las heridas de otros y al recelo de una muerte gloriosísima. Encendió con estas palabras la cólera en el rey, el cual mandó traer á Aben Cáliz y su suegro á su presencia, ambos con las manos atadas á la espalda; y afeándoles traiciones que no cometieron, sin escuchar, ni aun oir disculpas, dió órden que fuera de la tienda fuesen alanceados. Tan horrible cuan injusta muerte llenó de indignacion los pechos de los caudillos andaluces; y así en la batalla de las Navas de Tolosa en lo mas recio de la refriega, ellos y sus valientes tropas, cubiertas de polvo y de sangre enemiga, volvieron las riendas y se entregaron á la huida: venganza que tomaron, por una parte, de los desprecios y de la soberbia del visir Aben Gamea, y por otra, de la injusta muerte de Aben Cáliz. Las tribus berberíes creyendo que el poderoso escuadron de los andaluces habia sido roto y desbaratado, diéronse tambien á huir, y quedó el campo y la victoria por las huestes de Castilla.

La batalla de las Navas de Tolosa abrió la puerta á la conquista de Andalucía; pero otra acabó de facilitarla. Fernando III, apellidado el Santo, antes de emprender la toma de Córdoba mandó un ejército á explorar toda la tierra hasta las costas del oceano á las órdenes de su hermano el infante don Alonso de Molina, asistido de Alvar Perez de Castro, astuto guerrero, de gran lozanía de corazon y esperimentado en muchos combates. Salió de Toledo la hueste, con cuarenta hijosdalgo, entre ellos los Vargas, y los Gaitanes, y en número de unos dos mil hombres, aptos para sufrir los

rigores del hambre, del frio, del calor, del polvo, del agua, de la desnudez, de todos los peligros en fin, y las fatigas todas de la guerra. Penetraron en Andalucía con ánimos denodados, yendo todos de un corazon: con la voluntad de vencer, con el deseo de ganar prez para siempre.

El wali de Murcia Aben Hud que habia derrotado al Emir Almemun, y hecho suya la posesion del reino de Granada, arrebatado del temor, convoca la mas gente que puede para socorrer las fronteras, los cercados y los combatidos. En tanto que se propone acudir con brazo fuerte y con toda rapidez á la defensa, el ejército cristiano llega hasta los campos de Jerez y asienta sus reales no léjos de las márgenes del Guadalete. Hincan los soldados las lanzas en tierra para tenerlas á mano al despertar, y junto á ellas toman por cama el suelo y por almohadas las rodelas en el sitio mismo en que los godos fueron derrotados por los árabes, orígen de tantos desastres y de guerras tan sangrientas.

Esparce su presencia el terror por toda la comarca: conviértense en armas los instrumentos de labor, y el sosiego de la paz en la inquietud de la guerra: los moros de los pueblos inmediatos, divididos por el ódio hasta entonces, líganse con los vínculos de una concordia que la necesidad les dictaba.

El infante y Alvar Gomez habian hecho grande estrago en muchas poblaciones, por medio del saqueo y del incendio que en un solo dia habia igualado con el suelo las mas eminentes torres. Cautivos tenian en su campamento que les sirviesen, y con abundantes provisiones la seguridad de no verse precisados á abandonar la tierra transidos del hambre y del frio. En la hueste de los cristianos habia un hijo del wali de Baeza, vasallo del rey don Fernando, con doscientos caballos y trescientos peones. Tambien en ayuda del infante habian venido muchos freiles de las órdenes militares. De tres mil quinientos hombres, entre caballe-

ros y gente de á pié se componia el ejército.

Llegó Aben Hud con su hueste y colocó sus reales entre el de los cristianos y la ciudad de Jerez, no dejando á los cristianos mas camino para retirarse que el Guadalete. La muchedumbre de los suyos ocupaba una gran estension de la llanura, en medio de unos olivares. Comenzó el rey á aprestarse á la batalla ordenando que todos llevasen cuerdas y tramojos para amarrar á los cautivos que esperaba haber en la lid. Alvar Perez, por su parte, mandó que las gentes se confesasen antes de entrar en ella, cuales con los sacerdotes, cuales unos con otros por no haber tantos en el ejército como se necesitaban. Grande era el peligro; y así por consejo de Alvar Gomez, dispuso el infante que quinientos cautivos que en el real se hallaban, todos pereciesen para que los suyos no se ocupasen en su custodia, ni ellos en el calor de la pelea, rompiendo sus cadenas, pudiesen prestar auxilio á los moros. Así enmudeció la ley de la generosidad entre las armas. La palabra clemencia, á vista de lo inminente del riesgo comun, hubiera parecido el mayor de los escarnios.

Alvar Perez de Castro, queriendo consagrar á la inmortalidad sus atrevidos hechos, no se vistió de lucientes armas, no cubrió el rostro con el yelmo de resplandeciente acero. Vestido solo de un almejí delgado y tendido el cabello por la espalda, cabalgó sobre un alazan, sin llevar en la mano mas defensa que una vara.

Suenan las trompetas y los añafiles de los moros atronando la campaña: á sus sones se alborota la sangre y se incita la cólera de todos para entrar con igual denuedo en la pelea. Aun no habian sentido los filos de los aceros enemigos.

Al escuchar el militar estruendo, los caballos de los cristianos hinchan las narices, tascan el freno, escarban la tierra, erizan las crines. Los ginetes no pueden detenerlos: ellos mismos se apresuran á romper los escuadrones de los moros con tal furia, como si fueran po-

tros indómitos que corrieran á despeñarse. *Santiago, Santiago, Castilla, Castilla*, son los acentos que por do quier se escuchan en toda la caballería que empieza á acometer. *Castilla y Santiago* responden los infantes lanzando contra los moros una lluvia de saetas penetrantes, de piedras irresistibles. Enristran los moros sus lanzas para embestir igualmente; mas sus caballos quedan como pasmados viendo la animada nube de polvo que con horrible gritería y estruendo se acerca contra ellos: los mismos ginetes vacilan por un momento, sin vigor ni fuerza para sustentar la lanza, ni menos para herir ni responder á acometida con acometida. Desbarátase el primer escuadron de los moros, desbarátase el segundo, y tras el segundo hasta el séptimo, sin tregua ni descanso, ni formidable resistencia.

Mintieron los caballos que habian asegurado con su ímpetu y su fortaleza la vida á los caballeros moros y los caballeros tambien que habian puesto toda su confianza en la fortaleza y en el bravo ímpetu de caballos tan fogosos y valientes. No bastaron los cerrados escuadrones y las bien ordenadas haces á la morisma. Algunos de sus caudillos caian derribados en lo mas árduo de la lucha: sentian una saeta no mas, las otras daban en sus cuerpos ya cadáveres.

Garci Perez de Vargas, armado caballero por Alvar Perez al comenzar el combate, mató al reyezuelo moro de Alcalá de los Gazules que capitaneaba setecientos caballos de estos. Diego Perez de Vargas perdió su lanza y su espada en la refriega. Armado con una rama de olivo que desgajó con su poderosa fuerza, heria y mataba sin compasion en los moros, dando así oríjen á un sobrenombre distinguido.[1]

Empiezan los moros á abandonar la lucha sin que hayan oido tocar la trompeta para recojer, ni su caudillo

1 Alvar Perez de Castro, segun la *Crónica de San Fernando*, le dijo al ver combatir de esta suerte á los moros: *Así, Diego, machuca, machuca*, quedándosele luego el apellido de *Vargas Machuca*.

haya arbolado señal de retirada; mas ya faltaba el órden, la obediencia, el ardid, el aviso: faltaba igualmente el consejo y la resolucion en el caudillo porque faltaba la razon en todos, dominados por el espanto.

El rey Aben Hud se refugia en su campamento, y del campamento tiene que huir sin que haya un solo escudero que le ensille el caballo para la huida.

Nuestro es el dia, esclaman caballeros y peones del campo cristiano, y repitiendo las voces de *Santiago y Castilla*, y animándose con la idea de que el propio Santiago peleaba con ellos, persiguen á los enemigos casi hasta las puertas de Jerez: á los enemigos que en su mayor parte corrian en sus caballos igualando en velocidad al viento para salvar las vidas en vano, pues caballos mas ligeros eran aquellos en donde iba persiguiéndolos la muerte.

Algunos, para facilitar mejor la huida, arrojaban las armas libertándose de su peso, en la persuasion de que nada les importaban ya despues de ser vencidos.

La llanura estaba sembrada de cadáveres y de heridos: estos esforzaban un poco sus desmayadas voces invocando socorro, como si en aquel trance se pudiese imajinar otra cosa que la persecucion de los enemigos.

Muchos de estos fueron cautivados y sujetos con las mismas cuerdas que habian traido para cautivar. El campamento moro con todas sus riquezas cayó en poder del infante don Alonso. Al regresar á su campo, los cristianos estrechaban contra sus pechos y besaban la cruz de sus espadas como agradeciéndoles la victoria. La lóbrega noche llama al descanso á los combatientes; y mientras la mayor parte del ejército cristiano, que no vigila, duerme en el descanso de la victoria, reina en Jerez el asombro y la confusion, la desesperacion y el llanto.[1]

1 La *Crónica de S. Fernando* cuenta casi con estas palabras el siguiente hecho.

Hallóse en esta batalla Pedro Miguel, cuñado do Diego Perez de Vargas. Estaban ambos enemistados. Diego Perez, aunque era el ofendido, quiso reconciliar-

No pasará mucho tiempo sin que por la inconstancia de la suerte, algunos de los cobardes que solo echaron mano á la espada para huir, contemplarán la losa de los sepulcros de alguno de los héroes de esta jornada y sobre ella sacudirán por escarnio el lodo y polvo de sus piés, vencedores de sus vencedores en haber tenido mas fortaleza para conservar la vida.

El lugar del combate debió ser por las inmediaciones de la Mesa, llamada de Santiago por tal causa, no muy distante de los arroyos *Fontetar* y *Músas*. La misma inconstancia de la suerte en el mismo sitio en que facilitó á los árabes la conquista de España, facilitará á los cristianos la reduccion de las principales ciudades de esta parte de Andalucía.[1]

Aben Hud, aquel rey que se gloriaba de sus fortalezas y de la multitud de sus gentes, con lágrimas en los ojos solemnizaba su gran desastre, contemplando

se con Pedro Miguel, y aun se valió de la intercesion de varios religiosos, y del mismo infante, los cuales intentaron por buenas razones hacerlos amigos. Pedro Miguel, vencido de ellas, dijo que perdonaba los agravios que habia recibido con tal que Diego Perez le diese un abrazo. Era Miguel de tan gran fuerza que cuando queria matar á alguno, con solo apretarlo entre sus brazos, le quitaba la vida. Conocióle la intencion Diego Perez, y así no consintió en manera alguna aventurar su persona á tamaño riesgo; y por eso entraron ambos en la refriega tan enemigos como antes. Pedro Miguel hizo en aquel dia estrañísimas cosas, matando y derribando moros, porque era en estremo valiente. Despues de pasada la batalla, se hicieron muchas y muy vivas diligencias por descubrir su cuerpo: el cual ni muerto ni vivo pudo ser hallado. Creyóse que llevado de sus brios se metió en los escuadrones de los moros, y se entró siguiéndolos dentro de Jerez: en donde sin duda tuvo trágico fin ó fué hecho prisionero.

1 El campo de Táriq, estuvo entre Arcos y Espera, segun mis conjeturas. El arroyo *Fontetar* ó *Fonte Táriq* corre á un cuarto de legua del Guadalete, y el *Músas*, casi paralelo al *Fontetar*, dista de este mismo arroyo como tres cuartos de legua. La batalla empezaria en la tierra quebrada que media entre el lugar del campamento y los llanos de Caulina, terminándose en estos. El ser inferior Táriq á Rodrigo en caballería hace verosímil que por este lado fueran los combates primeros. El sitio de la *Mesa de Santiago*, en cuyas inmediaciones debió darse la segunda batalla del Guadalete, dista del arroyo Fontetar poco mas de una legua. Se vé, pues, que ambas batallas se dieron en el mismo sitio.

desde su torreado alcázar el campo de los vencedores en la tranquilidad y en el regocijo, mientras que á algun caudillo cristiano, pensando en la victoria, no podia arrancar del pecho un solo gemido el dolor de sus crueles heridas.

Las astas de las lanzas que habian cojido los cristianos sirviéronles de leña en todo el tiempo que permanecieron descansando de las fatigas del combate, curándose las heridas, recorriendo las campiñas inmediatas.

Los moros que no pudieron acojerse en Jerez habian huido cada uno por su parte sin que apenas hubiese dos que caminasen juntos: corrian por los caminos de los campos: por los senderos de los collados, ó por veredas y sendas no sabidas de sus pies. Quedó libre el campo y desembarazada la tierra.

Prepáranse los cristianos á tornar á sus pueblos. Mas antes, por si tienen que combatir nuevamente para abrirse paso, prueban los filos de sus espadas; las fuerzas de los brazos. Levantan sus reales y llevan consigo los despojos y los cautivos que pensaron un dia tener por esclavos á los que la victoria hizo sus señores. Los mas esforzados de los cristianos guardaban las armas ensangrentadas del enemigo que habian vencido para ostentar entre los suyos el trofeo de sus hazañas.

Así dejaron las márgenes del Guadalete estos vengadores de la pérdida de España. Los cadáveres de los enemigos recibieron sepultura en la misma tierra que guardaba los desnudos huesos de los godos, cuatro siglos antes en el mismo sitio exterminados: sacrificio expiatorio que los vencedores habian hecho en conmemoracion de aquel combate en que las banderas de la cruz de Cristo quedaron derribadas ante los estandartes de la media luna.

Aben Hud los vió partir de la campaña que tan malamente habia defendido; mas no por la derrota desconfió en sus fuerzas y en la muchedumbre de sus gentes. Ni dormia ni descansaba un momento la saña en su so-

berbio y altivo corazon. Monta en un belicoso caballo que al primer sonido del atambor y de la trompa parecia como que en su inquietud hundia la tierra que pisaba. Parte á Sevilla, junta nuevo ejército, y con desatinado furor prepárase á combatir nuevamente, no tanto ya por la posesion de los reinos que habia usurpado, sino para vengar su afrenta. Mas tarde acude en socorro de Córdoba: engañado por un caballero cristiano que tenia en su campamento, cree superior el número de los enemigos, deja á la ciudad que con sus propias fuerzas se defienda y parte á prestar auxilio al emir de Valencia. Al ir á Almería con objeto de embarcarse, un asesino enviado por el wali de Jaen le arrebata la vida.

Nada podia aplacar, en tanto, la saña de los cristianos. Hacian los mayores estragos en la tierra enemiga, á fin de que las gentes distantes, solo por el temor que inspiraba la fama, les prestasen obediencia. No tanto las espadas acicaladas, no las lanzas relumbrantes, no el trenzado arnés, no el peto fuerte les aseguraban la victoria por donde quiera, como el valor que igualmente á todos enardecia. Así Fernando el Santo salió á esgrimir su acero contra la morisma con soldados, aunque pocos por el número, no pocos sino muchísimos por su fortaleza. Así pudo vencer y sobrepujar á tantos contrarios: así logró poner sus pendones sobre los mas altos homenajes de Córdoba, Ecija, Carmona y Sevilla.

Los cercados que despedian un tiempo á los embajadores del rey castellano con toda deshonra y todo vituperio, sin dones, tributos ni párias, ya puestos en la mayor angustia y necesidad, tenian que entregarse á los enemigos que menospreciaron con furor loco, no sin llorar al propio tiempo muy amarga y lastimeramente su desdicha.

Unos autores dicen que San Fernando ganó á Jerez, Medina, Alcalá, Vejer, Puerto de Santa Maria, Cádiz, Rota, Sanlúcar, Trebujena, Lebrija y Arcos:[1] otros que

[1] *Crónica general* (4ª parte). Juan de Mena *Las trescientas*. Es-

hizo tributarias estas poblaciones por el respeto á sus armas:[1] otros niegan ambos hechos reservando la gloria de estas empresas á su preclaro hijo don Alonso X.[2] Este fué aquel príncipe, desde su juventud gran caballero en las lides, generoso sobre toda generosidad, de espíritu remontado sobre el tiempo y sobre la fortuna, el sabio amante de los sabios, varon ilustre ejemplo lastimoso del poder de la ignorancia. Como superior á su siglo, su siglo no quiso reconocer la propia inferioridad y juzgó indigno de él al mas grande de sus hombres. Creyó débiles la lanza y el escudo en manos acostumbradas á la pluma y al códice: el cetro inútil en quien vivia bajo el yugo de la razon y de la ciencia: osó llegar con sus villanas iras hasta casi tocar en su corona: le abrió la tumba rindiéndolo mas con el dolor que con los años; y envolvió su cadáver y sus laureles secos, sin una lágrima de sus hijos y de sus pueblos, en el sudario donde iban en cambio las espinas con que le hirieron la ingratitud y la barbarie.

Monumentos que aspiran á mas segura inmortalidad que las prepotentes moles de los suntuosos edificios de su época, son las obras de filosofía, de historia, de legislacion y de poesía con que apeló de la injusticia de su siglo á las edades mas remotas: con ellas hizo aun mas que Scipion Africano cuando con sus propias manos plantó el mirto que habia de proteger con amigas sombras la piedra de su sepulcro, donde habia consignado con su nombre la ingratitud de su patria.

Don Alfonso el Sabio, con valerosos capitanes que le ayuden, con fuertes soldados que le defiendan, todos con grandes alientos para pelear y con mayores bríos para vencer, desciende desde Sevilla y á banderas ten-

pinosa, Historia de Sevilla.

1 Rallon y Mesa Ginete. Historias MSS. de Jerez dicen que Espínola vió un privilegio otorgado por el Sto. Rey en que entre los confirmadores se lee el nombre de *Sanchit* rey de Jerez, como su vasallo.

2 Así se lee en su *Crónica* donde se niega del todo el hecho.

didas por los llanos de Lebrija, llega hasta poner sus reales en los campos de Jerez. Esto acaeció el tercer año de su reinado (1255). Un mes tardó don Alfonso en asentar el cerco. Los de la ciudad no se hallaban prevenidos para el trance. Algunos de su campiña estaban acostumbrados á hacer correrías en tierras de cristianos; mas los habitantes de Jerez, habian trocado en su mayor parte las espadas en hoces, las lanzas en rejas de arados. Viendo como el rey don Alfonso les talaba la tierra, como abrasaba los sembrados, desmantelaba los castillos inmediatos, y como desarmaba las partidas de moros que procuraban acudir desde los lugares inmediatos en socorro de la ciudad oprimida, los moros jerezanos le enviaron una embajada, prestándose á reconocerlo por Señor, siempre que los dejase en posesion de sus casas y haciendas, por lo cual se ofrecian á pagar un tributo. Don Alfonso, aprovechándose de esta conquista sin pérdida de la sangre de los suyos, aceptó las condiciones ofrecidas, y entró en el alcázar de Jerez en señal de posesion: el reyezuelo moro salió de la ciudad con todos sus haberes, segun habia sido concertado.

En tanto que don Alfonso se ocupaba en la reduccion de Jerez, su hermano el infante don Enrique, se apoderó de Lebrija con facilidad, pues no tenia fortalezas. Puso seguidamente cerco á Arcos, que se resistió hasta que sus defensores supieron que Jerez estaba ya en poder de los cristianos. Entonces se rindieron al infante don Enrique con las mismas condiciones que esta ciudad, entregando su fortaleza á la hueste del rey don Alfonso.

Quedó por Alcaide de Jerez don Nuño de Lara, por su teniente Garci-Gomez Carrillo, por gobernador de toda la comarca en ausencia del rey el infante don Enrique, el cual no gozó en paz mucho tiempo este cargo. De condicion inquieta, movido constantemente por su ambicioso natural, daba aliento á las sediciones de algunos señores de Castilla contra su hermano; caballero, en fin,

todo artificio, todo traicion, teniendo, empero, mas de temeridad que de fortaleza, mas de impaciencia que de constancia. El rey desde Sevilla ordenó una hueste para combatir al infante, llamando al alcaide de Jerez don Nuño de Lara con objeto de que la capitanease. Así aconteció: el ejército salido de Sevilla encontró al del infante que lo acaudillaba, antes de llegar á Lebrija. El combate fué tenaz por unos y otros. Don Enrique y don Nuño llegaron al extremo de combatir por sus propias personas, recibiendo entrambos heridas leves. Al fin el infante teniendo mas que temer tuvo menos valor para confiar en sus fuerzas, y se retiró á Lebrija, desde donde huyó á la noche siguiente en direccion del Puerto de Sta. Maria. Embarcóse en Cádiz: de aquí pasó á Valencia; mas no hallando en el reino de Aragon el buen acojimiento que anhelaba, pasó al Africa con muchos cristianos sus parciales, residió cuatro años en Túnez, de Túnez se trasladó á Italia, fué senador en Roma y dejó en todas partes una estraña memoria de sus aventuras y peregrinaciones.

Los moros de estas partes aprovecharon la ausencia que á Castilla habia hecho su alcaide don Nuño de Lara y el estar retirado tambien de las ciudades de Andalucía el rey don Alfonso. Deseosos de romper la cadena de la esclavitud en que vivian desde que miserablemente se dejaron vencer y vergonzosamente sujetar, los moros de Jerez, Arcos y Lebrija sacudieron la flojedad y cobardía en que estaban, y acometieron en sus fortalezas á los pocos cristianos que las guarnecian. Defendió Garci-Gomez Carrillo con valor heróico el alcázar de Jerez; mas un dia y otro se acrecentaban las fuerzas de los enemigos con ayuda de los moros que venian de Algeciras y Tarifa para asegurarles la victoria. Al fin los moros se apoderaron de una parte del alcázar: retirado Gomez Carrillo con pocos escuderos á una torre, persistió en su defensa, hasta que estos fueron muertos y él prisionero por medio de unos garfios de hierro con que los moros lo ase-

guraron por la armadura. Fortun de Torres, descendiente de don Fortun Segundo, rey de Navarra, era alferez mayor de Jerez. En el asedio del alcázar mantuvo enarbolado el estandarte real defendiéndose y alentando á los suyos con singular esfuerzo y admirable constancia. Herido en las piernas, y cortadas las manos, todavía con los dientes y los troncos de los brazos procuró tener en pié el estandarte hasta el punto en que acudieron á recojerlo los cristianos. A poco lanzó el postrimer suspiro.

Garci Gomez Carrillo, á quien los moros profesaban cariño, sin duda porque los trataba con la consideracion debida á los sujetos por las armas, no irritándolos como á enemigos, fué curado por estos con el mayor cariño, y enviado al rey don Alfonso con cartas en que certificaban el valor con que habia defendido el alcázar.

Dos años despues, ya don Alfonso se encontró con fuerzas bastantes para combatir la morisma. Llegó á Sevilla y comenzó á descender hácia los lugares sublevados, con objeto de poner freno y castigar la arrogancia de los moros. Al estrépito de los aceros de su hueste, al galopar de sus caballos, al brillo de las puntas de sus lanzas, heridas por los rayos del sol, y al resonar de sus gritos de guerra parecian estremecerse las sierras inmediatas. El espanto penetraba en los hondos valles, subia á las cumbres de las colinas y amenazaba con las venganzas y los castigos. Utrera, oprimida con el asedio de los moros jerezanos, quedó libre. Jerez fué asediada por espacio de cinco meses, hasta que combatida por máquinas militares y por el vigoroso esfuerzo de los sitiadores, hubo de rendirse sin mas condicion que la de dejar á los sitiados en la libertad de sus personas y en la conservacion de sus vidas. El dia 9 de Octubre de 1264 acaeció la entrega de la ciudad de Jerez.

Antes de este tiempo debió ocurrir el saqueo de Cádiz por los cristianos. Refiere la *Crónica* de don Alfonso, que siendo el rey en Sevilla, supo que la villa de Cádiz estaba mal guardada. Hallábase en aquella sa-

zon con una muy bien prevenida flota, y ordenó á su almirante Pedro Martinez de la Fe que con don Juan García, Rico-hombre, y otros insignes caballeros y escuderos saliese de Sevilla un dia por la mañana, diesen las velas de sus naves al viento, y surcasen lo mas veloz que ser pudiese las aguas del Guadalquivir. Así lo hicieron, y al siguiente dia tambien por la mañana halláronse sobre la villa de Cádiz, que sin recelo tenia las puertas abiertas. Entraron por ellas matando algunos moros, aunque pocos; pues los mas con el improviso rebato no acertaron á ponerse en defensa. Don Juan García entró en Cádiz: ordenó tomar las fortalezas, y que se tuviese buen recaudo en la guarda de las puertas, como Pedro Martinez lo tenia en la de las naves para no ser ofendidos de los moros. Estuvieron así cuatro dias: en los cuales se apoderaron de muchas mercaderías, oro, plata, y otras cosas de muy grandes precios; y llevaron todas estas riquezas á sus galeras y navíos; y porque supieron que los moros se juntaban en gran número, para venir sobre ellos tanto por mar cuanto por tierra, y viendo cuan léjos tenian el socorro, hubieron de dejar á Cádiz, tomando la vuelta de Sevilla, con numerosos despojos y con muchedumbre de cautivos.

Equivocadamente cuenta el suceso la *Crónica* del rey en año posterior al de la toma de esta isla: así todos los historiadores del suceso, entienden que debió ocurrir antes.

Aunque ciertamente no se sabe cual fué el año en que ganó á los moros el sabio rey don Alfonso X la isla de Cádiz, existe una constante tradicion que en setiembre de 1262, víspera ó dia en que celebra la exaltacion de la cruz la iglesia romana, se apoderaron de esta ciudad las tropas de Castilla. Era en aquella sazon Cádiz de Jacob Aben Juzef rey de Fez y de Marruecos: el cual, sentido de la presa que de esta isla habia hecho don Alfonso, le envió embajadores para pedirle enmienda y satisfaccion de tal injuria y daño; pero no consiguió de seme-

jante demanda mas efecto que corteses razones.

Consideraba el rey don Alfonso que de mucha importancia podia serle Cádiz para la conquista de Africa. Así es que su primer cuidado fué reedificarla y darle pobladores. Labró todas sus casas de nuevo en estrecho sitio: construyó para asegurar la ciudad, cuya traza y forma era cuadrada, una fortísima cerca de mampostería, almenada y con torres de trecho en trecho, y levantó un soberbio castillo de piedra sobre antiquísimos y muy duros cimientos, con dos altos y cuadrados torreones y cinco cubos. La cerca de la ciudad tenia tres lienzos ó cortinas situadas, una á la parte del oriente, otra á la del norte y otra á la del occidente, con una puerta en medio de cada una.[1] La parte de la ciudad que caia á la banda del sur, estaba defendida por una muy alta peña tajada que incesantemente batian las siempre alteradas ondas de aquel mar. A esta poblacion se dió el nombre de villa.

Edificada esta, mandó traer don Alfonso trescientos pobladores, naturales de Laredo, Santander, San Vicente de la Barquera y Castro Urdiales: ciento de ellos hijosdalgo: los demás buena gente llana. El gobierno de la villa fué cometido á Guillen de Berja. Adjudicóles mucha y buena tierra fuera de lo que es isla de Cádiz; pues en ella no habia bastante para pastar ganados, para la sementera y para labrar viñas, huertas y heredades. Concedióles *que los hijos de los vecinos de Cádiz que fuesen clérigos, hubieran las raciones de su iglesia antes que otra persona estraña: que los vecinos de Cádiz pudiesen entrar en la ciudad cuantas mercaderías quisiesen sin pagar portazgo ni derecho alguno, así de entrada como de salida, y que pudiesen venderlas francamente en sus casas: que cualquier persona estraña que tragese á Cádiz mercaderías diese por ellas el tercio menos de los*

1 Aun se conservan las tres puertas de la antigua villa y son el arco que llaman de los Blancos, el que llaman del Pópulo, y el que llaman de la Rosa.

derechos que se acostumbran á dar en Sevilla: que tuviesen además feria de un mes, y que todos los mercaderes que á la fama de ella viniesen, nada pagasen de derechos: concedióles á mas otras franquicias con calidad de que habian de ser de los trescientos pobladores, los ciento ballesteros, los doscientos hombres de lanza.

Fué tan grande el amor que tuvo á esta isla, que solicitó del Papa Urbano IV la ereccion de su iglesia en Catedral, porque dice el mismo Pontífice en cartas dadas á 21 de Agosto de 1263. „En la isla de Cádiz hay puerto de mar, cómodo y tranquilo, y puede ser puerta á los fieles para la conquista de Africa, si se llena mucho de habitadores cristianos. Considerando tú (habla con don Alfonso) prudentemente esto, como príncipe fidelísimo; porque tu clara memoria anime é induzca á los reyes que te sucedieren á la guarda y aumento del mismo, y por eso los pueblos fieles de mejor gana determinen el habitarlo, has elejido con piadosa y prudente deliberacion, sepultura en la iglesia de Santa-Cruz que en la misma isla y en el lugar llamado Cádiz haces fabricar de maravillosa obra.„

La advocacion y título de la iglesia de Cádiz, fué el que hasta hoy tiene, *Santa-Cruz*, ó por haberse consagrado en el dia 14 de Setiembre, ó por haberse ganado en él la ciudad, ó por haber sido la divisa y blason de las armas de don Alfonso el Sabio una grande cruz dorada en campo encarnado sobre unas alteradas ondas de plata. Don Fr. Juan Martinez fué su primer obispo: su primer dean Ruy Diaz.

Opusiéronse el arzobispo y cabildo de Sevilla á la ereccion de la iglesia de Cádiz en Catedral, fundados en que á aquel arzobispado pertenecian los lugares con que don Alfonso acababa de enriquecer esta Catedral. Pero sus quejas no fueron bien recibidas del rey, ni menos del tribunal apostólico á quien acudieron.

Erigida la iglesia en Catedral el año de 1265, concedió don Alfonso á Cádiz el título de ciudad, quitán-

dole el de villa. Dióle para su justicia dos alcaldes ordinarios y un alguacil mayor, á quienes tocaba el conocimiento de todas las causas civiles y criminales de la ciudad, de la bahía y del lugar que entonces llamaban de la puente, hoy San Fernando. Seis eran los regidores, nombrados para cada año, y no comprados los oficios. Habia tambien jurados; pero se ignora su número. Los alcaldes se elegian por un año solamente. Ellos y el alguacil mayor entendian ademas de las causas que de Medina Sidonia, Puerto de Santa María, Rota y Sanlúcar venian en apelacion á fenecer en esta ciudad, si no eran negocios de mucha importancia. Los alcaldes ordinarios y regidores de estos lugares, y los de Chipiona y Trebujena habian de ser confirmados por esta ciudad antes de ejercer los oficios, y no siendo tenidos por convenientes, elegíanse otros. Don Sancho el Bravo, hijo de don Alfonso, confirmó los privilegios que su padre habia concedido á esta ciudad, y para guarda y defensa no solo de ella sino de todas las costas que se ven en sus contornos, previnose de fuerzas marítimas, para lo cual hizo conducir una armada que tenia suya Miser Benito Zacarías, caballero genovés. Hízole natural de estos reinos y dióle en juro de heredad el Puerto de Santa María que don Alfonso habia poblado, con su castillo para él y sus sucesores, con obligacion de tener siempre en el Guadalete una galera armada para defensa no solo de Cádiz, sino de todos los lugares que están cerca de esta ciudad, ya sobre la orilla del mar, ya en la tierra adentro.

No bastaron á don Alfonso las conquistas de Cádiz y Jerez. Combatió á Arcos, combatió á Sanlúcar y á Rota, combatió al Puerto de Sta. María y Medina Sidonia, combatió en fin á Alcalá y á Vejer, llevando siempre tras sí el favor de la fortuna. Todos estos lugares cayeron bajo el yugo de su diestra vencedora. La parte de nuestra provincia, recuperada á los moros, tomó el nombre de frontera.[1]

1 El viage del caballero Noruego del siglo XIII anteriormente

Expulsados los habitantes de todas estas poblaciones que habian negado por la via de las armas su obediencia y vasallaje al rey don Alfonso, este encomendó la defensa de ellas á caballeros hijosdalgo, repartió las casas, las viñas y las demás tierras entre muchos cristianos que hizo venir de Castilla, y entre algunos moros y judíos, vasallos suyos tambien.

Así quedó reducida al cristianismo una gran parte de las primeras poblaciones conquistadas por Táriq y Músa. Todavía una horrenda y tenaz lucha ensangrentará estos lugares, antes que las banderas de los cristianos ondeen para siempre en las almenas de Algeciras y de Gibraltar. Los esfuerzos de los moros para conservar la posesion de la base de sus primeras conquistas serán terribles, mas en vano: inútilmente se aprestarán á combatir por la perpetuidad de un dominio, cuya hora de perecer habia sonado para que otro dominio se alzase tan prepotente como prepotente habia sido. Pero ninguno entre los moros comprendia que ya no era luchar contra los cristianos, sino luchar contra el destino. Siendo la larga duracion de un poder la cosa mas incierta de las inciertas, es sin embargo la mas creida de cuantas se creen.

Aun nos parece ver á aquellos primeros árabes tan sabios y tan aguerridos, cuando por la ley inevitable de la naturaleza fueron despertados del sueño de la paz, no bien crecieron sus ciudades en grandeza y poderío, y aspiraron á extender los límites de su prosperidad al par que extendian los del territorio de su imperio. Recordemos que el Africa oprimió á una parte de Europa, cuando la república de Cartago era pre-

citado, dice: "De isto loco (Cádiz) incipit terra que Betica dicitur. Secundum vero modernos vocatur etiam *Frontarea* eo quod frons est christianitatis ibidem contra infideles et ibi oporteat dura fronte barbaricis agminibus viriliter obviare."

De Cádiz decia este viajero. "Nunc vero per Alphonsum regem Castelle, ejectis inde sarracenis *firma et bene murata civitas est edificata.*

potente, que la Europa se enseñoreó luego de Africa, vengando Roma los ultrajes recibidos, que el imperio romano se hizo dueño del Asia, que el Norte esclavizó al mediodia, que el Africa se posesionó del mediodia y que mas tarde el mediodia abrió camino por el mar á Europa con el fin de que la América adonde jamás llegaron las armas de los Alejandros, de los Pompeyos, de los Césares y de los Atilas, se uniese á las vicisitudes del antiguo mundo, y no permaneciese mas tiempo ignorante de las dichas y desdichas de sus otras hermanas, y segura de que el estruendo de las armas y las ambiciones de aquellos caudillos atravesasen los desiertos del mar para oprimirla.

Todavía nos parece escuchar al Africa, semejante á una augusta matrona, levantándose de su solio y diciendo á sus varones:

„Mio ha de ser el dominio del mundo. Ya se acerca la hora de que vengueis los ultrajes que á vuestros antecesores hicieron los hijos de Europa: recordad á Cartago y su ruina: traed á la memoria la esclavitud de toda la Mauritania primero á las armas de la república y luego á las del imperio de Roma. Vosotros los vengadores de vuestra descendencia, derramaos por Europa, y esparcid la desolacion por sus campos y en sus ciudades. La barbarie reside en ellos. Así como el Asia llevó con las armas su sabiduría á la Europa y la Europa la esparció con sus conquistas por el orbe, ahora que ha huido de Europa y se ha amparado de mis brazos, servíos de ella para dilatar vuestro imperio.„

Dijo y las naves de los árabes pasaron el estrecho de Hércules y hollaron estos con pié firme el suelo de la Bética.

Ya vimos como no hubo poder para cerrar el paso á los vencedores: lucharon, despues de la derrota de Rodrigo, algunos capitanes con igual fortuna, pero todos ó se entregaron á la clemencia de los que venian espada en mano á conquistar la tierra, ó huyeron tan desordenadamente

como una bandada de palomas, temerosas á la vista del águila real.

Algunos indomables guerreros en un rincon de la abatida España alzaron el estandarte de la independencia. La oposicion al vencedor enemigo comenzó en motin, tomó las apariencias de ejército, pretendió alcanzar el nombre de reino. Y distintos reinos se fundaron en pos de este y unos unidos y otros separados descendieron á las costas como torrentes desatados por las tempestades, y así sujetaban á su dominio poblaciones enteras, como esterminaban á los que salian de ellas á esterminarlos.

Ya no existen aquellos muslimes leones en la fortaleza y en el ánimo: aquellos que pugnaban cuanto podian por vencer, aquellos que quedaban en los combates, ó sepultados en su propio triunfo, ó haciendo huir á los contrarios á refugiarse en los montes como si allí no pudieran ser perseguidos: aquellos en fin para quienes la misma grandeza de los riesgos desvanecia una tras otra las mas arduas dificultades.

Ante el poder del tiempo todo dejenera: los hijos de los héroes son vencidos sin resistencia: los mas excelsos muros caen por tierra sin manos y máquinas que los combatan.

La prepotencia de los árabes y africanos, conquistadores de España, espiraba por momentos, ayer fortaleza inespugnable, hoy en ruinas con el tiempo y la soledad, sueño y sombra, noche de verano, que en un punto pasó.

Todavía disputaran una y otra vez los africanos la posesion de los sitios, teatros de la gloriosa historia de sus antepasados: la tierra primera que pisó Tarif, el promontorio á que Táriq dejó su nombre, la ciudad donde Músa empezó la conquista, los campos de Jerez donde el poder godo quedó vencido: la comarca, en fin, paso de todas las sangrientas ambiciones de los almoravides, almohades y benimerines.

No abandonarán fácilmente á la profanacion de los cristianos el suelo regado con la sangre infeliz de los hé-

roes de la media luna: á costa de nueva sangre vertida inútilmente lograrán en contados y mal seguros dias solo abrevar sus caballos en el Guadalete: solo asordar con los heridos atambores sus campiñas, sin que en ninguna de sus poblaciones se alzen banderas mahometanas respondiendo á los acentos de la guerra.

Parece como que presentian que el abandono de la llave de sus conquistas, iba á ser la señal de la inmediata destruccion del poder fundado por Táriq y Músa.

LIBRO V.

GUERRAS EN LA PROVINCIA.

CAPITULO I.

Entrada de Aben Juzef en socorro de don Alfonso el Sabio.—Muerte de este monarca.—Aben Juzef declara la guerra á don Sancho el Bravo.—Sitio de Jerez.—Retiradá de Aben Juzef.—Toma de Tarifa por los cristianos.—Cerco de Tarifa por los moros.—Heroicidad de Guzman el Bueno.—Cerco de Algeciras.—Toma de Gibraltar.—Muerte de Guzman.

Don Alfonso el Sábio, afligido por el desamparo de los suyos, acudió á la magnanimidad del rey de Marruecos Aben Juzef para que sobre su mas preciada corona le prestase cantidad de dineros, y para que al propio tiempo le diese socorros de gentes con que combatir la rebelion de sus pueblos, declarados por su hijo don Sancho. El monarca moro no solamente le facilitó sesenta mil doblas de oro, sino que en persona acudió á Algeciras con el fin de auxiliarlo en la empresá de reducir por la fuerza de las armás á un hijo ingrato y á unos súbditos aun mas ingratos todavía.

Cerca de la villa de Zahara, ó en la misma Zahara, se avistaron los dos príncipes para concertar el modo de combatir á los rebeldes. Y con efecto, comenzada la campaña, la felicidad coronó los generosos esfuerzos de Aben Juzef en pró de su aliado: Don Alfonso el Sabio no se arrepintió de haberse fiado en la palabra de un enemi-

go suyo en la religion: pues con su noble auxilio sometió gran número de poblaciones. Respetando Aben Juzef el infortunio de un tan gran príncipe, hizo por su causa lo que los reyes de Portugal, Aragon y Francia se habian negado á hacer, fundándose en distintos y mal razonados pretestos. Al fin don Alfonso, vencido por el dolor así de los ultrajes que á su ancianidad habia reservado su hijo, como del que le ocasionó la falsa nueva de su muerte, espira en la ciudad de Sevilla, dejando á la posteridad la admiracion de su ciencia.

Don Sancho, enmedio de sangrientos disturbios, ocupa el trono de su ofendido padre. Aben Juzef deseó ajustar paces con el nuevo monarca; pero don Sancho por el momento no pudo olvidar que su progenitor insigne habia recibido en su desamparo el socorro de este príncipe: injuria que se propuso vengar rencorosamente por medio de una guerra feroz, cuando el estado turbulento de Castilla lo consintiera.

Aben Juzef salió de Algeciras con numerosa y aguerrida hueste; y tomó su camino derecho para la ciudad de Jerez. Paró sus haces contra ella, acercándose tanto á sus muros que colocó su real en uno de los olivares mas inmediatos. Desde ellos comenzó á fatigar á los jerezanos con asaltos contínuos, rechazados con valor heróico. El alcalde de la ciudad Fernan Perez Ponce sustentó por mas de seis meses la defensa, y aun esforzábase tanto en ocasiones, que hacia impetuosas salidas, llegando á hostilizar á los enemigos en sus propios alojamientos.

Don Sancho no pudo prestamente acudir en socorro de Jerez; mas al cabo bajó á Sevilla con objeto de prevenirse para la lucha con el moro y descercar la ciudad que por tanto tiempo era asediada. Los constantes trabajos de la resistencia debilitaron la salud del alcaide Perez Ponce, hasta el punto de caer enfermo tan gravemente que ya no podia dirijirla ni por su persona, ni por sus disposiciones, ni aun por su consejo. En esta

tribulacion de la falta del caudillo y de doblarse el rigor del moro en la opresion del cerco, muchos caballeros se juntaron en la iglesia de San Juan para conferir el modo de dar cuenta al rey en demanda de socorro. Con sangre de sus venas escribieron y firmaron una carta á don Sancho representándole el trance peligroso en que se hallaban, y que si no acudia con todo su poder á prestarles auxilio ellos resistirian hasta morir, mas la ciudad vendria á caer bajo el yugo del rey moro.

Don Sancho, movido del riesgo de los Jerezanos, salió de Sevilla con pocas fuerzas, mas animado de su valor que de su número. Aben Juzef no quiso aventurar su ejército á un combate y así levantó su campo dirijiéndose hácia Algeciras. Don Sancho queria seguirle el alcance y lidiar con él; mas su hermano don Juan y el señor de Vizcaya don Lope Diaz de Haro lo disuadieron del intento, pues secretamente estaban concertados con el rey de Marruecos.

Al llegar Aben Juzef con su ejército por la parte acá del Guadalete, vió un número grande de bajeles en la bahia de Cádiz, surtos enfrente del sitio donde hoy está el castillo de Puntales. Ignorando de quien era aquella armada, mandó á uno de sus capitanes con objeto de que la reconociese. Llegó á Matagorda su mensajero y desde allí interrogó al que comandaba los bajeles del almirante Benito Zacarias, á Fernan Perez Maymón gran privado de don Sancho. Este caballero mostrándole un pan y un palo le recordó las palabras que al embajador de Aben Juzef habia respondido el monarca castellano cuando el príncipe moro el año anterior habia solicitado ó mas bien exijido su alianza: *que con aquel palo estaba dispuesto á defender aquel pan:* palabras bárbaras dignas de un príncipe que tan enemigo fué de la ciencia de su padre. Libre la ciudad de Jerez, tornó don Sancho á Sevilla, combatido de mil recelos por la poca fé que habia descubierto en su hermano don Juan y en el Sr. de Vizcaya; y conociendo

cuanto convenia para deshacer una parte de sus alevosos intentos, tratar de paces con el rey Aben Juzef, cuya lealtad conocia, por la que supo mantener á su padre, salió de Sevilla á caballo en compañía de don Pedro Alvarez de Asturias. En Jerez permaneció don Sancho por dos dias, ignorándose la causa de su venida. Al cabo tornó á cabalgar solo con aquel caballero y tomó la vía de Algeciras.

No burló á don Sancho la confianza que habia puesto en la buena fé del rey moro. Este no solo lo recibió con todo agasajo, sino tambien capituló con él paces y le facilitó dinero para los gastos de la guerra.

Mas toda esta amistad con los africanos acabó con la vida de Aben Juzef. Su sucesor Aben Jacob era hombre de natural feroz y turbulento, y enemigo de los amigos de su padre. Solo desempeñaba sus palabras por medio de la alevosía, solo ambicionaba adquirir un renombre propio, no por la imitacion de los hechos de sus progenitores, sino por los que le inspiraba el menosprecio de toda virtud esclarecida. Quebrantadas las paces con el rey don Sancho, este dispuso un ejército y una armada para cercar á Tarifa, y él en persona vino rigiendo la hueste. Entre los mas distinguidos caballeros que acudieron á esta jornada, sobresalia don Alonso Perez de Guzman, valiente y generoso caudillo. Grande fama habia adquirido por su enojo con don Alfonso el Sabio, por haber estado mucho tiempo en la privanza del rey Aben Juzef, siendo compañero de sus victorias sobre los rebeldes africanos, y aconsejándole libremente, mas con deseo de servirle que de agradarle, por haber sido la persona á quien en sus desdichas recurrió don Alfonso para que el monarca moro le prestase auxilio; y por haber correspondido enteramente y con toda lealtad á las esperanzas de tan malaventurado príncipe, quien le cedió en recompensa el señorío de la villa de Alcalá de los Gazules.

No pudiendo tolerar la estraña condicion de Aben

Jacob, tornó á servir á su patria, con mas ambicion de gloria que de premios, y en la toma de Tarifa demostró que los tesoros, que habia ganado en tierra de infieles, estaban á disposicion de su príncipe para allanarle la empresa. Seis meses duró el cerco de la villa: tanta fué la constancia de los sitiados y tal la fortaleza de los muros que los guarecian. Al cabo el dia 20 de Setiembre, segun unos ó 21 segun otros, del año de 1292 el estandarte de Castilla tremoló sobre sus torres, quedando, despues del asalto, esclavos cuantos moros se encontraron en su recinto.

El primer pensamiento del rey, conociendo lo difícil de mantener ejército para su defensa, fué desmantelarla; mas el maestre de Calatrava don Rui Perez Ponce de Leon se obligó á conservarla por un año. Las mezquitas de Tarifa fueron bendecidas por el obispo de Cádiz don García, que se halló durante el asedio en el real del monarca.

Don Sancho regresó con su ejército á Sevilla, ya herido de la dolencia que le ocasionó la muerte, dolencia adquirida en los trabajos de los combates que tuvo que sustentar con los moros en el espacio de tanto tiempo por la posesion de Tarifa.

Cumplido el año de su empeño, hubo de dejar el Maestre de Calatrava el cuidado de la villa, recibiéndola por el rey don Alonso Perez de Guzman. Aben Jacob, deseoso de tomar venganza en este caballero por haber abandonado su servicio y por haber sido uno de los que mas contribuyeron á arrebatarle á Tarifa, puso á las órdenes del infante don Juan, enemigo ya declarado del rey don Sancho, un ejército de cinco mil ginetes para recuperar aquella fortaleza.

Asentado el cerco, y opuesta una perseverante resistencia, ofreció don Juan al generoso alcaide cuantiosos tesoros en nombre del emir de Marruecos si entregaba á Tarifa. Mas el ilustre Guzman despreció sus ofertas con cuanta indignacion cupo en su pecho; las

despreció como estaba á toda hora en la defensa despreciando los peligros. Luego tornó á dirijirle otra propuesta, la de que se obligaba á levantar el cerco de la villa, siempre que Guzman partiese con él los tesoros que en ella guardaba. Todo fué sin efecto: la entereza del alcaide no podia rendirse por este medio. Entonces el infante, abusando indignamente de la confianza que un tiempo habia depositado en él Guzman, determinó amenazarlo con la vida de su primogénito don Pedro Alonso, inocente niño que habia recibido un tiempo para llevar al reino lusitano, y á quien quiso poner de por medio entre el homenage que Guzman habia hecho al rey, y entre su corazon de padre.

En el instante de sentarse á la mesa Guzman para comer en compañía de su esposa doña María Alonso Coronel, una llamada del campo enemigo le hizo abandonar por un momento su palacio. Acude al adarve y el infante se pone cerca de los muros, llevando consigo sujeto de piés y manos como preparado al sacrificio, el tierno niño, que tal vez en este dia, no conociendo su mal, jugaba con las armas del mismo soldado que habia de herirlo, y se reia con el mismo príncipe que estaba sediento de su sangre. Creyó don Juan que á la vista del hijo el valeroso alcaide arrojaria de las manos las armas: que, herido del amor paternal, le seria imposible perseverar en la defensa. Intima al padre la rendicion de Tarifa, ó la inmediata muerte de don Pedro. Hondo terror hiela los ánimos de los soldados que coronaban las almenas. Apenas podian sostenerse aquellos denodados guerreros: apoyábanse en las lanzas ó en los muros: sus rostros estaban descoloridos cual si acabaran de salir de la tumba.

Mas decia en tan tenebrosa é infeliz hora, la seguridad en el semblante de Guzman, que en su enemigo las amenazas.

„En vano te fatigas, dijo al infante, para que olvide la lealtad que debo á mi rey: antes, no solo ese hijo, sino

mil que tuviera, todos dejaria entregar á la muerte. Y para que veas cuanto prefiero mi honra y mi deber á su vida, toma mi propio cuchillo." Iban á hablar algunos soldados; mas calladamente los reprendió y contuvo Guzman con la terrible austeridad de su mirada.

Apártase del muro, deja á los soldados llenos de confusion, de asombro y reverencia, torna á su palacio y se sienta á la mesa con aspecto sereno, quizá para encubrir á su esposa el riesgo que amenazaba al hijo. No bien oyó estas palabras el infante, tanto se encendió su maldad, tanto su saña contra el denuedo del alcaide, que al punto ordenó la muerte de don Pedro á vista de los mismos soldados que custodiaban los muros. En vano invoca el niño con gemidos y lágrimas la piedad, que no tenia el perverso príncipe. Dá un solo grito, que era mas que grito, el último de sus ruegos; y el cuchillo de su mismo padre corta en su garganta sus gemidos. El destemplado compás de los atambores y añafiles atruena la campiña donde queda tendido el niño infeliz ante las puertas de Tarifa. Los alaridos y las piadosas esclamaciones de un pueblo entero, responden á los acentos bárbaros con que solemnizaban los moros la espantosa tragedia. Parecia que los gritos subian hasta las nubes y penetraban hasta los cielos clamando venganza.

Guzman ya habia visto morir á su hijo con los ojos del alma: el golpe del cuchillo habia resonado en su corazon en el instante de la herida. Levantóse maquinalmente de la mesa, y cual si hubiera salido de un letargo apenas reconocia á los que miraba. Al fin se atreve á preguntar la causa del estruendo, tal vez deseoso de que su corazon se hubiese equivocado. Mas al saber que era verdad lo que le fatigaba el alma, solo dió por respuesta á los que le anunciaron su desdicha: *Pensé que en Tarifa habian entrado los enemigos.*

La nueva de la muerte no podia sorprender ni aterrar á Guzman: Guzman desde el momento en que vió

centellear la ira en los ojos del traidor infante, habia comenzado á ver morir á su hijo. Al punto que se escuchan por el palacio los acentos del pueblo, un grito de terror sale de los labios de la matrona ilustre que habia abrigado en su seno al infeliz don Pedro, cual si la cabeza del hijo hubiera caido en su regazo, cual si el golpe impetuoso de la sangre hubiera herido su rostro, la postrera prueba del dolor de una madre. Guzman enfrena las lágrimas que no lloró al saber la muerte del hijo, y que apenas podia contener viendo las de su esposa, su esposa desolada sin color en el rostro, los ojos mortales, los brazos caidos en el asiento donde yacía rendida, con la cabeza inclinada á una parte, como ajena de todo consuelo.

Tal vez Guzman, durante las horas de la temerosa noche que sucede á tan amargo dia, dormido en sobresaltado sueño, derrama contra su voluntad una lágrima, que se hiela en su semblante, viendo la imájen ensangrentada de su hijo: tal vez las lejanas voces de los centinelas que en la callada noche se daban mútuas señales de vijilancia por el campamento enemigo, parecian á los dos esposos los acentos de dolor que desde la eternidad lanzaba don Pedro.

Tornó el dia, y la realidad de su muerte puesta en duda por el deseo en medio del sueño, aparece mas espantosa. Apenas dejaron al niño desangrado y palpitante en el suelo los que quizá con cobarde y forzada obediencia fueron ministros de las iras de don Juan, permitió este, mas como muestra de su enardecida fiereza que como respeto y compasion á un padre infeliz, que algunos soldados de Tarifa recojiesen el cadáver del hijo y compañero de la fama de Guzman. Probablemente, si por un momento pudo Guzman quedar libre de las lágrimas y consuelos que lo rodeaban, levantaria con su mano izquierda la sábana donde estaba envuelto el que fué la delicia de su corazon, la esperanza de su linaje, el bien de toda su vida, en tanto que con su dies-

tra temblorosa estrechaba las heladas manos de su hijo, heladas pero que muy poco se distinguian de las del padre. Tal vez esclamaria „hijo mio„, con débil aliento, cual si la voz espirase en sus labios: tal vez besando los del niño sepultaba en ellos suspiros que apenas habian salido espresados de su boca, de temor de que pudieran ser oidos. No pasó mucho tiempo sin que las traidoras lanzas de los ginetes africanos dejasen de resplandecer en torno de Tarifa, huyendo con doble afrenta y con eterna ignominia el infante don Juan, traidor dos veces. Socorros de mar y tierra acuden enviados por el rey don Sancho. Despues de seis meses de tan triste asedio, libre quedó Tarifa. Guzman, que desde el trájico fin de su hijo, solo abrigaba dos pasiones, la de la ira y la tristeza, al ver los auxilios que por salvar la fortaleza acudian de todas partes, derramó lágrimas de placer: lágrimas que podian ser interpretadas de gozo y serlo realmente, pero tambien porque ya sin mengua de su entereza podia encubrir con este nombre el llanto de su desconsuelo.

Descercada Tarifa por la flota de don Sancho á las órdenes de don Juan Mathe y Fernan Perez Maymón este su canciller y aquel su camarero, Guzman partió con su esposa á ver al rey que estaba en Castilla afligido de una mortal dolencia. La desconsolada matrona derramaria de sus ojos lágrimas de sangre contemplando por la postrera vez los campos donde la de su hijo fué vertida y los altos cerros inmediatos que se iban alejando y desapareciendo de su vista sin que desapareciesen ni se alejasen aquellas lágrimas que jamás se le enjugaron.

Antes de pasar á avistarse con el monarca, este habia escrito á don Alonso Perez comparando su hecho con el sacrificio, que por servir á Dios, Abrahan se determinó á ejecutar en la persona de su unigénito, comparacion que los mas esclarecidos poetas españoles han repetido al cantar las hazañas de este héroe. Al propio

tiempo confirmaba en él el renombre de *Bueno* con que por su linaje era conocido, así como por su ánimo generoso.

No ha faltado en nuestro siglo quienes hayan calificado de bárbara crueldad la hazaña de Guzman el Bueno. Yo al referirla cual la historia la refiere, le he dado el colorido, la animacion y la vida, con que en mi sentir debe ser juzgada. Ahora manifestaré algunas nuevas razones, ya que la dejeneracion de nuestro siglo nos obliga á escribir la apología de la gran virtud llamada fortaleza.

No habia ley vigente que preveyese el caso de Guzman el Bueno; pero estaba escrita, y aunque no lo estuviera, para un hombre de honor que habia prestado á su rey homenaje de guardar y defender la fortaleza, solo su muerte ó su prision, cubierto de míseras heridas, podria disculpar que los enemigos derribasen de las almenas los pendones castellanos.

Su amigo don Alfonso el Sábio parece como que habia visto con los ojos de su inteligencia el caso que habia de ocurrir, cuando apenas su cadáver hubiese comenzado á tomar el reposo de la tumba. En una de las leyes de Partida señala, entre las obligaciones de los alcaides, la de no entregar las fortalezas aunque por ello maten á sus mujeres ó sus hijos.[1]

Don Alonso Perez de Guzman el Bueno habria leido esta ley, aun no publicada como tal, mas ley en un todo conforme á su honor. La resistencia, pues, ante las ame-

1 Entre las obligaciones de los alcaides ponia el rey don Alfonso las siguientes:

"Et demas desto debe ser muy acucioso en guardar bien el castiello que toviere è non se partir dél en tiempo de peligro; et si acaeciese que gelo cercasen ó gelo combatiesen, débelo amparar fasta la muerte, et por le tormentar ó ferir ó matar la mujer ó los fijos ó otros homes qualesquier que amase, nin por él ser preso ó tormentado ó ferido de muerte ó amenazado de matar, nin por otra razon que ser pudiese de mal ó de bien que le feciesen ó prometiesen de facer, non debe dar el castiello, nin mandar que lo den, cá si lo feciese caerie por ende en pena de traycion." Ley—6—Tit. XVIII de la part. 2ª

nazas no puede acriminarse, sino por los que desconozcan todo sentimiento de dignidad: y así, las acusaciones contra Guzman solo se fundaban en el hecho de arrojar su propio cuchillo como alarde de una enerjía que casi tocaba en fiereza. Mas bien es advertir que puesto en el deber en que se hallaba, no un hijo sino todos hubiera dado en cambio de todas y cada una de las piedras de Tarifa. Guzman, al frente de la limitada guarnicion que defendia la plaza, creyó flaqueza parecer padre, debilidad indigna manifestar sus afectos de hombre. ¡Trance el mas cruel de los crueles, tener que esforzar á la gente con el ejemplo de su entereza cuando el corazon le estaba pidiendo que llorase!

Obligado á responder á la insolencia y temeridad con que amenazaban la vida de su hijo y no siendo ocasion del ruego, en la prontitud de su arrogante respuesta tuvo que encubrir la ternura de su afecto. Se aconsejó con la amenaza misma y tal vez vió que para hacer el infante lo que decia necesitaba olvidar lo ilustre de su sangre, convertirse en deshonra y escarnio de todas las gentes y ser un desleal indigno de la vida: tal vez creyó fácil vencerlo con su magnanimidad, no porque juzgase imposible la ejecucion de su amenaza, sino por que no se atrevió á tenerse por tan desgraciado. Confundir en Guzman la heroicidad con la fiereza de que era ageno equivale á despojarlo del título de padre, y negarle el derecho que tenia al dolor, aquel dolor á que ningun sufrimiento, escepto el suyo, fuera bastante.

No fué la hazaña de un padre cruel el arrojar el afilado cuchillo para que con él ejecutasen la resolucion de dar muerte á su hijo, en cambio de Tarifa; fué la de un hombre, todo generosidad y grandeza, que no pudiendo comprender el estremo á que llegaría la indignidad de un enemigo, ponia al infante, si se resolvia al cumplimiento de la amenaza, en el tremendo caso de tener que desistir de ella, desarmado por la misma atrocidad del hecho. Así y solo así juzgo á Guzman el Bueno: así y so-

lo así pudo ser padre y héroe á un tiempo mismo. No de otro modo se debe juzgar al varon ilustre que no mancilló su larga vida con acto alguno de crueldad: el que no fué cruel con sus contrarios ¿habria de serlo con su hijo?

El espíritu caritativo de Guzman le habia adquirido el sobrenombre de *bueno*, que ha confirmado la historia. Los desdichados hallaban en él constantemente lástima y remedio. Cuando una gran parte de Andalucía estaba aflijida del hambre y de la peste, ¿quién sino Guzman mitigó la desesperacion con que las madres arrebataban hasta á sus propios hijos el corto alimento que ya tenian en las bocas, y los hombres se disputaban cualquier yerba que nacia acaso, sin averiguar si era venenosa? ¿Quién sino Guzman hizo brotar lágrimas de placer en ojos enjutos de haber llorado tantas desventuras? Los tesoros del héroe defensor de Tarifa sirvieron de consuelo á un pueblo consternado por todo género de tribulaciones. Grande debió ser la piedad de este preclaro varon en un siglo donde tan desconocida estaba entre los poderosos de la tierra. El que se enternecia ante las desdichas de otros ¿cómo pudo provocar ó ver con indiferencia la que le heria mas directamente que todas en su corazon de padre? Tanta mayor gloria le resulta de su hazaña, comparable solo con la de Junio Bruto sacrificando la vida de sus hijos por la salvacion de la república, con las de Postumio y Manlio Torcuato mandando la muerte de sus hijos por haber dado la victoria á Roma, infringiendo las leyes militares, nervio de la prepotencia de su patria; pues vencer contra el precepto del capitan era alevosía.

Ejemplos maravillosos nos ofrece la historia de aquel pueblo: de ellos pudo haber tomado el infante don Juan alguno en la de nuestra misma España. Quinto Metelo abandonó el sitio de una ciudad porque en sus murallas presentaron para la muerte á los hijos de uno de sus vecinos que se habia pasado al campamento romano. Así

aquel caudillo tuvo en mas sus sentimientos de humanidad que la segura victoria; pero hay gran diferencia en los sucesos: aquel era un general valiente, el infante solo era terrible contra la flaqueza de un niño. Recompensó don Sancho la virtud de Guzman haciéndole merced de toda la tierra de la costa de Andalucía desde la desembocadura de Guadalquivir hasta la del Guadalete. Sanlúcar era solo un castillo de siete torres:[1] Chipiona y Rota pueblos de corto vecindario. El Puerto de Santa María fué adquirido por venta ó empeño del almirante Benito Zacarías. Concedióle además el rey todas las almadrabas desde Guadiana hasta la costa del reino de Granada. Entonces se comenzó la poblacion llamada Torre de Guzman, mas tarde conocida por *Conil,* en memoria de otra que hubo en sus cercanías, así nombrada.

Otro nuevo cerco esperimentó Tarifa reinando el sucesor de don Sancho. Encerrado en sus muros don Alonso con la corta hueste que tenia á sus órdenes, la conservó no obstante la falta de socorros, pues en el tiempo de la menor edad de don Fernando IV todo era desconcierto en la monarquía por las míseras ambiciones de los príncipes y grandes. En grave riesgo de ser desmantelada se halló Tarifa; pues el infante don Enrique encargado de la gobernacion por la reina doña María de Molina, así lo tuvo resuelto; pero el consejo y las instancias de Guzman lograron al fin que la villa se defendiese. Durante el nuevo asedio, no se enflaquecieron la firmeza de su corazon ni la constancia en su propósito de conservar á toda costa el lugar del sacrificio de su primogénito, hasta que los moros, perdien-

1 Llamábase el castillo *Solucar de Alpechim.* Dió al castillo y á la poblacion que fundó luego Guzman el nombre de *Sanlúcar,* añadiéndole el dictado de *Barrameda,* no por estar enfrente de la *barra* del Guadalquivir, como solo por el sonido de las palabras han asegurado antiguos escritores, sino por el linaje de *Barrameda* á que pertenecia Aben Juzef, el amigo de Guzman y poseedor que fué de esta fortaleza. Tambien cambió varias tierras en Extremadura, por otras en Vejer, Medina y Conil.

do la esperanza de recuperar á Tarifa, abandonaron el cerco.

El rey Fernando, habiendo entrado en la mayor edad y estimando convenientísimo por la seguridad de esta parte de sus fronteras desposeer de las Algeciras y de Gibraltar al rey de Granada, de quien eran por cesion de Aben Jacob, bajó á nuestra provincia con gran ejército (1.309) y asentó su real sobre la primera de aquellas ciudades, no usando para el asedio barreras ó trincheras, que esto tenian por gran mengua los antiguos españoles. La ciudad de Algeciras hallábase murada perfectamente para la manera de guerrear de aquel tiempo: la guarnecia gente esperimentada en las lides: las provisiones abundaban: todo hacia difícil el cerco. En vano al imperio de la voz del rey acometieron varias veces sus muros los cristianos: inútilmente los esforzaba mas con su energía que con sus palabras: mas con su ejemplo que con su mandato. Rechazados en los combates, el mismo monarca clamaba á los suyos y tornaba á recojer el esparcido ejército. Ninguno hubiera sido el efecto de esta jornada, á no encomendar á don Alonso Perez de Guzman, á don Juan Nuñez de Lara y al arzobispo de Sevilla, la toma de Gibraltar con improviso asalto, los cuales, acaudillando guerreros de corazones intrépidamente esforzados, por distintas partes acometieron la ciudad, que no sin gran resistencia fué tomada. El rey don Fernando desde su campo al pié de las torres de Algeciras, saludó con la voz de la alegría el estandarte de la cruz tremolado por vez primera sobre la fortaleza de Táriq, y él mismo fué en persona á tomar posesion de la ciudad y de aquel monte por quien dijo el poeta árabe que estaba mudo y sosegado como la tumba que encerraba los arcanos de su destino, como si receloso y triste pensase en su conquista ó en su abandono.

Es fama que los moros al capitular obligaron á los vencedores á que les facilitasen su traslacion á Africa,

pues al rendirse no urdieron una red de hierro en que su libertad quedase prisionera. Al entrar el rey, un anciano moro le dirijió estas palabras:

„¿Qué desdicha es esta por mi mal hado ó por mis pecados causada? ¡Que toda mi vida ande desterrado y á cada paso me sea forzoso mudar de lugar, y hacer alarde de mis desventuras por todas las ciudades! Don Fernando, tu abuelo, me echó de Sevilla, de donde soy natural. Fuíme á Jerez. Esta ciudad conquistó tu abuelo don Alonso, y me fué necesario acogerme á Tarifa. Ganó esta plaza tu padre el rey don Sancho; y por la misma razon me fué forzoso pasar á Gibraltar. Cuidaba con tanto poner fin á mis trabajos, y esperaba la muerte como puerto seguro de todas estas desgracias. Engañóme el pensamiento; y al presente soy de nuevo forzado á buscar otra tierra. Yo me resuelvo á pasar la vida en Africa por ver si en tan largo destierro puedo amparar lo postrero de mi pobre vejez, y pasar en sosiego lo poco que me puede quedar de vida.„

Encarecimiento de la rapidez de las conquistas de los cristianos, mas que historia verdadera pareceria este hecho, si así como nuestros autores lo refieren, lo callaran los historiadores árabes. Mas no es así: ellos lo cuentan del mismo modo. No hay, pues, motivos suficientes para ponerlo en duda.

Llegóse en esto el invierno y fué imposible á don Fernando mantener su hueste sobre Algeciras. Al propio tiempo solicitó una tregua el nuevo rey de Granada. Otorgóla don Fernando y en virtud de la suma de cinco mil doblas de oro, levantó el asedio de Algeciras, que de otro modo hubiera tambien abandonado.

Don Alonso Perez de Guzman el Bueno quedó por adelantado de la frontera. El 19 de Setiembre del mismo año, llevado de su ardimiento, penetró en las sierras de Gaucin y trabó un combate con los moros que en gran número salieron á oponérsele. Una saeta le atravesó el corazon y le derribó del caballo. Así fué Guzman

antes cadáver que vencido. Los suyos, aterrorizados y enflaquecidos con la pérdida lastimosa de aquel caudillo á quien obedecian sin interior violencia, aunque el peligro fuese inminente, tuvieron que abandonar la batalla á enemigos tan dichosos, y se retiraron en el mejor órden posible llevando consigo el cuerpo ensangrentado de Guzman el Bueno hasta Sevilla.[1]

Tal fin hubo este héroe, émulo de los mas grandes que la historia de Grecia y Roma presentan á la admiracion de todos los tiempos. El monumento que en España perpetua su gloria son los mismos muros de Tarifa, teatro de sus hazañas.

Aunque falten todas las almenas de Tarifa, los sitios cercanos á ella están consagrados á la inmortalidad por la veneracion de cuantos rindan holocaustos á la memoria de los varones esclarecidos por sus singulares virtudes. Para ellos Guzman no ha muerto: ora lo contemplan con los ojos de la imajinacion arrojando al campo enemigo desde los muros el puñal que habia de herir á su primojénito: ora parando su caballo y su atencion al pasar por delante del sitio del martirio de don Pedro, volviendo aquí y allí la vista y creyendo que adonde quiera que miraba, en todas partes veia á su hijo ensangrentado: ora transido de aquel dolor tan grande que parecia que le arrancaba el alma todas las veces que lo traia á la memoria, yendo errante por entre las arboledas, y fatigando el caballo con el dorado acicate, la imajinacion con pensamientos tristes, y el bosque solitario con sus quejas.[2]

1 Fué sepultado en el monasterio de San Isidro del Campo en Santi Ponce.

2 En 1294 aconteció la hazaña de Guzman el Bueno. La Crónica de don Sancho, escrita muy poco tiempo despues, dice que Guzman arrojó su cuchillo *desde el adarve del muro*. Sin embargo, existe en Tarifa la tradicion de que esto sucedió en un ajimez que hay en un torreon. Ignoro si el oríjen de ella es legítimo, ó solo hijo del error ó de la suposicion de algunas personas autorizadas.

Segun Ortiz de Zúñiga, el lugar de la muerte del niño fué venerado como el de un martirio. Muchos años despues un marqués

de Tarifa mandó construir en él un humilladero como monumento.

Modernamente se ha colocado en el muro esta inscripcion: "*Preferre patriam liberis parentem decet.* Á la memoria del Excelentísimo Señor Alonso Perez de Guzman el Bueno, Duque de Medina Sidonia, Conde de Niebla y padre del segundo Isaac, hizo colocar esta losa en 3 de Abril de 1850 el Excmo. Sr. D. José Alvarez de Toledo y Silva, duque de Fernandina, Conde de Niebla en honor de su ilustre antepasado."

Esta inscripcion debe desaparecer para honra de España. Ni Guzman fué *Excelentísimo Señor*, ni fué *Duque de Medina Sidonia*, ni fué *Conde de Niebla*. El *condado de Niebla* se concedió por Enrique II en 1375 al tercer señor de Sanlúcar de Barrameda: *el ducado de Medina Sidonia* no pasó á la casa de Guzman hasta los tiempos de don Juan II (1445). Sensible es que un descendiente de Guzman el Bueno ignore la historia de su linaje hasta el punto que demuestra la inscripcion.

CAPITULO II.

Asedios de Gibraltar. Su toma por los moros.—Guerras en los términos de Jerez.—Muerte de Abdul Malik, rey de Algeciras, por un caballero jerezano.—Intenta su venganza el emir de Fez, su padre.—Batalla del Salado.—Toma de Algeciras.—Muerte de la reina doña Blanca.—Castigo de su matador.

No puede menos de condolerse el filósofo que se precie de humanitario al tener que referir tan continuados desastres. ¡Desdicha terrible que la historia de la humanidad solo tenga que ser en su mayor parte una historia de crímenes y de horrores. Hoy la guerra cubre de luto y sangre estos sitios: mañana aquellos, y al pasar mañana, tal vez torne á infestar los lugares donde aflige con sus llamas en el presente dia, á semejanza de los terribles montes de arena que se mudan con el aire en los desiertos, hoy á aquella parte, y mañana á donde ayer estuvo. Tal es la mísera condicion del mundo, donde tantas lágrimas se derraman y donde tantas razones hay para continuamente derramarlas. No es en la historia, no, donde el filósofo hallará el descanso de su espíritu, el descanso que puede desear en su tránsito por esta tierra estéril, por la vida áspera y solitaria que conduce al deseo de la perfeccion del hombre.

No me detendré, pues, en la cansada tarea de enumerar uno á uno los combates que hubo en nuestra provincia todo el tiempo en que las luchas de nuestros reyes con los de Algeciras y Fez, ensangrentaron sus campos. Solo hablaré de aquellos hechos de una importancia verdadera para la historia.

Cedidas por el emir de Fez las poblaciones, que conservaba en España, al rey granadino, Ismael ben Nasir

puso sitio á Gibraltar por breve tiempo; pues la resistencia de los que custodiaban esta fortaleza dió lugar al infante don Pedro, tio de don Alfonso XI que ya reinaba, para salir de Sevilla con un ejército, capaz de pelear con el del rey de Granada.

Receloso este del ánimo denodadamente intrépido del infante don Pedro, y no sintiendo en sus estados fuerzas bastantes para contrastar las incursiones atrevidas y aun temerarias de los cristianos, solicitó socorros del emir de Fez, cediéndole, para mas obligarlo á la empresa, las ciudades de Algeciras, Ronda, Marbella y todas sus serranías á mas de algunas villas no de tanta importancia.

En 1332 envió á España Abul Hassan á su hijo Abdul Malik con siete mil caballeros, con aguerrida infantería y con la investidura de rey de Algeciras y Ronda. Puso cerco á Gibraltar con todas las fuerzas que allegó para asegurar su fin. En vano se intentó el socorro por la flota del almirante Alonso Jofre Tenorio. Llegó tarde: los moros se habian enseñoreado de las atarazanas de Gibraltar. Su alcaide don Vasco Perez de Meira con reducida guarnicion y menos víveres hizo una larga cuanto formidable resistencia. El rey don Alonso quiso venir en persona y vino con su ejército á levantar el cerco; mas estando con su campo junto al Guadalete en las inmediaciones de Jerez, tuvo aviso de que Vasco Perez habia entregado á Gibraltar con la condicion de que todos sus defensores quedáran con la libertad y la vida. El mismo alcaide, temeroso de que el rey de Castilla lo castigase por la rendicion, pasó al Africa, no porque creyese que no habia ejecutado cuanto era en los términos de la posibilidad para mantener por don Alfonso XI la fortaleza, sino porque en aquellos lastimosos tiempos mas juzgaban en ocasiones los monarcas por el despecho, que por el raciocinio.

No desmayó el ánimo de don Alfonso: antes bien, poseido del deseo de vengar el ultraje que habian reci-

bido sus armas, prosiguió su camino hácia Gibraltar poniéndole sitio, no sin antes haber lidiado con los moros junto al Guadarranque. Escojió caballeros de los mas esforzados y con ellos fué á ver en la villa por qué parte podia ser mejor combatida, no á probar si se queria pacíficamente rendir, pues no era fácil teniendo como tenian los moros á la vista su rey. Algun tiempo duró aquel asedio donde pereció tanta gente tan fuerte y valerosa. Los contínuos levantes, que reinaron por muchos dias, impidieron á las naves castellanas atravesar el estrecho y llevar víveres al ejército. La hambre causó grandes estragos en el campo de don Alfonso XI: muchos, no pudiendo tolerar por mas tiempo las fatigas y dificultades de aquella guerra, abandonaban sus reales, y no hubo pocos que fueron á dar en poder de los moros que los hicieron cautivos. Al fin llegaron los bastimentos; mas no pudieron adelantar los cristianos un solo paso en los combates contra el castillo y la villa, pues la defensa sobrepujaba á las esperanzas del mismo Abdul Malik. Este, deseoso de apartar de sus estados al ejército enemigo, le presentó la batalla. Don Alfonso XI quiso aceptarla desde luego, juzgando menos descrédito de su magestad y poderío el esperimentar una derrota que el temerla; mas en el consejo de sus capitanes prevaleció un sentir opuesto. Todos creian que sus armas iban á tener un infeliz suceso en aquel combate; y así, pues habian venido á la recuperacion de Gibraltar, solo la recuperacion de Gibraltar era la empresa que convenia, sin que por ello quedasen deshonrados los pendones de Castilla, porque harto sabria el moro que en el corazon de su contrario todo cabia menos el miedo.

Al cabo, siendo peligrosa para los dos reyes la continuacion de la guerra del modo que se seguia, vinieron ambos á concertar la paz, tornando á Sevilla don Alfonso, para atender al gobierno de sus pueblos, libre ya del cuidado y de los ejércitos enemigos. Mas esta

paz, como todas las de aquel tiempo, eran poco seguras por la inconstancia de los pueblos bárbaros con quienes se habian tratado. En 1339 Abdul Malik sale de Algeciras con numerosa hueste, y se apresura á llegar á las inmediaciones de Jerez, ignorante de que él mismo apresuraba la hora infeliz de la ruina de los suyos y de la perdicion propia. Asentó su campo riberas del Guadalete en los llanos de Laina y colocó su tienda en un cerro alto que desde entonces se nombra *la cabeza ó el cerro del Real*. Para que la ciudad de Jerez no fuese socorrida, esparció por todos sus contornos gentes de á caballo que llegaron á estenderse hasta los campos de Sanlúcar, de Rota y del Puerto, quemando los trigos, cortando árboles, arrancando vides, llevándose los ganados, y los hombres y asolando en fin enteramente la campiña. Suenan las crueldades de Abdul Malik y publícanse por todas las inmediaciones: la sangre vertida de los inocentes niños, las clamorosas voces de las madres afligidas, las mieses quemadas, los campos yermos, las arboledas taladas, todo se presenta á los ojos de los vecinos de Jerez, los cuales tratan de concertar el modo de combatir y vencer á tan feroz enemigo.

Varios historiadores cuentan que los sevillanos, con el Maestre de Alcántara por caudillo, dieron en la morisma, desbarataron su hueste y se apoderaron de todos sus despojos, y que Abdul Malik, huyendo fué muerto sin ser conocido por su matador: otros dicen que estando ya cerca de Algeciras, desamparado de los suyos, se escondió entre unas zarzas fingiéndose muerto y allí lo descubrió un cristiano que sin saber de él otra cosa sino que era un moro, le atravesó el pecho de dos lanzadas.

Esto se refiere; mas hay otros testimonios de mas fé que acreditan la verdad del suceso. Oprimidos los de Jerez por el rigor con que Abdul Malik apretaba el cerco, y convencidos de que los socorros del rey ó de las ciudades mas importantes que habian solicitado, iban á tardar mas de lo que consentia la fortaleza de su ene-

migo, determinaron hacer con el amparo de las sombras de la noche una salida, prefiriendo la muerte en el campo á perecer por el hambre dentro de sus muros. Todos se aprestan al combate con ánimo igual y con fé en la victoria. Hasta los mancebos sin barbas ciñen espadas y empuñan picas. El obispo de Mondoñedo don Alvaro de Viedma, frontero por el rey es el que ha de capitanear á españoles tan denodados. Diego Fernandez de Herrera, hijo de uno de los pobladores de Jerez, halla un medio, aun á riesgo notorio de su vida, para asegurar el triunfo y la libertad á su patria. Conocedor de la lengua árabe, que aprendió estando en rehenes de su padre en tierra de moros, ofrece al pueblo penetrar en el campo, y esperar á que el rey salga de su tienda en la hora de la noche en que sea el rebato para herirlo de muerte, confiando en que los contrarios sin su príncipe no proseguirian el combate.

Sale pues, de Jerez no bien las sombras de la noche se levantan y diríjese al campo enemigo lentamente cual si fuera sin impulso propio. Casi se dejaba gobernar del caballo el cuerpo y del destino el alma.

Burla la vigilancia de las primeras centinelas, que lo toman por uno de los guerreros moros, y llega felizmente hasta cerca de la tienda de Abdul Malik que duerme con descuido olvidado de su daño. Allí detiene la noble fogosidad de su caballo, lo amarra al tronco de un olivo y se aproxima á la tienda real, sin que haya una mal dormida centinela que se aperciba de su presencia. El estruendo de las trompetas y atabales turba el silencio en que el campo moro estaba sepultado. Los de Jerez lo habian acometido.

Abdul Malik sale de su tienda para averiguar la causa del rebato, y llama á un escudero que venga á ceñirle las armas. Diego Fernandez de Herrera es el que se le acerca, cual súbdito obediente á sus mandatos. ¿Dónde estaba la grandeza de Abdul Malik, dónde la majestad y pompa, dónde la fuerza de sus gentes, donde la fama de

sus crueldades? No hubo saeta disparada por fuerte y segura mano que hubiese acertado á su corazon en tantas batallas, y allí pierde la vida indefenso en medio de sus tiendas, en medio de su ejército, en medio de todo su poderío. Diego Fernandez Herrera le arroja con toda fuerza su lanza que le atraviesa el costado como á fiera enemiga; y corre en busca de su caballo. Los guardas, al escuchar el acento dolorido de Abdul Malik, quedan sin sangre en el cuerpo. Diríjense á la tienda, y cuando lo ven caido á sus pies, imajinan darle la vida al propio tiempo que le dan las manos para alzarlo de la tierra; mas él solo se levanta para lanzar el último suspiro y caer derribado eternamente. Buscan al agresor, el cual en aquel instante ya subia en su caballo, impaciente aun mas que su dueño, cual si conociese el peligro; ven que es cristiano por la manera conque habia montado y comienzan á perseguirlo. En la fuga, recibe varias heridas de que murió al cabo de quince dias dentro de los muros de Jerez, en brazos de sus amigos y bendecido por el pueblo entero que le debia la salvacion; pues los enemigos aterrorizados con la pérdida de su rey, á quien amaban sobre todo amor, levantaron en aquel punto el cerco, y huyeron en desórden dejando todos los despojos y todas sus riquezas por los campos y por los caminos.[1]

1 El Arcipreste de Leon Diego Gomez Salido, dice: "Vino el infante Abomelic, tuerto, con poderoso ejército. Púsose sobre Jerez, á la cual dió muchos y recios asaltos, poniendo su real riberas de Guadalete, y su tienda en el cerro que por eso llaman *La cabeza del real*. Era tanta la muchedumbre de gente que el infante traia, y la matanza que en los asaltos facia en Jerez que los caballeros de ella confusos y afligidos acudieron á Dios por remedio, viendo que no se lo daba el rey, ni los lugares circunvecinos, y que no podian acudir tan aprisa: por lo cual desauciados de socorro humano, determinaron, confesados y comulgados, morir en el campo peleando, antes que de hambre en la ciudad. Inspiró Dios en el corazon del esforzado caballero Diego Fernandez de Herrera, hijo del poblador Diego Fernandez, el cual dijo á todos que él sabia la lengua arábiga por haber estado mucho tiempo, como todos lo sabian, con los moros, en rehenes de su padre, cuando fué cautivo, y se ofreció, de su parte, de vestirse á la morisca, y ponerse junto á la tien-

Llega á noticia de Abul Hassan la muerte desdichada de su hijo. Hondo terror se apodera de su ánimo, cual si en los ojos del hijo hubiera visto cerrar los suyos, cual si él propio esperara el golpe de la muerte. Mas pronto cobra fuerzas en su dolor, y al dolor sucede la ira, y la ira hiere su corazon con una sed insaciable de venganza. Aquel emir que se hacia servir de rodillas, y que imajinaba que si queria estender su poder por el mundo, en el mundo apenas cabria, sacude el ocio de su gente, y aviva los ánimos de sus pueblos

da del infante, y que á tiempo que Jerez le diese el asalto, lo mataria: con que, quedando sin capitan los moros, sin duda serian vencidos por los pocos los muchos. Con esta determinacion se salieron todos del consejo, y confesados y comulgados, acordaron se ejecutase lo dicho. Aquella noche salió Diego Fernandez Herrera en trage de moro; y pasando el Salado por el lado que llaman *del Testudo* cerca de *la Cabeza del Real* se puso cerca de la tienda. Los caballeros y peones de Jerez á la media noche salieron con mucho silencio; y llegando cerca del real de la puente, cerraron con el real de las tiendas, llevando gran voceria de trompetas y atabales, á cuyo estruendo los moros descuidados se turbaron, y el infante alterado salió de la tienda pidiendo las armas; y Diego Fernandez Herrera sin perder la ocasion, y en lugar del que llegaba á armarlo, le arrojó la lanza y le atravesó por los pechos; y viéndole caer, huyó. Salieron tras él muchos, y le dieron muchas heridas, mientras no llegó á su gente: de las cuales murió en Jerez despues de quince dias. Salió de este hecho por capitan de la gente de Jerez Don Alvaro de Viedma, obispo de Mondoñedo que estaba en ella puesto por frontero. El despojo de caballos, esclavos y riquezas que se ganó, fué grandísimo."

Fr. Esteban Rallon en su historia de la ciudad de Jerez M. S., al referir la muerte de Abdul Malik, dice:—"Yo me gobierno por originales antiguos que han llegado á mis manos, y por papeles auténticos del cabildo de nuestra ciudad: en los cuales se halla un acuerdo de ella, en que ordena y manda que esta batalla y suceso se pinte en la plaza del Arenal, en las casas del corregidor de cuerpos grandes, y que se renueve siempre que la necesidad lo pida para que no se pierda la memoria de ello: la cual alcanzó y llegó hasta los tiempos de mis padres en aquel mismo sitio hasta que se gastó con el tiempo, y por no haber tenido cuidado de renovarla se ha perdido. Oí yo á los mios que referian que en ella se veia á Diego Fernandez de Herrera hiriendo al Infante con la lanza por una parte, y por otra los moros que lo seguian, y al obispo de Mondoñedo, que por otra acometia á los reales, y ponia á los moros en huida. Esta verdad consta de la mesma ejecutoria de don Juan de Herrera, veinteiquatro, su descendiente, litigada en posesion y propiedad y notoriedad: en la cual lo deponen de este modo los testigos."

dormidos para la guerra. Siempre habia sido venturoso: solo en la muerte de su hijo desdichado; pero imajinaba que solo lo habia sido para tornar á ser mas dichoso en su venganza.

Abul Hassan dilata unas veces su pecho con la ira: otras lo encoje con la misma impaciencia que lo consume. Prepara numerosas fuerzas para lanzarlas contra España y emprender su conquista, creyendo que la fortuna seria con él adonde quiera que dirijiese sus pasos. Multitud de bajeles pueblan los puertos del estrecho para trasladar á sus guerreros. Si mas pudiera abarcar en su saña y su ira, mas abarcara y mas hiciera. El mismo rey, apoyándose sobre la guarnicion del alfange, junto á los muros de Ceuta veia embarcar poco á poco su ejército, que habia fortalecido con nuevas armas.

En tanto el rey don Alfonso, sabedor de los preparativos de su cruel enemigo, ordenó á su almirante Tenorio que saliese de Sevilla para defender el paso del estrecho. Comienzan los soldados á embarcarse en la flota: reverberan en las aguas del Bétis los colores de sus vestidos, las bellísimas plumas que adornan sus yelmos, las armas heridas por los rayos del sol. Salen los barquillos engalanados con ricos tapetes y cojines de carmesí donde van el almirante y los caballeros de gran cuenta. Acompáñanlos los parientes. Abrazan las madres y las esposas á sus hijos y maridos: los padres ancianos bendicen á los hijos que están para partir: dan prisa los capitanes, los marineros gritan aquí y allá, unos entran en los barcos, saltan otros, y al bogar de los esclavos, los pequeños bateles hienden las aguas en direccion de las grandes galeras surtas en medio del rio. El almirante se vé ya encima de la capitana: suenan trompetas y clarines dando la señal de la partida: corónanse de gallardetes y banderas las naves todas. Se oye el silbo del cómitre: desamárranse los bajeles pequeños, lévanse las áncoras de los de la

flota, vuélvense las proas, levantan los forzados los remos y baten con ellos en un solo golpe las sosegadas ondas como para significar que están á punto: el rio se llena de espuma, vogan los esclavos, danse las velas al viento que sopla levemente y parten de Sevilla, dejando en las riberas con lágrimas en los ojos á los que los habian acompañado. Piérdense de vista los que se van y los que se quedan, pero no pierden el deseo y la esperanza de volver á estrecharse entre los brazos.

Llegó la flota á tiempo en que aun no habia Abul Hassan enviado los últimos bajeles con todos los soldados para la empresa temeraria cuya ejecucion habia resuelto. El mismo Alfonso XI, receloso de un siniestro accidente y conociendo que no era grande el número de naves que tenia á sus órdenes Tenorio, se embarcó en Sevilla y pasando al Puerto de Santa Maria, mandó armar ocho galeras que allí estaban y las envió al almirante con el fin de fortalecer mas y mas su flota.

Mas todas estas precauciones fueron inútiles. No bien tornó el rey á Sevilla, supo que Abul Hassan habia pasado el estrecho con toda felicidad sin ser combatido, pues le prestaron todo favor las sombras de una oscurísima noche.

Atribuyóse á descuido ó temor del almirante, el cual no pudiendo tolerar por mas tiempo tal herida en lo mas vivo de su pundonor, precipitado por las calumnias que contra él se estendian de este modo en el palacio de su rey, determinó acometer la armada del emir, no obstante que para cada galera de las suyas habia cuatro enemigas. Combatió desesperada cuanto infelizmente, hasta que toda la flota ó cayó deshecha en las aguas del mar ó en poder de los moros. Don Alonso Tenorio murió como un héroe. Presa su galera que habia defendido hasta el último estremo, ya sin gente, sin sangre, sin voz y aun sin aliento, en el castillo de popa se abrazó con el estandarte, de que los moros se hicieron señores, despues de haberle cortado los brazos con que lo oprimia contra

su pecho, como la postrer defensa que ya podia hacer de aquella hasta entonces victoriosa insignia. La muerte secó sus heridas, y su cadáver fué llevado como muestra del triunfo al soberbio Abul Hassan que ya pronosticaba el mas dichoso fin á sus empresas. En este primer encuentro su ventura habia vencido á su ambicion: la prosperidad de sus armas habia pasado adelante de sus deseos. Los dolores de los cristianos cautivos eran la risa de su pueblo: sus heridas, sus sollozos y sus muertes regocijos generales. Cinco galeras solamente se salvaron del combate al amparo de los muros de Tarifa.

Alfonso XI, apenas entendió la adversidad de sus armas marítimas, creyó oportuno guarnecer con la mas y mas perita gente de guerra la fortaleza de Tarifa como la primera que habia de esperimentar los rigores del enemigo. Su alcaide Alonso Fernandez Coronel partió á disponer todo lo necesario á la defensa, en la cual poco estuvo, pues Juan Alonso de Benavides le sustituyó en el cargo.

En tanto Abul Hassan no para, no sosiega hasta morir ó vengarse. Todo caminaba al paso de sus deseos. Sale de Algeciras con gran hueste y se dirije á Tarifa. Sus intentos son mortales, encarnizados sus pensamientos, funestos sus designios. Al frente de su ejército se le vé revolver los ojos ya á una parte ya á otra con prestísima mirada, consumido por la impaciencia: muérdese los lábios con la tardanza en llegar ante la fortaleza, oprime con sus fuerzas al caballo metiéndole casi hasta las entrañas el acicate, como si todo su campo se hubiese de mover con la lijereza misma. Ya piensa que combate á la fortaleza, que desmantela el muro, que rompe las puertas, que sus soldados entran furiosos como leones desatados por las calles y casas, llevando por do quier los estragos del hierro y del fuego, matando, quemando, saqueando y asolándolo todo sin reparo ni misericordia. Ya se figura ver á los niños en Tarifa quitando los ojos del resplandor de los alfanges y acogién-

dose con temor mortal, á los brazos de sus madres, inútilmente, pues todos serán sacrificados en venganza del hijo que ha perdido. Ya contempla á las madres que no pueden respirar ni dar un paso, porque el espanto les ata los piés, y mueren heridas de temor antes que el cuchillo hiera á los pedazos de sus entrañas. Ya se juzga, en fin, vencedor mandando herir á los caballeros mas principales que defienden á Tarifa, encarcelar á este, arrastrar á aquel, y dar con el otro en las mazmorras mas oscuras.

Llega al fin delante de sus muros, donde por el momento se detienen sus esperanzas. Pone cerco á Tarifa ardiendo en inquietud: se apodera de todos los pasos que á la villa conducen, privándola así de recibir bastimentos, corta los caños de agua, ciega las fuentes, piensa rendirla por hambre y sed sin riesgo suyo; mas este intento pronto desaparece de su imajinacion, pues su impaciencia no le permite dilatar por mas tiempo el apoderarse de Tarifa. Combátela por una parte y otra. Con máquinas militares comienza á aportillarla y atormentar sus muros y sus torres. En vano confia en que los de dentro se acobarden, en que abran sus puertas, en que suene la trompeta de paz, en que vengan á ofrecerle las llaves de Tarifa. El valeroso orgullo de los cristianos no se templa con los rigores del asedio, ni rinde las armas, entregando sin mas combates la fortaleza. Rechazan los asaltos constante y aguerridamente, y aguardan con toda fé el socorro de su príncipe.

Don Alonso XI tomó á sueldo galeras genovesas, pidió otras al rey de Portugal, y otras al de Aragon; mas en tanto que todas acudian á socorrer al monarca castellano, este envió doce al estrecho, mandadas por Frey Alonso Ortiz Calderon, con objeto de que molestasen á los enemigos, interceptándole los víveres; y al propio tiempo que estuvieran inmediatas á las aguas de Tarifa para prestar auxilios á los cercados.

Desgraciadamente de poco alivio fué la presencia de

estas naves para los defensores de Tarifa. Unos nublados espesos, lóbregos, oscuros se levantan: el cielo se cierra, el sol queda oculto, esfuérzase el viento con sordo mugido, inquiétase el mar, huyen á guarecerse en la profundidad los peces; las aves marinas con sus gritos desgarradores se regocijan al presentir la horrenda tempestad, embravécense las aguas, las ondas cada vez se levantan mas, y mas y mas espumosas: braman azotando los bajeles del rey de Castilla con espantosa furia, no bastan las áncoras y las cadenas á las naves: las arrastra el ímpetu de las ondas á pesar de su resistencia: quebrántanse los cables, gritan los pilotos con contrarias voces segun la necesidad instantánea: piérdense las velas, llevándose tambien el viento la esperanza: crece la confusion en los marineros, y crecen los relámpagos, los truenos, los silbos del aire, el hervir de las aguas, el choque de las olas, la oscuridad, el miedo, el quebranto y las sombras de la muerte que aterrorizan á los mas esforzados: dan unas con otras aquellas naves con ímpetu horrible: las otras se despedazan miserablemente contra las peñas. Tablas, palos y hombres todos son juguetes de las olas. La voz de la tempestad y el bramido de las aguas sepultan los lamentos de los tristes náufragos, en tanto que Abul Hassan, cabalgando en un alazan, contempla desde la orilla el estrago de las naves de su enemigo, con sonrisa feroz, creyendo que en su socorro acudian hasta los vientos y las aguas para el exterminio de sus contrarios. Así cobraba mas alientos para restaurar el poder de la media luna en España, empresa que habia comenzado su deseo de venganza, que proseguia su fé ciega en la fortaleza que le prestaba aliento y que esperaba terminar felizmente su osadía. Alfonso XI juntó su ejército en Sevilla. El rey de Portugal llegó con otro á socorrerlo por ser de entrambos reinos el peligro. Muchos Prelados acudieron igualmente por la *Cruzada* que el Papa habia concedido á los que se hallasen en estas guerras. El arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz era el legado *à latere* en esta jornada.

Salió al fin de Sevilla el ejército, compuesto de veinte y cinco mil infantes y catorce mil caballos, campamento donde junto á los tostados rostros de los guerreros se veian mitras, sayales y cabezas cubiertas de ceniza en señal de penitencia.

Envió el rey una embajada á su enemigo anunciándole que iba á pelear con él, y pidiéndole que lo esperase. El moro le devolvió el mensaje diciéndole que habia pasado el estrecho y que habia cercado el primer lugar de cristianos que habia en las inmediaciones: que si otro hubiera que á otro hubiera puesto antes el asedio: que fuese á descercar su vida de Tarifa: que allí lo esperaba; y que si no venia, luego que la villa fuese tomada, pasaria adelante, y se apoderaria de otras y otras.

Despidió don Alfonso á los mensajeros del rey moro respondiéndole que agradecia mucho que lo esperase, pero que no lo creia hasta que lo viese.

No bien supo Abul Hassan que don Alfonso XI se aproximaba, levantó el cerco de Tarifa, poniendo fuego á las máquinas bélicas con que combatia sus muros, y mudó sus reales. El de Abul Hassan se colocó en un cerro apartado de la villa: el del rey de Granada que habia venido á auxiliarlo en la empresa, mas lejano todavía.

Llegó don Alfonso á vista de su enemigo y se preparó para la batalla: ordenó que el prior de S. Juan que estaba en las aguas de Tarifa con la flota de Aragon y algunas naves castellanas, echase al siguiente dia algunos soldados en tierra, para que unidos con los de la villa saliesen á acometer por otra parte el campo enemigo.

Sospechó Abul Hassan que del lado de Tarifa estaba el mayor daño que su gente podia recibir y así mandó á su hijo Aben Omar que con escojidas tropas ocupase la pasada del rio Salado que corre al poniente de Tarifa y dividia ambos ejércitos. Don Alfonso XI la noche misma de su llegada mandó que varios caballeros con gente escojida pasaran el rio y entrasen en Ta-

rifa, para fortalecer á los que en ella estaban y todos unidos asaltar por otra parte el real del emir de Fez. Con pequeño combate vencieron estos la resistencia que Aben Omar opuso, y lograron el intento penetrando en la villa. Concertaron los dos reyes cristianos la manera de comenzar la batalla al siguiente dia: el de Portugal se obligó á acometer el campo del de Granada y el de Castilla el de Abul Hassan.

Al amanecer oyeron misa, que dijo el Arzobispo de Toledo, y comulgaron ambos príncipes. Luego Don Alfonso armó caballeros á muchos concediéndoles la órden de la *Banda*. Pusiéronse en órden uno y otro ejército: Abul Hassan se vió acometido por dos partes: el rio Salado bien presto se vadeó por algunos guerreros quedando seguro el paso para las tropas cristianas.

Abul Hassan pide con gran fuerza sus armas, sube en un alazan, embraza el escudo, y con el manto al hombro ya está al frente de un cuerpo de caballos briosos y velocísimos que son un pensamiento en la carrera.

El alazan en que cabalga lleva un rico jaez, un freno argentado, la silla con cubiertas bordadas, las estriveras de oro: antes de acometer se muestra airado, está como violento, no tiene paciencia, acostumbrado á la guerra, para esperar el son de las trompetas que tanto desea oir, que tanto le agrada, que tanto le enciende y anima, mostrando mas y mas su osadía, rodeado de las armas.

La gallardía y el ardor de su caballo parece como que acrecentaban los brios á Abul Hassan: la sangre ardia en sus venas, el vigor en sus sentidos, la fuerza en su cuerpo, la destreza y la agilidad en sus miembros. A todas partes vuelve la vista: nada le impide que vea todo. Echa mano al alfange, levanta el brazo con un estraño denuedo que hace estremecer á cuantos lo miran, y dice: „Esos son los descendientes de los conquistados: esos y no otros los nietos de aquellos tan pusilánimes, tan cobardes y que tan presto huyeron, asombrados al empuje irresistible de las huestes de Táriq y Músa. Sus

espadas están enmohecidas, sus partesanas sin filos, quebrados por la flaqueza los brazos con que han de esgrimirlas contra nosotros. Corred con las armas, cercad todos los términos de su campamento con redes de muerte: el estruendo de nuestros bélicos instrumentos y vuestros alaridos los ensordezcan y turben. Pregonad á sangre y fuego su muerte, no la batalla, pues mal puede haberla cuando somos veinte para cada uno de ellos. No hay que usar mañas, ardides y engaños para vencerlos, ni apellidar falsamente la victoria. No creais que son bronces en la fortaleza, sino miserable polvo que será esparcido, no bien acometais cual bravos y deshechos vientos que ni árboles, ni piedras, ni aun los mismos montes pueden resistirlos."

Dijo y al punto ya los ejércitos se muestran frente á frente: pónense todos á punto de combatir, suenan los bélicos instrumentos, descójense los estandartes, tiéndense al aire las banderas, alborótasen los caballos, triscan, relinchan y bufan, apenas puede contenerlos el freno: mézclanse los dos ejércitos, el uno contra el otro. Ya embisten unos, ya se retiran, ya se vuelven á acercar, ya tornan á apartarse. Muere á los ojos de este el amigo mas amigo en la mas florida edad: á la vista del otro muere el compañero en lo mas lozano de su juventud ardiente. Vuelan heridos de incansables golpes las plumas de los yelmos, los clavos de los brazales, la malla de las armas. El empuje de los caballos hace á los mas poderosos y valientes vacilar y caer. Las plantas se marchitan, las flores se desmayan y amortecen, holladas por hombres y caballos. Unos y otros combatientes dánse sendos encuentros, vuelan las lanzas en pedazos, crujen las mallas, saltan centellas de los escudos y de las armaduras.

En tanto Alfonso XI en la vanguardia de su ejérto á todos habla, de todos los heridos cerca de sí se apiada, á todos oye, á todos responde, á todos presta consuelos, á ninguno desdeña.

Mas su enemigo era fuerte hasta casi ser inespugnable; la multitud y grandeza de su ejército asombraban. El pensamiento de la muerte empieza á apoderarse de una gran parte de los cristianos, y es tan poderoso que arrebata todo el vigor del corazon y no dá lugar á que se advierta el peligro de todos y la ignominia para nuestras armas. Una parte cede: no puede resistir al enemigo; rómpese y desordénase el campo: uno arroja el escudo, desarma otro la diestra, y empieza á ponerse en huida. Una saeta enemiga se clava en el mismo arzon de la silla del rey Alfonso, el cual casi desesperado iba á entrarse por las picas enemigas, resuelto á morir como héroe antes que ver el desastre de su ejército y de su reino todo; mas el arzobispo de Toledo con audacia leal le coje las riendas del caballo, lo detiene y le obliga á no aventurarse de aquel modo, cuando debia tener puesta en Dios toda la esperanza de la victoria, pues Dios estaba en aquella batalla.

Sosiégase el rostro del rey, se anima en medio de la confusion y anima á los suyos, perdona á este, reprende al otro y repara el órden del combate. Cada cual se anima igualmente á sí propio, creyendo que si el que tiene junto muere, no es por el rigor enemigo, sino por que pudo menos. Entran en las filas contrarias, hieren á porfía, destrozan y matan: llénase de cadáveres el campo, ruedan las cabezas por el suelo, las banderas que iban á ser enarboladas en los mas altos homenajes de nuestras fortalezas, sirven de tapetes en el suelo á los piés de los caballos: de piernas, manos y huesos se forman montones. La polvareda y gritería espantan y aterrorizan á las aves que volando pasan: corren rios de sangre. Cuando mas ciego en su cólera, cuando mas empeñado estaba Abul Hassan en su pretension, cuando de los ojos parecia que le saltaban centellas, una saeta que hiere su caballo lo derriba, no tanto del caballo cuanto de su loco pensamiento: conoce al propio tiempo la flaqueza en el resistir de los suyos, y no quiere

ser despojo de un soberbio contrario. Monta en otro caballo y huye en direccion de Algeciras: el monarca granadino retírase tambien del lugar del combate: solo quedan sustentándolo los caudillos inferiores. El hijo de Abul Hassan por otra parte va huyendo de los vencedores. Corre con toda lijereza por las inmediatas arboledas; y por escaparse de los que le siguen, con su fuerza y brio y con el brio y la fuerza de su caballo quebranta los arbolillos tiernos que delante se le ponen para estorbarle el paso, y saltando por las peñas de las sierras inmediatas casi cree hollar sus empinadas cumbres; mas le falta el aliento, le faltan las fuerzas todas y solas las voces y la alta gritería de los perseguidores, el silbo de las saetas y el resplandor de las alabardas puestas en el paso por donde ha de ir, lo amilanan y amedrentan de manera que viene á dar de ojos ciego en las manos de sus mismos enemigos, y cuando quiere volverse atrás no hace otra cosa que contener el furor del caballo, obligándole á estampar las corbas en la tierra.

La huida es general por todo el campo moro. Allí cae un sobrino de Abul Hassan que al romper el dia se vistió arrogantemente las armas creyéndose vencedor, armas que jamás dejó, pues con ellas fué cadáver y sepultado entre sus mismos esclavos. Allí otro caudillo apenas quiere escapar cuando ya está sobre él el enemigo que le destroza el pecho de una lanzada. Piensa el hijo que va á guarecerse en los brazos de su padre y hállase en los del contrario cuando mas lejos estaba del combate. Los amigos son de sus amigos propios atropellados en la huida y entre los piés, ahogados, muertos y perdidos.

Los vencedores no se detienen en el alcance ni se paran á refrescar las fuerzas: todo es andar y andar, tras los enemigos: todo correr y mas correr hasta las orillas del Guadalmesí: término del combate.

Los cadáveres horrendamente mutilados causaban piedad hasta á sus mismos enemigos.

Otros guerreros penetraban en las tiendas del campamento de Abul Hassan. Refieren los historiadores que era inestimable el tesoro que en ellas habia: barras de oro por labrar, grandes cantidades de doblas, cadenas, anillos, perlas y piedras preciosas, espadas guarnecidas de plata y aljófar con cintas anchas, tejidas de oro y seda, arneses, sillas, frenos, cabezadas y bozales, brocados, telas y vestidos, colchas de oro y seda: todo aparato digno del fausto y la soberbia de un rey que pregonaba su intento de conquistar á España y poner en ella su corte.

La sultana Fátima con sus dos pequeños hijos estaba en la tienda de Abul Hassan: allí tambien las concubinas de Aben Omar con sus pequeñuelos. El furor de los soldados vencedores como de todos los pueblos y todos los siglos á vista de las queridas prendas del enemigo no tiene límites.

Unos arrojan á los míseros infantes fuera de las tiendas á larga distancia como si fueran piedras, en tanto que los tristes llaman con lágrimas á su madre y les piden socorro en vano: otros sujetan con los piés una pierna del niño en tierra y tirando de la otra con las manos la desgaja violentamente.

Fátima estaba desenvueltamente hermosa para el recato de los africanos: la toca echada con bizarría en los hombros: descubierto á toda vista aquel semblante, encanto y delicia del monarca moro. En su rostro se veia el llanto del amor por sus hijos, pero no podia enamorar á los que no apartaban del suyo sus ojos ardiendo en sed de venganza. Uno destrenza el apretador que coronaba sus rizos dejando suelta su madeja de oro: desprende otro las arracadas rompiendo las orejas. Desgreñado el cabello, juntas las manos, toda se exhala en lágrimas y suspiros, y el verla á sus piés no roba el alma al adusto guerrero que tal vez vió morir á su hijo y á su hermano víctimas de la furia mahometana.

Hiere el soldado á uno de sus infantes: á él quitó la

vida y á ella dejó sin alma. Queda muerta de dolor, y sobre tanto dolor aun le queda mas que sentir. Pone el brazo para recibir el golpe que amaga á su otro hijo y es herida en el cuerpo y no evita, sino solo instantáneamente dilata, el fin de la prenda de su corazon.

Maltratada á violentísimos golpes, como muerta la abandonan á una lenta agonía: ya se levanta su pecho, ya se enronquece la voz, yertos quedan sus piés, sus rodillas se hielan, se amortigua su rostro, suda su frente, su nariz se afila, se hunden sus ojos, se estremece su cuerpo, sus brazos van perdiendo el vigor porque le van faltando los sentidos, y en medio del mar de amargura en que se halla, estrecha contra su pecho en el esceso de su ansia maternal, al hijo muerto, diciéndole mil ternezas como cuando le tenia vivo, diciéndoselas sí; pero ya solamente con el alma.

Allí quedó la preciosa Fátima en el mismo lugar en que al romper el alba abrazó á su esposo que le ofreció presentarse á sus ojos vencedor antes que la noche apareciese: allí con los ojos cerrados, la cara denegrida, yerto el cuerpo y magullado, la sangre helada, la boca algo abierta, desgreñado el cabello, la fisonomía casi toda deshecha mostraba teñida la cara con la sangre del hijo así como la cara del hijo estaba bañada en las lágrimas de la madre, como prueba de que en su agonía habia juntado el amor rostro con rostro, sin que el beso maternal hubiera podido inspirar la vida al desgraciado niño.

Criada en el palacio del emir de Túnez, su padre, trasladada al de su consorte, nunca habia visto herir y matar, y los primeros que vió herir y matar fueron sus hijos.

El bravo rey Alfonso IV de Portugal, habiendo vencido al de Granada, corre á juntarse con el monarca de Castilla para ayudarle á derrotar á los berberiscos. Huellan sus caballos lo mismo los cuerpos de los señores que los de los esclavos de los moros: ya en aquel campo no

habia distinciones: todos eran no mas que míseros cadáveres. Los que se criaron envueltos en almayzares y alfombras de oro y seda han venido á abrazarse en la muerte con los criados en jergas viles. Los piés de los caballos oprimian tambien sin compasion á los que al huir, tropezando en los cuerpos muertos, cayeron y antes de poder levantarse quedaron sepultados con los que cayeron sobre ellos, igualmente perseguidos. De unos no se oia otra cosa que suspiros y lloros: de otros gritos y maldiciones á los cristianos, maldiciones á sí mismos ardiendo en su dolor y en la impaciencia propia que los devoraba: otros tenian tan quebrantados los sentidos que ni á sí ni á su mal conocian.

Avístanse al fin entrambos reyes. El de Portugal ostenta en su rostro la alegría al ver tan alegre el semblante del monarca castellano, y el monarca de Castilla al ver tan alegre el rostro del de Portugal, recibe nuevo gozo, porque allí hablaban los corazones y encontrándose los ojos del uno con los del otro, se anunciaban mútuamente la victoria.

Salva á los fujitivos la rica presa que á los perseguidores ofrecen ambos campamentos: sálvanlos tambien la noche y el cansancio. Tiembla Abul Hassan al considerar que los contrarios pueden aprovecharse del terror de los suyos y entrar sin resistencia en Algeciras y Gibraltar: teme tambien que un hijo, á quien dejó encomendado el gobierno durante su ausencia, levante la bandera de la sedicion despojándolo de la corona; pues un desdichado tiene razon para recelar todo de todos.

Aquella misma noche pasó desde Gibraltar en una galera el estrecho y huyó á esconder momentáneamente su ignominia en los arenales africanos. El rey granadino por su parte se dirijió á sus estados encaminándose á Marbella.

Don Alfonso XI, en tanto componia las diferencias que se habian levantado entre las gentes de Jerez y Lorca que juntas habian combatido, segun el concierto que

habian hecho de auxiliarse en la pelea. Habian acometido unas y otras el fuerte escuadron que custodiaba el pendon de Abul Hassan que era de tela de oro morada con tornasoles, muy preciosa y rica. Derribada la insignia, un caballero de Jerez y otro de Lorca acudieron á levantarla, queriendo cada uno de ellos llevarla á su ciudad para trofeo de la victoria. Poco duró esta discordia, pues en el acto se avinieron á remitir la querella á la decision del rey, y prosiguieron matando y derribando moros, segun refieren las historias, sin dar lugar á que esta ambicion gloriosa los hiciese de vencedores vencidos. Aunque hay quien dice que los de Jerez derribaron el pendon y que los de Lorca acudieron á tomarlo, el rey sentenció que el asta se llevase por trofeo á la segunda de estas ciudades y que el pendon se diese á la primera.

Ofreció el monarca de Castilla al de Portugal todos los tesoros cojidos para que tomase cuanto quisiese como compañero en los trabajos y en la victoria; pero este generoso príncipe que sabia que don Alfonso se habia visto obligado á vender todas sus joyas para pagar y mantener su ejército, y que se hallaba en tal conflicto que si hubiera tardado en dar la batalla dos ó mas dias estaba espuesto á que se hubiera deshecho por la falta de recursos, solo aceptó algunas armas y otros despojos de poco valor, mas como memoria de la pelea que como particion de las riquezas del enemigo. La falta de víveres puso á entrambos monarcas en el caso de abandonar la empresa de reducir á Algeciras; y así despues de disponer don Alfonso XI la restauracion de los muros de Tarifa y de armar caballeros de la órden de la banda á muchos que se habian señalado en el combate, uno y otro ejército tomaron al siguiente dia el camino de Jerez y de allí pasaron á Sevilla. Don Alfonso XI envió al papa con don Juan Martinez de Leyva el pendon que llevó en la batalla, y el caballo que montó en aquel dia, encobertado con las armas reales, cien caballos ensilla-

dos y enfrenados y con ricas espadas y adargas pendientes en los arzones y cien moros de los mas principales que los conducian del diestro.

La tienda del rey don Alfonso XI estuvo en el sitio llamado *la peña del cuervo*: y el campo moro entre los rios Salado y Guadalmesí.

El número de los moros que perecieron en la refriega fué grandísimo: unos dicen que doscientos mil hombres: otros que cuatrocientos mil. Muchos debieron asistir á la batalla, pues segun los historiadores árabes seis meses tardaron en ser trasladados á España en sesenta galeras, y los que tornaron á Africa, lo hicieron en quince dias sirviéndose de doce galeras solamente. „Es fama, dice uno de aquellos, que esta ha sido la mayor derrota que han padecido las armas musulmanas.„[1]

Los historiadores españoles dicen que la batalla aconteció el dia 28 de Octubre de 1340; pero en esto hay notoriàmente engaño. El arcipreste de Leon Diego Gomez Salido, autor contemporáneo, en el libro que escribió de los sucesos de la ciudad de Jerez afirma que el combate fué el dia 30 de Octubre. La iglesia de Cádiz por una constante tradicion conmemora el hecho el dia 31 del mismo mes. Quizá se celebre en él el aniversario de la festividad religiosa en accion de gracias que se hizo al dia siguiente de la batalla.

Regocíjase España y con España la cristiandad entera con las nuevas de esta gran victoria. Don Alfonso XI es aclamado el salvador del pueblo recibiendo á su paso por todas partes las bendiciones de la gratitud, el aplauso de la admiracion de sus hazañas.

Abul Hassan en sus estados tiene por atormentador de su conciencia la memoria de la sangre de los suyos, por la satisfaccion de sus agravios vertida inútilmente en los campos de Tarifa. Allí perdió lo que mas queria y lo que mas preciaba: hijos, mujeres, tesoros, re-

1 Ebn Alcatib, apud Cassir. Tom. II, p. 237.

putacion y esperanzas. Este fué aquel rey que se arrojó impetuoso sobre los escuadrones cristianos como si todos fueran pocos para apagar su ardiente sed de venganza: este aquel que al huir del sitio del combate creia que la tierra que pisaba ó se le iba ó que lo llevaba hácia atrás, cuanto mayor era su correr, para entregarlo en manos de sus enemigos.

Tal vez en el primer sueño que tuvo para descanso de sus peligros y tribulaciones, se le representó la imájen de la batalla; allí se vió acosado como una fiera con todos los pasos tomados, los infantes con sus venablos amagándole, los de á caballo con sus lanzas persiguiéndole, todos tirando contra él lanzas, dardos y venablos: todos sus enemigos alentándose unos á otros para acabar con él: allí cayendo herido su caballo y volviéndose á levantar solo en sus manos para derribarle mejor: allí los contrarios viéndole rendido y cubierto de polvo y sangre, sin que haya quien interceda por él, sin que haya quien tenga misericordia, todos tornando á esforzar las voces para animarse y acometerle hasta arrancarle el aliento.[1]

Así pagaba Abul Hassan la pena de no haber creido al desengaño antes del escarmiento; mas luego que supo la retirada del ejército cristiano sin acometer á Algeciras y Gibraltar cobró nuevos alientos y con los alientos deseos nuevos de satisfacer dos venganzas. Perseveró en su ira: no envainó el alfanje, no quiso dejar las armas ni desembrazar el escudo. En la guerra y solo en la guerra estaba su reputacion, estaba su vida.

Al saber don Alfonso XI que Abul Hassan no habia desistido de sus propósitos, y que su tardanza en invadir á España, consistia nada mas que en la precision de recuperar las fuerzas de su ejército, tras de la sangrienta derrota del Salado, publicó por toda Európa la

1 En nuestras crónicas se llama á Abul Hassan *Abul Hacen* y á su hijo Abul Malik *Abomelique*. Algunos autores árabes escriben de otro modo estos nombres el primero Muley Abu-l-hasan y el segundo Abu Máliq.

empresa de apoderarse de Algeciras. La fama de la batalla, en que tantas riquezas se hallaron en el real de Abul Hassan, encendió la codicia en muchos y principales caballeros. Así es que no corrió mucho tiempo, despües de puesto el cerco á aquella ciudad (1342) sin que al campo cristiano llegasen señores principalísimos de Francia, de Inglaterra, de Alemania, y el rey de Navarra Don Felipe. Lo largo del asedio hizo que el campamento cristiano se convirtiese en una ciudad junto á la misma de Algecira. El estrecho estaba ocupado por la flota cristiana, en su mayor parte compuesta ó de naves de Génova á las órdenes de don Gil Bocanegra, hermano del Dux de esta república, ó de naves de Aragon mandadas por sü almirante don Pedro de Moncada, las cuales en dos combates derrotaron las de Abul Hassan.

Todo género de trabajos se esperimentó en este cerco. Los airados vientos habian quemado los frutos de los pueblos inmediatos: las heladas habian secado hasta los árboles: las contínuas lluvias habian acrecentado el agua de los arroyos de modo que estorbaban el andar por los contornos del campamento cristiano: una gran parte del ejército estaba en ocasiones temblando, queriendo con que cubrirse y sin tener con qué, y hecho un retrato de la miseria. Don Alfonso, modelo de magnanimidad, cuando dejaba las armas solo iba vestido de paño pardo. Caminando á caballo los que iban en su compañía, él iba á pié: poníase á la lluvia y la recibia sobre su cabeza descubierta: era en fin, el primero á sufrir con admirable paciencia los trabajos para animar con su ejemplo el desfallecido espíritu de sus tropas, que á veces se estremecian sin saber que hacerse con los rigores de una constante tempestad. Crecia la hambre: los mantenimientos se acababan: el rey tuvo que empeñar su corona de oro y otras riquísimas alhajas: convirtió en monedas la plata de su casa y la que le donaron muchos señores. Los concejos se juntaron para buscar arbitrios con que socorrer á su monarca, prorogándose entonces el nuevo

derecho llamado *alcabala*. Las tropas estranjeras anunciaban contínuamente que se retiraban de la empresa visto que no recibian sus pagas: el rey de Granada habia descendido de sus estados con poderoso ejército para inquietar á los cristianos al amparo de las murallas de Gibraltar. Abul Hassan envió un socorro de doce mil ginetes, al mando de uno de sus hijos para contribuir al propósito de descercar á Algeciras: de Algeciras, en fin, salió un moro con intento de matar á don Alfonso, el cual animado de aquel heróico valor y de aquella nobleza que acompañaban todas sus acciones, no solo no le mandó dar muerte, sino que le otorgó la libertad, agasajándolo con ricos vestidos y con dinero, y haciendo que una buena escolta lo acompañase para su seguridad hasta las mismas puertas de Algeciras.

Quedó en fin victoriosa la constancia de Alfonso XI. Despues de diez y nueve meses y veinte y tres dias de un asedio, en que segun las crónicas de aquellos tiempos, se escuchó en nuestros campos el estampido de la pólvora, arbolaron bandera de paz los sitiados. En nombre de Juzef ben Ismael, rey de Granada, y de Abul Hassan, emir de Fez, se asentaron treguas por diez años: la ciudad de Algecira pasó á poder de don Alfonso, obligándose este á dejar libre á su guarnicion con todos sus haberes. El rey de Granada renovó el feudo de vasallo y el compromiso de tributar anualmente doce mil doblas de oro al monarca castellano. El 27 de Marzo de 1344 ondearon en las torres de Algeciras los pendones de Alfonso XI: al siguiente dia, que era domingo de Ramos, se consagró la mezquita de las banderas con el nombre de Santa María de la Palma, por don Bartolomé, obispo de Cádiz.

Quiso don Alfonso XI conocer á un hijo de Abdul Malik, que se habia hallado dentro de los muros de Algeciras durante el asedio, y aun donarle riquísimas telas y excelentes caballos; pero impidió esto un caballero moro, que educaba al nieto de Abul Hassan, no cre-

yendo decoroso para su príncipe recibir regalos de un rey que lo habia desposeido de aquella plaza.

Junto á la antigua Algecira, prosiguió don Alfonso la fundacion de la nueva ciudad en que habia comenzado á convertirse su campamento, y solicitó del Papa Clemente VI una bula para la union de las dos iglesias de Cádiz y Algeciras,[1] la cual fué otorgada en Aviñon á diez de Mayo de 1345. Desde entonces se titula el Prelado de esta diócesis *obispo de Cádiz y de Algeciras.* Historiadores hay que aseguran que la silla episcopal se trasladó á aquella ciudad, y que, aunque reclamaron el obispo y el clero, cumplióse enteramente esta disposicion, quedando en la iglesia de Cádiz dos curas.

Recuperando Alfonso XI nuevamente el deseo de abatir el poderío de la morisma, se dirijió en el verano de 1349 sobre la plaza de Gibraltar y la estrechó con rigoroso asedio; mas la misma escasez de haberes para sustentar por largo tiempo un ejército le afligió en esta empresa, del mismo modo que le aconteció en la de Algeciras. Su ánimo incansable no desfalleció á vista de la contrariedad de la fortuna que constantemente le fatigaba en todos sus propósitos. Vendió á varios señores los estados que deseaban y con el dinero que pudo allegar por esta via prosiguió denodadamente el cerco. Pero victorioso siempre en todos sus contratiempos, no logró dominar el mayor de todos los que vinieron á infundir el terror en su hueste. La pestilencia llamada *landre*[2] comenzó á herirla: enfermedad africana que parece como que llegaba en socorro de sus hijos que defendian á Gibraltar. En vano los principales señores intentaron persuadir al rey que desistiese del asedio ó que retirase del campamento su persona. Acostumbrado Alfonso XI á hallarse en todos los peligros como el mas ínfimo soldado, no quiso ni abandonar la empresa ni dar la señal

1 La ciudad antigua se llamaba Algecira: por la nueva se llamó á las dos Algeciras.

2 Tumor que salia en las íngles, en los sobacos y en la garganta.

de la huida de su ejército con la ausencia de su persona. Su perseverancia no pudo triunfar del nuevo enemigo. Ahogado por la landre pereció á los treinta y ocho años de su edad el 26 de Marzo de 1350,[1] príncipe llamado á arrojar del suelo español á los moros á no haber cortado la muerte en flor sus ilustres deseos y sus victoriosas empresas. Al retirarse el ejército cristiano con el cadáver de su príncipe, los moros no le hostilizaron por respeto al valor heróico de Alfonso XI. El mismo rey de Granada que por otra parte fatigaba el campamento del rey de Castilla con objeto de que levantase el cerco, tambien dió otro testimonio del aprecio con que miraba las virtudes de aquel príncipe, mandando que sus tropas dejasen enteramente libre el paso á los cristianos.

El cadáver de Alfonso XI fué llevado á Jerez y en Jerez embalsamado. Los intestinos se enterraron en la capilla del alcázar, y el cuerpo se trasladó á Sevilla.[2]

Heredó el trono de Castilla don Pedro I, príncipe llamado de unos historiadores el *cruel* y de otros el *justiciero*. No se puede negar que tenia eminentes prendas para ser rey, pero tambien es indudable que estaban todas con horrendos vicios mancilladas. Aun los mismos que creen que su cronista, por ser enemigo suyo, disfamó su memoria para lisonjear con el oprobio del hermano, á su vencedor don Enrique II, no han hallado razones ingeniosas para desvanecer las sombras de crueldad con que aparecen los principales hechos de su vida. Su esperanza era la desesperacion: sus alegrías el tedio: su paz la discordia ingénita en su ánimo: sus halagos el exterminio: sus honras la infamia y su ensalzamiento la vileza. Sus palabras tenian siempre el sabor de la venganza: siempre descubrian la amargura de su corazon. Siniestros eran sus pensamientos: siniestras sus obras: su rostro aquel con que pintan á la osadía: su espíritu

1 Los árabes dicen que murió el 21 de Marzo. En el texto se sigue la opinion de los cronistas españoles.

2 Así lo dice el Arcipreste de Leon, Diego Gomez Salido.

desesperadamente animoso. Su espada estaba en todo tiempo desnuda; pero cubierta bajo el manto. Heria sin amagar y publicaba la paz cuando empuñaba el hierro. Donde quiera que iba, para él no habia cuello erguido: con volver el rostro airado hacia temblar á los que miraba, aunque eran mas terribles en sus labios la sonrisa y el afecto que las palabras dictadas por el enojo. Su extravagante proceder, regido por la inconstancia de un ánimo indiferente al bien ó al mal, ha hecho amable á don Pedro á ojos de novelistas y poetas; mas el ser sus acciones crueles ó generosas no dependia de su estudio del corazon humano, no de la manera de entender el arte de reinar: para el castigo ó la compasion solo se gobernaba de su capricho: la accion de colocar su busto con una cuerda al cuello como malhechor por haber matado á un hombre, se celebra como testimonio de su justicia, cuando solamente lo es de su estravagancia: alarde de un crímen que quedaba impune por estar defendido el delincuente con la dignidad real: sarcasmo para la familia del muerto que con aquella vana ostentacion de justicia mal podia enjugar sus lágrimas. La justicia del rey debia haber empezado por no andar á cuchilladas en las calles de Sevilla.

Concederé que todas las acciones de don Pedro se enjendraron en la mas noble idea de que la justicia triunfase por do quier en su reinado, siempre que puedan apartar de ella sus defensores las sombras de alevosía con que todas se presentan acompañadas á la consideracion de la historia. Alevosía fué llamar á su hermano don Fadrique á Sevilla instándole con palabras cariñosas: alevosía atraer con los mismos halagos engañosos al rey de Granada para mandar la muerte de entrambos, que contra el odio de don Pedro tenian la salvaguardia de su honor y el haber pisado los umbrales del regio alcázar, que les concedia la inmunidad contra su saña, si alguna podia abrigar aun en su pecho. Disculpan al rey sus defensores diciendo que estos y otros le fueron ene-

migos alevosos y que él no estaba obligado á guardar lealtad á los que jamás la usaban. Así convienen ellos mismos en la crueldad del rey, porque la maldad agena no puede de modo alguno autorizar la maldad propia. No merece el nombre de justiciero el monarca que habiendo como habia leyes se olvidaba de ellas, elegia por jueces á sus verdugos y maceros, y daba el nombre de justicia á las alevosías. Terminó como era natural que terminase. Reinaba por la alevosía y por la alevosía fué despojado del trono y de la vida.

Casó el rey con doña Blanca de Borbon en Valladolid el 3 de Junio de 1353; pero al siguiente dia, no bien dejó el lecho de su esposa, corrió á Montalvan en busca de su manceba doña María de Padilla. Tan preso habia quedado en su belleza como aquel que lo está de un frenesí que le ocupa todos los sentidos. Así abandonó á doña Blanca, jóven no menos llena de valor que de hermosura, desdichada reina á quien cupo tan triste suerte y á quien fuera mejor no haberlo sido. ¿Qué pudo ignorar del amor, mas que saber, aquella á quien el dia anterior le temblaba el corazon de la misma felicidad por el bien que esperaba al ser coronada reina, y que al siguiente de la infausta boda ya gemia cercada de penas?

Por instancias de su madre y de vasallos fieles tornó el rey mas adelante á unirse con su esposa. Allí se dieron las manos estrechándose al parecer los corazones, y adivinándose los afectos, mudos los lábios y fijos uno en otro los ojos. Dentro de dos dias despertóse nuevamente el odio en don Pedro. Ella ante el mirar airado de su esposo, cobró tan grande espanto que derribada en su presencia, y mudado el color, cayó sobre el regazo de una de sus damas, como muerta, casi sin aliento. Vuelta en sí, puso por testigos de su amor y su desdicha, las lágrimas que anegaban sus ojos, habló con la vehemencia del desconsuelo la que el dia antes recataba insensiblemente su respiracion por no impedir ni aun por un instante su felicidad; rogó con gemidos y

con toda la elocuencia que tienen los desdichados; pero nada movió á compasion al rey, ni aquella juventud apenas comenzada, ni aquellas megillas hermoseadas con el carmin del dolor y la vergüenza. Con violencia suya al principio, y despues con espanto, se apoderaron de doña Blanca los ministros del rey y la trasladaron á la fortaleza de Arévalo, sin que en el camino le sacasen una queja ó un gemido á su mudo sufrimiento. En vano el obispo de Segovia don Pedro Gomez Gudiel, procuró persuadir al rey para que restituyese á su alcázar á doña Blanca. Reo del delito de defender los fueros de la justicia y de la belleza ultrajada, tuvo que refugiarse en Portugal, huyendo de la cólera feroz de don Pedro. Sabido es que los obispos de Avila y Salamanca ó instigados por el miedo ó por la ambicion declararon inválido el matrimonio del rey con doña Blanca y que este contrajo matrimonio con doña Juana de Castro, para gozar de él solo una noche.

En 1359 fué traida doña Blanca al alcázar de la ciudad de Jerez, y poco despues llevada al castillo de Medina Sidonia, siendo su guarda mayor Iñigo Ortiz de las Cuevas. No tenia la infeliz con quien desahogar su corazon sin peligro, ni con quien llorar sin miedo. El sueño no era la paz de sus sentidos: constantemente veia preparado el cadalso, el verdugo á las puertas de su prision, haciendo los lazos para atarle las manos y esperando ser llamado para la ejecucion; cualquier voz que escuchaba le parecia la del pregonero que anunciaba su fin, cualquier ruido era una amenaza del golpe del cuchillo que iba á herirla.

Comunmente no hay tristeza sin alegría, por que siempre vienen juntas las lágrimas y el consuelo; mas la desdichada reina, no hallaba una voz que respondiese á sus sollozos, ni á sus mas sentidas que pronunciadas quejas.

Refieren varios historiadores, algunos con circunstancias maravillosas, que cazando el rey don Pedro *en*

las comarcas de Jerez y sierra de Medina Sidonia,[1] un hombre que en el vestido parecia pastor le dijo, tomando el nombre de Dios, que volviese á vivir con su esposa, que en ella tendria hijo que heredase el reino, y que de lo contrario, esperase el castigo del cielo. Mandó el rey averiguar si era emisario de doña Blanca, y aunque el hombre estuvo preso, al fin fué restituido á su libertad por no hallarse culpa en él, sino celo por el bien del estado.

Don Pedro cansado de tener en prisiones á doña Blanca, y ofendido de que en los tumultos y conturbaciones de su reino, muchos admiradores de la inocencia de su esposa invocasen su nombre, grato al pueblo por la compasion de su juventud desdichada, determinó su muerte. Mandó la ejecucion de ella á su guarda mayor Iñigo Ortiz de las Cuevas. Leyó este caballero la órden, pero el llanto le borraba en los ojos las letras y le torcia las líneas, dejando húmedo el pergamino con mas lágrimas que tinta. La piedad fué el primer sentimiento que se apoderó de su alma. Mas tarde consideró el hecho que se le mandaba por el rey, y herido mortalmente en lo mas vivo del hombre, en su honor, no quiso infamar el blason de su linaje con accion tan inícua, y se negó no solo á ejecutarla, sino tambien á consentirla en tanto que la reina estuviera bajo la custodia de su lealtad.

Mal sufrido don Pedro con esta contradiccion inesperada, dispuso que Ortiz de las Cuevas entregase la persona de doña Blanca á Juan Perez de Rebolledo, uno de los cuarenta ballesteros hijosdalgo que el rey pagaba para la guarda de Jerez y alcaide en su alcázar. Desde este momento quedó la víctima atada para el sacrificio y reducida al mas infeliz de todos los estremos á que puede llevar á la inocencia la tiranía. El verdugo ya era solamente el que podia dilatarle la vida. Hasta entonces doña Blanca no habia hallado sino estraños hácia

1 Creo que esto seria en la sierra de Jerez, no muy distante de la laguna llamada de Medina Sidonia.

cualquiera parte que volvia los ojos; pero ya desde este instante no sabia hácia dónde volverlos, porque parece que presentia que su nuevo guarda mayor era su verdugo. Así mil veces cerraba los ojos por no verlo como objeto indigno de su vista.

Teniendo presente á Dios en los ojos de su alma, y vertiendo lágrimas de los de su cuerpo, continuamente oraba en silencio. Otras veces fijaba los ojos y despues los labios en un crucifijo.

El alevoso matador al fin se determinó á ejecutar con un tósigo el deseo y el mandato de su rey. La postrer mirada que ella le dirijió fué una profecía, clavando en él la vista con igual ternura que perspicacia.

La infeliz consumida por el dolor de ocho años de vejaciones, descubria de tal modo sus huesos que casi pudieran ser contados uno á uno con el dedo. Tan quebrantada estaba su existencia que apenas se debería llamar homicida el que se la arrebatase.

Pronto en la ponzoña bebe la postrera de sus amarguras: su cabeza se altera, se desvanece y llena de dolor: túrbase su corazon: el pulso acelera su movimiento: pierde el color del rostro y muda muchos en cada instante: vierte lágrimas, se estremecen sus huesos: las manos una con otra enreda y tuerce: tiembla todo el cuerpo como débil hoja: apenas pueden sus pies sustentar su peso: dan unas con otras las rodillas: ya anda, ya se detiene, ya se arroja en el lecho, ya se levanta con un dolor tan terrible que quisiera morder las mismas paredes de la prision: las entrañas se le rompen: el vientre parece que se desgarra y aquella boca que al abrir los labios parecia como que el amor abria las puertas de la felicidad, ya denegrida, ya cubierta de espuma es la imájen del horror mismo. Torna á caer en el lecho, y allí en vano pide favor y ayuda. ¡Triste de doña Blanca que ni aun en la hora de su suplicio tiene quien la socorra con el débil auxilio del consuelo! Va perdiendo las fuerzas, va perdiendo la vida y con la vida la esperanza

de vivir. Sustituye con las acciones y las lágrimas la espresion embarazosa de su lengua con que se quejaba y hiere el pecho con mano flaca pero con ímpetu doloroso; y en esta actitud penitente lanza el postrimer suspiro entre gemidos roncos. Recibió sepultura su cadáver en una capilla del convento de San Francisco de Jerez.

Poetas, cuando mas de un siglo y medio despues de los sucesos, recibiendo la inspiracion de su voluntad y genealogistas, cuidadosos de ennoblecer casas ilustres con orígenes reales, acusan á doña Blanca de haber tenido amores con don Fadrique, hermano del rey llegando hasta el incesto. Garibay y otros autores niegan que don Fadrique acompañase desde Francia á la reina; pero aunque el hecho hubiese sido cierto, no se sigue de aquí que uno y otro cometiesen el crímen que se les imputa. Don Fadrique fué matado de órden del rey en 1358, y doña Blanca en 1361. Si se considera la muerte del primero como castigo al adulterio, ¿cómo la adúltera no lo recibió al mismo tiempo cuando tan viva era la cólera en el rey que ni aun á su propio hermano perdonaba? ¿Cómo anduvo de fortaleza en fortaleza mas de tres años despues de la muerte de don Fadrique? Esta observacion aleja toda sospecha contra doña Blanca y hace creer que otras fueron las causas, si bien el rey para justificar su delito esparciria la voz del adulterio. La vindicacion de doña Blanca está en el carácter de un esposo que para la hora de la boda se aparta de los brazos de la manceba, y que al dejar por vez primera el lecho conyugal, corre desalado en busca del objeto de sus antiguos amores para cubrir su rostro con ósculos de baldon y para lisonjearla con el abandono de la que acababa de coronar reina.

Así Neron repudió á la infeliz Octavia por la impúdica Sabina Popea: así aquella jóven de veinte años anduvo en cárceles asistida solo de centuriones y soldados: así pereció acusada indignamente de adulterio cuando su esposo se cansó de que gozase de la vida aun en perenne y miserable destierro.

La venganza contra el instrumento de la maldad de don Pedro, no tardó mucho en ofrecerse á los amigos de la reina, leales apesar de la muerte. Alfonso García de Vargas y Pero Vazquez de Meira parciales de don Enrique el conde de Trastamara, vuelven á su patria Jerez al cabo de diez años de su persecucion por el rey don Pedro. Aguerrida hueste los acompañaba. Tiembla, convencido de su iniquidad, Juan Perez de Rebolledo: mientras no se acercan los enemigos cree que tiene tiempo de ponerse en salvo; mas las voces de las trompetas, el alarido de los soldados, el marchar del ejército y el estrépito de los caballos bien pronto hieren sus oidos. Todo turbacion, ahora que el peligro instaba, abandona sigilosamente el alcázar á media noche dirijiéndose hácia Medina.

Los contrarios se preparan á combatir el alcázar resueltos á que no quede siquiera enhiesta una almena, á que no quede donde los pájaros aniden, si Perez de Rebolledo se resiste; pero sus intentos eran vanos. La guarnicion ó habia abandonado el alcázar ó tomó partido por los de don Enrique. Buscan á la luz de las antorchas con el mayor ahinco al alcaide, ponen mano á las armas, asen las partesanas, derriban estas puertas, no pueden abrir aquellas, braman, porfian, prueban llaves, tuercen, destuercen, dánse prisa y todo inútilmente. Al cabo no falta quien sospeche la verdad: salen muchos por diferentes vias. Pronto dan con Juan Perez de Rebolledo, el cual se entregó fácilmente sin resistencia. En este ejemplo se vé como la crueldad del príncipe para la ejecucion del delito se sirvió de quien solo abrigaba la cobardía en su ánimo, y cómo siempre los cobardes se ligan en estrechos lazos con los crueles: ni una sola flecha tuvieron que tirar para rendirlo, muerto en el brio, desmayado en el ánimo, como aquel á quien el recuerdo de sus mismos crímenes amedrentaba. Los que lo perseguian, viendo su flaqueza, desistieron de la intencion que llevaban de matarle y se contentaron con

prenderle. Se apoderaron de sus doblas, de su estoque y de su taza de plata, y lo volvieron á Jerez donde fué encerrado en la casa de Alfonso Fernandez de Valdespino, Alguacil mayor. Al siguiente se alzaron en Jerez pendones por el conde de Trastamara con estas voces: *Real, real por el rey don Enrique, hijo del rey don Alonso el noble.* El estandarte se arboló en la torre del alcázar y se confió la custodia de este á Alfonso Gonzalez de Vargas.

El dia 26 de marzo fué trasladado á Sevilla Juan Perez de Rebolledo de órden de don Enrique y tambien de órden de don Enrique arrastrado al dia siguiente de su llegada, ahorcado y hecho cuartos, que se colgaron en los arcos de Carmona, como castigo digno de sus maldades.

Siguió la guerra civil, convertidas la piedad en desafuero, la perfeccion en insulto, la virtud en desacato, la caridad en desden, la gratitud en ira, la inocencia en calumnia, la justicia en violencia, las penalidades en risa y en recreos, las fatigas en descansos y triunfos. No era bastante el hacer bien para que muchos no solicitasen el hacer mal. Los que estaban airados con el rey, airados estaban con todos los que permanecian en fidelidad á su príncipe. Ya no eran aquellos pueblos tímidos y pavorosos que, aterrorizados con el dominio del rigor de su rey, no volvian del desmayo que les habia ocasionado la misma desconfianza en sus fuerzas. Don Pedro lo mismo habia agraviado á los desvalidos que ofendido á los poderosos y así poderosos y desvalidos se habian juntado para desposeerlo de la corona.

Jerez en 1367 volvió á la obediencia de don Pedro, cuando vencido don Enrique en Nájera por su hermano con ejército mas de ingleses que de españoles, los parciales del bastardo huyeron de las iras del vencedor y prevaleció en muchas ciudades el partido del lejítimo rey.[1]

1 Esto cuenta el arcipreste de Leon.

En la capilla mayor de la iglesia de S. Francisco de Jerez, fué

sepultado el cuerpo de doña Blanca. La reina Católica doña Isabel, hallándose en esta ciudad mandó trasladarlo al altar mayor, en una urna de mármol con dos escudos que tenian las armas de Castilla y Francia, y poner al sepulcro este epitafio, segun Roa y Ortiz de Zúñiga.

CHR. OPT. MAX. SACRUM. DIVA BLANCA, HISPANIARUM REGINA, PATRE BORBONIO, EX INCLITA FRANCORUM REGUM. PROSAPIA. MORIBUS ET CORPORE VENUSTISS. FUIT. SED PRÆVALENTE PELLICE OCCUBIT. JUSSU PETRI MARITI CRUDELIS ANNO SALUTIS 1361. ÆTATIS VERO SUÆ. 25.

Consagrado á Cristo, sumo bienhechor y todo-poderoso señor nuestro. Doña Blanca, reina de las Españas, hija de Borbon, descendiente del ínclito linage de los reyes de Francia, fué grandemente hermosa en cuerpo y costumbres. Mas prevaleciendo la manceba, fué muerta por mandato del rey don Pedro el Cruel su marido. Año de nuestra redencion 1361, *siendo ella de edad de veinte y cinco.*

El título de *Diva* que se dá á la reina en este epitafio, fué tomado de los emperadores romanos, que juntamente con el nombre, se atribuian la divinidad.

Que quien hizo la traslacion del cuerpo de doña Blanca, fué la reina Isabel se prueba por un privilegio, dado en Jerez en 10 de Agosto de 1483 ante Juan Fernandez de Hermosilla, su secretario, á Alonso Perez de Vargas, en que decia: "Vos fago merced de un suelo é capilla que es en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Jerez de la Frontera: el cual suelo é capilla de que yo vos fago merced es en el que estaba la reina doña Blanca, que Dios aya, que yo obe mandado sacar sus huesos é poner encima del altar maior." Engañóse Estéban de Garibay al escribir que los franceses que entraron en Castilla á favor de don Enrique, intentaron llevarse el cuerpo de doña Blanca al reino de Francia, pero que lo dejaron en Tudela de Navarra en la capilla mayor de la iglesia colegial.

Esto en cuanto al lugar de la sepultura. De su muerte hay dos tradiciones en la provincia: una dice que la reina murió en el castillo de Medina Sidonia, conformándose con lo que afirma Ayala en la crónica del rey: otra que fué muerta en el castillo del valle de Cidueña. Esta opinion parece mas atendible por el hecho de haberse sepultado á doña Blanca en Jerez y no en Medina. Si Medina hubiera sido el sitio de su muerte, tambien lo hubiera sido el de su sepultura, pues no hallo de otro modo razon que justifique la traslacion á una iglesia de Jerez desde aquella ciudad. Algunas veces hay que examinar con cierta cautela estas tradiciones populares, tan contradictorias, como se ven en el presente caso, por el interés, que hay en los pueblos, de atribuirse hechos notables con que enriquecer la propia historia.

CAPITULO III.

Pérdida de las Algeciras.—Saqueo de Cádiz por los portugueses.—Sucesos notables en la provincia.—Desastre del conde de Niebla en Gibraltar.—Vida y elogio del marqués y duque de Cádiz.

En tanto que don Enrique abria camino á su trono con la espada en la mano primero y con el puñal fratricida despues, el rey de Granada meditó en la altivez de su fantasía la empresa de recuperar las Algeciras, hallando ocasion oportuna al logro de su esperanza en el desamparo de esta ciudad, de pocos defendida. Bajó con numerosa hueste á cercarla; y sus defensores quedaron tímidos y pavorosos sin poder tornar en sí del desmayo que en sus ánimos causaba la desconfianza en su vigor para la resistencia. El rey de Granada vió felizmente conseguido su deseo, triunfando de enemigos abandonados de la esperanza. Suya fué Algeciras; mas, aunque desenfrenadamente poseido de la ambicion y ajitado del orgullo de la victoria sobre poblacion tan importante y codiciada, no osó el monarca moro quedarse con una fácil presa que luego le arrebatarian á costa de mucha sangre de los suyos las huestes de Castilla. Así, pues, mandó desmantelar los muros con las máquinas bélicas: prender fuego á la ciudad y reducir á cautiverio á los mejores de sus habitantes. El humo cegaba los ojos: los clamores y alaridos de los niños y las mujeres ensordecian. Los cautivos horrorosamente infelices eran conducidos al campo moro, dispuesto en forma inespugnable, repitiéndoles injurias la lengua y golpes los alfanjes enemigos. ¡Espectáculo digno de ser igualmente compadecido que admirado ver á los hijos de los conquistadores esclavos de los hijos de sus cauti-

vos. No se oian otras voces en Algeciras que las que dictaba frenético el sentimiento, y los gemidos de los débiles, último desesperado consuelo de los infelices. Quedó despoblada la ciudad, sobreviviendo apenas quien llorase su desolacion y ruina: cegado su puerto, y arrebatadas las galeras que defendian las costas del estrecho contra las invasiones berberiscas.

Después que murió don Pedro en los campos de Montiel, el rey don Fernando de Portugal aprestó sus armas marítimas y terrestres para apoderarse de la corona de estos reinos: apercibió para tamaña empresa todos sus hijosdalgo, y gran muchedumbre de gentes: y entró en España por tierras de Galicia con numeroso ejército. Prestáronle algunas ciudades obediencia, en tanto que don Enrique talaba las tierras de Portugal por la comarca de entre Duero y Miño, cercaba la ciudad de Braga y la rendia á fuerza de recios asaltos y de cruelísimo asedio. Despues de haber acometido algunas ciudades y ordenado providencias para castigar el orgullo de don Fernando y de los que se habian rebelado en favor del monarca portugués, tomó la vía de Sevilla, llamado por la desdichada pérdida de las Algeciras.

Cuando llegó don Enrique á la ciudad de Sevilla, hallóla afligidísima con la nueva de que una flota de Portugal, compuesta de diez y seis galeras y veinte y cuatro naos habia destruido toda la isla de Cádiz, hacia grandes daños en toda aquella comarca, así por tierra como por mar y ya se encontraba sobre las aguas del Guadalquivir. Mandó don Enrique armar galeras, y pronto tuvo veinte á sus órdenes. Estaban faltas de remos; pero el rey hizo repartir los que habia, tocando á cada una ciento. Y aunque les faltaba á cada una ochenta, fueron en demanda de la flota de Portugal, defendidas por muchos hijosdalgo y hombres de armas y muchos ballesteros. A las nuevas de haber salido de Sevilla las galeras españolas, retiráronse del Guadalquivir los portugue-

ses y pusiéronse con sus naves sobre el mar. No pudiendo gobernar bien las suyas los españoles á causa de la falta de remos, quedáronse delante de Sanlúcar de Barrameda. Llegó á esta ciudad por tierra don Enrique. Allí hizo aprestar siete galeras, y ordenó á su almirante Micer Ambrosio Bocanegra, que con ellas fuese á Vizcaya, armase muchas y buscase remos, y volviese con todas bien pertrechadas á pelear con las portuguesas. Salió, pues, Bocanegra, amparado de las sombras de la noche, al mar, y sin ser visto por los enemigos, tomó la vuelta de Vizcaya. Allí mandó aderezar naves y en Santander y Castro Urdiales, y en las marismas y costas de Galicia y Guipuzcoa. Tornó con una muy poderosa armada á Sevilla y dió á deshora en la portuguesa, que desapercibida se hallaba otra vez haciendo mil desmanes dentro del Guadalquivir. Peleó reciamente con ella, y tomóle tres galeras y dos naos. Las demás que la componian desviáronse lijeramente, y como pudieron, de la española, y diéronse á huir á fuerza de vela y remos, dejando libres de su opresion é insultos la isla y ciudad de Cádiz y demás costas á ellas cercanas. Para reparar los daños que habian ocasionado en tantos dias los enemigos, el arzobispo don Pedro Gomez Alvarez de Albornoz y el cabildo eclesiástico de Sevilla socorrieron al obispo don Gonzalo Gonzalez, y á la iglesia de Cádiz con bastante cantidad de trigos y dineros, como consta por escrituras de 9 de Junio de 1370, año en que aconteció el lastimoso saco de esta isla y ciudad por la flota del rey de Portugal don Fernando I.

Hizo merced el rey don Enrique II á su criado Alfonso Garcia de Vera, natural de Xerez, de la tenencia y alcaidía del castillo, situado en el lugar que llamaban *de la Puente*, hoy San Fernando. Sea porque Vera muriese sin hijos, sea porque la merced fuese vitalicia, volvió este castillo á la corona.

El puente que une la isla gaditana á las tierras de Andalucía, fué sin duda obra de fenicios, fabricada nue-

vamente por cartagineses y romanos. Cuando ganó don Alfonso esta ciudad á los moros, labró un castillo para defensa de la puente y caserías situadas en sus contornos, las cuales formaban un pequeñísimo lugar. El reino junto en córtes, hizo presente á don Juan II, que los maderos que los restos de la antigua puente sostenian, eran ya consumidos, y que las aguas del brazo de mar que á sus piés corria, se cortaban con una mal prevenida barca. Para su mejor reparo nombró el rey al doctor Juan Sanchez de Suazo, oidor de su audiencia y corregidor de Galicia: el cual, llevado de gravísimos negocios se dirigia por estos mares á Roma. Habiéndole parecido bien la isla de Cádiz, pidiósela á don Juan en remuneracion de sus servicios: quien le hizo merced de ella sin agravio de parte en 19 de Noviembre de 1408. Defendió á Suazo el concejo de Cádiz que tomase posesion de la ciudad, y tras de una muy reñida causa que duró algun tiempo, consiguió que semejante merced fuese revocada. Pero fueron tan grandes, tantos y tales los amaños del oidor, que hizo confirmarla en 30 de Agosto y 25 de Noviembre del año de 1411, con facultad de fundar mayorazgo. Contentóse Suazo solamente con tomar posesion de la tenencia y alcaidía del castillo. El puente, bien por haber sido labrado de nuevo, bien por solo haber pertenecido al oidor, llamóse desde entonces de *Suazo*.

En 1446 una peste desoladora afligió á la ciudad de Cádiz y poblaciones de la comarca. Los hijos desamparaban á los padres dejándoles por sepultura sus mismas casas: muchas mujeres viendo con las ansias de la muerte á sus maridos, deseaban la suya propia: casi yerma quedó la ciudad: sus puertas cual si estuvieran largo tiempo cerradas, no daban paso á los viajeros ni mercaderes: en sus calles y plazas, vacías de hombres, brotaba por todas partes la yerba: cadáveres insepultos acrecentaban la inficion del aire: sus huesos frios, desnudos de hermosura y vida en los arenales, sirvieron de

memoria de esta calamidad por espacio de muchos años á la poblacion que sobrevivió á la desdicha.

Muchos acontecimientos de armas hubo durante todo el siglo XV en nuestra provincia como frontera de moros; pero de escasísima importancia en su mayor parte.

Refieren los historiadores de Jerez que los caballeros de esta ciudad determinaron ganar por sorpresa la villa de Patría, situada, como testifican hoy algunos restos, entre Vejer y Conil. Segun tradiciones en estos pueblos era un aduar de moros, defendido por una fortísima torre en un cerro eminente. Los moros sus habitantes, hacian entradas con gran frecuencia en tierras de cristianos para campear: todos montaban caballos blancos y se cubrian con marlotas de grana. Los de Jerez sabiendo por sus espías que habian salido de la villa los moros, se disfrazaron como ellos, y cabalgando de la misma manera se pusieron á vista de Patría á la hora de anochecer, llevando delante de sí maniatados algunos hombres como que eran cautivos. Los que habian quedado con la custodia de la villa no abrigaban el recelo de una prevencion advertida; descuidados en el ocio, no conocieron el engaño, y aun dentro de Patría los enemigos, no se atrevieron á dar crédito á lo que miraban. Dueños de la villa los cristianos, pusiéronse en espera de los demás caballeros moros que volvian regocijados con su presa, y les salieron resueltamente al encuentro, siendo para los moros su presencia primero novedad y despues asombro. Así en ellos se malogró la reciente victoria y se convirtieron en luto las alegrías. Pelearon unos y otros con valor como hombres animosos criados en guerras y combates; mas al fin tuvieron que ceder, quedando de los moros unos sin vida, y otros en cadenas para la vida del sufrimiento. Rindiéronse en los cristianos las fuerzas á la fatiga; pero no los ánimos á la piedad y á la compasion. Las mujeres, los niños y los ancianos pretendieron luchar con

los vencedores, valiéndose de las armas del llanto y del ruego; mas todo inútilmente, pues los cristianos determinaron ejecutar la resolucion formada en Jerez. Para la piedad tenian sin fuerzas el albedrío: así respondieron á las lágrimas y á las quejas, primero con ceño y despues con ira. La villa fué saqueada y destruida por medio del incendio.

Unos historiadores cuentan que este suceso acaeció poco antes de 1407: otros que en 1448,[1] mas yo creo que debió ocurrir en tiempos muy anteriores, pues no parece verosímil que, conquistados desde el siglo XIII todos los lugares comarcanos, permaneciese aun en el XV una villa de moros no sometidos á la corona de Castilla, en medio de poblaciones de cristianos á quienes esta vecindad ofendia contínuamente.

La villa de Zahara fué expugnada en 1407 y rendida, siendo tutor de don Juan II el infante don Fernando de Antequera: la de Ximena se ganó igualmente en 1431 por el mariscal Pedro García de Herrera, auxiliado de la gente de Jerez y de Alcalá de los Gazules, donde estuvo la mayor parte de la hueste en espera del asalto que con pocos se dió á la fortaleza de aquella villa en mitad de una oscurísima noche.

Pero los sucesos mas importantes en nuestra provincia ocurrieron por aquellos siglos en Gibraltar. En los últimos meses del año de 1355 el âámil ó gobernador Isa-ben-Alhasan ben-Abi Mandel se apartó de la obediencia del emir y se declaró soberano del monte, mandando solo con el dominio del rigor, pertinazmente obstinado en su fiereza, é insaciable en la satisfaccion de su codicia. No pudo vencerle persuasion alguna de parte de sus amigos mas amigos, ni aun de los cómplices de sus maldades; y así el pueblo no queriendo tolerar la opresion de aquel orgulloso, á quien habian favorecido

1 Don Francisco de Mesa Xinete. *Compendio Histórico Sagrado de la ciudad de Jerez. MS.* opina lo primero, y el padre Martin de la Roa lo segundo.

en su ambicion para que les diese tan indigna recompensa, no permaneció sometido á la sinrazon de tanta porfia en tiranizarlos, ni impasible á los ultrajes: rebelóse contra el rebelde á su príncipe y contra el usurpador de su soberanía. Faltaron al tirano alientos para la resistencia, y él y un hijo suyo fueron maniatados y conducidos al Africa á la presencia del emir por los que solicitaban en su castigo, aun mas que la justicia, el desagravio de las ofensas que habian esperimentado durante su dominio. Ambos recibieron la muerte ordenada por la indignacion del emir, el cual para mantener en lealtad fortaleza tan importante, envió á su hijo Abu-Bequer, denominado As-Said (el venturoso), segun la costumbre de los príncipes reales, con aguerrida hueste y todo lo necesario para proveer á la defensa de Gibraltar. No cumple á mi propósito que aquí recuente algunos combates acaecidos en esta ciudad y en las aguas del Estrecho; combates de ningun renombre é importancia. Gibraltar pasó del poder de los Benimerines al de los reyes de Granada; mas aunque el emir de Fez recuperó por medio de uno de sus hermanos á Gibraltar en 1411 y este trató de mantenerla por su familia, todo fué en vano. La plaza quedó de nuevo por los reyes granadinos.

En 1436 el segundo de los condes de Niebla, don Enrique de Guzman, determinó combatir esta fortaleza, albergue de los corsarios que infestaban las marinas cercanas, donde eran sus pueblos y almadrabas. Movíale á la empresa por una parte el recuerdo de que Gibraltar fué conquista de su glorioso progenitor don Alonso Perez de Guzman, cuya memoria creia ofendida, en tanto que un descendiente suyo, mas poderoso que él, permanecia en el descuido y el ocio sin derribar de sus almenas los pendones de la media luna: por otra parte, los daños que recibian sus pueblos eran grandes por la insolencia y pujanza de enemigos tan inmediatos. Imaginando que peligraba la venganza de su injuria en

otras manos, determinó acometer por su propia persona á Gibraltar, con la asistencia de sus deudos y vasallos y demás gentes de las ciudades vecinas, á quienes el riesgo comun y la codicia de la presa incitaban á concurrir á este gran hecho de armas.

Juntó el conde de Niebla á muchos caballeros, amigos y parientes en la ciudad de Sevilla, les representó con elocuente viveza la necesidad en que estaban de contribuir al bien público con franquear por medio de la conquista el estrecho á las naves de los cristianos, y logró persuadir á todos.

En Sanlúcar de Barrameda dispuso una escuadra para trasladar la infantería y allí se embarcó con ella, mientras que su hijo don Juan se dirijia por tierra con dos mil caballos y algunos infantes.

Con porfía mas animosa que discreta, ordenó acometer á Gibraltar no bien llegó su escuadra ante la plaza. En vano algunos caballeros le representaron lo conveniente, que creian que el asedio se comenzase de la manera que fuesen indicando la ocasion y la prudencia; pero el conde, no quiso acreditarse de cuerdo capitan á costa de una desconfianza de sí y de la gente que acaudillaba, ni menos ver defraudada su ambicion de gloria con demorar la hora del combate. Entregó al desprecio el desengaño de los mas espertos en el arte de la guerra: comunicó á su hijo sus pensamientos y sus deseos de que acometiese por la parte de tierra á Gibraltar, en tanto que él emprendia su toma por la de la marina, para ser cada uno simultáneamente inquieto terror de los moros que defendian la fortaleza. Mas la esperanza del conde fué presuncion estéril para su patria, sangrienta para su familia y para muchos de los que lo acompañaban en la jornada. Su soberbio valor no acertó á conocer con tiempo que le mentian en todo su vanidad y su confianza. Allí en la inconstancia del mar, allí le habia escrito Dios la presteza con que caminaba á su muerte, y cuan sin provecho de los suyos

se fatigaba con obstinacion en caminar á su desdicha.

Amaneció un claro dia cual el conde deseaba: puso en armas y en vela á su hueste, y no bien llegó la hora de bajar la marea, cuando ordenó que sus tropas desembarcasen y se estendiesen por la playa que hasta el muro de la fortaleza habia quedado en seco. Él mismo, atónito de su misma alegría por verse en el trance que tanto habia anhelado, miraba á una parte y á otra contemplando cómo los suyos sin resistencia de los moros secundaban sus deseos. Habiendo llegado casi al término de sus esperanzas, puso el pié en la arena, satisfecho de sí y de su hueste y confiado en la victoria, porque á veces la desgracia parece felicidad, si bien el conde no advertia que para felicidad era mucho lo que duraba la indiferencia del enemigo, que atribuia en su obstinacion á estar aniquilado en el conocimiento de la propia flaqueza y del peligro en que se encontraba, sin advertir que este suceso no podia hacerse creible á la prudencia. Es verdad, por otra parte que todo lisonjeaba sus deseos, y que nada cree mas fácilmente nuestro corazon que aquello mismo que con toda ansia está anhelando, pensamiento este que pudo un tiempo ser propio de un filósofo, pero que ya es sentencia que ha hecho vulgar la esperiencia de muchos siglos.

Montó en un caballo intrépidamente dócil á la mas ligera insinuacion de su dueño, y se dirijió al frente de sus tropas sobre la ciudad fortísima, cuyos muros estaban coronados de turbantes y lanzas. Al llegar aquí pareció como que los sitiados comenzaban á levantarse del profundo abatimiento en que los cristianos creian que estaban oprimidos. A los tiros de la artillería respondieron con otros, pero tibiamente para entretener á los enemigos hasta que las aguas del mar cubriesen de nuevo la playa de que se habian apoderado. Por el lado de tierra don Juan acometió igualmente; mas allí la resistencia de las fortificaciones era ma-

yor y menos el ardimiento de los moros para la defensa.

Apenas las rápidas crecientes del mar comenzaron á inundar la playa, el brío feroz de la morisma se encendió con la seguridad de la victoria. Una salida impetuosa de los enemigos infundió el terror en los cristianos. Los mas principales caudillos, mal disimulaban ya su tribulacion, mal su espanto. Todo se conjuró para aflijir al conde: todo para aterrarlo. El cielo se cerró para él: se vió desamparado de todo auxilio en ocasion en que no podia levantar sus fuerzas sin socorro de agena mano. Cubrióse de tristeza su semblante: el callado sufrimiento salió en mortal palidez á su rostro. Se avergonzó viendo sin alientos su ciega confianza, y escuchó las quejas de sus amigos; y enternecido y mudo, solo tuvo valor para mandar con una seña recoger su hueste. El conocimiento del peligro únicamente pudo tener elocuencia para demostrarle la temeridad de su hazaña. Asombrado su caballo, con veloz carrera lo llevó hácia las pequeñas naves, sin ser de nadie detenido, pues aunque el conde le tiraba del freno y le henchia de sangre la boca, nada bastaba á contenerlo.

Arrojábanse al agua precipitadamente sus soldados, huyendo de los alfanges berberiscos y granadinos: otros se embarcaban en bajeles pequeños en demanda de las galeras, añadiendo remos á la huida, el terror de las saetas y piedras lanzadas desde los muros: otros buscaban contra las iras del mar refugio en las mismas naves enemigas, hallando en el acero ó en las cadenas el asilo que reservaban los contrarios á la cobardía. Allí en la playa dos enemigos que habian perdido sus armas traban una reñida contienda: afirman ambos los piés en la movediza arena bañada por las aguas, tercian los pechos y de poder á poder comienzan á forcejar, sin que ninguno se quiera dar por vencido, hasta que viene en auxilio del moro una saeta disparada por certera mano que atraviesa el costado á su enemigo, el cual que-

da en la arena, teniendo puesta la diestra en la herida, los ojos en el cielo, y en el valor del conde su esperanza toda, hasta que las aguas acrecentadas hacen que espire en él la vida del sufrimiento.

El conde, en tanto, con dolor intensamente agudo, miraba desde su bajel todo el infortunio ocasionado por su ciega temeridad, y para respirar un poco, clamaba de lo profundo de su alma, exhortando á todos á favorecerse mútuamente en el riesgo comun; mas quiso su infelicidad que alcanzase á ver en la orilla, huyendo del enemigo, un escudero de su casa á quien amaba sobre todo amor por su acreditada fidelidad y servicios eminentes que habia prestado á su padre. Esto era en el instante en que mas aterrado estaba el conde, cuando se habian vuelto contra él hasta su mismo corazon y sus pensamientos mismos, porque todo le persiguiese y porque de todo temblase. Desfallecido el escudero, con la vista turbada por los hilos de sangre que de la frente le caian sobre los ojos, apenas podia ver á su señor, pero del sitio en que se hallaba avisóle el corazon, los levantó y pudo distinguirlo, y aun con mal articulados acentos que hablaban mas de lo que á la lengua enflaquecida era permitido decir, pidió socorro, alzando su cabeza que ya no podia sostener.

Dirijióse el conde en un esquife á prestar auxilio á su escudero. El pecho se le abria de dolor al contemplar el estrago que no estaba en su arbitrio evitar, como estuvo el haberlo evitado. Al llegar cerca de la orilla fueron tantos de los fugitivos los que se asieron al esquife para buscar en él su salvacion, y tantos los que en él se guarecieron, con toda la imprudencia de la desesperacion, que el bajel quedó sumerjido. Cuarenta caballeros murieron allí anegados con el conde de Niebla. En vano luchó este con las olas y contra la adversidad de su fortuna. Atraido del interés de la vida, nadó hácia unas peñas, contra las cuales maltratado, murió en el mayor tormento, porque murió con

la esperanza muerta de que los suyos se salvasen de la general desdicha.

Su hijo don Juan, apenas supo el peligro de su padre, corrió á embarcarse, y en vano buscó sobre las ondas el cuerpo de su progenitor ilustre. Tornó á sus reales, macilento entre el llanto y el suspiro, y viendo por donde quiera la desolacion en los semblantes de todos sus guerreros, mandó levantar las tiendas, y que la armada se retirase; tomó el camino de Vejer, en donde se mantuvo con su hueste á fin de negociar desde esta villa con los moros el rescate del cadáver del conde.

Este habia sido arrojado junto á los mismos muros de Gibraltar. La sangre que habia despedido de las heridas estaba ya negra y cuajada: todo el cuerpo morado y denegrido.

En vano don Juan solicitó de los moros el cadáver ya por medio de grandes riquezas, ya por la ternura del ruego de un hijo amoroso. Ningun dolor que le pudieran dar le perdonaron: cumplieron su determinacion de erijir un monumento de la victoria, juzgando que el mejor de todos era el cadáver del capitan enemigo dentro de un ataud colocado sobre la puerta de la Barcina para que sirviese de escarmiento á los cristianos el castigo de su temeridad en aquella playa que habian funestamente cubierto otros caballeros no menos atrevidos.

Nuestra provincia estaba casi toda bajo el dominio de señores feudales. La casa de Guzman tenia en su poder la mayor parte, como Sanlúcar, Trebujena, Jimena, Conil, Vejer y el Puerto de Santa María. Don Fernando el Emplazado empeñó á los Guzmanes la ciudad de Medina Sidonia y les concedió el despoblado de Chiclana. Los Enriquez de Ribera poseian el señorío de Tarifa y el de Alcalá de los Gazules. El buen condestable don Ruy Lopez Dávalos tuvo el de la ciudad de Arcos: por su muerte dióla el rey don Juan II á don Alonso Enriquez, almirante de Castilla, y luego la tomó en cambio de Palenzuela, para recompensar

con ella los eminentes servicios de don Pedro Ponce de Leon, quinto señor de Marchena y conde de Medellin, caudillo que se habia señalado con increibles pruebas de valor, entre otros asedios, en los de Zahara, Setenil, Olvera y Torre Alháquime, que cito por ser todos pueblos de nuestra provincia. Tambien otorgó el rey á este caballero el señorío de Rota con sus almadrabas. Don Juan Ponce de Leon su hijo, heredó el condado de Arcos, comenzando en su tiempo las rivalidades entre su casa y la de Guzman, realzada ya con el ducado de Medina Sidonia en la persona de don Juan, hijo del desdichado conde de Niebla. Indudablemente las disensiones entre estas dos tan poderosas familias, aunque ocasionaron guerras en nuestra provincia y en la de Sevilla, impidieron que la familia de Guzman se hubiese alzado en Andalucía y establecido un reino, á semejanza de lo que en antiguas edades habian hecho los condes de Castilla y don Enrique de Portugal. Quien mas contribuyó á enfrenar el soberbio poder de los Guzmanes fué don Rodrigo Ponce de Leon, hijo segundo del segundo conde de Arcos, y heredero despues de todos sus principales señoríos.

Don Rodrigo Ponce de Leon, uno de los mayores héroes que la historia de España cuenta, fué de alta estatura, de blanca tez, de rubios cabellos no rizados al hierro afeminadamente, sino al duro contacto del yelmo que desde los últimos años de su niñez oprimia sus sienes. No hablaba siendo niño, sino de guerras: gozábase en reconocer los arneses, en probar el temple de la espada, en embrazar la rodela. No deseaba sino dormir sobre el escudo. Montaba garbosamente un caballo, y no era fácil hallar quien le escediese en destreza para manejarlo. Tenia por gala el desaliño en el vestir. Todos celebraban sus altas prendas sin infamarle alguno, pues no hallaban que censurar en él, ni la prudencia ni la calumnia. Nunca pudo contener los impacientes deseos de su espíritu. Nutrido con la fe-

licidad de sus progenitores, jamás vió el semblante á la desdicha. Lo que otros en otros podian juzgar locura ó desvarío, era en él sagacidad y acierto. Su juventud y sus deseos no le enseñaron á ser gobernado, sino á mandar y á ser obedecido. Velaba su pensamiento mientras él dormia, siempre agitado por la esperanza de realizar inauditas empresas. Promovió muchas con fatiga, las aseguró con su prudencia, las ilustró con su esfuerzo, con presteza igual al deseo y mayor que la esperanza. Su valòr nunca llegó á la temeridad: ni aun tocó en la imprudencia. Sus órdenes á veces mas parecian que mandatos ruegos, pues no queria acordarse de que podia mandar lo que rogaba. Servíase alternativamente del halago y de la amenaza, prevaleciendo sobre la amenaza el halago. El suceso mas inopinado lo hallaba siempre prevenido. Esforzaba á sus tropas con mas enerjía que palabras, porque la fuerza de su voluntad con pocas sabia trasmitirles el fuego bélico que ardia en su corazon. Sus acentos pasaban mas allá del oido de sus soldados, y penetraban hasta los senos del alma. Con lo que otros se amedrentaban él se atrevia: con lo que otros se atrevian él se incitaba mas y mas. Lo que queria, lo queria eficaz y resueltamente. No se embriagó con la alteza y majestad del poder: por eso no interrumpia la queja al desdichado sino la escuchaba con aquel respeto que hace mirar como cosa sagrada al oprimido por el rigor de la contraria fortuna, no igualándole en la afliccion sino escediéndole en la pena. Sus vasallos no se cansaban de agradecerle los favores, ni él de repetirlos y continuarlos. Eran en él naturaleza la misericordia: la severidad ó el rigor de la justicia violencia. En los grandes peligros, cual si fuera de mármol ó de bronce, no sentia: sobre las fatigas estaban la agitacion de su espíritu, su incansable sufrimiento, su confianza en el vencer, que cuando llegaba era un tardo alivio á la impaciencia de su corazon fogoso. Su entendimiento claro, con aquella vivacidad que se diri-

jia constantemente al acierto, no veia en el peligro el peligro, sino la victoria que esperaba su deseo.

No fué su mayor enemigo el odio que profesó á sus contrarios, si bien su alma estuvo un tiempo abrasada en rencores é implacablemente enojada. Le acrecentaron el valor, y lo hicieron héroe, no las caricias, no los elogios, no el entusiasmo de los amigos, sino el deseo de humillar con sus glorias á sus émulos. De ellos hablaba, no con la ira de la enemistad, sino con el respeto que se debe á un fiel amigo. Jamás receló de las contrariedades de la fortuna, temor constante de los dichosos, firmísima esperanza de los desdichados. Con gran violencia estaba siempre en la quietud del hogar doméstico, como quien sabia las glorias que habia de tener cuando las gozase en el campo de batalla contra los enemigos de su religion y patria, ó contra los del acrecentamiento del honor debido á su linaje. Alentaba á los reyes y á los grandes á la perseverancia en la empresa de destruir los restos del poderío mahometano en Andalucía. Aunque vivió en tiempos mal afortunados y en que por do quiera triunfaban la simulacion y el dolo, nada pudo oscurecer su entendimiento, nada debilitar su voluntad: varon dotado de una osadía de ingenio grande y generosa, amaba y protejia á los sabios, siendo pocas para su deseo las dádivas y preseas con que recompensaba sus consejos y su doctrina. Juzgaba que era mejor deber el desengaño al talento que no al tiempo y á la esperiencia. Por eso sus dichas en la guerra nunca fueron estériles para las armas de Castilla, porque si bien su osada fantasía le indicaba empresas superiores á la esperanza, tambien un cuerdo raciocinio lo confirmaba mas y mas en ellas. No consentia en manera alguna que á nombre suyo se hiciesen vejaciones á sus vasallos, porque no podia comprender como hubiese príncipes que sin estar atormentados en la inquietud de su grandeza bebiesen el llanto de sus súbditos en copa de oro. Recompensaba á los hombres de valor mas probados en

las lides: no queria que quedase sin premios el mérito, pudiendo otorgar este género de satisfaccion á las fatigas, ya que pocas veces está en nuestras manos dar la felicidad, como lo está mas fácilmente la desdicha.

Modelo del cumplido caballero de aquella edad, se entregó igualmente que á las armas al amor, afecto que contínuamente ajitaba su espíritu; pero que no pudo robarle todos los demás sentimientos á la vida. No dominaba en él el desconcierto de las pasiones con el peligro de engañar y ser engañado por medio del encanto y la dulzura con que la mentira primero halaga y despues desgarra el corazon. Aunque educado en la aspereza de la vida militar, sentia tan delicadamente y espresaba sus sentimientos con tal delicadeza que á veces solian ser imperceptibles al mundo. Sabia atraer con dulce fuerza el objeto de sus amores, y aunque vario en sus galanteos, habia en su afecto tal ternura que parecia que el premio único que deseaba era que se acrecentase aun mas el cariño. Aquel capitan heróico acostumbrado á triunfar con valor, aquel noble prepotente que podia mandar con imperiosa soberbia, aquel varon de ánimo tan libremente orgulloso, se dejaba vencer del amor en tal manera que solo con tocar una mano del objeto en cuya posesion fundaba su esperanza la dicha, sentia saltarse las lágrimas con grande confusion y desconsuelo suyo de verse tan rendido á un afecto que solo podia espresarse con la ternura del llanto. Mientras otros lograban por prendas de su amor los desengaños, ó bienes mas dulces esperados que poseidos, él tuvo varios descendientes á quienes profesó un cariño todo vehemencia, sin preferir á uno solo. Varon ajustado á la necesidad de los tiempos, no quedó débil y sin virtud con el peso de los años. Intrépido su corazon cuanto mas se acercaba á la vejez, continuaba en su ambicion de gloria, no habiendo para él instantes sin empleo. Era tan fuerte, que si por una parte aseguraba con su reputacion la victoria á sus sol-

dados, por otra despertaba y encendia los ánimos para combatir con mas denuedo, persuadiéndolos con el ejemplo de sus hazañas, elocuencia que no se aprende en Tulio ni en Quintiliano. Al propio tiempo que militaba con tales bríos en su postrera edad, humedecia sus ojos con las lágrimas de la penitencia, llorando culpas que para un alma cristiana solo se pueden remediar con el llanto. Así esperaba en Dios lo que desconfiaba de su flaqueza, siendo la mas viva estatua del desengaño en la época de su existencia en que ya fatigado lo mismo de las persecuciones de la envidia, que de los regalos de la fortuna y naturaleza, ni le inquietaban los agravios, ni le movian las lisonjas, dado enteramente tan solo á Dios y á su patria, y á conceder beneficios y favores que escedian á los deseos de aquellos que los recibian y al pensamiento del mismo que los otorgaba. Nunca se vió en él dominar la furia, propia por lo comun en el que vence: tampoco vió la desesperacion en el rendido, porque en sus acciones llevaba por guia la misericordia, lo mejor que hay en el cielo, lo mejor que puede haber en la tierra. Sus oidos, acostumbrados á escuchar los acentos de la alegría y del aplauso, que son los que mas resuenan en los de los poderosos, percibian con mas ahinco los gemidos de la infelicidad. Consiguió amar á sus émulos de tal modo que la confianza de sus amigos mas leales podia llegar al punto de tener celos; sus palacios en mas de una ocasion fueron albergues para los infelices, no pudiendo haber en ellos ni mas compasion generosa, ni mas desdicha, porque el espíritu caritativo de este héroe, sabia ver las lágrimas con lágrimas, pero no las lágrimas con la indiferencia. El exceso ó la exageracion que alguna vez llega hasta á hacer delincuentes las virtudes, jamás pudo mancillar las suyas: nunca se irritó su justicia, nunca castigó con sangre la inocencia, como muchos que nada dejan para las culpas. Si agotaba todos los remedios para correjir los delitos, no se valia de la crueldad su

desesperacion, sino en la fortaleza de su ánimo hallaba nueva enerjía para que su razon no se oscureciese y lo llevase de la seguridad al riesgo de infamar su nombre, aquel nombre que con no poca sangre y con tanto afan habia conseguido. Suspiraba todo lo que escribia, cuando trataba de dar las órdenes para la ejecucion de un castigo: volvia á leerlas y pasaba á meditarlas; y aunque la palabra perdon pocas veces se escuchaba en sus labios, el perdon iba envuelto en la cortedad de la pena. Por eso los castigados besaban agradecidos la espada que los heria, y escuchaban los consejos amorosos de este varon insigne con el sosiego que dá la confianza en la rectitud y bondad del que reprende y amonesta; y á pesar de todo temblaban de respeto ante la autoridad de aquel héroe, en quien tenia su consuelo la esperanza y que no sabia resistirse al ruego de un afligido. Nunca perdió lo primero que un poderoso pierde, la prudencia, riesgo á que vive infelizmente sujeta nuestra vida. No dejó á la posteridad indeciso el juicio de sus hazañas y virtudes: los historiadores todos han tenido en gran estimacion sus merecimientos. Lo que tantos y tan bien han dicho comprendo que puede decirse mejor; mas mi aspiracion á decirlo no es la confianza de haberlo ejecutado, sino incentivo para que otros lo realicen. Al describir á este héroe no he intentado dar voz y movimiento á un cadáver, sino solo prestar alguna viveza, alguna semejanza al bosquejo de su retrato con palabras dictadas por el mas alto sentimiento de veneracion hácia guerrero tan ilustre.

De edad de diez y siete años hallóse en la batalla del Madroño entre Osuna y Ecija, en compañía de Luis de Pernia, alcaide de aquella ciudad y con reducido ejército, en tanto que el del primogénito del rey moro de Granada era numerosísimo. En el ardor del combate rompióse á don Rodrigo la correa de donde pendia la adarga y habiendo descendido del caballo para recogerla, unos moros acudieron á apoderarse de su persona. Tuvo tiempo

de arrebatar una honda y tres piedras á uno de los heridos y con ellas hizo retirar maltratados á los enemigos, valiéndose de su turbacion para recuperar el caballo é internarse en lo mas rigoroso de la pelea. El rey, sabedor de esta hazaña, la comparó con la de David cuando destruyó á Goliat. Quedó mal herido en el brazo izquierdo; mas no desmayó en ánimo ni cesó de alentar á los suyos, ni se acordó de curarse hasta que los enemigos le abandonaron el campo, los despojos y los cautivos. Su padre al verlo vencedor en edad tan tierna, no pudo reprimir los delicados sentimientos de su alma encendida en el amor de un hijo, y lo estrechó en sus brazos con toda la vehemencia de tan noble afecto, presintiendo la heroicidad con que habia de ilustrar su linaje.

De edad de diez y nueve años demostró la energía de su alma en un empeño de honor para el lustre de las armas de su casa, empeño de honor orígen de las discordias entre los Ponces de Leon y los Guzmanes.

Por los años de 1462, siendo alcaide en Tarifa por Gonzalo de Saavedra, el valeroso caballero Alonso de Arcos, recibió las aguas del bautismo en esta villa, un moro de Gibraltar. Este, deseoso de hacer ostentacion de su fé, logró persuadir al alcaide que con la mas gente que pudiese allegar intentase la toma de aquella fortaleza, por ser el tiempo mas conveniente, puesto que una gran parte de las tropas que la guarnecian estaba camino de Málaga. Con ochenta de á caballo y ciento y ochenta peones salió de Tarifa su esforzado alcaide y en la misma noche llegó ante los muros de Gibraltar, sin que nadie se apercibiese de que tan cerca tenian al enemigo.

Tres moros descubridores del campo cayeron en su poder, á los cuales sometió á cuestion de tormento con el fin de averiguar la certeza de lo que el cristiano nuevo le habia asegurado. En nada mintió el moro: en nada la esperanza del alcaide. Los principales caballeros de la ciudad con mucha gente de guerra habian pasado

á Granada y Málaga para recibir al nuevo rey: las fortalezas amplísimas de Gibraltar apenas tenian defensores. Alentado el alcaide con la seguridad que ofrecia la empresa, escribió á todos los pueblos y á todas las ciudades de la comarca y fronteras, así como al conde de Arcos y al duque de Medina-Sidonia. Las gentes de Alcalá de los Gazules, de Vejer, de Castellar, de Medina y de Jerez llegaron primero para avivar los combates. Después la de Arcos con don Rodrigo Ponce de Leon se adelantó hasta el pié de las fortalezas, dejando atrás al conde que por hallarse algo enfermo no podia caminar con toda la celeridad que el caso estaba requiriendo.

Los moros no bien supieron la llegada del hijo del conde de Arcos, determinaron tratar de concierto con él, antes que con el alcaide de Tarifa, confiados en sacar mejor partido. La edad juvenil de don Rodrigo estimulaba las esperanzas de los moros; por eso le presentaron los capítulos con que se disponian á rendir la plaza, fatigados como estaban en una resistencia inútil sus pocos defensores.

Mas don Rodrigo aunque se hallaba en aquella época de la vida en que es mas fácil cometer los errores que el conocerlos, no quiso ser inobediente al padre que veneraba tanto.

Este habia derramado la confianza toda de su noble seno en su animoso hijo previniéndole que en manera alguna se enseñorease por sí de la fortaleza, sin esperar su llegada, temiendo que el espíritu de don Rodrigo que era mayor que el mundo, se empeñase temerariamente en la empresa con riesgo de su vida y del lustre de su casa. Pero don Rodrigo cauto y fiel, cual convenia, negóse á hablar de paz en tanto que no fuese ajustada con su progenitor, único en quien reconocia autoridad para ser preferido.

No pudo, sin embargo, permanecer en sus intentos. El corregidor de Jerez, Gonzalo Dávila, ofendido

de estas dilaciones y ambicionando que las gentes de su ciudad obtuviesen la gloria de apoderarse de la fortaleza combatida, envió un secreto mensajero á los moros para manifestarles que ni don Rodrigo, ni el conde de Arcos deseaban otra cosa que ejercitar sus armas para conseguir crédito de guerreros invencibles; y así que si los de Gibraltar se confiaban en la vana seguridad de la promesa de aquel caudillo imberbe, aguardaban su propio estrago, pues con él no iba á venir la paz, sino el esterminio ó el cautiverio. No pudieron los moros resistirse á estas instancias ó por lisonja ó por miedo; y concordaron entregar una puerta y las torres, así como los de Jerez introducir en la ciudad dos mil guerreros con el fin de guardar y hacer que se cumpliese el tratado. Fatigábase en tanto don Rodrigo por repudiar de sí una sutil sospecha que á veces creia temeraria, contra las gentes de Jerez; pero el suceso le enseñó bien pronto que todo era el recelo de una sagacidad superior á sus años. Malográronse los intentos del corregidor Gonzalo Dávila. Apenas advirtió don Rodrigo que la hueste de esta ciudad se movia en direccion de la plaza, movió tambien la suya; mas con toda la presteza que sabe dar la indignacion, y antes que los de Jerez pudiesen pisar las calles, ya su pendon estaba arbolado en la mas alta de las torres: ya sus gentes ocupaban las puertas: ya los moros buscaban en el castillo su postrimer refugio en la defensa. Los de Jerez, viendo que su esperanza habia sido estéril presuncion, rogaron á don Rodrigo les permitiese entrar para recuperarse de las fatigas que habian esperimentado en el asedio, mal prevenidos como estaban de toda comodidad para una empresa que desde luego todos juzgaban fácil. No se negó don Rodrigo á sus deseos: la gente de Jerez entró al punto en la ciudad de que habian querido enseñorearse.

En esto el cerco del castillo se empezó con rigor y se continuó con insistencia. Los moros llegaron al es-

tremo de tener que pedir las vidas y la libertad, faltos de víveres y de esperanzas. En el instante en que don Rodrigo estaba á las puertas para recibir el castillo, el eco de los clarines de la hueste del duque de Medina Sidonia, le avisó su llegada. Unos dicen que se detuvo de propia voluntad para hacer participante á este señor en la gloria de la rendicion de la fortaleza: otros cuentan que el duque envió á don Rodrigo dos caballeros para darle en su nombre el parabien de la victoria y pedirle en términos afectuosos que esperase su llegada para tomar el castillo.

De un modo ó de otro, don Rodrigo, acatando las órdenes de su padre que le prevenian obedeciese al duque como á su propia persona, suspendió el acto de entregarse de la fortaleza, y con cincuenta hombres de á caballo salió de Gibraltar á recibir con todo respeto á aquel prócer. Ya ambos caudillos dentro de los muros de la ciudad vencida, don Rodrigo manifestó al duque sus deseos de esperar la llegada de su padre para que este tuviese tambien participacion en la gloria de la toma del castillo; y entre ambos así quedó estipulado.

Dicen que el duque envió de noche un mensajero á los moros para que sin pérdida de tiempo se rindiesen; pero otros con poca probabilidad afirman que el acto de sumision inmediato á la llegada del de Medina Sidonia, fué espontáneo. Cinco embajadores pidieron seguro para trasladarse á la ciudad, y otorgado, entregaron una carta al duque, en que se manifestaba por los principales caballeros, que aunque tenian bastimentos y municiones para una larga resistencia, con todo eso, en prenda de respeto á su persona y de desagravio á su familia por la infelicidad de su progenitor el conde de Niebla, estaban resueltos á él y no á otro alguno, rendir el castillo. Indignóse don Rodrigo, arrebatando las atenciones del alma y de la vista con la animacion que á su semblante juvenil daba la cólera. Con todo aquel dominio que le habia otorgado la naturaleza, mos-

tró que los moros antes de la llegada del duque estaban prontos á entregarle la fortaleza, fortaleza que consideraba como suya desde aquel punto; pero que así como no habia querido tomarla, tampoco se hallaba en ánimos de perderla. Negóse el duque á las razones de don Rodrigo, y con el nombre del rey, á quien podia seguirse gran deservicio acaso por la tardanza en apoderarse del castillo, lo venció á su voluntad; mas no sin hacer antes el concierto de que cada una de las dos casas enviase á la posesion del castillo cien escuderos de á pié llevando las dos banderas, y que ambas serian juntamente arboladas en la torre del homenaje.

Cuando los dos caudillos subieron al lugar donde estaba la fortaleza, un moro salió de sus muros y tomando la voz de los sitiados, pidió la bandera del duque para tremolarla en la torre en señal de que la sumision era á las armas de este caballero. Mudo el duque ante la injuria que se hacia á don Rodrigo, manifestó que habia exijido ó concertado este hecho con los moros, pues su estudiada indiferencia y su silencio claramente lo decian. Encendióse en cólera don Rodrigo, y olvidado de su autoridad, hirió en el brazo al alferez del duque en el momento en que lo estendia para entregar al moro la bandera. Grande fué el despecho del duque; mas se vió compelido á disimular la ofensa, pues no se encontraba con alientos para acriminar de desleal el que era verdaderamente infiel, teniendo á la vista los moros enemigos que aunque le habian vendido el silencio de su delito á la amistad, podian vender su revelacion al amigo indignado para obtener mayores ventajas en la reduccion del castillo.

Entre tantos enemigos y con culpa que era el mayor de todos, no habia entereza de corazon en el duque que bastase á correjir instantáneamente el ultraje hecho á su persona en la de su alferez: remitió al tiempo y á la ocasion que esperaba el satisfacerse de la audacia de aquel mancebo, educado en la osadía, y

aguerrido en la soberbia. Mandó que ambas banderas fuesen juntas llevadas á la torre: mas luego que una y otra se tremolaron y que los doscientos hombres, ciento de cada parte, se enseñorearon del castillo, mas de doscientos de la casa del duque fueron entrando poco á poco en la fortaleza, en son de verla, mas con ánimo deliberado de apoderarse de toda, como lo hicieron de las torres, y hasta de la del homenaje. Don Rodrigo en tanto hallábase en la ciudad no mal prevenido para el suceso; pues ya no eran dudas acerca de la lealtad del duque las que tenia, sino desconfianza. Llególe un aviso de su hermano que con su bandera estaba dentro del castillo, y para determinar lo que la gravedad del caso exijiese, no dejándose llevar de nuevas que pudieran ser falsas ó exajeradas, quiso personalmente saber por sí el estado del suceso. Luego que de los labios de su propio hermano que se hallaba en el adarve, entendió el falaz proceder del duque, y vió que de perseverancia en su propósito pasaba á obstinacion afrentosa al honor de las armas de los condes de Arcos, resolvió, temiendo mas á sus propias iras que á sus enemigos, abandonar con decoro la fortaleza, que no poseerla de una manera impropia de quien antes la tuvo rendida.

Así, pues, movido del mas noble sentimiento de dignidad, mandó á su hermano que saliese de la fortaleza con sus insignias y con sus gentes; y aunque el duque llevando su ficcion hasta el punto de finjir lo que no podia ser ni menos ser creido, le envió un mensaje aparentando su asombro por aquel suceso tan estraño, don Rodrigo respondió que harto sabia lo que le mandaba preguntar y sobre todo, que no queria que cuando su padre llegase á Gibraltar, encontrase su bandera en poder ajeno.

Creció en don Rodrigo la ira mas allá del sufrimiento humano; y deseoso de prevenir al conde su padre, le escribió una carta en que parecia estar derramando con el deseo su sangre toda que palpitaba por

salir de las venas, antes que tolerar por mas tiempo el ultraje inferido á su familia. No pudo acabar la carta, pues el eco de los clarines de la hueste del conde de Arcos hirió el aire y llegó á los oidos de don Rodrigo, el cual salió á recibirlo al punto; pero el duque permaneció en su alojamiento, cual si se tratase de la llegada de unas tropas capitaneadas por algun caballero de ninguna autoridad y nombre.

Vió el conde venir á su heredero tan confuso como si fuese vencido. Saludó este á su padre con mas halago del que permitia al rostro la ira, y corrió á tributarle una muestra de su respeto, anticipándose una lágrima de despecho á humedecer en la mano del conde el sitio que habian de estrechar los labios. Su padre le echó entonces los brazos al cuello con mas ternura de lo que parecia permitido á un guerrero.

Dió don Rodrigo un gran suspiro, precursor de la manifestacion de su pensamiento, y refirió á su padre cuanto habia emprendido el duque, valiéndose de las palabras que le dictó mas que la ceguedad de la ira, la razonada indignacion de la ofensa. No quiso el conde dejarse arrebatar del primer movimiento de su enojo, sino de lo que dictase la conveniencia para el mayor decoro de su linaje, puesto que la porfía ó la precipitacion en la venganza llega á ser á veces mas indigna que el agravio. Don Rodrigo, como aquel cuya ambicion habia sido en primer término defraudada, propuso en el consejo que con su padre y él tuvieron los caballeros parientes y amigos, castigar la soberbia del duque por la fuerza de las armas, para probarle que si él no se enseñoreó antes del castillo, no fué porque su valor no se atreviese solo, sino porque su modestia lo rehusaba, y porque el respeto filial se lo impedia. Atendiendo don Rodrigo al deseo de su venganza, único consuelo de su ira, propuso con quinientos hombres apoderarse de la fortaleza y prender y matar al duque, dejando otros quinientos para la custodia de su padre.

Oyó el conde con secreta satisfaccion las nobles palabras de su hijo que revelaban un ardimiento capaz de cualquier prueba, digno en un todo de la sangre que por sus venas circulaba: públicamente alabó sus razones como propias de un caballero; mas mirando á la conveniencia y al respeto que se debia al rey, en cuyo nombre se habia emprendido aquel asedio, manifestó que la satisfaccion cumplida de la ofensa se debia remitir á tiempo mas oportuno. Templóse don Rodrigo con esta esperanza, si bien sus deseos eran muy otros, imajinando que habia perdido el mérito de dar fin á la empresa, porque su enemigo habia intentado usurparle el aplauso.

El duque de Medina Sidonia envió un mensaje al conde, rogándole que con cuatro ó cinco caballeros pasase en determinada hora á cierta plaza para conferenciar sobre el suceso. Acudieron ambos nobles á la cita. Intentó el duque convencer al conde de que todo habia sido indiscrecion juvenil de don Rodrigo, arrebatado por su espíritu ambicioso de gloria; pero ni aun logró persuadirlo de que el hecho de los vasallos suyos no fué casual, sino puesto en ejecucion con pertinacia. Sus apariencias de disculpa eran un desacato á la verdad, sus satisfacciones mas parecian arrogancia, sus seguridades vacilacion, sus muestras de afecto mal simulada insolencia.

Replicóle el conde con inflexible entereza, sin que despues de haber discurrido ambos en sus agravios y disculpas, pudiesen venir á concierto. Al siguiente dia salieron de Gibraltar con su hueste el conde y don Rodrigo, y acamparon junto al Guadiaro. Desde allí enviaron al duque un mensaje, previniéndole que, puesto que el perjurio del amigo obliga á repudiarlo de nuestra amistad, allí eran ellos para probarle como buenos su ruin proceder, y tomar cumplida satisfaccion de sus agravios. Remitida la querella á la osadía, no creyó el duque desdoro de su nombre no salir al llamamiento, sino empeño afrentoso abandonar la fortaleza

con el riesgo de su probable pérdida. En vano el conde y don Rodrigo lo esperaron tres dias, al cabo de los cuales tomaron el camino de Sevilla acompañados de su hueste.

El rey don Enrique, sabedor de los sucesos, mandó que el duque entregase Gibraltar á Pedro de Porras, nombrado alcaide, y escribió á todas las ciudades y á todos los concejos de Andalucía, que si se obstinaba en mantener por suya la fortaleza, todos ó cualquiera á ley de buenos vasallos, tenian obligacion de arrebatársela á mano armada. El conde de Arcos era tambien uno de los señores á quienes el rey previno que emplease sus fuerzas en la reduccion y el castigo del duque. Este, sabedor de todo, entregó sin resistencia ó dilacion la ciudad de Gibraltar al alcaide.

Maravíllase hoy el talento político en la contemplacion del estado de España en aquellos remotos siglos: fugitiva la paz entre los mismos cristianos por la ambicion de señores, mas que señores, régulos: la disciplina de la milicia, no en la severidad, sino en la relajacion: los deseos de los ambiciosos en ilimitadas esperanzas: los monarcas débiles averiguando casi siempre delitos, no para castigarlos con la pena, sino con el perdon, seguido del premio: los nobles, delincuentes por la osadía propia y por la flaqueza del poder real y desuso de las leyes, blasonando de las maldades y siendo su deseo la acusacion, para obtener tras la acusacion la recompensa de haberse sometido: en el poder siempre los preferidos, pocas veces los beneméritos: la vara de la justicia en manos de los delincuentes: sin freno la insolencia popular: la liberalidad en el punto de la indiscrecion: la ira de los propios mas temibles que las de los enemigos: sin seguridades la promesa: la ignorancia hasta ignorando el arte de saber finjir para aminorar la intensidad de los agravios: la pretension gloria, las posesiones penas: ciego el crédito para acojer con entusiasmo las mentidas hazañas: suspicaz la malicia para denigrar

los merecimientos: rígidamente enardecida la austeridad para las faltas del émulo, como sin virtud para los crímenes del amigo, vicios, comunes algunos á cualquier edad, pero todos conjurados en la que describo para turbar los reinos de Castilla con las miserias de las guerras civiles.

Pues en estos tiempos en que la ira estaba en ejecucion contínuamente, en que eran soldado la ceguedad y capitan el encono, y en que se amaba la impaciencia de la ambicion unida con la maldad en el que obedecia, se alababa en el caudillo y se admiraba en los grandes, no contribuyó el general desórden á enflaquecer mas y mas la monarquía, sino mas y mas á robustecer su poderío, porque era aquí fortaleza lo que en otros reinos podia ser debilidad: lo que en otros desdicha, aquí conveniencia. Las discordias internas de los grandes hicieron que todos sintieran vivamente los efectos de la ambicion: el interés los instigó á mantener ejércitos, que la guerra enseñó á rechazar y á vencer á los enemigos. Cuando los reyes supieron utilizar estos medios para establecer único el poder cristiano en todos los ámbitos de la península, tuvieron ejércitos aguerridos, tuvieron caudillos, tuvieron generales, tuvieron victorias y alcanzaron el último de los triunfos á que aspiraban. En la exaltacion de las pasiones de un pueblo podrá no enfrenar las grandes maldades la inesperiencia, ó la ineptitud, pero no la prudencia conseguir por medio de grandes virtudes, el bien comun y la gloria de un estado.

El rey don Enrique IV, deseoso de ver las maravillas que de Gibraltar pregonaba la fama, bajó desde Sevilla el año de 1463 en ocasion de hallarse en Ceuta don Alfonso V de Portugal, renombrado el africano por sus conquistas de Tánger, Alcacer y Arcila. El monarca lusitano, á ruegos de don Enrique, pasó igualmente á Gibraltar; ambos reyes, vivieron en una misma casa ocho dias, ocupando algunas horas en cazar en los bos-

ques inmediatos, y las mas en visitar y reconoçer los muros las torres, las atarazanas, las mezquitas, los almacenes de pertrechos militares y los diferentes pósitos, construcciones todas que manifestaban la predileccion de los reyes moros por esta fortaleza, llave de sus conquistas.

Quitó don Enrique la alcaidía de Gibraltar á Pedro de Porras y la concedió á su famoso valido don Beltran de la Cueva, el cual puso por su teniente á Estéban de Villacreces, su cuñado, caballero muy principal de la ciudad de Jerez. Ofendióse el duque de Medina Sidonia con la merced otorgada al valimiento, cuando él reputaba derecho de los suyos la alcaidía de Gibraltar, no solo por la primera conquista hecha por Guzman el Bueno, sino tambien por haber perecido en su asedio el conde de Niebla; y así quedó herido en su amor propio y con deseos de tomar satisfaccion del agravio. Juntábase á esto la importancia en que los Guzmanes tenian la posesion de esta ciudad, tan fuertemente murada, para los mal encubiertos fines á que encaminaban sus intentos de enseñorearse de Andalucía.

Cuando en 1465 muchos grandes se rebelaron, pretendiendo desposeer de la corona á don Enrique, y juraron rey á su hermano el infante don Alfonso, el duque de Medina Sidonia siguió la parcialidad de este, así como el conde de Arcos se mantuvo con los suyos en toda lealtad al lejítimo soberano. Don Alfonso, conociendo cuán vivo era en el duque el sentimiento de lo que él llamaba ofensa, sin que cediese á la recomendacion de ruegos, ni á la eficacia de intercesiones de amigos, sino solo oyendo la conveniencia de confirmar en su partido á tan poderoso magnate, le otorgó en desagravio la ciudad de Gibraltar, con sus fortalezas para sí y sus sucesores.

Estéban de Villacreces que permaneció fiel á su príncipe, se vió cercado de las fuerzas del duque, sin contar con otras bastantes á la resistencia. Sin embargo, á

pesar de la formidable expugnacion, Villacreces opuso el vigor de su ánimo y la constancia suya y de su corta hueste para contrastar á los del duque; pero al fin, destituido de todo amparo se encerró en el castillo abandonando la ciudad á los contrarios, pues le era imposible atender á la defensa de todo el circuito de sus murallas. Diez meses encerrado en la fortaleza, fatigó la soberbia del duque con la humillacion y el vencimiento de los suyos que en todo combate eran siempre rechazados, restaurándose en el ánimo de los sitiadores la confianza con cada victoria cuando ya parecian vencidos por la desesperacion de tan prolijo asedio. Al cabo envió el duque á don Enrique de Guzman, su hijo primojénito, con la mas gente y mas aguerrida que pudo allegar, y con todas las máquinas y lo demás necesario para combatir irresistiblemente aquella fortaleza. En vano, despues de repetidos y fieros asaltos, propusieron al alcaide partidos con el nombre de honrosos para su rendicion. Su lealtad estaba sobre todos los halagos: su entereza sobre todo el poder de sus enemigos. Con risa amenazadora respondió á todas las sugestiones, en tanto que en los suyos imperaba el desconsuelo, desfallecidos por la hambre, alentados solo por el honor mas que por la esperanza de auxilios.

Muchos se descolgaron de las murallas para pasarse al enemigo, poseidos de la afliccion, hasta que Villacreces, falto de gentes con que sustentar por el rey el castillo, no creyó infamia en él rendirse al hijo del duque, sino mas bien ignominia en el vencedor, que con deslealtad á su príncipe, habia oprimido á los celosos defensores de una fortaleza de cristianos, en tanto que los moros hacian entradas impunemente en las tierras de Castilla, recojiendo las presas con que les brindaban su osadía y el desamparo de las fronteras.

No solamente el duque ultrajó con el desprecio al que debia mirar con veneracion por la entereza de su virtud, sino que hasta abrigó el propósito de disponer

que satisfaciese con su cabeza la culpa de haber dado aquel ejemplo de firme lealtad en tiempos de tanta inconstancia. El infante don Alfonso llamaba en cartas públicas á Villacreces *desleal á la corona, dannificador de la ciudad, molestador de los pueblos de la comarca y de las personas que navegaban por el estrecho*; *y aun hombre que habia osado invocar la ayuda de los moros para la continuacion de la defensa.* El usurpador, al conceder un nuevo escudo de armas á los duques de Medina Sidonia, decia que en *la casa de los Guzmanes estaban las llaves de uno y otro mar.* No solo otorgó con mano franca la posesion de la ciudad al duque, sino tambien todas sus fortalezas y sus términos todos.

De esta suerte se apoderaron de Gibraltar las huestes del duque, donde reinaban la desnudez y el hambre: donde predominaban el olvido y el desamparo, mientras que en el campamento de don Enrique de Guzman se ostentaban el fausto en los vestidos y el regalo en la abundancia, al propio tiempo que en los recreos, con impaciencia solicitados y con estudio prevenidos.

Unos autores dicen que el caballero jerezano Pedro de Vargas fué el principal en la toma de esta fortaleza y con cuyo consejo se sustituyeron á los asaltos los rigores del hambre y de la sed, provocadas en los defensores con el fin de poner desmayo en su activa resistencia; y que habiéndose dirijido á Sevilla con una buena escolta, llevando consigo para entregarlas el duque todas las riquezas halladas en Gibraltar, fué combatido y aprisionado por Pedro de Vera Mendoza que con muchos caballeros jerezanos le salió al encuentro. Otros historiadores refieren de distinta manera el suceso; pero aunque es dificultoso resolver en los confusos escritos de aquel siglo á cual autor se ha de seguir y á cual se debe impugnar, tengo por mas seguras estas noticias.

Era alcaide en Jimena por don Beltran de la Cueva Pedro de Vera, muy amigo de Esteban de Villacreces. Sabiendo que de Sevilla descendia con algunos ca-

balleros é infantes Pedro de Vargas, nombrado alcaide de Gibraltar por el duque, determinó acometerlo con la formidable avenida de una corta pero bien ordenada y aguerrida hueste, al hombro las picas, en el cinto las espadas, en el corazon la osadía, en el rostro la confianza. Con la facilidad que la intentó, con esa misma consiguió la victoria. La turbacion y el susto de los enemigos con el repentino acometimiento de Pedro de Vera anuncian un sangriento conflicto. Entre el espanto, sudor y sangre de los contrarios, aunque no sin la suya propia, los caballeros de Jimena penetran en la hueste de Vargas, se retiran, tornan á avanzar y repitiendo avances, golpes y heridas se sacian en la victoria de un modo tan inaudito é indecible, cual nunca se imaginó en los antiguos pueblos mas fieramente despedazados por las guerras civiles, donde cada pensamiento era una culpa, un delito cada palabra, una abominacion cada empresa. Por todo el campo donde huia la esparcida hueste, cuando no hallaban enemigos que combatir los vencedores, ensangrentaban en las heridas de los cadáveres sus aceros. Muchos por no dar el cuello á las espadas entregaban las manos á los cordeles, y los pies á los grillos, arrojando las armas ofensivas, dejando caer los escudos, mal serenando de este modo el temor concebido y así alentando el desmayo de su esperanza.

Al empezar el combate fué derribado del caballo Pedro de Vargas y levemente herido. Fijó la planta cuanto pudo para disimular que sus rodillas flaqueaban: procuró levantar la espada para fingir que sus brazos estaban fuertes y que el vigor de la mano no habia desfallecido. No lamentaba femenilmente sus heridas: antes bien la misma ira, que le ocasionaba el dolor, le obligaba á exhortar á los suyos denodadamente á pelear hasta morir. Mas se perdia entre el estruendo de las armas y entre los gritos de la victoria la voz con que el marcial ardimiento de aquel caballero excitaba los ánimos de los suyos á la pelea. Estropeada una de sus rodillas, hín-

case en la que conservaba sana, y aun tiene alientos para esgrimir el acero; mas un golpe lo derriba obligándolo á sellar con su ensangrentada boca la tierra que lo recibe en desiguales piedras. Arbitro de la vida agena, como pródigo habia sido de la suya propia en atreverse á la jornada, Pedro de Vera se rindió al predominio del amor propio y al estímulo de vengar los ultrajes hechos á su amigo Villacreces por aquellos que habian empuñado las armas, no en defensa de su patria, sino en expugnacion de la voluntad real. No conoció la piedad, ni se inclinó á la misericordia, por mas que la nobleza de su corazon pudiese sujerírsela, pero no obligarlo. Manda poner en prisiones á Pedro de Vargas. Lo alzan unos, otros le oprimen de un modo inhumano las heridas con las ligaduras, otros les juntan con violencia las manos, otro se las atan con cordeles, aquel lo asegura con una cadena, este con una esposa; y este y aquel y todos encendidos en ira y en el mas implacable de los odios no callan sino palabras que no lo injurien, voces que no lo vilipendien. Los de su hueste, aunque con los sentidos embargados por el pasmo y con el esfuerzo dejenerado en horror servil, no podian oir ni ver la infamia de su caudillo sin estremecerse y sin escandalizarse con la mas exasperada de todas las inquietudes. Pedro de Vargas fué conducido á Jimena atravesado en una cabalgadura. Unas veces contemplándose víctima del desengaño de su propia miseria y tan profundamente humillado daba algunas lágrimas al consuelo de su ira: en otros instantes el mayor de sus dolores, era tambien su consuelo porque aun vivia y esperaba vengarse. Tambien templaba en parte la amargura de su padecer con la esperanza terrible de la soledad de la prision á que lo destinaba un enemigo enconado y diestro, que si no le aventajaba en brios, le habia superado en la astucia de la sorpresa.

Llegan á Jimena. Al son de las picas con que militarmente golpeaban los soldados contra el suelo, á los ecos de los clarines, á la confusa vocería se asoman

unos á sus puertas, otros á sus ventanas, revelándose en los semblantes de estos la admiracion, en los de aquellos la curiosidad. Pedro de Vargas, cercado de enemigos que solo con su presencia le ofenden, se habia convertido en espectáculo de la mofa de todos.

Luego que entendió el duque la desdicha del alcaide de Gibraltar, llenó aunque no satisfizo su espíritu atrevido la confianza en el castigo de Vera, en un tiempo en que la adulacion inmortalizaba sus virtudes. No pudo humillar su soberbia, arrogante con las contínuas venturas, aquel pequeño revés en sus empresas. Mandó inmediatamente que Jimena fuese cercada, ofreciendo un cuantioso premio al que le entregase al alcaide de esta fortaleza. Este no recibe la nueva de los aprestos del enemigo con pusilánime confusion, antes bien se arma y fortifica no solo para la defensa, sino para la acometida. Abandona su corta hueste las esperanzas de paz en que vivian y obedece con fé ciega preparando sus armas para la lucha.

Pronto quedan arredrados los defensores de Jimena con el inconstrastable asedio de la poderosa hueste del duque. La villa fué tomada, reinando la disolucion, la embriaguez y el pillaje en los enemigos vencedores. En esto pararon las mal fundadas esperanzas y la vana presuncion de resistir á los del duque que por espacio de muchos dias animó el espíritu del alcaide. Vargas quedándose en libertad y Vera en prisiones, fué puesto el duque momentáneamente en posesion de la villa de Jimena, que mas tarde adquirió por medios legítimos, mediante la cesion del duque de Alburquerque.

CAPITULO IV.

Prosigue la vida del Marqués de Cádiz.—Toma de esta ciudad.—Concédele Enrique IV el Señorío de ella con el título de Marqués.—Guerras en la provincia entre el Marqués de Cádiz y el duque de Medina.—Toma de esta ciudad.—Servicios importantes del Marqués.—Es premiado con los títulos de Duque de Cádiz y Marqués de Zahara.—Conquista de Granada.—Muerte del Marqués.

En el año de 1465 el conde de Plasencia y el maestre de Alcántara, que se habian rebelado en favor de don Alfonso, desearon atraer á su partido al conde de Arcos, el cual perseveraba en su lealtad al rey don Enrique; mas viendo que todas las sujestiones habian salido hasta entonces vanas, determinaron por las armas reducirlo, creyendo empresa fácil bajar desde Sevilla con denodada hueste y sorprenderlo, imajinando que en el auje de su opulencia dormia en su ciudad descuidado, cuando estaba incontrastablemente prevenido.

Cádiz se habia alzado contra Enrique IV, y aun habia contribuido con algunos haberes á auxiliar al duque de Medina Sidonia en la toma de Gibraltar. El conde de Arcos creyó conveniente apoderarse de Cádiz, y para ello afligió á esta ciudad con un cerco que duró poco; pues sus habitantes se entregaron por concierto.

El rey Enrique IV deseando recompensar los merecimientos del conde y de su hijo concedió á aquel el señorío de la ciudad de Cádiz y á ambos el derecho de titularse marqueses de esta ciudad. No usó del título el conde de Arcos, sino solo el de señor de Cádiz: y á don Rodrigo reservó el marquesado como demuestran algunos documentos de aquel siglo.[1]

1 Don Pedro Salazar de Mendoza en su Crónico de los Ponces de Leon (Toledo 1620) dice que el rey don Enrique IV en 20 de

De la grandeza de Cádiz cuando los romanos tenian esta ciudad se conservaban memorias; pero á fines del siglo XV viéronse los anfiteatros deshechos para con las piedras de sus ruinas renovar murallas y levantar torreones: estatuas de grande corpulencia, admiracion de los mas sábios escultores y artistas, vendidas á los estraños ó arrojadas en montones de tierra ó maltratadas: trozos de edificios que estaban en la orilla, salvos de la furia del mar, desbaratados para vender sus piedras: descuidos por una parte: codicia y ninguna curiosidad por otra.

Ya en la quieta posesion del señorío de esta ciudad mandó don Rodrigo erijir una fortaleza,[1] sirviéndose de los materiales de un teatro romano y de algunas piedras del acueducto de Tempul. Habia muerto en este tiempo Pedro de Suazo, señor del castillo y puente, y de la isla, habiendo recibido su cadáver honrada sepultura en una iglesia que habia en la isla de Sancti Petri que tambien era de la jurisdiccion de su señorío. Su hijo y heredero Juan estaba casado con doña Florentina Ponce, hermana de don Rodrigo, el cual deseando tener por suya toda la isla gaditana, permutó todas las posesiones que habia adquirido Suazo por varias casas y una hacienda y un oficio de venticuatro en la ciudad de Jerez. El puente, el castillo y la isla quedaron en poder del marqués de Cádiz, llamándose desde entonces

Enero de 1471 dió al conde de Arcos la ciudad de Cádiz con estas palabras: "Por hacer bien y merced á vos el dicho Conde don Joan Ponce de Leon é á don Rodrigo, vuestro fijo primogenito heredero, por las mesmas causas que á vos é á vuestros herederos." Y luego añade: "E porque la dicha merced que vos fize de la dicha ciudad de Cádiz sea mas firme, á vos mas cierta, é la tengades é poseades con mas loable título y renombre, tengo por bien y es mi merced de vos confirmar é aprobar la dicha merced que vos yo fize de la dicha ciudad de Cádiz, é por la presente vos la confirmo é apruebo; y si necesario es, de nuevo vos fago merced de ella, con las cosas en la carta de merced contenidas. E me plaze, quiero y mando que agora é de aquí adelante para siempre jamas, vos llameis Marqués de la dicha ciudad de Cádiz, y en vuestra vida tambien se lo llame el dicho don Rodrigo vuestro fijo."

1 Sus restos han existido hasta nuestros dias con el nombre de castillo de guardias marinas.

Isla de Leon. Los vecinos de Cádiz tenian en ella sus viñas, jardines y heredades: la isla venia á ser en aquella edad un pobre Tusculano de una ciudad igualmente pobre y reducida.

En esto habian fallecido los dos gefes de las dos grandes casas rivales: en 1468 el duque de Medina Sidonia: en 1469 el conde de Arcos. Heredaron con sus estados el odio de sus familias don Enrique de Guzman y. don Rodrigo Ponce de Leon. Los parientes, los amigos y los criados de una y otra casa ardian en pasiones cada vez mas enardecidas, cada vez mas alimentadas.

Por los años de 1470, 1471 y 1472 las discordias entre las casas de Medina y Arcos llegaron al estremo de ensangrentar en repetidas ocasiones las calles de Sevilla, ocupando barrios enteros los parciales de cada una, ofendiendo unas veces y defendiéndose otras. Innumerable era el concurso armado: general la conmocion de todos. Abusaba cuanto podia la hostilidad en tales turbaciones; la embriaguez, el pillage y el incendio por do quiera imperaban, siguiéndose á los delitos la mayor de las impunidades, porque ya que no habia castigos, ni siquiera habia acusaciones que lastimasen la vergüenza de los culpados. Algunos caballeros principales interpusieron su autoridad en el rigor de la pelea y consiguieron que ambos caudillos depusiesen sus enojos viniendo á una concordia. El duque de Medina Sidonia y el marqués de Cádiz pasearon juntos por Sevilla, juntos tambien comulgaron y juntamente se dieron pruebas y seguridades mútuas de haber entregado al olvido los antiguos rencores. Mas presto cambió todo; á los dos dias ya la ira volvió á arder en sus pechos entre la impaciencia de la venganza. No reparó el duque en la nobleza de su estirpe: no en el empeño de su palabra que tanto le obligaba á la paz: contra ella protestó coléricamente, persuadido de consejos de aduladores que solo le advertian para el mal, dejando vencer del interés la jurada fidelidad, y de halagos que lo des-

vanecian, y de las razones de un falso cariño que cruelmente lo engañaba. Dormia el marqués de Cádiz una siesta, ni recelando su cuidado, ni temiendo su cautela, cuando los del duque entraron por su barrio, llevando consigo el estrago y todas las iras de la venganza. Despierta el marqués entre el estruendo que anunciaba por todas partes la guerra: sale con ánimo de vencer al enemigo con soldados, aunque pocos, idóneos para el combate. Peleó con toda la fuerza de su valor, con todo el conato de su ira contra gentes, á quienes su generosidad no habia obligado, á fin de compelerlas por medio del rigor á la obediencia, pues ya no era ocasion de tratarlos como á émulos, sino como á rebeldes. Por el enojo parecia que su corazon no cabia dentro del pecho. Ningun efecto hicieron la persuasion de su voz, ni la autoridad de su ejemplo. Turbados sus amigos y parciales con lo inesperado de la acometida, pudieron resistirse aun por espacio de tres dias, mal fortificados en las calles y peleando con mas valor que medios de defensa. Viéndose reducido el marqués á una pequeñísima parte de Sevilla, y que la muchedumbre de enemigos crecia con la impunidad, determinó abandonar esta poblacion con doscientos de á caballo, refugiándose en Alcalá de Guadaira.

Habiéndose renovado los bandos entre el duque de Medina Sidonia y el marqués de Cádiz, acordó Jerez en 2 de Agosto de 1471 la neutralidad; y no admitir á ninguno de los dos. Hízose por la ciudad sobre esto pleito-homenage, y se mandó doblar los guardas y velas. En esto el marqués de Cádiz habia conseguido del rey don Enrique título de corregidor de Jerez, y en son de ir á Sevilla contra el duque, juntó mil y quinientas lanzas y dos mil peones. Con ellos llegó á esta ciudad á la hora del alba del dia 4, y sin ser sentido entró en Jerez. Tocaron los jerezanos á rebato, y comenzaron á detener el ímpetu y la soberbia del enemigo, pero aunque pudieran resistirse, de ningun provecho les hubiera servido; pues el

teniente del alcázar Pedro Riquelme, abrió las puertas al marqués de Cádiz. Este mandó prender á los alcaldes mayores, y manifestó á los veinticuatro el título de corregidor, y tomó posesion de semejante cargo. Contradíjola la ciudad y envió á Pedro de Pinos, su veinticuatro, en 22 de Agosto á querellarse al rey, que en tal sazon se hallaba en Segovia. Este no quiso dar oidos á la demanda de Jerez y mandó que obedeciesen al marqués de Cádiz, el cual dispuso que Pedro de Vera con las naves de esta ciudad, fuese á Sanlúcar de Barrameda á apoderarse de la armada del duque de Medina Sidonia que estaba surta en el Guadalquivir. Vera dió sobre ella y echó á fondo cuantos bajeles la componian. La pérdida desdichada de sus naves hizo que el duque saliese de Sevilla con mucha gente de guerra, y acudiese en socorro de Sanlúcar. Recelando el marqués que pudiese entrar su enemigo en Jerez, apercibióse para la defensa, y fortificó el alcázar haciéndole un gran foso, y en el ángulo occidental una fortísima torre para retirada. Mas tantos aprestos fueron inútiles, pues el duque no movió sus armas sobre esta ciudad.

Vencieron las huestes del marqués á las del duque en las inmediaciones de Alcalá de Guadaira, dando por efecto de la victoria una tregua de algunos meses. En esta ocasion, no dejó don Rodrigo perder sus instantes al tiempo sin solicitar la posesion de otras fortalezas, y sin aumentar las que iba poseyendo. Traspasaba con gran celeridad collados, montes y sierras, hallando su vida solo en las victorias, en las dignidades, en el poderío. Tomó á los moros la villa de Cardela, dejando por su alcaide á Bernal Yañez. El rey de Granada deseoso de recuperar esta fortaleza, juntó ejército y vino á çercarla; el marqués previniendo el mal y el peligro se aceleró á levantar ejército para acudir á su defensa y anticipadamente acometer al enemigo. Avisado de todo el duque de Medina Sidonia y creyendo que esta era la ocasion mas conveniente para apoderarse de la ciudad

de Jerez, se dirijió con numerosa hueste á Utrera. Supo el marqués la atrevida resolucion de su contrario, y desistió del socorro de la villa, dejándola abandonada á su suerte y prefiriendo estar á la mira de aquella ciudad cuya posesion le importaba mucho mas que la de Cardela. Rindióse el alcaide al poder del moro; y adquiriendo su libertad con la entrega de la villa, fué muy bien recibido del marqués, el cual conociendo que el culpado en esta pérdida no era el alcaide que habia opuesto resistencia al enemigo, hasta el estremo de estar los de su hueste destituidos casi de la esperanza del vivir, sino el duque que habia impedido el socorro, perdió instantáneamente su alegría, inmutándosele el semblante que bien daba á entender cuanto le dominaba la ira. Sus labios solo articulaban voces que ofendian al duque: su corazon solo palpitaba por la venganza. Admira la virtud y fortaleza del alcaide; pero no se atreve á alabarlas, á fin de incitarlo á una hazaña superior á la empresa que no pudo terminar felizmente. Ordena á Bernal Yañez que disponga con todo secreto el modo de apoderarse de Medina Sidonia en desagravio del daño ocasionado por su señor, que contínuamente injuriaba con ingratitudes la bondad de su magnánimo pecho.

Determinóse Yañez á la empresa. De noche, como soldado ligero y animoso, iba á reconocer por su propia persona la fortaleza de Medina para inquirir el género de vigilancia y de defensa que pudieran oponer á sus intentos los que la custodiaban. Era alcaide un caballero loco y sin corazon, solo pagado de sus vicios, hombre en fin que iba tras su perdicion, casi faltándole el aliento, como el que corre á todo correr, sofocado con el ansia y la agonía de bienes que no llega á conseguir, porque huyen de entre sus manos. No quiso dejar sus desórdenes cuando obtuvo del duque de Medina Sidonia el cargo importantísimo de alcaide en su fortaleza. De noche la abandonaba, quedando unos

pajes al cuidado de abrirle las puertas cuando volvia. Sabedor de todo el marqués, fió airado su venganza en la ejecucion de su deseo. Su hermano don Diego Ponce de Leon y Pedro de Vera, su alcaide en Arcos, con la gente que pudieron allegar se dirijieron á la empresa, encubriéndola con la voz que esparcieron de caminar á tierra de moros. Bernal Yañez por otra parte fué á buscarlos: todos juntos concertaron que pues la luz no ayudaba á amigos y enemigos para el asalto y la defensa, las tinieblas no impedian que cien escuderos asaltasen á Medina, mal segura aun con la alteza de sus muros y con lo fuerte de sus cerrojos. Una sola vela sintió á los del marqués, cuando ya su boca estaba oprimida por una mordaza y cuando sus manos eran ligadas hácia atrás con tal violencia que la sangre reventaba por la estremidad de los dedos. Reconocida la quietud de Medina y de su castillo, dejaron á la vela en libertad los labios, mientras un puñal amagaba su corazon para que diese voces á los pajes, á fin de que abriesen al alcaide las puertas. Así lo hicieron estos; y entrando por un postigo don Diego con algunos, se apoderó de los pages, y de la gente de armas que habia en la fortaleza, en tanto que Pedro de Vera tomaba las torres y ponia en prision á la mujer, á la madre y á los esclavos del alcaide.

Sucede en las calles de Medina, á la soledad el bullicio, al silencio el estrépito de las armas, al propio tiempo que á la noche el dia.

Vacila el triste alcaide entre el miedo y la esperanza; mas ya que no tuvo ojos para ver en su descuido lo que con grande atencion debiera haber mirado, junta hasta setenta hombres para acudir á la fortaleza ocupada. Todos eran gentes educadas en la paz, que para el combate se habian engalanado en medio de la priesa y del tumulto con que la necesidad los estaba aguijando á la pelea. Plumas nacaradas y verdes sobre sus yelmos ondeaban graciosamente al respirar del viento: ban-

das de seda se veian sobre sus grabados coseletes: las largas picas sustentaban derechas la cuchilla, tan resplandeciente que parecia de plata; en el tahalí camafeos y joyeles de oro. Todos iban á pelear con soldados viejos, de ropas descosidas y desgarradas, sus piernas mas bien que mal vestidas, iban mal desnudas, un pié con calzado, otro sin él; las picas mohosas, el coselete torcido, mellado el montante. Tiemblan aquellos al oir el repique de los tambores enemigos, y apenas pueden mover el paso. Don Diego Ponce de Leon los esperaba tranquilamente recostado sobre la guarnicion de la espada. Llegan unos y otros á tentar sus corazas, á probar sus aceros, á terciar sus lanzas. El alcaide cuyo ánimo antes del riesgo era dudoso, ya sin aliento en la certeza del peligro, se tiene por perdido. Allí mezclado entre los suyos, recibió una lanzada de que murió, lanzando el alma envuelta en un suspiro. Al ver la muerte de su capitan, espántanse los de Medina, míranse unos á otros, y se ponen en huida. Don Diego Ponce de Leon no quiso dejarlos, sino correr tras ellos y seguirlos y perseguirlos hasta que entregasen las vidas ó las armas. Respiró el gozo en el marqués con un gemido cuando supo la fácil presa de Medina Sidonia, contemplando cuan despechadamente recibiria su constante émulo la toma de esta fortaleza: le parecia que cada memoria de la ciudad perdida le costaria en su desesperacion una lágrima, y que el gemido del alcaide de tal modo se imprimiria en su ánimo que siempre oiria sus ecos dolorosos. En persona corrió á tomar posesion de la fortaleza de Medina, no obstante que el duque intentó por medio de un amigo impedirlo amistosamente; mas era imposible que el vencedor pudiera ni aun escuchar las condiciones del vencido.

Llegó el marqués á la ciudad donde fué recibido con temor y aplauso. Muchos de sus vasallos, que se habian pasado á la parcialidad del duque, estaban en prisiones. Luego que recibió el homenaje debido al

que se habia hecho señor por la fuerza de las armas, y que los principales de la ciudad le besaron la mano en señal de sumision, dispuso que la madre y la mujer del alcaide fuesen llevadas á su presencia. Allí les dió libertad; y á su vista se abrazaron las dos repetidamente y enternecidas de tal modo que no podian romper el silencio sino con gemidos y sollozos: allí hizo conducir en prisiones á sus súbditos, ya obedientes á sus preceptos los antes rebeldes á sus mandatos. El no vengarse en ellos no era porque no pudiese por sí mismo hacerlo, sino porque no queria pagar agravios con ofensas, sino volver misericordias por injurias. Les reprendió con tanta elocuencia y enerjía en las razones que solo los que no tuvieran sentido podrian escuchar sin vergüenza la indignidad de sus delitos é ingratitudes; y aunque muchos caballeros de los leales pedian á gritos la muerte de los rebeldes, interponiendo su autoridad, no para el perdon sino para el castigo, dió á entender el marqués á los prisioneros que podia quitarles las vidas quien no mas que con una palabra negativa á los que pedian la pena, las habia asegurado. Y aunque no les otorgó en aquel instante el bien de la libertad, les dió sin embargo el consuelo y la esperanza de que podia concederlo. Mas luego las esposas é hijas acudieron á su clemencia para que atendiese á sus lágrimas y no á las culpas de los ofensores. Bien quisiera el marqués resistirse á los ruegos para no dar muestras de flaqueza; y así apartó la vista por no mirar lo que estaba anhelando ver. Ellas con razones vivas y fuertes para persuadir, no con lamentos y con aquellas lágrimas que fácilmente se enjugan y olvidan, le representaron que el no vengarse mas en ellos y conservarlos en prisiones, no era clemencia que perdonaba, ni fortaleza que sufria con la memoria de la injuria no satisfecha: que mas bien parecia dilacion de un ánimo enconado, que en las iras de su rencor se complacia sin entregarse á la impaciencia.

Volvió el marqués á sus quejas, no el oido ni los

ojos, sino el rostro, el corazon, la voluntad y todo; y en vez de atemorizar con su severidad, de reprender con aspereza, de lastimar con el castigo y de ultrajar con el desprecio, concedió á sus vasallos rebeldes el perdon y la libertad, porque sus pensamientos generosos se levantaban sobre todos los de su siglo. Las que con débil acento, cual si la voz hubiese querido espirar en sus labios, vinieron á impetrar su clemencia con palabras que eran súplica de culpas, ya respirando en ellas la confianza, y animados sus rostros con la felicidad, robaban con su hermosura la atencion de los ojos y enamoraban los sentidos, mas bellas todavía al referir los beneficios del marqués con la sonrisa y con el llanto del agradecimiento.

Un cuento de maravedís importó la hacienda del alcaide, que fué donada por el marqués á Pedro de Vera en remuneracion de otro tanto que perdió en la toma de Jimena por las huestes del duque.

Este en tanto se propuso vengar la sorpresa de Medina Sidonia, apoderándose para ello de Alcalá de Guadaira. Estándola combatiendo, acudió al socorro con menos gente, pero no con menos valor el marqués de Cádiz. A punto de trabar el combate ambas huestes, el conde de Tendilla que habia venido de órden del rey Enrique IV á intentar el modo de hacer que uno y otro noble se redujesen á una concordia en bien de sus pueblos, propuso varios medios de avenencia. Al fin se comprometieron estas discordias en el conde de Tendilla y don Alonso de Velasco por la parte del duque, y en don Alonso de Solis, obispo de Cádiz, y en don Fadrique Portocarrero por la del marqués. Los jueces árbitros dispusieron que los dos competidores, asistidos cada uno de tres criados sin armas, se viesen en el castillo de Marchenilla á pocas horas de Alcalá, fortaleza de don Alonso de Velasco, y que no saliesen de ella hasta que hubiesen ajustado el concierto que todos tanto deseaban. Convinieron en remitir al olvido todas sus diferencias, conociendo que la importancia de los agra-

vios solo está muchas veces en el caso que hace de ellos el ofendido: se ligaron en mútua confederacion para ser terror del moro y conquistar el aplauso de la fama: el marqués se obligó á restituir la ciudad de Medina Sidonia, si bien la silla episcopal que desde la pérdida de las Algeciras residia en esta ciudad, quedó en Cádiz, donde se trasladó desde que esta fué tomada al duque: el duque por su parte dejaba libre al marqués la pesca de los atunes en los contornos de la ciudad de Cádiz.

Dedicóse el marqués, terminadas estas discordias, á poblar mas y mas la villa que habia fundado con el nombre de Chipiona, en el territorio de Rota, donde tambien estaba el famoso Santuario de Regla, un tiempo de los canónigos *reglares* de Leon, y luego de la órden de San Agustin, por la solicitud de don Pedro Ponce de Leon, cuarto señor de Marchena.[1]

La fundacion de la villa de Chipiona con un fuerte castillo para su defensa, tan cerca de Sanlúcar de Barrameda, denota la hostilidad perenne del marqués hácia la casa del duque, y su deseo de tener junto á aquel puerto otro con el fin de molestar su armada, en caso de nuevas guerras, con esta vecindad tan odiosa para el orgullo de los Guzmanes.

Despues de la muerte de Enrique IV estuvieron nuevamente opuestas las dos familias competidoras en el señorío de esta provincia: el duque siguió el partido de la reina doña Isabel: el marqués estuvo mas inclinado á los derechos de la princesa doña Juana, conocida

1 Este Santuario era el constante objeto de la veneracion de los antiguos navegantes de Indias que frecuentaban estos mares. SS. AA. RR. los Serenísimos Sres. Infantes Duques de Montpensier, deseosos de conservar los monumentos tradicionales de nuestra patria, han mandado restaurar á sus espensas este Santuario, del mismo modo que han adquirido y restaurado la casa donde murió Hernan Cortés en Castilleja, y promovido con su ilustrada solicitud y con su generoso ejemplo la reparacion del convento de la Rábida. Don Antonio de Latour ha escrito, con todas las galas de su buen ingenio, un librito acerca de la Historia del Monasterio de Regla.

por la Beltraneja, sin empuñar por eso las armas en pro de su causa. Mas despues de vencido su esposo el rey de Portugal, y ya los reyes católicos en la quieta posesion de sus estados, descendieron á Andalucía con el objeto de poner término á los disturbios entre los Ponces y Guzmanes que por espacio de tanto tiempo la habian ensangrentado. Acudió primeramente el duque á acriminar todos los hechos del marqués, pintándolo como rebelde indomable, usurpador de las fortalezas de Jerez y Alcalá de Guadaira, y protector de Fernan de Arias de Saavedra que contra toda razon retenia la villa y el castillo de Tarifa, así como la de Utrera. Pidió en suma, el castigo del marqués, ofreciéndose á contribuir á su reduccion por medio de las armas en ayuda del poder real. Quedó la reina ofendida contra el marqués, no solo por las acusaciones de una persona de la autoridad del duque, como por corroborar aquel con su injustificable ausencia todos los cargos que contra su proceder se fulminaban. Pero el marqués, mas sagaz que sus enemigos, entró á deshora en Sevilla, acompañado de un solo escudero, y se presentó en el alcázar solicitando en aquel mismo instante ver á la reina. Apesar de hallarse esta señora recojida en su lecho, no quiso dejar de condescender al ruego de aquel ilustre magnate, el cual conociendo el descrédito que contra su persona habian movido en el ánimo de la reina, no aspiró á templarlo, sino á desvanecerlo, venciendo con la fuerza de su honor á sus émulos. Así, pues, manifestó á Isabel los agravios que habia recibido del duque, puso su persona y su honra en la voluntad de la reina: espontáneamente ofreció entregarle sin pérdida de tiempo las fortalezas de Jerez y de Alcalá; y si ella lo queria, tambien estaba dispuesto en aquel instante y desde aquel sitio á mandar á los alcaides de cualquiera ó de todas las poblaciones y de todos los castillos de su patrimonio que los entregasen igualmente á quien la reina dispusiese. Así creyó cumplir leal con las obligaciones del vasallo. Isa-

bel, vencida por esta generosidad, mandó al marqués solamente que entregase á Jerez y Alcalá, y lo despidió con muestras señaladas de benevolencia y de reconocimiento al valor y á la grandeza de alma de este caballero.

Quedó el duque admirado del proceder de don Rodrigo, así como sus parciales. Todos, conociendo la altivez del marqués, nunca imajinaron que tal hiciese: antes, en ella confiados, esperaban nuevas guerras y tumultos nuevos, donde en lucha aquel con la autoridad real, fácilmente seria vencido y humillado, adquiriendo los caballeros de la casa de Guzman, en premio de sus servicios, fortalezas, haberes, venganza y honra. El duque, mal su grado, tuvo que entregar igualmente otras fortalezas que conservaba desde estos disturbios. Así obtuvo el marqués sobre su contrario una ilustre victoria con la virtud de su elocuencia y con la valentía de su ejemplo.

Bien pronto el marqués empleó en servicio de su reina la espada vencedora. Habiendo sabido que la ciudad de Alhama tenia poca gente en su custodia á causa de las disensiones que habia entre los moros granadinos, determinó intentar su sorpresa. Para ello juntó sus gentes, asalarió soldados, llenó de infantes y de caballos, de bagajes y artillería los campos. Llega á grandes jornadas una noche á vista de la ciudad: trescientos escuderos escalan la fortaleza, huyen sus guardas, temen los soldados, retíranse dejando libres puertas y muros. El castillo quedó por la hueste cristiana. En vano los moros de la ciudad procuraron la defensa de sus hogares, impidiendo el paso de las calles con barreras. Colocáronse convenientemente muchos armados de ballestas y espingardas, en tal modo que no podia salir cristiano alguno por la puerta del castillo sin ser herido ó muerto. De esta suerte perecieron Sancho Dávila y Nicolás de Rojas, alcaides aquel en Carmona y este en Arcos. Mengua hubiera sido para el marqués si cediendo al terror de muchos de los suyos, hubiera aban-

donado la empresa á la dilacion con la segura pérdida; pues Alhama por la vecindad del poder de los granadinos fácilmente habria de recibir presto socorro. Mandó, pues, derribar un lienzo del muro del castillo que daba sobre la ciudad para tener de esta manera franco el paso á su ejército. La artillería comenzó á difundir el asombro, el miedo y el estrago. Levanta su estandarte el marqués, mueve su campo, marcha con las haces entrando por las puertas del castillo, y por los muros derruidos del castillo á la ciudad: acomete, rompe á los enemigos, grita acabando de alentar á sus tropas y vence. Al estrépito de la artillería y de las espingardas, turbábase el aire, parecia temblar la tierra y que las casas vacilaban; crujian las piedras, los enmaderamientos daban mil estallidos, las puertas rechinaban, caian derribadas las paredes con espantable ruido sobre los moros, sepultándolos en eterna muerte y en eterno olvido. Entre la polvareda, los gritos, los alaridos, las voces y la turbacion, entraron los cristianos en la ciudad, asolándolo todo, pisando rios de sangre, y las banderas esparcidas por las calles y plazas, ocupadas de cadáveres. El rey de Granada acudió con gran ejército á recuperar á Alhama: el marqués con el desvelo de un capitan prudente y animoso, ordenó sus tropas para la defensa de los muros, oponiendo firme resistencia á los combates del enemigo, y envió avisos á los reyes y á los principales señores y concejos de Andalucía, demandando auxilio para sustentar la conquista de ciudad tan importante. De los primeros que acudieron al socorro fué el duque de Medina Sidonia, olvidado de las antiguas enemistades; y cumpliendo con lo que la ley de caballero le obligaba, no solo llevó á Alhama una hueste numerosa, en pocos dias levantada, sino tambien envió cuatrocientos de á caballo á levantar el cerco que á la ciudad de Arcos habian puesto igualmente los moros. La marquesa de Cádiz que estaba dentro de la fortaleza quedó libre de la opresion de la morisma.

La ciudad de Alhama permaneció en poder de los reyes católicos, siendo la llave de la conquista del reino de Granada.

Las disensiones entre las casas de Ponce de Leon y de Guzman desaparecieron con los servicios que el duque prestó en estos sucesos al marqués de Cádiz. Este, segun los antiguos historiadores, dijo á su competidor. „Bien parece, señor duque, que mi honra fuera guardada en las pasadas diferencias, si la fortuna me trajera á vuestras manos, pues me habeis librado de las ajenas.“ El duque le respondió: „Señor marqués, amistad ni enemistad no ha de ser bastante para que yo deje de servir á Dios y de hacer lo que debo á mi honra.“ Hasta este dia no comprendieron estos dos rivales la nobleza de alma que habia en su adversario.

Prolija tarea seria referir una á una las empresas en que el marqués de Cádiz se halló en servicio de los reyes católicos en la guerra con los moros. Como de hombre el mas celoso del honor y del bien de su patria, y como de capitan de mas incontrastable fortaleza fué siempre su consejo el primero, la primera su espada, el primero de todos su ejemplo. Ninguno hubo en aquel siglo que fuese mas acostumbrado á recorrer las tierras enemigas en innumerables ocasiones: ninguno que mas hubiese descubierto sus celadas, ni conquistado mas castillos, ni entrado mas sus fuerzas por los campos y por las sierras de los moros, ni obtenido mas victorias.

No descansaba el deseo de este magnate en la posesion de su crédito, antes bien ardia en vivísimas ansias por acrecentarlo. En una sola ocasion estuvo á punto de perderse, no por falta de prudencia en él, sino porque las circunstancias le obligaron á sujetar la suya á la indiscrecion de otros caudillos.

El Maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas, fiado en las noticias engañosas de quien con honrado celo ó con falacia le pintó las tierras de la ajarquía de Málaga en el mas absoluto desamparo por parte de las

gentes de guerra de los moros, convocó en la ciudad de Antequera para un determinado dia á los señores y á las ciudades de Andalucía por la autoridad que le daba el ser adelantado de la frontera. Toda Andalucía se conmueve: no hay pueblo donde no se levante gente, ni calle principal de las principales ciudades donde al aire no estén desplegadas las banderas, desplegados los estandartes y pendones, ni donde el estruendo de las cajas y de los clarines no se perciba. Grandes y pequeños, en la vegez y en la juventud se preparan: ábrense las armerías: todo es confusion, bullicio, estrépito de guerra: unos descuelgan las armas que de sus abuelos heredaron: las bruñen y las componen lo mejor que pueden para que les sirvan en la pelea: pruébanse otros los cascos y coseletes: este repara el broquel, el otro otros géneros de escudos: á las inmediaciones de los pueblos cada dia se ejercitan los hombres en el manejo de las armas: corren la campaña sin que haya en ella enemigos, haciendo en estos alardes una imitacion de la guerra en que se ejercitan: por aquí entran, por allí salen, cuándo acometen, cuándo fingen huir, ahora el cobarde se muestra animoso, ahora el esforzado aparenta ceder al enemigo. Llegó al fin el punto de ordenarse la hueste en Antequera. En ella iba el marqués de Cádiz con sus vasallos, el Conde de Cifuentes, asistente de Sevilla con los de su ciudad; don Alonso, señor de la casa de Aguilar, otros muchos y muy principales de Andalucía é igualmente Juan de Robles, alcaide y corregidor de Jerez de la Frontera, el veinticuatro Juan Bernabé Dávila, los jurados Francisco de Vera, Jiraldo Gil y otros caballeros jerezanos tambien.

Entraron los cristianos en las tierras de moros, mal prevenidas á lo que parecia, para la invasion de una hueste tan numerosa. Huian de las aldeas los habitantes llevándose consigo sus haberes: retraíanse á los lugares fortalecidos por la industria y la naturaleza los mas aguerridos. Así fué corto el número de las pre-

sas de hombres y ganados que los cristianos hicieron. Los mayores estragos que ocasionaron al enemigo se redujeron al incendio de las aldeas despobladas que á su paso encontraban. Esparcíanse los soldados con la impunidad por todas aquellas tierras, confiados en el abandono de sus moradores; pero procedian engañados. Continuamente eran espiados desde las cumbres de las sierras por astutos enemigos, los que si un instante los dejaban, encubiertos por las breñas, al punto volvian á contemplarlos sin perder punto ni ocasion de observar y prevenir los movimientos de sus tropas. Aprovecháronse del instante en que la mayor parte de ellas estaban en unas grandes ramblas y barrancos hollando charcos y pantanos, y dieron en la hueste cristiana. En vano se resistieron los nuestros con valor heróico, que en muchos duró por muy breve espacio. Los que solian dar consejos á todos se veian de tal modo oprimidos por el asombro y el terror, que para sí no podian hallarlo. Un afecto los impelia al combate, otro los retardaba, y el mayor de todos los conducia á apartarse del peligro. Allí en diferentes encuentros quedaron prisioneros el Conde de Cifuentes y el corregidor de Jerez y muchos principales caballeros de Andalucía. El espanto era general, la huida tan vergonzosa y á puntos tan distantes, que cerca de Málaga dos moros desarmados se apoderaban de un cristiano sin resistencia.

Don Alonso de Aguilar se defendió con los suyos entre unas peñas, sin poder caminar en seguimiento del marqués de Cádiz que con su hueste, lo mismo que el Adelantado, se abrieron paso no sin gran pérdida y terribles combates. El lugar de la desdicha de don Alonso fué en Sierra Bermeja: el año de este triste acontecimiento el de 1483.

En esta retirada dió el marqués de Cádiz la mas alta prueba de su valor y de su pericia; porque los suyos aunque reinó en ellos la desolacion por la muchedumbre de los contrarios, huian, sí, pero con concierto, no entregán-

dose poseidos del terror, en presa miserable á sus enemigos. Su campo se fortificaba de noche: no bien los centinelas, cansados del trabajo de la noche saludaban al alba, toda la hueste se alegraba con su vista: los riscos que con sus gigantescas formas y las plantas que entre las sombras parecian enemigos que acechaban, ya no ponian pavor ni hacian redoblar el cuidado. Montaban en sus caballos, les aflojaban el freno, apretábanlos con las espuelas, no una vez sino muchas los herian en las hijadas; animábanlos con las voces y hasta con el movimiento del propio cuerpo los aguijaban; y aunque huian con la presteza que en su ayuda les prestaba el temor y con el esfuerzo que les daba la seguridad del peligro que querian evitar, corrian en caballos fáciles á rendirse al cansancio y á la fatiga: y aunque su correr mas parecia volar, necesitaban para su angustia ir en alas de sus deseos.

Cada hueste de enemigos que salia á molestarlos en la retirada, siempre era recibida con los desnudos aceros, con las lanzas en el ristre, con las banderas descojidas al aire, con los escudos embrazados. Nunca se halló un capitan ilustre en tormento igual: por todas partes no veia en su acosado ejército otra cosa que semblantes macilentos, gastados y consumidos por las contínuas desdichas, gastadas las municiones, la vitualla dándose por onzas á los hambrientos soldados, los brazos débiles por el cansancio, los cuerpos heridos, sus ropas destruidas, que mas parecian mortajas de hombres vivos. El marqués estaba combatido de dos penas, la que de presente le oprimia, la que de los demás del ejército que se habia separado imajinaba, y padeciendo y compadeciéndose de este modo aun mas de lo que la esperiencia le hacia sufrir. Siempre quedó firme en su memoria el recuerdo de esta retirada: no era para el marqués un dolor de los que pasan, sino uno de los tormentos que perseveran. Cubierto de ansias el corazon, pero no suspensos los sentidos para proseguir en la de-

fensa de su hueste, se veia á aquel héroe que constantemente apellidaba por suya la victoria y que ahora huia: aquel que antes imponia pavor en los contrarios ya perseguido: aquel en fin, que se gozaba en el alarido de sus gentes, que con el eco de su nombre turbaban á los ejércitos enemigos, ahora casi oyendo las voces de los que lo perseguian. Quedó cubierta de cadáveres Sierras Bermeja, de caballos, de armas y de banderas. La muerte de don Alonso de Aguilar fué harto llorada en toda Andalucía. Los honores fúnebres de su cadáver se redujeron al abandono. Al cabo de tantas glorias, el cieno de una laguna, mezclado con su sangre generosa, le sirvió de mausoleo. Desde las altas peñas, por espacio de algunos dias, la curiosidad de los cabreros de las inmediaciones, solia contemplar con espanto el cadáver de aquel héroe, huyendo de mirar de cerca aquel asombro que exalaba una corrupcion tan insufrible á los sentidos: aquellos ojos en que brillaba el ardimiento de su valor, ya estaban cárdenos, medio verdes y podridos: sus cejas corroidas y casi deshechas: aquellas mejillas que un tiempo brotaban el carmin de la vida y de la felicidad, ya se vian moradas y amarillentas: el pecho, donde palpitaba un corazon todo generosidad y todo esfuerzo, hervia en gusanos y destilaba podredumbre y desventura: su frente un tiempo oprimida por el yelmo que la cubria para hermosear su semblante, se habia vestido de un color pardo, los gusanos la araban y ya el casco se ofrecia á la vista medio descubierto: sus largos cabellos rubios se habian esparcido junto á su cadáver: en su cabeza se veia en esta parte una mancha de cabellos, y en la otra ninguno: allí falta del cuero, aquí brotando corrupcion, espectáculo miserable de un héroe, igual en todo en la nada de la existencia al mas abatido y cobarde de los soldados que acaudillaba. Al cabo de algun tiempo cuando recorrieron la sierra sus parientes en demanda de sus huesos, no pudieron distinguirlos. Mas si no encontraron todo lo que

buscaban, hallaron al menos el sitio en que la tradicion declaraba que habia sido muerto. Por eso, si no consiguieron adquirir sus restos, algo encontraron, pues revivió en sus corazones la intensidad del sentimiento de su pérdida, y en su alma el recuerdo de sus virtudes.

Gran daño sufrió la casa del marqués con esta derrota: sus tres hermanos don Diego, don Lope y don Beltran allí perecieron, como igualmente sus dos sobrinos don Manuel y don Lorenzo con otros parientes y muchos escuderos. Creia el marqués que dentro de poco se escribiria su desventura con el nombre de afrenta, que en las voces de todos estaria su deshonra y en todos los oidos se escucharia, y en la memoria de todos seria conservada: y afrenta era en verdad para él, como no lo era para los que pudieron comprender que en el marqués no hubo culpa, inadvertencia ni mengua de osadía, verse derrotado aquel en quien todos ponian los ojos del respeto y de la admiracion, aquel de quien todos leian las grandezas de su ánimo, de aquel de quien no habia alguno que ignorase la gloria de sus hazañas, y de quien todos estudiaban la noble vida; y no solo derrotado sino con el dolor de serlo por un enemigo de quien nadie escribió el nombre y cuyas proezas jamás se habian de leer en la historia. Podia esto en otros mover el corazon al sentimiento y á las lágrimas; pero en el marqués ya en sus dominios y con el recuerdo de los padecimientos de los suyos y de la muerte y la cautividad de tantos, no pudo menos de encender en el mas vehemente de los ardimientos su sangre generosa. Despertóse su cólera, y al despertarse se acrecentó mas y mas el fuego de su ira, y con el fuego de su ira se inflamó doblemente aquel valor nũnca desmentido. En comparacion de la suya la mayor de las vehemencias era la mas abatida de las pusilanimidades. Para desagraviar su honor siglos eran los meses y las semanas, años los dias y las horas.

Bien pronto la ocasion de la venganza se ofreció al

marqués. Mil doscientos moros de á caballo con varios alcaides entraron á correr la tierra de Jerez. Con cuatrocientas lanzas salió de Jerez don Rodrigo, recogiendo, al pasar por Arcos, hasta trescientos caballos y doscientos peones. Cerca del Guadalete encontró el marqués la caballería de Málaga y Ronda y otros muchos moros que venian de Utrera con gran presa de cautivos y ganados.

A la vista del enemigo el corazon del marqués con movimiento apresurado parecia de gozo querer saltar del pecho; y en breves palabras, parecidas á estas, así exhortó á sus capitanes:

„La ocasion presente nos brinda con eterna gloria ó con eterna infamia. La gloria es mi deseo. Tal será el de vosotros, porque en vuestros corazones arde la sangre de los héroes de Castilla, y porque nunca han seguido mi estandarte, varones que me cedan en esfuerzo, ni que me hayan abandonado en lo mas rigoroso de las batallas. En esta confianza, voy á entrar en la hueste enemiga. Mi caballo os abrirá el paso por sus escuadrones: mi espada os mostrará el modo con que habeis de conseguir la victoria. Seguid al uno é imitad á la otra. Dios y nuestro valor nos darán su ayuda."

Embisten los cristianos al ejército moro con sin igual denuedo. Los filos de las espadas en los cuerpos se embotan: los hierros de las lanzas los traspasan: cébanse los tiros en sus carnes: los cuchillos las hieren: las partesanas las despedazan. Huye la morisma. El alcaide de Alora corre en su caballo despavorido buscando inútilmente en la villa de Zahara su refugio: cristianos lo persiguen de cerca; ya llegan, ya logran alcanzarlo y mal prenderlo, pues aunque lo han derribado del caballo y le han asido del albornoz, él lo deja en manos de sus contrarios y torna á correr casi faltándole el aliento: tropieza con un altísimo peñasco tajado que le corta el camino: vuelve atrás con los cabellos erizados, con el terror en todo su semblante, pero ve que vienen cerca

los enemigos, corre otra vez á la peña, quiere saltar y arrojarse: ya se arrepiente, ya desiste de su propio arrepentimiento con la certidumbre del peligro, y con la grita y el estruendo de los contrarios que lo ensordecen y turban, hasta que se apoderan de él en medio de su indecision, y cuando ya no puede hablar ni sostenerse en pie enteramente rendido á la fatiga y al espanto.

Acaeció esta victoria el dia 9 de Setiembre de 1483. El rey otorgó á la casa del marqués en premio de esta jornada el privilegio perpétuo del vestido que usasen los monarcas de Castilla el dia de la vírgen de Setiembre. El alcaide de Alora sirvió para rescatar la persona del correjidor de Jerez Juan de Robles.

En el mismo año de 1483 mandaron los reyes católicos fundar la villa de Puerto Real para tener alguno en estas costas, pues todos eran del señorío, de los Ponces de Leon, de Medinaceli, ó de los Guzmanes.

El marqués, en tanto, se aprestó á la recuperacion de la villa de Zahara, que habia sido tomada en 1482 por el monarca granadino. Su esperanza de poseerla estaba sin recelos, sin cuidados, sin zozobras. Sitia con su hueste á Zahara, fortaleza de muros tan macizos é incontrastables como sus propios cimientos en asperísimas peñas. El pueblo confuso con grandes demostraciones manifestó su congoja. No hubo necesidad, para combatir la fortaleza, de máquina ni de instrumentos que lo fuesen de su ruina, ni lanzar dentro de la villa tiros que fuesen á herir á niños y mujeres que solo sabian llorar el estrago, ni que volasen las torres, ni se deshiciesen las almenas, ni que se resintiesen los muros con los incesantes golpes de las balas. Lijeros los soldados del marqués, á pesar de sus vestidos de malla y de sus planchas de acero y de sus coracinas, imitan el ejemplo de su caudillo asaltando á escala vista los muros de Zahara. La villa quedó bien presto en poder de don Rodrigo: los moros que se acojieron á la fortaleza, temerosos de la venganza del marqués, si insistian en

defenderse por mas tiempo, se rindieron con la licencia que este les otorgó de que llevasen con su libertad al reino de Granada sus haberes.

Los reyes católicos deseando recompensar tantos y tan repetidos servicios á su corona, concedieron á don Rodrigo título de *duque de Cádiz* y de marqués de Zahara.[1]

En la guerra de Granada ¿qué dejó de hacer el ilustre duque de Cádiz, para la felicidad de las armas cristianas, cuando esta conquista era el fin de todos sus pensamientos? Hallóse en todos los combates de Málaga, Ronda, Almería y Granada: siempre en el peligro y siempre en la victoria. El fué el que determinó á los reyes contra el parecer de otros principales señores que se pusiese en libertad al rey Chico de Granada, comprendiendo clara y distintamente con una exactitud que confirmó el suceso, que la presencia de este iba á acrecentar la desunion entre los moros, y con la desunion su debilidad, y con su debilidad la ocasion mas fácil de acabar con el poder mahometano en la península. En estas guerras constantemente fueron de un mismo dictámen la reina y el marqués: parecia que respiraban con un mismo espíritu y que con un aliento vivian. Pudiera decirse que el marqués habia adivinado desde el dia que se sometió á la reina cual era el deseo de esta, y desde entonces fué el suyo propio.

Con razon los antiguos historiadores llaman á don Rodrigo el alma de la conquista de Granada.[2]

1 "E por mas sublimar e ennoblecer y acrecentar vuestra casa, dignidad, estado y mayorazgo vos facemos merced é nos place, é mandamos que de aquí adelante, como vos llamades *marqués de Cádiz*, vos llamedes y seades llamado *marques* de la dicha villa *de Zahara* é vos podades intitular é instituledes *duque de la vuestra ciudad de Cádiz é marqués de Zahara*, vos é vuestros herederos y sucesores en vuestra casa y mayorazgo." SALAZAR DE MENDOZA.

2 Gerónimo de Zurita en los *Anales de Aragon* dice: "Fué el que en la conquista de aquel reino (de Granada) mas gloria y renombre alcanzó, entre todos los grandes de su tiempo, y sin que ninguno se pueda agraviar de ello el que mas parte tuvo en las ha-

Las fatigas empleadas por el duque de Cádiz en tan continuas guerras, debilitaron su salud en tal manera, que fenecida la conquista de Granada, no bien regresó á Sevilla, las enfermedades y los dolores, quejas de su cansado cuerpo, comenzaron á oprimirlo. Preparóse á romper el linde de la vida y á entrar en el océano de la muerte. Parecia como que solo habia nacido para contribuir á la gran empresa de terminar la restauracion de España. Ya, pues, nada existia que pudiera envanecer su corazon, ensanchar su pecho, aumentar sus pensamientos, prestarle la vida, en fin que le habian gastado tantos años de incesantes luchas. Derribó su espíritu la falta de esperanza de mas glorias. Creia que en el sosiego de la paz se iban perdiendo las memorias que ilustraban, del mismo modo que quedaban enmohecidas las armas, enmohecidos los escudos y los trofeos. No imaginaba que su nombre era inmortal para los siglos venideros, y creia que nada habia hecho capaz de abrirle las puertas del templo de la fama. Falto de esta fe y de esperanza, solo recordaba con dolor la falta de aquellas guerras que á otros ponian espanto: echaba de menos la voz de los nocturnos centinelas que lo arrullaban: el estrépito de las armas que era su mas anhelada música, aquellos peligros que eran su mas agradable pasatiempo.

Con la desconfianza de su virtud murió este varon

zañas y proezas que allí se obraron y á quien los moros mas temieron."

Lucio Marineo Sículo escribe: "Si va á decir la verdad á él se debe la mayor y mas principal alabanza de las victorias de Granada.... Él fué el principio y movedor de la guerra que se les hizo y él la acabó con gran fortaleza y ánimo."

El doctor Bernardo de Aldrete en su libro de las *Antigüedades de España* escribe: "Deuda es que obliga á no dejar á Alhama sin hacer memoria de la que está eternizada en ella y en todos los lugadel reino de Granada, del excelentísimo don Rodrigo Ponce de Leon, duque y marqués de Cádiz, al cual y á sus ilustrísimas hazañas y clarísimas virtudes debe toda España y todo el orbe cristiano el principio, los medios y fin de habérsele restituido un tan gran reino."

Gerónimo de Zurita dice además que en obra y en consejo fué de los excelentes caballeros de su tiempo.

ilustre. Se puede decir con razon que al espirar apenas sabia lo que habia sido en el mundo. El lugar de su muerte fué la ciudad de Sevilla: el dia el 27 de Agosto de 1492: el de su sepultura el monasterio de San Agustin: su mortaja un jubon de brocado, un sayo de terciopelo negro, calzas de grana, negros borceguíes y una ropa de brocado tambien. La espada que tantas veces señaló á sus tropas el sitio por donde se habia de acometer y destruir al enemigo, recibió igualmente sepultura con él: hasta en la muerte la llevó ceñida.

No dejó un hijo lejítimo que heredase sus estados: doña Francisca, su hija mayor casada con su primo don Luis Ponce de Leon, señor de Villagarcía, tuvo por hijo á don Rodrigo, á quien perteneció la sucesion de la casa del duque de Cádiz.

Doña Beatriz Pacheco, hija del marqués de Villena, fué la segunda mujer del duque y la que le sobrevivió, quedando con la tutela del nieto. Los estados del duque de Cádiz en nuestra provincia eran la ciudad de Arcos de la Frontera, poblacion de tres mil casas: la villa de Zahara de ochocientos vecinos: la de Rota con sus almadrabas de seiscientos: la de Chipiona de ciento: el castillo y la isla de Leon con el puente de Suazo y las salinas: la villa de Ubrique de cuatrocientos, la de Benaocaz[1] de ciento: de ciento tambien la de Villaluenga, de trescientos la de Grazalema. En todos estos lugares, lo mismo que en la ciudad de Cádiz, tenia jurisdiccion que ejercia por medio de correjidores y alcaldes mayores: en Cádiz por medio de un asistente

1 Hay en Benaocaz tradicion de que cerca de esta villa pararon los reyes Católicos de paso para una de sus guerras con la morisma, asentaron su campo en el sitio que se nombra *Puerto de don Fernando*. Parece que los hombres estuvieron remisos en prestar sus haberes y personas para ayuda de la guerra; pero que las mujeres le dieron ejemplo y reprension, ofreciendo á los monarcas todas sus joyas, de donde tuvo orígen el proverbio: *En Benaocaz la hembra lo mas.*

como Sevilla. Gozaba tambien las alcabalas, las veintenas, las tercias, las penas de cámara, los bienes mostrencos y los abintestato. Además poseia el bosque y las casas de Benamahoma con dos leguas de ancho y dos de largo, los castillos de Aznalmar, Gigonza y otros.[1]

El mismo año de 1492 acaeció el descubrimiento del nuevo mundo. Los reyes católicos comprendiendo entonces la necesidad de que el puerto de Cádiz fuese de la corona de Castilla, lo pidieron al duque, con instancias fortalecidas por las promesas de otras mercedes, en cambio de la posesion de esta ciudad. Fácilmente se concertó el cambio por parte del duque y de sus tutores. El título de duque de Cádiz se mudó en el de Arcos, llamándose desde aquel tiempo duquesa de Arcos la viuda de don Rodrigo. Además otorgaron los reyes al sucesor del ilustre marqués de Cádiz el condado de Cásares. El título de conde fué expedido en 20 de Enero de 1498, con palabras en que se encarece la lealtad con que el duque entregó á los reyes la ciudad de Cádiz.

El feudalismo no terminó por eso en nuestra provincia. La casa de Medinaceli tenia el Puerto de Santa María con el título de conde de esta ciudad: la de Guzman retenia la fortaleza de Gibraltar, no sin que la reina doña Isabel hubiese intentado en 1490 restituirla á su corona en cambio de la villa de Utrera; mas el duque de Medina Sidonia persistió en conservarla por la vecindad de sus estados y por las almadrabas. Murió el duque en 1492, el mismo año que su competidor el de Cádiz. Su heredero no quiso tampoco ceder el señorío de Gibraltar, y así permaneció en poder de los Guzmanes hasta que en 1501 *usando del soberano señorío* que se habia reservado Enrique IV al otorgar esta ciudad á los duques de Medina Sidonia, expidieron los reyes una provision para que Garcilaso de la Vega, ca-

1 Véase á Salazar de Mendoza en su libro de los Ponces de Leon.

ballero de la casa real y comendador mayor de Castilla tomase posesion de Gibraltar en su nombre, lo cual cumplió sin resistencia en Enero de 1502. Ofendido el duque esperó sin embargo á mejor tiempo, con el fin de hacer valedera la donacion de Enrique IV. Pretendió de Felipe el hermoso que le fuese restituida, y segun asegura un cronista de la casa de Guzman, el rey no solo oyó agradablemente la justa pretension del duque, sino tambien que con todo el beneplácito de su voluntad condescendió á sus deseos. Mas la muerte de este príncipe y haberse encargado de la gobernacion de la corona de Castilla don Fernando el católico, desvanecieron en el duque las esperanzas segurísimas de recuperar aquella fortaleza por concesion del monarca; y así levantando gentes de guerra, las llevó delante de los muros de Gibraltar, cual si quisiese apoderarse de esta plaza por medio de la violencia, pues que él entendia que por la violencia habia sido despojado de la posesion de lo que tanto habia costado á sus progenitores. El rey mandó á las ciudades de Andalucía y á muchos principales caballeros que acudiesen al socorro; pero el duque segun se vió por el suceso, jamás intentó emprender el asalto de sus muros, sino probar con este alarde de su fuerza, si los naturales de la ciudad, que mantenian viva en su gratitud la memoria de los beneficios y de las glorias de los Guzmanes, le abrian las puertas, con lo cual, restablecido en la posesion de Gibraltar, fácilmente se templaria la cólera del soberano, y así fácilmente se reduciria á una concordia. Mas fueron vanos sus intentos, como vanas quedaron sus esperanzas. Vióse obligado á levantar el cerco y á satisfacer á los vecinos de Gibraltar los daños que en las haciendas de ellos habian ocasionado sus tropas.

Ya desde este siglo la historia de nuestra provincia varia enteramente de carácter, lo mismo que la de nuestra ciudad que desde entonces torna á ser famosa en todos tiempos por las navegaciones, cultura y valor de sus ge-

nerosos hijos: codiciada continuamente por las estrañas naciones: asaltada muchas veces por numerosas armadas: ya defendida con maravilloso esfuerzo: ya rendida por falta de municiones, armas y bastimentos: grande por su comercio en la paz: heróica por sus resistencias en la guerra. Muchas son las noticias que de tantos y tan varios sucesos nos ofrecen los escritores: no acostumbrados viajes: riesgos vencidos con ánimo valeroso y singular constancia: espantosas ruinas y muertes causadas por invasiones de enemigos, no previstas y mal rechazadas: grandes estragos por horrendas pestes: desolaciones por furiosas tempestades, y por el mar desenfrenado: cuidado en levantar asombrosos edificios: descuido en no salvarlos de los rigores del tiempo: gloriosísimas jornadas: rotos y desbaratados ejércitos: armadas destruidas: soberbia de enemigos castigada: ejemplos todos del poderío de la fortuna, favorable unas veces, no pocas adversa, inconstante siempre.

Las guerras feudales quedan terminadas con el siglo XV, como las luchas con los vencidos mahometanos. Despues de este tiempo y espulsos de nuestra provincia, las rebeliones suyas no vinieron jamás á turbar el sosiego de nuestros campos. Tarifa, despues de la resistencia que opuso su alcaide Fernan de Arias de Saavedra por algun tiempo á los Reyes Católicos, y sometida al fin por el desengaño del mismo, honró con su nombre á los del linaje de Enriquez de Ribera, á quien concedieron, segun unos aquellos soberanos, ó segun otros Cárlos I, el título de marqueses de esta ciudad. Los Perafanes de Ribera y condes de Molares, señores de Alcalá de los Gazules, tambien obtuvieron el título de duques de Alcalá.

En Barcelona á quince dias del mes de Junio de 1493 despacharon cédula los reyes católicos don Fernando y doña Isabel: en la çual confirmaban á Cádiz los antiguos privilegios que sus antecesores le habian concedido. La justicia que pusieron á esta ciudad fué un corregidor y

capitan á guerra. Para desempeñar este cargo se necesitaba ser persona de capa y espada, y haber sido soldado y práctico en el ejercicio militar; pues juntamente con el oficio de corregidor tenia el de capitan del presidio de Cádiz y de todas las compañías en que estaban repartidos los vecinos. Era nombrado por los consejos de Guerra y de Justicia. Acompañábanle un alcalde mayor letrado, con alguacil tambien mayor con otros dos menores que él nombraba. Entendia de todas las causas y negocios, así de la ciudad como de la bahía. Los regidores de Cádiz en aquel tiempo llegaban á treinta y uno, y la merced de cualquier regimiento se alcanzaba con mil seiscientos ducados.

Desde la conquista de Cádiz por don Alonso X eran los términos de Jerez y de Cádiz comunes á los vecinos de una y otra ciudad para pastos de ganados, para cortar leña, beber aguas y otros aprovechamientos. Grandes rencillas y pleitos tuvieron estas ciudades, y para escusarlos hicieron una concordia, escrita de manera que, partida por medio, cada ciudad se llevó una parte, para siempre que se ofreciera cualquier discordia, juntarla y presentarla á los tribunales. Llamóse carta partida, y fué hecha en 24 dias de Mayo de 1307. Informados de esta antigua amistad, los reyes católicos ordenaron que tambien fuese guardada, por cédula que expidieron en Barcelona á 15 de Junio de 1493.[1]

1 Cambiazo en sus *Memorias*, pone la siguiente lista de los hijosdalgo que de Cádiz fueron al ejército de los reyes católicos en 1494.—Anton Gernalte.—Anton Galindez.—Anton Terino.—Bartolomé de Argumedo.—Bartolomé Estopiñan.—Bartolomé el mozo.—Bautista Toscano.—Cristóbal Buitron.—Cristóbal Marrufo.—Fernando Estopiñan.—Francisco de Frias.—Francisco Juarez.—Juan de la Haya.—Juan de Sanabria.—Lucian Marrufo.—Martin Sanchez de Cádiz.—Nuño Hernandez.—Pedro Sanchez de Cádiz, hermano de Galindez.—Polo Bautista Negron.

LIBRO VI.

SIGLO XVI.

CAPITULO I.

Influjo del descubrimiento del Nuevo Mundo.—Sucesos notables en Cádiz y su provincia.—Invasion de Cádiz por los argelinos.—Venida del rey don Sebastian de Portugal.—Lope de Vega escribe en Cádiz sus barquillas.

„Llegarán al fin con tardo paso siglos remotos en que el hombre venza las ondas del océano y encuentre dilatadas tierras, y otro Tifis descubra nuevos mundos.[1]" Séneca, así poseido de aquel vehemente espíritu que agitaba á las pitonisas, lanzó á la humanidad el pronóstico del descubrimiento del nuevo mundo, en el instante en que la civilizacion cristiana habia comenzado á dar sus primeros pasos en la ciudad de los Césares, y en que la civilizacion romana, escogido resúmen de las antiguas civilizaciones, habia tambien comenzado á oponerse á la nueva, no con las armas de la persuasion, sino con las de la violencia. Cuanto mas contrastada la civilizacion naciente, mas estendia su influjo, mas se acrecentaba en prosélitos. Quien tenia consigo la fé de la religion cristiana, tenia la llave de su bien, el freno que correjia la fuerza de los malos deseos. El que la perdia,

1 Venient annis
sæcula seris, quibus occeanus
vincula rerum laxet, ingens
pateat tellus, Tiphisque novos
detegat orbeis, nec sit terris
ultima Thule.

Medea.

perdia mas de lo que se sabe decir, mas de lo que se puede encarecer. Pero la muchedumbre perseguida por césares y procónsules, firme en su religion, no solo odiaba las costumbres de sus perseguidores, sino tambien hasta la civilizacion que varones tan eminentes habia producido. Desiertas quedaron las aulas: los bosques de la Academia en el abandono: convertidos en erial los jardines de Epicuro: en ruinas el pórtico de los estóicos. En vano los mas ilustres padres y apologistas de la iglesia creyeron conveniente la lectura de los libros gentiles para contradecir sus errores, y para adquirir en ellos la idea de la verdadera elocuencia con que engalanar sus obras y hacer mas aceptables las verdades que intentaban esparcir por todo el imperio.

Contra los muchos que opinaban, ya que las obras de Ciceron debian condenarse y ser recojidas de órden del Senado como dañosas á la causa pública, ya que las de otros varones no menos ilustres igualmente se proscribiesen, Arnobio, San Agustin, San Crisóstomo, San Gregorio Nacianceno, San Basilio, San Gerónimo, San Ambrosio, San Clemente Alejandrino, San Justino Mártir y otros no hallaban razones que bastasen á persuadir la conveniencia de no leer ni estudiar las obras de los autores gentiles en todo aquello que no fuese contrario á la iglesia.

Ni San Justino se desdeñó de citar versos de Menandro, ni de Astreo San Clemente, ni de Empedocles San Teodoreto, ni de Virgilio San Gerónimo.

Contra estas enérjicas protestas de los Santos Padres en defensa de la civilizacion pagana para tenerla sometida á la de Cristo, el odio de la ignorancia de la multitud fué mas poderoso que la autoridad y el ejemplo de tan preclaros maestros. Las invasiones de los bárbaros casi acabaron de abolir los débiles restos del amor á la ciencia y la cultura y toda idea de buen gusto. Las obras de este largo período de postracion intelectual, donde los que sabian solo habian adquirido

la práctica del estudio, pero no la de pensar por sí, la de copiar los frutos mas débiles de la inteligencia, pero no la de la imitacion de lo mas sublime, parecia dormido el espíritu humano, conservando solo entre su sueño ideas confusas de lo que fué y de lo que podia ser. Mas la civilizacion romana no habia perecido: renace con Dante, renace con Petrarca, renace con Bocaccio en un siglo en que los maestros que se decian mas doctos conocian á los grandes autores solo por el nombre, siendo tal su ignorancia que contaban á Platon y á Marco Tulio entre los poetas y llamaban contemporáneos á Enio y á Estacio.[1]

Petrarca en sus obras es mas antiguo romano que hombre de su siglo. Mas fama le grangearon sus escritos latinos que los sonetos y las canciones italianas. El buscó é hizo buscar códices de los Virgilios y Horacios: él enseñó á su generacion el modo de perfeccionar la inteligencia. Desde entonces, con los ejemplos de aquellos ingenios fogosísimos, empieza á remontarse el espíritu á la contemplacion de las obras de la sabiduría: á pensar, no de la manera informe de los siglos bárbaros, sino con la segura guia de los grandes maestros de la civilizacion romana: á saber sentir y á sentir las bellezas del arte que engrandece la inteligencia.

Una parte de la civilizacion romana ó yacía escondida en olvidados códices, ó en raros y muy poco leidos, atesorada avarientamente. Su resurreccion, lenta hasta entonces, se apresura por un nuevo invento, que multiplica las obras de las antiguas civilizaciones griega y latina. La imprenta que desde el siglo décimo quinto constantemente está diciendo, dice, y nunca dejará de decir mientras el hombre exista, esparce por toda la tierra los pensamientos de los Livios, de los Sénecas, de los Horacios, de los Virgilios, de los Salustios, de los Tácitos, de los Quintilianos. A su influjo en un bre-

1 Petrarca. Ep. IX, lib. IV.

vísimo período la inteligencia de la Roma antigua se despierta en medio de la moderna Roma y en todos los ámbitos de lo que fué el imperio. Filósofos, historiadores, políticos y poetas, cuanto de mas grande encierra el siglo décimo sesto, todos perfeccionan su razon en el estudio de la sabiduría romana: unos animan sus escritos en el espíritu y con las formas antiguas: los de menos inteligencia con las formas tan solo. Cuanto mas eminentes llegan á ser, es porque mas se han acercado á sus modelos: es porque son mas romanos desde Maquiavelo á Tomás More, desde Guicciardini á Mariana, desde Justo Lipsio á Hurtado de Mendoza. A su espíritu romano debió Leon X su renombre de magnífico: á su espíritu romano Miguel Angel toda su gloria. Desde el gran capitan al gran Condé todos los mas ilustres guerreros en César aprendieron y á César imitaron. Todavía Condé, maravillado de la sublime inteligencia militar de este héroe, juzgaba á todos los mas célebres generales modernos, muy inferiores, creyendo que si César viviera, César era bastante á derrotarlos.

España en el siglo XVI llena con sus hazañas militares el mundo, y ¿quiénes eran y en quién habian aprendido sus capitanes? En el amor de la gloria que le inspiraron los autores latinos. Estos fueron los que inflamaron el espíritu de aquellos capitanes tan sabios como discretos y aguerridos. Nacion que tenia por capitanes á los Ayoras, Garcilasos, Acuñas, Artiedas, Aldanas y tantos otros ilustres en las letras y doctos en la civilizacion romana, grande debia de ser como fué grande.

Un hábil piloto del siglo XV, fortalecido con las ideas que acerca del océano tuvieron los antiguos, yendo de pretension en pretension para buscar medios de descubrir las ignoradas tierras, parecia solicitar de corte en corte un desprecio de aquellos que con hábito rico cubrian un espíritu pobre. Perseverando en su teson, cual si hubiera aprendido la constancia en el ejemplo de aquel filósofo que pedia limosna á las esta-

tuas para ejercitar la paciencia en la solicitud y en conseguir desdenes, seguia soñando con sus deseos. La ciencia de los de su siglo replicaba á sus razones con el error de los sabios. Indignado de la pertinacia de los que confiaban ciegamente en la ignorancia agena, ó que presintiendo la fuerza de sus argumentos se negaban por envidia á declararse vencidos, siendo traidores á la justicia y á la verdad como traidores á todo sentimiento de compasion, no tenia aquel ilustre hombre vergüenza de llorar de despecho una cosa tan digna de ser llorada como el desvarío de los que se negaban al bien público. Mas tantas contradicciones no bastaban á humillar su entereza, del mismo modo que inútilmente se alzan olas tras olas, y una onda tras de otra, y todas juntas se quebrantan en los peñascos. La pobreza del insigne piloto podia tenerlo derribado por el suelo; mas su talento estaba sobre las nubes. En medio de tantos combates nunca hizo, ni dijo, ni aun pensó cosa en que no mereciese alabanza. La civilizacion antigua por medio de la profecía de Séneca le daba aliento. Cuando mas abatido, entonces se sentia mas vigoroso. ¡Locura! llamaban á su ciencia los pretensos sabios; y la sombra de Séneca le decia: ¡Adelante!

Oprimido entre el dolor y la paciencia llega con su hijo á las puertas de un convento. La sed lo dominaba; levántase, pero cae y lanza un suspiro; mas fatigado por ella torna á levantarse, y aunque no puede tenerse en pié, corre á arrimarse á las paredes del edificio sin atreverse á dar un paso. Rompe su hijo el silencio y el aire con sus quejas. La piedad cristiana le presta el auxilio que solicita su desfallecido cuerpo: bebe ansioso el agua y al punto cae derribado, porque como la fuerza no era suya, sino de la sed, tan presto como acabó la sed, tan presto el vigor fué acabado. Descubre sus canas y derrama lágrimas de gratitud al volver en sí y encontrarse socorrido; y al fin en la civilizacion cristiana por medio del Padre Marchena, halla acojida y

decisivo apoyo el representante de la civilizacion romana, vaticinadora del descubrimiento del nuevo mundo: Cristóbal Colon, el nuevo Tifis anunciado.[1]

La náutica, el comercio, la historia natural, la medicina, la riqueza de las naciones, todo adquiere nueva vida con el descubrimiento de Colon. De la bahía de Cádiz salió la expedicion segunda que á nuevas investigaciones en aquellos remotos mares, capitaneaba el mas famoso de los náuticos.

Descubierto el nuevo mundo ordenaron los reyes católicos que hubiese casa de contratacion en Sevilla para mayor comodidad del comercio. En ella se despachaban las flotas y los navíos que habian de ir á aquellas tierras y se recibia y guardaba el oro, plata y piedras preciosas que á su vuelta traian. La reina doña Juana expidió cédula en 15 de Mayo de 1509: en la cual decia que, estando vedado y defendido que ningun navío pudiese ir con mercaderías ni mantenimientos á las Indias sin primero registrarse en la ciudad de Sevilla por los oficiales de la casa de contratacion, y conociendo cuan á trasmano estaba dicha ciudad, y cuan trabajosa y de cuanto peligro eran la entrada y salida del Guadalquivir para los mercaderes, de todo lo cual se habian ocasionado muchas pérdidas y dilaciones, era su voluntad que en la ciudad de Cádiz se pudiesen rejistrar tambien los navíos que tomasen la derrota ó volviesen de Indias.

Sabido es que en 1520 se alteraron varias ciudades de España por la ausencia que de estos reinos hizo Cárlos V y por el tiránico gobierno del aleman Xebres: que se juntaron en comunidades; y convocaron á los pueblos á que suplicasen al rey que *no se fuese de la península:*

1 Don Fernando Colon en la vida del Almirante su padre, que se conserva en la version italiana de Alonso de Ulloa, cita los testimonios de los antiguos que le movieron á emprender el descubrimiento del nuevo mundo. Como era natural, habla del pronóstico de Séneca.

que por ninguna manera permitiese sacar dinero de ella; y que los oficios que estaban dados á estrangeros se diesen á españoles. Al año siguiente juntáronse en el lugar de la Rambla los procuradores de los concejos, justicias, rejidores, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de las ciudades de Sevilla, Córdoba, Ecija, Jerez, Antequera, Cádiz, Ronda, Andújar y Gibraltar, y de las villas de Martos, Arjona, Porcuna, Torre de don Jimeno y Carmona, y acordaron *que guardarian lealtad al emperador y obedecerian á sus vireyes y gobernadores, que se mantendrian en quietud, espeliendo cualquier persona que quisiese turbarla; y si los moriscos del reino de Granada ú otros enemigos hiciesen alguna invasion en esta provincia, se les opondrian: para cuya observancia en caso necesario se obligaron á tener á punto de guerra gente de á caballo y de á pié respectiva á sus fuerzas.* Notoria cosa es á todos el trájico fin que tuvieron las comunidades de Castilla. Cárlos V concedió entonces muchas y señaladas mercedes á los lugares que le habian mantenido obediencia, y los títulos de *muy noble* y *muy leal* á la antigua Cádiz.

El célebre Barbaroja, noticioso en 1530 del comercio y riqueza de esta ciudad y de su corta guarnicion y defensa, determinó saquearla en ocasion de hallarse las galeras españolas en Italia en la coronacion del nunca vencido emperador Cárlos V. Sabido el intento del de Argel por el príncipe Andrea de Oria, recogió con presteza en Mallorca treinta y ocho galeras, y tomando la via del Puerto de Cherlo, en donde el renegado Alicot aprestaba municiones, bastimentos y bajeles para la determinada empresa, dió en la armada de los enemigos, desapercibida para el lance, apresó la mayor parte de las galeras que la componian, y salvó de un espantoso saco á Cádiz. En 1553 los argelinos, con veinte y una fustas y galeras, asomaron por el estrecho con determinacion de apoderarse de esta ciudad, pero una furiosa borrasca derrotó la mayor parte

de sus naves, y estorbó sus designios. En 1574 los moros con seis bergantines y una galeota de veinte y dos bancos, se acercaron á Cádiz y á media noche cayeron sobre la almadraba y casería de Hércules (hoy Torre-gorda) lugar en donde desde muy antiguos tiempos estaba la pesquería de los atunes. Saltaron á tierra doscientos enemigos y cautivaron algunas personas. Otras se salvaron con una presta huida y dieron aviso á los vecinos de la isla de Leon. Tomó un renegado el camino de Cádiz, alborotó con la noticia del desembarco á toda la ciudad y persuadió al correjidor Pedro de Obregon que fuese con alguna gente á los enemigos; pues con poca podia desbaratarlos. Receló el correjidor que hubiese engaño en las palabras del renegado, y así envió á siete patricios de Cádiz para que reconociesen el número y poder de los enemigos.

No bien los descubrieron, volvió uno de los de Cádiz riendas á la ciudad, confirmando la relacion del renegado y añadiendo que los moros á toda prisa se embarcaban con la hacienda y gente cautiva; pero que la galeota se les habia quedado en seco, y que por sacarla estaban detenidos. Salió entonces el correjidor con gran número de hombres; y al rayar el alba, los gaditanos en mal compuestos escuadrones dieron vista á los enemigos que, ya embarcados, pugnaban inútilmente por arrancar de la arena su galeota. Arrojáronse al mar muchos gaditanos y cortaron las amarras que unian la galeota principal á las otras naves. Ganada esta, despues de una sangrienta refriega en que murieron 80 españoles y 40 infieles, alzaron bandera de paz los enemigos. Hiciéronse trueques de la hacienda y personas apresadas por una y otra parte, dieron al viento las velas los moros y tomaron victoriosos el camino de la ciudad los gaditanos.

Otra igual tentativa de apoderarse de Gibraltar hicieron los turcos el año de 1540, habiendo obtenido sobre ellos victoria el denodado alcaide de aquella ciu-

dad don Alvaro de Bazan, famoso en nuestras historias, con el título de marqués de Santa Cruz, que debió á sus hazañas.

Con el incesante comercio que hubo en esta isla, principalmente desde aquellos tiempos en que Cristóbal Colon dió á la corona de Castilla las tierras del Nuevo Mundo, grande fué el aumento de Cádiz. Formáronse dos arrabales, uno al oriente de la antigua ciudad, y otro al occidente. Delante de ella y en medio de los dos arrabales habia una espaciosa plaza que llamaban *de la Corredera*. Era defensa de la parte de la poblacion que caia á la banda de oriente un lienzo ó cortina de fortísima muralla con una puerta en medio conocida por *del muro*, y defensa de la parte de la poblacion que hacia frente á la bahía algunos baluartes.

Frecuentaban el puerto de Cádiz en la primera mitad del siglo XVI, naves de mercaderes de Alemania y Holanda, Francia, Inglaterra y Escocia. En 1565 padeció Alemania una escasez grande de trigo, que fué socorrida y remediada con el de las campiñas de Jerez y Arcos. De sesenta á ochenta mil botas de vino se recojian anualmente en el término de Jerez.

El comercio especial de Cádiz en aquel siglo consistia en la mucha cera que se labraba en esta isla: mas de veinte navíos salian de su puerto al año en direccion de Fez y de Marruecos, cargados de bonetes de paño de las fábricas de Toledo y Córdoba.[1] Los barcos estranjeros traian á Cádiz tapicerías, maderas y útiles para la fabricacion de bajeles: y tambien sedas, brocados, armas, drogas y especerías.

Dió Felipe II á la ciudad de Cádiz por armas un escudo que representa de pié á Hércules, asiendo con las manos las guedejas de sendos leones, y vestido de una piel de otro de estos animales. Osténtanse detrás de este personaje dos columnas: en las cuales está dividida

1 Agustin de Orozco dice que pasaban de cuatrocientos mil al año.

esta inscripcion: PLUS ULTRA. Al rededor del escudo se leen las palabras siguientes: HERCULES FUNDATOR GADIS DOMINATORQUE.[1]

El jóven rey de Portugal don Sebastian, poseido de un estraño furor bélico, y con deseos y alientos de someter al Africa, salió de Lisboa el 24 de Junio de 1578. Ya habia enviado para que le precediesen en la navegacion y lo esperasen en Ceuta numerosas huestes. Los grandes de su reino juntaron tambien los mas soldados que pudieron y los mas valerosos que hallaron con objeto de asistir al monarca en la guerra que se emprendia, resueltos como su rey á vencer ó á morir en la demanda constante y animosamente. Llegó á Cádiz don Sebastian con su potente armada, y en Cádiz fué muy festejado por la ciudad, así como por don Alonso Perez de Guzman, duque de Medina Sidonia y capitan general de Andalucía y costas del oceano.[2] El regidor don Luis de Valenzuela Marrufo de Negron hospedó en su casa al rey, el cual desde los balcones presenció una fiesta de toros que la ciudad dispuso en su obsequio. Pendian de las

1 Otros leen Gadium. Mi amigo el Sr. D. Joaquin Rubio, erudito gaditanó y poseedor de rarísimos libros, de muchas y muy raras medallas y de otras antiquísimas curiosidades, en un discurso que escribió sobre el escudo de armas que usa esta ciudad, dice: "No parece del caso investigar aquí el fundamento de la intencion alegórica que hubo para representar en el escudo de armas al Hércules gaditano en la actitud nada histórica ni verosímil de sujetar dos leones á la vez, sobrando argumento para representarlo mas propiamente en alguno de sus doce trabajos, y tal vez en el primero de todos. Si el pensamiento quiso tomarse de una medalla griega de Adriano que describe el doctor don Juan Bautista Suarez de Salazar, mas histórico era el paso de la lucha con el leon Nemeo; y el cuadro, si era preciso tomarlo de la *numismática*, lo ofrecia mas á propósito entre otras medallas una consular nada rara de la familia *Publicia*, que no es por cierto medalla apócrifa, como lo era sin duda la descrita por Suarez de Salazar en sus *Grandezas y antigüedades de Cádiz.*"

2 Paró el rey don Sebástian en la casa que estaba donde hoy existe la que en la calle de don Alonso el Sabio, hace esquina á la del Marqués de Cádiz, (antes de la Pelota y del Hondillo.) Entonces no habia manzana de casas delante de la plaza de San Juan de Dios, de modo que la finca de que se habla hacia esquina á la plaza de la Corredera.

ventanas y de los tablados riquísimas colgaduras: las damas y los caballeros de esta ciudad ostentaban joyas de gran valor: todo para engrandecer mas dignamente el festejo en honor de tan alto personaje. El regocijo público se turbó por un momento por la braveza de uno de los toros que derribó con muerte de sus caballos á dos de los mas valerosos y diestros caballeros que salieron al coso. Los lacayos no se atrevian á desjaretarlo: todos huian de su ímpetu horrible.

De una parte lo silban, de otra le arrojan en vano la garrocha, de otra lo amenazan con lanzas de hierro ancho y cortador, de otra le asestan piedras. Escarba el fruto feroz la arena, huélela y en su mismo hocico la levanta, bramando horrendamente. Arranca con impetuosa acometida al que vé mas cerca y menos cuidadoso: tiembla á su furia el suelo, espanta y atemoriza su fiereza, desalienta á aquel en cuyo seguimiento corre con la atencion puesta en solo cojerlo, cerrados los ojos, sin reparar en su furor desatinado en cuanto delante se le ponga.

Viendo el desaire en que iban á quedar los caballeros gaditanos en presencia del monarca estranjero y de tantos señores de Portugal, no pudo contener su impaciencia ni sus bríos el huésped de don Sebastian. Monta prestamente un caballo don Luis de Valenzuela y entra en la plaza. Ninguno osaba echar la capa á los ojos de la fiera: ninguno tirarle del cuerno atrevidamente. Era un relámpago en la acometida. Hondo silencio sucede á la vocería de la plebe. Todos tiemblan por la suerte del caballero, y al verlo en tal peligro se les oprime el corazon cual si estuviera entre dos piedras.

El toro corria lleno de heridas, dando bramidos de dolor y levantando el polvo que habia pisado. Sus penas ya no quitaban las penas á los que estaban mirándolo desde los tablados y desde las ventanas, ni menos se contentaban con verlo tan maltratado, ni se oian pal-

madas, ni voces de alegría. Solamente confiaba en el valor del caballero el rey don Sebastian. Así lo decia la valiente perspicacia de sus ojos. Túrbase por breve instante el espíritu de Valenzuela; mas presto torna á encendérsele, aun mas acrecentado, el ánimo generoso. Teme el animal, acostumbrado á ver huir, y se retira; mas vuelve al fin á acometer arrepentido de su instantánea vacilacion. Recíbelo Valenzuela en su espada que le atraviesa la cerviz con unánimes gritos de alegría que se levantan al cielo, en tanto que con los sombreros quitados, cubiertos de varias y hermosísimas plumas, todos los caballeros saludan su valor y su felicidad.

Ocho dias permaneció en Cádiz el rey, agasajado de todos. Al cabo partió á su desdichada expedicion, con el ánimo y la esperanza de hollar las infieles cervices, y solo para que las arenas de Africa por mucho tiempo blanqueasen con los desnudos huesos de sus vasallos, y que otros preclarísimos fuesen llevados en cautividad con las manos atadas atrás, descubiertas las cabezas, los ojos bajos y humildes los rostros, mudos pregoneros de su triste vencimiento, porque en la hora del terror y de la amargura ni hay magestad en los reyes, ni grandeza en los señores, ni valentía en los capitanes. Fiero é intratable é incorregible el bárbaro vencedor africano con ningun artificio podia ablandarse para que no abusase indignamente de la victoria. Los que murieron en la jornada mil veces fueron mas felices, pues se salvaron de padecer tantas miserias en tanto abatimiento. Recojió del mundo don Sebastian la instabilidad de la fortuna que es lo que mas el mundo suele dar de sí. Faltaron á muchos de los esclarecidos capitanes que en esta jornada perecieron aquellos mausoleos en que se pretende vivir aun despues de la muerte, valiendo tan poco los nombres puestos sobre las tumbas que necesitan de la riqueza de los mármoles y del primor de la escultura para atraer la estimacion de los que los miran

y de las generaciones que han de conservarlos.

Si al menos no lograron en la propia patria la quietud del sepulcro, puerto adonde nos arrojan las olas de la vida, aunque nos persiga todo, la memoria de las hazañas y de la honra que dieron antes á su nacion y á su linaje fué el glorioso túmulo, y el verdadero que merecieron sus virtudes y su desdicha.

Un personaje ilustre visitó á Cádiz en este siglo, dejando consignado en sus inmortales escritos el recuerdo de los afectos que despertaron en su alma la vista del mar, la inquietud de las olas, las naves que venian ó se alejaban, las barquillas que entre los peñascos de una parte de esta costa flotaban ó tranquilamente, ó mal tratadas por las iras del mar. El gran Lope de Vega compuso en Cádiz las anacreónticas que por estar dirijidas á una *barquilla*, tomaron del asunto el nombre con que se conocen en la historia de nuestra literatura. Aquí cantó el poeta todo ternura, todo delicadeza de sentimientos, todo encantadora melancolía, sentado tal vez en los peñascos donde fué la Cádiz fenicia, aquellas regaladas endechas que principian:

Pobre barquilla mia
entre peñascos rota,
sin velas desvelada
y entre las olas sola,
¿á dónde vas perdida,
á dónde, dí, te engolfas;
que no hay deseos cuerdos
para esperanzas locas?[1]

1 Para perpetuar la memoria del hecho el Ayuntamiento de 1855 acordó que una plaza inmediata á la Caleta se llamase *de las barquillas de Lope*. Es una de las plazas cuyos nombres ha conservado mi distinguido sucesor el Sr. D. Pedro Víctor y Pico, al dar cumplimiento á una Real órden en que se mandaba restituir á las calles sus antiguos nombres con las modificaciones que, mediando autorizacion del gobierno de la provincia, se creyesen oportunas.

En Cádiz conoció al doctor Diego Arias, médico y astrólogo, famoso en aquel siglo, lo honró con su amistad, y mas tarde con un epitafio en verso á su memoria.[1]

1 El Dr. Diego Arias fué sepultado delante de la sacristía del convento de S. Francisco. Su lápida fué quitada al renovar el pavimento, la cual hice colocar en el patio de las casas capitulares donde hoy existe. Dice así:

"El Doctor Diego Arias, médico y astrólogo de Cádiz. Quien quiera que haya sido, aquí yace. Es de sus herederos. Año de 1621."

CAPITULO II.

Acomete á Cádiz el almirante inglés Sir Francis Drake.—Incendia los buques surtos en la bahía.—Nueva invasion inglesa.—Toma de la ciudad por el conde Essex.

En la lucha que Felipe II[1] tuvo con la reina Isabel de Inglaterra, Cádiz fué la ciudad que mas padeció, porque en ella lograron enseñorearse los enemigos del rey de España. Sabido es que Felipe II estuvo casado con la reina María, y que en su tiempo tornó en Inglaterra á dominar la relijion católica.

Hallábase el rey en Flandes cuando llegó á sus oidos la nueva de que su esposa estaba á punto de muer-

1 Hoy que por muchos escritores de cierta escuela política se engrandece tanto á Felipe II, como un modelo de príncipes, y en que se cree que el mas exacto juicio de su política es dictado por el encono de los estranjeros ó por autores que siguen ciegamente el parecer de los que fueron enemigos de España, no juzgo inoportuno publicar el siguiente pasaje de un tomo en 4.º MS. que procedente de la Biblioteca de los Jesuitas de la corte, existe en la de la Real Academia de la Historia, con este título: "*Las causas de que resultó el ignorante y confuso gobierno que hubo en el tiempo de don Felipe II, que esté en gloria, y el prudente y acertado modelo de gobernar que ha tomado y proseguirá S. M. con el favor de Dios.*" Véase, pues, el testimonio de un autor español y de aquel tiempo en que mas claramente se podian juzgar los aciertos y los errores de un príncipe á quien no faltaban por otra parte escelentes cualidades.

Dice así un pasaje de aquel tratado:

"Están los enemigos gallardeándose de ser señores del mar haciéndonos mil ofensas y dándonos mil palos y salen con las premáticas de las lechuguillas, y si los coches han de andar con dos ó cuatro caballos. Esto procede de la influencia de Venus que da el entendimiento afeminado y menudo y tanto que hace que los hombres sepan mucho en lo poco y que totalmente ignoren en lo mucho. Y que esto sea así se prueba por un ejemplo que pasó realmente. Cuentan que llevaron á firmar al Rey N. S. que sea en gloria una licencia de quinientos mil ducados y puso á la márgen *vuélvase á hacer esta libranza porque está errada en 25 maravedís*. De donde le nació al rey el hallar esta

te, y que los ingleses querian por sucesora en el trono á su hermana Isabel, adicta á la reforma. Al instante procuró ganar la voluntad de esta Señora para que no se apartase de la obediencia del Papa, y aun para que fuese su consorte. Acostumbrado á reinar en Inglaterra, queria tener asegurada á esta nacion para la empresa de restablecer en toda Europa la religion católica.

Envió al punto al duque de Feria para apoderarse del corazon de Isabel y conquistar con finezas el afecto de algunos caballeros ingleses; pero no fué tan bien recibido su mensajero como Felipe deseaba. Isabel, con palabras corteses y astutas, lisonjeaba la vanidad del rey de España en las conferencias que con el embajador tenia, y mostrábasele muy grata por haber alcanzado la libertad por intercesion de Felipe cuando su hermana vivia. Pero al propio tiempo no queria imitar su política ni menos seguir sus consejos. Por los pasos

menudencia y no alcanzar los lejos sustanciales, de que totalmente aquella partida de los quinientos mil ducados se iva á sumir en el pozo Ayron y se iva á los pantanos de Flandes, de que, como no tuvo nada del fondo y profundidad de S. Antonio, totalmente ignoraba lo mucho y de esta suerte sumió y hundió mas de 300 millones.

"Si los yerros del rey fueran de malicia, fueran dignos de culpa, é yo mereciera gran pena en atreverme á decillos. Pero así como la ignorancia no quita zelo, tampoco no quita reputacion, porque no hay ley que obligue á lo imposible.

"Y nótese una consideracion: que Dios con su divina providencia inspiró á la Magestad del Emperador á que con resolucion y zelo se retirase á Yuste, dejando á su hijo consejos de Estado y Guerra tan scientíficos y experimentados, supliendo con ellos la insuficiencia que naturalmente tenia para el gobierno de una tan grande monarquia. El qual desde que como tan menudo, comenzó á no poder sufrir cerca de sí ministros que supiesen mas que él, echó á Flandes al ducazo de Alba, de un juicio tan profundo y claro y tan scientifico en las materias, y le ataron las manos en las órdenes mal consideradas y se secó con Ruy Gomez que era bien entendido y ya no podia sufrir la gallardía del cardenal Espinosa, ni las trazas y estratajemas tan subidas de punto de Antonio Perez que se le atrevió porque penetró su ignorancia, ni pudo llevar con paciencia la resolucion y confianza de Mateo Vazquez, y se acomodó con estos ingenios muraniquitos y se acabó de despeñar del todo como ciego, guiado de estos que veian tan poco y aun menos que él."

primeros que daba la reina comprendian el embajador y Felipe II que no era fácil empresa apoderarse del ánimo de Isabel; pero no la juzgaron imposible, persuadidos de que á la sagacidad política y á la constancia no sabria resistirse mucho tiempo.

Al fin Felipe conoció que la reina tan solo queria ganar tiempo hasta asegurar en sus sienes la corona de Inglaterra; y por eso, al ajustar la paz con los franceses, concertó su casamiento con Isabel de Valois. En tanto los negocios de la religion iban en el reino británico encaminados á la reforma. Pero Isabel entretenia sagazmente el ánimo de Felipe; y para mayor disimulacion, se manifestaba ante el duque de Feria harto quejosa, por las bodas que iba á celebrar el monarca de España, pues ella decia que estaba en el pensamiento de desposarse con Felipe, luego que los asuntos de su reino lo permitiesen. Es cierto que el duque jamás exijió respuesta formal en la demanda del matrimonio, y que Isabel no empeñó su palabra de elegir por marido á Felipe II. Mas como no habia descubierto esta Señora su verdadera intencion, se quejaba del falso amor del rey, porque no habia querido esperar tres ó cuatro meses. Así con estas fingidas protestaciones engañó á Felipe y consiguió la paz de que tanto necesitaba entonces Inglaterra, para robustecer sus fuerzas y constituirse en una nacion poderosa.

Los católicos ingleses que habian puesto su esperanza en Felipe II, se lamentaban de que este rey, habiéndose visto con poderío para afirmar en las islas británicas el dominio espiritual del pontífice romano, no habia tenido la destreza necesaria para conseguir sus fines y vencer el talento de la reina.

Felipe II por otra parte se consolaba con que ya que no podia hacer otra cosa, al menos pugnaba por sustentar con débiles puntales el catolicismo en Inglaterra.

Perdida la esperanza del matrimonio y restablecida la religion reformada, todavía Felipe no desesperó de

enseñorearse mas tarde ó mas temprano de aquel poderoso reino.

Por su embajador inquiria las inclinaciones de Isabel para ganar inmediatamente el afecto de las personas preferidas; y adquirir por ellas lo que no habia podido por sí mismo. Negociaba con los pretendientes de Isabel como si se tratase de un reino que le hubiese sido usurpado; y en todas sus palabras descubria el deseo de apoderarse de Inglaterra. Primero quiso firmar una capitulacion secreta con el conde de Leicester, cuando creyó que Isabel iba á dar la mano á este caballero. Despues, sabiendo que la pretendia el archiduque de Austria Fernando, acudió á ofrecer á este su ayuda para la empresa, imaginando que seria cosa fácil persuadirle de que con la proteccion de España podria, en el caso de que Isabel muriese sin hijos, quedarse en el dominio de la nacion inglesa.

De este modo se lisonjeaba de restablecer el catolicismo en ella, y de que su señorío viniese á manos de la casa de Austria. Pero todos estos propósitos, aunque encubiertos con las sombras del secreto político, fueron patentes ante la sagacidad de Isabel: la cual conociendo que estaba cercada de lazos por la astucia de Roma y España, determinó asegurarse de todos, con no entregar su mano de esposa á ningun hombre que pudiera ser comprado por sus enemigos, ya con el oro, ya con las promesas de darle tras de su muerte la corona de Inglaterra.

Por medio de sus diversos embajadores habia procurado Felipe II adquirir gran influjo en esta nacion; y en vano por medio de ellos intentó la libertad de la reina de Escocia María Stuard.

Ofendido de la tenaz resistencia con que eran contrastados sus intentos, determinó apelar á la violencia para favorecer la causa del catolicismo en Inglaterra. Para ello mandó preparar una poderosa armada, cual nunca habia salido de los puertos españoles; armada á

que el vulgo dió el nombre de *invencible*. Sabiendo Isabel lo que Felipe II disponia para invadir sus estados, ordenó á su vice-almirante Francis Drake (á quien la ignorancia de nuestros antiguos historiadores llama *corsario* y *pirata*) que recorriese las costas de España, se apoderase de los galeones que estuviesen en los puertos menos defendidos, que molestase algunas ciudades y destruyese los aprestos marítimos de su enemigo. Salió Drake al mar con cuatro poderosos navíos de la reina y veinte y seis barcos entre grandes y pequeños que los comerciantes de Lóndres facilitaron con esperanza de conseguir una parte de los despojos. Era Drake marino de gran valor y esperiencia: por órden de Isabel habia hecho anteriormente un viaje al rededor del mundo, y tomado posesion de Californias (la nueva Albion). Cuando mas resistencia le oponian en los combates mas se animaba: no seguia en los consejos el voto de mas autoridad por la persona, sino por la esperiencia, aunque mas comunmente sacaba de la ocasion ó de la necesidad el consejo para vencer: mandando y peleando con la voz, y con el ejemplo alentaba á los suyos. Prestó grandes servicios á su patria: dióle la reina premios al tenor de sus merecimientos, y el mayor de aquellos fué la confianza que en él puso para explorar las costas españolas en los instantes en que se rompia la paz entre España é Inglaterra; paz la peor de todas, como fundada en el disimulo de recíprocos agravios. Para corresponder á los deseos de la reina, esperaba el buen suceso, aun mas que en su fuerza, en su pericia y en los soldados y marinos viejos que lo acompañaban, temibles por su calidad antes que por su número.

Por dos bajeles holandeses que encontró Drake á su paso, entendió que una flota española ricamente cargada estaba en las aguas de Cádiz, y apercibida para darse á la vela con direccion á Lisboa, donde se juntaban los bajeles de la armada invencible. Conociendo que en los suyos no faltaba el valor para la victoria sino

el combate, puso las proas á Cádiz, confiado en conseguir nueva honra en la pelea, y en el triunfo grandes despojos. Cerca del anochecer llegó á vista de la ciudad mal prevenida, no solo para la propia defensa, sino tambien para los bajeles que hubiesen buscado amparo en la bahía, amparo fácil contra los elementos, pero ninguno contra el poder de una armada. Mezquinas eran las fortificaciones de Cádiz para los medios de guerrear que habia en aquel siglo. Un pequeño baluarte, llamado *de S. Felipe* estaba á la entrada de la bahía: otro aun mas pequeño en el sitio conocido por el *puntal.* Solo un castillo existia en el puerto, el de *Matagorda*, construido en el lugar nombrado *el paso*, por Jerez en 1534, correspondiendo á las órdenes de Cárlos V para que aquella ciudad velase sobre la seguridad de Cádiz en los tiempos en que Barbaroja infestaba nuestros mares. La poca importancia de tan reducidas fortalezas, era mayor por la mengua que esperimentaban de artillería y de artilleros: de modo que mal podian servir de freno á los enemigos, ni de amparo á los vecinos de Cádiz.

Quedó la armada de Drake con la noche á la boca del puerto. Las torres de S. Sebastian y las de la almadraba y de Sancti-Petri habian levantado sus fuegos para dar la voz de alarma á las poblaciones inmediatas. Parecian decir á los enemigos que á fuego y sangre les iban á impedir la entrada. Huian de la ciudad las mujeres y niños y retirábanse á las huertas inmediatas, desde donde esperaban ver el suceso del siguiente dia. Mas de una vez fueron inquietadas en su retraimiento por los exploradores de la tierra causándoles su vista el mismo sobresalto que si fueran los ingleses. Como el sol era ya puesto, la luz poca, y el trecho no muy distante, las lágrimas muchas y mayor la turbacion, imaginaban hallar enemigos, hasta que llegaban estos mas cerca y los conocian. Así pasaron la noche halagadas ó combatidas, segun las contradictorias noticias que se reci-

bian, ya del contento ó del descontento, ya de la confianza ó de la desesperacion, ya de la ceguedad ó del espanto. Parten de la ciudad mensajeros á los pueblos inmediatos en demanda de auxilios para el trance que al siguiente dia se esperaba, manifestando que de retardarse una hora, Cádiz seria miserablemente saqueada, pues no habia lugar seguro, ni casas que pudiesen encubrir á los que en ella se refugiasen, ni templos que pusiesen reverencia á los contrarios, ni secreta cueva que pudiese dejar de ser reconocida. Muchísimos de los pueblos y de las ciudades de las inmediaciones acudieron al socorro, resonando por las calles el grito implorador de los ejércitos españoles que alentaba el desmayo de los soldados: *Santiago! Santiago! y cierra España!*

Al despuntar el alba, Drake dá la señal de que su armada se mueva en direccion de la bahía. En las galas con que se presentó cubierto, manifiesta el gusto ó el desden con que esperaba al combate; y al escuchar los ecos de las campanas de la ciudad con que sus vecinos llamaban á las armas, ordena que sean respondidos con la salva de tres ó cuatro cañonazos para denotar su alegría por la victoria que ya creia gozar, y no esperarla. La arena de Cádiz recibió aquellas balas inútiles y perdidas. Los marinos españoles juzgando que era mas peligrosa la retirada al interior de la bahía que la pelea, habian acordado impedir la entrada al enemigo, no obstante que el descuido de la paz y la súbita invasion hacian menos poderosa la resistencia. Si era dañoso por una parte presentar la batalla al enemigo, por otra era preciso, y además lo creian grato al rey, y honroso para nuestras armas, aunque siguiese al combate el mas desdichado de los vencimientos. Ni aun por muchos enemigos, ni aun por todos juntos hubieran dejado de cumplir con su deber, resueltos hasta los mas cobardes á vencer el peligro con la obediencia. Seis galeras salieron al encuentro de Drake. Sin ver

que era mayor el peligro que acometian que de aquel de que se libraban, trabóse instantáneamente la pelea, y si bien desveláronse los españoles para frustrar el intento de un enemigo que no vacilaba en los medios convenientes para conseguir su fin, y cuya dilacion en la acometida habia sido no temor, como se pensó en Cádiz, sino cautela, logró echar á pique los bajeles contrarios donde se peleaba con igual valor pero con inferiores medios de defensa. El daño recibido por los nuestros bien pronto se dió á conocer en las voces, en la sangre y en las caidas. Entró la armada enemiga en la bahía y prosiguió el combate, pues los nuestros siguieron defendiéndose no con obediencia remisa ni con un resistir tímido y confuso. Mas de veinte y tres bajeles quedaron destruidos. Se puede decir que la mayor parte de sus defensores no conoció el peligro sino hasta ver el fuego en que se estaban abrasando, que prestamente los redujo á cenizas. Algunos se salvaron á nado y refirieron á la ansiedad de los que contemplaban aquel estrago horrendo lo que estos no podian distinguir desde la playa: el valor con que se habia combatido y los nombres de los que habian recibido por recompensa de su denuedo en las aguas del mar su sepultura. No consta si aquellos españoles que hasta el último punto lucharon con heróico esfuerzo recibieron en la vida premio: en la historia no han recibido nombre.

Grande debió ser la resistencia de los nuestros cuando Drake no pudo apoderarse de ninguno de los veinte y tres bajeles, y determinó incendiarlos antes que llevarlos consigo cargados como estaban de municiones, armas y bastimentos. Fué su empresa sobre Cádiz un riesgo con gloria sí, pero sin utilidad para la codicia de los comerciantes que lo habian auxiliado en ella.

Hubiera Drake querido hacer en Cádiz un desembarco; mas no le fué posible. Ni habia en los ánimos de los vecinos de la ciudad terror que le diese esperan-

za de ganarla á costa de poca pérdida, pues la fortificaban con no menos trabajo que peligro, con no menos celeridad que porfía, ni los refuerzos que durante la batalla naval se recibieron de los pueblos inmediatos consentian ya que tan impunemente se saquease á Cádiz. Sin embargo, no faltaban en su armada quienes persuadiesen al vice-almirante lo fácil y seguro de la jornada y presa. El valor por una parte y la codicia por otra encubrian ó despreciaban el daño sufrido en la pelea y el riesgo de un desembarco. Los heridos desamparaban ó querian desamparar el incómodo lecho y los remedios, mas dispuestos á correr nuevos peligros que á esperar la salud. Otros que por la gravedad de sus heridas no podian mostrar esfuerzo propio, alentaban el ajeno. Pero Drake, mas atento al oculto peligro que al que estaba patente, mandó levar anclas y determinó caer de improviso sobre otras poblaciones que no estuviesen apercibidas para el combate, fiando toda su esperanza en el acaso, en el valor propio, y en el desconcierto de la sorpresa de los enemigos. Volvió las proas al cabo de S. Vicente, y asaltó y rindió un castillo erijido en aquel promontorio, y tres fortalezas mas; otras conquistas hubiera emprendido por nuestras costas, pero tuvo que alejarse de España; pues los mercaderes que sobre su palabra, único tesoro que él poseia para prenda, le habian facilitado dineros y bajeles con esperanzas de ricas presas, comenzaron á manifestar sus quejas, por encaminarse todas las acciones de Drake, mas á la guerra que al despojo. Vencido de estas murmuraciones, se dirijió á las Islas Terceras para apoderarse como en efecto se apoderó, de una rica flota.

De gran importancia fué el suceso de esta jornada. La destruccion de las naves en la bahía de Cádiz impidió que la armada invencible saliese en aquel año. Retrasóse la espedicion para reparar las quiebras un año, el cual empleó Isabel en aprestar otra no menos formidable que puso á las órdenes del gran almirante

lord Howard d'Effingham, y de los comandantes Drawke, Hawkins y Forbisher y otros no menos célebres en la historia de Inglaterra. Armó además ochenta mil hombres que repartió en los lugares mas dignos de ser defendidos y fortificó puertos y plazas. Harto se sabe el suceso que tuvo la armada invencible: contrastada primero por las tempestades, y despues por la misma ignorancia de muchos de los que mandaban los bajeles, hombres nada prácticos en navegacion por alborotados mares, no pudo resistirse por muchos dias á los contínuos combates. En la diaria y activa persecucion que esperimentaron muchos de los bajeles españoles, fueron apresados. El mismo general de la expedicion se lamentaba de la pesadez de los galeones que no permitia maniobrar con la lijereza que los buques ingleses.[1]

Así pereció aquella armada espantosa en la apariencia, cuanto débil en el poder, perdiendo los enemigos con la esperiencia adquirida en su destruccion una gran parte del respeto que tenian á las fuerzas de Felipe II. Atribúyense, y no sin razon, los principales accidentes que contribuyeron al desdichado fin de la jornada, á la anterior pérdida del marqués de Santa Cruz, marino de gran valor y pericia, pérdida que mal podia reemplazar dignamente el duque de Medina, general de tierra y nada experto en batallas navales. Aunque acrediten mucho muchas victorias, un solo desastre, y mas, si es de los

1 Véase la "Relacion de lo sucedido á la armada de S. M. desde que entró en el canal de Inglaterra hasta lo que se entendió en Dunquerque á los doze y treze de Agosto de 1588. Entró en el canal la Armada, sábado treinta de Julio, y aquel dia se mejoró hasta la entrada de Plemua (Plymouth) y se vieron cantidad de bajeles del enemigo.—Impresa en Sevilla en casa de Cosme de Lara, un pliego en fólio de letra gótica.—Este título tiene la historia del suceso de la Armada invencible. Por ella consta que no pasaba dia sin que las naves inglesas molestasen á las españolas. El duque de Medina escribió al de Parma. — "No se puede andar campeando con esta Armada, pues el ser tan pesada hace andar á sotavento del enemigo sin poder hacer nada con él aunque se procura." A 7 de Agosto de 1588.—Sobre Calés.

mas terribles, influye poderosamente en el vivir político de los estados.

Pero Isabel, á pesar de las instancias de Enrique IV de Francia, no estaba en ánimos de proseguir activamente la guerra contra Felipe. Aunque el poder español comenzaba á declinar ya en aquel tiempo, mas eran indicios de su flaqueza venidera los que mostraba, que no falta de vigor presente. Felipe II distinguíase mas que todo por su constancia contra toda suerte de adversidades y oposiciones, y así aunque sintiese el estrago de su armada, tenia el consuelo de hallarse con la espada en la mano para la venganza. Por eso Isabel, en cuyo ánimo tenia gran poder el consejo del gran tesorero Cécil, baron de Burghley, con tibieza favorecia á Enrique IV. El favorito de Isabel opinaba de distinto modo: el conde Essex, caballerizo mayor y con asiento en el consejo, aborrecia á los Cécil, deseando para sí todo el valimiento de la reina. Era además muy jóven, y persona en quien no esperó el valor á la edad para alentar esperanzas iguales á la osadía. Benemérito de los mayores peligros, su deseo se cifraba en la guerra, estimando menos la vida que la gloria. No queria la aprobacion de los tímidos que llamaban temerarios á cuantos no querian encubrirse con el nombre de prudentes. Al fin derrotó en el consejo á los Cécil de acuerdo con el almirante Howard d'Effingham, haciendo prevalecer la opinion de que á Felipe II debia acometerse, no en Flandes, no en el mar, sino en la misma España. El secreto de la debilidad de Felipe habia sido descubierto en la espedicion del vice-almirante Drake. El rey de España no era temible en la península; pues la gente de guerra estaba en otros estados muy distantes, ocupada en las luchas que consumian la sangre de sus hijos y los tesoros de Indias.

Aprestóse pues en Plymouth la primavera de 1596 una poderosa armada, compuesta de ciento cincuenta á ciento setenta velas: de estas eran navíos 17, las demás

pequeñas embarcaciones ligeras. Los holandeses agregaron veinte de las suyas: 6360 soldados, 1000 voluntarios, y 6772 marineros iban en esta armada; y por general de tierra el conde Essex: por almirante el lord Effingham. Tomás Howard, sir Gualtero Raleigh, sir Francisco Vere, sir Jorge Carew, y sir Coniers Clifford, llevaban varios cargos en esta espedicion, y formaban el consejo del general y del almirante.

Zarpó la armada el 1.° de Junio, y dirijió su camino hácia Lisboa. Cerca de esta ciudad ordenó Effingham que se adelantasen dos pequeñas naves: que entrasen en el Tajo; y reconociesen el estado en que se hallaba dicha ciudad; mas no volvieron á la armada, por haber sido presa de los portugueses. Uno llamado Lima corrió á dar aviso á Lisboa. A tan inesperada nueva y á tanto peligro, el almirante general don Diego Brochero con 18 navíos mal armados, púsose sobre la barra, resuelto á defender el paso á los enemigos. Estos no quisieron empeñar refriega y volvieron proas á Cádiz. Llegaron á las costas del Algarbe. El gobernador Ruy Lorenzo de Tabora avisó inmediatamente á la casa de contratacion de Sevilla que á 25 de Junio, se habian descubierto hasta 90 velas sobre Lagos, y que con el viento de levante andaban bordeando de una vuelta á otra, y que ignoraba si eran naves de mercaderes, si de enemigos. El licenciado Diego de Armenteros y los oficiales de la casa de contratacion de Sevilla despacharon el mismo aviso al duque de Medina Sidonia y á la ciudad de Cádiz. Hallábase el duque en tal sazon en la villa de Torre de Guzman. Convocó á varios correjidores para que á la mañana siguiente estuviesen en Puerto Real, y tratar allí de las providencias que se habian de tomar para oponerse á los enemigos y guardar las costas y tierras de Andalucía. Pero todo fué en vano. El dia 30 de Junio amaneció la armada inglesa y amainó las velas á poco mas de dos leguas de la ciudad. Entonces depusieron su error, los que á las

primeras nuevas del peligro, viendo á larga distancia los bajeles, los juzgaban nubes, engañados por la confianza ó por el deseo, así como todo una ilusion del temor de los ánimos crédulos. Mas al punto todos conocieron el peligro, pero ninguno el remedio. Pedia la necesidad ejecucion pronta y enérjica, y solo la vacilacion y el desconcierto se veian por donde quiera. Ayudaban al horror del conflicto las confusas y duplicadas veces que incitando furiosamente los ánimos, ó turbando los juicios con el temor, impedian el mandar así como el obedecer. Juntábanse á esto la poca entereza de ánimo y ninguna práctica en las cosas de la guerra que habia en el correjidor don Antonio Giron, hombre á quien no pudieron animar para la resistencia, ni la honra ni el peligro: tímido en el dudoso riesgo de la defensa, y temerario en el cierto de abandonar la ciudad á su suerte. Pudo defenderla y entretener al enemigo hasta recibir socorros, logrando de esta manera ya que le era imposible la victoria, privar al menos de ella á los invasores. Corrian por la ciudad nuevas contradictorias sobre el poder y los intentos de los ingleses; pero los que mas querian engañar y engañarse con una ciega confianza, mas parecian despreciar el peligro que desconocerlo. Pero en vano procuraban desmentir con el semblante y las palabras lo que temian.

A las seis de la tarde llegaron á Cádiz socorros de Chiclana, de Jerez y otras partes, no de gente disciplinadas y en órden, sino de mal compuestas bandas, ó sin armas, ó con algunas de ningun efecto, y esas en manos acostumbradas á los instrumentos del campo, no á los de la guerra. Los hombres de á pié llegaban á mil: los de á caballo á seiscientos. Una hora antes de anochecer comenzaron á disparar algunos cañonazos del baluarte de S. Felipe, y catorce galeras que salieron de la bahía para probar los intentos de la armada enemiga. Esta, sin hacer mudanza de lugar, respondió al baluarte y á las galeras con varias balas desde cuatro ó cinco

de sus navíos. En esto anocheció. En tanto que los enemigos reposaban, se recojieron las naves de flota, bajeles que ni pueden ofender ni defenderse por estar faltos de artillería, dentro de la cala que forman en la bahía, el Puntal y el Trocadero. A la boca de esta cala pusiéronse las galeras españolas para hacer rostro al enemigo. Al siguiente dia entró en las aguas de Cádiz la capitana de los ingleses favorecida del viento.

En pos de ella venian otras naves. De la ciudad y galeras españolas les disparaban muchos y repetidos tiros; pero no fueron bastantes á enfrenar la presteza con que caminaban. Los mas eran vagos é inciertos. El galeon español S. Felipe disparó con tan buen órden y con tanta abundancia de tiros á las naves enemigas, que un buen trecho entretuvo él solo la refriega. Pero despues de haber peleado tan bravamente, queriendo revolverse del lado izquierdo, se halló encallado. Al conocerlo los ingleses enviaron sobre el galeon S. Felipe muchas, pequeñas y muy ligeras naves para que lo apresasen. Viendo los que lo guarnecian de cuan poco podia servirles ya la resistencia, se embarcaron prestamente, dieron fuego al galeon, y tomaron tierra junto al baluarte que llaman del Puntal. El galeon S. Mateo se incendió: el de S. Andrés fué presa de los ingleses: las naves de flota que sobre las aguas de esta bahía se hallaban, fueron tambien incendiadas por los españoles.

Este espectáculo mas grato á la venganza que á la humanidad, era presenciado desde las torres por los que temian el peligro de la ciudad y habian despreciado el de la armada. Llenaba de horror lo que se veia y lo que se escuchaba, y mas aun lo que se temia y era esperado por momentos.

El conde Essex en un pequeño esquife, seguido de otros treinta que conducian hasta mil hombres armados de mosquetes, de arcabuces y picas, se dirigió hácia el baluarte del Puntal, cuyos fuegos habian sido apagados por los certeros tiros de las galeras enemigas,

y cuyos defensores se retiraban. Desembarcó junto á esta pequeña fortaleza, escondida entre nubes de polvo y humo, y él mismo arboló su estandarte sobre sus piedras calientes todavía de la sangre y del incendio. Quinientos hombres de á pié y trescientos de á caballo estaban á las inmediaciones, gente poco práctica en las cosas de la guerra y sin la presencia y la voz de un caudillo que los esforzase. Detenidos con el horror de su propio estrago, permanecieron un instante con las armas ociosas. Así pues, el conde Essex no halló otra cosa que una obstinacion momentánea sin fuerzas para proseguir la pelea. Unicamente el corregidor de Jerez don Leonardo de Cos con algunos caballeros de su ciudad estuvo pronto á la resistencia, pero incierto en el combate al ver que los demás no acudian á aquello que debian temer, que era la pérdida de todos, sino á lo que temian que era la de ellos. Muchos de estos últimos perecieron en la huida, poquísimos en la resistencia, descubriendo el mismo temor en la resistencia que en la huida.

Los de Jerez que tuvieron ánimo para esperar, no lo tuvieron para persistir en la oposicion á un enemigo tan poderoso, ellos armados solo de lanzas y adargas, este con armas de fuego. Oprimidos de la impetuosa acometida, retiráronse hácia la ciudad: desde lo alto del muro solo acudieron á favorecerlos con disparar un tiro de cañon que por un instante detuvo al enemigo en la creencia de que iba á ser seguido de otros con estrago de gentes que caminaban á cuerpo descubierto; mas viendo que el terror dominaba al mismo que habia hecho aquel inútil alarde de esfuerzo, continuaron los ingleses en direccion de Cádiz. En vano los caballeros de Jerez llamaron á las puertas de la ciudad: desde dentro les respondieron que prosiguiesen en la defensa. Uno de ellos tuvo que subir por el muro á fin de abrir la puerta y dar paso á la gente de Jerez que permaneció allí para estorbarlo á los enemigos; pero fué de ningun

efecto esta resistencia. La ciudad estaba alborotada y temerosa: el correjidor don Antonio Giron con su mujer é hijos en el castillo de la villa. El ruido de las armas dentro de la poblacion, llegó á sus oidos antes que el aviso de la entrada de los ingleses. Todo era consternacion: todo espanto. Relinchaban los caballos y no habia quien les diese el ordinario sustento: lloraban los niños y no acertaban las madres á las cunas: gemian los enfermos y no habia quien los socorriese. Muchas mujeres escondidas pedíanse unas á otras de comer y ninguna podia socorrer á las demás, ni aun á sí misma. En medio de este conflicto el rejidor don Pedro del Castillo, juez de Indias, juntó algunos caballeros y amigos, y se dirijió al socorro del correjidor de Jerez, el cual se iba retirando por las calles, pues muchos enemigos, que habian saltado por el muro, lo combatian por diversas partes. Los ingleses hallaban mas estorbo á su paso en los cadáveres, que resistencia en los vivos.

Así quedaron los ingleses dueños de la ciudad, poniendo término á la desigual pelea no la victoria ni la paz sino la noche y el general espanto. El correjidor de Jerez se guareció con los suyos en una casa de las mas principales de la plaza, desde donde continuó molestando á los enemigos al siguiente dia, mas atento á ofender que á repararse. Aunque se hallaba enfermo, el brio obligó á la naturaleza y persistió en la demanda de hostilizar á los invasores, no teniendo en la ofensa ni piedad ni límite. Con palabras mas enérgicas que elegantes fortalecia á los suyos, los que callados cual si quisiesen responder con las obras, no perdonaban fatiga, lanzando piedras del mismo edificio contra los enemigos, armas mas fáciles de hallar en su desamparo que eficaces. Con todo, el conde Essex indignado de tan tenaz resistencia en tan pocos, mandó que la casa fuese cercada con dos compañías y que con dos piezas fuese batida no para que tuviesen en su obstinacion

dentro del mismo edificio sepulcro antes que alojamiento y amparo, sino para obligarlos á rendirse, pues era para todos mas importante el prenderlos que el matarlos: mas el vender su sangre que el derramarla.

Entregáronse al fin los de Jerez concertándose en dos mil ducados el rescate: quinientos se dieron por el corregidor don Leonardo de Cos, cuya autoridad ignoraban entonces los ingleses, que á serles conocida, doble ó triple hubiera sido el precio en que la libertad se le hubiera otorgado. Al punto se disfrazó y abandonó la ciudad.

En la noche del dia 1.° de Julio dió licencia el conde Essex para el saqueo de la ciudad, reservando algunas casas particulares como presas de la gente noble que estaban en su ejército. Esta obtuvo el oro, la plata, las joyas y lo mas precioso que habia en lienzos, en tapicería y en colgaduras de seda: la gente menos principal los ricos vestidos, el dinero y toda cosa de lienzo: la chusma de las galeras y la canalla del ejército se apoderaron de lo restante.

Estaban recojidos en el castillo y en la villa los mas principales caballeros; pero oprimidos del hambre, determinaron tratar de convenio con los enemigos, para lo cual salieron mas de veinte personas el dia 2 de Julio. Fueron á las casas donde paraba el conde Essex y ajustaron estas condiciones: que se habian de pagar ciento veinte mil ducados por la gente que estaba amparada del baluarte de S. Felipe, del castillo y de la villa: que los doce mil ducados se habian de pagar no de lo que habia dentro de la ciudad, pues todo era de los ingleses, sino de lo que pudiesen adquirir por otra via los cautivos: que se le habian de dar en rehenes varias personas principales para satisfaccion de la paga, las cuales fueron ocho prebendados de la iglesia de Cádiz, el correjidor y doce regidores, veinte y seis caballeros y nueve mercaderes flamencos: que no se habian de quemar la ciudad ni los templos: que habian de salir libres

todas las personas que estaban en el castillo, en la villa y en el baluarte de S. Felipe, y que pudiese sacar cada uno dos vestidos y sus papeles, y que á ninguno se habia de hacer ofensa, agravio, ni desacato, dándose á todos franco paso, así por mar como por tierra, hasta que estuviesen en salvo.

En cumplimiento de la capitulacion, el dia 2 á las cuatro de la tarde comenzaron los ingleses á dar libertad á los de Cádiz. Los frailes de S. Francisco y S. Agustin salieron de los primeros y con ellos muchos hombres disfrazados con sus hábitos: igualmente dejaron en aquella tarde la ciudad las monjas y cuantas personas quisieron. Unas se refugiaron en Puerto Real, otras en Chiclana, otras en el Puerto de Santa María, otras en Jerez y otras en Arcos.

El capitan Martin de Chayde, soldado viejo y valiente, era alcaide del castillo y puente de Suazo, por el duque de Arcos. Llegaron tres mil enemigos á la isla de Leon. Don Juan Calvo, caballero de Jerez, con noventa hombres intentó estorbarle el paso; pero al fin, mal su grado, hubo de retirarse, tras de una corta refriega, á la otra banda del puente. Los ingleses entonces para impedir que de las vecinas tierras diesen en ellos, quitaron el enmaderamiento que sobre el arco principal del mismo puente daba franco paso á la Península.

Volviéronse contra el castillo, y despues de algunos fuertes asaltos, con admirable valor resistidos, en los cuales perdieron gran cantidad de hombres á la artillería y á los arcabuces españoles, viendo de cuan poco provecho les era acometer la fortaleza, diéronse á robar las caserías y bodegas de la isla de Leon. La caballería de Jerez y de Chiclana y la infantería de don Juan Calvo que defendian las tierras de la otra parte del puente, habiendo reparado sus maderos, cayeron sobre los ingleses que se hallaban esparcidos por toda la isla y divertidos con los objetos que la codicia incesantemente les ponia delante de los ojos.

Trece dias se defendió con heróico valor y admirable constancia Martin de Chayde, alcaide del castillo. Pero falto de municiones, de armas, de bastimentos, con una parte de la gente fatigada por los recios y repetidos asaltos del enemigo, y por las mal curadas heridas y con la otra que lo habia desamparado en la continuacion de tan noble empresa, despachó varios avisos al duque de Arcos para que le enviase algun socorro en semejante aprieto. El duque de Arcos, tras de algunas dilaciones que la brevedad del tiempo, la fortaleza de los inglêses, y el estrecho en que se hallaba Chayde no consentian, ordenó á este que rindiese el castillo á partido honroso, quien lo rindió con grave sentimiento, y solo forzado de la necesidad y de la poca resistencia que podia oponer al enemigo.

El duque de Arcos á las primeras nuevas de la invasion británica dejó á Marchena, y acompañado de su hijo don Luis Ponce de Leon, y de su yerno don Antonio Vigil de Quiñones, conde de Mayorga y de Luna, tomó el camino de la ciudad de Arcos con doscientos caballos y dos mil peones. Llegó á Jerez y desde Jerez escribió al duque de Medina Sidonia, diciéndole que venia á la defensa de estas poblaciones con el carácter de soldado, y que como á tal lo mandase inscribir en los libros del rey.

Felipe II recibió el primer aviso de la desdicha de Cádiz, hallándose en Toledo acongojado de una enfermedad gravísima, y á este siguieron otros con la concorde y miserable relacion de la desconcertada defensa. Al punto dió las órdenes oportunas para levantar ejército contra aquel poder que el miedo y la distancia hacian mayor, ejército que llevó por capitan general á don Pedro de Velasco, del consejo de guerra. Al propio tiempo mandó un correo al príncipe Doria para que con las galeras de Italia viniese á Lisboa. El duque de Arcos que con su hueste se habia fortificado en el Monasterio de la Cartuja, se dirijió por mandato del rey á Gi-

braltar con seis mil hombres para defender aquella plaza que halló falta de artillería y municiones.

En tanto el duque de Medina Sidonia que por la antigüedad de su linaje, era, si no benemérito, heredero del cargo de capitan general, andaba incansablemente solícito en allegar un ejército para la defensa. En las aguas de Sanlúcar habian surgido catorce galeras á las órdenes del general don Juan Portocarrero, el cual estaba en la bahía de Cádiz cuando la invasion; y como conociese que nada podia emprender en defensa propia ni en la de la ciudad, se habia retirado de la armada enemiga y acabando de romper el arco del puente de Suazo, pasó por el rio Sancti Petri á costa de muy gran trabajo y no menor peligro, destrozando muchos de los palos de sus naves. Despues de estas dificultades, logró salir al mar y dirijirse, favorecido de las sombras de la noche, á la barra de Sanlúcar. Esta retirada mereceria los aplausos de una gran victoria, si fuera costumbre dar alabanzas en la adversidad, como no lo es el vituperar los triunfos.

El conde de Essex que habia alcanzado fama con pequeño riesgo y victoria casi sin enemigo, deseaba acometer otras ciudades para quitarlas de la sombra de nuestras banderas. Ya á Felipe II se habia dado el golpe donde mas podia sentirlo. No era preciso abrirle una nueva herida sin rasgarle la que tenia abierta. Junto el consejo de guerra, que para moderar sus ímpetus belicosos habia puesto cerca de la persona del conde la reina Isabel, fiaba este en la persuasion de su elocuencia, y en que por lo comun las empresas grandes se oyen mejor que las posibles. Mas en el consejo prevaleció el parecer contrario. Todos pensaban desconfiadamente en la empresa del conde. Creian que perdido ó mitigado el horror primero en aquella multitud grande que cubria los campos, fácilmente podria esta volver sobre sí y ocasionar graves daños al ejército y á la armada, creciendo con la fortuna el atrevimiento. Sobraban ya á los ingleses

honor y lucro con haber desembarcado y sido señores, de una de las ciudades de Felipe. Persistió Essex al menos en la conservacion de la plaza; y aun se ofreció á mantenerla por sí con 400 hombres y víveres y municiones para tres meses, en tanto que recibia de Inglaterra nuevos y formidables auxilios. Pero no fué tampoco bien acojida esta propuesta, recibiendo el conde la resolucion del consejo como agravio, y agravio que juzgaba mayor por ser despues de tantos como creia tener de los que lo formaban. Nunca ven los obstinados sino lo que quieren, y eso es lo que quieren ver. Detenian á los consejeros los desengaños de la guerra para un hecho temerario; pero gran peligro es tener razon donde hay sobra de amor propio, falta de justicia y poca seguridad en la buena fé de los que han de juzgar en nuestras acciones.

El dia 5 de Julio llegaron á la armada tres galeras de moros de Larache, Tetuan y otros puertos berberiscos á ofrecer á los ingleses socorros y bastimentos, y á saber si trataban de quedarse con la posesion de la ciudad de Cádiz; para en caso contrario negociar el modo de que la cediesen al emperador de Fez y de Marruecos, peticion que fué negada por el consejo unánimemente.

El dia 6 de Julio celebraron los ingleses el buen suceso de la toma de Cádiz con grandes regocijos y fiestas alegres y belicosas, entre ellas juegos y carreras de caballo, donde lucieron su destreza sesenta caballeros que habia armado en aquel mismo dia el conde de Essex. Entre ellos estuvo don Cristóbal, hijo de don Antonio, Prior de Ocrato, pretendiente de la corona de Portugal contra Felipe II.

En esto llegaban contínuamente socorros de muchas ciudades y villas al duque de Medina Sidonia. Era inmenso el número de tropas que habia juntas y esparcidas por todas estas costas para impedir en ellas desembarco de ingleses; pero la gente no estaba diestra en

el manejo de las armas, y solo sirvió para contener con la presencia de su muchedumbre los intentos del enemigo, que la creyó terrible y mas á punto de guerra.

No pasaron del puente de Suazo los invasores. Solo se cuenta que un capitan inglés envió á un soldado á los españoles fortificados en los pinares inmediatos, para que saliese al campo á combatir con él cualquiera de los capitanes que desease probar el temple de sus armas. Juzgaron los españoles la oferta traicion y el mensajero espía, y persiguiéronlo dándole una carga lenta, pero nunca interrumpida hasta que lograron alcanzarlo. Al punto que vió prisionero á su soldado el capitan enemigo, á caballo como estaba se dirijió cerca de los alojamientos, no mereciendo, en verdad, nombre de esfuerzo aquella obstinacion, donde no podia esperar victoria ni venganza.

Tiráronle con puntería tan incierta los españoles que no le ocasionaron el menor daño; mas persuadidos de que al fin lo habian de matar, se complacieron por breves instantes en verlo vivir. Altivo el capitan creyéndose temido, pára su caballo, el cual en su impaciente furor multiplica ó deshace las estampas de sus manos, y piés con la inquietud de sus mismos piés y de sus mismas manos: todo su cuerpo se estremece: no sabe estar quieto. De repente salen del campo enemigo muchos de á caballo. Temeridad hubiera sido ya en el capitan esperar á tantos juntos. Vuelve las riendas al fogoso animal en que se escapa corriendo á toda furia, largo el freno á la huida, caliente el hierro en la espumosa boca. Bien pronto deja de estar rejido el caballo, no tanto de la rienda como del terror: descubierta la cabeza del capitan, sus rubios cabellos ondeaban como banderas agitadas por un impetuoso viento. Cuidando solo de la huida, no previno el peligro del espanto de su caballo, que sintió en el freno la falta de gobierno. Huia pues, sin mas tino y arbitrio que el que seguia su caballo. Desátasele el freno desdichadamente, pierde

las riendas, pierde los estribos y tambien las armas, tiene que dejar la silla. Echa al cuello del animal las manos para no caer, síguenle los enemigos, amenazándole con las lanzas: cae al fin con su caballo: detiénese uno de ellos: arrójale el arma que le atraviesa el pecho, la cual queda blandiendo por un instante clavada en él: el capitan palpitando: su contrario sonriéndose y esforzando la voz para anunciar la victoria á los que venian detrás. Todos se regocijan con su muerte y desdichado fin, y en maltratar su cadáver. No herian ya en su cuerpo, sino en las heridas, porque estaba todo transfigurado en una sola. Los que á pié habian corrido á presenciar este espectáculo, en cuantas piedras pisan luego dejan la sangrienta huella estampada. Su cabeza, ciegos los ojos, aun mas que por la muerte por la sangre, fué alzada en una pica y conducida al campamento como muestra de la victoria conseguida sobre aquel temerario, que de una vida sin nombre, quiso dejar á la posteridad esta inútil memoria.

El conde de Essex, usó muy humanamente de la victoria. Despues del combate impidió toda suerte de violencia en las personas. El supo enjugar las lágrimas y la sangre asegurando las vidas y cuidando á los heridos. En los momentos en que imperaban en la ciudad el peligro, la hambre y la desconfianza: cuando todos corrian miserablemente y se desviaban tanto de los suyos como de los enemigos, huyendo en su turbacion hasta de los que tambien huian: cuando los hombres cobardemente iban envueltos en la fuga con las mujeres que no supieron dejar ni defender; cuando en todas partes se oian las voces de los tiernos niños que solo temian porque veian temer, asombrados de un miedo que no conocia el peligro: cuando dentro de la villa los refugiados pesando, y no sin lágrimas, en una misma balanza, la hambre ó el cautiverio, males en que solo podia escojer su desdicha, preferian este último; cuando estaban ya en prisiones los que no pudieron impedir, ni aun

siquiera retardar el paso al enemigo, y cuando este por desprecio y no por piedad, no asaltó inmediatamente los muros de la villa, una jóven se dirije desalada y perseguida por dos ingleses, de la gente mas ruin y espúrea que tripulaba las galeras. Corria con los cabellos desatados, como desatadas iban en su rostro las lágrimas y en sus labios los suspiros: los piés descalzos, heridos y sangrientos: humedecida la lengua por la sangre que habia atraido la violencia de un marinero que habia intentado ultrajar aquella boca y aquellas mejillas que solo merecieron tocar y besar los purísimos labios de su madre. Turbado el corazon, como que quisiera arrojar en lágrimas toda su sangre para llorar la pretendida afrenta: el color lívido, trémulos los labios, apenas podia hablar: la ahogaban el dolor y el espanto. Al fin con voces cortadas por la angustia, dice sus agravios entre las congojas y el temor, entre la vergüenza y el riesgo, y entre suspiros violentos é inarticulados. Al verla en tan triste y doloroso conflicto, indignóse el conde y mandó que los marineros fuesen prestamente reducidos á prision y privados de los beneficios del saqueo, dictando á tal delito semejante pena. Herido habia quedado en el pecho á las voces de dolor que aquella inocente daba. Ella conmovida de placer corrió á abrazar sus rodillas, en prenda de su gratitud por tan generoso amparo. Mas el conde, advertido por este hecho, no pudo menos de comprender todo el horror del estrago que pudiera sobrevenir: antes de la hora del saqueo que no quisiera conceder, pero que no podia negar, echó un bando imponiendo pena de la vida al que ofendiese á hombre ó á mujer de la ciudad cautiva, misericordia á muchos de los soldados importuna, pero grata á la humanidad, y honrosa al que lo habia mandado.

Así atendió al remedio: así previno el daño, sin inmutarse su benignidad ante la consideracion del desagrado de la gente ansiosa de la libertad en el saqueo.[1]

1 Esta humanidad del conde de Essex, consta por varias relacio-

Por otra parte, aunque muchos habian abandonado la ciudad, no por eso el conde les obligó á retirarse, siéndole del todo indiferente su permanencia ó su huida, ya por desprecio, ya para no mostrar la mas pequeña sombra de temor de hombres, á quienes habian faltado el valor y el acuerdo para defenderse ó morir en las ruinas de sus casas.

La historia con ingrato silencio calla el nombre de la doncella, que dió ocasion á la bizarra generosidad del conde. Así queda disculpado mi silencio con el descuido que en este caso tuvieron los autores de aquel siglo.

Llegó por fin la hora en que debia seguir la ejecucion al consejo que determinó el desmantelamiento y el abandono de Cádiz. El conde de Essex que tenia por vicio la ambicion de los riesgos y que no queria victorias donde no los hubiese, ni podia resistir las órdenes ni menos le convenia obedecerlas, lisonjeado por su amor propio en la rendicion de la ciudad, donde dió de su va-

nes del suceso. Una que se conserva en el archivo de la Catedral de Sevilla, en un legajo intitulado *Miscelanea de manuscritos antiguos*, y que imprimí en mi primera historia de Cádiz, dice así: "Se alojó (el conde) en S. Francisco, donde á la sazon habia mas de 1500 personas, entre hombres y mujeres y niños, los cuales padecieron aquella noche no menos hambre que temores de muerte, porque aunque *el inglés puso pena de muerte á quien ofendiese á hombre ó mujer de nuestra parte*, temieron no hubiese alguna traicion. En otro lugar añade el autor." Fueron delante algunos soldados ingleses á los de las naves que andaban por la costa, que no ofendiesen ni impidiesen el paso á ningun hombre ni mujer de los nuestros."

No obsta esto, para que algun crímen aislado se cometiese. Al reedificarse en 1856 la casa plaza de la Constitucion núm. 14, propiedad del Sr. D. José Huidobro, se halló en ella un profundísimo y antiguo pozo. Por todas las señas debe ser el del campo de la Jara, de donde se proveian de agua la ciudad, así como los bajeles que iban á América. El no haber por este sitio, segun Horozco, otro pozo grande, y el haberse hallado en el del Sr. Huidobro huesos humanos y monedas de plata de Enrique VIII y de Isabel de Inglaterra, dan á entender que este y no otro es el de tanto nombre en los antiguos tiempos. El hallazgo de los huesos y las monedas indica que junto á él debió cometerse un delito en 1596, siendo el agresor ó el acometido alguno de los ingleses.

lor militar las primeras pruebas, bien que de estas alcanzamos mas confusa fama que distintas noticias; pero siempre consta que su resolucion no fué mayor sino igual á su fortuna. Al fin desistió de penetrar en Andalucía, pues contaba con pocos que le siguiesen, á quienes habia persuadido que lo demás del ejército por el honor patrio, no podria menos de ir á socorrerlos por las mismas pisadas que ellos dejasen. Lucharon, entre las sugestiones del conde y el deber, aquellos pocos soldados, viendo que no podian ser traidores á la disciplina, ni desleales al general sin peligro; pero al cabo cedió el conde menos que por la obligacion por el ejemplo de todos los capitanes.

En los dias 14 y 15 embarcaron los ingleses las campanas, las rejas, las puertas, y todo género de metal, además de muchas imágenes de las que no habian sido destruidas en la invasion de los templos. Lo que no estimó la codicia de los vencedores no fué perdonado por la voracidad del fuego que empezó en el último de estos dias. El estrago, se redujo á las haciendas y á los edificios, quedando los muros de la ciudad que debieron tener y no tuvieron brechas en la hora del asalto, convertidos en ruinas. El 16, aun no bien declarada la luz del dia, mandó levar anclas el almirante Howard, aquel que tuvo tantos años por cimientos de su morada las ondas, y por abrigo las tempestades. Entró en la ciudad el mismo dia por órden del duque de Medina Sidonia don Antonio Osorio, con seiscientos infantes. Seiscientas ochenta y cinco casas habian sido quemadas, segun las cartas del duque al rey y del rey al duque. En relaciones de aquel tiempo se dice que solo llegaron á doscientas noventa.

Tambien habian sido reducidas á cenizas la Catedral y la casa de la compañía de Jesus, juntamente con los conventos de monjas de Sta. María y de Candelaria y el hospital de la Misericordia. Los que entraron vieron en la confusion y en el temor de todos la imágen

52

de la guerra, menos al enemigo que ya estaba muy distante. Comenzaron á volver á la ciudad los miserables dueños de las casas, no pudiendo contemplar sin lágrimas inútiles los restos de los edificios que habian despreciado las llamas.

Entró por fin en la ciudad el duque de Medina Sidonia, cuando tan frescas estaban en los ánimos las heridas y las penas. Trescientas veinte y ocho casas ruinosas halló habitadas. Al punto dictó las órdenes mas convenientes á la reparacion de Cádiz; escribió á los lugares cercanos para que acudiesen con gastadores, y al mayordomo de la artillería de Málaga para que le enviase veinte quintales de pólvora; y despachó á varias galeras para que fuesen en demanda de la flota que de Nueva España se esperaba, y le avisase que la armada inglesa andaba por estas costas haciendo mil desmanes, y con esperanza de apresarla.

Culpóse mucho en aquel siglo la falta de enerjía en el duque para acudir desde luego en socorro de la ciudad, pues tiempo tuvo desde que apareció el enemigo á vista del puerto, hasta que destruida una parte de la armada, los demás bajeles dejaron á los ingleses con su fuga la victoria.

No menos culpa encuentran en su lentitud para allegar las gentes de guerra con que invadir la isla Gaditana y arrojar de ella á los invasores. Pero creo que en estas acriminaciones hay mas pasion que verdad en los escritores contemporáneos.[1]

En Sevilla, como en otras partes de Andalucía, en tanto que los ingleses robaban y quemaban á Cádiz, se

1 Cervantes en un soneto, se burla del duque en estos términos:

Hasta que al cabo con mesura harta,
Ido ya el conde, sin ningun recelo,
Entró triunfando el duque de Medina.

Góngora ó Juan de Zumeta en otro soneto, se indigna contra el duque por su indolencia, y lo llama por desprecio *el dios de los atunes*, como Sr. de las almadrabas.

Sabido es que no hay pez mas temeroso que el atun, á pesar de su grandeza.

habian formado compañías, las cuales diariamente se ejercitaban en el manejo de las armas. Esta era la milicia con que podia contar el duque para asaltar á Cádiz, cuyos muros en poder de los enemigos, no hubieran servido seguramente para adorno, sino para defensa. Este habria peleado en tal caso mas por la reputacion que por los intereses, sacrificando vidas en una jornada difícil, y en el efecto, seguramente desdichada. No podia oponer el duque á los soldados, soldados aguerridos, ni aun soldados sin esperiencia en la guerra, sino hombres que apenas sabian gobernar las armas. En el tiempo en que allegó tantas gentes para adiestrarlas, y para contener con su muchedumbre en las inmediaciones de Cádiz á un enemigo que ignoraba la calidad de aquel formidable ejército, los que estaban alistados en sus banderas comian del dinero de su general, pero nunca de la paga de su rey. Tan grandes sacrificios costó á la casa de Guzman la invasion inglesa.

Conservóse en Cádiz por mucho tiempo la lastimosa memoria del suceso viva en las postradas ruinas, habiendo sido tan igual el estrago que no quedó uno que pudiese consolar las miserias de otro sin necesitar juntamente del consuelo del mismo á quien lo daba.

La primera misa que se dijo fué delante de una grande y tosca cruz de madera con pobrísimos ornamentos prestados, pues los ingleses se llevaron todos. Quedó en tal desconcierto la ciudad que hasta el 27 de Setiembre del mismo año no pudo juntarse su ayuntamiento en cabildo, asistiendo á él solamente don Antonio Osorio, gobernador y capitan á guerra y Fernando de Guemes, Martin de Irigoyen, el viejo, Martin de Irigoyen, el mozo, y Agustin Francisco de Valenzuela, únicos regidores que se hallaron en Cádiz, segun juramento que prestó el portero mayor al comenzarse el acto.

Su primer acuerdo fué pedir al rey licencia para que un filibote cargase en la bahía para América, en atencion á que las naves, que en ella estaban, se habian

quemado cuando la invasion enemiga. En 3 de Diciembre solicitó la ciudad igual permiso para mandar traer seis urcas de Flandes.

A costa de grandes dificultades pudieron rescatarse, pasado algun tiempo de trabajoso cautiverio, los caballeros y las demás personas que se llevaron en rehenes los enemigos. Los historiadores ingleses y los españoles vienen casi á concordar en lo que importó la pérdida de Cádiz: los primeros dicen que llegó la suma á veinte millones de ducados, y los segundos á veinte y dos millones.

Perecieron los archivos; perecieron en el fuego, como perecieron igualmente los estandartes, que pendian en las iglesias, trofeos adquiridos por los gaditanos en sus victorias navales y terrestres.

Así quedó la ciudad por mucho tiempo sumerjida en la desolacion y el llanto. Los viejos, bañadas sus barbas en arroyos de lágrimas y con semblantes de compasion, mirábanse unos á otros atónitos y espantados, muertos antes de morir, cadáveres antes de espirar: la tristeza extática de sus ojos espresaba la alteracion de sus espíritus en presencia del estrago de la ciudad querida, donde la llama envuelta en densos torbellinos de humo, no dejó pintura que ya no fuese sombra, templo que no fuese ceniza, mármol que no fuese pavesa. A otros sellaba el dolor los labios: enmudeciéndoles los ojos para las lágrimas, respiraban acongojados. Ni la voz podia decir la violencia de su dolor, ni el silencio esplicarlo, ni los ojos sentirlo, fija su atencion tan solamente en las naves de los enemigos que se retiraban colmadas de despojos. Las doncellas, erijidos con el horror sus cabellos y secas las fauces, mal podian hablar en congojosas voces: el corazon queria huir de los pechos: la respiracion apenas osaba asomarse á los labios. Los que antes dormian en camas doradas con mas y mas cortinas y pabellones, descansan sobre la tierra con los vestidos rotos y los pechos espuestos al frio

de la noche, ayer en holanda y púrpura, hoy en sayal y en desnudez: otros pasaban las primeras noches sin dormir, desvelados en sus dolorosos pensamientos.

Por vez primera, despues de la ruina de la ciudad, vé la amada á su amado. Hiérelo en el corazon con el raudal de sus lágrimas, y no puede resistir á su alegría perdiendo los sentidos. Corre él á su socorro: conmuévense todos los que habian acudido y le dejan paso. Vuelve ella en sí y uno y otro se dan los brazos, cuando ya se habian dado los corazones, heridos con el mas vehemente amor; el amor, piedra preciosa, desprendida del monte de la eternidad.

No puede vivir una madre desolada sin sus dos queridos hijos, que en el general tumulto de la ciudad, se desaparecieron de su vista. No habia roto aun en llanto su pena: parecia que las lágrimas se habian congelado en su pecho. Hasta el aire que respiraba le era tormento de muerte. Busca anhelante por toda la ciudad á sus hijos y no los halla: quiere preguntar y no se atreve, porque el temor de que le digan que han perecido es tan eficaz que se ha apoderado de todo su sentimiento. Al violento impulso de su desesperado deseo llega delante de una casa medio derruida: allí se pára, no porque cree percibir, sino porque percibe dentro el suspiro de la muerte. Traslada al punto el triste presentimiento de una madre, todo el horror del suceso á su idea, y la caliente espresion de sus lágrimas se atreve al fin á publicar su dolor, aquel dolor que le traspasa el alma y que manifiesta con la repetida voz que llama á su hijo. Cree distinguirlo en un lecho, é instantáneamente el sufrimiento y la paciencia vuelven las lágrimas al corazon y las palabras al pensamiento. Clava el hijo en la madre sus ojos de compasion: quiérense hablar el uno al otro y los sollozos y las lágrimas no les permiten que pronuncien lo que mas anhelan decir. Al hijo que fallece, el corazon se quiere quedar en la madre, y á la triste madre se quiere ir el corazon, y casi se le vá con el al-

ma tras su hijo que espira. Esta que siente en su corazon juntas todas las penas que él sufre: esta, á quien duelen en el alma todas sus heridas, es arrancada del lado de su hijo por la violencia de la compasion de sus amigos. Antes tenia el alivio de verlo: ya no tenia el consuelo de mirarlo; y al saber que ha muerto, recela con la vehemencia de su dolor, que le han dado muerte antes de morir, ó que lo han sepultado antes de espirar. Mas de repente, muchos con general alegría, le dan el parabien de que su otro hijo se acerca. Pierde casi el sentido la triste con tan estraordinario gozo: no se mudan sus lágrimas, pero sí la ocasion de verterlas. Antes las derramaba de angustia: ahora de alegría. Corre á él con los brazos estendidos presentándole su pecho, cual si quisiera dentro de él esconderlo para salvarlo. Tan grande era su gozo que cual si fuera un sueño no lo creia; y aun al estrechar al hijo en sus brazos, todavía la ahogaba el miedo de perderlo, abierto el corazon en suspiros, no ecos de lo que no quiere ó no puede decir el mismo corazon, sino del dolor y la alegría que no podian caber en aquel pecho. El hijo en tanto que ella no aparta de él ni por un instante siquiera su mirada, aflígese con la madre afligida, sus lágrimas no están muy léjos de sus ojos, llora con la que tanto llora, quiere consolarla y no puede, como no pueden uno y otro por mas que la voluntad los lleva, ir al lecho donde el cadáver del hermano aguarda el reposo de la tumba. Casi estaban á punto de despedir de compasion y pena el postrimer aliento.

Desde entonces no salieron de los labios del uno ó de la otra, palabras que no abrasasen el corazon de ambos en un amor vehementísimo con el recuerdo de la desdichada muerte que sin piedad alguna les traspasaba el alma.

Así imperaban mezclados en la abatida ciudad la afliccion, la angustia y el trabajo, con la alegría, el gozo, el regocijo, el placer y el contento.

Si por una parte era viva la memoria de la arro-

gancia del conde triunfador al despedirse de la ciudad vencida, yendo al embarcadero en un veloz caballo que hacia subir sobre las cabezas de los moradores de Cádiz el polvo para recordarles su abatimiento, ya el duque de Medina Sidonia, en cuyo rostro conocian su amistad los buenos, y en su aspecto leian su indignacion los malos, habia entrado á consolar los tristes que tanta necesidad tenian de consuelos, y á enjugar con sus propias manos las lágrimas de los afligidos.

Así no quedó en Cádiz cosa con semejanza de lo que habia sido, pues tan mal la favorecieron los que cerca estaban, cual si estuvieran muy léjos, y tan inmóviles eran ante su estrago los que se acercaban como los que huian. Mas en medio de todo, el resplandor que en la noche iluminaba la ciudad, mas abrasaba en rubor los corazones de los que no acudieron en su auxilio, porque no osaban ó no podian, que el mismo incendio que consumia las casas.

LIBRO VII.

SIGLO XVII.

CAPITULO I.

Reedificacion de Cádiz.—Nueva invasion inglesa.—Toma del castillo del Puntal.—Valerosa defensa de la ciudad por don Fernando Giron.—Retíranse los ingleses.

El lastimoso saqueo y la espantosa ruina de esta ciudad obligaron á la corona de Castilla á gastar muy grandes cantidades de dinero en su reparo y fortificacion para salvarla de peligros semejantes. Así es que en 1598 se erijió un fuerte castillo llamado de Santa Catalina, con las ruinas que de la antigua Cádiz se habian salvado de los rigores del tiempo y de las iras del mar desenfrenado. En 1613 se levantó otro castillo junto á la misma caleta, en la pequeña isla de S. Sebastian, donde existia una pequeña ermita desde el siglo XIV, fundacion de unos venecianos que aquí aportaron afligidos de la peste, y en donde hallaron refrigerio en su navegacion y calamidad por el piadoso permiso de los gaditanos. Luego se alzó un capitelillo en forma de linterna, donde al anochecer se hacia un pequeño fuego de alquitran ó de leña seca por el guarda que de ello tenia cargo. Al punto que era vista ésta llama, se hacia otra igual en la torre de la almadraba de Hércules, (hoy Torre-gorda), y en el castillo de Sancti-Petri, y seguian haciendo fuego las demás torres

hasta el estrecho de Gibraltar, reino de Granada, Murcia, Valencia, Aragon y Cataluña en un instante. Repetíase esta seña varias veces en la noche, respondiendo unas atalayas á las otras para estar con mayor vigilancia. La de S. Sebastian era la primera en levantar el fuego. Si descubria enemigos ó llegaban á ella de noche disparaba una pequeña pieza, esparciendo la luz tantas veces cuantos eran los bajeles. Si llegaban á estas costas de dia, además de disparar la pieza, hacia señas con ahumadas. Tambien se construyó donde estaba el antiguo baluarte, junto al cual desembarcaron los ingleses, un fuerte castillo que llamaron de S. Lorenzo del Puntal.

El capitan Cristóbal de Rojas, ingeniero y autor de un tratado de fortificacion,[1] vino á Cádiz en 1598 para entender por órden del rey en todo lo referente á la de esta plaza. Bajo su direccion se construyeron los principales castillos y se formó el plano de esta ciudad con el proyecto de sus fortificaciones.[2]

En Enero 2 de 1616, á instancia del escribano Agustin de Horozco, acordó la ciudad que se trajesen de Génova dos estatuas de mármol ó alabastro que representasen las imájenes de S. Servando y S. German para colocarlas en los nichos que entonces tenia la torre de las casas capitulares. El mismo Horozco logró convencer al regidor Francisco de la Madrid para que propusiese, como lo hizo en 2 de Octubre de 1617, que la ciudad los eligiese por sus patronos como á mártires que fueron en esta ciudad el 23 del mismo mes del año de 290. El 30 tambien de Octubre los declaró la ciudad sus patronos, y en Setiembre 16 de 1619 acordó imprimir á su costa la vida de los mismos Santos que habia escrito Agustin de Horozco.[3]

1 Madrid—1598.

2 Es aquel cuya copia acompaña á esta obra.

3 Muy raros se habian hecho los ejemplares de este opúsculo. El presbítero Adije que en el siglo último imprimió otra vida de los Patronos, dice que le era des-

Aunque el duque de Medina Sidonia en 1596 intentó que la ciudad de su título quedase de capital del obispado de Cádiz, por haberse en ella refugiado muchos de los canónigos cuando la invasion de los ingleses, tuvo que ceder á las órdenes terminantes del rey Felipe II para que aquellos volviesen y activasen la reedificacion de su iglesia.

La paz entre Inglaterra y España se habia ajustado en tiempos de Felipe III. Jacobo I, en los últimos años de su vejez, anhelaba ardientemente que su hijo y sucesor Cárlos contrajese matrimonio con la infanta doña María, hermana de Felipe IV. El conde de Bristol, embajador de Inglaterra en España, estaba en los tratos de esta negociacion, detenida por exigencias de la corte de Madrid. Los principales capítulos para el tratado del matrimonio, debian fundarse en que la infanta tendria libertad de conciencia, en que Jacobo I daria permiso para que los españoles fabricasen y abriesen en Inglaterra templos católicos, en que la infanta tendria confesor, y en que los hijos de la infanta, cuando llegasen á edad oportuna, podrian profesar la religion que quisiesen.

Graves eran las condiciones que por una y otra corte se ponian; así es que el asunto caminaba con una lentitud que ofendia la impaciencia del favorito Jorge Williers, duque de Buckingham, el cual deseoso de ganar para siempre el afecto del príncipe de Gales, mal contento de aquel por cierta injuria, logró inspirar en este jóven el pensamiento de presentarse de improviso en la corte de Madrid para ganar el corazon de la infanta con lo novelesco de su venida, hazaña mas árdua para resolverla que para ejecutarla. El príncipe de Gales cautivó el afecto de la familia real de España;

conocida la de Horozco. Habiendo donado al Excmo. Ayuntamiento un ejemplar del libro de Horozco, el Sr. de Gayangos, tuve la satisfaccion de reimprimirlo por acuerdo de la corporacion que entonces presidia.

pero la audacia disoluta de Buckingham, y su arrogante proceder tan en oposicion con la hipocresía de costumbres que dominaba en nuestra corte, impidieron que la negociacion para las bodas se realizase.

No olvidó el desaire Cárlos, ni menos pudo igualmente olvidarlo su audaz favorito. No bien ocupó aquel el trono en 1625, su primer pensamiento fué procurar la satisfaccion de su agravio; pero como España no podia darla sin oprobio ni negarla sin guerra, desde luego determinó convertirse de ofendido en ofensor por medio de las armas. Juntábase á esto que desde 1624 habia entrado Inglaterra en la liga que contra la casa de Austria habian firmado Francia, Dinamarca, Suecia, Transilvania, Saboya, Venecia, Suiza y Holanda, sobre restituir el Palatinado á Federico V, despojado de él y del voto electoral en el Sacro Romano Imperio por el archiduque Fernando II.

En 1625 el rey Felipe IV, con su hermano don Cárlos, el conde duque de Olivares, y muchos señores de la corte, bajó á Andalucía con objeto de visitar sus principales ciudades y puertos. El duque de Medina Sidonia que con aparato real vivia en Sanlúcar, quiso dar al monarca una muestra de su poder, mandando construir de madera una pequeña ciudad en su coto de doña Ana, que como es sabido, está frente á aquella poblacion á la otra parte del Guadalquivir. Riquísimas colgaduras y tapicerías adornaban esta fábrica, construida con la mayor presteza y á costa de grandes dispendios por ser muy lluviosa la estacion é impedir, no retardar, los deseos del duque. Este, enfermo de una pierna, tuvo que permanecer en su palacio de Sanlúcar en tanto que el rey y su corte fueron con toda pompa recibidos en el coto por su hermano don Gaspar, por el marqués de Ayamonte, por el conde de Niebla y otros parientes y allegados de la prepotente casa de Guzman. La magnificencia del hospedaje, los regalos con que el rey fué obsequiado y las fiestas que se habian preveni-

do, llenaron de asombro á la corte de Felipe IV. Calculan los autores de aquella edad, que costó al duque el recibimiento del monarca la cantidad de medio millon de ducados.

Pasó el rey á Sanlúcar á visitar al duque, donde tambien fué dignísima, y mas que dignísima, suntuosísimamente agasajado: de Sanlúcar vino el rey al Puerto de Santa María, de aquí á Cádiz embarcado, y de Cádiz por tierra se dirijió á Gibraltar, donde es fama que no pudiendo entrar por la puerta la carroza de Felipe IV, el conde duque reprendió á su gobernador por no haber prevenido el suceso, á lo cual respondió este que las puertas de la ciudad se habian labrado, no para que entrasen carrozas, sino para impedir la entrada á los enemigos. El rey desde Gibraltar se trasladó á Marbella, á Málaga, á Granada y de Granada á Madrid, dejando por superintendente del gobierno de la ciudad de Cádiz para las cosas de la guerra que se temia á don Fernando Giron, varon envejecido en la milicia, de gran sagacidad, y de una enerjía que habia duplicado el encono que al ánimo suelen ocasionar la larga edad y los sufrimientos físicos. Giron habia acompañado al rey en su viaje, así como su confesor fray Hortensio Félix Paravicino, cuyos escritos en prosa y verso de estilo pulidamente pueril, tanto contribuyeron á corromper el gusto literario en el siglo décimo séptimo.

En tanto la armada inglesa se habia aprestado en Plymouth. Solo faltaba en Cárlos I pasar del intento á la ejecucion. Dió el mando de la armada á Roberto Devereux, conde de Essex, hijo del que desoló á Cádiz y el de las tropas de desembarco á Sir Enrique Cécil, vizconde de Winbleton, y á entrambos las órdenes de apoderarse de los galeones de las flotas del Brasil y Nueva España, de quemar la armada surta en la bahía de Cádiz, de tomar á buen partido ó á sangre y fuego esta ciudad, y saquearla; y pasar ricos, con los despojos, á asediar algunos puertos de Italia. Infelices fueron

las resultas de esta jornada para los ingleses, pues perdieron lo mas florido de su gente de guerra, y viéronse precisados á huir á causa de la bizarrísima defensa, tanto de la ciudad de Cádiz, cuanto de la armada que estaba sobre las aguas de su bahía.

El dia primero de Noviembre del año de 1625, un centinela que estaba en el torreon del castillo de S. Sebastian, anunció que la flota de Nueva España se descubria. Alegráronse los gaditanos; mas luego empezaron á dudar que fuese, vistas las innumerables naves que ocupaban el horizonte, y que, favorecidas del viento, se acercaban á la bahía. Entonces conocieron que era una armada inglesa.

Ignórase el cierto número de velas que se pusieron á vista de Cádiz. De Plymouth salieron noventa y cinco bajeles, de Inglaterra y Holanda, juntándoseles algunos mas en el camino. Algunos de ellos traian cañones de los cojidos en el saqueo de Cádiz.

No faltaban algunos soldados y marineros que se hallaron en él siendo niños, mancebos y aun hombres, los cuales durante la navegacion contaban los sucesos ocurridos en aquella jornada, segun sus recuerdos, con lo que encendian los ánimos de sus oyentes en la confianza de que tan fácil victoria iba á repetirse. La gente no estaba pagada, sino con la esperanza del saqueo: solo habia recibido, al embarcarse, un pequeño socorro, un mal vestido y las armas. El empréstito forzoso á que habia apelado Cárlos I para los gastos de la guerra no habia correspondido á sus deseos y á las necesidades de su tesoro. Al llegar cerca de tierra, los que vinieron á Cádiz en 1596, asomados en las bordas, esplicaban á sus compañeros por donde y como habian hecho su entrada, donde fué el combate con las galeras españolas, hácia donde desembarcaron con el conde de Essex, y todo lo demás que con la presencia de la ciudad, si bien reedificada, se iba reviviendo en sus memorias, recuerdos que con gusto y aun con arrogancia referian exajerando su

propio valor, y la resistencia de los enemigos y cómo un ejército sin nombre y sin fortuna, tuvo fortuna y con fortuna nombre.

Esto acontecia entre siete y ocho de la mañana. El correjidor y capitan á guerra de la ciudad don Lorenzo de Cabrera y Corbera, caballero del Orden de Santiago, mandó tocar á rebato. Júntanse las tropas azoradas al escuchar el ronco clarin, y el estruendo de los tambores: ármanse del arnés dorado los capitanes: todos acicalan las puntas de sus armas: examinan y disponen los soldados sus mosquetes. Los vecinos de la ciudad en el campo de la Jara ó en los muros se apresuraban á ver la armada enemiga, causando variedad en los juicios lo que en la vista la distancia y la cerrazon del tiempo.

Hallábase oyendo misa don Fernando Giron, cuando le anunciaron el peligro; pero por mas que repitieron los avisos, él no quiso dejar el templo hasta verla terminada. Al punto que dejó la iglesia despachó mensajeros á las poblaciones inmediatas, demandando auxilios, y tambien á don Gaspar Alonso Perez de Guzman, noveno duque de Medina Sidonia, que era así como sus últimos predecesores, capitan general del océano y costas de Andalucía.

Doce reales galeras españolas de las que estaban ancladas en el Guadalete, salieron á la bahía y trabaron una corta refriega con la vanguardia enemiga, que con el viento poniente venia forzando con toda felicidad las olas. Siete se retiraron hácia el sitio del Puntal, donde ya estaba erijida una fortaleza desde 1613, formidable para aquel tiempo.

A las tres de la tarde ya estaba surta en la bahía la armada inglesa. Los navíos y las galeras de los españoles, se retiraron hácia la Carraca, evitando de este modo un combate inútil el duque de Fernandina, general de la armada de Sicilia y Nápoles, y conservando su gente para la mejor defensa de la ciudad. Para no ser molestado de los enemigos, mandó echar á pique

dos urcas viejas con el fin de que impidiendo el paso, no consintiesen la entrada á los bajeles británicos, sino uno á uno, con lo cual era fácil destruirlos. El duque de Fernandina envió por tierra en aquella noche cuatrocientos hombres de su armada á Cádiz, y otros trescientos por el mar, saliendo de Sancti-Petri las naves que lo conducian y fondeando en la Caleta de Santa Catalina.

De Chiclana vino socorro y tambien de Medina Sidonia, de Vejer y de Alcalá de los Gazules. Aquella noche ya don Fernando Giron contaba con cuatro mil hombres. Muchas calles fueron fortificadas con pipas henchidas de arena y con piedras. El correjidor de Jerez don Luis Portocarrero, con la gente que trajo al socorro, se quedó á la defensa del castillo y puente de Suazo y de la isla de Leon que entonces tendria hasta trescientos vecinos, la mayor parte labradores de sus huertas, viñas y salinas.

Al anochecer del dia de su llegada, comenzó el enemigo á combatir el castillo del Puntal, cuya defensa estaba á cargo del capitan don Francisco Bustamante, con ocho piezas de artillería y menos de cien hombres. Velaba el invasor para la asechanza, pero no dormia el acometido para la defensa. Al amanecer del siguiente dia, ya el castillo estaba muy maltratado: dos piezas habian sido desmontadas, pues las de las galeras enemigas habian respondido á nuestros fuegos con mayor daño y con mejor fortuna. Viendo los contrarios tanta resistencia en poder tan pequeño, acudieron mas galeras á combatir el fuerte, siendo tan contínuo el fuego que los defensores mientras tomaban algun alimento que restaurase sus fuerzas, se veian obligados á tener los ojos en el enemigo y las armas en las manos. Bien pronto no quedó en la fortaleza almena que no fuese derribada; pero no por tal estrago desmayaron los nuestros, antes bien, por último remedio se reparaban con sus mismas ruinas, haciendo de las piedras contramuros,

piedras levantadas y caidas con la sangre de los que las levantaban y defendian.

Mas de cuatro mil balas dispararon los ingleses contra el castillo, con lo cual habian comenzado á vencer la desesperacion de tan prolija resistencia; y así no faltó dentro de él quien hablase de rendirse: pocos aprobaron el consejo; pero ninguno sabia dar otro. Desmontadas al fin todas las piezas, y ya solo con armas que no podian matar y que no podian defender, y con solos treinta hombres, aflijidos y desalentados al hambre, á la fatiga y á las heridas, el capitan don Francisco Bustamante se rindió á partido honroso sacando sus armas, y su bandera por medio de los ingleses que ya habian desembarcado desde que el castillo apenas podia ofenderlos.

Anímanse los enemigos con los gritos de alegría y con el estruendo de las armas que hieren unas en otras, y procuran muchos adelantarse á subir á la muralla de la fortaleza por las ruinas de sus lienzos para ser los primeros en levantar la bandera de la victoria.

Desembarcaron cinco piezas de artillería: tres colocaron en la casa de don Luis de Soto que estaba entre las huertas, y las otras dos en el castillo.

Mil quinientos hombres se dirijieron al caer de la tarde hácia la isla de Leon, logrando apoderarse de los caseríos y de la almadraba de Hércules: al siguiente dia 4, fueron hácia el mismo sitio unos tres mil hombres; pero rechazados por las fuerzas de don Luis Portocarrero y el marqués de Crópani que defendian la isla, redújose esta jornada á talar las viñas y á derramar el vino de las bodegas que no estaban protejidas por los tiros del castillo. Incendiaron los enemigos la almadraba al retirarse. Por mucha priesa que los nuestros se dan para apagar el fuego, mayor es la priesa que el fuego se dá para abrasar los edificios, y no se consume hasta que se sacia y no se sacia hasta que logra dejar todo convertido en cenizas.

De las cinco galeras que estaban en la Carraca, dos

se habian cargado de municiones y víveres, y á favor de las sombras de la noche pasaron temerariamente por medio de la armada enemiga, saliendo de la bahía sin ser sentidos y amaneciendo el dia 5 en la caleta.

Aquella noche fué espantosa para los ingleses. El viento se habia ensoberbecido: el mar se conmovia con violencia tan desusada que desdeñando el freno de las arenas, lo traspasaba con el ímpetu de su furia: proseguia el aire corriendo la estension de esta isla, violento en agitado impetuoso torbellino; desnudaba de sus hojas á los árboles, partia ó desgajaba las mas robustas ramas, y aun los postraba igualmente. El trueno ensordecia á los enemigos, el trueno que sonaba mas con el silencio de la noche y resonaba en los ecos del mar. El espanto hacia aparecer aun mayor la tormenta á los ingleses, mal fortalecidos en débiles trincheras y con contrarios infatigables que los molestaban con incesantes escaramuzas sin perdonar las horas de la noche. Libres del sueño los ingleses á su pesar, pero persuadidos del aviso del escarmiento, velaban prisioneros del cuidado. No era tiempo de buscar reposo sino en las armas. Las nubes se conjuran contra ellos: furiosas aguas é impetuosos granizos los persiguen por todos lados sin que hallen medio de defenderse. Crece el fango: la seguridad que tenian en la tierra que pisaban ya les falta, pues no hallan tierra sino arroyos que corren al mar y que se asemejan al mar furioso que parece haber inundado esta isla. Creciendo mas y mas el conflicto con las nuevas aguas que las nubes envian, caen derribados muchos que no pueden hacer hincapié, y envueltos en las corrientes, casi están á punto de concluir las vidas perseguidos por el cielo, por el aire, por el agua y por la tierra. Allí la noche, la tempestad y la confusion los llevan á buscar el peligro, de que huyendo iban, en manos de los españoles emboscados. Aumentaban el horror los gemidos de algunos que perecian en su desdicha, gemidos que al parecer salian de las entrañas de la tierra.

Amaneció el dia 5. Viendo Sir Enrique Cécil que nada podia hacer en ciudad tan defendida, que en la isla de Leon habia ya mas de cinco mil hombres, que las lluvias tan contínuas tenian yertos los soldados para la pelea y destruidos los atrincheramientos, mandó tocar á recojer, disponiendo con el conde de Essex el embarco de la artillería y de la caballería.

Arde en ira don Fernando Giron al saber la nueva; temblaba el buen anciano despechadamente al ver que los enemigos se retiraban y que él no podia castigarlos en la huida montado en su lijero caballo cual en los felices dias de su juventud animosa. Mas, poseido de la vehemencia del afecto que lo dominaba, quiso dirijir por su propia persona el combate; é hizo que cuatro soldados lo llevasen á hombros en una silla por no poder caminar á pié á causa de la gota que lo aquejaba cruelmente por la aspereza del tiempo y por sus fatigas en preparar la plaza á la defensa. Acompañan á don Fernando Giron el teniente de maestre de campo general Diego Ruiz, el duque de Fernandina y varios generales.

Sordo murmullo se oye en las formadas tropas con la presencia de su caudillo en tal estado. Don Fernando Giron dirije la vista hácia el castillo del Puntal, sobre el cual ondeaban las banderas británicas: brillan de furor sus ojos lanzando una mirada recelosa á la hueste que delante está formada: aprieta convulsivamente con sus brazos y manos los del sillon en que descansan; y para animar á los suyos les dirije palabras semejantes á estas. „Ya se retira el enemigo, mas belicoso en la paz que en el combate. Tal vez sea ardid, tal vez su intento acometer otras ciudades inmediatas donde no pueda hallar tan firme resistencia. Humilde prueba de valor seria en nosotros el vencerlo, si no fueran tantos los bajeles que con sus bocas de fuego pueden proteger desde la bahía su retirada. Creyeron que permanecian embotados los filos de nuestras armas desde el saqueo, cuya memoria conservan, y por eso su rey los ha enviado á

descargar en Cádiz los golpes de su furor por el desden con que miramos su alianza. Ya han visto que hemos acertado á sacar la espada, á empuñar la lanza, á embrazar el escudo y á asestarles nuestros cañones y nuestra mosquetería. Sus cadáveres que aun palpitan con un resto imperceptible de vida harto los han desengañado de que no somos gente sin órden y disciplina, que no nos aterroriza el enemigo y que sabemos esperarlo. Recordad las crueldades que cometieron en esta ciudad muchos de los que han vuelto en ese ejército, las cuales si no han sido cumplidas ahora en las obras, estuvieron admitidas en sus deseos y mostradas en la arrogancia con que nos han acometido. No haya, pues, conmiseracion con ellos. Así verán que el castigo de su audacia fué solo diferido pero no perdonado. Imposibilitadlos para que no nos acometan nuevamente, con su vigor y fuerza restaurados. Yo por mi parte creo que en el alcance tendreis gran dificultad para herir á un enemigo que apresura su huida, así como espero y mas que espero, confio en que ninguna tendreis para la victoria.»

Dijo y renovóse el murmullo en las tropas y el alarido militar invocando á Santiago comenzó á inquietar las filas. Don Fernando Giron llamó á Diego Ruiz y en secreto le dijo lo que no pudo saberse. Salen los soldados én busca del enemigo bien formados, muy unidos en las filas sin que uno solo sobresalga un punto del lugar y del sitio que les corresponde.

Muchas compañías de enemigos se preparan á la resistencia; pero los nuestros no solo los desbaratan, sino que los siguen y con seguirlos obligan á unos á rendirse, á otros á que se ahoguen en el mar donde con las espadas en la boca buscaban la salvacion á nado; otros quedan sumerjidos en los bajeles pequeños donde creian asegurar la retirada siendo su mayor enemigo la indiscrecion de la muchedumbre.

Quedó al fin la tierra sin enemigos, llevándose estos como trofeos de esta desastrosa jornada los ocho ca-

ñones cojidos en la rendicion del Puntal, y varias barcas reales que estaban en la almadraba. Al siguiente dia 6 aun la armada seguia surta en nuestras aguas. El almirante envió una lancha con bandera de paz, solicitando el rescate de tres prisioneros españoles que traian por otros tantos ingleses, á lo cual accedió al punto don Fernando Giron.

El dia 7 al amanecer ya habian salido de la bahía algunos bajeles enemigos á pesar del vendabal y de la lluvia que les dificultaba la navegacion; y á las once de la mañana ya no habia ninguno en la bahía. Un galeon fué incendiado dentro de nuestro puerto por el mismo enemigo, galeon donde habia depositado todos los cadáveres que pudo recojer, último honor fúnebre que dispensó á los que perecieron con tan desdichada fortuna.

Derrotados los ingleses, diéronse al mar en demanda de la flota de Indias que por instantes se esperaba; mas habiendo empezado á fatigarles la peste, tuvieron que tomar la vuelta de Inglaterra, perdida toda esperanza de despojos con que mitigar el desdichado suceso de sus armas en Cádiz.[1]

1 Para la relacion del saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596 se han tenido presentes varias historias del suceso, entre ellas la que escribió Fray Pedro Abreu, otra citada en una de las anteriores notas, y dos MSS. que paran en la Biblioteca Nacional.

Para escribir todo lo referente á la invasion inglesa en 1625 he examinado los siguientes impresos.

—"Verdad de lo sucedido con ocasion de la venida de la armada inglesa del enemigo sobre Cádiz en 1º de Noviembre de 1625.—Córdoba por Salvador de Cea—1626—folio 12 hojas."

—"Copia de Carta que el Sr. don Fernando Giron Capitan General de la infantería de Cádiz envió al Excmo. Sr. duque de Medina y la órden que del consejo se le envió al Sr. don Fadrique de Toledo con el valeroso hecho que hizo el mancebo platero, hijo de Sevilla en Cádiz año de 1625—Sevilla por Juan Cabrera 1625—folio—2 hojas.

—"Relacion famosa en que se dá aviso de la infantería que el Sr. don Fernando Ramirez Fariño, Asistente desta ciudad de Sevilla y capitan general della y su tierra mandó levantar para enviar de presidio y socorro á la ciudad de Cádiz por el mes de marzo deste año de 1625—Sevilla por Juan Cabrera—folio 2 hojas.

—"Relacion de lo sucedido en Cádiz con la venida de la Armada de Inglaterra—folio 6 hojas.

—"Sucesos de Cádiz desde Sa-

bado 1º de Noviembre que el inglés entró en la Baia hasta Sabado 8 del mismo que salió della. Dasse cuenta de la confision que hizo un inglés que los nuestros captivaron, en que declara los intentos del enemigo, socorros que acudieron á Cádiz assí de Sevilla como de otras partes y sitios á que asistieron los Capitanes. Sevilla por Francisco Lyra 1625 fol. 2 hojas."—

—"Verisima relacion, en que se da cuenta del cerco que los Ingleses y Holandeses pusieron á la Ciudad de Cádiz dia de Todos los Santos, primero de Noviembre, este año de 1625. Tambien se da cuenta de las batallas y escaramuzas que hubo, con otras cosas que sucedieron durante el tiempo que estuvo cercada. Compuesta por—natural de la ciudad de Sevilla, que al presente se halló en la ciudad de Cádiz. Cádiz. Gaspar Vecino MDCXXV fol. 2 hojas."

Hay tambien una relacion anónima y sin lugar de impresion con la data en Madrid á 15 de Abril de 1626 que empieza así:—"A 7 de Enero deste año &c." En ella se habla igualmente del suceso de Cádiz.

Don Rodrigo de Herrera, escritor contemporáneo, compuso una comedia intitulada *La Fé no ha menester armas y venida del inglés á Cádiz.* Eugenio Caxes ó Caxesi pintó un gran cuadro que existe hoy en el Museo de Madrid, y en el que se vé á don Fernando Giron sentado dictando sus órdenes á Diego Ruiz.

De la invasion de los argelinos tambien se escribió un comedion con el título de *Las Amazonas de Cádiz,* así como un poema por don Bernardino Lopez de Moncayo.

CAPITULO II.

Levantamiento de Portugal contra la dominacion española.—Coronacion del duque de Braganza.—Persuaden al de Medina Sidonia que se declare rey en Andalucía.—Alma de la conspiracion el Marqués de Ayamonte.—Perdona el rey al duque de Medina.—Pone guarnicion real en Sanlúcar de Barrameda.—Otros sucesos en Cádiz.

Los portugueses celósisimos de su nacion y amigos de conservar sus leyes y su nombre, ansiaban quebrantar la coyunda que les habia impuesto la dominacion española desde los tiempos de Felipe II. La rebelion de Cataluña contra Felipe IV esforzó sus ánimos para la independencia. El dia 1.° de Diciembre de 1640 fué proclamado en todo Portugal el duque de Braganza como su rey legítimo, y desarmados los españoles que intentaron oponerse con pequeñas fuerzas á una rebelion tan largo tiempo meditada. Era el duque de Braganza hombre de ánimo débil y como tal irresoluto. Su esposa doña Luisa Francisca de Guzman, hermana del duque de Medina Sidonia, poseia un ánimo varonil y una ambicion superior á su ánimo, entregado todo á la ambicion de ceñir á sus sienes la diadema. No pudo prevalecer la indecision del duque ante la porfía y el denuedo de su consorte, y así mas que ir con la espada en la mano á escalar el trono se dejó conducir á él, temeroso aun del poderío de España en medio del orgullo con que celebraban su dicha hasta los mas cobardes de los conspiradores.[1]

La felicidad que habia acompañado á su empresa, y

1 Los historiadores portugueses dicen que doña Luisa Francisca de Guzman fué natural de Sanlúcar de Barrameda.

Mora Garrocho en su libro de *Huelva ilustrada* prueba que esta señora nació no en aquella ciudad sino en esta villa, copiando para ello la partida de bautismo.

el recelo de las armas de Felipe IV hicieron subir pensamientos diversos al alma de doña Luisa de Guzman, y la conmovieron á nuevos deseos. Uno de ellos era la adquisicion de la soberanía para su casa ilustre. No se contentaba con ser reina: queria tambien que su hermano tuviese una corona. Esforzada con la confianza en el poder del duque de Medina Sidonia creia que para alzarse rey de Andalucía no le faltaba la ocasion sino la voluntad. Envió un mensajero secreto al Marqués de Ayamonte, cuyos estados confinaban con los suyos, para incitarlo á favorecer en la empresa á su pariente, y al propio tiempo por que se encargase de inflamar el espíritu del duque en la ambicion de obtener la dignidad que no sabia desear pues ya no habia intentado conseguirla. Menor fué el gozo del Marqués que su deseo de conquistar la independencia de Andalucía para patrimonio de los Guzmanes. Hallábase el duque de Medina Sidonia, á poco de la revolucion de Portugal, en el Puerto de Sta. María, cuando recibió cartas del de Ayamonte para que le enviase un criado de toda su confianza á fin de conferir asuntos secretos del rey, que para su mejor servicio no podian confiarse á la escritura. Envió el duque á don Luis del Castillo en un brioso caballo que mas necesidad tenia de freno que de espuelas, pero que al parecer del Marqués caminaba despacio segun la sed de la impaciencia que lo devoraba. Al volver Castillo, enteró al duque cual era la opinion de aquel Sr. en las circunstancias presentes, que se reducia á no abandonar los intereses de su familia, ligada con la de Braganza, ni menos á consentir por mas tiempo las vejaciones de los tributos que afligian á los pueblos ni á vivir en temor de verse desposeidos de sus estados.

Afectó el duque oir con disgusto las propuestas del Marqués; pero como en toda clase de personas comunmente cuanto es la potestad mayor, mayor es la ambicion, no desvió los ojos de la corona que creia entrever para sus sienes y desde ese punto comenzó á vacilar su

lealtad duplicándose de hora en hora su desvanecimiento. Pasó á Ayamonte y en Ayamonte el marqués le habló al corazon, porque lo hacia con las palabras que el duque deseaba; pero fingia este darles el oido sin que la consideracion se ocupase en el sentido de ellas. Mas, instado por el Marqués, habló de su lealtad á Felipe IV y se resistió á emprender hazaña alguna contraria á la nobleza de su estirpe, pues si no lo aplaudia su mismo corazon, en vano para él lo aplaudiria el mundo. Sufrió el Marqués la repulsa, pero repulsa en cuya tibieza iba declarado un deseo, y con el deseo una esperanza. Un mes permanecieron juntos en Ayamonte.

Dejóse al fin vencer en la apariencia el que estaba ya vencido, y uno y otro cerraron los ojos á los juicios vanos del mundo y dejaron en vela el corazon para su esperanza. Queria el marqués formar en Andalucía una república aristocrática á la manera de Venecia y Génova, si bien el duque de Braganza opinaba que nada era mejor sino que el de Medina se declarase rey de Andalucía, provincias tan distintas de lo demás de España en el clima, y en el carácter de sus habitantes. Entraron ambos señores en la liga de Francia, Holanda y Portugal, y concertaron que una armada compuesta de naves de estas tres naciones, vendría á Andalucía, y que el duque, no bien la descubriese desde sus estados, se apoderaría de Cádiz y facilitaria la toma ó destruccion de la armada española que estaba en su puerto: que desde allí pasarian al Guadalquivir y se dirijirian sobre Sevilla; teniendo además fija la atencion en la flota que de Indias se esperaba para apresar la plata y los galeones, y dividir los despojos en cuatro partes, una para Portugal, otra para Holanda, otra para Francia y otra para el duque.

Recelábanse del de Arcos cuya autoridad y fuerzas eran grandes en estas provincias para contrastar los intentos de estos señores; y así con sagaz acuerdo trataron el casamiento del conde de Niebla con una hija de aquel

magnate; el cual, llegado el caso de la insurreccion, triunfando como confiaban, consultaría su lealtad con el interés de que su hija fuese reina, y siempre seguiria el consejo que le indicasen su conveniencia y el buen suceso de una rebelion que es el que mas partidarios suele atraer.

Ciegos en el seguimiento de sus deseos, esperaban ambos aquel plazo que para su impaciencia no llegaba, y ya hasta les era ofensivo llevar en sus pechos las cruces militares de Castilla considerándolas como insignias de su desprecio cuando podian ser mas de lo que eran.

Sirviéronse de un fraile imprudente para negociador de sus confianzas y pretensiones en Lisboa, el cual dió unos papeles, aunque en cifra, á uno que se decia criado de la casa de los Guzmanes, infiel á sus palabras, para que los pusiese en manos del marqués de Ayamonte, imaginando haber asegurado su lealtad con remunerarlo por medio de riquísimos galardones. Pero este, en vez de dirigirse á los estados del marqués, corrió á Madrid y entregó al Conde-duque de Olivares todos los documentos que le habian confiado.

Absorto el conde-duque al enterarse de los intentos de sus parientes, puso todo en noticia del rey, y ordenó antes de nada, asegurar á Cádiz. El duque de Medina Sidonia como capitan general de Andalucía se hallaba en aptitud de guarnecerla con la gente que mas le conviniese; y así para evitarlo, envió al duque de Ciudad Real unos cinco mil hombres y órden expresa del rey para fortalecer inmediatamente la plaza, lo cual ejecutó con toda celeridad, y sin oposicion, pero con asombro de todos sus habitantes. Al propio tiempo fué llamado á Madrid el duque de Medina Sidonia, el cual se hallaba en Ayamonte. Sospechó este que todo se habia descubierto, y en tal conflicto escribió al cardenal de Jaen, al duque de Arcos, al del Infantado y á la Marquesa de Priego su suegra. Su objeto era explorarlos para ver si con el consejo de la desobediencia le daban la esperanza de su

proteccion ó ayuda por medio de las armas. Todos le respondieron, menos el duque de Arcos, y todos diciéndole que acatase las órdenes del monarca. Lo mismo le indicaron otras personas. Cuando esperaba por fruto de la amistad y de los beneficios alguna sombra en el peligro, nada halló: nada halló ni en el mejor pariente ni en el mas seguro amigo.

Burlada su confianza, desmentidas sus pretensiones, preso el marqués, desdeñado de los amigos queridos, lo mismo que de los que, teniéndolos atravesados en el alma, los lisonjeaba para sus intentos, perdidas las dádivas que derramó con mano franca para adquirir un desengaño, no quiso vivir desterrado y proscripto. Hasta aquel instante no quitó de su ambicion el pensamiento; ya solo se dirigia á cuanto podia caber en su esperanza que era la conservacion de su vida, de su dignidad y de sus bienes. Pasó á Madrid con la dilijencia que le habian exigido; y habiendo hecho de todo la mas completa manifestacion á su primo el conde-duque de Olivares, este le ofreció conseguir la gracia del rey, siempre que por escrito declarase al monarca cuanto habia concertado con sus enemigos para la sublevacion de Andalucía, y que le demandase rendidamente el perdon de todos sus agravios.

A todo se prestó el duque de Medina, como aquel que no habia podido juntar las fuerzas al deseo, ni conseguir que ayudase á su pensamiento la fortuna. Trocóse su temor en confianza, como la perplejidad en decision de conservar su poderío á toda costa. Puesto en la presencia del rey por el conde-duque, no pudo menos de turbarse. Al estado del alma seguian los colores de su rostro. De rodillas ante Felipe IV le presentó un memorial donde referia toda la conspiracion, culpando en primer término al marqués de Ayamonte. Mal habia sido el duque para sí: mal debia serlo para los otros. No podia creerse que fingiese su arrepentimiento el semblante, cuando lo patentizaban de tal mo-

do sus palabras. No supo el duque ser leal, ni supo ser traidor: alevoso para la amistad, cobarde para la traicion: aspiró á la soberanía careciendo de toda virtud que lo hiciese digno de ella: por eso al primer contratiempo dió tan baja muestra de sí: secando en su corazon la ingratitud y el temor las fuentes de la piedad, toda la atencion en su peligro, ninguna en su deber, la esperanza en la intercesion del conde-duque, la intercesion del conde-duque en la pérdida del marqués de Ayamonte. Admitió el rey en su gracia al de Medina, no mirándolo con ojos de lo que habia sido, sino de lo que esperaba que fuese; ni queriendo demostrar su poder con sangrientas significaciones. El conde-duque, en tanto, exijió que el duque de Medina que ya era enteramente esclavo de su opinion, hiciese una protesta pública contra su cuñado el de Braganza. Este por noticias engañosas que corrian en Lisboa, habia mandado solemnizar con repiques y luminarias el alzamiento del duque en Andalucía, cuando, este andaba mas irresoluto en la grandeza de sus designios, naciendo en la irresolucion la tardanza, é irritando contra sí á la fortuna. Depuesto el temor y ya con simulada osadía pisando los umbrales del palacio, publicó el duque de Medina un cartel de desafío á estilo de los antiguos caballeros, en que desafiaba á su cuñado á pelear con él cuerpo á cuerpo en la ciudad de Valencia de Alcántara, donde lo esperaba desde 1.° de Octubre de 1641 hasta el 19 de Diciembre inmediato *por haber querido manchar la fidelidad de la gran casa de Guzman y aclamádolo con luminarias públicas por libertador de la Andalucía y favorecedor suyo*. En el cartel ofrecia al que matase al duque de Braganza, caso de no acudir este al desafío, la ciudad de Sanlucar de Barrameda, así como á cualquier gobernador, alcaide ó cabo portugués que entregase al rey Felipe IV alguna plaza importante, uno de los mejores lugares de sus estados.

Así engañó al rey el conde-duque con este alarde de tardía lealtad en su pariente el de Medina: así manifestó

al duque de Braganza, á Richelieu y á los holandeses cuan poco valia el de Medina para el intento de coronarse rey de Andalucía, cuando se prestaba por el temor á ser la mofa de las gentes con aquel ridículo reto.

Preso el marqués de Ayamonte, solicitó de él el conde-duque que prestase una declaracion igual á la que puso en manos del rey el de Medina. Estaba indiciado pero no convencido del delito. Para perderlo necesitábase algo mas que la declaracion de su pariente y cómplice. El conde-duque apeló al ardid como hombre que confundia la sabiduría con la cautela y con la obstinacion la constancia. Tan incapaz de nobleza de corazon le habia hecho el odio hacia la persona del marqués. Este era valeroso en los reveses de la fortuna cuanto heróico en la prosperidad: por eso en su desdicha habia retenido el ánimo varonil. Un amigo de los mas íntimos del conde-duque pasó á verlo á su prision y á representarle la conveniencia de imitar el ejemplo del de Medina, en un discurso tan bien trazado que parecia haber tenido un singular modelo, y de tan sólidos y aparentes raciocinios que no tenia necesidad de valedores que lo esforzasen. Resistióse al principio el marqués, respondiendo á la opinion que de su entereza habia; mas vencido del proceder del duque ¿por qué habia de condenarse á la desdicha cuando su compañero en el delito estaba firme en su indemnidad antigua y gozando de toda suerte de favores?

El mismo marqués se condenó: no le condenaron los jueces: no le hizo hablar el tormento sino la perfidia: sufrió la sentencia de haber dado permiso á su lengua para decir lo que habia resuelto callar: creyó que la venida de aquel amigo del valido era una firma en blanco que traia el perdon del rey para responder á olvido con olvido. Pero ni triste al desagradecimiento, ni quejoso al disfavor, ni indignado á la perfidia, murió mas de la confianza de asegurado que de combatido. Tal fué la tranquilidad de su ánimo que para advertirle que era hora de caminar al suplicio, tuvieron sus guardianes que despertarlo.

Poco tiempo pudo el conde-duque saborear la sangre del marqués en el valimiento. El corazon del duque de Medina quedó tambien salpicado con ella. Así durante su vida vistió siempre galas sobre un corazon enlutado, y en vano se esforzaba muchas veces á reir en medio de los sollozos de su fatiga, porque llevaba por do quiera en la memoria la ensangrentada imájen de su pariente, aun en los ratos de la alegría, que son los que mas hacen olvidar las obligaciones.

El marqués murió; pero como debia morir el que fué alma de una conspiracion que á haber consistido únicamente en la fortaleza de su espíritu y en el denuedo de su corazon, antes hubiera sido ejecutada que entendida. Aun en medio de su desdicha, no habia olvidado la libertad de su alma y la nobleza de su sangre. Ni por miedo, ni por lisonja, ni forzado, ni adulador solicitó la gracia del rey, sino guiado solo de aquella indiferencia por la vida y por la muerte que tanto dió que admirar en sus últimos instantes. Si rompió la pluma con que firmó la declaracion al rey, mas fué por hallar en aquella demostracion una sombra de la venganza que no podia satisfacer en el amigo y pariente que lo habia vendido á su temor, que no un movimiento de ira de la desesperacion de su futura suerte.

El duque de Medina nunca pudo apartar de sí el oprobio por su proceder, siendo muchos los que justificaron las quejas que pudiera tener de él el marqués de Ayamonte juzgando á este desmerecedor de la adversa fortuna que habia padecido.

No olvidó Felipe IV, aunque lo habia ofrecido, los deseos que habia en la casa de los Guzmanes. Recordaba el aparato régio con que vivian estos en Sanlúcar de Barrameda, segun tuvo ocasion de admirarlo á principios de su reinado, en la persona del antecesor del duque que era entonces; y así mandó poner guarnicion real en esta ciudad, así como en la de Medina Sidonia y otras po-

blaciones: previno al duque que residiese en la corte, y nombró capitan general de Andalucía y costas del océano al duque de Medinaceli, señor del Puerto de Santa María. Este cargo estuvo desde el año de 1588, encomendado á los de Medina Sidonia.[1]

Varias veces habian afligido á Cádiz espantosas pestes y causado en su poblacion grandes desolaciones. Pero en 1649 empezó una que duró por espacio de tres años, á la cual rindieron las vidas mas de catorce mil personas.

El dia 15 del mes de Marzo de 1671 á las cuatro horas de la mañana, desatóse sobre la ciudad de Cádiz un impetuoso y horrible huracan. Su violento impulso levantaba las tejas, derribaba las mas fuertes paredes, desencajaba las vigas, abatía los mas robustos y empinados árboles, arrancaba de los quicios las puertas, maltrataba las rejas y llevaba consigo cuanto al paso se le oponia. Daba al través con los barcos, rompia los mástiles y entenas de los navios, y arrasaba sus cubiertas, y hacia en fin zozobrar todo género de bajeles. De cinco á seis minutos fué el huracan señor de cuanto habia en la isla de Cádiz, no perdonando su furor, ni lo humilde por lo humilde, ni lo fuerte por lo fuerte. Los daños que hizo llegaron en la poblacion á seiscientas personas: en las posesiones y haciendas que habia en tierra á ochenta mil ducados, en las que habia en el mar cuarenta mil pesos.

Ajustáronse tratados de paz entre España y Francia en 1683. Faltó á ellos esta nacion apoderándose del Luxemburgo; pero tomaron los españoles represalias de tal ofensa en varios navios de comerciantes de Francia, que ricamente cargados se hallaban surtos en las aguas de la bahia de Cádiz. Sentida Francia de la represalia,

1 Mi distinguido amigo el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour, en su ingeniosísimo libro *La Baie de Cádiz* (París 1858) compara con toda oportunidad las magníficas fiestas improvisadas, con que los duques de Medina Sidonia obsequiaron á Felipe IV, con las que el célebre Fouquet dió en Vaux á Luis XIV, y que tanto contribuyeron á su caida.

ya por parecerle injusta, ya por parecerle exhorbitante, pidió en muchas y muy repetidas ocasiones, enmienda y satisfaccion del daño; pero sus quejas no fueron atendidas, ni menos sus amenazas. Envió entonces sobre Cádiz, y costas de Andalucía, una armada compuesta de sesenta naves bien prevenidas y con gran muchedumbre de soldados. Mandábala el célebre conde de Tourville. Dió vista á esta ciudad la armada enemiga en el mes de mayo de 1686, y ancoró en las aguas de Chipiona.

Conmovióse Cádiz para la defensa. El conde de Fernan Nuñez, su gobernador, puso á punto de guerra todo el presidio y milicias urbanas, asistido en tan noble empresa por los caballeros y todos los vecinos de esta ciudad: los cuales dieron generosamente setenta mil pesos para aprestar treinta y seis bajeles de armada. En ellos el conde de Aguilar, capitan general, con don Mateo de Haya su almirante, y el gobernador de la escuadra de Flandes, púsose á la boca de la bahía para hacer rostro al enemigo y oponerse á sus intentos, si eran de asaltar la ciudad, ó de echar gente en las tierras cercanas para talar los campos y saquear las caserías.

Tras de dos meses de estar los enemigos á vista de Cádiz y los de esta ciudad apercibidos para la defensa, levaron anclas aquellos, volvieron proas al estrecho de Gibraltar, y tomaron la derrota de su patria luego que Cárlos II mandó que del oro de los primeros galeones de Indias que se esperaban, satisfaciese Cádiz quinientos mil pesos.

Grande fué el aumento de Cádiz en el siglo XVII. Las flotas que de Tierra-firme y Nueva España llegaban á esta ciudad cargadas de plata, oro, piedras, y otras cosas de muy grandes precios, la enriquecian. Desde tiempos antiguos habia producido muchas cantidades de dinero á la corona de Castilla el almojarifazgo de Cádiz. De los galeones y flotas que vinieron á esta isla en 1684, importó el registro dos cuentos, seiscientos treinta y cuatro mil y quinientos sesenta y ocho maravedis de

plata. Lo que dejaban á la ciudad las ricas flotas, no cabe en lo estrecho de la pluma. Baste decir que el ayuntamiento regaló á la catedral en 1664, una custodia cuyo peso era de mil quinientos veinte y ocho marcos y una onza de plata. La hechura de esta joya, labrada con el depravado gusto churrigueresco, se pagó á diez pesos tambien de plata por cada marco de labor, que montaron quince mil doscientos ochenta pesos, esto es, treinta y ocho arrobas de plata y ochenta pesos. Importó, pues, esta alhaja, así de peso como de hechura, setenta y dos arrobas de plata y ochenta onzas.

Los gobernadores de Cádiz ponian suma diligencia y esmero en tener á punto de guerra esta ciudad para salvarla y defenderla de los intentos de armadas enemigas, guarneciendo su recinto con muy fuertes murallas y con fortísimos baluartes. El famoso castillo de San Lorenzo del Puntal, fué levantado de nuevo en 1629; pues la armada de sir Enrique Cécil con haberlo batido reciamente por espacio de doce horas, arruinó sus murallas. El duque de Ciudad Real que gobernaba á Cádiz por los años de 1639, mandó levantar los valientes é inespugnables muros de la Puerta de Tierra, y otras fábricas militares no menos útiles para amparo y defensa de ciudad tan deseada por las estrañas naciones.

Cádiz en el siglo XVII llegó á tener catorce mil vecinos, y el número de personas que por curiosidad ó llamadas de negocios graves ó por otras causas la visitaban, á cien mil. El comercio que en ella habia no era menor; y tan grande la copia de frutos y provisiones, que cuando inundó á Sevilla y sus campos el Guadalquivir en 1584, pudo reparar esta ciudad la falta de trigos y otros mantenimientos con los que de Cádiz le enviaron.[1]

1 Segun otros autores el número de vecinos no pasaba de cinco mil. Cuando las rentas reales se arrendaban, habia un gran desnivel en los precios de las mercaderías entre Cádiz y Sevilla. Por ejemplo: en Cádiz mil varas de morlés pagaban de derechos en 1663 la cantidad de 200 rs., y en Sevilla 984.—La pieza de crea 24 en Cádiz, en Sevilla 127: en Cádiz la felpa 40 y 274 en Sevilla.

LIBRO VIII.

SIGLO XVIII.

CAPITULO I.

Guerra de sucesion.—Acometen á Cádiz los aliados.—Toma de Rota, el Puerto de Santa María y Puerto Real.—El gobernador de Rota ni tomó partido por ellos, ni fué ahorcado.—Resistencia del castillo de Matagorda.—Retíranse los aliados.

Felipe IV para hacer mas duradera la paz de Francia y España, casó á su hija María Teresa con Luis XIV, renunciando ella en su propio nombre y en el de sus sucesores, hasta la cuarta generacion, sus derechos á la corona de España. Felipe IV y Luis XIV publicaron esta renuncia como ley inviolable en cada uno de los reinos. Pero cuando el monarca español dejó de existir, el francés hizo patente que al renunciar los derechos no llevó mas mira que tomar luego su nombre para recobrarlos por medio de las armas. Mientras reinó Cárlos II, Luis XIV pretendió el ducado de Brabante, el señorío de Malinas, el condado de Borgoña y muchas ciudades de la baja Alemania. Inquieto el rey de España por no tener sucesion y combatido de las pretensiones de Francia y Austria, legó su corona á un nieto de Luis XIV. Muchos españoles recibieron por soberano á Felipe V, cansados de la dominacion austriaca. Esperaban de la mudanza de dinastía la felici-

dad y el buen gobierno. Austria, ligada con Inglaterra y Holanda, combatió en defensa de los derechos del archiduque; hasta que la paz de Utrecht, promovida por la victoria de las armas de Vendome, dejó á Felipe V en la quieta posesion del trono de España.

La provincia de Cádiz fué la primera que sintió en la península los efectos de las armas aliadas á los dos años de haber dejado de estar la corona en la cabeza de Cárlos II para cubrir la cabecera de su tumba. Una poderosa armada dió las velas al viento y los remos al agua en direccion de Cádiz. Doscientos bajeles de diferentes clases la componian: tripulábanla muchas gentes de desembarco: hombres y naves parte de Inglaterra y parte de Holanda. Mandábalos Jaime Butler, segundo duque d'Ormond, general y hombre de estado; pero en la misma armada venia con el carácter de gefe para todo lo relativo á la direccion de la guerra, Jorge, príncipe Darmstad, uno de los hijos del Landgrave de Hesse, lugarteniente general de los ejércitos imperiales, y despues virey de Cataluña.

No estaba la ciudad de Cádiz apercibida para contrastar este poder: apenas habia en ella municiones y armas. Solo trescientos hombres componian su guarnicion: el capitan general de Andalucía, marqués de Villadarias, no contaba con mas fuerzas cerca de su persona para defensa ó socorro que ciento cincuenta hombres y treinta caballos. Era gobernador de Cádiz el duque de Brancaccio.

El dia 23 de Agosto de 1702 amaneció á vista de Cádiz la armada enemiga. Parecia que las naves querian huir de la humedad de las aguas y que se acercaban á tierra con la celeridad que solicitaba el deseo de sus tripulantes. Los caudillos levantaban los ojos y el vuelo á sus pensamientos para contemplar en las hinchadas velas, como los favorecia la fortuna, anuncio incierto de la victoria que esperaban.

Una corbeta española pasó á acercarse á la armada

para reconocerla, y apenas distinguió las banderas británicas y holandesas, cuando volvió la proa á Cádiz, tremolando una bandera roja, y disparando varios cañonazos, cuyo humo alzándose y corriendo sobre la superficie del mar, iba como siguiendo los ecos de los estampidos que á tierra llegaban velozmente ensordeciendo los aires. Fondearon los buques á legua y media del castillo de S. Sebastian, estendiéndose en direccion de la barra de Sanlúcar, y adelantándose solo tres navíos á la boca del puerto para sondear durante la noche. Estaba de gobernador y capitan á guerra en las villas de Rota y Chipiona por el duque de Arcos don Francisco Antonio Diaz Cano Carrillo de los Rios. La de Rota mas amenazada del poder de los enemigos, apenas tenia medios de defensa: poca pólvora, ningunas balas para los mosquetes, sin mas soldados que los sesenta de una compañía de caballería. Dió aviso Diaz Cano al capitan general, así del número de bajeles que componian la armada, como del desamparo de Rota, pidiéndole lo mas preciso para oponer resistencia á los invasores. Villadarias pasó á Cádiz con el fin de reconocer el estado de la plaza, concertar con el gobernador y con el conde de Fernan Nuñez, que mandaba los buques de guerra surtos en la bahía, lo mas conveniente á vista del peligro, y sacar de la ciudad algunas tropas para el ejército que habia de formar con los socorros. Opúsose á esto don Scipion Brancaccio, por ser tan pocas las que tenia para la defensa de Cádiz; pero el conde de Fernan Nuñez le dió á Villadarias trescientos hombres, los mas oficiales de mar y guerra. Con ellos pasó al Puerto de Santa María, donde asentó su cuartel general, no teniendo en los primeros momentos á sus órdenes mas que dos compañías de milicias de aquella ciudad y el socorro del conde. Dos dias permanecieron los enemigos en la mas completa inaccion, contentándose solo con ir sondeando el mar desde Sancti Petri hasta las inmediaciones de Rota y el Puerto de

Santa María. Los pueblos indefensos al arbitrio de las armas enemigas temian por instantes, ya el fuego, ya el cuchillo. Todo era en las campanas clamores, en las parroquias rogativas, en los conventos penitencias, en las casas el terror, en casi todos los pueblos general el abandono, en las entradas botas rellenas de arena para fortificarse aunque tardiamente, en los mas valientes ninguna confianza para la resistencia, en las mugeres y en los niños las lágrimas en los ojos, el terror en el pecho, las quejas en los labios, y por último, en los que debieran ser esfuerzo de los suyos languidez en el espíritu, incertidumbre en las decisiones. Resonaba por do quiera el ay desconfiado de los que no se atrevian á esperar remedio en el peligro, viendo la torpísima ceguedad y el desatinado frenesí de los pueblos dominados por el espanto. Mas aunque los vecinos eran desertores de sus casas, no eran tránsfugas del ejército. Unos lloran la pérdida de sus haciendas pidiéndoselos su dolor: otros atendiendo á lo que de ellos dirán los que los miran, preguntan á los demás, esperando que sus respuestas le den una tranquilidad mayor que la que podia reconocer el sentido en aquellos instantes de tanta turbacion y de riesgo tanto. Por momentos aguardaban ver las pocas banderas de su rey que se tremolaban en estas partes, acometidas y puestas en fuga y en el último peligro sus armas, invencibles un tiempo á otras naciones y tremendas á otros reyes. Ancianos destituidos de fuerzas, muertos á la vida, vivos para estar enfermos, al contemplar acobardados los brios de sus descendientes, no podian menos de recordar su juventud y alentaban con sus consejos á muchos mal osados por la falta de esperiencia en peligros semejantes. Así aunque algunos se alteran, se turban y temen, todavía se ponen á punto de guerra, confian en resistir, esperan pelear y se prometen vencer, convencidos de que pueden y deben y tienen necesidad de acudir á la defensa de sus hogares. Villadarias los enseña, los alienta, los di-

rige: todo su intento era juntar tropas, aunque fuese su fortaleza un simulacro vano á fin de contener á los enemigos mientras llegaban los refuerzos importantes y aguerridos.

Entró Villadarias en Rota para examinar el estado de su castillo, y aunque vió que Diaz Cano ofrecia oponer fuerte resistencia al enemigo, siempre que recibiese algunos auxilios, bien pronto comprendió que aquel era un fuego sin ardor y una energía sin fuerzas.

En tanto los enemigos no habian acabado de resolver el modo de invadir nuestras tierras. La grandeza del designio y la ignorancia del estado de nuestra defensa los traian irresolutos y con la irresolucion se ocasionaba la tardanza. Cuanto era mayor la gloria que d'Ormont y Darmstad esperaban, tanto mayores eran los tormentos de una esperanza en quienes esperaban tres dias en la incertidumbre.

Al amanecer el dia 26 los navíos se acercaron mas á la costa entre Rota y el Puerto de Santa María, y aunque el fuerte de Santa Catalina allí inmediato disparó algunos cañonazos, fueron de tan poco efecto que mas parecian saludar que combatir al enemigo. Una balandra que estaba cerca del reducto de los Cañuelos arboló bandera inglesa en su palo mayor. Unas trescientas lanchas llenas de gente de desembarco pusieron las proas á tierra, respondiendo á la señal; pero para no ser impedidos los contrarios por alguna caballería que la corria caminaron como una media legua hácia distinto sitio del que se imaginaba.

Componíase solo de veinte y cinco á treinta hombres la fuerza que salió á oponerse al enemigo. Mandábala don Félix Vallarón teniente de maestre de campo general de la caballería y el capitan Ullate. Tan corto número mal podia impedir el desembarco, si bien iban envueltos en la misma polvareda que los caballos levantaban.

Era don Félix Vallarón un cumplido caballero: ju-

gaba con gallardía una pica, con destreza manejaba la espada, con valor rendia en las montañas á las fieras. Su alma estaba libre de culpas, su corazon exento de miedo. No le inclinaron jamás ruegos de hermanos, ni recabaron de él nada intercesiones de amigos para apartarlo de lo que creia su deber. Un tiempo fué muy estimado y seguia siéndolo del príncipe Darmstad. El marqués de Villadarias ó por donaire ó por deseo de estimular su valor, le dijo, no bien apareció en estos mares la armada, que ya tenia allí á su amigo. Ofendióse don Félix con estas palabras é imaginó que todos le señalaban con el dedo como parcial del Archiduque. Tenia, pues, necesidad de ensanchar los senos de su corazon, de borrar el oprobio que mancillaba su lealtad: conocia que el vulgo es sordo á los ecos del bien y que es menester alzar la voz para que escuche la de la inocencia: que no vé lo que se hace por él y que es necesario decírselo con toda claridad para que mejor lo perciba. No se arrojó á prometer á su corazon la felicidad en el combate que ansioso emprendia con tan poca gente. Tan grande y tan sobre toda esperanza era su intento. Mandó acometer, en tanto que los suyos se miraban unos á otros oyendo su voz y pareciéndoles ilusion fingida ó soñolienta. La oyen otra vez y aun oyéndola y viéndolo no les parece posible lo que oyen. Pero él les dice que con tales gentes y tan valerosas como las que acaudillaba no podia esperar suceso que no fuese favorable. Al pronto obedecen todos las insinuaciones de su voluntad, acuden al peligro, se alientan, se animan. Pocos son los que desmayan en la congoja: y así pocos los que trasudan de acongojados con el violento terror que los aprisiona.

Navegan en tanto los pequeños esquifes de los enemigos cortando las aguas, á la vista dulces y cristalinas, pero verdinegras y salobres para la triste confusion de los que precipitadamente se arrojaban al mar para tomar la tierra. Los bajeles mayores, hinchadas

las velas, caminaban dividiendo las ondas que heridas del sol causaban varios y hermosísimos reflejos. Ningun trabajo sentian los invasores, ningun peligro perdonaban. Darmstad confiaba en el afecto de algunos amigos: creia que su benevolencia eran grillos para los de honrados corazones y que la gratitud no se ha de confirmar solo con palabras. Estaba, pues, dentro de toda su esperanza: en nada le habia faltado hasta entonces lo mejor, que era la ventura. Venia sí, con demostraciones de guerra, pero no llevaba otra cosa en la mente que la quietud y la paz. Lisonjeábase que convertirian los andaluces contra Felipe las armas que habian de emplear contra sus enemigos. Discurria por sí mismo en los sucesos de la guerra, no fiándose de otros porque en todos no veia mas que lisonjeros que sabian la ciencia del fingir y apasionados que solo conocian el arte de ofender en cuanto le aconsejaban ó decian. Sus pensamientos eran flores de oro sembradas en un manto de púrpura. El enemigo que salia á acometerlo mal podia llamarse enemigo por su número. No tenia de su parte otra cosa que la desesperacion.

El príncipe Darmstad y el duque d'Ormont se aprestaron á desembarcar igualmente. Todo es bullicio, alboroto, confusion, inquietud y vocería en el navío almirante, bajel nuevo con la popa y las gavias pintadas, con los faroles dorados, con los estandartes, las flámulas y los gallardetes tendidos. Los marineros, los grumetes y los soldados llenan los costados: con el demasiado peso crujen y gimen las maderas. Darmstad en el castillo de popa se ve dando órdenes por escrito y de palabra, en público y de secreto. En su semblante se lee el deseo de buscar y adquirir nueva honra, nuevo nombre y nueva alabanza. Debajo de sus plantas parecia seguro el mar. Suenan en tierra y en las lanchas los clarines á porfía que repiten en ecorosas voces los cerros inmediatos. En confianza de la decision de su caudillo Vallarón, los españoles casi se arrojan á las aguas en bus-

ca de los enemigos y le obedecen por mas altas que las olas van llegando. El humo de la pólvora corre hácia la tierra y se mezcla con la polvareda que el impetuoso viento que comenzaba á soplar ya ha levantado, y una y otra parece que quieren oscurecer la luz del dia. Conviértense en sangre y en espuma las olas. Los soldados bisoños de los enemigos que están cerca de los que caen heridos, apenas ven bermejear el hilo de la sangre ajena mudan el color: en tanto que los aguerridos no se desaniman por verse lastimados, antes bien con sus pañuelos procuran detener la sangre como pueden y pasan adelante porque saben que de esa suerte han vencido en muchas ocasiones. Mordíanse de despecho las manos los capitanes viendo cuan mal eran obedecidos, reinando en el desembarco la confusion, siendo todo muertes, heridas, gritos, voces, quejas, lástimas y espantos, y las lágrimas y los suspiros de los moribundos, proféticos avisos del castigo de los matadores. Y aun algunos antes que mandar á sus soldados, obedecen no las órdenes de los generales, sino á su temor y á sus deseos.

Retíranse los caballos españoles, tornan hácia atrás y huyendo á una parte y á otra, vienen á dar otra vez en los enemigos á la voz de don Félix Vallarón que vuelve sobre su enojo y los reprende con su palabra y con su ejemplo.

Estaba tan lejos de hacerle desmayar el ánimo la superioridad del enemigo que antes el mismo riesgo lo encendia al combate. Bebe la sangre la sedienta é inundada arena: el polvo hacia disimular á los jinetes las heridas, mientras que las heridas de los que estaban en el mar eran cerradas por los golpes del agua que despreciaban los que la tenian por la cintura. A unos faltaba aire que respirar y huia de debajo de sus pies la arena: acobardado el brio, se estremecian sus piernas entre las ondas doblemente enemigas. Mas de veinte lanchas zozobraron en esta confusion y en peligro tanto, pereciendo muchos desalentados mas por la pusilanimidad que por el miedo.

Don Félix Vallarón, lisonjeándose con el triunfo de su denuedo solo, bajaba con el pensamiento á los senos del mar, donde quedaban sepultados los cadáveres enemigos y exajeraba su número á su propia fantasía. Mas, estando dentro del agua con su caballo, una certera bala le atraviesa el pecho. Al punto se vió la muerte en su semblante y aun no habia brotado la sangre de su herida. Su caballo alza impaciente la cabeza, relincha con furor, hincha las narices, da bufidos y aun se empina cual si hubiera quedado herido juntamente, y corre mas hácia el mar cual si quisiera esconderse entre las aguas.

La mano de don Félix va á buscar el sitio de la herida y la oprime, anhelando en su instintivo movimiento detener aun la vida con la sangre, y queriendo en su desesperado dolor arrancar de su pecho la bala para arrojarla á los enemigos, y decirles: „Tomadla y tirad de nuevo que aun está mi cuerpo con valor y con vida." Así peleó don Félix hasta los últimos alientos en una dificultad tan grande, siendo su deseo igual á la dificultad. Invocó á la gente y viendo que no acudia, clamó para mandar que pusiese en salvo el estandarte. Retiráronse los pocos españoles que sobrevivieron á esta temeraria aventura.

Así satisfizo Vallarón con su muerte á la calumnia, prefiriendo antes acabar con honor que ser hombre muerto en la memoria del mundo por medio de la infamia. Cayó el desdichado don Félix sobre las aguas y fué llevado por la corriente. El aliento se le acaba, pierde los pulsos, los brazos se le cansan, el agua rebosa por las narices y por los ojos, y el rostro por mas amarillo que está por la pérdida de la sangre de la herida, llega á tornarse rojo por un momento. De una en otra ola conducido, es arrojado en la playa su cuerpo, fria y pálida la boca: condenada á perpetua mudez la que tan enérgicas palabras habia proferido para animar á su gente, ya cerrándose, ya abriéndose, dá las últimas boqueadas.

Halló el cadáver de don Félix compasion donde parecia que no la podia haber: entre sus enemigos. Algunos, fijos los ojos en la arena, no tenian aliento para levantarlos y ver su cadáver cuando fué llevado al sitio de su sepultura. La distancia, que medió entre los tiernos dias en que bebió el alimento de los pechos de su madre y la fatal hora de su muerte, fué la de treinta y nueve años.

Nada, pues, bastó á desviarlo de los enemigos cuando doloroso y sangriento, cuando muerto y desangrado, cayó entre ellos.

Los caballos se retiraban tristes como sintiendo, no el deshonor de sus dueños, sino la pérdida de su caudillo. Algunos de los que quedaron libres por la arena se desviaban primero asombrados del matador de su dueño, y con corcobos y brincos procuraban luego arrojarlo, y no sabian obedecer el grito del nuevo jinete.

Si trescientos caballos hubieran acudido á impedir los designios de los aliados, casi todos los que intentaron desembarcar hubieran perecido, como perecieron con tan pequeña oposicion aquellos que mal podian resistir á sus contrarios cuando no sabian oponerse á las olas con sus fuertes pechos, embravecidas las corrientes que los combatian con sus espumas.

Al regresar al Puerto de Santa María los pocos que quedaron con vida, fueron recibidos por la ansiosa y espantada curiosidad de sus vecinos: las mujeres que habian creido pelear mas de rodillas en los templos que los soldados en el campo, derramaban de sus ojos en cada lágrima una costosa muestra del terror que sentian. Los perros, que los soldados dejaron en su alojamiento, cuando los ven venir cubiertos de polvo, salen á recibirlos, y parece como que les dan el parabien, lisonjeándolos con la cola y lamiéndoles los piés que sacaron de tan sangrienta batalla, tintos en sangre.

El marqués de Villadarias arde en impaciencia por saber la suerte de su amigo: pregunta por él y no es-

pera la respuesta porque su mismo corazon se la dice. Un soldado suma en estas breves palabras hazañas que no se escribieran en un volúmen: *Ha muerto en medio del mar y entre los enemigos.*

Compara el marqués la ocasion con la causa de la muerte de don Félix y no puede permanecer con ojos enjutos ni con pecho endurecido. Una lágrima sube del corazon á los ojos, pues solo del corazon podia salir: de los ojos descendia al rostro y del rostro á la tierra, lágrima que vá huyendo de la tempestad que habia en su corazon. Y no faltó un suspiro, eco de las congojas del alma, voluntario efecto de su dolor, y forzado desahogo de un pecho oprimido por la angustia. La valerosa muerte de Vallarón era á la verdad la mas digna de sentimiento. Villadarias se habia enternecido y mas tarde lloró á la medida de su ternura y conservó en perpetuo luto su alma por aquella vida malograda.

En tanto arreglaba las gentes que al socorro acudian de las poblaciones inmediatas. Para facilitarles armas, se buscaron en los subterráneos del castillo del duque de Medinaceli. La venida de un enemigo que causaba muertes y amedrentaba vidas, impelia á los mas tímidos á desear medios de defensa. Salen á la luz del sol antiguas armas: celadas, cascos, yelmos, petos, cotas, adargas, escudos, lanzas, alfanges, cimitarras, cuchillos, hachas, segures, alabardas, mazas, dardos, hondas, arcos, flechas, arcabuces, mosquetes y espingardas. Todas estaban enmohecidas y polvorientas. No habia lanza que mas cortase ni espada que mas hiriese porque apenas podian cortar, porque apenas podian herir. Armanse sin embargo con lo que la ocasion les presenta, pero los escuadrones y las compañías que se forman era solo bélico aparato, estruendo de armas, ruido de guerra y todo para diversiones de paz, pero no para el peligro que amenazaba. Así no habia ánimo que no estuviese turbado, ni corazon que no abrigase temor; y en medio de su angustia no tenian el alivio de la queja, porque

todos la disimulaban contra el duque de Medinaceli, que se habia descuidado de la defensa de esta ciudad en el letargo de su olvido.

Unos enemigos quedaron fortificándose en el sitio del desembarco. Otros caminaron con los generales hácia Rota, villa de campos fértiles, delgadas aguas, pastos abundosos. Hollada la yerba queda sin esperanza de renacer. La espesa polvareda que levantaba el ejército impedia ver la poblacion á donde se dirigian, rompiendo el camino por sendas desusadas. Darmstad envió un tambor con una carta para el gobernador de Rota, carta toda llena de lisonjas, y escrita por quien sabia que en muchas ocasiones mas pueden las promesas que las armas en aquellos que no tienen valor para arrojar de sí las dádivas y las ofertas en cambio de acciones viles.

En esto hicieron alto los enemigos parte en un monte aselvado, lleno de maleza, donde ensortijadas y confusas las ramas de los árboles resistian á la luz; parte en arboledas tan acopadas y frondosas que parecia que se estaban dando los brazos y trocando sus frutos con sus entretejidas ramas.

No bien recibió Diaz Cano otro pliego en que se prevenia por los aliados al alcaide ó gobernador de Rota que se presentase á hablar con el general ó que de lo contrario le quemaria la villa, juntó á consejo á todos los principales vecinos para manifestarles su resolucion y su consejo de persistir en la defensa de Rota hasta el último trance, como hombre, cuyos válidos eran la lealtad y la justicia y á quien jamás podian sobornar ni las amenazas ni las lisonjas de los poderosos. Prevaleció el parecer contrario: la mayor parte de los vecinos ricos opinaba que el gobernador se presentase á los aliados para conferir el modo de que sus propiedades permaneciesen sin sufrir los estragos de la guerra. Decian que hasta ahora la felicidad de los enemigos habia sobrepujado poseida á todo cuanto les prometió esperada, pues-

to que en toda Andalucía no se hallaban medios de vigorosa defensa en los instantes primeros: que los contrarios habian acelerado su marcha sobre la villa, siendo pues evidente el peligro y mal fundada cualquier esperanza de resistir: que el capitan de la compañía de los sesenta caballos habia salido al campo con los suyos con pretesto de detenerlo, pero que en realidad lo que habia hecho era salvar afrentosamente la vida cerca del sitio en que tan pocos y tan noblemente la habian perdido: que las temerosas voces de las trompetas enemigas se oian cerca de los muros del castillo: y por último que no era tiempo de esperar vanamente la pólvora de Cádiz, cuando ya los aliados estaban casi sobre las tapias de las calles de la villa. Insistió Diaz Cano todavía en su propósito, porque no era de aquellos hombres que afectan amar el peligro y en el peligro desisten, pero por su tenacidad sin medios de sostenerla solo habia conseguido atraer contra sí primero la murmuracion y luego el odio del pueblo. Con el favor de las nocturnas sombras sale de la villa ocultamente y se dirije por Sanlúcar de Barrameda al Puerto de Santa María, á fin de solicitar del marqués de Villadarias tropas con que regresar á Rota inmediatamente. Ni la oscuridad entorpece lo rápido de su carrera, ni la distancia le impide llegar en aquella noche. Aprobó el capitan general su proceder y le mandó que volviese al punto á intimar á los vecinos de Rota que abandonasen la villa. Tomó así la via de Sanlúcar, y rendido en esta ciudad al cansancio, envió un correo con la órden espresa de Villadarias. Mas todo fué sin efecto. El dia 27 el segundo de los alcaldes ordinarios de Rota Bartolomé Marrufo, acompañado de varios vecinos, se dirijió al castillo. Era la hora en que las aves apenas habian comenzado á ver la claridad de la mañana y á romper el quieto silencio en que yacian. Tan solo se escuchaba el sonido de las alas que herian el viento leve abriéndolo para pasar. El deseo pedia al aura que trajese mas intenso el perfume

de las flores que percibian; pero no con tal impetuosidad que las quebrase. Allí el alcalde escribió una carta al general enemigo, que envió instantáneamente, y él acompañado de algunos regidores y vecinos, se encaminó al campamento. Recibiéronlo Darmstad y d'Ormont con el mayor afecto como quienes se proponian solicitar los corazones mostrándose benévolos. Marrufo, hombre bastante rústico, ignoraba lo que podia decir en alabanza de los generales y como los habia de honrar su deseo. Darmstad que siempre por lo menos queria engreir con el agrado de la esperanza que sabia dar, ofreció á Marrufo que seria nombrado tal vez por el archiduque, en premio de su lealtad, marqués de Rota y señor de los Cañuelos. Exajeró Marrufo el proceder de Diaz Cano por haberse opuesto temosa y temerariamente á que Rota admitiese los ejércitos aliados y besó la mano al príncipe como aquel que sobre todos y mas que todos valia.

Los generales entraron con sus tropas inmediatamente en la villa. Darmstad se alojó en el castillo, d'Ormont en las casas del almirante Bartolomé Gutierrez. En unas calles los recibió un callar de mudos: en otras un regocijo forzado, una alegría cubierta de lágrimas.

Comenzaron á tornar muchos vecinos á la villa, y á comerciar con los enemigos, los cuales por lo general se mostraban gratos á la obediencia que habian prestado aquellos á sus generales. Esto no impidió que algunos cometiesen algunas vejaciones, pues es sabido que ejércitos estraños en pueblos amigos no pueden menos de asemejarse á aquellas fieras que aun lamiendo sacan sangre. Daba sus quejas á Darmstad el alcalde Marrufo; pero aquel le ponia siempre un candado de seda en la boca, como persona que sabia juntar la suavidad de su acento con la dulzura de su persuasion. Era Darmstad varon de eminentes cualidades, piadoso para los desvalidos, fuerte para los poderosos: feliz en

sus empresas; pero desdichado por su corazon, hombre que ahogaba con amargos pensamientos los halagos de su fortuna. Desestimaba poseidos los aplausos del aura popular, ya por peligrosos, ya por inconstantes. Siempre prevalecia su dictámen en los consejos donde una cuestion es cada propuesta, una dilacion cada duda, cada conveniencia una discordia, cada razon una dificultad, cada interés un imposible, cada batalla mil batallas, cada asedio una y mil conquistas. Todos miraban y admiraban su voto como el mas respetable y respetado, ya fuese de viva voz, ya por escrito. En cada palabra oian una muestra de la fortaleza de su pensamiento y de su corazon: en cada letra leian una sagacidad superior, un dominio absoluto, una victoria sobre todos los ánimos. Muchos querian imitarlo, pero muy pocos lograron lo que quisieron. Responden de su valor tantas ciudades perdidas por sus enemigos, tantos puertos á nuestra vista saqueados, tan costosas armadas hundidas en los mares. Fácilmente daba y quitaba ciudades, debelaba enemigos y traspasaba imperios de unos señores en otros. A sombra de robustas almenas no sabia pelear, sino al blanco de sus tiros. La gloria era el aliento de su vida. Sus merecimientos le sirvieron de verdugos, sus prendas de homicida. Ante los muros de Barcelona que sitiaba por el archiduque, durmió aquel sueño de hierro donde no hay esperanza de volver á abrir los ojos. Una bala de cañon, solicitada por su absoluto desprecio de la muerte, le arrebató la vida.

En la ociosidad permanecieron las armas de los aliados hasta el dia 2 de Setiembre en que se encaminaron al Puerto de Santa María. Desde mediados del siglo XVII con la traslacion del comercio de Indias á Cádiz, habia dejado de ser un lugar de pescadores, y ya era ciudad importante al tenor del nombre que siempre tuvo. Retiróse el marqués de Villadarias con su reducido ejército, y acampó en la hacienda de Buena Vista entre el Puerto de Santa María y Jerez.

Entraron los aliados. Casi desierta estaba la ciudad. Veíanse calles enteras sin moradores: hallábanse niños en las casas sin poderse averiguar quienes eran sus padres: aparecian en el campo las haciendas sin saberse distinguir quienes eran sus dueños. Entregáronse al saqueo los enemigos: las vírgenes castas quedaron ofendidas, los viejos llorosos, asolados los edificios, las casas despobladas. Los que habian abandonado sus hogares á la ira del enemigo, no tuvieron que llorar el insulto de sus personas, ni ver como quedaban sin desagravio las injurias. Aunque mane sangre la pluma, mal podrá dar á esta pintura su color verdadero. Huian las mujeres corriendo con el ansia y la priesa que su dolor les pedia. Eran pisadas sus lágrimas en las calles por los enemigos como cosa sin precio. Huian despavoridos los eclesiásticos abrazados con las cruces, los religiosos con sus rosarios en las manos clamoreando al cielo.

Las monjas se presentaban en las calles, rasgadas sus tocas bien bastas y mal limpias, llorando y mirando á todos sin poner los ojos en nadie: si alguno queria advertir con quien hablaban veian que no hablaban con nadie. En los primeros momentos del saqueo quien podia enjugar sus lágrimas las dejaba correr. En vano solicitaban los velos y las tocas para cubrir el rostro inocente y disimular la vergüenza de su notoria deshonestidad, pero deshonestidad que no habia cometido su deseo. Las madres preguntaban por sus pequeños hijos mas con las lágrimas que con las voces, y al encontrarlos quedaban en el desmayo de la alegría por la pena que las ahogaba al huir de sus corazones. Sentian á los pechos las cabezas de sus hijos en medio del desmayo y tornaban en sí para ver si los ojos se engañaban ó si su amor era el que daba la vida á los infantes, besando aquellas bocas en que siempre habian hallado su consuelo, besándolas con la impaciencia de mujer y con la pasion de madres.

Los enemigos en tanto, en medio del incendio de los templos y de muchas casas principales, vagaban por la ciudad llenos de júbilo, viéndose por do quiera piés descalzos y cintillos de diamantes en las cabezas: lustrosa seda sobre andrajos: collares de oro sobre pechos ennegrecidos: y sudor tan presuroso que no destilaba sino que corria por semblantes donde la embriaguez estaba pintada con los mas vivos matices. Todos los objetos de valor fueron embarcados y conducidos á los navíos.

El dia 7 de Setiembre se dirijieron los enemigos á Puerto Real, villa en donde habian quedado muy pocos habitantes, pues casi todos se salvaron con sus haciendas. El alcalde de Puerto Real se declaró partidario de los aliados. Algunos llegaron hasta el puente de Suazo corriendo la tierra. Mandaba las fuerzas nuestras que habia en este sitio el teniente de maestre de campo general de la armada don Diego de Herrera Dávila, caballero del órden de Santiago, persona que se habia distinguido mucho en varias guerras y que habia estudiado fortificacion en Flandes. A este valiente militar fué confiada lo custodia del puente de Suazo. Para su mejor defensa hizo construir con toda celeridad un fuerte de campaña de ocho cañones en un islote que está á la derecha del puente. Desde allí con su bengala en la mano indicó á sus artilleros el enemigo para que le enviasen, como muestra de su poder y de la resistencia que habian de esperimentar, la muerte y el espanto en uno y otro tiro.

Desde el dia 9 de Setiembre al 16 asediaron los ingleses el castillo de Matagorda. Era su gobernador don Andrés de la Torre, el cual habia trabajado con toda actividad para poner la fortaleza en disposicion de ser defendida. Antes estaba casi toda cegada de arena, y no sin trabajo sumo se consiguió limpiarla para que en sus terraplenes pudiese maniobrar la artillería. El sitio del castillo empezó con poca gente. Así comenzaron á levantar trincheras y á batir reciamente

sus murallas. A los fuegos del mismo castillo del Puntal, y de las galeras de España y Francia que estaban surtas en la bahía y á las órdenes del conde de Fernan Nuñez, bajaron dos mil ingleses á defender las trincheras y repararlas; pero de ningun provecho les fué el desembarco de tanto número de tropas. Seiscientos perecieron. El marqués de Villadarias para hacer creer á los enemigos que era mucha su gente, y para que no se atreviesen á penetrar la tierra, levantaba polvaredas de dia, y varios y distantes fuegos por la noche, finjiendo acampamento de un gran ejército, y acercaba partidas de caballería para contener en la orilla del mar á los ingleses. En vano tentó Darmstad la fidelidad de Jerez y otros pueblos y otras ciudades comarcanas.

Dejaron los aliados á Puerto Real el dia 16, y el 24 el Puerto de Santa María retirándose á Rota. El marqués de Villadarias, que ya en tal sazon habia juntado tres mil caballos y cuatro mil infantes, no sin haber despedido mucha gente inútil que acudió al socorro, mandó á don Juan Ibañez que con su tercio de cuatrocientos soldados y una compañía de miqueletes fuese al alcance del enemigo para ofenderlo en cuanto le fuese posible, pues el hierro que esculpiria en mármol las hazañas de Darmstad no era distinto seguramente de aquel que sabria herir tambien á sus soldados por mano de los que juzgó vencidos.

La demasiada confianza de Darmstad no dejaba lugar al recelo; mas viendo que los españoles daban en los que iban en la retaguardia rezagados y rendidos al cansancio y á la debilidad por la hambre y por el trabajo del camino, vuelve sobre los contrarios con la mayor imprudencia, y tal que bien pudiera merecer nombre de locura á ser otro el que la cometiese. Ya me parece verlo montado en un soberbio caballo, bien hecho, la cabeza pequeña, pescuezo ancho y grueso, lleno del anca, rehecho de piés y manos, bien poblado de cola, enjaezado con cubierta rica, silla bordada, esmaltado fre-

no, bozal de oro, echando espuma por la boca, cubierto de sudor tan impetuoso que corria á inundar el suelo, y manoteando la tierra cual si intentara hacer en ella hoyos para sepulcros de los contrarios. Manda á los pocos que iban sosteniendo la retirada que diesen una acometida á los españoles. Las lanzas rompen como rayos los mas fuertes petos y se ceban en la sangre de los enemigos, sacando las puntas salpicadas de ella. Allí mira Darmstad á uno de los suyos tendido en tierra, herido mortalmente, con los brazos desconyuntados, arañando sus ropas, hiriendo la tierra con sus piés, alzándosele el pecho y turbados los ojos: mas allá un español herido igualmente: no se veia en él género alguno de movimiento sino en los labios: tan recojido tenia el espíritu que parecia estar muerto en vida lo demás, y por muy cerca que á él se llegasen ninguno podia oir la mas pequeña palabra.

El duque d'Ormont, no bien supo el peligro de Darmstad, corrió á su encuentro, seguido de muchos soldados de á caballo. El que montaba deshacia entre sus piés las cañas mas enteras que á su paso encontraba. No pedia ni procuraba otra cosa que apartar del peligro al príncipe hasta que lo consiguió, venciendo aquella resistencia que juzgaba juguete de su poder la empresa de castigar á aquellos que locamente para su soberbia pretendian tomar satisfacciones y ejecutar amenazas. Afligia la sed á los ingleses, y solo tenian en algunas ocasiones aguas encharcadas y turbias que en vez de matar la sed podian matar á los sedientos. Algunos que pensaban herir á los contrarios son heridos y aun muertos. Combate fué de poca consideracion cuando solos once granaderos faltaron de los españoles.

El dia 27 de Setiembre se embarcaron sin oposicion los aliados despues de entregar á Rota al saqueo, llevándose consigo al alcalde Marrufo y á su sobrino Juan Bernal, á mas de muchos prisioneros que habian hecho corriendo la tierra y en los diferentes encuentros.

El mismo dia entró en Rota el capitan general acompañado del gobernador de la villa, dejándolo en posesion de su cargo y con la órden de castigar severamente á cuantos tomaron partido por los aliados ó traficaron con ellos. Nada habia que le obligase á compasion. Estaba resuelto de todo punto á emplear la ira y la amargura de su ánimo con fuerzas incansables contra los que acataron al lugarteniente del archiduque. Su voz nunca fué tan terrible mensajera de sus deseos.

El alcalde de Puerto Real no pudo huir con los enemigos. Vagaba por las inmediaciones de Cádiz cuando fué cojido por las tropas que en persecucion de los traidores habia enviado el marqués de Villadarias. Le ataron tan fuertemente las manos que le desollaron las muñecas y le salia la sangre por las uñas: dábanle golpes y vaivenes, y habiéndole echado una soga á la garganta y otra al medio cuerpo, atadas atrás las manos y tirándole de los cabos con grandes gritos lo llevaron á Jerez medio andando y medio arrastrando, encendido el rostro, lleno de sudor, ciegos los ojos con la sangre y con el polvo.

Algunos dias despues fué ahorcado en Jerez de la Frontera, siendo tal la flaqueza de su ánimo que cuando salió de la cárcel las cadenas estaban pegadas á sus huesos casi desnudos: á tanto habia llegado su sufrimiento.

Diaz Cano halló asolada á Rota, parte por el saqueo del enemigo, parte por el de la plebe que señora de la poblacion durante el tiempo que tardó en llegar Villadarias, terminó lo que aquel habia empezado. El comercio de Cádiz dió grandes sumas para todas las provisiones y armas que fuesen necesarias: la ciudad se obligó por vales á satisfacer todo cuanto se le facilitase para su defensa. Muchas ciudades hicieron generosos donativos: los de Sevilla llegaron á cuatrocientos ochenta mil reales.

Para vencer al enemigo no se necesitaron armas ni gentes: la esquivez, el desvío de los naturales para con

el lugar-teniente del archiduque, fué verdaderamente quien tomó á su cargo la defensa de Andalucía contra aquella armada y aquel ejército que por mar y tierra parecia haber venido resueltamente á combatir y batir á Cádiz. Pero á este ejército con fuerzas y con número tan crecido, de nada sirvió su multitud: de nada la sagacidad y el esfuerzo de sus caudillos. No se alentó el poder de los estraños porque no vió atrevimiento ó resolucion en los propios para proclamar al archiduque. Cádiz, pues, padeció solo el tormento del temor, pero no el daño que temia. Probablemente Darmstad solo quiso hacer un ensayo de lo que se podia esperar de Andalucía en favor del archiduque; y así viendo que solo se sometian las poblaciones que sin defensa y casi abandonadas ocupaban sus tropas, desistió de la empresa para no malograr en una jornada inútil el crédito y el poder de sus armas. El sistema de Darmstad, hombre de tanta enerjía y actividad, fué en nuestra provincia la inaccion: esto demuestra que habiendo estado aquí dos meses sin internarse, cuando no habia mas que una sombra de ejército que se opusiese á sus soldados, su intencion era solamente esperar que los pueblos del interior de Andalucía proclamasen rey al archiduque, teniendo tan cerca quienes les podian facilitar socorros.

Darmstad se engañó en sus pensamientos. Cuando á su parecer era mas favorecido de la fortuna, estaba entonces mas engañado. Pocos dias fueron aquellos en que holló con su altivez los pueblos de nuestra costa: pocos en verdad, pero muchos para quien inútilmente esperaba. Sus tropas se apoderaron de la hacienda agena, igualando en la depredacion á amigos y enemigos. Ni aun los pobres se libertaron de trabajar violentamente en su servicio. En las guerras ni aun tienen seguro su sudor los desdichados. Las cartas que escribia á las ciudades eran recibidas con desprecio: nada valian sus ofertas ni sus amenazas: las letras no pe-

saban en el ánimo de los que las recibian mas que el papel en que estaban escritas.

La noche de su embarque huia de él el sueño, segun la mala acojida que le daban sus ojos, pensando en que sus enemigos lo deshonrasen llamándolo con la autoridad que les daba el suceso, hombre inexperto é incapaz de tan alta empresa. Penosa era para su impaciencia por alejarse de Cádiz la noche que lo convidaba inútilmente al descanso, cuanto eran breves aquellos dias que pasaba en medio del peligro.

En la hora del alba, cuando ni bien dormian ni bien velaban los suyos, desde la cubierta de su navío contemplaba la ciudad que no habia rendido. Hubiera deseado luchar, aunque la mayor parte de su gente en combates gloriosos hubiera dejado en la campaña las armas y las vidas en cambio de una victoria, porque las muertes que se compran con las victorias tienen las realidades de vida aunque con apariencias de muerte. El enemigo hubiera tenido poder para apartar de sus ojos aquellos valientes que acaudillaba, pero no para darles la segunda muerte apartándolos de la memoria.

Sus ojos amortiguados veian todos los pensamientos de los suyos que deseaban ser conducidos á nuevas empresas. Él con el semblante sereno pero el corazon herido, aunque queria disimular con desden el desaire que habia esperimentado de los pueblos, lo manifestaba en su mirar, porque en las penas da voz el corazon á los ojos.

Bien hubiera querido yo dar á esta pintura de la invasion de nuestra provincia, no el color muerto que á mis ojos tiene, sino toda la perfeccion del arte, toda la fuerza de mi pensamiento, toda la vida de los sentidos para trasladarla á los siglos venideros. En ella se puede aprender cómo la virtud y la lealtad, aunque esté desmayada la fortaleza y la constancia flaqueando por falta de medios de defensa, pueden vencer á muchos enemigos y ser dignas de alabanza y de condigno pre-

mio en un siglo en que se empleaba la memoria muchas veces en lo que convenia ignorar.

El dia 29 comenzó la armada á levar anclas. Era tal la confusion de la muchedumbre y tal el estruendo que no dejaban apenas á los marineros atender al silbo del piloto que les avisaba, ni los forzados podian con el ruido de las cadenas y de los soldados tampoco oir el silbo del cómitre, y mover los remos en los pocos galeones que los tenian.

No habia tempestad que alborotase las ondas y enlutase el cielo: ni gemia el mar azotado del aire, ni crugian los mástiles, ni flaqueaban las entenas, ni sacudida de todas partes la proa no hallaba camino; ni partido el mar en inconstantes montes abria sepulcro á las naves, ni los marineros confusos no esperaban otro puerto que el de la muerte.

Al contrario, un aliento delicado del aire despide de tal modo á los bajeles enemigos, que el grande aparato de sus velas de nada les sirve: las velas, antes un poco hinchadas, caen y se arriman al mástil, y aun caen con ellas los ánimos de los marineros, aflojándose y enredándose las jarcias.

Hasta el dia siguiente no pudo la armada entregarse al mar: los ecos de las olas que rebatiendo su furia en los peñascos, retumbaban en los cerros inmediatos, parecian como que publicaban su pena por las no vengadas injurias que cometieron en nosotros los enemigos: las aguas que quebradas en la playa corrian otra vez para el mar de donde vinieron, parecian igualmente que eran lágrimas con que lamentaban la desdicha de los pueblos saqueados. Las mismas ondas levantándose con las naves las querian prender para que no huyesen con los despojos. Las nubes que guiadas del viento venian de la parte por donde ellos caminaban, parecian correos que enviaban los prisioneros, y las espumas que iban corriendo contra el curso de los navíos, parecian tambien que se quedaban atrás para traer á

tierra la respuesta de que cuanto sus parientes lloraban su ausencia y desdicha, otro tanto ellos en sus cadenas las lloraban.[1]

1 El marqués de San Felipe en sus *Comentarios de la Guerra de España,* fué mal informado en todo lo que escribió referente al asedio de Cádiz por los aliados. Dice que desembarcaron en Rota, que el gobernador la rindió vilmente: que Darmstad le dió en premio el título de marqués, que al retirarse á la armada iban tan tumultuariamente y tan apiñados que la mayor parte de las lanchas se fué á fondo: que sin órden, sin obediencia y en tamaña confusion, perdieron muchos las vidas, mas á impulsos de su alboroto y miedo que á manos de los españoles: que seiscientos fueron los muertos á hierro y á balazos y los anegados mas: que se recobró á Rota y que el marqués de Villadarias mandó ahorcar á su gobernador: que dos navíos intentaron forzar una cadena que se formó á la boca de la bahía con vigas y maderos y dos viejos navíos henchidos de piedra.

Todo esto es falso como se habrá visto en mi relacion escrita con presencia de testimonios auténticos. Diaz Cano, gobernador de Rota, fué premiado por el rey con un hábito de una de las órdenes militares, y el duque de Arcos le dió el corregimiento de su ciudad.

Véase la obra *Diaz Cano vindicado,* apología que contra las calumnias del marqués de S. Felipe escribió el hijo del gobernador de Rota, Fray Pedro Cano: en ella está tambien el diario del suceso que dedicó á la ciudad de Cádiz don Manuel Danio Granados. Entre las cartas de don Melchor de Macanaz, hay una en que dá muchas noticias del suceso, y concuerda con la obra de *Diaz Cano vindicado* en muchos particulares.

La historia del marqués de S. Felipe es sin embargo, mas conocida, y no hay historiador que de un siglo á esta parte haya tratado del suceso que no diga que el gobernador de Rota tomó partido por el archiduque y que fué ahorcado. Ya en el año de 1848 escribí sobre este hecho, procurando hacer mas pública la vindicacion de la memoria de aquel caballero.

CAPITULO II.

Toma de Gibraltar por los aliados.—Colonia inglesa.—Asedios por los españoles.—Trasládase á Cádiz todo el comercio de Indias.—Don Andrés de Pes, ilustre gaditano á quien debió su patria este beneficio.—Protestas de Sevilla.—Otro asedio de Gibraltar.—Arsenal de la Carraca.—Venida de Felipe V á Cádiz.—Incorpora varias ciudades de esta provincia á la corona.

Leopoldo I, emperador de Alemania, rey de Hungría y de Bohemia y archiduque de Austria, renunció juntamente con su primogénito José todos sus derechos á la corona de España en favor de su otro hijo Cárlos, que mas tarde por la muerte de su progenitor y de su hermano ocupó el sólio del imperio; renunciacion, aunque hecha en 1703, ya presentida por los políticos desde el fallecimiento del último de nuestros reyes austriacos. Si oficialmente la guerra se continuaba con los aliados á nombre del emperador, todos, así amigos como enemigos, entendian que Cárlos era el destinado para monarca de España é Indias.

Cádiz, despues de la tentativa de Darmstad, permaneció por Felipe V, no sin que alguna gente de la de menos importancia y muy poco numerosa, intentase favorecer al archiduque, conspirando para entregar la ciudad á los aliados. En 1704 el vice-almirante inglés Jorge Binghs, apareció á vista de Cádiz, en fé de las promesas de los conjurados. Estos, exajerando su número y engañados por su atrevimiento antes de la hora del combate, habian ofrecido apoderarse del castillo de San Sebastian y entregarlo al vice-almirante, el cual persuadido de la seguridad con que los fautores de la conjuracion, le habian pintado la empresa todo era bordear, volver á bordear con sus naves y repetir varios

dias sus movimientos delante de la ciudad, entretenido con la esperanza del suceso, é imajinando que sin hacer violencia alguna venceria á los enemigos y los rendiria y ataria con sus propias armas. Nadie se opuso al desacierto de los conjurados, porque la conjuracion fué ahogada por el temor de aquellos hombres indignamente ambiciosos, y ambiciosamente cobardes. Su mismo espanto los hizo libres de culpas é incapaces de todo delito.

Desvanecida la anticipada confianza de apoderarse de Cádiz, pusieron los aliados sus intentos en la ciudad de Gibraltar. El almirante inglés Rooke que habia vengado en la flota de Indias dentro del mismo puerto de Vigo el desden con que en nuestra provincia fué recibido el príncipe Darmstad, ahora ardia en impaciencia por tomar satisfaccion de la inútil tentativa de los aliados sobre Barcelona. Bien pronto se cumplieron los deseos que algunos meses seguian y fatigaban á Darmstad y Rooke, especialmente al primero cuyo corazon estaba lastimado por la esperiencia de la ingratitud de sus amigos, sordos á su voz, indiferentes á su presencia. Todos conocian sus ciertos aunque bien disimulados sentimientos, y por ser muy disimulados mayores. Sobraba tal martirio para matar, si pudiera marchitarse la virtud eminente con los contratiempos ó envejecer con los desengaños.

Ciento y veinte naves de guerra de Inglaterra y Holanda con nueve mil hombres de desembarco, asomaron en el estrecho. Ochenta hombres guarnecian solamente á Gibraltar: las armas para repartir á los paisanos eran pocas y de ninguna utilidad por su mala conservacion: las municiones de guerra tan reducidas é inútiles como las armas. Ni la providencia podia armarse, ni la sagacidad prevenirse. No habian tenido los de Gibraltar ni aun leve recelo de su peligro. La primer noticia fué su presencia.

Gobernaba la ciudad el sargento mayor de batalla don Diego de Salinas, el cual queriendo apartar toda

sombra de desaliento en los suyos, comenzó á animarlos y á armar al paisanage en número de cuatrocientos setenta, representando á todos cuan estériles habian sido hasta entonces las tentativas que habian emprendido los aliados contra ciudades importantísimas; que en vano en el ardor de su ambicion acometerian á Gibraltar: que sus fuerzas aunque aparecian tan grandes como altura sin medida y como abismo sin término, se asemejaban segun la esperiencia lo habia demostrado, al arroyo que camina con gran ruido, pero que corre sin caudal.

Darmstad en tanto, no queriendo hurtar el tiempo al tiempo que no tenia para con una fuerte resolucion destruir el descrédito que sus émulos habian empezado á levantar contra su persona por los ningunos efectos de sus empresas, desembarcó con dos mil hombres en Punta Mala, cerca de Puente Mayorga. Caminó con su hueste por el itsmo de arena, sin hallar quien intentase impedirle el paso, y estableció sus trincheras á tiro de cañon de la plaza.

Rooke entró en la bahía con toda su armada, sin que por la ciudad se opusiese resistencia. El almirante inglés, sin embargo, como muestras de su poderío disparó contra Gibraltar algunos cañonazos para poner terror á los enemigos y dar aliento á los parciales del archiduque que creia tener dentro de los muros de aquella fortaleza. Así demostró que su ánimo era favorecer, teniendo al propio tiempo sobrados medios de destruir.

El gobernador de Gibraltar habia enviado avisos al marqués de Villadarias y á los pueblos comarcanos. Pedia á unos, instaba á otros, rogaba á aquel que cuanto antes remitiesen socorros para contrastar al enemigo. Creia que todos en aquel trance sentirian cual él la necesidad, que la entenderian, y que entendiéndola no solo querrian y sabrian remediarla, sino que podrian responder con numerosas y aguerridas fuerzas á la voz

del peligro. Hablaba en todas sus cartas como hombre á quien el escesivo dolor heria el alma.

El príncipe Darmstad envió al siguiente dia 4 de Agosto un mensage con una carta del archiduque Cárlos á Gibraltar, mandando al gobernador de esta plaza que acatándolo como su soberano, hiciese su proclamacion no solo en la ciudad, sino en los pueblos de su comarca. Acompañaba á esta carta otra del príncipe Darmstad, llena de razones benévolas para persuadirlo á la obediencia.

La respuesta de la ciudad no tardó mucho tiempo: todos los principales habian convenido en mantenerse fieles al juramento que habian prestado: el rey de España era para ellos Felipe V. Bien conocian que poco podia valerles la resistencia, pero sin duda determinaron ostentar que en aquel instante valian menos las amenazas de sus enemigos.

Al siguiente dia otra nueva carta de Darmstad demostró que estaba resuelto á emprender la toma de la plaza con todo el rigor de la guerra, caso de que sus habitantes no se pusiesen desde luego bajo la sombra de su benignidad; proposicion que no obtuvo mejor respuesta. Creyó el príncipe que el miedo de los vecinos de Gibraltar habia pasado á ser terror y el terror mismo á temeridad en el hecho de resistirse á sus palabras cuando no podian hacerlo á sus fuerzas; y así concertó con el almirante Rooke la manera de combatir al siguiente dia la plaza. A las cinco de la mañana del domingo 4 de Agosto se pusieron en línea treinta navíos con algunas bombardas. Quince mil cañonazos sufrió la ciudad en el espacio de seis horas.[1]

Estremecíanse los tejados y las paredes, crujian los maderamientos y las vigas, caian puertas y ventanas, y aun casas enteras: llovian por todas partes ladrillos y tejas: volaban chimeneas y cimborios, capiteles, campa-

1 Algunos autores españoles dicen que treinta mil.

nas y campanarios. Faltaban el ánimo y el consejo en los mas cuerdos: allí irreparables daños, aquí inconsolables gemidos. Muchos con su sangre dejaban escrito el dolor en el alma de sus amigos. El gobernador Salinas procuraba alentar á los soldados y á los vecinos que porfiaban en la defensa. Cuando oian algunos de los heridos sus tiernas palabras, sus razones amorosas llenas de paternal afecto y matizadas con lágrimas, recibian nuevo dolor viéndose impedidos de ayudar á la resistencia. Otros despues de hacer en los enemigos estrago y grande tenian la vida por ociosa pues daban por terminado el combate. Otros dirijian su postrimer adios á la vida porque entendian que en aquella hora habian de despedirse para siempre de su ciudad amada.

Los ingleses en el combate mostraron un valor igual al de la resistencia, porque fueron terribles los peligros que se presentaron á su osadía. Ciento en varias chalupas se apoderaron del muelle nuevo, tras una defensa heróica para los medios con que podia hacerse: el muelle viejo fué desde luego abandonado, porque apenas los habia para ofender á un enemigo poderoso. Sin embargo, los españoles al retirarse volaron la torre de San Leandro.[1] Siete lanchas y algunos botes de los aliados quedaron sumergidos al reventar la mina, pereciendo mas de trescientos ingleses.

Si bien algunos de nuestros escritores mas apasionados hablan con desprecio del arrojo de los marineros ingleses que se apoderaron de los muelles y treparon por algunas partes, al parecer mas inaccesibles, del monte, despreciando el fuego de la artillería española, los oficiales del ejército de tierra no pudieron menos de atribuirles el honor de la conquista.

Juntó el gobernador al ayuntamiento para conferir lo que habia de hacerse en vista de los ningunos medios

1 Estaba en la estremidad del espigon que se adelanta á la bahía y que hoy llaman los ingleses *lengua del diablo*.

que se contaban para mas resistir á un ejército en fuerzas y en número tan crecido y á una armada tan prepotente: que muchos vecinos amilanados ya abandonaban la defensa creyendo que solo podrian conservar las vidas los que pudiesen huir: que continuar en la desigual pelea era ofrecerse por víctimas y sacrificar inútilmente la ciudad que pudiera ser recuperada luego ó cedida en los tratados que se formasen en la hora de la paz; y que así opinaba que deberia capitularse exijiendo los mas honrosos partidos.

En aquel momento y con aquella esperiencia del poder de los enemigos, no hubo quien se opusiese á una determinacion tan cuerda y digna. Todavía era tiempo de obtener ventajas en la capitulacion, porque aun podian resistir los de Gibraltar: cuando mas menguadas hubieran estado sus fuerzas por nuevos combates del enemigo, y el enemigo con mayores bríos y con el encono de la oposicion á sus designios, no hubiera sido tan fácil conseguir tales partidos. Ocasiones hay en que los de una ciudad combatida no pueden pedir ni aun rogar al vencedor, sino someterse á lo que manda.

Las capitulaciones fueron que los oficiales y soldados saldrian con sus armas y bagajes, pudiendo llevar los primeros sus caballos: que los cofres de los oficiales, regidores y demás caballeros podrian sacarse de la ciudad sin ser registrados: que la guarnicion tendria setenta y dos horas de término para abandonar la plaza, y podria llevar consigo tres piezas de bronce de diverso calibre, con doce cargas de pólvora y las balas correspondientes. Esceptuábanse de estos y otros beneficios de la capitulacion á los súbditos del rey de Francia que residian en Gibraltar, los cuales quedarian prisioneros de guerra y sus bienes á disposicion del vencedor.

El estandarte imperial ondeó por breves instantes sobre los muros de la ciudad rendida, aclamándose por las tropas de Darmstad al archiduque con el nombre de Cárlos III rey de España. El mismo Darmstad

habia formado las capitulaciones como lugar-teniente del soberano.

Sin embargo, el almirante inglés Rooke mandó enarbolar la bandera de Inglaterra sobre la atalaya vulgarmente conocida por el Hacho y proclamar á la reina Ana. No habia ira sobre la ira de Darmstad apenas vió la inesperada resolucion del almirante. Los austriacos con la mas grande indignacion clamaban al príncipe para que pidiese reparacion de aquella ofensa. Poco mas de dos siglos eran pasados y repetíase un caso igual en todo al que vió Gibraltar en su última conquista, por el que luego fué marqués de Cádiz y por el duque de Medina Sidonia.

Cuando Rooke pedia albricias á su alma por haber conseguido su deseo, Darmstad le exijió una esplicacion por aquel hecho que consideraba y consideraba bien, un agravio al archiduque. Ignóranse ciertamente las respuestas de Rooke, si bien creen algunos que se redujo á interpretar favorablemente al hecho un capítulo del tratado de Lóndres. No insistió Darmstad en su querella; y así mandó quitar las banderas austriacas que se habian tremolado en diferentes partes, remitiendo en secreto al emperador exijir la reparacion de la ofensa.

Atribuyen muchos falta de enerjía á Darmstad: yo no lo disculpo, sino que reconozco que en el estado de la guerra con el formidable poder de Luis XIV y la responsabilidad que él tenia como lugar-teniente del archiduque, no debia proceder en aquel conflicto con la arrogancia que su espíritu altivo le ordenase, sino con el oculto recelo y con la recelosa calma que la gravedad del caso exijia. Luis XIV podia ser vencido, permaneciendo juntas para combatir sus fuerzas las de los austriacos, britanos y holandeses. Debilitada la alianza por la separacion de una de estas naciones, la victoria del monarca francés era segura. Bien conoceria Darmstad el estado político de Europa: bien los frágiles lazos que unian á los ingleses con la casa de Aus-

tria, y sobradamente, que á toda costa el archiduque necesitaba las escuadras inglesas para llevar la guerra por las ciudades marítimas de España. Un imprudente y temerario arrojo, promovido por el orgullo, hubiera en otro general ocasionado un rompimiento con el almirante Rooke, siguiendo al rompimiento con el almirante Rooke el abandono del archiduque por parte de Inglaterra, pues si bien Inglaterra en los primeros instantes pareció no aprobar el hecho de aquel célebre marino, la conveniencia de conservar aquella conquista para la seguridad del dominio de ambos mares, hizo enmudecer las quejas, las emulaciones y las envidias, y despreciar los agravios de los príncipes.

Los vecinos de Gibraltar no quisieron ser estrangeros en la ciudad donde habian nacido, y casi todos salieron de ella para siempre. En su mayor parte para no agraviar la fidelidad que conservaban en sus pechos á las ruinas de su patria, se refugiaron en Algeciras y poblaciones comarcanas, llevando consigo el honor de la defensa, el honor de la retirada y el honor de la desdicha, nunca mas honrada que cuando la dignidad la sigue, despues que la dignidad la ha precedido.

El dia 5 de Agosto, perdida ya la plaza, se juntaron en el municipio los regidores y los mas principales caballeros por la vez postrera, y escribieron una carta al rey Felipe V con protestas de su amor y de su fidelidad, autorizadas con la prueba de abandonar todos sus hogares para no consentir sobre sus personas el yugo estraño, y con la resolucion de seguir defendiendo á riesgo de sus vidas los derechos de su legítimo rey.

Al dia siguiente se constituyeron como representantes de la ciudad de Gibraltar en una ermita dedicada á San Roque en la cumbre de una colina, á legua y cuarto, el gobernador don Diego de Salinas, el alcalde mayor, catorce regidores, un jurado, el alguacil mayor y cinco caballeros. Desde este dia se puede decir que tuvo principio la ciudad de San Roque que mas tarde fué fundada.

Para todos los del partido del archiduque, Rooke habia perdido á la razon el respeto con su hazaña; pero como Darmstad habia protestado su respeto con su prudencia, no hubo términos hábiles para impedir que tomase el gobierno de la plaza. Quedaron á sus órdenes mil ochocientos marineros británicos y dos batallones de holandeses, en tanto que el almirante iba con su escuadra á hacer aguada en las costas de Africa. El dia 21 divisó la del conde de Tolosa y determinó acometerla, para lo cual dispuso que los marineros ingleses que habian quedado en Gibraltar acudiesen inmediatamente al servicio de las naves. Tres dias despues trabaron combate las dos escuadras en las inmediaciones de Málaga, combate en que los dos adversarios pelearon tan bien y con tan recíproco estrago que ambos se atribuyeron el honor de la victoria, que en mi opinion no la hubo: yo apreciando mas la verdad que la arrogancia tan comun en los que escriben hechos patrios, opino que el honor de la jornada fué para las cuatro naciones que pelearon en aquel tremendo dia sobre las aguas del Mediterráneo: Francia, España, Inglaterra y Holanda. Las dos primeras pudieron haber conseguido mas ventajas, si atendiendo menos á sus estragos, hubieran últimamente hecho un supremo esfuerzo contra la de los aliados que apenas tenia ya municiones. Considerado de este modo el suceso, la victoria fué de los ingleses.

Tornó Rooke á Gibraltar para la reparacion de su armada. El 15 de Setiembre, despues de haber dejado en la ciudad una guarnicion de dos mil hombres, partió para Inglaterra.

Felipe V mandó que la plaza fuese oprimida desde luego con un formidable sitio, antes que los enemigos pudieran multiplicar sus fortificaciones y hacer mas y mas dificultosa su reduccion á nuestras armas. Mas de nueve mil hombres acudieron al campo de Gibraltar: el marqués de Villadarias tomó el mando de este ejército. El contra almirante francés Mr. Pointi fué en-

viado por el conde de Tolosa con diez navíos de línea y nueve fragatas, no solo para impedir socorros por la parte de la bahía á los contrarios, sino tambien para auxiliar los trabajos del asedio con veinte piezas de batir y tres mil hombres de desembarco.

Darmstad dispuso la ereccion de muchas fortificaciones con la celeridad que el caso demandaba y con los mejores medios de que podia disponer, todos bastantes para impedir el paso al enemigo y esperar nuevos socorros. No faltaron estos. Una escuadra inglesa de veinte navíos al mando del vice-almirante Sir John Lake, aprovechando la circunstancia de estar en Cádiz la de Pointi, y en el Mediterráneo la del conde de Tolosa, penetró sin oposicion en la bahía de Gibraltar y pudo introducir en la plaza toda clase de auxilios en gentes, víveres y municiones. Formados en línea los navíos, comenzaron á lanzar la destruccion y la muerte contra las baterías españolas. Por las troneras salian repetidamente mil llamaradas envueltas en un humo denso; olia la pólvora, sonaban los tiros, retumbaba el mar, se estremecia la tierra, el viento parecia arder, y cuantos españoles estaban en la orilla, cubiertos de una nube densísima de la pólvora propia y de la agena, culpaban á sus ojos porque no podian alcanzar á ver con toda exactitud los sitios á donde habian de dirijir con certera puntería los tiros para destruir las naves.

Al fin los ingleses se vieron compelidos por el daño propio á retirar fuera del tiro del cañon de nuestras baterías sus naves con los gallardetes derribados y teñidos en la sangre de sus defensores.

El rigor del invierno, terrible en lluvias y tempestades, causó mayor estrago en las baterías españolas, que el hierro y el plomo de los enemigos. Tales contrariedades solo servian de animar mas y mas al marqués de Villadarias, de hacerlo mas y mas terrible en estrechar el asedio. Conocia que por lo comun en las empresas militares es para uno solo el mérito y para los demás

los trabajos, y por eso queria que los trabajos de su persona fuesen iguales á su mérito. Crecian sus deseos, ardía su corazon, las llamas subian á lo mas secreto del alma: unos pensamientas le fatigaban, otros le complacian, buscaba medios para apresurar el fin de su esperanza: llanos eran para su imajinacion los riscos, los valles y los montes: ya se paseaba á deshora por las líneas, yá se detenia, celebrando lo que padecia su alma con las lisonjas de sus deseos: no habia otra conversacion en su boca que el asalto de la plaza, ni en su lengua sonaba mas que el nombre de la ciudad combatida. Nunca supo lo que era el descanso en los meses en que dirijió el combate de Gibraltar. Una silla era su lecho. No teniendo sobre que reclinar su cabeza, su propio pecho le servia de almohada.

Darmstad, en tanto, veia con mas certeza el fin de aquella jornada, en fé del valor de los suyos, de la fortaleza del sitio y de la direccion que daba á la defensa. Cuando Pointi apresó cuatro navíos ingleses con cuatrocientos hombres y considerables pertrechos de guerra, envió á Villadarias una carta tan altaneramente escrita, como si fuese señor absoluto de la guerra, previniéndole el cange. Villadarias tardó en responder á esta peticion, mas que peticion amenaza; pero al cabo le dirijió una respuesta tan digna, que por no hacer que en mi pluma pierda la sublime gravedad de sus razones, no me atrevo á enumerarlas.

Algunos generales españoles de gran nombradía concurrieron igualmente al sitio de Gibraltar: el duque de Osuna, el conde de Pinto, el marqués de Aytona y otros no menos distinguidos.

Hubo un dia en que la ciudad se vió casi en poder de nuestras tropas, por un suceso que confirman muchos historiadores españoles, algun estranjero y la tradicion constante de los moradores de los pueblos comarcanos. Tal vez no haya exactitud en algunas ó en muchas de las circunstancias con que se refiere; pero no

hallo razon que baste á creer que ha sido el suceso inventado por un vano deseo de gloria.

Todo aun no estaba á punto para dar el asalto, ni casi se podia decir que los enemigos se habian puesto en armas para resistirlo y los nuestros en órden para acometerlo, cuando un pastor llamado Simon Susarte, práctico en las asperezas del monte en que se habia criado, ofreció al marqués de Villadarias conducir á cierto número de tropas por ocultas sendas hasta la cumbre del Peñon. No se atrevió el capitan general á creer cuanto el cabrero le ofrecia; pero despertó su voluntad para disponer que un oficial de toda su confianza pasase al monte con él para certificarse de la verdad de su promesa. Confirmado lo que era superior á sus esperanzas, determinó Villadarias que el coronel Figueroa con quinientos hombres, llevando por guia al pastor, se dirijiese á la empresa, doblemente favorecido por las sombras de la noche, y que al toque de Diana, un asalto general al monte respondiese á los esfuerzos de los españoles que ocupasen las alturas.

El coronel Figueroa caminó con su gente á la hora de la media noche. Dentro de su mismo corazon se preguntaba que á donde habia de llegar su gloria, si conseguia lo que la fortuna habia colocado bajo la jurisdiccion de su denuedo. Pone mano á la espada, tiéntala, y no se resuelve á llevarla contra su pecho como á la prenda querida de su riesgo y de su esperanza, y deseaba impaciente ir por el monte arriba con la celeridad que no consentian la noche, las quiebras del terreno y la cautela. En una gruta debajo del Hacho quedaron mejor ocultos los españoles, cual si no lo estuvieran ya bastantemente por las sombras. Figueroa, en tanto, á la boca de ella, encendia el aire con los suspiros que pronunciaban las ansias de sus deseos: miraba al cielo y culpaba interiormente á las estrellas por no apresurar su curso: volvia los ojos á oriente á ver si despuntaba el dia de su gloria. Una hora antes de amanecer, las

tropas coronaron las alturas. Veinte hombres con un oficial, y el pastor por guia, se encaminan al Hacho: apresuran la jornada y logran pasar á cuchillo la guarnicion inglesa, desprevenida para aquel trance. La bandera española quedó enarbolada sobre la cumbre del monte. En esto el alba comenzó á bañar el mar y á matizar la tierra. Mudo el campo español permaneció, sin que un solo tiro anunciase que se preparaba á acudir en auxilio de los pocos que ocupaban las alturas de Gibraltar. Volaban los instantes, y en las líneas nuestras no se descùbrian mas que los centinelas ordinarios. Todavía se atreve Figueroa á confiar que las tropas saldrán al asalto: su vista no se fijaba en el peligro que estaba en la ciudad, sino en su esperanza que estaba en el campamento. Un color se retira de su rostro, otro matiza sus mejillas: ocupa un sudor todos sus miembros, teme y tiembla, traga saliva, no pueden pronunciar sus labios una palabra sola. No era la cobardía lo que así contra su voluntad derribaba su espíritu, sino el convencimiento de la indignidad de aquel abandono.

Corre, en tanto, la fama del suceso por toda la ciudad, espárcense mil nuevas á cual mas contradictorias: auméntase el ruido de la gente por las calles, aquí las tropas que marchan aceleradamente, allí la ansiedad de los vecinos.

Un regimiento á las órdenes del jóven Enrique Darmstad, sobrino del príncipe, se adelanta á combatir á los españoles: comienza el fuego. Un súbito alarido, sino de las bocas, al menos de los corazones, sale del campo nuestro y se levanta al cielo pidiendo ayuda para nuestros hermanos. Enrique Darmstad fué herido en la cara. Aun se oia rechinar la espada que lo habia herido, y ya acudian sus amigos á detener la sangre y á retirarlo de la pelea. El coronel Figueroa animaba á los suyos. Parecia que se desnudaba de la vejez, y que al fuego del honor se revivia, en aquellos instantes en que se negaba á ayudar á su pensamiento la fortuna.

Los suyos juntaban las fuerzas al deseo, pero inútilmente.

Consumidas las cortas municiones[1] que tenian, su resistencia no pudo ser mas duradera. Dieron los ingleses varias cargas á la bayoneta, y acabaron con aquellos pocos españoles, víctimas de la obediencia y del abandono. Unos fueron pasados á cuchillo, mientras empuñaban las armas: otros quedaron en prisiones, siendo mas envidiable el fin de aquellos que la vida de estos. La muerte de los unos debió reputarse por clemencia ó misericordia, pues les dieron los enemigos por pena lo que por naturaleza ellos tenian: á los otros otorgaron por generosidad lo que mas bien era pena, cual fué dejarlos en mano de toda suerte de rigores y desgracias, verdugos miserables que con las miserias dan la mas lenta y la mas terrible de las muertes.

Huyó el pastor con otros paisanos, como gente experta en las salidas del monte, y regresó al campamento para sonrojar con su presencia y con la relacion de la historia de aquellos desdichados á los causantes de su desdicha.

No fué descuido ni abandono en el marqués de Villadarias no acudir al asalto del monte, segun habia resuelto, sino necesidad extrema. El general francés Mr. Cavanne, que mandaba una division auxiliar de tres mil hombres, heló á última hora con su negativa á contribuir al hecho el denuedo y la confianza de Villadarias, manifestando que era humillacion para el honor de ambas naciones que despues de tan dilatado asedio la conquista de esa importante plaza se debiese á la impericia militar de un cabrero, palabras por cierto dignas de quien se ha dicho, pero que malograron la ocasion de recuperar la fortaleza.

La causa principal fué cosa muy distante. Por mo-

1 Tres cartuchos por plaza llevaron los soldados para la empresa. Increible pareceria el hecho si no lo confirmasen cuantos han hablado de él.

mentos se esperaba al mariscal Tessé, que de órden de Felipe V iba á encargarse del mando del ejército sitiador con mengua del crédito de Villadarias. Este quiso anticiparse á su venida y responder con el triunfo al desaire que le habia inferido el monarca, confiando tan poco en su valor é inteligencia, y atribuyéndole sin duda las dilaciones en reducir la plaza á la fuerza de sus armas. Cavanne conociendo el propósito de Villadarias y deseoso de que la gloria de la conquista se debiese á un mariscal de su nacion, creyó oportuno impedir el asalto. Villadarias con la determinacion de los auxiliares, presintió que iba á perecer inútilmente gran parte de su ejército en el asalto, y así antes que aventurar su crédito y ensangrentar su nombre con un hecho, ya claramente temerario, prefirió dejar en el abandono al coronel Figueroa y á sus quinientos soldados que en su mayor parte humedecieron con su sangre el suelo del peñon, y quedaron enterrados en su polvo.

Tomó el mando el mariscal Tessé, y Villadarias con otros oficiales españoles de gran mérito se retiró del campo donde sobraba para la empresa el valor, pero ni habia apenas pólvora, ni cañones en buen estado, ni un marino experto que impidiese la entrada de los socorros en la plaza.

Los cañones nuevos llegaron desde Cádiz mas tarde de lo que la necesidad requeria: trescientas mil libras de pólvora fueron traidas desde Tolon, mas tarde aun que los cañones: una tempestad dispersó la escuadra de Pointi que quedó reducida á cinco navíos: el almirante Lake los acometió con la suya y apoderóse de tres, en tanto que Pointi se retiró con dos que hizo encallar entre Estepona y Marbella y reducir á cenizas, no bien se pusieron en salvo sus marineros y tropa.

Despues de ocho meses de un contínuo asedio, Gibraltar quedó libre de la opresion de la guerra. El mariscal Tessé tuvo que levantar el sitio, retirando la artillería y dirijiéndose con todo su ejército á Castilla.

Por el artículo 10 del tratado de Utrecht (3 de Junio de 1713) cedió Felipe V á la corona inglesa *por sí y por todos sus sucesores la plena y entera propiedad de la ciudad y castillo de Gibraltar, juntamente con su puerto y las defensas y fortalezas que le pertenecen, dando la dicha propiedad para que la tenga y goce absolutamente con el entero derecho y para siempre sin excepcion ni impedimento alguno.* Inglaterra sirvió de mediadora para el establecimiento de la paz. Así fué recompensada. Felipe V á todo trance necesitaba poner fin á la guerra. Cansados los pueblos con tantos sacrificios y con las penalidades de una lucha tan larga y con estados tan prepotentes, y él anhelando asegurar para siempre la posesion de la corona de España é Indias, creyó que todo debia posponerse á proseguir la guerra. Gibraltar y Menorca fueron las cesiones arrancadas á este deseo. Inglaterra, pues, en la lucha obtuvo las mayores ventajas entre todos los aliados. Así el derecho de la fuerza que dió á los ingleses la posesion de Gibraltar, quedó robustecido con el de la fé de un tratado. Ya la violencia no mantenia enarbolado el pabellon británico sobre los muros de aquella fortaleza, sino la propiedad lejitimada por el interés impaciente y débil de un príncipe.

Cádiz, mientras duró la guerra prestó grandes servicios á Felipe V. En 1704 levantó un regimiento de quinientos hombres, vestidos y equipados á costa de la ciudad, los cuales salieron á la campaña. Las 16 compañías de las milicias de Jerez de la Frontera estuvieron siempre de guarnicion en Cádiz, como la ciudad de estas partes mas amenazada de los enemigos.

En 1717 un hijo de Cádiz no miró con desden en aquella edad la isla en que habia nacido. Su nombre era don Andrés de Pés ó Pez, varon notable por su valimiento, y no como quiera, sino por su valimiento capaz de engrandecer á su patria, y engrandecerla de tal modo, que por él en el siglo último, llegó á ser una de las primeras ciudades mercantiles de Europa,

y la primera de España, hecho notable y creo que de nadie escrito. Este distinguido patricio valia por todos, y no solo por todos, sino por mas que todos los gaditanos de su siglo, y sus servicios fueron grandes, y tan grandes que los mayores eran pequeños en comparacion suya.

Ejerció el cargo de gobernador del consejo de Indias, reinando Felipe V, y al propio tiempo sirvió la secretaría del despacho de marina é Indias, sin que se le expidiese título de secretario de Estado. Por eso no refrendaba los despachos, y era porque en aquel tiempo tenian carácter mas elevado por su dignidad los presidentes de los tribunales ó consejos.

Don Andrés de Pés que gozaba del favor del intendente don José Patiño, que alcanzaba todo el del monarca, consiguió en 1717 que pasasen á Cádiz los tribunales de la casa de Contratacion y el Consulado de Sevilla, y que Cádiz fuese el único puerto para el comercio de Indias.

Al propio tiempo, para impedir que algun dia se anulase esta disposicion por favorecer á Sevilla, destruyendo los principales fundamentos en que esta resolucion se habia tomado, cuales eran los riesgos de la barra de Sanlúcar, influyó activa y poderosamente para que de órden de Patiño fuesen cegadas todas las obras que se habian emprendido para unir el Guadalquivir con el Guadalete, pensamiento que habia hallado siempre tenaz oposicion en los duques de Medina Sidonia, pues de realizarse iba á menguar estraordinariamente el comercio de la ciudad en que siempre habian tenido su residencia, así como habia encontrado apoyo cerca de las personas reales y auxilios pecuniarios en el duque de Medinaceli por las ventajas que de tal union habia de conseguir el Puerto de Santa María.

Era el proyecto constante de Jerez y del duque de Medinaceli, sangrar por las faldas de Lebrija el Guadalquivir para juntarlo al Guadalete, y pasarlo por las

61

mismas puertas de Jerez. Otros querian solo unir el Guadalete al rio Salado ó de San Pedro que corre cerca de Puerto Real. Los vecinos de Jerez en 1647, animados por los consejos y auxilios del clero, comenzaron á abrir un canal para la union de estos últimos rios, con el pretesto de evitar de este modo el paso por el Puerto de Santa María, ciudad afligida en tal sazon por una destructora peste.

La ciudad de Cádiz firmemente se habia opuesto á la ejecucion de tales ideas; y con tales razones habia siempre contradicho las de los interesados en las obras, que de los reyes no habian obtenido estos otra cosa que negativas ó prohibiciones. La ciudad del Puerto de Santa María con el patrocinio del duque de Medinaceli solicitó del mismo modo que la obra fuese deshecha á costa de la de Jerez; pero Felipe V mandó que esta solo pagase un tercio de lo que importase. Apremiada la ciudad de Jerez para el pago, lo resistió cuanto pudo y aun recusó á don Andrés de Pés y á don José Patiño, como personas apasionadas que hasta entonces habian intervenido en el asunto.

Con el pretesto de impedir el contrabando, quedó prohibida la navegacion por el canal del rio de San Pedro, prevaleciendo los deseos de Pés que no eran otros que impedir á todo trance el que Jerez tuviese tal facilidad para su comercio, con el perjuicio que de ello habia de seguirse á Cádiz. En vano alegaba Jerez grandes servicios para conseguir el propósito. Aquel magistrado era el peor juez de sus merecimientos. Así las rivalidades de dos poblaciones se alimentaban, siendo el triunfo de la que mas favor tenia cerca de la persona del rey.

La traslacion de todo el comercio de Indias á Cádiz, si produjo grandes ventajas á esta poblacion, tambien las produjo para el comercio en general, dado el error económico de que una sola ciudad, y á lo mas otra tuviesen el privilegio esclusivo del tráfico con las Amé-

ricas. El decreto de 12 de Mayo de 1717, dirijido á Pés, fué la mas atinada de las resoluciones que pudo tomar Felipe V para establecer el comercio de Indias en Cádiz, poniendo fin á las indecisiones que habia desde el siglo XVII sobre los puertos á donde habian de entrar ó de donde habian de salir los galeones de aquella carrera. En 1655 se habia tratado de que las flotas viniesen á Sanlúcar y que á esta ciudad se trasladase el comercio, por haber en su puerto menores riesgos de enemigos que en el de Cádiz. Así es que unas veces arribaban á Cádiz las flotas y otras á Sanlúcar, hasta que en 1680, nuestra ciudad quedó con el comercio de Indias, al tenor de las antiguas resoluciones, pero siempre con cierta dependencia de la casa de Contratacion de Sevilla.

Grandes razones favorecian á Cádiz para obtener lo que obtuvo. El puerto de Bonanza era pequeño para las numerosas flotas. Tan espesas estaban en su seno que ocasiones hubo en que la palamenta de unas galeras tocaba con las de otras. Casi toda la flota de Roque Centeno se perdió en la barra de Sanlúcar, y muchos galeones de otras dentro del rio (1660).

Muchas veces sufrian detenciones en Bonanza por las avenidas del Guadalquivir: armadas hubo que noventa dias estuvieron sin poder llegar á Sevilla: casos de sesenta y poco mas ó menos dias de demora, con frecuencia se veian en la navegacion del Bétis.

La construccion de los galeones impedia pasar en ocasiones la barra de Sanlúcar, por lo mucho que calaban. Así las flotas necesitaban hacer antes alijos, para lo cual se detenian en los pozos de Chipiona con grave riesgo, no solo por el desabrigo del viento y del mar, sino tambien por las acometidas de los enemigos.

Sevilla no pudo permanecer indiferente á vista del perjuicio que tal disposicion ocasionaba á su comercio y agricultura; y así en 1722 representó al rey para que la casa de Contratacion y el Consulado se le restituye-

sen, y para que Cádiz quedase solo como presidio por los muchos bancos, escollos y bajíos que dificultan la entrada de su puerto, por estar sujetos los almacenes de los comerciantes á los riesgos de los enemigos, por no haber en toda la estension de esta isla otras producciones que algunas viñas, y por haberse disminuido de tal modo la importancia y poblacion de Sevilla con la falta del comercio de Indias que la ruina de esta ciudad parecia inevitable.

Ya entonces era gobernador del consejo el marqués de Mirabal, quien de órden del rey dispuso celebrar el 16 de Julio de 1722, una junta para examinar si era conveniente restablecer en Sevilla la contratacion con las Américas, y reducir á Cádiz á plaza militar, despojada de todo comercio.

El parecer del marqués de Mirabal fué contrario al de su antecesor don Andrés de Pés, y por eso en 3 de Diciembre del mismo año, la mayoría del consejo de Indias votó por Sevilla.

Cádiz no permaneció en la ociosidad: supo alegar y bien los títulos que la naturaleza le habia dado para aventajarse á Sevilla en la comodidad y en la seguridad de su puerto. Para que se supiesen los merecimientos de sus servicios no necesitó mas pruebas que la notoriedad. Casi á su costa habian fortificado los vecinos de Cádiz á Cádiz.

Al propio tiempo representó que la decadencia de Sevilla no habia tenido orígen en la traslacion del comercio, pues ya habia perdido desde la rebelion de Portugal el grande que desde antiguos tiempos habia venido haciendo constantemente con la capital del reino lusitano. La peste de 1648 habia menguado mucho su poblacion por otra parte.

Ni las alegaciones de Sevilla, ni el dictámen favorable de la mayoría del consejo, ni la autorizada parcialidad de su presidente, lograron arrebatar á Cádiz el comercio esclusivo de Indias. La obra de don Andrés de

Pés fué combatida, pero no anulada. Felipe V miraba con gran predileccion á nuestra ciudad por lo fieles que se habian mostrado sus vecinos en todo el tiempo de la guerra, y siempre en su memoria el agradecido recuerdo de los servicios prestados, mal podian vencer su ánimo las razones de Sevilla, cuando además de carecer de fundamento contra Cádiz, fortalecia las lejítimas de esta ciudad la gratitud del monarca.

Por estos mismos tiempos habia tenido principio el arsenal de nuestra bahía. En 1716 se habia establecido para buques menores cerca del puente de Suazo. En 1724 se trasladó al sitio de la Carraca, como mas conveniente para ese fin y para la construccion de navíos.

En el siglo anterior invernaban las flotas en la Carraca. Cuando se ofrecia ocasion de que saliesen las armadas á combatir á los enemigos, allí se aprestaban con facilidad suma. Tal aconteció en 1655.

Siempre Sevilla habia pugnado con la proteccion del duque de Medina Sidonia para que se pusiese un gran carenero en las Horcadas (dentro del Guadalquivir) por ser sitio mas seguro que los esteros de la Carraca. Fundábase en el descuido que habia en la torre de Sancti-Petri, y en el castillo del puente de Suazo y que nada era mas fácil que uno, dos ó mas barcos enemigos entrasen una noche, y en el mismo arsenal redujesen á cenizas nuestros bajeles, mientras las tripulaciones dormian en el sosiego de la seguridad que prestaba la bahía. Pero estas y otras razones mal espresadas, y peormente repetidas, nada pudieron para impedir que el arsenal se estableciese en nuestro puerto.

Todavía en 1724 dirijiéronse los sevillanos en demanda de la anulacion del decreto, pero todo fué en vano.

Felipe V en vista de las solicitudes contínuas de los antiguos vecinos de Gibraltar, cuyas posesiones estaban en los campos inmediatos, tuvo que tomar algunas determinaciones favorables. Durante la guerra vivieron en la esperanza de restituirse á su ciudad, mas perdi-

da ya esta con la patria entregada á los estraños, no podian menos de instar para tener sus moradas cerca de sus bienes. Por eso en 1716 comenzó la reedificacion de Algeciras y la fundacion de los Barrios. Mas á pesar de todo, Felipe V no podia resistirse á las quejas de la nacion entera por haber cedido á Gibraltar. Por eso instaba y volvia á instar por medio de sus embajadores cerca del rey de Inglaterra para que Gibraltar volviese al dominio de España: en el tratado de paz entre Cárlos VI de Austria y Felipe V (30 de Abril de 1725) se consignaba que el emperador nunca se opondria á los deseos del rey de España, y mas aun que por medios amigables, si pareciese útil, gestionaria para lo mismo.

Pero antes cuando se trataba por Inglaterra de obtener grandes ventajas en el congreso de Cambray por medio de una carta del rey Jorge y por las palabras del embajador suyo cerca de la persona de la Magestad católica se daba á entender que habia una predisposicion favorable á restituir á Gibraltar con acuerdo del parlamento. Pero las palabras de la carta del rey eran de doble sentido, y tan vagas que solo la torpeza de nuestros políticos pudo creer y con creer afirmar ante Europa que el rey de Inglaterra habia hecho una promesa clara y evidente en aquel escrito.

En el parlamento causó gran indignacion la idea que corria por Europa: el rey Jorge tuvo que protestar solemnemente que él no habia empeñado su palabra, por sí ni por medio de sus embajadores, de restituir á Gibraltar.

Felipe V, escitado por el arrepentimiento, impelido por sus ministros y resuelto á la venganza por el artificio con que habian burlado la fé nada astuta de sus consejeros, mandó formar una junta en 1726 para conferir si era ó no conveniente poner sitio á la plaza. El marqués de Villadarias y otros, como personas esperimentadas, manifestaron que los ingleses eran superiores

por mar, y que por tanto la ciudad siempre estaria socorrida; y que el combate por la parte de tierra era casi imposible, pues Gibraltar estaba ya fortificada de tal modo que cualquier ejército que la sitiase tendria que abandonar la empresa.

El conde de las Torres, general que se habia distinguido mucho durante la guerra de sucesion, y que entonces ejercia el cargo de virey en Navarra, logró persuadir al rey que en la conquista nada habia de imposible, si bien mucho de dificultoso, pero que la pericia y la constancia allanarian al fin todos los obstáculos.

El dictámen audaz de este caballero lisonjeaba los deseos del rey y de los ministros: por eso fué tenido en mucho y confiada á la decision arrogante del conde de las Torres la empresa de reducir á Gibraltar por la fuerza de las armas.

Lo mismo que si fuera uno de los agigantados héroes de los antiguos tiempos, aquellos que nunca temieron cual si tuvieran no dos sino cien vidas, aquellos que peleaban y vencian y que á nadie perdonaban; aquellos á quienes las armas, los caballos, las libreas y los juegos de la guerra solo contentaban; aquellos para quienes el mar, la tierra, la sangre, el fuego, los muros y las fuerzas todo era nada, recibió los aplausos del entusiasmo ciego de la multitud que siempre cree, siempre estima y siempre anhela y siempre sigue al que proclama el absurdo y mas y mas cuanto es mayor, y siempre menosprecia, y siempre se indigna, y siempre está dispuesto á repetir ó á inventar la calumnia contra la lealtad y contra lo verdadero y contra el desengaño. Contra el marqués de Villadarias no habia injuria ó deshonor que el vulgo no lanzase por no haber reducido á Gibraltar y por querer impedir con su consejo lo que el vulgo imajinaba gloria y el buen anciano descrédito de nuestras armas. La pasion era tan solo el juez de sus razones. No hay freno que reprima en la carrera de su velocidad á la ciega y enconada imajinacion de gentes dominadas por la igno-

rancia. El frenesí por satisfacer sus deseos es el que domina sus pechos: es el que fortifica sus ánimos. Las voces de la ilusion tan solo suenan en los oidos de sus almas.

El conde de las Torres sabia mandar bien y rejir un ejército, gobernar todos los escuadrones, dar los puestos y designar los tiempos de la arremetida y de la retirada; pero carecia de todo el arte, de toda la discrecion que convenia para el asedio de una plaza de tanta fortaleza.

Villadarias fué desestimado; pero mejor cuando el hombre muere quedan quejosos los méritos, que no con premios indignos. Hoy se pueden celebrar sin que haya quien con razon bastante niegue las virtudes y las altas prendas que distinguian á aquel general. Todo murió en cambio con el conde de las Torres: tres clamores de campanas, un poco de humo de hachas, cuatro cánticos, otros tantos tiros y su cuerpo quedó en el último lecho para ser reducido á polvo.

En ese dia terminó su nombre; porque no se llama conservarlo despues de la muerte, cuando solo puede recibir un honor, no con la memoria, sino con el silencio.

Duraban los debates en el parlamento inglés, entre embajadores y ministros, y entre plenipotenciarios: no habia declaracion de guerra entre ambas naciones, y sin embargo, un ejército se acantonó en San Roque para combatir á Gibraltar (Febrero de 1727). El conde de las Torres dió principio al sitio por donde lo tuvo que concluir el mariscal Tessé, hecho que anunciaba la temeridad y la impericia del gefe de esta empresa. Concurrieron al sitio el teniente general conde de Montemar, el mariscal de campo marqués de Castropiñano y otros generales. El coronel Clayton, como teniente gobernador, defendia á Gibraltar con unos dos mil hombres que pronto por oportunos socorros llegaron á cinco mil. De quince á diez y seis mil componian el ejército que sitiaba.

Las prevenciones para el asedio eran pocas, la division entre los generales grande. El conde de las Torres no tenia autoridad y crédito suficientes á contener en sus justos límites las exijencias de unos y otros é ignoraba igualmente el arte de inflamar el valor de los soldados. No basta prometer premios si en los que los han de recibir no hay amor á conseguirlos; y mal podia existir ese amor cuando no habia quien supiese despertar con el estímulo la natural apatía de los rústicos soldados que componian nuestro ejército. El conde de las Torres todo era armarse de su poder contra sus subordinados, todo atemorizarlos con su severidad, todo reprenderlos con la aspereza, todo lastimarlos con los castigos sobradamente rigorosos. Conocian todos su ira y que su ira llegaba hasta donde llegaba su crueldad: conocida, la temian, temida, lo odiaban á par de muerte, odiado solo querian su deshonor, y queriendo su deshonor, sus simpatías estaban de parte de los enemigos que lo humillasen venciéndolo y dándolo por incapaz de la alta empresa que con tanta arrogancia habia jurado acabar para gloria de su nombre.

Nunca podrá haber ejército pronto á la victoria en una nacion, donde en nada se estimule el ardimiento del soldado por una cierta libertad bien entendida y por cierto respeto á la dignidad de sus personas. Hombres convertidos solamente en máquinas, no ya en las horas del servicio sino fuera de él y en todas partes con la idea fija del abatimiento de sus personas, mal podian anhelar las glorias de nuestros antiguos soldados, vencedores en Pavía, al pié del Capitolio y en S. Quintin. Con disciplina tal se llevará al soldado á combatir y aun á la muerte, pero pocas veces á vencer. Todo el sitio de Gibraltar se redujo al levantamiento y á la reparacion y ruina de nuestras baterías, á inutilizar la propia artillería en cañonazos de mas ruido que efecto, y á sacrificar en empresas fuera de toda razon y cordura las tropas. A tantos estragos y lástimas y á pérdidas tan innume-

rables y tan grandes, muchos generales solicitaron del rey licencia para abandonar el sitio. El conde de las Torres llevaba adelante el pensamiento mas loco, que nunca el mas demente hubiera podido imajinar, si esta empresa á un demente se hubiera confiado. Tal era el quimérico propósito de hacer saltar por medio de una mina una gran parte del peñon, para que la ciudad quedase sepultada bajo las piedras que volasen al reventar aquella. Esto dice un historiador de aquel siglo,[1] si bien otros reducen á mas cuerdas proporciones el designio diciendo solo que era para hacer saltar la batería de la reina Ana que tanto molestaba á nuestro ejército, é impedia con sus fuegos que las líneas se adelantasen.

Sea de un modo sea de otro, los ingleses no presentaron oposicion al proyecto de la mina: todo su conato se cifraba en la destruccion de nuestras trincheras y en matar los mas españoles que podian. Juntábase á esto la desercion grande de nuestros soldados por las fatigas, la escasez y las contínuas lluvias, que todo se conjuraba para multiplicar las dificultades.

Sin embargo, el conde de las Torres, objeto de la burla general, no solo en España, sino en toda Europa, recibió un consuelo en medio de la tribulacion en que se hallaba para terminar sin declarado deshonor su empresa. En los preliminares de una paz europea en París se acordó la suspension de armas, y en su consecuencia el ejército sitiador de Gibraltar, así como el sitiado, descansaron tras cerca de seis meses de contínuos combates (23 de Junio).

El conde de Montemar durante la ausencia del de las Torres, mandó restablecer del todo la batería de Tessé, cuyos fuegos podian protejer los barcos españoles que penetrasen en la bahía.

1 Don José del Campo-Raso. "Memorias políticas y militares para servir de continuacion á los comentarios del marqués de San Felipe."

Los ingleses protestaron contra estas obras, no solo de palabra, sino con el trueno del cañon, pero inútilmente.

El segundo sitio de Gibraltar fué levantado al fin en Diciembre de 1727. En el tratado de paz firmado en Sevilla el 9 de Noviembre de 1729, entre Inglaterra y España, nada se estipuló referente á Gibraltar, como poblacion que pertenecia por derecho á la primera de estas naciones. Algunos miembros del parlamento inglés protestaron contra la omision de no haberse asegurado de un modo terminante en ese documento la posesion de Gibraltar, á fin de que en lo futuro no se repitiesen las pretensiones de su restitucion por medio de las notas diplomáticas ó por medio de las armas; pero nada habia que hiciese inválida la cesion de Felipe V. Aclarar un asunto que estaba para los ministros ingleses sumamente claro en el tratado de Utrecht era poner duda en su fuerza y vigor: callando, como callaron en el de Sevilla, su silencio procedia de la astucia, y hallaba su razon en la conveniencia.

En el mes de Marzo de 1729 vino Felipe V á Cádiz con toda su familia, movido especialmente del deseo de ver entrar en nuestro puerto la flota de Indias que por instantes se esperaba. Hallábase el rey en Sevilla, y no quiso perder la ocasion de gozar el espectáculo del arribo de diez y seis navíos que conducian al tesoro treinta millones de pesos.

Cádiz recibió con las mayores muestras de alegría á un monarca, cuya causa con tanta lealtad habia defendido.

Al amanecer del dia en que se esperaba á Felipe, el son de los clarines despierta á los dormidos é indiferentes y anima á los despiertos y deseosos. Límpianse las calles, entóldanse y levántanse arcos triunfales: por todas partes se oyen las músicas que convidan á la fiesta. Al acercarse el instante de la entrada del rey, llenos estaban de inquietud los ánimos, de alboroto las casas, de

confusas voces las calles, de júbilo la ciudad toda, y todos, todos, mozos, viejos, niños, varones, sanos, enfermos, hombres y mujeres, ninguno reparando en sus dolencias, ni las doncellas en su recato, ni en su tristeza las viudas, ni las matronas en su gravedad, desamparaban sus casas y salian por las calles, unos andando aceleradamente, corriendo otros, y teniéndolas tan andadas y tan sabidas, la misma impaciencia hacia que muchos las equivocasen. Mal aguardaban las madres á las hijas y las hijas á las madres: todo camino parecia estrecho, toda tardanza pereza que escitaba el enojo: ondeaban banderas y gallardetes en torres y murallas: las tropas de á pié y de á caballo ocupaban las calles. Al repique de las campanas, al sonido de las trompetas, al ruido de los atabales, á los dulces sonidos de las chirimías, al taratantear de las cajas, á los agudos silbos de los pífanos, y al centellear de los desnudos aceros, los caballos parecian presentir un combate, y todos, ardiendo en furor, se regocijaban, aguzadas las orejas, encendidos los ojos y con la vista alerta: ensanchábanse sus narices, resonaban por ellas con prolongados bufidos, espumaban los frenos, relinchaban repetidamente, sacudian con frecuencia los cuellos y de tiempo en tiempo erizaban las crines: con las manos triscaban no una sino muchas veces, y muchas veces tambien con los piés levantaban la tierra, y se abrasaban por arremeter, no pudiendo apenas ser contenidos por el rigor del freno. En tanto que el monarca venia ya cerca de la ciudad, cuando parecia que el sol lo consideraba en su camino y que las aves atentas volaban sobre las personas reales para oir lo que saliese de sus labios, sobre los muros de Cádiz á las llamaradas de los cañones y del chispear de los arcabuces respondian el estruendo y el estrépito de los unos y los otros envueltos en nubes de humo: todas las calles, las plazas, el mar y todo retumbaba, y retumbaba tan altamente que nadie creia otra cosa sino que los cielos resonaban, mostrando alegría

por la venida del mas amado de los reyes que tuvo Cádiz. Las fiestas públicas fueron iguales al recibimiento: músicas, mascaradas, bailes, regateos, sin que faltase el regocijo popular de los españoles, siendo los toros tan briosos, bravos, y tan llenos de hermosura y fortaleza, que mas de una vez dejaban los lidiadores la plaza, no pudiendo ninguno resistir á sus bramidos y fiereza y no teniendo ánimo para mas, no obstante la presencia de los reyes.

No contenta la ciudad con los escesivos gastos de la fiesta en obsequio del rey, le hicieron un gracioso donativo de cincuenta mil pesos para ayuda de los costos de la jornada, así como veinte mil á la reina, diez mil al príncipe de Asturias é igual suma á la princesa.

Pasaron despues los reyes á la isla de Leon, y de allí al arsenal de la Carraca, á ver botar al agua el navío de setenta cañones, llamado *el Hércules*, el primero que se construyó en este establecimiento, y que llevó el nombre ó sobrenombre del fundador de Cádiz, honor concedido á la ciudad, en cuyo puerto se habia fabricado. Entre los aplausos que esta solemnidad grangeó al rey, no fueron menos los que se tributaron á don José Patiño, á quien se debió la fundacion de este arsenal con aquella perseverancia que acompañaba á muchas de sus empresas.

El dia 31 de Marzo salieron de la isla de Leon los reyes, embarcándose junto al puente de Suazo, y dirijiéndose al Puerto de Santa María en las galeras que mandaba don José de los Rios. Del Puerto de Santa María pasaron por tierra á Sanlúcar de Barrameda, y de Sanlúcar al Coto, donde se entretuvieron en las delicias de la caza, hasta que regresaron á Sevilla el 10 de Abril.

El 6 de Junio volvieron los reyes al Puerto de Santa María, donde se proseguian las negociaciones para la paz con los ingleses, empezadas en Sevilla. Adelantándose dia por dia en los preliminares, don José Patiño aseguró á los comerciantes ingleses, residentes en Cádiz,

que el rey habia firmado un decreto, mandando entregarles todos los efectos que les pertenecian, y que habian sido secuestrados en aquella guerra, no declarada sino emprendida, mientras duró el segundo de los asedios de Gibraltar, no solo de los galeones, sino tambien de los azogues recientemente venidos de Indias.

Alentada y así fortalecida la esperanza de los comerciantes ingleses, no titubearon en cargar sus mercaderías en las naves de la flota que estaba surta en nuestro puerto. Por este motivo y el anhelo natural de adquirir en nuevas empresas lo perdido en la paralizacion mercantil, esta flota que se aprestaba para Indias, fué la mas rica que hasta entonces se habia visto. Los reyes y toda la familia la vieron á la vela desde sus balcones. Su número era de diez y siete navíos mercantes y de tres de guerra, á las órdenes del marqués don Estéban Mari, teniente general de las armadas navales del rey.

Mas de tres meses permaneció Felipe V en el Puerto de Santa María, donde dispuso fuesen incorporadas á la corona la isla de Leon, y las ciudades del Puerto de Santa María y Sanlúcar de Barrameda.

Pasado el verano, embarcóse la real familia en las galeras que se hallaban para ese fin en el puerto de Sanlúcar, y de allí partió para Sevilla, donde terminaron las negociaciones para la paz, continuadas en el Puerto de Santa María.

Desde el 25 de Setiembre de 1610 gozaba el ayuntamiento de Cádiz el privilegio de señoría y el uso de dosel en público. Por real ejecutoria de 6 de Diciembre de 1702 se le concedieron en contradictorio juicio los honores de capitan general de provincia y el tratamiento de excelencia. Esto se hizo igualmente estensivo al cabildo eclesiástico, unos y otros formados en cuerpo ó diputacion, juntos ó separados. Confirmóse la posesion de estos honores por Real órden de 26 de Noviembre de 1778.

Felipe V, deseoso además de manifestar su gratitud á Cádiz por tan preclaros servicios, mandó por su despacho de 7 de Diciembre de 1734 que los regidores de esta ciudad fuesen hijosdalgo de sangre y no por privilegio. Ya habia concedido á los oficiales de las milicias urbanas de Cádiz el fuero militar en lo criminal, segun provision de 12 de Enero de 1720, dirigida al arzobispo, gobernador del consejo.[1]

1 En 1758 se extinguieron las milicias urbanas de Cádiz. Volvieron á establecerse en todas las plazas el año de 1762 con motivo de la guerra de Portugal. En 17 de Noviembre de 1763 se concedió á oficiales y sargentos uso de uniforme y fuero militar, cuya gracia solicitaron que se ampliase á los demás individuos de estas milicias, en los mismos términos que á los matriculados de marina, pretension que fué denegada en 1768.

CAPITULO III.

Acrecentamiento de Cádiz.—Flotas de Indias.—Marqués de la Ensenada.--Colegio de Medicina.--Terremoto.—El conde de O-Reylli, —Grandes servicios que prestó á Cádiz.—Tercer sitio de Gibraltar.—Baterías flotantes.—Opinion de Federico II de Prusia.—Bombardeo de Cádiz por Nelson.

Mucho se acrecentó la riqueza de esta ciudad con el comercio esclusivo de Indias. Las lanas, los preciosos vinos de Andalucía, el aceite, la sal, los aguardientes de América y de las islas españolas, tales como cochinilla, añil, quinina, jalapa, cacaos de Caracas y de Guayaquil, azúcares, cueros de Buenos-Aires y de la Habana, bálsamos, lana de Vicuña, cobre del Perú, maderas para tintes y algodones en rama, eran las mercaderías en que mas se contrataba. Solo el cargamento de ocho flotas que salieron de la bahía de Cádiz para Veracruz en los años de 1732, 1735, 1757, 1760, 1765, 1768, 1772, 1776, importó ciento cuarenta y siete millones, seiscientos cuarenta y un mil, seiscientos sesenta pesos fuertes.[1]

A Cádiz vinieron de América en 1748 mas de dos millones de pesos: en 1449 mas de treinta: mas de

1 **Valor del cargamento de las flotas que salieron de Cádiz para Veracruz.**

En 1732	15,172.500
1735	16,712.000
1757	17,348.600
1760	19,320.500
1765	14,328.600
1768	12,961.100
1772	22,648.300
1776	29,150.000
Suma total, pesos. . . .	**147,641.600**

veinte y seis mil en 1750: en 1751 mas de diez: mas de once en 1752; y al año siguiente mas de veinte y un mil. El mayor comercio de Cádiz era con Nueva España. En 1802 la importacion de efectos desde España para Méjico ascendió á mas de veinte millones, así como la exportacion á la metrópoli mas de treinta y tres mil. Segun el cómputo de lo que se acuñó en las casas de moneda de Méjico, Guatemala, Lima, Chile, Potosí, Santa Fé y Popayan en 1796, se puede calcular que al año venian comunmente treinta y nueve millones de pesos.

Desde tiempos antiguos las flotas eran custodiadas para evitar el riesgo de los corsarios estrangeros que infestaban los mares con la codicia de las presas.

La primera armada que se formó para este fin en 1514, se llamó *de la guardia*: en 1525 se estableció *la armada de avería*: sus gastos eran satisfechos por el comercio, el primer interesado en el buen suceso de las flotas. En 1574 se dió órden por el rey Felipe II para la formacion de flotas y galeones: las flotas servian para Nueva España y los galeones para Tierra Firme, por Portobelo y Cartagena hasta las provincias del Perú. Estas expediciones iban comboyadas por naves de la corona con el título de capitana y almiranta, siempre todo á costa del comercio. En ocasiones de guerras se variaba esta manera de salir las expediciones, siendo mayor el número de buques del rey que iban en conserva. Luego que el comercio de Indias totalmente se trasladó á Cádiz, quedó en Sevilla un juez subdelegado de la casa de Contratacion, del mismo modo que antes habia otro en nuestra ciudad. A pesar de esto, Sevilla conservó el privilegio de nombrar dos cónsules y Cádiz uno, hasta que en 1744, para impedir esta preponderancia, dispuso el rey que Sevilla eligiese solo uno lo mismo que Cádiz y que el otro anual y alternativamente fuese electo por las ciudades de Jerez, Sanlúcar y el Puerto de Santa María. Esto duró hasta que en 1784

se concedió á Sevilla la facultad de tener un Consulado especial, sin que hubiese en él dependencia alguna con el establecido en Cádiz.

Servian mas de una vez de asunto las riquezas de las flotas para los cánticos laudatorios de la poesía. Aunque por acostumbradas ya no sorprendian, por su grandeza siempre maravillaban. La flota que entró en Cádiz el 4 de Agosto de 1758 al mando del gefe de escuadra don Joaquin Manuel de Villena, conducia para el rey, mas de un millon de pesos fuertes: veinte y un mil cien pesos en oro acuñado y pasta, treinta mil ochocientos noventa y ocho quintales de cobre y cuarenta mil novecientos noventa y ocho quintales de palo esquisito. Además para el comercio de Cádiz trajo catorce millones, ochenta mil doscientos veinte y nueve pesos fuertes. El valor de todo esto á mas de lo restante del cargamento, llegaba á diez y nueve millones de pesos.

La venida de tantos caudales á esta ciudad, produjo su acrecentamiento, siguiendo el órden natural del vivir político de las poblaciones. Así comenzaron á desear las personas mas ricas que la magnificencia de Cádiz correspondiese en un todo á la reputacion mercantil que en pocos años habia adquirido por el comercio esclusivo de Indias. Su primer propósito fué la construccion de un soberbio templo.

La iglesia Catedral que erigió en Cádiz el sabio rey don Alfonso, fué abrasada y casi destruida por los ingleses en el lastimoso saco y en la espantosa ruina de esta ciudad en el año de 1596. Para mejor repararla acudióse en demanda de limosnas á las iglesias de España. Con lo que de ellas se sacó, y con los ducados que dió la corona de Castilla, fabricóse de nuevo en la planta y forma que aun hoy tiene; pero en 1722, dia de la Invencion de la Cruz, se asentó la primera piedra para la fábrica de una nueva Catedral, que habia de ser de riquísimos mármoles. Empezóse la obra con donativos de obispos, de la ciudad y otras corporaciones, y el

cuarto de peso por ciento que de los caudales que venian de América cedieran el comercio y el vecindario.

La marina española estaba á fines del siglo XVII en el postrimer grado de decadencia. Felipe V habia comenzado á restablecerla, y á sombra de la marina real fué creciendo la mercante en tal manera que cuando la nueva guerra con los ingleses, no faltaron muchos particulares que armasen sus navíos de la flota descargada el año de 1739, que los uniesen á la escuadra del rey y que se hallasen en algunas expediciones. En el combate de Tolon hubo cinco de estos bajeles del comercio, que sirvieron como navíos de línea, siendo sus dueños Tirri, Ramirez, Murguia, Basto y Valcárcel. La escuadra mercantil llegó á contar por los años de 1767 y 1768 sesenta y siete embarcaciones, sin incluir en este número los navíos de las compañías de Caracas y de la Habana.

Ya por este tiempo la decadencia de la marina mercante gaditana era notoria. Los hombres mas acaudalados que habia en la carrera de Indias se iban poco á poco retirando de ser dueños de navíos por no obtener en esas empresas toda la utilidad que deseaban. Llegó un tiempo en que ninguno de estos poderosos queria ser naviero. En cambio por el espacio de cuarenta años los comerciantes de Cádiz invirtieron mas de cien millones de pesos fuertes en la construccion de edificios, no solo en esta ciudad, sino tambien en las principales de sus cercanías.

El comercio con la India Oriental era muy reducido en Cádiz. Salian naves para Acapulco, y de Acapulco ú otro puerto de Nueva España iba anualmente un galeon á Filipinas. En 1732 se concedió por el rey Felipe V autorizacion á una compañía que quiso establecer desde Cádiz el comercio, no solo con las islas Filipinas, sino con los principales puertos de la India Oriental; pero no llegó á tener efecto. En 1764 don Bernardo Vandhrl, don Pedro Tomás de Vergara y otros

compañeros del comercio de esta ciudad renovaron la solicitud. El rey dispuso que el marqués del Real Tesoro, don José del Duque, don Matías de Landáburu, don Manuel de Saravia, don Gerónimo Alvarado y uno ó dos sujetos mas de la entera confianza del primero, no solo por su rectitud, sino tambien por su inteligencia en el comercio, examinasen el proyecto y diesen un desapasionado informe. Muchas contradicciones debió tener el proyecto de aquellos comerciantes, cuando la compañía de Filipinas no llegó á fundarse hasta el año de 1785.

Don José Patiño, que llegó á ser gobernador del consejo de Hacienda y de sus tribunales, superintendente general de rentas, y secretario del despacho en negociaciones de Marina, Indias y Hacienda, influyó con Alberoni para establecer en Cádiz el año de 1717 la compañía de guardias marinas por persuasion de don Andrés de Pés, que á mas de caballero del órden de Santiago, y gobernador en el consejo de Indias, juntaba el carácter de gefe de escuadra. Como tal habia mandado en varios tiempos algunas expediciones, y en 1714 los navíos que fueron á Génova para conducir á España á la reina doña Isabel de Farnesio, si bien inútilmente, pues esta señora habia determinado venir por tierra.

Hallándose en Cádiz Patiño el año de 1720 para activar la expedicion, que á las órdenes del marqués de Ledé se preparaba con objeto de libertar á Ceuta, oprimida de un asedio que duraba veinte y seis años, sin que amenguase la constancia de los moros en una expugnacion tan larga, conoció á don Cenon de Somodevilla, natural de la Rioja, jóven que apenas contaba diez y ocho años de edad, y que en una casa de comercio donde estaba de dependiente, habia dado notabilísimas muestras de un talento grande y de un ánimo emprendedor igual á su talento. No se engañó Patiño al tratar á aquel jóven, como raras veces se engañan los que, favorecidos de la suerte, distinguen desde su altura á

los que descuellan entre la multitud, cuando se dignan fijar en ella sus miradas. El primero de Octubre de aquel mismo año fué nombrado Somodevilla *en atencion á su habilidad*, oficial supernumerario del ministerio de marina. En él precedió la posesion del empleo á la esperanza; pues Patiño no era hombre aficionado á prometer. Las promesas rara vez se oian en sus labios: á sí propio solo las hacia, ya fuesen de premios, ya de beneficios. Creia que quedaba de tal manera mas empeñada su palabra, cuando el que habia de exijir su cumplimiento no era otro que su corazon mismo.

Somodevilla fué constantemente adicto á su protector ilustre; pues no pertenecia al número de aquellos que mientras oyen una confianza ya están pensando en el modo de ejecutar la deslealtad. Patiño, con aquella certidumbre que no está expuesta á engañarse, siguió dispensando sus beneficios á Somodevilla, y Somodevilla consiguió ser hombre tan poderoso en obras y en palabras, como en palabras y obras lo habia sido Patiño. Cuando falleció este en 1736, ya habia llegado don Cenon Somodevilla á comisario ordenador de marina, y á intendente del ejército de operaciones del duque de Montemar para la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia. El infante don Cárlos (que luego fué tercero en España) cuando logró ceñir á sus sienes la corona de aquellos estados, dió en recompensa á Somodevilla el título de *marqués de la Ensenada*. En 1743 *en atencion á su acreditada conducta y experiencia fué nombrado por Felipe V secretario de Estado y del despacho de Guerra, Marina, Indias y Hacienda,* cargo que conservó al ocupar el trono don Fernando Sesto.

Levantó las antiquísimas y perniciosas disposiciones que vedaban la exportacion del oro y de la plata, quedando los metales como una mercadería cualquiera: estableció los buques *registros* que podian ir á América con absoluta independencia de las flotas y los galeones. Así logró aumentar las rentas del erario con

un gran beneficio para el comercio juntamente.

En 1748 habia un reducido número de cirujanos militares en el servicio de la armada real. Don Juan Lacomba era el cirujano mayor. Don Pedro Virgili pertenecia al número de estos; y conociendo la utilidad de fundar un seminario para la enseñanza científica, mil veces habia imaginado solicitar la proteccion del marqués de la Ensenada para conseguir su propósito, pero siempre el recelo de no ser benévolamente oido, habia cerrado sus labios. Al fin se determinó á exponer su pensamiento al ministro, en fé de la notoria proteccion que se complacia en prestar á toda idea grande y generosa.

No tardó Virgili en recibirla igualmente. El mismo año firmó el rey la cédula de ereccion del colegio de medicina y cirujía de Cádiz, el primero que en su clase ha tenido España. De él salieron en 1764 y 1780 los profesores que fundaron los de Barcelona y Madrid. Virgili hizo formar los planos y construir el edificio y organizó la escuela, autorizado plenamente por una real órden que le comunicó el marqués de la Ensenada en 1748.

Cuatro maestros se destinaron para sesenta alumnos. Al terminar el primer curso y en vista de los adelantamientos debidos á los profesores y discípulos, el rey concedió á unos y otros los premios que creyó mas convenientes para el mayor estímulo. Tres individuos, además fueron nombrados para cursar la medicina en Leyde y en Bolonia, y seis para estudiar los progresos de la cirujía en París. Restituyéronse todos á su escuela, donde difundieron las doctrinas adquiridas en el estranjero. Selvarreza que llegó á ser proto-médico de la Armada, publicó una monografía muy apreciable sobre la fiebre amarilla, cuando afligió por segunda vez á Cádiz en 1764, que la primera fué en 1730 hallándose Felipe V en Sevilla. Comprendióse tan poco en este año primero de su invasion la gravedad de esta dolencia, que los médicos enviados por el rey declararon que no era peste, y así la corte permaneció en aque-

lla ciudad, bien que por otra parte la epidemia se presentó con carácter benigno, y no pasó del Puerto de Santa María. El mismo Selvarreza formó las ordenanzas para gobierno del colegio y del cuerpo de profesores médico-cirujanos de marina. Igualmente otros discípulos distinguidos de este colegio pasaron pensionados en tiempos diferentes á París y á otras universidades estranjeras.

Muchos han sido los que ya como profesores, ya como discípulos, ya de ambos modos, han ilustrado este colegio. Fernandez Solano, el doctor Mutis, Beaut, Reinoso, Castillejo, Velasco, Gimbernat, Canivell, Rodriguez del Pino, Navas, Ameller, Aréjula, Lubet, Lacava, Villaverde, Arricruz, Flores, Gonzalez son nombres que se conservan en la tradicion, en sus escritos, en su doctrina, fundamento de la sabiduría de los dignos herederos de varones tan preclaros que hoy prosiguen y perfeccionan la enseñanza de estos en el colegio, ya convertido en facultad de medicina de la universidad de Sevilla.

No atesoro los conocimientos bastantes á celebrar los recuerdos y los escritos de hombres tan distinguidos en la mas filosófica de las ciencias. Podrán decir de ellos los que mas supieren: yo prefiero venerar con el silencio sus glorias, y glorias tan ilustres, que no solicitar de sus justos admiradores el perdon de los agravios que al hablar de su sabiduría mi ignorancia les infiriera, porque esta cuando hay cordura sabe helar las palabras en los labios y detenerlas antes que la pluma las estampe.

En 1751 era capitan de la compañía de guardias marinas en Cádiz el célebre matemático don Jorge Juan, el cual mejoró la enseñanza, no solo con escelentes maestros, sino con las esplicaciones propias ya de viva voz, ya por medio de su *Compendio de navegacion*.

Este mismo personage, bajo la direccion unas veces y bajo el amparo otras del ilustre marqués de la Ense-

nada fundó en Cádiz el Observatorio Astronómico, en el castillo de guardias marinas, llamado de la villa en otro tiempo, y del que hoy solo se conserva el solar, y del que mañana apenas se conservará la memoria.

Igualmente estableció una academia que duró lo que su presencia en Cádiz, con el título de *Asamblea amistosa literaria*, donde asistian varones notables cada uno en algunos de los mas útiles conocimientos humanos.

Ensenada determinó aumentar igualmente nuestra marina real: en 1751 solo componian esta diez y ocho navíos y quince embarcaciones menores: su propósito era que llegasen á sesenta navíos de línea y á sesenta y cinco fragatas y otros buques de menos porte.

Hizo levantar de planta los arsenales del Ferrol y Cartagena y prosiguió el de la Carraca, mejorando en un todo el pensamiento de Patiño.

Por medio de don Jorge Juan vinieron á nuestros arsenales los constructores de Inglaterra mas inteligentes y los maestros mas hábiles en la fabricacion de jarcia y lonas. Hasta el 21 de Julio de 1754, en que cayó del ministerio á influjos especialmente del embajador inglés, el marqués de la Ensenada no perdonó fatiga para mejorar la administracion del estado. Un destierro á Granada fué la primer recompensa de sus merecimientos.

Los pueblos justificaban al propio tiempo su ingratitud al desconocer los beneficios que debian á Ensenada, lanzando contra su desinterés y su inteligencia todo linaje de difamaciones. ¿Cómo se pueden agradecer los servicios cuando el que los ha prestado solamente ha tenido por guia su propio acrecentamiento? Los beneficios á los pueblos no se miden, pues, por las recompensas, sino por las ingratitudes, no por los aplausos sino por las calumnias. Si este no es comun adagio de los antiguos, es á lo menos comprobada verdad de la esperiencia.

Ensenada en su destierro fué tan grande ó mayor

que lo habia sido en el poder. Los honores que no le habian costado un ansia para poseerlos, no le debian un suspiro. La honra, el mando, la autoridad, la privanza, los aplausos todo sombra y no cuerpo, sueño y no realidad, al ver convertidas las aclamaciones en injurias, pudieran creerse por Ensenada que eran bienes sin mas ser que de males, si en la decadencia de su fortuna no hubiera encontrado una lealtad á toda prueba en el comercio de Cádiz.

No habia olvidado este que á las providencias dictadas por este celoso ministro, se debia la salvacion de los caudales de dos galeones de Indias que habian encallado en la costa de Huelva. Por eso no bien Ensenada pisó las calles de la ciudad de su destierro, los comerciantes gaditanos giraron á favor suyo letras por valor de un millon y setecientos mil pesos fuertes, y para remitirle mas, si mas necesitaba, no querian otra cosa que saber su beneplácito.

De Granada pasó á la ciudad del Puerto de Santa María por concesion del rey, que habia cedido á las exigencias de la corte en separar de su lado á Ensenada, pero no á las de su corazon. En el Puerto permaneció viviendo sí con ostentacion de grandeza, pero tan sin muestras de presuncion que bien pudiera decirse que Ensenada en su destierro se adormia con la música de los suspiros de cuantos lo trataban. Vivian estos muy cerca para aborrecerle, así como sus émulos muy lejos para amarle. Mitigaba él en tanto su dolor con esperanzas: no creia, pero deseaba. Desear la recuperacion de su valimiento era esperanza legítima: creer que el mismo rey lo restableciese en el poderío despues de la estraña cuanto débil manera de apartarlo del ministerio, era una injuria para el monarca. Consumia su vida lenta y trabajosamente en la ociosidad del destierro aquel ilustre personaje para quien siempre fué todo uno, pensar, aspirar, obrar y conseguir.

Muerto el rey Fernando, Cárlos III declaró en 13

de Mayo de 1760, que no habiéndose encontrado nada contra el recto proceder del marqués, no solamente levantaba la órden de destierro, sino que le concedia la facultad de vivir donde mejor quisiese, y aun de volver á la corte.

En ella vivió favorecido y respetado, hasta que despues del motin de Esquilache, fué desterrado á Medina del Campo, donde murió en 2 de Diciembre de 1781. Atribuyósele en los últimos tiempos parcialidad á favor de los ingleses, crímen imperdonable á los ojos de Cárlos III que tanto aborrecia á Inglaterra, como si fuera lícito á un monarca odiar á una nacion, y hacer instrumentos de sus rencores á sus súbditos.

Los últimos consejos de Ensenada fueron las mas sangrientas profecías. „No me permite mi lealtad (decia al rey) omitir el dejar trasladado á su noticia el último aviso que me impulsa el escrupuloso lance de la rigorosa cuenta que estoy para dar á Dios, *diciendo con ingenuidad positiva que la actual construccion de navíos y demás buques, destinados al uso de la armada de V. M, (que deberia ser temida) no solo es inútil en todas sus partes, sino que preveo el honor de las armas, vasallos y estados de V. M. en peligro inevitable de perecer en un solo dia, sin contar en la destruccion todo lo empleado en fabricar y costear lo que nada sirve, cuyas ruinas no se reparan en muchos siglos.*"

Los desastres de nuestras armas marítimas en todo el siglo XVIII hasta el combate de Trafalgar en el nuestro, prueban la exactitud de lo que preveia Ensenada. Inútil fué el glorioso valor, inútil la inteligencia de nuestros marinos en tantos combates: la mala construccion de nuestros navíos servia de poderoso auxiliar al valor y á la inteligencia de los ingleses.

El mismo Ensenada esclamaba al rey. „Yo no me hallo en estado de alcanzar la vista de las desgracias que amenaza á España el presente sistema, pero V. M. mismo, si no lo remedia pronto, ha de ser testigo presencial para llorarlas."

Así se despedia de la vida el buen anciano que tantos y tan eminentes servicios habia prestado á su patria: así lloraba la ceguedad del odio á todo lo que era inglés hasta en la construccion de las naves: así contemplaba nuestra ruina. El distinguia una nube densa y denegrida, que por sí misma pregonaba la tempestad que nos dirijia sus amenazas.

No fué menos terrible la que padeció Cádiz en los dias 15 y 16 de Enero de 1752: desatóse un huracan sobre la ciudad, el cual como si quisiese vengar en su bahía, la resistencia que á su empuje oponian las murallas y los edificios, apenas dejó nave que no padeciese los rigores de su ira, y las iras de las olas, igualmente embravecidas.

Diez y seis navíos con las anclas arrebatadas pedian auxilio á cañonazos, auxilio que de la ciudad solo podia comunicársele por los ruegos al cielo y por el deseo y por la compasion: siete de ellos eran de Francia: unos contra los peñascos fueron deshechos: otros, desarbolados, sin oposicion corrian la mar afuera y luego aparecian sus tablas en las costas vecinas. Otros buques ingleses, suecos y holandeses tambien acabaron de un modo horrible al pié de nuestras murallas. Inmenso fué el número de los bajeles pequeños que perecieron: igualmente inmenso el número de las personas ahogadas. ¡Triste del que en medio de la tempestad, al ir á sumergirse la nave, no tiene otro refugio para salvar la vida que arrojarse al mar que ha derribado, y ya sepulta la única defensa que pudiera oponer al indomable empuje de las olas!

El dia 16 las gentes por las murallas divisaban un navío todo desarbolado, y próximo á convertirse en astillas. Una pobre mujer acompañada de un niño pedia auxilio agitando su pañuelo. Todos los que la veian no necesitaban oir sus lamentos para compadecerse. Resucitado en los ánimos de cada uno el temor de la niñez, temblaban mas que las víctimas de la tempestad.

No habia sabido la infeliz qué cosa era dolor hasta que veia en tal peligro á la prenda querida de su alma: como madre que no tenia otro hijo y que á este queria mas que á sí misma, parecia que ella se habia alzado con cuanto habia de dolor y de pena. Algunos marineros denodados se determinaron á salvarla; pero el mismo temor del hecho les ponia indecision en los ánimos. Con todo, como el caso pedia resolucion postrera, al fin los menos se embarcaron en una lancha y hendiendo las furibundas olas, se aproximaron á los restos del navío. Los deseos de los infelices se acrecientan, se acrecientan sus lamentos, y mientras mas se acercan, mas se encienden sus deseos, y hasta temen que su esperanza ha de quedar desvanecida. Al fin salvan á entrambos los marineros, logrando con entusiasmo general traerlos á tierra. Mirábanlos todos como asombrados: los dos con tristeza de rostro, amarillez de cara, hediondo el aliento, descarnados los dientes, dolor en todos los miembros, ni andaban, ni se sentaban, ni podian levantarse sin lamento.

Aun no enjugadas las lágrimas de esta desdicha, otra mas terrible por ser menos conocida, vino á conturbar los ánimos de los habitantes de esta ciudad por espacio de mucho tiempo.

En la mañana del dia 1.° de Noviembre de 1755, cerca de las nueve y media, se comenzó á sentir un estremecimiento de la tierra que poco á poco fué arreciando hasta el estremo de mover los edificios con violentos y desmesurados vaivenes. Lentamente fué mitigándose hasta terminar. Todo duró por espacio de diez minutos. Alborotóse la ciudad. No habia en ella mas que confusion, llantos, lamentaciones y desdichas esperadas; pero al fin sosegóse la alteracion de los ánimos, viendo que el estrago que habian causado los sacudimientos de la tierra, se habia reducido á la ruina total de algunas casas ya ruinosas. Pero á deshora, en sazon de hallarse claros los horizontes, y el viento en calma, en breves minutos se retiró

precipitadamente el mar. A poco volvió sobre Cádiz con altas y furibundas olas, y con apariencias de arrancar y destruir y llevarse arrebatadamente toda la ciudad. Entró el agua por la Caleta, é inundó las calles y casas situadas en sus cercanías, despues de haber del todo deshecho el lienzo de muralla que le hacia frente. Todas ellas fueron anegadas con poca mortandad de personas; pues las mas buscaron amparo en las azoteas, lugares salvos de la inundacion. El agua subió á la altura de tres ó cuatro varas. Por la puerta de Sevilla, y por la del mar tambien entraron las olas; pero no causaron el estrago que en la Caleta. Juntáronse por el arrecife los dos mares, anegando á cuantos iban huyendo á la Isla de Leon. Los religiosos de Santo Domingo espusieron al público la imágen de la Vírgen del Rosario con el rostro vuelto á la bahía. De la capilla de la Vírgen de la Palma sacaron el estandarte de la hermandad. Retirado el mar, dispuso D. Antonio Azlor, gobernador de Cádiz, que no se permitiese á persona alguna la salida de la ciudad por Puerta de Tierra, y que se hiciesen aquella noche prevenciones de barriles de alquitran y hachas de viento, para que si se repetia el terremoto y las embestidas del mar se iluminasen las calles y en semejante confusion no se anduviese á ciegas.

Grandes desdichas evitó la enérgica resolucion de don Manuel Boneo, capitan de granaderos del regimiento de Soria, que se hallaba de guardia en la puerta de tierra. Viendo este caballero la multitud que corria á huir de la ciudad y conociendo que toda iba á perecer al punto que se juntaran los dos mares, como aconteció, no solamente dispuso que las puertas de la ciudad fuesen cerradas, sino tambien que sus tropas calasen bayoneta y resistiesen al pueblo que ciego en su peligro corria á buscar otro mayor.

Unos treinta entre viageros y traficantes perecieron en el camino de la Isla. Sus cadáveres se recogieron por la Hermandad de la Caridad para darles sepultura.

Desde el año de 1779 al de 1786 tuvo á su cargo el gobierno de esta ciudad don Alejandro O-Reylli, conde de O-Reylli, ilustre irlandés que habiendo entrado al servicio de España, pasó á estudiar táctica en los ejércitos de Rusia y en Hannover. En la guerra con Portugal fué nombrado comandante de la tropa ligera de á caballo que operó por Tras-os-montes; el conde de Ricla considerándolo como un sagaz y experto oficial, lo llevó consigo á la Habana, y por su influjo alcanzó que obtuviese O-Reylli el grado de mariscal de campo. Al regresar este á la península, Cárlos III le dió el cargo de inspector general. O-Reylli enseñó mas de una vez la táctica á nuestras tropas en los campos de Madrid.

Nombrado teniente general, pasó á la Luisiana, apaciguó la sedicion que habia en ella y castigó severamente á sus fautores. De vuelta á España, fué premiado con el título de conde de O-Reylli, cuando el parto de la reina. Del gobierno de Madrid pasó á mandar la desdichada espedicion de Argel. Apasionado de su propio dictámen, despreciador del ageno, y considerando muy inferiores á él en pericia á los generales que iban á sus órdenes, dirigió todas las operaciones de aquella empresa, contra el consejo de ellos.

Sin embargo, su mérito era grande y el rey le confió el gobierno de esta ciudad, donde dió los mas grandes testimonios de sus eminentes prendas. No hay memoria de una autoridad que mas servicios haya prestado á nuestra poblacion: el conde de O-Reylli mejoró la abundancia de abastos en tiempos de la nunca vista concurrencia de gruesas escuadras combinadas y de ejércitos aliados dentro de nuestras murallas: aumentó la ciudad con un nuevo barrio, llamado de S. Cárlos y establecido en la orilla del mar á las inmediaciones del antiguo baluarte de S. Felipe: erigió el magnífico hospicio, construyó el teatro principal, formó un paseo en extramuros, continuó el proyecto de enlosados, no permitió que se pidiese limosna por las calles y casas, puso

un nuevo órden de policía en los barrios y en el aseo de la ciudad, estableció la posta de ruedas que no habia en las ciento y mas leguas de camino entre Cádiz y Madrid, lo cual facilitó mucho el comercio de esta ciudad, puertos cercanos y Sevilla, Ecija y Córdoba con las provincias situadas al norte de España, creó una escuela de dibujo, de aritmética y de geometría, y como viese que pasaba de ciento y cincuenta el número de los discípulos, propuso al rey la ereccion de una Academia de Nobles Artes, el cual aprobó los arbitrios propuestos por la ciudad para su dotacion: comenzó á fabricar varios cuarteles para la tropa con objeto de libertar de alojamientos al vecindario, y por último trabajó activamente en intentar la restauracion del famoso acueducto de Tempul, que fué reconocido y estudiado por el arquitecto italiano don Escipion Perosini,[1] La ignorancia y la envidia impidieron que esta obra se realizase: ofendido el conde de O-Reylli así por las dificultades que en Madrid opusieron al pensamiento de proveer de aguas á esta ciudad como por el desden y la calumnia con que miraban todos los beneficios que diariamente proyectaba para sus administrados, no quiso por mas tiempo ser despojo miserable de tan ruines é indignos enemigos, y presentó respetuosamente su dimision al monarca, la cual fué aceptada con grave sentimiento de los sinceros admiradores de sus virtudes y de aquella actividad infatigable y ardientemente celosa por la causa pública. Aplaudieron su caida los envidiosos y los que nada valian: las mayores alabanzas del mérito han sido siempre los iracundos y desconcertados tiros de la ineptitud alevosa. Cesó en el cargo de gobernador de Cádiz el conde de O-Reylli y ya no hubo quien terminase los cuarteles del antiguo campo santo: cesó y todavía su proyecto de hacer dos castillos para defensa de la ciudad y su bahía en los grandes escollos que están

1 En 1º de Abril de 1786 se publicaron todas las diligencias hechas por órden del conde de O-Reylli.

á la entrada del puerto no han podido ser egecutados: cesó el conde de O-Reylli y la renovacion del acueducto de Tempul ó la traida de aguas á esta ciudad tampoco ha obtenido dichoso fin, ni lisonjeras esperanzas. En este ejemplo se puede considerar que hay hombres que para la gobernacion de un pueblo, valen por dos y aun cuatro generaciones, y que mas puede progresar una ciudad en siete ú ocho años bajo su tutelar inteligencia que en uno ó en dos siglos.

No fué indiferente el ayuntamiento de esta ciudad ante la ida del conde de O-Reylli. Reunido en 28 de Abril de 1786, y enterado de que el rey á consecuencia de la súplica del conde le habia admitido la dimision del gobierno de Cádiz, no solamente consignó en el acta de aquel dia su dolor por la pérdida irreparable de una autoridad tan ilustre, sino que se complació en conmemorar uno á uno todos sus servicios como perpetuo testimonio de la gratitud de una ciudad generosa, y sabiamente protegida hasta entonces por un talento y un celo que jamás conocieron la fatiga y el descuido durante el tiempo que empleó en engrandecer á Cádiz. El acta de ese dia es la mejor ejecutoria que pudo legar el conde de O-Reylli á sus hijos: el mas honroso recuerdo á su patria: y la mas ilustre prueba de su valer á la posteridad.

No fueron solamente á Cádiz los beneficios de su administracion, que á otras poblaciones tambien tocaron muchos, y como muchos, difíciles de enumerar, y cansados por lo repetidos para la curiosidad y para la memoria. Solo mencionaré la obra del puente de barcas de S. Alejandro sobre el Guadalete por el infausto suceso que ocasionó el dia designado para la ceremonia de abrirse al servicio público. Dirigida su construccion por acreditados ingenieros y maestros, y reconocido y dado por bueno despues de varias pruebas, fué tal y tan grande el número de personas que concurrió al no visto espectáculo, que se desquició una compuerta, cayen-

do al rio muchas. Ciento quince perecieron ahogadas: otras muchas se salvaron, merced al acierto de las disposiciones del mismo conde de O-Reylli, el cual con afecto de padre y con la actividad impaciente de un corazon caritativo, no solo dictó las mas oportunas providencias para la instantánea curacion de los heridos, sino que procuró mitigar las penas en las familias menesterosas de muchos de los que habian perecido facilitándoles los socorros que la multitud de los casos y los recursos pecuniarios consentian.

En 1769 fué trasladada la capitalidad del departamento de marina á la hoy ciudad de S. Fernando. Entonces se denominaba la villa de la Real Isla de Leon. En 1776 se comenzó bajo el ministerio del marqués Gonzalez Castejon la de S. Cárlos con el propósito de establecer en ella el departamento á causa de su inmediacion al arsenal de la Carraca. Mas tarde se trasladó á esta nueva poblacion el colegio de guardias marinas. En 1793 se puso la primera piedra al edificio del observatorio astronómico de S. Fernando: cinco años despues ya estaba concluido, llevándose de Cádiz todos los objetos.

Aunque estaba en tratos de paz Inglaterra con España, aquella nacion apercibia secretamente sus armas para invadir las islas Filipinas, y por el rio de S. Juan el gran lago de Nicaragua. Sabidos los intentos de los ingleses, declaróse la guerra, firmando Cárlos III con Francia el desastroso pacto de familia que Fernando VI nunca habia querido firmar conociendo que España iba á ser la que mas habia de sufrir en la lucha. Para mejor sustentarla, uniéronse treinta y seis navíos de línea con treinta franceses. Dispuso el conde de Floridablanca una invasion en Inglaterra, el asedio de la plaza de Gibraltar, la recuperacion de Menorca, el acometimiento de Panzacola y la Movile, fuertes de Vateches y Bolon-rouge, la restauracion de la Florida, la ocupacion de toda la costa de Campeche, bahía de Honduras y pais

de Mosquitos. Todas estas empresas se lograron, escepto la invasion en Inglaterra y la toma de Gibraltar. Aquella por la peste que afligió á las escuadras combinadas y desbaratos que en ellas ocasionaron furiosos temporales: esta tambien por semejantes desbaratos y por lo lentamente que en Brest se componian y aprestaban veinte navíos franceses, destinados á ayudar á los españoles en tamaña empresa á mas de las dificultades del asedio. En las aguas de Cádiz reparaban sus naves y tomaban mantenimientos para sus espediciones los generales don Luis de Córdoba y don Juan de Lángara. Considerando cuan grande era la importancia de esta ciudad, y de cuanto peligro seria para España que cayese en manos de los enemigos, nunca la desamparaban las escuadras. Sucedió en esto que salieron de los puertos de Inglaterra dos flotas, una para Jamayca con tropas, armas y municiones para reforzar la guarnicion de aquellas islas: otra con naves de comerciantes ricamente cargadas para la India oriental. Estas flotas debian navegar unidas al abrigo de un navío y dos fragatas de guerra, hasta las islas de los Azores y en ellas habia de tomar cada cual su derrota. La escuadra española á las órdenes de don Luis de Córdoba pasó á las islas de los Azores, esperó y dió á deshora en las flotas inglesas y apresó cuantas naves la componian, pues de cincuenta y cinco no escapó una sola. El navío y las dos fragatas de guerra diéronse á huir favorecidos de su ligereza. 150 millones de reales ganó España en esta jornada, 55 bageles y la presa de tres mil hombres,

En el año de 1782, España y Francia unidas trataron de hacer una espedicion sobre las posesiones inglesas en América con setenta navíos de línea, cuarenta mil hombres de desembarco, y con todos los aprestos de guerra y bastimentos necesarios. Prontos se hallaban á levar anclas cincuenta navíos de línea en las aguas de Cádiz que debian unirse á mas de veinte que estaban sobre las de Guarico. Pero cuando ya se encontraba

tan poderosa armada prevenida para acometer la América inglesa, empezaron á hacerse tratados de paz entre España, Francia é Inglaterra, y quedaron sin efecto y malogrados tantos aprestos navales por parte de aquellas naciones.

La empresa de la recuperacion de Gibraltar fué una de las que mas habian encendido el deseo de Cárlos III. Creia la mayor de las ignominias que la bandera de un pueblo á quien tanto odiaba, ondease por mas tiempo en la misma península. Resuelto á la conquista, mandó en Julio de 1779 que un cuerpo de trece mil hombres al mando del teniente general don Martin Alvarez de Sotomayor acampase á vista de Gibraltar y estableciese el bloqueo por la parte de tierra, en tanto que el de la del mar estaba á cargo del gefe de escuadra don Antonio Barceló.

La corte británica, como aun no se habia declarado la guerra, envió al duque de Cumberland como plenipotenciario para convenir en la restitucion de Gibraltar bajo las condiciones de que España cederia á Inglaterra la isla de Puerto Rico, y la fortaleza de Omoa y su territorio, que compraria por su valor todos los pertrechos militares y la artillería de Gibraltar, dando además, antes de la restitucion de la plaza, dos millones de libras esterlinas como indemnizacion de los gastos invertidos en fortificarla, que se apartaria de la liga con Francia en esta guerra, que no prestaria socorros á las colonias inglesas de América que estaban sublevadas, y que si no podia ayudar á su pacificacion, al menos no prestaria asilo á los rebeldes; y que el cambio de Gibraltar por Puerto Rico no se verificaria hasta que la rebelion de América hubiese terminado.

Rechazadas estas proposiciones, ya solo pensó Cárlos III en su amistad con Francia, y en la recuperacion de la isla de Menorca, empresa que la corte de Versalles creia posible y se prestaba á auxiliar; no así en la de Gibraltar que juzgaba de todo punto desastrosa

para los ejércitos que en ella se empleasen.

El almirante Rodney salió del Támesis en 1.° de Enero de 1780 para introducir socorros en Gibraltar. En el cabo de Finisterre se apoderó de un convoy de víveres y pertrechos de guerra que de San Sebastian se dirijia á Cádiz con la escolta de un navío y de cuatro fragatas. No hubo resistencia. Su escuadra se reforzó con cinco buques mayores, constando así de veinte y uno el total de ella.

El teniente general don Juan de Lángara y Huarte mandaba una escuadra de once navíos, encargada de vigilar desde el Estrecho al Cabo de San Vicente, á fin de impedir la entrada de toda suerte de socorros. El dia 16 de Enero de 1780, fuertísimo estaba el viento, la mar era mucha, cortísimo el horizonte, cerrado todo por la incesante y abundantísima lluvia. A la una y media de la tarde comenzó á virar por redondo la escuadra la vuelta del S. E., cuando el navío *Fénix* donde iba Lángara, descubrió desde el tope á pocos instantes veinte velas al N. N. O. Al punto se mandó formar la línea de combate. A las 2 de la tarde ya se habian descubierto veinte velas grandes y sesenta pequeñas.

Formáronse la línea los nueve navíos *Fénix*, *San Agustin*, *San Eugenio*, *Santo Domingo*, *San Lorenzo*, *Princesa*, *Diligente*, *Monarca* y *San Julian*, poniéndose á sotavento las dos fragatas Santa Cecilia y Santa Rosalía con cuatro embarcaciones detenidas.

A todo esto, por la cerrazon ignoraban los nuestros que se hallaban frente al cabo de Santa María. Hasta que los enemigos estaban á tres leguas no se pudo divisar bien su número y su calidad. Veinte y dos eran los navíos, tres de ellos de tres puentes. No bien vió Lángara que se abrian en dos divisiones, una que ocupaba la banda del N. y otra hacía por la escuadra con ánimo, sin duda, de doblar nuestra línea y cortar la retirada despues del combate, comprendió la superioridad del enemigo y lo imposible de vencerlo, y así consultó por medio de

ARMADA ESPA

NAVIOS.	CAÑ.	ASTILLEROS.	AÑOS.	NAVIOS.	CAÑ.	ASTILLEROS.	AÑ
Sma. Trinidad.	140	Habana.	1769	San Ildefonso.	74	Cartagena.	1
Pma. Concepcion.	112	Ferrol.	1779	San Juan Bautista.	74	Cartagena.	1
Santa Ana.	112	Ferrol.	1784	San Lorenzo.	74	Guarnizo.	1
Conde de Regla.	112	Habana.	1786	San Pascual.	74	Guarnizo.	1
Real Cárlos.	112	Habana.	1787	San Pablo.	74	Ferrol.	1
San Josef.	112	Ferrol.	1783	Terrible.	74	Cartagena.	1
Salvador.	112	Ferrol.	1787	Triunfante.	74	Ferrol.	1
Mexicano.	112	Habana.	1786	Velasco.	74	Cartagena.	1
San Hermenegildo.	112	Habana.	1789	Vencedor.	74	Ferrol.	1
Reina Luisa.	112	Ferrol.	1791	San Fco. de Paula.	74	Cartagena.	1
Príncipe de Astur.	112	Habana.	1793	Soberano.	74	Habana.	1
Real Familia.	112	En grada id.	00	Conquistador.	74	Cartagena.	1
San Fernando.	112	Habana.	1765	Asia.	64	Cartagena.	1
San Cárlos.	96	Habana.	1765	San Fulgencio.	64	Cartagena.	17
Rayo.	80	Habana.	1749	San Leandro.	64	Ferrol.	17
San Nicolás.	80	Cartagena.	1769	España.	64	Cádiz.	17
San Rafael.	80	Habana.	1771	San Ramon.	64	Habana.	17
San Eugenio.	80	Ferrol.	1775	América.	64	Habana.	17
Neptuno.	80	Ferrol.	1795	San Pedro Alcánt.ª	64	Habana.	17
San Vicente.	80	Cartagena.	1768	Astuto.	60	Habana.	17
Bahama.	74	Habana.	1784	San Julian.	60	Cartagena.	17
San Dámaso.	74	Cartagena.	1776	Sto. Domingo.	60	Ferrol.	17
San Sebastian.	74	Pasages.	1783	Castilla.	60	Ferrol.	17
Africa.	74	Cádiz.	1752	Miño.	54	Ferrol.	17
Arrogante.	74	Guarnizo.	1750				
Galicia.	74	Habana.	1754	FRAGATAS.			
Oriente.	74	Ferrol.	1753				
San Fermin.	74	Pasages.	1782	Atocha.	40	Habana.	17
San Gabriel.	74	Ferrol.	1772	Sabina.	40	Ferrol.	17
Santa Isabel.	74	Cartagena.	1767	Minerva.	40	Habana.	17
San Isidro.	74	Ferrol.	1768	Anfitrite.	42	Haban. en gr.	(
San Joaquin.	74	Ferrol.	1771	Ceres.	40	Habana.	17
S. Juan Nepomuc.º	74	Guarnizo.	1766	Gloria.	40	Habana.	1
San Justo.	74	Cartagena.	1779	Flora.	40	Ferrol.	1
San Pedro Apóstol.	74	Ferrol.	1770	Astrea.	34	Cartagena.	1
Sério.	74	Guarnizo.	1754	Asumpcion.	34	Ferrol.	1
San Telmo.	74	Ferrol.	1788	Ntra. Sra. de la O.	34	Habana.	1
Europa.	74	Ferrol.	1789	Santa Agueda.	34	Habana.	1
Intrépido.	74	Ferrol.	1790	Liebre.	34	Cádiz.	1
Pelayo.	74	Habana.	1792	Santa Cecilia.	34	Habana.	1
Monarca.	74	Ferrol.	1794	Santa Dorotea.	34	Ferrol.	1
Montañes.	74	Ferrol.	1794	Santa Lucía.	34	Habana.	1
Angel de la Guarda.	74	Cartagena.	1773	Magdalena.	34	Ferrol.	1
San Agustin.	74	Guarnizo.	1768	S.ª M.ª de la Cabeza.	34	Habana.	1
Atlante.	74	Cartagena.	1754	Santa Matilde.	34	Habana.	1
Firme.	74	Cádiz.	1754	Santa Rosa.	34	Ferrol.	1
Gallardo.	74	Ferrol.	1754	Santa Rosalía.	34	Cartagena.	
Glorioso.	74	Ferrol.	1755	Santa Rufina.	34	Cartagena.	1
Guerrero.	74	Ferrol.	1755	Venus.	34	Cádiz.	
San Antonio.	74	Cartagena.	1785	N. Sra. de la Paz.	34	Ferrol.	1
San Fco. de Asis.	74	Guarnizo.	1767	Santa Perpetua.	34	Ferrol.	1
San Genaro.	74	Cartagena.	1765	Santa María.	34	Ferrol.	1

EN 1796.

ATAS.	CAÑ.	ASTILLEROS.	AÑOS.
ı.	34	Habana.	1788
ıra.	34	Ferrol.	1774
	34	Ferrol.	1770
	34	Ferrol.	1782
pe.	34	Habana.	1786
ena.	34	Ferrol.	1783
talina.	34	Habana.	1787
ocadia.	34	Ferrol.	1787
resa.	34	Ferrol.	1787
	34	Ferrol.	1789
	34	Ferrol.	1789
	34	Ferrol.	1793
	34	Ferrol.	1794
a.	34	Mahon.	1789
	34	Cartagena.	1784
	34	Cartagena.	1784
na.	34	Cartagena.	1786
	34	Cartagena.	1788
	34	Cartagena.	1789
da.	34	Mahon.	1791
	34	Mahon.	1792
a.	34	Mahon.	1793
	34	Presa F.	1793
	34	Cartagena.	1795
	34	Mahon.	1795
ertrudis.	26	Guarnizo.	1768
BETAS.			
.	22	Ferrol.	1777
	22	Presa.	
	20	Ferrol.	1777
lena.	20	Ferrol.	1779
erta.	20	Cádiz.	1789
ı.	20	Cádiz.	1789
osa.	20	Cartagena.	1775
ica.	20	Ferrol.	1779
na.	20	Presa.	
EQUES.			
ndro.	34	Mahon.	1785
o.	34	Cartagena.	1779
	32	Palma en Mn.	1769
	30	En idem.	1770
ipe.	26	Mahon.	1786
astian.	26	Cartagena.	1774
a.	18	Cartagena.	1778
o.	18	Cartagena.	1779
	14	Palma.	1775
	14	Cartagena.	1775

RESUMEN.

Navíos.	76
Fragatas	51
Corbetas	9
Jabeques	10
Hay además bergantines. .	30
Paquebotes	6
Urcas para conducir maderas y pertrechos. . . .	16
Total de buques. . .	198

NOTA.—Casi todos los buques que se espresan arriba se hallan armados y tripulados.

Para que el aficionado pueda hacer sus comparaciones, darémos una idea de la fuerza marítima que tienen las demás Potencias de Europa, y del sistema que cada una sigue para fomentarla.

La Inglaterra 200 á 220 navíos, 250 fragatas y 500 buques menores. Para su buena construccion tiene profundos matemáticos y esperimentados marinos: para guarnicion, mucha y buena marinería de los mercantes que surcan todos los mares del Universo: para sostenerla tiene comercio, riqueza y recursos inmensos, y el genio de la nacion que inclina á las cosas de la mar.

La Francia tenia una regular marina, pero con el saqueo de Tolon, combate memorable de Ouessant, y las enormes atenciones de tierra, solo podrá contar de 30 á 35 navíos y otras tantas fragatas. La construccion es buena, pero su aparejo y maniobras no llegan á los de los ingleses.

Holanda 15 á 20 navíos pequeños y de construccion planuda. La nacion no inclina á lo militar.

Dinamarca 20 á 25 navíos. Sistema pacífico. Suecia la misma fuerza y el mismo sistema.

Rusia 35 á 40 navíos atrasados.

Turquía idem.

Cádiz y Diciembre de 1796.

señales á los comandantes si creian conveniente arribar á Cádiz. La respuesta de todos fué unánime y afirmativa. Dada la órden de dirigirse la escuadra á Cádiz, de formar la retirada y de la fuerza de vela, no pasó mucho tiempo sin que algunos navíos ingleses alcanzasen al *Santo Domingo* que no estaba en su andar de resultas de haber perdido su verga mayor en el huracán del dia 13. El *Edgar* lo alcanzó, pero saludado con un espantoso fuego tuvo que alejarse. Cuando el *Santo Domingo* ya iba á volver á unirse á la escuadra, otros dos navíos enemigos lo cercaron. Con el viento en popa, esperimentó la desdicha de volarse con su propio fuego, cuando con mas bizarría y acierto respondia á las descargas de los enemigos. Una esplosion, una llamarada y una densísima nube de humo, precedieron á la desaparicion del navío. La *Princesa* y el *Diligente* ya habian comenzado á batirse. El navío *Defence* acometió al *Fénix* y luego el *Benefactor*, sin que el vivísimo fuego de los enemigos lograse apagar el no menos vivo de nuestros valientes. A las seis de la tarde cayó el palo de mesana del *Fénix*, y Lángara fué herido de una bala de fusil junto al oido izquierdo, sin que esta circunstancia impidiese al general proseguir desde el alcázar dando las órdenes para la continuacion del combate. La mucha mar ayudaba á los tres navíos enemigos para acrecentar las dificultades de la defensa del *Fénix*. Otro tercer navío lo acometió por la popa á las siete de la noche. Una fuerte contusion de metralla recibida en el muslo izquierdo, hizo titubear á Lángara, pero no su entereza. Así resuelto á no abandonar el alcázar hasta donde sus fuerzas llegasen, continuó mandando. Al poco tiempo una nueva herida en la cabeza lo dejó aturdido y derribado. Conducido á la enfermería y vuelto en sí, sus palabras no se dirijian á otra cosa que á escitar el ánimo de los que cerca estaban á proseguir el combate. Un quinto navío vino á reforzar á los enemigos. El mastelero mayor cayó atra-

vesado en el *Fénix*; este quedó sin aparejos, solo algunos girones del trinquete flameaban, el agua entrando en cantidad por entre los jugos, movible el palo mayor, sin gobierno alguno el navío. Ya eran las 10 de la noche y aun se resistia.

Pero no pudiendo presentar á los enemigos los costados, y sufriendo el fuego por la popa y la proa y sin esperanzas de auxilios por parte de los demás navíos que se apartaban del combate batiéndose en retirada, arrió el *Fénix* la bandera. Separáronse entonces dos navíos. Del *Benefactor* entró en el *Fénix* un destacamento con dos oficiales y se ocupó toda la noche en restaurar en lo posible sus aparejos. El viento proseguia cada vez mas en su furia, y el mar secundaba las iras del viento.

Al siguiente dia el capitan Mabride, comandante del *Benefactor*, pasó á visitar á Lángara y le dijo, que una defensa tan gloriosa y con tal disparidad de fuerzas era mas envidiable que el ataque, y que así usando con él, contra toda costumbre, del decoro debido á un valor tan grande, habia resuelto no largar la insignia del grado de Lángara debajo de su bandera y que la oficialidad y gente española quedase en el *Fénix* con el fin de preservarlas de la epidemia de viruelas que en su navío se esperimentaba.

La escuadra victoriosa entró en Gibraltar el 18 con el *Diligente*, la *Princesa* y el *Monarca* apresados: el *Fénix* llegó al siguiente dia, siendo recibido Lángara por el gobernador Elliot, por el almirante Duff y su segundo Digbd, con las mayores muestras de aprecio y con todos los honores militares debidos á su rango.[1]

1 Navarrete dice con error que los navíos españoles fueron siete y que el combate acaeció el 18 de Enero. Yo he tenido á la vista para mi relacion una copia contemporánea del parte que Lángara dió al ministro en Gibraltar el 21 de Enero.

Los heridos en el *Fénix* fueron, además de Lángara, cinco oficiales, seis artilleros, ocho soldados, y ciento y cinco marineros. En el combate solo murieron nueve hombres.

Alabado el valor de Lángara, aun por sus mismos enemigos, el rey le dió por recompensa de su virtud, el ascenso á teniente general el 3 de Febrero de 1780, no obstante que en 11 de Diciembre anterior habia obtenido el grado de gefe de escuadra. Los navíos *San Julian* y *San Eugenio*, entraron en Cádiz conduciendo primero á los ingleses de quienes lo habian sido; pues los que los custodiaban, no tuvieron otro arbitrio, enmedio de la tempestad que sobrevino, que entregarse á merced de los españoles para salvar las vidas, hallándose como se hallaban en mares desconocidos.

Juntáronse en Cádiz el año de 1781 las escuadras francesa y española en número de cincuenta y dos naves y muchos trasportes además que conducian nueve mil hombres de desembarco, todo para la empresa de recuperar la isla de Menorca. Mandaba las fuerzas marítimas don Buenaventura Moreno y las de tierra Luis de Berton de Balbe de Quiers, mas conocido en la historia por el duque de Crillon: se habia hallado en muchas batallas, en muchos sitios de ciudades: su valor se habia acrecentado con el ejercicio de la guerra. Su pericia, sin embargo que le alcanzó celebridad, nunca pasó de los límites de la medianía. Tomóse la isla de Menorca: la ineptitud de su gobernador no supo oponer una resistencia sagaz, con la certidumbre de ser prestamente socorrido. El almirante inglés llegó tarde: ni su valor ni su alta inteligencia pudieron vencer á las escuadras combinadas. Mucha fué su pérdida, mayor la injusticia de los de su nacion. El haber llegado tarde á la defensa de Menorca le costó ser fusilado en Plymouth sobre la cubierta del navío *Bellerophon*.

Con esta victoria abrigáronse grandes esperanzas de que Gibraltar se tomaria, si no tan fácilmente, al menos con alguna mas sangre española. El suceso de Menorca hizo creer que en Inglaterra ya no existian dignos sucesores de los Marlborough y Chattam.

Los sacrificios de los pueblos para la continuacion

de la guerra eran espontáneos y frecuentes. En nuestra provincia, Alcalá de los Gazules, Sanlúcar y Jerez, daban gratuitamente sus maderas para la construccion de buques, y el consulado y comercio de Cádiz armaba á sus espensas veinte naves para fatigar al de los ingleses por medio del corso.

El mando de las fuerzas, destinadas al sitio de Gibraltar, fué confiado al duque de Crillon. Una escuadra que se armó en Cádiz y constaba de cuarenta y ocho navíos, pasó á la bahía de Algeciras á las órdenes del general Moreno, con el fin de estrechar mas y mas el bloqueo. El mando de las fuerzas sutiles continuó encomendado al gefe de escuadra Barceló, hasta que lo obtuvo don Antonio Rodriguez de Valcárcel.

Reforzóse el ejército sitiador con cuatro mil hombres de los nueve de la espedicion de Menorca; y con tres mil de auxiliares franceses, llegando todo á constar de veinte mil hombres.

Segunda vez habia recibido socorros la plaza. El almirante Darvis los habia introducido ya en Abril de 1787: el general español don Luis de Córdoba, que con treinta y dos navíos se hallaba en Cádiz, salió al punto que llegó la noticia, á batir á la escuadra inglesa; pero esta, cumplido su objeto, evitó el combate dirijiéndose á Lisboa.

El duque de Crillon, cuando al año siguiente se encargó del mando del ejército, estableció baterías que molestaban bastante á las inglesas y á la ciudad. La resistencia de esta cada dia se presentaba mas formidable. El mediano talento de Crillon mucho podia ejecutar y ejecutaba con su esperiencia, pero contra él se mantenia firme é imponente, como la misma roca de Gibraltar el genio superior de Elliot, el mas terrible, experto é incansable de sus adversarios.

La dificultad de resolver el problema de la conquista de esta plaza, encendió las imaginaciones de muchos en proyectos mas ó menos quiméricos.

Unos, como el conde de Aranda, querian que los fondeaderos de Gibraltar se cubriesen de escollos artificiales para impedir los socorros marítimos: otros, como Barceló, que diariamente se combatiesen los muros con lanchas cañoneras que cada una tuviese un mortero de á placa: otros, como el conde de Estaing, que se costease el peñon por la parte del Mediterráneo, y que desde allí se bombardease un dia y otro dia á la ciudad hasta obligarla á la rendicion. Estos y otros pareceres no lograron favorable acogida en la corte. Prevaleció, como acontece en casos iguales, el mas absurdo de todos los presentados. Mr. d'Arzon, ingeniero hidráulico, muy acreditado en su tiempo, vino á España con grandes recomendaciones de la corte de Francia, y con las de nuestro embajador el conde de Aranda. Su proyecto consistia en la construccion de unas *Baterías flotantes*, barcos de gran espesor, y convenientemente preparados para resistir el fuego de las balas rojas y para no ser sumergidos.

Necesitaban el fondo de un navío de ochenta cañones: por tanto no podian acercarse á las murallas, como su autor decia. Si las balas rojas entraban por las troneras, juzgaba Mr. d'Arzon que el fuego no se comunicaria á sus máquinas, puesto que él por dentro del maderamen iba á colocar unos canales, que dando la vuelta á las baterías derramarian constante y abundantemente tanta agua que el incendio, si llegaba á existir, seria instantáneo. Practicables las brechas en los muros de Gibraltar, en sentir de Mr. d'Arzon mas de dos mil lanchas podrian conducir las tropas suficientes á dar el asalto, en la confianza de que no quedando piedra sobre piedra, destruidas las baterías de la plaza, Elliot se veria precisado á capitular de cualquier modo; pero el ingeniero francés no advertia que los soldados esparcidos en tantos barquichuelos, jamás podrian juntarse en suficiente número para formar una columna de ataque, en el corto espacio que hay del mar á las mu-

rallas, así como que el flujo y los golpes de las olas en las piedras, todo hacia imposible el proyecto.

Así lo juzgó el duque de Crillon: así lo dijo al conde de Floridablanca: así al mismo ingeniero en presencia del ministro; mas nada pudo conseguir en los ánimos apasionados de aquella quimera. A su despecho, y compelido por las instancias del rey, se encargó del asedio, no sin protestar contra el pensamiento de las baterías flotantes, que desde luego comenzaron á construirse en Cádiz y Algeciras bajo las órdenes de su inventor.

Príncipes estranjeros, entre ellos el duque de Borbon y el conde de Artois (despues Cárlos X) y muchos personages españoles, habian acudido al sitio para presenciar el efecto formidable de aquellas máquinas. Eran diez, la mitad de un solo puente, la otra de dos, mandadas de este modo: las primeras, *La Pastora* por don Buenaventura Moreno, *La Talla piedra* por S. A. R. el príncipe de Nassau, *La Paula primera* por don Cayetano Lángara, *El Rosario* por don Francisco Muñoz, *San Cristóbal* por don Federico Gravina: las segundas, *El Príncipe Cárlos* por don Antonio Basurto, *San Juan* por don José Angeler, *Paula segunda* por don Pablo de Cózar, *Santa Ana* por don José Goicoechea, *Los Dolores* por don Pedro Sanchez. Ciento treinta y ocho cañones iban en las flotantes: cinco mil ciento noventa hombres eran los que las tripulaban.

El duque de Crillon, aunque no tenia fé alguna en el proyecto, ofreció auxiliarlo en cuanto estuviera en su posibilidad, mientras que durase el ataque de la plaza; así es que este con las baterías flotantes quedó del todo á cargo de la marina.

El dia 13 de Setiembre de 1782, amanecieron estas sobre Gibraltar, conducidas á remolque en la madrugada. Colocáronse en dos líneas: las de dos puentes formaban la primera, y las de uno la segunda en los claros de las otras, por un órden de ajedrez. A las diez y veinte y cinco minutos rompieron el fuego tambien

los buques de la escuadra, las cañoneras y bombarderas, así como las baterías de tierra.

Sobre las flotantes cayeron algunas balas rojas, sin efecto al principio; pero de ninguno eran seguramente los contínuos disparos de ellas contra los muros. Encalladas casi todas á seiscientas toesas, las de la primera línea solo pudieron llevar sus balas á morir á pocos pasos de la muralla: las de la segunda caian en el agua.

Un incendio muy difícil de sofocar se presentó por la tarde en algunas baterías. Desde las cinco y media de la tarde á las nueve de la noche, pocos fueron ya sus inútiles disparos.

La Talla primera se incendió á esa hora: á las doce se voló. Momentos antes la habian abandonado el príncipe de Nassau y Mr. d'Arzon. A poco volóse igualmente *La Pastora*: pero sin hallarse ya en ella el general Moreno; despues la *San Cristóbal*, salvándose el último y herido además don Federico Gravina. La esplosion de estas tres baterías hizo estremecer á amigos y á enemigos. Al punto dió Moreno la órden de que fuesen incendiadas las demás, para que no se convirtiesen en presa de los ingleses. Comenzaron á arder las siete. De *La Paula Segunda* y de *El Príncipe Cárlos* arrojaron antes la pólvora al mar. Las lanchas y los botes de las escuadras francesa y española no fueron bastantes para conducir con la celeridad que el caso requeria, todas las tripulaciones á tierra. De Gibraltar envió varias lanchas cañoneras el general Elliot, compadecido de los muchos infelices que luchaban con la muerte, ya huyendo del incendio á los peligros del mar, entonces muy alterado por la violencia del viento Sur, ya tornando á las flotantes por creer menos inminente su fin junto á las llamas. A riesgo de sus vidas salvaron en tan horrenda noche los ingleses á mas de dos mil hombres, entre ellos trece oficiales. La humanidad, compañera inseparable del valor y el talento, distinguian á Elliot, y Elliot en esa memorable noche, como descanso

de las fatigas de tan terrible dia, cifró todo su conato, todo su anhelo en la salvacion de sus desdichados enemigos.

Tal fin hubo el proyecto de Mr. d'Arzon. El conde de Floridablanca para disculpar la fé con que lo acogió atribuye en su memoria de los actos de su ministerio, á varias causas el mal suceso de las flotantes, ya á la celeridad de los trabajos de su construccion, y á no haberse puesto, por temor de que se mojase la pólvora, los canales que habian de mantener en ellas la circulacion del agua, ya por no haberse probado en una la resistencia que podrian las otras oponer el fuego de las balas rojas, ya por no haberse colocado con anclas á la espía ó cables dobles para retirarse por ellas fuera del tiro de cañon de la plaza.

Sucedió en este caso lo que sucede en semejantes. Todo se cree, ó si no se cree, todo se dice menos el engaño propio. Habló la imaginacion audaz, no el talento del ingeniero francés, á las imaginaciones de nuestros ministros, escitadas con el celo del bien público y con la esperanza de ilustrar sus nombres por medio de la conquista de una plaza tan fuerte. La verdadera ciencia militar enmudecia ante la empresa, por no encontrar un modo cierto de resolver el problema. Nada tiene de estraño que ante la dificultad, el deseo hiciese fáciles los imposibles, á hombres de estado poco ó nada científicos.

No veian, no, estos lo que hombres eminentes en política, en la milicia y en la ciencia, estaban viendo. El desastre de la invencion de las baterías y la inutilidad del asedio de Gibraltar eran patentes á sus ojos. El gran filósofo y geómetra D'Alembert que en el siglo último fué el matemático que mas contribuyó al adelantamiento de las ciencias, en sus cartas á Federico II de Prusia y Federico II de Prusia en las suyas á D'Alembert, hablan de las *multiplicadas necedades* que hacíamos en el campo de S. Roque frente á Gibraltar, que

las baterías flotantes eran *un hermoso desatino*, y el mas triste ejemplo de la jactancia y ligereza francesas: que no podian comprender por qué fatalidad cincuenta navíos así franceses como españoles habian dejado pasar y repasar el Estrecho sin molestarlos á treinta y cuatro ingleses á su misma vista: que el sitio de Gibraltar habia sido *ridículamente emprendido y mas ridículamente continuado* y la causa principal de tantas desdichas y torpezas: que habia prolongado la lucha dos ó tres años, y retardado una ventajosa paz que se hubiera podido conseguir, y por último, que los hombres mas osados pueden emprender cosas difíciles, pero que las imposibles deben quedar abandonadas á los necios.[1]

Fuerza es confesar que muy poco valian nuestros políticos del siglo último para oponer la astucia á la astucia. Tenian sobrada buena fé, lo mismo que el monarca, para vencer por medio de la sagacidad política: así fueron vencidos. Irritóse el españolismo de ellos ante la proposicion de ceder en cambio de Gibraltar á Puerto Rico, isla que en otra guerra podia ser recuperada como lo fué la de Menorca, la de Menorca, cedida por el tratado de Utrecht, pero vuelta á adquirir por la fuerza de las armas. Esta consideracion ó no ocurrió á nuestros estadistas, ó la rechazaron como indigna de hombres honrados. Creian una afrenta obligarse España á no auxiliar á los rebeldes americanos, sin advertir que ellos mismos enseñaban el camino de la insurreccion á los de nuestras posesiones: todo ceguedad, todo ignorancia del corazon humano. Pues bien: esos mismos hombres que antes de los desastres y de las locuras sangrientas frente á Gibraltar, juzgaban afrentoso el cambio con Puerto Rico y que se negaban á oir tra-

1 Véanse las cartas de D' Alembert al rey escritas en 14 de Diciembre de 1781, 1º de Marzo, 3 de Mayo, 9 de Agosto, 11 de Octubre y 13 de Diciembre de 1782, y la de Federico II su fecha 30 de Diciembre de este último año. Tomos X y XII de la edicion de Berlin de 1788.

tos de paz, como no fuesen precedidos del ofrecimiento de la entrega de aquella plaza, impotentes delante de sus muros instaron para que se restituyese á España ofreciendo las ciudades de Orán y Mazalquivir, no codiciadas de los ingleses. Ya era tarde. Se habia hecho todo, menos á tiempo conseguir que se tremolase nuestra bandera en Gibraltar. Los ingleses que antes de la guerra estaban dispuestos á su cesion, ya con los sucesos de ella, y con los grandes sacrificios para la defensa de la plaza, mal podian acceder á las pretensiones de Cárlos III. El orgullo nacional estaba interesado por mil causas en la conservacion de aquella fortaleza.

Los franceses anhelaban la paz, los franceses por quienes Cárlos III habia despreciado antes la alianza con Inglaterra, y fueron los que le aconsejaron que desistiese de la restitucion ó toma de Gibraltar.

De una manera tan desdichada esos mismos hombres, altaneros antes de la lucha, y sin prevision política, firmaron con Inglaterra un tratado en que se venia á desistir de aquellas pretensiones.

Mucho venero á los ilustres personages que en el siglo último tuvieron una parte activísima en numerosas reformas útiles á la gobernacion de España, pero nunca podré alabarlos ni autorizar con mi silencio las alabanzas de otros escritores por su política en lo referente á Gibraltar. La intencion era noble, el celo equivocado; nula la sagacidad que engaña á propios y estraños para el bien de los propios: nula aquella eminencia en el talento que desde el tiempo presente domina el tiempo futuro.

No duró mucho el sitio despues de la destruccion de las baterías flotantes. El duque de Crillon proseguia el asedio con la esperanza de que por hambre se reduciria la ciudad, que ya habia comenzado á sentir todos los rigores de una escasez, vencida por el sufrimiento de Elliot y de sus tropas.

El almirante Howe con treinta y cuatro navíos, ocho

fragatas, tres balandras y veinte y ocho trasportes salió de Inglaterra con la órden de no empeñar accion con las fuerzas españolas y francesas, y procurar la introduccion de gente, víveres y municiones en la ciudad sitiada.

La escuadra española y francesa salió de Algeciras el 16 de Octubre al encuentro de la inglesa. Howe supo burlar con su pericia á sus enemigos, y logró socorrer á Gibraltar, sin que las considerables fuerzas de cuarenta y seis navíos y veinte fragatas pudiesen impedirlo ni aun despues alcanzarlo, para disculpar sus gefes con la tardía derrota del almirante, la nulidad ó la poca fortuna que los acompañó en este suceso. El general español atribuyó á la contrariedad de los vientos[1] no haber alcanzado á Howe antes del socorro de Gibraltar: otros creyeron que las disidencias entre los gefes de las escuadras francesa y española favorecieron al almirante inglés para cumplir los designios de su gobierno.

El duque de Crillon, en tanto, habia dispuesto que se formase una mina para volar una gran parte de las defensas de la ciudad y aun de la ciudad misma. Trabajóse con ahinco y adelantóse algo en su construccion; pero como se vé, en este asedio todo era ir de quimera en quimera. La mina de Gibraltar no estaba en Gibraltar; estuvo en los gabinetes de Madrid y Lóndres antes de este postrimer asedio. Confiados en las fuerzas y en los tesoros de que podian usar, imaginaron nuestros gobernantes que los ánimos estaban dispuestos para el sitio, las armas convenientes todas prevenidas, el enemigo descuidado, la fortuna favorable y la ocasion llamándonos y abriéndonos el camino mas fácil y decoroso. Prefirieron tratar la restitucion de Gibraltar en el papel del campo, con la tinta de la sangre y con la pluma de la espada.

1 Harto sabido es aquel pasquin que se convirtió en proverbio: *Entre EE, NN, OO y SS se colaron los ingleses.*

El sitio se levantó definitivamente á consecuencia del tratado de 3 de Setiembre de 1783, cuyos preliminares se habian firmado en 30 de Enero del mismo año. Inútilmente quiso ceder Francia á Inglaterra la Guadalupe y otras islas por Gibraltar, cediéndole á su vez España la parte que teniamos en la Isla de Santo Domingo: inútilmente España quiso ya ceder á Puerto Rico. Duró el sitio de Gibraltar tanto ó mas que el de Troya. Hubo en nosotros la constancia; pero no la astucia griega para penetrar en sus muros. Tuvimos un Sinon que labrase no una, sino diez máquinas; pero el Sinon fué para nosotros, no para nuestros contrarios: engañador inocente, no de estos, sino de sus amigos, y hasta engañador de sí. El caballo griego no introdujo las llamas en el Ilion Sagrado de los ingleses: al contrario, entregó á cinco mil españoles al fuego de los enemigos. No sirvieron estos terribles avisos de la esperiencia para no entrar en ligas con otras naciones á fin de abatir el orgullo inglés: la paz de Cárlos IV con la Francia republicana y su alianza con ella y los holandeses, nos atrajo la guerra con Rusia, guerra no de importancia por lo lejano del enemigo, pero de gravedad por los términos afrentosos con que nos la declaró el autócrata Pablo I.

El primer suceso marítimo de esta nueva lucha con Inglaterra fué el combate del dia 14 de Febrero en el Cabo de San Vicente entre la escuadra española al mando del teniente general don José de Córdoba y la del almirante Jervis, muy inferior en número. La escuadra española fué dispersada. Arriaron bandera el navío *San José* despues de muerto el heróico general don Francisco Javier Winthuysen que lo mandaba, el *Salvador del mundo* despues de acabar de un modo igualmente honroso su comandante el brigadier don Antonio Yepes, el *San Nicolás*, despues de haber fenecido con la misma gloria su comandante el brigadier don Tomás Geraldino, y por último el *San Andrés* que mandaba el

capitan Argumosa. *El Pelayo* á las órdenes de don Cayetano Valdés, salvó *El Real Trinidad* que estaba á punto de rendirse. Quedaron fuera de combate sobre mil y quinientos hombres. Entró la escuadra en Cádiz el 3 de Marzo produciendo en todos los ánimos unánime indignacion la cobardía ó la ineptitud de unos gefes que teniendo á sus órdenes veinte y cuatro navíos y doce fragatas, habian sido vergonzosamente derrotados por quince de los primeros y diez de las segundas. El odio público se enconó en los gefes hasta el punto de correr de boca en boca mil motes satíricos contra ellos.[1]

En cambio de este castigo, impuesto al deshonor de los que no supieron cumplir con su deber, un sentimiento general tributó la admiracion y el mas puro respeto á la muerte de los ilustres gefes Winthuysen, Geraldino y los demás que defendiendo el decoro de su patria, sacrificaron sus vidas en aquel combate.[2]

Indignóse el Directorio de la república francesa al tener noticia de que en el primer suceso de la guerra, despues de la alianza, los gefes españoles habian dado tan indigna muestra de si. Al punto despacharon un estraordinario para que su embajador en España el famoso Domingo Perignon, diputado en la asamblea legislativa en 1791, y que luego fué mariscal del imperio, senador, gobernador de Palma, Plasencia y Nápoles y en la segunda restauracion par de Francia, dirijiese al príncipe de la Paz una memoria exigiendo el castigo

1 Véanse algunos:

¿Por qué se llevó el inglés
dos navíos y dos reales?
Por el general Morales.
¿Y dónde estaba Moreno en
esta ocasion?
Estaba en observacion.
Y qué era lo que observaba?
Como el inglés los llevaba.
Qué navios han llegado?
Los que el inglés ha dejado.
Qué navíos han venido?
Los que el inglés ha querido.

2 Don José Rice escribió una oda en loor de la gloriosa muerte de Winthuysen y Geraldino, donde se leen estos versos:

No así el osado y bravo Geraldino
y Winthuysen fuerte
que antepusieron una heróica
muerte
al deseo mezquino
de prolongar la vida
mancillando la gloria ya adquirida.

de los culpables. En ese documento llama Perignon maliciosa á la pérdida del combate: dice que la marina no habia querido pelear, atribuye el hecho á traicion, y manifiesta que el Directorio, llevado de los sentimientos que le animaban por la honra de sus aliados, no podia ver con indiferencia una vileza de tan perniciosas y terribles resultas. Por último pedia que con inflexibilidad se castigase este atentado, sofocando el rey por poco tiempo las voces de su amor paternal.

Formóse un consejo de guerra en la capital del Departamento de Cádiz, y á consecuencia, así de las escitaciones del Directorio, como del escándalo del suceso, la sentencia fué dada con toda severidad y confirmada por Real órden de 10 de Setiembre de 1799. El comandante general de la escuadra don José de Córdoba, por su insuficiencia y desacierto en las maniobras y en las disposiciones del ataque de que resultó principalmente su desastroso éxito, fué privado de su empleo, prohibiéndosele residir y presentarse en la corte y en las capitales de los departamentos: el conde de Morales de los Rios, segundo gefe, por la falta en el cumplimiento de sus obligaciones y por no haber hecho lo que debia para dirigir el cuerpo de vanguardia, que mandaba, en socorro de los navíos acometidos, sufrió la misma pena. Los capitanes de navío que tenian á sus órdenes *el Atlante*, *el Glorioso*, *el San Fermin* y *el San Genaro*, por su desobediencia á las señales, por su falta de pundonor y espíritu marcial, por su ineptitud, por su abandono y por su mala disposicion para sustentar la gloria de nuestras armas, fueron tambien degradados. Muchos oficiales además recibieron otros castigos.

Casi un año despues de haber visitado Cárlos IV con toda su familia á Cádiz, el arsenal y la escuadra (2 de Marzo de 1796) siendo todo júbilo para la ciudad, fué establecido el bloqueo de esta por el almirante John Jervis.

El teniente general don José de Mazarredo que en-

cargado de reorganizar la escnadra despues del combate, tenia juntamente con el mando la órden de defender por mar la poblacion, si intentaban los ingleses su bombardeo, escribió en 18 de Abril de 1797 á bordo del navío *Concepcion* al almirante inglés manifestándole que no privase de su ejercicio á los pescadores, ni les obligase á atracar á los buques de la escuadra y á traer pliegos á tierra. Al dia siguiente desde el navío *La ciudad de París* le respondió Jervis con una carta sumamente honrosa para el que la habia dictado. „Nada me causará mayor satisfaccion (decia el almirante) que suavizar el azote de la guerra entre las gentes de dos naciones, formadas para vivir entre sí con estimacion y concordia. Lejos de interrumpir á los pescadores en su ocupacion inofensiva, tengo espedidas las mas precisas órdenes para que no se les ocasione estorsion alguna en su paso y repaso que tienen libre por entre los navíos pagándoseles el pescado al precio que pidieren." „Suplico á V. E. (terminaba) que me haga la justicia de creer que soy incapaz de causar la menor injuria á los inofensivos habitantes de las naciones contra quienes estoy empeñado en hostilidades por las órdenes de mi soberano, en cuyo desagrado incurriria ciertamente si no usase de toda humanidad en las operaciones militares.„

Competian con estos rasgos de la generosidad enemiga los de la propia para asegurar la defensa de Cádiz, de Cádiz amenazada mas que nunca lo habia sido, por el terrible poder de una escuadra vencedora. Don Antonio Martinez de la Plaza, obispo de Cádiz, dirijió á Mazarredo una carta desde Puerto Real el dia 23 de Julio, manifestando sus deseos de concurrir en el modo que le era posible á la resistencia de esta ciudad, y ofreciéndole la cantidad de treinta mil reales para fondo de pensiones vitalicias, con objeto de recompensar aquellos hechos en que estuviesen aunados la piedad y el valor. Obligábase el obispo á satisfacer de sus economías hasta en su trato, puntualmente por años ó me-

dios años durante toda su vida, igual cantidad á las personas que Mazarredo designase como dignas de estos premios.

Distribuyó Mazarredo las pensiones de esta suerte: una de dos mil reales, dos de mil quinientos y cuatro de mil, todas á favor de viudas, de madres ó de hijos de oficiales de guerra que fallecieren en los ataques: ocho pensiones de ochocientos, once de seiscientos y diez y seis de quinientos, destinadas á la clase de sargento á soldado inclusive, y á oficiales de mar y á la marinería.

Si honraban los sentimientos de humanidad al almirante que bloqueaba, no distinguian menos seguramente á los gefes y demás autoridades de la ciudad bloqueada. No solo se dirijian estas recompensas á premiar el valor y la piedad como al que librase de un evidente peligro al amigo y al compañero para que ambos fuesen conducidos á la victoria, sino del mismo modo al que escusase al enemigo una muerte no necesaria y lo salvase de ella, ya vencido. „Nunca tenga cabida la ferocidad, decia Mazarredo." Los actos de valor en que ella existiese quedaban escluidos de las pensiones.

Consuelo y grande al describir los estragos de una guerra, no puede menos de esperimentar el escritor desapasionado que contempla tal nobleza de alma en los caudillos de ambas naciones. Con tan digna manera de pensar, ¿qué estraño es que si antes de los combates sabian cumplir con sus deberes de hombres para con los otros hombres, cumpliesen en el mismo instante de la lucha, asistidos de igual grandeza de ánimo, con los deberes de militares obedientes á la voz de su patria?

Muchas fueron las fuerzas sutiles que en Cádiz se armaron para rechazar la escuadra enemiga. El 20 de Julio ya estaban preparados diez y seis barcos, ocho tartanas, doce faluchos, diez lanchas cañoneras, treinta y dos de navío y ocho de fragata, todos con cañones de á 24: cuatro faluchos y seis lanchas cañoneras con obu-

ses de á ocho: dos lanchas de fragata con anclotes y calabrotes, cuarenta y cuatro botes y treinta y ocho serenies armados para abordaje, cuatro faluchos con víveres y municiones, dos botes de hospital con caja y cirujanos, dos faluchos para conducir heridos y dos tartanas con cartuchos y metralla. A ciento noventa y seis llegaban nuestras fuerzas sutiles.

En Gibraltar se habian preparado muchos pequeños buques con morteros para el bombardeo de Cádiz. El peligro, pues, era evidente. Mazarredo dispuso que cuatro cañoneras y dos barcas estuviesen en las aguas de Rota: destinó seis lanchas obuseras y dos cañoneras á reforzar las fuerzas de la Caléta, y formó seis divisiones con veinte y cuatro lanchas de navío, dos al mando del teniente general don Federico Gravina, dos al del mayor general don Antonio Escaño y las dos restantes al del gefe de escuadra don Domingo de Nava.

En la madrugada del dia 2 de Agosto se juntaron á la escuadra de Jervis una bombardera y las pequeñas embarcaciones armadas, venidas de Gibraltar. En la mañana del dia 3 fondearon en el placer de Rota con la division avanzada. A las nueve de la noche de este dia se acercó hácia la torre de San Sebastian la bombardera, remolcada por los botes. Rompióse el fuego sobre las fuerzas sutiles españolas, no solo por esta parte sino tambien por cerca de la boca del puerto para dar un falso ataque. El fuego de fusilería, de obus y de cañon turbaba el acompasado sonido de las tranquilas olas. Mandaba la division apostada en la Caleta el teniente de navío don Miguel de Irigoyen: para facilitar el paso de las fuerzas sutiles al mar del Sur, evitando las rompientes del castillo de San Sebastian, se habia hecho una cortadura en la isleta. Las dos lanchas cañoneras que capitaneaban oficiales de igual categoría don Pedro Ferriz y don Juan Cavaleri, tenian la órden de usar de metralla sobre las enemigas y prepararse al abordaje. Irigoyen con un valor á toda prueba rechazó á tres que

abordaron á su bote desde donde dirigia la accion, logrando apoderarse de un oficial inglés. Desde las lanchas de Ferriz y Cavaleri se dirigió un fuego activísimo contra los enemigos. Cavaleri fué muerto: herido su segundo, herido igualmente el condestable, se atravesó la lancha. Una bala penetró en el muslo de Ferriz: á pesar de la herida permaneció en pié todo el tiempo que lo consintieron el dolor y la pérdida de la sangre. Al fin cayó y al fin tambien su lancha fué abordada y presa de los enemigos como lo habia sido la de Cavaleri. En vano pretendió salvarlas Irigoyen. Su herida no bastaba á derribar la entereza de su corazon, ni á los que cerca de él estaban las graves que los afligian. Resistió con denuedo y aun con la ira de su dolor á cinco botes que intentaban abordarlo, hasta que tal lucha no pudo continuar por mas tiempo. Un golpe de chuzo le partió el pecho y otros y otros lo acribillaron hasta dejarlo sin sentido. Cayó; pero al volver en sí hallóse sujeto por un gefe inglés que impidió á la marinería dar fin á su existencia en el furor del combate. Este gefe inglés no era otro que el contra-almirante Horacio Nelson que por su propia persona y como segundo de Jersis, dirigia la accion.

En tanto la bombardera se habia colocado á unas diez millas de la torre de San Sebastian y á las once y cuarto, protegida por una fragata y otras embarcaciones armadas, comenzó á disparar lentamente contra la ciudad unas catorce bombas: tres cayeron en ella, cuatro ó cinco en el mar: las restantes reventaron en el aire. Salieron de la bahía muchas lanchas para alejar á la bombardera: de la Caleta salieron otras á repetir el ataque. Cerca de la una las lanchas inglesas empezaron á retirarse llevando la bombardera á remolque. Hasta las dos duró el fuego, y á las tres ya habian regresado nuestras fuerzas á la bahía. Cincuenta hombres entre heridos y muertos tuvieron los ingleses: entre los primeros, dos oficiales y entre los segundos, un teniente de navío.

Ochenta y ocho de los nuestros de tropa y marinería quedaron prisioneros: de ellos veinte y seis heridos y de estos diez y seis gravemente. Dos botes de los enemigos se fueron á pique en los arrecifes mas salientes de San Sebastian, lugares muy peligrosos hasta para los prácticos de nuestro puerto.

El espanto fué general en Cádiz. Nunca habia sido bombardeada esta ciudad. Muchísimas familias huyeron á los pueblos comarcanos preveyendo que en las siguientes noches, grande seria el estrago, mayor la audacia de los enemigos y mas cercana la colocacion de la bombardera, objeto del terror de los vecinos pacíficos. Facilitó el comercio para los gastos de la defensa cien mil pesos fuertes, y cuanto se necesitaba para armar del todo ocho tartanas con dos cañones de á veinte y cuatro cada una y con hornillos para balas rojas, y diez barcos grandes además con un cañon de igual calibre, y con ocho obuses repartidos en los mejores. Al cabo de siete dias ya todos ellos estaban armados. El Consulado puso á disposicion de Mazarredo cuatro millones de reales para que los destinase á premios de los que abordasen á la bombardera ó á alguno de los botes que la defendian. Igualmente acordó facilitar á Mazarredo cuantos auxilios pidiese para mejor combatir al enemigo.

El 4 de Agosto nada emprendieron contra Cádiz los ingleses: su ocupacion fué reparar las averías del combate.

Mazarredo, preveyendo todos los peligros, movió su escuadra y la puso al abrigo de la ciudad. Antes estaba en Puntales, y á riesgo casi de ser impunemente bombardeada desde el mar del Sur. Al notar el movimiento de nuestros navíos, creyó el almirante inglés que sus deseos iban á cumplirse, imaginando que con propósito de impedir el bombardeo de la ciudad, ya se aprestaba la escuadra española para salir á su encuentro. Por eso mandó reforzar la division avanzada con diez navíos y algunas embarcaciones menores.

El dia 5, notadas por la Vigía ciertas disposiciones en los enemigos que anunciaban la repeticion del ataque, mandó Mazarredo apostar en la Caleta diez y seis lanchas cañoneras, con igual número de botes de auxilio, ordenadas en tres divisiones, á cargo del capitan de fragata don Antonio Miralles. Otras quince cañoneras quedaron para auxilio en la boca del puerto, dispuestas tambien en tres divisiones, á cargo del gefe de escuadra don Juan María Villavicencio. En otro bote iba el mayor general don Antonio Escaño.

Al oscurecer del dia 5, la bombardera se dirijió hácia la parte del Sur de nuestra ciudad, rodeada de gran número de botes. Don Antonio Miralles formó su línea de combate frente al campo de la Catedral, y á las nueve y cincuenta minutos de la noche rompió el fuego contra los enemigos.

A las diez y veinte y cinco minutos dispararon los ingleses contra la ciudad la primer bomba. Muchas cayeron en ella: pocas en la bahía: las menos en el muelle. Otra bombardera y una obusera acrecentaron ese dia el fuego contra Cádiz.

La marea estaba en la creciente, cuando á favor de ella se acercaron á la ciudad las fuerzas enemigas: esa misma retardó la llegada de las lanchas auxiliares. A las once de la noche se aproximaron al enemigo por el ala derecha, en sazon de tener las fuerzas de Miralles á punto de consumirse las municiones. No pudieron con todo avanzar lo que querian para hacer callar los fuegos de las bombarderas por el recelo en que se veian de ser cortadas por una fragata y un navío. A las doce y cuarto de la noche cuando parecia arder el mar, con la continuacion del fuego, cesó el de la bombardera: á la una y media el de la artillería. El castillo de San Sebastian y los baluartes de la ciudad que están á la parte del Sur, contribuyeron mucho á la retirada de los enemigos. Las lanchas cañoneras retiráronse á sus puestos, llegando á la bahía las unas entre las cinco y

ocho de la mañana. No refieren las memorias de aquel tiempo, que en el combate de esta noche ocurriese desastre alguno en las fuerzas españolas, suceso nada estraño, por no haber abordado á las inglesas. Al dia siguiente pudo conocerse la certera puntería de nuestros artilleros en un bote enemigo que amaneció barado y á pique en la playa de Santa María, y en una lancha muy grande del navío *Victory* que estaba atravesada de un balazo á flor de agua. Debió servir para el bombardeo, pues se veian en ella vestigios de esplanada para obus. De cincuenta á sesenta hombres perecieron, segun se conjetura, en estos bajeles.

La acertada y constante oposicion que habian encontrado los enemigos á sus intentos, los tuvo irresolutos unos dias mas á vista de Cádiz. El dia 10 á las once de la mañana resolvieron probar arrojada y nuevamente la fortuna. Un navío con la bombardera, una obusera y dos balandras, se dirijió á la parte del Sur; pero las lanchas cañoneras de la Caleta salieron impetuosamente, y con su actividad y su incesante fuego, no solo obligaron á retirar estas fuerzas, sino que tambien pusieron fuera de combate á la bombardera.

Tal fin tuvo el ataque de Nelson á Cádiz, victoria que se debió al arrojo de nuestros marinos y á la inteligencia de Mazarredo y su segundo Gravina, que hicieron retirar á los ingleses seis leguas al mar. El conde de Cumbrehermosa, gobernador de la ciudad, contribuyó tambien á este notable hecho de armas, secundando con los tiros de las fortificaciones las empresas de nuestros marinos.

El bloqueo del puerto de Cádiz continuó en los años siguientes, ocasionando gravísimas pérdidas al comercio. Sin embargo, mas de una vez nuestros buques de guerra salieron de la bahía y atravesaron por medio de la escuadra inglesa.

La de Mazarredo que hizo varias de estas salidas, siempre con buen suceso, regresó en Junio de 1799

con la francesa, al mando del almirante Bruix: una y otra tomaron luego la derrota de Brest en 9 de Agosto.

Toda la atencion de los ingleses estaba puesta sobre la ciudad de Cádiz, no porque juzgasen fácil su sorpresa ó su rendicion, sino porque siendo entonces el emporio de nuestro comercio, especialmente con las Indias, dificultaban de este modo las espediciones que enriquecian el estado y le daban medios para dilatar la guerra. Parecia que los ingleses habian fundado una ciudad movible frente á la de Cádiz. Siempre en los horizontes se descubria aquella amenazadora selva marina erigida entre la ciudad y entre los puertos amigos; reja que cerraba el paso á los buques de nuestro comercio, y á cuya vista huian asombradas las velas que surcaban estos mares.

LIBRO IX.

SIGLO XIX.

CAPITULO I.

Asesinato del regidor Arteaga y Bazán.—Fiebre amarilla.—Tentativa de los ingleses sobre Cádiz.—Don Tomás de Morla.—Desgraciado suceso marítimo.—Otra invasion de la fiebre amarilla.—El general Solano.—Nueva provincia de Sanlúcar de Barrameda.—Presa de fragatas con caudales de América.—Nuevo bloqueo de Cádiz.—Carta de Solano al contra-almirante Orde.—Combate de Trafalgar.—Collingwood y Solano.

El 5 de Febrero de 1800 un regidor de Cádiz pereció víctima de su celo por el cumplimiento de sus deberes tutelares. Un atahonero llamado José Gonzalez, hombre tristemente conocido por la perversidad de sus intenciones y por los contínuos latrocinios con que ejercitaba su profesion, habia sido en muchas ocasiones castigado por la severidad de don Pascual de Arteaga y Bazan, caballero del Orden de Santiago y regidor perpetuo, diputado del gremio de panadería. Mas la imprudencia de Gonzalez en repetir y mas repetir sus robos en el peso del pan que fabricaba, llegó á tal punto que Arteaga creyó conveniente al pueblo y al decoro de su autoridad prohibirle que amasase y vendiese. A las 6 de la noche de aquel dia, hallándose el regidor en su Juzgado, llegó José Gonzalez á instarle nuevamente, á fin de que levantase la prohibicion que sobre él pesaba, ofreciéndole, como en otras y tantas veces habia hecho, no delinquir mas. Negóse Arteaga y Bazán á los rue-

gos del Gonzalaz. Entonces, llevado este no solo de su encono sino tambien del deseo de cumplir aquello de que se habia jactado en dias anteriores, le dirigió rápidamente una puñalada al lado del corazon, tal y tan grande que hasta atravesó el espaldar del sillon de terciopelo en que estaba sentado. Pidió inútilmente Bazan favor en un grito solo, porque fué el solo grito que dió para espirar. A los cinco minutos ya no tenia la menor señal de vida. Abrióse paso Gonzalez con el mismo puñal asesino por entre gentes indefensas y en corto número que en el Juzgado se hallaban, y huyó á ocultarse en lugar seguro. En vano se pregonó el dia 6 ofreciendo un premio de seis mil reales al que vivo ó muerto lo pusiese en manos de la justicia: en vano habia sido buscado: en vano lo fué. La mas completa impunidad siguió á su crímen, pues logró salir de Cádiz sin ser de nadie conocido.

Este año fué horrible para Cádiz. La fiebre amarilla ó vómito negro que en diferentes ocasiones del siglo anterior se habia presentado en esta ciudad y algunas poblaciones con corto estrago, en 1800 escedió los límites de todo el horror que el miedo por la conservacion de la vida hubiera podido imaginar. A cuarenta y ocho mil quinientos veinte llegó el número de personas invadidas del contagio: curáronse cuarenta mil setecientas setenta y seis, y murieron siete mil trescientas ochenta y siete, siendo de estas cinco mil ochocientas diez varones y mil quinientos setenta y siete hembras. Comenzó el 15 de Agosto y acabó en el mes de Octubre.

El dia 5 de este mismo mes cuando la epidemia todavía sacrificaba muchas víctimas y cuando la consternacion se habia acrecentado con las penas, no ya del peligro propio y de las prendas queridas del corazon, sino de las muertes desdichadas de los parientes y de los amigos mas amigos, una poderosa escuadra inglesa se presentó á vista de nuestro puerto. Grande era su número. Cuatro navíos de ochenta, tres de setenta y cua-

tro, ocho de cincuenta y cuatro á sesenta, otros tantos de cincuenta y dos, armados en urca con baterías cerradas: además veinte y tres fragatas inclusa la *Cármen* que nos habian apresado: cuatro corbetas, dos bergantines, dos balandras, tres lanchas de fragata y una bombardera. Además ochenta y seis fragatas y dos bergantines mercantes. Toda esta fuerza se componia de ciento cuarenta y ocho buques conduciendo quince mil hombres de desembarco. Mandaba esta espedicion el almirante Guillermo Elphinstone Keith, célebre por haberse distinguido en la toma de Charlestown y en la del Cabo de Buena Esperanza, y en otras de muchas colonias holandesas. La de la isla de Malta en este mismo año puso el sello á su gran reputacion. Tal era el hombre á cuyas órdenes venia contra Cádiz esta poderosa escuadra.

No era menor el crédito del general de tierra, Sir Ralph Abercromby, que al año siguiente estuvo en la batalla de Canopo (en el Egipto) mandando el ejército inglés.

Las hostilidades contra Cádiz empezaron por privar de su ejercicio á los pescadores, lo que nunca hicieron los comandantes de las mismas escuadras inglesas, que habian antes bloqueado nuestro puerto, para no privar de ese alivio á la ciudad.

Era gobernador de Cádiz un distinguido jerezano: el teniente general don Tomás de Morla, personage de gran talento, de varia instruccion, é inteligente en el arma de artillería, de que mas tarde fué inspector y de que hizo ostentacion de sus conocimientos en un tratado.

¡Conflicto grande para Morla! resistir á un enemigo tan prepotente en los instantes en que sus fuerzas estaban diezmadas: el vecino inofensivo en lágrimas y en convalecencia, si no en peligro de muerte ó ya espirando: recelar un bombardeo que llevase al lecho del enfermo el sobresalto de la guerra!

Ante la contemplacion de este espectáculo, no pudo

menos de conmoverse Morla y dirijir una carta al almirante inglés, preguntándole cuales eran sus intentos, en vista del estado de contristacion en que se hallaba Cádiz, y si venia con propósito de multiplicar sus desdichas.

„No me puedo persuadir (decia al almirante enemigo) de la humanidad del pueblo británico y la de V. E. en particular, que sea su objeto hacer mas lamentable el estado de esta poblacion; mas si no obstante, por órdenes que tenga para ello, se quisiese atraer la execracion de las naciones y cubrirse de oprobio á la faz de la tierra, afligiendo al ya afligido, y atacando al que cree indefenso, le aseguro que la guarnicion de mi mando, acostumbrada ya á mirar la muerte con semblante sereno y contrastar peligros superiores á los hostiles, sabrá oponer una resistencia enérgica y vigorosa y un dique inespugnable que no se supere sino por su total ruina. Espero de V. E. tenga la bondad de contestarme, si puedo consolar al vecino enfermo ó si debo incitarlo á la ira y á la venganza. En cuanto á los demás puntos, fuera de la plaza, si V. E. intenta atacarlos, hallará la defensa que corresponde al honor de mi nacion y al decoro de mi soberano."

Por lo que permiten juzgar de las intenciones ocultas los hechos públicos, me parece que esta espedicion fué dirigida contra Cádiz, en la confianza de que abatidos los ánimos por el cóntagio, no presentarian seguramente gran resistencia, siguiéndose á esta mas que la rendicion de la plaza, el apresamiento de la escuadra que estaba en su bahía, y el saqueo y el incendio del arsenal.

Recibió la carta el almirante Keith y comunicada con el general Abercromby, ambos convinieron en que la desolacion de la ciudad se habia acrecentado con la presencia de tan poderosa escuadra. Creyeron desde luego descubrir, entre las arrogantes palabras del Gobernador, el disfrazado conato de entrar en una capitulacion; porque nada es mas fácil en casos análogos que engañarse los hombres mas espertos, pues en todo ven

no lo que es, sino lo que quieren sus intenciones. El mismo dia determinaron escribir y escribieron la respuesta Abercromby y Keith, manifestando á Morla sus sentimientos por la crueldad del contagio, sin embargo de que tenian fundadas razones para creer que en aquella sazon habia considerablemente disminuido: intimáronle la órden que tenian de su soberano para apoderarse de los navíos de guerra que estaban en nuestro puerto, ó aniquilarlos, así como tomar ó destruir la Carraca. Por lo grande de las fuerzas de que disponian juzgaban muy poco probable que sus designios no tuviesen cumplido efecto. Pero como no deseaban multiplicar los males de este pueblo, estaban resueltos á zarpar de estas costas siempre que, dejando como dejaria á cubierto la honra del general español la calamidad pública tan temible, les entregase este los navíos equipados y que se estaban equipando para continuar la lucha con Inglaterra. Terminaban su carta diciendo: „De otro modo, procederemos á la ejecucion de las órdenes, siendo imputable á V. E. el aumento de afliccion que teme y no á nosotros.“

Llenóse de indignacion Morla, y hasta consigo mismo por haber con su carta dado siquiera á sospechar que habia flaqueza en su ánimo hasta el punto de cometer la accion indigna que le proponian. Al punto respondió al general y al almirante enemigos con esta carta, modelo de dignidad y de grandeza de espíritu.

„Escribiendo á V. EE. la triste situacion de este vecindario, á fin de escitar su humanidad para separarlo del estrépito de las armas, no me pude imaginar que jamás se creyera flaqueza y debilidad semejante procedimiento; mas por desgracia veo que V. EE. han interpretado muy mal mis espresiones, haciéndome en consecuencia una proposicion que al mismo tiempo que ofende á quien se dirije, no hace honor al que la profiere. Estén V. EE. entendidos de que si intentan lo que proponen, tendrán ocasion de escribirme con mas

decoro; pues estoy seguro de que las tropas que tengo el honor de mandar, harán los mas terribles esfuerzos para granjearse el aprecio de V. EE."

Esta carta fué recibida por los generales ingleses el 6 de Octubre. Con ella se desvanecieron las esperanzas que habian abrigado de conseguir una victoria con el auxilio poderoso de la triste amargura que consternaba á la ciudad. Un movimiento que hizo una parte de la escuadra hácia Chipiona, así como la prevencion de lanchas, dieron ocasion á que se creyese que intentaban un desembarco. Corrió el aviso instantáneamente por las poblaciones inmediatas. La noticia de la vecindad y de las amenazas de un enemigo, oculta á los enfermos, penetró hasta las habitaciones, en donde luchaban entre la vida y la muerte. Los alterados ecos de las cajas que tocaban á generala y el movimiento de gentes y caballos en las calles, mal podian callar el peligro.

La firme entereza de Morla, y los sentimientos caballerosos y humanitarios de aquellos gefes, salvaron de un nuevo conflicto á Cádiz y pueblos comarcanos. Tal vez pudiera creerse que el recelo justo de esponer sus tropas y marinería á los riesgos de la fiebre amarilla, les impidió continuar en la empresa; afrenta con que no intentaré manchar la memoria de generales, aunque enemigos, tan preclaros. Basta considerar que pudieron algunos dias entretenerse en el bloqueo, que pudieron bombardear á Cádiz, y por último, si les favorecia la fortuna, apoderarse de la ciudad en un tiempo en que la epidemia iba mitigando sus rigores, y en que ya no era tan grande el riesgo de sus gentes. Esto en el caso de que sus órdenes les preceptuasen el asedio de Cádiz. Si solo esta espedicion fué destinada para de paso á otras operaciones, intentar en medio de aquella angustia una sorpresa de feliz éxito, no conseguida esta, su objeto por sí mismo habia terminado, y nula era la presencia de tan formidable escuadra ante Cádiz. En tal caso, la humanidad que alabo, no era humanidad, sino obedecimiento de

las instrucciones que dictó la conveniencia de una nacion enemiga. Pero no es creible que todo aquel aparato de guerra se dirijiese solo á mera ostentacion en nuestras costas, solo á las eventualidades de un pavor que podia existir ó no existir ante sus fuerzas, ni menos que el gobierno inglés no la enviase con exacto conocimiento de la epidemia que desolaba á Cadiz.

La victoria, pues, de Morla fué de su pluma, no de su espada: la escuadra enemiga no se alejó rechazada por los tiros de nuestros cañones, sino por el poder de la razon: por la voz de la humanidad herida que les gritaba que se alejasen. ¡Ojalá todas las victorias se consiguiesen con armas tan dignas! ¡Ojalá que se consiguiesen, pero no asistidas del testimonio de la desolacion de un pueblo, como el que Morla tuvo que presentar á la consideracion de los enemigos! ¡Ojalá siempre la humanidad encontrase intérpretes tan elocuentes como Morla, y oidos tan generosos como los de Abercromby y Keith!

Divulgadas las dos cartas de Morla y la peticion de los enemigos, un entusiasmo general en las tropas y en parte del vecindario se despertó para defender la ciudad.

¿Qué podian traer las balas enemigas que no tuviesen los gaditanos dentro de sus muros? La idea del deshonor de la patria hizo que todos se aprestasen al combate, sanos y convalecientes; y bien tendrian ocasion de distinguir desde sus bajeles los generales enemigos, como las murallas y los baluartes estaban coronados de nuestras tropas, apercibidas á la defensa.

Si Morla venció con su talento, quizá no hubiera podido conseguir igual triunfo, con un valor que en opinion de sus contemporáneos era escasísimo.

Al año siguiente ya no seguia ejerciendo la capitanía general de Andalucía y el gobierno militar y político de Cádiz, donde dejó muchas memorias y pruebas de su talento, de su instruccion, de sus estravagantes caprichos y de su condicion durísimamente despó-

tica. ¡Achaque comun en muchos de nuestros gobernadores: representar en caricatura á don Pedro el Cruel!

Infausto fué para nuestras armas marítimas el año de 1801 por una gran catástrofe que no pudieron seguramente compensar otras victorias. Una escuadra francesa compuesta de los tres navíos *Indomptable, Formidable* y *Desaix* y de la fragata *Muiron*, y al mando del contra-almirante Linois, despues de recorrer el Mediterráneo intentó dirigirse á nuestro puerto; pero prevenida por la del almirante inglés Saumarez, tuvo que buscar abrigo y defensa en la ensenada de Algeciras. Ciegos los enemigos en la persecucion y confiados en su fortaleza y pericia, persistieron en apresar la escuadra francesa, ya fondeada y protegida por los fuegos de nuestras baterías y por una division de lanchas cañoneras que mandaba el capitan de navío don Juan Pablo Lodares. Bizarra fué la resistencia de los franceses como bizarra la proteccion de los españoles, y como tenaz la osadía británica. El navío inglés *Annibal* se aproximó tanto á la costa que encalló, y tanto lo acosaron los aliados que tuvo que arriar bandera y quedar en poder de ellos por mas que intentase Saumarez recuperarlo. Apartóse del combate al fin la escuadra inglesa, poniéndose bajo los fuegos de Gibraltar donde restauró sus pérdidas preparándose para otras empresas. Linois solicitó del capitan general del departamento de Cádiz toda clase de auxilios, y Mazarredo no tardó en enviar á Algeciras una escuadra de cinco navíos y una fragata á las órdenes del teniente general don Juan Joaquin Moreno. A esta se juntó otra francesa que se componia de un navío, de dos fragatas y de un bergantin al mando del contra-almirante Dumanoir. Esto sucedió el 9 de Julio. El 12 al mismo número de horas del dia salieron de Algeciras la escuadra española, la de Linois y la de Dumanoir. El general Moreno se habia trasbordado á la fragata *Sabina* para dirigir mejor desde ella el combate, caso que lo hubiese. Llegó la no-

che y noche estraordinariamente tenebrosa. El navío inglés el *Soberbio* (otros dicen que una fragata) buque todo lo mas velero que ser podia, se dirigió con el amparo de las sombras hácia la retaguardia de nuestra division llevando apagadas todas las luces para no ser divisado. Caminaba como camina el animoso espía que para descubrir el estado del campo enemigo se desliza por entre las sombras de la noche. Hasta el ténue ruido del céfiro en las hojas le molesta: le estorba su mismo movimiento, y parece que está inmoble porque ahoga con el tiento en su manera de pisar el leve son que producen sus plantas cuando las vá fijando.

Pasó el navío ó la fragata entre el *Real Cárlos* y el *San Hermenegildo* sus comandantes don José Ezquerra y don Manuel Emparan ambos capitanes de navío, y descargó las dos baterías de sus costados, orzando fuertemente para atravesarse y huir del fuego con que le respondiesen los enemigos. Algunos de sus tiros tambien fueron á dar cerca del *Argonauta* que mandaba el capitan de navío don Juan Herrera Dávila, el cual llevado de un presentimiento ó de una precaucion que otros no tuvieron, hizo suspender la órden de fuego que habia ya dado el oficial de guardia.

Un incendio se notó en el *Real Cárlos*, tal vez efecto de alguna materia inflamable arrojada por el enemigo, ó de algun repuesto. Pero al punto descargó sus baterías de estribor. Los tiros fueron á dar en el *San Hermenegildo*. Respondió este con otros: siguió el combate: abordó el *San Hemenegildo* al *Real Cárlos*: conociéronse mútuamente cuando el incendio se habia comunicado del uno al otro navío: cuando ya era tarde. A poco mas de las diez y media un ligero estremecimiento se sintió en los edificios de Cádiz, y otro seguidamente. Todos creyeron que habia sido un temblor de tierra. Así se anunció á Cádiz la esplosion del *Real Cárlos*: así la del *San Hermenegildo*.

El navío *San Antonio* que habia sido de los ingleses

volvió á poder de sus antiguos poseedores, despues de un combate no muy reñido que sostuvo su capitan Mr. Roy. Otros buques se acañonearon ligeramente en aquella noche de confusion y estrago. Al siguiente dia los asombrados marinos llegaron á comprender lo que habia sido, pues la falta del *Real Cárlos* y el *San Hermenegildo* designaba las víctimas de las dos esplosiones. Dos mil seiscientos individuos perecieron, entre ellos muchísimos infelices que tres dias antes habian sido cogidos de leva en Cádiz al tenor de las absurdas disposiciones que entonces regian en la marina.

Salváronse solo en la falúa del *Real Cárlos* cuarenta y nueve personas entre ellas el guardia marina don Manuel Fernandez Flores. En otro esquife del mismo navío tambien pudieron salvarse algunos marineros, los cuales lograron recoger de las olas al segundo comandante del *San Hermenegildo*, capitan de fragata que era don Francisco Vizcarrondo. El capitan de la falúa del *Real Cárlos*, asido á un palo, fué llevado por las corrientes á las costas de Tánger.

En vano ha querido disculparse al general don Juan Joaquin Moreno: mas en vano aun se recuerdan para ello su valor en muchos combates, y sus indudables merecimientos. Ninguno de ellos basta á borrar la justísima censura de su culpable imprevision. ¿Qué contraseña dió á los navíos de su escuadra para conocerse mútuamente en las horas de la noche, teniendo como tenian cerca á un enemigo audaz, perito y numeroso, cuando aquellos comandantes, triste, involuntaria y fratricidamente héroes, solo pudieron saber que peleaban con españoles hasta que sus navíos estaban zozobrando y ardiendo, y ardiendo á punto de volarse?

Así pudo perecer casi toda la escuadra española, destrozada por sí misma en tan horrenda noche. A tal estremo llega la falta de inteligencia de muchos hombres que ocupan altos puestos militares por el crédito de su valor, valor muchas veces ciego y que conduce á

la victoria por la impetuosa temeridad del que lo posea, irresistible en ocasiones, pero en ocasiones el mas sujeto á ser vencido apenas lo combata la inteligencia.

A principios de 1802 la paz fué firmada con Inglaterra. Libre quedó así nuestro comercio. Las riquezas que estaban detenidas en América llegaron á nuestra bahía, sirviendo en parte para restaurar las grandes pérdidas y los cuantiosos sacrificios de esta ciudad en los últimos tiempos. En la guerra de España con Francia, el año de 1793, segun los cómputos que se creian entonces mas exactos, Cádiz esperimentó una pérdida de mas de diez y ocho millones de pesos. En la que siguió con Inglaterra, ciento ochenta y seis buques mercantes, con cargamentos para los gaditanos, fueron apresados, siendo el valor de lo perdido unos veinte y dos millones de pesos igualmente. Cincuenta y cuatro Compañías de Seguros que habia en esta ciudad todas se arruinaron por sus quebrantos mas ó menos graves, calculándose en quince millones de pesos el total. En 1795 habia terminado á su costa la ciudad toda la muralla del mar del Sur, cuya construccion se hizo bajo los planos y la direccion del ingeniero don Tomás Muñoz, obra que mereció apasionadas alabanzas y censuras no menos hijas de la pasion; pero obra que importó á Cádiz treinta y seis millones de reales. Desde 1793 á 1795, repartió Cádiz entre sus vecinos mil quinientas acciones de á mil quinientos reales al año para mantener en campaña el regimiento de infantería del *Príncipe.* A cuatro millones llegó la suma que facilitó esta ciudad para ese objeto. Los seis millones de reales que consumió la armada sutil en 1797 se juntaron, sufriendo el vecindario un tres por ciento sobre el arrendamiento de las casas, y el impuesto de cuatro pesos en la introduccion de cada bota de vino.

Apenas habia comenzado á disfrutar de los beneficios de la paz, despues de tantos trabajos y desastres en tan contínuas guerras, el mismo comercio que tantas

riquezas conducia á nuestra patria, no fué el que volvió á traernos la desoladora epidemia que en Julio de 1800 habia comenzado á atribular á Cádiz.

La fiebre amarilla en 1804, habia acometido ya á otras ciudades de Andalucía. A pesar de las grandes precauciones tomadas para impedir que en esta ciudad penetrasen personas de las que huian de los pueblos infestados, algunas de Málaga lograron introducirse en Cádiz furtivamente. Diez y nueve de ellas pudieron ser habidas y trasladadas al castillo de San Sebastian y puestas en observacion; pero otras que supieron burlar la vigilancia de la policía quedaron en la ciudad, y con la epidemia declarada en sus personas, la comunicaron prestamente á otras muchas.

La mayor práctica en el conocimiento de la dolencia, hizo que el desórden y el terror no multiplicase sus estragos. Separáronse de todo roce con los sanos los que estaban enfermos. Solo quedaban cerca de sus personas los que los asistian. Habilitóse para los pobres un hospital en el campo de Capuchinos: un lugar de convalecencia en el campo de los Mártires. Para los enfermos en los buques de la bahía, se forma otro hospital en la Aguada, y en la Segunda el sitio de convalecencia. Los enfermos del hospital real tenian la suya en el Balon. Estaba prohibido que al hospital de San Juan de Dios se llevasen los epidémicos á fin de que no se trasmitiese el mal á los que estaban afligidos de enfermedades comunes. El Ayuntamiento abrió suscriciones de limosnas para socorro de los pobres, las cuales ascendieron á un millon ciento sesenta y ocho mil treinta y cinco reales. La Junta de Sanidad por otra parte logró adquirir tambien de caritativas donaciones trescientos ochenta y tres mil, setecientos nueve. No satisfecha la filantropía de los gaditanos con el alivio de los menesterosos, sus convecinos, contribuyó al alivio de la calamidad en los pueblos inmediatos. Gaditanos hubo que facilitaron cantidades de cuarenta á

sesenta mil reales para un fin tan noble.

. Dos meses duró el rigor del contagio. La estacion, ya mas fria en el mes de Noviembre, atajó los progresos del mal. El número de invadidos llegó á nueve mil quinientos cincuenta y tres: el de los curados á siete mil doscientos ochenta; el de los fallecidos á dos mil doscientos setenta y tres: de estos eran varones dos mil cuarenta y cuatro y hembras doscientas una y párvulos veinte y ocho.

Solemnizóse la desaparicion de la epidemia con un *Te-Deum* cantado el domingo 18 de Noviembre y con poner la primera piedra para una plaza pública de abastos en la del Hospital Real para comodidad de los barrios inmediatos, el capitan general de Andalucía y gobernador militar y político de Cádiz el teniente general don Francisco María Solano, Marqués de la Solana, que lo era interino desde 1803 y á quien debian los gaditanos la mas vigilante y previsora solicitud mientras la epidemia desolaba á la ciudad.

Era don Francisco María Solano un cumplido caballero. Habia nacido en Caracas, hallándose accidentalmente sus padres en aquel punto en ocasion de prestar á España notables servicios en la América meridional. Don José Solano y Bote que llegó á ser capitan general de la Armada, Gentil hombre de Cámara con ejercicio, Caballero gran cruz de la Orden de Cárlos III y de la militar de Santiago y Consejero de Estado, lo hubo en doña Rafaela Ortiz de Rozas Ruiz de Briviescas, hija de don José Joaquin de Rozas, conde de Poblaciones, teniente general y gobernador y capitan general de Chile. Habia heredado don Francisco todo el esfuerzo y la nobleza toda de tan ilustres progenitores. Su padre supo luchar con denuedo é inteligencia contra los ingleses, y asistido de su virtud y de una fortuna que tan altas prendas merecian, logró contribuir á la toma de Panzacola de una manera tan eficaz, que el rey le dió en recompensa para sí y sus sucesores el título de

Marqués del Socorro. Don Francisco habia contraido enlace con una señora igualmente distinguida: con doña Francisca Javiera de la Mata Linares y Barrenechea, *Marquesa de la Solana*. Desde temprana edad las armas fueron su inclinacion, anhelando igualar en empresas de tierra el valor que habia acreditado á su padre en las del mar. Distinguióse en las guerras de España contra Francia desde 1793 al 1795, y luego que la paz fué terminada, quiso perfeccionar su esfuerzo con el conocimiento de la táctica de aquellos generales franceses que avasallaban al mundo; y de esta suerte pasó como voluntario al ejército del Rhin que operaba á las órdenes del gran Moreau. Aquella campaña, donde este con tanta heroicidad y pericia batió á los mejores generales austriacos y en brevísimos dias se apoderó de las mas fuertes ciudades, fué la escuela en que Solano estudió: la amistad y el aprecio con un capitan tan entendido lo que le dió á conocer cuanto valia y que estaba llamado á distinguirse en su patria como el mas eminente de sus generales.

Era de muy alta estatura y de corpulentas cuanto elegantes formas don Francisco María Solano: de nariz aguileña, de morena tez, de negros y rasgados ojos. Su espresion revelaba el ardor de su inteligencia, el fuego de su valor, el incendio de la sed de gloria que devoraba su alma. La gallardía de su persona, su marcial continente mas hermoso que nunca aparecian cuando se presentaba vestido con el uniforme de húsar. Presumia de sí, pero presumia noblemente. Altivo sin ser altanero, perito en su ciencia, y con una ilustracion general en los diferentes ramos del saber humano, con una superioridad en cultura y en el modo de tratar á los hombres que no usaban, porque no la conocian, casi todos los generales españoles de su tiempo, daba esperanzas, negaba ó concedia sin soberbia despótica y con la dignidad propia de su cargo y de su generoso espíritu. Como caballero, el primero en la elegancia, como gene-

ral el primero en valor y en ciencia: sus costumbres propias de algunos de los mas esclarecidos mariscales de Francia. Donde quiera iban con él las simpatías, el respeto, y la envidia tambien; pero encubierta vergonzosamente con el manto de la admiracion, del respeto y de las simpatías; porque Solano de tal modo habia sabido rodearse de la aureola de su grandeza que la aureola de su grandeza le habia grangeado aquella religion de la popularidad que se conquista trabajosamente en muchos años y que se pierde en una sola hora.

Admirado y querido de los gaditanos, no perdonaba fatiga para acrecentar los afectos que inspiraban su reputacion, su presencia y aquella energía en el mirar, mirada y comprendida por grandes y pequeños. Cádiz se hermoseó mucho bajo su gobierno: su plaza principal fué ornada con copudos y crecidos naranjos colocados en cajones; disposicion que improvisamente se llevó á efecto y que por la novedad adquirió mas estimacion en los ánimos. Un caño para facilitar la navegacion hasta la villa de Chiclana, cuyo campo entonces era la delicia de los Cresos gaditanos, fué abierto de su órden y por memoria le quedó en su nombre *del Socorro*, el del gobernador ilustre á quien debian estos pueblos semejante beneficio.

En este tiempo la ciudad de Sanlúcar de Barrameda recibió del Príncipe de la Paz un gran beneficio, si bien le fué muy poco duradero. En 9 de Noviembre se habilitó su puerto para el comercio con el estrangero y con las Américas y con título de capital de una provincia de su nombre independiente de Cádiz y Sevilla, dándole por términos á Chipiona, á Lebrija, á Trebujena, á las Cabezas, toda la isla mayor del Guadalquivir: por norte y poniente el caño de las nueve suertes, el arroyo Curallon, Palma, San Juan del Puerto, Gibraleon, Villanueva de los Castillejos y San Silvestre, á mas del territorio de Arenas gordas, el coto de Oñana, y los despoblados que hay entre Palacios del Rey, Bo-

llullos, Almonte, costas del Océano y del Guadalquivir. Quedó facultada la ciudad de Sanlúcar para tener un consulado independiente de Sevilla y una aduana.

Tambien la navegacion del Guadalquivir se declaró libre para los trasportes.

Mas los beneficios de la paz no duraron mucho á Cádiz, que adelantaba cada dia mas y mas con su comercio animadísimo y bajo la tutelar y prudente administracion de Solano. El gobierno inglés habia tenido noticia de que á pesar de la obligacion que tenia España de mantenerse en una neutralidad, se habia prestado, como sometida que estaba á Bonaparte, á auxiliarlo con un millon de duros mensualmente; y así comenzó á gestionar con nuestra corte para que cumpliese con él las estipulaciones que á otro proceder muy distinto le compelian. Los subsidios que daba á Napoleon eran considerados por los ingleses como subsidios de guerra, y peores que si España en cumplimiento del tratado de San Ildefonso, facilitase á Francia los navíos en cuyo lugar aprontaba cantidades tan enormes.

Consideró el gobierno inglés en este acto, en las mal artificiosas negativas de la corte española, y en los aprestos navales, que todo era hostilidad por parte de nosotros. No aguardó á tomar represalias cuando la guerra se declarase: se creyó Inglaterra relevada, por el mismo proceder de España, de cumplir con esa obligacion que impone el derecho de gentes. Puesto que el oro de las Américas servia para acrecentar las fuerzas con que Napoleon intentaba el avasallamiento de Europa y dirigia la reunion de sus fuerzas contra Inglaterra, determinó arrebatar al gobierno español una parte grandísima de sus tesoros que navegaban en direccion de la península.

El dia 5 de Octubre las fragatas *Fama*, *Medea*, *Mercedes* y *Clara* que conducian caudales y frutos de Lima, Buenos Aires y Montevideo, division al mando del brigadier de la Armada don José de Bustamante y Guerra, se hallaron á vista del Cabo de Santa María.

Cuando se proponian todos sus tripulantes pisar al dia siguiente las calles de nuestra ciudad, divisaron sobre tierra otra division de cuatro fragatas inglesas de gran porte que hacian por la española. Recibióla la nuestra formada en línea de combate mura á babor: al habla unos y otros, averiguaron los ingleses el puerto de la salida de la division, y su destino, y al punto enviaron al gefe un oficial de parlamentario, el cual le intimó que si bien la guerra no se habia declarado entre ambas naciones, tenia órdenes el comodoro para detener estas fragatas y llevarlas á los puertos de Inglaterra, por mas que en caso de una inútil resistencia, tuviese que emplear todo el rigor de un combate, para someterlas á sus fuerzas tan superiores. La respuesta de Bustamante no tardó en ser oida por el oficial inglés: la resolucion de oponerse sangrientamente al deshonroso ultraje con que se le amenazaba.

No bien el oficial volvió á la fragata del comodoro, este dió la señal de la pelea. Eran las nueve y cuarto de la mañana. A la media hora, la fragata *Mercedes* se habia volado. A las diez y media tuvo Bustamante que arriar la bandera que con tanto teson habia defendido. Así quedó apresada *La Medea*. *La Clara* resistióse un cuarto de hora mas, batiéndose en retirada. Las fragatas *La Medusa* y *Libely* siguieron dando caza á *La Fama*. Alcanzada, pelearon sus defensores, hasta que á las doce y media, casi sin gobierno el buque, arriaron la bandera. Cuatro millones setecientos treinta y seis mil ciento cincuenta y tres pesos fuertes venian en estas fragatas. Para particulares eran tres millones ciento veinte y ocho mil ochocientos ochenta y cinco: para el Estado los restantes. Tambien traian algunas mercancías de poco valor, pues no llegaba á treinta y cuatro mil duros.

El gobierno inglés hizo una pública manifestacion del hecho. España habia sido amenazada de que si no cesaba en sus armamentos, se considerarian estos como

actos de hostilidad, y en su consecuencia se impediria á todo trance que entrasen buques en nuestros puertos conduciendo caudales de América. Los buques, llevados á Plymouth, continuaron allí por el momento detenidos: lo que atesoraban fué depositado en el banco de Inglaterra.

Inútiles las reclamaciones de nuestro gobierno para recuperar lo que le pertenecia, declarada la guerra á la Gran Bretaña en 12 de Diciembre del mismo año, las presas adquiridas quedaron en poder de los ingleses, aunque no faltaron oradores en el Parlamento que calificasen duramente la disposicion del ministerio. El haberse volado *La Mercedes*, el número de víctimas que perecieron en este desastre de toda la familia desdichada de don Diego de Alvear, capitan de navío y comandante de esta fragata, que habia pasado como mayor general á *La Medea*, todo excitó los ánimos contra el gobierno inglés. Trescientos trece votos contra ciento y seis apoyaron en la Cámara de los Comunes al gabinete al tratarse del suceso, tras largos debates. Fox en ella fué el terrible orador que luchó con Pitt y Lord Granville en la de los Lores. Ciento catorce contra treinta y seis votaron en esta á favor del ministerio.

En medio de la rigidez con que por parte de los ingleses se contempló el asunto de las presas, tuvieron la generosa abnegacion, ó la justicia, de restituir á los oficiales y á las tripulaciones de *La Medea*, *La Fama* y *La Clara* las cajas de sus soldadas, cuyo valor era de doscientos treinta y nueve mil setecientos treinta y cuatro pesos fuertes.

La desdicha de don Diego de Alvear conmovió de tal suerte el sentimiento público hasta en la misma Inglaterra, que el rey Jorge III se honró en indicar á su gobierno el deber en que estaba de mitigar en algo el horror de su infortunio, entregándole el valor de todos los bienes que justificase haber perdido en la voladura de la fragata *Mercedes*.

Cruel pérdida fué esta para el comercio de Cádiz, esta pérdida sobre tantas otras. Desde 1793 á 1804 en mas de dos mil seiscientos ochenta millones de reales se valúan todas las que padeció esta ciudad durante las guerras, así como en mas de ciento veinte y nueve millones los desembolsos para el sostenimiento de la última de todas que habia empezado con la agresion británica en el Cabo de Santa María.

Las hostilidades contra Cádiz bien pronto se comenzaron tan pronto como el gabinete de Madrid quitó la última esperanza que habia de paz. Juan Orde, comandante de la escuadra inglesa que cruzaba á vista de nuestro puerto, dirijió al capitan general de la provincia una carta escrita á bordo del navío *La Gloria* el 2 de Enero de 1805. En ella le decia que, sabiendo de oficio que España habia declarado la guerra á los ingleses, se hallaba en la penosa necesidad de poner el puerto de Cádiz bajo bloqueo: que trasladaba á su noticia esta resolucion para que los cónsules estranjeros supiesen que todo buque que intentase entrar ó salir, estaria sujeto á sus consecuencias. Terminaba ofreciendo permitir el libre paso por entre su escuadra á los pescadores, siempre que las baterías cercanas á Cádiz y Ceuta se abstuviesen de hacer fuego sobre los buques ingleses que por accidente arribasen á la distancia de ellas.

Solano, cuya enerjía de alma no necesitaba para indignarse con la presencia de este escrito el odio en que se habia alimentado contra la nacion inglesa, desde que niño jugaba en brazos de su padre, y en que lo confirmó mas y mas su amistad con el general Moreau, dirijió al siguiente dia á Orde esta respuesta escrita con la misma fogosa impetuosidad con que en las batallas habia acometido á los contrarios.

"Excmo. Sr. Tocándonos solo obedecer las órdenes de nuestros gobiernos respectivos, debo dejar á las naciones neutrales el cuidado de reclamar la injuria que se les hace en declarar bloqueado el puerto de Cádiz.

Una mera declaracion del gobierno inglés no basta á anular el derecho de las naciones: la fuerza sola puede darle efecto.

"Los pescadores españoles se ocupan en pescar, pero ninguna ley, ninguna fuerza será bastante á hacerlos infieles á su rey. V. E. no exijirá de ellos tan horrible servicio, ni puedo creer que voluntariamente me proponga una inaccion culpable, cuando los buques de su escuadra se acerquen al alcance de los fuegos de tierra. No hay pacto, ni condicion que me releve de mi deber, ni hay potencia sobre la tierra autorizada á proponerme mi deshonor. Puede V. E. si gusta privar de su alimento á un pueblo inocente, pero no de su honra á los que tenemos la de ser sus defensores. Las armas del rey católico mi amo, no han sido las agresoras; pero no pasarán jamás por la ignominia de un sufrimiento vergonzoso."

Esta carta no fué un vano alarde de arrogancia de espíritu. Solano con la actividad y la diligencia que tanto lo distinguian, armó las baterías de la plaza y de toda la costa, dando las órdenes mas oportunas para la resistencia. Terrible hubiera sido, si las hostilidades hubieran pasado de los límites del bloqueo.

En este tiempo se preparaba todo para la gran catástrofe de Trafalgar. En el combate de Finisterre la impericia que acompañaba al desgraciado valor del vice almirante francés Villeneuve, que mandaba en gefe la escuadra combinada, dió ocasion al desaliento de nuestros marinos para combatir á sus órdenes con un adversario tan terrible como Nelson.

La escuadra en nuestra bahía con Villeneuve, cuando Napoleon esperaba que acudiese á Brest ó á Bologne segun sus órdenes, hicieron proferir á este aquellas palabras dirijiéndose á su ministro Mr. Decrés. "Vuestro amigo es demasiado cobarde para salir de Cádiz." El almirante Rosilly fué nombrado para el mando. Nelson habia vuelto de Inglaterra. Su escuadra esparcida por

estos mares, por una parte vigilaba el Estrecho, por otra nuestra bahía, donde estaba el mayor poder de los enemigos de su patria. Villeneuve, noticioso de haber caido en desgracia de Napoleon, y anhelante de anticiparse á la llegada de su sucesor para desmentir con una muerte heróica ó con la victoria, el juicio del capitan del siglo: el general don Federico Gravina, mirando con desdeñoso espanto los ímpetus de la temeridad de Villeneuve: un consejo de gefes, donde á mas de los franceses, asistieron Escaño, Cisneros, y Galiano y Churruca, opinando contra todo ataque á la escuadra inglesa, porque era mas conveniente que por sí misma padeciese en los bloqueos, y porque todos los barómetros anunciaban tempestad: escasez de víveres por las malas cosechas: escasez tambien de municiones por imprevision del mal gobierno que entonces habia en España: marinería compuesta de matriculados en su mayor parte, sin haber navegado en barcos de cruz, y gentes para los combates recojidas en las levas, sin haber frecuentado el mar, y desconcertadas en la hora del peligro por el mareo: tal espectáculo presentaba la bahía de Cádiz en Octubre de 1805.

Sin esperar á oir el dictámen de un consejo nuevo, el vice almirante francés mandó hacer el dia 19 las señales de salida. Acababa de saber la llegada de Rosilly á Madrid. Contra el dictámen de los españoles, cuyo valor habia ofendido, y contra el riesgo de la tempestad que amenazaba, Villeneuve quiso huir de la que venia contra su honor. Treinta y tres navíos, de ellos cuatro de tres puentes, cinco fragatas y dos bergantines componian la escuadra.

La vanguardia constaba de cuatro navíos franceses y de tres españoles. Mandábala el teniente general don Ignacio María de Alava: la escuadra del centro y primera estaba formada de otros tantos navíos de cada nacion á las órdenes del comandante en gefe Villeneuve: la de retaguardia, de otros tantos, tres franceses y cuatro

españoles. Dumanoir la mandaba. La de observacion de doce, mitad de una nacion y mitad de otra.

Gravina tenia el mando de esta escuadra. Las cinco fragatas eran francesas, como franceses los dos bergantines. Estaban repartidas estas fuerzas en todas las divisiones para comunicar órdenes.

La escuadra inglesa se componia de dos: la de vanguardia al mando de Nelson, tenia doce navíos cuatro fragatas, una goleta y una balandra. La de retaguardia al del vice almirante Collingwood, constaba de catorce navíos.

Hasta las ocho y media de la mañana del dia 20, no pudo estar fuera de nuestro puerto la escuadra. Un viento fresco del E. y E. S. E. se levantó en los instantes de comenzar, reunida toda, á dirijirse hácia el Estrecho. Gruesas gotas de lluvia eran la confirmacion del anuncio de la tempestad que ya estaban indicando con su mugir las olas. No cede Villeneuve ante el peligro: su obstinacion mas y mas se vá encendiendo. La prudencia en vano aconseja el regreso á Cádiz: Villeneuve manda acortar velas, pero seguir en demanda del enemigo. A la mitad del dia, la escuadra por la variacion de viento hácia la proa (S. S. O.) está casi dispersada: á las dos el viento llamado al S. O. y claro el horizonte, permite que se tornen á juntar las naves formando las cinco columnas. A esa hora una fragata de las avandas hace la señal de haber descubierto hasta diez y ocho velas enemigas: responde Villenueve á la señal, dando la órden de prepararse á la pelea.

El resto del dia, la noche toda se pasan en observacion del enemigo. El 21 amanece: su luz permite ver la escuadra de Nelson á barlovento.

A las siete de la mañana arriba la de los ingleses formada en varias columnas sobre nuestra línea para acometerla por el centro y por la retaguardia. Gravina pide á Villeneuve permiso para obrar con la escuadra de observacion independientemente segun lo que la

conveniencia dictase. Villeneuve niégalo y así persiste en su puesto Gravina preveyendo el general infortunio.

El vice almirante francés manda que toda la escuadra vire á un tiempo por redondo, que ponga el rumbo al N., que ciña el viento el navío de la cabeza y que lo hagan todos. Así la vanguardia queda en retaguardia convertida y la retaguardia en vanguardia, operacion que no puede hacerse con la celeridad que Villeneuve anhela y que presenta algunos claros, facilitando á los enemigos el intento de romper la línea. Villeneuve así cree haber asegurado la salvacion de la escuadra, facilitando la retirada á Cádiz en caso de derrota.

Los navíos ingleses en dos columnas paralelas y perpendiculares á la línea de batalla nuestra, se aproximan. Nelson á bordo del *Victory* hace una señal á su escuadra diciéndole: *Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber.*

Adelántase Nelson á la cabeza de su columna para cortar la línea por la popa del *Santísima Trinidad* y la proa del *Bucentaure.* Inútil fué su intento: su estrago grande: casi desarbolado queda el navío: herida mucha gente. Insiste Nelson acometiendo por la popa al *Bucentaure.* El *Redoutable* acude á cubrir el puesto de otro navío que estaba sotaventado: acométele el *Temeraire,* y al fin por la popa del *Bucentaure* queda franco el paso á la mitad de la columna de Nelson: la otra aparenta amagar á nuestra vanguardia, por breves instantes para contenerla y luego cae sobre el centro. Combaten los tres navíos aliados: procuran resistir el empuje de la acometida. Una bala del *Redoutable* dá en el hombro izquierdo de Nelson, le atraviesa el pecho y queda en la espina dorsal. Un momento de confusion en el *Victory,* con la mortal herida de su ilustre almirante, suspende la lucha, que luego prosigue mas encarnizada.

Collingwood, á bordo del *Royal Sovereing,* á toda vela camina á romper nuestra línea por el duodécimo

navío, queriendo emular noblemente al almirante. Resiste al *Sovereing* el *Santa Ana*, que mandaba el general Alava, y resístele de tal modo que lo desarbola, lo deja sin gobierno, lo pone á punto de que Collingwood se vea en la precision de abandonarlo, y que sostenido por su division pase en medio del ardor de la lucha á la fragata *Enrygalus*. Sumergido quedará dentro de poco con las cuatrocientas mil libras esterlinas que guardaba para la isla de Malta. No impunemente consigue el *Santa Ana* esta victoria. Herido quedó Alava y herido gravemente: herido su capitan de bandera Gardoqui: la arboladura destrozada. Muerta en parte, en parte herida y sin aliento, no por temor, sino por la fatiga, la tripulacion heróica tuvo qne rendirse á cuatro navíos. En atencion á la gravedad de las tres heridas que tenia Alava, Collingwood que admiraba su valor, no quiere que pase prisionero á bordo de su navío, cuando estaba todavía en el *Sovereing*. Villeneuve en el *Bucentaure* pelea, anima con su constancia, y anhela guiar á los suyos á la victoria con el ejemplo de su valor. Llama en su socorro á la vanguardia: Dumanoir repite la señal; pero Dumanoir no llega y el *Bucentaure* y el *Santísima Trinidad* van perdiendo sus palos; sus cascos cada vez están mas acribillados, mas disminuida su gente, y sus municiones. Mientras hay un palo en el *Bucentaure*, la señal no cesa. A las tres de la tarde Dumanoir con el *Formidable* y otros cuatro navíos se aparta de la lucha, desobedeciendo las órdenes de su gefe. Es la indignacion de los que lo ven: despues será el ludibrio de los que atribuyan á pusilanimidad su hecho: él y sus amigos lo juzgarán como acto de abnegacion heróica para conservar aquella pequeña escuadra á Francia. Acudir al combate era para Dumanoir ir á una desesperada muerte.

„El que no se encuentra en el fuego, no está en el puesto que le corresponde: una señal para que acuda será para él un baldon, una deshonra.“ Esto dijo Vi-

COMBATE MEMORABLE DE TRAFALGAR,

en que la escuadra inglesa de 28 navíos hizo arriar bandera á 18 de la combinada de Francia y España, que constaba de 33, en 21 de Octubre de 1805.

Es memorable este combate por haber muerto en él el mayor de los marinos el almirante Nelson, que mandaba la escuadra inglesa: tambien murieron los dos generales de la combinada, el uno de las heridas y el otro de desesperacion, con otros varios subalternos y comandantes de mérito.

1.ª POSICION DE LAS ESCUADRAS LUEGO QUE SE AVISTARON. (La negra es la inglesa).

2.ª POSICION.

3.ª POSICION Y COMBATE.

El centro de la combinada fué roto, doblado, batido á toca penoles y destruido antes que los estremos hiciesen por socorrerlo.

Algunos comandantes murieron gloriosamente esforzándose en su deber, mas otros vivirán con ignominia.

lleneuve en la órden de la batalla: esto hizo Dumanoir en el combate: esta fué su disculpa. Jamás la historia juzgará unánimemente su resolucion: sus móviles permanecerán en la duda: en la realidad su abandono, cuando era la postrimer esperanza de los que veian inútil su valor solo para la victoria.

El *Neptuno*, el *San Agustin*, el *San Francisco* y el *Intrepide* y el *Heros* franceses estos, aquellos españoles, todos de la vanguardia, no siguen la órden de Dumanoir sino la de su gefe principal, y se dirigen al *Bucentaure*. Pelea en el *Neptuno* Valdés con los suyos, despues de haber respondido á Dumanoir que se encaminaba al fuego; y pelea y pelea tan animosamente que su navío es acribillado y desarbolado: un golpe de metralla le causa graves heridas y no por eso quiere abandonar el sitio desde donde dirige el combate. Al volver en sí, despues del desmayo que le ocasiona la pérdida de la sangre, esperimenta por una parte el dolor de saber que su buque se ha rendido: por otra el consuelo de que aquella rendicion valia tanto como una victoria.

Villeneuve en el *Bucentaure* donde combate con el denuedo de su desesperacion, intenta, cuando su navío está inmóvil y desarbolado, trasladarse á otro: pero todos los esquifes han sido destrozados. Entonces y solo entonces pasa por el dolor de ver arriada su bandera.

Escaño en el navío *El Príncipe de Asturias* continúa dando órdenes: Cisneros en el *Trinidad*, habiendo perdido mas de trescientos hombres, no tiene apenas gente para seguir en su resistencia: una bala arranca de la mano la bocina á Alcedo sobre la cubierta del *Montañés*: no se inmuta este, y manda que le traigan otra para continuar dirijiendo el combate: Churruca sobre la cubierta del *San Juan Nepomuceno*, cuya bandera habia sido clavada, recibe una bala que le arrebata la pierna derecha en los instantes de prolongar la resistencia contra seis navíos, y el *San Juan Nepomuceno* sigue resistiendo todavía: todavía respira su comandan-

te en aquella cámara, mas tarde objeto de la veneracion de sus mismos enemigos. Desmontadas casi todas las piezas, y sin gobierno el buque, arrió al cabo su bandera.

El *San Agustin* se vá á pique con la suya tremolada: Alcalá Galiano que igualmente habia clavado la de su navío *El Bahama*, así al empezar el combate lo advierte á los suyos para que aparten de sus ánimos toda esperanza de rendirse: contuso en una pierna, mal herido en el rostro, continúa alentando y dirijiendo á los suyos, y hasta el fuego de las baterías: una bala rasa arrebata de sus manos el anteojo, y otra la parte superior de su cabeza: allí don José de Vargas en el *San Ildefonso* es tambien herido, y solo con mas de doscientos hombres fuera de combate y con el buque destrozado, se entrega á los enemigos.

Otros comandantes de navíos españoles y franceses tambien siguen sustentando con honor el de las armas de su patria.

El *Bucentaure* fué el primero que se rindió: siguiόle el *Trinidad*; pero con el general Cisneros, con su comandante Uriarte, y con casi todos los individuos que lo defendian, ó muertos ó heridos mas ó menos gravemente.

El navío francés *Achiles* se voló en la accion: parece que este desastre fué la señal de terminar la pelea. Cerca era ya de anochecer. Las fuerzas todas españolas y francesas se dirijen á Cádiz custodiando al *Príncipe de Asturias*, donde con tanto arrojo se habia combatido y donde habia recibido una herida en el brazo el general Gravina. Seis horas duró la aterradora lucha, entre el furor de las olas y de los vientos, empezando en la altura del Cabo de Trafalgar, y viniendo á fenecer á ocho millas de la ciudad de Cádiz. Los muertos y heridos de las tres naciones, segun los cálculos mas aproximados, llegaron á trece mil. Diez y siete navíos de la escuadra combinada quedaron en poder de

los vencedores; quince solamente fueron los que buscaron su salvacion en las aguas de Cádiz.

Nelson, espirante mientras la lucha, todavía alentaba para preguntar si la victoria era de su patria: todavía su prevision le hacia proferir la órden de que al terminar la pelea la escuadra fondease. A las siete horas ya habia dado el postrimer suspiro.

No parece sino que los elementos, indignados en presencia de aquella obra de destruccion de tan prepotentes naves y de marinos tan valerosos, se desencadenaron con el ímpetu de la mas tremenda ira, cual si quisieran igualar en la ruina á vencidos y á vencedores. Brama la tempestad: el fuego acaba de abrasar unos navíos: el agua de sumergir otros, el viento de desarbolar á muchos, la tierra de quebrantar á los que el fuego, el viento y las olas aun no habian exterminado.

El *Santísima Trinidad* se libra del poder de los ingleses, sumergiéndose y sumergiendo consigo á los muchos que no pudieron ser salvados: así tambien el *Argonaúta*: los mismos enemigos, dias despues, tuvieron que reducir á cenizas como inútil el navío *San Agustin*, y tambien el *Bahama*. Algunos de los buques apresados, viendo que la tempestad venia en su auxilio, lograron en la noche romper sus cables y huir de los enemigos, como aconteció al *Santa Ana*.

A los siguientes dias, horrendo era el espectáculo que el mar de Cádiz presentaba, horrendo por la tempestad, horrendo por las naves que destrozó el combate, horrendo por las que ahora la tempestad combatia. Los navíos el *Santa Ana*, el *San Justo*, el *San Leandro*, el *Príncipe de Asturias* se veian en nuestro puerto convertidos en boyas. El *Montañés* desarbolado: el *Francisco de Asis* y el *Neptuno* que habian fondeado en la bahía, ya perdida las anclas, van á perecer en la costa del Puerto de Santa María: el *Rayo* y el *Monarca* son abandonados por inútiles en la de Sanlúcar de Barrameda. Estos de los españoles: de los de Francia

se descubrian al *Pluton*, al *Neptune* y al *Héros* desarbolados: al *Argonaute*, al *Algeciras* y al *Aigle* boyas en la bahía: al *Fogueux* perdido en estas playas, al *Bucentaure* sobre la relinga de piedras inmediatas á la punta de San Sebastian: al *Indomptable* sumergido en el mismo canal: el *Berwick* abandonado en la costa: las cinco fragatas y los dos bergantines ilesos en la bahía.

No habian padecido menos los navíos ingleses: el *Victory* desarbolado, el *Britannia* á pique en la accion, el *Temeraire* desmochado y casi sin gente por los tiros del *Aigle*: otros sin palos de mastelero: otros con el casco acribillado.

La tempestad trajo sobre nuestras costas muchos navíos de los vencedores: el *Neptune* desmochado y sin palos sobre la de Conil: el *Prince* del mismo modo en la de Santa María de Cádiz; el *Tigre* á pique en la del Puerto de Santa María: el *Spartiat* en la de Rota: el *Achile* y el *Minotaur* varados en la de Sanlúcar.

El navío *Defiance* se perdió entre Conil y Tarifa con ciento cincuenta cajones de plata que habian venido para la escuadra de Nelson. El *Defence* fué incendiado por los ingleses mismos á la parte del noroeste.

En medio de esta gran catástrofe, la autoridad superior de Cádiz apareció sobre su muelle activando la traslacion de los heridos al hospital. Allí el ilustre Solano que tal vez habia pronosticado el infeliz suceso del combate, no solo mientras la escuadra poco á poco se iba alejando, sino en los momentos mismos en que llegaba á sus oidos el incesante tronar de los cañones, con gran cuidado y con no menor fatiga así dictaba órdenes para socorrer á aquellos desgraciados, como para que nuestras tropas se apoderasen de los enemigos arrojados por la furia del temporal á nuestras playas.

Este era aquel gobernador que á presencia de la escuadra enemiga en los anteriores meses habia solicitado del príncipe de la Paz armar hasta mil plazas de soldados milicianos, si le parecia necesario este número con

el fin de atender á la defensa de la plaza. Concedida la autorizacion siempre que el pago de su prest y pan no fuese á cargo de la Real Hacienda, Solano deseoso de no fatigar con mas arbitrios á nuestros comerciantes aflijidos por tantas pérdidas como la guerra habia ocasionado, determinó que se costease aquella fuerza con los productos del impuesto sobre las botas de vinos que desde el bombardeo de Nelson se cobraba con objeto de la ereccion de un hospital de enfermedades venéreas. Este era aquel general que estando don Federico Gravina diez y nueve dias antes de la batalla de Trafalgar sin víveres para su numerosa escuadra, el Departamento sin recursos, sin recursos la Tesorería de Rentas y sin recursos el Consulado, logró que el Ayuntamiento le facilitase seiscientos mil reales para que el gefe de nuestras fuerzas marítimas atendiese á las necesidades mas urgentes,[1] ejemplo lastimoso del desórden administrativo de aquella época, cuando el gobierno de una nacion tan rica y en circunstancias tan graves, miraba con descuido tal una escuadra á vista del enemigo y próxima cualquier dia á salir á combate. El sentimiento de la caridad mas viva despertóse en los gaditanos con la contemplacion de un espectáculo tan terrible. Desde el muelle, por las calles Nueva, de Juan de Andas, Cobos, San Cárlos y Sacramento hasta el Hospital Real, las gentes detenian á los que conducian á los heridos para ofrecer á estos caldo, vino, cigarros y toda clase de obsequios. No distinguian los gaditanos si los heridos eran españoles ó franceses, ó si eran de los ene-

1 En 30 de Setiembre de 1808 manifestó el general Solano al Ayuntamiento el estado de escasez en que se hallaba nuestra escuadra, el cual se avino á entregar la cantidad pedida. Véase la órden de Solano al Procurador Mayor de la ciudad. "De los seiscientos mil reales que el Ayuntamiento tiene á mi disposicion y garantiza el consulado, tendrá V. S. á la del Excmo. Sr. D. Federico Gravina, quinientos mil y cien mil restantes á la del intendente del Departamento, que librará á favor de los hospitales, pues este es su objeto. Dios &c. Cádiz 3 de Octubre de 1805. El Marqués de la Solana."

migos que habian caido prisioneros. Las mujeres en primer término se veian salir de sus casas para ejercer estos actos de filantropía. Solano indicaba lo que la caridad exijía para con los amigos y para con los contrarios: la poblacion entera respondía á sus nobles sentimientos con el afan de emularlos. No recuerdan hechos tan dignos de memoria y de imitacion solo las tradiciones de Cádiz. Collingwood escribiendo al almirantazgo inglés decia: „Nuestros oficiales y marineros que han naufragado con las presas, han sido tratados con la mayor bondad: la poblacion entera acudia para recogerlos: los sacerdotes y las mujeres les daban vino, pan y cuantas frutas habia: los soldados dejaban sus camas para dárselas á nuestra gente."

Collingwood á bordo de la fragata *Eurygalus* frente á Cádiz dirigió á Solano el dia 27 de Octubre de 1805 una carta para manifestarle que siendo considerable el número de españoles heridos que tenia en su escuadra, la voz de la humanidad y el deseo de aliviar sus padecimientos le impelian á ofrecer al general español su libertad para que pudiesen ser asistidos en los hospitales de tierra, siempre que un oficial autorizado para dar recibo de su entrega los recogiese y siempre que hasta su cange, se considerasen prisioneros de guerra.

Solano al siguiente dia le respondió aceptando en todas sus partes tan generosa oferta y le envió todos los oficiales y marineros que habian caido prisioneros despues del combate. Igualmente solicitó de Collingwood que los prisioneros franceses y españoles no heridos que estaban en la escuadra británica fuesen puestos en libertad bajo las mismas condiciones.

„Este es el mayor favor (decia Solano) que puedo recibir de V. E, y puedo darle la seguridad de que todos aquellos ingleses que no puedan volver al momento á la escuadra del digno mando de V. E., que serán los que no lo puedan ejecutar por la asistencia que necesitan todavía, irán en cuanto lo permita la convalecencia de las

heridas que han sufrido en el naufragio, y V. E. puede estar bien seguro, que mientras estén en tierra española serán asistidos con la lealtad y liberalidad que corresponde á la hidalguía castellana. Añadiré que si V. E. cree que sus heridos pueden estar mejor asistidos en tierra, tendré el mayor gusto y me haré un deber de proporcionarles todos los medios para que se curen aquí, si V. E. quiere confiármelos. V. E., mas que ningun otro, es buen juez del modo con que saben batirse mis compatriotas; y me hará desde luego la justicia de creer que el honor español es digno de que se le dispense esa hermosa confianza.»

Así respondió Solano á las palabras con que la humanidad británica ofrecia un medio de mitigar los sufrimientos de los que por el honor de su patria habian peleado en Trafalgar: magnánimo personage, digno mil veces de competir en nobleza con el ilustre Collingwood, y de convertirse en fiel intérprete de los mas altos sentimientos de la generosidad y cortesanía, propias de los ilustres héroes que tan infaustamente acababan de ostentar su valor sobre las aguas del océano.

Don Federico Gravina luchó entre la vida y la muerte algun tiempo. Su herida ofreció grave peligro en los dias primeros: mas tarde alguna esperanza: desvanecida esta, todavía los médicos no se atrevieron á amputarle el brazo con el deseo de evitarle un tan duro sufrimiento. El 9 de Marzo de 1806 espiró don Federico Gravina. Así tuvo tiempo para saber que habia recibido el premio de su valor con el grado de capitan general de la Armada. Su cadáver fué embalsamado. Los restos de Gravina descansaron en un aposento contiguo á la entonces capilla de S. José en el barrio extramuros. En 1810 fueron trasladados por solicitud de su hermano el nuncio de S. S. á la iglesia del Cármen.[1]

1 Recientemente han sido llevados á San Fernando.

CAPITULO II.

Solano en Portugal.—Acontecimientos en España.—Los reyes en Bayona.—2 de Mayo.—Regreso de Solano á Cádiz.—Sublevacion en Sevilla.—Emisarios en Cádiz.—Junta de Generales.—Bando.—Tumulto contra Solano.—Su muerte.—Su vindicacion.—Don Tomás de Morla.—Junta en Cádiz.—Rendicion de la escuadra francesa.—Alistamiento.—Morla en Madrid.

Las providencias de Solano relativas al abasto de la escuadra y al socorro de tropas fueron debidamente apreciadas por la corte de Cárlos IV. En 9 de Noviembre de 1805 recibió en propiedad el nombramiento de capitan general de Andalucía con el gobierno de Cádiz.

Continuó Solano ejerciendo este cargo los años siguientes promoviendo cuantas mejoras locales le dictaba su buen celo. Fundó escuelas gratuitas segun el sistema del célebre profesor suizo H. Pestalozzi: hermoseó la plaza del Hospital del Rey con arbolado: formó un paseo en el antiguo campo santo (hoy Delicias) plantando calles de paraisos y álamos hasta las cercanías del castillo de Santa Catalina: otro igual hizo en la villa de Chiclana llamado la Cañada: el año de 1806 atrajo gran concurso de forasteros á esta ciudad con una feria que se celebró en la plaza del Hospital Real y en las calles y plazas circunvecinas: feria de objetos de platería, modas, juguetes, frutas, dulces y otros objetos semejantes.

Todas estas cosas le grangeaban cada vez mas el amor de los gaditanos. En 1807 tuvo Solano que dejar á Cádiz. Nombrado para mandar la division española auxiliar del ejército francés que habia pasado á ocupar la nacion portuguesa, operó en los Algarbes y en el Alentejo, posesionándose de la fortaleza de Yelves y estableciendo su cuartel general en Setubal, donde su ca-

rácter activo y emprendedor, no pudiendo permanecer en la ociosidad, se dedicó á promover mejoras en aquel pais estraño.

Napoleon se preparaba, en tanto, á apoderarse de España. La debilidad y la condescendencia de nuestra corte, ya que solo estos nombres merece y no el de lealtad á Francia, cada vez mas le servian de incentivo para el intento. La familia real portuguesa que habia abandonado á su suerte á la nacion, y embarcádose en Lisboa para el Brasil, le indicaba el ejemplo que tenia que imitar la española, caso de que con tiempo se apercibiese de sus designios. Conociólos el hombre que era el todo en todo: el príncipe de la Paz. Méjico fué el lugar de su eleccion para refugio de la familia real de España, no bien se acabasen de declarar los intentos del Emperador de los franceses. Prevínose el príncipe de la Paz para el peligro que entreveia: por eso mandó al general Solano en Marzo de 1808 que evacuase la parte de Portugal que ocupaba y que con su ejército esperase sus órdenes en Badajoz y pueblos inmediatos. Su propósito era asegurarse de las Andalucías en caso necesario para tener por ellas su retirada á Cádiz.

No dormia no, la sagacidad de Napoleon, mientras que el Príncipe de la Paz, previsor solo en este hecho de su vida política, trataba de librar de las insidias del Emperador á la nacion española.

Una escuadra francesa habia en las aguas de Cádiz, resto de la derrota de Trafalgar. Mandábala el vicealmirante F. E. Rosilly-Mesros. Componíase de los navíos *Héroe*, *Algeciras*, *Pluton*, *Argonauta*, *Neptuno* y *Atlas* y de la fragata *Cornelia*.

El ministro de la Guerra Mr. Decrés, confiado en que dentro de nuestro puerto, podia la escuadra operar mas desembarazadamente y con menos riesgo del que en realidad debia tener, escribia á Rosilly en 21 de Febrero de 1808, previniéndole que se colocara en la posicion mas distante de las baterías para defender de

todo ataque esterior ó interno la bahía. „Procurad no manifestar inquietud; pero preparaos para cualquier evento sin afectacion y tan solo como obedeciendo órdenes que habeis recibido para partir. Colocad en medio el navío español bajo tiro de cañon de los franceses.“ Terminaban las instrucciones mandando á Rosilly que á todo trance impidiese la salida de la familia real.

En esto el engaño popular se oponia al pensamiento de que esta se alejase. Don Manuel Godoy, el príncipe de la Paz, fué perseguido en un motin que hubo en Aranjuez y al cabo preso. Cárlos IV renunció la corona, compelido por las circunstancias, en su hijo Fernando. El príncipe Murat, gran duque de Berg, ocupaba en tanto á Madrid con un numeroso y aguerrido ejército. No reconoció la abdicacion de Cárlos IV, dejando entrever á este que el emperador la consideraba nula y á Fernando la esperanza de que la considerase válida. Anunciábase de un dia á otro la llegada de Napoleon á Madrid. Fernando, impaciente por grangearse el afecto de Napoleon, salió á recibirlo, pasó á Burgos creyendo encontrarlo, creyendo encontrarlo tambien se trasladó á Vitoria, y poseido del anhelo de asegurar en sus sienes la diadema, entró en territorio francés sabiendo que el Emperador lo esperaba en Bayona. Cárlos IV igualmente habia pasado á la misma ciudad para hacer á Napoleon juez de las querellas de la familia real. Quedó en España una junta suprema presidida por el infante don Antonio. El pueblo amotinado quiso impedir que los últimos miembros de la familia real se ausentasen de Madrid. El dia 2 de Mayo la lucha ensangrentó las calles de la corte. Los franceses victoriosos trataron á los prisioneros como á rebeldes. Fernando VII en tanto renunciaba la corona en su progenitor, y Cárlos IV la cedia á Napoleon sin mas condiciones que la de mantener la integridad de la monarquía y la unidad católica.

No queria Napoleon para sí la corona de España,

sino para su hermano José, rey de Nápoles. Murat, que por ausencia del infante don Antonio presidia la junta suprema, exigió á esta que solicitase del emperador lo que el emperador deseaba. Al propio tiempo en la Gaceta de Madrid del 24 de Mayo se convocaba por el gran duque de Berg, lugar teniente general del reino y á nombre de la Junta, á todos los que debian asistir á un congreso en Bayona el 15 de Junio próximo, con el fin de que así obtuviese la aprobacion nacional la renuncia de la corona, y se formasen las leyes que Napoleon creia oportunas para la regeneracion de España.

El general Solano, ya marqués del Socorro, estaba en Badajoz, cuando á Badajoz llegaron las espantosas nuevas de los acontecimientos del 2 de Mayo. El capitan general Conde de la Torre del Fresno que allí mandaba, no pudo menos de oirlas con indignacion: con indignacion tambien las oyó Solano. Uno y otro creyeron inminente la guerra contra Francia, y si bien era temible el poder organizado de los invasores, comenzaron á prepararse para la lucha. Pero el silencio de la muerte y del terror habia seguido á la sublevacion del pueblo de Madrid. Inciertos los ánimos de los que mas sabian, difícil era en aquellos instantes aventurar hasta la suerte de la patria en temerarias empresas. Solano, recibió como la recibieron todos los generales que ejercian mando en ejércitos ó provincias, las órdenes de la junta para prestar obediencia al nuevo soberano, y tambien la reprobacion de los sucesos de la corte. Acatando, pues, el marqués del Socorro la órden de Murat, que le prevenia pasar á la capitanía general de Andalucía, se dirigió á Cádiz. No era este un acto de confianza en Murat. Las instrucciones secretas de Napoleon mas de una vez habian dicho á este: „Haced que observen á Solano.„ Cuando Solano pasó á Badajoz "os recomiendo que eviteis toda esplicacion con Solano."[1]

1 Véase la carta al duque de Berg su fecha 9 de Marzo de 1808.

Solano era el general que causaba recelos á Napoleon para el logro de sus intentos. No debe estrañarse. Amigo íntimo de Moreau y Moreau enemigo de Napoleon: general de gran valor y talento, y conocedor de la táctica francesa, Solano aparecia como el llamado á contrarestar con algun suceso el poder de sus armas en la península, caso de declararse la guerra. El cuidado de Murat fué apartarlo inmediatamente del cuerpo de ejército que tenia á sus órdenes: el mando de unas fuerzas organizadas y que acababan de hacer una campaña, si bien con poca resistencia, era sobradamente peligroso. Cádiz sin tropas bastantes para su guarnicion y con una escuadra francesa en la bahía, no presentaba á los ojos de Murat nada que ofreciese un riesgo para el designio del emperador, si Solano se atrevia á levantar el estandarte de la insurreccion: pues juzgaba que si aquí nacia, aquí tendria que morir aislada.

Llegó Solano á Cádiz á mediados de Mayo. Su mira estaba puesta en la escuadra francesa. Receloso de que pudieran sorprender los franceses alguno de los castillos, acordó con los gefes de marina que enviasen al de Puntales un auxilio de artilleros y sirvientes; mas este no llegó á recibirse. Solano se habia anticipado reforzándo la guarnicion del castillo con un capitan, dos subalternos y cuarenta artilleros: un capitan, otros tantos subalternos y cien infantes, y juntamente un escuadron de caballería. Durante la noche recorrian estas fuerzas las playas del E. y O. La órden que tenian de Solano era que *por ningun motivo permitiesen desembarcar tropa alguna que no fuese española.*

Así antes que otras poblaciones hubiesen proferido el grito de guerra contra los franceses, Solano se preparaba á ella con silencio; y previsoramente habia resuelto impedir que la ciudad y sus defensas esteriores fuesen sorprendidas. Vivia, pues, con los franceses á la

Thiers cree que no llegó á ser remitida. En ella se vé la desconfianza de Napoleon hácia la persona de Solano.

vista, cual si considerase á los franceses ya enemigos.

El 26 de Mayo se alzó Sevilla. Una Junta de gobierno que tomó el arrogante título de *Suprema de España é Indias*, nació en medio del tumulto. Uno de sus primeros acuerdos fué enviar dos mensajeros, uno al general Solano, otro al teniente general don Francisco Javier Castaños que mandaba en el campo de Gibraltar. El conde de Teba, oficial de artillería, llegó á Cádiz y se avistó con Solano para presentarle los pliegos que traia de la Junta, así como para conferenciar con él sobre los medios de que Cádiz instantáneamente secundase el alzamiento. Otros emisarios habian acompañado al conde de Teba, pero no con carácter oficial: su venida fué voluntaria. Eran algunos de los fautores del movimiento de Sevilla y querian serlo tambien del de Cádiz, resueltos á vencer todo obstáculo, y hasta á repetir en la persona de Solano el asesinato con que mancillaron en la del conde del Aguila la insurreccion de aquella ciudad. Sospechoso era Solano para estas gentes: haber servido en los ejércitos de Francia, y venir de la campaña de Portugal donde habia auxiliado á los franceses, circunstancias bastantes á levantar recelos: las costumbres fastuosas del general igualmente afrancesadas, todo conducia á creer que su ánimo estaba de parte de los invasores. ¡Lógica infeliz la de las turbas! Temian á Solano por su valor y su talento: por lo mismo que Napoleon lo temia. ¡Destino singular de Solano! ¡reconocer su lealtal el enemigo y no conocerla los propios! Aguzaban el puñal contra Solano en odio á los franceses, é ignoraban los que tal hacian que no servian á la patria, sino á Napoleon, pues intentaban quitarle un enemigo terrible.

Pocas veces se ha visto un caudillo en tan graves circunstancias, cual se vió Solano. Una escuadra en el puerto, ni bien amiga ni mal enemiga: la escuadra inglesa bordeando á vista de nuestros muros acechando el instante de posesionarse de ellos: un pueblo bajo, por

las malas cosechas en los años anteriores en la mayor miseria y mantenido solo por los donativos de dos mil hogazas de pan que diariamente se repartian por las personas opulentas: el pueblo en general indignado con la sangre vertida el 2 de Mayo: receloso de las tropas que bajaban á Andalucía capitaneadas por Dupont: escitado por el ejemplo de Sevilla: doblemente escitado por los emisarios secretos que difundian con el terror la calumnia: todos la vista en él, y él, general de reputacion, temiendo comprometer la causa de la patria si se dejaba llevar ya de la irresolucion, ya de los arrebatos de la imprudencia: previendo el espectáculo de una guerra desoladora tal vez larga y de muy dudoso éxito: siendo él mismo quien habia de echar sobre sí la inmensa responsabilidad de disparar el primer cañonazo que anunciase la guerra, porque hasta entonces todo habia tenido el carácter de motin, nada el de hecho de armas: tal estaba la ciudad de Cádiz en aquella ocasion: tal era el trance en que Solano se veia. Para no resolver inconsideradamente por sí lo que podia infamar su nombre atrayendo la ruina ó el deshonor de su patria, convocó el dia 29 de Mayo á una junta á todos los generales que se encontraban en esta ciudad. Todos asistieron, menos uno que estaba gravemente enfermo: el mariscal de campo don Cárlos Luxan.

Juntos, pues, en la casa de Solano don Juan Joaquin Moreno, comandante general de este departamento, los capitanes generales que habian sido de esta provincia, propietarios é interinos, príncipe de Monforte, don Tomás de Morla y don Manuel de la Peña, don Juan Ruiz de Apodaca, comandante general de la escuadra surta en esta bahía, y los mariscales de campo don Juan Ugalde, don Gerónimo Peinado, don Narciso de Pedro y don José del Pozo, y manifestadas las causas de la reunion, todos unánimes creyeron que era aventurado declararse desde luego abiertamente contra Francia.

Generales acreditados y de esperiencia, no podian proceder en aquellas circunstancias con la resolucion que una junta popular. Ignorábase el alzamiento de otras poblaciones: solo se conocia el de Sevilla, ciudad abierta é incapaz de una resistencia larga: ¿con qué ejército podian contar los generales, incomunicadas como estaban las Andalucías con las demás provincias? La revolucion de Sevilla aparecia aislada y con todas las apariencias de un alboroto momentáneo. Insurrecciones de esta especie bien pronto terminan: la llegada de tropas basta á apagar la animacion del pueblo: la falta de disciplina debilita el denuedo fácilmente y la derrota en las tentativas de defensa abre el camino á los invasores. Esto demostraba á los generales la esperiencia: esto el ejemplo de la heróica lucha del 2 de Mayo.

El deseo, pues, de Solano, el deseo, pues, de los generales no era abandonar la causa de la nacion: prepararse para la guerra, pero no declararla: esperar á que la opinion en diferentes provincias demostrase que no iban á secundar alborotos efímeros de una ciudad ó dos sino una revolucion deseada por la España entera.

Bajo estas bases, se acordó la publicacion de un bando en que se expusiesen todos los sentimientos que á los generales animaban, y los inconvenientes que habia para seguir desde luego las ideas de la Junta de Sevilla con respecto á alistar y enviar todas las fuerzas contra los franceses.

Manifestaban los generales en ese documento que habian oido con mucha complacencia el fervor y el entusiasmo con que todos clamaban, y se ofrecian á derramar su sangre en favor de los soberanos, y querian en su obsequio sacrificar las propias vidas y las haciendas propias; pero que creian oportuno hacer saber á Sevilla y á los demás pueblos conmovidos, las causas que se oponian á realizar ellos todos sus designios.

"Unos enemigos ansiosos de lucro (decian) amenazan nuestras costas, y no dejarian de aprovecharse de

nuestra ausencia para apoderarse de la escuadra y del arsenal, hacer de esta ciudad un segundo Gibraltar, y saquear nuestros puertos. Su mala fé está harto acreditada."

Despues de representar que tras tantas cosechas escasas, ahora que la Providencia enviaba una abundantísima para prevenir las necesidades de los pueblos, no debia abandonarse y perderse, retirando del campo todos los brazos útiles á la recoleccion, dirijian la mas amarga censura, la primera que se veia en documentos oficiales y por personas tan caracterizadas, contra el proceder nada premeditado de la familia real, causante único de la horfandad en que la nacion se hallaba. "Nuestros soberanos (esclamaban) que tenian *un legítimo derecho y autoridad para convocarnos y conducirnos á sus enemigos,* léjos de hacerlo, han declarado Padre é Hijo repetidas veces que los que se toman por tales son sus amigos íntimos, y en su consecuencia *se han ido espontáneamente y sin violencia con ellos.* ¿Quién reclama, pues, nuestros sacrificios?"

Proseguian haciendo presente que no habia en la península tropas con que obrar, que nuestro corto ejército cubria las plazas fuertes, y que solo quedaban unos regimientos tan escasos, que los de infantería apenas tenian la fuerza de un batallon y los de caballería escasamente la de un escuadron.

Despues de esponer estos y otros inconvenientes con la mas noble franqueza, decian:

"Sin embargo de estos y otros perjuicios, los generales espresados, no queremos ser notados ni tenidos por nuestros compatriotas por demasiado precavidos ni malos patricios y cedemos á los clamores generales de la provincia. Mas no por esto darémos lugar á que los mismos que ahora reclaman y piden ser conducidos contra los que se declaren por enemigos, despues nos desprecien, vituperen y abominen por haberlos llevado como rebaños de ovejas á la carnicería. Para combatir

es menester alistarse, regimentarse, disciplinarse y tener una táctica. Sin ella, seriamos como los mejicanos ó tlascaltecas delante de Hernán Cortés al tiempo de la conquista. Es necesario una numerosa artillería que exije mucho ganado de tiro y carga: además provisiones de toda especie, pues no hemos de ir á saquear nuestras provincias. De otra parte, sin dinero no se hace la guerra y es indispensable juntar sumas competentes. En fin, no es asunto de una campaña corta, á menos que desde luego fuésemos derrotados completamente. Son menester muchas y muchas victorias para conseguir el fin que se propone."

Así espresaban Solano y los demás generales sus conocimientos en el arte de la guerra. Al propio tiempo, recelando que la ira popular se ensañase contra los franceses, vecinos de estas poblaciones, trataban de persuadir los ánimos á que se apartasen de toda idea de mancillarse con su sangre.

„Hablando con andaluces (decian) que miran con horror y como vileza toda alevosía y traicion, es inútil advertir que por ningun caso se deben manchar las manos con la sangre de ningun estranjero que vive en la seguridad de su buena fé. El campo de Marte es solo el teatro del honor: los asesinatos prueban bajeza y cobardía, cubren de infamia y atraen represalias crueles y justas."

Por último, los generales convenian desde luego en enviar á uno de ellos á Sevilla para organizar la gente que se presentase, y algunos oficiales á los pueblos importantes de toda la provincia con el mismo fin; pero terminaban manifestando su resolucion de que los alistados de Cádiz para nada saliesen de sus muros. Las razones eran justísimas. „En tales circunstancias (terminaban) la defensa de Cádiz no puede desatenderse por su importancia, por la escuadra, por el arsenal y por el puerto, y tambien por las riquezas que encierra. Pueden no bastar las tropas que actualmente existen en

ella para precaver los insultos de los enemigos que pueden atacarla. Además, no conviene el dejar las espaldas sin guarnecer. Por esta razon hemos creido oportuno que no conviene que los vecinos de Cádiz, la Isla y los Puertos salgan por ahora de sus hogares, y sí que todos los que estén poseidos del deseo de servir á la patria, se alisten igualmente que las milicias urbanas para que se instruyan y puedan hacerlo dignamente."

Tal es el bando de que hablan con error nuestros historiadores por no ser de ellos conocido. Hubo un empeño grande en destruir los ejemplares que existian[1] por algunos de los que lo firmaron.

El bando, firmado por los once generales, se publicó á deshora de la noche del 28, con grande pompa y á la luz que despedian multitud de hachas. La no acostumbrada ceremonia llevó tras sí número bastante de curiosos: conmovió á todo el pueblo. Alborotáronse los ánimos de los emisarios de los de Sevilla y estos alborotaron á la plebe de Cádiz. Las voces de traicion empezaron ya á proferirse contra el general Solano. La gente ignorante se fia siempre de la sagacidad de los advenedizos: siempre sospecha el engaño en los que mas valen, porque valen. A esto se agrega que la calumnia fácilmente es bien acogida por la muchedumbre. Compuesta en su mayoría de personas ruines, creen la ruindad en el que se les designa. Ninguno tiene por mas creibles los delitos que el dispuesto á cometerlos. Así en casi todos los tumultos ó en las opiniones populares, si el leal señala al traidor, y el traidor como traidor al leal, el vulgo de cien veces las noventa verá la traicion en el primero, así como una lealtad á toda prueba en el segundo, porque no hay quien esté mas fácil á ser engañado, que el que teme que lo engañen.

La voz de la prudencia y de la práctica de la guerra

1 Ni aun en la escribanía de guerra se halla; únicamente en el archivo del Excmo. Ayuntamiento he visto un ejemplar impreso.

habia hablado en el bando: naturalmente en el estado de exaltacion de los ánimos, la locura habia de responder á sus palabras. Acudió en tumulto muchedumbre grande á la plaza de los Pozos de la Nieve, donde era la morada de Solano. Un jóven, llamado don Manuel Larrús, subido en hombros de algunos del pueblo, se dirijió al general que estaba en sus balcones, y en una corta arenga procuró destruir uno á uno los raciocinios que habia en el bando, para terminar pidiendo á nombre de Cádiz se declarase la guerra á los franceses y se precisase á la escuadra á la rendicion buenamente ó á sangre y fuego.

Difícil era para Solano refrenar el tumulto por medio de la persuasion: la autoridad suya no bastaba, ni menos su poderoso talento; pues nada hay mas difícil para la elocuencia que hablar á una turba feroz é ignorante, cuando está animada contra uno, ó sospechosa al menos de su lealtad.

La condicion altivamente franca de Solano se oponia al único recurso que en circunstancias tales podia usar: la simulacion y el ir en sus palabras mas allá de los deseos de los espíritus mas arrebatados por la ira. El entusiasmo hubiera sustituido á las sospechas, como el aplauso al odio. Un pueblo en el frenesí de la revolucion, está vencido al punto que con mayor frenesí se le hable. No se avenia, pues, Solano á proceder de este modo: á ofrecer lo que no creia conveniente á la causa pública cumplir: á sosegar los ánimos con las esperanzas, para hacer solo lo que el estado de la nacion permitiese.

Oyó la voz de Larrús y ofreció en respuesta al pueblo juntar al siguiente dia los generales para conferir el modo de que los deseos de la ciudad fuesen atendidos.

El alboroto que movió la publicacion del bando no cesó en toda aquella noche. Allanaron los alborotados la casa del cónsul francés Mr. Le Roy, que era muy aborrecido por su carácter soberbio, y por haber anun-

ciado en diferentes ocasiones por medio de carteles y en arrogantes palabras, las victorias de Napoleon. Mr. Le Roy tomó amparo contra el furor de la plebe en el convento de San Agustin, de donde luego trabajosamente huyó para buscar refugio en la escuadra francesa.

En tanto el almirante Rosilly, sabedor de los acontecimientos de Sevilla y de la intranquilidad y adhesion del pueblo gaditano, comenzó á prevenirse para ofender y defenderse. Hizo fondear sus navíos, cojiendo entre dos fuegos á los nuestros. En la misma noche del 28 los botes y las lanchas de la escuadra francesa, con suficiente número de tripulantes, practicaron un detenido reconocimiento en el caño del Trocadero.

Amaneció el dia 29: Solano fiel á sus promesas, á su honor y á sus sentimientos, no cesó un punto en activar cuanto las circunstancias y los deseos del pueblo exijian. Desde las siete de la mañana las puertas de la casa del teniente de rey no ofrecian obstáculos á los que corrian á alistarse. El mariscal de campo don Félix Jones que habia mandado una de las divisiones en el ejército espedicionario de Portugal y tenido el gobierno de la plaza de Extremoz, salia en posta para Sevilla con órdenes de Solano para tomar el mando de las armas de aquella ciudad y formar y organizar el paisanaje en compañías. Solano, noticioso del reconocimiento que en el Trocadero habian hecho los franceses, mandó observar los movimientos de la escuadra, y al coronel del regimiento de infantería de las Ordenes don Francisco María Soler que con el suyo y con otro de milicias urbanas ocupase aquel punto para evitar una sorpresa. Convocó á una reunion, que se celebró en su propia casa, al Ayuntamiento y al Consulado para *hacerles presente la situacion en que se hallaba la provincia, ya por las conmociones del pueblo en defensa de la justa causa que reclamaba y el recelo de la escuadra aliada en bahía y la enemiga á la vista del pueblo, la resolucion de la provincia de Sevilla que directamente se di-*

rije al gobierno actual del reino, y la necesidad de ocurrir á sostener la tropa y la gente que se aliste, la marina y arsenales.[1] Propuso al tribunal del Consulado que aprontase las sumas que se estimasen oportunas, todo como acto voluntario, á reserva de exigirlo por la violencia. El prior espuso la imposibilidad en que se hallaba por carecer de fondos el Consulado; pero el síndico del Ayuntamiento espresó que siendo esas sumas para la causa comun, todos estaban obligados á contribuir á ellas sin escepcion, y así propuso que al siguiente dia los individuos que para ello quedasen comisionados, presentasen al Ayuntamiento un proyecto á fin de obtener lo que se deseaba, debiendo asistir á esta sesion que se celebraria en las casas capitulares, el obispo, el cabildo eclesiástico, los superiores de las comunidades religiosas, el general que designase Solano y un letrado como asesor.

Los generales, en otra junta, convinieron en que la ciudad debia declararse abiertamente desde luego por el alzamiento de Sevilla y al tenor de las exigencias ardientes del enfurecido pueblo. En su consecuencia mandó reimprimir Solano como bando la noticia de la constitucion de la junta suprema de gobierno en Sevilla y sus primeras disposiciones para que fuesen obedecidas. Mas de una vez esta junta de generales fué interrumpida por los gritos de la muchedumbre que pedian la guerra, y que la escuadra fuese batida con bala roja. Solano desde sus balcones procuraba calmar al pueblo con la promesa de que todo se haria, segun sus deseos; y para exhortarlo á tener prudencia en aquellas circunstancias les recordó, señalando á la escuadra inglesa, bloqueadora, que *allí estaban los enemigos de España.* Algunos otros generales tambien intentaron apaciguar las turbas, en tanto que la ilustre marquesa del Socorro les

1 Palabras de la minuta del acta de esta sesion, que con la media firma de Solano existe entre las del Ayuntamiento. Fué agregada á ellas á peticion del síndico don Manuel Micheo en 26 de Agosto de 1808.

contemplaba desde uno de los balcones del entresuelo con secreto terror.

Retiráronse estas á la plaza de San Antonio y á la calle Ancha á esperar la resolucion de un consejo de guerra que celebraba Solano con los generales de marina sobre atacar la escuadra.

No habia calumnia que no corriese de labio en labio, de oido en oido, de indignacion en indignacion, y de la astucia á la ignorancia contra la persona del general Solano entre aquella muchedumbre mísera y fanática.

"Solano estaba pronto á entregar la plaza á los francêses: Solano con arrogancia y como desafiando la cólera del pueblo habia dicho que los enemigos donde estaban era en la escuadra inglesa: Solano contaba con la corona de Portugal que Napoleon le habia ofrecido en cambio de Cádiz: Solano en la noche anterior iba á entregar los castillos de la bahía á los franceses." Hasta decian los que tal publicaban, que ellos mismos habian oido decir á algunos marineros que la noche antes cuando el reconocimiento del caño, los marinos franceses se quejaban de que Solano no hubiese parecido ya á ponerles en posesion de los fuertes. Tambien sospechaban traicion en el hecho de haber mandado Solano que todas las accesorias desalquiladas estuviesen á su disposicion. Gitanos, venidos de Sevilla, allí formaban corros con sus hermanos los de Cádiz: y muchos parientes ó amigos de algunos criminales á quienes Solano habia impuesto penas al tenor de sus delitos, se congregaban tambien en odio y en venganza contra aquel magistrado, rigoroso castigador de ladrones. Los que difundian en primer término las calumnias, no aguardaban mas que una señal para acometer la casa de Solano: la hora de comer, á fin de que los demás generales y los gefes de los cuerpos no se hallasen en ella. En aquel tiempo no era muy comun la fijacion de bandos. Uno ó dos ayudantes á caballo recorrian la ciudad y en los

puntos mas concurridos se paraban y ponian en conocimiento del público las ordenes de la autoridad. Así aconteció en este dia. Un ayudante llamado don José Luquey entró en la plaza de San Antonio y avisó al pueblo que la junta de generales y otros gefes de marina habia manifestado ser imposible hostilizar inmediatamente la escuadra francesa, porque estando los navíos de esta nacion interpuestos con los españoles, estos iban á sufrir los mismos estragos.

Indignóse la muchedumbre: pero contra Solano: no contra los generales Moreno y Ruiz de Apodaca que fueron los que con sobrada razon se opusieron al ataque desatinado que el pueblo pedia. El incendio que producirian las balas rojas lo mismo iba á devorar la escuadra francesa que la escuadra española: acto de barbarie que no podian consentir aquellos respetables marinos ni el general Solano, ni ninguno que tuviese ideas de humanidad y del decoro de su nacion y del suyo propio.

Los que habian resuelto la muerte de Solano contaban con que las tropas secundarian sus proyectos, no con el auxilio de sus fuerzas, sino con el permiso de dejar á lo que se llamaba pueblo y solo era una turba vil de aventureros y criminales, que cometiese aquel delito. Acometieron el parque de artillería los sublevados: no hallaron resistencia: las puertas quedaron vencidas: las armas y las municiones en sus manos: con ímpetu horrible sacaron varios cañones que eran llevados á brazos por gitanos, marineros, asesinos y ladrones. Por cima de las cadenas que colgaban de dos pilares en las principales entradas de la plaza de San Antonio para impedir el tránsito á caballos y carruajes, fueron pasados los cañones, y con desaforados é incesantes gritos que en diferentes palabras pedian la muerte de Solano, se dirigieron á su casa. Un banquete habia preparado en ella: obsequio del general á algunos de sus amigos. Dentro del edificio habia algunos de la partida de treinta mi-

ñones ó mozos aragoneses á las órdenes de don José San Martin, teniente del regimiento de Campo mayor. En un cuerpo de guardia inmediato estaba la del general compuesta de un sargento, un cabo y ocho soldados. No tenia mas prevencion para su defensa personal: nada temia Solano. Confiaba en la rectitud de sus intenciones y en el amor del pueblo.

Al escuchar el furioso tumulto, las puertas de la casa se cerraron: el general salió á los balcones á ver á las turbas que pedian su muerte. Tres aventureros con voz de representantes del pueblo pidieron ser introducidos á la presencia del general. Uno de ellos era don Pedro Pablo Olaechea, novicio que habia sido en el monasterio de la Cartuja de Jerez y ya cobrador de los gremios. Las intenciones que llevaban se dirigian á apoderarse de la persona del general: el pretesto pedirle, no ya que se obligase á los franceses á entregar los timones de sus navíos ó á rendirlos á viva fuerza, sino que hiciese dejacion del mando. Estos tres audaces, y mas que audaces, impudentes emisarios, manifestaron á Solano lo que queria el pueblo, cuya voz usurpaban. No oyó sin indignacion el general lo que le intimaban aquellos hombres: él tan valeroso, tan leal y tan caballero, reducido á escuchar las arrogantes órdenes de tres miserables! Poseido del mas noble furor, los mandó salir de su presencia. Uno de ellos se asomó á uno de los balcones y con un pañuelo blanco dió al populacho la señal de la acometida. Avanzó esta á las puertas de la casa que estaban perfectamente atrancadas. La guardia hizo fuego á las turbas y las turbas se dispersaron abandonando los cañones. Pero apenas vieron que los tiros habian sido lanzados al aire y no contra ellas, tuvieron el testimonio de que podian contar con la impunidad mas completa. Por la parte de la muralla que daba frente al edificio, volvieron un cañon y lo dispararon contra la puerta de la caballeriza. Rompieron todos los cristales del edificio: cayeron las

puertas y quedó libre el paso á la rabiosa muchedumbre.

Los tres emisarios, en tanto, habian querido apoderarse de la persona del general á viva fuerza. Este pudo desasirse de sus manos y disparar contra ellos una pistola. Aterrorizados dos y viendo que el general huia, acudieron á la parte baja á capitanear á la turba, cuyo auxilio esperaban. Dirigióse Solano á buscar por las azoteas un refugio en las casas inmediatas.

Libre de este modo el general, entró en la de su vecino y amigo el comerciante irlandés don Pedro Strange.

Olaechea, mas denodado que sus cómplices, lo siguió por la azotea, y hasta osó poner en él sus manos con el fin de asegurarlo. Solano con sus atléticas fuerzas, asió por debajo de los brazos á aquel tenaz enemigo y lo arrojó al fondo de un patinillo, donde quedó espirante.[1]

Las turbas registraron la casa del general, destru-

1 El conde de Toreno dice que huyó Solano por las azoteas: que al entrar en casa de Strange, se encontró á Olaechea; y que viendo que este trataba de impedirle el paso y entregarlo á los amotinados, con el favor del comandante Creach que en tal sazon se hallaba visitando á la esposa de Strange, lo encerró en un pequeño pasadizo: que tratando de escapar Olaechea, dió consigo en un patinillo, y que de resultas de la caida espiró á pocos dias; pero en todo esto parece que hay poca exactitud. Una parte contradicen documentos: la otra una tradicion unánime.

El célebre general Foy en su *Histoire des guerres de la Peninsule sous Napoleon* dice que Olaechea siguió á Solano. Mucho, mucho difieren las tradiciones referentes á lo ocurrido al general en su casa y en la de Strange. Hay quien dice que Solano dió una señal á la guardia para que hiciese fuego, disparando desde su balcon una pistola que llevaba cubierta con un pañuelo blanco: otros cuentan que el secreto donde se ocultó estaba en la azotea, otros que en un corredor junto á la baranda que caia á un patinillo, y que Olaechea, que á la cabeza de la turba intentó echarle mano, fué arrojado á él: que acudieron los demás, y que ya no pudo defenderse Solano, estando como estaba, inerme. Esta parte de la historia del suceso es muy difícil de aclarar por la falta de testigos. Así varian tanto las narraciones. He seguido la opinion que he visto mas concorde y que me ha parecido mas verosímil, sin que asegure ser la verdadera. De los sucesos en las calles y plazas muchos viven que los presenciaron. Los que hablan de lo ocurrido en las casas se refieren á lo que oyeron entonces. Harto se sabe lo que en tales casos se adulteran los hechos.

yeron los muebles, arrojaron á la plaza todos los papeles: no hubo objeto que perdonara su furor; pero el principal habia desaparecido. Una voz salió proponiendo que se incendiase toda la manzana de casas, si Solano no era entregado: repitióse con frenesí, y tornóse á repetir con mayor violencia. Una criada poseida del espanto, se asomó á un balcon y declaró que el general estaba escondido en aquella casa. La turba se dirigió á sus puertas, llamó, y la misma esposa de Strange, doña María Tuker, se presentó á los que la capitaneaban. Era una señora irlandesa, alta, carilarga, de noble mirar, de mediano talento, de nobilísimo corazon, de un valor á toda prueba. Con la mayor serenidad negó que Solano hubiese hallado un refugio en su casa, y desde luego se anticipó á los intentos del populacho, invitándolo á registrar todo aquel edificio. Así lo hizo la plebe hasta en lo mas recóndito; pero inútilmente. El general no se hallaba. Iban á retirarse desengañados, cuando un jóven albañil llamado Segundo, se dirigió á la casa, abrióse paso por medio de la muchedumbre que la ocupaba y se ofreció á decir el sitio en que el general estaba oculto. Era el hijo del que en años anteriores habia construido un secreto detrás de un escaparate, incrustado en la pared. Palideció la señora de Strange: negó, se opuso á que pasasen á su gabinete, se colocó delante del secreto, pugnó por defender con su propio cuerpo el sitio del resorte y fué herida en el brazo izquierdo. Solano, al oir sus gritos, no quiso que aquella noble señora pereciese, inútil víctima de su lealtad[1] y se sometió desde luego al sacrificio. Él mismo abrió el secreto y se presentó á la turba. Un grito de alegría saludó á Solano. Los tigres habian visto su presa.

Ya el general en la plaza de las Nieves fué amarra-

1 Esta señora, habiendo llegado á mas escasa fortuna despues de la muerte de su esposo, pasó á vivir á la villa de Chiclana, donde se ejercitaba para ayudar á su subsistencia en labrar tortas. No ha muchos años ha fallecido.

do, las manos atrás cual un malhechor por indignos malhechores: aquellos que preconizaban el bien y para el bien el crímen: allí se promulgó la sentencia de muerte de Solano. Una horca permanecia erguida en la plaza de San Juan de Dios para ir suspendiendo en ella á los foragidos de las partidas del Rubio de Espera, de Pichardo, del Zapatero de Jerez y otros facinerosos de aquel tiempo, al punto que eran cojidos. *¡A la horca el traidor!* fué la voz que sustituyó por el momento á los gritos de *¡muera Solano!*

Un gitano de ridículo sobrenombre y muy conocido en esta ciudad, caminaba sable en mano á la cabeza de la muchedumbre por toda la calle de la Aduana en direccion á la horca, echando atrás á cuantos venian. Otros dignos compañeros de tan miserable caudillo, conducian á brazos los cañones y otros los custodiaban, armados de diverso modo. En la estremidad de un largo palo y cual bandera llevaba uno tremolada la faja del general. Seguía este, impelido y sujeto por sus custodios, cual si ya no lo estuviera por las cuerdas, descalzo, en mangas de camisa, el olán de ella convertido en girones y bañado en la sangre de algunas heridas. Un marinero llamado Florentino Ibarra, jóven en la edad, viejo en el crímen, [1] fué el primero que le asestó una puñalada. Con la sonrisa del mas alto desden miró Solano á tan ruin enemigo, y por única queja le dirigió estas palabras: *¡Gran hazaña has hecho!* Fueron las únicas que profirió durante su martirio. A cualquiera que le dirigia un golpe ó le ocasionaba una herida, castigaba con volver hácia él la vista y anonadarlo con la terrible energía de su altanera mirada. Así los cobardes que huyeron ante la descarga de la guardia de Solano, se complacian en maltratar á un valiente. En sus semblantes resplandecia el orgullo: solemnizaban aquel hecho como una gran victoria. ¡Sacrílego gozo de un triunfo sanguinario

1 Solo tenia 27 años.

é impune en que la villanía, sin el freno del temor, ejercia la tremenda facultad de ultrajar cuanto de grande hay en la tierra: la virtud, el talento, el valor y la lealtad que ellos inyocaban y eran incapaces no digo de albergarla sino ni aun de conocerla! ¡Hasta una gitana inmunda, denegrida, con sus ropas rasgadas lanzó la señal de su ira al rostro de Solano en un pan que arrebató de las manos del hijo, del hijo que llevaba en sus brazos, cual si quisiera enseñarlo desde pequeño al crímen. Cubierto de heridas y ninguna mortal, todavía Solano daba en su pecho lugar á la esperanza. No podia creer que el capitan, que los soldados de la guardia de la puerta del mar viesen morir de aquel modo á su general. No lo vieron ciertamente: se ocultaron cuando la muchedumbre pasó por delante. Solano volvió los ojos á su última esperanza: su última esperanza murió en el desengaño. Desfallecido por la pérdida de la sangre, ya no podia tenerse en pié. En tanto que preparaban la horca, fué sentado en unos cantos que para la restauracion de las casas capitulares estaban frente, aunque á alguna distancia, de la puerta del mar. Poco tiempo pudo descansar allí. La escalera de la horca entraba por un lado de la plaza: tambien inútilmente venia el verdugo, llevado por la violencia: inútilmente porque todos querian serlo. Con razon: el verdugo solo debia ejercer en ellos su ministerio y no en Solano. Los dos únicos de sus amigos que en aquel momento arrostraban todo por su lealtad, entraban igualmente en la plaza por distintas partes: uno don Cárlos Pignatelli, el otro el magistral don Antonio Cabrera. La vista de la escalera que se dirigia á la horca para facilitar la subida á su amigo, hizo palidecer á Pignatelli; y afectando una ira que no cabia en su terror, se dirigió espada en mano hácia el general. Siendo como era á todos lícito denostarlo y herirlo, á la voz de *¡muera el traidor!* atravesó el pecho de Solano. Miróle Solano con asombro, si ya podia caber en él á vista de tanta deslealtad y de olvido tanto, cual si

su intento fuera esclamar como César al sentir el puñal de Bruto: *¡tú tambien, hijo mio!* Así Pignatelli salvó de la afrenta del suplicio de un malhechor á su querido amigo. Su hazaña fué superior á la de Marco Bruto: el uno sacrificó á su benefactor por la libertad de la patria: al herirlo sabia muy bien que César podia comprender que habia preferido á los deberes de gratitud la causa de la república. Pignatelli tuvo que esponerse á la reconvencion que tal vez en el mirar le dirigiria su amigo en la persuasion de que no era fácil que Solano comprendiera el móvil que habia armado su diestra. Así antes quiso que lo confundiera este con los desleales y con los asesinos que no dejarlo de arrebatar por medio de la muerte á la ignominia que le preparaban.

El magistral Cabrera llegó con el intento de exhortar á las turbas á que respetasen al general; ya espirante lo llevaban á la horca. Cabrera se interpuso, cubriólo con su manteo, habló en nombre de la religion, se apartaron por un instante los malvados, y así pudo recoger el último aliento de Solano y administrarle el Sacramento de la penitencia. No bien espiró, la muchedumbre persistió en el intento de suspender de la horca á Solano. No consintió Cabrera que tal injuria se hiciese á aquel noble cadáver. Algun término habia de tener la maldad. Con razones, terribles á aquella turba feroz, obligó á muchos de los mas furiosos á que, dominados por la voz de la religion, condujesen el ensangrentado cuerpo de Solano á una capilla, la única terminada en la Catedral nueva que entonces servia de depósito á los cadáveres. En ella dejaron el de Solano: en ella y á su lado el magistral Cabrera. Al salir, los gefes de la muchedumbre decian en voz baja á los mas quejosos de aquella forzada obediencia, que entrada la noche regresarian por el cadáver de Solano y que entonces lo suspenderian de la horca sin que nadie, invocando la palabra divina, pusiese estorbos á sus intentos. Los presos en la cárcel pública fueron pues-

tos en libertad: debian estarlo: el crímen andaba libre y señor por las calles. La ira del populacho no se sació con la muerte del general, sino que quiso esterminar todas sus obras. Los naranjos que habia en la plaza de San Antonio fueron derribados: derribados todos los árboles del paseo del campo.

El septuagenario don Francisco Huarte, regidor perpetuo de esta ciudad y pariente de Solano, vió tambien asaltada su casa en la calle de Sopranis. Por una puerta falsa huyó al convento de la Merced, donde halló refugio en los primeros momentos. Mas tarde pasó á vivir á Chiclana: su casa fué entregada al saqueo. Otras muchas personas notables de esta ciudad tambien se vieron amenazadas de muerte por las turbas. Las mas se acogieron en la capilla del Pópulo, favorecidas por su capellan don José Adam. Todo el que era pariente ó amigo de Solano se encontró en grave riesgo: su hermano don Estanislao fué llevado á las nueve de aquella noche desde la casa de un amigo al convento de Capuchinos, con el hábito de tal. Allí supo la muerte de su hermano. De tal modo le conmovió que cuando mas tarde pasó á refugiarse en un buque de guerra inglés se le trastornó el juicio, que en Inglaterra recobró á fuerza de asistencias.

No descansó la furiosa multitud en aquella noche. Mas de una vez se dirigió á la Catedral nueva para recuperar el cadáver de su víctima. No estaba satisfecha con su muerte: necesitaba para su rencor verla en el suplicio. El infatigablemente revoltoso conde de Montijo estuvo, pero de incógnito, aquellos tristes dias en Cádiz. No parece sino que disfrazado, atizaba el mal vengativo encono de las turbas, cual si encargado de la ejecucion de una sentencia en suplicio afrentoso, proferida contra Solano por alguna Junta, ó por algun club de agitadores, no creyese cumplida su mision, sin que el cadáver sangriento del general, quedase suspendido de una horca, como ejemplar tremendo del poder y de la enerjía de

la revolucion. Pero sus deseos siempre se vieron contrastados. El magistral Cabrera no se apartó del cadáver en toda la noche. En toda la noche estuvo con su breviario rezándole el oficio de difuntos, acto de caridad solo interrumpido por los gritos de los asesinos y por las exhortaciones con que los hacia retirar aquel digno eclesiástico y constante amigo.

Media hora antes de rayar el dia 30, en el carro de los muertos fué llevado Solano al cementerio extramuros. Por disposicion de Cabrera, que asistió al acto, fué depositado en un nicho, pero no encerrado en caja porque no la hubo, la cabeza inclinada al lado izquierdo, abiertas las piernas á causa de la contraccion por la violencia de su muerte, y con gran cantidad de cal sobre su vientre para apresurar la descomposicion del cadáver.

Exigió Cabrera á los que le dieron sepultura el mas absoluto silencio para que en aquel dia y los siguientes no fuesen ultrajados los venerables restos de aquel varon ilustre. Solo en el Archivo del Ayuntamiento quedó inscrito el lugar donde fué guardado.[1]

El mismo dia con gran pompa se trasladó al cementerio el cadáver de Olaechea, y en el nicho que está á la mano izquierda del de Solano recibió sepultura. Los mismos compañeros de Olaechea, que asistieron á esta ceremonia y cuya rabia contra Solano no tenia límites, ignoraban que tan cerca tenian los codiciados restos de su víctima. Su creencia era que descansaban

1 En el nicho 43 fila quinta de la banda del Este en el patio hoy tercero, entonces único. Fila cuarta es hoy por estar cubierta con arena la primera.

Así consta del libro de ese año que existe en el Archivo del Ayuntamiento.

El magistral Cabrera hizo extender la partida de defuncion que se guarda en la iglesia parroquial Castrense. En ese documento no se dice que Solano pereciese en un tumulto; se habla de él como si hubiese fallecido de muerte natural. Dice que se le hicieron los funerales en aquella parroquia segun su clase, y que habia otorgado poder para testar á su esposa á quien nombró primer albacea: á don Francisco Huarte segundo, y á su hermano don Estanislao Solano tercero.

en la fosa comun, único consuelo que les cabia en su encono.

Una lápida en honor de Olaechea, si tal pudo dársele, indica cual es su sepulcro. „*Aquí yace don Pedro Pablo Olaechea, capitan que fué de las tropas voluntarias de esta plaza, natural de la villa de Guernica en el señorío de Vizcaya. Falleció el dia* 29 *de Mayo de* 1808, *de edad de* 38 *años.*„

¡Capitan de las tropas voluntarias de Cádiz, se llama en ese epitafio á Olaechea, acaudillador, no de tropas sino de gavillas de asesinos! El nicho de Solano no tiene inscripcion. En aquellos tiempos mal podia ponérsele. En posteriores su familia ignoraria donde estaban sus restos. La creencia seria que yacian en la fosa comun. El magistral Cabrera seguramente no renovaria el dolor de la desdichada viuda para referirle las particularidades de su entierro. Era muy terrible la herida para tocarla.

Al ver el silencioso nicho de Solano, contrastando con la arrogancia de la inscripcion del que encierra al mas audaz de los gefes de sus matadores, no pude menos de trazar con lápiz este epitafio, como pasajero aunque respetuoso homenaje, á aquel general tan preclaro.

29 *de Mayo de* 1808. *Aquí los restos del teniente general don Francisco Solano, marqués del Socorro, á quien sacrificó el engañado odio popular. De la epopeya de la guerra de la independencia debió ser el héroe y fué la mas ilustre víctima. ¡Triste y noble leccion á pueblos y autoridades!* La envidia sí y el engañado odio de una parte del pueblo sacrificaron esta víctima, vendida por todos: todos traidores para él, él traidor para ninguno. Se vió abandonado por la tropa, porque la tropa sabia que estaba abandonado por sus gefes: y sus gefes no lo hubieran abandonado, si algunos de los mismos generales que en las juntas con Solano opinaban de un modo, al salir de ellas no hubiesen hablado contra lo mismo en que habian convenido, no solo con aquellos,

sino con el conde de Teba y los emisarios sevillanos que ardian en impaciencia y que culpaban la tardanza en la resolucion y la resolucion misma, culpa que para apartarla de sí, atribuian otros á Solano.[1]

Solo así se comprende que la tropa viese impasible consumar de ese modo la sedicion contra la persona de su capitan general. No es posible, no, que sabiendo que todos los generales opinaban de la misma suerte, autorizase con la impunidad aquel delito. ¿Cómo la saña de las turbas solo se dirigió contra Solano, cuando los demás generales firmàron con él el bando, primer pretesto del tumulto? Si hubo traicion en uno, traicion debió existir en los otros. Aunque la lógica de un populacho, ensoberbecido por la pasion y por las instigaciones malévolas, se encona siempre contra el que ocupa el cargo mas preeminente, alguna muestra de su ira debió quedar para los demás consejeros que daban mas autoridad á las disposiciones de Solano: y por último, ¿cómo en medio del tumulto no hubo uno siquiera de los generales en el consejo los primeros, tardíos en la hora del peligro, que acudiese á la defensa de Solano ó á morir juntamente con él? ¿Así se entendia el honor en aquel tiempo?[2] Un general acudió sí, cerca de Solano: era don Tomás de Morla. No corrió riesgo alguno. Recibió no injurias sino vítores, y el baston de mando que se habia

1 Como una prueba de la deslealtad con que los mismos militares procedian contra Solano, basta consignar este hecho. En la mañana del dia 29 fueron á visitar á Solano los doctores en medicina Aréjula y Flores. El general convidó á ambos á comer. Aceptó el primero como primer invitado, y antes de responder el segundo, fué llamado aparte el general por un gefe á quien habia dado cierta comision. Otro gefe, amigo de Flores, se acercó en aquel instante y en voz baja le aconsejó que no asistiese á la comida, porque los asuntos iban tomando mal aspecto. Flores se escusó de asistir: pero no Aréjula que se halló dentro de la casa cuando la acometieron las turbas: hecho, cuya noticia he debido á mi querido amigo don Francisco Flores Arenas, que muchas veces lo oyó referir á su padre.

2 Esta inculpacion no se puede dirigir á los generales de Marina Moreno y Ruiz de Apodaca que por su obligacion habian vuelto al arsenal el uno y á la escuadra el otro.

arrebatado á la víctima: aclamólo el populacho sucesor en el cargo, pero recordándole el fin de su predecesor. Confianza tendria la multitud en Morla, á pesar de ser uno de los firmantes del bando: confianza tambien tendrian en él el conde de Teba y los emisarios de Sevilla, cuando abonaron su lealtad á la junta suprema de gobierno para que confirmase á Morla en el mando que habia debido á la voluntad del pueblo. Nada hay de estraño. Morla descubrió mas tarde sus sentimientos adversos á Solano. Diciendo á los comisarios de barrio que la gente mas abyecta en las conmociones populares cometia toda clase de insultos, esclamaba: „Sola la providencia que instantáneamente contiene el azote que nos castiga, *cuando ha ejercido su justicia*, pudo librar á los principales pueblos, asilos de estos mónstruos, de sus asechanzas. Cuando Cádiz, esta bella, culta, rica y noble ciudad, estuvo próxima á ser devorada, el desórden se contuvo, la tempestad cesó y se limpió la atmósfera; las tropas reconocieron sus gefes y se apartaron con desden de los malvados.„

¡La providencia, luego que ejerció en Cádiz su justicia, hizo que todo el poder de los soeces criminales quedase contenido! Morla, pues, creia el brazo de la justicia divina en la muerte de Solano: Solano castigado por el delito de no ejecutar cosa alguna sin acuerdo de Morla y los demás generales.[1] Morla tenia un superior concepto de sí: era dado á la envidia; en Solano veia un rival, no porque Solano lo fuese. Era su sucesor: en la segunda invasion de la fiebre, en la respuesta á Orde, en los dias antes y despues del desastre de Trafalgar, en la persecucion de malhechores, en el embellecimiento de la ciudad, en todo lo habia aventajado. Estaba bien quisto de las personas notables: su cortesanía contrastaba con la incivilidad de Morla. Morla que aspiraba á la primacía entre los generales españoles

1 Palabras de la circular de Morla á los comisarios de policía su fecha 18 de Setiembre de 1808. —Archivo del Ayuntamiento.

y Solano con crédito de ser el de mas talento, de mas ciencia y de mas valor! títulos bastantes á concitar la envidia, pretestos plausibles para que la envidia lo designase como traidor: pruebas suficientes para que los hombres mas ruines y abyectos de la sociedad lo creyesen culpable!

Enmudecieron sus amigos, dominados por el terror: su misma esposa no osó, sin que hubiesen transcurrido algunos meses, solicitar del tribunal de guerra la curaduría de sus hijos don José y don Francisco: hasta que terminó la guerra de la independencia y la pasion contra Solano pareció amortiguada, no se atrevieron á pedir la ilustre viuda y la no menos ilustre madre del marqués del Socorro que se abriese en Cádiz un juicio instructivo para calificar los antecedentes que motivaron su asesinato, las circunstancias que concurrieron en ese acontecimiento tumultuario y la opinion que mereció en todos sus actos la noble víctima. Por Real órden de 27 de Julio de 1816 se accedió á lo que pedian las dos marquesas viudas del Socorro; pero solo en cuanto á calificar la inocencia del general Solano, sin indagar de modo alguno los autores del suceso.

Oyéronse en este juicio á todas las personas que habiendo ejercido autoridad en aquella época, vivian aun, así como al Ayuntamiento y demás corporaciones.[1] To-

1 El Ayuntamiento en 12 de Diciembre de 1816 terminó así su informe: "La Diputacion y Síndicos creen con la opinion general de la gente sensata de este pueblo que el general Solano fué amante del Rey y de la nacion, y que no habia dado motivo para conceptuarlo traidor."

En el cuerpo del informe de la Diputacion y Síndicos, que hizo suyo el Ayuntamiento, se dice que la conducta observada en todas épocas por dicho general, lejos de hacerlo sospechoso de poco amante á su rey y á la nacion española, le hicieron siempre merecer el concepto de vasallo leal, militar valiente, magistrado íntegro, gefe ilustrado y hombre benéfico y generoso.

Habla luego del acta de la junta celebrada con el Ayuntamiento y Consulado en su propia casa el dia de su muerte, y dice que es un documento que no puede menos de hacer callar á cuantos por ignorancia ó falta de conocimientos lo creyesen poco adicto á los leales sentimientos que habia en la nacion para oponerse al usurpador en 1808.

dos declararon en diversos términos que nunca habia manifestado Solano *la menor adhesion á los franceses, sino solo la circunspeccion que exigia la comprometida situacion en que se hallaba el reino, ocupado en gran parte de las fuerzas enemigas.*

El capitan general Marqués de Casteldosrius en la sentencia definitiva que dió en 6 de Mayo de 1817, no solo declaró que la conducta de Solano habia sido propia de un buen español, fiel á su rey y amante de su patria, sino igualmente que en nada habia faltado á sus deberes de general y magistrado en los tristes dias que precedieron á la gloriosa insurreccion de España.

El mismo Marqués de Casteldosrius decia en ese documento que Solano habia sido "víctima de una conmocion popular, en la que si pudo obrar el celo exaltado de los unos, *tendrian tal vez parte otras pasiones viles, disfrazadas con el nombre de patriotismo, que indican algunos testigos*", sobre lo cual se abstuvo de inquirir cosa alguna el capitan general de Andalucía por la prohibicion que de Real órden tenia para ello.[1]

Así perdió España á Solano. Probablemente la guerra de la independencia hubiera sido de menos duracion bajo el mando de un general tan distinguido. La falta de esperiencia, por una parte, por otra la ignorancia mas completa en la táctica de los ejércitos franceses que habia en nuestros generales, fueron causa de repetidas derrotas que el valor solo y la energía de los españoles no podian evitar. A falta de tal condicion, muchos de los que lo asesinaron como traidor, se dieron la recompensa de su lealtad, invistiéndose desde luego en el tumulto con los grados de capitanes y aun de coroneles. La Junta suprema de Sevilla confirmó estos nom-

1 El juicio informatorio fué remitido á Madrid. En la escribanía de guerra de esta plaza solo existe un testimonio de él y de la sentencia. No ha muchos años, ha sido rehabilitada de Real órden la memoria de Solano, oido el dictámen del Tribunal Supremo de guerra y marina.

bramientos y tambien ornó con cruces sus uniformes. Hizo bien: necesitaban ellos, para llevar con algun honor las insignias de su grado, cubrir antes de algun modo las manchas de la sangre del marqués del Socorro que habian quedado en sus pechos.

Consternada permaneció toda la parte honrada y sensata de Cádiz en medio de aquel espantoso tumulto. Solano no habia proferido una queja durante su martirio, cual si hubiera juzgado indigno de él el dolor que pudieran ocasionarle tan miserables enemigos. Todas las personas que valian bajo cualquier concepto, así como no habian podido tener mas amor para mas querer á Solano, tampoco podian tener mas dolor para mas sentir la desdicha de aquel general, siempre de todo lo mas noble estimado, y entonces de todo lo mas vil escarnecido.

Cádiz no fué quien cometió aquel crímen: crímen, porque aunque se llamó con el nombre de hazaña patriótica, nunca pudo haber tal en los que dirijiendo el tumulto, tuvieron por primer mira adquirir secuaces para aparecer mas imponentes en sus designios, y los secuaces y las simpatías no se buscaron en las gentes de honor, sino en los presos de la cárcel y en mas de cuatrocientos presidiarios, cuyas cadenas fueron rotas.

Ningun gaditano, que tuviese aquí su familia, sus bienes y sus amigos, pudo disponer la realizacion de tan infernal proyecto. Tan solo advenedizos que no estaban ligados por afeccion alguna á Cádiz, fueron los que sin otra consideracion que conseguir sus fines, entregaron á Cádiz á merced de los delincuentes. El incendio y el pillaje allanaron muchas casas y tiendas, bajo el pretesto de ser sus dueños ó afrancesados ó parciales de Godoy.

Morla nada hizo para sosegar al populacho y ya no solo al populacho, sino á los asesinos y ladrones, compañeros todos en la maldad, todos solemnizando la muerte de un general, modelo de heroismo, y solemni-

zándola del modo que únicamente sabian solemnizarla.

Los frailes del convento de Capuchinos salieron con el Santísimo Sacramento por las calles, para contener por medio de la devocion el estrago, pensamiento del guardian Fr. Mariano de Sevilla, hombre de gran astucia y de resoluciones enérgicas. Muchos de los revoltosos, los que mas habian acudido al tumulto por curiosidad ó por persuasiones de los enemigos de Solano, depusieron las armas: bastantes fueron entregadas en él parque de Artillería.

Victorioso, pues, lo que se llamaba pueblo, y habiendo conseguido dar muerte al general traidor porque se oponia á sus intentos, ¿se ejecutó inmediatamente todo lo que el clamor de los tumultuarios demandaba, cuya dilacion no podian esperar las turbas, y en la que veian todos la prueba de la culpabilidad de Solano?

Nada se hizo sino lo que el marqués del Socorro habia previsto: lo que el marqués del Socorro habia dispuesto.

Morla en la misma noche publicó el bando que Solano habia mandado imprimir, bando que encerraba todas las primeras disposiciones de la Junta de Sevilla. Morla hizo quitar el nombre de Solano y sustituirlo por el suyo.

La escuadra francesa fué atacada sí; pero diez dias despues de la muerte de Solano. Solano pidió tiempo y el populacho no lo quiso conceder. Despues de muerto Solano, se convenció de que habia pedido un imposible.

Solano opinaba que los gaditanos se alistasen, pero para la defensa de su ciudad: el populacho se opuso á ello. Se alistaron los gaditanos al fin; pero la conveniencia vino á demostrar que Solano tenia razon: y á los pocos dias de su sacrificio, nadie queria salir de los muros de Cádiz, y para atender á la conservacion de Cádiz se quedaron aquí con las armas en la mano sus naturales y vecinos.

Solano decia que era necesario regimentarse antes de combatir, para no ser vencidos, como lo fueron los mejicanos y tlascaltecas por Hernan Cortés. La primera accion en que las turbas indisciplinadas combatieron con los franceses, demostró la exactitud de las observaciones de Solano. Las que poseidas del mayor fuego patrio, acudieron á defender del ejército de Dupont el puente de Alcolea, huyeron desbandadas cuando se creian invencibles, viendo vadear el rio á pesar de sus fuegos á las tropas del aquel general, terror del norte.

Así queda demostrada la lealtad de Solano, reo de dos crímenes que jamás perdona el populacho: el de decir la verdad y el de indicar lo que conviene. Desgracia es que los pueblos deseen que los engañen y que muchas veces el talento, la sabiduría y el heroismo tengan que sucumbir por no prestarse á lisongear indignamente y en deshonor de la patria, las pasiones engañosas de una multitud ignorante que busca á los malvados para que le espliquen lo que ella no comprende. De este modo los malvados y los imbéciles creen siempre en la traicion: de este modo murió Solano.

Y á ser posible á sus asesinos cubrir de oprobio su memoria, su memoria hubiera quedado tambien en la infamia. Mas ya falta el poder que entonces sobró á la maldad: ni hay consideracion que medie entre el horror del crímen y la verdad de la historia.

Muchos al dia siguiente contemplaban por las gotas de sangre en el suelo, el camino que llevó la turba que conducia á Solano. Sobre muchas cayeron algunas lágrimas de los que no podian menos de compadecer á aquel héroe, lágrimas antes enjugadas que vertidas por los que con secreto terror esperaban ver cerca de sus pechos el puñal asesino.

La casa de Solano casi toda ahumada por el incendio ya sofocado: los ricos muebles convertidos en astillas ó en cenizas delante del edificio, testimonios todos

de la saña feroz de la desmandada turba.[1]

¿Ganó algo la gloriosa revolucion española contra el yugo francés por medio de la muerte de Solano? Otros darán la respuesta.

Hay hazañas crueles que engrandecen las revoluciones: hay muchas y son las mas, que las infaman. Del número de estas fué la muerte del general Solano.

Morla escribió á la Junta de Sevilla manifestándole que cuando tres dias antes habia venido á Cádiz de órden del marqués del Socorro, ya el pueblo estaba conmovido contra él y la tropa, y muchos oficiales unidos á los paisanos, sin subordinacion á los gefes, y hablando contra el capitan general. No parece sino que Morla queria demostrar que ninguna parte habia tenido en el hecho, que toca con rapidez tal en su escrito, cual si quisiera apartar de sí el recuerdo de la muerte de Solano, en los instantes en que precisamente tenia que hablar de ella. "El pueblo empezó á insistir en pretensiones disparatadas á que de pronto no se quiso asentir, lo que junto á la desconfianza con que miraba al marqués, es causa de que lo asesinase y me aclamase á mí. A pesar de mis achaques, admití el nombramiento."

1 Era propietaria de la casa donde vivia Solano y estaban las oficinas de la capitanía general, la Sra. doña Aurora Perez de Guzman el Bueno, marquesa del Castillo de San Felipe. La casa fué quemada en gran parte, como se dice en el texto, porque incendiaron las turbas y aun destruyeron de otro modo, el delicado y costoso adorno de la finca, los espejos, las colgaduras, las sillerías, burocs, mesas y estantes de preciosa caoba. Todo habia servido para adornar el alojamiento de los reyes Cárlos IV y María Luisa, cuando estuvieron en Cádiz. Graduaba la marquesa en treinta mil pesos la pérdida. Reclamó de la Junta Suprema en Setiembre de 1808 indemnizacion. Morla informó de este modo su súplica: "La marquesa que en el ministerio pasado obtuvo mucho favor, está acostumbrada á pedir y conseguir, ¿cuántos mas acreedores son las pérdidas de armas y otras de la Real Hacienda? ¿Cuánto mas las de pobres tenderos? ¿Cuánto mas las vidas de muchos sacrificadas? Además la marquesa pinta magníficos muebles y todos eran de Solano, fuera de algunos espejos. Los suyos por viejos y malos no tenian uso ni aun cinco años ha. Ni contestacion merece tal solicitud."

Podria haber exajeracion en la pérdida de los muebles; pero y ¿el incendio de la casa?

¡Por no accederse por Morla y los demás generales y por la desconfianza que tenia el pueblo contra Solano, Solano fué muerto y Morla llevado en triunfo! ¿Y por qué tal confianza en este? Morla no la esplica: Morla no la estraña.

La junta suprema respondió en 31 de Mayo que *habia visto con mucho dolor el fracaso acaecido en Cádiz y no menos con singular gusto el que por aclamacion del pueblo*, sucediera Morla en el mando, eleccion que *con notable complacencia* confirmaba la junta; pero al propio tiempo ponia cerca de su persona, para que con él procediese de acuerdo en todo, al mariscal de campo don Eusebio de Herrera, individuo de la Junta, que *ya habia venido* con todos los poderes de ella y con las instrucciones necesarias.

La Junta de Sevilla habia sido muy previsora: antes que Solano pereciera ya habia enviado un general de su confianza para tomar el mando, si las circunstancias lo exijian. Don Eusebio de Herrera estaba, pues, llamado á sustituir á Solano, cuando anticipándose el pueblo á la prevision de la Junta Suprema, aclamó por las sugestiones de algunos amigos de Morla, al mismo Morla.

De igual manera aclamaron tambien á sus gefes y á algunas personas principales de la poblacion como á sus diputados por cada clase de la sociedad. El dia 30 se constituyó la Junta de los diputados del pueblo y confirmó el nombramiento de Morla, y á propuesta de este elijió una semejante á la de Sevilla con el nombre de Junta de observacion y defensa. Componíase de estas personas: Morla, presidente; el obispo, el dean don Francisco Carasa y el magistral don Antonio Cabrera por el cabildo eclesiástico: el juez de lo civil don José Montemayor, y el de lo criminal don José Cubillas, don Joaquin Gutierrez de la Huerta, síndico procurador mayor, el síndico personero don Manuel de Micheo, y los regidores perpétuos y electivos don Pedro José de Sistos, don Lúcas Ignacio Fernandez y don

Angel Martin de Iribarren por la ciudad: los mariscales de campo don Juan de Ugalde y don José del Pozo, el brigadier don José Ignacio Alvarez Campana, teniente rey de esta plaza, el marqués de Villavicencio coronel del provincial de Jerez ú otro de los coroneles de los cuerpos alternando, por la milicia: el intendente de ejército don Pedro Simon de Mendinueta, administrador de la aduana, por lo respectivo á Hacienda: el prior de Santo Domingo y el guardian de Capuchinos por las comunidades religiosas: y el cónsul don Juan Miguel de Cárlos y don Dámaso Joaquin de Sampelayo, diputado del comercio, uno y otro en representacion del de Cádiz: y secretarios un capitan del regimiento de Irlanda y un teniente del de Burgos.

Su primer acuerdo fué reconocer la supremacía de la junta de Sevilla, Sevilla rival antigua de Cádiz y Cádiz superior á esta no solo por sus fortificaciones, sino igualmente por su mayor poblacion y por sus grandes riquezas en aquel tiempo. Juzgan algunos apologistas acto de abnegacion de Cádiz este acuerdo: Cádiz sacrificando sus tradiciones y su conveniencia ante el peligro comun, no desdeñando acatar las órdenes de Sevilla, como hizo Granada, como hizo Valencia, como hicieron otras juntas. Cádiz, residencia del capitan general, debió ser, como tuvo que ser al fin, cabeza del movimiento revolucionario contra los franceses. Pero Cádiz en aquellas circunstancias gemia bajo el peso de la coaccion de los emisarios de Sevilla, dueños absolutos de la voluntad de la plebe y de los criminales.

Acordó la Junta tambien que todos sus miembros usasen, para ser respetados y obedecidos, una faja encarnada de tafetan ó sarga en la parte superior del brazo izquierdo, y mandó que se cerrase el teatro y se hiciesen públicas rogativas.

En tanto el general Castaños, no bien recibió al emisario de la Junta de Sevilla, reconoció la autoridad de esta, poniendo á sus órdenes el ejército de nueve mil

hombres que mandaba en el campo de Gibraltar.

El dia 31 se juró solemnemente por rey de España é Indias á Fernando VII, asistiendo á la ceremonia el conde de Teba y don Eusebio de Herrera.

Mas el pueblo no se apartaba de pedir por medio de sus diputados, en representaciones y aun en grupos amenazadores, que se acometiese la escuadra. A tal punto llegaba la ira que él mismo queria hacer fuego sobre ella desde el castillo de Puntales. Morla y algunos de sus amigos mas amigos, procuraban serenar la impaciencia del vulgo con la sincera manifestacion de los peligros y estragos que iban á sobrevenir: la escuadra española incendiada por las balas rojas á par de la de los enemigos: la esplosion de todos los buques tan funesta á Cádiz, á los almacenes del Trocadero, al Arsenal y á la isla de Leon.

Una junta de generales se celebró el dia 30, á la que asistieron tres de marina. En ella se acordó, vista la imposibilidad de ceder instantáneamente á las exigencias populares, enviar un mensage á Rosilly para que rindiese su pabellon, ó para que en caso contrario separase de la escuadra española sus navíos. Procediendo con la cautela que el desdichado fin de Solano les indicaba, enviaron con el oficial de marina, portador del mensage, á uno de los enérjicos caudillos del tumulto, y como tal, el de mas confianza para las turbas.

Rosilly tenia el mando supremo de las dos escuadras. Cojidos entre dos fuegos los navíos españoles, nada podian operar que ventajoso fuese para la rendicion de los enemigos.

Oyó Rosilly el mensage: estrañó que la ciudad hiciese causa comun con la de Sevilla; declaró no haber motivos de hostilidad alguna contra el emperador; pero vencido de las instancias de los comisionados, y de la representacion de la cólera del pueblo, y aparentando ceder solo para evitar otros desastres como el de Solano, convino en que las dos escuadras se separasen. La

española no tardó mucho tiempo en moverse para fondear á la boca del canal, ni el pueblo en sosegarse, si bien momentáneamente.

Morla, el aclamado por las turbas, el general de su confianza, el elejido para rendir al punto la escuadra francesa, no se creyó suficientemente autorizado para echar sobre sí la responsabilidad de ser el que disparase el primer cañonaso, declarando por sí la guerra. Todavía sospechaba que este no era un alzamiento nacional, sino solo de pueblos que sacudian rebeldemente el yugo, y rompian en la desobediencia el freno. No habia llegado á comprender que España, á similitud de una matrona ilustre, comenzaba á levantar aquella cabeza que tristemente estaba reclinada hasta entonces sobre su desesperacion misma: que su espíritu se habia agitado furiosamente al escuchar el estampido del cañon del 2 de Mayo, y que su diestra empuñaba ya el fulminante acero, el primer acero que encontrara oculto en el olvido. ¡Espectáculo singular! el elegido para hacer lo que Solano no osara, no osaba tampoco determinar por sí lo que el pueblo le exijía! Así entreteniendo ó engañando sus deseos, tan ferozmente manifestados, solicitó el consentimiento de la Junta Suprema para acometer la escuadra: operacion de que se habia encargado el general don Juan Joaquin Moreno.

Mas las dificultades eran muchas. Solo habia tres cañones en el ángulo saliente de Fort Luis, colocados á tiro de fusil de los cinco navíos franceses, el *Héroe*, el *Pluton*, el *Algeciras*, el *Argonauta* y el *Neptuno*. El *Atlas* de esta division estaba en Vigo, donde fué luego apresado por nuestras fuerzas sutiles. La fragata *Cornelia*, acompañaba á aquellos. Tres cañones á tiro largo de fusil estaban en Matagorda convenientemente dispuestos para ofender la escuadra; los demás eran inútiles. Los cañones y morteros de Fort Luis, en el fácil caso de que los franceses se apoderasen del fuerte, servirian de gran daño á nuestra escuadra.

Moreno apenas tenia medios para atacar á los enemigos. En 4 de Junio se vió obligado á pedir á Morla cuatro mil varas de lienzo para cartuchos de cañon. Careciendo de fondos para su pago, y juzgando que los vendedores opondrian dificultades á su entrega, si al punto no recibian el importe, rogó al capitan general que interpusiese su respeto y el de la Junta de gobierno á fin de que se le facilitasen.

Trazó Moreno el plan del ataque de la escuadra, enmedio de estos y otros inconvenientes que habia que ir venciendo con una lentitud mal sufrida por el pueblo. Aumentó las dificultades la misma cólera del vulgo. En la villa de la isla de Leon rompió en tumulto y con voces amenazadoras, proferidas por algunos, se empezó á acriminar la tardanza: primero con apariencias de peticion y mas tarde con la desvergüenza del atrevimiento. Ocultóse Moreno; pero prefiriendo huir para justificarse á esconderse mientras la calumnia andaba libre é insolente contra su persona, pasó á Cádiz. Morla que necesitaba de toda la práctica de Moreno para la reduccion de la escuadra, no pudo menos de indignarse con las exigencias de los malévolos: pues con sus desacordadas iras levantaban el mayor de los obstáculos contra sus mismos deseos. Tres de los que se llamaban diputados del pueblo de Cádiz, fueron á la isla de Leon á convencer con la autoridad de sus tumultuarias personas á los mas impacientes, y para abonar la lealtad del anciano general Moreno. Con el testimonio de intercesores tales, la Junta de la isla suplicó á este que regresase. Moreno, asistido de aquellos agentes, entró en la isla de Leon, siendo recibido por la muchedumbre con músicas, vítores y repiques de campanas, y llevado en triunfo á las casas capitulares, desde donde se trasladó á la suya con las mismas ó mayores aclamaciones y acompañado de la Junta toda de gobierno de aquella villa. Tres dias antes, si no hubiera huido Moreno, el populacho entusiasta lo hubiera arrastrado por las calles.

Preparó Moreno dos navios que se hallaban desarmados en el Arsenal para colocarlos convenientemente, á fin de que pudieran batir á los enemigos: hizo restablecer la batería que llaman de la cantera: aconsejó la construccion de otra en la parte del Este del caño del Trocadero, así como restaurar otra que habia en la del Oeste.

Antes de desamparar á Fort Luis, que iba á ser desmantelado, con la artillería de este se levantó una batería en el Trocadero: otra se formó con la de la plaza en una aleta del castillo de Puntales: y en la punta de las canteras quedó bien pronto terminada una de morteros cónicos.

La idea de Morla consta de todos los documentos de aquella época que he examinado: aumentar de tal modo las fuerzas del ataque que las de la resistencia quedasen nulas ante ellas, á fin de que en lo posible se evitase la efusion de sangre.

Bien pronto Rosilly comprendió con aquel talento infinitamente sabio que admiraban aun sus mismos enemigos, que mal podia contrastar aquellas fuerzas, si desde luego empezaban á asediar sus buques. Deseoso de ganar tiempo en espera del descenso del ejército de Dupont á Andalucía y dispuesto á evitar lo mismo la rendicion que el combate, para mantener ilesa aquella pequeña escuadra al Emperador, determinó apartarse de las nuevas fortificaciones que coronaban de seguridad á Cádiz y que oponian en cada batería un imposible al pié enemigo.

Sopló el Poniente y tal como lo deseaba Rosilly para sus fines. Dió al viento todas las velas y la esperanza alas á su osadía. Entró en el canal y fondeó sus navíos todo lo mas cerca que pudo de la Carraca. Burlados en parte así los designios de Morla con estar ya los buques fuera del alcance de algunos de los tiros de las baterías, Rosilly aparentó con este movimiento amenazar el arsenal. Su valor tal vez creia hacer inaccesibles los

navíos á la temeridad de algun ataque osado. Ansiaba Rosilly que un fuerte viento del Este ayudase á sus deseos, para atravesar la bahía y aventurarse á combatir ó á perecer lidiando con las dos escuadras enemigas en medio ya del mar; pues no siempre se halla el valor en la resistencia, que alguna vez mas osado aparece en la huida.

El dia despues de la muerte de Solano, Morla habia enviado dos mensajeros á Collingwood que bloqueaba á Cádiz, á fin de cesar toda hostilidad y convenir en los medios de una alianza con Inglaterra. Desde luego Collingwood artero é irresoluto en asuntos diplomáticos, mas por arte que por temor, ni levantó el bloqueo, ni absolutamente se negó á levantarlo. Cualquier buque que hubiese de salir de nuestra bahía tendria necesidad de llevar un pase del almirante inglés, en tanto que el gobierno no establecia la paz con España. Mas sabiendo que habia inconvenientes para la rendicion inmediata de la escuadra francesa, ofreció entrar en nuestro puerto para en él batirla.

Cauto era Collingwood; pero cauto era Morla tambien. Por eso Morla desechó amistosamente la oferta. Temia á los ingleses despues de la victoria, y con razon: la paz con Inglaterra no estaba hecha. Obrando su almirante contra el enemigo podria dirijir sus armas contra la ciudad: las órdenes de su gobierno aun le prescribian hostilizar á Cádiz.

Solo aceptó el ofrecimiento del almirante inglés en cuanto á que se encargase de impedir la huida de los franceses. Para ello, suplicó á Collingwood que se aproximase una de las divisiones á Cádiz y que estuviese pronta á fondear á la boca del puerto, no bien en la torre de Vigía se tremolase una bandera roja, señal de que ya habia recibido la autorizacion de la Junta Suprema para combatir la escuadra.

Don Eusebio de Herrera fué facultado por la misma Junta para cerrar un tratado de paz interino con

los ingleses bajo las bases del de 1783. Al propio tiempo recibió Morla órdenes terminantes para que varios regimientos, que estaban en Cádiz y sus inmediaciones, se dirijiesen á marchas forzadas hácia Carmona para reforzar el ejército. Morla, sin embargo, no quiso disminuir sus fuerzas; antes bien, receloso de que los franceses pudieran con sus chalupas hacer un desembarco en el Trocadero, ó en Puerto Real, junto á los almacenes de pólvora, cerca de la Carraca, habia guarnecido con varios regimientos los lugares mas oportunos. Con el general don Gerónimo Peynado, á quien encomendó el gobierno de la isla de Leon y de Puerto Real, salieron algunos escuadrones, que parecian movidos al compás de la obediencia. Hasta el confuso tropel de los caballos era armonía. Un mismo espíritu animaba á los soldados: con tal precision obedecian los caballos, cual si una misma rienda los uniera y todos formaran un solo cuerpo, de tantos cuerpos inmensamente organizado.

Aumentó las dificultades una noticia inesperada. Los franceses que estaban en los Algarbes habian recibido un aviso del almirante Rosilly participándoles el peligro de la escuadra é indicándoles los medios de acudir á favorecerla. Al punto recogieron las mas de las lanchas pescadoras que frecuentaban aquellos mares y en ellas, armadas lo mejor que se pudo, se dirijió una parte del ejército hácia Cádiz con el favor de un poniente fresco: su propósito era penetrar en la bahía: en caso adverso desembarcar en las playas de Sanlúcar y apoderarse del Trocadero ó de Puerto Real.

El almirante inglés envió á su encuentro un navío y una fragata para prevenir sus intentos; y del Apostadero de Algeciras tambien se encaminaron con el mismo fin hácia la costa de poniente nueve cañoneras y una bombardera.

Rosilly era un general que nunca habia aprendido en los sucesos, ni se tenia por discípulo de los acasos:

ni reservaba sus aciertos para despues de ser vencido, como hacen tantos que adquieren así con un perezoso estudio la mas tardía y desengañadora enseñanza. Siempre habian florecido en él los pensamientos al pié de los peligros; pero ahora se hallaba en tal que eran agostados no bien eran nacidos. Llegó en su resistencia, sin embargo, hasta todo lo que pudiera desear el mas parcial de sus historiadores.

Morla peleaba á un tiempo con las desconfianzas suyas y con las que el pueblo comenzaba á abrigar contra él. Miraba el socorro de los ingleses con todo el ceño de la sospecha y de una medrosa fantasía. Recelaba que podia ser dominado de la defensa misma de los ingleses y que se trocase en riesgo invencible lo que venia disfrazado con el aparato de auxilio. Creia que sus tropas de desembarco, si nuestras armas en el ataque de la escuadra francesa esperimentaban algun adverso resultado, podrian quemar la Carraca y el Trocadero. Permitir la entrada en la bahía para tener á los ingleses por compañeros en la lucha, tambien juzgaba Morla arriesgado desdoro de nuestras armas; dejarse imponer indignamente del susto, entrar voluntario el pié en el grillo y con la cadena al pié defender la libertad, pues esclavo era tambien el que entre dos elegia dueño. Nada habia de estraño en la precaucion de Morla. Enemigos antiguos los ingleses, su nueva amistad aun no habia sido probada. Ignorábase hasta donde podia llegar su lealtad; y en tan agitados dias por virtud grande debe tenerse la conducta de Morla, procurando antes acallar las sospechas que tenia contra los nuevos amigos, que rebatir las armas de los nuevos contrarios. El mismo Collingwood las daba contra sí, anticipándose á ofrecer los servicios de su escuadra; y harto se sabe que en tiempos de sospechas persuade menos el que insiste con mas enerjía.

Solano habia muerto; pero sus pensamientos volaban en torno de los gobernantes de Cádiz.

Morla, de acuerdo con don Eusebio de Herrera y don Juan Joaquin Moreno, determinó que la escuadra española se pusiese fuera del tiro de cañon de la francesa. Opúsose con las mas vivas instancias el ilustre gaditano don Juan Ruiz de Apodaca, varon sobre cuyo mérito derramaba la fortuna á manos llenas felicidades. Su deseo era que á la escuadra española únicamente se encargase combatir á los enemigos. Hasta calificó de agravio la resolucion; pero la queja murió ante el interés de conservar ilesos nuestros navíos.

Coronóse de baterías toda la costa de la Carraca é isla de Leon: un mortero en el arsenal: cuatro en la batería del parque: igual número entre el Lazareto y la casería de Ocio y cuatro morteros y dos cañones en Fadricas. Con la mayor celeridad é inteligencia hizo armar don Juan Ruiz de Apodaca doce bombarderas, valiéndose de otros tantos barcos del Puerto de Santa María, y veinte y cinco cañoneras. Para impedir que la escuadra enemiga huyese por la parte de la bahía, se cerró esta con una fuerte cadena: y para que no intentase guarecerse en el arsenal, fueron echados á pique en el caño el navío *Miño* y la urca *Librada*. El general de ingenieros don José del Pozo no juzgaba aun bien cerrado el caño y queria que se pusiese en su abra la fragata *Atocha*.

Las instrucciones para el ataque por las fuerzas sutiles fueron dictadas por el general Moreno. Las bombarderas deberian colocarse fuera del tiro de cañon de los enemigos, y las cañoneras avanzadas á ellas, pero á tiro de cañon y dispuestas á sostenerlas en caso de que con sus cañoneros ó botes intentasen combatirlas los franceses. Los botes de auxilio con la tropa conveniente se pondrian inmediatos á las bombarderas: é inmediatas á las bombarderas igualmente las embarcaciones menores que hubiesen de conducir pertrechos, arpeos para sacar los buques incendiados y bombas para apagar incendios.

A la señal de romper el fuego, todas deberian dirijirlo segun el objeto, y cuidando de que constantemente algunos lo alternasen, á fin de que nunca hubiese en el fuego suspension total en beneficio del enemigo. En cada buque habria uno encargado de observar las señales que Morla dispusiese en la Torre de Vigía, y que serian repetidas en la Torre alta. La bandera azul serviria para advertir que se intimaba la rendicion á los enemigos, la blanca con aspa azul, que se rompiese el fuego, y la cuarteada blanca y roja que cesase.[1]

En la falúa de Moreno y en las inmediatas estarian el mayor general, su segundo y otros ayudantes para

1 Véase la significacion de las señales y el valor de las banderas, segun las instrucciones del general don Juan Joaquin Moreno.

1.—Prepararse á batir.—Listada blanca y azul con ribete rojo.
2.—Se advierte que se intima la rendicion al enemigo.—Azul.
3.—Se advierte que asiente á rendirse el enemigo.—Blanca y azul por mitad.
4.—No quiere rendirse el enemigo.—Centro rojo con ribete blanco y azul.
5.—Romper el fuego al enemigo.—Blanca con aspa azul.
6.—Cese el fuego contra el navío rendido.—Azul con aspa blanca.
7.—Acudan las embarcaciones con arpeos al buque ó buques incendiados para dirijirlos á donde convenga.—Blanca y roja por mitad.
8.—Acudan las embarcaciones que tienen bombas de apagar incendios al paraje que se perciba.—Ajedrezada, blanca y roja.
9.—Acudan embarcaciones menores á salvar los náufragos.—Blanca con ribete azul.
10.—Las embarcaciones bombarderas hagan fuego á los enemigos, cuidando no perjudicar los nuestros.—Cuarteadas á cuatro colores.
11.—Las embarcaciones cañoneras busquen los flancos de popa y proa de los enemigos, situándose de modo que no embaracen nuestros fuegos terrestres.—Diagonal blanca y roja.
12.—Acudan las embarcaciones menores que no tienen fuego, á sacar á remolque los necesitados de él.—Blanca con ribete rojo.
13.—Señal de inteligencia á la division ó buques á quien se dirija la señal.—Amarilla.
14.—Indicar el que la hace que necesita pólvora.—Amarilla y azul por mitad.
15.—Se necesitan bombas cargadas.—Triangular roja y blanca.
16.—Idem balas.—Yak inglés.
17.—Indica se vá á pique y necesita socorro.—Centro azul con ribete blanco y rojo.
18.—Cese el fuego.—Blanca con cruz roja.
19.—Hay navíos que se han rendido.—Holandesa.
20.—No se distingue ó entiende la señal.—Roja con cruz blanca.

comunicar las órdenes de aquel anciano marino.

Nada omitió Moreno: capellanes, cirujanos y utensilios para la mejor asistencia de los heridos estarian en botes separados de los fuegos.

El ataque por las fuerzas sutiles deberia ser simultáneo: por la parte del arsenal saldrian unas cañoneras y bombarderas, en tanto que por la de la bahía el general don Juan Ruiz de Apodaca dirijiria con su valor y acierto el de las otras puestas á sus órdenes.

En la mañana del dia 9 de Junio Morla intimó á Rosilly la rendicion, el cual respondió con dos oficios, uno en pos de otro: en el primero manifestaba enérgicamente su resolucion de perecer juntamente con la escuadra: en el otro decia que siempre que se alcanzase del almirante inglés la seguridad de que no acometería ni perseguiria á la escuadra francesa en el espacio de cuatro dias desde el de su salida, al punto se alejaria de las aguas de Cádiz.

La respuesta de Morla fué mandar que tremolase en la Torre de Vigía la bandera blanca con aspa azul: tremolóse otra en la Torre alta: se vió arder la llama en nuestras cañoneras y bombarderas; y el estrépito y el humo anunciaron que el combate habia empezado. Las torres, azoteas y murallas de Cádiz, las azoteas y torres de los pueblos inmediatos, la costa en fin se miraban pobladas de un inmenso y anhelante gentío. De las poblaciones del campo de Gibraltar venian ansiosos los hombres á presenciar la lucha. Por el camino de Jerez al Puerto, el del Puerto de Santa María á Puerto Real acudian bandadas de gentes de todas clases con las armas que podian haber á las manos. La curiosidad de aquel no visto espectáculo, y el deseo de contribuir á exterminar los franceses, si vencedores osaban confiadamente emprender un desembarco, guiaban á aquellos hombres.

La escuadra española, colocada entre la enemiga y la de los ingleses con apariencias de observar única-

mente á la de Francia, y observando mas que á esta á la de los nuevos aliados: los ingleses oyendo con pena el estruendo de los cañones y morteros, que combatian la escuadra de sus rivales antiguos, y mirando con envidia aquella lucha que hubieran deseado emprender por sí.

Los mas ardientes fautores del tumulto contra Solano y que tanto desconfiaban ya de Morla, habian corrido á ver el combate, y aun en sitios de gran peligro para sus personas, y Morla desde la Vigía mirando con inquietud los movimientos de los combatientes y la tranquilidad con que la escuadra inglesa en la boca del puerto permanecia fondeada, sin que se descubriese en los marinos británicos otro intento que la curiosidad por el término de la lucha: unos asomados en las bordas: muchedumbre en los palos.

Rosilly se habia preparado para la defensa. Las cubiertas de los navíos estaban revestidas con cables, calabrotes y otras jarcias, con objeto de impedir la accion destructora de las bombas.

Vivo es el fuego por ambas partes: la bala que dirijen manos seguras camina con igual velocidad que fuerza. Peligran intrépidamente acreditados marinos en cada nave, y en su misma osadía. Algunos cadáveres caen mal sepultados sobre el mar en el estrago mismo, sin hallar el triste descanso del sepulcro. Las baterías de tierra tambien lanzaban sus fuegos contra la escuadra, que aparecia contínuamente rodeada de las bombas que descendian sobre el mar. Diez de nuestras bombarderas y cuatro de las cañoneras, quedaron inutilizadas por el terrible fuego enemigo,[1] las esplanadas de

1 Una batería puesta en el caño del Trocadero, fué la primera en asediar con muchos y muy repetidos tiros á las naves enemigas. Las lanchas cañoneras del Arsenal, sustentaban el fuego surtas frente de Fort Luis. Molestado el navío francés *Algeciras* por la batería de morteros de la Cantera, le desencabalgó á fuerza de balazos las piezas que lo componian. Una de las cañoneras, que estaba á las órdenes del alferez Valdés y el místico quc

los morteros casi destruidas. Los franceses habian peleado con igual valor que acierto; solo cuatro españoles perecieron en las fuerzas sutiles: solo cinco quedaron heridos. Una bala perdida mató á un confinado en las Cuatro Torres de la Carraca.

Grandes fueron las averías en los buques enemigos: los cascos maltratados: destrozadas las arboladuras. Algunas bombas estallaron en sus navíos: un oficial y doce hombres murieron y cincuenta y uno esperimentaron graves heridas. La terminacion del dia fué la del combate.

Al siguiente continuó el fuego, pero con lentitud. La ira del pueblo se habia acrecentado: ya no era posible contener la impaciencia porque ante nuestras armas cayese sepultada la osadía francesa. Querian demostrarle que el árbol, en cuyo estremo se tremolaba la bandera de nuestra nacion, guarecia leones á su sombra.

A las diez de la mañana una nueva intimacion amonestó á Rosilly que era llegado el instante de que se rindiese. Ya para cubrir su honra habia peleado lo bastante y mostrado que no cedia al temor sino á las circunstancias. Respondió tambien en dos consecutivos oficios: en el uno insistia en que se le concediese salir de nuestro puerto: en el otro ofrecia arriar su bandera siempre que quedasen aseguradas las vidas y haciendas de todos los franceses que residian en la provincia, y que él mantendria por sí la escuadra como hasta entonces habia hecho, contando con que no se le negase en las poblaciones inmediatas mas fecundamente abastecidas. Esto hasta tanto que los españoles se convenciesen de la sinceridad de Napoleon.

Al recibir este último oficio una sonrisa apareció en

estaba á las de Escalera, maltratados por las balas enemigas, comenzaron á zozobrar y á poco se fueron á pique. Los que las tripulaban escaparon con vida, tomando abrigo en las vecinas lanchas.

la sañuda faz de Morla, aquella faz irascible por los padecimientos de la vista y de la gota que atormentaban al anciano general, y en la que por espacio de tantos dias se miraban las imágenes del susto, de la sospecha, de la duda, de la desconfianza y de la impaciencia.

Ya la rendicion era segura. Morla habia visto flaquear aquel dia la resistencia, y en aquel pliego de Rosilly veia flaquear la esperanza, cual si la contemplase mustia en los semblantes de cada uno de los marinos franceses.

No tenia Morla poder bastante en las baterías para decisivamente obrar desde luego: la esperiencia lo habia demostrado. Rosilly queria ganar tiempo, siempre la esperanza en Dupont aunque ya muy lejana: Morla queria ganarlo tambien, pero con esperanza cierta. Respondió, pues, á Rosilly que sin dejar de proseguir en las obras comenzadas para el nuevo ataque, aplazaria este hasta saber si la Junta Suprema aprobaba la rendicion en los términos que se ofrecia, puesto que sus facultades solo llegaban hasta obligarlo á rendirse sin mas condiciones que la generosidad de la nacion vencedora.

En dos dias solamente fué construida una batería real cerca de la casería de Ocio, y armada con treinta cañones de á veinte y cuatro: el navío *Argonauta* fué puesto á flote en la Carraca y colocado en disposicion de ofender terriblemente á los enemigos: las esplanadas de morteros, que tantas averías les causaron, tambien quedaron restablecidas y mas fortificadas: se habilitaron mas bombarderas y cañoneras: otras vinieron de Ceuta y Málaga. Las demás baterías se recompusieron igualmente. A las seis de la mañana del dia 14, cuando ya constaba la negativa de la Junta Suprema á las proposiciones de Rosilly, se intimó á este la rendicion por vez postrera, ofreciendo tan solo á los franceses vidas y equipajes.

Rosilly nada podia hacer para salvar la escuadra.

Habia esperado en vano el ejército de Dupont. Convencido de que los navíos iban á ser incendiados si la defensa se prolongaba mas, pues los hornillos de balas rojas construidos para amenazar, se descubrian desde la escuadra, resolvió con acuerdo de todos los gefes someterse á la desdicha y arriar bandera. Albergaban en sus pechos la seguridad de que bien pronto serian libertados por el ejército.

La gloria que cerca el nombre de Rosilly no perdió seguramente parte alguna de fama por su proceder en las aguas de Cádiz: los navíos aquellos, á haber sido recuperados por los franceses, bien merecian tener en cada una de sus troneras para admiracion de la posteridad, una inscripcion de oro, que recordase la constancia de aquellos marinos que se defendieron encerrados contra tal multiplicidad de fuegos por espacio de cinco horas.

El ilustre general don Juan Ruiz de Apodaca pasó al navío almirante rendido, y se hizo cargo de la persona del no menos ilustre é intrépido Rosilly. Así terminó el primer hecho de armas de la guerra de la independencia: 3676 prisioneros, 442 cañones de á 36 y 24, 1651 quintales de pólvora, 1429 fusiles con 1069 bayonetas, 80 esmeriles, 50 carabinas, 505 pistolas, 1096 sables, 425 chuzos, 101.568 balas de fusil, y todo el completo equipo de municiones y efectos marineros, y víveres para hasta cuatro ó cinco meses, fueron los despojos de esta victoria harto sentida por Napoleon.

Todo fué júbilo en la ciudad, todo víctores á Morla, á Morla de cuya lealtad dudaba ya la Junta de Sevilla, dudaba don Eusebio de Herrera, y contra quien ya habia comenzado á esgrimir sus armas la calumnia. No tuvo necesidad de que lo vindicáran agenas plumas: vindicólo la suya propia con la autoridad que le prestaba el fin del suceso. Así la posteridad no haya calumniadores que desmentir, pues los calumniadores enmudecieron antes de espirar.

Morla el mismo dia 14 volvió sobre sí, y fortalecido con la victoria, publicó una proclama para imponer á las turbas. Despues de manifestar las reducidas pérdidas nuestras, la adquisicion de los navíos y de tantas armas y de tantos prisioneros que pudieran servir de canje, *pedía*, *exigía* y *mandaba* que todos se sometiesen á las autoridades constituidas: que nadie clamase por la muerte de particular alguno, bajo el pretesto de ser de sospechosas opiniones: y hacia entender por último que no teniendo los soberanos poder sobre las vidas ni aun de los mas facinerosos, sin que las leyes dictasen la forma de su castigo, mal podrian tomarlo por sí los pueblos.

La Junta de Sevilla, deseosa de premiar los servicios de Morla, le concedió el uso de la banda roja que usaban como distintivo sus vocales. Morla nó habia pedido para sí, ni para algunos la menor recompensa. Juzgaba con razon que al principio de una guerra donde habian de ofrecerse muchas y sangrientas acciones, no debian darse ascensos ni mas premios que elogios generales á los que contribuyeron á la rendicion de la escuadra, puesto que en ella no se habian presentado grandes peligros, ni hazañas de estraordinario valor, ni efusion de sangre, ni trabajos casi invencibles. Premió la Junta de Sevilla con los grados inmediatos á todos los oficiales de marina y artillería, y así respectivamente á los que eran inferiores. Tal prodigalidad hubo en las recompensas que muchos las recibieron por la accion, sin haberse hallado en ella. La infantería y caballería que guardó la costa, no recibió premios semejantes hasta que Morla se querelló de la injusticia.

Los prisioneros franceses fueron depositados en la Carraca en medio de quinientos presidiarios y mas de dos mil trabajadores. Rosilly solicitó de Morla permiso para enviar un oficial de su confianza, segun los usos de la guerra, al emperador con el fin de que lo enterase de los acontecimientos. Recelaba el almirante que la calumnia intentase su descrédito. Ocasiones hay en

que conviene huir á donde no pueda encontrar á uno la envidia por mas que haya de dejarle como despojos, convertidos en cadáveres los dos mas hermosos bienes que tenemos: la felicidad y la esperanza. Rosilly no creia hallarse en tal caso: habia perdido la felicidad: nada tenia que abandonar á la envidia; el honor que atesoraba era mas grande que su esperanza, porque era su existencia misma.

La Junta Suprema negó la pretension de Rosilly: si bien sintiendo que *las circunstancias no le permitiesen proporcionar esa satisfaccion á un general de tanto mérito y cuya persona miraba con singular aprecio.*

El cónsul Mr. Le-Roy hizo igual peticion y no obtuvo mejor respuesta. La Junta de Sevilla habia encargado á Morla que entretuviese con varios pretestos al cónsul, en tanto que ella creyese oportuno otorgarle la licencia para restituirse á su patria.

El entusiasmo por la guerra habia conmovido á muchos: muchos se alistaron, y muchos eran personas muy distinguidas por su nacimiento ó por sus riquezas. Hijos de comerciantes de mas de trescientos ó quinientos mil pesos dieron el ejemplo de inscribirse como soldados: como soldado se inscribió el ilustre poeta don José Joaquin de Mora; como soldado igualmente el conde de Casa Rojas. Pasaron de ocho mil los alistados segun las altas de los regimientos de Ordenes Militares, de Burgos, de Tiradores de Andalucía y Columna de Granaderos de milicias.

La Junta de Cádiz en los primeros dias no cesaba de estimular al alistamiento, porque muchos de los que se presentaban, eran desechados en los cuerpos por inútiles, y el número de los voluntarios no correspondia á las esperanzas. Pero todo cambió: y bien pronto el Consulado y los gremios suplicaron á la Junta que no privase de brazos al comercio y á las industrias, y así para impedir la ausencia de tanta gente y atender á la guarnicion de Cádiz se creó un cuerpo de tres mil hom-

bres, llamado primeramente de *Milicias para la defensa de Cádiz*, que mas tarde, con mayor número y dividido en varios batallones, mudó su denominacion, y los individuos en ellos alistados tomaron el nombre de *Voluntarios distinguidos*.

La escasez de fondos para atender á la guerra afligia á la Junta de Sevilla, como afligia á la de Cádiz. Cádiz mostróse, cual siempre, generosa: los donativos comenzaron en el mismo mes de Mayo, y comenzaron de tal modo que solo cuarenta individuos ofrecieron mas de ocho millones de reales.

Morla, despues de la rendicion de la escuadra habia estrechado la amistad con los ingleses. El gobernador de Gibraltar Sr. Herv. Dalrymple le ofreció una division de cinco mil hombres que por instantes esperaba de Sicilia.

En nombre de la Junta Suprema, Morla exigia á Lord Collingwood subsidios para la guerra, subsidios que deberia dar su nacion por el interés comun. Collingwood abiertamente respondia de un modo favorable; pero con dudosas esperanzas y con proposiciones que conturbaban con las sospechas el siempre sospechoso ánimo de Morla. Queria que la escuadra de Mahon se uniese á la inglesa y que la de Cádiz se pusiese en franquía para tenerla á su disposicion. Oponia dificultades Morla á este pensamiento; pero siempre de modo que constase que no nacian de instrucciones de la Junta de Sevilla, sino de su celo por los intereses patrios.

Morla habia propuesto á la Junta que nuestra escuadra fuese desarmada, pues que era imposible atender á sus gastos, y la Junta de Sevilla habia accedido con sumo dolor y solo vencida de las circunstancias. Pero animóse con la esperanza de los auxilios de la generosidad británica, esperanza fortalecida casi con la seguridad, y hasta comenzó á lisongearse con la de que el almirante Collingwood y el gobernador de Gibraltar anticiparian los subsidios.

„Armense, pues, nuestras escuadras, decia á Morla en 7 de Julio, así la española como la francesa rendida. Provea el arsenal de Gibraltar los aprestos necesarios y llévense al nuestro de la Isla, pues que allí tenemos operarios en abundancia y cuya necesidad exije este alivio. La marina y la tripulacion española guarnezcan nuestros navíos. A todo provea ahora y mientras duren las actuales circunstancias la nacion inglesa, que tendrá la gloria incomparable y quizá única en todas las naciones, de ver una escuadra española en el mar á sus espensas para decirlo así. La Europa se llenará de espanto y la Francia de terror al ver este espectáculo."

La oferta de mantener nuestra escuadra y recomponer, equipar y entretener la francesa, no habia sido hecha por Collingwood, sino por el mayor general Spenser y el brigadier Smith en una conferencia con Morla el dia 2 de Julio, Collingwood aparecia como ageno al ofrecimiento, que al principio repugnó, pero persuadido de Smith, convino en que este partiese á Lóndres sin pérdida de tiempo para informar al gobierno. La aficion de Smith á los españoles era grande. Los mismos marinos ingleses decian á Morla que mejor agente no podia haber enviado él mismo para gestionar con ardor é inteligencia por las necesidades de España. La franqueza de Spenser, contrastando con la reservada conducta de Collingwood, habia enamorado al receloso Morla.[1]

Spenser queria que las tropas de desembarco á sus órdenes pisasen el territorio español para imponer con su presencia á Dupont y alentar mas aun á los pueblos de Andalucía. Collingwood opinaba de distinto modo y oponia las contradicciones que creia mas con-

1 Morla escribia á la Junta de Sevilla, "Creo que Spenser hará cuanto sea posible, y nos será en un todo propicio; pero desconfio de Collingwood, viejo retrechero y sin espedicion. Conviene, pues, dirijirse al primero." 5 de Julio de 1808.

venientes. Al fin Spenser se puso de acuerdo con Morla, á quien ofreció que no solo estaba pronto á pasar con sus cinco mil hombres á Jerez, sino adelantarse hasta donde nuestro capitan general le previniese, pues en todo estaba dispuesto á complacerlo. Pedia 660 caballerías y víveres con la condicion de que serian pagados por los comisarios del ejército británico.

Morla agradeció los ofrecimientos: creyó oportuno que para dar confianza á las tropas del ejército de Castaños, la division inglesa desembarcase toda y que ó bien ocupase á Jerez, á pesar de la falta de ganado para los transportes, ó bien se subdividiese entre Jerez y el Puerto de Santa María. Spenser envió dos mil hombres á la primera de estas ciudades. Al propio tiempo ofreció á Morla, para su proyecto de cercar por tierra á Cádiz con nuevas fortificaciones, no solo ingenieros sino tambien obreros y trabajadores sin paga alguna por nuestra parte. Rehusó esta generosa oferta el general español; pero en los términos mas urbanos. No desconfiaba ya de los ingleses, pero temia todo de ellos en caso adverso, pues en este aun los mismos naturales suelen ocasionar estragos en las poblaciones vencidas. Por otra parte, el vulgo era sobradamente receloso. Las turbas, ensangrentadas en Solano, ansiaban demostrar en nuevas ocasiones su insolente poderío.

La Junta de Sevilla manifestó al general Castaños que mandaba en gefe el ejército contra Dupont, que seria de su agrado el que las tropas inglesas pasasen adelante; pero no encontró igual acogida la oferta de Spenser en el ánimo de aquel caudillo.

Spenser por otra parte estaba muy sentido con Collingwood. No habia podido convencer al almirante á que desde luego facilitase á Morla los fondos que este habia pedido. Sin embargo, Spenser envió con su segundo un mensaje á Morla ofreciéndole que el dia 15 de Julio, si Collingwood no cedia, estaba él pronto á entregar de su propio bolsillo la cantidad de ochocientos

mil reales. Al mismo tiempo hizo presente el enviado á Morla que en ninguna manera se habia obligado Spenser á mantener el departamento y el arsenal, sino tan solo los navíos que desde luego se armasen, y esto sin tener mas facultades para ello que su conviccion de que era utilísimo para la causa comun: que juzgaba muy conveniente que Morla se dirijiese á Collingwood en solicitud de auxilios pecuniarios, y que con el fin de *contentarlo*, enviase uno ó dos navíos para que permaneciesen entre los de la escuadra inglesa.

Morla se ofendió con este mensaje; pero refrenando cuanto pudo su enojo, respondió que *él no tenia que contentar al lord Collingwood, sino á quien se hallase con los poderes de la nacion británica: que igual interés habia en los ingleses para sostener nuestra causa que nosotros en defenderla: que no creia que un gobierno tan sabio y que habia consumido tantos millones en alianzas, casi siempre inútiles porque habian sido de los soberanos y no de las naciones, nos faltase, cuando tantas ventajas habiamos alcanzado ya contra el enemigo comun; y que así satisfecho con la oferta de los ochocientos mil reales, esperaria para tratar de nuevo á que viniesen amplios poderes á Collingwood ó algun otro general, ó el plenipotenciario que Inglaterra enviase. Además manifestó que siendo certísimo que él habia tratado con Smith, á presencia de Spenser, que se le habia de dar lo suficiente para mantener la parte del arsenal, indispensable al entretenimiento de la escuadra armada, jamás osaría cometer la felonía de decir á Collingwood que el brigadier Smith lo habia engañado. En cuanto á remitir dos navíos á la escuadra, mal podia hacerlo, careciendo de autorizacion de la Junta, y cuando con pedirlo se ofendia tan altamente la sinceridad y buena fé española. Cuando se querian tener tales prendas, claramente se decia que no habia confianza.*

Spenser desempeñó su palabra entregando los ochocientos mil reales á Morla, y permaneció con su ejér-

cito entre Jeres y el Puerto, pero la mayor parte en esta última ciudad, hasta que tuvo que partir con sus cinco mil hombres por mar, acatando las órdenes de su gobierno que le prescribian reunirse al convoy de quince mil que se dirijia á otras operaciones.

Nada pudo conseguir de Collingwood Morla. Sin autorizacion expresa del gobierno británico habia decidido no entregar cantidad alguna.

El 19 de Julio fué vencido Dupont en Bailen por Castaños y Reding: vencimiento de gran terror para los franceses, pero que no produjo todos los felices efectos que pudiera para la causa de nuestra independencia. En vez de perseguirse denodadamente á los enemigos que desamparaban puntos importantes, pasó Castaños á Sevilla á gozar los honores de un prematuro triunfo, cual si la guerra se hubiese terminado con aquella accion: los celos de Reding y Castaños, por el honor esclusivo de la jornada de Bailen, aquellos resentimientos personales que alteraron la buena correspondencia entre las Juntas de Granada y Sevilla, hicieron perder la ocasion de organizar el gobierno y de llevar adelante con un estraordinario vigor la guerra que tan lisonjeramente empezaba para los españoles.

Desagradaron á muchos los términos con que la capitulacion se habia otorgado: Morla escribió á la Junta de Sevilla aconsejándole que de ningun modo la cumpliese. Decia que Dupont era el primero que la habia infringido, repartiéndose entre él y sus oficiales el oro, y entre sus soldados la plata, y que habia enterrado las alhajas de los templos. Creia que el embarque de las tropas francesas encenderia en ira á toda la nacion, y singularmente á los pueblos de nuestra provincia, que no dejarian de esforzarse en exterminar á los enemigos. Manifestaba que pues Napoleon habia aprisionado á los miembros de la familia real española, ninguna obligacion teniamos de guardar fé con la perfidia, ni poner en libertad á los que habian dado muerte con alevosía

á tantos de nuestros compatriotas y saqueado y aun asolado pueblos y altares, y talado nuestras campiñas. Al propio tiempo decia que ninguno era obligado á lo imposible, y que por imposible tenia la traslacion de diez y seis mil hombres á Rochefort, así por los transportes como por los escesivos gastos.

Opinaba por último que en grandes conventos fortificados con puertas á propósito y con rastrillos, se guardasen los prisioneros. „Encuentren (decia) en estos sagrados lugares que sacrílegamente han robado y violado y muerto á sus ministros su castigo: despójeseles antes de cuanto conserven. Nadie, sino Napoleon, en el vasto orbe de la tierra, censurará esta conducta."

Esto escribia Morla á la Junta Suprema, cuando ya tenia en su poder las terminantes órdenes de Castaños para que en virtud de la capitulacion facilitase sin demora al ejército vencido los medios de transporte. Las tropas francesas se dirigian, desarmadas y con la escolta correspondiente, por diversos puntos á Sanlúcar, á Rota y al Puerto de Santa María.

Razon tenia Morla en cuanto á la imposibilidad de embarcarlos inmediatamente. Por la larga guerra con los ingleses, paralizado estaba nuestro comercio. Apenas habia buques mercantes en las aguas de Cádiz: los pocos existentes necesitaban grandes carenas, muchos gastos y largo tiempo para su habilitacion, y todo cuando era tanta la falta de recursos. Mas aunque se lograran tales cual el deseo de Castaños pudiera pedir, todavía dos meses apenas serian bastantes á alistar un convoy de mas de cien buques de á trescientas toneladas, cuyos víveres tampoco fácilmente podian ser acopiados.

Faltaba, sin embargo, otra circunstancia y muy importante para que la capitulacion se cumpliese desde luego. El almirante Collingwood tenia que dar el pase á los barcos que saliesen de nuestro puerto. ¿Seria posible que lo otorgase sin autorizacion del gobierno? ¿Lle-

garia el gobierno inglés á concederla? Por el momento no era creible. Nuestras relaciones con la Gran Bretaña á fines de Julio no habian adelantado todo lo que los españoles deseaban. El gobierno inglés solo habia concedido unas treguas ó armisticio á todos los puertos de España que no estuviesen en poder de los franceses.[1]

Asistian graves razones á Collingwood además para no acceder á lo que de él se solicitaba. Los ingleses no habian tenido parte en la capitulacion: por tanto en ninguna cláusula se habian obligado. Tampoco existia tratado alguno que restringiese el derecho que tenia Inglaterra para obrar por sí en la lucha, sin sujecion á lo que los generales españoles conviniesen sobre el campo de batalla. Potencia beligerante independiente, y sin que mediasen aun tratados formales de alianza con la nacion española, tenia un legítimo derecho para impedir que fuese trasladado á Francia un ejército enemigo que podia volver á tomar y tomaria las armas, cuando

1 El primer armisticio propuesto á Collingwood por Morla, se reducia á los siguientes términos.

"La Nacion Española, creyendo nula por violenta y contraria aun á las Leyes de Naturaleza la renuncia de nuestros Soberanos á favor de Napoleon, se ha reunido y conformado en resistir sus violencias y fraudes para dominar, sometiéndose á la Junta de Gobierno de Sevilla, que toma como suprema. A este efecto desea la paz con el Imperio Británico, á quien siempre ha amado. La agitacion actual no dá tiempo para largas negociaciones: por tanto se esplicará en breves artículos.

1º La paz de 1782 regirá enteramente en todas sus partes.

2º Como la Francia es el enemigo, desde luego nos persuadimos que la Gran Bretaña nos asistirá con cuantos auxilios sean suficientes, y estén en su poder.

3º La seguridad de las Américas no depende de las fuerzas que la pueden atacar; y sí de que lleguen avisos prontos á sus puertos de la resolucion de España: por tanto se hace indispensable enviar sin dilacion oficiales y avisos á sus principales puertos.

4º Nos facilitará nuestras operaciones el que nada tengamos que recelar desde hoy de las Escuadras Británicas, ni de corsarios.

5º La Escuadra francesa sita en este puerto será intimada y rendida luego que se haya hecho y confirmado la paz; y entretanto está bien segura y encerrada. La Nacion piensa declarar antes formalmente la guerra á Napoleon.

6º Concedidos estos puntos se nombrarán Plenipotenciarios para tratar los pormenores."

no contra la nacion española, contra la inglesa, pues con ella no mediaba capitulacion alguna.

Manifestó, pues, Collingwood á Morla que no abrigaba la menor duda de que toda batalla en España terminaria del mismo modo que la de Bailen para confusion del enemigo, y al mismo tiempo le aseguró que no habia uno en España que se hallase mas lleno de satisfaccion y de regocijo que él en todos sus sucesos.[1]

Collingwood ya se prestó á dar auxilios pecuniarios con la seguridad de esta victoria. Así inmediatamente mandó pedir al Gobierno de Gibraltar veinte mil libras esterlinas para entregarlas á Morla.

La Junta de Sevilla, en tanto, concedió permiso al cónsul Mr. Le Roy para que con su familia pasase á Francia en una embarcacion moruna que habia fletado. Su deseo era que este llevase á Napoleon la noticia de nuestras victorias.

Cedió tambien la junta á las instancias de Morla encubiertas en ruego, para que Rosily recuperase su libertad; Rosily que desde su rendicion á bordo del navío *Héros* callaba, sufria, disimulaba, á pesar de que su pena habia pasado el estrecho límite que señala al corazon el sufrimiento. En Francia variamente habia sido juzgada su conducta. Muchos lo creian hombre irrecuperablemente perdido. Pasaban del corazon á la lengua todo el veneno de la mas cruel envidia para ultrajar su nombre. A los que le tributaban las mas razonables alabanzas decian que intentaban hacer á su elocuencia cómplice de la ineptitud ó del delito de Rosily. Rosily no flaqueaba cobardemente á la noticia de las injurias y no queria que triunfasen por mas tiempo con su silencio. ¡Terrible cosa para un hombre de honor tener que dar satisfacciones de que no fué ruin á los

1 I have not doubt, that every battle in Spain will terminate in the same way-to the confusion of your enemy, and I can assure your Excellency that in Spain there is none who can feel more gratified and rejoiced than I do, at all your successes.—Ocean 28 July 1808.

ruines! Por otra parte su entereza no hallaba un consuelo en aquella adversidad, las lágrimas, precioso bálsamo para las heridas del espíritu. Su familia procuraba vindicar el buen nombre casi con las mismas razones que él pudiera, cual si entre sí se entendieran las almas y se escuchasen los pensamientos los ausentes. Recibia Rosily pruebas inequívocas de la honradez y del afecto de Morla, desnudo de la simulacion, del engaño y de la lisonja. Una voz al principio cobarde y casi muda le indicaba que aquel halago no era velo de la traicion ni vaina del puñal. Cuando mas aparecia desveladamente dormido en la desdicha, mas increiblemente estaba fatigado de luchar con aquel sosiego de la prision. Mil veces le oian sus centinelas articular pensamientos que nunca sabria encontrar el estudio. Morla, al fin, hombre ferviente en procurar su bien, le anunció el dia 5 de Agosto que la Junta suprema, noticiosa de las virtudes que resplandecian en su persona, le permitia volver á Francia por la via del mar, bajo palabra de honor de no servir sin ser cangeado. El general Marescot, uno de los firmantes de la capitulacion de Bailen, así como Mr. Le Roy deberian acompañarlo. Morla al mismo tiempo le aseguró que si queria desembarcar en Cádiz podria hacerlo. Su permiso se anticipaba á la solicitud que pudiera dirigirle. Imaginaba que el pueblo ya tranquilo y mas confiado no miraria seguramente con hostilidad á su persona. Las que debian acompañarlo eran Mr. Clariclaux, vice cónsul; Mr. Leconte, comisario de la escuadra; Mr. Raoul, primer ayudante; Mr. Lemaraut, ayudante mayor; Mr. Petit, su secretario, Mr. Lefloch y Mr. Blazoche, ayudantes de este, y dos de los del general Marescot.

Lord Collingwood facilitó al punto los pasaportes para Rosily, Marescot y demás oficiales. En esos documentos prevenia á los comandantes de los buques ingleses que guardasen con ellos todas las atenciones á que siempre era acreedor el infortunio. „Y espero (de-

cia á Morla) que á su llegada á Francia serán recibidos con la misma consideracion por las circunstancias que han causado su desdicha, pero temo que con Bonaparte el ser desgraciado equivale á ser criminal.„[1] Y no se engañó Collingwood.

Entró Rosily en Cádiz. No vió en ninguno del pueblo señal de cólera contra su persona. No sabia si lo amaban ó si tan solo no lo aborrecian. Admiracion y respeto se ostentaban en todos los semblantes. Las gentes salian á los balcones y á las puertas para contemplar al antiguo objeto de su odio y terror. El general Marescot lo acompañaba. Su propósito era arreglar varios asuntos que tenia pendientes desde antes de la rendicion de la escuadra.

Presentóse Rosily á Morla con el fin de manifestarle de viva voz su gratitud por las bondades con que le habia favorecido en su adversidad. Probablemente en esta conferencia Morla descubriria á Rosily un secreto que Rosily tendria interés en ocultar, secreto desconocido aun á todos los historiadores.[2]

Cuando Rosily ponia todo su esfuerzo y fuerzas en defenderse, esfuerzo desesperado, fuerzas mas incontrastables de lo que él imaginaba, Morla esgrimia contra él otra arma mas poderosa que cuantas forja el golpe é impele el fuego: la astucia. Morla, cuando lo amenazaba con destruirle los navíos, no decia á Rosily lo que

1 Ocean, off Cadiz, 11 August 1808.—Sir, I have agreeable to your request, inclosed a Passport for admiral Rossily, and the French officers who are to accompany him to France,—in which I have directed that on their being met with by English ships, there be observed towards them that kindness which misfortune is always entitled to;— and I hope on their arrival in France they will be received with the same regard to circumstances which caused their misfortunes,—but I am afraid with Bonaparte, to be unfortunate is to be criminal.

With every assurance of my high consideration and regard, I have the honor to be: Your Excellency's most obedient, and most humble servant: *Collingwood.*—His Excellency Don Thomas de Morla, Captain General, Governor, &. &. &. Cadiz.

2 El Conde de Toreno, Foy, Thiers, Alcalá Galiano, Príncipe, etc.

iba á hacer sino lo que no podia ejecutar. Las amenazas de Morla estaban por sí mismas desvanecidas: todo era entereza aparente en el semblante. Rosily habia tenido equivocados los sentidos. Burlábanse de él la fortuna, y el temor, como la esperanza. Creia saber lo que no sabia y que no tenia mas que aguardar, ni que temer. Así se rindió ante el aparato imponente de unas baterías que no podian lanzar contra su escuadra medios destructores. Cuatro palabras de Morla, y vió entonces Rosily desmanteladas aquellas formidables baterías que hizo mas formidables su imaginacion. Morla suspendió el dia 10 el ataque, porque no tenia pólvora para continuarlo. Se habia consumido casi toda en el del dia anterior. Morla engañaba á Rosily cuando aparentaba dar oidos á sus propuestas, que comunicaba á la Junta de Sevilla. Si Rosily no se rinde el dia 14, Morla seguramente no hubiera tenido mas arbitrio que abrir la bahía á la escuadra inglesa para que hubiera proseguido el combate: confesion de debilidad que con dificultad hubiera hecho Morla porque era entregar enteramente al Almirante Collingwood la ciudad de Cádiz. Esclava hubiera sido de él la ciudad y él nuestra cadena. La plebe poco á poco y de grado en grado pasaba del enojo á la indignacion, y á similitud de lo que ejecutó en Solano, probablemente se hubiera ensañado contra la persona de Morla; y si Morla hubiera pretendido disculparse, todos hubieran creido que salia á recibirlos la misma traicion, armada en aquel general.[1]

1 La Junta de Sevilla escribió indignada á don Eusebio de Herrera por haber Morla suspendido el dia 10 el ataque. Cuando supo las causas, no pudo menos de dar á Morla una satisfaccion cumplida. Herrera no habia escrito á la Junta, como ofreció á Morla, los motivos de la suspension del fuego. Así se quejaba Morla á la misma en oficio de 4 de Octubre de 1808. "Además el (vocal) que firma en Marina manifestó aquí su mal proceder conmigo, pues tuvo que desdecirse de que traia órden de la Junta para presidirme: que confesar que no habia escrito á V. A. *que no seguí el ataque porque se acabó la pólvora*, como quedó conmigo, lo que me atrajo una contestacion que pudo haber ocasionado las mas perjudiciales consecuencias."

Rosily se alejó al fin de Cádiz. Estrechó antes en el corazon y con sus brazos á sus mas predilectos amigos. No se oian á bordo del *Héroe* sino sollozos bien respondidos. Con sus palabras inflamó á los mas enérgicos para que sobrellevasen con constancia el infortunio, y animó á los mas abatidos. Escucháronle todos con asombro y suspenso todo menos el llanto. Repartió en las tripulaciones cuanto dinero pudo. No le quedó que dejar sino la memoria de haberlo dado todo.

Todavía, antes de ausentarse, dirigió una carta á Morla (16 de Agosto) para manifestarle que no podia partir sin ofrecerle de nuevo los testimonios de su gratitud por haber devuelto un padre á una familia querida de quien era tan amado. „Este beneficio (sentidamente decia) toda la vida quedará en mi corazon: mis hijos se unirán á mí para bendeciros.„

Al propio tiempo confiadamente dirijia á Morla una solicitud tan honrosa para el que la hacia como para el que habia de ceder á ella. "Yo soy el padre de la escuadra, (esclamaba): al partir os lego ese título. Cuando se cangeen prisioneros, segun los usos de la guerra, los de mi escuadra, habiendo sido los primeros, tienen el primer derecho *y especialmente son vuestros prisioneros.*"[1]

En tanto los de la batalla de Bailen se dirigian á la bahía de Cádiz. Dupont y diez y ocho generales mas: diez coroneles, once tenientes coroneles, ocho mayores, cuatrocientos cuarenta oficiales subalternos, doscientos

1 A bord du vaisseau *Le Héros*, en rade de Cadiz, le 16 Août 1808.—Monsieur le Capitaine Général.—Je ne peux partir sans vous renouveller les témoignages de ma reconnaissance d'avoir rendu un père à une famille chérie et qui en est bien aimé, ce bienfait restera dans mon cœur toute la vie, mes enfants se joindront à moi pour vous bénir.

Il me reste une dernière demande à vous faire; j'étais le père de l'Escadre; en partant, je vous en ai remis le titre: je crois bien qu'il m'est difficile d'espérer pour les équipages; cependant, si des soldats passaient, suivant les coutûmes de la guerre, ayant été pris les premiers ils auraient le premier droit, et ils sont particulièrement vos prisonniers.

cinco empleados en el ejército, y ocho mil treinta y siete hombres de la clase de tropa. La ruta que debian seguir desde el dia 23 de Julio era pasar el Guadalquivir y dirigirse á Villanueva é Higuerà, á Porcuna, Bujalance, Castro del Rio, La Rambla, Ecija, Fuentes, el Arahal, Utrera Las Cabezas, Lebrija, y Jerez á Sanlúcar ó Rota. El ejército prisionero venia en dos columnas al mando del coronel, comandante del tercer batallon del regimiento de Zaragoza, don Juan Creagh de Lacy. Los generales, acostumbrados á dominar en todos los paises por donde habian transitado, llevaban con gran repugnancia el ir ahora prisioneros. Los pueblos, indignados con la memoria del saqueo de Córdoba y otros desórdenes cometidos por el ejército de Dupont, mas de una vez hubieran intentado su esterminio á no mediar la entereza de Creagh y las atinadas providencias que adoptaba para apartar los peligros. Muy exigentes eran los generales prisioneros. A cada instante llamaban á Creagh para que dictase las órdenes oportunas para vencer las dificultades que presentaban los caminos, rompimiento de coches y carros. Cada general traia su escolta particular de caballería: Dupont de caballería é infantería nuestra. Custodiaba el ejército rendido el tercer batallon de infantería de Murcia que constaba de trescientos hombres, el provincial de Búrgos y ciento de caballería de Calatrava. Dupont habia preferido que sus tropas no se alojasen en los pueblos sino en sus inmediaciones. Diariamente se adelantaba Creagh para elegir y disponer el paraje á propósito, como arboledas ú olivares cerca de rios, fuentes ó pozos abundantes, y los víveres y forrajes que á cada cuerpo de los prisioneros correspondian. Dadas sus órdenes y prevenidos los pueblos para que no los insultasen, salia á recibirlos Creagh para entrar á la cabeza de ellos. De otro modo no se atrevian á pisar las poblaciones. Así habia logrado Creagh impedir que hubiese desavenencias entre los franceses y el paisanaje, á pesar de la mala voluntad con que las

Juntas y los pueblos disponian y recibian en sus casas alojados á los generales y oficiales.

Las tropas de las legiones de infantería, segun Creagh, no pasaba de mediana; pero todos los demás cuerpos se componian de gente lucidísima y bien vestida. Observaban todos en las marchas mucho órden y disciplina y nunca tuvo de ellos Creagh la menor queja. Pagaban con estraordinarios precios cuando y cuanto se les ofrecia: todo al deseo de los vendedores. Dupont y los demás generales y los gefes superiores trataban á Creagh con la mayor consideracion.

En virtud de las facultades que este tenia, mas de una vez propuso á Dupont que hiciese el ejército algun descanso en mas horas de las señaladas en el itinerario prescrito por Castaños; pero el general francés nunca lo tuvo por conveniente. Antes bien, su anhelo era llegar lo mas pronto posible á Sanlúcar de Barrameda ó á Rota, en la persuasion de que sin demora iba á embarcarse para Rochefort.

Notorio era el dictámen de Morla acerca de la capitulacion de Bailen: el odio contra los franceses lo hacia mas adverso, si ser podia. Por eso mal se prestaban turbas y tropas y gefes á obedecer cuando se trataba del respeto á las vidas y haberes de los prisioneros. El 9 de Agosto los piquetes de los regimientos de Toro y de Logroño tomaron las armas en la Carraca con el fin de exterminar á los franceses. El piquete de Ciudad Rodrigo no hizo causa comun con los alborotadores y alborotados. El pretesto era vengar las crueldades cometidas por los ejércitos enemigos en las tierras de donde procedian casi todos los soldados de aquellos regimientos. El general Moreno los exhortó á deponer las armas y á no envilecerlas, mancillándolas con la sangre de los que se habian rendido á la generosidad española. Venciólos con la representacion desnuda de la iniquidad que intentaban. Morla disimuló la impotencia para su castigo con el nombre del perdon de su

falta y con la promesa con que el mismo se mentia, de que no tornarian á delinquir de este modo para no esponerse al rigor de la disciplina militar, como si para aquel caso pudiese existir.

Manifestado por Morla que no se debia guardar la capitulacion, los pueblos se creian relevados de cumplirla. Los generales franceses fueron los que primeramente esperimentaron en sus personas las resultas. Lamentábase del suceso Morla: quejábase de todos, y no se quejaba de sí: el causante verdadero de acciones indignas, si bien ejecutadas contra su voluntad.

Mandaba en el Puerto de Santa María el marqués de la Cañada Tirry, anciano general, que en los dias del tumulto contra Solano habia sido aclamado gobernador por las turbas, á quienes él compró ó cuando menos gratificó para que le diesen esa prueba de su confianza. Confirmó la Junta de Sevilla el nombramiento: era demasiado sagrada para una Junta la voluntad de un pueblo, aunque la voluntad del pueblo se hubiese vendido. Las facultades intelectuales de este gobernador estaban trastornadas por la paralisis que habia comenzado á acometerle: además se hallaba enteramente dominado por el alguacil mayor, hombre malévolo, el cual habia logrado infundir en el ánimo de su superior la idea de que por las circunstancias políticas en nada era obligado á obedecer á Morla. Cuando el desembarco de Spenser, tuvo el gobernador la osadía de oponerse; y cedió tan solo por carecer de medios para la resistencia.

Cuando se acercaron al Puerto de Santa María Dupont y los demás generales y otros gefes, el alguacil mayor previno los ánimos de muchos para que acometiesen sus equipages y aun sus personas con el fin de apoderarse del dinero y de las alhajas que consigo traian. Morla habia enviado un regimiento para proteger el embarque de los generales. Cuando llegó al Puerto, el gobernador presidia un regocijo público: una cucaña.

Las tropas se entretuvieron con el espectáculo: el alguacil mayor procuró que no se avisase al coronel que antes por diverso camino habia llegado á aquella ciudad: en aquel instante entraban en el Puerto los prisioneros, y el alguacil mayor daba la señal á una parte del pueblo para que comenzase el saqueo. Con el pretesto de que los generales llevaban vasos sagrados y otras alhajas de los templos, y con la voz de que era preciso impedir aquel ultraje á la religion, acometieron las turbas á la escolta, á los equipages y á los prisioneros. Procuró aquella en cuanto pudo salvar las personas de estos: contra ellas, en verdad, habia encono; pero cuando la codicia veia la segura presa ¿qué importaban al odio las vidas de los generales? El tiempo que unos perderian en arrebatárselas, otros ganarian en apoderarse de sus riquezas. La eleccion no era dudosa y así fué unánime.

La muchedumbre del populacho encubria á muchas personas que se entregaron igualmente á las delicias del saqueo: sujetos de mediana fortuna, algunas señoras y muchos clérigos y frailes.[1] Hasta en manos de los muchachos mas perdidos se veian onzas de oro.

Morla, apenas supo tan vergonzoso suceso, dictó severísimas órdenes para la recuperacion de todo el botin y para que fuesen castigados los fautores y los que mas parte habian tenido en el tumulto.

Algunas personas, ruborizadas por su mismo delito, se apresuraron á la disculpa, entregando alguna parte pequeña de lo que habian hurtado y queriendo persuadir que lo habian cojido solo con el objeto de salvarlo

1 Morla en oficio de 19 de Agosto decia á la Junta de Sevilla. "No puede haber hecho mas escandaloso ni torpe que el saqueo de los generales franceses en el Puerto. Si hubiese sido la canalla, no seria estraño; pero todas las clases se apoderaron de él: hasta damas y clérigos. Muchas gentes para cohonestar han devuelto una parte corta del botin." Ya en 16 del mismo mes habia dicho. "Del saqueo del Puerto se aprovecharon además del pueblo, muchas personas decentes."

de la plebe, pero siempre la mira puesta en la restitucion. Otras negaron; y tal hubo, que despues de insistir una y mas veces en la negativa, viéndose conminada con que iba á registrarse su casa, entregó cinco mil pesos fuertes y algunas alhajas. Solo pudo conseguir Morla la recuperacion de seiscientos mil reales y de varias alhajas de plata de los templos, pero casi todas machacadas. Algunos caballos y mulas pudieron recobrarse tambien, pero la mayor parte habia desaparecido.

Arrestáronse los principales alborotadores; pero esto no fué otra cosa que un vano alarde. El proceso no tuvo mas resultas que confirmar la impotencia de la autoridad para el castigo.

Los prisioneros, destinados por Morla á Puerto Real, no tuvieron mejor acojida: tambien fueron robados y ofendidos en sus personas: en la isla de Leon, donde habian sido trasladados algunos de los de la escuadra, no teniendo como no tenian alhajas ni dinero, el populacho los recibió á pedradas:

Los generales franceses que fueron conducidos á los navíos de la escuadra, se vieron en grave riesgo de perecer: la tropa y marinería se habian sublevado y pedian á grandes voces, y con el mas ardiente furor su pronta muerte. No sin trabajo sumo y noble decision, los oficiales, pudieron contener á sus gentes. Morla dispuso en vista de tal insistencia en perseguir á unos vencidos, que estos fuesen trasladados á una de las fortificaciones de Cádiz. No quiso que entrasen en la ciudad: la canalla solo anhelaba un pretesto para romper en alborotos y entregarse al asesinato y al saqueo. Así, los generales franceses se enviaron por mar al castillo de San Sebastian. Sin recursos de ningun género los prisioneros, Morla previno á su mayordomo que les facilitase todo lo necesario: la comida les era llevada de casa del mismo Morla.

En esa fortaleza el ilustre conde P. Dupont de Létang se consolaba de la adversidad de su fortuna, así

con el estudio de su poeta predilecto el sublime *Horacio*, cuyas odas tradujo en verso francés, sino tambien con sus meditaciones sobre su poema *L'Art de la guerre*. Mas tarde cuando regresó á Francia, la fortaleza de Joux le abrió sus puertas por órden de Napoleon: la capitulacion de Bailen, reputada *infamante* por los franceses, de algun modo debia ser castigada.[1]

Mientras estas cosas ocurrian, el almirante Collingwood habia recibido cartas del teniente general Sir Herv Dalrrymple y del capitan de navío *The Thunderer* (el Trueno) en que le participaba que en ese navío habia llegado á Gibraltar Don Leopoldo, hijo segundo del rey de Sicilia, acompañado de varios nobles. El objeto de este príncipe era dirigir ciertas proposiciones á la Junta de Sevilla. El duque de Orleans se hallaba tambien con aquel príncipe. Habiendo dejado á Inglaterra con un hermano suyo que estaba bastante enfermo, llegó á Malta, donde este falleció, y ahora volvia en el mismo navío *Thunderer* á Inglaterra.

La venida de personas tan ilustres fué tan inesperada cuan sospechosa, así para el Gobierno de Gibraltar como para Collingwood. El almirante abrigó grandes recelos de que la Junta de Sevilla estuviese en correspondencia secreta con la corte de Palermo sin conocimiento alguno de parte de Inglaterra, y desde luego solicitó en 13 de Agosto que Morla le esplicase, si efectivamente aquella habia hecho ó se esperaba que hiciese algunas proposiciones á la nacion española.

Morla desde luego se atrevió con fundadas razones á decir que creia muy difícil que la Junta de Sevilla estuviese en tratos con el rey de Sicilia. Ciertamente en Junio se habia pensado por esta si convendria nombrar regente de España al primogénito de Sicilia. Se consultó por medio de Morla y Morla por el del Brigadier

1 Luis XVIII nombró en 1814 á Dupont ministro de la guerra, pero solo gozó de este cargo algunos meses. Murió Dupont en 1840.

Smith á Collingwood. Collingwood manifestó cierta oposicion; creyóse que este consultaria el hecho con el Gobierno británico, y ni el Gobierno ni Collingwood habian respondido, cuando la llegada de estos príncipes llenó de confusion á todos.

La alianza con Inglaterra, única que hasta entonces habia buscado España, se tenia ya: por tanto la del rey de Sicilia no podia estar en primer término. La regencia del príncipe fué un pensamiento que nació y murió prestamente. La venida del príncipe Leopoldo se redujo á llevar á su patria una esperanza muerta en un desengaño anticipado.

Otros cuidados fatigaban tambien á Morla: habia este ideado levantar una fortaleza avanzada á nuestras baterías de tierra que cortase el camino que vá á la isla de Leon. Opúsose constantemente el general don José del Pozo, director de ingenieros en esta provincia. Morla y muchos de la Junta miraban en la realizacion de este pensamiento la seguridad de Cádiz, y Pozo creia que solo consistia por tierra en los saladares de la isla de Leon. Perdida esta, Cádiz tendria que sufrir mucho con un asedio, y tomada la fortaleza que se proyectaba, bien por el rigor de las armas, bien por una sorpresa, iba á servir de abrigo á las baterías de morteros que se estableciesen para la destruccion del caserío de la plaza.

Prevaleció el parecer de Morla; y Pozo á despecho del suyo propio, tuvo que trazar el plano de la fortaleza y dirijir los primeros trabajos.

El 23 de Agostó pasó Collingwood á Cádiz con el vice almirante y varios oficiales de marina para despedirse de Morla. Comieron juntos y juntos revistaron los cuatro batallones de voluntarios.

La Junta de Sevilla en tanto, miraba con desden á la ciudad de Cádiz, que tantos sacrificios estaba haciendo por la causa comun; y sin embargo, Cádiz era la poblacion de mayor comercio en España, y la que pro-

ducia en paz muchas mas rentas á la corona que toda Andalucía. Ni un solo diputado habia sido convocado á la Junta Suprema para representar á esta ciudad: ninguno de sus hijos ó vecinos habia recibido nombramiento para los elevados empleos militares de nueva creacion. Parecia que en Sevilla solamente habia personas idóneas y fieles á la patria.

En esto la Junta habia mandado que se permitiese la entrada á los géneros ingleses, hecho que causó gran disgusto en muchos de nuestros comerciantes, y contra el cual el consulado se encargó de representar, en nombre de los intereses nacionales y fundado en los argumentos erróneos y funestos de nuestros antiguos economistas. Morla bien pronto respondió al consulado rebatiendo uno á uno sus raciocinios: la providencia dictada por la Junta de Sevilla lo fué sabiamente. Se necesitaba abrir un conducto por donde entraran algunas mas sumas en las arcas del Estado. La ocasion llamaba á nuestras puertas, y locura hubiera sido despreciar los cuantiosos recursos con que nos convidaba. ¿Dónde están nuestras fábricas de algodon, preguntaba Morla? En el Puerto de Santa María y en Avila destruidas y cerradas, porque lo caro de la mano de obra las hacia de un precio tan excesivo que á nadie acomodaban. En Cataluña? Morla decia que su tráfico era adquirir piezas de desecho en las manufacturas inglesas, segun él mismo habia presenciado, estamparlas con malos moldes de madera y venderlas como géneros nacionales, llevándose el oro de las demás provincias.

Risible parecia á Morla que hablasen de protejer las fábricas de España, y de impedir el comercio con los estranjeros, los que andaban vestidos con telas de contrabando, siendo de contrabando tambien las usadas en los trajes de sus mujeres, de sus hijos y de sus criados.

Habia otros motivos mas para la admision de los géneros ingleses: el de la gratitud. Establecido por Napoleon el sistema continental en perjuicio destructor

ESTADO DEL SOCORRO DE ARMAS, MUNICIONES, GENEROS Y DINERO QUE EN CÁDIZ SE RECIBIÓ DE LA NACION INGLESA HASTA EL 28 DE NOVIEMBRE DE 1808.

	Fusiles completos.	Vainas de bayonetas.	Piedras de chispa.	Balas de fusil.	Cartuchos para idem.	Pólvora: libras.	Cueros curtidos.
Venidos en 6 transportes ingleses, los cuatro en 9 de Setiembre, y los dos restantes despues	50.000	23.420	500.000	4.000,000	5.999,500	225.000	10
De la escuadra inglesa del almirante Collingwood, en Junio.	”	”	”	”	”	32.400	”
	50.000	23.420	500.000	4.000,000	5.999,500	257.400	10

GENEROS.

	Yardas.	Piezas.
De calicot.	〃	2.957
De lienzo de Irlanda . .	118.004	〃
De sargas	〃	945
De paño azul N. 2. .	13.948¼	〃
Del mismo N. 1. .	5.771¾	〃
De paño blanco	8.691½	〃
De id. encarnado. . . .	10.220	〃
De Sempiternas N. 1. .	〃	290
De Id. N. 2. .	〃	3.141
De Id. N. 3. .	〃	569
	156.435½	7.902

DINERO.

	Rs. Vn.
Del coronel Tuker en Julio de 1808.	800,000
Del almirante Collingwood en 7 de Agosto.	1.118,592 32
Del cónsul D. Diego Duff en 27 de Agosto.	14.978,760
	16.897.352 32

NOTA.—En ese tiempo ya habian entregado los ingleses en Sevilla 120 cajones con barras de plata; y en bahía estaban ochenta y un fardos de géneros, con destino al socorro de nuestro ejército, pero á la fecha se ignoraba su contenido.

de las industrias inglesas, justo era favorecer en España á unos aliados que acababan de entregar á Morla un subsidio de quince millones de reales para ayuda de los gastos de la guerra.

Morla no cesaba de instar á la Junta de Sevilla que se desarmase la escuadra, que se cerrase el Arsenal, que se suspendiesen las contratas, que se pusiese órden en las oficinas de Hacienda y hospital, que se diese licencias ilimitadas á los oficiales que optasen por permanecer en sus casas: que se empleasen en el ejército á los que quisiesen servir de este modo, prefiriéndolos á los paisanos. La Junta accedió como ya dije á esta propuesta; pero la comision de Marina logró anular el acuerdo. Queria la conservacion de la Armada; pero no se ocupaba en los medios de su subsistencia. Los operarios del arsenal eran numerosísimos: nada tenian que hacer los mas: los oficiales de marina, que carecian de bienes, se hallaban meses enteros en la mayor indigencia: lo mismo los empleados del departamento. La Junta de este pedia recursos en vano al capitan general: apelaba á empréstitos: queria empeñar efectos preciosos del arsenal ó venderlos y no habia quien quisiera tomarlos.

La Junta de Sevilla ni aun respondia á las últimas peticiones de Morla sobre estos particulares.

Incansable este en allanar los obstáculos que se oponian al órden público, expulsó á muchos malhechores y otras gentes de mal vivir que de otros pueblos acudian á Cádiz y con el nombre de ardientes enemigos de los franceses y afrancesados, fingian en todo y que en todos sospechaban y veian traicion y traidores: así lograban engañar á los incautos y hacerse poderosos y temibles y aun temidos. El atahonero José Gonzalez, asesino del regidor Arteaga Bazan habia vuelto á esta ciudad, atemorizando con su presencia á los hermanos, demás parientes y amigos de la víctima. Mucho tiempo habia gozado de la impunidad de su crímen en Gibraltar; pero al cabo fué

entregado á las autoridades del Campo, pues valiente con el recuerdo de su cobarde hazaña, frecuentemente turbaba el órden con sus pendencias. Morla en 1803 lo condenó á la horca; mas intercediendo S. A. R. el duque de Kent, la pena se conmutó por la de diez años de presidio en Cartagena. Cumplió en África unos pocos: dispensósele algunos, y ya en Cádiz insultaba con su sola presencia á la familia de Bazán y hasta al Ayuntamiento mismo. Morla al punto ordenó su arresto, y á propuesta suya fué trasladado á uno de los presidios de América.

Las señoras de Cádiz no permanecieron en la ociosidad durante la guerra. Servicios importantísimos prestaron á nuestro ejército. En Agosto de 1803, sabiendo algunas que el regimiento provincial de Logroño estaba casi desnudo, determinaron no solo costear las camisas y los pantalones que los soldados necesitaban, sino tambien emplear sus manos en coser prendas de telas ásperas á que no estaban acostumbradas. El dia 14 de Agosto ya varias señoras habian entregado quinientas cuarenta y cinco camisas y diez y ocho pantalones.

En Octubre, Morla condolido del estado de desnudez en que el ejército de Castaños se hallaba, igualmente determinó la construccion de cincuenta mil camisas, costeados los lienzos por los donativos mensuales y cosidas por las señoras de esta ciudad á quienes se invitó para el mismo objeto. El suceso respondió cumplidamente á las esperanzas de Morla, el cual no pudo manifestar su gratitud á las señoras que se apresuraban á recoger las camisas que, ya cortadas, se repartian en las Comisarías de los barrios. Morla fué llamado á Madrid por la Junta central, recientemente establecida. Mas antes, vehementes fueron los altercados que tuvo con la de Sevilla. Clamaban todas las Juntas principales del reino contra la supremacia que esta se habia arrogado soberbiamente y que mas soberbiamente ejer-

cia, ufana ya con sus victorias sobre la escuadra francesa y el ejército de Dupont. Las ofensas á las demás Juntas que creia inferiores se acrecentaban de dia en dia. Todas no callaban como la de Cádiz sacrificando sus justos resentimientos en aras de la causa pública. A no mediar el ánimo conciliador de Castaños hubiera declarado la Junta de Sevilla la guerra á la de Granada, una guerra civil y con los franceses en España. No bastó á la primera haberse dado el tratamiento de *Alteza,* á su presidente el de *Serenísimo Señor* y el de *Excelencia* á sus demás vocales. En los momentos en que las tropas españolas se posesionaban de Madrid queria ostentar mas autoridad. Pomposamente se condecoraron sus miembros no solo con los honores de *Capitanes generales de ejército efectivos,* título que indicaba que lo eran, sino igualmente con los tres bordados de consejeros de Estado. El objeto era imponer al vulgo con estos aparatos de supremacia, vanidad de vanidades, que sin acrecentar poder á la Junta, atrajo sobre ella el desagrado de muchos y la mofa de todos.

Repugnó su omnímoda autoridad mas imaginada que egercida la instalacion de una Junta central, compuesta de diputados de las provincias y ocupada en la conservacion de prerogativas y fueros obtenidos por su voluntad y con el favor de las circunstancias, dejaba en las delicias de Madrid desorganizarse el ejército que venció á Dupont, y tranquilos á los franceses con José Bonaparte en la provincia inmediata: la anarquía amenazando por todas partes: por muchas el poder de los enemigos; y á los ingleses inciertos ante el espectáculo de la desunion de España. Morla representó á la Junta los peligros que podia conmover contra la patria siguiendo tan errada via, y representó con la claridad y la entereza que el bien público demandaba.

La Junta tuvo que someterse á lo que el interés de la nacion y la nacion misma exigian en unánime clamor; pero no por eso escuchaba bien ni seguia los consejos

de Morla. Morla era para la Junta un censor vehemente, un consejero audaz y un intolerable censor y consejero. Así rara vez respondió esta á las peticiones y á las consultas de Morla: para Morla no habia otra cosa que órdenes ejecutivas y difíciles.

No pudiendo tolerar por mas tiempo Morla su desprecio, dirijió á la Junta un oficio en que mas que allanando, rompiendo la débil y voluntaria barrera de su respeto á aquella pretensa soberanía, no cargos lanzó contra aquel cuerpo sino reprensiones y reprensiones donde enseñorea el sarcasmo á la ira, y la confianza en su razon, en su juicio y en su entereza hace hablar á Morla como quien era y para quienes eran sus palabras: él el superior en todos conceptos: en todos conceptos ellos los inferiores.

"Ni sé como contestar á V. A. (decia en 23 de Setiembre) y á cada uno de sus *Excmos.* vocales y *señores secretarios*, ni como dejar de contestar, pues que es imposible obedecer á *tantos gefes supremos*, que solo convienen en dos cosas: recetar contra mí y cargarme con todo lo oneroso. En estos dos puntos se me dán facultades soberanas: en todo lo demas ni se dignan responderme."

Retrata á continuacion con pincel vivo y con maestra mano el desórden del gobierno de aquella Junta, imájen digna de estudio, no solo por el conocimiento exacto que se adquiere de los sucesos como por el atractivo de la originalidad con que Morla los va enumerando.

"El primer acuerdo (continúa) que celebró esa Junta se redujo á darse sus individuos los mayores honores imaginables, conceder todas las gracias que se pidiesen como fuesen impetradas por uno de sus individuos: hacerse gratos contentando á todos; no pensar de donde habian de salir los pagos.... y atribuirme todo lo oneroso y ser pagador general de todos. Criminales, desertores, prisioneros, se encargan á mí en su cui-

dado y manutencion; se vacian los almacenes y se me hacen pagar los fletes: se quiere tener marina y arsenal y que yo lo pague: se socorren viudas y huérfanas y que yo lo ejecute; se envian navíos á América con pagas y gratificaciones completas y solo se me dice que pague: pide el comandante general del Campo y se me ordena deje las rentas de aquel partido á su disposicion: pide Ayamonte dinero para embusteros; á pesar de mis reflexiones se libra á mi costa: pide el hospital de Algeciras, se me dice que lo socorra: piden para la obra de Tarifa, debo aprontar caudales: dice Ceuta que perece, se me manda que atienda á su manutencion. Esto no embargante, cada semana se me manda un oficio que podria el Excmo. Miranda tener impreso, diciéndome que envie todos los caudales para la manutencion del ejército que se halla en miseria, y que procure vestirlo además. Hasta sillas de montar se me han pedido estando rodeados de aguas. Además prescinden de los gastos de esta guarnicion y plaza, y de los estraordinarios...."

A continuacion manifiesta los desaires y compromisos que le habia inferido la Junta, no solo el dejar impune en su puesto de gobernador del Puerto de Santa María al marqués de la Cañada Tirry, despues de sus desobediencias, y consentimiento en el saqueo de los equipajes de los generales franceses, sino tambien "el enviarme (decia) para mantenerlos, cinco regimientos de enanos y tunos[1] con oficiales y sargentos de solo paga: proponer yo organizarlos reuniéndolos á cinco de milicias escelentes; autorizarme V. A. á ello, oponerse los tunos y V. A. decretar que debian continuar tunos y salir de mi férula." Enumeraba otros desaires que le habia hecho la Junta en no cumplir la promesa de nom-

1 En comunicacion de 4 de Octubre decia Morla á la misma Junta. "Los seis cuerpos informes y díscolos, y aun ridículos de voluntarios de Sevilla que se quejaron de que los queria poner en órden."

brar para cargos importantes ó por ascensos á gefes beneméritos propuestos por Morla, y terminaba su oficio de esta suerte: "Haciéndome el correo pasado dar órdenes para que se admitieran con derechos algunos géneros ingleses, mándame este correo haga lo contrario. ¿He de ser un juguete?.... Sola esta providencia contradictoria en tres dias degradaria á V. A. y á mí.... En fin, no puedo dejar de espresar que me es incomprensible el manejo de la Junta de Hacienda. Sus providencias son ningunas para recaudar numerario y.... enérgicas y eficaces para no recaudar el que se debia. Pero con franqueza sin igual indultó al comercio de la tercera parte de derechos, providencia que basta para tener los vales en desprecio. Por su piedad discretísima hizo cerrar la venta de obras pias que era el mejor ingreso de consolidacion. Por la guerra con Francia cesaron las introducciones de lienzos y de todo comercio con ella, Alemania, Rusia é Italia y no quiere que sea lícito el de Inglaterra. Todo debe entrar, pues, de contrabando y no pagar al Estado.... Para salir de este laberinto ininteligible.... he renunciado mi empleo. He pedido que venga un Excmo. de esa Suprema Junta, he suplicado, he clamado, y todo lo que se quiera hostigado; mas inútilmente. Se me quiere ahuchar hasta rendirme ú obligarme á desertar, pues no hallo otro recurso."

La Junta de Sevilla sintió estraordinariamente la acritud del oficio de Morla: algunos de sus vocales pedian su separacion; otros mas severo castigo. Mas ya eran impotentes. Prevaleció el dictámen de los que temian á Morla, cuya reputacion se habia acrecentado en los últimos meses por las dificultades que habia vencido con una constancia y una honradez, cuales se esperaban de su alto juicio y esperiencia en los negocios.

Quiso, pues, la Junta templar los resentimientos de Morla: desvanecer con buenas palabras sus agravios repetidos. Pero al propio tiempo recordó á Morla que

ella tenia legítima autoridad para mandar, y que nada demostraba mas sus talentos y su lealtad heróica que la prontitud con que se prestó á reconocerla y el empeño con que, usando del poder que le daba el cargo que ejercia, compelió á todos los de esta provincia á que la obedeciesen. „Esto es lo que verdaderamente honra á V. E. (le decia en 30 de Setiembre) y pone el sello á sus anteriores é ilustres servicios."

Valiéndose de la lisonja, la Junta creia y creia lo que no podia ser, que Morla siguiese dando á todos el ejemplo de su acatamiento á las disposiciones de aquel poder popular ya cadente, desde la instalacion de la Junta Central en Aranjuez. Morla, al contrario, poseido de indignacion y en fé de la autoridad que le daban sus servicios eminentes y el respeto de los almirantes estrangeros y el amor de gran parte de los vecinos de Cádiz, dirigió otros mas severos cargos á la Junta. "Dice V. A. (esclamaba en 10 de Octubre) que tiene incontestablemente esa Junta autoridad legítima para mandar. No puede haber espresiones mas falsas. ¿Cómo podia el populacho mas soez de Sevilla dar autoridad legítima é incontestable á los que nombró para mandar en *España é Indias* ni en ninguna parte? La autoridad la dieron principalmente, yo como militar mas caracterizado y los demás pueblos por la urgencia y evitar disensiones en tal premura. Para mandar en la provincia con autoridad legítima, se debia componer de diputados elegidos debidamente de todos los pueblos. Estas verdades infalibles digo á V. A.; pero no, y si tal vez lo contrario, al pueblo."

Con su conciencia limpia de todo deshonor, hablaba con tal energía Morla, y con mas aun, cuando la Junta solo respondia á sus quejas diciendo que todo habia sido para él distinciones y favores. „Estoy seguro concluia Morla, que no he solicitado ni un solo grado de subalterno para los que sirven á mis órdenes. Todo lo que he merecido (es verdad que nada he pedido) es la

concesion de honores de la banda (usada por los individuos de la Junta de Sevilla). Ni sabia yo, ni sabia nadie qué honores eran estos. Me la puse por no desairar sus favores; pero la dejé luego que declaró que se adornase con tres bordados de consejero de Estado. Yo quiero ser mas humilde y contentarme con dos."

Así Morla escribia á la Junta Suprema. Estos agravios padecia: estos lamentaba. Tal era su trabajosa fortuna en el gobierno de esta ciudad. Ni queria, ni consentia continuar por mas tiempo en tan soberbia y peligrosa tormenta. Anhelaba un reposo apaciblemente sosegado; y así, embebido íntimamente en estas ideas, rompió el silencio para salir de la cautividad en que vivia desde la muerte de Solano. Por alta ventura y por feliz suerte tuvo el que la Junta Central lo llamase á Madrid. Dejó encomendada la capitanía general al príncipe de Monforte, cuya residencia estaba y estuvo en el Puerto de Santa María y el gobierno de Cádiz al mariscal de campo don José Virues, gobernador que era de Sanlúcar de Barrameda.

A mediados de Octubre partió de Cádiz. La saña de la Junta de Sevilla contra Morla habia pasado á ser indignacion: pero la indignacion y saña en el disimulo y en la esperanza, esperanza de injuriarlo con el nombre de traidor, ó al menos con la de aquella venganza, tan fácil entonces, de atraer sobre su conducta las sospechas populares. Con cuánto dolor, con cuánta verdad enseña á los no indiferentes la esperiencia que las sospechas se borran mal en el alma! Su tinte es indeleble, al menos en la generacion que las escucha. Mas harto se sabe que quien despoja de las legítimas recompensas no tiene seguramente igual poder para despojar del mérito.

Morla en tan varias y temibles circunstancias habia demostrado una inteligencia y una energía superiores á las esperanzas de los mismos que tenian un alto concepto de sus excelentes prendas. Murmurarian de él los

desfavorecidos y los desesperados; pero la memoria de su honradez y su talento dura aun entre los gaditanos. La Junta Suprema comenzó á destruirla: pero no acabó de asolarla. Morla se halló en Madrid, cuando Napoleon con un poderoso ejército se dirigió á aquella villa. Desde luego habló Morla con aquella franqueza, antigua en él y hasta envegecida, que ofendia á las turbas porque no engañaba. Madrid no podia, en su opinion, defenderse sino de una correria ó sorpresa. Creia un acto de demencia ó estúpida ignorancia esponer la antigua corte á los rigores de un asedio formal, cuando no habia medios para la resistencia. Prevaleció el parecer contrario. Morla artilló lo mas convenientemente que era posible los puntos que permitian alguna defensa: repartió armas, de las cuales muchas fueron vendidas, en vez de servir para el combate de los enemigos: el populacho, mal regimentado y peor sufrido para la obediencia, *gritaba vencer ó morir, cuando se trataba de suspension de armas y huia cuando era atacado.*[1]

¿Qué podia, pues, hacer Morla contra un ejército aguerrido, resuelto á acabar con la villa de Madrid ó acabar en ella? Muy secretamente desconocido pasó en compañía del gobernador don Fernando de la Vera á media noche al campo de Napoleon, quien lo recibió con altivez sañuda, irritado así por la ignorante resistencia del populacho como por el recuerdo de la rendicion de la escuadra de Rosily y mal cumplimiento de lo capitulado en Bailen. Morla con su fácil elocuencia, que parecia meditada y era nativa, consiguió una capitulacion ventajosa. No quiso abandonar la corte á merced de las turbas, y prefirió ser prisionero de guerra á entregarse al injusto furor de la Junta central. Al dia siguiente de la capitulacion, pasó á visitar á José Bonaparte. No halló en él un hombre de vida depravada,

1 Palabras de Morla en su parte á la Junta.

de pésimas inclinaciones y de vilísimas costumbres, como repetia el ignorante vulgo sin saber el engaño que debajo de aquellas palabras corria, sino un príncipe, colmado de todas las ideas de virtud, propias de un soberano que aspirase á emular las glorias de Marco Aurelio.

Desde aquel instante borró en su alma un pensamiento con otro. Habia visto el malogro de las primeras victorias, el desórden de las Juntas, la prepotencia de Napoleon. Consideraba que los pueblos no pueden muchas veces jugar impunemente con la desdicha entre la revolucion de los sucesos de la fortuna; y así el hombre que habia contribuido tan eficazmente á dar importancia á la guerra, el que habia juzgado el saqueo de los generales franceses prisioneros, hecho ilícito en las formas, pero justo en su esencia, el que habia sido el alma de la alianza con Inglaterra, el que espontáneamente habia aconsejado á Spenser el plan de campaña que deberia seguir el ejército libertador de Portugal, el que tambien de un modo espontáneo y guiado de la mas viva odiosidad contra Napoleon, escribia á lord Canning que el medio de destruir al coloso de Europa era acometer á Francia por los Pirineos con un ejército de doscientos mil hombres, y para acabar de consternar al enemigo apoderarse de la Martinica y Barbada, escribió á la Junta central con alientos de hombre de bien y satisfaccion de su inocencia, bañando en altos sentimientos la pluma y señalando cada línea con un consejo. El principal se reducia á que mandase la Junta al gobernador de Cádiz que no consintiese que los ingleses se fortificasen en esta ciudad ni en sus inmediaciones.

Terminaba diciendo: "Como consejero de estado, ví ayer al Príncipe José, designado nuestro rey y objeto de los sarcasmos del populacho; y aseguro con toda la ingenuidad que me es propia, que hallé un sabio filósofo, lleno y aun entusiasmado de las mas sanas máximas

de moral, de humanidad y aficion á los pueblos sobre que su suerte lo haga dominar.[1] La Junta central, dominada por la indignacion, calificó á Morla de hombre que en tiempos bonancibles habia manifestado una lealtad y un patriotismo aparentes, y un valor y una ciencia militar que no tenia: de hijo expurio de la patria que abandonándola en los instantes del peligro, sellaba con tal hecho su cobardía y se entregaba á la infamia y á la vergüenza.

Así perdió Morla todos los títulos de respeto de que andaban tan pródigamente liberales las Juntas, para él en otro tiempo, tan avaras. Pero él despreciaba lo mismo sus injurias que sus alabanzas. ¿Qué podian hacer contra la fortaleza de su alma los vituperios? ¿qué contra un hombre jamás desenfrenadamente poseido de la ambicion? ¿qué contra quien juzgaba el esceso de los honores ignominia y humillacion aquellos aplausos, que lastiman la razon y la fama?

Acabó Morla su carrera como la acaban muchos en las revoluciones: elogios exagerados en los principios, y execracion en los fines. Para los mas fué un cobarde y un fingido partidario de la causa de nuestra independencia, y el mas malicioso de los que fueron sus maliciosos defensores. Pero Morla nunca fué acepto á Napoleon, ni empuñó las armas contra su patria.

El vuelo funestamente rápido del tiempo con la mas cruel y nunca interrumpida fuerza minó la existencia de Morla, dejándola bien pronto en un estado tan decadente que apenas bastaba á llamarse vida. Sus padecimientos de la vista, que ya esperimentaba en el gobierno de Cádiz, se le acrecentaron luego. El novelero vulgo referia que de llorar inconsolablemente las injurias que le dijo Napoleon, perdió Morla la vista; y que ni aun así sus ojos supieron morir enjutos.

Arrebatado del sitial de la fortuna y de la sombra

1 Madrid: 7 de Diciembre 1808.

de los laureles y colocado en vida á la de un ciprés, vivió todavía algunos años á sentir las atrocidades cometidas en nuestra patria durante la guerra, mas para sepultadas en lágrimas que para reducidas á la memoria.

Espiró sin poder suplir con la vista sus cláusulas ya muertas en la lengua para dar el postrimer á Dios á su patria. En esta provincia donde lanzó el suspiro que es tambien la primera respiracion del humano aliento, muy vivas han quedado sus memorias, como de persona en quien tanto resplandecian cualidades eminentes. Ningunas flores ha deshojado la elocuencia sobre su cadáver.[1]

1 Creo de un gran interés histórico publicar todos los documentos, inéditos hasta ahora, que he podido haber, referentes á la rendicion de la escuadra francesa. Notables son las intimaciones de Morla. No lo son menos las respuestas de Rosily, escritas con la mayor concision y dignidad.

Sr. Almirante.—La Nacion Española, religiosa, amante de sus Soberanos, fiel y leal á ellos, y siempre valerosa con honor, no ha podido ver sin una irritacion la perfidia con que la Francia se ha apoderado de nuestro amado monarca sin guerra declarada, y con apariencia de cordial amistad. Su insurreccion ha sido general en todas las Provincias, y declarádose mas ó menos pronto, aunque con muy poca diferencia de dias. En Sevilla, Capital de Andalucía, se ha erigido una Junta Suprema de Gobierno, á la que obedecemos. Esta no puede ver con indiferencia, que cuando ya las tropas de la Nacion Francesa obran hóstilmente en nuestros Pueblos, esté en este Puerto armada y enarbolando el pabellon francés la Escuadra del mando de V. E. En consecuencia. me ha ordenado que intime á V. E. una pronta rendicion y de lo contrario emplee todos los medios que dicta el Arte, y están en mi poder para batir la Escuadra hasta rendirla.

A este efecto doy á V. E. dos horas de tiempo para que se resuelva á la rendicion; mas negándose á ella despues de este tiempo, ó viendo en él hacer cualquier movimiento, soltaré mis fuegos de bombas y balas rasas, (que serán rojas si V. E. se obstina): atacará la Escuadra Española, y tambien las fuerzas sutiles. En fin la Escuadra Inglesa estará á la boca del Puerto para que no quede el menor recursó.

La efusion de sangre siempre es dolorosa á quien tiene sentimientos de humanidad; pero mucho mas cuando se derrama sin la menor esperanza de suceso, como no la puede tener V. E. Además, irritado el Pueblo mucho mas con vuestra obstinacion, y el mal aunque corto, que nos pueda hacer, no respondo de su venganza sobre inocentes víctimas. Conozco el honor militar, y no seria capaz de intimar á V. E. (á

quien personalmente estimo) cosa contraria á él. Cierto no se manchará este rindiéndose; pues que no puede tener V. E. la menor vislumbre de no ser destrozado, perdidos sus buques, y no solo la vida de sus tripulaciones, sino tal vez otras fuera del Campo de Marte.

Queda de V. E. &c.

Dios &c.—Cádiz 9 de Junio de 1808.—*Tomás de Morla.*

A bord du vaisseau Amiral *Le Héros*, en rade de Cadiz, le 10 Juin 1808.—Monsieur le Capitaine Général.—Je suis fâché de ne pouvoir remplir les intentions de Votre Excellence, mon devoir s'y oppose: je n'ai pas attaqué; je n'en ai pas l'ordre; je reconnais toujours la nation Espagnole comme notre alliée; je continuerai à me défendre.

Je vous renouvelle, Monsieur le Capitaine Général, l'assurance de ma considération très-distinguée avec la quelle je suis: De Votre Excellence, Le très-humble Serviteur.—*Rosily.*

A Son Excellence Monsieur Thomas de Morla, Capitaine Général de la Province.

A bord du vaisseau Amiral *Le Héros*, en rade de Cadiz, le 10 Juin 1808.—Monsieur le Capitaine Général.—Je voudrais moi-même faire amener le pavillon qu'il n'y a pas un individu de l'Escadre qui y consentirait: je sens très-bien qu'il y a de grands motifs d'humanité dans la proposition que Votre Excellence vient de me faire. Je crois qu'on pourrait adopter un milieu; ce serait de me laisser sortir de Cadiz avec l'assurance bien positive que les Anglais me donneraient quatre jours sans venir après moi, ni sans envoyer de découvertes; je demande ce nombre de jours parceque quelques uns de mes vaisseaux marchent mal.

Agréez, Monsieur le Capitaine Général, l'assurance de ma haute considération avec laquelle je suis: De Votre Excellence, Le très-humble Serviteur.—*Rosily.*

A Son Excellence Monsieur Thomas de Morla, Capitaine Général.

Excmo. Sr.—Si el cumplimiento de nuestras sagradas obligaciones estrecha á los gefes militares hasta cierto punto, la razon, la justicia, y sus propios intereses deben escuchar la voz de la humanidad, de la equidad, y del derecho de gentes. V. E. en el ataque, que ha sufrido hasta ahora con su escuadra, no puede dudar haber llenado sus deberes, ni recelar el mas pequeño perjuicio ó mancha en su opinion, y al honor del pabellon. La continuacion de su defensa, la obstinacion en no rendirse, podrá atraer sobre V. E. y sus súbditos la ojeriza del pueblo, el que además, sin autorizacion del Gobierno, podria cebarse en inocentes víctimas. Pido á V. E. reflexione sobre este particular, sobre la inutilidad de su resistencia, y se persuada, que de no asentir á la rendicion que le intimo por segunda vez, usaré de todos los medios vigorosos con que me hallo para destruirlo, haciendo á V. E. un estrechísimo cargo, como responsable de todos los perjuicios y desastres que se originen en consecuencia.

Creo que V. E. no dudará del fino afecto que profeso á su persona y mérito, y que en cuanto me sea particular, es, Sr. Almirante, su mas apasionado servidor Q. S. M. B.—Cádiz 10 de Junio de 1808.—*Tomás de Morla.*

A bord du vaisseau Amiral *Le Héros*, en rade de Cadiz, le 11

Juin 1808.—Monsieur le Capitaine Général.—Forcé de me défendre à cause des inquiétudes que mon état armé inspire au peuple de cette Province, j'ai proposé hier à Votre Excellence, pour le tranquilliser, de sortir de la baye: en cas que les Anglais ne puissent l'accorder j'émets l'idée de débarquer mes moyens d'attaque, conservant à bord mes équipages; je ne hisserai aucun pavillon; on me donnera des ôtages pour notre sureté, celle de mes malades et de tous les français à Cadiz et dans la Province, leurs propriétés nationales et particulières; j'en donnerai également; on me fournira, en payant, comme je l'ai fait jusqu'à ce jour, les rafraîchissemens, l'eau et les vivres qui me seront nécessaires; enfin je passerai par toutes les conditions qui pourront concilier mon honneur et celui de ceux qui servent sous mes ordres, avec la tranquillité publique.

Privé, par ma proposition, de moyens de défense contre l'ennemi extérieur je demande sureté contre lui.

Si Votre Excellence agrée l'idée que je présente on pourra nommer de part et d'autre des commissaires pour conclure avec détail un accord basé sur ces principes.

Recevez, Monsieur le Capitaine Général, la nouvelle assurance de ma considération très-distinguée avec laquelle je suis: De Votre Excellence, Le très-humble Serviteur.—*Rosily*.

A Son Excellence Monsieur Thomas de Morla, Capitaine Général de la Province.

Excmo. Sr. Almirante Rosily. —Prescindiendo de ciertas proposiciones ó demandas del oficio que he recibido de V. E., dictadas por su honor, aunque sin duda conocia que eran incompatibles con el mio, pero que desde luego creo depondrá V. E., aun estoy en el caso de no poder tratar de una rendicion que no sea absoluta por falta de facultades, y no permite mi honor ni carácter faltar jamás á lo que prometo. De aquí es, que teniendo solo órdenes de la Junta Suprema para rendir la escuadra del mando de V. E., no puedo entrar, sin consultarla, en condiciones. Asimismo, me es preciso tratar con los gefes ingleses; pues sin su anuencia no puedo comprometerme.

Por esta razon suspenderé mis ataques hasta evacuar estas dos diligencias, sin dejar de prepararme para atacar, si aun fuere preciso.

Nada se opone á la individual estimacion y aprecio que hace de V. E. este su muy afectísimo y seguro servidor Q. S. M. B.—Cádiz 11 de Junio de 1808.—*Tomás de Morla*.

Exmo. Sr. Almirante Rosily. —Despues de consultar la Suprema Junta de Sevilla, y acordar con el Almirante inglés, digo á V. E. que por última vez intimo la rendicion absoluta de los cinco navíos y una fragata de su mando, concediendo solo la seguridad de los prisioneros, y sus equipages. Me seria muy sensible que V. E. no accediese á ello, porque no podré contener la irritacion general, al ver la obstinacion, ya fuera de órden, de vuestra defensa: demasiado ha hecho V. E. para su gloria, y honor del pabellon.

No por eso deja V. E. de obtener la particular estimacion que le profesa este su afecto y seguro servidor Q. S. M. B.—*Tomás de Morla*.

Cádiz 14 de Junio de 1808.

A bord du vaisseau Amiral *Le Héros*, en rade de Cadiz, le 14 Juin 1808.—Monsieur le Capitaine Général.—Je me vois forcé par tous les moyens que vous avez réunis contre moi à vous remettre les vaisseaux; je n'oppose pas plus de résistance parce que je crois qu'il est de l'intérêt des deux nations de ne pas les détruire. Quand bien même Votre Excellence ne m'eût pas annoncé sureté pour la personne et la propriété de mes équipages; je compte trop sur la loyauté Espagnole et la générosité particulière de votre caractère pour avoir la moindre inquiétude à cet égard.

Je desire que Votre Excellence n'envoye au premier moment que fort peu de monde pour faire évacuer vaisseau par vaisseau les équipages, pour éviter le désordre qui n'arrive que trop souvent dans ces occasions.

Suivant les coûtumes de la guerre je vous prie de m'accorder ou me faire accorder l'autorisation d'envoyer un officier près Sa Majesté l'Empereur pour lui rendre compte de ces événemens.

Je suis, Monsieur le Capitaine Général, avec la plus haute considération: De Votre Excellence, Le très-humble Serviteur.—*Rosily*.

A Son Excellence Monsieur Thomas de Morla, Capitaine Général de la Province.

Gaditanos: la escuadra francesa, al mando del almirante Rosily, acaba de rendirse á discrecion, confiada en la humanidad y generosidad del pueblo español.—Cádiz 14 de Julio de 1808.—*Morla*.

A bord du vaisseau *Le Héros*, en rade de Cadiz, le 24 Juin 1808. —Monsieur le Capitaine Général. —J'ai eu l'honneur de vous écrire le 20 de ce mois pour vous rappeler la demande que j'avais faite à Votre Excellence le 14 Juin, lors de ma reddition; elle est conforme à tous les usages reçus et je la regardais comme partie de la condition sous laquelle je me rendais; laissant le reste à discrétion et à la loyauté de la Nation. Cette demande me regarde personnellement et est pour moi du plus grand intérêt. Monsieur Le Roy passe en France et pourrait bien porter mes lettres; mais il n'y a qu'un marin qui puisse expliquer les choses dont il aura été témoin dans mon événement.

Je ne vois pas quel intérêt national puisse être opposé à une demande aussi juste et de laquelle peut dépendre mon honneur, mon bonheur futur et celui des miens. Je puis répondre que l'Officier que j'enverrai, qui est un de mes adjudants, est un homme sage et discret, incapable de se mêler d'autre affaire que celle dont je le charge.

J'ai cessé le combat par motif d'humanité, voyant qu'après tous mes efforts j'aurais succombé; mais cette humanité a réjaillie sur les Espagnols, comme sur nous; car, nous aurions pû entraîner bien du monde dans notre perte; enfin, je vous renouvelle, avec instance, Monsieur le Général, cette demande, que j'ai dû regarder, lors de ma reddition, comme accordée, puisqu'on n'y a pas fait d'objection dans le temps, et que c'est un usage reçu par toutes les nations.

La libéralité de Monsieur l'Amiral Lord Collingwood m'est trop connue pour n'être pas certain d'avance qu'il m'accorderait le passavant pour cet Officier, d'autant qu'il s'engagerait même à ne pas servir avant son échange.

Agréez, Monsieur le Capitaine Général, la nouvelle assurance de ma considération très-distinguée,

avec la quelle je suis: De Votre Excellence, Le très-humble Serviteur.—*Rosily*.

A Son Excellence Monsieur Thomas de Morla, Capitaine Général de la Province.

Sr. Almirante Rosily.—Jamás he sido capaz de faltar á la verdad y sencillez propias de un hombre de bien. V. E. me ofenderia gravemente pensando lo contrario. No deja de ofenderme en su carta de ayer, hablando, por mejor decir, reconviniéndome sobre que no cumplo lo que tácitamente ofrecí cuando la rendicion. A pesar de la práctica y Autores que autorizan semejantes hechos, mi carácter se opone á ello. Pero aun cuando yo hubiese prometido, nunca podré cumplir sino lo que está en mi arbitrio. Díceme V. E. que hubiera podido obstinarse en su defensa. Demasiado tenaz fué en ella: sola mi humanidad hubiera resistido á las instancias, clamores y algo mas para que incendiase y volase su Escuadra; y temia mucho estar obligado á acceder á ello.

Háblame V. E. de las Leyes de la Guerra. ¿Pero puede haberlas en la actual en que toda una Nacion irritada, entusiasmada y cuasi en delirio clama por su Soberano aprisionado por engaño, y por la sangre que han derramado entrando á título de amigos sus tiranos y opresores? ¿A dónde está la prudencia y moderacion que tanto resplandecen en V. E.?

Viniendo al hecho digo: que no me ha respondido la Junta Suprema de Sevilla acerca del envío de un oficial Francés, y he instado segunda; y que con su respuesta en caso favorable instaré segunda vez al Lord Collingwood por pasaporte; que es cuanto puedo y me toca hacer.

Pronto se publicará un papel que dejará el honor y valor de V. E. en el alto grado que se merecen.

Repito á V. E. que nadie ama y aprecia mas sus virtudes personales que este su mas afecto y seguro servidor Q. S. M. B.—Cádiz 25 de Junio de 1808.—*Tomás de Morla*.

CAPITULO III.

Prisioneros franceses en Cádiz.—Sagacidad del contra-almirante inglés Purvis.—El que se decia Alcalde de Móstoles.—Venida del marqués de Villel.—Tumulto contra su persona.—Extravagancias del populacho.—El guardian de Capuchinos aclamado gobernador de Cádiz.—Asesinato de Heredia.—Ridículo fin del tumulto.—Recepcion triunfal del embajador inglés.—Tentativas de otro tumulto por el conde del Montijo.—Nueva Junta de Gobierno en Cádiz.—Su primer acuerdo.

Habia engañado traidoramente su esperanza á los prisioneros franceses. Clamaban en vano por su patria, aquella patria que tan tarde habian de ver: algunos espíritus entre presagos y medrosos creian que en la capitulacion de Bailen estaba insidiosamente escondido el pensamiento de quebrantarla. La tardanza del gobierno británico en prestar su conformidad á ella llenaba de pavorosa consternacion á los prisioneros en aquel glorioso combate que habia causado tan grande asombro, como suceso que no habia cabido ni aun en las veleidades de la esperanza de un pueblo frenéticamente agitado. Mal disimulaban el sentimiento unos y el despecho otros.

Habló al fin el gabinete inglés: no se oponia á la traslacion de los franceses á su patria, pero exigia que fuesen en divisiones de á cuatro mil hombres cada una y en barcos mercantes, desarmados y con tripulacion de españoles. No habian de llegar á puertos de Francia bloqueados por las escuadras inglesas; y como Rochefort lo estaba, el permiso podia usarse desembarcando los prisioneros en algun otro puerto entre Rochefort y Brest con objeto de impedir que los barcos trasportes de las tropas capituladas fuesen detenidos por el gobier-

no francés y empleados hostilmente contra España ó Inglaterra: la segunda division no se haria á la vela hasta que hubiesen regresado los de la primera.

La Junta de Sevilla por decreto de 17 de Noviembre, acordó permitir la vuelta á Francia en buques neutrales á los oficiales de guerra y á los de salud del ejército vencido en Bailen.

Dupont y otros generales ya antes de este acuerdo habian regresado á Francia, así como Vedel, todos embarcándose al pié del castillo de S. Sebastian, pues la entrada en Cádiz les habia sido prohibida enteramente.

Un tumulto en Lebrija asesinó á veinte y dos oficiales franceses.[1] La junta de Jerez de la Frontera, temiendo igual ó mayor desdicha con los mil cuarenta y tres prisioneros que tenia á su cuidado, los hizo trasladar á la bahía de Cádiz. Seis navíos, hechos pontones y custodiados por lanchas cañoneras, servian de albergues á los prisioneros. Las numerosas é impensadas remisiones y falta de víveres ocasionaban alguna vez terribles conflictos. Los mil cuarenta y tres prisioneros de Jerez pasaron cuarenta y ocho horas sin tomar alimento.

En la apresurada huida de Jerez dejaron allí sus equipages, su dinero y sus papeles. Reclamaron una y

1 Thiers con el testimonio de un error, acreditado por nuestros historiadores, dice que prisioneros del ejército de Dupont fueron matados por la plebe de Lebrija, antes del saqueo del Puerto de Sta. María, en Agosto, pero en esto hay engaño. Basta leer la comunicacion que la junta de Jerez de la Frontera dirigió al Gobernador de Cádiz en 7 de Diciembre de 1808. "Acaba de tener noticia esta Junta (empieza así) de que con motivo de cierta órden de la de Sevilla, dirigida al pueblo de Lebrija y llegada á él en la mañana de este dia á la hora de las diez, para que todo su vecindario se armase y encaminase á aquella para defensa de la patria, se suscitó un crecido tumulto y acometió al castillo en que se hallaban alojados los oficiales prisioneros franceses, todos los cuales, hasta el número de veinte y dos que en él existian, han sido víctimas del furor del pueblo."

La Junta de Jerez, queriendo precaver en su ciudad un desastre parecido, dispuso que en la noche de aquel dia todos los prisioneros que allí tenian fuesen trasladados al Portal y de allí al navío la *Guardia* para preservarles las vidas.

otra vez por sus prendas, y el capitan general Príncipe de Monforte solo accedió por el momento á que se les restituyese el dinero que tenian en monedas estrangeras. Insistieron los prisioneros en pedir todo cuanto les pertenecia, y terminaron la demanda con estas juiciosas y dignas razones. "Podríamos sin duda con la ingenuidad que conviene á militares oponer á V. E. que si los derechos de la guerra permiten al vencedor despojar al vencido en el campo de batalla, condenan todas las vejaciones que se cometen con los prisioneros fuera de los terribles instantes en que el soldado en el frenesí de la victoria puede olvidar sin delito todo el respeto que debe á un enemigo abatido y sin defensa: pero V. E. lamentará sin duda estos efectos de una venganza tan tardía como ciega é irreflexiva contra soldados cuyo primer deber es la obediencia, y á quienes sin injusticia no pueden tomarse cuentas de las inevitables desgracias de una lucha de que ignoran y deben ignorar las causas".[1]

Estas razones no podian ser comprendidas por los pueblos. Exactas eran; pero el espíritu de lealtad habia degenerado en furor. En los franceses veian solamente no solo á los enemigos de la patria sino á los de Dios. Ellos habian profanado los cálices sagrados, primero con los brindis y despues con el desprecio. Los pueblos querian, pues, que fuesen los franceses perseguidos, y que no lo pareciesen porque no encontrasen compasion en su desventura.

1 Nous pourrions, sans doute, avec la franchise qui convient à des militaires, objecter à V. E. que si les droits de la Guerre permettent au vainqueur de dépouiller le vaincu sur le champ de bataille, elles condamnent toutes les vexations qu'on commet envers des Prisonniers hors de ces momens terribles où le soldat, dans l'ivrésse de la victoire, peut oublier sans crime, tout ce qu'on doit d'égards à un ennemi abattu & sans défense..... mais vous gemissez, sans doute, Monseigneur, de ces effets d'une vengeance aussi tardive qu'aveugle & irréfléchie envers des soldats dont l'obeissance est le premier devoir, & qu'on ne peut sans injustice, rendre comptable des malheurs inévitables d'une lutte dont ils ignorent & doivent ignorer les motifs.

Desnudos del fausto de la dicha, moraban en los pontones los prisioneros. Allí en reducido espacio estaban millares de hombres, y no pocos enfermos, y tan pobres todos y en tal opresion que hasta el aire parecia que les faltaba para formar un suspiro. La imaginacion, verdugo infame de los hombres de bizarros alientos, de tal suerte atormentaba á los de mas espíritu que muchos miraban como lástima sus propias vidas. Unos no sabian con qué suerte de tristeza habian de sentir la pérdida de su libertad que tan ansiosamente pretendian. Rogaban con la mas viva elocuencia los desvalidos, los agraviados y los mal contentos de sus esperanzas á las autoridades de Cádiz; pero estas inculpables acciones de los prisioneros eran presentadas por la calumnia con aquel disfraz cauteloso que halla fácil crédito en la ignorante ligereza del vulgo.

Otros no consentian que se asomase á sus labios una queja, ni daban otras señales de que no eran insensibles sino en que padecian; y aunque procuraban engañar sus sufrimientos ó regalar sus males con la esperanza, las penas dejaban convertidos sus rostros en retratos poco parecidos á sí mismos.

Militares llenos de virtudes y colmados de hazañas que merecian el honorable nombre de valientes, apenas conservaban en su cautividad el recuerdo de unas memorias que debieran ser eternas. Al pensar en sus esposas y en sus hijos parecíanles que tardaban mas los dias y que eran prolijas las horas. Arrebatados sobre su razon misma, quisieran abrir á los tiempos venideros sus archivos y robarles entre los secretos mas reservados el de la hora de su libertad que querian que llegase; pero precipitada, y no de otro modo, porque era para su impaciencia poco el que corriese presurosa. Así pasaban dias y dias en estos silenciosos éxtasis en que tenian mas allá de sí el alma.

Otros con los corazones tristemente despechados, mataban la sed de su libertad y de volver al seno de

sus familias con sus lágrimas. Algunos, mas abandonados aun al desaliento, creian que solo la muerte podia cerrar las heridas de su alma y enjugar su llanto, aquellas heridas del alma que se desangran por los ojos.

Las aguas del mar plácidamente inquietas parecian solo las destinadas á oir los desfallecidos, continuos y lastimosos suspiros de los prisioneros.

Las salvas de artillería y los repiques de campanas, con que se solemnizaban las victorias de los españoles, eran las únicas nuevas de la guerra que llegaban á sus oidos.

Tambien esperimentaban igual desdicha en los pontones los franceses que desde tiempos antiguos ó desde los años mas antecedentes residian en Cádiz y su provincia. Reclusos habian sido ejecutivamente apenas tuvo principio la revolucion: mas tarde fueron llevados á los pontones. Recogidos en un buque pequeño y sin abrigo, mas que recogidos parecian amontonados; espuestos á las inclemencias rigorosas de las estaciones unos hombres acostumbrados siempre á la comodidad de sus casas, muchos ancianos y sujetos á enfermedades, otros mal convalecidos, sufrian doblemente con el desvalimiento á que estaban reducidas sus familias: las esposas sin tener otra cosa que dar á sus tristes hijos cuando les pedian pan sino lágrimas. Eran franceses estos por naturaleza, pero ya los enlaces los habian hecho españoles: su particular sosiego, la seguridad y el bien de sus familias todo los obligaba á no proceder contra una nacion que era la patria de sus hijos.

Mas en la inquietud que agitaba á los espíritus era, juez, reo y verdugo el nombre de franceses y no su conducta. Las sospechas y el peligro podian servir infatigablemente de guardianes á los franceses, enlazados con familias españolas, para responder de sus intentos.

La Junta de Cádiz habia próvidamente dispuesto recluir á los franceses, no como castigo, sino con el nom-

bre de asegurarlos de las iras del pueblo, pues su presencia daba motivos mil de alteracion constante á los turbulentos espíritus. Mal agradeciendo esta humanidad desacostumbrada, veian solo los franceses no su seguridad sino la perdicion de sus familias. Interiormente voces proféticas, bien acreditadas cuanto cumplidas, les habian indicado su desventura. Palpitaba el juicio dentro de sus almas para representar á la Junta sus recelos; pero temerosos por una parte de que se creyese que intentaban oponer la obstinacion á la porfía con dañados fines, y por otra que mal interpretadas sus palabras el furor del pueblo se vengase en sus personas y en las de sus hijos, dejáronlos en Cádiz y en el mayor conflicto, y obedecieron sin que aun hubiese ni la resistencia de la súplica.

En los primeros dias, cuando estaban en el castillo de Santa Catalina treinta y cinco de los detenidos ya necesitaban recibir del gobierno su subsistencia; pocos meses despues, y en uno de los pontones, ascendió el número de estos á doscientos veinte. Sus familias gemian en el forzoso abandono; mujeres sin maridos, hijos sin padres en la indigencia fueron las inocentes víctimas del pretendido amparo y de la estraña proteccion de la Junta de Gobierno.

Cádiz fué el anticipado sepulcro de muchos infelices á quienes sirvió de cuna.

El cariñoso afecto de Cádiz se acrecentaba mas y mas en favor de los ingleses, de los ingleses que dia por dia daban á los gaditanos inequívocas pruebas de la sinceridad de su alianza.

Collingwood antes de salir de Cádiz el 25 de Agosto, dirigió á Morla un testimonio de su gratitud por las deferencias que este habia manifestado así á su persona como á los demás oficiales ingleses. No menos agradecido quedaba el ilustre almirante á la amistosa acogida que todos habian encontrado en los gaditanos, cuya felicidad y cuyos bienes no solo le causarian sumo placer,

sino que consideraba uno de sus deberes el promoverlos.[1]

El cónsul inglés don Diego Duff se habia alistado en el cuerpo de voluntarios distinguidos para compartir con ellos las fatigas de la guarnicion de Cádiz. En prueba de confianza y de aprecio fué nombrado capitan. „Yo me consideraba suficientemente honrado con el distintivo de soldado de aquellos batallones de línea„ decia este caballero al recibir y aceptar el nombramiento.[2]

El contra-almirante Juan Cárlos Purvis, que quedó con el mando de la escuadra inglesa á la vista de Cádiz, no bien supo la capitulacion de Madrid, comenzó á abrigar graves recelos de que si un ejército francés bajaba inopinadamente á Andalucía se apoderase del arsenal y con el arsenal, de nuestros buques de guerra, adquiriendo así Napoleon un poder marítimo de que carecia. Ninguna providencia se habia tomado para la defensa del arsenal: ninguna para salvar los buques en el caso de un conflicto. Con una astuta cortesanía, para no ofender la delicadeza de nuestros generales, suplicó al gobernador que confidencialmente le manifestase lo que hubiese determinado para la hora de un peligro tal con objeto de coadyuvar á la salvacion de la escuadra española.

"Debo presentar á V. E. mis escusas, (terminaba su peticion) por la libertad que me estoy tomando de solicitar de este modo un informe confidencial con respecto á la parte de los arreglos que conciernen á los buques; pero estoy inclinado á pensar que será recibida por V. E. del modo favorable que mi intencion me dice que merece."[3]

1 I beg to return to your Excellency my best thanks for the polite attentions you have been pleased to shew me and the English officers, and to express to you my extreme gratification at the friendly reception we have met from the people of Cadiz, whose interests and happiness will always give me pleasure, and I hope it will hereafter always be my duty to promote them.

2 Carta al general Virues á 23 de Noviembre de 1808.

3 I feel it necessary to make my apologies to your Excellency for the liberty I am taking in thus so-

Ni el gobernador Virues, ni el capitan general Príncipe de Monforte sabian qué responder á Purvis; pero pasaron á la Junta central una copia de la voz de aviso que nos daban los ingleses. La Junta acordó que todos los buques de la real armada que se hallasen en estado de navegar se artillasen y arbolasen, para que en el caso de aproximacion de enemigos pudieran colocarse convenientemente en la bahía fuera de tiro, y que los que no estuviesen aptos para esta operacion, sirviesen de baterías flotantes en la Carraca con objeto de flanquear los caños.

Las autoridades de Cádiz vivian siempre en contínuo sobresalto. Fingíanse conspiraciones de los prisioneros para adquirir la libertad por quienes querian de esta suerte alegar servicios ó concitar contra la desdicha la última de todas. Otras veces el conde del Montijo en comunicaciones, firmadas con el seudónimo del *Alcalde de Móstoles*, escitaba sospechas contra determinadas personas ó promovia inquietudes con algun fin oculto á la historia.

Y al llegar aquí, no juzgo inútil desvanecer el error de algunos escritores que al narrar los gloriosos hechos de la guerra de la independencia han asegurado que el *Alcalde de Móstoles*, al saber los sucesos del 2 de Mayo, envió comunicaciones á los principales pueblos diciendo que *Madrid perecia víctima de la perfidia francesa*, y escitando á los españoles á acudir á las armas. No han comprendido los que tal escribieron, que si tal Alcalde hubiera dirijido las cartas que se supone, de su nombre hubieran ido firmadas, y que el estilo de ella no es el de un hombre rústico, sino el de una persona culta.

El conde del Montijo, agitador de Madrid, lo fué

liciting a confidential communication with respect to that part of the arrangements which relate to the Ships, but I am much inclined to think it will be received by your Excellency in the favorable manner which my mind tells me it deserves.

tambien de toda España: con ese seudónimo escribió aquella carta, y con ese otras muchas que existen en los archivos de esta ciudad, y donde el autor confiesa ser un caballero andaluz que desde el principio de la guerra se habia propuesto comunicar á las autoridades las noticias mas convenientes á la gloriosa empresa de combatir á los enemigos de la patria. La figura, pues, del *Alcalde de Móstoles*, queda desde hoy, no tan poética como la pintan los historiadores, sino mas verdadera.[1]

Pasando ahora de la digresion á la historia, bien pronto un nuevo motin contra una persona de gran autoridad, conturbó nuevamente á Cádiz. A principios de Enero de 1809 llegó á esta ciudad don Juan Antonio Fivaller, marqués de Villel y conde de Darnius, vocal de la Junta Suprema por Cataluña. Venia comisionado para preparar la defensa de Cádiz y atender á su gobierno. Las autoridades todas debian estarle enteramente sometidas. El marqués de Villel debia ejercer las mas soberanas atribuciones.

En una proclama, para acreditar de sagaz á la Junta, indicó que en esta ciudad hubo un gefe corrompido que intentó venderla al enemigo; pero que aquella previno ya sus intentos y sacó de Cádiz al traidor, alusiones todas á Morla.[2]

1 Uno de los documentos del fingido Alcalde de Móstoles, dice así:

"Excmo. Sr.—Soy un caballero andaluz, que desde que se levantó Sevilla, me juramenté de dar á la superioridad toda clase de noticia que pueda servir para la defensa del reino y beneficio de nuestra Nacion española: en esta inteligencia participo á V. E., que si se presentasen en esa tres frailes de Santo Domingo, puede mandarlos prender, pues son tres oficiales franceses que están de espías para descubrir las fuerzas que tiene España: puede V. E. estar con cuidado, seguro que es evidente cuanto le digo, pues es plaza interesante esa de Cádiz.

Dios guarde á V. E. muchos años. Diciembre 17 de 1808.—*El Alcalde de Móstoles.*"

Excmo. Sr. Gobernador de la ciudad de Cádiz.

2 La proclama de Villel, fecha 5 de Enero de 1809, empezaba así: "Habitantes de Cádiz: vuestra seguridad y defensa ha llamado toda la atencion del gobierno. Un gefe falaz y corrompido trató de venderos y entregaros al enemigo; pero la vigilancia de la Su-

Era el marqués de Villel alto, bisojo y de faz melancólicamente ceñuda, soberbio, caviloso, presumido y obstinado, en las resoluciones imprudente, tardo en la ejecucion, firme y minucioso en investigar y combatir lo ageno de importancia, y en todo infelicísimo. Aparentaba haber admitido el cargo mas por agrado que por ambicion. Adoptó algunas providencias importantes y bien recibidas: procuró poner la ciudad en buena defensa, para que otros la hiciesen en caso necesario valerosa: trató de que fuesen trasladados á las Islas Baleares los prisioneros franceses, pues mas de dos mil quinientos habia enfermos de calenturas tifóideas, efectos de la aglomeracion en los pontones, y para cuyo alivio no bastaban unas fragatas habilitadas de hospitales. Pero al propio tiempo, molestaba al vecindario con su manera de gobierno: privaba de la libertad civil á todos: mezclábase en asuntos domésticos: prohibia las tertulias y bailes: infelizmente fervoroso en su despotismo habia creado en el pueblo un odio entrañable contra su persona.

Sucedió en esto que la Junta Central dispuso que el batallon de cazadores, voluntarios estranjeros, desertores de los ejércitos de Napoleon, viniese á guarnecer á Cádiz.

Enemigos personales del marqués, ó algunos de los que querian desacreditar á la Junta Central, como inhábil para la gobernacion del Estado, hiriéndola en uno de sus miembros, esparcieron por el populacho la

prema Junta gubernativa del reino previno el daño, y sus pérfidas tramas solo han servido para descubrir y sepultar en el fango de su vileza al traidor."

La Junta Suprema insertó en la Gaceta del Gobierno (Sevilla 6 de Enero) la capitulacion de Madrid y la carta de Morla, con la nota siguiente:

"Don Tomás de Morla, autor de esta carta oficio, que lo es asimismo de la capitulacion que la precede, es aquel gefe falaz y corrompido de que se habló á Cádiz en la proclama que hizo á su leal vecindario en 5 del presente el Sr. marqués de Villel, de cuya superior órden se dá al público este aviso para que no quede perjudicada la opinion de otro vasallo alguno."

voz de que eran *polacos* adictos á Napoleon los que venian á Cádiz: que los voluntarios distinguidos iban á ser desarmados por ellos: que la Junta estaba vendida á los franceses, y nuestros ejércitos todos dispersos y ocultas las noticias oficiales para engañar á la patria, estímulos todos de irritacion al pueblo. Se encendia de este modo la desconfianza, vistiendo el traje de los pensamientos del vulgo el engaño.

Pocas veces es razon la malicia, y en el suceso presente era mayor que nunca. Las turbas mas prontas á tomar las armas para maldades que para defensa del interés comun, se conmovieron prontamente; y guiadas por consejos siniestros y con obstinacion endurecida, al amanecer del dia 22 de Febrero, ya estaban en completa sedicion, así en el barrio de la Viña, como en el de Santa María, dirijidas por dos hombres de la plebe, acreditados por su siempre infeliz habilidad de levantar motines. Titulábanse cada uno capitanes de sus barrios respectivos, y siempre en mangas de camisa llevaban dos charreteras puestas en los hombros, como distintivos de su dignidad.

No esperaban mas pruebas que el rumor que corria para castigar el delito dé traicion que veian en el marqués. Unos se dirijieron á Puerta de Tierra para impedir á viva fuerza la entrada al batallon que venia marchando: otros á casa del marqués de Villel á exigirle que diese órdenes terminantes para que aquella tropa retrocediese inmediatamente. No hallándose el marqués con fuerzas para oponerse á la violencia, otorgó lo que le pedian, receloso de un siniestro accidente. El mariscal de campo don Félix Jones, que del gobierno del Puerto de Santa María habia pasado al de Cádiz, hallábase tambien vigilado de cerca por las turbas, no tenia arbitrios para contener el tumulto, ni sabia con certeza á qué grado de incremento habia llegado. ¿Qué podia, pues, hacer que no fuese con inútil riesgo de su vida y con mayor aun para el marqués, cuya autoridad era la Suprema de Cádiz?

Gritos amenazadores llegaban á oidos del general. Clamaban traicion y decian que los cañones habian sido clavados para que no pudiesen ofender á los *polacos*. No faltaban entre los amotinados quienes indicasen la necesidad de exterminar á los traidores y señalasen como el primero al anciano general. Pero Fr. Mariano de Sevilla, guardian del convento de Capuchinos, persona de grandes simpatías entre los vecinos del barrio de la Viña, procuraba con sagacidad calmar el furor de los amotinados. Habló al general y ambos convinieron en que para desengaño de los ilusos, pasasen sujetos de toda confianza á reconocer los cañones que estaban en las baterías de Puerta de Tierra. Dió las órdenes el general y la autorizacion al guardian de Capuchinos para que designase las personas. No fueron artilleros ni otra clase de militares, sino dos frailes Capuchinos llamados Fr. Rafael de Castro y Fr. Santiago de Cervera, los cuales seguidos de una gran parte del populacho, llegaron á las baterías, subieron solos, y dieron por buenos los cañones.

En tanto otras turbas, poseidas ya de la desconfianza, ya del entusiasmo, desposeyeron de la Suprema autoridad al marqués de Villey, y aclamaron gobernadores de Cádiz á don Félix Jones y á Fr. Mariano de Sevilla, el cual aceptó el cargo, pero solo con el carácter de su *acompañado*.

Algunos amigos dieron al marqués noticia de los intentos de la plebe y consejo de huir: otros querian que se buscasen arbitrios para reprimir fuertemente los progresos del tumulto, y que se pidiesen con instancia al gobernador efectivos socorros. Pero el marqués creia indigno de su propia honra y de la honra adquirida apelar á la entonces difícil represion del motin por medio de las armas, ó confirmar las desconfianzas del populacho con su ocultacion ó con su huida. Así resolvió desesperadamente con bravísimo teson presentarse en las calles para demostrar que ningun miedo de infeliz

suceso habia asaltado su corazon, y que su escudo era la seguridad en su inocencia. Dirijióse desde su casa[1] al templo de San Antonio en compañía de algunos fieles amigos, para oir misa y entregar á la oracion el alma toda. Cerradas las puertas del templo como estaban, volvió á su casa el marqués seguido de las amenazadoras turbas. Antes le habian obligado á abrir y dar á leer los pliegos que un correo traia para el capitan del Puerto; y al llegar á su casa, dos comisionados de la plebe le pidieron las llaves de las gabetas donde estaba su correspondencia. Entrególas al punto, como hombre forzosamente rendido al infame arbitrio de la canalla. El magistral don Antonio Cabrera se presentó al marqués de Villel y hurtó la oportunidad á los que ya se habian hecho absolutos señores de su persona.

Por su consejo y en su compañía se dirijió el marqués á las Casas Consistoriales, donde lo esperaban la Junta y el Ayuntamiento. Su semblante se habia mudado en pálida imágen de la muerte. Al salir de su casa parecia que saludaba á la muerte con los ojos y que se despedia de la vida.

Las turbas iban detrás y cercándolo. No se escuchaban otras voces que las que dictaba frenética la indignacion, é indignacion de personas ruines. Hallábase aun peor que el condenado á muerte por justicia, esperando la vida por merced, y de gentes las mas miserables. Oprimido por la plebe parecia ir sobre las olas del mar errante y moribundo, como aquel náufrago cuyo gemido no es escuchado con la furia de la borrasca.

Luchaban en el marqués la entereza de su alma y el convencimiento de la catástrofe que le reservaban las turbas. Sus ojos no veian otra cosa que la sangre de Solano, aquella sangre que se conservaba aun fresca en la memoria de todos.

Inclinábanse muchos á buscar piedras, otros le re-

1 En la plazuela de Orta.

petian injurias. Con imponderable fatiga procuraba el magistral Cabrera vencer la obstinacion furiosa de la plebe. Llegó un momento en que los amotinados mas iracundos oprimieron al marqués de tal modo que este creyó perder la vida y compendió en un gemido funesto todo el horror de que estaba poseido, al verse rodeado de caras ya pálidas, ya encendidas, convulsivas, respirando fuego por los ojos, y prorumpiendo en voces estentóreas y temblorosas; pero volviendo sobre sí para aterrar á sus enemigos, lanzó sobre ellos miradas espantosas y apretó sus labios, cual si quisiera morder de rabia su gemido mismo.

Un estrépito de tambores y clarines escitó la atencion de todos y toda la esperanza del marqués. Eran los voluntarios distinguidos de Cádiz, que juntos y acaudillados por su sargento mayor el antiguo teniente coronel don Antonio de Artecona, se dirijian en socorro del desdichado representante de la Junta Central.

Invocó el marqués á Artecona con su mirada, y con toda la intencion de un alma afligida, cual si quisiera salir el alma por la vista á saludar á su salvador. Llegó al fin el marqués á las Casas Consistoriales, rodeado de los voluntarios, y atónito como hombre que estrañaba su misma felicidad.

Allí ante la Junta y el Ayuntamiento, hizo el marqués una protestacion de su inocencia, mostrando afligido y aun turbado el corazon en el rostro. Habló con toda la franqueza que exijía su peligro sin sepultar en el silencio y aun en el olvido hasta lo que pudiera creerse en su desdoro. Pedia á todos confianza en su lealtad, confianza que merecian sus buenos deseos y el cariño que decia tener á Cádiz.

Pero el populacho ante las puertas Consistoriales no cesaba de clamar contra el marqués, acrecentando la cólera femenil aquel tumulto que procuro describir con colores mas verdaderos que hermosos.

Habló el marqués á las turbas desde el balcon,

interrumpidos sus acentos por los del furor de los amotinados y por algunos tiros que en vano dispararon contra su persona. Pedian unos que quedase prisionero el marqués en las Casas Consistoriales: los mas que se les entregase para conducirlo al convento de Capuchinos, y dejarlo en poder del ídolo de la plebe: el guardian gobernador.

El decano del Ayuntamiento, cuando mas porfiadamente clamaban los revoltosos contra la vida del marqués, se opuso con discreta pero tambien obstinada porfía á que se confiase á ellos su persona. Luciendo el valor de su corazon y la generosidad de su ira contra aquel desórden, escitó á los voluntarios distinguidos á que trasladasen al marqués al convento, constituyéndose en responsables de su vida y asegurando hasta con la suya propia la inocencia de aquel caballero. Aun mas que su razon, sus canas hacian digno de fé su testimonio.

Formados los batallones y enmedio de sus hileras, iba el marqués, con una igualmente débil que remota esperanza de conservar la vida. Don Antonio de Artecona, marqués de Casa Rávago, y el comandante del segundo batallon de voluntarios D. José María Lila, lleváronlo abrazado por todo el camino. El descansaba así del susto de la muerte en los brazos de estos leales y cobraba algun aliento de vida, cosa que parecia inaccesible á la esperanza. Los voluntarios distinguidos paraban en sus fusiles los golpes que dirijian por entre las filas los tumultuarios para acabar con el marqués. Otros se habian anticipado á colocarse á las puertas del convento para impedirle la entrada ó darle muerte. Muchos religiosos desde la azotea que está sobre la puerta, exhortaban á los amotinados con espresiones, para otro tiempo eficazmente vivas, que desistiesen de su mal intento.

Los voluntarios fingieron dirijirse con el marqués hácia el castillo de Santa Catalina: por una calle inme-

diata corrieron los del tumulto para anticiparse; pero aquellos volvieron improvisamente: abriéronse las puertas del convento, y la comunidad precedida de un lego que llevaba un gran crucifijo en la mano, salió al campo, acogiendo en su seno al marqués, y retirándolo precipitadamente hácia el interior del convento. La rabia de los amotinados que volvian, advertidos del engaño, no tuvo límites, y hasta acometieron á la comunidad. El lego, hurtando el cuerpo, y exponiendo á la veneracion de los sediciosos el crucifijo, lo entregó al sacrilegio, pues los golpes que asestaban contra la persona de los religiosos que aun estaban en la parte exterior, fueron en él recibidos.

Formáronse en batalla los batallones de voluntarios y otras tropas que acababan de acudir. Fr. Mariano de Sevilla dispuso que para la custodia del convento quedasen dos guardias, compuestas de igual número de hombres, una de voluntarios distinguidos y otra de los amotinados.

Entró el marqués en la iglesia á dar gracias al cielo por la salvacion de su vida: ante la imágen de los Desposorios de Santa Catalina, último cuadro que pintó Bartolomé Estéban Murillo, y que el pintarlo le atrajo mas tarde la muerte con la caida que dió desde el andamio, oró el marqués con lloroso silencio, pero con el afecto mas vehemente, cual si quisiera que la pintura se olvidara de que estaba en lienzo y respondiese á sus interiores gemidos, diciéndole que el cielo estaba satisfecho de su fervorosa gratitud.

El comandante de los amotinados previno á Villel que quedaba bajo su custodia é incomunicado y con cuatro centinelas de vista de entre los suyos. Apeló el marqués al guardian, el cual en aquellas circunstancias dió á entender lo mucho que se interesaba por su vida, en lo que le negó y en lo que no quiso escucharle.

Era Fr. Mariano de Sevilla varon al parecer muy amante, y en realidad no menos amado de la plebe, de

imperceptible cuanto feliz astucia, y de un espíritu para ejecutar sus resoluciones el mas noblemente presuntuoso.

Juntáronse los dos gobernadores para conferir lo que cumplia en aquellas circunstancias. Jones opinaba que por medio de la fuerza se reprimiese aquel tumulto: creia indecoroso para un militar de un valor tan acreditado como el suyo, someterse por mas tiempo á las exigencias de la canalla. Fray Mariano de Sevilla, deseando evitar la efusion de sangre, preferia confiar á la astucia el vencimiento de la plebe. Desde luego procedia con gran conocimiento del corazon humano.

Cuando los pueblos se despiertan de un perezoso oscuro letargo, como aquel en que el pueblo español yacía, y emprenden revoluciones tan fecundamente gloriosas como la que produjo la guerra de nuestra independencia, ¿qué son sino grandes dementes? Alternan en ellos los períodos del delirio: unas veces aterran con su indomable furia: otras promueven á risa con sus estravagancias. ¡Dichosos los pueblos que no llevan arrastrando su libertad misma, cuando creen que han dejado su cadena! Esa misma libertad que los lisonjea es á veces una soga á la garganta, que si incautos la pisan, cruel los ahoga.

En el motin contra el marqués de Villel, como en casi todos los motines, no se ve otra cosa que el sello de la demencia. El pueblo se pone en desacuerdo con cuanto mira y con cuanto escucha: vive en la persuasion de que se intenta contrariar sus nobles designios, cuando las autoridades no responden con la aprobacion á sus escesos y engaños: interpreta mal las palabras que le dirigen los superiores: injurias ó enigmas indescifrables son para ellos las pruebas del mayor afecto: no se anima en sus pechos mas que la desconfianza: sospechan sin motivo, y sin motivo odian.

Lo mismo que acontece á los dementes, multiplícanse sus sensaciones: volubles son sus afectos que atro-

pelladamente se desarrollan sin fijeza y por lo comun sin objeto: su furor pasa al último estremo, á la rabia. No es continuo á veces, sino con intermitencias. Matan ó quieren matar á las personas que contrarian sus intentos ó de quienes se imaginan contrariados y matan ó lo intentan, sabiendo el crímen á que se abandonan, ó siendo instrumentos obcecados de un impulso instintivo é involuntario ó por imitacion. Generalmente llegan á este delito sin que ninguno de sus actos esteriores anuncie el estremo del furor á que van á entregarse. Nunca tienen luego los pueblos razon bastante para sentir el haberla perdido, cuando su demencia es solo para el mal.

Considerando Fray Mariano de Sevilla, no al pueblo, sino á aquel populacho enardecido por el frenesí, no creia oportuno dominar su cólera por medio del terror. Su opinion era prestarse á sus deseos para adquirir su confianza.

Don Félix Jones no era una autoridad de las que miran con ceño lo que desde luego no ha alcanzado su discurso. Una voz interior bien articulada, cuanto sentida, le advertia que siguiese los consejos del estraño gobernador que le habian designado por compañero. Dispuesto á evitar por otra parte la efusion de sangre, adoptó momentáneamente el parecer de Fray Mariano, en la persuasion de que si erraba, hay errores que acreditan de sabio al que los practica y defiende. Notaba y aun leia en el semblante del guardian la humildad, la entereza y la astucia. Tenia, pues, Jones una oculta simpatía con su genio y con todos los afectos de su alma.

El marqués de Villel en aquella noche esperimentó grave alteracion en su salud, desde que recluso en el convento, comenzó á apagar los temores de su ánimo. Creia que lo habia perdido todo; pero no se perdió á sí mismo, pues tuvo resolucion bastante para escribir á la Junta Central, dándole cuenta de lo ocurrido y pidiendo ser juzgado.

En tanto los dos gobernadores discurrian los medios mas eficaces y prontos para acabar con la sedicion. Fr. Mariano de Sevilla escribió un bando con la mas ingeniosa ironía, como hombre á quien no habian cortado la pluma el temor ni la ignorancia. Aceptólo Jones por ser la espresion de lo que habian convenido; y lo firmaron ambos. Así fué publicado con toda solemnidad al siguiente dia.

El populacho con clamor incesante habia pedido que fuesen separados de sus cargos el primer comandante de bahía, uno de los jueces, y uno de los regidores. Jones y el gobernador electo aparentaban no poderse negar á tan justificado ruego, y desde luego daban por depuestos al perseguidor del contrabando, al castigador de los asesinos y ladrones, y al perseguidor de los fraudes en los mercados. Al propio tiempo ofrecian hacer mas de lo que el pueblo pedia. Si este no estaba satisfecho de la Junta de gobierno, siempre que sin desórden manifestase su voluntad, la Junta seria quitada.

Prometieron averiguar y perseguir á los traidores, disponer que la defensa de Cádiz se hiciese solo por sus vecinos ó por tropas españolas: que ingenieros y artilleros ingleses reconocerian nuestras fortificaciones para asegurarse de su buen estado: que se procederia por personas leales á examinar los papeles del marqués de Villel para inquirir su conducta: que las noticias de la guerra se comunicarian al pueblo en el instante de su llegada: que los mozos solteros de Cádiz no se alistarian en el regimiento provincial de Ciudad Rodrigo: que los voluntarios distinguidos no saldrian de Cádiz; y declaraban en fin falsas las voces que habian corrido sobre su desarme ó salida. A la publicacion de este bando pareció como que la cólera popular se calmaba; pero era calma aparente. Bien pronto un numeroso tropel de amotinados se dirijió al castillo de Santa Catalina con objeto de dar muerte á los presos políticos que allí

se custodiaban. Otro se dirijió á la cárcel para poner en libertad á los criminales. Los voluntarios distinguidos acudieron á salvar á los primeros, los cuales fueron trasladados al convento de Capuchinos. Los presos de la cárcel, al sentir el tumulto, intentaron escalarla y con rabiosos gritos se hacian oir de los de fuera, reclamando su auxilio. Un soldado disparó contra los libertadores. Herido uno de ellos, los demás no quisieron aventurarse á perder la vida; y convidados de una voz que clamó por el saqueo de la Aduana, se dirijieron á realizar su propósito.

Don José Heredia, primer comandante de bahía, no habia querido seguir el ejemplo de los demás empleados, que por el bando de los gobernadores habian sido depuestos: ocultarse mas sagaz que cobardemente mientras el tumulto duraba. Iba con su hijo por la calle de la Aduana, cuando las turbas lo divisaron. Florentino Ibarra, el que primero hirió á Solano, lo designa á la plebe como traidor. Huye Heredia: persíguenlo las turbas: la guardia de la puerta del mar no lo proteje, ni menos don Juan de Oromi, el segundo comandante de bahía. Acribillado de heridas con una soga al pescuezo y arrastrado por las calles, pereció Heredia, mas que por la proteccion que un tiempo debió á Godoy, por la venganza de contrabandistas á quienes habia perseguido.

Muchos de los voluntarios distinguidos que hasta entonces habian opinado por cortar el tumulto con la persuasion y el aparato imponente de la fuerza, ya comenzaban á exasperarse contra la canalla.

Fr. Mariano de Sevilla ofreció á Jones desarmar á lar turbas. Era cuanto este pedia y esperaba. Salió el guardian en un asno y recorrió la poblacion, repitiendo con raro esfuerzo las instancias para que cesase la impaciencia de los amotinados. A sus exhortaciones respondian con vítores frenéticos, y aunque hombre á quien respetaban mucho y obedecian en todo, ahora no

querian sino que él los obedeciese, acatando y siguiendo sus delirios. Los voluntarios, ya teniendo desconfianza, ya teniendo fé en el guardian, lo aclamaban entre temerosos y lisonjeros.

Fray Mariano de Sevilla, luego que por sí mismo examinó el carácter de aquel motin, determinó concluirlo. A semejanza del médico experto que cura al demente, quiso destruir el mal contrariando la concentracion de las ideas que habia en el populacho y obligarlo á presenciar objetos totalmente estraños á sus sangrientas inquietudes y á sus pretensiones violentas. Hizo pues, que saliese del convento de Santo Domingo una mision para recorrer el barrio de Santa María exhortando á la paz: él con la comunidad suya salió en otra por el barrio de la Viña. Así se proponia escitar la atencion del populacho por medio de un suceso imprevisto. Mas que estrañeza causó veneracion en la plebe aquel espectáculo. Los predicadores mas notables de estas órdenes llamaban á los amotinados para que con sus armas se agregasen á la mision; y conseguian su objeto como hombres á quienes latian en la lengua ya los mas tiernos afectos religiosos, ya las pinturas mas terribles de la cólera y venganza celeste. De tal suerte agregaron á las procesiones los mas del populacho que pudieron. Los legos que con un crucifijo iban al frente de las comunidades, las encaminaron como por acaso al parque, donde con las persuasiones arrebataron los religiosos á los contritos amotinados las armas que llevaban. Volvieron las procesiones, bien entrada la noche, á sus respectivos conventos. Fray Mariano de Sevilla acojió en el suyo con una sensible y verdaderamente anhelada caridad á algunos de los corifeos del motin y de los mas fervorosos amotinados. Compadecido de sus trabajos durante dos dias, les concedió hospedaje, cena y las baldosas de los claustros por lecho.

A la media noche, el guardian valiéndose del silencio y de la oscuridad, así como del cansancio de los

huéspedes, introdujo á muchos voluntarios distinguidos en el convento, y dispuso que amarrados codo con codo fuesen conducidos á la cárcel los alborotadores, los cuales no tenian bastante elocuencia en los ojos para persuadir á la razon que el ídolo de la plebe los entregaba á la autoridad militar con el poder de que ellos mismos lo habian investido.

Todas las personas sensatas de la poblacion solemnizaban la resolucion del gobernador capuchino con la risa, con la risa que era el mas elocuente panegirista que merecia el hecho.

No sucedió tal en los barrios donde habitaban los parientes y amigos de los presos. Juntábanse profiriendo voces contra Fray Mariano de Sevilla, calificándolo de traidor y de hombre que los habia vendido. Las mujeres de la mas abyecta plebe que en este tumulto habian sobresaltado mas y mas los ánimos, indicaban la necesidad de arrastrar por las calles á Fray Mariano de Sevilla.

Ya proyectaban apoderarse del parque de artillería y provistos de todas armas, dirijirse al convento de Capuchinos con objeto de que en él no quedâse piedra sobre piedra. Jones previó los designios de los amotinados. Publicó un bando, firmado ya solo por él, pues el gobierno de Fray Mariano Sevilla espiró voluntariamente con la prision de los amotinados, bando en que conminaba con severas penas á los que continuasen el desórden, y amenazaba á las mujeres con la prision, siempre que se las viese en corrillos con los hombres.

Los voluntarios distinguidos ocuparon el parque de artillería, la casa del gobernador, la aduana y otros de los principales edificios, amenazados por los incautos rumores de los mismos que conspiraban, los cuales no podian guardar mucho tiempo en el corazon los secretos de sus intenciones, porque en ninguna parte se cansan mas de vivir encerrados los secretos que en las gentes del bajo pueblo.

Llegaba el eco y aun la voz entera de la fama de los proyectos de las turbas á las autoridades, y estas los prevenian con las armas, llaves y tan fuertes que cierran, cuando se usan con oportunidad, á la rebelion las puertas y tambien á la esperanza.

Muchos de los mas comprometidos en el tumulto buscaron el olvido con la ausencia: otros permanecieron en prisiones. Confirióse sobre su castigo con diversos pareceres; pero algunos meses despues los presos recuperaron su libertad, pues la dispersion de la Junta Central acabó de decidir las dudas.

De esta suerte el populacho llevó el desengaño sin el escarmiento. Él acusó siempre de traidor á Fr. Mariano de Sevilla; pero este mas bien oia en los labios de la obcecacion, á cuya pueril censura no se pueden imponer mordazas, la reprobacion de su conducta que no el aplauso por no evitar inútiles conflictos y sangrientas escenas, aun para los mismos que tan impacientemente las deseaban. Probablemente, si las calles de Cádiz se hubieran teñido con sangre en fratricida lucha, los mismos que vituperaron luego á Fr. Mariano de Sevilla por haberla impedido con tan eficaz energía y de un modo tan ingenioso é inocente, hubieran sido los primeros, al esperimentar la pérdida de un hijo, de un hermano ó un amigo, en lanzar las mas crueles recriminaciones contra su imprudencia temeraria. Mas bien que con el vulgo se debe estar con la conciencia, y entre la popularidad de un dia y la satisfaccion de siempre, Fray Mariano de Sevilla optó por la de haber cumplido con su deber.

El marqués de Villel, desde el dia anterior, estaba mas tranquilo. Sus papeles habian sido reconocidos por los que así lo anunciaron á los amotinados. Su inocencia se encontraba reflejada en ellos. El comandante de la guardia de los insurrectos, le notificó que desde aquel punto quedaba en libertad, noticia que recibió el marqués disimulando en el semblante sus sufrimientos

con una sonrisa. Pero no quiso usar de ésta facultad, hasta que jurídicamente se averiguase su conducta.

Formóse un largo proceso: resultó lo que todas las personas sensatas sabian, su inocencia. Reconocióla así la Junta Central, y sospechando que el tumulto se habia formado con objeto de deprimir la autoridad de ella, mandó su desagravio, oculto con el público del marqués de Villel. El dia 4 de Abril salieron con gran pompa desde las Casas Consistoriales, los comisionados de la Central, el Ayuntamiento, las Autoridades y Junta de Gobierno, los gefes y oficiales de las marinas inglesa y española, é innumerable concurso al convento de Capuchinos á recoger al marqués de Villel: de allí pasaron á la Catedral á oir un *Te-Deum*, y luego á las Casas Consistoriales, donde el procurador mayor en nombre de la ciudad, dirijió al marqués con estudiado afecto una oracion, en que elogiaba sus grandes virtudes y patriotismo, y proferia vehementísimas censuras contra los fautores del motin y los amotinados.

La misma comitiva llevó al marqués hasta su morada. Hubo luminarias, espectáculos teatrales y otros regocijos públicos, pero sin regocijo.

Todo se vió con indiferencia por unos, con desden por otros, y con risa por los mas. La Junta central no pudo impedir que hubiese sido lo que fué: el marqués no podia mandar mas en Cádiz y no mandó: regresó á Sevilla y continuó en la Junta Central hasta su disolucion.

El dia 1.° de Agosto llegó á Cádiz la nueva de que el ejército anglo-hispano habia obtenido una victoria importantísima sobre el ejército que mandaba el mariscal Víctor. Solemnizóse esta nueva con una triple salva de artillería y repique de campanas. Al propio tiempo llegaba á esta ciudad el embajador estraordinario de la corte británica cerca de la Junta Central, el marqués de Wellesley, hermano del célebre lord Wellington que acababa de conseguir el triunfo en la jornada de Talavera.

Esperaban al embajador con regocijos el pueblo y con ansia las autoridades. Fué recibido con los honores de capitan general, con repique de campanas, vestidos de seda los balcones, desde donde á su tránsito le saludaban con entusiasmo las personas notables de la poblacion.

El pueblo quitó los caballos de su carruaje y con cordones tiró de él, mientras se deshacia en vítores á Wellesley, al gobierno británico, á la independencia de la patria.

El Ayuntamiento envió una diputacion á darle el parabien de su llegada. Precedida de los alguaciles, clarineros y maceros, llegó á las puertas de la morada del embajador, el cual salió á recibirla hasta los umbrales mismos del edificio. Tomó Wellesley lugar en medio de los dos diputados de la ciudad, el conde de Casa-Lasqueti y don José Serrano Sanchez; y rodeados de un gran acompañamiento subieron á un gabinete preparado con tres sillas. Ocupó la del centro Wellesley, la de los costados los dos miembros del municipio. Los maceros quedaron á la puerta del gabinete: el mayordomo de la ciudad corrió la cortina, y uno de los representantes de Cádiz leyó el siguiente discurso en idioma inglés:

"Diputados y en nombre de este Nobilísimo Ayuntamiento de Cádiz, tenemos el honor de congratular á V. E. y á nosotros mismos por la duplicada felicidad de su salvo arribo y llegada á esta ciudad en calidad de embajador de tan alto y generoso monarca, en el mismo dia que se recibió en ella el aviso de las glorias de su bizarro hermano.

"Este memorable dia queda anotado en los archivos públicos, pero mas indeleble en los corazones de nuestros compatricios á quienes el nombre de Wellesley será siempre tan grato como plausible."

Respondió el embajador demostrando su estimacion y gratitud hácia la ciudad de Cádiz. Salió de la casa la comision en el mismo órden en que habia entrado.

Llegó á tal punto la cariñosa deferencia del marqués de Wellesley, que él mismo dió su brazo á los dos diputados de la ciudad, para que subiesen al carruage en que habian ido, acto de aprecio y atencion que le granjeó muchas simpatías entre los gaditanos, amantes de estas pruebas de urbanidad. Al dia siguiente visitó Wellesley á los diputados, y entregó al procurador mayor la respuesta al discurso de la ciudad, escrito en su lengua nativa, y que traducido á la nuestra, dice así:

"Recibo el distinguido honor del respetable Ayuntamiento de la gran ciudad de Cádiz, como el mas irrefragable testimonio de su adhesion á la noble causa en que los ilustres soberanos de España y la Gran-Bretaña están comprometidos con recíproco entusiasmo y resolucion.

"En obedecer las órdenes del justo y generoso amo á quien tengo la dicha de servir, mi principal objeto es el representar el alto aprecio de S. M. por la lealtad, valor y honroso espíritu de la nacion española.

"Estos tambien son los sentimientos de mi bizarro hermano, en cuya larga carrera de gloria militar ningun evento le ha sido mas satisfactorio y á todos los que llevamos su nombre, que la oportunidad que se le ha presentado de servir con el ejército español, y en union con vuestros bravos compatriotas, parar la bárbara carrera de los insolentes invasores de España.

"He presenciado con los sentimientos mas cordiales de admiracion y gratitud el público entusiasmo de esta ciudad. Vuestro celo en la causa de vuestros compatricios, y vuestra firme adhesion á vuestra dichosa alianza con la Gran Bretaña inspiran una sólida confianza de que las recientes felicidades de las armas unidas de nuestros aliados soberanos serán el principio de la independencia y prosperidad de la nacion."

Con esta discreta y favorecida arenga acabó de cautivar los ánimos. Era en efecto el marqués de Wellesley un hombre como escogido por la sagacidad británica

para representar á su gobierno en las difíciles circunstancias en que España se hallaba: España, donde se habia hecho naturaleza la desdicha y donde la necesidad de un consejero que procurase impedir los errores que dispusiese presurosa la turbacion, se sentia por instantes y de un modo amenazador para la causa pública.

Nada faltaba en Wellesley para desempeñar felizmente su cargo: ni elocuencia, ni erudicion, ni sagacidad, ni entereza.

En tanto, los mas tenaces enemigos de la Junta Central, que eran los miembros todos de la antigua Junta Suprema, continuaban en promover dificultades á su gobierno. Por el mes de Octubre de este año de 1809, el conde del Montijo estuvo disfrazado tres ó cuatro dias en Cádiz con el propósito de tumultuar la plebe, del mismo modo que, segun una tradicion continuada fielmente desde aquel tiempo, habia concitado por medio de sus agentes contra el marqués de Villel el odio todo de las gentes mas abyectas, entonces muy numerosas en esta ciudad y de costumbres ferocísimas. Repartió algunas cantidades de dinero por los barrios de la Viña y Santa María, y comenzó á esparcir la voz de que la guarnicion de Cádiz iba á ser entregada á las guardias walonas y á suizos; pero no logró sublevar los ánimos. Por otra parte el rumor del descontento de algunos hombres de los acreditados en los tumultos llegó hasta el gobernador don Félix Jones, el cual adoptó ciertas providencias para sofocar la sedicion, no bien fuese nacida. Desde el último de los motines habia colocado en convenientes sitios fuerza armada: quedó como costumbre lo que era advertencia.

Nada consiguió el conde del Montijo: salió de Cádiz, disfrazado tambien, y fué á otras partes á promover disturbios, hasta que preso y trasladado á Sevilla, quedó á disposicion de la venganza de la Junta. Mas ¿qué podia hacer esta?

Habíase malogrado la victoria de Talavera, del mis-

mo modo que aconteció con la de Bailen. Los generales ingleses se lamentaban de que inútilmente se hubiese vertido tanta sangre en aquella empresa, y de ver desvanecidas las mas justificadas esperanzas. La inaccion de unos, los mal fundados recelos de otros, la ninguna cooperacion del ejército de la Mancha que hubiera podido dirijirse á Toledo ó á Madrid para obligar á los franceses á que repasasen el Ebro, dejó en disposicion de obrar á estos. La paz de Viena los aseguraba mas y mas. Así se determinaron á bajar á Andalucía.

La Junta Central, visto ser imposible defender á Sevilla, acordó en 13 de Enero de 1810 trasladarse á la Isla de Leon, donde deberia reunirse para el dia 1.° de Febrero. Amotinóse la plebe sevillana para impedir la retirada de los Centrales: no pudo conseguirlo en los mas. Con los que aun permanecieron, con el conde del Montijo y otros de los personages de espíritu revolucionario, formaron una nueva Junta, que al fin tuvo que retirarse á Ayamonte huyendo de los franceses.

No hubo ultraje que la indignacion de los pueblos contra los miembros de la Junta Central no omitiese. Con igual peligro y terror atravesaron nuestra provincia. El presidente, arzobispo de Laodicea, el vice-presidente, conde de Altamira, y el secretario general don Pedro Rivero, llegaron á las puertas de Jerez. Una turba furiosa salió á recibirlos con las voces que pronunciaba contra su lealtad, la mas vil de las sospechas. Empezó la mala acogida por las últimas de las injurias, mezcladas con ahullidos. Con piedras intentaba ofenderlos y con puñales los amenazaba el populacho. El corregidor Mergelina[1] no cumplió con su deber de refrenar el tumulto, aunque lo aparentó desear y pretender. El mismo riesgo corrieron en Jerez el ministro de la guerra don Antonio Cornel y don Félix Ovalle.

La Junta Central llegó á reinstalarse en la Isla de

1 Jovellanos en sus *Memorias* califica su proceder en términos durísimos.

Leon el dia 27, y así lo participaron á la de Gobierno de Cádiz; pero esto se ocultó al pueblo.

Muchas personas importantes miraban con encono que la Junta Central que tan falta de prudencia habia procedido en su gobierno, y que tan poco deferente habia estado para con Cádiz, viniese en los instantes en que amagaba un sitio á esta ciudad, á ejercer en ella su odiada, mas que odiosa soberanía.

Aunque escritores panegiristas de los sucesos de Cádiz, y algunos de los que han trazado la historia de los sucesos de la guerra de la independencia, dicen que en esta ciudad se ignoraba el paradero de la Junta Central el dia 27 de Enero, me consta que se sabia, así como que estaba instalada nuevamente en la Isla de Leon.[1]

Mas convino aparentar lo contrario y exigir para la salvacion de Cádiz el nombramiento de una Junta investida de facultades soberanas.

Un hijo distinguido de esta ciudad y de un antiguo comerciante, don Tomás Isturiz, sugeto de talento, instruccion y prudencia, enérgico y á veces mas de lo que convenia, era síndico del Ayuntamiento. En la noche del 27 de Enero propuso en el seno de esta corporacion que se crease una nueva Junta para atender á la defensa de Cádiz y á su gobierno, puesto que la Central ya no existia. Esforzó su peticion con razones tan vivas y eficaces que fué aprobada unánimemente.

Propuso que por bando á media noche se publicase que cada varon cabeza de familia entregase en las primeras horas del siguiente dia una papeleta con

1 Véase el oficio que pasó la Junta Central á la de Cádiz.

"Hallándose ya establecida en este pueblo de la Isla de Leon la Junta Central Suprema de Gobierno de España é Indias y dado principio á sus sesiones, esperándose en el dia de mañana al Sermo. Sr. Presidente Arzobispo de Laodicea, lo aviso á V. E. de órden de S. M. en consecuencia de lo anunciado en el Real decreto de traslacion de 13 del corriente, para su inteligencia y demás efectos que convengan. Dios guarde á V. E. muchos años. Real Isla de Leon 27 de Enero de 1810. —Antonio de Escaño.—Sr. Presidente y Junta de Cádiz."

los nombres de las tres personas en quienes depositase su confianza para la eleccion de los compromisarios que habian de designar la Junta. El Ayuntamiento al siguiente dia 28 en sesion presidida por el gobernador don Francisco Javier de Venegas[1] eligió cincuenta y cuatro personas de las nombradas por el pueblo: las cuales procedieron á votar las diez y ocho que habian de componer la Junta. Véanse sus nombres: Don Domingo Antonio Muñiz, don Miguel Lobo, don Tomás Isturiz, don José Mollá, don Francisco Bustamante y Guerra, don Fernando Jimenez de Alba, don Pedro Antonio Aguirre, don Luis Gargollo, don Manuel Micheo, don José Ruiz y Roman, don Francisco Escudero, don José Serrano Sanchez, don Salvador Garzon de Salazar, don Antonio Arriaga, don Miguel Zumalave, don Antonio de la Cruz, don Angel Martin de Iribarren, don José Ignacio Lazcano. Cada cuatro meses habia de renovarse por terceras partes. Así sucedió en 28 de Mayo en que fueron elegidos don Luis Francisco de Gardeazabal, don Santiago José de Terry, don Manuel María de Arce, don Fermin de Elizalde, don Martin de Irazoqui y don Francisco Hurtado, así como suplentes don Clemente Fernandez Elias, el Rvdo. Padre Fr. Antonio Loreto, prior de Sto. Domingo, don Manuel Derqui y Tassara y don José Garaicoechea.

Juraron el 27 de Enero en el acto mismo de su eleccion catorce de los que estaban presentes: y á las oraciones del mismo dia tres de los restantes.

El primero de sus acuerdos, despues del de procurar la salvacion de la patria, fué no usar de distintivo alguno del cargo, ni menos aceptar en ningun tiempo cruces, honores ú otra cualquier recompensa, por el servicio que iban á prestar á Cádiz.

1 Don Félix Jones habia dejado como un mes antes el mando por su avanzada edad y muchos achaques, segun oficio al Ayuntamiento. Despues lo nombró la Regencia presidente de la Junta de Agravios de reemplazos, y asimismo ministro del tribunal de Guerra y Marina.

CAPITULO IV.

Sorpresa de la Junta Central con el nombramiento de la de Cádiz.—Para anularla nombra un Consejo de Regencia.—Dificultad en reconocerlo por la Junta de Cádiz.—Persigue á los Centrales.—Se opone á que los ingleses guarnezcan la ciudad.—El duque de Alburquerque salva con su ejército á Cádiz.—Llegada de los franceses al Puerto de Santa María.—Intiman la rendicion á Cádiz.—Digna respuesta de su Junta.—Disturbios con el duque de Alburquerque.—Ingratitud de la Junta.—El duque es nombrado embajador en Londres.—Su manifiesto.—Su muerte.—Servicios notables de la Junta.—Temporal en Cádiz.—Sálvanse muchos prisioneros franceses.—Muerte en garrote de Rico Villademoros.—Estravagancias del marqués del Palacio.—Fortificaciones en la ciudad de Cádiz é Isla de Leon.—Entusiasmo público.

La Junta Central comprendió muy bièn que con la creacion de la de gobierno de Cádiz, quedaba su poder anulado. El odio público contra aquella corporacion era sobrada y penosamente conocido. No podia, pues, vivir mas tiempo la Junta Central; y ante la resolucion de los gaditanos acabó de desmayar su harto débil confianza de permanecer con el Gobierno Supremo. Convencida de ello y desesperada de convencer á los que imaginaban á sus miembros ineptos ó traidores, no quiso acabar su vida sin que quedase resuelta la mas importante de las providencias que la nacion reclamaba para la regeneracion política: la de la reunion de Córtes. Fernando VII lo habia mandado desde su cautiverio. La Junta extendió el dia 29 un nuevo decreto de convocatoria, debiendo las nuevas Córtes componerse de dos cámaras á estilo de Inglaterra: una en que tendrian voz y voto los procuradores de las provincias de España y América: otra los prelados y grandes del reino. El célebre don Gaspar Melchor de Jovellanos hizo prevalecer esta idea

contra los que opinaban que las Córtes constasen de una sola cámara; mas no llegó á publicarse el decreto.

Al propio tiempo la Junta Central no quiso que el pais quedase en la anarquía, sino gobernado por una regencia á quien todos acatasen por el inviolable respeto que mereciesen las altas cualidades de sus individuos. Elijió, pues, á cinco para que la compusiesen: don Pedro de Quevedo y Quintana, obispo de Orense, don Francisco Saavedra, miembro de la primitiva Junta Sevillana, el general don Francisco Javier Castaños, el general de Marina don Antonio Escaño y don Estéban Fernandez de Leon, en representacion de las provincias de Ultramar. No habiendo este aceptado el cargo, recayó la eleccion en don Miguel de Lardizábal y Uribe, natural de Nueva España.

El dia 31 de Enero quedó instalado en la Isla de Leon el Consejo de Regencia con los vocales que se hallaban presentes.[1]

1 Véase la minuta del acta de la instalacion del Consejo de Regencia de España é Indias, tal como se publicó en aquellos dias.

"En la Real Isla de Leon á treinta y un dias del mes de Enero de mil ochocientos diez, juntos los Sres. que componen la Junta Suprema Central Gubernativa de España é Indias, y á la sazon se hallan en la dicha Real Isla, á saber: el Serenísimo Sr. presidente, Sr. vice-presidente, Sr. D. Antonio Valdés, Sr. D. Miguel Balanza, Sr. vizconde de Quintanilla, Sr. D. Rodrigo Riquelme, Sr. marqués de la Puebla, Sr. conde de Jimonde, Sr. D. Francisco Javier Caro, Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos, Sr. D. José García de la Torre, Sr. marqués del Villar, Sr. D. Martin de Garay, Sr. D. Lorenzo Calbo, Sr. D. Félix de Ovalle, Sr. conde de Tilli, Sr. D. Pedro de Rivero, Sr. marqués de Villanueva del Prado, Sr. marqués de Villel, Sr. marqués de Campo Sagrado, Sr. D. Lorenzo Bonifaz y Quintano, Sr. D. Sebastian de Jócano y Sr. D. Francisco Castañedo, y hallándose tambien en la misma sala de sus sesiones el Sr. D. Francisco Javier Castaños, el Sr. D. Antonio de Escaño y el Sr. D. Estéban Fernandez de Leon, tres de los cinco Sres. que componen el Consejo de España é Indias, nombrado por decreto de veinte y nueve del corriente y número bastante para egercer sus funciones, y presente tambien á este acto el Sr. marqués de las Hormazas, Secretario de Estado y del Despacho Universal de Hacienda, particularmente nombrado para certificar de él, hicieron los referidos tres Sres. el juramento correspondiente en manos del Sr. presidente.

Nota. Despues de instalado el

Así acabó la Junta Central, legando su soberanía á la Regencia y no á la corporacion que acababa de nombrarse en Cádiz. Devolvió á la ciudad imposicion por imposicion. Quedó Cádiz absorta al saber la intempestiva é ignorada Junta de los Centrales, así como la creacion de un Consejo de Regencia. Entró este á mandar con poca satisfaccion de los gaditanos; pero sucedió lo que en tales casos: el mando es del que tiene mas audacia para apoderarse de él. Basta decir "soy autoridad" para que haya quien obedezca. Cádiz, no acabando de perder la estrañeza por lo que estaba contemplando, no queria el Consejo de Regencia, pero no sabia oponerse. La Junta, creada para anular á la Central, no podia momentáneamente hallar pretestos para negar la obediencia al naciente cuerpo constituido con personas tan notables y aceptas.

Disuelta la Junta Central, quedó como el cadáver que no tiene mas acompañamiento que la pobreza y la desdicha. Mas aun: las antorchas que debieran alumbrarlo, ardian como luminarias en otras partes. No se vieron muestras de sentimiento por su disolucion, porque no es fácil que arrastre lutos la alegría.

Sin embargo, la Junta de Cádiz no hubiera fácilmente reconocido la autoridad del Consejo de Regencia á no mediar los consejos y las vivísimas instancias del marqués de Wellesley, que en nombre de la Gran Bretaña espuso la necesidad de que hubiese un gobierno

Consejo de Regencia, el Sr. D. Estéban Fernandez de Leon, por su debilidad física repitió las instancias vivas que habia hecho antes de la instalacion, para que atendida su débil constitucion para soportar las penosas é incesantes tareas de tal destino se admitiese su exoneracion, y el Consejo en vista de tan reiterados ruegos, condescendió en nombre del Rey nuestro Señor Don Fernando VII en relevarle, reemplazándole con el Sr. D. Miguel de Lardizábal, en quien concurren las preferentes cualidades de tener la totalidad de los votos de la nueva España con la suerte de haber sido electo por ella para su representante, y las circunstancias mas recomendables para el completo desempeño, todo en conformidad á lo prevenido en el reglamento."

único, aunque interino, pues de lo contrario se veria precisado á retirarse por ignorar quien fuese en España la autoridad Suprema, á cuyo lado debia asistir como representante de aquella nacion poderosa.

Mal enmascarada la envidia en la Junta de Cádiz por el nombramiento de la Regencia, y mal disimulando su desprecio el Consejo de Castilla, viendo postergada de esa suerte su autoridad, ligáronse ambas corporaciones de tan distintos y contrarios oríjenes, como un cuerpo aristocrático, y una Junta del pueblo, para sacrificar varias víctimas al númen de la venganza. La Junta de Cádiz no sabia resolver ni impedir que los Centrales pasasen á sus provincias ó que fuesen detenidos en Cádiz para examinar sus procedimientos en lo relativo al gobierno que habian nombrado, como para averiguar su conducta en el manejo de los caudales públicos.

El Consejo opinó que se juzgase á los dos vocales don Lorenzo Calvo de Rozas y el conde de Tilly que estaban arrestados y que se sustanciasen *brevísimamente sus causas y se les tratase con el mayor rigor*, y que nada importaba que los demás fuesen á sus provincias donde serian mas de *compadecer por el recibimiento que tendrian en ellas que temibles por su influjo*.

Los equipajes de los miembros de la Junta Central eran registrados con toda la vejacion que prevenian las órdenes y que dictaba el deseo á fin de inquirir si en ellos iban alhajas ó dinero pertenecientes al Estado.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos y el marqués de Campo Sagrado á bordo de una fragata surta en la bahía y próxima á dar la vela para la Coruña, supieron las calumnias de que eran objeto todos los de la Junta á que habian pertenecido.

Indignados contra los autores de ellas y contra los que estúpidamente las repetian con odioso regocijo, y careciendo de la insensible y heróica paciencia que da el conocimiento de que la calumnia es una niebla que

solo el tiempo desvanece, escribieron una carta al redactor del *Diario de Cádiz* para que la publicase, y en la cual se provocaba á sus detractores á que en cualquier forma, ya en querella ante la Regencia ó ante los tribunales, ó en el periódico, ó en cualquier otro impreso, declarasen los fundamentos de los cargos que contra ellos se dirijian.

La Junta de Cádiz negó el permiso para la publicacion de aquella carta por creerla inconveniente. Tal deferencia mostró hácia los talentos y las virtudes de Jovellanos.

Las tropas francesas, en tanto, se apoderaban de Sevilla con toda facilidad, y se disponian á dirijirse á nuestros puertos. En la bahía la escuadra inglesa tenia tropas de desembarco dispuestas á favorecer nuestra causa á donde llamase el peligro.

En diferentes ocasiones habian solicitado los ingleses guarnecer á Cádiz. Antes del tumulto contra el marqués de Villel habian redoblado las reclamaciones; pero la Junta se opuso y tambien aquel caballero.[1] El marqués de Wellesley inútilmente lo habia pretendido de la Central, y ahora que la instante necesidad facilitaba sus deseos, no perdió la oportunidad para insistir cerca del consejo de Regencia y aun de la Junta Superior de Cádiz.

En tan graves circunstancias la decision era difícil. Necesitaban los gobernantes de esta ciudad recojer en meditacion profunda la atencion toda del alma antes de dar una respuesta de que dependia bajo cualquier concepto la seguridad de Cádiz. Reuniéronse en una noche con los regentes Castaños y Escaño, con el embajador inglés, el almirante y los generales de tierra de la nacion británica.

Consideróse juiciosamente el asunto en larga conferencia. La mayoría de la Junta de Cádiz, compuesta

1 Por esta razon atribuyen algunos sin legítimo fundamento las causas del motin á los ingleses.

de sugetos de merecida confianza para el pueblo, temia y no en vano, como conocedora de la opinion pública, que esta se manifestase de un modo peligroso al ver que se confiaba la defensa de Cádiz á tropas estrañas, cuando se juzgaba, si bien con error, que podia hacerse aunque trabajosamente con las propias.

Dilataban los principales de la Junta la resolucion, y por último trataron de aplazarla para otro dia; pero la viveza de Wellesley no queria permitir mas dilacion al exámen del asunto. Acalóranse los ánimos y hubo de parte á parte razones tan vehementes, que se llegó al estremo de levantarse con impaciencia Wellesley, imitantando su accion los generales ingleses, y decir, viendo á todos sordos á los consejos y ciegos á los peligros: "Está visto: Cádiz se obstina en sucumbir: Cádiz quedará abandonada á su suerte: nosotros desde luego nos retiramos por no ver como á nuestra presencia se apoderan de ella los enemigos." Don Salvador Garzon de Salazar, uno de los miembros de la Junta, viendo que en la misma arrogancia de Wellesley iba prevenida la respuesta, la redujo á estas breves palabras. "Si V. E. no tiene buque que lo lleve inmediatamente á Lóndres, puede V. E. disponer mañana mismo del navío San Pablo."

El general Castaños, conociendo que uno y otro en sus desairadas respuestas habian obrado maquinalmente impulsados por el acaloramiento, y hallándose en los labios las palabras sin saber quien las hubiese dictado, y previendo el peligro de aquella alteracion, con el enemigo casi á la vista y entre los representantes de dos pueblos unidos para combatirlo, sosegó á unos con esperanzas, á otros con promesas, y difiriendo para el siguiente dia la resolucion de todo, por ser ya la media noche hizo terminar la Junta.

Todo se redujo á buen término. Castaños manifestó á los ingleses que no habia en los gobernantes desconfianza en su lealtad para entregarles la guarnicion de Cádiz, sino en la orgullosa multitud, incapaz

del convencimiento y de conformase á ello. En prueba de que se aceptaban los socorros de la generosidad británica, podian desembarcar algunas tropas para la defensa de las obras de la Isla de Leon y para guarnecer el castillo de Matagorda. Así quedaron templadas las exigencias de los ingleses y las de la Junta de Cádiz.

Reciente estaba un suceso que habia ensañado en algun modo contra los ingleses los ánimos de aquellas personas fáciles á la desconfianza. El almirante Purvis, al ver que los franceses se acercaban y que nada se disponia para destruir el fuerte de Santa Catalina del Puerto de Santa María, desde donde tanto daño podian ocasionar los enemigos á Cádiz y á las escuadras, puesto que su defensa no era posible, habia representado á Venegas la necesidad de volar aquella fortaleza ó de inutilizar su artillería.

Venegas habia autorizado el 26 de Enero al almirante inglés para que enviase marineros de su nacion con este objeto. El teniente general de la armada don Ignacio María de Alava, con cuyo acuerdo debia procederse, queria que todos los cañones y morteros se trasladasen á Cádiz para servir en el fuerte de la Cortadura que se estaba construyendo. Pero Purvis, atendiendo solo á la autorizacion otorgada, habia enviado en tres botes cincuenta marineros y algunos oficiales. Quemaron estos todo el cureñaje y carros, inutilizaron con clavos de acero arpados la artillería, destruyeron el herraje y las esplanadas de morteros, y arrojaron al agua los cañones mas pequeños. Un oficial y dos marineros desembarcaron en el Puerto y clavaron siete cañones que estaban en el Vergel, no sin que en el pueblo se levantase un tumulto contra nuestros aliados. Al siguiente dia fué desmantelado el fuerte.[1]

1 "Excmo. Sr.—El adjunto oficio que recibo en el instante, y espero que V. E. se sirva devolverme, le dejará enterado de lo que ha practicado el oficial inglés que comisionó el almirante Purvis al castillo de Santa Catalina del Puerto en donde se halla trabajan-

Con este hecho, las personas que no conocian la autorizacion del gobernador, y oian las quejas contra los ingleses, creian que en estos habia el intento de inutilizarnos los medios de defensa para que tuviésemos que apelar á la suya.

Cuando Cádiz solo esperaba que las tropas que se acercasen fuesen de los enemigos, recibió el presidente de su Junta una carta del duque de Alburquerque, cuyo ejército operaba en Extremadura, anunciándole que estaba en las Cabezas de San Juan, y que segun prevenciones de la Junta Central, acercándose como se acercaban los franceses á Sevilla, venia á socorrer á Cádiz con sus tropas. No tuvo límites el gozo de los gaditanos ni las alabanzas ni las promesas de la Junta á Alburquerque, la cual oyó las nuevas de su aproximacion con espanto, y con la alegría de que sus esperanzas de algun socorro no la hubiesen mentido, sino quizá en prometerles menos bien del que le ofrecian con la llegada de aquel ejército.

El duque de Alburquerque, con un valor y una inteligencia que serian indecibles, si no nos ofreciese nuestro idioma esta última voz para calificarlos, logró evadirse con su reducido ejército por medio de tropas aguerridas y numerosas é inflamadas con el terror que inspiraban á su paso. Facilitó á Alburquerque la empresa, el atrevimiento de imaginarla y creerla solo un delirio de la temeridad los franceses; pues no podia resistir el ímpetu de estos ni superar su violencia. Hacía Alburquerque caminar á su desalentado ejército con mas celeridad de la que permitian sus fuerzas; con toda

do de mi órden el capitan de fragata D. Luis Coig en desmontar la artillería, con el objeto de que embarcada en los lanchones que estaban preparados para conducirla, sirviese en la Cortadura de Puerta de Tierra de esta plaza. Yo ignoraba que se hubiese tomado la determinacion de destruir aquellos cañones; y aun despues de recibida esta noticia oficial no puedo menos de recelar que haya habido alguna mala inteligencia en el oficial inglés comisionado por el Almirante. Dios &c.—Cádiz 27 de Enero de 1810.—Ignacio María de Alava,—Excmo. Sr. D. Francisco de Venegas."

el ansia de ver en una ciudad rica y prepotente el fin de sus trabajos. Oíase con el tropel sonoro de su caballo el compás en las piedras de los pueblos por donde pasaba. Nadie contemplaba en su semblante la imágen del terror, sino de la confianza. Parecia que con las plumas de su sombrero, agitadas por su inquietud mas que por el viento, llamaba á la victoria. Era el duque pequeño de cuerpo, estraordinariamente blanco, rubios el cabello y bigote: una magestuosa inquietud en su mirada revelaba el ardimiento de su espíritu, y una voluntad inalterable. El alma habia retratado su genio en su rostro, con unos pinceles y colores que no se permiten á la elocuencia.

Este héroe, nunca bastantemente celebrado, cuando ya se dirijia á Cádiz, á Cádiz cuya salvacion era el objeto de su tantas veces perdida esperanza, recibió la gratulatoria respuesta de la ciudad en que lo excitaba á su socorro, lo excitaba á lo mismo que él pretendia.

Llegó el 4 de Febrero á la Isla Gaditana con su division de cerca de once mil hombres, entre hambrienta y fatigada, en el desaliento, en la desnudez. Esperaban á sus tropas el deseo y el amor y el descanso.

El duque de Alburquerque fué nombrado capitan general del ejército y costa de Andalucía, cargo vacante por promocion de Castaños á la Regencia. Al llegar á la Isla de Leon, vió que sus fortificaciones eran pocas para oponer resistencia á un ejército de cuarenta mil hombres. Hasta aquel punto habia sido gobernador de la Isla un hijo muy ilustre del Puerto de Santa María, el gefe de escuadra don Francisco Javier de Uriarte, que se habia hallado en Brest y por cuyos servicios le habia concedido un sable de honor Napoleon Bonaparte, tan parco en este género de recompensas: Collingwood, despues del combate de Trafalgar, estando Uriarte en Gibraltar prisionero, como prueba de su respeto á su heróico valor le entregó los restos de la bandera del navío *Santísima Trinidad*, cuyo comandante habia sido,

así como la pintura que representaba la patrona de aquel buque y que se hallaba dentro de él cuando aquel memorable é infausto suceso. Uriarte habia con igual inteligencia que fatiga activado las obras de fortificacion, á pesar de la poca gente que tenia á sus órdenes. El populacho, ciego con el temor del peligro, habia querido cortar por sí mismo el puente de Suazo, esponiéndolo á una gravísima ruina. Merced á los esfuerzos de su autoridad, logró Uriarte apaciguar el frenesí de las turbas y dirigir la cortadura del puente, sacando las piedras sillares del ojo principal con inteligencia suma, y numerándolas para restablecerlo, tan pronto como se necesitase. Levantó algunas baterías para su defensa, y á la llegada de Alburquerque ya se estaban construyendo otras en Sancti-Petri y Gallineras.

En medio de estos trabajos con tanto celo emprendidos, la malevolencia de algunos intentó labrar el descrédito de este ilustre marino; y tal vez la continuacion de las obras se hubiera suspendido antes de venir Alburquerque, si el gobernador de Cádiz no hubiera informado á la Junta Central en defensa de Uriarte y en contra de la intencion de sus imprudentes detractores.[1]

Y á pesar de esto, ¿qué otros medios de resistencia tenia la Isla de Leon, cuando llegó Alburquerque? No se podia llamar guarnicion la cortísima tropa que allí habia. El general Castaños al recorrer las fortificacio-

1 Así decia el general Venegas en informe reservado á la Junta Central (5 de Enero de 1810.) "Cuando se trata de unos oficiales generales de notorias prendas y cualidades, no deja de ser arriesgado el aventurar ciertos conceptos sobre sus ideas, que acaso no tienen otro objeto que un verdadero celo por el real servicio concebido bajo distintos planes. Pero manifestando á V. E. mi juicio con la franqueza correspondiente á mis deseos de acertar, me parece que por parte de los ingenieros de tierra hay algun espíritu de cuerpo que les hace mirar con desagrado estuviese encargado de las obras de la Isla don Antonio Prat, ingeniero hidráulico...... La continuacion de don Francisco Uriarte en el gobierno de la Isla, la contemplo de absoluta necesidad, no siendo fácil que sea sustituido por persona de su bien merecida reputacion y celo del real servicio."

nes el mismo dia en que fué nombrado regente, tan solo halló para la custodia del puente de Suazo un inválido, el cual, como oyese sus quejas sobre el desamparo en que estaba un punto tan importante, le dijo con el mayor respeto: "*Sosiéguese V. E.: á nadie dejaré pasar sin pasaporte.*[1] "

Mas reparado el instantáneo peligro con los once mil hombres de Alburquerque y cinco mil ingleses, llegó la hora de disponer una vigorosa defensa con toda la celeridad que el ansia de los enemigos por acercarse á Cádiz exijía.

No introdujo Alburquerque sus tropas en Cádiz desde luego: queria primeramente certificarse de que todos los puntos de resistencia en la Isla de Leon quedaban convenientemente guarnecidos. Consideraba la verdadera defensa de Cádiz la Isla; y en tanto que se afanaban los gaditanos por apresurar la obra de la Cortadura, él hizo que su desalentada gente trabajase dia y noche en la construccion de las defensas de la Isla, *el único y verdadero antemural de Cádiz*, segun opinaba.

El dia 5 de Febrero pasó una de las divisiones de su ejército á esta plaza, cediendo el duque al empeño con que se solicitaba este auxilio, pues la opinion comun en Cádiz no daba gran importancia á la Isla que creian incapaz de resistir al enemigo. Para asegurar la defensa de Cádiz y la de la Isla juzgaba Alburquerque, que eran de primera necesidad las obras y baterías que estaba construyendo, "si los enemigos dieran tiempo para verificarlo (son sus palabras); y por lo mismo no comprendo debemos descuidar este interesante objeto figurándonos que no habrá lugar para ello, pues si tal sucediese, nada se habria perdido, y si por el contrario retardan los enemigos su operacion, el *mundo nos haria un justo cargo de nuestra negligencia.*[2] "

1 Vargas Ponce. — Servicios de Cádiz.

2 Oficio de Alburquerque á D. Ignacio María de Alava y D. Francisco Venegas. Real Isla de Leon 5 de Febrero de 1810.

Aflictivo era el estado de las tropas de Alburquerque. Por el momento procuróse mitigarlo enviando desde Cádiz los mas urgentes socorros que aquel prócer demandaba: vestuarios, alimentos, dinero, en su mayor parte, de donativos. En tanto el Consejo de Castilla dirigia á la Regencia en la forma acostumbrada de consultas la espresion fiel de sus deseos de que ninguna innovacion política se introdujese en el Estado para perpetuar así los antiguos usos y las costumbres venerandas de nuestros mayores. Los parciales de la regeneracion política miraban con desprecio al Consejo. Consideraban á sus miembros tan mal provistos de ciencia y tan vilmente necesitados que mendigaban hasta las palabras con que habian de esplicar sus pensamientos; y aun ponian en duda que pudiesen saber algo del vivir político de los pueblos los que no tenian otros libros que las antiguas recopilaciones y sus difusos cuanto estériles comentarios, que con el nombre y el polvo que los cubrian anunciaban el atraso de las ideas de los consejeros. Oponíanse estos á que se concediese el libre ejercicio de la imprenta. Veian en las letras, como ven los ignorantes, á semejanza del rey Baltasar, su condenacion, y aparentaban despreciarlas como á cosa de ningun precio: letras consumidas por el tiempo en las inscripciones, corroidas en los pergaminos, cercenadas en las monedas, pisadas en los epitafios. Pero la autoridad de estos hombres era caduca. Los infructuosos acontecimientos de una vida ociosa mal podian acreditarlos. A mas, tenian contra sí el odio público. Habian favorecido las exijencias de Napoleon, y con pusilánime complacencia habian aceptado servilmente las órdenes de Murat. Pero como torcian todas las líneas del círculo de su vida al centro de su conveniencia, si en lo público se mentian obedientes al poder de la usurpacion, en documentos secretos concitaban á los gobernadores á que soltasen las cadenas y quebrantasen los grillos de una ignominiosa dependencia. Aunque nin-

gun historiador ha hecho memoria de esto, bien es conservarla antes que quede sepultada en las cenizas de la antigüedad. Cuando Dupont bajó con su ejército á Andalucía, el gobernador del Consejo don Arias Mon, ya habia enviado para que lo precediesen algunos pregoneros de la guerra con que debian ser recibidos los franceses en estas fértiles provincias: existen aun algunas de las escitaciones á los pueblos para que empuñasen las armas.[1] Estos servicios y la autoridad antigua les daban la bastante para querer guiar la revolucion española al punto de donde habia partido. Tampoco era adicta á innovaciones la Regencia y veiase sin embargo obligada por el juramento que prestó á presencia de la Junta Central, á juntar las Córtes en un breve plazo.

Refieren las memorias de aquel tiempo que los regentes ó los mas de ellos, deseaban quebrantar el juramento. Nada habia que estrañar. Postrarse á los piés de los altares, venerar santuarios y besar reliquias, al-

1 Véase la carta inédita que Don Arias Mon escribió á los gobernadores de Cádiz y el Puerto de Santa María.

"El consejo se haya en la mayor opresion, precisado á autorizar los papeles que se le presentan por el duque de Berg, aunque le consta su falsedad; y destituido de poder dar á la nacion española una prueba de su amor á Fernando VII, y deseos de que se le restituya al trono.

Esto supuesto, y que los soldados franceses se aproximan á internarse en las Andalucías con el fin de apoderarse de sus mejores ciudades, es conveniente que por la tropa y habitantes de esa ciudad y sus inmediaciones, se les haga frente en sitio y posicion ventajosa aunque sea con auxilio de los ingleses que se han presentado á la vista de ese puerto, y todos unidos con la gente de las demás provincias á quienes igualmente escribo con el mismo fin, hacer ánimo para libertar á la nacion de la opresion en que se halla, á ejemplo de los asturianos y gallegos, cuyos progresos son dignos de admiracion en defensa de su jóven rey. Reunidas las fuerzas, no dudo se logre la destruccion del ejército de Napoleon que es bastante limitado para cuanto nos lo han ponderado. ¡Ea, españoles! ahora es el tiempo de manifestar vuestro amor á Fernando VII y á la patria: con que así ánimo y sable en mano; en inteligencia de que de esta carta queda copia reservada, para que logrado nuestro triunfo, como espero, se dé á cada provincia el galardon ó premio que merezcan sus obras. Carabanchel de Madrid y Mayo 24 de 1808.—*Arias Mon.*

Sres. Gobernadores de Cádiz y Puerto de Santa María."

guna vez fueron preludios de la alevosía y ceremonias de la traicion. El Consejo de Castilla, sin tener autoridad eclesiástica para la relevacion del juramento, declaró á la Regencia que debiera tenerse por nulo como contrario á las leyes del reino.

No se atrevió, sin embargo, esta á seguir abiertamente el dictámen del Consejo, pero sí á aplazar la instalacion de las córtes. En un manifiesto publicado por los regentes Castaños, Saavedra, Escaño y Lardizabal,[1] en que adulterando el candor de la verdad con los artificios de la elocuencia, se pintaba como imposible juntar las córtes en la Isla de Leon por estar sitiada del enemigo y se dilataba de un modo tan indeterminado su celebracion que dependia únicamente de las victorias que se alcanzasen sobre los invasores. Confiaban así los regentes mas estorbar que dificultar la reunion; con la esperanza de eludirla del todo como inútiles ya, si los sucesos de la guerra respondian á los deseos de la mayoría de los españoles.

Mientras esto sucedia en la Isla Gaditana, el mariscal Víctor, que con su ejército se habia adelantado, persiguiendo la retaguardia de la division del duque de Alburquerque, siéndole ya imposible apoderarse de Cádiz por sorpresa, estableció en el Puerto de Santa María su cuartel general el dia 5 de Febrero.

Al siguiente, un buque parlamentario trajo á Cádiz un oficio, firmado por los tres generales don José Justo de Salcedo, don Pedro de Obregon y don Miguel de Hermosilla. En ese documento, dirijido á la Junta, la exhortaban á prestar obediencia á José Bonaparte, como rey de España. El objeto era persuadir á la Junta que no se trataba de someterse á los estraños, sino de adherirse á la causa de José, sustentada no ya por las tropas francesas que obraban como auxiliares, sino por los españoles que lo reconocian, como á su monarca.

1 11 de Febrero de 1810.

No quiso leer la Junta las proclamas de José que acompañaban al oficio; sus vocales eran igualmente adorados que adoradores: adorados del pueblo, adoradores de la independencia de la patria. Miraban á los comisionados de José como á insolentes arquitectos de vanidades de aquellos que fundan torres fantásticas sobre aéreas esperanzas, idólatras de su genio y panegiristas de sus delirios, cuando no españoles indignamente degenerados. Discretamente incrédulos los de la Junta á las amenazas del poder de Napoleon, prudentemente insensibles á los halagos, y afectuosamente confiados en el amor del pueblo, respondieron á los comisionados de José, devolviéndoles las proclamas, y reasumiendo los deseos populares en estas breves cuanto enérgicas razones, que alcanzaron en aquel tiempo gran fama y no menor admiracion. La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que al Sr. D. Fernando VII. Cádiz 7 de Febrero de 1810.—Francisco Javier de Venegas.

Los mismos generales Obregon, Salcedo y Hermosilla escribieron á don Ignacio María de Alava, que mandaba nuestra escuadra, á fin de que se prestase á seguir la causa de José, y ofreciéndole en su nombre, el mayor premio que pudiera desear, persuadidos de que en muchos lo que se llama política no es otra cosa que ó un delirio del pensamiento, ó una ceguedad del interés, ó una tiranía de la ambicion y siempre un martirio de la esperanza. Engañábalos la suya, y su engaño era su castigo mismo. Alava respondió *que tenia por incompatibles los dos móviles del corazon humano, la honra y el provecho, con la justicia que le hacian en reconocer que era inalterable en los principios de lealtad fijados en su corazon, decidido á seguir la suerte de una nacion fiel y generosa en defensa de sus derechos y de los de su legítimo soberano: que no tenia motivos de sospecha ni de queja, sino de agradecimiento á la Gran Bretaña, y que él y todos sus oficiales graduaban de insultantes sus*

ofertas porque fundaban el honor y la gloria en su firme defensa, contemplándose ricos en medio de la pobreza con tal de no ser franceses.

José Bonaparte llegaba en tanto al Puerto de Santa María, personage de fisonomía modestamente severa, y en la cual parecia que la naturaleza desde la hora del nacimiento habia delineado sus infortunios.

No podian decir con justicia sus enemigos que con su exaltacion habian quedado entronizada la ignorancia y la dignidad abatida; pero los que mas se preciaban de imparciales intentaban descubrir en su valor flaqueza, en su prudencia temeridad, vileza en su magnificencia y en su amor de la gloria ignominia. En el vulgo degeneraba el vigor de las invectivas contra José en grosería é insolencia. Acusábale de vicios y defectos que nunca habia tenido ni tenia. Para hacerlo mas odioso y odiable, decian los pueblos que el *rey intruso* se entregaba á la embriaguez, y que estaba falto de un ojo. Abstraido José en altas ideas y vastísimos pensamientos de gloria que lo llamaban á asegurar en sus sienes la diadema, disimulaba perfidias, suspendia venganzas y solicitaba remedios. El cetro en sus manos comprendia que debiera ser una caña que se doblegase á los suspiros de los súbditos. Tenia conjurado contra sí el odio de la mayor parte de los españoles: mas odiado por fé que personalmente conocido. Era un príncipe digno de una corona; pero como no hay alguno que pueda ser tal, impuesto á una nacion por la fuerza de las armas y por la perfidia, José esperimentaba en su persona el agravio que á sus merecimientos inferia la inviolable ley de los sucesos.

No habia altivez en su carácter: su magnificencia jamás se desvaneció en fausto ó en vanidad. Mudo á las injurias é insensible á las lisonjas, su anhelo era el bien de los españoles. La dignidad real que con satisfaccion habia conseguido, con no previstas penalidades egercitaba, pagando con una y otra realidad cruel

las delicadas ilusiones de la fantasía, porque no puede haber pena mas sensible á una persona benemérita que ver sus buenos deseos y sus beneficios trocados en asunto para el desprecio. Sus áulicos, unos neciamente agoreros, otros escesivamente tenaces, y otros temerariamente confiados, no admitian sus deseos como moradores de sus almas, sino como peregrinos, y querian que las determinaciones del rey que obedecian fueran efímeras, instantáneos sus designios, sus resoluciones transitorias; pero José habia adoptado un sistema de gobierno: con él comenzó, continuó, perseveró y no quiso desistir por mas que su hermano el emperador le aconsejase el mas tremendo rigor contra los españoles, tratándolos como á hombres ingratos á los premios é inflexibles á los castigos. Mas de una vez José, dirigiéndose á su hermano, le decia: *¿y crees tú, por ventura, que es decoroso á un príncipe sentarse en un solio mancillado con la sangre de sus súbditos?* Tales eran sus palabras, pues no me atrevo á fiar mi juicio sino de ellas mismas, egregio documento para aquellos altivos que constituyen la gloria de su autoridad, no en saber mandar, sino en saber oprimir. Pudo peligrar el crédito de José Bonaparte entre los españoles mientras duró la guerra, y en los años despues en que aun era vivo el encono, pero ya no peligra en la fé de la posteridad, ni menos ahora cuando José llegó con mas ansias que felicidad al suspirado centro de su descanso, y que la muerte con las cenizas de los sepulcros borró los caractéres de la humanidad que en él habia. Fué uno de los príncipes que mas han esmaltado su corona con las reliquias de su llanto, siendo la suya, entre todas las diademas reales, en la que debieron resplandecer mas lágrimas que perlas.

Ya José en el Puerto de Santa María se lisongeaba de haber tocado en el término de su deseo. La campaña de Andalucía habia nacido en su pensamiento esclusivo: nada tenia del emperador, sino la felicidad con

que se habia ejecutado. El anhelo de José era entrar en Cádiz, presto y triunfante, triunfante y pacífico, pacífico pero vencedor ó conquistador de sus moradores, rendidos y aun avasallados al poder de sus merecimientos.

Algunos capitalistas y ricos labradores de Andalucía y muchos personages españoles, acudian al Puerto de Santa María, para influir en la terminacion de la guerra. José les ofreció reunir en Granada á los representantes de la nacion para decidir si estaban ó no prontos á aceptar la constitucion y el rey que habia presentado la Junta de Bayona. Estas córtes deberian componerse de los miembros todos de la disuelta Junta Central, de los prelados, de los grandes, de los gefes militares y de los mas poderosos capitalistas. Si respondian negativamente las córtes, José estaba dispuesto á abandonar á España, pues no queria reinar contra la voluntad de su pueblo.

Varios parciales de José venian á Cádiz con el carácter de parlamentarios y con ánimo de persuadir á la Junta y á los principales personages que abandonasen su temeraria resistencia, fiándose en la rectitud y las nobles aspiraciones del que llamaban rey. Mezclaban sus persuasiones con la amenaza del poder de las armas del emperador; pero los gaditanos abrigaban una segura confianza de que el coloso caeria hecho sepultura de sí mismo en la inmensidad de sus ruinas.

La Junta, propuesta á negar sus oidos á toda idea de transacion con los Bonapartes, prohibió la entrada de mas parlamentarios en la ciudad, con órden de que la bandera de parlamento que tremolasen los buques, sirviese de blanco á la artillería de nuestras murallas. Todavía enviaron los adeptos á José un pliego á la Junta con el fin de persuadirla á entrar en tratos sobre la entrega de Cádiz: pero no fué abierto sino de órden de la misma autoridad popular quemado á presencia del pueblo por mano del verdugo ante las Casas Consistoriales.

Algunos otros parciales de José quisieron penetrar en Cádiz ocultamente para persuadir de viva voz á los de la Junta la temeridad de su resistencia; pero al cruzar de noche el canal de la bahía, fueron apresados por las fuerzas sutiles del almirante Purvis, que de este modo inutilizó los deseos de avenencia de Bonaparte.

Desalentada aun mas que perdida la esperanza de José, partió hácia Ronda con objeto de recorrer las provincias de Málaga, Granada y Jaen, en tanto que se aprestaba todo lo necesario para emprender con vigor incontrastable el asedio de nuestra ciudad.

Comenzóse el sitio de la Isla Gaditana: la de Leon defendida por pantanos y saladares: el arsenal de la Carraca por saladares, pantanos y caños; los primeros imposibles de transitar por sus estrechas veredas, solo conocidas de los salineros: el arrecife que vá á la Isla cortado, estableciéndose una batería en el camino de Puerto Real y en el sitio llamado del Portazgo, no sin que Alburquerque hubiese tenido que salir á apoderarse de este puesto con un gran número de tropas protegidas por lanchas cañoneras que á su costado navegaban.

El combate fué tenaz, la victoria nuestra y sus resultas ventajosísimas para contener á los invasores.

Alburquerque ejercia á mas el gobierno de Cádiz y la presidencia de su Junta, por la ausencia de Venegas á otro cargo. Como no siempre podia atender á esta obligacion y á la de la defensa de la Isla, fué nombrado por su segundo en el gobierno y en la presidencia don Andrés Lopez de Sagastizábal. Difícil era en aquellas circunstancias el primero de estos cargos por la falta de concordia que habia en los gefes militares, caso estraño en las críticas circunstancias en que Cádiz se veia.

Recibian siempre á Alburquerque los de la Junta, estos con una lisonjera traicion, aquellos con una obsequiosa mentira, otros con una artificiosa perfidia, los mas con una pérfida idolatría, máscara de la malevolen-

90

cia. Notaba Alburquerque una perpétua contradiccion de las obras con las palabras y unas acciones externas que descubrian la existencia de un pensamiento oculto. Creia que sus servicios estaban á la sombra de una incontrastable evidencia, pero no consideraba que la grandeza de los beneficios es el mayor estímulo á la ingratitud. No se atrevia á dar crédito á sospechas que no caian en vano en su corazon, ni á lo que veia, porque querian desmentir los pensamientos á los ojos.

Abrigaban los de la Junta la ambicion de la supremacia. El haber demostrado que querian vivir remotos de la sombra de cualquier honor, el celo que ostentaban y tenian por la causa pública, la popularidad adquirida con su respuesta á los comisionados de José Bonaparte, eran para ellos títulos suficientes á justificar sus deseos: la presencia de un magnate poderoso y que habia adquirido igual popularidad por haber salvado con su ejército á Cádiz, hizo encender sus ánimos, primero en emulacion y despues en ira, al presumir que el duque habia puesto en las nubes el trono de su soberbia aspirando á ser regente. Conocian que eran invariables sus resoluciones, irrevocables sus mandatos, y jactándose como se jactaban, y con razon, de llevar de bien en mejor la administracion de los intereses del estado, dejáronse llevar por donde los llevaban sus deseos. De esta suerte entró en sus almas el pensamiento de perseguir á Alburquerque. Esparcian unos la voz de que no habia dependido de la retirada de este general la conservacion ó pérdida de Cádiz. Querian otros hacer que la fama perdiese la voz y la elocuencia para alabar á Alburquerque, cuando habia celebrado sus glorias hasta el niño cuya lengua ib tomando forma para articular las palabras.

Olvidábanse de sus fatigas heróicas como si se hubieran hecho por una ciudad estraña.

Ignoro si era verdad, que los pensamientos de Alburquerque lo estimulaban á pretender la regencia; pero si llegó á imaginarlo, imaginaba lo que merecia. Sus

servicios le abrian la senda á la fortuna mas alta en una guerra en que muchos se hicieron soldados, mas para vencer su fortuna que para defender la patria. Los de la Junta querian que Alburquerque no hubiera sido general sino solo para salvar á Cádiz.

Notó al fin Alburquerque entre los fingidos aplausos los patentes desprecios de los vocales de la Junta, ídolos, idólatras é idolatradas, ídolos del entusiasmo patrio, idólatras de su propio poderío, é idolatrados de la plebe. Contemplaba como procedian en todo con no poca segunda intencion, y que llevaban delante el poder para darlo á quien querian, y la justicia detrás para no conceder lo que era debido. Sus enemigos imaginaban de este modo que llegaba el castigo del desden á donde llegaba la soberbia de los pensamientos de Alburquerque.

Pidió la Junta á la regencia que este trasladara su cuartel general á la Isla de Leon, donde primero lo habia tenido, manifestando en esta demanda una sospecha contra aquel general, sospecha que se presentaba como una errante sombra en la fantasía, contra la buena opinion de Alburquerque. La imágen de sus servicios quedaba en el alma, pero desvanecida por la duda, como aquella pintura cuyos colores se han oscurecido y que solo ofrece á la vista un borron de sombras, simil bien oportuno á expresar la idea de los de la Junta.

Cierta estudiada lentitud en estos para socorrer las urgentísimas necesidades del ejército de Alburquerque, obligaron al duque á dirijir graves quejas á la Regencia. Sentia Alburquerque con sus soldados el rigor de la hambre, la inclemencia de la estacion, la ignominia de la desnudez, la negativa de las repulsas, y por último sentia que no se sintiesen sus trabajos.

Muchos de sus soldados con el enemigo al frente y con penalidades de todo género, con sus rostros quemados del sol de las campañas, no tenian otras insignias militares que las cicatrices de sus heridas y las ar-

mas. Veíanse amenazados de tener que pedir limosna, confundiendo los bríos del valor con los oprobios de la mendicidad.

Tenia Alburquerque á los de la mayoría de la Junta por hombres afectadamente compasivos, con el corazon abierto para el sentimiento, y con las manos cerradas para el remedio. Sus remedios eran para el ejército males, como lenitivos sin alivio, refrigerios sin consuelo y antídotos sin virtud.

Lo mucho que habia concebido en el pecho contra ellos, vino á verterse por su pluma, y parecia que no era en sus manos detenerlo.

La Junta respondió altaneramente á la Regencia, de modo que Alburquerque sintiese y conociera que habia quien tenia poder para derribarlo, y que los labios que podian ensalzar sus merecimientos, tambien podian abatirlos.

Acusólo de divulgar con sus escritos los secretos de nuestra debilidad, exponiéndolos á la consideracion de los enemigos que sitiaban á Cádiz, cargo que rechazaba Alburquerque diciendo que el medio de desacreditar á nuestro ejército era ponderar su fuerza y la debilidad del enemigo, cuando lo que convenia era que todos supiesen la verdad para poner remedio al peligro.

Llegó la Junta hasta el estremo, no solo de echar en rostro á Alburquerque con la mayor ingratitud, que aquella retirada que salvó de los franceses á Cádiz, fué hecha *con demasiada presura,* sino tambien de dirijir un cartel insolente de desafio al general y á su ejército, confiada en que nada podian hacer estos con el enemigo á la vista. El amor de la patria acallaria en sus corazones la ira y la victoria de la Junta seria indudable.

Alburquerque al menos consideró un reto dirijido á comprometer al militar de sangre mas fria, aquellas palabras de la Junta en que se alababa de ser tan legal como amada del pueblo que la habia constituido *y que estaba dispuesto á salvarla de cuantos ñublados procurasen oscurecer sus procedimientos.*

El pueblo, casi siempre Argos sin vista, y constante solo en la inconstancia, tomó el partido de su Junta. No hay iman mas atractivo para la estimacion popular que el ultraje de un poderoso, ni placer mas grande para el vulgo que abrasar todas las reputaciones y los designios todos con el veneno de su inútil lengua. Quedó Alburquerque indignamente entregado por blanco á la indignacion popular en la ciudad que habia salvado.

Semejantes respuestas, y en ocasion semejante, y á un general entusiastamente amado de su ejército, hubieran atraido sobre la Junta la indignacion toda de una poderosa fuerza armada á ser otro Alburquerque. Habian quedado espuestas sus cervices á la merced de su espada y á la piedad de su ira. ¡Fuerte combate para un soldado fué la ocasion presente! pero el duque no quiso oscurecer infamemente su gloria. La Regencia dióle la razon en todo, conociendo que la Junta obedecia mas á la pasion que á la verdad. El mismo embajador inglés comprendia que no era el celo de la justicia el que impulsaba á la Junta, sino el desahogo de una imprudente venganza.

Con una firme insólita constancia, dió el duque un ejemplo de la mas admirable prudencia, si bien poco accesible á la imitacion. Triunfó de su cólera con la valentía de su virtud, en tanto que en la ciudad amenazada y desprevenida un tiempo, y ya por él apta á la defensa, aun no se habian acabado de proferir los vivas á su persona, y ya pugnaban por salir á los labios los mueras. En esto pararon todas las glorias que le prometian sus esperanzas, siendo testigo de su mal el asombro mudo de los soldados, al ver que las promesas que con las ansias del peligro se concibieron, con las lisonjas de la seguridad espiraron. El templo de la gratitud siempre ha estado en un desierto. No habiendo dado Alburquerque licencia á su ira, aunque tenia á su lado la razon y las armas, preciso era decidir aquella infausta controversia. Creyó la Regencia que secaria el viento de

la ambicion en el duque la corriente de las lágrimas de su despecho: que la embajada de Lóndres pondria interdicto á su dolor, y que con el poder que tomaba animaria su corazon contra los impulsos del sentimiento.

Lanzó Alburquerque por el momento las ambiciones de venganza fuera de su voluntad y partió á Lóndres, sin que jamás volviese á entrar en su corazon el contento, quedando así cual estrella solitaria y retirada de la vista.

En Lóndres se abatió su fantasía al fondo inmenso de su desdicha, como hombre que llevaba calientes las cenizas de aquella llama, y en el pecho una penetrante herida. Las quejas de sus agravios eran un lenitivo que su dolor pedia, y que su impaciencia mal sufridamente dilataba. Publicó al fin un manifiesto en 20 de Noviembre de 1810. Alburquerque creia que el odio de la Junta habia tenido orígen en haberse prestado él á reconocer inmediatamente la autoridad de la Regencia, en los instantes en que los de Cádiz oponian obstáculos á rendirle obediencia, como poder ilegal emanado de los Centrales.

Abrigaba tambien una vehemente sospecha el duque contra los de la Junta. Imaginaba que su empeño en administrar los caudales públicos no era únicamente para adquirir un predominio sobre la Regencia, sino para que los comerciantes que en ella habia se utilizasen: así entendia que en los libros de cuentas de la Junta cada partida era un ansia del corazon para adquirir, y un seguro de la memoria para cobrar. Al tenor de aquella sentencia antigua de que la vida es una comedia, veia Alburquerque en la de la Junta el asunto de adquirir, para que fuese el dejar su desenlace, comedia tan ridícula como es adquirir para dejar; pero presumo que lo engañaba su justo odio contra la mayoría de aquellos ingratos.[1]

1 "Asi proseguí hasta que por lo que pude observar y por lo que oí á los individuos de la Junta vine en cono[illegible]iento de que aque-

Comerciantes habia en la Junta muy acaudalados y de honradez suma. A mas, no tenia en sus manos el oro tiempo bastante para traerlos inquietos, porque pasaban luego á socorrer las urgencias de la guerra.[1]

Concluia su manifiesto el duque preciándose de haber con su modesta retirada impedido que la guerra civil hubiese abrasado con sus furores la Isla Gaditana, como hubiera podido bien suceder en vista del desafío con que la Junta de Cádiz provocaba al general y al ejército que la defendia.

Vindicóse la Junta en otro manifiesto no menos ofensivo á Alburquerque. Sus ojos insensibles al horror de las batallas, no podian leer con serenidad aquellos dicterios. Su muerte cruelmente repentina, puso fin á los pesares que la provocaron, pero no á la ingratísima ingratitud de la Junta. El ejército sintió con enter-

lla no miraba tan puramente por el interés general como yo habia creido. Muy desde el principio se empeñaron en tener el total manejo de los caudales públicos (no con otra intencion que con la de gozar esta mas influencia y además de tener en su mano el medio de reintegrar sus adelantos, sacar de los fondos de la nacion que manejarian como comerciantes toda la utilidad que se deja conocer, y creyeron que el modo de lograrlo era no apresurarse á ejecutar lo que pendia de ellos. Jamás me atreveria á dar tan siniestra interpretacion á la conducta de la Junta de Cádiz, si no hubiera oido yo mismo de boca de algunos de sus individuos las especulaciones mas miserables sobre este punto. La desnudez de mi ejército estaba á la vista: mas de un mes se habia pasado y ningun afan se veia por remediarla. ¿Quién creeria que tenia la Junta de Cádiz detenidas 700 piezas de paño esperando á ver si le daban el manejo de los caudales públicos para si no ganar ocho reales en vara? Este es un hecho de que soy testigo y que podian haber tenido presente para templar un poco el boato con que hablan de su acendrado patriotismo." *Manifiesto del Duque de Alburquerque.*

1 La Junta decia. "Solo ha detenido su liberal mano cuando en estos dias ha llevado el gobierno á su tesorería general 4 millones de reales porque ha creido la Junta que S. M. próvida de estos fondos habia acudido á aquellas necesidades que tiene bajo su vista."

Esto quiere decir: no podemos responder á las quejas acerca de las faltas que sufre el gran cuerpo de ejército (que es de lo que yo me quejaba); pero estamos picados vivamente de que no nos dejen por dueños absolutos de la hacienda, y nuestra liberal mano sitiara por hambre al ejército hasta que salgamos con nuesto intento. *Manifiesto de Alburquerque.*

necida lealtad la muerte de su caudillo, á quien mas hubiera valido en la universal derrota de los ejércitos de Andalucía, haber ganado con la espada en la mano tierra española para su sepulcro.

Lóndres vió su cadáver en un excelso túmulo, en cuya funesta exaltacion los tristes adornos, las sombras tegidas, vestiduras de la noche, representaban con su oscuridad el eclipse de aquel héroe.

Las teas ardientes, los trémulos resplandores, las palpitantes llamas con su luminosa trepidacion, no podian esplicar bien las ansias del dolor y la angustia del sentimiento de los españoles que acudian á tributar á Alburquerque el testimonio de la admiracion mas respetuosa.

Ese es el cuerpo del que dos veces salvó á Cádiz y á la patria, era la voz que se oia en los labios de aquellos españoles, epitafio vivo, digno de su sepulcro y que estrechaba toda una fama á menos sitio del que ocuparian las cenizas de aquel cadáver.

Un año despues todavía la Junta dirijió acusaciones á Alburquerque, porque la venganza continúa y extiende su furor implacable, mas allá de la muerte. Poco importa estar debajo de una lápida. A los brazos de la muerte vá la malevolencia á buscar á sus enemigos; y con afrentosas anatomias de sus acciones, expone á la vista las faltas mas ocultas de su vida, convierte en sátiras los epitafios y no perdona el silencio de las cenizas ni repara en violar la inmunidad de los sepulcros, y celebra con injurias las exequias de su reputacion. La muerte acaba los dias; pero el odio quiere eternizar la ignominia y procura que no perezca en el silencio de los siglos. Ninguno respondió á los últimos cargos de la Junta contra Alburquerque. Sus parientes enmudecieron.

No es estraño: corta la hoz de la muerte los vínculos de la consanguinidad, apaga el amor su ardiente tea en las cenizas del sepulcro, y al mismo tiempo que se hace el entierro, se hacen los funerales del parentesco.

Procuró la Junta con estraordinarios servicios hacer que se olvidase su injusto proceder para con Alburquerque. Los comerciantes que en ella habia facilitaban de sus bienes y de los de sus amigos cuantos anticipos eran necesarios para las atenciones públicas. Cerca de veinte y seis millones de reales habian desembolsado en mes y medio, para socorro del ejército de Badajoz.

Cuando llegó el caso de crecer las urgencias y de hallarse con todos los recursos agotados, no por eso desmayó el ánimo de la Junta para insistir y persistir cerca de las personas que pudieran facilitar otros nuevos.

Sucedió en cierta ocasion que aumentándose las deudas de un modo considerable, negáronse contratistas y abastecedores del ejército de la Isla á facilitar víveres y viéronse los soldados en la precision de comer el bacalao que el dia antes habian arrojado como podrido. En tal apuro, recordó un miembro de la Junta que en poder de la Regencia existia mucha plata labrada de las iglesias del interior de España, que en Cádiz se habia depositado para salvarla de la rapacidad de los enemigos. Determinóse por la Junta que una comision pasara á ver á la Regencia con objeto de que la entregase para su venta.

Presidia ya este cuerpo el obispo de Orense, hombre locuacísimo y de una astucia propia de sus años. Era muy pequeño de cuerpo, encorvado, de ojos vivísimos y de mirada penetrante. Aun mas que caduco y decrépito parecia moribundo: su rostro pálido y macilento demostraba á muchos que mas que de los años, era el obispo víctima del ayuno y cadáver de la abstinencia. Los muchos enemigos que habia concitado contra su persona la soberbia de su condicion, aseguraban que la ignorancia llevó los dias de su niñez, que llevó la incontinencia los dias de su juventud, que llevó la ambicion los dias de su virilidad, y que la perseverancia en sus errores iba llevando los dias de su vejez.

Uno de los vocales de la Junta espuso, con cuanta fuerza podia y tenia, la necesidad presente: usó de los términos mas vivos para esplicar el infortunio de las tropas. Verdad era esta, que una sola vez oida, debia bastar para conmover el ánimo del obispo; pero su piedad era campo estéril, fuente seca, llama sin ardor. Oyó las desdichas de nuestros defensores, cual si le hablasen en desconocida lengua: tibias fueron las razones con que respondió, preguntando los medios mas fáciles de poner fin á las necesidades de nuestro ejército. Manifestaron los de la Junta el único: vender la plata labrada, de los templos. Indignóse el obispo cual si le propusiesen una maldad que solo pudiera forjarse en depravados pensamientos, cuando sus autores no tenian otro fin sino el bien comun: mandólos callar: negáronse los de la Junta, alegando que los representantes de Cádiz tenian derecho á ser oidos y que lo serian. Reiteraron y perseveraron en su demanda. Calificóla de sacrílega el de Orense. Replicáronle que vender las alhajas de los templos para lucrarse seria un delito; pero para redimir de las necesidades á pobres, tan pobres como los soldados que defendian la religion y la patria, seria un acto de misericordia. Herejía llamó á esta proposicion el obispo; pero los de la Junta le dijeron que mas querian ser herejes con San Ambrosio, que no católicos como él; puesto que este santo en su tratado *De officibus* decia: *Vasa sacrorum vendere opus est ut quis fide syncera et perspicaci prudentia misericordiæ manus impleat. Sane si aliquis in sua declinat emolumenta, crimen est: si verò pauperibus erogat, redimit, misericordia est.*

La misma ira del de Orense fué la pregonera de su temeraria ignorancia: levantóse de su sillon, arrojó la campanilla que convulsivamente apretaba, y se salió del aposento, dejando sin mas respuesta que el desaire á los mensageros de la Junta. Estos, delante de los demás regentes, anunciaron que el agravio, inferido en sus

personas á Cádiz, no quedaria impune, y que desde aquel momento la Junta cortaba toda relacion con la Regencia. Grave era el conflicto, á no mediar Castaños, el cual con el favor de su afabilidad procuró vencer el encono de los de la Junta y evitar que las disidencias pasaran adelante. No se vendió la plata labrada de los templos, pues la obstinacion del de Orense no pudo ser derribada; pero se buscaron otros arbitrios para desvanecer las necesidades del ejército.

Los apuros del erario llegaron en otra ocasion á igual estremo. No se sabia como atender á los ejércitos diferentes que demandaban con la mas aterradora urgencia socorros pecuniarios. Apelóse por la Regencia al marqués de Wellesley para que facilitase en nombre del gobierno inglés veinte millones de reales. Negóse el embajador, como hombre que carecia de instrucciones para este caso, ó que si las tenia, eran contrarias. Encargóse la Junta de convencerlo. Presentóse una comision á Wellesley y no obtuvo mejor respuesta. Volvió nuevamente y todo inútil. Tornó á volver y le dijo. *La ciudad de Cádiz está dispuesta á dar su caserío en hipoteca por valor de veinte millones de reales. Si V. E. no los facilita, un barco nos espera para pasar al Puerto de Santa María y hacer esta proposicion al mariscal Soult.*[1]

Al punto Wellesley, no temeroso de esta amenaza, sino de que su gobierno llevase á mal su resistencia, siendo tal el conflicto de los regentes y de la Junta en vista de las necesidades de la guerra, firmó y entregó, á las pocas horas, letras sobre la tesorería real de su nacion por valor de los veinte millones. La Regencia las

1 Estas palabras parecen mas verosímiles, y las tengo por mas auténticas que las que Vargas Ponce, con mas poesía que verdad, pone en su libro de los *Servicios de Cádiz*, y son estas: "*Cádiz se vá á dar por hipoteca y el pueblo gaditano vá á escribir al pueblo de Lóndres que para debelar á Napoleon ha menester veinte millones de reales.*" La urgencia no permitia la dilacion á que daba lugar esta propuesta.

pasó inmediatamente á la Junta, y en aquel mismo dia fueron negociadas y atendido el ejército y socorridos los que habia fuera de la isla.

Otros hechos de esta especie se omiten por menos notables: bastan aquellos á demostrar el celo ardiente de nuestra Junta y las penalidades y contradicciones que esperimentó para atender á las urgencias del estado.

Proseguíase en tanto el sitio de Cádiz. Poco tiempo despues de establecido, nuestros sitiadores tuvieron ocasion de complacerse con el espectáculo de un gran estrago. Los buques nuestros habian tenido que colocarse á la boca del puerto para estar seguros de la artillería enemiga. Sucedió que el dia 9 de Marzo se desató sobre nuestra provincia un huracan y de los mas impetuosos. Los navíos *Purísima Concepcion, S. Ramon y Montañes* y la fragata, de guerra igualmente, *Nuestra Señora de la Paz* quebrantaron sus amarras y fueron á dar unos en la costa del Puerto de Santa María, otros en la de Puerto Real. Salváronse los que pudieron y con lo que pudieron por el auxilio de las cañoneras, las lanchas y los botes de la marina británica, y con la oposicion de los fuegos enemigos. Estos buques fueron destruidos por medio del incendio: unos por los españoles mismos que los abandonaban, otros por los franceses para impedir que los recuperasen nuestras fuerzas, ya que á ellos era imposible armarlos. Un navío de guerra portugués, un bergantin inglés tambien de guerra y veinte buques mercantes perecieron en este dia.

Con el furioso huracan que sopló de nuevo en la noche del 15 á 16 hallaron oportuna ocasion para cortar las amarras del ponton *Castilla* los prisioneros franceses que en él estaban, y dirigirse con el favor del Sudoeste á encallar en la costa del Puerto de Sta. María. Eran unos setecientos hombres, oficiales los mas. Salváronse parte á nado, parte con el auxilio que acudian denodadamente á prestarles sus compatriotas. Los prisioneros que estaban en el ponton *Argonauta*, que

eran seiscientos en número, el dia 26 imitaron á aquellos y se pusieron tambien en libertad y en salvamento, á pesar de los fuegos de las baterías y cañoneras españolas que en vano pugnaron por impedirlo.

De los náufragos, recogieron los franceses doscientos españoles que quedaron prisioneros. En la fragata *Paz* murió don Rodrigo Riquelme, preso en ella, y cuyo delito era haber pertenecido á la Junta central. Los navíos *Castilla* y *Argonauta* tambien fueron devorados por las llamas; en este último algunos prisioneros que aun permanecian en él el dia 28.

Causaron gran regocijo en el ejército francés nuestras pérdidas: sus principales gefes las presenciaban en la costa misma. Hubieran querido que sus ojos en medio de tempestad fueran lucientes y engañosos faros para perder á sus enemigos. Bien se puede decir que con dolor vieron que el viento calmaba, que la cerrazon se rompia, y que las nubes vagabundas, parecidas á islas fluctuantes, poco á poco se iban alejando.

Importaba á los franceses apoderarse del sitio del Trocadero para ofender, desde las baterías que ellos construyesen, á la ciudad de Cádiz y á la bahía. Estorbaba á sus intentos el pequeño castillo de Matagorda que en su estremo y ya dentro del agua, estaba guarnecido por los ingleses, y con la defensa de muchas de nuestras fuerzas sutiles y del navío *San Pablo*. Habia resistido su guarnicion por espacio de dos meses un sangriento, continuado y aun obstinado fuego. Hiciéronlo irresistible los franceses con el establecimiento de nuevas y numerosas baterías. En vano las cañoneras y el navío *San Pablo* triplicaban la resistencia. Las balas rojas que cayeron en este, lo obligaron á retirarse: los ingleses batidos á menos de medio tiro de cañon hubieron de abandonar el fuerte el dia 24 de Abril, dejándolo en ruinas y ellos con notable pérdida, pero con honor.

En este mismo dia llegó á Cádiz desde Murcia don

José Blake nombrado por el consejo de Regencia para suceder al duque de Alburquerque en el mando de las tropas que guarnecian esta isla. De diez y siete á diez y ocho mil hombres se componia nuestro ejército, á mas de las fuerzas de los aliados; y á mas á mas la milicia voluntaria. Aumentábase de dia en dia el número de estas fuerzas: fujitivos que de las costas aportaban y gente nueva que venía á alistarse.

Demostró la esperiencia el peligro de nuestros navíos: algunos fueron enviados al apostadero de la Habana, cuyo mando se confió á don Ignacio María de Alava, así como el de la escuadra en Cádiz á un hijo ilustre de Medina Sidonia, el general don Juan María Villavicencio, y el de las fuerzas sutiles á don Cayetano Valdés, personaje el primero de notorio talento, de varia ilustracion y de carácter firme, y el segundo de un valor acreditadísimo. Los prisioneros franceses, que aun quedaban en los pontones, fueron trasladados á la Isla Cabrera, y con ellos se trasladaron tambien sus infortunios creciendo con los dias: mientras ellos mas acabados, mas encrudecido el rigor de su fortuna. No hallaban mas puerta para salir del laberinto de su miseria que la muerte; abrasados sus ojos en lágrimas de hiel, en lágrimas de sangre, en lágrimas de fuego.

Por el momento ocasionó algun sobresalto la pérdida del castillo de Matagorda; pero se disipó bien pronto. El trájico fin de un reo de Estado distraia aun en aquellos dias la atencion pública. Era alcalde de casa y corte en Madrid don Domingo Rico Villademoros, parcial ardiente de la causa de José Bonaparte. Odiábalo vengativamente uno de los partidarios mas famosos de la Mancha; aquel que era conocido por el nombre de Francisquete á causa de la pequeñez de su cuerpo y llamarse Francisco Sanchez. Fingióse amigo de Villademoros y con engaño lo atrajo á un sitio conveniente: apoderóse de su persona: por desusados caminos lo condujo amarrado hasta Cádiz y lo entregó á la Regencia. Formó-

se inmediatamente causa á Villademoros, instando Francisquete y los de su partida, y acusándolo de ser adicto Villademoros á José y haber condenado á muerte á algunos de los que con mas ardor promovian la guerra, cuando habia servido de padre á muchos del pueblo de Madrid y conseguido de Bonaparte su perdon. Para todos los que se preciaban de buenos españoles, habia escrito Villademoros con sangre de los leales su sentencia de muerte. Profirióse contra él á los pocos dias de estar preso en el castillo de S. Sebastian, y por don Antonio Alcalá Galiano, antiguo alcalde de Casa y Corte, como él y como él, un tiempo al servicio de José Bonaparte, pero siendo ó simulado parcial solo por las circunstancias, ó adicto sinceramente y desengañado despues y vuelto á servir á su patria entre los enemigos de su dependencia. Trasladado á la cárcel pública oyó Villademoros su sentencia de muerte, ejecucion que deberia ser secreta por respeto á la calidad de la persona.

Cruel debió ser para Alcalá Galiano la necesidad de proferir esta sentencia en un compañero y amigo, y castigado por lo mismo que él debiera haber sido.

Era don Domingo Rico Villademoros pequeño de cuerpo, rehecho, de grandes ojos, cerrado de barba, de cabello negro, de fisonomía simpática é inteligente.

Acudieron con los hermanos de la caridad muchos frailes, queriendo á porfia asistirlo cada uno en aquellos postrimeros momentos. En todos ellos no vió Villademoros sino semblantes vulgarísimos, religiosos buenos para ayudar á mal morir á facinerosos estúpidos ó idiotas. Á él, hombre de talento profundo y de erudicion suma, ¿qué podian enseñar los que tan poco sabian?

Eligió tres médicos expertos en la curacion de las dolencias del alma: tres hombres de talento y sabiduría con que poder entenderse. Eran el Magistral Cabrera, á quien ya conocia por haberlo visitado este en la prision, el presbítero don Nicolás Mora, hermano del literato don José Joaquin, y el Padre Gonzalez, lector en el convento de S. Francisco.

Prepararon para la muerte á Villademoros estos tres eclesiásticos, convirtiendo á sus ojos el oprobio en gloria y el infortunio en dicha. Con tranquila conformidad aguardaba este la hora de su sacrificio. Francisquete en tanto, dominado por su pasion contra Villademoros instaba á unos, concitaba á otros para que la ejecucion fuese pública. Así se mandó: vióse, pues, el caso inhumano de modificarse una sentencia de muerte, cuando ya el reo estaba en capilla, no para su favor, sino para su daño. No sabian como notificarle esta agravacion de la pena. El Magistral Cabrera hizo traer á Villademoros una taza de caldo con objeto de que restaurase sus fuerzas. Bebió este: rogóle Cabrera que bebiese mas: resistióse Villademoros. Entonces el Magistral le dijo: *Es necesario, amigo, que lo beba V. hasta las heces.* Miróle Villademoros, quedóse un rato suspenso, y como hubiese penetrado bien el sentido de sus palabras, le interrogó con estas: *¿Y por ventura hay algo mas que morir?—Mas que morir no,* le respondió Cabrera, pero *puede haber circunstancias en él que sean mas dolorosas, tales como verificarse ante la multitud.* No manifestó sino conformidad Villademoros.

Para que sus dichos desde aquel instante no fuesen entregados á la venenosa curiosidad del vulgo, con la interpretacion que quisieran darle los que lo custodiaban y los hermanos de la caridad que le asistian, todo el tiempo que estuvo en la capilla cuanto habló con sus confesores fué en lengua latina.

A las once y cuarto de la mañana del dia 14 de Abril fué agarrotado en el campo del Sur á espaldas del convento de monjas de Santa María. Patrullas de voluntarios distinguidos recorrian las inmediaciones, como si se tratara de ejecutar á un malhechor temible y con parciales y deudos en la ciudad.

En sus últimos instantes ofreció el espectáculo de una tranquilidad admirable, sin ostentacion de valor, sin abatimiento y sin que se viese en él aquella devo-

cion exagerada con que en casos tales procuran algunos esconder su cobardía. El verdugo, atento á la calidad de la persona y compadecido de su desdicha, se propuso darle y le dió una buena muerte.

Despues de agarrotado, puso el verdugo sobre su pecho un cartel que decia las causas de su muerte, para que las leyesen los que se acercasen á ver el cadáver, que estuvo espuesto todo aquel dia.

Con el ciego frenesí de las parcialidades, hubo quienes intentaron injuriar su memoria con calumnias referentes á su vida privada; cosa muy comun en aquellos tiempos y en todos. No se quiere que el elegido por blanco del odio nuestro sea desgraciado, sino tambien que sea aborrecido.

Los confesores de Villademoros aseguraron constantemente que era un hombre de la mas acrisolada virtud y de la mas recta sabiduría.

El único dolor que tuvo en su muerte fué la herencia de lágrimas que dejó á su esposa, y con su infamia el anticipado sepulcro que quedaba abierto á su posteridad.

Francisquete, que no quiso ausentarse de Cádiz sin presenciar la muerte de Villademoros, no pasó mucho tiempo sin que fuese cogido por los franceses y colgado de una horca. La Regencia mandó que el Estado costease en premio de sus servicios la carrera militar á su hijo y que este uniese á su apellido de Sanchez el de Francisquete.[1]

Un abogado de Sevilla, llamado Loriti, mas tarde sufrió igual pena que Villademoros, y por afrancesado, tambien en el mismo sitio.

Trasladóse á Cádiz la Regencia el 29 de Mayo, escogiendo para su residencia el edificio de la Aduana. El siguiente dia era el de Fernando VII. Celebróse con pompa inusitada: parecia que la paz habia serenado

1 No ha mucho que falleció en Cádiz siendo coronel de ingenieros.

ya los ánimos: que habia apagado la guerra sus fuegos y clavado sus cañones. Todo el estrago era en las riquezas para la pompa de los adornos en personas y edificios: las banderas solo se tremolaban para gala: brillaban en los trofeos las armas entonces inocentes. No parecia sino que habia llegado la hora de la suspirada restitucion de la tranquilidad pública. La Regencia recibió corte en aquel dia. En medio del espectáculo tierno de ver una nacion reducida al estrecho límite de esta isla, único territorio totalmente inmune á los enemigos, festejando los dias de su monarca, y acatándolo en los representantes que los delegados del pueblo habian elegido, un suceso singular ocupó la atencion pública: suceso de los frecuentes en una época en que alternaban las heroicidades y las estravagancias. El marqués del Palacio, general de ningun concepto y hombre que hacia capricho el crédito que con sus singularidades habia adquirido, solicitó de la Regencia permiso para pasar el dia 30 á esta plaza con cien hombres vestidos y armados (como él decia) de coraceros á la antigua española, á cumplimentar á aquella autoridad soberana. Diólo la Regencia por medio de una Real órden para que el general en gefe del ejército le facilitase los hombres y caballos que pidiese, á su eleccion, así de la clase de sargentos y cabos, como de los soldados de los seis regimientos de caballería que estaban en la Isla. Tambien deberian acompañar al marqués seis oficiales.

Vistiéronse todos, no de coraceros, pues ni una sola coraza habia, sino con jubon, calzas y capa corta, lo que comunmente se llama á la antigua española. Entró en Cádiz la comparsa, pues de comparsa de teatro era su aspecto: no fué una fiesta sorda, desautorizada y sin solemnidad alguna, como intempestiva é ignorada: antes bien, gran concurso, atraido por aquella novedad, esperaba y seguia á los *coraceros*, andando mezcladas entre las turbas la aprobacion y la risa. Llegó el marqués á la cabeza de su tropa, á la Aduana á la hora en que

la Regencia recibia corte. Entró seguido de los oficiales, vestido igualmente á la antigua usanza y con la faja de general al uso moderno. Era el marqués alto y muy fornido, de figura, gesticulacion y andar caractéres espresivos de su estravagancia. Adelantóse en el salon de recibimiento, sacó la espada, tiró al aire cuatro ó cinco mandobles, púsose sus anteojos y habiendo embargado las palabras de todos un profundo silencio ante tal espectáculo, leyó un discurso en verso, escrito con la mas desaliñada sencillez, si bien con una voz hueca intentaba darles la entonacion que no tenian. La composicion era propia de él. Exhortaba en sus versos y con el ejemplo de su persona á seguir las costumbres de nuestros antepasados, menospreciando las modernas y manifestando horror á innovaciones que no podian tener, en su sentir, duradera vida.

Oyó la Regencia con señales de aprobacion el discurso: como que habia autorizado al marqués para el hecho, pero no faltaron entre los asistentes á la corte quienes se burlasen del buen marqués tan mal aderezado y peor dispuesto para esta ceremonia.

Recorrió el marqués con su comparsa las calles de la ciudad, ufano de verse el objeto de la curiosidad general, y creyendo que emulaba de este modo las glorias de sus ascendientes. Así estuvo esta cuadrilla de máscaras en Cádiz hasta la hora del anochecer en que regresó á la Isla. La gente de buen humor tuvo mucho que reir con los ropages de aquellas figuras de tapiz y con los mas de aquellos caballos que por su flaqueza, á causa de la escasez de forrage, parecian injertos en camellos.

Cádiz venia á ser la patria de España, mas que refugio, patria firme y segura donde el amor de la libertad no habia desfallecido, donde á pesar del rigor del sitio, la vida parecia no tener término, donde no se sentia dolor, ni se oia cosa triste y ningun mal se temia.

Confundidos andaban, sin embargo, en la ciudad los

hechos de la mas alta abnegacion con los de la ridiculez mas absurda; y los de una insólita consecuencia con los de las contradiciones mas inesperadas.

Acontecia lo que desgraciadamente acontece en los gobiernos populares: la honra hurtábase á la verdad y dábase muchas veces al vicio: hurtábase el premio á los méritos y dábase al valimiento caprichoso: la opinion se hurtaba al sabio y al valiente, y dábase al ignorante y al cobarde, cuando el cobarde y el ignorante clamaban ponderando la injusticia. Antes las diademas autorizaban la sinrazon: ya no las autorizaban sino las Juntas. Desengañábanse con el engaño, y era su justicia la injusticia casi siempre.

Grababa el soberbio al pié de la estatua que erigia á su vanidad los títulos de su pretendida honra: el ambicioso en la de su ambicion las inscripciones de su gloria, y escribia el atrevido en la que levantaba á su osadía los caractéres de su denuedo.

Aspiraban los que tenian á su cargo el gobierno, que fuesen patriarcales las costumbres, cuando la soberbia de dia en dia mas tierra iba ganando.

Levantó la fiebre amarilla el año 10 el estandarte de la muerte en medio de nuestra ciudad: no cabian en los hospitales los enfermos: en las sepulturas no habia lugar para los muertos. Mas no por eso los gaditanos cedian al temor: juntábanse en plazas y edificios á conferir sobre el estado de los negocios públicos, aunque tuvieran dentro de pocas horas que juntarse en los sepulcros. Así conservaban ilesa su enerjía por el congénito odio que abrigaban contra los franceses.

El castillo de Puntales, establecido en una lengua de tierra avanzada al mar, consta de un pequeño frente de fortificacion por el lado de tierra y de una batería recta por la parte que mira á la bahía y al Trocadero, donde los enemigos habian asentado sus trenes de batir. La guarnicion de esta fortaleza fué confiada á un batallon de voluntarios distinguidos, que tomó el nom-

bre de *artilleros de Puntales.*[1] Durante el largo tiempo que duró el asedio, trabajaron dia y noche en la defensa del castillo, contínuamente fatigado con los disparos enemigos, que llegaron á catorce mil quinientos veinte y uno, entre bombas, granadas y balas, así como á cincuenta mil doscientos cincuenta y nueve los que se lanzaron á los franceses desde los reducidos muros de este castillo. Quedaráse en esperanza la pintura de los diarios combates que sostenian los valerosos defensores, para recordar á un albañil sin nombre, pero de mucho, que durante todo el sitio de Cádiz y enmedio del fuego enemigo, se descolgaba de las troneras de la fortaleza para reparar los destrozos que habian ocasionado los disparos. Muy grandes y verdaderamente innumerables fueron los servicios ejecutados dia por dia desde que la aurora comenzaba á resplandecer, hasta que se sepultaba en sombras tristemente el horizonte. Causaban admiracion su valor y su constancia, así como su fortuna en no recibir la menor herida. Se puede ser hasta temerario, cuando es uno venturoso.

El dia en que recibieron su bandera los artilleros de Puntales, determinaron solemnizarlo alegrísimamente, permaneciendo á su sombra todo él sobre los terraplenes de la fortaleza á pesar del fuego enemigo. Tan solo la autoridad de los generales de marina don Cayetano Valdés y don Juan José Martinez, que acaso acudieron por aquellos sitios y entraron en la fortaleza, atraidos de la novedad, pudo poner término al irreflexivo entusiasmo de aquellos denodados hijos de Cádiz, obligándolos á recogerse á las casas matas. Mereciendo rara aceptacion su cuidado en la defensa, aun mereció mas elogio esta imprudente hazaña, propia de hombres

1 En 10 de Abril de 1805 se concedió una cruz de distincion con el nombre de *San Lorenzo del Puntal* á los oficiales. Su lema era *valor acreditado por los artilleros de San Lorenzo del Puntal.* A los sargentos, cabos y soldados fué concedido un escudo para el brazo izquierdo.

con la edad en el corazon de la primavera y lozanía y que tan de léjos miraban la muerte.

Ricos capitalistas, pobres artesanos, comunidades enteras de religiosos acudian diariamente á trabajar en las obras de la Cortadura de San Fernando, fortaleza que se consideraba para la salvacion de Cádiz, como la necesidad de todas las necesidades. Para cubrir sus flancos en baja mar, no vacilaron los gaditanos en arrancar las rejas de sus casas y llevarlas á aquella arena para impedir el paso á los enemigos.[1] No daban los ingenieros ingleses importancia á esta fortaleza por carecer de obras exteriores: mas bien opinaban que debiera haberse establecido una cadena de baterías á derecha é izquierda del arrecife, defendidas las unas por las otras. Al propio tiempo derribáronse todas las casas y los almacenes todos que habia en Puerta de Tierra, para dejar expeditos los fuegos de la plaza y de los castillos de Puntales y la Cortadura; esta pérdida sobre tantos sacrificios.

La libertad de abastos y la del mar contribuyeron á que la escasez nunca se albergase en esta ciudad durante el asedio, por mas que se temiese, por ser la muchedumbre de forasteros grande. Cada dia se aumentaba, en vez de disminuirse, porque el entusiasmo los hacia venir y no los dejaba volver. Reclamaban en vano contra esta peligrosa invasion en una ciudad afligida por un sitio, el Ayuntamiento y el Consulado, y en vano tambien insistian y tornaban á insistir cerca de la Regencia para que pusiese término á la entrada de tantas gentes.

Salian de Cádiz expediciones de ejércitos á diferentes puntos, conducidos por mar á distraer la atencion de los enemigos, y para probarles que España aun tenia poder y constancia para la resistencia.

Las damas de Cádiz contribuian á la defensa, co-

1 803 ventanas, 288 balaustres y 111 pasamanos.

siendo por sus propias manos el vestuario de la tropa, sacos de todas clases para los parapetos y para las municiones, hilas, sábanas y almohadas para los hospitales.

Fundaron despues una sociedad en 1811. Doña Engracia Coronel fué la que dió los primeros pasos para su establecimiento: imitáronla las marquesas de Casa-Rávago y Villafranca: otorgó el permiso la Regencia y dióles algunos fondos. Las Sras. de Cádiz depusieron toda idea de ambicion personal, aunque en este caso hubiera sido la mas noble de las ambiciones, y eligieron para presidenta á la marquesa de Villafranca, aunque forastera: doña María Lorenzo Figueroa y Montalvan fué la secretaria de esta Junta patriótica. Regimientos enteros fueron vestidos por el celo de estas Señoras: entre ellos el de Guadix en Abril de 1812. El vestuario fué para 850 plazas. Bendíjose la bandera y las Sras. costearon una comida que se dió á la tropa y que sirvieron ellas mismas.[1]

Los donativos fueron grandes desde el principio de la guerra. Hasta el cabildo eclesiástico que seguramente opinaba con la doctrina de San Ambrosio y no con las ideas del obispo de Orense, cedió una gran cantidad de plata labrada.

Uno y otro espectáculo estraño, pero no estraño para los que lo presenciaban, se veian repetidamente en la ciudad sitiada.

A semejanza de aquel loco que cuando las turbulencias de Aragon contra Felipe II y en favor de Antonio Perez, tomó una parte mas que eficaz para encender los ánimos, en Cádiz habia uno llamado Otero que por plazas y cafés con un ingenio clarísimo presumia

1 El rey concedió en 27 de Julio de 1815 un brazalete de distincion á las Sras. de la Junta patriótica de Cádiz, cuando le hicieron un donativo de 15 zurrones de añil al pedir licencia para disolverse. El brazalete era de oro, debiéndose ceñir al brazo izquierdo. Tenia la cifra de Fernando VII y este lema: *A la Junta patriótica de Señoras de Cádiz.* Podrian usarlo las Sras. solo con el traje de ceremonia.

de profeta en los asuntos de la guerra y en los de la revolucion política. Acreditaba sus palabras la casualidad que respondia siempre bien á sus pronósticos. Así conservaba para muchos la realidad de entendido con las apariencias de loco.

El noble desprendimiento, tan propio del carácter andaluz, fue conocido y admirado por el embajador inglés el mismo dia de su llegada. Agradecido al entusiasmo popular de Cádiz, que lo habia recibido triunfalmente, quiso dar una prueba de su bizarría, arrojando desde los balcones de su casa un bolsillo, henchido de oro, al pueblo que lo victoreaba. Un maestro zapatero, que por aquellos tiempos y aun en posteriores adquirió nombradía por sus estravagancias patrióticas, se apoderó del bolsillo, subió á la morada del embajador y obtenida la vénia para ser introducido en su presencia, le dijo: *El pueblo de Cádiz aclama á V. E. porque en V. E. ve el representante de la nacion que en fiel alianza se ha unido á España para ayudarla á su independencia y combatir al tirano de Europa. El entusiasmo del pueblo de Cádiz no se paga con el oro, sino con la gratitud. No es desaire á la generosidad de V. E. devolverle este dinero, sino solo una demostracion de que el pueblo de Cádiz no quiere por premio de su regocijo otra cosa sino que V. E. viva persuadido de su sinceridad:* accion y palabras que fueron muy aplaudidas por toda la poblacion y por todo linaje de gentes. Principio tal tuvo en su carrera política este tribuno popular de Cádiz y que anunciaba mas dignos fines. Andando el tiempo se convirtió en gran orador de la plebe: obtuvo popularidad y con la popularidad la envidia de otros tribunillos que primero lo contrastaron con una oposicion tácita ó taciturna y despues con el dictado de traidor á la causa de la libertad. Estando una vez en la plaza principal de la ciudad arengando á las turbas, comenzó su discurso hablando contra los opresores *del pueblo que sufre, del pueblo que paga, del pueblo por quien él*

daria gustoso la vida, á semejanza de lo que hacen otros tribunos de mas altas pretensiones, llamando solo pueblo á la canalla que lo cercaba, como si el pueblo no estuviese compuesto tambien de todas las personas de mas honrada calidad. Sucedió que el pueblo que sufre no quiso sufrirlo, y conmovido por las iras de los rivales del maestro zapatero, prorumpió en mueras á su persona y en arrojarle piedras. Al verse objeto de la ira universal del pueblo á quien idolatraba, se defendió con denuestos contra el pueblo que sufria y por cuyos derechos abogaba, baldonándolo con los epítetos de ingrato, de infame y de digno del despotismo. Salvóse por la compasion de algunos amigos; pero no sucedió tal á su tienda que fué saqueada: así ejercióse con su hacienda la inútil venganza de aquellos que no pudiendo matar al objeto de su odio, se contentaron con rasgar su retrato, despedazar sus muebles y robar su dinero, verdugos de su simulacro y confiscadores de sus bienes. Pillaje tan de su gusto no logró jamás la canalla. Quedó perdido el ídolo de la plebe: y viéndose en la mas desamparada pobreza se dedicó luego á cómico, siendo tan mal cómico como habia sido mal tribuno y malaventurado: leccion bien elocuente á muchos pobres hombres que ganando honradamente la vida abandonan sus intereses por querer gobernar el mundo, siguiendo el halago del aplauso de la plebe para morir infaliblemente á sus ultrajes.

Andaba frecuentemente por las calles de Cádiz en compañía de un granadero del regimiento provincial de Ronda, tratándolo como amigo íntimo, don José de Rojas y Sarrio, primogénito del conde de Casa Rojas,[1] que como queda dicho, sentó plaza de voluntario al empe-

1 El rey concedió á Casa Rojas el uso de una medalla de oro con centro de plata y este lema en él: *Modelo de patriotismo*, para que la llevase al pecho, con una cinta roja pendiente de un ojal de la casaca. Llamóse esta medalla *del conde de Casa Rojas*, porque era solo peculiar á él. Además otorgóle el rey en 23 de Setiembre de 1815, el grado de capitan de infantería.

zar la guerra, sin mas fin que servir á España. Se habia hallado en cinco acciones. Herido en la última, le preguntó el general en gefe don Francisco Ballesteros, qué recompensa queria por sus servicios, para decirlo al gobierno. Rojas respondió: *Nada, absolutamente nada deseo, sino solo el dar ejemplo á mis compatricios.* Tratábase, pues, al regresar de la campaña, como un simple soldado, y por eso llevaba consigo á un camarada para dar á entender que ninguna distincion mediaba entre el granadero voluntario, hijo de una casa ilustre, y el granadero, hijo de otra no tal que solo por la suerte en una quinta habia ido á defender la patria.

El abad de Valdeorras tambien fué objeto de la admiracion pública en Cádiz. Vestido de negro iba, pero con el usado por los seglares, con botas de montar, sable de caballería, gran gorra de granadero y collarin de eclesiástico. Terror de los franceses como feroz guerrillero, no causaba risa á los gaditanos con su aspecto estravagante.

Un soldado que fué fusilado por los enemigos y abandonado como muerto, estuvo durante el sitio en Cádiz para restablecerse de las heridas. Llamábase *Antonio García* y aquí recibió el grado de subteniente. Gratísima acojida tuvo en esta ciudad, y recompensa de sus infortunios en los socorros y en la asistencia cariñosa con que á porfía los gaditanos demostraban su admiracion á un hombre tan maravillosamente salvado de la muerte.

Alternaban los regocijos públicos por las victorias con las rogativas por la felicidad de nuestras armas: allí los animados bronces pregonaban nuestra alegría: aquí los pasos graves, los ojos bajos y humildes y aun llorosos, los labios cerrados á los compañeros que los inquietaban, decian claramente el fervor religioso de los que ponian en Dios la salud de la patria.

Moria en Cádiz, ajusticiado por parcial de los franceses Loriti, en tanto que su hijo vertia su sangre en

las líneas de la Isla de Leon, por la causa de nuestra independencia.

Lo mas del tiempo, cuando nuestros soldados mas firmes se ostentaban contra los enemigos, por ventura ó sin ella, no tenian camisas: meses enteros la paga eran palabras: podian hasta olvidar las armas que tenia el dinero, y aun cual era el rey cuya moneda mas corria, mientras duraba aquella lucha europea donde los monarcas en un tiempo poderosos, ahora en un instante eran aniquilados. Morian las prendas mas queridas, menguaban y aun fenecian las sucesiones, agotábanse las riquezas, las coronas se despedazaban, destruianse los reinos, y los bienes llevaban consigo la inconstancia: su ser era no durar.

En tanto que la ira del pueblo pintaba á José Bonaparte como un hombre, descrédito de los racionales, y á los franceses como los objetos mas aborrecibles; en Cádiz se publicaba un periódico altamente patriótico, con el título de *El Robespierre español*, se traducian obras como los *Derechos del ciudadano del Abate Mably*: en todo se veia el aborrecimiento á los franceses, pero el entusiasmo por las ideas afrancesadas. Eran, pues, afrancesados contra su voluntad muchísimos de los españoles que contra los franceses empuñaban las armas, como el que va remando no lleva los ojos en el punto á donde se dirije, sino en el punto que deja.

CAPITULO V.

Córtes en Cádiz.—Luis Felipe de Orleans.—Batalla de Chiclana.—El general Menacho, héroe gaditano.—Su defensa de Badajoz.—Su muerte.—Don Pedro Gomez de la Buria.—Defensa de Tarifa.

Por mas que la Regencia habia intentado eludir la convocacion de las Córtes, vióse al fin obligada á juntarlas. Volvió á la Isla de Leon el 22 de Setiembre de 1810, y en la mañana del dia 24 salió de las casas del Ayuntamiento con los diputados por las provincias: pasó á la iglesia mayor, y celebrada misa del Espíritu Santo por el cardenal arzobispo de Toledo don Luis de Borbon, se tomó este juramento á todos. "¿Jurais la santa religion católica, apostólica romana, sin admitir otra alguna en estos reinos? ¿Jurais conservar en su integridad la nacion española, y no omitir medio alguno para libertarla de sus injustos opresores? ¿Jurais conservar á nuestro amado soberano el Sr. D. Fernando VII todos sus dominios, y en su defecto á sus legítimos sucesores, y hacer cuantos esfuerzos sean posibles para sacarlo del cautiverio y colocarlo en el trono? ¿Jurais desempeñar fiel y legalmente el encargo que la nacion ha puesto á nuestro cuidado, guardando las leyes de España, sin perjuicio de alterar, moderar y variar aquellas que exigiese el bien de la nacion? Si así lo hiciéreis, Dios os premie, y si no, os demande." Todos respondieron. "Si juramos."

Terminada esta ceremonia, fueron el Consejo de Regencia y los diputados al salon de Córtes, hecho en el teatro de aquella ciudad. Por todo el camino desde la iglesia al coliseo estaba formada la tropa: mientras que

el pueblo rompia en aclamaciones y las baterías españolas en salvas.

Al instalarse las Córtes, don Diego Muñoz Torrero, diputado por Extremadura, sacerdote de gran modestia, pero no de aquellos que nadie sabe de qué color son sus ojos, de índole agradable, que sobreescrita en su rostro llevaba la enerjía de su alma, de pensamientos religiosos, y que imaginaba sus discursos al pié de un crucifijo, propuso con mas asombro de los oyentes que estudio del orador, que se declarase residir en las Córtes la soberanía nacional, estar resueltos á afianzar la corona en Fernando VII, y perpetuar su monarquía, reservarse la potestad legislativa, y facultar al Consejo de Regencia para que interinamente desempeñase su cargo, pero siempre que en el acto prestase juramento de acatar la soberanía de las Córtes. Aprobáronse estas proposiciones. Resistióse al juramento la Regencia por dudar sobre la extension de la potestad ejecutiva que se le conferia: pidió aclaracion á las Córtes: diéronla confusa. Bien hubieran querido los Regentes declarar ilegítimas á las Córtes, pues no consideraban que en ellas residiese la soberanía; pero al fin la reconocieron y juraron, menos el obispo de Orense, en la noche del 24 de Setiembre, *porque no podian contar ni con el pueblo, ni con las armas, que á no haber sido así, todo hubiera pasado de otra manera.*[1]

Lo mas importante que las Córtes hicieron en la Isla de Leon, fué conceder la libertad de imprenta y quitar el gobierno á las personas que componian el Consejo de Regencia, las cuales fueron expulsadas de Cádiz, y nombrar para él á don Joaquin Blake, general de ejército, á don Gabriel Císcar, gefe de escuadra, y á don Pedro Agar, capitan de fragata. Hallábanse los dos primeros en Murcia; y no pareciendo conveniente que el gobierno estuviese solo en don Pedro Agar, se dieron

1 Palabras del Manifiesto de don Miguel de Lardizábal.—Alicante 1811.

interinamente los cargos de Blake y Císcar al general marqués del Palacio y á don José María Puig, del Consejo Real.

Movió gran alboroto en las Córtes el marqués del Palacio por haber dicho antes de recibir el cargo, *que juraba sin perjuicio de los juramentos de fidelidad que tenia prestados al Sr. D. Fernando VII.* Fué arrestado el marqués: formósele causa: mostróse arrepentido: los jueces atribuyeron á sandez el hecho, á sandez todas las personas sensatas y aun las apasionadas: juró de nuevo el marqués en las Córtes, sin adicion alguna al cabo de algun tiempo, y no tuvo otras resultas su desacato, sino confirmar mas y mas la opinion de estravagante que el marqués tenia.

En tanto los franceses habian mandado construir en Sevilla y Sanlúcar de Barrameda lanchas cañoneras para estrechar mas el cerco de Cádiz, y contener á los defensores de esta isla que andaban por el mar poderosos. Tomaron para esto varios barcos que estaban surtos en aquellos puertos: talaron los inmediatos montes, y trajeron de Francia carpinteros, calafates y marinos. Componian esta pequeña flota veinte y seis cañoneras. En la noche del 31 dejaron el puerto de Sanlúcar, siempre navegando cerca de la costa. Dos bararon: nueve se metieron aquella noche en el Guadalete: las demás ancoraron en Rota, desde donde, ayudadas de vientos favorables, pasaron despues á la bahía de Cádiz, sin que las armas marítimas de esta ciudad hubiesen podido estorbarles el paso. En vano quisieron los franceses que sus cañoneras doblasen la punta del Trocadero: en vano fueron llevadas por tierra á Puerto Real. No pudieron pasar de allí, pues las de los ingleses y españoles las obligaron á permanecer quedas en aquel lugar, no solo por entonces, sino por todo el tiempo en que asediaron los franceses la Isla Gaditana.

Desde el 20 de Junio estaba en Cádiz un personage de los mas ilustres en la historia contemporánea: el

duque de Orleans, que luego reinó en Francia con el nombre de Luis Felipe. Habia llegado de Sicilia y Tarragona en la fragata española de guerra *Venganza*. El regente Saavedra, persistiendo en el pensamiento que algun dia manifestó en la Junta de Sevilla, deseó que una persona real tomase un mando en nuestro ejército, á fin de que adquiriendo poder y popularidad, encaminase nuestra revolucion á un punto conveniente. No se veia un hombre en toda ella que tuviese autoridad bastante para dominar á su voz á los que creian que su misma ambicion era su merecimiento. Cuando así degeneraban las esperanzas, y en los hombres de quienes mas se esperaba, nada mejor creyeron los Regentes que un miembro de la familia real, aunque estranjero, venciese todas las dificultades por medio de la autoridad de su persona y de tantas prendas como lo hacian dignísimo de ser querido y respetado. Malográronse los intentos de los Regentes con el mal estado de los asuntos de la guerra de Cataluña, cuya direccion iban á encomendar al duque. Ya el duque en Cádiz, no osaban abiertamente confiarle un mando; porque temian á la opinion pública, conjurada contra él y contra ellos. Los Regentes por otra parte profesaban al duque una voluntad sin afectos y un afecto sin inclinacion.

La causa principal de la prevencion de los ánimos contra este personage tuvo, á lo que he inquirido, este oríjen. Con el duque vino desde Sicilia don José María Gutierrez de la Huerta, caballero gaditano, emparentado con diputados y concejales de esta ciudad, y que mas tarde llegó á ser alcalde de la misma. Habia sido cónsul de España en uno de los puertos de Sicilia, hombre de instruccion, de probidad, de talento mediano y de condicion muy arrebatada. Durante la travesía habló varias veces con un capellan del duque sobre los asuntos de España, y especialmente de la convocacion de Córtes, y de la necesidad de una Constitucion que asegurase las libertades públicas. El capellan siempre ma-

nifestó su pensamiento contrario á la Constitucion, mirando en la tempestad que corria España, mas como naufragio que como rumbo, caminar á las ideas liberales, vivo como estaba el ejemplo de la revolucion francesa, caso mas peligroso aun en un estado donde la ausencia del rey y el hallarse el pueblo entregado á sí, acrecentarian los conflictos. De aquí infirió violentamente Gutierrez de la Huerta, que llamado como habia sido el duque por la Regencia, su venida no tenia otro fin que oponerse á que las Córtes acordaran una Constitucion, valiéndose de su autoridad de príncipe y del mando de tropas que le iban á confiar.

Alborotó Gutierrez de la Huerta á sus amigos de Cádiz, y con ellos á los diputados parciales de las reformas políticas. Los que eran enemigos de ellas veian solo en el duque un personage sospechoso por su cualidad de francés: el embajador británico un rival para su hermano el Lord Wellington.

Entretuvo la Regencia al duque algun tiempo. Ya juntas las Córtes exijió este que le confirieran el mando ofrecido: el desempeño de la palabra en cuya virtud dejó las costas de Sicilia. Algunos querian encargarlo de la Regencia, pero no osaban proponerlo. Las Córtes en sesion secreta, acordaron que al punto el duque abandonase á Cádiz. Este, despreciando á los que habian sido Regentes, que tan poco podian servirlo y tanto ofenderlo, no quiso estar callado á las injurias, ni sufrido á los agravios, ni perder el tiempo, el crédito y la ocasion de recuperarlo. Vestido de capitan general, montó á caballo y se dirijió á la Isla de Leon. Tarda era la velocidad del caballo para su deseo. Llegó al humilde palacio de las Córtes y solicitó hablar desde la barandilla. Hallábanse estas en sesion secreta: tuvo el duque que esperar á que terminase, prolongada como estaba por la incertidumbre de unos y por la malevolencia de otros. Permaneció el duque mucho tiempo en lugar poco decoroso á su persona. Iban y venian

corriendo y discurriendo diputados, y curiosos del pueblo, atraidos de la novedad. Al cabo don Evaristo Perez de Castro y el duque de Medina Sidonia, en nombre de las Córtes, le manifestaron el acuerdo en que le negaban la entrada y el permiso para residir mas tiempo en Cádiz. Insistió el duque: persistieron los diputados en su negativa, valiéndose de las mas corteses razones con que se podia disimular la ofensa. Volvió el duque á Cádiz: el teniente general de marina don Juan María Villavicencio tuvo comision de no perderlo de vista hasta el instante en que la fragata de guerra *Esmeralda* dió la vela para Sicilia.

Tal fin tuvo este suceso despues de cuatro meses en qué estuvieron los Regentes engañándolo con las dilaciones, suspendiendo su resolucion con las promesas, é hiriendo su espíritu con los luegos, los mañanas y los nuncas. Con tal desdoro trataron nuestras Córtes á un personage de cualidades tan eminentes y que habia acudido al llamamiento de combatir por la causa de la independencia.

Proseguíase con ardor el asedio de Cádiz. El dia 1.° de Diciembre de 1810 comenzó la ciudad á ser bombardeada. Una granada de gran tamaño cayó la primera de todas enmedio de Cádiz.[1] No venia rellena de pólvora sino de plomo, con objeto de que alcanzase á mas distancia. Prosiguió el bombardeo; pero no volvió en el espacio de un año á caer bomba alguna fuera de los barrios de Sta. María y Merced y plaza de S. Juan de Dios. El Ayuntamiento se trasladó mas tarde para la celebracion de sus sesiones á una capilla del convento del Cármen y luego al Hospicio. El bombardeo se hacia por los franceses desde la punta de la Cabezuela; lugar que está entre la embocadura del rio de S. Pedro y la del caño del Trocadero. Los obuses con que se ejecutó, se fundieron en Sevilla, siguiendo el invento de un ingeniero

1 Cerca de la torre de Vigía, vulgarmente conocida por de Tavira.

francés llamado Villantroys, de quien tomaron el nombre.

Abandonó una parte de la poblacion los sitios combatidos por las bombas. Se colocaron en los campos del Sur y Caleta muchísimas tiendas de campaña traidas por los ingleses, las cuales servian de refugio á la gente poco acomodada. Los barrios desiertos eran custodiados, para impedir robos, por patrullas de voluntarios distinguidos.

Burlábanse del mariscal Soult y del alcance de sus bombas los gaditanos en festivos cantares.[1] La alegría imperaba por do quiera. Hasta los mismos voluntarios se apodaban mútuamente, segun el cuerpo á que pertenecian. El carácter andaluz no se desmentia enmedio de la guerra.[2]

Desde que los franceses llegaron á la provincia de Cádiz, pusieron un destacamento en Medina Sidonia y en Vejer, desde donde hacian sus correrías á la campiña de Tarifa y se llevaban cuanto habia en ella. Tambien llegaban algunas veces á esta ciudad, pedian raciones sin entrar en la poblacion, y tornaban á sus destacamentos. En la mañana del 14 de Marzo de 1810, en el boquete de la Torre de la Peña y falda de la Sierra de enmedio, hubo un reñidísimo ataque entre unos seiscientos franceses, los doscientos, coraceros de á caballo y los cuatrocientos, infantes, y cuatrocientos patriotas de Algeciras, San Roque, Los Barrios y Tarifa. Forzaron los franceses los puntos defendidos y dominaron la colina de la Sierra, siendo grande la mortandad de los españoles.

1 Harto sabidas son aquellas graciosas coplas, donde la exajeracion andaluza se lleva al último punto.

Con las bombas que tiran
los fanfarrones
hacen las gaditanas
tirabuzones.
Con las bombas que tira
el mariscal Soult
hacen las gaditanas
toquillas de tul.

2 *Pavos* se llamaban á los de las milicias urbanas: *guacamayos* á los voluntarios distinguidos, por el color del uniforme: *cananeos* á los cazadores por usar *cananas*: *peregiles* los artilleros de Puntales, *lechuguinos* los voluntarios de Puerta de Tierra.

El 26 de Febrero de 1811 salió de Cádiz por mar una expedicion para acometer por su espalda á los sitiadores. Don Antonio Begines de los Rios, tenia ya una pequeña division en Algeciras: el mayor inglés Brown, con una pequeña guarnicion de soldados de su pais, ocupaba á Tarifa, á donde llegó el 27 la expedicion gaditana á las órdenes del general D. Manuel de Lapeña, muy caballero y valiente, pero débil de carácter y de poca esperiencia en la guerra. El general don Luis Lacy era el gefe de estado mayor, valiente y mas entendido en la milicia, si bien de condicion soberbia é impetuoso hasta la imprudencia. Sir Tomás Graham mandaba la division auxiliar británica, teniendo las mismas prendas é iguales defectos que Lacy. Sir James Whittingham tenia á sus órdenes la caballería inglesa. Componian todo este ejército once mil doscientos infantes y ochocientos caballos con veinte y cuatro piezas de artillería.

El general don José Zayas tenia el gobierno militar de la Isla de Leon, y la órden de echar un puente de barcas hácia el lado del castillo de Sancti-Petri para unir al continente la Isla y auxiliar á la division expedicionaria. Así con toda felicidad se hizo, quedando el puente protegido por los fuegos de nuestras cañoneras.

Permaneció unos dias en irresolucion Lapeña, cayó en descuido el general Zayas. El puente fué tomado por los enemigos, los cuales aprovechándose de la sorpresa, lograron pisar la Isla Gaditana por poco tiempo. Zayas volvió sobre sí: arrojó á los franceses, pero el puente quedó cortado.

Lapeña avanzó el 7 de Marzo por el peor camino, que fué cerca del mar. Colocó sus baterías en lugar oportuno: detrás de ella la playa y en la playa la caballería oculta: las baterías encubiertas por la infantería que empezó el ataque. A una señal, que con un pañuelo blanco hizo Lapeña desde la Torre de la Barrosa, la infantería se abrió, dejando libres los fuegos de nuestros cañones y á los enemigos á su tiro. Grande fué el

estrago. La caballería acudió á perseguir á los fugitivos, que eran los de la division francesa del general Villalte, con quienes habian empezado el combate don José de Lardizábal y el príncipe de Anglona.

Dirijiéronse los aliados á ponerse en comunicacion con la isla de Cádiz, y los franceses á ocupar el *Cerro de la Cabeza del Puerco,* cerca de la Barrosa, abandonado por los ingleses. Graham, conociendo que de apoderarse de esta altura los enemigos, quedaba cortada la division, volvió atrás sin órden de Lapeña, y en un combate de hora y media en que perecieron por ambas partes dos mil hombres; la victoria se puso de parte de los ingleses, que á bayoneta calada se enseñorearon de la altura. Quedaron en poder de los ingleses un águila, cinco cañones y seiscientos prisioneros. El general de division Ruffin cayó mortalmente herido: muertos los generales Rousseau y Bellegarde, un ayudante de Victor y dos coroneles que á poco espiraron.

Indignado Graham por no haber recibido socorro de los españoles, y condolido del estrago de su gente, se dirijió al puente de barcas que se habia restablecido y entró con su division y prisioneros en la Isla Gaditana.

Malogróse así esta victoria. Lapeña al dia siguiente se refugió en Cádiz. Begines se retiró con su division hácia Medina Sidonia. Ocupó las alturas de la ciudad y desde ellas rechazó á los enemigos. Mientras duró la batalla, los aliados habian hecho entre Rota y el Puerto de Santa María un desembarco: destruyeron algunas baterías: entraron en ambas poblaciones con regocijo imprudentemente manifestado por algunos de sus habitantes, pues los invasores tuvieron que abandonar aquellas playas y regresar á Cádiz.

Grandes cuestiones promovió el suceso de la batalla de Chiclana. Culpáronse mútuamente los generales ingleses y españoles: aquellos de la impericia y abandono de sus aliados; estos de la desobediencia y soberbia de sus auxiliares. Graham y Lacy llegaron hasta el punto

de concertar un desafío. Medió la Regencia: otorgó á Graham la cualidad de grande de España, con el ridículo título *del Cerro de la Cabeza del Puerco*. Aceptólo por el momento el agraciado; pero cuando se enteró bien del equívoco que podia atribuirse á este dictado tan estravagante, lo rehusó con la mayor indignacion y altanería.

Los franceses celebraron con entusiasmo la victoria que obtuvieron, cuando pudo ser derrota. Víctor, en tanto que los generales ingleses disputaban sobre la batalla, fortificó la villa de Chiclana con formidables baterías para contener otro ataque. En la de Villat, que era la mas avanzada á la Isla de Leon y tenia siete cañones, pereció el general de artillería Senarmont. Recorria todas á caballo, y al llegar á esta dispuso que hiciesen fuego sobre las españolas. Advirtiéronle del peligro de que estas respondiesen con mayor número de tiros, como podian. Quitóse el sombrero, y con orgullo respondió que en él recibiria las bombas enemigas.

El casco de una le deshizo la cabeza. Su cadáver recibió sepultura en la ermita de Santa Ana, cuyo cerro y batería tomó el nombre de *Senarmont*. El corazon de este general fué extraido de su cuerpo y enviado al emperador.

Un general, hijo de Cádiz, héroe bastante á honrar á un mundo, cuanto mas á una ciudad y á un siglo, admiró con su valeroso sacrificio á su patria. Don Rafael Menacho, gobernador en Badajoz, halló en Badajoz su muerte y sepultura, su gloria y el monumento de su gloria. Una muerte, vencida con fortaleza en defensa de la patria, no se remunera con volver á morir en el silencio, sino con vivir para eternidades. Bien sé que suelen hacerse increibles las hazañas muy heróicas, antes que las acredite la voz de los siglos, á veces mas engañada que engañosa; pero en Menacho no supo borrarlas de la memoria el tiempo, pues no supo borrarla la ingratitud de los contemporáneos. Aunque tarde es

admitida comunmente la virtud en el templo del honor, la de Menacho penetró al punto de lanzar el postrimer suspiro. Un padrino habia tenido Menacho en su muerte, y ese padrino fué el genio de la inmortalidad.

Su condicion lo hacia amable, buscado sus nobles prendas, adorado su discrecion, si bien seco en corresponder á los halagos: venerando era su aspecto: su cabeza magestuosamente altiva: su presencia hermosa, dotado de firmeza de carácter, de eficacia y de osadía. Los oficiales admiraban su valor: los soldados se admiraban de él. No emprendia accion que no pudiera parecer un delirio: no tenia un deseo que no pudiera parecer un imposible. La franqueza en la manifestacion de sus sentimientos demostraba su odio al engaño y á aquellas ceremonias hipócritas del trato social, las mas veces primero crímen que cortesía. Acompañaba con la evidencia de las obras las promesas de las palabras. La soledad era por lo comun su mas grata compañía: su conversacion el silencio. Desvelado en sus planes de guerra, juntaba muchas veces las noches con los dias. Sus palabras, cuando las dirijia á los soldados, llevaban aquella fuerza oculta que mejor se siente de lo que se esplica. Por eso á su movimiento se movian, á su andar andaban, á su mandato lo seguian, aunque los mandase á morir. Así en el velar incansable, en la austeridad terrible, en el rigor austerísimo y en el valor no hombre, juntaba en todas sus empresas el mandato y la ejecucion, siendo en él todo uno, el comenzar, el proseguir y el perseverar.

Mas que moviendo, atrayendo, y aun mas que atrayendo, arrastrando hácia sí las voluntades, era tan imponente en la pelea, como la tempestad que esgrime en el relámpago su espada para herir los ojos.

Desde edad de diez y ocho años se dedicó á la carrera de las armas. Hallóse de guarnicion en Ceuta cuando Ceuta fué dos veces sitiada, batida y bombar-

deada por el emperador de Marruecos: en la guerra de Cárlos IV con la república francesa hizo ostentacion de su valor en tan tierna edad, que aun no llegaba á ser primavera. Una bala de cañon hiriéndolo en el codo y en la mano del brazo izquierdo, le dejó este inútil, pero impresa en él la noble señal de su osadía.

Pasó de teniente coronel con su regimiento de Campomayor al sitio de Gibraltar. En esto ocurrió el alzamiento de la nacion española contra los franceses. Con el general Castaños estuvo en los campos de Bailen. Todo, todo concurrió como á la empresa de la batalla, al logro de la victoria. Con lenguas locuentes y elocuentes se solemnizó en este hecho de armas el valor de Menacho. Obtuvo el grado de coronel, y mas tarde el de brigadier. Muchos fueron los combates en que se halló: en el de Velez tuvo que retirarse por enmedio de la artillería francesa. "Soldados, dijo, á los suyos: la artillería enemiga está á nuestro frente: avanzando á la carrera poco será nuestro daño; mas si nos retiramos; además de la muerte de muchos la ignominia vendrá sobre todos. Adelante, Campomayor:" que tal era el nombre del batallon que mandaba. La artillería francesa fué clavada. Quedó el general enemigo pensativo, confuso y avergonzado en el sitio donde fué el combate. Todos tributaban alabanzas al arrojo de Menacho, y su esposa é hijas lo celebraban con suspiros, dando por bien vertidas sus lágrimas y por bien padecidos sus trabajos.

En 1810 cobró nuevo orgullo la insolencia de los enemigos con los refuerzos que Napoleon trajo en persona. No pudieron pelear momentáneamente con ellos la multitud y la obstinacion de los españoles. Mal seguros de sus vidas y recelosos de su fortuna, se desbandaban como gente del número de los perdidos, disipada y destruida.

Cuando se salvó en Cádiz el ejército de Alburquerque, otro tanto sucedió en Extremadura con el del mar-

qués de la Romana. Diez y seis dias estuvo cortado Menacho con su division, y casi sin esperanza de salvarse. No era Menacho como aquel náufrago que siente distante su salvacion como presente su pena, combatido por las ondas, con el afan sin aliento, los ojos en la ribera, los brazos en el abismo, dado el pecho todo al agua, el corazon á la tierra, las ansias respirando en las ondas, la respiracion ansiando por la orilla. El semblante de Menacho era igual á la fortuna y á la desgracia. Aunque faltaba aliento á la vida y respiracion á la esperanza en sus soldados, él supo reanimar su valor con la vehemencia de sus palabras. Parecia que Menacho dictaba y que los soldados escribian sus razones allá dentro del alma. Mandó á tres tamborcillos que subieran solos á otros tantos cerros distantes, apenas empezaba la noche y que encendieran tres hogueras. Creyendo los franceses que á aquella parte se habian trasladado las tropas españolas, acudieron á cercarlas. Menacho desfiló por el flanco izquierdo, y á marchas forzadas se dirijió á Badajoz á la una de la noche, ciudad que se consternó momentáneamente, imaginando que llegaban los enemigos. Menacho, no bien pasó las puertas de la ciudad, se dejó caer al suelo rendido á la fatiga. "Ya no puedo mas, dijo: he salvado mi division y estoy muerto." Sus piés chorreaban sangre.[1] Así se restablecia de una herida de bala de fusil que recibió en el muslo izquierdo cuando el ataque de Mérida.

El 28 de Enero de 1811 el mariscal Soult comenzó el asedio de Badajoz. Menacho respondió á los ecos de la intimacion con los tiros de la plaza. No pudieron circunvalarla enteramente por el momento los enemigos. Las tropas de Badajoz repetian sus salidas procurando impedir el asedio con varia fortuna. Un soldado español, Hilario Giral, llegó una noche burlando

1 Menacho se hospedó en la casa del comandante de los urbanos don Rafael Alvarado, calle de Santo Domingo, nº 49.

la vigilancia de los sitiadores hasta las puertas de Badajoz. Llevaba órdenes del vicario general del ejército para sacar de la ciudad sitiada á su sobrina doña Francisca Duazo. Juntamente era Giral portador de cartas de la familia de Menacho, recien llegada á la inmediata plaza de Yelves. No halló Giral en su casa á Menacho, sino en la portería de Santo Domingo, repuesto debajo del baluarte de la derecha de la puerta del Pilar. Estaba herido el gobernador y en cama. Asistíale entre otras personas, la sobrina del vicario, jóven de una celestial hermosura. No bien recibió Menacho la comunicacion de este, preguntó á doña Francisca Duazo si se sentia con valor suficiente para seguir á Giral hasta Olivenza, como encargado que estaba para poner en salvo su honor y su vida, enmedio de los riesgos que iban á correr. La jóven, sin manifestar la vacilacion mas pequeña, respondió afirmativamente.

En aquel instante, que eran las diez de la noche, entró á la presencia de Menacho el gobernador del castillo de Pardaleras, cubierto de lodo, espantado, temblando y fuera de sí. Faltábale al hablar la respiracion, y al responder el aliento. Menacho interrogándole, y merecidamente reprendiéndole, le arguye, le amenaza y condena su ausencia del castillo. El gobernador de Parladeras, con palabras mas articuladas de su ansia que de su lengua, refirió que los enemigos habian sorprendido la fortaleza y al batallon del regimiento de Sevilla que lo guarnecia. Esperaban en la fortaleza otro que habia de relevarlo en aquella noche y á aquella hora. Supiéronlo los franceses y fingieron venir al relevo por el camino cubierto que corria desde la puerta del Pilar á Pardaleras. No bien los españoles advirtieron el engaño, estando ya los enemigos dentro de la fortaleza, cuando sin mas consulta que la de su terror, huyeron y tan de tropel, arrojándose por los muros, que unos á otros fieramente se herian y mataban, vílmente amadores de sí mismos. Esto oyó

Menacho, y mas oyō, que los fuegos de Pardaleras ya se dirijian contra la plaza para anunciar la victoria.

No pudo contener Menacho su furor: levantóse del lecho á pesar de su herida, y amenazó al gobernador de Pardaleras con la muerte por su inadvertencia, que habia puesto en tal peligro la seguridad de Badajoz. En aquella misma noche mandó que rompiesen el fuego contra el castillo los baluartes de derecha é izquierda de la puerta del Pilar, y que se colocasen muchas piezas del mayor calibre para asestar sus tiros al mismo objeto. Ardia Menacho en impaciencia. Los minutos eran horas en el reloj de su deseo, y las horas dias, hasta el amanecer del siguiente. A las ocho de la mañana el castillo estaba en ruinas. Menacho se paseaba, vigorosamente agitado por la ira, sobre los muros de Badajoz, á pesar de la herida del muslo, apoyado sobre el hombro de Giral con su brazo izquierdo y en el baston con su derecho, enmedio del incesante y terrible fuego de los enemigos.

Por los caminos cubiertos habian llevado su artillería los franceses y asentaron sus baterías sobre los escombros del castillo. Bien pronto lograron abrir una brecha practicable como de quince piés de ancho, á la derecha de la puerta del Pilar. El ilustre gobernador, dispuesto á no ceder ante los peligros, formó una segunda muralla por detrás del cuartel de la Bomba, cortó todas las bocacalles, que daban salida á la muralla, aspilleró sus casas, desempedró las calles, recogiéndose las piedras todas en los edificios para lanzarlas en caso necesario contra los invasores.

Salió á los dos dias Giral llevando consigo á la sobrina del vicario, y siendo portador de una carta de Menacho para su esposa é hijos, en la cual les decia que lo llorarian muerto, pero que prisionero nunca: que Badajoz era un segundo Gibraltar y que Soult no entraria en la plaza á menos que no lo mataran. "Dolores, como andaluz (son sus palabras) he de dejar atrás el sitio

de Zaragoza, sepultándome en las ruinas de Badajoz antes que entregar la plaza á los franceses."

En tanto que en Menacho nunca se vió la elocuencia muda, la esperanza desmayada, ni el valor confuso para contrarestar en Badajoz á los franceses, uno de los diputados que mas nombre alcanzaron en aquel tiempo, don José María de Calatrava, persuadido de una carta del general don José Imaz y de las de otros de sus amigos, cometió la injusticia de censurar en las Córtes á Menacho y de poner en duda su lealtad y su constancia. Se escandalizaba de sus honrados hechos: no sabia las razones y los fines: así era para él escándalo lo que debia causarle admiracion. Juzgaba al héroe gaditano del número de los que por infames merecian el olvido, no la memoria de los famosos y afamados, propia condicion de los que se dejan guiar de las exageraciones democráticas, y en quienes mas padece la inocencia, mas se condena la verdad, mas gime la virtud y mas se castigan los méritos. Cuanto mas estiman á los ilustres hombres en secreto, mas murmuran de ellos en público. En su fantasía son estos muy grandes, aunque en sus palabras sean muy pequeños.

Reprendia Calatrava en Menacho la manera de mandar, para él despótica. Uno de los hechos, en que mas se fundaban las quejas, era haber Menacho sorprendido en Badajoz una casa de juego, donde gozaban gozosos hombres bien hallados con su lujo y su ignominia sin esperimentar los azares de la guerra. Despojólos del dinero que jugaban, é impuso á todos gravísimas multas, con cuyo producto envió al ejército de Ballesteros diez mil herraduras.

Ciegas andaban en el fogoso espíritu de aquel repúblico la ira y la venganza, si su celo no estaba engañado. Hasta llegó á decir que Menacho iba á entregar la plaza á los franceses.

Unos emisarios de las córtes se acercaron á Badajoz para informarse de la certeza ó falsedad del peligro.

Llegaron á Yelves, y en Yelves vieron á la familia de Menacho. Su esposa é hijas les mostraron, como prueba de su lealtad, la carta en que Menacho aseguraba su resolucion de cumplir hasta la muerte la necesitada promesa de defender la plaza, carta que fué enviada á las Córtes y leida en ellas como vindicacion de la honra de aquel héroe, que por el celo de la libertad de la patria, concitó contra sí las iras de muchos que de quejosos pasaron á enemigos.

El general Mendizábal, contra el dictámen de Lord Wellington, trató de acometer el ejército de Soult para obligarlo á levantar el sitio de Badajoz. Creia que, á vista del riesgo de la ciudad, no podia decorosamente permanecer en un ocio indigno de vivir. Competia en él la soberbia con el valor. No imaginaba que la victoria que apetecia era una fantástica esperanza, sino que la creia verdadera, y tan verdadera que todo cuanto veia otro tanto se presentaba á sus ojos, como infalibles presagios de la felicidad de nuestras armas. Con tan errada osadía no dudó en ofrecer el combate á los enemigos á las orillas del rio Gévora. Era Mendizábal para luchar con Soult un pigmeo con sombra de gigante. Juzgaba de sí por su sombra. Trabóse la pelea. La derrota castigó el orgullo y la imprudencia del general español. Precipitábanse en la huida los soldados al rio, y allí se acababan de ahogar muchísimos mas con la sangre que los sofocaba, que con las espumas que se conmovian. Quedáronle las memorias de este hecho como reliquias de su ambicion y para ludibrio de su contraria fortuna.

En tanto Menacho lanzaba desde sus morteros las piedras de las calles de Badajoz al campo enemigo. Quejósele Soult por no ser ley de guerra; pero Menacho le respondió en una carta que habiendo entrado los franceses por sorpresa en España y llevádose por engaño al rey don Fernando VII, no tenian derecho á exijir que se les guardasen las consideraciones debidas, y

que así estaba dispuesto á defenderse de la manera que podia y queria. Terminaba su carta diciendo: Viva la patria, Menacho, y así firmaba, espresion que ha quedado proverbial en Extremadura y en otras partes, así como en el ejército para demostrar que se está resuelto á la ejecucion inmutable de una cosa. No volvió á recibir mas durante el sitio parlamento alguno, pues al segundo que le envió Soult, á pesar de su prohibicion expresa, alejó de los muros á balazos.

Dividia Menacho en muchos sitios el alma para no dejar parte alguna en la ciudad, expuesta á los enemigos. Su familia, por un soldado que pudo internarse en la ciudad, le envió algunos víveres para atender al cuidado de su persona, sabiendo la escasez que habia en la plaza; pero él los devolvió diciéndole que no era decoroso para él admitirlos y que de los soldados que se hallaban empeñados vigorosamente en la defensa de las ciudades, la primera necesidad, el primer alimento era tener pólvora y balas para enviar la muerte á los enemigos.

Recorria los hospitales para consolar al número sin número de los heridos, en mal cómodos lechos colocados allí sin órden: aquí se escuchaba un lamento, acullá otro, y aquí y allí y en todas partes resonaban los ayes. Unos estaban ardiendo en fiebre sin poder dormir; otros en el profundo sueño de la modorra sin poder despertar. Endulzaba Menacho sus males con palabras tiernas y elocuentes.

Su liberalidad era casi pródiga en socorrer con lo poco que ya tenia á los soldados pobres y desnudos y contentos con su desnudez y pobreza.

En las altas horas de la noche, cuando lastimaban el aire los gemidos de los dolientes, paseábase por los muros de la plaza, mientras la tristeza inundaba de soledad la oscura entonces region de su alma, viendo para él ya fuertemente cerradas las puertas de su esperanza. Pero sobreponiendo su estudiada alegría á las

congojas, la difundia sobre sus penas y entonaba canciones para animar á sus soldados.

En la tarde del 4 de marzo hizo una salida la guarnicion de la plaza. Menacho desde los muros mandaba la accion por medio de señales. Ardia en la llanura el bullicio de la guerra: se confundia el tropel con el ímpetu: alentábanse mas y mas los redobles del tambor y se animaban mas y mas los sones de las trompetas, y mas y más retumbaban los ecos del cañon: atropellaban unos y otros combatientes montones de cadáveres y bañaban sus piés en lagunas de sangre, en tanto que Menacho corroboraba su constancia debajo de la bandera que tremolaba sobre los muros de Badajoz, envuelta en fuego y en humo. Una bala de cañon lo hizo caer derribado en la muralla y de lo mas alto de su osadía juntamente con su sobrino don Enrique. Triste fué su silencio, ya herido: fúnebre su elocuencia. Las plumas que volaban antes sobre su cabeza, agitadas por el aire, solo podian servir ya para escribir con la roja tinta de su sangre sus hazañas. Aunque parecia único y sin semejanza, en todo semejantes é imitadores fueron sus soldados: murió él murieron en el ánimo: vióse en Badajoz perdido el brio militar, retratada la tristeza, asombrada la valentía, sin consejo la razon, sin alivio la pena. A poco entregóse la ciudad.

La familia de Menacho fué acompañada por las sobrinas del vicario general, por el secretario del marqués de la Romana, por dos ayudantes y el auditor y comisario de guerra del ejército de Estremadura hasta Ayamonte, donde se embarcó para Cádiz.

Las córtes se habian trasladado á esta ciudad y en la iglesia de San Felipe Neri proseguian sus reuniones desde el 24 de Febrero de 1811. Por aquellos tiempos crearon el estado mayor general del ejército y la órden de San Fernando, prohibieron el uso de la tortura, abolieron los señoríos jurisdiccionales, los dictados de vasallo y vasallaje, y las prestaciones así reales como personales.

Calatrava en la muerte heróica de Menacho vió el nacimiento de su desengaño. Ya lo habia perdido de vista la emulacion. Se convenció de que no podian llegar los dardos de la envidia á donde no podian llegar sus pensamientos, y poseido de un celo de justicia, aunque tardío, pidió con elocuente desconsuelo á las córtes una recompensa en honor de la memoria de aquel general, que por sí misma estaba honrada hasta la inmortalidad. Fué declarado Menacho benemérito de la patria en grado heróico, y su retrato colocado en las casas consistoriales de Cádiz con aquel famoso endecasílabo de Horacio, nunca mejor aplicado: *Dulce et decorum est pro patria mori.*

Por aquellos dias ocupó tambien la atencion pública de Cádiz un suceso no referido por los historiadores de la guerra de nuestra independencia. El teniente general don Pedro Gomez de la Buria habia sido nombrado por el Consejo de Regencia gobernador de Cádiz. Las córtes en las sesiones secretas de los dias 2 y 5 de Abril trataron acerca de la inconveniencia de este nombramiento y aun lo desaprobaron. Buria, pues, no llegó á tomar posesion del importantísimo cargo que la Regencia intentó conferirle. Varios diputados eran sus enemigos. Atribuíanle haber debido á la parcialidad de la fortuna los honores de que gozaba, cuando no fueron dádiva de la fortuna sino desvelo de su diligencia. Censuraban en él haber obtenido la proteccion de Godoy, como si algunos de los mismos jueces de sus merecimientos no hubieran necesitado esforzar los cargos contra Buria para alejar la idea de que unos hombres tan severos con las hechuras del valido pudieran haber igualmente gozado de sus favores. Es cierto que por Godoy muchos se vistieron el uniforme de la dignidad de general sin la dignidad del uniforme, no teniendo mas méritos que el que el uniforme tenia y no los que al uniforme corresponden.

Oprimido por los años, por las dolencias, casi se po-

dia decir que respiraba en Buria un esqueleto. Con todo, no quiso que quedara el cadáver de su reputacion amortajado en la infamia, viéndose abandonado del cielo y de la tierra, y tratado cual el último desprecio del mundo. Asistido solo de su propia desdicha, que fué en él delicada é ingeniosa, como suele ser á veces, vindicóse de los cargos que lanzaban contra su honor sus enemigos en una esposicion que dirijió á las córtes pidiendo concurrir á la barra para defenderse en público y de las réplicas que pudieran oponerle algunos diputados. Pidió una reparacion de la ofensa que habia sufrido. Pero las córtes nada respondieron. Rodriguez de la Buria publicó su esposicion, documento en que resplandecia una ira generosa y en que daba sus postreras respiraciones la osadía, sin que obtuviese aquel general ni consuelo ni desagravio.

En este mismo año esperimentó Tarifa todo el horror de un asedio que empezó el dia 20 de Diciembre, y fué por demás azaroso é infausto á los franceses. La ciudad estaba no menos mal provista que fortificada. El general don Francisco Copons tenia á su cargo la defensa. Algunas cortas fuerzas sutiles auxiliaban por la parte del mar á Tarifa.

El pensamiento de Copons era un centinela nunca dormido para hacer impenetrables los débiles muros de la ciudad. Manifestaban los sitiados la obstinada y mas que temeraria resolucion de su constancia, superando con generosa fatiga los peligros. Al rigor del fuego enemigo era el caserío de Tarifa una continuada ruina.

El general Levall consiguió al fin abrir una brecha practicable el dia 30 de Diciembre. Entonces dirijió su intimacion al gobernador de Tarifa: su objeto poner terror, no desesperar á los habitantes para que le entregasen la plaza con la seguridad inviolable del cumplimiento de la capitulacion. Pero la desvelada solicitud de Copons que tenia todo dispuesto para una invicta defensa, respondió al enemigo con estas palabras:

"Sr. General Levall: Sin duda ignora V. S. que me hallo yo en esta plaza, cuando propone á su gobernador el que admita una capitulacion, por hallarse la brecha próxima á ser practicable. Cuando lo esté, á la cabeza de mis tropas en ella me encontrará V. S. y entonces hablarémos. Quedo á la disposicion de V. S. en la plaza de Tarifa el 30 de Diciembre de 1811: á las 2 de la tarde.—Francisco Copons y Navia.—Sírvase V.S. omitir en lo sucesivo parlamentos."

Al dia siguiente á las ocho de la mañana mandó Levall con su tantas veces arriesgado orgullo que las tropas diesen el asalto á la brecha, brecha que señalaba la Providencia, al parecer, con su índice y con el asombro.

Solicitados de sus deseos de gloria, asaltaron los franceses con una fogosa bizarría de espíritu que mas se asemejaba á desesperada furia. Recibieron los de Tarifa con inmoble constancia el ímpetu de los enemigos: peleóse algun tiempo con recíproca mortandad. Desfallecia la esperanza en unos, en otros se adelantaba la de la victoria. Despues de un tenaz y horrendo combate, ya comenzaban los de Tarifa á retirarse, oprimidos de la muchedumbre de los contrarios que superaban la muralla entrando por la brecha. Se habia practicado esta en la parte del Retiro que es por donde entra un arroyo que atraviesa la ciudad hasta el mar. Antes de tal modo habian castigado los sitiados con sus fuegos la osadía de los sitiadores, que un oficial de estos, hallándose fuera de la muralla, tuvo que rendirse á discrecion, para lo cual abrieron aquellos el rastrillo con objeto de apoderarse del prisionero.

No entró en los ánimos de los de Tarifa con la desgracia la desesperacion, ni creyeron infructuosa su temeridad en proseguir la defensa hasta hacer retirar al enemigo. Cuando mas ardiente estaba el casi victorioso furor de los franceses, un auxilio tremendo vino á aterrarlos. Desatado el arroyo con las incesantes lluvias de los anteriores dias, invade intempestivamente con

sus soberbias aguas el campo y la plaza sitiada. Una cobarde confusion se apodera de las tropas francesas: unos mueren ahogados, otros al rigor de las armas de los de Tarifa: otros huyen precipitados de la desesperacion. Difundióse parte del ejército por los campos para salvarse. Concedió Levall un reposo á sus soldados para aliviarlos de la inmediata fatiga. La costosa esperiencia del ataque obligó á los franceses á levantar el sitio de Tarifa, recordando con dolor aquel dia tan gloriosamente funesto. Esta victoria fué celebrada en la ciudad mas por los corazones que por los labios. El dia 5 de Enero de 1812 se alejaron de Tarifa los enemigos, dejando en el campamento la artillería, los pertrechos y las municiones de boca y guerra, todo inutilizado. Tal fin hubo el intento de Levall, emprendido y continuado con la misma arrogancia que si hubiese tenido en sus manos las riendas de la fortuna. Así se retiró con poca reputacion y menos gente, mejor para proseguir una victoria que para ganarla, como se vió en el combate de una ciudad tan débil y mal artillada como estaba Tarifa.[1]

1 Por real órden de 4 de Junio de 1815, se concedió una cruz á los defensores de Tarifa que fueron las tropas del 4º ejército, las cortas fuerzas de su apostadero y algunos vecinos. En 13 de Febrero del mismo año se habia dado otra á los que concurrieron á la batalla de Chiclana. En 5 de Junio se creó la de distincion de Alburquerque para los de su ejército, con este lema: *Salvó la nave que zozobraba*. Tambien hay otra cruz de la rendicion de la escuadra francesa.

CAPITULO VI.

El general Ballesteros y las guerrillas en la provincia.—Constitucion política de la monarquía.—Afrancesados y no afrancesados.—Liberales y serviles.—Promúlgase la Constitucion.—Levantan los franceses el sitio de Cádiz.—Córtes.—Supresion del voto de Santiago y de la Inquisicion.—Don Antonio Capmani.—Retíranse de Cádiz las Córtes.—Conclusion del sistema Constitucional.—Memorias de algunos hijos ilustres de la Provincia.—Fin de la obra.

El general don Francisco Ballesteros, que por el condado de Niebla habia hostilizado duramente á los franceses, fué llamado por la Regencia á fines de Agosto de 1811 para que desde Algeciras se encargase de fatigar á los enemigos en nuestra provincia. Era hombre de valor probado: nunca supo acertar á su corazon el miedo. Tenia sin embargo como general una reputacion superior á su mérito.

Levantó muchas guerrillas en la provincia, en tiempos en que el aliento de la fortuna soplaba con ira en nuestras banderas, no como antes enamorada de los castillos y leones. Allegó á sí á muchos de los que, habiendo huido de los pueblos, vivian en las sierras peregrinos de los hombres é indignos compañeros de los brutos. Su albergue era una gruta oscura que lo fué de una fiera: su lecho pieles, su alimento no el que busca el apetito sino el que ofrece la suerte. Sin tener camino que seguir, ibàn siempre á donde la voluntad los gobernaba.

Movíase veloz Ballesteros de aquí á allí, de allí á allá, ora á esta sierra, mañana á este campo. Sorprendia á los que estaban con el azadon en las manos, el sudor en el rostro y los ojos atentamente en la tierra. Incitábalos á ofender al enemigo diciéndoles que la victoria

se desdeñaba de recorrer nuestras campiñas, si primero no estaban humedecidas con sangre francesa. Para los valientes no servia la fuerza de los discursos sino la evidencia de los peligros. Juntábanse á Ballesteros jóvenes robustos, mancebos de embravecido semblante, feroz vista, manos duras, brazos musculosos y cuerpo fuerte: su vestido un rústico sayal, algunos de manchadas y blandas pieles, montera en la cabeza, zurron al hombro, cuatro ó cinco piedras en él, honda que estallaba en la mano y un mal torcido cayado en la otra. Otros mas militares empuñaban una corpulenta y fuerte lanza, mientras coronaba su cabeza, si no es que abrumaba sus sienes, un morrion pesado y crespo: las armas de fuego en esperanza: el enemigo que huyese en apresurada fuga ó quedase muerto en la sorpresa ese habia de facilitarlas: todos con la ambicion de obedecer, ninguno con la de mandar sino la muerte á los contrarios.

Contra la division de Ballesteros que alentaba la sublevacion del pais, fueron por distintas partes los generales Godinot, Lemelé y Barroux. El primero logró avistar á parte de sus enemigos. Miráronse unos y otros, conociéronse, juzgáronse y aun se provocaron pendientes de las señales de los clarines y tambores. Callado el monte, sordo el valle, las armas quietas, los aceros detenidos, las picas suspensas y el hueco bronce de las trompas mudo, sobrevino la noche. Los triunfos huyen de los confiados. Godinot creyó tener cortada la division de Ballesteros. Este hábilmente con veloz retirada, la puso al abrigo de la artillería de Gibraltar. El 18 de Octubre de 1811 habia intentado Godinot la sorpresa de Tarifa; pero mas de dos mil hombres entre ingleses y españoles que guarnecian la ciudad y la artillería de los buques británicos le desvanecieron funestamente las esperanzas. Al retirarse, con la poca libertad que en los grandes males deja el temor á la huida, fué seguido y perseguido por Ballesteros con grave daño de su maltratada gente. El maris-

cal Soult en Sevilla reprendióle soberbiamente: cayó Godinot derribado en su desaliento mismo, viendo juzgada como delito su desgracia y hasta por una persona que siempre lo amó con el amor de la amistad. Antes que de España lo arrojase el desprecio que en todos los semblantes miraba ó creia mirar, en lo profundo de la noche selló sus ojos con el sueño de una voluntaria muerte.

Ballesteros en tanto, cuya reputacion habia crecido con este suceso, concebia grandes propósitos con cierta gallardía y generosidad de corazon, trabajando para inmortalizar su altivez. El 5 de Noviembre se dirijió sobre la villa de Bornos, donde se hallaba el general Semelé. Era de noche. O por falta de espías no supo este la vecindad de la division de Ballesteros, ó por falta de buen consejo no la creyó. Aunque él dormia, velaba su corazon, cuando Ballesteros dió sobre la villa. Quiso oponer resistencia, aun mas que porfiada, contumaz; pero bien pronto se vió obligado á apresurar el paso á la huida. Cien prisioneros, quedaron en poder de Ballesteros como testimonios de la feliz sorpresa: á mas las mulas y los equipajes.

Mientras de tal suerte se hostilizaba á los invasores por nuestra provincia, las Córtes se ocupaban en discutir el proyecto de constitucion para la monarquía. Rehabilitábase al propio tiempo la memoria de Juan de Padilla, el general de las comunidades en tiempo de Cárlos V y demás capitanes de esta empresa. La libertad en España se consideraba que habia perecido desde el instante en que los gobernadores del emperador habian puesto el cuchillo en las manos del verdugo á las gradas de la picota de Villalar. La memoria de Padilla para nuestros pocos hombres pensadores, habia sido un eco constante á despecho de la infamante voz de su sentencia: el deseo de la libertad por espacio de dos siglos en nuestros mas preclaros varones una promesa ardiente que nunca se cumplia: esperaban en vano todo lo mas á que el corazon puede dilatar el término de la esperanza.

Fuerza es confesar que la creacion del sistema representativo tal como hoy se practica en España, se debe á la invasion francesa. Las Córtes mismas de Cádiz fueron imitadoras, mas ó menos fieles, de lo que los Bonapartes habian ya decretado. La idea de formar una constitucion tuvo origen en la de Bayona: la abolicion del tormento, del derecho feudal, del Santo Oficio, en decretos de Napoleon ó de su hermano José.

No hay duda; nuestros padres venian á confesar que su enemigo era quien habia comprendido las necesidades de la patria. Con el odio á la dominacion estraña, Napoleon mismo despertó á las ideas de libertad los pensamientos de los españoles. Los pensamientos, como alas del alma, se levantaron á una altura á donde jamás les habia sido lícito llegar, á donde nunca creyeron que podian remontarse.

Elogiaban ó reprendian el proceder de las Córtes los parciales ó los enemigos de la reforma. Comparaban aquellos la actitud del pueblo español á la del romano en el espantoso cerco de los Volscos y en la invasion terrible de los Galos, cuando se juntaban con feliz confianza en rededor del senado y esperaban en aquellos magistrados la salvacion de la patria; ya al de Atenas morando en sus naves en tanto que Jerjes oprimia la tierra con sus innumerables huestes: ya al mismo de Roma con Hannibal victorioso casi á las puertas de la ciudad, decretando, para combatirla, la venta de las tierras que el enemigo ocupaba.

Los adversarios de las reformas decian que en nada se asemejaban á estos ejemplos de la heróica antigüedad los diputados de nuestras Córtes; antes bien á los dejenerados griegos del bajo imperio, que se entretenian en disputas sobre materias abstractas, en tanto que á los piés de los bárbaros andaba rodando su fortuna, repetidamente derribados sus mal rejidos ejércitos, y todo confusion y todo peligro para el trono y la independencia de los césares.

Juicios eran estos igualmente exajerados por los que igualmente tambien procuraban atraer á sus opiniones al pueblo.

Distinguiéronse en los debates de la constitucion, ya impugnando el todo del proyecto, ya alguna parte, los diputados Valiente, Aner, Iuguanzo, Borrull y Gutierrez de la Huerta.[1] Los campeones principales de las reformas políticas fueron Argüelles, Capmani, Calatrava, Muñoz Torrero, Perez de Castro, Toreno, García Herreros, Oliveros, y algunos otros que no es menester que se nombren pues son harto nombrados.

No tenian en estas Córtes todos los diputados ni la ciencia ni la energía que las difíciles circunstancias de la nacion reclamaban. Los de mayores canas y autoridad se precipitaban á indisculpables desvaríos, creyéndose adornados de todas las virtudes y honrados con los dones todos, cortesanos y severos, virtuosos y señores, de ingenios maravillosos, de levantados espíritus, de alentados pensamientos. Creian hablar pura y propiamente muchos de los enemigos de las reformas y que sus oraciones eran claras, resplandecientes y hermosas, sus sentencias y locuciones vivas y animadas de nerviosas razones, cuando usaban de voces de perspectiva, idioma de farsas, palabras que iban sin mas alma que la que les prestaban un altanero estilo y una ciega confianza de que habian de verse celebradas. Lanzaban congeturas hipócritas sobre la suerte de la patria, congeturas que en una falsa profecía ocultaban una pasion verdadera. Otros, aparentando ser los mas medrosamente desconfiados de sí, no manifestaban en público su sentir adverso. El silencio era el sagrado de la ignorancia de aquellos que querian ser estimados solo por fé. En secreto trabajaban, proponiendo dudas á los diputados sus compañeros y queriendo distinguir peligros en aquella escasa vislumbre que alcanzaba á percibir la debilidad de sus

1 Pariente del que se cita en el anterior capítulo.

raciocinios. Confiaban en que para todo tiene talento la necedad de una pregunta.

Otros pasaban las noches en vela, los dias sin reposo, inquietos en sus casas, mal recibidos en las agenas, peor vistos en las calles y plazas, procurando oponerse al establecimiento de un nuevo órden de cosas. Lenguas de fuego murmuraban de su proceder: fuego en los corrillos los abrasaba, y los semblantes bastarian á matarlos si no hubieran estado muchos de ellos en la persuasion de que su contrariedad á las reformas se encaminaba por la senda de la conveniencia pública, mirando el acierto como bastardo y el yerro como lejítimo.

No negaré que muchos se oponian por su interés: la ambicion los prendia por el brazo como á esclavos fugitivos: la avaricia que los habia comprado con el oro y la plata que guardaban, los compelia á seguir sus preceptos. No podian ejercer con libertad las virtudes públicas. No les soltaba el pecho el temor de perder ó no conseguir el oro que tanto los oprimia. Unos pretendian la opinion, otros la amistad, otros la mitra, siendo en el argumentar apasionados y bravos, y hasta montaraces y voceadores.

Los que abogaban por las reformas llevaban el deseo de ver acabada la obra esculpido en sus corazones, contemplando á sus enemigos como hombres ciegos en querer bien aquello que les estaba mal. Creian que con aquella constitucion la patria lograria estar rica de tesoros y ennoblecida de grandezas, y tener una paz inviolable y una felicidad perpétua: la grandeza en su centro, la pompa en su auge. Pretendian dejar por legado al agradecimiento del pueblo la inmortal obligacion de respetar aquel código. Firmes en su entereza, ni se prendaban ni se prendian con las persuasiones lisonjeras de los que querian separarlos de su intento, ni se daban por vencidos y enmudecian con los argumentos y las amenazas feroces de la ira. En ellos estaban depositadas las esperanzas de toda la nacion, y ellos menospre-

ciando el menosprecio de la envidia, querian renovar con gloriosa imitacion el siempre celebrado patriotismo de los varones mas insignes de la antigüedad. Y si no fué su obra capaz de la alabanza de la generacion presente, fué digna de su correccion ó de su reforma.

La Constitucion era mas democrática de lo que las circunstancias de la nacion permitian, paso aventurado de un régimen enteramente absoluto á la libertad mas omnímoda y en un pueblo no educado para el cuerdo ejercicio de sus derechos. El modelo del nuevo código habia sido la Constitucion francesa de 1791.

Todos los diputados, parciales de la reforma, seguian mas ó menos las doctrinas del *Contrato social* de Rousseau. O por disimulo ó por engaño propio ostentaban seguir otras muy diversas. Los seglares buscaban en nuestras antiguas leyes y costumbres el sistema representativo. Para ellos era solo una restauracion, modificada al tenor de las exigencias del siglo, lo que se intentaba establecer. No comprendian ó aparentaban ignorar que nuestras Córtes solo tenian el derecho de peticion y un voto consultivo, pero nunca deliberativo, en cuanto á la formacion de leyes.

Los monarcas en las Córtes respondian á las demandas de los procuradores ú ofreciendo atender las reclamaciones, ó dictando las leyes que les pedian como convenientes.

Así estrañaban los legisladores de 1812 que la antigua fórmula que la historia nos conserva para la publicacion de las leyes, *El rey de voluntad de las Córtes estatuece y ordena*, no conviniese con lo que en las *Partidas* se afirma *que el emperador ó rey puede facer leyes sobre las gentes de su señorío é otro ninguno non ha poder de las facer en lo temporal.*[1]

No habia, pues, contradiccion: las córtes manifestaban cual era su opinion sobre las necesidades públicas,

1 Ley 12. Tit. I.

y si el rey lo estimaba oportuno, formaba las leyes al tenor de la voluntad de estas, sin que estas las hiciesen como nunca las hicieron. Los eclesiásticos por su parte tampoco querian ser tenidos por discípulos de Rousséau, y por eso para apoyar sus doctrinas se servian de pasajes de los tratados *De eruditione principum* y *De regimine principum*, de Sto. Tomás de Aquino, mejor ó peor aplicados. Hasta se escribió un libro en defensa de las ideas de libertad política con testos del angélico doctor: su título era *El tomista en las Córtes.*

Repugnaba á muchos que se hubiese declarado en el código que la *soberanía residia en la nacion.* Los contrarios decian que nunca tuvo el pueblo tanto derecho á reclamarla como en aquellos instantes en que abandonada por sus reyes, y entregada á sus enemigos, ella se habia mostrado soberana, declarando por sí la guerra, dirigiéndose por sí misma y ahora dictándose sus leyes. Oponian los enemigos de las reformas que el pueblo habia peleado y peleaba, no por su soberanía sino por su religion y por su rey, y que el atribuírsela era una evidente usurpacion ó mas bien una rebeldía. Los muchos eclesiásticos de una parcialidad y otra que habia en las Córtes, contribuyeron á que en la constitucion hubiera definiciones mas propias de un concilio que de un cuerpo legislativo y además que se mandase que los actos de luchas de partido tuviesen principio y acabasen con actos de devocion, todo disposiciones dictadas por gente novel en las prácticas del sistema representativo.

Pero, á pesar de los defectos de la Constitucion, cuyo análisis no conviene á mi propósito, ella siempre debe tener un mérito á los ojos de los amantes de las glorias patrias, como nuestro primer paso en la carrera de las libertades públicas, como una memoria del celo de nuestros padres en medio de la guerra, como un recuerdo de una época siempre gloriosa.

En tanto que se discutia la Constitucion á principios

de 1812, fué nombrada una nueva regencia. La anterior estaba casi disuelta con la ausencia de Blake.

A semejanza de lo que acontece en los cónclaves, ó de lo que sucedia en las sesiones del senado de Venecia, se procedió por las Córtes á la eleccion de los nuevos regentes á puerta cerrada y sin permitir comunicacion á los diputados con persona alguna de fuera. La regencia, á pesar de tales precauciones, se compuso de personajes, en su mayor parte poco afectos á las reformas políticas: don Joaquin Mosquera y Figueroa, don Juan María Villavicencio, don Ignacio Rodriguez de Rivas y don Enrique O'Donnell, conde de La-Bisbal, nombramientos recibidos por el público con aquella desconfianza que nace entre los cuidados de la prudencia, y cuyo verdadero nombre es temor. Aunque alguno de los regentes poseia eminentísimas prendas, y en otro parecia que se respetaban unidas las virtudes de los demás, con todo, la opinion comun era de que habian subido á aquellos puestos, no para subir, sino que se habian levantado solo para caer con escandaloso estruendo. No se creia generalmente que pudieran vencer con felicidad los peligros de las aflictivas circunstancias en que la guerra se hallaba.

En Marzo de 1812 la Constitucion quedó terminada. Firmóse el dia 18 por ciento ochenta y cuatro diputados, entre ellos los mismos que mas la habian combatido. Al siguiente dia fué jurada y proclamadá.

El 19 de Marzo era aniversario de la renuncia de la corona de España que hizo Cárlos IV en su hijo Fernando: al propio tiempo eran los dias de José Bonaparte. Por sitiados y sitiadores se celebró militarmente: lo mismo resonaban las salvas en los muros de la ciudad y en la escuadra española que en las baterías francesas. Todo contribuia á alentar las esperanzas de los patriotas. La estacion de primavera, en que se publicaba el nuevo código, tenia cierto misterio para los que hallan en las casualidades las lisonjas de sus supersticiones:

tal era la época en que empiezan á brotar hasta silvestremente aquellas flores que tienen por patria la tierra y por labrador el viento, fecundadas lascivamente por el rocío; en que los campos se visten pobladamente de yerbas, se pueblan de hermosura y se hermosean de fragancia.

Hervia la ciudad en alborozo. Muchos á vista de la solemnidad confesaban con lágrimas encendidas mas que con frias palabras su entusiasmo. En casi todos los semblantes se miraba retratado el de la alegría. En otros eran falsos los regocijos, aparentes los festejos; risa en los labios, alegría en la apariencia, despecho en la verdad. Llevaban el parabien en la boca y deseaban al mismo tiempo que pudiera trocarlo en pésame ó en escarnio el alma.

Las gaditanas contribuian con su presencia á la hermosura de la fiesta, lisonjas del deseo, hipérbole de la curiosidad. Airosas palmas eran sus talles, la gala misma sus cuerpos: las medallas de oro y preciosísimas perlas que usaban pendientes al pecho, accidentes de gala que ponian á la devocion para que la devocion sirviese de gala. Con voz de las que enseñorean y enamoran, celebraban entre sí aquel dia, el mas solemne que vió Cádiz. Al presenciar los actos de aquella festividad, sus rostros tomaban el semblante del entusiasmo, que ya tenian dibujado en el bosquejo de su imaginacion. Brindaban así con amores: así con suspiros llamaban. Y al ver aquella tierna escena de un pueblo dándose las leyes en que fundaban toda su esperanza, asomábanse á sus ojos tiernas lágrimas. Si la poesía con su libertad puede llamar á las lágrimas de una mujer perlas vertidas del cielo de una hermosura, muchos habria en aquellos momentos que con demostraciones de amantes y enamorados quisieran haber podido recojer las perlas que hilo á hilo se deshebraban de sus ojos.

Despues de jurar diputados y regentes la Constitucion, pasaron con toda pompa al convento del Cármen

á un Te-Deum, yendo procesionalmente por entre tropas y los voluntarios distinguidos que estaban en formacion por toda la carrera.

No turbó la solemnidad del acto una deshecha tempestad que se conjuró contra Cádiz con espanto de los ojos y terror de los oidos.

Mientras que se entonaba el Te-Deum, oianse los silbos del aire y los feroces gritos del mar. Un árbol enfrente de la iglesia se tronchó durante la ceremonia, sirviendo de agüero festivo y no creido por unos, por otros de señal segura de que la Constitucion seria poco duradera.

En el panteon del templo yacía el cadáver del duque de Alburquerque que habia sido trasladado desde Lóndres. Guardábale la muerte el sueño con el dedo en la boca y la segur en la mano en aquella escuela de la vida donde las cátedras son sepulcros, los maestros los cadáveres, las lecciones los desengaños. Su cabeza con corona de vencedor, cuajada de los rubíes de la sangre enemiga: su baston tronco yerto al insensible hielo del sepulcro: su valor fria prueba de su fragilidad, allí reposaba Alburquerque en el desairado silencio de su ultraje, sin poder sacudir de sus laureles las mentiras con que la emulacion salpicó sus ramas, pintándolas marchitas cuando estaban floridas y verdes.

Ninguno recordaba al salvador de Cádiz, á quien desde su sepulcro no era permitido oir el entusiasmo del pueblo que por él tenia independencia.

Las furiosas é incesantes lluvias en lo demás del dia no lograron impedir las otras ceremonias. Por la tarde en diferentes sitios de la ciudad y sobre tablados fué promulgada la Constitucion por el gobernador de Cádiz.

El conde de La-Bisbal pasó á la Isla de Leon para que las tropas allí acantonadas prestasen el juramento al nuevo código. Celebráronse los festejos por los ingenieros ingleses y españoles unidos, por la guardia real inglesa, los guardias marinas del colegio de San Cárlos y los portugueses unidos igualmente, y por los demás

cuerpos juntos. El ejército de la Isla, ageno enteramente á las cuestiones de los derechos de los ciudadanos y no comprendiendo la significacion verdadera de aquella ley fundamental que juraba, la recibió con entusiasmo como una Constitucion que se dirijia á anular la que habia dado José Bonaparte: acto solemne de protestacion contra el yugo estranjero. Por fuerza habrian de acojerla hasta con cariño unos hombres que veian una ley discutida, mientras ellos la habian estado defendiendo con las armas en la mano.

El mariscal Soult se preparaba en tanto á combatir con nuevos obuses la ciudad de Cádiz. El 16 de Mayo, aniversario de la batalla de Albuera, recorrió las líneas, é hizo que se disparasen por vez primera aquellas armas. Poco fué el estrago, no tanto el alcance de los disparos como se creia, ninguno el terror del vecindario, inútil tentativa para derribar la entereza de los sitiados, en quienes se habia hecho costumbre el peligro.

Las ventajas que Ballesteros habia conseguido sobre los franceses en la serranía de Ronda, le acrecentaron el superior concepto que él tenia de sí, y la audacia hasta el estremo de querer abandonar el sistema de guerrillas y aventurarse á los riesgos de una batalla campal. Presentóla á fuerzas francesas muy respetables en los campos de Bornos el dia 1.° de Junio. En un caballo, hijo adoptivo del aire, arrancó tan veloz que parecia un pensamiento. Enamorado ciegamente de su desdicha, tan fiero y arrebatado caminaba como el caballo en que iba haciendo estremecer con sus huellas el suelo. Si suspiraba, la vehemencia de su deseo era el ahogado cordel que le impedia la respiracion. Juzgábase, como hombre nunca vencido, siempre vencedor invencible.

Apenas se trabó el combate, quedó consumido el valor por la parte de los nuestros, desmayado el brío, apuradas las fuerzas. La victoria habia comenzado á levantarse por los franceses.

Ballesteros, deshaciéndose en su desesperacion, vió por un momento á su hueste, amedrentada y confusa con las armas suspensas, embotadas en el pavor, pudiendo acometer á los enemigos y afilarlas en sus pechos y gargantas.

Allí deseaba perecer en la pelea para pagar con su desgracia el premio de su celebridad. Los golpes de las heridas de sus soldados hacian eco en su corazon.

En vano intentó detener la huida de su gente que dejaba convertido el teatro de su gloria en cadalso de su infamia. El ave que mas sonoramente referia á las flores su amor ó sus quejas asombraba á los soldados fugitivos como el rugido de un leon: el ruido del aire en las ramas les ponia el temor mismo que si fuera el estrépito pavoroso de un ejército. El miedo por las espaldas les levantaba estorbos á la vista.

En esto pararon los encomios exagerados que en Cádiz se proferian al tratar del indudable mérito de Ballesteros. Exaltada su presuncion, sus mismos admiradores lo precipitaron á una derrota. Muchas veces, ¿qué son los festejos, qué los aplausos del mundo sino horcas adornadas con el disfraz de la púrpura?

Mucho tiempo quedó viva la memoria de este desastre por aquellos campos, convirtiéndose sus frescas sombras en horrores de muerte, sus verdes yerbas en descarnadas canillas, sus olorosas flores en áridas calaveras.

La entrada de los ejércitos aliados en Madrid obligó á Soult á evacuar los reinos de Andalucía. El sitio de Cádiz fué levantado el 24 de Agosto. En la noche de ese dia los franceses volaron algunos de sus fuertes, destruyeron parte de su artillería, y al amanecer del 25, sus columnas caminaban desde el Puerto de Santa María á Jerez de la Frontera. Treinta meses y veinte dias habia durado el asedio. En las anteriores noches, y especialmente la víspera de su retirada, habian lanzado los franceses contra la ciudad el mayor número de bombas que

les fué posible. 15.531 proyectiles fueron los que desde el dia 16 de Marzo de 1810, hasta el 25 de Agosto de 1812, arrojaron á Cádiz. Solo llegaron á ella 534 con poco estrago de los edificios. Tan solo murieron de doce á catorce personas.

Celebróse el levantamiento del sitio con cohetes, luminarias y otros festejos. Los vecinos y forasteros, que se hallaban encerrados en esta isla, salieron á bandadas con objeto de ver los despojos que habian quedado en el campo enemigo; ciento sesenta cañones de diverso calibre, cincuenta y siete morteros, treinta y siete mil ochocientas cuarenta y seis balas de cañon, tres mil setecientas y dos bombas y granadas, y otra multitud de efectos de guerra pasaron á ser propiedad del estado. Las baterías enemigas fueron destruidas aun mas que por nuestros zapadores por el paisanaje. Los pueblos de las inmediaciones quedaron maltratados por el furor de los enemigos en su retirada. Hallaron en casas principales abrasadas las puertas, denegridas las paredes con el humo del incendio. En otras habia nacido agrestemente la yerba en los patios ó por olvidados ó desiertos.

A poco la regencia esperimentó una modificacion. El conde de La-Bisbal, ofendido de las Córtes por haber muchos diputados proferido acusaciones graves contra su hermano el general don José O'Donnell, derrotado por una de las divisiones de Suche, renunció el cargo. Su sucesor fué el antiguo togado don Juan Perez Villamil.

Abolieron las Córtes la prestacion que se conocia con el nombre de *Voto de Santiago*, y declararon á Santa Teresa de Jesus compatriota de España. Enconábase mas y mas el rencor entre los parciales y los enemigos de la reforma. Denominábase *liberales* á los primeros: *serviles* á los segundos.

A fines de Diciembre de 1812 se presentó en Cádiz el lord Wellington, objeto de la admiracion general y

de las mayores muestras de la gratitud y entusiasmo del pueblo. Su recepcion fué triunfal. Asiento en las Córtes, panegírico proferido en su nombre por el presidente, constante aclamacion por las turbas, obsequios de la grandeza española, bailes, todo parecia corta recompensa al valor y á los servicios del héroe británico. Sin embargo, el decreto de las Córtes en Enero de 1813 por el cual se disponia que las autoridades civiles de algunas provincias quedasen á sus órdenes, se consideró por los mas fervientes partidarios del nuevo código como un atentado á las libertades públicas.

En esto se comenzó en las Córtes á tratar de un asunto gravísimo que encendió los ánimos de las dos parcialidades en un frenesí, indigno de los que aspiraban á ser tenidos por modelos de legisladores.

El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisicion, desde el año de 1808, en que fué abolido por Napoleon en su campo delante de Madrid, estaba sin ejercer sus funciones en las ciudades exentas del dominio francés. El inquisidor general y los consejeros vivian en Cádiz cobrando sus sueldos respectivos: en esto solo se conocia la existencia del tribunal.

Un don Blas Ostolaza, doctor teólogo por Lima y Osma, canónigo y diputado suplente por el Perú, publicó en el verano de 1811 una carta, en que aparentando haber sido consultado, manifestaba su opinion favorable al Santo Oficio.[1] Don Martin de Navas, canónigo de San Isidro, dió á luz igualmente en ese año un artículo anónimo en el *Semanario patriótico* combatiendo con la mayor energía la institucion de aquel tribunal. Fué seguido por otros literatos, entre ellos don Antonio Puigblanch, que encubierto con el nombre de *Natanael Jomtob* (Dios nos dió un buen dia) publicó una

1 Don Blas Ostolaza estuvo preso dos veces por el Gobierno en el convento de las Batuecas, desierto de carmelitas descalzos en Estremadura. Como especie de proverbio quedó para ponderar el odio á la libertad que tiene alguno, decir: "*Ese es mas servil que Ostolaza.*"

obra polémica de bastante mérito con el título de *La Inquisicion sin máscara*.

Los consejeros del tribunal intentaron en 1812 congregarse, á fin de demostrar que, aunque habia estado suspenso por los sucesos de la guerra, su poder no habia caducado. Las Córtes mandaron al punto que se examinase si era compatible la Inquisicion con el código político.

Hombres en su mayor parte injuriosamente religiosos, todo afectacion de virtud, con la amiga al lado, el rencor en el pecho, la hacienda agena en las manos, gente poderosa, insolente y empeñada, habian promovido aquel conflicto. Enconáronse los ánimos de la parcialidad contraria y se propusieron pelear con el odio que al odio corresponde. Opinaban los ingleses que se sepultase en el silencio y quedase en el olvido la discusion sobre el tribunal de la fé, y que en su lugar, las Córtes se ocupasen en acordar la extincion de los religiosos que vivian en una pobreza rica, en una necesidad sobrada y en una mendiguez abundante. Mal comprendidos fueron sus deseos: creyóse que los ingleses querian que la Inquisicion continuase, cuando á lo que deduzco, su intento era que se abandonase el combatir estérilmente á un cuerpo muerto por el siglo, y que se dirijiese todo el esfuerzo del valor á abolir lo que á su parecer ofrecia mas peligros para la causa pública.

En Enero de 1813 presentó la comision en las Córtes su dictámen, declarando incompatible el Santo Oficio con el sistema político que se acababa de establecer. Grandes debates sucedieron á la presentacion de este documento. Leyéronse muchos discursos en defensa y en contra del Tribunal, mas históricos que filosóficos, mas propios de una academia que de un congreso. Por un partido y otro la verdad era adulterada: los discursos tenian mas apariencia sofística que enerjía: todo se pintaba con denodados hipérboles. Unos y otros mostraban los peligros en fantasía, como gran-

des pintores al temple de su malignidad ó de sus yerros.

Habia un antiguo proberbio que decia: *Al rey y á la Inquisicion, chiton*; y los enemigos del Tribunal lo presentaban como testimonio de censura dado por nuestros predecesores á su despotismo. Tan pobre filosofía encaminaba los juicios de los que combatian la Inquisicion. Ese proberbio, en el mio, era un encomio de la confianza que se debia poner en que el rey y el Santo Oficio acertaban siempre, por mas que se ignorasen ó no se pudiesen sospechar las razones que tenian para proceder en algun caso, segun las apariencias, con error. No cabia, pues, el análisis ni la censura al tratarse de órdenes del rey, y del Santo Oficio.

Si al principio de su establecimiento pudo haber alguna contradiccion por parte de españoles, celosos de la causa pública, indudablemente desde mediados del siglo XVI, casi todos lo consideraban como un santo y necesarísimo Tribunal, y como el mas severo y mas piadoso.

No trato de ser su apologista, sino defender, no la conveniencia del Tribunal, sino la verdad contra los errores. Emito, pues, mis juicios: no estoy obligado á repetir los agenos, equivocados ó calumniosos. La inquisicion venia á ser un jurado eclesiástico que daba el veredicto, para que el juez seglar aplicase la pena al tenor de las leyes de Partida. En estas, y en las que estas tuvieron su oríjen se encontraba el mal primero: luego en la forma de proceder que esos inquisidores tenian en su juicio: la perpétua incomunicacion del presunto reo, donde le servia de recreacion el llanto y de compañía su desconsuelo: la ignorancia de los testigos que contra él deponian, no habiendo medio de probar su pasion ó falsedad, cuando tomaba cuerpo de delito aun la sombra: los cortos medios de defensa, siendo de igual peligro el silencio y la disculpa: la detencion en las causas muchas veces, que era una sentencia antes de la sentencia: la esperanza tanto tiempo oprimida en cui-

dados: en tamaña desesperacion la paciencia, sin que un alivio socorriese al sufrimiento, todo contribuia á la vejacion, todo á la dificultad de esclarecer la inocencia.

Pero de esto á buscarse hombres abominablemente inhumanos para jueces del Tribunal, y no los que tuviesen en profunda quietud y sosegado silencio los naturales impulsos de las pasiones, hay diferencia suma. Nuestros reyes querian que el inquisidor general fuese de grande y esperimentada virtud, de secreto, de justicia, de brevedad en el despacho, de esperiencia en las materias de la fé, de severidad en el proceso, de misericordia en la hora de sentenciar, de desinterés, de compasion para con los reos y de lástima para con las culpas, en todo, no verdugo para castigar, sino padre para favorecer.

Hasta en los autos de fé ejercian los inquisidores su caridad, juzgando segun la manera de pensar de su siglo. Veíanse en los reos soga al cuello, golpes á los pechos, turbacion ahogada en el ánimo, misericordia en los labios, la palidez de la muerte en sus ropas y semblantes. Formaban un anfiteatro de aparente penitencia: el espectáculo, la pompa, la autoridad, el estandarte, y la voz de los ministros de Dios, todo era para representarles al vivo el enojo del Ser Supremo. Mas los predicadores procuraban en aquel solemne acto, no entregar á la desesperacion á los reos: antes bien, en medio de aquella tribulacion, cuando los reos se hallaban sin saber de sí mismos y temblando, con energía, doctrina, talento á veces, y penetracion en muchas, procuraban despertar en tantos infelices, dormidos mas en su razon que en su mal, aquel suspiro mudo del alma, que se llama deseo del bien. Exhortábanlos á que alabasen á Dios, porque su cáncer habia sido visto para que pudiese ser curado; á que no se quejasen de los cirujanos, pues el gran mal con vehemente cura habia de correjirse. Decíanles que su enfermedad habia llegado al punto en que no habia otro medio que ponerse en

manos del cirujano para que cortase por donde fuese conveniente para sanar la llaga: así que en aquel acto se cortaba por la honra, ó por la hacienda ó por la vida para asegurarles la eterna; y por último, que rogasen á Dios que les aprovechase la cura para descargo de sus delitos, pagando con esta sentencia y pena ante el Tribunal divino.

En odio del Santo Oficio se recordaba el tormento que se aplicaba á los presuntos reos, siendo este, no un medio peculiar de la inquisicion para justificar el delito, sino de todos los tribunales de España y Europa. Mas desde casi un siglo antes de tratarse de la abolicion en las Córtes, ya el tormento estaba desusado en el Santo Oficio. Acontecia al Santo Oficio lo mismo que á la Inquisicion de Estado de Venecia. La civilizacion del siglo habia ido poco á poco quebrantando su energía.

Ya los inquisidores generales no eran los Torquemadas y Valdés, aquellos hombres que juntaban á la terrible severidad de su oficio una devocion de anacoretas. Aparecen hoy á nuestra fantasía las imágenes de Torquemada y sus primeros sucesores, como varones postrados lo mas del dia y la noche en tierra, amortajados con un tosco saco en vida, anegados sus ojos en tiernas lágrimas, haciendo crueles y dilatadas disciplinas, regando con su sangre la tierra ó las tablas que eran la cama de su descanso, nunca en treguas con su salud, ni su oracion con el tiempo que le dejaban libres los cuidados del Tribunal de la Fé.

El inquisidor general era en el año de 1813, no un varon lleno de canas y desengaños, marchito con las disciplinas y con los ayunos, y llagado el cuerpo con los silicios, sino de mediana edad, cortesano, discreto, tolerante, de grave persuasion, conocedor del siglo en que vivia. Pocas veces andaba en hábito eclesiástico: frecuentaba tertulias y paseos, galan con las damas cuanto lo permitia su estado. Tal era la diferencia que mediaba entre Torquemada y don Raimundo Ettenard, y la misma

existia tambien entre la Inquisicion en el siglo del uno y la Inquisicion en el siglo del otro. Desde ciento y cincuenta años antes, mas era el Santo Oficio un tribunal de policía para los eclesiásticos que para los seglares. Grande fué el número de clérigos, frailes y monjas procesados.

Cuantas alabanzas pudo inventar el ingenio, cuantos elogios la audacia, cuantas lisonjas el mas empeñado estudio, se profirieron por los defensores del Santo Oficio, descortesmente altaneros y altaneramente atrevidos. Siendo niño, oia yo celebrar á los ancianos el mérito de los apologistas de la Inquisicion, diciendo que al oir sus argumentos la opinion vacilaba, por muy adversa que fuera al Tribunal de la Fé. Mas despues que crecí en edad y que mis estudios me dieron algunos conocimientos para juzgar con mas certidumbre de los sucesos, ví que por ambos partidos en aquel debate hubo mas afectacion de magisterio y mas vanidad de erudicion, que verdadera ciencia teológica y política, por mas que pretendidamente la proclamasen.

Cuando los defensores de la Inquisicion escuchaban, entre las censuras, que este tribunal habia perseguido á santos como Francisco de Borja y á venerables como Fr. Luis de Granada y tenido en largo encierro á literatos como Fr. Luis de Leon, no replicaban que si San Francisco de Borja y Fr. Luis de Granada se vieron perseguidos, su proceso tuvo orígen en que los protestantes publicaron fuera de España, para introducirlos en ella, tratados de ambos varones, con otros de doctrina no católica, para que se creyesen que eran suyos y corrieran sin contradiccion.

El Santo Oficio practicó lo que hoy haria cualquier tribunal, averiguar el hecho. Del proceso resultó la inocencia de entrambos varones. No decian tampoco que si Fr. Luis de Leon padeció en las cárceles secretas mucho tiempo víctima de una calumnia, artificiosamente preparada, penetrándole el dolor de sus dolores hasta el corazon de su corazon, el mismo tribu-

nal reconoció al cabo su inocencia, restituyéndole la libertad y su buen nombre. ¿Es acaso el primer ejemplo de que unos jueces tengan en prisiones á un inocente, acusado por una malicia, cuanto apasionada, discreta? ¿Por eso se habria de defender la necèsidad de abolir los tribunales de justicia? No presentaban, no, estos argumentos ú otros semejantes con que mostrasen su sentir y hablasen en mejor sentido al corazon. Al contrario, cojiendo al vuelo con impaciencia grosera, las palabras en la boca de los adversarios y acabando en su fantasía lo que no les pasó por el pensamiento decir, con mas ingenuidad de la que debian al congreso, osaban acusarlos de que su doctrina no era católicamente pura.

Hace su efecto la calumnia con que viva un dia. Noche es la pasion. Halla estilo donde apenas halla voces la verdad.

Los adversarios del Santo Oficio pudieran haber mas claramente demostrado que si el proceder del Tribunal era sin queja del derecho, era con agravio de la razon: que de él, si no muerta, salia herida la virtud: que los presos quedaban desamparados de los suyos como infelices, y al recuperar la libertad, mal vistos como delincuentes: que no habia paternal celo, firme arrimo y solícito cuidado; que rompia los mármoles y desellaba sepulcros para castigar á cadáveres, sin mas defensa que su sordo silencio ante las acusaciones: que el poder apadrinaba al antojo para el agravio: que el Tribunal era prudente, pero prudente hasta mas allá de la malicia: que no creian los inquisidores que las afrentas que hacian á otros eran honra suya; y en fin, que tenian en tal grado por válidos á la injusticia y al rigor que nunca pasaron por sus corazones las heridas que habian de recibir los reos, cual cumple á jueces á quienes animan un fervor sin imprudencia y un cuidado sin demasía.

Despues de una prolija discusion, el Tribunal del Santo Oficio fué abolido; pero como no lo fué al propio

tiempo la ley de partida que mandaba proceder contra los herejes,[1] en vez de la Inquisicion se establecieron otros tribunales, con el nombre de protectores de la fé para que velasen y se desvelasen en mantenerla pura.

Noventa votos contra sesenta dictaron el acuerdo. En la apariencia era cuestion de nombre: sustituir unos tribunales á otros: condenar solo la manera de proceder, pero no el proceder. En medio de todo, no cabia duda en que los nuevos tribunales ó no llegarian á establecerse, ó establecidos correjirian con el agrado lo que el miedo no pudiera, ni el ceño de los jueces enmendara. Ya la justicia no retorceria sus cáñamos contra los herejes, no encenderia sus hogueras, no levantaria sus cruces. El siglo que habia ido aboliendo el tribunal de la fé, abrogó desde luego los que habian de sustituirlo.

Un diputado pidió mas: que se publicase un manifiesto por las Córtes con el fin de probar que la Inquisicion habia sido meritísimamente suprimida. Así se acordó, y que se leyese por tres domingos consecutivos en todas las parroquias al ofertorio de la misa conventual. Indignáronse muchos eclesiásticos. Veian que se llamaba al hecho desagravio de la justicia para disimular con el nombre el atrevimiento del alarde del triunfo. El cabildo eclesiástico, sede vacante, consultó á los de Sevilla, Málaga, Jaen y Córdoba lo que deberia hacer en caso tan grave y que consideraba como degradacion de los templos. El de Sevilla respondió decididamente, reprobando lo que las Córtes mandaban: el de Málaga con mas cautela: los de Córdoba y Jaen

1 Partida 7, tit. 26. "Los herejes pueden ser acusados de cada uno del pueblo delante de los obispos ó de los vicarios.... deben (estos) pugnar por los convertir por buenas razones é mansas palabras. E si por aventura non se quisieren quitar de su porfia, devenlos judgar por herejes é darlos despues á los jueces seglares é ellos devenles dar pena en esta manera: que si fuere el hereje predicador, á que dicen consolador, devenlo quemar á fuego, de manera que muera."

eludiendo la respuesta. Los curas consultaron tambien al cabildo eclesiástico, y el cabildo á varios obispos residentes en esta ciudad. En tanto, el Ayuntamiento pasó á felicitar solemnemente á las córtes por haber abolido el Santo Oficio.

Pasaban dias y dias, y el acuerdo de las córtes no era cumplido por los curas párrocos. Mediaron graves oficios entre la Regencia y el Cabildo. Al cabo, esta mandó que inmediatamente el manifiesto fuese leido en las parroquias. La amenaza de un severo castigo conturbó en algun tanto á los que se oponian. Las órdenes se cumplieron: el número de los enemigos contra la Constitucion y los liberales, se aumentó considerablemente: dejaron de ser políticas las cuestiones. Con el nombre de la religion se comenzaron á combatir las nuevas doctrinas.

Pero la Regencia ya conocida no fué la que hizo cumplir el acuerdo de las córtes: no, vacilando ante los peligros que creia distinguir, no supo compeler al cabildo: crecieron las sospechas contra la rectitud de los que la componian, y la separacion de don Cayetano Valdés, que desempeñaba el gobierno de Cádiz, acabó de enconar los ánimos en esta ciudad, entonces mal sufrida, donde la opinion no estaba postrada y donde no se confundia la abyeccion con el respeto. Numerosos y fuertes eran los reformistas para enemigos. En la sesion del dia 8 de Marzo fué nombrada otra Regencia, compuesta del cardenal arzobispo de Toledo, don Luis de Borbon, vástago de la familia real, y de los antiguos regentes don Pedro Agar y don Gabriel de Císcar. Esta, con la mayor energía procedió en el asunto, mandando formar causa al vicario capitular de la diócesis don Mariano Martin Esperanza, al arcediano de Medina Sidonia don Pedro Juan Cervera, y á los prebendados don Manuel de Cos y don Matías de Elejaburu y Urrutia, como comisionados del cabildo eclesiástico en cuanto concernia á aquel caso. Fueron acusados de

traicion, liga y bando, y el fiscal pidió que se les impusiera la pena de expatriacion y ocupacion de temporalidades, añadiendo *que merecian la de muerte, si no desvanecian los graves cargos que contra ellos resultaban.*

Los capítulos de culpas estaban en las cartas á los cabildos y obispos. Pero el promotor de este conflicto no permaneció mucho tiempo en Cádiz. Era el arzobispo de Nicea don Pedro Gravina, Nuncio de Su Santidad en España, el cual no solo instigó á los prebendados á la desobediencia y á dilatar la resolucion del asunto, sino que se dirijió á otros cabildos eclesiásticos y obispos concitándolos al mismo fin, y aun á la Regencia, representándole á nombre del Papa, á la sazon cautivo en Francia, la ninguna autoridad de las córtes para suprimir un tribunal creado por los Sumos Pontífices.

Mediaron notas gravísimas entre la Regencia y el Nuncio. La primera trató de extrañar del reino á Monseñor Gravina, y ocuparle las temporalidades, pero tuvo en consideracion el escándalo que iba á producir un hecho semejante; y así redujo sus resoluciones á comunicarle en el mes de Abril una real órden desaprobando su conducta é intimándole que en lo sucesivo se contuviese dentro de los límites de su legacion, pues de lo contrario se procederia de otro modo.

Era de condicion muy altanera el arzobispo de Nicea: confiaba en que no osarian los Regentes cumplir la amenaza, temerosos de atraer sobre sí la ira de un pueblo tan religioso como el español: escitábanlo á proseguir en su temeridad el amor propio ofendido y los enemigos de la reforma, que habian encontrado en su persona un autorizado caudillo.

El Nuncio fué extrañado del reino por *su sediciosa conducta.* No habia querido obedecer las órdenes de la Regencia para que pusiese fin á su oposicion al decreto de las Córtes. Estas en sesion de 9 de Julio, aprobaron el proceder de la Regencia, no sin que al es-

cucharse su comunicacion los diputados, parciales de monseñor Gravina, pidiesen en desconcertadas voces la presentacion del expediente original: no sin que otros clámasen por la disolucion del congreso: no sin que algunos rompiesen en denuestos contra los liberales: hasta palabras obscenas resonaron en el recinto augusto de las leyes.[1] La guerra desde este dia fué mas tenaz y mas cruel entre ambos partidos.

Llevaban adelante unos y otros sus intentos, haciendo de su pundonor vanidad, y de su vanidad pundonor. No querian desdecirse de lo que una vez impugnaron ó defendieron, como si fuera honor de su constancia lo que era desdoro de su prudencia. No comprendian que quien está sobre sí, está mucho mas sobre su contrario. Lo que no podian vengar con obras vengaban con palabras: elogios á la felicidad de los tiempos pasados, desprecios de los presentes y de sus hombres. Manchados de envidia, respirando vanidades, muchos tenian fria en el pecho la confianza de que pudiera durar la Constitucion. Querian adivinar los intentos del rey para conformar su dictámen. Comprendian tambien que por querer los hombres ejercer su libertad inmoderadamente, vienen á parar en mayor sujecion, porque muchas veces no corresponde el fruto á lo que ofrecieron las esperanzas; se necesitan evidencias para llegar á persuadirse de los peligros.

La oposicion de los antireformistas dió en perseverancia y se perpetuó en costumbre. La imprudente soberbia de los contrarios abrió las puertas á que ocupasen el campo de la libertad sus enemigos. Prisioneros de las lisonjeras persuasiones del amor, con sobrado é

1 En el número del *Tribuno del pueblo Español*, correspondiente al dia 10 de Agosto de 1813 se dice:

"Qué diré de la sesion en que la Regencia dió cuenta del extrañamiento del M. R. Nuncio? ¿No fué escandalosa la libertad que se tomaron algunos vocales para desentonarse hasta el extremo de proferir lo que llamamos *ajos*.... palabras soeces que ofenden los castos oidos?

indiscreto celo, no se contentaban de ser solos los defensores de sus ideas, sino que convocaban á los adversarios á su imitacion exasperándolos con baldones.

¿Quién, si nó, los llamó? ¿Quién los concitó? Ellos, ellos los despertaron, ellos los llamaron, ellos los incitaron á la pelea; y así estos llamados, incitados y provocados la admitieron llevando por armas la ambicion, la vanidad, la ira, la violencia, el insulto, y la prontitud á la ofensa. No se armaron de prudencia: no se cautelaron de los otros, empezando por temerse. Al contrario, hacian de las ocasiones repetidos brindis á su soberbia. Ignoraban que nada corta mas fácilmente un mal pensamiento como una buena palabra, y que el que profiere injurias bebe primero la hiel que ha de arrojar á su contrario. Un tiempo con maldad en el corazon algunos y la mentira en los labios, eran veletas que nunca señalaban el viento que corria: la conciencia muda, en ella el nó, en los labios el sí. Disimulaban por temor ó cautela, y de un corazon todo hiel y ponzoña, sacaban saliva dulce.

Pero desde que á las reformas políticas se dió el carácter de contrarias á la religion por el decreto que abolia el Santo Oficio, por la causa á los prebendados de Cádiz y por el extrañamiento del Nuncio, muchos creyeron que ya la razon pedia mostrarse iracundamente hóstiles y aventurarse hasta perder sus cargos, aunque tuviesen desde el lugar primero que bajar al último.

No era tiempo de que les enseñase á pretender la ambicion ni á disimular el temor, ni á mentir el uso, ni á lisonjear el ejemplo. Recordaban las edades en que se creia que no era digna de empuñar el cetro la mano que no sábia apretar la espada y en que nuestros príncipes tenian mas á gala que manchase sangre infiel sus vestidos que no que circulase la real en sus venas. Consideraban que por eso deshojó la fortuna las flores de sus felicidades sobre la corona de aquellos reyes que ambicionaron tener el mundo por límite de su espada.

La España que se trataba de levantar sobre las ruinas de la antigua era para los enemigos de la reforma, una España indignamente degenerada. Otro modo de combatir urgía para desopinar las nuevas ideas.

Abandonaron los términos comedidos, á fin de provocar desórdenes en el seno de las Córtes para hacer que la nacion entendiese que el sistema constitucional no podia practicarse. Dictaron ó siguieron tan mal consejo, no solo jóvenes, sino hasta personas de ancianidad. Sobre canas se asentaban locuras, queriendo desmentir á los años, porque de aquellas blancas y veneradas flores no debian esperarse frutos tales. Olvidábanse los ancianos que debieran ser libros en que se hallase escrito el arte de la prudencia y con blanca tinta.

No toda la culpa procedia de los enemigos de la reforma. Sus parciales habian mostrado el camino de compeler á los contrarios por medio de amenazas y dicterios. No hablo de diputados tan ilustres como los Argüelles y Calatravas. El populacho desde las tribunas no permitia manifestar libremente su sentir á determinados oradores que impugnaban la constitucion. El diputado Valiente tuvo que salir de las Cortes y aun de Cádiz entre los furiosos gritos de las turbas.

Cada felicitacion que recibia el Congreso por la abolicion del tribunal de la fé ocasionaba un nuevo escándalo. Los partidarios del Santo Oficio no querian darse al silencio. Crueles eran las heridas que causaban con sus labios: la ira en su punto y el juicio en tinieblas. El juicio es lo que mas fácilmente entregan los hombres. La providencia los castiga despojándolos de aquello que no merecen poseer.

Si obispos felicitaban al congreso, no faltaba algun otro que en su seno los llamase aduladores, y aun dijese que solo faltaba el parabien de Napoleon. Celebrar las Cortes en la iglesia fué llamado tambien en el seno de la representacion nacional sacrilegio, como si muchas de las antiguas de Castilla y Aragon no se hubiesen jun-

tado en templos. Creian que la elocuencia consistia en persuadir hasta engañar.

No queria comprenderse que nuestra monarquía estaba paralítica. Recordábase con loor de las antiguas instituciones que con ellas hubo reyes que vestian de su púrpura á los desnudos, que de su valor animaban á los cobardes, que con su generosidad ahuyentaban los trabajos y con su presencia los peligros: tiempos de tan venturosa union entre los príncipes y sus súbditos que no se sabia si los reyes habian nacido para la gloria de su pueblo ó el pueblo habia nacido para la gloria de sus reyes. En cambio se arrojaba al olvido la degeneracion de nuestra dignidad, cuando los vicios de los príncipes habian llegado á convertirse en mercedes para los vasallos.

Tenian los enemigos de las reformas por desproporcionada ó fementida la significacion de la voz *libertad*: madre, en su sentir, de miserias, de necesidades y de doble yugo. Antes el pueblo no atendia mas que á obedecer: libre ahora, á obedecer y á mandar. Los hombres gobiernan con mas acuerdo las acciones agenas que las propias. Las leyes son duras ó suaves, segun el corazon, tabla en que se escriben. De la iniquidad del pueblo se apelaba antes á la virtud del rey: ahora ¿adonde se apelaria? El pueblo habia estendido las manos de su ambicion á lo vedado: el poder real estaba impedido. Los antiguos pensaban que era mas fácil hablar con los reyes que de los reyes: veneracion á su soberanía de que estaban despojados, al parecer de los antireformistas.

No advertian cuán exagerados caminaban: estaba pervertida la rectitud del juicio de muchos. Las casas se caen de antiguas y tambien las opiniones. Estas se sustentan con la razon, no con los años. Donde falta el apoyo de la razon ¿qué vale la antigüedad?

Terminaron las Córtes generales sus tareas el dia 14 de Setiembre de 1813. Quedó disuelto el Congre-

so. Los oradores mas eminentes de entre los liberales fueron seguidos y aclamados hasta sus casas por las turbas en señal de gratitud y entusiasmo.

Indudablemente en muchos de aquellos ilustres varones resplandecieron un noble patriotismo y una honradez acrisolada. En ocasiones procedian como hombres faltos de esperiencia, y aunque arrebatadamente injustos por su celo del bien y por la arrogancia que lleva consigo alguna vez la rectitud de las intenciones, su memoria siempre será venerada.

Antes de cerrarse las Córtes falleció en Cádiz un diputado dignísimo de memoria: Don Antonio Capmani y Montpalau, literato de erudicion aventajada y de escogida elocuencia. Hablaba la lengua castellana con propiedad, lustre y grandeza. Solo creia de sí lo que su prudencia le aconsejaba: ni tan soberbio que presumiese agradar á todos, ni tan humilde que cediese al descontento de algunos. Vivia entre los engaños cuerdo, entre las emulaciones querido, entre los trabajos de la patria infatigable.

En tanto se habian hecho las elecciones para las Córtes ordinarias. Los diputados de las generales no podian ser electos para las nuevas, error de nuestros padres que ocasionó la formacion de unas compuestas de gente menos notable y de muchos adversarios á la constitucion de la monarquía.

La fiebre amarilla habia herido, en esto, á varios habitantes de Cádiz. Intentóse ocultar por el gobierno el peligro; mas al fin, fué necesario adoptar alguna disposicion acerca de las nuevas Córtes que acababan de celebrar el 15 de Setiembre su sesion preparatoria. La Regencia determinó salir de Cádiz y juntar á los diputados en el Puerto de Santa María. Corrió la noticia de la resolucion, por mas que hasta entonces habia estado en el mayor sigilo. Cádiz ilustre en todo el periodo de la guerra, inquieta en aquellos instantes, trastornada la opinion, abandonado el respeto, hervia en inquietudes,

poblacion poderosa y fuerte para enemiga. Rompió al fin en un tumulto, pidiendo que de nuevo se congregasen las disueltas Córtes. No hubo fuerza en el poder para oponerse á un hecho tan inusitado. En sesion celebrada de noche, confirieron los diputados sobre la resolucion del Gobierno. Prevaleció en ellos la opinion de que la fiebre no estaba en Cádiz: que las nuevas Córtes se instalasen en la ciudad y que de ella no saliese el Gobierno. Silbados fueron los que manifestaron su parecer adverso, y ultrajados con epitetos soeces. Los amotinados ocupaban las tribunas, y los contornos del edificio.

Triunfante quedó aquella rebelion; pero por poco tiempo. Las Córtes ordinarias abrieron sus sesiones el dia 1.° de Octubre; pero pronto tuvieron que trasladarse con la Regencia á la Isla de Leon. Los estragos de la epidemia eran grandes. La seguridad de las personas reclamaba huir del inútil peligro: El 27 de Noviembre suspendieron sus sesiones. El contagio habia ido á perseguirlos á la Isla de Leon. Los que no habian querido que las Córtes se juntasen en el Puerto de Santa María, vieron no sin dolor que para el 15 de Enero de 1814 se reunirian en Madrid. Los imprudentes fautores del motin no advirtieron que mal podian ser cumplidas violentamente las órdenes de un cuerpo, cuyo poder habia caducado; y que los nuevos representantes de la nacion, así de una parcialidad como de otra desearian salir del recinto de una poblacion, donde se les intentaba cohibir y donde estaban expuestos al frenesí de un populacho soberbio.

Sabido es el fin de la primera época del sistema constitucional. El rey Fernando, al recorrer una parte de España, cuando regresó de su cautiverio, recibió peticiones del pueblo, del ejército y de un número considerable de diputados para que diese por nula la constitucion.

Los mismos parciales de ella habian dado las armas

en su contra. Fundóse el decreto del rey en que la constitucion se habia hecho por muchos diputados que no tenian legítimos poderes. Con efecto, en Cádiz fueron elegidos algunos de poblaciones ocupadas por los enemigos y aun de algunos puntos de América por los pocos naturales de ellos que en Cádiz habia. Algun diputado fué electo por solo cuatro individuos. Esto que fué aconsejado por la necesidad y dictado por el fervoroso entusiasmo de nuestros padres para dar esa muestra de su resolucion al enemigo y á la patria, se convirtió luego contra su propia obra.

La tolerancia que se tuvo con las turbas liberales que ocupaban lás tribunas y desde ellas denostaban á los diputados que decian su sentir adverso á las reformas, igualmente sirvió de fundamento para la anulacion de un código, como votado en medio de la coaccion.

El Santo Oficio fué restablecido; pero el Rey que lo volvió á la vida, no pudo darle el vigor que el siglo le habia quitado. Así momentáneamente quedó destruida, al parecer, la reforma.

Nada mas hablaré de esto; pues paso á renovar las memorias de algunos hijos preclaros de esta ciudad para cobrar en ellas aliento y llegar sin temor al término de mi obra. Quisiera retratarlos tan fielmente que pareciera que se habian organizado aquellos cuerpos en que vivieron personas tan ilustres y restituidos á sí mismos, como si nunca hubieran muerto ó como si fueran muertos de solo un dia. Al escribir estas memorias imagino que los veo, y al distinguir en torno mio sus semblantes, no hallo hácia donde respirar que no sea con un suspiro.

Ni la obra iguala con mi trabajo, ni menos con mi deseo; pero el que no procura la perfeccion en sus escritos, ó la ignora ó la desprecia, ó á sí mismo se desprecia ó se ignora.

De lo bueno que hubiere en estas descripciones atribúyase á la escelencia de los asuntos que refiero: si se hallan cosas inferiores, esa culpa me corres-

ponde. Mia es y por hija propia la reconozco.

La historia lo mismo coloca en sus altares á los beneméritos de ilustre linaje que á los que nacieron abatidos. La cabaña de un pastor tan coronada es de estrellas como el palacio de un monarca. Humilde fué la cuna de Enrique Jácome y Breca, pintor insigne, que nació el año de 1621.[1] Perdió el apellido de sus padres y tomó en cambio el de sus famosas obras, sin duda por mas ilustre, así como Francisco de Herrera el mozo mereció en Roma el título de "El Español de los peces" por la habilidad con que sabia imitarlos, émulo y vencedor de la naturaleza.

Desde los primeros años sintió Enrique deseos vehementes de dedicar á las artes su ingenio, mas por propia inclinacion que por el ejemplo de los de su familia. Admirador de los objetos que en Cádiz se presentaban á sus ojos, se apartó de la manera de los pintores, que á par de él florecian en el siglo de Felipe IV, y escogió para asuntos de sus tablas las marinas y los bajeles.

No, como los pintores de su siglo, personificaba al mar en un anciano de largos cabellos, de barba crecida y desordenada, desnudo, hórrido y fiero, en pié sobre un soberbio delfin ó sobre una nacarada concha, llevando en la siniestra mano el timon de una nave, mientras cercaba su cuerpo una vela agitada por el viento.[2] No como el Ticiano pintaba con valiente colorido el robo de Europa, cuando Júpiter, convertido en toro, la arrebató de entre los brazos de sus ninfas, y en las ondas del Mediterráneo la condujo, cercado de delfines y de amores, á esta parte del universo, conocida por el nombre de su amada.[3]

1 Todo este pasaje de la vida de Enrique de las Marinas está compuesto de algunos párrafos del elogio de este artista, leido por mí en la apertura del Museo provincial de Cádiz en 10 de Octubre de 1852.

2 Cesare Ripa.—Iconologia.—Siena 1613.

3 Fontenai.—Galerie du Palais Royal.—Paris 1786.

El artista gaditano prefirió á estas bellezas, nacidas de la imaginacion de los poetas gentiles, la verdad, mas grande en su sencillez que ornada con floridos atavíos y con manto de púrpura y de oro.

Las ligeras fustas de los corsarios de Argel que soberbiamente infestaban los mares para poner en duro cautiverio las vidas de los cristianos, las angostas carabelas, imágenes de las que con Colon saludaron por vez primera los alegres montes del nuevo mundo: los grandes galeones que traian á España los preciosos metales de las dos Indias, y las veloces galeras con sus treinta remos por banda, servian de asunto para los lienzos del artista de Cádiz: ya las naves surtas en el seguro puerto, ya contrastadas por las tempestades, rotos los mástiles y quebrantadas las entenas: ya en perezosa y larga calma, dormidas las olas y encadenados los vientos: ya en fin, cuando al descubrir la tierra olvidaban los peligros de la mar, y ufanas con sus ricas banderas, celebraban sus triunfos sobre los huracanes y oprimian con mas orgullo las iracundas aguas que no pudieron derribar su entereza.

Pero la fecundidad de la inventiva y la gallardía del colorido con que Enrique pintaba las marinas, no provocaron el aplauso ni la envidia de los que con mas perfeccion estaban usados á vencer las dificultades del arte. Si los náuticos encarecian su exactitud en el retratar de las jarcias, velas y remos, los pintores miraban con injurioso desden sus obras. De sus viajes á Italia habian conservado en la memoria á Miguel Angel Buonarroti y á Rafael de Urbino, los cuales ocupados en el dibujo como parte principal de la pintura, habian tenido por cosas mas accesorias y de menos importancia para los valientes pintores, así la imitacion como el colorido, así la viveza como los paises, así las frutas como los animales.[1] Ya en el tiempo de Felipe IV algunos artistas españoles procuraban aventajarse á los italianos, unien-

1 Vicente Carducci.—Diálogo de la pintura.—Madrid 1663.

do á la perfeccion en dibujar la figura humana, la felicidad en los demás objetos de la naturaleza. Pero los que con varonil resolucion solamente pintaban apacibles campos, valles alegres y sombríos, vistosas flores, tranquilos ó turbulentos mares, frescas y lozanas yerbas y árboles cubiertos de pompa y regalados frutos, no alcanzaban el crédito de hombres superiores en el arte. Así Juan de Butron, el defensor de la ingenuidad de la pintura, hablaba con desprecio de los paisistas.[1] Asi Francisco Pacheco tímidamente descubria su sentimiento en la materia, diciendo con la autoridad de Plinio la poca gloria que consiguieron estos artífices en la antigüedad griega y latina.[1]

Enrique, al ver que la ciencia, el colorido, la propiedad y la belleza con que pintaba sus marinas, no merecian la estimacion de su patria, volvió los ojos á las estrañas naciones, para contemplar un espectáculo mas lisonjero á su ánimo generoso.

El artista holandés Enrique Cornelio Wroom, (con quien algunos suelen equivocarlo)[2] se habia hecho inmortal entre los suyos y entre los varones ilustres de la Gran

1 Francisco Pacheco.—Arte de la pintura, su antigüedad y grandeza.—Sevilla 1649.

2 Luis Lanzi en la "Storia Pittorica della Italia" (Bassano 1795) quiere decir que Enrique Cornelio Wroom es el mismo que llamaban en Roma *Enrique de España ó de las Marinas.* Pero en la edad no pueden convenir los dos pintores, pues el holandés nació en 1566 y el español falleció (segun Palomino y Cean Bermudez) en 1680. Para que fuera una misma persona necesitaria haber muerto de edad de 114 años. Otro autor italiano, no menos docto que Lanzi en las cosas de la pintura, el caballero Guarenti, dedica un artículo á Enrique Wroom y otro al *de las Marinas*, considerándolos como sugetos enteramente distintos. El mismo Lanzi, que niega la existencia del pintor español, obra solo por congeturas y con tal indecision, que dice lo siguiente: "Quindi non riconosco per ora sennon l' holandese, pronto á riconoscere quel di Cadice quando abbia prove sicure della sua esistenza in qualche tempo." Lalanne, Renier, Bernard y demás autores del libro intitulado *Biographie portative universelle*, (Paris 1844) dedican un artículo á Wroom y otro á Enrique de las Marinas. El de este último dice así: "Marinas (Enriquez dit de la) peintre espagnol: Cadix 1620—1680 Marine, dessin à la plume (Mus. roy,")

Bretaña, pintando marinas y bajeles. El cuadro de la espantosa batalla de la „Armada invencible" de Felipe II con la de Isabel de Inglaterra, en cuyo socorro dejaron sus cavernas los huracanes, dió al artista la proteccion del almirante Howard; y las tablas en que describió otras batallas navales entre las fuerzas de España y Holanda, el aplauso y los premios del príncipe de Orange y de los estados generales de aquella naciente república.[1]

Abandonó Enrique de las Marinas á su patria, vencido de la necesidad y obligado del deseo de adquirir lo que negaba España á sus merecimientos. Al mirar por la vez postrera la ciudad, donde rodó su humilde cuna, no pudo hacer resistencia á las lágrimas, y las derramó de dolor: lágrimas que mas bien debiera haber derramado su patria al ver que para siempre lo perdia.

Peregrino por reinos estraños anduvo Enrique, luchando con los rigores de su adversa fortuna, hasta que llegó á la ciudad de Roma, donde admiró los restos de las tumbas, de los anfiteatros y de los coliseos, pompas imperiales de los dominadores del mundo, anunciando con sus lastimosas ruinas el fin de las soberbias moles que el arte de los modernos siglos ha erigido, en la loca persuasion de que el tiempo respetará asombrado lo que no respetó en las mas que gloriosas memorias de los Pompeyos, de los Catones y de los Césares.

Ganoso de ser conocido y estimado Enrique en la ciudad de Roma, donde se conocian y estimaban las obras de Miguel Angel, de Rafael, de Correggio, del Guido y del Ticiano, buscó en las márgenes del Tíber, mas rico en ruinas que en frondosos árboles, inspiracion para trasladar en sus tablas asuntos dignos de la maravilla de las gentes.

Pero como amaba á su patria cuando mas creia aborrecerla, rehusando volver á pisar su suelo, tornaba

1 J. B. Descamps.– La vie des peintres, flamands etc. Paris 1753.

á ella en alas de su pensamiento, mas generoso que su voluntad, ofendida con el desprecio de sus compatricios. Por eso descubriendo su afecto de amor, ignorado por él mismo, retrataba los lugares queridos de su infancia: por eso las marinas, por eso en fin los bajeles que en su niñez contemplaba desde los blancos torreones de Cádiz, cuando iba desapareciendo la alegre luz del dia.

El noble vengador de Enrique fué Pedro Pablo Rubens, cuyas pinturas se tienen por mas vivas y perfectas que la naturaleza misma, cuyos paisajes aventajan á cuanto en este género habia alcanzado su siglo y cuyos merecimientos le atrajeron la proteccion y las alabanzas de los reyes y príncipes de Europa. Rubens con varonil entereza no desdeñó el imitar los mares, ni trasmitir al lienzo la ciudad, patria de Enrique.

Eligió, pues, la vista de una montaña, así para que en su eminencia apareciese una agradable quinta con deliciosos jardínes, y de su falda brotase un manantial fecundo que, convertido en arroyo, fuese á perder sus aguas en el mar, como para que una gran parte de la ciudad de Cádiz se presentase á los ojos, naciendo á espaldas de la montaña misma.[1] La amenidad del sitio por la grata emulacion de la tierra con el Océano, habia incitado á Rubens á buscar un asunto heróico digno de ella. La Odisea de Homero[2] le hizo trasladar á Cádiz lo que fingió el poeta griego en la isla de Corfú y poner en los lugares encantadores de la ribera, y no lejos del arroyo cristalino á la princesa Nausicaa y á sus doncellas en el acto de aparecerse Ulises desnudo á demandarles amparo, despues de la hórrida tempestad con que lo habian oprimido los Dioses, hasta el estremo de dar á su nave sepulcro en los abismos del Mediterráneo.

1 Piles.—Recueil de divers ouvrages sur la peinture et le coloris. Amsterdam y Leipzig 1767.

2 Libro VI de la Odisea.

España admiró en esta obra de Rubens lo que no habia querido admirar en las de uno de sus hijos: la perfeccion en pintar marinas.

Enrique abandonó á los sesenta años de su edad[1] el mundo, al pié de las fábricas sublimes que encierran las obras de Miguel Angel. Las auras del magestuoso Tíber besaron su rostro, marchito por el hielo de la muerte; y aunque corrieron al mar para confiarle los últimos recuerdos del artista gaditano, se perdieron sobre las olas antes de llegar á esta isla, convertida por el pincel de Rubens en digna residencia de los héroes de Homero.

Don Clemente de Torres, otro artista distinguido, nació en Cádiz el año de 1662. Tuvo de su parte al genio de la inmortalidad para igualar su pincel al de Murillo y dar un tono mas alegre á sus cuadros que el que daba á los suyos el príncipe de las artes andaluzas: como hombre tuvo contra sí la parcialidad de la fortuna, logrando de su patria una sola recompensa: la corona del infortunio.

Fué discípulo de Don Juan de Valdés Leal en el arte del diseño. Pintó muchos y muy notables cuadros al óleo, distinguiéndose una imágen de la *Concepcion* que existe en la capilla de las Reliquias de la Catedral de Cádiz.[2] Pintaba tambien al fresco y con excelencia suma. Tres imágenes de Apóstoles de bastante mérito hay en la Iglesia de S. Pablo en Sevilla.

No fué protegido. Aunque no halló abrigo en el desprecio con que lo miraba la soberbia, usurpó siempre los gritos de su necesidad para reservarlos á la gratitud de los beneficios que nunca llegaron. La falta de amigos en sus penas era la pena mayor. Ninguno acudia á levantar su postrada desdicha, en tanto que siempre vivia en sí su mal esperanzada constancia. No quiso, sin

1 Palomino.—Vidas de los pintores eminentes españoles.—Madrid, 1724.

2 Dos cuadros de don Clemente de Torres hay en el Museo de Sevilla.

embargo, enterrar su talento en el profundo silencio de su modestia. Sus obras siempre fueron pintadas, mientras su dolor daba vida á sus suspiros. Bien comprendia que el mérito se pierde entre las manos por falta de ejercicio y arte.

Sus imágenes son tan perfectas que parecen estar dotadas de vida, y que con la animacion suya quieren dar las gracias al artista que las hizo. Don Clemente de Torres no habia dejado matiz ni color en la concha de su talento que no emplease. Habia tocado su pincel en su propio ser y de él sacaba matices para sus obras.

Murió en 1730 en la miseria, como hombre que siempre trajo espantada la dicha: nunca en las desdichas la dicha lo esperaba, como á muchos que hasta en esto son doblemente venturosos. Su siglo, que fué tan injusto en él, no le pudo dar en dote el olvido. Probablemente recibiria en el cielo la corona que del oro de su martirio habia labrado en la tierra.

Floreció en el siglo XVIII doña María Gertrudis de Hore,[1] señora de rostro atractivamente hermoso, de mucha discrecion, de gran liberalidad y no menor virtud. A la edad de veinte años se casó con un caballero muy opulento llamado don Estéban Fleming.[2]

Cultivaba esta señora las letras: la poesía era el encanto de su alma: el lujo su regalo: la fama de su hermosura su orgullo: el renombre de *la hija del Sol* que le daban todos un estímulo para conservarlo.

En muchas ocasiones, presa la aguja en su almohadilla, apoyado en esta el codo, y la mano en el rostro, se iba de la almohadilla á su imaginacion á labrar en su pensamiento lo que la aguja no labraba, y se saboreaba en él diciéndose mil veces las razones engañosas y aun mentidas, que por ventura la noche antes habia oido.

1 Nació en 7 de Diciembre de 1742.
2 15 de Agosto de 1762.

Pasaba la vida sacrificada á su vanidad, mientras Dios y todo su bien la estaban esperando á la puerta de su alma.

Con cojines de brocado y seda aun se le hacia mal orar de rodillas en el templo. Al postrarse ante una imágen, daba en el pecho un golpe mas de gala ó ceremonia que de quebranto y un descuidado suspiro que apenas el alma podia saber de él, mientras enviaba sobre los que estaban inmediatos, el vuelo de sus divinos ojos y el alma en ellos.

Así corrió su vida hasta los treinta y seis años de edad. Pero cuando su corazon parecia mas enmarañado en las cosas del mundo, estaba de secreto saliéndose de ellas y yéndose volando á Dios. No quiso esperar la vejez á pié quedo en el mundo: ya no estaba cerca sino dentro de ella misma minándole su cuerpo.

Cuando contemplaba en el espejo su hermosura, todavía lozana, creia que la engañaba su vista: que sus sentidos eran testigos sospechosos.

Si ya poco envanecida acercaba la mano al rostro para cubrir de color sus megillas, se acordaba de que allí, donde aplicaba sus deseos, le habian de nacer las joyas de la sepultura en insectos que aunque quisiera apartarlos con la mano, ya no tendria mano que los quitara de allí hasta que terminaran su destruccion.

Miraba su semblante y lo juzgaba mas hermoso que su alma merecía. Así se dejaban caer desalentados sus pensamientos.

Con lágrimas se despedia siempre del espejo, donde se hacia imájen para ser adorada de la vanidad.

Iba en ella vivo el pensamiento del cielo volando sobre la dorada carroza en que frecuentaba las calles y los paseos. Todas aquellas galas no caian ya ni tocaban en su triste corazon sino en una como sombra ó estatua de ella.

Por eso enlutaba sus labios con suspiros, correos del alma que iban publicando su secreta inquietud. No se

podia esconder en la capacidad de su alma un solo pensamiento que su esposo no viese. Bien comprendia él que su esposa habia cerrado los ojos del deseo, á las delicias mundanas.

Sola en su gabinete se consideraba como un cadáver que tenia á sí unidos los pecados, esperando su vez á levantarse para pedir venganza de la que los cometió.

Recogidos sus deseos, oraba de rodillas ante una imájen de Cristo, que con la cabeza inclinada parecia aplicar el oido con deseo de recibir sus oraciones. El camino para la oracion era por un arroyo de lágrimas, que con su ímpetu arrebataba su alma y la llevaba tras sí. Confundia sus acentos con la desconcertada voz de sus gemidos que decian mucho para Dios: decian todo lo que queria. Trataba de persuadir y mover á ella misma con su oracion y no á Dios, á Dios que la sacaba de poblado á la soledad para hablar con ella y decirle las palabras mas gratas á un corazon penitente.

Hallábase un dia descansada en su oracion, perseverando en ella, pero callada, porque á todos sus pensamientos habia puesto silencio, recogidos sus deseos en Dios, cuando la sorprendió su esposo.

Ella no pudo contenerse: con palabras mas dignas de pensar que de decir, le manifestó que deseaba partir de este mundo vano: salir de sus malos deseos: que el corazon se le abria de dolor al considerar que sus galas eran el sambenito de su culpa: que su florida edad y su opulencia mas que sobrada no bastaban á apartarla del intento que tenia de huir á la soledad del claustro, de retirarse al desvío del mundo, si él le otorgaba su consentimiento, la soledad donde sus gemidos y sollozos tuviesen á solo Dios por testigo.

Don Esteban Fleming no era un hombre á quien hiciese señas la senectud para conducirlo al sepulcro. Amaba á su esposa; pero aunque la amaba, mas que todo queria su felicidad. Su felicidad no estaba ya en en el mundo, sino en el claustro. Cifras eran las lágri-

mas de su esposa que leia atentamente. Aquellas perlas, colgadas de su divino rostro, corrian á él para herirlo, cayendo gota á gota en su corazon.

Dióle el permiso, coronándole su frente con sus labios. Los ojos de ella derramaron entonces dulces lágrimas nacidas del júbilo de su alma. Recogíalas con un beso su esposo y llevábalas á su corazon como un bálsamo para el dolor de aquella ausencia. No veia ella el instante de cortar sus cabellos, hijos de su pensamiento en lo delicado y sembrar con ellos los lugares de sus placeres en señal de arrepentimiento.

Desde aquel instante salió fuera de sí misma pesándole públicamente lo que antes le placia: llorando de lo que antes era su dicha. Hasta creia que á la castidad de sus pensamientos y deseos bajaban los querubines y ángeles de noche y de dia hasta su alma, como abejas á naranjal florido.

Entró en el convento de monjas de Sta. María en Cádiz.[1] No le daba lugar su deseo á que se contuviese un año entero sin profesar. Al siguiente profesó la regla que conservó hasta morir.

Asi sustituyó á las perlas de sus aderezos las que concebia en las negras conchas de sus ojos: así abandonó el siglo, no cuando el mundo la dejaba, sino cuando de hermosa se traia hácia sí el mundo. Cual el ave que se escapa volando, deja en el lazo la pluma y libre gorgea ya bien segura sobre la copa del árbol, así cantaba la gala de sus piedades al blanco de sus amores Jesucristo, mientras el incienso de la oracion perpetua ardia á todas horas y en manos de ángeles delante del altar de Dios, donde era ofrecido.

No se despidió de su esposo, porque no tenia ánimo para ello. Mas que ánimo hubiera sido inhumanidad atreverse á decirle *adios para siempre*.

Atribuyóse por el vulgo á diversas causas y no bien

1 En 11 de Febrero de 1779. 2 En 13 de Febrero de 1780.

fundadas el haber la *Hija del Sol* tan rica, pretendida y hermosa elejido una celda estrecha y una austera vida, cuando no fué mujer educada en ejercicios de piedad, ni mas inclinada á la religion que al tálamo: unos decian que la inesperada vuelta de un jóven, á quien amó antes de su matrimonio y lloraba muerto, le obligó á buscar un refugio á su virtud en el claustro: otros que exijencias de su esposo que sospechaba de su lealtad: otros y los mas que no queria pasar por verse en el mundo que la adoró hermosa y jóven, convertida en menosprecio del mundo por los estragos del tiempo, que hace viejos mientras él siempre es niño, pues cada momento es nuevo y no hay hora que sea la que pasó.

No pudo entenderse por el vulgo su determinacion sin recurrir á lo imposible, viendo aquel ejemplo de gran ejemplo, una beldad tan peregrina, que como si le hiciera falta su hermosura vino á buscarla la bienaventuranza: la que para sus placeres y vanidades se habia tomado todas las horas de la vida, en un instante, todo lo que no era Dios dejarlo en el deseo por Dios.

El proceder de su esposo parecerá á muchos incomprensible; pero olvidan que los que verdaderamente se aman, con una lengua hablan, un solo corazon han de tener: una sola vida los sustenta, una sola muerte los acaba. Don Estéban Fleming creia sin duda que se la entregó Dios por pequeño intervalo de vida para recibirla como dádiva ajena, por solo aquel espacio corto que la dejó sin ser suya. No faltaban canonistas que al contemplar á la *Hija del Sol* casada y monja al mismo tiempo, dijeran que si don Estéban Fleming hubiera querido un dia llamar á las puertas del convento para llevar consigo á su esposa, esta no hubiera tenido mas arbitrio que volver á su casa. Murió á los 22 años de religiosa y á los 58 de edad en 9 de Agosto de 1801.

Doña María Gertrudis Hore durante su matrimonio escribió muchas obras poéticas, bizarrías de su gallardo ingenio: algunas compuso despues en el claustro, pero

pocas. Estas y varios escritos piadosos han quedado inéditos, luchando en vano con el polvo y el olvido. Muchos quemó: otros quiso que se quemasen; pero no fué obedecida. Estimaba tan poco sus obras y las arrojaba tan desviadas de sí, que apenas parecia que las habia tocado, sino que por sí mismas se hicieron y sin ella.

No he podido dar retratada su belleza, ni aun pensada al vivo, sino solo imaginada confusamente. Ni ella ni sus virtudes pueden aminorarse al tamaño de mi alma.

Tal es en resúmen la vida de aquella belleza que no pudo reposar en las olas vanas del mundo que tan presto se pierden de vista: tórtola casta que paró en soledad para mas altamente volar á Dios, ó como en nido encerrada, para mejor llamarlo con sus gemidos.[1]

En el siglo último floreció en Cádiz una señora llamada doña María del Cármen Gonzalez Llorente. Fué la famosa *Mirta*, celebrada en las poesías de Fr. Diego Gonzalez (Delio): la que le inspiró la invectiva contra el *Murciélago alevoso*, que osó interrumpir la cancion que ella le escribia en dulces versos, tan dulces como su pensamiento.

No puedo entregar enteras á la posteridad sus alabanzas, porque para describir exactamente una belleza mi voz no tiene vida. Era un ángel en disfraz humano: una imágen celestial prestada al mundo para adorno de su belleza. Lucia en sus ojos un resplandor agradable, en su frente serenidad mas que humana, ardiente viveza en sus mejillas, donde mas de una vez contempló el venturoso *Delio* irse atropellando unas gotas que afrentaban al rocío: engastarse unos diamantes que mas que el sol resplandecian. Su discrecion era peregrina. Perdia de vista la razon sus sublimes pensamientos, y en

1 Cambiaso copia una anacreóntica escrita por *la hija del Sol* á una amiga.

La ingeniosa novelista, que escribe con el nombre de Fernan Caballero, ha publicado un cuento con el título de la *Hija del Sol*, donde se atribuye su conversion á un suceso milagroso del género del de *Lisardo, el estudiante de Córdoba* y de *don Miguel de Mañara*.

sus espresiones no se ocultaban, porque nada perdian. Habia derramado en su seno toda la copa de oro en que guarda su néctar la elocuencia. Quien la oia, llevaba luego otro corazon distinto, mudado dentro del alma el albedrío: sus cualidades enamoraban hasta la envidia: aquella viveza ardiente que casi queria verter el alma por cada sentido: aquellos ojos vehementes, espresivos girasoles de sus pensamientos.

Consagróse á la amistad de Fr. Diego Gonzalez por repetidos lazos de alma á alma. Celebró este su hermosura con un amor casto, cual cumplia á un hombre ejercitado en lo áspero de la penitencia, en lo fervoroso de las oraciones, en la mas profunda humildad, en la mas austera modestia. Un religioso, muerto á la profanidad y al engaño del mundo, mal podia escribir versos amorosos para afrenta de su honor sino para honor de su ingenio, ni obligar como obligó algunos de sus dias y noches á celebrar la hermosura de Mirta, si ella no fuera el mismo corazon de la castidad. Eran cisnes moribundos al siglo cada uno de sus pensamientos poéticos, cuando dulcemente cantaban su belleza, queriendo robar las inspiraciones al Dios de la poesía.

Mirta no pertenecia á aquellas hermosuras para quienes se buscan las perlas en el fondo del mar. Vestia siempre un hábito de beata. Su alma angélicamente entendida, y divinamente frenética, en sus diarias oraciones veia brotar las hojas de una nueva esperanza.

Cuando murió Delio, Mirta á quien él manifestaba lo mas impenetrable de sus pensamientos, solo tuvo un amigo fiel en su desventura: el llanto. Oprimido el corazon, tendia las alas para huir del pecho en busca de las memorias de tan tierno amigo. El dolor para siempre marchitó el nácar de sus mejillas, porque un corazon apasionado él mismo se pone la señal en el rostro.

Ella, que conocia la conciencia de Delio, se afligia en vano. Su morir no debió ser para él desgraciada pérdida, sino interesada permuta.

Fr. Diego José de Cadiz, varon apostólico, nació en esta ciudad el año de 1743.[1] De edad de catorce años, rico para el pobre, pobre para sí mismo, tenia siempre abiertas las manos para su socorro, el rosario colgando, los ojos en el suelo, el rostro macilento y aun desfigurado con ayunos. En sí mismo llevaba sobrescrita, si no dibujada, su virtud, aquella virtud que siempre fué el lazo indisoluble de su deber. Su juventud tan fervorosa servia de reprension á la ancianidad descuidada. No queria tratar con nadie como no fuese asunto tocante á su salvacion. Quitaba del sueño ó del descanso para sus oraciones los instantes que otros suelen quitar á la obligacion para el descanso ó el sueño.

Tomó en Ubrique, donde su padre residia, el hábito de capuchino á los catorce años y medio de su edad. Dos despues profesó, cuando la primavera empezaba á pintar las flores, y de flores los prados y los jardines, y de jardines y prados la tierra.

Estudió en Ecija filosofía; escribió versos sobre asuntos morales, tomó en Carmona el órden de presbítero (1767), y volvió á Ubrique donde permaneció seis años, dedicado á las ciencias divinas y al cultivo de la elocuencia. Disciplinas, ayunos, cilicios, rigores, y el descanso jamás: esta su vida en el convento.

Enviáronlo sus superiores á predicar en diferentes partes de Andalucía con el carácter de misionero; embajador del cielo para convertir el mundo.

Predicando á otros, creia que se desengañaba á sí mismo. Sus voces de dolor, hijas eran no menos del tiempo que habia perdido en vanos estudios, que de las culpas que veia nacidas de la profanidad. Juzgaba que mal merecia el nombre de predicador evangélico el que buscaba aclamaciones, sino el que conseguia lagrimas y suspiros.

1 El dia 30 de Marzo. Sus nombres en el bautismo fueron José Francisco Juan María. Llamábanse sus padres don José Lopez Caamaño y doña María de Ocaña García.

Su amor á Dios, su ardiente celo, su llanto, eran mas que para una persona: toda un alma pedia su amor: toda un alma su celo: toda un alma su llanto.

Muchas lágrimas le costaba y muchos suspiros, acompañados de ayunos, vigilias, cilicios, sangre y afliccion de alma y cuerpo, el alcanzar la luz de Dios para ganarle un alma y reducírsela á vida perfecta.

Su semblante, ya pálido al rigor, ya encendido al celo, ya nublado al llanto, nunca amortiguado á la hipocresía, mas lo representaba anatomía de la penitencia que á hombre con vida. La suya era terror al vicio, aliento á la virtud, y su virtud era regada por las mismas lágrimas que lloraba.

Predicaba sus sermones mas con el espíritu del cielo que con elocuencia humana. Nunca asomaron á sus labios las engreidas frases de los predicadores de su siglo.

Los grandes ponian sus almas en las manos de Fr. Diego.

El mas dulce halago de sus ojos la miseria de los mendigos; su mirar risueño al afligido: sus palabras promesas de tiempos mas felices: su comida una perpetua abstinencia.

Sin otro memorial que el grito continuo de sus prendas, los principales cabildos eclesiásticos de España lo eligieron su canónigo. Las distinciones, que mereció á muchos prelados, eran el martirio constante de sus memorias, la agonía de sus cuidados, el desengaño de sus deseos y el escarmiento de sus esperanzas.

Recibíanlo en las poblaciones bajo pálio, con la tropa formada por las calles como á príncipe. Dentro del templo tenia que ir rodeado de soldados en las misiones para que la indiscreta devocion no le cortase pedazos del hábito para conservarlos como reliquias.

Fray Diego sentia vergüenza al ver que se veneraba en él lo que él no creia que fuera en realidad. Imaginaba que él no era el amado, sino que por él era en él

amada una cosa que no podia esplicar ni aun percibir; pero que no era él. Veia que el amor hácia su persona era mucho: el número de los que amaban grande y lo amado nada.

Derramaba de vergüenza la sangre por su rostro. Mil veces pretendió hacer el sacrificio de enmudecer para sofocar las trompas de su fama al poner una mordaza á su elocuencia. Tan humildemente queria arrancar por sí mismo los laureles que habia plantado con el glorioso afan de sus estudios y predicaciones.

Màs no podia, encendido su espíritu en alabar las grandezas de la religion, aquella ley de fuego que en la diestra de Dios alumbra el mundo.

Dábase prisa en sus misiones por España, ó porque la vida no se le acabase ó porque el sudor que le costaban no se enjugase en su rostro con el hielo de la vejez.

Una mala interpretacion política de uno de sus sermones, por poco tiempo lo tuvo desterrado de Sevilla. Algunos de sus escritos fueron delatados á la Inquisicion por sus émulos. Emprendió la defensa; mas sus dolencias le impidieron terminarla.

Retiróse á Ronda. En muchos años de penosas enfermedades no habia dado muestras de desear alivio. Vivia para padecer y no era su penitencia para vivir, sin mas abrigo que un sayal roto que ni aun para abrigo servia.

En 1801 un pardo velo cubrió su frente un tiempo serena: sus ojos se convirtieron en depositarios de las sombras: sus mejillas de pálidas en denegridas. Al espirar tuvo el consuelo de contemplar los frutos de su predicacion evangélica. El vió coronarse de espigas sus mieses: que el aire las halagaba, que las hermoseaba la luz, que las fertilizaban las lluvias, que el sol las doraba y que el viento siempre fecundo, las arrullaba y mecia hasta que quedaron colmadas de granos de oro.

No lo llevó la muerte á la tumba para entregarlo

airadamente al olvido. No le quitó la dignidad que gozaba, sino que le añadió la dignidad que aun no tenia.

La ciudad de Ronda fué la depositaria de su cadáver, donde habia vuelto, llevado en las alas de los suspiros públicos y en las de sus deseos de aliviarlos.

Dejó impresos muchos tomos de sermones y algunas obras ascéticas.

El Cardenal Cienfuegos, Arzobispo de Sevilla, fué comisionado por la Santa Sede para actuar en la causa de la beatificacion de Fray Diego José de Cádiz.

Don José de Cadalso es uno de los escritores mas distinguidos que tuvieron por patria á Cádiz en el siglo último.[1] Niño, pasó á educarse en Francia. No pudo conocer en Cádiz al nieto de Racine que pereció en el camino de S. Fernando á esta ciudad, víctima de la union de los dos mares, cuando el terremoto de 1755. Estudió con perfeccion la lengua latina, francesa, inglesa, alemana, italiana y portuguesa: viajó luego por Europa. De veinte años volvió á España. En Madrid vistió el hábito de Caballero de Santiago en 1765. Al siguiente entró de cadete á servir en el regimiento de caballería de Borbon, viniendo á morir con el grado de coronel en el sitio de Gibraltar en la noche del 27 de Febrero de 1782. Mandaba una batería muy avanzada. De la llamada Ulises lanzaron una granada los ingleses. Advirtiéronle del peligro sus subalternos. Rehusó precaverse. Un casco de ella le hirio en la sien izquierda llevándole parte de la frente.

Amó á la hermosísima actriz María Ignacia Ibañez. Celebróla en sus versos con el nombre de Filis. Se dice por tradicion que en el opúsculo que escribió Cadalso con el título de *Las noches lúgubres,* débil imitacion de Young, retrató un suceso de su vida. Su deseo de ver

1 Nació en 8 de Octubre de 1741. Sus padres fueron don José de Cadalso y doña Josefa Vazquez Andrade.

el cadáver de su amada. El hecho quizá haya sido verdadero; mas no lo tengo por verosímil. No parece sino que Cadalso fué uno de aquellos hombres á quienes la tierra falta en su muerte para sepultar sus miserias. Don Nicolás Moratin era su amigo: sus amigos don Tomás de Iriarte y cuantos literatos notables hubo en España por aquel tiempo. Melendez Valdés fué mas que su amigo: su discípulo.

Cadalso publicó una obra satírica en prosa contra los que sin ciencia presumen de literatos: su título era *Los eruditos á la violeta*: asunto tratado con ligereza ingeniosa. Las *Cartas marruecas* mas imitacion del *Cosmopolita* de Golldsmith que de las *Cartas persas* de Montesquieu, son muy inferiores á entrambas obras. No tenia Cadalso libertad para la crítica, segun requeria el asunto. Sus cartas son triviales. En ellas quiso entretener ó engañar sus deseos. Sus poesías, publicadas como obras de don José Vazquez (nombre y apellido de su abuelo materno) distínguense por su sentimiento y buen estilo. En ellas se leen cosas comunes, dichas no comunmente.

Su trajedia D. Sancho García es como casi todas las de su siglo: de poca accion y de largas escenas. El hielo de un arte que abrasaba las flores del ingenio, ese fué el que cayó sobre nuestra literatura.

Los demás opúsculos de Cadalso están bien en el olvido. Mas pudieron temer en su tiempo el desprecio que los cuidados de la emulacion. Es imposible estar en la voluntad y en el entendimiento de todos para que á todos agraden los escritos. Algunos hay entre los de Cadalso que por sí se defienden: otros hay que no saben ni pueden responder á las censuras.

Cadalso, como militar, siempre fué de su obligacion, nunca de su sueño ó de su descanso: la espada en la mano, la espuela en el pié, el libro en la mesa. Su vida constantemente huir de la espada á la pluma ó de la pluma á la espada. Escribió muchas veces con sangre

su buen nombre. No le bastó; quiso llegar á la muerte como última línea de su valor. Echó mano al pincel de su entusiasmo patrio y á los colores de su sangre para con ellos matizar el cuadro de su vida.

Entre las esperanzas de la ambicion y los favores de las esperanzas, vió siempre las lisonjas de su fortuna. Por eso lo que en él creian otros infortunio, eran para él presagios venturosos. En tiempos en que alcanzaban comunmente premios hombres que solo tenian labios para cansar á un ministro, consiguiendo los puestos no los méritos sino las adulaciones, no las prendas sino las dádivas, consiguió puestos, aunque cortos para sus merecimientos, singulares para sus años. Nunca pasó del respeto ó la estimacion á sus superiores al aplauso de la lisonja. Como literato, le acobardaban las censuras siniestras á su buen ingenio, haciendo que se sepultase en sí el fruto que pudiera ser útil á su patria. Sin embargo, sus obras fueron celebradas y pretendidas. Sus mas grandes pensamientos los mas dulces, como que el amor habia servido de alma á su sentimiento. Lo que es pigmeo en la apariencia, de gigante apenas cupo en su fantasía. Escribia como no aprendió: correctamente. Ofrecia á sus amigos en su trato las riquezas de sus pensamientos. El oro rompe impaciente desde su sepulcro las venas de la tierra para dar señales de sí. Por último jamás sintió en sus labios respiracion que manchase la fama ajena.

Don Juan Ignacio Gonzalez del Castillo[1] fué natural de Cádiz. No lo arrulló la lisonja en cuna de oro: la desdicha sí y en pobre cuna. Dedicóse á las letras sin mas protector que su talento: sin mas guia que su esperanza. Por sí mismo aprendió las lenguas latina y francesa con perfeccion suma.

Apuntador en el teatro de Cádiz, su pobreza le obligó á escribir muchos sainetes, llenos de sencillez y gra-

1 Nació en 16 de Febrero de 1763, y murió en 1800.

cejo. Sus asuntos costumbres gaditanas, hechos que acababan de suceder. Castillo es muy superior á don Ramon de la Cruz, que en su tiempo se distinguia con iguales obras en los teatros de la corte. En los sainetes de Cruz no se ven mas que caricaturas exajeradísimas: en los de Castillo caractéres bien comprendidos y mejor delineados: los chistes de aquel incurren á veces en grosería: los de este son mas urbanos.

Pero Castillo escribia estas obras, no por gusto sino por necesidad. Por eso estaba siempre mustía la esperanza en su semblante, cuando recibia los plácemes de sus amigos por el último sainete que habia dado al teatro.

Convertido en blanco de la peor fortuna, grabó los dolores en su paciencia y los sufrimientos en su alma. Nunca pasaron sus quejas desde la razon al viento. Desdicha grande ¡comprender todas las dichas y no ser comprendido!

Escribió la trajedia *El Numa* con toda la majestad y dulzura de la lengua castellana: una elegía á la muerte de María Antonieta, obra dictada por el entusiasmo de la indignacion, y un discurso escitando á los españoles á combatir á los republicanos franceses, cuando la guerra de Cataluña.

En estos opúsculos brillan el talento de Castillo, su acendrado gusto, y una elocuencia en nada semejante á la abatida que usaban los escritores mas preclaros de su tiempo.

Robóle la muerte en edad temprana, como si se le hiciese tarde ponerlo en el corazon de la tierra, cuando en Cádiz al empezar el siglo no se encontraban mas que alientos de la fiebre amarilla en los últimos suspiros que lanzaban los acometidos. Parecia que no sabia herir el contagio sin matar: así el terror estaba en todas partes: todos bebiendo anticipada la muerte en su funesta copa.

Dióse á Castillo la sepultura de los desamparados, sin haber quien advirtiese su muerte ni quien de ella en mucho tiempo se acordase.

Fué en la lengua castellana maestro del docto aleman don Juan Nicolás Bolh de Faber, á quien poco antes de morir, escribió dos epístolas latinas muy celebradas.

Mas noticias quisiera poner aquí de su carácter y vida; pero es imposible recojer la luz al relámpago.

Don Cayetano María de Huarte, canónigo de la catedral de Cádiz, nació en esta ciudad. En la modestia de sus acciones se descubria un ánimo perfectamente poseido de la religion: en la afabilidad de sus palabras el fuego del amor divino. La guia de su vida era la oracion. Ni decia lisonjas ni se agradaba de ellas. A las injurias no tenia respuesta su boca sino para hablar bien de sus enemigos. Jamás ocupó lugar en su pensamiento la calumnia. La virtud se vió en él desde la niñez. Cuando aun no era tiempo para la virtud, ya habia tendido la vista de sus deseos por el campo de la penitencia. No le lastimaba menos la necesidad agena que al mismo que la padecia. Prevenia el beneficio antes que se comprase con la súplica: sufria en silencio, encubria sus sentimientos con destreza, hacia el bien sin ostentacion, comunicaba sus glorias y placeres y él se quedaba con solos los disgustos.

Era un orador de voz sonora y agradable, de viveza, de dulzura, de afluencia en el decir. El buen gusto resplandecia en sus sermones: un conocimiento profundo en las ciencias eclesiásticas, un odio invencible á las opiniones laxas de algunos canonistas renombrados.

Ni el cansancio le fatigaba: ni ponia estorbos á su diligencia la penalidad. Vivir en el ocio no era para él vivir sino detenerse en la vida.

Convirtió á muchos que andaban siempre volando al error y vacilantes á la enmienda: á los que en la codicia hallaban la razon del bien: á los que se castigaban á sí propios, desesperados en su aficion por no poder ejecutar su soberbia lo que se representaron en su fantasía: á los que devoraban en su pensamiento los bienes que no podian llegar á la boca: á todos con su elocuencia

obligó á deshojar las flores de sus esperanzas y á entregarlas al viento.

El magestuoso reclinatorio que hallaba su alma en su cansancio, eran las letras. Cultivó la poesía con entusiasmo: dejó muchas églogas, odas, anacreónticas, sátiras y un poema festivo.[1] Huarte era un florido ingenio. Su estilo, por lo comun, es en estas obras agradabilísimo. Parecia que la dulzura del cisne, cuando muere, se habia acogido á sus labios.

D. José Celestino Mutis vivió en el siglo último[2] y principios de este. Su patria fué Cádiz: Cádiz el lugar de sus estudios. Docto en las ciencias teológicas, médicas, exactas y naturales, alcanzó gran reputacion. Ordenado de presbítero, se puso en los brazos de la fortuna por el mar en Cádiz hasta que la fama lo recibió en los suyos en las costas de la Nueva Granada. Allí se dedicó á la enseñanza y al estudio de la naturaleza. Formó grandes colecciones de objetos de zoología, mineralogía y botánica que hoy existen en la corte. Linneo dice que el nombre de Mutis es inmortal; el hijo de este sábio lo llama el mas aventajado botánico del Nuevo Mundo. El baron de Humboldt y Aimé Bompland, que trataron mucho á Mutis, hicieron grabar en Paris su retrato, orlado con la planta *Mutitia* de su nombre, y con otras cuyo conocimiento se debe á sus desvelos. Escribió un libro con el título de *Arcanos de la quina*. Murió en Santa Fé de Bogotá.

Era de carácter festivo. La virtud no sonaba nunca melancólica en su lengua. Su frente, encanecida desde su juventud, llamaba con el desengaño al respeto. Fué hombre de honradez suma. El vuelo de su pensamiento jamás se remontó sino con las nevadas alas de la inocencia.

Robábale su quietud la desdicha agena. Su sem-

1 Nació en 21 de Julio de 1741 y murió en 5 de Enero de 1806.

1 Nació en 6 de Abril de 1732, y falleció en 11 de Setiembre de 1808.

blante con solo dejarse ver consolaba á los mas abandonados de la esperanza y de la medicina. Para socorrer á los menesterosos jamás salieron en suspiros sus deseos. Poseia un gran caudal: el que le enseñaba en la mano de la providencia su confianza.

Para el estudio de la naturaleza, la aurora lo llamaba á los riscos que con su resplandor parecian vestidos de oro matizado: las pintadas flores para presentarse á su vista parecia que se engalanaban con las gotas de rocío, cual si fueran perlas del Oriente. Gran parte de su felicidad en describir los tesoros de la naturaleza estaba en desearla.

Juzgaba por pequeños sus estudios los que no sabian estudiar la eternidad. Las hojas marchitas ó secas que rodaban por tierra entre los pies de los que las pisaban, riquezas eran para su talento. Recogidas las aves al silencio, al sueño los hombres y las flores á su fragancia, acompañaba á las estrellas de la media noche, y al paso suyo hacia con la pluma su camino á la inmortalidad. En la contemplacion de objetos naturales, nuevos para la ciencia, quedaba cadáver por horas enteras su pluma: pasaba Mutis á otras regiones el alma. El alma queria transformarse en la naturaleza por amor para que le comunicase sus arcanos y él pudiera escribirlos: así Mutis vivia mas para la naturaleza que para sí.

La gloria fué la que apagó la antorcha á su esperanza: la que puso término á su vida.

Don Juan María Danero nació en Cádiz el 9 de Setiembre de 1724.[1] De ocho años hallóse con su padre, que era un militar noble y valiente, en la reconquista de Orán. Pasó á las Dos Sicilias y sentó plaza de guardia marina en aquel reino que quedaba independiente de España. De grado en grado subió hasta el de capitan general de la Armada napolitana en 1815.

1 Fueron sus padres don Juan Bautista Danero, capitan comandante de artilleros, y doña María Antonia Pedemonte.

Con las tropas inglesas y los voluntarios de Sicilia espulsó de esta isla á los franceses. El rey de la Gran Bretaña le regaló una espada guarnecida de oro.

Llegó Danero hasta la edad de 102 años. El anterior á su muerte[1] los reyes, el duque de Calabria y los demás miembros de la familia real pasaron á su casa á visitarlo el dia del aniversario de su bautismo en la persuasion de que era el de su nacimiento. En su muerte legó la espada, que debia á la estimacion del rey de Inglaterra, al duque de Calabria.

Fué Danero todo alientos en el emprender, todo constancia en el proseguir, todo dicha en el acabár. Comenzó á regir con mas prudencia que años espediciones marítimas contra los berberiscos. Ninguno le vió sin temor; ninguno presumió vencerle: todos se contentaban con resguardarse desde el dia en que probaron su esfuerzo.

Alcanzó los puestos sin mas solicitud que merecerlos. La proteccion del desvalido siempre fué el empleo de su magnificencia. Imaginábase deudor de las necesidades agenas: por eso en una epidemia, que afligió horriblemente varias poblaciones, vendió su bajilla de plata para socorrer á los menesterosos. Tanta era su caridad, tan ninguna su avaricia.

En la primavera de sus años era de aspecto graciosísimo y de singulares dotes. En ser galan aventajaba al deseo.

La gloria esperaba á su virtud: su virtud nunca esperó á la gloria.

Siempre solícito al amparo, nunca propenso al castigo, no hallaba otro reo indisculpable que su persona.

Convidada á su mesa estaba constantemente la templanza. Los elogios exasperaban su modestia. Mas grande que la adulacion era su mérito. Cortés al favor, agradecido al afecto, tan sencillo era en su trato, que

1 Su muerte acaeció el dia 5 de Enero de 1826.

para no dudar de su elevacion, se debia tener presente su virtud antes que su persona, cual si quisiese decir: *mortales, aprended á no serlo.* Así con su prudencia miraba desde lejos los desengaños. Comprendia que el mundo cautiva á los que lo mandan y vende á los que lo compran.

El desinterés fué siempre su ídolo: pero lo adoraba en templo propio: no como la generalidad de los hombres que no quiere venerarlo sino en templo ageno.

La emulacion rehusaba infamar sus acciones, por mas que siempre sus acentos sean el arrullo de la felicidad. La envidia, que vela siempre á las puertas del poderoso, enmudeció á las de Danero. No quiso desnudar en vano la espada contra un enemigo tan lleno de gloria. Alguna vez llegó á resonar la alabanza de Danero hasta en los labios de la envidia.

Faltó á Danero lo que acontece á casi todos los hombres insignes. El bronce de las estátuas, que se les erigen en su muerte, se ha de derretir en vida al fuego de la calumnia, aunque no teniendo de qué acusar, los acuse de no vencer imposibles.

Del que está muy alto rara vez se aprende el camino: mas en Danero se puede estudiar contemplando cómo se heredan los timbres de los mayores para emulacion, no para celebridad. En todos sus hechos se vió resplandecer el fuego de su actividad, la viveza de su ingenio, lo magnánimo de su corazon, su integridad inalterable. Lisonjas de su alma fueron los peligros. Sus pensamientos se revolvian en torno de ellos para convertirlos en medios de victoria. Procedió en todas sus acciones en la inteligencia de que el linaje y los abuelos y sus obras, que no hicimos, apenas son de nosotros, y que el que no es mas que sus mayores ese es menos que ellos. Pero aunque buscó un nombre á sus méritos, no por eso desdeñó el que le dejaron los méritos de los suyos.

No puedo seguir adelante. He llamado todas las

fuerzas de mi alma para esta obra y ya están rendidas. Solo señalaré con la memoria los nombres de otros hijos distinguidos de esta provincia, á quienes no se atreven las sombras del olvido.[1]

Siendo yo niño, leia con frecuencia el libro de los *Servicios de Cadiz* que escribió don José Vargas Ponce, libro en que patricio tan insigne escitaba á un literato á emprender la historia de esta ciudad. No podia yo entonces distinguir, ni con la sospecha ni desde mas lejos con la esperanza que un osado amor á mi patria se preparaba á iluminar mi mente para que acometiese tan noble empresa. Mis cortos años tenian vendada á mi razon la vista.

Cuando luego en edad mayor encontraba en los venerandos autores de la antigüedad griega y latina elogios de mi patria, me parecian otros tantos acentos con que

1 Como hijos de Cádiz se mencionan á Gabriel Ayrolo (poeta de principios del siglo XVII) natural de Méjico, á Jacob Rodriguez Pereira, que en el siglo último introdujo en Francia el arte de enseñar á hablar los mudos, siendo como fué natural de un pueblo de Extremadura. Del general don Antonio Ramon Ricardos no se sabe con certeza si nació en Cádiz ó en Barbastro.

El célebre teólogo jesuita Diego Granado, y Fr. Pedro Abreu, autor de varias obras ascéticas, florecian á principios del siglo décimo séptimo y fueron gaditanos: gaditanos el general de marina don Ventura Moreno, el célebre matemático don Vicente Tofiño, el arquitecto don Torcuato Cayon: el competidor del Feijoo don Salvador José Mañer, el poeta latino don Diego Tenorio de Leon, el traductor é ilustrador del Diccionario de Moreri don Juan Antonio Miravel y Herrera, el anticuario don Pedro O'Crowley: los generales don Antonio Lopez Chaves, don Claudio Macé, don Dionisio Duque, don Pedro Ceballos, don José de Iturrigaray; los obispos don Bartolomé José Zaporito, don Joaquin Gonzalez de Terán: el Marqués de Meritos, mediano poeta del siglo último y el Marqués de Ureña, poeta, arquitecto y erudito en varias ciencias y artes, y el ingenioso y festivo poeta don Francisco Nieto Molina.

Otros personajes de menos nombre pudieran aquí citarse; pero basta recordar estos por mas señalados en su tiempo.

Jerez ha sido patria de algunos hombres muy ilustres, entre ellos Fray Lorenzo de Villavicencio, predicador de Felipe II, y Pedro de Estopiñan, adelantado de las Indias.

En Grazalema nació el ilustre escritor don Ignacio Lopez de Ayala, autor de la tragedia *Numancia*, de la Historia de Gibraltar y de un poema latino sobre la almadraba ó pesca de los atunes en Conil.

desde la eternidad me recordaban el cumplimiento de una obligacion que parecia haber nacido conmigo: escribir la historia de la ciudad que Anacreonte llamó la *bienaventurada*, Ciceron la *del gran mérito*, Strabon la *mas insigne, la antigua por excelencia* Filostrato, Estacio *el descanso del Sol*, y Dionisio Alejandrino *la inmortal*.

No hay estrella por pequeña que sea que no dé alguna luz, ni buenos deseos que en algo no florezcan. El entusiasmo patrio es un rio que fertiliza á la elocuencia.

Aunque en este libro he dado á la estampa mis desaciertos, recíbelo, ¡oh patria mia! como de quien te lo dirije, no para pagar sino para reconocer la obligacion de haber nacido en tu suelo: á tí á quien en regalados brazos de espuma arrulla el agua: á tí vergel de glorias plantado á la orilla del mar tempestuoso, depositaria rica de mis deseos, túmulo donde la fama de tus hijos está perennemente conservada: ante cuya belleza mudó siempre la fortuna su semblante airado. Mis palabras, al alabarte, no son otra cosa que el eco de lo que han pronunciado mis pensamientos en el alma. Quisiera que mi pluma fuera la lengua con que la razon contase á los siglos tu renombre: mas tal empresa, sin duda, está reservada á quien con fuerzas superiores pueda consagrar á tu historia la luz de un talento inagotable.

Mi libro dignamente desaparecerá del estudio de los doctos, como se sepulta la noche en la brillante tumba de la aurora.

Otra mejor historia merece la patria mia: mejor debe tenerla: yo soy el primero que lo desea. Al terminar mi obra, esa es la esperanza en que respira mi alma.

FIN

ILUSTRACIONES

SOBRE LA SITUACION QUE TUVO LA CIUDAD DE MUNDA BETICA.

Tomada la ciudad de Ategua por César, refieren los comentarios de Hircio que Gneo Pompeyo se dirigió con su ejército hácia Hispalis ó Sevilla, con objeto, por lo que se deduce, de salvar la guarnicion que en dias anteriores habia puesto en Vcubi. Del texto de aquel general de César se viene en conocimiento del número de jornadas que anduvieron los dos ejércitos enemigos desde Hispalis á Munda.

PRIMER DIA.

„Movió en este dia Pompeyo su campamento y lo asentó en un olivar cerca de Hispalis. Antes de partir César al mismo sitio, se vió un eclipse á eso de la hora sesta. Levantado de aquí el campamento en direccion de Vcubi, mandó Pompeyo á la guarnicion que habia dejado en esta ciudad que la incendiase y se recogiese en los reales mayores.

SEGUNDO DIA.

„Al siguiente dia, habiendo empezado César á expugnar la ciudad de *Ventisponte*, rendida esta se encaminó á Carruca y acampó en frente del de Pompeyo. Pompeyo puso fuego á la ciudad por haber cerrado las puertas á sus guarniciones, y un soldado que en el campamento habia degollado á un hermano suyo, fué cojido por los nuestros y matado á palos. Desde aquí proseguida por César la marcha, habiendo llegado al campo de Munda situó sus reales frente á los de Pompeyo.

TERCER DIA.

Al dia siguiente, yendo César á continuar la marcha con sus huestes, fué avisado por sus esploradores que Pompeyo habia tenido las suyas en órden de batalla desde la tercera vela."[1]

Resulta de los comentarios de Hircio:

1.° Que mediaban dos jornadas entre Hispalis y Munda, distancia que conviene con la que existe entre Sevilla y la sierra de Gibalbin.

2.° Que no habiendo, como no hay, pruebas indudables de que Vcubi fuera Espejo y Ategua Teba la vieja, precisamente para investigar la verdadera situacion de Munda tenemos que partir de la de Hispalis, que es incontrovertible.

3.° Que Hircio y el autor del fragmento atribuido á Julio Celso no citan á Hispalis como ciudad distinta de la Hispalis, de que luego tratan, que es la ciudad hoy de Sevilla. No hay geógrafo antiguo que hable de otra Hispalis bética, ni edicion ni códice de Hircio que ponga otro nombre de ciudad en vez de este.

4.° Que hay motivos para creer que en el códice de Hircio está corrompido el nombre de la ciudad de Ventisponte. Si se encuentran plausibles las razones en que voy á fundar mi enmienda, no hay duda en que se habrá dado un gran paso para el esclarecimiento de esta cuestion.

Dice el texto de Hircio: "Insequenti tempore, *Ventisponte oppidum* cum oppugnare cæpisset."

Tal como se lee el nombre, está equivocado. Debe entenderse *Ventispontem*. Fundándose algunos en la medalla que hay de *Ventipo*, creen que debe atribuirse á aquella ciudad. En tal caso diria el texto de Hircio *Ventipponem* y

1 "Eo die Pompeius castra movit et circa Hispalim in oliveto constitit. Cæsar prius, quam eodem est profectus, luna hora circiter sexta visa est. Ita castris motis Vcubim præsidium, quod Pompeius reliquit, iussit, ut incenderent, et deusto oppido in castra maiora se reciperent. Insequenti tempore, Ventisponte oppidum cum oppugnare cœpisset, deditione facta, iter fecit in Carrucam, contraque Pompeium castra possuit. Pompeius oppidum, quod contra sua præsidia portas clausisset, incendit: milesque qui fratrem suum in castris iugulasset, interceptus est á nostris et fuste percussus. Hinc itinere facto in campum Mundensem, cum esset ventum, castra contra Pompeium constituit. Sequenti die cum iter facere Cæsar cum copiis vellet, renunciatum est ab speculatoribus, Pompeium de tertia vigilia in acie stetisse."

no *Ventisponte*. Hay aquí pues equivocacion. ¿Pondria acaso el autor *Bætis pontem et oppidum* en vez de *Ventisponte oppidum*, como dice *Versaonensium* en lugar de *Ursaonensium*?

Hay fundadísimos motivos para creer que hubo una ciudad llamada *Bætis* entre Hispalis y *Nebrissa*. Ya Rodrigo Caro advirtió que esto debia inferirse de este lugar de Strabon:. "Post hanc (Cordubam) et Gades, Hispalis clara ipsa quoque Romanorum colonia, ac nunc quidem Emporium ibi durat: honore autem et recenti militum Cæsaris eo missorum in habitatione Bætis præcellit, quamvis non splendide condita."

Caro, engañado por el cronicon del falso Dextro, creyó que la ciudad de Betis era Utrera.

Los Mohedanos, autores de gran erudicion y criterio, entendian que aquí Strabon habla de la ciudad de Betis como distinta de Hispalis, notable lo bastante para aventajar á esta por ser colonia de soldados romanos, allí enviados por el César, sin embargo de no tener magníficos edificios.

Fundáronse para negar algunos que tal ciudad de Betis haya existido en que Stephano Bizantino no la cita. Así no es de estrañar que Casaubono no creyese errado este lugar de Strabon. A pesar de todo, se confirma la existencia que tuvo una ciudad con el nombre de *Bætis* por un pasaje de Plinio el mayor: "Inter Aestuaria, Bætis oppidum, Nebrissa, cognomine Veneria, et Colobona."

Algunos han entendido que dice: "Entre los esteros del Bétis está la ciudad de Nebrissa." Pero otros juzgan y á mi ver con mas razon, que debe leerse asi: "Entre las marismas, la ciudad de Bétis, Nebrissa, por sobrenombre Veneria, etc.," juntándose la palabra *oppidum* con la precedente y no con la que sigue. No aplica Plinio la palabra *oppidum* á un pueblo entre otros, sino cuando del mismo nombre hay pueblo y rio, como en este caso: "Deinde littore interno *oppidum Barbesula* cum fluvio: item *Salduba oppidum*: Portus Besippo, *oppidum Belon*," porque habia rios llamados *Barbesula, Salduba* y *Belon*.

¿Qué cualidad distinguia á Nebrissa para llamarla *oppidum* sobre *Colobona*, cuyos nombres se ponen unidos? Si el *oppidum* apelara sobre *Nebrissa*, deberia haber otra clasificacion para Colobona, y no habiéndola, el texto estaria de otro modo *oppida Nebrisa et Colobona*, que de esto sí se encuentran casos iguales en Plinio. No diciéndolo así, lo

verosímil y lógico es que el *oppidum* recae sobre *Bætis*, con lo cual queda demostrado que hubo ciudad de semejante denominacion.

En los índices de la edicion de Plinio, por Gelenio (Basilea 1554) se lee *Bætis oppidum et fluvium.*[1]

La incertidumbre en la manera de escribir el nombre de *Ventisponte*, autoriza á creer que hubo error en ella.[2] La famosa edicion de Leyde dice *Ventisponti*. El escoliador del comentario de Hircio en esta edicion adopta la enmienda que propuso Rodrigo Caro y siguió Weselling en las notas al Itinerario de Antonino y lee *Basilippo*, ciudad segun el Ravenate á corta distancia de Sevilla.

En estas dudas creo lo mas verosímil que el texto de Hircio debe leerse *Bætis pontem et oppidum* y traducirse. "Al siguiente dia habiendo César comenzado á expugnar el puente y la ciudad de Betis."

Esta ciudad debió existir junto á la puente de construccion romana que hoy se llama la *Alcantarilla* y está entre Sevilla y las Cabezas sobre el Salado de Moron, arroyo caudaloso. En tiempo de los Reyes Católicos habia junto al puente un lugarejo que debió llamarse tambien la *Alcantarilla* y que el Nebrisense nombra *Ponticulum* en su historia latina. Cuando el rey don Alfonso XI bajó con el rey de Portugal á la conquista de Algeciras, hizo mansion en este lugar, segun su crónica.

Es decir, que don Alfonso al dirigirse á Algeciras desde Sevilla, hizo lo mismo que César al marchar desde Hispalis siguiendo á Pompeyo, que indudablemente trataba de asegurar su retirada á Carteya donde tenia su escuadra.

La ciudad de Betis y la Alcantarilla eran una misma.

Como testimonio de gran valor para adquirir la certidumbre de que Munda tuvo asiento en la cumbre del Gibalbin, recordé que *Nebrissa*, hoy Lebrija, se llamó por el sobrenombre de *Veneria*, que atribuí á la devocion de César á Venus, de quien se decia descendiente: Venus, invocada al empezar la batalla de Farsalia, Venus, á quien Cé-

1 Plinio, Lib. II, cap. 97, dice: "In ripa Bætis oppidum est cuius putei crescente æstu minuuntur, angescunt decedente, mediis temporum immobiles. Eadem natura in Hispali oppido uniputeo cæteris vulgaris."

2 Nótese que los antiguos tambien escribian, *Bætis* sin diptongo: esto es, *Betis*, *Bética* etc. Nada mas fácil que por error del copiante se escribiera *Vetis* y *Ventis ponte* en lugar de *Betis pontem*.

sar erigió un templo en Roma, Venus, esculpida en las medallas de César como su protectora, Venus, cuyo nombre fué el que sirvió de seña al ejército de César en la batalla de Munda, Venus, en fin, cuya imájen llevaba César en su anillo, segun Dion Casio: "Omnino vero *Venerem* colebat à qua se etiam formæ quandam venustatem habere persuadere omnibus nitebatur. Igitur *Venerem* armatam annulo insculptam gestabat, eaque tessera in rebus summis plerumque utebatur."

No cabe duda en que la ciudad inmediata al lugar de la batalla de Munda, debió obtener de César, el sobrenombre de Venus. Vrgia, cercana á Nebrissa, cognominóse *Castrum Julium* y tambien *Cæsaris Salutariensis,* la de la salvacion de César, segun ya dije en el texto.

La ciudad de Ulla ó Ulia que se defendió valerosa y constantemente contra Gneo Pompeyo cuando César aun no habia venido á España, fué llamada *Julia Fidensis,* ó *Fidencia* segun otros. Si este título obtuvo Ulia por su fidelidad á César ¿cómo la ciudad en cuyo término este héroe peleó por la vida aun mas que por la victoria, ¿no habia de conservar en su sobrenombre el recuerdo de un hecho tan notable? La ciudad, pues, en cuyas inmediaciones César *salutem et victoriam attulit,* debió llamarse y se llamó *Castrum Julium* y *Cæsaris salutariensis.*

Al retirarse César á su campamento, despues de la batalla de Munda, es fama que dijo: "Siempre he peleado por la victoria, pero hoy por la vida." Plutarco y Apiano, autores griegos, son los que han conservado esta memoria. No hay autor latino que escriba puntualmente las palabras de César. En la version de Plutarco se lee: "Discedens quidem à pugna suis dixit se de victoria sæpe, tunc vero primum de vita sua dimicasse." Casi lo mismo se dice en la traduccion de Apiano.

César probablemente diria: *se de victoria saepe tunc vero de* SALUTE *dimicasse.* La voz *salus,* equivalente á conservacion de la vida, era muy usada por César: *unam spem salutis docent: fuga salutem petere contenderunt: unum communis salutis auxilium in celeritate ponebat: contra in dissentione nullam se salutem perspicere: nulla in re communi saluti deerat: ac militum salutem impetrare posse: ita pugnans post paulum concidit ac suæ saluti fuit: suæ salute consulant: hoc pugnæ tempus magnum attulit nostris ad salutem momentum: neque ullum periculum pro salute Cæsaris*

recusantibus, nacti austrum naves solvunt. Otros muchos pasajes de los comentarios de César pudieran trasladarse aquí en comprobacion de lo muy usada que era por este historiador de sí la voz *salus,* á veces y muchas con preferencia á la de *vita.* Así el nombre de *Cæsaris salutariensis* pudo aplicarse á Urgia por el dicho de César proferido en su campamento á la inmediacion de esta ciudad ó en su recinto.[1]

Si no quiere admitirse esta esplicacion del nombre *Cæsaris salutariensis,* la única que puede darse en su lugar es una nueva confirmacion de mi sentir. Costumbre era entre los romanos aclamar *Imperator* al general victorioso. Pompeyo el padre que antes de la batalla de Farsalia ganó una á César, recibió el título de Emperador que le dió el entusiasmo de sus soldados. "Pompeius eo prælio imperator es appellatus. Hoc nomen obtinuit atque ita se postea *salutari* passus est." (Libro III de bello civili.)

Cuando César tomó á Ategua fué aclamado Emperador, segun Hircio.

Dion Casio refiere tambien de César, que á su regreso á Roma, despues de la batalla de Munda, fué siempre saludado con el nombre de *Emperador*: "Qui vero in bello rem eo cognomenta dignam gessit, is antiqua consuetudine imperator denuo *salutatur*; unde fit ut quis secundo, tertiò ac toties omnino quoties id mereatur nuncupetur."

Porque los adictos de César lo saludasen Emperador á su paso por Urgia, de aquí no debe inferirse que Urgia mereciese el nombre de *Cæsaris salutariensis.* Eso mismo harian al abrirle las puertas los de Corduba, Hispalis, Asta y demás ciudades que con mas ó menos resistencia se le sometian. En Urgia sucedió un caso especial.

La consignacion de ese nombre fué evidentemente ó por el dicho de César proferido en su campo en las inmediaciones de Urgia, ó porque Urgia lo aclamó la primera Emperador despues de la batalla de Munda.

Considero un absurdo grandisimo creer que la batalla fué en las inmediaciones de Córdoba.

1 Don Mauro Castellá en su historia del Apóstol Santiago trae una inscripcion latina que dice estaba en su tiempo en las casas del Ayuntamiento de Astorga, de un Pretor llamado Quinto Mammilio Capitolino, que erigió un templo por voto hecho *pro salute sua et suorum.* Sentencia muy conocida era esta: *Una Salus victis nullam sperare salutem.*

Hircio que se halló en la guerra de España, nos dice terminantemente que Sexto Pompeyo estaba en Córdoba y que solo supo del combate, despues que estaba terminado, por algunos de los fugitivos.

Los que dicen que ambos Pompeyos combatieron contra César, se fundan en el testimonio equivocado de Paulo Orosio, escritor de siglos posteriores; y así de un error quieren deducir una verdad.

Del sitio donde se dió la batalla á Carteya no debió mediar gran distancia. Pompeyo salió herido del combate, ó maltratado. Segun Hircio, desde las inmediaciones de Carteya tuvo que pedir una litera pues no podia caminar á caballo.

No puedo ni nadie podrá comprender seguramente, que Pompeyo fugitivo recorriese despues de la batalla unas cuarenta leguas sin que se supiese haber recibido auxilios de algunas ciudades que se le mantenian fieles. Desde las inmediaciones de Córdoba pudo refugiarse en Hispalis que le era tan leal: en Urso que se mantuvo la última de las de la Bética contra César, perdida la batalla de Munda, tomadas Córdoba é Hispalis, entregada Asta, vencida Munda y muerto Gneo Pompeyo: pudo refugiarse en la Lusitania pasando el Bétis; y sin embargo segun los que creen que Munda fué Montilla ó Monturque, prefirió caminar con su pequeña hueste tantas y tantas leguas, sin ser perseguido y sin ser de alguna ciudad auxiliado.

Esto en cuanto á lo de la batalla en las cercanías de Córdoba. Con respecto á haber sido la batalla en una llanura junto á Ronda, baste decir que César en sus comentarios de *bello civili*, refiere dando gran importancia á los combates junto á alturas y á su empeño por apoderarse el primero de los pasos de las Sierras.

Desde Hispalis á Munda, ¿cuáles se refieren para ganar las alturas César antes que de ellas se enseñorease Pompeyo? Ninguno.

Este solo argumento hace increible la concordancia de Munda en Ronda.

LISTA DE LOS SRES. SUSCRITORES.

SS. AA. RR. LOS SERENISIMOS SRES. INFANTES DUQUES DE MONTPENSIER. 6 ejemplares.

Gobierno de la Provincia.	10	„
Excma. Diputacion provincial.	41	„
Excmo. Ayuntamiento Constitucional de esta ciudad.	100	„
Academia provincial de Bellas Artes.	6	„
Biblioteca de la Facultad de Medicina.	1	„
Biblioteca provincial.	1	„
Comandancia de Ingenieros.	1	„
Escuela Normal de esta Provincia.	1	„

Sres. D. Abelardo de Cárlos.
Agustin Blazquez.
Agustin Cuevas.
Alejandro Viercio.
Sra. Dª Ana M. Gilardon.
Sres. D. Andrés de los Palacios.
Andrés Terry.
Angel Mª de Castrisiones. 2 ejemp.
Sra. Dª Angela Abenamar.
Sres. D. Antonio Albear.
Antonio Arroyo.
Antonio Aubarede.
Antonio Escudero é Izquierdo.
Antonio Gargollo.
Antonio J. Cerero.
Antonio Mantilla.
Antonio Mª Goula.
Antonio Mª Valderrama.
Antonio Medina y Correa.
Antonio de Mora.
Antonio de Moro.
Antonio Sendras Gambino.
Antonio Sicre.
Antonio Urrialde.

Sres. D. Antonio de Zulueta.
Arístides Pongilioni.
Ateneo de Cádiz.
Aurelio Alcon.
Aurelio Yanguas.
Excmo. Sr. Baron de Minutoli.
Sres. D. Bartolomé Rivera y Lozano.
Basilio de Peñalver.
Benito Gil Ruiz.
Benito Picardo.
Bernardino de Sobrino.
Cárlos Younger.
Casino Gaditano.
Cayetano Basurto.
Cayetano Bodoy.
Cipriano Gonzalez Espinosa.
Cláudio J. B. Rossi.
Cláudio Lopez.
Cristóbal Colom.
Domingo Gonzalez Villanueva.
Donato Mª Escobar.
Eduardo Benot.
Eduardo Gautier.
Eduardo J. de Montalvo.
Emilio Carazo.

Sres. D. Enrique Bernabeu Ponce de Leon.
Enrique Colom.
Enrique Laborde.
Estéban Prieto Tenorio.
Eugenio Alvarez.
Federico Ferrer.
Federico Uhthoff.
Félix Beyens.
Félix García Lizarza.
Félix Mercier.
Félix Peñasco.
Félix de Uzuriaga.
Fermin Salvochea.
Fernando de Abarzuza.
Fernando Gargollo.
Fernando de Lora.
Francisco Rodriguez.
Francisco Abenoja.
Francisco Barquin.
Francisco de Berriozabal
Francisco Cassá.
Francisco Cerveró de Valdés.
Francisco Flores Arenas.
Francisco García Camero.
Francisco Gomez.
Francisco Oneto.
Francisco de P. Godoy.
Francisco de P. Gonzalez de Laiglesia.
Francisco de P. Hidalgo.
Francisco de P. Martin Perez.
Francisco de P. Rivera y Lozano.
Francisco de P. Rivera y Reina.
Francisco de P. Ibañez.
Francisco Perez de Grandallana.
Francisco Ricardo Ibañez.
Francisco Sanchez del Arco.
Gabriel Bardasano.
Gerónimo Martinez Enrile. 2 ejemp.
Guillermo Butler.
Guillermo Walh.
Ignacio Cajigas.

Sres. D. Ignacio Fernandez de Castro.
Ignacio García de la Mata.
Ignacio Lizaur.
Ignacio Sequeira.
Isidoro Ochoa.
Jacinto Ibañez.
Javier de Urrutia.
Joaquin del Cubillo.
Joaquin de Lara.
Joaquin Pacheco y Colás.
Joaquin Rubio. 2 ejem.
Joaquin de Vicente Portela.
José Aguirre y Veamurguía.
José Benjumeda.
José de Borjas Tarrius.
José Cayetano de Luque.
José del Corral.
José de Elizalde.
José Fernandez de Mobellan.
José Gabarron.
José García Villalobos.
José Gomez Imaz.
José H. Gonzalez.
José Huidobro.
José J. Gaona.
José Joaquin Gonzalez.
José Manuel Garrido.
José M. de Argüelles.
José M. de Aguayo.
José M. Barleta.
José M. Caballero.
José M. de Conte.
José M. Gomez de Bustamante.
José M. Marti.
José M. Martinez.
José M. Montaut.
José M. Muñoz.
José M. de Rivas.
José M. Rivera y Reina.
José M. Taboada.
José M. de la Torre.
José M. Villavicencio.
José M. Viniegra.
José M. de Zulueta.
José Matía.
José Mollá.

Sres. D. José Montojo y Albizú.
José Pascual de Lostra.
José Pablo Perez.
José Pereira.
José de Rada.
José Rossetty.
José Sagastizábal.
José San Roman.
José Santiago Mendaro.
José Zurita.
Juan A. Coghen.
Excmo. Sr. D. Juan Antonio Fernandez.
Sres. D. Juan A. Ruiz Bustamante.
Juan Arámburu.
Juan Bta. de Arrigunaga.
Juan Bta. Chape.
Juan Bta. de Gaona.
Juan Brechtel.
Juan Calderon.
Juan Ceballos.
Juan de Dios Lasanta.
Juan García.
Juan Garraton.
Juan J. Diaz y Martinez.
Juan J. Genis.
Juan J. Gonzalez.
Juan J. Junco.
Juan José de Urmeneta.
Juan de Lavalle.
Juan Mª Brakembury.
Juan Manuel Diaz.
Juan Morales de los Rios.
Juan Pablo Echecopar.
Juan Rabina.
Juan Sanchez del Corral.
Juan de Siloniz. 2 ejem.
Juan Soler.
Juan Valverde.
Juan de la Vega.
Leticio Alcon.
Leto Mahave.
Luciano Alcon.
Luis Crosa.
Mr. Louis J. Power, cónsul de Rusia en Gibraltar.
Sres. D. Luis Mª Morote.
Luis Vallejo.
Lorenzo N. Mendaro.
Manuel Abenoja.

Sres. D. Manuel Ares.
Manuel Asencio.
Excmo. Sr. D. Manuel de Bayo.
Sres. D. Manuel del Castillo y San Vicente.
Manuel Domecq.
Manuel Durio.
Manuel de la Escalera.
Manuel Fernandez de Castro.
Manuel García del Alamo.
Manuel Gutierrez.
Manuel Gutierrez.
Manuel Jones.
Manuel J. Muñoz.
Manuel J. de Porto.
Manuel de Lizasoain.
Manuel Lloret.
Manuel Mª Soulé.
Manuel Mª Romero.
Manuel Marzan.
Manuel Moreno de Mora.
Manuel Panchon Macías.
Manuel Rafael García.
Manuel Rey y de Trillo.
Manuel Rodriguez Jarillo.
Manuel Roche.
Manuel Romero.
Manuel Rubin de Celis.
Manuel Ruiz Tagle.
Manuel Saenz de Tejada.
Manuel Tourné.
Manuel Velez Rubin.
Manuel Vinet.
Mariano Ferrer.
Mariano Juderías.
Excmo. Sr. D. Mariano Rebagliato.
Señores Marqués de Angulo.
Marqués de San Juan de Carballo.
Marqués de Premio-Real.
Marqués de Torresoto.
Sres. D. Miguel Chappino.
Miguel Guevara.
Miguel de Heras y Donesteve.
Miguel Ignº de Aguirre.

Sres. D. Miguel de Jáuregui.
Miguel Martinez de Pinillos.
Miguel Riera.
Nicolás Guerrero y Humbría.
Nicolás del Villar.
Pablo Tosso.
Pascual Olivares.
Plácido García.
Pedro Y. de Paul.
Pedro J. de Lahera.
Pedro J. de Lima.
Pedro La Cave.
Pedro de la Lama.
Pedro Nolasco de Soto. 2 ejemp.
Pedro y Cárlos Rudolph.
Pedro Sañudo Loustalet.
Pedro de la Sierra Villar.
Pedro Víctor y Pico.
Rafael Borrego.
Rafael Florez. 6 ejemp.
Rafael Lobo.
Rafael Marenco.
Rafael Mendez.
Rafael Rozo.
Rafael Sanchez Mendoza.
Ramon Amo y Durán.
Ramon de Cózar y Paz. 2 ejemp.
Ramon Mª. Pardillo y Martinez.
Ramon Naudin.
Ramon de Noriega.
Ramon Orruma.
Ramon Salazar de Gurende.
Ramon de Sobrino.
Ramon Villalba.
Ramon White.
Ricardo Calvo é Isasi.
Salvador Moreno.
Salvador Rojo.
Salvador Somera.
Santiago Ichazo.
Saturnino de Noriega.
Sebastian Peña.
Servando Acaso.
Simon Moreno.
Tomás Jesus de Urrutia.

Sres. D. Tomás Manuel Matheu.
Tomás de Martin Barbadillo.
Toribio de Noriega.
Excma. Sra. Viuda de Búrgos.
Vicente Gomez de Bustamante.
Vicente Izquierdo.
Zenon García Gaston.

Alcalá de los Gazules.

Sres. D. Ildefonso Romero Caballero.
Jacinto Zamora.
José Mª. Marin.
José Pacheco Ruiz.
Juan Centeno de los Rios.
Miguel Centeno Arenas.

Algeciras.

Sres. D. Manuel Navarrete.
Miguel Rojas.
José M. Feijóo.
José Mendez.
José Vargas Machuca.
Juan Morillo y Morilla.
Rafael de Muro.

Arcos.

Sres. D. Francisco Baena y Natera.
Juan Ramon Arias.
Manuel Alaja.
Manuel Muñoz Vazquez.
Manuel Pomar.

Barcelona.

Biblioteca de la Universidad.

Benaocaz.

Sr. D. Antonio Pece Guerrero.

Chiclana.

Sr. D. José Gomez Serrano.

Espera.

Sr. D. José Peralta.

Estepona.

Sr. D. Juan Aguete.

Granada.

Biblioteca de la Universidad.
Sr. D. Juan Miguel de Arrambide.

Isla Cristina

Sr. D. Salvador García Guerra.

Jerez de la Frontera.

Illmo. Ayuntamiento Constitucional. 4 ejemp.
Sr. D. Antonio Perez de la Riva.
Sr. Cònde de Premio Real.
Sres. D. Francisco García Pina.
Francisco García Ruiz.
Hilario Pina.
Isidoro Gutierrez de Castro.
Javier Balleras.
José Bueno. 4 ejemp.
José Laffite.
Juan Miró.
Juan Rodriguez.
Julian Perez Muro.
Sres. Marqués del Castillo.
Marqués de Villamarta.
Sres. D. Pedro Lopez Ruiz.
Salvador J. Escudero.
Sebastian Orbaneja.

Lugo.

Sr. D. Benito Menacho y Calojero.

Málaga.

Sres. D. Francisco Bruna.
Francisco de Moya.

Madrid.

Excmos. Sres. D. Alejandro Llorente.
Alejandro Mon.
Sres. D. Andrés Arango.
Angel Riquelme.
Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano.
Illmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
Excmo. Sr. D. Antonio Santa Cruz.
Sres. D. Antonio Vinent y Vives.
Augusto Amblard.
Biblioteca de la Sociedad Económica.
Biblioteca de la Universidad Central.
Excmos. Sres. D. Eugeuio de Ochoa.
Facundo Infante.
Sr. D. Francisco del Busto.
Excmos. Sres. D. Francisco J. Isturiz.
Francisco de Luxan.
Francisco Serrano Dominguez.
Sr. D. José Gonzalez de la Vega.
Excmo. Sr. D. José Solano, Marqués del Socorro.
Sres. D. Juan Blanco del Valle.
Juan Francisco Camacho.
Juan J. Martinez.
Juan P. Muchada.
Excmos. Sres. D. Manuel Beltran de Lis.
Manuel Bermudez de Castro.
Sres. D. Manuel María Santana.
Manuel Rancés y Villanueva.
Excmos. Sres. Marqués de Morante.
D. Melchor Ordoñez.
Sres. D. Pascual de Gayangos.
Excmo. Sr. D. Salvador Bermudez de Castro.
Sr. D. Teodoro Robles.
Sres. Viuda é Hijos de D. Gabriel Sanchez. 3 ejemp.

Medina Sidonia.

Sr. D. Francisco de P. Rosso.

Sr. D. Mariano Pardo Figueroa.

Puerto de Santa María.

Illmo. Ayuntamiento Constitucional.
Sres. D. Cárlos Gonzalez de Laiglesia.
Francisco Nicolau.
Joaquin Diaz.
Sra. Doña María de los Dolores Picard.

Puerto Rico.

Sres. D. Francisco Gallegos de Leon.
José Muros.

Sanlúcar de Barrameda.

Illmo. Ayuntamiento Constitucional.
Sres. D. Pedro Rodriguez. 2 ej.
Rafael Mendicuti.
Vicente Cancio.

San Fernando.

Sres. D. Bernardo Prina.
Cristóbal Mª de Castañeda.
José Mª Bocio.

San Roque.

Sres. D. Andrés Cano.
Andrés Vazquez.
Antonio Cruz.
Félix Vazquez.
José Lozano.

Santa Cruz de Tenerife.

Sr. D. José Mª Silinto y Ballester.

Santiago.

Biblioteca de la Universidad.

Sevilla.

Sr. D. Antonio Castilla.
Excmo. Sr. D. Antonio Latour.
Sres. D. Antonio Machado.
Eduardo Sanchez.
Emilio Adan.
Fernando de Gabriel y Apodaca.
Francisco J. de Cavestani.
Francisco Rodriguez Zapata.
Joaquin Riquelme.
José Mª de Alava.
Excmo. Sr. D. Manuel Lopez Cepero.
Sra. Doña Pilar de Vargas Machuca y Santervas de Diez de Tejada.
Sr. D. Ventura Camacho, Bibliotecario de la Provincial y de la Universidad.

Tarifa.

Illmo. Ayuntamiento Constitucional.
Sres. D. Alonso de Arcos.
Antonio de Campos.
Francisco Manso.
Joaquin de Arcos Diaz.
Joaquin Lúcas y Serrano.
José Diaz Bárcena.
José Enriquez.
José Sotomayor.
Manuel Araujo.
Rafael Saborido.
Sebastian Sotomayor.

Utrera.

Sres. D. Fernando de Solis.
Joaquin Nuñez de Prado.
Excmo. Sr. D. Manuel Sanchez Silva.

Valencia.

Biblioteca de la Universidad.

Vejer.

Sres. D. José Gallardo.
Manuel Daza.

Zaragoza.

Biblioteca de la Universidad.

HISTORIA

DE

CÁDIZ Y SU PROVINCIA,

DESDE 1814 HASTA EL DIA,

ESCRITA

POR

DON ADOLFO DE CASTRO.

PROSPECTO.

Muchos amigos del autor le han persuadido á continuar la HISTORIA DE CÁDIZ Y SU PROVINCIA, que habia trazado hasta el año de 1814. Hay quienes desean ver detenidamente escritos, y con presencia de documentos originales, sucesos de tanto interés como la conspiracion del Palmar del Puerto, la revolucion de 1820, las operaciones del ejército liberal en nuestra provincia, el 10 de Marzo en Cádiz, el sitio de esta ciudad en 1823, la muerte de Hierro y Oliver, y otros hechos no menos importantes, así como las biografías de los hijos ilustres de esta provincia que modernamente han florecido, entre ellos muchos que aun hoy viven.

El Autor no perdona medio para que la obra no desdiga de la primera parte: del mismo modo que en justo agradecimiento á la buena acogida que esta ha obtenido, no dudó en amplificar la narracion de los sucesos de la guerra de la independencia hasta el punto de dar seis entregas mas de las anunciadas que han sido gratis para los suscritores.

Al fin se pondrán dos apéndices con las inscripciones romanas mas notables halladas en esta provincia.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Se publicará esta segunda parte por entregas de igual papel y tamaño que la primera, al precio de 2 rs. cada una.

Próximamente constará de quince á diez y siete entregas.

La que lleve plano ó lámina constará de menos páginas por ser la estampa su equivalente.

El que se suscriba nuevamente se le considerará como tal desde la primera parte, recibiéndola al mismo precio que los suscritores anteriores.

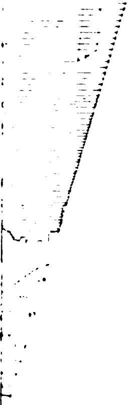
Los señores que no quieran suscribirse á la segunda parte tendrán á bien devolver la primera entrega. Los que no lo verifiquen se considerarán que continúan suscritos.

Al fin del tomo se insertará la lista de las personas que posteriormente á la que vá en la primera parte se suscriban.

SE SUSCRIBE:

En Cádiz, Revista Médica.
En Madrid, Viuda é hijos de D. Gabriel Sanchez y librería de Baylli y Balliere.

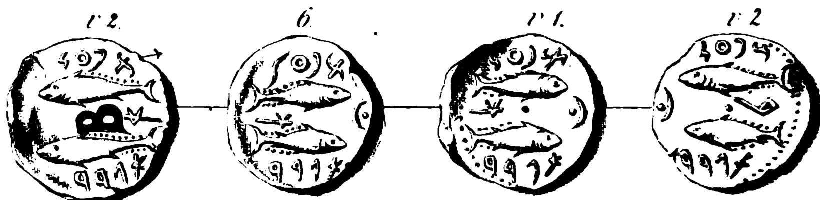




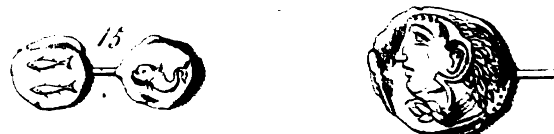
Medallas antiguas Gaditanas. Fenicias. Serie 1.ª





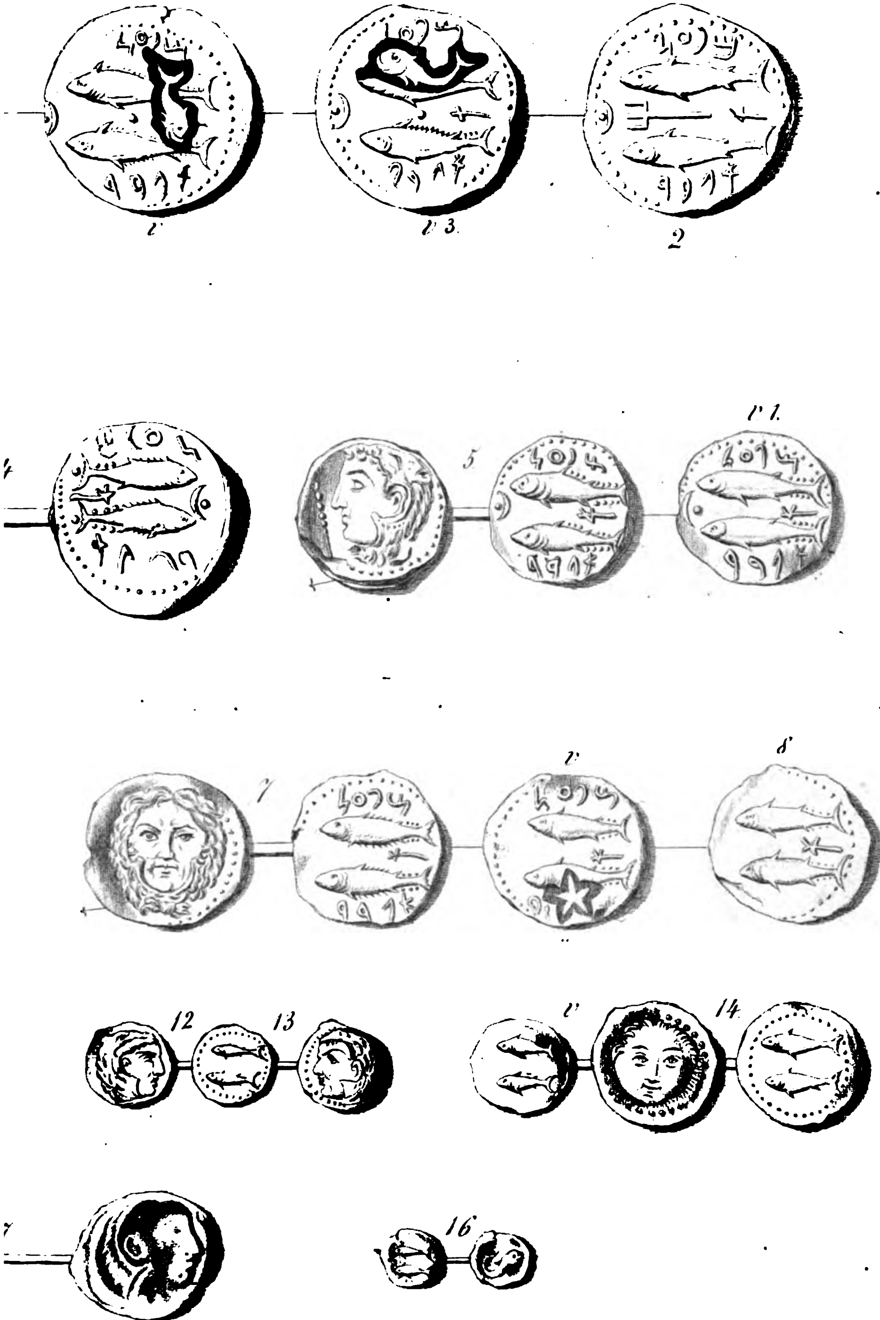






 Dibuj.

Lám.ª I.ª



Gutierrez

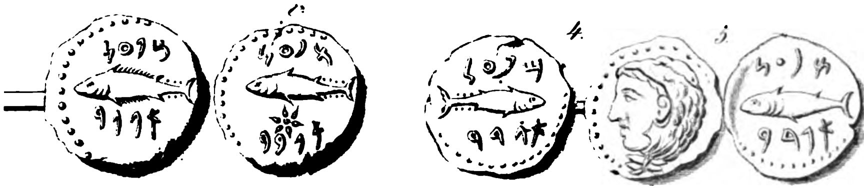
G. Wassermann lit



Dibujo

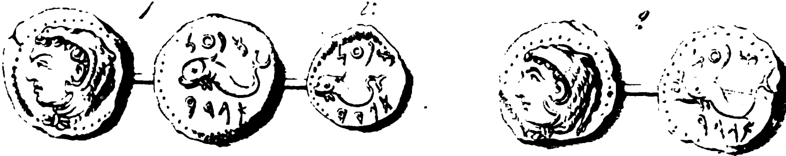
2. a.

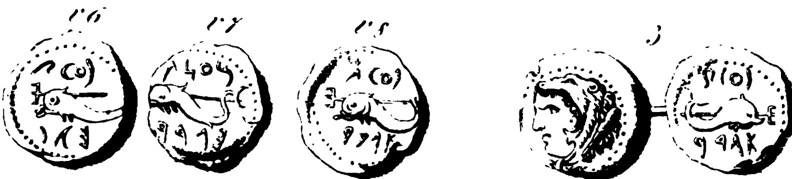
Lam.a 2.a

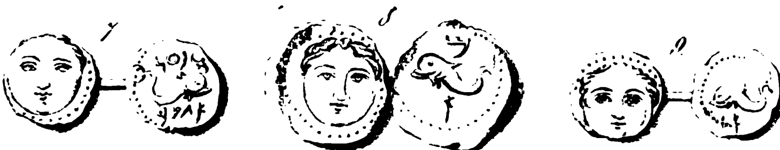




Serie 3.a





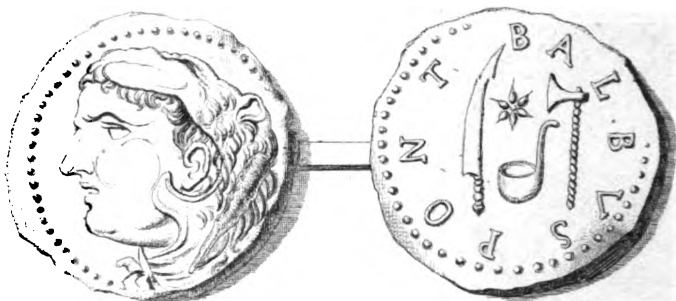


Gutierrez. *G. Wassermann lit.*

LATINAS.

C. Balbus.

1



Augustus. Serie 5ª

3.



1.





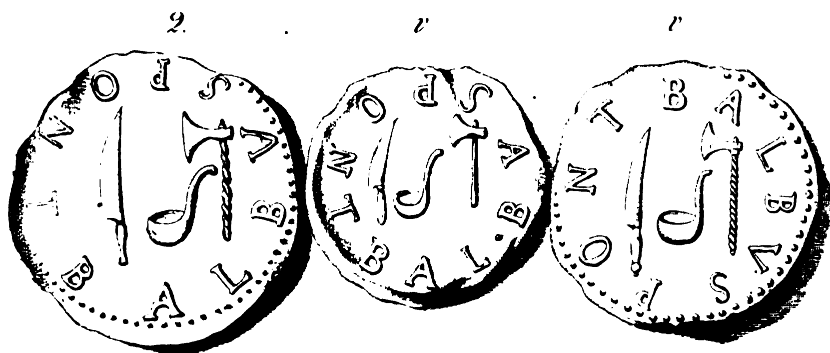
2.

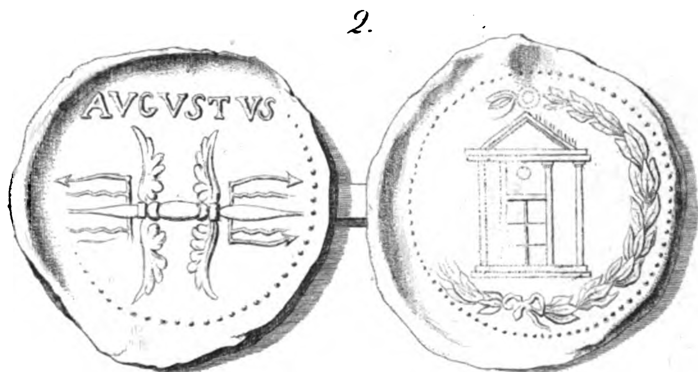


3





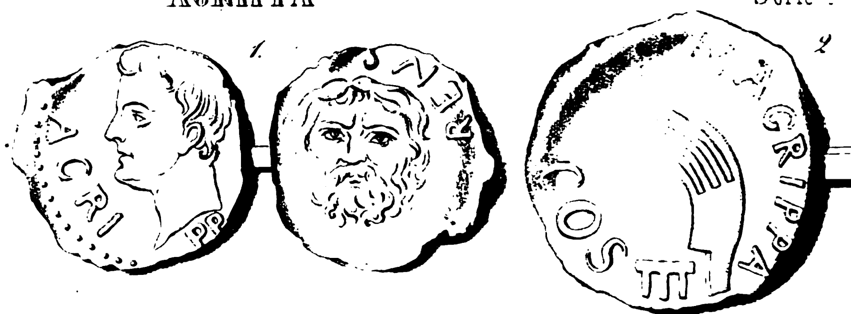


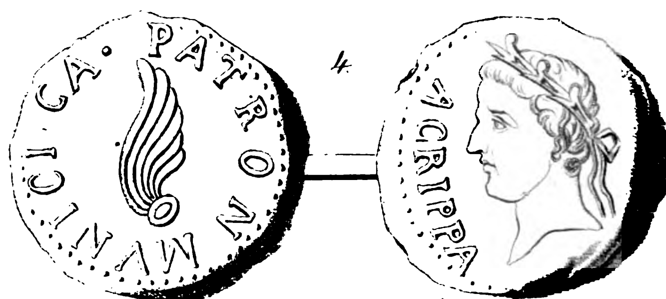


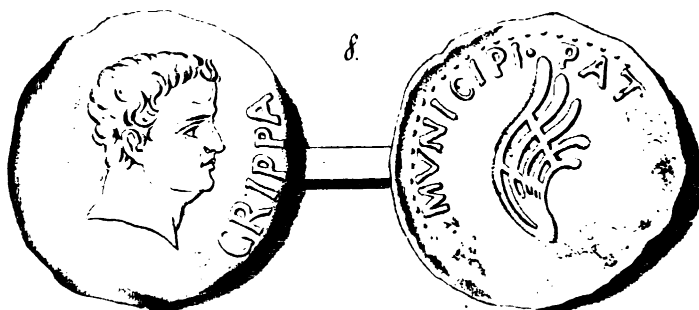


Tierrez. G. Wüsermann lit.

AGRIPPA

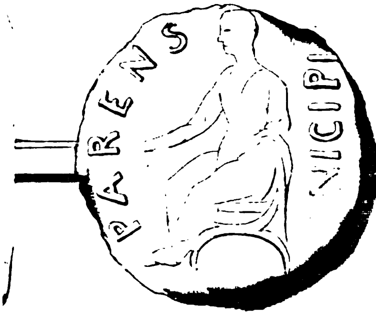






Dibujo A

Lam.ª 4.ª





3.



5.



6.

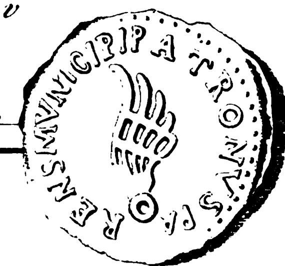


7.



v



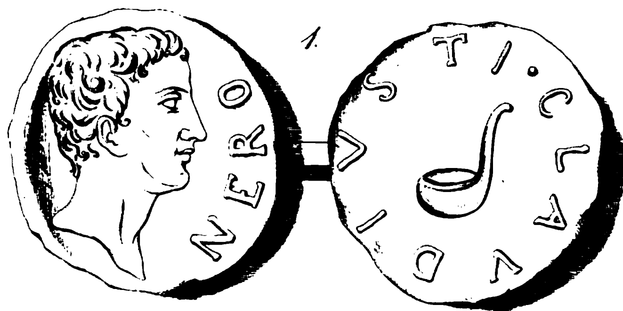




G. Wassermann lit.



Ti. Claudius. Serie 7ª



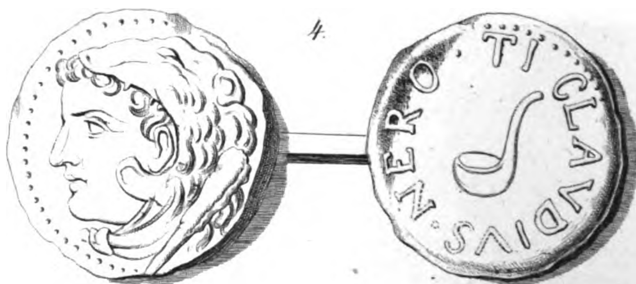
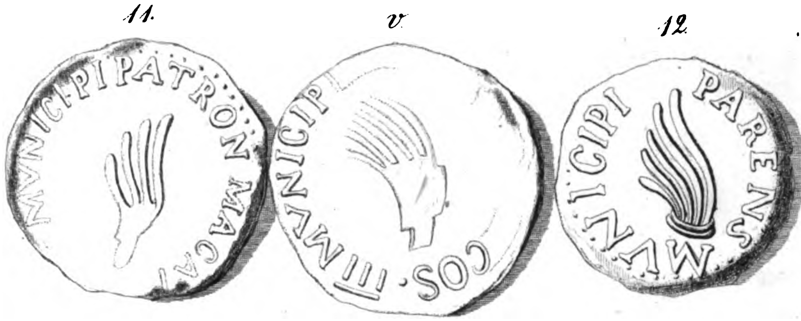
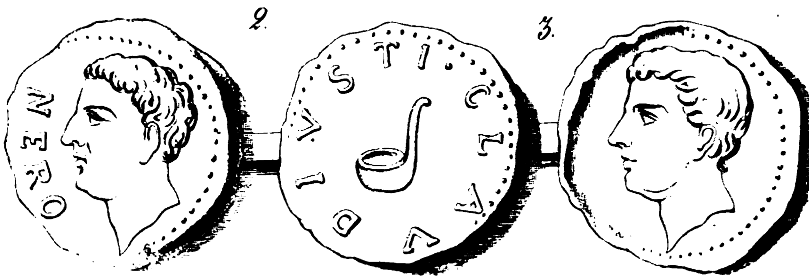
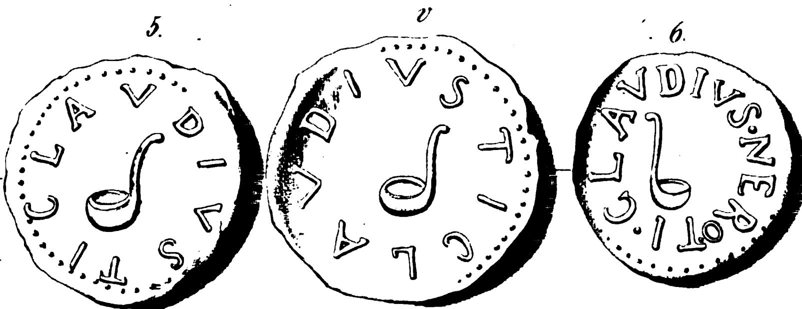


Lámina 5.ª







Gutierrez. *G. Wassermann lit.*

Serie 1ª

Adiciones

18.





v

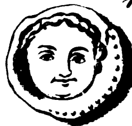


20.





19.





v



Serie 4ª

18.





19.



4.



8





v.



14.



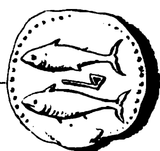








Serie 2.ª







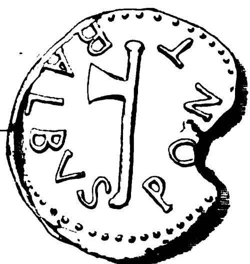








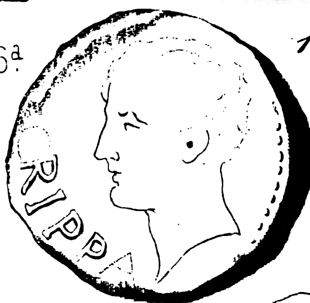
Serie 5.ª

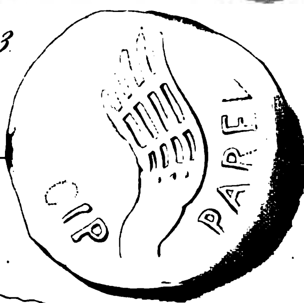






Serie 6.ª



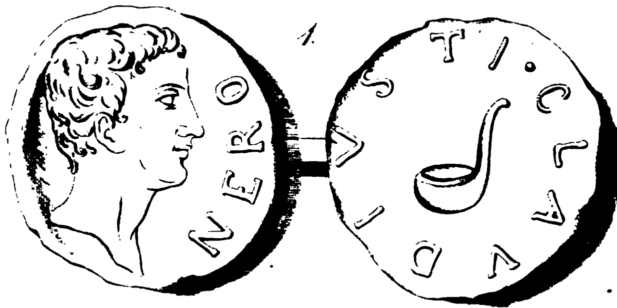


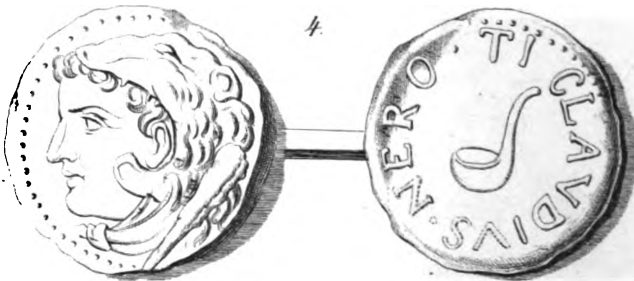


...ntierrez. G. Wassmann lit.



Ti. Claudius. Serie 7ª





11.



v

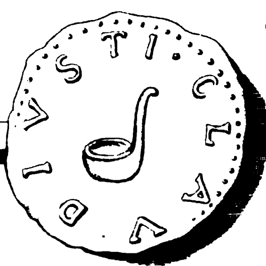


12.



2.





3.



5.



v



6.



Pierre. G. Wassermann lit.